AÑO CRISTIANO

VIII

Agosto



COORDINADORES
Lamberto de Echeverría (†)
Bernardino Llorca (†)
José Luis Repetto Betes

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS
MADRID • 2005

Ilustración de portada: *Juicio final* (detalle), Fra Angelico.

Guardas: *El juicio universal* (detalle), Giovanni di Paolo.

Diseño: BAC

© Biblioteca de Autores Cristianos
Don Ramón de la Cruz, 57, Madrid 2005
Depósito legal: M. 51.998-2002
ISBN: 84-7914-629-X (Obra completa)
ISBN: 84-7914-777-6 (Tomo VIII)
Impreso en España. Printed in Spain.

ÍNDICE GENERAL

Págs.

COLABORADORES IX
PRESENTACIÓN XI
NOTA INTRODUCTORIA XV
Santoral de agosto (martirologio, biografías extensas y biografías breves) 3
APÉNDICE 1179
DEL SANTORAL DE LAS DIÓCESIS ESPAÑOLAS 1209
CALENDARIO ESPAÑOL: MEMORIAS QUE CELEBRAN LAS DIÓCESIS ESPAÑOLAS 1211
ÍNDICE ONOMÁSTICO 1213

COLABORADORES

A) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

ÁBALOS, Juan Manuel
ÁLVAREZ, Félix M., MSPS
ÁNGEL LUIS, CSSR
BAIGORRI, Luis, SSS
BAU, Calasanz, SCHP
CALVO HERNANDO, Manuel
CARRO CELADA, José Antonio
COLOMBÁS, García M.ª, OSB
CHICO GONZÁLEZ, Pedro, FSC
DALMASES, Cándido de, SI
DÍAZ FERNÁNDEZ, José María
DÍAZ PARDO, Filiberto
DOMINGO DE SANTA TERESA, CD
ECHEVERRÍA, Lamberto de
ESTAL, Gabriel del, OSA
FERRI CHULIO, Andrés de Sales
GARCÍA ALONSO, Ireneo
GARCÍA CASADO, Pedro
GARCÍA MARTÍNEZ, Félix
GOMIS, Lorenzo
GONZÁLEZ CHAVES, Alberto José
GONZÁLEZ MENÉNDEZ-REIGADA, Albino, OP
GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, M.ª Encarnación
GONZÁLEZ VILLANUEVA, Joaquín
GONZÁLEZ, Agripino, TC
HERMANO JULIÁN, FSC
HERRERO GARCÍA, Miguel
IBÁÑEZ, María Engracia, ODN
KRYNEN, Jean
LANGA, Pedro, OSA
LLABRÉS Y MARTORELL, Pere-Joan
LLORCA, Bernardino, SI
LÓPEZ, Alfredo
MANSILLA REOYO, Demetrio
MAÑARICÚA, Andrés Eliseo de
MAÑAS, Ramón Luis M.ª, OSB (Leyre)
MARTÍN ABAD, Joaquín
MARTÍN HERNÁNDEZ, Francisco

MARTÍNEZ DE VADILLO, Marcos
MESEGUER FERNÁNDEZ, Juan, OFM
MOLINA PIÑEDO, Ramón, OSB (Leyre)
MONTAÑA PELÁEZ, Servando
NÚÑEZ URIBE, Félix
PERAIRE FERRER, Jacinto
PÉREZ ARRUGA, Luis, OP
PÉREZ ORMAZÁBAL, Juan José
PÉREZ SUÁREZ, Luis M., OSB (Leyre)
PLACER, Gumersindo, O. de M.
REPETTO BETES, José Luis
RIBER, Lorenzo
RODRÍGUEZ VILLAR, Ildefonso
RODRÍGUEZ, José Vicente, OCD
SÁNCHEZ ALISEDA, Casimiro
SANTIDRIÁN, Pedro R., CSSR
SENDÍN BLÁZQUEZ, José
SERRANO, Vicente
VÁZQUEZ SACO, Francisco
VELADO GRAÑA, Bernardo
VIÚ, Antonio de, SI
YZURDIAGA LORCA, Fermín

B) BIOGRAFÍAS BREVES

REPETTO BETES, José Luis

PRESENTACIÓN

Tras largos años de total *agotamiento editorial* vuelve ahora felizmente al catálogo de la BAC una obra que ocupaba en él un puesto relevante y que fue, durante décadas, alimento espiritual seguro y sabroso para infinidad de lectores: el AÑO CRISTIANO.

Quede, ante todo, constancia de la satisfacción con que la BAC devuelve al público lector —y en cierto modo a toda la Iglesia de habla española— esta obra preciada que tanto se echaba de menos y que nos era requerida con insistencia por muchos lectores y amigos. Larga ha sido la espera. Pero la BAC se complace ahora en relanzar un AÑO CRISTIANO compuesto y acicalado como lo piden las circunstancias eclesiales y articulado en doce volúmenes que irán apareciendo sucesivamente y que ofrecerán al lector la variedad y la riqueza del entero santoral de la Iglesia católica.

Las razones del dilatado eclipse que ha sufrido el AÑO CRISTIANO a pesar de su notorio éxito editorial de antaño son pocas y escuetas. Y muy fáciles tanto de explicar cuanto de entender.

El proceso de aceleración en canonizaciones y beatificaciones que ha experimentado la Iglesia después del Vaticano II —y muy singularmente en el pontificado del Papa Wojtyla— obligaba obviamente a complementar, corregir y ajustar el venturoso descalabro que el tiempo iba originando en los bosques y jardines de la hagiografía cristiana del pasado. Se imponían una poda y una plantación de renuevos cuya envergadura queda ahora patente en el estirón —de cuatro a doce— que ha experimentado este AÑO CRISTIANO.

Semejante tarea de revisión y actualización la hubiera emprendido la BAC. Era su obligación y su deseo. Pero su efecto habría sido precario. El pontificado de Juan Pablo II estaba ya demostrando con creciente evidencia que la santidad cristiana es una realidad de cada día y de cada latitud; que, por consiguiente, el martirologio o santoral, lejos de ser memoria fosili-

zada, es un caudal fresco y abundante que riega generosamente el hoy de la Iglesia. ¿Cómo intentar la actualización de algo que cambia y crece sin cesar?

Por otra parte, es sabido que el Concilio Vaticano II, en su constitución *Sacrosanctum Concilium,* ordenó la revisión y adaptación de todos los libros litúrgicos. El mandato alcanzaba también al Martirologio o Santoral, libro litúrgico de pleno derecho y de peculiar significación y complejidad dadas sus implicaciones históricas que requerían estudios críticos minuciosos y especializados. La tarea de su revisión podía resultar dilatada. ¿Cómo arriesgarse como editorial responsable a componer un AÑO CRISTIANO sin contar con la referencia obligada del Martirologio romano ya autorizadamente puesto al día? ¿No había que sacrificar las prisas editoriales o comerciales a la firmeza histórica y a la seguridad doctrinal que ofreciera la edición posconciliar? ¿No era ésa la mejor forma de servir a los intereses de los lectores?

El proceso de reforma y adaptación del martirologio romano ha durado desde 1966 hasta 2001, año en que apareció finalmente la llamada «edición típica». Una espera que ha otorgado al Martirologio romano una mayor credibilidad histórica, un orden hagiográfico más acorde con la doctrina y las reformas derivadas del Vaticano II y, en consecuencia, mayor fiabilidad para la vida litúrgica y la piedad cristiana.

Contando ya con la pauta insoslayable del martirologio reformado y renovado, se imponía ponerlo cuanto antes al servicio de los lectores y usuarios de habla castellana, tanto en España como en Hispanoamérica. Es un reto que la BAC ha asumido con responsabilidad editorial y que trata ya de cumplir con prontitud y rigor.

Estoy seguro de que nuestros lectores compartirán con la BAC la impresión de que la larga y obligada espera que ha tenido que observar nuestro AÑO CRISTIANO no le priva de sentido ni de oportunidad. Todo lo contrario. El momento presente, con sus grandezas y miserias, con sus luces y sombras en la parcela de lo religioso, hace especialmente atinada la publicación de un santoral serio y documentado de la Iglesia católica.

Son tiempos, los nuestros, de secularización que quiere decir, lisa y llanamente, de descristianización. A su sombra, las verdades de la fe y los juicios de la moral cristiana pierden vigencia y hasta significado. Algo que ocurre también en el terreno de la hagiografía. No es que haya desaparecido el culto a los santos, pero sí se ha nublado en buena parte su relevancia para la vida cristiana. Con la ignorancia ha sobrevenido la confusión. La cantera del santoral para dar nombres de pila a las personas está en declive. El conocimiento de las vidas de los santos se ha reducido hasta confundirlos con héroes o dioses de los martirologios paganos. Se ha acentuado, aun entre los que se profesan devotos de advocaciones concretas, la brumosidad de los contornos y de los conceptos.

En paralelo con el desconocimiento correcto de las hagiografías, han proliferado las supersticiones y las desviaciones de lo que debería ser una auténtica veneración de los santos. Se observa una notoria reducción de la piedad al utilitarismo. A los santos se los mete cada vez más en la zambra de los videntes, los adivinos, las cartas, la superchería y las voces de ultratumba. Ahora hay santorales para agnósticos y santorales de puro humor a costa de los santos que pueden alcanzar cotas notables de acidez o de impiedad. ¿No es el caso, nada infrecuente, de anuncios y montajes publicitarios a cargo del santoral y al servicio de cualquier producto en el mercado?

El servicio que la BAC pretende prestar con este renovado AÑO CRISTIANO a sus lectores y a la Iglesia tiene perfiles muy precisos.

Principalmente, la mejora de los recursos didácticos para una sabia y atinada catequesis. Los santos, sus vidas y ejemplos, son fuente inagotable para la educación cristiana. No es su utilidad terapéutica o milagrera lo que de ellos nos interesa, sino la enseñanza cristiana que se deriva de sus virtudes y conductas como testigos de Jesucristo, como reflejos de su vida y como *caminos* que nos llevan al *Camino* por excelencia, que es Él.

Este AÑO CRISTIANO no pretende, por tanto, fomentar la *santería* en detrimento de la *cristería,* dicho en términos populares. Muy al contrario, es una contribución a la *Cristología* a través de la *hagiografía.*

Algunos pastores y pastoralistas han alertado sobre el peligro de que el culto a tantos santos y beatos, la proliferación de tantas devociones particulares, pudiera difuminar, como *efecto colateral,* el aprecio central e irremplazable de Jesucristo. Sería aquello de que los árboles no dejaran ver el bosque.

Ni el peligro ni la advertencia son sólo de hoy. Léanse si no las constituciones conciliares *Lumen gentium* y *Sacrosanctum Concilium.* También la introducción que figura en la edición típica del Martirologio romano.

En cualquier caso, la BAC pone ahora en circulación esta nueva edición de su AÑO CRISTIANO como homenaje a Jesucristo cumbre de la santidad y modelo de todos los santos y beatos que la Iglesia ha reconocido a lo largo de los siglos como seguidores e imitadores del Maestro. «Por la hagiografía al Cristocentrismo» podría ser el lema de ese propósito editorial.

Perfiladas las circunstancias y las intenciones de esta obra, nada he de decir sobre su articulación, ni sobre los criterios metodológicos o redaccionales que se han seguido en su elaboración. Tanto estos como otros particulares técnicos que ayudarán en su utilización figuran en la *nota introductoria* preparada por el coordinador de la edición.

Con laudes o elevaciones solían cerrar sus páginas los santorales antiguos. La BAC se suma al amén, así sea, que venía después. Y se permitirá a la vez (no podía ser de otra manera) confiar el buen fruto de esta obra a la intercesión de todos los santos y beatos que —sin distinción de grado, sexo o condición— poblarán las páginas de este AÑO CRISTIANO renacido en los umbrales todavía del tercer milenio.

JOAQUÍN L. ORTEGA
Director de la BAC

NOTA INTRODUCTORIA

Definido el propósito de reeditar el AÑO CRISTIANO, empezamos por fijar criterios que sirvieran de guía para la nueva edición, y que ahora exponemos para información del lector y facilidad de su uso.

En primer lugar se fijó el criterio de que, con muy escasas excepciones, se reeditaría todo el conjunto de artículos que componía la segunda edición, la de 1966. Su texto no ha sufrido revisión ni variación. Va tal cual lo escribieron en su tiempo los diferentes y acreditados autores que lo firman. En el fondo no han tenido más añadidura que la referencia a la canonización de aquellos santos que entonces eran solamente beatos. Y esas excepciones son sobre todo las debidas a las variaciones introducidas por el nuevo Misal de Pablo VI, de 1969, que tiene algunos cambios en la denominación de fiestas, como la del 1 de enero, o en el santoral.

Pero no se quería simplemente reeditar, sino que se quería también completar y poner al día. Para completar, hemos añadido santos o beatos importantes anteriores a las últimas canonizaciones y beatificaciones y que en su día no se biografiaron en las primeras ediciones. Para poner al día, hemos añadido los nombres de muchos santos y beatos que en estos últimos tiempos han sido declarados tales por la Iglesia, y cuyo número, como es bien sabido, es grande.

Nos pareció que saldría una obra demasiado abultada si a cada uno de todos estos santos o beatos les señalábamos una nota biográfica de la misma extensión que las de las ediciones anteriores. Y para evitar ese tamaño demasiado crecido pero para no pasarlos tampoco en silencio hemos dividido las biografías en *extensas* y en *breves*. El criterio seguido para asignar a un santo o beato una biografía extensa o breve ha sido el de su importancia en el santoral: por ser más o menos conocido, por ser significativo de un tiempo o una situación, o por ser intere-

sante al público de habla hispana, o por ser fundador o fundadora de una comunidad religiosa, a todos los cuales fundadores o fundadoras hemos tomado el criterio de dedicar una biografía extensa. Y naturalmente hemos tenido en cuenta el cada día mayor santoral de las iglesias iberoamericanas.

Hemos añadido también artículos referentes a los tiempos litúrgicos, p. ej. *Cuaresma,* ya que son parte importante y vital de lo que se llama el año cristiano.

Y hemos añadido a cada día su martirologio o lista de los santos y beatos que para esa fecha señala el Martirologio romano. De esta forma, cada día puede saber el lector cuáles son los santos que la Iglesia conmemora, y de la mayoría de ellos tiene una nota biográfica, extensa o breve.

Esta obra sigue el nuevo *Martirologio romano* que, como edición típica, ha sido publicado el año 2001. Este seguimiento ha hecho que no demos entrada en el *Año cristiano* sino a los santos y beatos que en dicho Martirologio se recogen, enviando al Apéndice las notas biográficas de otros que no están incluidos en él pero que pueden resultar interesantes, por ejemplo, por celebrarlos, en su propio de los santos, alguna diócesis española. De todos modos son muy pocos. Igualmente ha obligado el seguimiento del nuevo Martirologio romano a resituar no pocas biografías que en las ediciones anteriores se encontraban en otras fechas y que han sido pasadas al día que ahora se les asigna.

Nos parece que este criterio de seguir el nuevo Martirologio no necesita defensa. Pues aunque se le hayan encontrado al texto del mismo algunos fallos de detalle, sustancialmente es un texto definitivo. No olvidemos que el Martirologio es un libro litúrgico, editado por la Congregación del Culto Divino y de la Disciplina de los Sacramentos, promulgado por la autoridad del Romano Pontífice, cumpliendo una determinación del Concilio Vaticano II. Se trata del registro oficial de santos y beatos que hace para su uso la Iglesia Romana y que tiene vigencia en todo el ámbito, tan mayoritario dentro de la Iglesia, del rito romano. Hay que decir que en su actual edición se ha hecho una grande e inmensa labor, verdaderamente meritoria, y que con ella se ha cumplido el objetivo conciliar de máxima historicidad, y el de

poner al día esta lista oficial con la añadidura no solamente de los nuevos santos sino también de los beatos, ya que, aunque en distintos niveles, unos y otros reciben legítimamente culto público en la Iglesia.

Con respecto a la bibliografía digamos que hemos seguido el criterio que se usó en las ediciones anteriores. Se ofrece en el primer volumen una bibliografía general actualizada. En ella se indican las obras que se refieren a todo el calendario o a una parte de él, por ejemplo, el santoral de una nación, el de una congregación u orden religiosa, el de los mártires de una persecución, etc. La bibliografía específica de cada santo o beato de las biografías extensas va al final de cada una de ellas.

Hemos pensado que con estos criterios volvemos a darle al lector el ya clásico AÑO CRISTIANO de la BAC pero con ampliaciones y mejoras que esperamos merezcan su atención.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES
Coordinador

AÑO CRISTIANO

VIII

Agosto

1 de agosto

A) MARTIROLOGIO [1]

1. La memoria de San Alfonso María de Ligorio († 1787), obispo y doctor de la Iglesia, fundador de la Congregación del Santísimo Redentor **.

2. La conmemoración de los siete hermanos que con su madre murieron en defensa de la Ley de Dios en Antioquía y cuyo martirio narra el Libro II de los Macabeos **.

3. En la Vía Prenestina, en el trigésimo miliario de Roma, San Secundino, mártir (fecha desconocida).

4. En Gerona, San Félix († s. IV), mártir *.

5. En Vercelli (Liguria), San Eusebio († 371), obispo, cuya memoria se celebra mañana.

6. En Bayeux (Galia Lugdunense), San Exuperio († s. IV), obispo.

7. En Aquitania, San Severo († 500), presbítero.

8. En Vindomitte, junto a Nantes, santos Friardo y Secundelo († s. VI), diáconos, ermitaños.

9. En Marchiennes (Bélgica), San Jonato († 690), abad.

10. En Winchester, San Etelvoldo († 984), obispo *.

11. En Aosta, Beato Emerico de Quart († 1318), obispo.

12. En Rieti (Sabina), Beato Juan Bufalari († 1336), religioso de la Orden de Ermitaños de San Agustín *.

13. En Roma, Beato Pedro Fabro († 1546), presbítero, primer jesuita **.

14. En York (Inglaterra), Beato Tomás Welbourne († 1605), mártir bajo Jacobo I *.

15. En Nam-Dinh (Tonkín), santos Domingo Nguyen Van Hanh (Dieu), de la Orden de Predicadores, y Bernardo Vu Van Due († 1838), presbíteros y mártires *.

16. En La Mure (Francia), San Pedro Julián Eymard († 1868), cuya memoria se celebra mañana.

17. En Madrid, Beato Bienvenido José de Miguel Arahal († 1936), presbítero, de la Congregación de Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores, mártir **.

18. En el campo de concentración de Dachau (Baviera), Beato Alejo Sobaszek († 1942), presbítero y mártir *.

[1] Los asteriscos que aparecen en el martirologio hacen referencia a las biografías que siguen a continuación, que serán extensas (**) o breves (*).

19. Junto a Nowogródek (Polonia), beatas María Estrella del Santísimo Sacramento (Adelaida) Mardosewicz y diez compañeras de la Congregación de Hermanas de la Sagrada Familia de Nazaret: María Imelda de Jesús Hostia (Eduvigis Carolina) Zak, María Raimunda de Jesús María (Ana) Kukolowicz, María Daniela de Jesús y María Inmaculada (Leonor Aniela) Jozwik, María Canuta de Jesús en el Huerto de Getsemaní (Josefa) Chrobot, María Sergia de la Virgen Dolorosa (Julia) Rapiej, María Guida de la Divina Misericordia (Elena) Cierpka, María Felicidad (Paulina) Borowik, María Helidora (Leocadia) Matuszewska, María Canisia (Eugenia) Mackiewicz y María Borromea (Verónica) Narmontowicz († 1943), vírgenes y mártires **.

B) Biografías extensas

SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO

Doctor de la Iglesia y fundador († 1787)

Nace en Marianella de Nápoles en 1696. Primer vástago de don José de Ligorio y doña Ana Cavalieri, de vieja sangre napolitana. Desde su misma cuna lleva el signo y la misión de su vida. «Este niño llegará a viejo, será obispo y realizará grandes obras por Jesucristo», profetizó de él un santo misionero.

La instrucción y formación de Alfonso es la del noble de su siglo. A los siete años estudia humanidades clásicas. A los doce se matricula en la universidad. A los dieciséis es revestido con la toga de doctor en ambos Derechos. Completan su formación el estudio de las lenguas modernas, la esgrima y las artes, particularmente la música y pintura, que más tarde pondrá al servicio del apostolado. Alfonso encarna el joven noble del siglo, educado para vivir, disfrutar y triunfar en el mundo. Hay en sus obras y vida pasajes que recuerdan este aspecto mundano de su formación. El Santo nos dirá «que en todo esto no hacía más que obedecer a su padre».

La formación religiosa y moral de la niñez y adolescencia la comparten su padre, que le da la seguridad y tenacidad de ideas, la fuerza de la voluntad; su madre, de la cual hereda su exquisita sensibilidad, y el Oratorio de los nobles de San Felipe Neri. Aquí ingresa a los nueve años, haciendo la comunión al año siguiente. Aquí encuentra el ambiente propicio y un director para sus años de adolescente en la persona del padre Pagano. «Cuan-

do un seglar me pregunta cómo se ha de santificar en el mundo, le respondo: Hazte congregante y cumple con la Congregación», escribirá siendo misionero y recordando los años pasados en la Congregación de nobles y de doctores.

Los años que corren entre los dieciséis y veintiséis (1713-1723) marcan su decenio más interesante y crucial. Alfonso entra de lleno en el mundo. Después de tres años de ampliación de estudios empieza su vida de abogado y va conquistando distinguida clientela. Frecuenta el teatro y los salones. Su padre ha creído llegada la hora de casarlo con la hija de los príncipes de Presicio. Es un partido ventajoso que propone a Alfonso mientras éste se mantiene entre indiferente y «lunático». Sigue una vida de sociedad intensa, querida y mantenida por su padre. Todavía vuelve éste a la carga, presentándole ahora la hija de los duques de Presenzzano. Ha decidido encumbrar a su hijo Alfonso con la gloria de la sangre y de la nobleza. No lo conseguirá. Alfonso había vencido por primera vez.

Todo este mundo napolitano, paraíso de diablos, como le llamó un turista de la época, no hizo cambiar en nada la vida de piedad de Alfonso. Nos dice él que, gracias a la visita al Santísimo, pudo dejar el mundo. Jesús sacramentado le enseñó la vanidad de las cosas.

> «Créeme, todo es locura: festines, comedias, conversaciones [...], tales son los bienes del mundo. Cree a quien de ello tiene experiencia y llora su desengaño».

Todos los años practica los ejercicios espirituales en completo retiro. Recordará siempre los ejercicios del año 1722, en que el padre Cútica presenta ante los ejercitantes un cuadro impresionante de Cristo crucificado en el que aparecen impresas las manos de un condenado. Frecuenta asiduamente la Congregación de doctores, en la que trabaja enseñando el catecismo y visitando enfermos. Por esta época su sola presencia convierte a un criado de su casa, musulmán. «La fe del señor tiene que ser la verdadera, pues su conducta es la mejor prueba», fue la razón que dio.

A esta edad de veintiséis años ha llegado Alfonso a unas cuantas ideas fijas que le preocupan: el pecado, la conciencia, el mundo, la salvación del alma. Es un introspectivo terrible. Estas

ideas ya no le dejarán en toda la vida. Abundan los testimonios de este primer contacto con el mundo que nos lo presentan insatisfecho. «Amigo —dice un día a un compañero de profesión—, corremos el riesgo de condenarnos». Esta insatisfacción y desasosiego culminará en aquel desahogo o comprobación de lo que ya estaba convencido: «¡Oh mundo, ahora te conozco bien!».

En efecto, este mismo año comprueba definitivamente lo que es el mundo. Pierde el célebre pleito entre el duque de Orsini y el gran duque de Toscana. Es un fracaso ruidoso que todo Nápoles vive y comenta. El suceso local de 1723, que diríamos hoy. Alfonso lo siente en lo más vivo. Llora encerrado durante tres días, sin querer probar bocado. Pero de esta encerrona no sale el resentido del mundo, sale el convencido y resuelto a dejar los tribunales y a dar una orientación más alta a su vida. Pasan unos meses de tremenda lucha interior, meses de espera de algo definitivo, porque «así no se puede vivir».

Dios estaba esperándole detrás de todo esto. Un día, cuando visitaba a los enfermos en el hospital de los incurables, oyó una voz, dirigida a él. Le llamaba por su nombre: «Alfonso, deja el mundo y vive sólo para mí». Salió corriendo del hospital. En la puerta vuelve a oír las mismas palabras: «Alfonso, deja...». Rendido a la evidencia exclama: «Señor: ya he resistido bastante a vuestra gracia. Heme aquí. Haced de mí lo que queráis».

En su camino encuentra la iglesia de la Merced. Entra, se arrodilla y hace voto de dejar el mundo. Se dirige luego al altar de Nuestra Señora y en prenda de su promesa deja allí su espada de caballero. Tenía ahora que ganar su segunda batalla con su padre. No sería fácil.

En este momento decisivo se dirige a su director, padre Pagano, quien aprueba su voto de dejar el mundo. ¿Y su padre? Cuando Alfonso, tembloroso, le comunica su resolución, su padre esgrime el mejor argumento: las lágrimas. No lo había usado nunca. Se le echa al cuello y, abrazándole, le dice: «Hijo, hijo mío, ¿me vas a abandonar?». Tres horas duró esta lucha de la sangre y el espíritu. Termina con la victoria del hijo. Alfonso viste el hábito eclesiástico en 1723, a la edad de veintisiete años. Tres años más tarde sube al altar. Estos tres años de estudio ha

estado en contacto con excelentes profesores de teología y moral que siempre recordará con afecto, ha trabajado en parroquias y, sobre todo, ha vivido en un ambiente, en la Congregación de la Propaganda, en que se cultivan las virtudes clericales.

Ahora con la ordenación se abre la puerta a la actividad apostólica. Siguen dos años de experiencias y gozos sacerdotales en los suburbios de Nápoles y en los pueblos y aldeas del reino. Su experiencia mejor en este período son las *capelle serotine* o reuniones al aire libre con gente de los barrios bajos para enseñarles el catecismo. Como miembro de las Misiones apostólicas se lanza en seguida al campo de las misiones y predicación, orientando en esta dirección definitivamente su vida.

Este mismo ambiente misionero precipita su vocación de fundador. En 1732 se encuentra con unos compañeros en las montañas de Amalfi. Aquí capta por sí mismo el estado de abandono religioso de cabreros y campesinos. Y aquí hace suyo el lema evangélico: «He sido enviado a evangelizar a estos pobres».

La intervención sobrenatural se deja sentir otra vez. Dios le quería fundador y maestro de misioneros. Así lo había manifestado a una santa religiosa, la venerable sor Celeste Crostarosa, que vivía en Scala, centro de irradiación de los misioneros. Asesorado por su director y seguido de algunos compañeros, funda el 9 de noviembre de 1732 la Congregación del Santísimo Redentor. Su fin será «seguir a Jesucristo por pueblos y aldeas, predicando el Evangelio por medio de misiones y catecismos». Una tarea exclusivamente apostólica. Excluye desde el primer momento toda otra obra que le impida seguir a Cristo predicador del Evangelio en caseríos y aldeas.

Se abre ahora la época más fecunda y plena de Alfonso. Durante más de treinta años recorre las provincias del reino con sus equipos de misioneros, que distribuye por todos los pueblos. Toma por asalto pueblos y ciudades y no sale de allí hasta después de doce, quince días y un mes. Mantiene con sacerdotes, párrocos, obispos y misioneros una correspondencia numerosa que nos lo hace presente en todas las misiones. No faltan en ella detalles de organización, de enfoque, de preparación de la misión. Le preocupa dotar a su Congregación de un cuerpo de doctrina orgánico y definido de misionar. Lo va perfilando

en sus circulares, en el «Reglamento para las santas misiones», los «Ejercicios de la santa misión» y en sus célebres «Constituciones» del año 1764, que encauzan la actividad y espíritu misionero alfonsino. Tannoia nos ha dejado en sus *Memorias* la actividad misionera de San Alfonso año tras año. Resulta sencillamente sorprendente.

Descubrimos también en esta época al escritor. La pluma es su segunda arma, más poderosa y permanente que la palabra. Está convencido de que el pueblo necesita mucha instrucción religiosa, necesita, sobre todo, aprender a rezar y meditar. Para el pueblo van saliendo las *Visitas al Santísimo* y *Las Glorias de María,* libros clásicos en el pueblo cristiano. Siguen la *Preparación para la muerte,* el *Gran medio de la oración, Práctica del amor a Jesucristo* e infinidad de opúsculos que va regalando en sus misiones. Con la *Teología moral,* la *Práctica del confesor,* el *Homo apostolicus* y otros estudios de apologética se descubre San Alfonso como el moralista y el gran maestro de la pastoral de su tiempo. Sólo con un voto de no perder un minuto de tiempo y una gran capacidad de trabajo pudo escribir en estos cuarenta años de su plenitud más de ciento veinte obras.

En 1762 es nombrado obispo de Santa Águeda de los Godos. Su pontificado dura hasta 1775. Durante este tiempo lleva por dos veces la Santa Misión a todos los pueblos de la diócesis. Él mismo predica el sermón grande de la misión, o el de la Virgen. Todos los sábados predica en la catedral en honor de Nuestra Señora. Reforma el seminario y el clero. Para los pobres que le asedian vende su coche y anillo. Prosigue su actividad literaria, dirigida ahora a deshacer los ataques de la nueva filosofía contra la fe, la Iglesia y el Papa. Sus pastorales son modelo de preocupación pastoral por los problemas del clero y de los fieles. Su defensa de la Iglesia es constante y eficaz: habla y actúa en favor de la Compañía de Jesús, asiste por un prodigio extraordinario de bilocación a la muerte de Clemente XIII, atormentado en esta hora. Mientras todas las cortes de Europa presionan y persiguen a la Iglesia, no cesará de pedir oraciones a los suyos y repetir: «¡Pobre Papa, pobre Jesucristo!».

Tras repetidas instancias el papa Pío VI le alivia de su cargo pastoral en 1775. Vuelve a los suyos pobre, como pobre había

salido, según reza el Breviario. Se recluye en su casa de Pagani para esperar la muerte. La estará esperando todavía doce años entre achaques que van desmoronando su cuerpo. Este período significa el eclipse de una vida entre resplandores de ternura, devoción, ingenuidad inefables. En esta postración obligada siente la sequedad, el abandono de Dios que había sentido de joven. Experimenta también el gozo y la exaltación de las realidades sobrenaturales. Las anécdotas abundan:

> «Hermano, yo quiero ver a Jesús; bájeme a la iglesia, se lo suplico.
> Monseñor —dice el hermano—, allí hace mucho calor.
> Sí, hermano, pero Jesús no busca el fresco».

Otro día:

> «Hermano, ¿hemos rezado el rosario?
> Sí, padre.
> No me engañe, que del rosario pende mi salvación».

La prueba más dura viene con la persecución y división de su Congregación. Él será separado y excluido temporalmente de ella. Mientras se hace la verdad espera repitiendo: «Voluntad del Papa, voluntad de Dios».

Muere en Pagani el miércoles 1 de agosto de 1787, al toque del *Angelus*. Tenía noventa años, diez meses y cinco días. Tannoia, su secretario, hace de él este retrato:

> «Era Alfonso de mediana estatura, cabeza ligeramente abultada, tez bermeja. La frente espaciosa, los ojos vivos y azules, la nariz aquilina, la boca pequeña, graciosa y sonriente. El cabello negro y la barba bien poblada, que él mismo arregla con la tijera. Enemigo de la larga cabellera, pues desdecía del ministro del altar. Era miope, quitándose los lentes siempre que predicaba o trataba con mujeres. Tenía voz clara y sonora, de forma que, aunque fuese espaciosa la iglesia y prolongado el curso de las misiones, nunca le faltó, aun en su edad decrépita. Su aire era majestuoso, su porte imponente y serio, mezclado de jovialidad. En su trato, amable y complaciente con niños y grandes.
>
> Estuvo admirablemente dotado. Inteligencia aguda y penetrante, memoria pronta y tenaz, espíritu claro y ordenado, voluntad eficaz y poderosa. He aquí las dotes con que pudo llevar a cabo su obra literaria y hacer tanto bien en la Iglesia de Cristo» *(Vita,* IV c.37).
>
> «En su larga carrera no hubo minuto que no fuera para Dios y para trabajar en su divina gloria. Juzgaba perdido todo lo que no fuera directamente a Dios y a la salvación de las almas» (ibid.).

Este testimonio explica la clave de la vida de Alfonso: la gloria de Dios por la salvación de las almas. Es un hombre que busca en todo lo esencial. Todo lo que no va a Dios y a las almas le estorba. Esto explica sus votos de hacer lo más perfecto y de no perder un minuto de tiempo. Parece que tiene prisa y le falta tiempo para estas dos grandes ideas: Dios y las almas.

Sus cuadernos espirituales, notas y cartas nos lo muestran preocupado de su perfección. Controla sus movimientos hasta el exceso. Consulta siempre con sus directores las cosas de su alma. Desde su niñez hasta su muerte seguirá fiel al director.

La austeridad y medida exacta de sus movimientos no han secado su corazón y su sensibilidad. Se acerca a Dios con la mente y el corazón. Jesucristo, imagen del Padre, le ofrece la manera de acercarse totalmente a Dios. Recorre todas las etapas de la vida del Señor, lleno de amorosa ternura en las Meditaciones de la Infancia y de la Pasión del Señor. Insiste en la parte que tiene el corazón y los afectos en la vida espiritual, porque el corazón manda. «Ámemos a Jesús. ¡Qué vergüenza si en el día del juicio una pobre vieja ha amado a Jesús más que nosotros!». Esta ternura afectiva no tiene otro fin que adentrarnos en Jesús para conocerlo e imitarlo. El amor es en San Alfonso principio de conocimiento e imitación en cuanto el amor nos acucia y estimula a asemejarnos al amado.

Este mismo lenguaje de ternura y confianza emplea con María. Para María compone poesías y canciones de honda inspiración. Nunca, sin embargo, sacrifica la verdad al corazón. Su célebre libro de *Las Glorias de María* asienta las grandes verdades de la fe sobre María: Madre de Dios, intercesora, medianera, inmaculada, que dan lugar a este lenguaje del corazón. Hace resaltar el aspecto práctico de la devoción a María en la vida de los cristianos. Formula este gran principio: «El verdadero devoto de la Virgen se salva». En sus misiones no deja nunca el sermón de la Señora, «porque la experiencia ha probado ser necesario para inspirar confianza al pecador». Sin duda el mayor secreto de su doctrina y de su pervivencia es el haberla vivido él antes intensamente.

No concibe su vida sino para Dios y las almas. Esta segunda faceta la ha realizado minuto a minuto más de sesenta años. Re-

pite muchas veces como su mayor timbre de gloria haber predicado misiones durante más de cuarenta años. No ha perdonado nada para acercarse a las almas. Le preocupan sobre todo el pueblo abandonado —«en las capitales tienen muchos medios de salvarse»—, los sacerdotes y las almas consagradas.

Habla al pueblo con sencillez. Su oratoria no reviste la ampulosidad de la época. Es digna, clara, ordenada, eminentemente práctica. Enseña el catecismo. Habla de las ocasiones de pecado, las verdades eternas, los sacramentos, los medios de perseverancia. Insiste en que la oración es fácil y que todos pueden rezar. Hay que hacérselo creer así al pueblo. La oración es, además, el medio universal de todas las gracias. Todos tienen la gracia suficiente para rezar y rezando alcanzarán las gracias eficaces para salir del pecado y para perseverar. De ahí su gran principio: «El que reza se salva, el que no reza se condena».

Le preocupan especialmente los sacerdotes y directores de almas. Vive una época de rigor moral que le tortura. Tampoco le convence la demasiada libertad. El viejo problema de coordinar la libertad y la ley —los derechos de Dios y del hombre— no ha encontrado aún solución. Su espíritu ordenador, sintético y práctico encuentra una fórmula: se pueden coordinar la libertad y la ley. El equiprobabilismo es una defensa tanto de la ley como de la libertad. Su honradez y seriedad científica le obligan a perfeccionar su sistema, a compulsar más de ochenta mil citas. Desde 1753, en que aparece su *Teología moral,* hasta su muerte no cesa de corregir su obra. Todos los problemas de moral encuentran en él una solución concreta. Su moral es una unión admirable del teólogo y moralista con el confesor y misionero. Ahora, y después de dos siglos, se nos hace imprescindible. «Ahí tienes a tu Ligorio», dirá el Papa a un moralista que le presenta un caso difícil.

Ésta es la vida de Alfonso de Ligorio. Ésta es su obra en la Iglesia de Dios. «Abrió su boca en medio de la Iglesia y le llenó el Señor del espíritu de sabiduría e inteligencia». A pesar del tiempo, San Alfonso sigue hablando un lenguaje de confianza en Jesús y María para el pueblo fiel, un lenguaje seguro y definitivo para los conductores de almas en los problemas de conciencia. Y, sobre todo, el lenguaje de las obras. La Iglesia ha

consagrado su vida y su obra elevándole a los altares en 1838, nombrándole doctor apostólico y celoso en 1870 y, finalmente, patrono de confesores y moralistas en 1952. «El que hiciere y enseñare, ése será grande en el reino de los cielos».

PEDRO R. SANTIDRIÁN, CSSR

Bibliografía

CAMPOS CASTRO, J., *Vida breve de una larga vida. Rasgos biográficos de San Alfonso M.ª de Ligorio* (Madrid 1953).

NAVARRO VILLOSLADA, F., *Vida popular de San Alfonso M. de Ligorio* (Madrid 1915).

TANNOIA, P., *Vita ed instituto di S. Alfonso M. de Liguori dottore di S. Chiesa, vescovo di Sant'Agata de' Goti e fondatore della Congregazione del SS. Redentore* (Nápoles 1798); nueva ed.: *Della vita ed instituto del venerabile servo di Dio, Alfonso M.ª de Liguori* (Materdomini 1982).

TELLERÍA, R., *San Alfonso María de Ligorio, fundador, obispo y doctor,* 2 vols. (Madrid 1950).

• Actualización:

LÓPEZ MELÚS, R. M.ª, *Vida de San Alfonso María de Ligorio* (Madrid 1980).

REY-MERMET, TH., *El santo del Siglo de las Luces: Alfonso de Liguori (1696-1787)* (Madrid 1985).

RUIZ GOÑI, D., *San Alfonso María de Ligorio. Un grande al servicio de los pequeños, 1696-1787* (Madrid 1987).

VIDAL, M., *Frente al rigorismo moral, benignidad pastoral: Alfonso de Liguori (1696-1787)* (Madrid 1986).

SANTOS MÁRTIRES MACABEOS

(Antiguo Testamento)

Al fin. Ya todo se acabó. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis..., los siete. Con el martirio de cada uno de ellos le iban arrancando a ella, la madre, un trozo de su ser. Por eso ya no le quedaba nada. Vivía, pero su vida se había ido agotando con la muerte de cada uno de sus hijos. Ni dolor posible había para ella. Era como un vaso lleno donde ya no cabe más.

Los había visto morir, uno a uno, casi cacho a cacho, en medio de una espantosa carnicería. La lengua, las manos, los pies... Y luego, así manando sangre, despojos humanos, a la caldera del aceite hirviendo. Pero, eso sí, valientes, erguidos, animosos. Proclamando su fe, cuando podían hablar, con palabras arrebatadas. Cuando ya no, con su mirada, con sus ojos brillantes de dolor o de esperanza, fijos en el cielo o en ella. Y luego, el mis-

mo retorcimiento de sus miembros, el crepitar de sus carnes, el vaho espeso y atosigante de sus grasas, era como un incienso nuevo que traspasaba los techos del palacio y del mundo en un puro grito de amor.

Y ella, allí. Cada tormento de sus hijos era un golpe de dolor y de asfixia que se le iba represando en la garganta. Venía el dolor a oleadas, amenazando romper el dique de su corazón. Pero no. El quiebro de su fortaleza se notaba apenas en aquel sordo sollozo interior, en aquella leve crispación súbita de sus miembros, en aquella acentuada presión de sus manos al estrechar contra su pecho el apiñado racimo humano que iba reduciéndose, reduciéndose...

Hasta que no pudo abrazar más que el vacío. Había entregado su último hijo, el pequeño, el que estaba más cerca aún de su carne. Y fue entonces cuando hubo de hablar, a instancias del verdugo. Las primeras palabras habían sido dulces, quejumbrosas, como un llamamiento al consuelo, a la vida, a la alegría. Se habría esperado de ellas una súplica al niño para que volviese atrás, negase su fe, pero quedase en la vida como gozo único de su madre, según prometía el tirano. Mas luego se habían convertido, por esa misma carga de dulzura y de queja, en el agudo llamear de una espada que invitaba a la victoria de una muerte en martirio:

> «Hijo, ten compasión de mí, que por nueve meses te llevé en mi seno, que por tres años te amamanté, que te crié, te eduqué y te alimenté hasta ahora. Ruégote, hijo, que mires al cielo y a la tierra, y veas cuanto hay en ellos, y entiendas que de la nada lo hizo todo Dios, y todo el humano linaje ha venido de igual modo. No temas a este verdugo, antes muéstrate digno de tus hermanos y recibe la muerte para que en el día de la misericordia me seas devuelto con ellos».

¿Hacía falta echar leña al fuego? Porque aquel adolescente, carne de su carne, era ya una llama viva, pura hoguera de encendidas palpitaciones. Voluntad indomable y arrogante, pero también aguda lucidez. Sabía adónde iba, y sabía también el porqué y el para qué:

> «Yo, como mis hermanos, entrego mi cuerpo y mi vida por las leyes patrias, pidiendo a Dios que pronto se muestre propicio a su pueblo, y que tú, a fuerza de torturas y azotes, confieses que sólo

Él es Dios. En mí y en mis hermanos se aplacará la cólera del Omnipotente, que con encendida justicia vino a caer sobre toda nuestra raza».

Las palabras, aceradas palabras, llenas de tremenda clarividencia de responsabilidad, pero también de inmensa fe, de inmenso amor, de total sentido de sacrificio, no se las había dirigido a ella, sino al tirano.

Estas palabras habían sido la expresión más absoluta del puro holocausto, y a ella la habían confortado en todos aquellos momentos últimos, tan terribles, cuando no veía más que desolación, miembros sanguinolentos, máscaras chamuscadas y retorcidas de los cuerpos de sus hijos, y vacío, sobre todo vacío.

Al fin todo se había acabado. Quedaba ella. Pero ¿qué era ella? El último resplandor, la vacilante llamita final de un incendio ya pasado. Recibió la muerte como si recibiera el soplo de una brisa. No tenía más que hacer: apagarse.

Debió de posarse entonces en el recinto, por un instante, la pesada ala del silencio. Y en medio de él debió de sentirse como el eco de un jubiloso cántico de gloria, que estremecía los cuerpos del tirano y los verdugos, calándoles hasta los huesos del alma con un escalofrío de pavor y con la más absoluta sensación de inutilidad.

Pero no había que extrañarse demasiado. Toda la monolítica grandeza de aquellos mártires no era más que la espiga en granazón de una simiente. La que había plantado con su propio martirio el viejo doctor Eleazar, a quien la leyenda, por ese juego de influjos ocultos, asocia a los siete jóvenes en calidad de maestro.

También a él querían forzarle a que renegase de las leyes religiosas de su pueblo, comiendo, como símbolo de la traición total, carnes prohibidas. Voces insidiosamente amigas le incitaron a que simulase comerlas para librarse de la muerte. Pero él se había negado a esta infamia, por fe, por respeto a Dios, por dignidad, y para sembrar ejemplo, no fuera que pudiesen luego «decir los jóvenes que Eleazar, a sus noventa años, se había paganizado con los extranjeros»:

«Por lo cual animosamente entregaré la vida y me mostraré digno de mi ancianidad, dejando a los jóvenes un ejemplo noble para

> morir valiente y generosamente por nuestras venerables y santas leyes».

Y así, animosamente, al hilo de sus palabras, enfebrecido de entusiasmo juvenil, entregó su noble carne anciana al desgarramiento de los azotes, que «el alma sufre gozosa por el temor de Dios». Y no había sido inútil su tesonero ejemplo, pues prendió como avasalladora llama precisamente en el pecho de los jóvenes, según su último deseo. Ahí estaban, para testimonio, esas siete antorchas, los siete hermanos unidos en el abrazo octavo de la madre, consumiéndose en el mismo fuego de fe, amor y holocausto.

Éstos son los mártires Macabeos. Unidos en la veneración, como lo estuvieron, por esa misteriosa ligazón del ejemplo, en el martirio.

¿Mártires de Cristo antes de Cristo? Hay que buscar el nudo a la paradoja en esa corriente subterránea de vida y de fe que, nacida de las promesas divinas en la misma fuente de los tiempos, empapa todas las raíces de la historia, hasta desembocar, como chorro de luz abundosa, en la venida humana de Dios. Los Macabeos mueren por no traicionar sus leyes patrias. Y estas leyes suyas están ancladas en Dios y en las promesas de Dios a su pueblo. Sus raíces se hunden en la savia de esa corriente que, en definitiva, desemboca en Cristo y no tiene sentido sin Cristo, el Mesías esperado.

San Gregorio Nacianceno, en su homilía sobre los Macabeos, apoya también esta afirmación:

> «Una razón inexplicable e íntima, en la que abundan conmigo los que aman a Dios, me hace creer que ninguno de los que padecieron el martirio antes de la venida del Redentor pudo obtener esa gloria sin la fe en Jesucristo».

Mártires, por tanto, de Cristo. Mártires en esperanza. Han brotado en el huerto que, regado por esa dulcísima agua invisible de la fe en las promesas mesiánicas, «ya muestra en esperanza el fruto cierto».

¡Y con qué fuerza irrumpen en las celebraciones cristianas, ya desde los albores! Es tal la evidencia y celebridad de su culto que apenas se encuentran mayores en otros santos.

En un calendario del siglo IV, en el que, al lado de las fiestas del Señor, se citan solamente los nombres de los santos Pedro, Pablo, Vicente, Lorenzo, Hipólito y Esteban, se conmemora la fiesta de los Macabeos, ya con la fecha del 1 de agosto, que ha conservado siempre, aun con precedencia sobre San Pedro ad Vincula hasta el siglo IX.

El esplendor de su culto alcanza a la Iglesia griega lo mismo que a la latina. Y sus reliquias se veneran en Antioquía primero, luego en Constantinopla, desde el siglo VI en Roma, en San Pedro ad Vincula...

Los grandes Padres de la Iglesia predican en su honor las más bellas homilías: San Gregorio, San Agustín, San Cipriano... El Crisóstomo, en una de las tres que les dedicó en Antioquía, exclama:

> «¡Qué espléndida y gozosa se nos ofrece hoy la ciudad! ¡Qué maravilloso este día, sobre todos los del año! No porque el sol derrame sobre la tierra fulgores más brillantes que nunca, sino por el resplandor de los Santos Mártires, que alumbran la ciudad más que el relámpago... Por su causa la tierra se muestra hoy más hermosa que el mismo cielo».

¿Qué es lo que ha visto la Iglesia en estos mártires para saltar así de gozo? ¿Para celebrarlos, únicos entre los del Antiguo Testamento, con esta gloria y devoción?

Sin duda adivina en ellos el ejemplo más acusado de esa mística radicación en Cristo de toda la fe, toda la gracia, todo el amor heroico de todos los tiempos. El borbotón de gracia y fuerza que brota en el Calvario, no sólo impregna de frescura y enciende en fuego de sangre a todo lo que viene después de él, sino también a lo anterior, porque su vitalidad es eterna.

Por otra parte, el martirio de los Macabeos es una lección magistral para todos los cristianos perseguidos, una incitación a la heroicidad en los tiempos difíciles, como lo destaca San Gregorio:

> «Si sufrieron el martirio antes de la pasión de Jesucristo, ¿qué hubieran hecho si hubiesen sido perseguidos después de Él, mirando el ejemplo de su muerte redentora?».

Y también —¿por qué no?— la Iglesia tiene que sentirse conmovida en lo más íntimo de sus entrañas por el testimo-

nio soberano de estos mártires: ese noble anciano que marcha abierta y directamente a la muerte con ánimo juvenil, desechando subterfugios e hipocresías; esos siete hermanos, en plenitud de vida, que antes de morir lanzan al tirano su reto con aire de victoria; esa madre que, a golpes de corazón y de angustia, va entregando uno a uno sus hijos, en un segundo alumbramiento más doloroso, porque los envía a la vida, pero a través del negro puente de la muerte.

Finalmente, en las palabras de los Macabeos se encuentra uno de los testimonios más claros acerca de la fe en la resurrección de la carne antes del cristianismo.

Todo ello parece constituir una magnífica obertura en sangre a la grandiosa sinfonía de martirio que nace en el Calvario. Y nos enseña, desde su humilde fondo precristiano, la única manera de defender los inalienables derechos de Dios sobre el hombre, ante todas las tiranías y ante todas las defecciones de los buenos: con el holocausto propio.

> «En mí y en mis hermanos se aplacará la cólera del Omnipotente, que con encendida justicia vino a caer sobre toda nuestra raza».

Son, en definitiva, estas palabras del hermano pequeño las que nos dan la dimensión profunda y verdadera de este admirable martirio de los Macabeos.

SERVANDO MONTAÑA PELÁEZ

Bibliografía

2 Mac 6-7.
AGUSTÍN, SAN, *In sollemnitate martyrum Machabaeorum sermones 2:* PL 39,1376-1385.
DE ROSSI, G. B., «Scoperta di un sarcofago con le reliquie dei Maccabei nella basilica di S. Pietro in Vincoli»: *Bulletin di archeologia cristiana* 3.ª serie, I (1876) 73-75.
FERRUA, A., «Della festa dei ss. Maccabei e di un antico sermone in loro onore»: *La Civiltà Cattolica* (1938) 234-247; 318-327.
GREGORIO NAZIANCENO, SAN, *Oratio 15 in Machabaeorum laudem:* PG 35,912-933.
JUAN CRISÓSTOMO, SAN, *In SS. Machabaeos et in matrem eorum hom. 3:* PG 50,617-628.
Martyrologium hieronymianum, o.c., 409.
Martyrologium romanum, o.c., 317-318.
RAMPOLLA, M., *Del luogo del martirio e del sepulcro dei Maccabei* (Roma 1898).
• Actualización:
IGLESIAS GONZÁLEZ, M. - ALONSO SCHÖKEL, L., *Macabeos* (Madrid 1976).
MARTÍN NIETO, E., *Los libros de los Macabeos* (Salamanca 1992).
RAINER, A., *Historia de la religión de Israel en tiempos del Antiguo Testamento.* II. *Desde el exilio hasta la época de los Macabeos* (Madrid 1999).

BEATO PEDRO FABRO

Presbítero († 1546)

Refiere el padre Diego Laínez que cuando, en 1535, San Ignacio salió de París para atender en España a su salud quebrantada, dejó «al buen maestro Pedro Fabro como hermano mayor de todos» los compañeros de un mismo ideal, consagrado meses antes con voto en la colina de Montmartre. Éste era el Beato Fabro: el primer sacerdote de la Compañía, ordenado tres semanas antes de aquel voto, y el primer miembro de aquel grupo estable de hombres excepcionales que, con San Ignacio a la cabeza, habían de fundar una nueva Orden.

Oriundo del pueblecito de Villaret, parroquia de San Juan de Sixt, situado en las faldas del Gran Bornand en el ducado de Saboya, donde había visto la luz primera durante las alegrías pascuales de 1506, aquel sencillo y humilde pastorcito ya a los diez años había sentido una atracción irresistible hacia el estudio. Sus padres, movidos por las lágrimas del niño, se vieron obligados a modificar los planes que sobre él tenían y ponerle a estudiar, primero en el vecino pueblo de Thones y a los dos años en La Roche, bajo la dirección del piadoso sacerdote Pedro Velliard, que le educó no menos en la doctrina que en el temor de Dios.

Siete años permaneció en aquella escuela, hasta que a los diecinueve de edad, en 1525, se dirigió a París para empezar el curso de artes o filosofía en el colegio de Santa Bárbara. La Providencia guiaba sus pasos para que, sin él preverlo ni pretenderlo, se fuese encontrando con sus futuros compañeros. En aquel colegio tuvo como maestro al español Juan de la Peña, el cual, a su vez, cuando encontraba alguna dificultad en la lectura de Aristóteles, se la consultaba a Pedro Fabro, porque «era buen griego». Maestro y discípulo compartían una misma habitación, en la que también por aquel mismo tiempo encontró alojamiento un condiscípulo de Fabro y de su misma edad, nacido solamente seis días antes que él: el navarro Francisco Javier. Más adelante, en octubre de 1529, se les juntó un tercer compañero, quince años mayor que ellos, destinado por Dios a ejercer un influjo decisivo en su vida: era Ignacio de Loyola. Esta convivencia y comunidad de estudios no podía menos de acercar a

estos tres nobles espíritus; pero mientras Javier tardó todavía varios años en dejar sus planes de mundo, el dulce saboyano se rindió más fácilmente al ascendiente que sobre él ejercía Ignacio. Dios se valió de un difícil período de escrúpulos y luchas interiores para que Fabro se pusiese bajo la dirección de Ignacio, ya por entonces hábil maestro de espíritus. Cuatro años duró esta íntima comunicación, pero dos bastaron para que Fabro se decidiese a seguir a su compañero en una vida de pobreza y apostolado. Decisiva influencia ejercieron los ejercicios espirituales, que Fabro hizo con tanto rigor que estuvo seis días sin comer ni beber nada, y sin encender el fuego en el crudo invierno de París. Más adelante, según el testimonio del mismo San Ignacio, había de tener el primer lugar entre los que mejor daban los ejercicios.

Mientras se iba desarrollando esta transformación en el interior de Fabro avanzaban también sus estudios teológicos, hasta que el 22 de julio, fiesta de Santa María Magdalena, celebró su primera misa. El 15 de agosto siguiente, en la fiesta de la Asunción de María al cielo, pudo celebrarla cuando, junto con Ignacio, Francisco Javier, Nicolás de Bobadilla, Diego Laínez, Alonso Salmerón, Simón Rodrigues, hizo el voto de vivir en pobreza y de peregrinar a Jerusalén, y, en caso de resultar esto imposible en el espacio de un año, ponerse en Roma a la disposición del Papa; voto renovado en los dos años sucesivos, cuando, si bien estuvo ausente San Ignacio, se asociaron a los anteriores en 1535 el compatriota de Fabro Claudio Jayo y en 1536 los franceses Juan Coduri y Pascasio Broet.

Desde el voto de Montmartre las vidas de Ignacio y de sus compañeros se funden en una sola, aun cuando el curso de los acontecimientos iba a conducir a unos y a otros por caminos del todo distintos. En noviembre de 1536 Fabro y los demás se encaminaban a Venecia con intención de poner en práctica su voto jerosolimitano. Allí se reúnen con Ignacio, que les espera, según lo convenido. Mientras aguardan el tiempo en que debía hacerse a la vela la nave peregrina, se reparten por los hospitales de la ciudad y se ejercitan en las obras de caridad y de celo. Obtenido el necesario permiso de Roma, asisten con los demás peregrinos a la procesión del Corpus el 31 de mayo. En el mes

de junio de aquel año 1537 reciben todos los que no eran sacerdotes las sagradas órdenes. Todo estaba preparado para la partida cuando un hecho inesperado se la impidió. Ante el peligro inminente de una guerra entre Venecia y el Turco no salió ninguna nave para Tierra Santa, hecho éste que no había ocurrido desde hacía años y tardó mucho tiempo en volver a repetirse. Los primitivos historiadores hacen constar esta circunstancia, haciendo ver en ella la mano de la Providencia, que tenía otros designios sobre aquel puñado de hombres dispuestos a las más grandes empresas.

Mientras los demás se repartieron por diversas ciudades en espera de nuevos acontecimientos, Ignacio, Fabro y Laínez en el otoño se encaminan a Roma. En el camino, poco antes de entrar en la Ciudad Eterna, Ignacio recibió la célebre visión, que, por el lugar donde ocurrió, suele ser llamada de La Storta. En ella Dios le prometió para él y los suyos una especial protección en Roma. Bien pronto el papa Paulo III se sirvió de aquellos hombres que se habían puesto a su servicio directo. A Fabro le confió la enseñanza de la Sagrada Escritura en la Universidad de La Sapienza (noviembre de 1537 a mayo de 1539). A partir de esta fecha comienza para Fabro la serie ininterrumpida de sus misiones apostólicas, que le obligaron a recorrer en un sentido u otro casi toda Europa, de Roma a Colonia, de Ratisbona a Lisboa.

En la trama complicada de sus viajes continuos hay dos hilos orientadores que señalan una doble dirección. Ignacio quería que Fabro diese impulso a la Compañía, sobre todo en Portugal y España. El Papa y el mismo San Ignacio querían valerse de su poder de atracción para salvar a las ovejas perdidas en las regiones protestantes. Un breve recorrido sobre los hechos externos de su vida nos presenta el siguiente cuadro de actividades: en octubre de 1540 parte hacia Alemania como teólogo del doctor Ortiz, consejero del emperador, acompañándole en los coloquios de Worms y de Espira y en la Dieta de Ratisbona. Allí le llega la orden de San Ignacio de encaminarse a España. Parte el 21 de julio de 1541, y, atravesando Baviera, el Tirol, su tierra saboyana, en la que se detiene diez días de intenso trabajo apostólico, por Francia entra en España. Cuatro meses han sido ne-

cesarios para este viaje de Ratisbona a Madrid. Apenas han pasado cinco meses, y le llega la orden de regresar nuevamente en compañía del cardenal Morone a Alemania. Seis meses se detiene en Espira. El cardenal Alberto de Brandeburgo le invita a Maguncia y allí conquista para la Compañía a Pedro Canisio, joven entonces de veintidós años y futuro apóstol de Alemania. En agosto y septiembre de 1543 le encontramos en Colonia. Pero no podía permanecer mucho tiempo en un mismo sitio. Esta vez le llega la orden de partir para Portugal; pero, cuando se dispone a emprender el viaje, pierde la ocasión de embarcarse en Amberes. En Lovaina cae enfermo. El nuncio en Renania, Juan Poggi, recibe la autorización para retenerle en Colonia, y en esta ciudad permanece seis meses, parte trabajando para desarraigar la herejía, parte dedicando su apostolado a los católicos y en íntimo trato con los cartujos colonienses. Por todo ello se aficiona a la ciudad del Rhin más que a ninguna otra. Pero Portugal sigue reclamándole, y en agosto de 1544 llega por mar a Lisboa, de donde pasa a Évora y a Coimbra. En mayo de 1545 se traslada por segunda vez a España, visitando Salamanca, Valladolid, Madrid, Toledo y otras ciudades de Castilla. Por entonces su salud empieza a debilitarse y se ve forzado a guardar cama en Madrid. Una nueva llamada parte desde Roma el 17 de febrero de 1546, la última de todas. Es menester que se ponga en camino para ir a Trento y juntarse con los padres Laínez y Salmerón, que trabajan en el concilio. Esta vez hace el viaje pasando por el reino de Valencia, llegando hasta Gandía, donde puso la primera piedra del colegio de la Compañía fundado por el duque Francisco de Borja. En Barcelona vuelve a sentirse enfermo y se ve forzado a detenerse tres semanas. Pero era necesario obedecer a la orden del Papa. Se embarca y llega a Roma cuando los calores son más intensos. A los pocos días sus fuerzas sucumben, y el 1.° de agosto de 1546, fiesta de las cadenas de San Pedro, ve romperse las que a él le tenían atado a la tierra. Contaba entonces cuarenta años y cuatro meses de edad, y expiraba exactamente diez años antes que San Ignacio.

Pero en el Beato Fabro, más que la sucesión de los hechos externos, cautiva el encanto que emana de toda su persona. Los testigos del proceso de 1596 nos lo presentan como de mediana

estatura, rubio de cabello, de aspecto franco y devoto, dulce y maravillosamente gracioso. Ejercía sobre todos los que le trataban un extraordinario poder de captación. A esto se añadía un talento, que era una especie de carisma, en el arte de conversar. Más que en los púlpitos le vemos actuar en el trato penetrante y espiritual con las más variadas personas, desde los grandes de la tierra y los dignatarios eclesiásticos hasta la gente sencilla, que le recordaba su origen montañés. Por su hablar y su obrar parece un precursor de su compatriota San Francisco de Sales, que tanto le estimó, y que dejó de él un hermoso elogio en su *Introducción a la vida devota.* Por su mansedumbre y caridad ha sido también comparado con San Bernardo. «¿Es un hombre, o no es más bien un ángel del cielo?», dirá de él San Pedro Canisio.

No todo en él era efecto de un natural excepcionalmente dotado. Por encima de sus cualidades descuella una virtud aparentemente sencilla, pero en la que es fácil encontrar rasgos de verdadero heroísmo. Su alma de niño no excluyó durante la infancia y juventud las luchas de la pasión. De ahí más adelante la angustia en que le sumergieron los escrúpulos. Su misma atracción hacia los ideales más elevados no excluye que sintiese la inclinación hacia una carrera seglar en el mundo. Pero él resistió a todo. Ya a los doce años consagró a Dios, con voto, su castidad. Más adelante hizo aquel otro tan revelador de su fina sensibilidad: el de no acercar jamás su rostro al de ningún niño; que eso pudiese ocurrirle con personas mayores, ni pensarlo siquiera. No es de maravillar que un alma tan pura sintiese como nadie el atractivo de la oración.

Su *Memorial,* o diario espiritual, en el que durante los últimos cuatro años de su vida dejó un reflejo de su alma, nos descubre con una ingenuidad espontánea su intensa vida de oración. Todo le sirve para elevarse a Dios. En todas las partes por donde pasa encuentra objetos de culto. Venera con singular devoción las reliquias de los santos y —esto es en él característico— venera con singular devoción a los ángeles de los poblados por donde pasa y de las personas con quien trata. A todos encomienda a Dios en sus oraciones, y la oración, junto con su trato exquisito, se convierte en su principal arma de apostolado. Oraba especialmente por ocho personas, y esta oración es significa-

tiva porque nos revela hacia dónde convergían los anhelos de su alma apostólica: el Sumo Pontífice, el emperador, el rey de Francia, el rey de Inglaterra, Lutero, el sultán de Turquía, Bucero y Melanchton. A estos dos últimos herejes había tenido ocasión de combatirlos en Colonia. Como, entre todas, le atraían especialmente las almas más necesitadas, de ahí sus ansias por la salvación de Alemania, su voto de ofrecer todas sus energías por aquel país: punto éste que le acerca a su hijo espiritual San Pedro Canisio.

En un alma tan privilegiada no podía faltar la característica del sufrimiento. En el Beato Fabro la ocasión de su dolor radicaba en su temperamento, extremadamente sensible. Era una lira que vibraba al menor roce, y las impresiones le llegaban hasta lo más hondo del alma. En un sujeto así pueden imaginarse las luchas interiores que tuvo que sostener. En su juventud fueron las intranquilidades de conciencia y los estímulos de la pasión. Más adelante fue la oscilación constante entre los planes que soñaba y el abatimiento al ver que no podía realizarlos. Versátil, de humor desigual, creyendo a veces haberlo conseguido todo, otras teniéndolo todo por irremisiblemente perdido. Tremendamente irresoluto, sufrió el tormento de la indecisión. Reconocía en sí mismo el defecto de querer abrazar demasiado, no sabiendo aferrar las cosas y las situaciones conforme aconsejaba la razón. De ahí un complejo de pusilanimidad, matizado de melancolía. Pero el Beato no se dejó arrastrar por sus tendencias temperamentales. Procuró combatir la desconfianza con el recurso constante a Dios. San Pedro Canisio nos dirá que luchó contra el espíritu de temor y desconfianza que le atormentaba. Meta suprema para él, la estabilidad del corazón, estorbada tanto por la tristeza infundada como por la vana alegría. La sensación de insuficiencia quedó en él transformada por la gracia en una maravillosa humildad, y esta virtud, a su vez, animó los demás aspectos de su espiritualidad: su caridad, su celo de las almas, pero, sobre todo, su oración. Además del recurso a Dios, su salvación fue la obediencia a sus superiores. La carta ignaciana de la obediencia se hizo letra viva en el Beato Fabro.

Obediencia la suya que llegó al heroísmo. Cuentan que, al salir de Barcelona con el cuerpo enfermo, a quien le disuadía de

emprender semejante viaje le respondió: «No es necesario que yo viva, pero es necesario que obedezca». Y por obediencia murió, a semejanza de Jesucristo.

Años después San Francisco de Sales se mostró maravillado de que su compatriota no hubiese sido honrado como otros. Pero tampoco al Beato Fabro le faltó este tributo de la veneración y aun del culto; culto que, aunque muy tarde, reconoció finalmente la suprema autoridad del papa Pío IX el 5 de septiembre de 1872.

CÁNDIDO DE DALMASES, SI

Bibliografía

Fabri monumenta beati Petri Fabri, primi sacerdotis e Societate Jesu epistolae, memoriale et processus, ex autographis aut archetypis potissimum deprompta (Monumenta Historica Societatis Iesu; Madrid 1914).

GUITTON, G., *L'âme du bienheureux Pierre Favre, dit «Lefevre» premier prêtre de la Compagnie de Jésus* (París 1934).

MARCH, J. M.ª, *Memorial espiritual del Beato Pedro Fabro, de la Compañía de Jesús* (Barcelona 1920).

PLAZA, C. G., *Contemplando en todo a Dios. Estudio ascético-psicológico sobre el «Memorial» del Beato Pedro Fabro, S.J., primer compañero de San Ignacio de Loyola* (Madrid 1944).

POCHAT-BARON, F., *Le Bienheureux Père Le Fèvre ou Pierre Favre, premier prêtre de la Compagnie de Jésus (1506-1546)* (París 1931).

• Actualización:

ALBURQUERQUE, A. (ed.), *En el corazón de la reforma. «Recuerdos espirituales» del Beato Pedro Fabro* (Bilbao-Santander 2000).

RANDLE, G., *Geografía espiritual de dos compañeros de Ignacio de Loyola: Francisco Javier (1506-1552), Pedro Fabro (1506-1546): primeros compañeros de Ignacio de Loyola (1491-1556) en el Colegio Santa Bárbara de la Universidad de París* (Bilbao 2001).

The Spiritual Writings of Pierre Favre (San Luis, MO 1996).

BEATO BIENVENIDO DE DOS HERMANAS (JOSÉ DE MIGUEL ARAHAL)

Religioso y mártir († 1936)

El presente grupo: Bienvenido de Dos Hermanas, Valentín de Torrente, Laureano de Burriana, Gabriel de Benifayó, Florentín Pérez, Urbano Gil, Bernardino de Andújar, Ambrosio de Torrente, Recaredo de Torrente, Modesto de Torrente, Francisco de Torrente, Benito de Burriana, José Llosá, Domingo de Alborada, León de Alacuás, Francisco Tomás Serer, Crescencio García Pobo, Timoteo Valero, constituye el mayor grupo de

mártires de la Congregación de Religiosos Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores. Congregación fundada en 1889 por el venerable Luis Amigó en Masamagrell, Valencia, para la enseñanza y moralización de los jóvenes acogidos en las escuelas de reforma y correccionales.

En 1936 la congregación, y a pesar de estar ya entonces extendida por toda España, Colombia, Italia y Argentina, todavía pagó el tributo de sangre del 18 por 100 de sus miembros, dieciocho de los cuales constituyen el presente grupo martirial. No hacemos mención del martirio de Carmen García Moyon ni de Vicente Cabanes Badenas, ya que gozan de una biografía extensa en esta misma colección (cf. 30 de enero y 30 de agosto, respectivamente).

En los años de la persecución religiosa el presente grupo martirial formaba parte de cuatro fraternidades amigonianas, dos de ellas en las inmediaciones de la ciudad de Valencia y las otras dos de Madrid capital. Pasamos a relatar la persecución, pasión y muerte de cada uno de los grupos martiriales, para concluir con una breve biografía del más ilustre de todos ellos, el beato Bienvenido María de Dos Hermanas.

El primer grupo de mártires lo integran seis religiosos de la casa-noviciado de San José de Godella, Valencia. A cinco escasos kilómetros de la Ciudad del Turia, en los días de la persecución religiosa la casa cobijaba seminaristas, novicios, juniores, jóvenes religiosos y una numerosa fraternidad. Las actas martiriales recogen el siguiente relato realizado por un novicio, miembro entonces de la comunidad:

> «La casa-noviciado de San José fue invadida el 22 de julio de 1936. Dio la orden de asalto, el que mandaba, a primeras horas de la mañana del día 22. A la salida de la misa de comunidad nos reunieron a todos los religiosos. Desde el principio quisieron fusilar a los religiosos sin miramiento alguno. En consecuencia, pronto nos pusieron de cara a la pared. Esperábamos la orden de disparo contra nosotros. Teníamos la vista nublada ante la inminente muerte. El que mandaba decía que no dejaran enfriar los cadáveres y los enterrasen todavía calientes.
>
> El padre Francisco de Ayelo, que era el maestro de novicios, nos dijo:
>
> —Hagan el acto de contrición.
>
> Y nos dio la absolución.

Un día, el tercero, nos encerraron en el coro de la iglesia y bajo él iban almacenando colchones. Corrió la voz de que iban a quemar la iglesia. El padre Florentín, que lo supo, no pudo dominarse y, excitado tremendamente, gritaba:

—¡Nos van a quemar vivos!

Hubo que calmarlo como se pudo. Después se supo que los colchones almacenados eran para dormir los milicianos.

Los padres Francisco María de Ayelo de Malferit, Antonio María de Masamagrell y Florentín Pérez, con algún novicio, fueron llevados y bajados al patio central para simular su fusilamiento. Formado el pelotón de milicianos, y con las armas dispuestas a disparar, aparecieron los padres, quienes mutuamente se dieron la absolución y prepararon para el martirio.

También en alguna ocasión dispararon varias cargas cerradas con el fin de intimidar a los que habían quedado recluidos en celdas, después de haber bajado al patio a varios religiosos».

Luego de varios días de zozobra los religiosos, finalmente, pudieron abandonar la casa-noviciado y refugiarse en casas de sus familiares y amigos en Godella y pueblos circunvecinos. En los lugares de refugio fueron posteriormente apresados por los milicianos y conducidos a la muerte. Seis miembros de la casa-noviciado sufrieron el martirio. Son los beatos Valentín de Torrente, Laureano de Burriana, Gabriel de Benifayó, Florentín Pérez, Urbano Gil y Bernardino de Andújar.

Torrente es un pueblo de la huerta sur de Valencia, de cuya capital dista siete kilómetros, y de cuya fraternidad amigoniana de Nuestra Señora de Monte-Sión tres hermanos sufrirían el martirio. Constituyen el segundo grupo de mártires.

A primeras horas del domingo, día 20 de julio, los milicianos ocupan los patios interiores del convento de Nuestra Señora de Monte-Sión, de Torrente (Valencia). Poco después toda la fraternidad es conducida a las dependencias del Ayuntamiento del pueblo. Luego de tomar la filiación a cada uno de los religiosos se les deja libres. Los religiosos del pueblo se refugian en sus casas paternas, y los demás en casas de amigos y conocidos, no sin antes declarar su lugar de refugio. A continuación los milicianos incendian el convento de Monte-Sión, que destruyen hasta casi sus cimientos.

En días sucesivos el comité, con el pretexto de interrogar a los religiosos, les va deteniendo en sus refugios y les confina en la prisión llamada La Torre, es decir, en la única cárcel del pue-

blo. Disponía ésta de diversas celdas, una de las cuales fue ocupada exclusivamente por religiosos y sacerdotes. En la cárcel los religiosos amigonianos llevan prácticamente vida de comunidad. Un testigo ocular de los hechos asegura que

> «Los religiosos, durante el tiempo que estuvieron presos, se comportaron como cuando estaban en el convento, realizando los actos de piedad. El día 15 de septiembre, festividad de los Dolores de la Santísima Virgen, cantaron los Dolores; y el 17, las Llagas de San Francisco».

Esa misma noche se desencadenó una tormenta impresionante, por lo que se comentaba en el pueblo que con un tiempo tan infernal no les conducirían al martirio. Pero no fue así. Les sacaron de la cárcel y les condujeron camino de Montserrat, la vía sacra de tantos otros mártires. Durante el trayecto el padre Ambrosio continuaba animando a los religiosos al martirio. Iban atados. Llegados al lugar del sacrificio, la Font de la Mantellina, el padre Ambrosio pide que lo desaten.

> —«¿Para qué?, le pregunta uno de los verdugos».
> —«Para bendeciros y perdonaros, contesta el padre». Y con las manos atadas imparte la bendición y perdona a los asesinos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Actitud tanto más de admirar, dice un testigo, por el carácter tímido que tenía el padre Ambrosio.

En el mismo momento fueron martirizados ocho sacerdotes y religiosos, tres de los cuales pertenecían a la fraternidad amigoniana del convento de Nuestra Señora de Monte-Sión, de Torrente. Son ellos los beatos Ambrosio, Recaredo y Modesto, los tres de Torrente.

El tercer grupo lo forman los religiosos de la fraternidad del colegio-fundación Caldeiro, en el Madrid moderno. El domingo siguiente al alzamiento militar, 19 de julio de 1936, aún se atiende al cumplimiento dominical de los fieles en la capilla semipública del colegio. Celébranse las misas de siete y nueve de la mañana.

El lunes, día 20 de julio, todavía se guarda en el colegio la ordinaria distribución de clases hasta las once y media de la mañana en que un sacerdote de la fraternidad, que venía de la calle, avisa que estaban ardiendo varios templos y casas religiosas de

los alrededores del colegio-fundación Caldeiro. Poco después, unos cincuenta milicianos armados rodean el colegio y disparan a las ventanas abiertas. Como pueden, religiosos, profesores y alumnos abandonan el centro.

El martes 21, a las cuatro treinta de la tarde el colegio-fundación queda ocupado por elementos del Círculo Socialista del Sur, que luego se convertiría en la cheka de las Milicias Socialistas del Este.

Fray Francisco María de Torrente, fray Benito María de Burriana y fray José Llosá Balaguer hallan piadosa acogida en casas de los bienhechores del colegio hasta que, finalmente los tres, luego de incontables peripecias, consiguen trasladarse a Valencia, su patria natal. Los dos primeros hallan refugio en Torrente. Fray Francisco, en su casa natal y Fray Benito, en casa de unos bienhechores, donde se prepara al martirio. Ambos comparten prisión hasta el atardecer del 15 de septiembre en que fray Benito es sacado para el martirio; y dos días después, también fray Francisco con el grupo de Torrente a que más arriba hemos hecho referencia.

Fray José Llosá, apresado en Valencia, es trasladado primeramente al Comité de Salud Pública y, luego, internado en la cárcel modelo de la ciudad. Con el capuchino Luis de Orihuela, también preso, un día tiene el siguiente diálogo:

> —«¡Ay, don Luis! [...] ¡Me van a fusilar mañana!
> —No sucederá así, ya lo verá.
> —Sé cierto, certísimo, que mañana me fusilarán.
> —Pero, hombre, ¿es que has tenido una revelación? ¿Qué ha pasado? ¿Cómo se ha enterado de que lo van a fusilar mañana?
> —Mire, don Luis, el comité de mi pueblo persigue a muerte a todos los sacerdotes y religiosos del mismo. No sé cómo se han enterado de que yo me hallaba aquí preso. Han venido a cerciorarse de si era verdad y, al verme aquí, han quedado en ir a comunicarlo al comité y volver mañana por mí...
> No perdamos tiempo, don Luis, y confiéseme otra vez...».

El capuchino le confiesa nuevamente. Y fray José Llosá acepta el martirio, perdona a todos y promete acudir al auxilio de la Santísima Virgen en sus últimos momentos de vida.

Efectivamente, al día siguiente fray José Llosá es llevado a su pueblo natal donde es martirizado. En su ejecución los mili-

cianos intentan copiar el modelo de muerte del mártir del Calvario. Los tres religiosos —fray Francisco de Torrente, fray Benito de Burriana y fray José Llosá— eran originarios de la Comunidad Valenciana, y en ella sufrieron el martirio.

El último grupo de mártires amigonianos proviene de la Escuela de reforma de Santa Rita, Madrid, que, una vez desalojada de la fraternidad religiosa, fue convertida en cheka del Comité del Frente Popular. Un religioso de la fraternidad, que en la persecución religiosa consigue salvar la vida, relata los hechos. Así lo recogen las actas martiriales:

> «El día 20 de julio, a las 8'15 de la mañana, fuimos sorprendidos por un feroz tiroteo contra el colegio [...] Los milicianos, fusil al rostro, nos fueron buscando por toda la casa y, siempre apuntándonos, nos obligaron a todos a reunirnos en la dirección [...] Vale la pena notar aquí que aún llevábamos todos los hábitos puestos y ostentábamos nuestras venerables barbas [...] Y, cuando estuvimos todos (la comunidad se entiende) nos encerraron y dejaron un nutrido piquete de vigilancia a la puerta por la parte de fuera...
>
> —¿Sabéis lo que vamos a hacer con éstos?, sugirió sesudamente uno de ellos. Como aquí abajo hay un recibidor le prendemos fuego y, como este piso es de madera en menos de ná los achicharramos a tos. Cuidau que no se tiren por las ventanas. ¡Ale!
>
> —¡Eso, eso! [...] y salieron.
>
> Teníamos razones de sobra para estar seguros de que lo harían. Entonces se nos ocurrió algo que hasta entonces, quizás por la agitación, el barullo, la presteza con que ocurrió todo, no habíamos pensado. Cierto que tampoco habíamos llegado a un trance como éste. Hicimos un acto de contrición colectivo y nos dimos mutuamente la absolución. Siguió un silencio profundo. Y quiero subrayar lo siguiente: Estábamos todos serenos y tranquilos. Ni un solo gemido o suspiro. Ni un solo gesto de intentar huir. Pasaba el tiempo. No está en los designios del Señor que le hiciéramos este cruento holocausto».

Los beatos Bienvenido de Dos Hermanas, Domingo de Alboraya, León de Alacuás, Francisco Tomás Serer, Crescencio García Pobo y Timoteo Valero fueron recogidos por Madrid e inmediatamente martirizados, algunos con inauditos tormentos, tan sólo por ser religiosos.

Tal vez la vida más bella sea la del nazareno padre BIENVENIDO MARÍA DE DOS HERMANAS (JOSÉ DE MIGUEL ARAHAL), al que muy bien se le puede considerar como abanderado o titular de este grupo.

En Dos Hermanas, Sevilla, nace José de Miguel Arahal el 17 de junio de 1887. A los doce años se va con los terciarios capuchinos que rigen la Escuela de reforma de San Hermenegildo, en su pueblo natal. Al ser presentado al padre Luis Amigó en el convento de Nuestra Señora de Monte-Sión de Torrente para su ingreso en religión, éste le dice: «¡Bienvenido seas, hijo mío!». Y *Bienvenido de Dos Hermanas* será su nombre de religión en lo sucesivo.

En la congregación de terciarios capuchinos desempeña los cargos de superior, maestro de novicios, consejero, vicario general y, finalmente, general de la congregación de 1927 a 1932. Durante su generalato impulsa la promoción vocacional, apoya la capacitación científica de los religiosos y propicia la apertura de la obra a Hispanoamérica. Es el San Buenaventura de los terciarios capuchinos.

Religioso de una sola pieza y de gran capacidad intelectual, inculca las devociones que personalmente practica, especialmente a Jesús Sacramentado, a la Virgen de los Dolores, al Sagrado Corazón y al seráfico padre San Francisco.

Cuando el 20 de julio de 1936 es asaltada la Escuela de reforma de Santa Rita, el padre Bienvenido sigue con su hábito y es el último en abandonarla. El 31 de julio, y acompañado a la fuerza por dos milicianos, es conducido al Banco de Vizcaya primero, y al de España después, a sacar los fondos de la Escuela. Acto seguido, es entregado al Comité de Juventudes Libertarias del Puente de Toledo, quienes le conducen violentamente a la Pradera de San Isidro, donde es bárbaramente asesinado.

La semblanza del padre Bienvenido nos le presenta como un religioso de espíritu recto y fuerte, exigente consigo mismo y con los demás; adornado de grandes dotes de gobierno, sumamente tenaz en sus propósitos apostólicos, muy amante de la congregación y de su obra apostólica de reeducación de menores, y de una profunda espiritualidad.

Éste es el grupo de los 18 terciarios capuchinos mártires, dedicados exclusivamente a la reforma de la juventud extraviada, a que les destinara su buen padre fundador y en cuyo desempeño pacífico de su ministerio apostólico sufren la persecución religiosa y el martirio. Son sacrificados únicamente por ser

religiosos, pues sus perseguidores, entre las tesis de su programa, tenían muy clara la demolición de la Iglesia.

Todos fueron beatificados el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

AGRIPINO GONZÁLEZ, TC

Bibliografía

Bibliotheca sanctorum. Appendice seconda (Roma 2000) 217-221.
GONZÁLEZ, A., *Martirologio amigoniano* (Valencia 2001).
— *Meditación del cuadro* (Valencia 2002).
Martyrologium romanum, o.c.
VIVES AGUILELLA, J. A., *Hombres recios y entrañables* (Valencia 2000).

BEATAS MARÍA ESTRELLA DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO (ADELAIDA) MARDOSEWICZ Y COMPAÑERAS DE LA SAGRADA FAMILIA DE NAZARET

María Imelda de Jesús Hostia (Eduvigis Carolina) Zak, María Raimunda de Jesús y María (Ana) Kukolowicz, María Daniela de Jesús y María Inmaculada (Leonor Aniela) Jozwik, María Canuta de Jesús en el Huerto de Getsemaní (Josefa) Chrobot, María Sergia de la Virgen Dolorosa (Julia) Rapiej, María Guida de la Divina Misericordia (Elena) Cierpka, María Felicidad (Paulina) Borowik, María Helidora (Leocadia) Matuszewska, María Canisia (Eugenia) Mackiewicz, María Borromea (Verónica) Narmontowicz

Vírgenes y mártires († 1943)

La Congregación de Hermanas de la Sagrada Familia de Nazaret, llamadas las *nazaretanas,* ofreció al Señor once mártires gloriosas el día 1 de agosto de 1943, las cuales murieron dando un insigne testimonio de amor a Dios y amor al prójimo. La congregación había sido fundada por la Beata María del Buen Pastor, llamada en el siglo Francisca Siedliska, nacida el 12 de noviembre de 1842 y muerta el 21 de noviembre de 1902, a la que el papa Juan Pablo II puso en los altares el 23 de abril de 1989. El mismo Papa beatificó a estas once heroínas de Cristo

el 5 de marzo del Año Santo 2000, diciendo entonces estas palabras a los fieles:

> «Dios fue verdadero "protector y ayuda" también para las mártires de Nowogródek, para la beata María Estrella Mardosewicz y las diez hermanas, religiosas profesas de la Congregación de la Sagrada Familia de Nazaret, nazaretanas. Fue para ellas una ayuda durante toda la vida, y después, en el momento de la terrible prueba, cuando esperaron durante una noche entera la muerte, lo fue, sobre todo, a lo largo del camino hacia el lugar de la ejecución, y por último en el momento del fusilamiento.
>
> ¿De dónde sacaron la fuerza para entregarse a sí mismas a cambio de la salvación de los condenados de la cárcel de Nowogródek? ¿De dónde sacaron la audacia para aceptar con valentía la condena a muerte, tan cruel e injusta? Dios las había preparado lentamente para ese momento de una prueba tan grande. La semilla de la gracia sembrada en su corazón en el momento del santo bautismo y cultivada después con gran esmero y responsabilidad, arraigó profundamente y dio el fruto más hermoso, que es la entrega de la vida. "Nadie tiene amor más grande que el que da su vida por sus amigos" (Jn 15,13). Sí, no existe un amor más grande que éste: estar dispuestos a dar la vida por los hermanos».

La casa de la congregación en Nowogródek se había fundado el año 1929, y llegaron allí las hermanas invitadas por el obispo Segismundo Lozinski († 1932), obispo de Minsk y Pinsk, que murió en olor de santidad y cuya causa de beatificación se introdujo el 4 de diciembre de 1980. El obispo las invitó a hacerse cargo de la iglesia de la Transfiguración del Señor, llamada la «iglesia blanca», y a abrir una institución dedicada a la enseñanza de niños y jóvenes. La casa estaba bajo la denominación de Cristo Rey. Las hermanas que formaban la comunidad durante la segunda guerra mundial y la ocupación enemiga habían llegado a la misma en diversos momentos. Al igual que la población de las regiones en el confín oriental de la República de Polonia de entonces, la comunidad estaba formada por un mosaico variopinto de temperamentos y de personalidades al servicio de un único fin, el de difundir el reino del amor divino, que era el fin de la propia congregación, su carisma específico.

El estallido de la segunda guerra mundial, que tuvo lugar el 1 de septiembre de 1939, y la consiguiente invasión de aquellas regiones, primero por los soviéticos (1939-1941) y luego por los alemanes (1941-1945), turbaron el orden y la armonía que hasta

entonces había estado vigente en la sociedad de Nowogródek. Se ha subrayado que la situación de las confesiones religiosas en los territorios ocupados por el III Reich después de 1939 era variada. Los ocupantes no tenían criterios homogéneos respecto a la religión. En las tierras polacas ocupadas la política de los ocupantes para con la Iglesia católica se insertó en el programa de exterminio de lo polaco. En todo el territorio sometido al Protectorado General la hostilidad hacia el clero y los religiosos fue evidente, porque se les tenía por agentes del nacionalismo polaco. Pero en medio de la diversidad había elementos comunes: la supresión de todas las referencias polacas de las iglesias y de las funciones religiosas, supresión de las revistas y demás publicaciones, cierre de los seminarios y de las escuelas religiosas, restricción de los cultos públicos y no menos la de los fondos necesarios para la subsistencia, etc. Esta política estuvo vigente en el antiguo voivodato de Nowogródek, que durante la ocupación era parte del Comisariato General de Bielorrusia. Tras la experiencia adquirida en Polonia y en Vilna, los alemanes tomaron la decisión de acabar con la clase dirigente polaca, y el clero y los religiosos eran parte muy principal de la misma, y se pusieron los achaques de que estar en contacto con los familiares de arrestados, o ayudar a prisioneros de guerra rusos, o a los judíos, etc., eran verdaderas provocaciones.

La iglesia de la Transfiguración del Señor se convirtió en una luz en medio de la tiniebla de la guerra, llena siempre de fieles recogidos en oración. Los invasores no podían quedar indiferentes respecto a un templo palpitante de vida religiosa, al que se llamaba «cuna de esperanza, nido de espíritu polaco y bastión del catolicismo». Pero, cuando fuerzas especiales de la Gestapo llegaron a la vecina Baranowicze aumentó la represión ejercida sobre la población civil, tanto en la ciudad como en los contornos. En julio de 1942, tuvo lugar la primera ejecución masiva, durante la cual fueron fusiladas sesenta personas. El 18 de julio de 1943 se realizó una nueva oleada de arrestos entre la población polaca, siendo encarceladas ciento veinte personas. En Nowogródek eran pocas las casas en las que no se lloraba el arresto de algún ser querido. La gente acudió a las hermanas nazaretanas en busca de consuelo espiritual, ya que corrían voces

de que todos los detenidos iban a ser fusilados por los nazis. Entonces las hermanas tomaron la decisión —todas juntas— de ofrecer la propia vida a cambio de la vida de los arrestados. La tarde de aquel terrible día, sor María Estrella, que hacía las veces de superiora, en presencia del sacerdote Alejandro Zienkiewicz, capellán de las monjas y párroco de la citada «iglesia blanca», pronunció estas palabras: «Dios mío, si es necesario el sacrificio de la vida, es mejor que nos fusilen a nosotros que no a los que tienen familia. Pedimos que Dios acepte nuestro ofrecimiento». En respuesta a la oración de las hermanas, se verificó un suceso totalmente imprevisto: todos los presos fueron deportados a Alemania a campos de trabajo, menos algunos que fueron dejados libres, pero ninguno fue fusilado. Todos sobrevivieron a la guerra. Pero la vida del citado padre Alejandro, el único sacerdote de aquella zona por entonces, corría evidente peligro. Las hermanas repitieron su ofrecimiento: «Dios mío, Dios mío, si es necesario un nuevo sacrificio, puesto que usted, Padre, es más necesario que nosotras, pedimos que el Señor nos lleve a nosotras mejor que a usted».

En estas disposiciones estaban las hermanas y esta ofrenda habían hecho al Señor cuando el día 31 de julio de 1943, es decir, unos días más tarde de su ofrecimiento, un miembro de la Gestapo llegó al convento y comunicó a las hermanas la orden de presentarse aquella tarde a las 7'30 en el Gebietskomisariat. Las once hermanas obedecieron la orden y a la hora indicada se presentaron en el comisariato. Su suerte ya estaba echada. No se les preguntó nada. Sencillamente se decidió fusilarlas. La orden era hacerlo esa misma noche. Fueron conducidas fuera de la ciudad, pero al llegar al campo encontraron que por la carretera pasaban muchos coches y que pasaba por allí mucha población campesina con sus animales. Entonces, los oficiales decidieron volverse y las monjas pasaron toda aquella noche en la cantina, no en la prisión, dándose cuenta de que su destino era la muerte, pero firmes en la plegaria y con la esperanza puesta en la voluntad de Dios. Al amanecer del día siguiente, domingo 1 de agosto, fueron llevadas a cinco kilómetros del pueblo, a un bosque, y allí fueron las once fusiladas. El párroco salvó la vida porque el Señor había aceptado el ofrecimiento de las hermanas.

Damos ahora los datos personales de las once hermanas:

ADELAIDA MARDOSEWICZ había nacido el 14 de diciembre de 1888 en el pueblo de Ciasnowa, distrito de Nieswiez, en la actual Bielorrusia. Hizo los estudios de maestra y luego ingresó en la Congregación de la Sagrada Familia de Nazaret el 14 de septiembre de 1910 y, hecho el noviciado, pronunció los votos religiosos con el nombre de sor María Estrella del Santísimo Sacramento. Dedicada a la enseñanza, trabajaba también como responsable del convictorio, ecónoma y sacristana. Había llegado a Nowogródek en 1936 y al sobrevenir la guerra había tenido que quedarse haciendo las veces de superiora. Era de una gran bondad y grandeza de alma, y sobresalía por su exquisita caridad.

EDUVIGIS CAROLINA ZAK había nacido en Oswiecim, diócesis de Bielsko-Zywiec, el 29 de diciembre de 1892. Ingresó en la congregación el 13 de mayo de 1911 y, hecho el noviciado, pronunció los votos religiosos con el nombre de sor María Imelda de Jesús Hostia. Había estado dedicada a la enseñanza pero durante la guerra se hizo cargo de la sacristía de la iglesia de la Transfiguración. Era una persona de gran vida interior, a la que más tarde recordarían siempre los antiguos monaguillos de la iglesia como persona afable y sonriente que les enseñaba con mucho interés las normas litúrgicas.

ANA KUKOLOWICZ había nacido en Barwaniszki, región de Vilna, hoy Lituania. Ingresó en la congregación nazaretana el 1 de septiembre de 1918, y terminado el noviciado profesó los votos religiosos con el nombre de sor María Raimunda de Jesús y María. Llegó a la casa de Nowogródek en 1934. Era una hermana de escasa formación cultural y poca salud, pues padecía artritis. Ayudaba en las faenas de la casa y todo el tiempo que podía lo pasaba en la capilla en oración.

LEONOR ANIELA JOZWIK había nacido en Poizdów, diócesis de Siedlce, el 25 de enero de 1895. Entró en la congregación el 21 de enero de 1920 y tras el noviciado profesó con el nombre de sor María Daniela de Jesús y de María Inmaculada. Estaba destinada en la casa de Nowogródek desde 1932 y era muy hábil en las tareas domésticas, siendo muy caritativa con todos, especialmente con los niños pobres.

JOSEFA CHROBOT había nacido el 22 de mayo de 1896 en Raczyn, diócesis de Czestochowa. Llegada a la juventud, no pensaba en la vida religiosa sino que iba a casarse con el joven que le habían buscado sus padres, llamado Estanislao. Pero en sueños oyó una voz que le decía: «No te cases con Estanislao; tu verdadero Esposo te espera en Grodnoi y como regalo de bodas te dará un vestido rojo». Se decidió entonces por hacerse religiosa y entró en la congregación el 21 de mayo de 1921 tomando el nombre religioso de sor María Canuta de Jesús en el Huerto de Getsemaní. Destinada a la casa de Nowogródek en 1931, estaba delicada de salud pero ello no le impedía trabajar con gran empeño en las labores de la comunidad. Persona de gran vida interior, decía a sus compañeras que esperaba el traje rojo prometido en el sueño. Se daría cuenta de él cuando vio que la llevaban al martirio.

JULIA RAPIEJ había nacido el 18 de agosto de 1900 en Rogozyn, distrito de Augustów y diócesis de Elk. Entró en la congregación el 25 de diciembre de 1922 e hizo su noviciado en Grodno, tomando al profesar el nombre de sor María Sergia de la Virgen Dolorosa. En 1923 fue enviada a los Estados Unidos, estando destinada en la casa de la congregación en Filadelfia, y cuando hizo los votos perpetuos, la enviaron de nuevo a Polonia, no sin que las hermanas de América la advirtieran del peligro de una guerra en Europa. Ella dijo que no le temía a nada y que aceptaba el martirio si fuera necesario. Llegó a la casa de Nowogródek en 1933 y estaba dedicada a las labores de la casa. Se distinguía por una gran devoción a la Virgen María.

ELENA CIERPKA había nacido en Granowiek, distrito de Odolanów, diócesis de Kalisz, el 11 de abril de 1900. Entró en la congregación el 17 de enero de 1927 y en el noviciado tomó el nombre de sor María Guida de la Divina Misericordia. Destinada primero a otras casas, tras hacer la profesión perpetua en 1936, fue destinada a la de Nowogródek y trabajó en la hacienda agrícola de la casa. Persona de buen carácter y temperamento alegre, era muy tenaz en el trabajo y muy dada a la oración.

Todas las hermanas anteriores llegaron a hacer la profesión perpetua, mientras que las cuatro restantes sólo tuvieron tiempo de hacer la temporal, llegándoles el martirio cuando eran profesas de votos temporales.

PAULINA BOROWIK había nacido el 30 de agosto de 1905 en Rudno, en la región de Lublín, diócesis de Siedlce. Ingresó en la congregación el 4 de marzo de 1932 e hizo el noviciado en Grodno, pronunciando los primeros votos en 1935 con el nombre de sor María Felicidad. Fue enviada a la casa de Nowogródek, era muy humilde y modesta, y todos la querían. Era muy callada y trabajadora.

LEOCADIA MATUSZEWSKA había nacido el 8 de febrero de 1906 en Stara Huta, distrito de Swieck, diócesis de Pelplin. Ingresó en la congregación el 8 de enero de 1933. Hizo el noviciado en Grodno y la profesión temporal la pronunció en 1935 con el nombre de sor María Heliodora, y fue destinada a Nowogródek. Había frecuentado cuatro clases de la escuela elemental en lengua alemana. Estaba toda ella dedicada a servir al prójimo. Era de condición serena, alegre, sincera y amable.

EUGENIA MACKIEWICZ había nacido el 27 de septiembre de 1903 en Suwalki, diócesis de Lomza. Entró en la congregación el 27 de agosto de 1933. En la vida seglar era maestra y tenía un trabajo fijo cuando decidió hacerse religiosa. Fue enviada a Albano, Italia, a hacer el noviciado, y allí pronunció los primeros votos en 1936 con el nombre de sor María Canisia. Primero estuvo destinada en la casa de Kalisz y en 1938 fue enviada a la de Nowogródek. De carácter impulsivo pero muy bondadosa, era dada a la oración y al sacrificio y era una magnífica pedagoga.

VERÓNICA NARMONTOWICZ había nacido el 18 de diciembre de 1916 en la región de Grodno. Entró en la congregación el 24 de diciembre de 1936 e hizo el noviciado en Grodno, al cabo del cual pronunció la profesión temporal con el nombre de sor María Borromea. El 5 de agosto de 1939 fue enviada a su casa para que resolviera sus dudas vocacionales. Era reservada, sensible y delicada, y seguía sintiendo la inclinación hacia la vida religiosa. Decidió por fin volver a la congregación religiosa y le esperaba el martirio.

Superadas las duras circunstancias por las que han atravesado Polonia y otras naciones del contorno, las hermanas de la Congregación de la Sagrada Familia de Nazaret que ofrendaron su vida al Señor y que el pueblo de Dios tenía por mártires han

podido ser beatificadas con gran alegría de quienes sabían de su sacrificio y su martirio.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 93 (2001) 509s.
Bibliotheca sanctorum. Appendice seconda (Roma 2000) 865-875.
L'Osservatore Romano (ed. en español) (3-3-2000) 12; (10-3-2000) 6-7.
STARZYBSKA, M., *Gli undici inginocchiatoi* (Roma 1992; ²1999).
Ufficio per le ceremonie pontificie. «Cappella Papale presieduta del Santo Padre Giovanni Paolo II per la beatificazione dei servi di Dio [...] Maria Stella Adela Mardosewicz e 10 consorelle, della Congregazione delle Suore della Sacra Famiglia di Nazareth, religiose e martiri». Piazza San Pietro, 5 de marzo de 2000.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN FÉLIX DE GERONA

Mártir († s. IV)

Gerona celebra desde la antigüedad la memoria del mártir Félix, que, según dice el nuevo *Martirologio romano,* padeció en dicha ciudad por su fe en Cristo en tiempos del emperador Diocleciano y por tanto en los primeros años del siglo IV. En el *Breviario mozárabe* se nos dice que padeció cadenas, azotes y garfios y que a través de estos tormentos voló al reino de los cielos. Y ya antes Prudencio señala que su sepulcro se veneraba en Gerona.

La tradición lo ha hecho hermano de San Cucufate, y es objeto de discusión el grado de historicidad que deba darse a los detalles que sobre su naturaleza, actividad y martirio cuentan sus actas.

SAN ETELVOLDO

Obispo († 984)

Natural de Winchester, de joven fue cortesano del rey Atelstano; luego sintió la vocación sacerdotal y fue ordenado presbítero por el obispo de Winchester, San Alfego. Más tarde se hizo

monje en la abadía de Glastonbury, donde estaba de abad su amigo San Dunstano que había introducido en la abadía una estricta observancia de la regla benedictina. Siguiéndola con gran rigor, Etelvoldo desempeñó varios útiles oficios manuales en el monasterio y al mismo tiempo no dejaba de estudiar. El año 954 el rey Edredo lo nombró abad del monasterio de Abingdon, una abadía por entonces en estado de decrepitud. Se llevó consigo monjes de Glastonbury, reedificó numerosas partes del monasterio y pidió información al monasterio de Fleury sobre sus costumbres y modos de cumplir la regla. Tras la incursión danesa, él fue uno de los empeñados en devolverle al monasticismo inglés su antiguo estado floreciente.

En el año 963 fue elegido y consagrado obispo de Winchester. Logró la aprobación del rey Edgar para sustituir con monjes a los canónigos de la catedral e imponer la profesión religiosa o la expulsión a los que no la quisieran, e hizo frente, con determinación, a los renuentes. Más tarde restauró numerosos monasterios y fomentó en ellos la vida monacal reformada, así como las ciencias sagradas, el más cuidado ejercicio de la liturgia, de la música sagrada (el órgano, la polifonía, etc.), y en el 970 convoca una reunión de monjes en la que se acepta la *Regularis Concordia,* atribuida a San Dunstano, y que pasó a estar vigente en cuarenta monasterios reformados. En el 980 consagró la catedral de Winchester. Murió el 1 de agosto de 984, siendo enterrado en la catedral. Enseguida florecieron los milagros en su tumba, y por ello recibió muy pronto culto como santo.

BEATO JUAN DE RIETI

Religioso († 1336)

Juan Bufalari nació en Castel Porchiano, Umbría, más o menos en el año 1318, en el seno de una cristiana familia que dará otro santo más a la Iglesia, la Beata Lucía Bufalari († 1350), terciaria, igualmente perteneciente a la Orden agustina, y que fue hermana de Juan. Muy joven se decide Juan por la vida religiosa e ingresa en la Orden de Ermitaños de San Agustín, en la que profesa en calidad de hermano, como aparece en el *Martirologio,* bien que en el Índice de la Congregación de las Causas de los

Santos aparezca como sacerdote cuando reseña la confirmación de su culto el 9 de abril de 1832. Todo indica que realmente era hermano, el hermano Giovannino.

Juan llevó una vida sin grandes acontecimientos ni sucesos en ella, pero llena de tal forma de las virtudes evangélicas que todos hubieron de sentir el buen olor de Cristo que exhalaba en el convento de Rieti donde residió toda su vida. Era de una sencillez extraordinaria y cautivadora, de una humildad exquisita, de caridad amable y afectuosa con todos, de una alegría y sociabilidad contagiosa y de un cumplimiento tan exacto como modesto de sus deberes como religioso, que a todos les resultaba ejemplo y estímulo: de la vida religiosa para sus hermanos de hábito y de vida cristiana para los fieles que frecuentaban el convento. Atendía con dedicación admirable a los hermanos enfermos, servía el altar y la sacristía con pulcritud devotísima, y se desvivía por que los huéspedes del convento estuviesen a gusto y bien servidos. Llevaba una profunda vida interior y dedicaba horas y horas a la contemplación de las cosas divinas, no sólo en la iglesia del convento sino también en la huerta y en el jardín del mismo, donde decía que las plantas y las flores le hablaban de Dios. Embebido en la presencia de Dios, lo veía en todas partes y en todas partes lo amaba y lo servía. Su pena estaba en ver que toda la naturaleza obedece a Dios, menos el hombre que tantas veces le ofende. Llevó la vida común hasta el día antes de su muerte, que le llegó luego de que devotamente hubiera recibido los santos sacramentos el 1 de agosto de 1336, según parece. Tenido como santo desde su muerte, la Iglesia ha confirmado su culto en la fecha mencionada.

BEATO TOMÁS WELBOURNE

Mártir († 1605)

Tomás Welbourne fue uno de los primeros mártires bajo Jacobo I. La llegada de la dinastía escocesa al trono inglés no significó cambio alguno en la persecución de que eran objeto los católicos. Este mártir había nacido en Hutton Bushel, Yorkshire, sin que las fuentes señalen el año. Era maestro de escuela y estaba al servicio de Tomás Darcy, caballero de Hornby, cuyos

sentimientos católicos eran bien conocidos. Acusado de atraer a otras personas al catolicismo, fue arrestado y juzgado en York. En el juicio se negó a responder sobre lo que haría si el Papa hiciese la guerra o excomulgase al rey. Condenado como reo de alta traición, fue ajusticiado en York el 1 de agosto de 1605. Beatificado el 15 de diciembre de 1929 por el papa Pío XI.

SANTOS DOMINGO NGUYEN VAN HANH (DIEU) Y BERNARDO VU VAN DUE

Presbíteros y mártires († 1838)

Estos dos venerables sacerdotes, dominico el uno y diocesano el otro, fueron ejecutados en Nam-Dinh el 1 de agosto de 1838. El martirio se produjo por decapitación. Ambos se habían negado firmemente a apostatar y ambos habían dedicado su vida al servicio del Señor.

DOMINGO NGUYEN VAN HANH, llamado también Dieu o Dien, había nacido en Nghe-Anh y había sido acogido por el santo obispo Clemente Ignacio Delgado siendo muy joven para que sirviera a la misión. Sus buenas cualidades y actitudes le hacían apto para el sacerdocio y el joven fue aceptado para prepararse al mismo, pero sintió la vocación religiosa y pidió ser admitido en la Orden de Predicadores, en la que hizo el noviciado y pronunció los votos religiosos el 22 de agosto de 1826. Posteriormente completó sus estudios y fue ordenado sacerdote, ejerciendo con gran celo desde entonces su ministerio. Llegada la persecución se escondió, pero fue traicionado por dos personas falsas amigas y fue capturado el 8 de junio de 1838. Encerrado en la cárcel de Nam-Dinh, se le intimó en numerosas ocasiones para que apostatara y se le aplicó varias veces el tormento de los azotes, derramando abundante sangre, pero sin que nunca titubeara o mostrara la menor debilidad en la profesión de la fe. Por fin fue juzgado y condenado a muerte el 28 de junio de aquel mismo año y quedó en la cárcel a la espera de la confirmación real de la condena de muerte, siendo ejecutado cuando ésta llegó.

BERNARDO VU VAN DUE había nacido en Quan-Anh hacia 1755 en el seno de una familia cristiana. De niño ya sintió la vo-

cación sacerdotal. Hechos los estudios fue ordenado por San Clemente Ignacio Delgado. Trabajó seguidamente muchos años como buen ministro del Señor y era ya muy anciano y estaba sordo y casi ciego cuando estalló la persecución. Vivía retirado en la población de Trung-Lé. Llegados allí los soldados, destruyeron la misión y buscaron a los misioneros. Los cristianos intentaron salvarlo escondiéndolo en sus casas, pero cuando el anciano supo que el vicario apostólico había sido detenido, comenzó a dar voces diciendo que él era cristiano. Para no delatarlo ni tenerlo en casa, pues sus gritos eran un peligro para sus hospedadores, lo llevaron a la choza de un leproso, donde por fin fue localizado y arrestado. Llevado a la cárcel de Nam-Dinh se mantuvo firme en la confesión de la fe, y pese a que querían salvarlo por ser tan anciano, no hubo modo de que apostatara. El día 28 de junio de 1838 fue condenado a muerte, lo que era ilegal pues estaba vedado por la ley ejecutar a los ancianos. Pero las autoridades locales insistieron en que había que dar con él un escarmiento y el rey confirmó la sentencia.

Ambos fueron canonizados por el papa Juan Pablo II el 19 de junio de 1988.

BEATO ALEJO SOBASZEK

Presbítero y mártir († 1942)

Este sacerdote polaco, que moriría en Dachau mártir de Cristo, había nacido en Przygodzice Wielkie el 17 de julio de 1895, hijo de un empleado de correos. Hizo los estudios eclesiásticos sucesivamente en Gniezno, Münster y Munich, y se ordenó sacerdote el año 1919. Destinado al ministerio parroquial lo ejerció en Wagrowiec, Slupy, Gniezno y Rogozno, actuando también como prefecto de las escuelas. Enviado luego como párroco a Siedlemin, simultaneaba el ministerio con los estudios de filosofía y pedagogía en la Universidad de Poznan. Cuando en septiembre de 1939 entraron las tropas alemanas, sintió terror y huyó, pero a las tres semanas volvió y pidió perdón en público a la feligresía por haber huido. Continuó ejerciendo su ministerio hasta su detención el 6 de octubre de 1941. Detenido en Poznan unos días, fue enviado luego al campo de

concentración de Dachau. No resistió el durísimo régimen del campo. Su salud se resintió y no pudo soportar más de diez meses en el campo, pues moría de agotamiento el 1 de agosto de 1942 habiendo dado un insigne testimonio de mansedumbre y de paciencia, totalmente entregado a la providencia de Dios. Fue beatificado por el papa Juan Pablo II el 13 de junio de 1999.

2 de agosto

A) MARTIROLOGIO

1. San Eusebio († 371), obispo de Vercelli, cuyo natalicio fue ayer **.
2. San Pedro Julián Eymard († 1868), presbítero, fundador de la Congregación de Presbíteros del Santísimo Sacramento y de la Congregación de Siervas del Santísimo Sacramento **.
3. En África, San Rutilio († a. 212), mártir.
4. En Roma, San Esteban I († 257), papa *.
5. En Burgos, Santa Centola, mártir (fecha desconocida) *.
6. En Padua (Italia), San Máximo, obispo († s. III-IV).
7. En Marsella (Francia), San Sereno († p. 801), obispo.
8. En Cahors (Neustria), San Betario († 623), obispo.
9. En Palencia, San Pedro († 1109), obispo de Osma **.
10. En Caleruega (Burgos), la conmemoración de la Beata Juana de Aza, madre de Santo Domingo de Guzmán († s. XIII) **.
11. En Barbastro (Huesca), beatos Felipe de Jesús Munárriz Azcona, Juan Díaz Nosti y Leoncio Pérez Ramos († 1936), presbíteros, de la Congregación de Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María, mártires **.
12. En Barbastro (Huesca), Beato Ceferino Giménez Malla († 1936), mártir **.
13. En Híjar (Teruel), Beato Francisco Calvo Burillo († 1936), presbítero, de la Orden de Predicadores, mártir *.
14. En Madrid, Beato Francisco Tomás Serer († 1936), presbítero, de la Congregación de Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores, mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN EUSEBIO DE VERCELLI

Obispo († 371)

«Empezamos, con la ayuda del Señor, a servir de nuevo a los necesitados. Pero su crueldad no pudo sufrir esto y convirtieron nuestro amor en odio suyo. Apenas lo toleraron veinticinco días, y, enfurecidos nuevamente, con un numeroso grupo de sicarios armados de palos invadieron nuestro refugio y, rompiendo paredes, llegaron hasta nosotros. De allí me llevaron para encerrarme en una prisión más estrecha, donde sólo pudo acompañarme nuestro presbítero Tegrino. A los demás hermanos, o sea a los presbíteros y diáconos, los cogieron y encerraron durante tres días, para después enviarlos diseminados al destierro. A los restantes hermanos que venían a visitarme los encerraron durante muchos días en la cárcel pública. Hecho esto, retornaron a nuestro anterior refugio y destruyeron cuanto habíamos comprado para nuestro alimento y para los pobres» (PL 12,951).

Esto escribía en una larga carta Eusebio de Vercelli, allá por el año 356, desde su prisión de Escitópolis, en Frigia.

Eusebio era obispo de Vercelli, en su bella tierra piamontesa, desde el año 340. Fue un día de mediados de diciembre. La persecución volvía a sacudir violentamente a la Iglesia. Constancio quería imponer a ésta su voluntad absoluta, como se la había impuesto ya al Imperio. Para ello no tenía escrúpulos en escoger el camino. Fue así como el arrianismo, que parecía definitivamente vencido, empezó a cobrar nuevo auge, como un ascua que, dormida bajo la modorra de la ceniza, fuera avivada por el soplo del viento.

Eran tiempos difíciles de luchas y de intrigas, de crímenes y de ambiciones. Lo que nunca habían conseguido los césares de la Roma pagana, con sus miles de mártires, durante tres siglos de persecución, estaba a punto de alcanzarlo, en unos pocos años, un emperador que se llamaba cristiano. Sólo hacía veintinueve que Constantino y Licinio, de común acuerdo, habían proclamado solemnemente la libertad de la Iglesia con el célebre edicto de Milán (313).

En estos tiempos de general incertidumbre aceptó sobre sí la carga del obispado de Vercelli. Se impuso una misión: luchar contra el arrianismo, y tuvo un destino: la sangre. A quien había

conocido ya otros años de riesgo no le importaba el exilio o la muerte por la verdad. Por ella sufrió la violencia. Por ella no conoció ya jamás la paz.

Todo su tiempo y sus energías se quemaron en esta lucha, unas veces sorda, otras abierta, siempre dura. Él hubiera preferido otra cosa: su diócesis, su clero, a los que habría dedicado todos sus momentos, su misma vida. O, si no, la soledad. Pero las circunstancias, o mejor, Dios, le habían colocado en medio de la arena y en ella le encontró su llamada suprema. Eran los primeros días de agosto del año 371. Eusebio de Vercelli contaba entonces ochenta y ocho años.

Su coyuntura histórica le hizo ser batallador. No se doblegó ni a la presión, ni al miedo, ni al halago. Tampoco quiso vender su fe por una situación de privilegio o a la tentación de la riqueza. Quizá el ambiente le hizo ser duro. Mas esto sólo fue la corteza; en el fondo le dominaba el corazón. Sus cartas del destierro están llenas de ternura y de solicitud por su Iglesia. Su misma acción pastoral estuvo dominada por el amor, siendo partidario de la moderación para con los desviacionistas. Al paso que Lucifer de Cagliari se endurecía en la intransigencia, Eusebio comprendía cada vez mejor a los hombres. Él no pretendió ser un hombre de partido, sólo quiso ser un hombre de Dios. Más que su sufrimiento, fue esto lo que le granjeó su fama de santidad. Pocos años después de su muerte, San Ambrosio de Milán cantaba la glorificación de Eusebio, obispo de Vercelli.

El arrianismo fue la primera gran herejía que conoció la Iglesia. Hasta entonces ésta había tenido que emplear sus fuerzas en hacer frente a la persecución, combatiendo a los que la difamaban, animando a los que dudaban, dando testimonio de la fe por la sangre. Mas ahora había encontrado la paz. Sobre los corazones se cernían, sin embargo, muchas incertidumbres, y los espíritus comenzaron a bucear en el fondo de los misterios. Había verdades, como la unicidad de Dios y la divinidad de Cristo, que no se habían conjugado todavía, y se iba nerviosamente, en movimiento pendular, de uno a otro extremo. Es cierto que se había reflexionado mucho y que las desviaciones surgidas habían sido en parte corregidas, pero no se había cala-

do lo suficiente para llegar a la raíz del problema. Después de una vida constantemente amenazada tenía que venir la tranquilidad, para que, junto con la esperanza, renacieran los problemas, no olvidados, aunque sí arrumbados por la persecución. Y los problemas se plantearon de nuevo con mayor crudeza.

La trinidad de personas en Dios no es sino facetas distintas o enfoques diversos de la misma realidad, había dicho Pablo de Samosata (260-268). Existe una distinción real, que incluye una diversidad substancial entre el Padre y el Hijo, afirmó la escuela teológica de Antioquía, consagrando de este modo la tendencia subordinacionista. En uno y otro caso se sacrificaba la divinidad del Verbo a la unicidad de Dios, bien por absorción en la unidad personal de Dios, bien por distinción de existencia y naturaleza. De esta segunda tendencia nació el arrianismo, que hizo de las afirmaciones más peligrosas del mártir Luciano de Antioquía († 312) su punto de partida.

Para el libio Arrio, *Dios* es una unidad absoluta, eterna, incomunicable e inefable. Todo cuanto existe fuera de él existe sólo por su voluntad. Esta voluntad es la que ha hecho saltar a la existencia a todos los seres, y el *mismo* Logos o Hijo es una simple creación de *Dios.* No procede, por tanto, de él, sino de la nada. Es su obra primera, la más inmediata: instrumento por el que han sido creados todas las demás cosas. Pero, al fin, creatura, distinta totalmente de *Dios,* aunque por sus excelencias esté sobre las otras creaturas, en las proximidades de Dios.

Con estas ideas parecía que el arrianismo había solucionado fácilmente la aparente antinomia entre la trinidad de personas en Dios y la unidad de sustancia. Pero en realidad había destruido todo el misterio. Aunque la consecuencia más fatal de esta doctrina fue la subversión de toda la economía de la Redención. La obra de Cristo quedaba reducida a la obra de cualquier otra creatura, y la humanidad a una masa decepcionada y sin esperanza.

A pesar de su enorme difusión, el arrianismo no habría sido otra cosa que una manifestación de la pujanza vital de la Iglesia, que empezaba a andar entonces el camino de su libertad, si no hubieran intervenido factores extraños. Pero la intromisión del Imperio enfrentó a ésta con una crisis profunda y peligrosa.

En unos pocos años se había operado un cambio radical en la postura del Estado y del Imperio ante el cristianismo. El edicto de Milán (313) consagra esta postura de tolerancia, abriendo un período nuevo y desconocido para la Iglesia. Este período hace posibles los grandes concilios ecuménicos, la construcción de bellas basílicas, la expansión vital de la Iglesia. Pero al mismo tiempo hizo también posible la constante intervención del Estado en los asuntos puramente religiosos. A veces pudo resultar bien este paternalismo, pero en la mayor parte tuvo consecuencias fatales para la Iglesia por el apoyo que ciertos emperadores prestaron a la herejía.

En este momento nos encontramos, cuando hace su entrada en la historia Eusebio de Vercelli. Hacía treinta años que el arrianismo había sido condenado en Nicea (325), definiendo la consubstancialidad del Padre y del Hijo en ese bello símbolo que recitamos en la misa. Pero mientras tanto, Constantino había muerto, y su hijo Constancio, que había llegado al Imperio por caminos de sangre, sin las cualidades de su padre, apoyó al arrianismo, haciendo que éste sobreviviera, llegando a amenazar la integridad de la fe.

El concilio de Milán de 355 señala el momento crucial de la vida del obispo de Vercelli. Después del sínodo de Arlés (353), donde triunfaron las insidias de los obispos arrianos Ursacio de Singidom y Valente de Mursa, respaldados por la violencia del emperador Constancio, el papa Liberio quiso arreglar pacíficamente los problemas pendientes, y aun las mismas cuestiones personales, por medio de otro nuevo sínodo que reuniera las garantías necesarias de libertad e independencia. Con este motivo se cruzaron dos cartas entre el Papa y el obispo de Vercelli, quien, con Lucifer de Cagliari, formó la misión que se trasladó a Arlés.

Eran los comienzos del año 354. Las conversaciones no fueron fáciles, dada la postura adoptada por Constancio. Mas accediendo, por fin, al deseo del Papa, el concilio quedó convocado para principios del año siguiente en la ciudad de Milán.

Más de trescientos obispos occidentales asistieron a esta solemne asamblea, que señala un nuevo triunfo de la violencia de Constancio. El enfoque de dos puntos claves —reconocimien-

to de la fe de Nicea, como paso previo a cualquier otra decisión, y defensa de Atanasio de Alejandría— señalaría el rumbo del sínodo. Pero el rumbo estaba ya marcado de antemano conociendo las veleidades del emperador y la mayoría arriana que, sabiamente orquestada por Ursacio y Valente, imperaba en la asamblea. Aquí fue donde Constancio pronunció su célebre frase, expresión de un brutal cesaropapismo: «El canon es *mi* voluntad».

Sólo tres obispos resistieron a la imposición de esta mayoría arriana y al miedo al emperador: Osio de Córdoba, Eusebio de Vercelli y Lucifer de Cagliari, tres campeones de la fe católica y de la libertad de la Iglesia. Es fácil adivinar el resultado de esta postura: los tres tuvieron que marchar hacia el destierro. Atrás quedó su tierra piamontesa, destrozada por la división religiosa; atrás, sus sueños tantas veces acariciados. Enfrente, lo desconocido.

Este hecho motivó una nueva carta del papa Liberio (355), donde se mezcla la alegría por la confesión de la fe, que les ha merecido el destierro, y el dolor por verse separado de los hombres en quienes plenamente confiaba.

La adversidad no acobardaba al obispo de Vercelli; por el contrario, parecía crecerle. Por eso recibió impasible la noticia de su confinamiento y, sacudiendo el polvo de sus pies, marchó hacia el destierro con la misma alegría con que retornaría a su amada diócesis.

El destierro es otra etapa importante de su vida. Él mismo nos ha relatado gráfica y patéticamente, en la carta que desde Escitópolis dirigió a sus fieles, todas las injurias, violencias, malos tratos que contra él cometieron. Cualquier muestra de compasión por parte del pueblo recrudecía el trato inhumano de sus guardianes. Le quitaron sus colaboradores, y si alguien pretendía visitarle era encerrado también durante varios días. No podían traerle comida o cualquier otra cosa. Así su situación se fue haciendo cada vez más crítica.

Esto motivó una dolorosa carta de Eusebio al obispo arriano Patrófilo, pero nada consiguió. En medio de su sufrimiento y de su martirio, la fe y la perseverancia de sus hijos de Vercelli abrían su corazón a la esperanza. Las buenas noticias que hasta

él llegaban le hacían soñar que no estaba tan lejos en el destierro, sino entre ellos, como otros días felices ya pasados, pero presentes aún en la nostalgia.

Su éxodo no había terminado, sin embargo. Desde Escitópolis a la Capadocia, desde la Capadocia a la Tebaida superior, en Egipto.

Un día, inesperadamente, cambiaron los aires de la política. Constancio ha muerto, y le sucede en el trono imperial el pagano Juliano el Apóstata. Con él recobra la Iglesia su libertad, y los desterrados pueden volver del exilio. También Eusebio de Vercelli. Aunque antes tuvo que cumplir una delicada misión en Oriente.

El arrianismo había pasado como un huracán sobre la cristiandad y ahora había que reconstruir sobre las ruinas. Fue la primera tarea que se impuso San Atanasio al ocupar de nuevo su sede de Alejandría. Un concilio regional (362) revisaría la situación, tratando de enmendar los yerros, al mismo tiempo que afirmaba una vez más la fe de Nicea.

En este concilio estuvo presente Eusebio de Vercelli, quien, comisionado por él, marchó para cumplir la difícil misión de ordenar y reponer el clero ortodoxo en las devastadas diócesis de Siria y Palestina. Así recorrió de nuevo el cercano Oriente, promulgando las suaves y benignas disposiciones del sínodo de Alejandría.

La misión estaba ya cumplida. Ahora podía volver. Su tierra le esperaba; su tierra y sus hombres. Aquellos hombres, aquellos valles, aquellas montañas en cuyos picachos se quedan prendidas las nubes que pasan... Todo aquello en lo que tantas veces había pensado en las cálidas noches del desierto, de cara a las estrellas. Era el año 363.

Volvía anciano, aunque saltando su corazón de gozo. Pero su vía dolorosa aún no había terminado, ni se había consumado el sacrificio. Las intrigas de Auxencio de Milán oscurecieron el júbilo del retorno. Otra vez, como en su juventud, Eusebio tiene que defender y atacar. Y otra vez también tiene que gustar la amargura del destierro.

En el vendaval de la contradicción se apaga la lámpara de su vida.

Otra faceta que completa la auténtica dimensión de este hombre ascético es su amor al monacato. El monacato fue introducido en Occidente por San Atanasio y sus monjes durante su destierro. Ellos deshicieron los prejuicios que contra la vida eremítica existían, al mismo tiempo que despertaban el gusto por esta forma austera de vida. Así fue como surgieron varios cenobios en Italia. Pero quien le dio verdadero impulso fue Eusebio de Vercelli, conocedor como nadie de la vida monacal por haberla vivido durante su estancia en Oriente y sobre todo en la Tebaida. Fue el primer obispo de Occidente que conjugó la vida de clérigo diocesano con la práctica del monacato, viviendo él mismo, bajo el mismo techo, con la comunidad de sus sacerdotes. A la luz de este ejemplo, el cenobio de Vercelli pudo florecer en hombres eminentes como San Dionisio, San Limenio, San Honorato, San Gaudencio...

Todavía, en medio de esta vida azarosa, encontró tiempo para escribir, aunque muchas de sus obras se han perdido. El tesoro de la catedral de Vercelli conserva un manuscrito de los evangelios (siglo IV), obra, al parecer, del mismo San Eusebio (cf. bibliografía). Éste fue Eusebio de Vercelli, obispo y mártir, cuya fiesta celebra la Iglesia hoy, 2 de agosto.

Su recuerdo aún no se ha extinguido. A 1.180 metros de altura, en la localidad situada en la parte superior del valle de Oropa, rodeado de praderas y bosques, dominado por los montes de Tovo y Mucrone, existe un santuario, el más célebre del Piamonte y uno de los más importantes de Italia: Nuestra Señora de Oropa. Allí una Virgen negra nos habla de un obispo errante y perseguido, a quien los cálidos días de Oriente no borraron la nostalgia de sus tierras alpinas y la trajo a ella desde las llanuras abrasadas para levantarle un santuario en el corazón del Piamonte.

VICENTE SERRANO

Bibliografía

Acta sanctorum. Augusti, t.I p.3.

DELEHAYE, H., *Commentarius perpetuus in martyrologium Hieronymianum* (Bruselas 1940) 411.

DUCHESNE, L., *Histoire ancienne de l'Église,* II (París ^{3}1908) 341-350.

GASQUET, F. N. A., *Codex Vercellensis* (Roma 1914), 2 vols.

GODET, Art. «Eusèbe de Vercelli», en A. VACANT - E. MANGENOT - E. AMANN, y otros (dirs.), *Dictionnaire de théologie catholique.* V/2: *Eucharistie-Fiume* (París 1939) 1553s.
MIGNE, J.-P., *Patrologiae cursus completus. Series latina* (París) 10,713; 12,947-954.
SAVIO, F., *Gli antichi vescovi d'Italia dalle origini al 1300 descritti per regioni.* I: *Il Piamonte* (Turín 1898) 412-420; 514-544.
• Actualización:
BOSCO, T., *Eusebio di Vercelli nel suo tempo pagano e cristiano* (Leumann 1995).
DAL COVOLO, E. - UGLIONE, R. - VIAN, G. M.ª, *Eusebio di Vercelli e il suo tempo* (Roma 1997).
CROVELLA, E., *S. Eusebio protovescovo e patrono di Vercelli e del Piemonte* (Vercelli 1971).

SAN PEDRO JULIÁN EYMARD

Presbítero y fundador († 1868)

El mes de julio de 1799 había pasado por La Mure d'Isère el papa Pío VI, prisionero del *Directorio.* Durmió en la pequeña ciudad y a la mañana siguiente dio su bendición al pueblo apiñado en la plaza.

Y la bendición del anciano Pontífice germinó en santidad.

Cinco años más tarde llegaba allí un rico labrador arruinado en los días de la Revolución y ahora afilador ambulante. Era un buen cristiano y buen trabajador. Las cosas le fueron bien y pensó rehacer su hogar casándose en segundas nupcias. En aquel hogar nació Pedro Julián Eymard, nuestro santo, el 4 de febrero de 1811. Encontró dos hermanastros, Antonio, que desapareció muy pronto enrolado en los ejércitos de Napoleón, yendo a jalonar con su tumba anónima los caminos de Rusia, y Mariana.

Cuando el niño tenía cuatro años pasó por La Mure Napoleón, evadido de la isla de Elba. El aire se llenó de cantos guerreros y la presencia del emperador electrizó a la chiquillería, que en adelante jugó a las guerras y a los soldados. También Julián se divertía marcando el paso y llevando flamantes penachos de cartón.

Era inteligente y de carácter resuelto. Su madre, una santa mujer, le llevaba todos los días a la iglesia para recibir la bendición del Santísimo. La presencia de Cristo en el sagrario llegó a ser familiar al pequeño. Un día desapareció de casa. Le buscaron; todo inútil. Su hermana llegó angustiada a la iglesia. ¿Dónde estará? ¿Qué habrá sido de él? Y allí estaba el niño, subido en

una escalera junto al sagrario. «Pero, niño, ¿qué haces ahí?». «Pues, nada, hablar con Jesús».

Y nació la vocación religiosa.

El modesto afilador había hecho una pequeña fortuna y comprado un trujal. Vivía por allí una niña heredera y el hombre había hecho sus cálculos para más adelante. Por eso, cuando el niño le dijo que quería ser religioso, el señor Eymard frunció el ceño y dijo: «No». Y cuando el señor Eymard decía «no» era difícil hacerle volver de su decisión. Esto lo sabía Pedro Julián, y mientras arreaba al borrico que movía el trujal, a escondidas de su padre, estudiaba latín. En el verano los seminaristas le corregían los cuadernos.

Y llegó a los dieciséis; entonces afrontó la dificultad de frente, revelando a su padre el doble trabajo de trujal y estudio clandestino. Pidió que le dejara libre para ir al colegio. «Esto es demasiado caro para nosotros», contestó el padre, desabrido. El muchacho buscó una beca y la consiguió, pero el director lo llevó muy a mal y en adelante humilló al chico todo lo que pudo. Nada de premios, ni siquiera de *accesits*. Durante los recreos debía encender el fuego, barrer la clase y hacer otros menesteres. El joven resistió la humillación: todo lo daba por bien empleado para ser un día sacerdote, pero el padre retiró al muchacho.

En la primavera de 1828 una oferta tentadora: un sacerdote de Grenoble, a cuenta de algunos trabajos de jardinería, de casa y de sacristía, se comprometía a enseñarle latín. Nuevo fracaso. Volvió a La Mure.

Así estaban las cosas cuando pasó por allí el padre Guibert, oblato de María Inmaculada, joven sacerdote de veintiséis años y más tarde cardenal arzobispo de París. El joven sacerdote rompió la dura resistencia del señor Eymard y Julián pudo ingresar en el noviciado de los oblatos de Marsella el 7 de junio de 1829.

En Marsella quiso alcanzar a los demás, trabajó demasiado y cayó enfermo, y vuelta a La Mure para morir. Pero él quería ser sacerdote, celebrar siquiera una misa. Una tarde la campana de la iglesia tañó quejumbrosa anunciando la agonía del muchacho. La gente se reunió en la iglesia y pidió por el agonizante. Dios escuchó la oración y Julián sanó.

No fue readmitido en los oblatos pero el mismo monseñor Mazenod, su fundador, le presentó al rector del seminario de Grenoble. Por fin el 20 de julio de 1834 recibía la unción sacerdotal, alcanzando una meta tan ardientemente deseada.

Cinco años duró su vida parroquial. Primero fue coadjutor en Chatte y luego párroco en Monteynard. Ahora su meta era la santidad; santificarse a sí mismo para obtener la salvación de *sus ovejas*. Era el mismo método que por aquellos días usaba otro santo párroco, el Cura de Ars. Los dos se conocían y fueron buenos amigos.

Pero un día el cura desapareció del pueblo. Cuando supieron los feligreses que estaba en el noviciado de los padres maristas de Lyón se presentaron amenazantes al obispo reclamando a su pastor. Era ya tarde; el padre Eymard comenzaba su vida religiosa. Ahora le atraía la Virgen. Sentirse miembro de la Sociedad de María, ser misionero tal vez allá, en la lejana Oceanía, bajo el pabellón de su Reina, era la ilusión que teñía de rosa los duros sacrificios del noviciado.

Pero el Señor no le quería en las misiones, sino en Francia: primero como director espiritual del colegio de Belley, después como superior provincial y más tarde como director de la Tercera Orden de María. El padre Eymard se consideraba el caballero de María y trabajaba con denuedo en aquel Lyón revuelto y encrespado de pasiones de mediados del siglo. Trabajaba con los obreros y en las cárceles, sin olvidar las almas selectas. En los días difíciles estuvo, con todo su prestigio, al lado de la señorita Jaricot, fundadora de la «Obra pontificia de la propagación de la fe».

Un día frío de invierno había llegado el padre Eymard a Fourvière, a poner a los pies de su dama, la Virgen, el fruto de sus trabajos, y allí le esperaba María para dar un rumbo nuevo a su vida. Durante toda su vida el padre había sido un ferviente enamorado de la santísima Eucaristía. Pero hacía algún tiempo, sobre todo, que el Santísimo le arrastraba como un imán irresistible. Un día, llevando la custodia en procesión, en un arranque de fervor había prometido predicar sólo de Jesucristo sacramentado. Era la mano cariñosa de María que le venía guiando. Ahora, en esta fría tarde de invierno en Fourvière, lo compren-

dió todo. La Virgen le significó su deseo: era preciso fundar una congregación con el objeto exclusivo de dar culto al Santísimo.

Consultó a los superiores, consultó a Pío IX, y, cuando vio con claridad que era la voluntad de la Señora, se lanzó al trabajo. Ahora había que cubrir una nueva etapa: la fundación de la Congregación del Santísimo Sacramento. Las obras de Dios se cimientan en el sacrificio. Esto lo sabía el padre Eymard, pero estaba dispuesto a pasar por todo, hasta comer piedras y morir en un hospital, si fuera preciso.

Salió de la congregación marista y solo, sin más bagaje que su indómita voluntad y la bendición de la Virgen, llegó a París para fundar. El señor De Cuers, un viejo marino nacido en las playas sonrientes de Cádiz, fue su primer compañero.

El nuevo instituto fundado por el padre Eymard tenía como única finalidad dar culto solemne al Santísimo Sacramento. El Señor quedaba expuesto día y noche y los religiosos debían sucederse por turnos en una guardia solemne y continua. La obra comenzó a marchar, pero muy despacio. Llegaban adoradores, pero se cansaban pronto ante la dificultad de la adoración nocturna. El padre Eymard no varió un punto su plan y continuó impertérrito, puesta siempre la confianza en el Maestro. Mientras se desarrollaba el largo y doloroso período de gestación del nuevo instituto el fundador no perdió el tiempo en lamentaciones. Ahora su vida convergía toda hacia un ideal, ideal grande, sublime: el servicio de la real persona de Jesucristo presente en la Eucaristía. Y el ideal polarizaba toda su actividad interna y externa. También hubiera podido decir, como San Pablo: «Mi vivir es Cristo», pero hubiera debido añadir: «Sacramentado».

Para ser mejor adorador, mejor servidor de Cristo sacramentado, se santificaba. Había dicho a su cuerpo: «Te domaré a fuerza de golpes». Y lo cumplía a rajatabla. Las más insignificantes faltas tenían minuciosamente señalado el número de azotes. Pero muchas noches, al hacer el examen de conciencia y calcular los golpes, y ver allí la disciplina, era tal el horror que le inspiraba que salía huyendo como impelido por una fuerza misteriosa. Pero volvía con decisión y entonces los azotes eran más fuertes. Se privó del tabaco y reguló sus amistades, guardando celosamente para Cristo sacramentado todo su corazón.

Pero más que el dolor físico de penitencias y enfermedades purificó su alma el dolor moral. El viejo marino gaditano, convertido en el padre De Cuers, con su intransigencia y celos le dio más de una pesadilla. Dos veces fue ásperamente reprendido por dos cardenales de París, la calumnia mordió su fama y las deserciones de los cobardes amargaron su corazón. Sin embargo, decía: «Tengo miedo que cesen las pruebas», y su alma, como la de San Pablo, pasaba alegre por todo con tal de que Cristo sacramentado fuera más conocido y mejor amado.

Como a San Pablo, el amor de Cristo le empujaba a predicar. Sentía ansias incontenibles de pegar fuego a todo el mundo con el tizón ardiente de la Eucaristía. Sus viajes y el contacto con las gentes de Lyón le habían dado una visión exacta de la sociedad; las masas obreras se alejaban de Dios y de Cristo. Pero los hombres se iban de la iglesia porque no conocían a Cristo. Era preciso sacar a Cristo del sagrario, exhibirlo, mostrarlo, no como una momia o como un recuerdo, sino como Alguien vivo capaz de solucionar todos los problemas individuales y sociales. Le martilleaba el alma aquella sentencia de San Pedro: «Fuera de él no hay que buscar la salvación en ningún otro; pues no se ha dado a los hombres otro nombre debajo del cielo por el cual debamos salvarnos» (Hch 4,12).

Y fue diciendo su mensaje por todos los púlpitos de Francia: sólo en la vuelta a Cristo sacramentado está la salvación. Pensó que lo más efectivo para esta restauración cristiana por la Eucaristía sería ganar a los sacerdotes. Él había sido siempre devotísimo del sacerdocio por su íntima conexión con la Eucaristía, y ahora se entrega a ellos en cuerpo y alma. Más tarde sus trabajos se concretaron en una obra magnífica: los sacerdotes adoradores. La finalidad de esta obra, hoy extendida por todo el mundo, es promover el culto de la Eucaristía.

Para los fieles fundó una especie de Tercera Orden de su Congregación, que llamó Agregación del Santísimo Sacramento. Los socios de esta obra se comprometen a procurar al Señor un culto más decente mediante la limosna y la prestación personal de la Adoración mensual, semanal o diaria.

En su afán de dar culto a la santísima Eucaristía fundó también una congregación de religiosas, las Siervas del Santísimo

Sacramento, dedicadas exclusivamente a la adoración solemne del Santísimo.

En sus andanzas por los caminos de Francia, como peregrino de la Eucaristía, encontró el padre Eymard a la señorita Tamisier. Tamisier fue durante cuatro años sor Emiliana en la Congregación de Siervas del Santísimo Sacramento. El padre Eymard modeló su alma con el máximo cuidado, sembrando en ella inquietudes eucarísticas. Con la bendición del padre salió del convento para ser en el mundo la viajera del Santísimo Sacramento primero y luego la organizadora de los congresos eucarísticos. Así vio el padre Eymard desde el cielo cómo germinaban sus ideas en aquel primer Congreso Eucarístico de Lila de 1881, promovido por su hija espiritual y dirigido por sus religiosos.

Se acerca el ocaso. Su vida se apaga. La Virgen ha conducido sus pasos a través de su peregrinación. Esta tarde de mayo de 1868, después de haber predicado acerca de las relaciones de María con la Eucaristía, termina así su sermón: «Pues bien, ¡honremos a María con el título de Nuestra Señora del Santísimo Sacramento!». Y desde ese día María es invocada en la Iglesia con un nuevo título, viejo en su contenido y nuevo en la expresión. Tres meses más tarde entregaba su alma al Señor. Había sido el hombre empujado siempre por el ideal.

Pedro Julián Eymard fue beatificado por Pío XI el 12 de julio de 1925 y, concluido el proceso de su causa tras la aprobación de dos milagros reconocidos —la curación del padre Carlos Verdier en 1948 y de la señora María Dora Bartells en 1949—, fue canonizado por el papa Juan XXIII el 9 de diciembre de 1962, al terminar la primera sesión del Concilio Vaticano II.

LUIS BAIGORRI, SSS

Bibliografía

AAS 17 (1925) 370-374; 55 (1963) 369-376.

Le bienheureux Pierre-Julien Eymard, 2 vols. (París 1928).

FOURREY, R., *Le curé d'Ars, authentique* (París 1964) 496-498. Para sus relaciones con el santo Cura de Ars.

SACRA RITUUM CONGREGATIONE, *«Gratianopolitana seu Parisien». Beatificationis et canonizationis ven. servi Dei Petri Juliani Eymard, sacerdotis fundatoris Congregationis Presbyterorum a SS^mo Sacramento,* 13 vols. (Roma 1917-1962).

TROCHU, F., *Pedro Julián Eymard, fundador de las Congregaciones de los Sacerdotes y de las Siervas del Santísimo Sacramento (1811-1868): según sus escritos, su proceso de beatificación y... documentos inéditos* (Madrid 1948).
El sacerdote de la Eucaristía o el Beato Pedro Julián Eymard (Buenos Aires 1925).
Vida del Beato Pedro Julián Eymard (Buenos Aires 1941).
• Actualización:
BARBIERO, M., *Vita eucaristica e vita religiosa in S. Pierre-Julien Eymard (1811-1868)* (Verona 1991).
GUITTON, A., *Pedro Julián Eymard, 1811-1868: apóstol de la Eucaristía* (Madrid 1998).
Pedro Julián Eymard: cuando la Eucaristía se hace vida (París 1982).

SAN PEDRO DE OSMA
Obispo († 1109)

Nacido en Bourges, Francia, hacia el año 1040, Pedro recibió de sus piadosos padres una sólida educación cristiana, y habiéndose formado convenientemente en las letras, según la costumbre del tiempo, se dedicó a la carrera de las armas, en las que dio buenas pruebas de su carácter intrépido y decidido, y no menos de la elevación de su espíritu. Consciente, pues, de los gravísimos peligros a que en esta vida se exponía, e ilustrado por Dios sobre las vanidades del mundo, determinó entregarse a su servicio en la vida religiosa.

Entró, pues, en el monasterio de Cluny, que constituía el centro de la reforma cluniacense de la Orden benedictina, entonces en su máximo apogeo, y allí vivió varios años, entregado a la práctica de las virtudes religiosas. Parecía que iba a continuar una vida tranquila en su monasterio; pero Dios tenía otros planes sobre él.

En efecto, el rey Alfonso VI de León y Castilla, en su afán por el adelantamiento del cristianismo en España, no sólo dio un empuje extraordinario a la Reconquista, sino que trabajó con el mayor empeño en la reforma y renovación eclesiástica de todos sus territorios. Conociendo, pues, la prosperidad en que se hallaba la reforma cluniacense en Francia, suplicó encarecidamente al abad de Cluny que enviara a España algunos monjes escogidos de su monasterio, y, en efecto, le fueron enviados algunos, al frente de los cuales se hallaba Bernardo de Sauvetat, con los cuales se reorganizó el monasterio de Sahagún, que bien pronto se convirtió en el Cluny de la España cristiana. No mu-

cho después, el año 1085, al realizar Alfonso VI la reconquista de Toledo, que tanta resonancia alcanzó en toda la cristiandad, designó como su primer arzobispo al abad Bernardo de Sahagún, que desde entonces, con el nombre de *don Bernardo,* fue el alma de la renovación religiosa de España.

Pues bien: según refiere don Rodrigo Jiménez de Rada y Yepes en su *Crónica general benedictina,* don Bernardo, ya arzobispo de Toledo, conociendo bien a los monjes de Cluny, y deseando utilizarlos para la gran obra de reforma de España, obtuvo que se le enviaran algunos, escogidos, entre los cuales se distinguía el monje Pedro de Bourges. Llegó, pues, Pedro a Sahagún juntamente con los demás, y durante el corto tiempo que allí se detuvo contribuyó a afianzar definitivamente la reforma cluniacense, no sólo en aquel monasterio, sino en otros muchos en los que ésta se fue introduciendo.

Entretanto don Bernardo de Toledo, que conocía a fondo su eximia virtud y sus grandes cualidades naturales, obtenida la aprobación del rey Alfonso VI, lo llamó a Toledo y, asignándole el cargo de arcediano de la catedral, lo constituyó en una especie de secretario suyo en el inmenso trabajo de la organización de la diócesis y de las iglesias que se iban conquistando a los musulmanes.

Como en todas partes, distinguióse Pedro en su nuevo cargo por su religiosidad, espíritu de trabajo y amor a los pobres.

En estas circunstancias, cuando Pedro se hallaba más centrado en su trabajo, tuvo lugar la conquista de Osma, para cuya reorganización eclesiástica, como había hecho anteriormente con Toledo, quiso Alfonso VI destinar a uno de los hombres de mayor confianza. Entonces, pues, él y el arzobispo de Toledo destinaron para la iglesia de Osma a Pedro, y, efectivamente, vencida la repugnancia que éste sentía para abrazarse con aquella dignidad, y obtenido el nombramiento de parte del Papa, se dirigió a Osma, para tomar la dirección de aquella iglesia.

Y con esto comienza la parte más característica, más grandiosa y más meritoria de San Pedro de Osma, quien puede ser presentado como monje modelo, perteneciente a la reforma cluniacense; mas por encima de todo aparece en la historia como un dechado de eminentes y santos prelados.

Como obispo de una iglesia pobre, que acababa de ser reconquistada de los moros, tuvo que cargar sobre sus espaldas el ímprobo trabajo de reconstrucción moral y aun material de la diócesis. La iglesia catedral, destruida hasta los cimientos, tuvo que ser levantada de nuevo. Con el celo de la gloria de Dios que le abrasaba emprendió decididamente este trabajo, y, sea dedicando a ello sus propias rentas, sea reuniendo con gran esfuerzo abundantes limosnas, llevó tan adelante la obra que pudo iniciar el culto en la nueva catedral, si bien no quedó ésta completamente acabada.

A la par que en el templo material trabajó desde el principio con toda su alma en el espiritual de sus ovejas, procurando fomentar en ellas por todos los medios posibles la vida religiosa, eliminando toda clase de abusos, extendiendo en todas partes los principios fundamentales de la reforma cluniacense, que él representaba. De este modo se puede afirmar que, a los pocos años de su gobierno de la diócesis de Osma, ésta quedó material y espiritualmente renovada.

En este trabajo de reforma y renovación espiritual se vio obligado algunas veces a desarrollar una energía extraordinaria en defensa de los derechos de la Iglesia y de los bienes que a ella pertenecían. Como en toda su actuación no tenía miras humanas, no había consideración ninguna que pudiera doblegarlo o apartarle del cumplimiento de su deber. Con su entereza y constancia logró que algunos hombres, pertenecientes a la más alta nobleza, restituyeran a la Iglesia los bienes que le habían robado.

Estos y semejantes hechos, más o menos maravillosos, abundan en los relatos que se nos han conservado de su extraordinaria actividad como gran prelado, renovador y reformador de la iglesia de Osma. El año 1109, cuando terminaba una visita de una buena parte de su diócesis, dirigióse a Toledo, donde se hallaba Alfonso VI gravemente enfermo. Asistióle con la mayor devoción y agradecimiento juntamente con el arzobispo don Bernardo, y después de la muerte del gran rey acompañó sus restos al monasterio de Sahagún, donde el monarca había dispuesto que fuesen enterrados. Una vez realizada esta piadosa ceremonia, mientras el santo obispo Pedro de Osma, rendido

de fatiga, volvía a su iglesia de Osma, se sintió acometido de una enfermedad, y, llegado a Palencia, el 2 de agosto entregó allí su alma a Dios.

Conforme a su deseo expresamente manifestado antes de morir, sus restos fueron conducidos a Osma y depositados en su catedral. Así se cumplía su voluntad de que su cuerpo reposara junto a su iglesia, a la que él consideraba como su esposa. Así vivió y así murió este santo monje y obispo, verdadero modelo tanto para los religiosos como para todos los eclesiásticos, particularmente para los prelados.

BERNARDINO LLORCA, SI

Bibliografía

Act. SS. Boll., 2 de agosto.
AGUIRRE, L., «Sepulcro de San Pedro de Osma en la iglesia catedral de El Burgo»: *Boletín de la Real Academia de Historia* 2 (1882) 31s.
MARTÍNEZ, *La vida del bienaventurado San Pedro de Osma...* (1549).
«Vita»: *Analecta Bollandiana* 4 (1885) 10s.

BEATA JUANA DE AZA

Madre de Santo Domingo de Guzmán († s. XIII)

De Juana de Aza —a la que unos llaman beata y otros santa— la verdad es que no se saben muchas cosas. Y las que se saben pueden reducirse prácticamente a dos: primera, que fue la madre de Santo Domingo de Guzmán, y segunda, que fue una mujer compasiva que en cierta ocasión, estando fuera su marido, repartió entre los pobres una cuba de vino generoso.

Esto no quiere decir que no se tengan de ella otros datos. Como saberse, se sabe el nombre de su padre, que fue don García Garcés, señor del condado de Aza, mayordomo mayor, ayo, tutor y curador del rey don Alfonso IX, y el de su madre, doña Sancha Bermúdez de Trastámara. Juana de Aza nació, pues, en el seno de una familia noble, enlazada varias veces con la casa real de Castilla.

Tampoco se ignora el nombre de su marido. Hacia los veinte años Juana de Aza se casó con don Félix Ruiz de Guzmán, señor de la villa de Caleruega. En esa villa vivieron ellos y allí nacieron sus tres hijos. El mayor, don Antonio, fue sacerdote y

consagró su vida a los peregrinos y enfermos que acudían al sepulcro de Santo Domingo de Silos, cerca de Caleruega. El segundo, don Manes, o Mamerto, siguió a su hermano menor y se hizo dominico. Santo Domingo fue el tercero de los hermanos, y parece que se llamó Domingo por un sueño que tuvo su madre en los meses que precedieron al nacimiento. Soñó Juana que llevaba en el vientre un cachorrillo (algunos dicen: un cachorrillo blanco y negro) que tenía en la boca una antorcha y que salía y encendía el mundo. Juana se asustó y se fue a rezar a Santo Domingo de Silos, que había muerto cien años atrás. Le hizo una novena y parece que prometió que el hijo que iba a nacer llevaría el mismo nombre que el santo. Lo que no podía prever es que, en el santoral, el hijo que Juana llevaba en las entrañas había de eclipsar al buen Santo Domingo de Silos, bajo cuya protección nacía. Pero claro es que los santos, en el cielo, no se preocupan por estas cosas, y Domingo de Silos veló por el nacimiento de Domingo de Guzmán y consoló a la buena Juana de Aza, que estaba allá, junto al sepulcro de Silos, rezando ardientemente.

El nacimiento del futuro santo ocurrió el 24 de junio, día de San Juan Bautista, el precursor, el que clamaba en el desierto y preparaba los caminos del Señor. También Domingo había de ser una voz que enderezara caminos: para eso fundaría con el tiempo su Orden de Hermanos Predicadores. Del nacimiento y sus circunstancias cuentan las leyendas varios prodigios. El más gracioso es la equivocación que por tres veces sufrió el celebrante que decía la misa de acción de gracias. Al volverse para decir *Dominus vobiscum,* le salía en vez de esto un extraño anuncio: *Ecce reformator Ecclesiae.* En vez de anunciarles a los fieles que el Señor estaba con ellos, les decía que allí estaba el reformador de la Iglesia. El reformador de la Iglesia era el tercer hijo de Juana de Aza, aquel niño al que habían puesto por nombre Domingo. El cachorrillo, en efecto, prendería fuego al mundo, pero su fuego no vendría a destruir, sino a purificar: sería calor y luz que encendería los espíritus, calor de amorosa pobreza, luz de traspasada verdad.

Domingo no viviría muchos años con sus padres. A los siete, su madre le confió a un hermano que tenía ella, párroco de

Gumiel de Izán. Él se encargaría de la primera instrucción del pequeño Domingo y de su primera educación. No había entonces escuela en los pueblos, claro está, y el pequeño Domingo tenía que empezar pronto a aprender todo lo que luego le había de hacer buena falta, pues tendría que habérselas con los herejes y convencerles con la pacífica arma de la palabra. Pero si pronto dejó la casa de sus padres no dejó sus costumbres, que eran buenas. De su madre aprendería, sin duda, en los tiernos años, la suprema virtud de la compasión, que es lo que nos hace hombres o mujeres, es decir, seres humanos. Domingo, estudiante de catorce años, vio un día a la gente agobiada por una pertinaz sequía. Domingo vio que la gente pasaba esto tan sencillo y terrible que llamamos hambre. Y vendió todos sus libros, todos sus pergaminos. Y dijo: «No quiero pieles muertas cuando veo perecer las vivas».

Por eso imagino yo que la grandeza de Juana de Aza, como madre de Santo Domingo, radica menos en haberle dado a luz que en haberle dado luz: ella, sus cosas, sus gestos, fue la luz que alumbró la infancia de Domingo de Guzmán. En ella aprendió a vivir y a ser bueno: infantil, puerilmente bueno, bueno como niño, que es lo que era. ¿Y hay manera mejor de ser bueno que la de serlo como niño? La beata o santa —qué importa— Juana de Aza, madre de familia, era una gran maestra en esa suprema asignatura sobre la que precisamente se nos pasará el examen final, el de fin de curso, el del fin del mundo. ¿No se nos ha dicho que seríamos juzgados sobre el amor? ¿No está previsto el Juicio Final como un repaso a nuestra conducta con los que tienen hambre, y sed, y frío, o están enfermos, o encarcelados, o sin techo? En aquel día sabremos de Juana de Aza muchas cosas que hoy no sabemos, muchas cosas que, sin duda, completarán la única anécdota, la única acción que de ella traen los historiadores del siglo XIII, en cuyos primeros años moría Juana. Pero ¿por qué tengo la convicción de que este único episodio que conocemos basta para darnos lo esencial de su persona y de su estilo?

He aquí lo que pasó.

Don Félix, su marido, estaba lejos. Juana había quedado al frente de la casa. Digo Juana y no doña Juana, y digo don Félix

y no Félix, porque el don aleja, y todos los personajes de esta historia, todos los miembros de esta familia los vemos hoy lejanos y borrosos; todos, menos Domingo; todos, menos Juana. A éstos los sentimos cercanos. ¡Curiosa cosa que la santidad acerque! Curiosa, pero no extraña. Pedimos a los santos las cosas que nos hacen falta, nos acercamos a ellos en busca de ayuda y les contamos todo lo que nos pasa. Y esto no sucede sólo después de que han muerto. No, no; ahí tenéis a Juana de Aza. Mirad con qué confianza se acercan a ella los pobres, los débiles, los enfermos. Es verdad que saben, por experiencia y porque lo sabe todo el mundo, que aquella mujer domina el difícil arte de dar. Lo domina porque da, y lo domina porque da con gracia, con sencillez, sin duda con esa sonrisa que, según monsieur Vincent —otro santo, Vicente de Paúl—, es lo único que hace perdonar al que da con ese privilegio que tiene de poder dar. Por tu sonrisa te perdonarán tu limosna: ¡qué honda intuición! No basta dar, en efecto, sino que hay que dar con humildad, con sencillez, sabiendo que es siempre Jesucristo el que nos ve desde el pobre. Y también con alegría, claro que sí, porque está escrito que Dios ama al que da con alegría, y porque la alegría se contagia y acaso sea ese contagio de alegría el mayor que podemos comunicar con el pretexto y el vehículo de cualquier otro don palpable. Don palpable, y sobre todo gustoso, que hablando de alegría puede ser, por ejemplo, el vino.

Sí, el vino. Don Félix tenía una cuba de vino generoso que por lo visto —por lo que luego veremos— apreciaba especialmente. El vino alegra el corazón del hombre (¿no está en la Escritura esto?) y el corazón valeroso de don Félix, señor de la villa de Caleruega, sin duda sentía de vez en cuando, acaso en los ratos de descanso y de fatiga, la necesidad de ser confortado con un vaso de aquel buen vino.

Allá estaba el vino, en la bodega, y lejos don Félix, y Juana, como de costumbre, pensando qué podría hacer con los pobres.

Ignoramos, la verdad, cómo vino la cosa. No sabemos si aquel día Juana no tenía otra cosa que dar, o bien si no tenía otra cosa mejor, puesto que para los pobres, o para Cristo que vive en ellos, es lo mejor justamente lo que hay que dar. Los relatos indican más bien que, además de las limosnas, repartió el

vino: además de los socorros, la alegría. Nos agrada pensar que fuera así. Lo que sabemos, en todo caso, es que la cuba de vino generoso fue repartida entre los pobres y enfermos. Y la repartió Juana, la señora de Caleruega, mientras su marido estaba lejos. Juana aquel día dio con alegría, y dio alegría. El vino que consolaba el animoso corazón de don Félix pasó a consolar los agobiados corazones de los que no tenían vino, como en Caná. Y como en Caná fue una mujer —allá, María; acá, Juana— la que se dio cuenta del problema y quiso ponerle remedio.

Y llegó don Félix, el marido, con su comitiva. Y algo debió de oír por ahí acerca del reparto de vino generoso, pues en presencia de todos pidió a su esposa que le diera un poco de aquel vino que tenían abajo, en la bodega. Ya sabía ella de qué vino hablaba. Y la pobre Juana que baja a la bodega. En qué estado de ánimo es cosa que no sabemos. Claro que quien da con alegría no se arrepiente nunca de haber dado; claro que quien da con gracia sabe también sonreír cuando le toca pagar las consecuencias de su generosidad. Juana baja a la bodega en busca del vino de la cuba que había vaciado para alegrar un poco la vida de los pobres y los enfermos; y arriba, don Félix, con su comitiva. ¿Sería don Félix un bromista? Para que la broma tuviera gracia nos sobra la comitiva. Sin testigos la broma sería inocente; con testigos resultaba cruel. ¿Sería don Félix, que ha dejado fama de hombre virtuoso, un marido severo, un hombre de celo austero, desabrido y exigente? No nos gusta pensarlo. No habría sido buen marido, pensamos, para una mujer generosa, compasiva, alegre. ¿Cómo habría podido él compartir estas virtudes? En fin, que lo único que sabemos es que Juana bajó a la bodega y, en su apuro, pidió ayuda al Señor. ¿Sería el Señor menos generoso que Juana? ¿Se quedaría atrás en lo de «pedid y recibiréis» que Juana practicaba tan bien? De ninguna manera. En la cuba se encontró vino, y don Félix pudo alegrar su corazón con el buen vino. Las crónicas dicen que todo el mundo hubo de reconocer la santidad de Juana de Aza y dar gracias por todo ello. Habían pedido los pobres, y les dio. Y pidió el marido, y también le pudo dar. ¿No lo haría, además, con alegría? Nos gusta imaginar en Juana una esposa amorosa y pensar que luego los dos se reirían juntos. Si lo cortés no quita lo valiente, lo no-

ble no tiene por qué quitar lo humano. Y si los tiempos eran otros, y otras las costumbres, el amor siempre es amor y la alegría, alegría.

No importa enlazar esta palabra con la última palabra de una vida. La muerte de Juana tuvo que ser otra manera de dar. La que tan bien conocía el arte de dar, y de dar con alegría, ¿no había de encontrar su propio estilo a la hora de dar lo mejor que le quedaba: la vida? Juana murió, dicen que en Peñafiel, pero ni siquiera después de haber muerto dejó de recibir peticiones. Cuando faltaba la lluvia la gente se acordaba de Juana. Cuando la langosta aparecía, la gente acudía a Juana. Y Juana seguía arreglándoselas para dar. Y es que una madre de familia sabe mucho de eso: de dar... y de sonreír. Juana de Aza, pide para nosotros este don: la generosa alegría.

El título de santa que se le venía atribuyendo corresponde al papa León XII.

LORENZO GOMIS

Bibliografía

ÁLVAREZ, P., *Santos, bienaventurados, venerables de la Orden de Predicadores.* I: *Santos* (Vergara 1920).

CASTAÑO, R., *Monografía de Santa Juana de Aza, madre de Santo Domingo de Guzmán* (Vergara 1900).

PELÁEZ, A., *Cuna y abolengo de Santo Domingo de Guzmán* (Madrid 1917).

BEATOS FELIPE DE JESÚS MUNÁRRIZ, JUAN DÍAZ NOSTI Y LEONCIO PÉREZ RAMOS

Presbíteros y mártires († 1936)

Vamos a contar la vida y muerte de los misioneros claretianos que murieron asesinados en Barbastro el día 2 de agosto de 1936. Eran tres: Felipe de Jesús Munárriz, Juan Díaz Nosti y Leoncio Pérez Ramos. Junto a ellos murieron «cantando ante las balas» otros compañeros hasta hacer el número de 51, todos formaban parte de la comunidad claretiana de Barbastro que fue en grupos al martirio en distintos días durante el mes de agosto de 1936. Y, además de estos 51, los claretianos

sufrieron el martirio en otras partes de España, hasta el número de 271.

Barbastro era una población con 8.000 habitantes. Lo peor que le pudo ocurrir al pueblo fue tener un «coronel cobarde», el Sr. Villaba. Éste había prometido que en Barbastro no iba a ocurrir nada: «Sacamos unos pelotones a la calle y no pasa nada». Pero el 19 de julio de 1936 las masas asaltaban las armerías de la ciudad. El 20 de julio de 1936 entraron al convento de los claretianos cincuenta milicianos armados. Iban buscando armas. Estaban empeñados en que los religiosos las escondían. Registraron toda la casa pero no encontraron nada, a pesar del intento de una mujer por acusar a los religiosos al esconder entre los ornamentos sagrados de la sacristía una gran navaja; sin embargo, un miliciano se dio cuenta del truco y la amenazó con matarla allí mismo. Como el registro fue infructuoso, arrestaron a todos los miembros de la comunidad. Unos (Felipe, Juan y Leoncio) fueron llevados a la cárcel del pueblo; los enfermos al hospital; y el resto de los misioneros al convento de los escolapios (cf. una semblanza de los mismos los días 12, 13, 15 y 18 de agosto).

En medio de la confusión, mientras estaban buscando las armas, el P. Luis Masferrer pudo ir a la capilla para sacar el Santísimo y ponerlo a salvo dentro de una maleta. Durante los días de prisión aquella Eucaristía sirvió de alimento espiritual a los futuros mártires. Siempre ocurrió lo mismo en todas las prisiones mientras la persecución religiosa en España. La Eucaristía fue el pan de los fuertes. Eso y la devoción a María.

El día 25 de julio de 1936 llegó al pueblo la invasión de gentes armadas y dispuestas a llevarse por delante todo lo que oliera a incienso. Entre todos ellos, y a la cabeza, estaba un tal Ángel Samblancat, antiguo postulante claretiano del seminario de Barbastro. Y empezaron a matar a todos los presos que sumaban ya muchos centenares. En una ciudad de 8.000 habitantes cayeron segadas 837 vidas.

El motivo de la muerte era muy claro. El alcalde lo declaró así: «Como personas merecen todo respeto; pero como sacerdotes y misioneros deben morir». La sotana sublevaba a los milicianos. Por la ventana les decían a los seminaristas: «Os mata-

remos a todos con la sotana puesta, para que ese trapo sea enterrado con los que lo lleváis»; «No odiamos a vuestras personas. Lo que odiamos es vuestra profesión, ese hábito negro, la sotana. Ese trapo repugnante»; «Quitaos ese trapo y seréis como nosotros. Y os libraremos».

Los primeros misioneros claretianos muertos son: el superior, P. Felipe de Jesús Munárriz; el formador de seminaristas, P. Juan Díaz; y el administrador, P. Leoncio Pérez, cuyas vidas reseñamos a continuación:

FELIPE DE JESÚS MUNÁRRIZ. Nació en Allo (Navarra) el 4 de febrero de 1875. Era el superior de la comunidad. Durante toda su vida había dado muestras de entrega total a la vida religiosa, con gran sentido de la responsabilidad para organizar la vida de los jóvenes estudiantes y de talento práctico para solucionar los problemas de una familia de 51 personas.

Con 11 años solicitó la entrada en el postulantado de Barbastro, donde luego murió. Con Felipe Munárriz profesaron otros 60 novicios más el año 1891. Fue ordenado sacerdote en 1898, en Santo Domingo de la Calzada. En la ordenación sacerdotal tomaron parte 95 ordenandos.

Desempeñó su apostolado ocupando cargos de responsabilidad: coadjutor de novicios en Cervera (1898-1900), prefecto de postulantes en Barbastro (1900-1905), prefecto de seminaristas de filosofía (1905-1910) y prefecto de seminaristas de teología (1910-1915) en Cervera, y prefecto de seminaristas de moral en Alagón (1915-1919). En 1919 es destinado a Italia, pero al final se queda en la casa generalicia de Barcelona como consultor primero. Más tarde será superior en las siguientes casas: Gracia, en Barcelona (1922-1925), Cartagena (1925-1931), Zaragoza (1931-1934) y Barbastro (1934-1936).

El día 20 de julio de 1936, cuando los milicianos se empeñaban en encontrar armas en el convento, el P. Munárriz se enfrentó a ellos vigorosamente: «¡En esta casa no hay armas, lo crean ustedes o no lo crean! ¡Registren lo que quieran, que no las encontrarán! ¡Nosotros no mentimos!».

En la noche del 1 al 2 de agosto, a la entrada del cementerio, fue fusilado este santo varón, lleno de méritos y de trabajos. Tenía 61 años de edad. Con él cayeron Juan Díaz y Leoncio Pérez, con otras 18 personas más.

JUAN DÍAZ NOSTI. Había nacido en la «Quinta de los Catalanes», en el Principado de Asturias, el 18 de febrero de 1880. Ingresó en el postulantado de Barbastro en el año 1893. Fue ordenado sacerdote en 1906, en Zaragoza. Luego fue nombrado profesor de ética (Cervera, 1907), de moral (Colegio de Alagón, 1910); superior de Calatayud (1913) y profesor de moral en Aranda de Duero de 1916 a 1934. En 1934 fue a Barbastro como prefecto de seminaristas y profesor de moral. Gran predicador, excelente superior de diversas casas. Un santo.

En la noche del 1 al 2 de agosto unos individuos conocidos en Barbastro por su ferocidad, pidiendo presos para matar. Y el comité les dio un vale para sacar a 20 hombres y matarlos. Entre ellos estaban nuestros tres primeros claretianos mártires. Juan, al morir, tenía 56 años.

También murió allí mismo un hombre singular, Ceferino Giménez Malla, primer gitano beatificado de la historia, que fue fusilado junto al padre superior de los claretianos por el delito de haber querido defender a un sacerdote que estaba siendo acosado en plena calle.

LEONCIO PÉREZ RAMOS. Era riojano, de Muro de Aguas. Nació el 12 de septiembre de 1875. Su familia era pobre de solemnidad; se dedicaban a los trabajos del campo y eran los más pobres del pueblo. Profesó en Cervera en 1893; fue ordenado sacerdote en Miranda de Ebro el año 1901.

Su primer destino fue Barbastro, como auxiliar del padre prefecto. Luego pasó a Lérida y en 1907 fue destinado a la casa-sanatorio de Olesa de Montserrat, hasta 1913. Desde 1913 fue administrador de diversas casas durante 23 años: Gracia, en Barcelona (1913-1916), Tarragona (1916-1919), Lérida (1919-1922), Játiva (1922-1925), Alagón (1925-1928), Barbastro (1928-1936).

Era un religioso ejemplar, piadoso, paciente y trabajador. Lo llevaron a la cárcel, junto a Felipe y Juan. El pañuelo hallado en su bolsillo estaba todo él manchado de sangre. No se sabe si fueron simples hemorragias o efectos de malos tratos. El P. Leoncio formaba terna con el beneficiado de la catedral don Tomás Ardanuy que estaba aterrado; Leoncio le animó durante todo el viaje hasta la muerte. Unos disparos y a la fosa. Tenía 61 años. Sus restos fueron recuperados en 1940.

Gloriosos mártires claretianos, «seminario mártir» lo llamó Juan Pablo II cuando, el 25 de octubre de 1992, beatificó en Roma a los 51 misioneros claretianos mártires de Barbastro.

FÉLIX NÚÑEZ URIBE

Bibliografía

CAMPO VILLEGAS, G., *Ésta es nuestra sangre. 51 Claretianos mártires. Barbastro, agosto 1936* (Madrid ²1992).

CÁRCEL ORTÍ, V., «Los 51 claretianos de Barbastro», en ID., *Mártires españoles del siglo XX* (Madrid 1995) 341-359.

CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, Barbastren. *Beatificationis et declarationis martyrii servi Dei Philippi a Jesu Munárriz, sacerdotis professi e Congregatione Filiorum Immaculati Cordis B.M.V. et qinquaginta Sociorum eiusdem Congregationis. Positio super martirio* (Roma 1991).

LALUEZA GIL, S., *Martirio de la Iglesia de Barbastro (1936-1939)* (Barbastro 1989).

RUIZ, G., «Barbastro, martiri», en *Bibliotheca sanctorum. Appendice prima* (Roma 1987) 125-126.

BEATO CEFERINO GIMÉNEZ MALLA, «EL PELÉ»

Mártir († 1936)

En su magnífica obra sobre la persecución religiosa española de 1936 a 1939, el Dr. Montero llama a Barbastro «capital trágica de Aragón». Realmente, el sacrificio de todo un Seminario mártir, con sus 51 jovencísimos claretianos ansiosos de «dar la sangre por su Rey y su Reina», la inmolación de sacerdotes en proporción mayor que las otras diócesis españolas, el testimonio heroico de docenas de espléndidos católicos seglares, y el martirio estremecedor de su santo obispo Florentino Asensio Barroso, en que se concitaron la saña animalesca de los verdugos y la mansedumbre conmovedora de la víctima, hacen de Barbastro, sí, la capital de la tragedia y, no menos, la capital de una epopeya: la de la entrega heroica a Jesucristo, el Rey de los mártires.

Hijo de padres gitanos españoles, Ceferino Giménez Malla, conocido familiarmente como «el Pelé», es una de las figuras significativas del pueblo gitano, que coronó una vida cristiana auténtica con el martirio. Nació en Fraga (Huesca), en una familia de gitanos nómadas, probablemente el 26 de agosto de 1861, fiesta de San Ceferino papa, de quien tomó el nombre, siendo bautizado ese mismo día. Experimentó en su infancia las

carencias de la pobreza, que llega a ser miseria cuando su padre abandona la familia para irse con otra mujer.

Como su familia, Ceferino también fue un gitano que vivió siempre como tal, profesando la ley gitana tanto en su formación como en el desarrollo de su vida.

Ceferino no fue a la escuela, ayudaba en casa como podía. De niño recorrió los caminos montañosos de la región, dedicado a la venta ambulante de los cestos que fabricaba con sus manos. A los veinte años se estableció en Barbastro, y se casó, al estilo gitano, con Teresa Giménez Castro, una gitana de Lérida de fuerte personalidad. En 1912 regularizó la unión con «su Teresa» celebrando el matrimonio según el rito católico. Comenzó desde entonces a frecuentar la iglesia hasta convertirse en un cristiano modelo. No tuvo hijos, pero adoptó de hecho a una sobrina de su esposa, llamada Pepita.

El Pelé dedicó los mejores años de su vida a la profesión de tratante experto en la compraventa de caballerías por las ferias de la región. Fue muy estimado por su sinceridad y hombría de bien, lo que no era frecuente en su oficio. Pudo establecerse y trabajar por cuenta propia, merced a un gesto de caridad que admiró a todo Barbastro. Un potentado del lugar, enfermo de tuberculosis, pasando un día por la calle, comenzó a tener vómitos de sangre, ante lo cual todos escapaban, asustados, también los que parecían ser sus amigos. Sin embargo, Ceferino, sin ningún temor, corre hacia él, le ayuda y lo lleva sobre sus espaldas a casa. Conmovida y agradecida, la rica familia del enfermo lo recompensa con una suma de dinero, y el Pelé puede así montar un próspero comercio. Llegó, por eso, a tener una buena posición social y económica, que puso siempre a disposición de los más necesitados.

Practicó sin respetos humanos la fe, que adquirió siendo ya adulto. Rezaba mientras caminaba por la calle, con el rosario en la mano. Iba, en lo más crudo del invierno, a socorrer a los gitanos más pobres, y también a los payos necesitados. Todos eran «prójimos» para él, que edificaba día a día, con el mandamiento nuevo, su vida de creyente, refrendada con las obras. Aunque analfabeto, supo «leer» y entender la carta de la caridad del apóstol Pablo a los Corintios, viviendo de aquel amor que «todo

lo disculpa, todo lo cree, todo lo soporta». Soportó incluso las calumnias, suscitadas por la envidia... Acusado injustamente de robo («¡es un gitano...!»), y encarcelado, fue enseguida declarado inocente. El abogado que lo defendía dijo: «El Pelé no es un ladrón, es San Ceferino, patrón de los gitanos».

Sumamente honrado, jamás en los tratos engañó a nadie. Por su reconocida prudencia y sabiduría, lo solicitaban payos y gitanos para solucionar los conflictos que a veces surgían entre ellos. Piadoso y caritativo, socorría a todos con sus limosnas. Todos querían a este gitano sencillo, devoto y simpático, que comunicaba esperanza y contagiaba alegría. Ya en vida, muchos lo llamaban «santo». Fue un ejemplo de religiosidad: asistía a misa todos los días en la iglesia de los misioneros claretianos —que serían todos mártires, como él: los famosos «mártires de Barbastro»—, comulgaba con frecuencia, en su hogar se rezaba cotidianamente el santo rosario, en agradecimiento, decía él, por un «milagro en su vida».

Su muerte por la fe fue la culminación de toda una vida de fe. No obstante su vida de gitano, dedicado al comercio, Pelé «iba a misa todos los días y rezaba el rosario [...] Muchas veces he oído decir en mi casa que iba diariamente a la misa y comulgaba», declaró un testigo en el proceso canónico. Y otros repitieron las mismas cosas: «En Barbastro, era el primero en las procesiones [...] Lo he visto a menudo con un gran cirio...».

Aunque no supo nunca leer ni escribir, era amigo de personas cultas y fue admitido como miembro en diversas asociaciones religiosas. Le gustaban, como buen gitano, las manifestaciones de religiosidad popular, como las procesiones y las peregrinaciones; pero su espiritualidad se alimentaba en las fuentes de las instituciones que había entonces para los laicos: los Jueves eucarísticos, la Adoración nocturna, las Conferencias de San Vicente de Paúl. En 1926, cuando los capuchinos resolvieron fundar la Tercera Orden Franciscana en Barbastro, organizaron un triduo de preparación en la ciudad. El día de la erección de la TOF se hicieron terciarios el obispo de la diócesis, 11 sacerdotes, 33 seminaristas y 114 laicos, entre ellos el Pelé, que fue elegido como uno de los 10 consejeros de la fraternidad, lo que no deja de ser significativo si se piensa que era gitano y analfabeto.

Es de resaltar un dato significativo de la vida de Ceferino: su amistad con don Florentino Asensio Barroso, obispo de Barbastro. Pocos días antes de su muerte, ambos se vieron en la Adoración nocturna organizada clandestinamente en casa de don Florentino. La comunión en la fe les impulsó a los dos a forjar una amistad nada corriente entre un obispo y un gitano. Por dar testimonio de esta fe mueren casi el mismo día en circunstancias similares. La Providencia quiso que ambos fueran reconocidos y beatificados juntos.

Su fe se manifestó no sólo en su vida de piedad, sino en su amor al prójimo, en la rectitud y honradez en el comercio, y en la atención a los niños, sobre todo gitanos, que en esa época no eran objeto de una especial atención pastoral. Le gustaba dedicarse a catequizarlos. Reunía con frecuencia a los gitanillos y los sacaba al campo, aparentemente para recoger «ceñoso» («hinojo»: planta aromática, usada para condimentar), pero, en realidad, para contarles pasajes de la Biblia, instruirles con cantos religiosos y enseñarles las oraciones y el respeto a la naturaleza. Algunos testimonios:

> «Reunía a muchos niños, gitanos o payos, y nos enseñaba a rezar, nos contaba historietas y nos daba la merienda».
>
> «Algunas veces nos reunía a su alrededor y nos llevaba fuera del pueblo; nos daba consejos y nosotros lo escuchábamos con mucha atención».
>
> «Exhortaba a los chicos a que respetaran los pajarillos y las hormigas [...], relataba historias de la Biblia [...] Hacía cantar canciones de la Iglesia».

La fe de Ceferino tenía, naturalmente, las características de la cultura gitana, pero también la profundidad de una espiritualidad con raíces sólidas:

> «Aunque el Pelé careciera de toda instrucción literaria por ser analfabeto, tenía, sin embargo, una gran formación espiritual: la vida espiritual le salía del interior».

Una muestra de su profunda espiritualidad era su resignación cristiana y el hecho de que veía la mano de Dios en todas las cosas:

> «En los reveses de fortuna o en las desgracias, el siervo de Dios decía siempre: Dios lo ha querido, Él lo sabe. Alabado sea el Señor».

Al inicio de la guerra civil española, en los últimos días de julio de 1936, fue detenido por salir en defensa de un sacerdote joven que un grupo de anarquistas arrastraba por las calles de Barbastro para llevarlo a la cárcel. El sacerdote forcejeaba con los milicianos. Ceferino, honrado a carta cabal como era, no pudo contenerse y exclamó indignado: «¡Válgame la Virgen! ¡Tantos hombres contra uno, y además, inocente!».

Varios milicianos se abalanzaron sobre él, lo cachearon y le encontraron una navajita cortaplumas y un modesto rosario en el bolsillo. Bastó para conducirlo, maniatado, con el sacerdote, a la cárcel popular. Allí Ceferino convivió con los que habían de ser sacrificados: sacerdotes, religiosos y seglares católicos. La cárcel improvisada era el convento de las capuchinas, donde ya había 350 detenidos. La situación era delicada y estaba dominada por la violencia y el odio a lo sagrado por parte de los milicianos. Era preciso tener «prudencia», no irritar a los revolucionarios. La hija adoptiva de Ceferino, Pepita, de 12 años, le llevaba de comer a la cárcel todos los días. Papá Pelé la hacía permanecer un poco con él y juntos rezaban el rosario. En la cárcel, todos «rezaban el rosario y oraban» *(Summ.,* p.23), pero el Pelé era incansable en la oración: «el rosario significaba la fe en Cristo». Los carceleros estaban muy enojados con eso y muchos de los presos aconsejaban al gitano que fuera más discreto y «prudente».

El Pelé no tenía ninguna importancia política y, en una situación como la que había en España, recién estallada la revolución, se pensaba que una figura como la suya no tenía nada que pudiera perjudicar a los revolucionarios. Por esto alguien pidió ayuda a un anárquico de Barbastro, Eugenio Sopena, uno de los miembros más influyentes del comité revolucionario, que estimaba a nuestro gitano y vivía en un apartamento situado en el mismo edificio donde vivía el Pelé. Sopena hizo presión, pero le respondieron que el gitano ejercía influencia en los presos desde un punto de vista religioso. Por tanto, debía comenzar por eliminar el rosario y dejar de rezar. Sopena le pidió varias veces que le entregara el rosario: «¡Te matarán!», le decía, pero era inútil. Le recomendó que disimulara, en la cárcel al menos, sus devociones, que no enseñara más el rosario y «que se dejara de fanatismo». Pero Ceferino había apostado ya, definitivamente,

por Jesucristo crucificado. Agradeció el interés de Sopena y le confesó íntegramente su fe y su voluntad de permanecer cristiano hasta el fin.

También la pequeña Pepita insistía: «Dame el rosario, bótalo, que podría pasarte algo». Un testigo declaró en el proceso de beatificación:

> «Quizás se hubiera salvado de la muerte [...] Tal como estaban las cosas en ese momento, el siervo de Dios sabía que lo fusilarían si no renegaba de la propia fe».

Este detalle revela toda la serenidad y decisión del Pelé. A sus 75 años, prefirió seguir en la prisión y afrontar el martirio.

Hacia las tres de la madrugada del día 2 de agosto de 1936, al lado de 19 presos, entre ellos tres sacerdotes claretianos, lo fusilaron junto a las tapias del cementerio de Barbastro. Murió enarbolando el rosario en la mano, como una bandera victoriosa, mientras gritaba su fe: «¡Viva Cristo Rey!».

Un puñado de gitanos, al enterarse de la ejecución, marchó al cementerio y rescató el rosario que el Pelé llevaba entrelazado en los dedos en el momento de morir. Esa misma mañana se obligó a otros gitanos a excavar una fosa común para todos los fusilados, entre los que estaba el Pelé. Después, sobre los cuerpos de los asesinados se echó cal viva. Por eso no se pudo encontrar su tumba.

Juan Pablo II beatificó a Ceferino Jiménez Malla, junto con su obispo, el también mártir Florentino Asensio, el 4 de mayo de 1997, y estableció que su fiesta se celebre el día 2 de agosto, aniversario de su martirio y nacimiento al cielo. En aquella ocasión, el Papa dijo del Pelé:

> «"A vosotros os llamo amigos" (Jn 15,15). También en Barbastro el gitano Ceferino Giménez Malla, conocido como "el Pelé", murió por la fe en la que había vivido. Su vida muestra cómo Cristo está presente en los diversos pueblos y razas y que todos están llamados a la santidad, la cual se alcanza guardando sus mandamientos y permaneciendo en su amor (cf. Jn 15,11). El Pelé fue generoso y acogedor con los pobres, aun siendo él mismo pobre; honesto en su actividad; fiel a su pueblo y a su raza calé; dotado de una inteligencia natural extraordinaria y del don de consejo. Fue, sobre todo, un hombre de profundas creencias religiosas.
>
> La frecuente participación en la santa misa, la devoción a la Virgen María con el rezo del rosario, la pertenencia a diversas aso-

ciaciones católicas le ayudaron a amar a Dios y al prójimo con entereza. Así, aun a riesgo de la propia vida, no dudó en defender a un sacerdote que iba a ser arrestado, por lo que le llevaron a la cárcel, donde no abandonó nunca la oración, siendo después fusilado mientras estrechaba el rosario en sus manos. El beato Ceferino Giménez Malla supo sembrar concordia y solidaridad entre los suyos, mediando también en los conflictos que a veces empañan las relaciones entre payos y gitanos, demostrando que la caridad de Cristo no conoce límites de razas ni culturas. Hoy "el Pelé" intercede por todos ante el Padre común, y la Iglesia lo propone como modelo a seguir y muestra significativa de la universal vocación a la santidad, especialmente para los gitanos, que tienen con él estrechos vínculos culturales y étnicos».

En el discurso del lunes siguiente a los peregrinos, sobre todo gitanos, llegados a Roma para la beatificación, y al final de la plegaria mariana del sábado anterior a la ceremonia, fueron éstas las palabras del Romano Pontífice:

«El beato Ceferino Giménez Malla alcanzó la palma del martirio con la misma sencillez que había vivido. Su vida cristiana nos recuerda a todos que el mensaje de salvación no conoce fronteras de raza o cultura, porque Jesucristo es el redentor de los hombres de toda tribu, estirpe, pueblo y nación (cf. Ap 5,9).

"El Pelé" fue un hombre profundamente piadoso: particularmente devoto de la Eucaristía y de la Virgen María, participaba asiduamente en la santa misa y rezaba el rosario con fervor, oraba con frecuencia y pertenecía a diversas asociaciones religiosas. Su vida fue coherente con su fe, practicando la caridad con todos, siendo honrado en sus actividades, poniendo paz en las contiendas y aconsejando sabiamente sobre las situaciones que se presentaban. Por esto gozó de la estima de quienes lo conocieron.

Queridos hijos del pueblo gitano, el Beato Ceferino es para vosotros una luz en vuestro sendero, un poderoso intercesor, un guía para vuestros pasos. "El Pelé", en su camino hacia la santidad, tiene que ser para vosotros un ejemplo y un estímulo para la plena inserción de vuestra particular cultura en el ámbito social en que os encontráis. Al mismo tiempo, es necesario que se superen antiguos prejuicios que os llevan a padecer formas de discriminación y rechazo que a veces conducen a una no deseada marginación del pueblo gitano».

* * *

«Doy la bienvenida a los peregrinos gitanos que han venido para la beatificación de Ceferino Giménez Malla, mártir. Gracias por vuestra presencia y por vuestro canto. En verdad, la oración

del santo rosario era la mejor manera de honrar a "el Pelé", que afrontó el extremo sacrificio con el rosario en la mano.

Saludo ahora cordialmente a las personas de lengua española que se han unido a esta entrañable práctica de piedad mariana [el rezo del santo rosario], al comienzo del mes de mayo, tradicionalmente dedicado a la Virgen María. Saludo en particular al numeroso grupo de gitanos que han venido a Roma para participar mañana en la beatificación del venerable Ceferino Giménez, "el Pelé". Este ilustre hijo de vuestra raza fue mártir de la fe y murió con el rosario en la mano. Vosotros, que habéis sabido mantener vuestra identidad étnica y cultural más allá de las fronteras, haciendo con frecuencia del camino vuestra patria, seguid su ejemplo de piedad cristiana y de especial devoción a María, que vosotros invocáis como "Amari Develeskeridaj", "Nuestra Madre de Dios", para que ella sea la estrella que guíe y alegre vuestros pasos».

Ceferino Giménez Malla, con su vida de fe y su muerte por la fe, ha demostrado que Cristo está presente en todos los pueblos y en todas las razas, y que la santidad puede nacer en todas partes. La Iglesia reconoce en él a un hijo auténtico y fiel, un testigo de Cristo, un evangelizador de su propia gente (cf. *Positio,* p.3). Es el primer gitano que alcanza la meta gloriosa de la beatificación. Fue un verdadero gitano, cumplidor y maestro de los valores de su cultura. Su testimonio subraya, una vez más, que a todo hombre se le ofrece, dentro de su cultura, un camino de fe y de gracia, por el que puede transitar hasta las más altas cimas de la perfección. El ejemplo de Ceferino, siendo válido para todos, encarna los valores de su cultura: el respeto y atención a los mayores y la familia, el amor a la libertad, el orgullo de las propias tradiciones, la vivencia de lo religioso y la búsqueda de la paz.

ALBERTO JOSÉ GONZÁLEZ CHAVES

Bibliografía

L'Osservatore Romano (ed. en español) (9-5-1997).

CAMPO VILLEGAS, G., *Ésta es nuestra sangre. 51 Claretianos mártires. Barbastro, agosto 1936* (Madrid ²1992).

GIL DE MURO, E. T., *Ay, gitano. (Isna, calorro). Biografía de Ceferino Giménez Malla, mártir* (Madrid 1997).

REPETTO BETES, J. L., *Mil años de santidad seglar. Santos y beatos del segundo milenio* (Madrid 2002) 339-340.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN ESTEBAN I

Papa († 257)

Esteban era romano y pertenecía al clero de esta ciudad cuando fue elegido papa como sucesor de Lucio I, el 12 de mayo del año 254. Era una persona enérgica y segura de su autoridad, y ello le llevó a tener diferentes choques con San Cipriano de Cartago, de idéntico perfil moral, y con otros prelados. Una primera cuestión surgió cuando dos obispos españoles, Basílides de Mérida y Marcial de León, se procuraron certificados falsos de haber adorado a los ídolos para salvar sus vidas. Por ello fueron sustituidos por Sabino y Félix. Pero entonces Basílides acudió a Roma y presentó su caso de forma que Esteban lo confirmó en su cargo episcopal. Los fieles de ambas iglesias, indignados con este proceder del papa, acudieron a San Cipriano de Cartago, el cual reunió un sínodo que declaró a Basílides y Marcial indignos del episcopado, corrigiendo así el dictamen papal. No se sabe cómo terminó este asunto.

Igualmente tuvo Esteban problemas a cuenta del obispo Marciano de Arlés, el cual era de tendencia novaciana y, sin embargo, el papa tenía moderación con él y los de su tendencia. Denunciado Marciano ante San Cipriano, éste escribe a Esteban exigiéndole que fuera más enérgico con los herejes. Tampoco se sabe cómo terminó la cuestión. Por último estuvo la cuestión de volver o no a bautizar a los herejes. La praxis romana era que a los herejes se les daba por bien bautizados y solamente se les imponía la mano en señal de penitencia cuando venían a la Iglesia católica. Pero en África y en algunos sitios de Asia había la costumbre de rebautizar a los herejes alegando que fuera de la Iglesia no se daba la gracia y la salvación. Los obispos africanos estaban por esta última praxis y tras el sínodo del 256 San Cipriano intentó que Esteban le diera la razón. Pero Esteban se mantuvo firme en que no se innovara nada sino que se siguiera la praxis habitual de la Iglesia romana. Esteban murió el 2 de agosto del 257, más de un año antes del martirio de San Cipriano, y no parece que muriera mártir, aunque se le haya dado tal título.

SANTA CENTOLA
Mártir (fecha desconocida)

El arzobispado de Burgos celebra el día 13 de agosto la memoria de Santa Centola, mártir. El actual *Martirologio* la celebra el día 2 de agosto. Y el *Martirologio* anterior, que celebraba su memoria el dicho día 13, la conmemoraba junto con Santa Elena, que ahora ha desaparecido así del *Martirologio romano* como del propio de los santos de Burgos. El motivo de esta desaparición es que hasta el siglo XIV no hay noticia alguna de Santa Elena, y por tanto se ha considerado sin fundamento histórico su existencia. Centola tuvo culto en una ermita de Sierro, en dicho arzobispado, y en algún momento se tejió en torno a ella la tradición de que era una mártir toledana de nacimiento, hija de padre pagano, que no estaba dispuesto a permitir que su hija fuera cristiana, lo que obligó a huir a ésta. Pero ese hecho no impidió que fuera martirizada en la persecución de Diocleciano, a comienzos del siglo IV. En 1317 el obispo Gonzalo trasladó las reliquias a la capital burgalesa.

BEATO FRANCISCO CALVO BURILLO
Presbítero y mártir († 1936)

Era natural de Híjar, provincia de Teruel, donde nació el 21 de noviembre de 1881. Educado cristianamente, a los 15 años decide seguir la vocación religiosa e ingresa en el convento de San José de la localidad de Padrón, en la provincia de La Coruña. Hecho el noviciado, pronunció los votos religiosos en la Orden de Predicadores y seguidamente estudió filosofía en el convento de Padrón y teología en el de Corias, en Asturias. En diciembre de 1905 se ordena sacerdote en Salamanca, a donde ha ido para estudiar la carrera de Filosofía y Letras, de la que más tarde conseguiría la licenciatura en Barcelona.

Destinado en 1912 a la enseñanza en el colegio de Oviedo, unos años más tarde se ofrece para la restauración de la provincia dominicana de Aragón, de cuyos principios fue uno de los soportes más fuertes tanto en la enseñanza como en el gobierno y asimismo en el ministerio sacerdotal de predicación, con-

fesonario, dirección espiritual, etc. Ya antes del 18 de julio de 1936, dadas las circunstancias difíciles y su quebrantada salud, se había ido a casa de su madre a fin de restablecerse. Pero fue detenido y en la noche del 1 de agosto escribió una carta a su madre en la que le decía: «Mamá mía amantísima: adiós y ruega por mí. Todo lo que tengo, la máquina y cualquier otra cosa es de la Orden. Reparte el dinero a los pobres. Un abrazo de tu hijo en agonía: Fray Quico». Fue fusilado en su pueblo natal el 2 de agosto de 1936. Sus restos mortales descansan desde 1962 en el colegio «Cardenal Xavierre», de Zaragoza.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO FRANCISCO TOMÁS Y SERER

Presbítero y mártir († 1936)

Era natural de Alcalalí, provincia de Alicante, donde nació el 11 de octubre de 1911, hijo de una familia muy cristiana. Cursa las primeras letras en la escuela pública de su pueblo y destaca por su inteligencia y buenas dotes. Desde su primera comunión (26 de mayo de 1921) muestra sus deseos de ser sacerdote, ingresando a los 12 años en la escuela seráfica de los PP. Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores, en Godella, Valencia. De allí pasa al noviciado y hace los votos religiosos el 15 de septiembre de 1928. Cursa luego la filosofía y, para la teología, pasa a las casas de Teruel y Amurrio, ordenándose sacerdote en Vitoria el 24 de mayo de 1934. Estuvo primero destinado en la casa-reformatorio de Amurrio, y en octubre de 1935 es trasladado a la casa de Carabanchel Bajo, en Madrid, a la casita llamada «La Patilla» y dependiente de la Escuela de reforma de Santa Rita, situada en la misma finca. La intención era que estudiara la carrera de medicina en la Universidad Central madrileña. En el verano de 1935 hace un viaje por Francia y Bélgica en orden a comparar los métodos pedagógicos de su congregación con los habituales en Europa.

El 20 de julio de 1936 no quedaba ningún muchacho en la casita de «La Patilla» cuando a las ocho de la mañana los milicia-

nos invaden la «Casa de reforma». Francisco acude al alcalde, el cual logra que los religiosos queden libres de marcharse donde quieran. El día 31 de julio, Francisco con su hermano Pedro llegan a calle Alcalá 66 para esperar allí al Beato Bienvenido de Dos Hermanas. Cuando pasaron dos días sin que el padre llegara, llamó al alcalde de Carabanchel por teléfono, quien le dijo que no sabía nada y que no volviese a Carabanchel. Pero Francisco quería ir; entonces se acercó a una comisaría donde al saber que era sacerdote le aconsejaron que se escondiera. Volvió a la casa de la calle Alcalá pero al día siguiente fue a la alcaldía de Carabanchel y no volvió. Su hermano Pedro fue a buscarlo y tampoco volvió. Al amanecer del día 3 hallaron el cadáver del P. Francisco junto a las tapias del reformatorio del Príncipe de Asturias acribillado a balazos. Fue enterrado en una fosa común en el cementerio de Carabanchel Alto.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

3 de agosto

A) Martirologio

1. En Nápoles, Campania, San Asprenates, obispo (s. II-III).
2. En Autún (Galia), San Eufronio († p. 475), obispo.
3. En el Monte Massico (Campania), San Martín († 580), solitario.
4. En Anagni (Lacio), San Pedro († 1105), obispo.
5. En Lucera (Apulia), Beato Agustín Kazotic († 1323), obispo **.
6. En la carretera de Verger (Valencia), Beato Salvador Ferrandis Seguí († 1936), presbítero y mártir **.
7. En Samalús (Barcelona), Beato Alfonso López López, presbítero, y Miguel Remón Salvador († 1936), religiosos ambos de la Orden de Hermanos Menores Conventuales, mártires *.
8. En Barcelona, Beato Francisco Bandrés Sánchez († 1936), presbítero, de la Sociedad Salesiana, mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

BEATO AGUSTÍN KAZOTIC

Obispo († 1323)

Las Órdenes mendicantes fueron fermento de renovación evangélica y de santidad en la Iglesia medieval, desde su fundación en el siglo XIII. Multitud de apóstoles de la Palabra de Dios, de hombres eximios que edificaban al pueblo cristiano con sus virtudes y su predicación, obispos y santos, llenan las crónicas de las milicias nacientes de Domingo de Guzmán y de Francisco de Asís. Ellos hicieron florecer en Europa una nueva primavera de vida apostólica.

En el seno de la Orden de Predicadores brilló en Traú (Dalmacia), entre los siglos XIII y XIV, un croata, nacido hacia 1260, de noble familia. Recibió en su bautismo el nombre de Agustín. Su madre se llamaba Radoslava.

En 1265 la Orden de Santo Domingo había abierto convento en Traú. A los quince años, Agustín ingresó en esta orden en el convento de Split y en 1286 fue enviado a estudiar en la Universidad de París, siendo el primer croata que cursó filosofía y teología en el más prestigioso centro de estudios de aquel tiempo. En París puso los cimientos de sus vastos conocimientos, no sólo en las ciencias sagradas sino también en las naturales, tan promovidas en la Orden por su gran doctor Alberto Magno, que había dejado huella en el estudio parisiense donde había enseñado entre los años 1242 y 1248 teniendo por discípulo a Tomás de Aquino. Los nombres de estos dos santos doctores de la Orden dominicana, junto con el de Agustín Kazotic, quedarán inscritos en la lápida conmemorativa del célebre convento antiguo de los dominicos en la rue Saint Jacques de París. Por la posteridad, Agustín será recordado como una gloria intelectual de la nación croata.

El joven doctor regresó, tras los estudios, a su patria. Se dedicó a la predicación en Bosnia para difundir la fe católica y disipar toda contaminación de herejía. Acompañó al ex-maestro general de su Orden, Nicolás Boccasini, legado pontificio en Hungría, por estas tierras y por Croacia. En 1303 Boccasini fue elegido papa a la muerte del conflictivo Bonifacio VIII. Tomó

el nombre de Benedicto XI (1303-1304). El mismo año de su elección, designó a Agustín obispo de Zagreb y le confirió personalmente la ordenación episcopal. En la bula del nombramiento, el nuevo papa alababa la ciencia, sabiduría y ejemplar conducta del obispo electo y su diligencia en los asuntos espirituales sin olvidar los materiales.

Agustín no defraudó las expectativas del Beato Benedicto XI. Desempeñó su ministerio episcopal con suma diligencia: multiplicó las visitas pastorales en su diócesis, preocupándose por la salud espiritual y por el bienestar temporal de sus fieles, restauró la catedral de Zagreb, fundó en ella una escuela para enseñar gramática y artes a los hijos de los nobles y de los plebeyos; a éstos les otorgaba gratuidad en sus estudios; promovió la música litúrgica en la catedral, él mismo con frecuencia componía las melodías; se comportó siempre como padre y defensor de los pobres; convocó tres sínodos diocesanos. Gran parte de la noche la pasaba en oración, era proverbial su austeridad y frugalidad en las comidas. Tiene aire de graciosa leyenda popular el prodigio que la tradición nos ha transmitido y que figura en la iconografía del bienaventurado obispo dominico. Un día, el prior del convento se alarmó ante la fragilidad de la salud de fray Agustín. Entonces le hizo servir en la mesa un plato de aves, cuidadosamente asadas. El beato había hecho promesa de abstinencia y por nada del mundo quería ni infringirla ni faltar a la debida obediencia a su prior. Entonces bendijo las viandas y las aves al punto revivieron y, volando, se alejaron de la mesa.

Asistió en Viena al Concilio ecuménico del Delfinado, entre 1311 y 1312, convocado por Clemente V.

En París había trabado amistad con el médico Arnold de Bamberg, quien dedicó al obispo de Zagreb su *Tratado sobre el régimen de la salud,* pues éste, aficionado y conocedor de las ciencias naturales y exactas, le había pedido su redacción. El bienaventurado obispo, siempre atento a la prosperidad de sus fieles, promovió el abastecimiento de agua a Zagreb y el cultivo de las tierras en todo el obispado; quiso atajar así las supersticiones y vanas creencias de sus conciudadanos.

En 1318, cuando los papas ya residían en Aviñón, los obispos de Hungría y Croacia le encomendaron una misión diplo-

mática ante Juan XXII, pues tenían plena confianza en la gran cultura y elocuencia del prelado de Zagreb. El motivo de la legación era exponer al pontífice las quejas por los abusos y pretensiones de los nobles de la corte del joven rey Carlos Roberto de Anjou, monarca de manifiestas tendencias absolutistas y despóticas, que especialmente pesaban sobre los pobres, tan queridos siempre y protegidos por el santo obispo. El rey, disgustado por la legación de Agustín ante el papa, le impidió el regreso a su sede de Zagreb; tuvo que quedarse en Aviñón.

En esta ciudad actuó como asesor del papa Juan XXII. En 1320 éste reunió un consejo de teólogos entre los cuales destacaba el obispo de Zagreb. En el tema de la confrontación con los herejes, Agustín opinaba que, a los rebeldes, había que convencerlos con argumentos y no con armas. Escribió asimismo sobre las supersticiones y predicciones del futuro, especulaciones tan metidas en la mente de los medievales. Trató también sobre la pobreza, de la cual enseñó que, en sí misma, no es perfección según la Biblia, tesis que agradó a Juan XXII, que sobre este punto mantenía una dura confrontación con los franciscanos espirituales.

En 1322, ante la imposibilidad de regresar a Zagreb, Agustín fue trasladado por el papa a la antiquísima diócesis de Lucera, en el reino de Nápoles. A esta ciudad de Apulia, el extravagante emperador Federico II (1194-1250) había trasladado a 20.000 sarracenos desde Sicilia. En 1269 el rey de Nápoles, Carlos de Anjou, los expulsó, pero algunos permanecieron en ella. El rey Roberto II (1309-1343) dio la ciudad a los duques de Calabria. El nuevo pastor Agustín, en sólo un año, logró poner paz entre los islamitas supervivientes y los ciudadanos cristianos. Celebrado como uno de los mejores obispos de Lucera, aquí entregó Agustín su espíritu al Padre el 3 de agosto de 1323.

Su cuerpo fue inhumado primero en la iglesia de los dominicos, luego en la catedral de Lucera, donde se veneran sus reliquias en una preciosa urna de plata, cincelada en 1937.

El pueblo fiel empezó a venerarlo muy pronto, atraído por los milagros que por su intercesión se obtenían junto a su sepulcro, entre otros la curación de mudos y energúmenos. De boca en boca de los devotos corría la tradición con la fama de

taumaturgo del bienaventurado obispo. Contaban que uno de los papas, con quien se entrevistó, quedó curado de un dolor agudo que lo atormentaba hacía largo tiempo sólo con el contacto del beato Agustín que le besaba la mano.

El duque de Calabria, Carlos I de Anjou, pidió a Juan XXII la canonización del venerado obispo.

Los croatas han reclamado sus reliquias en varias ocasiones, pero sin alcanzarlas, debido a la gran devoción popular de que gozan en Lucera.

Su culto inmemorial fue confirmado por el papa Inocencio XII el 17 de julio de 1700. En el siglo XX se ha intentado promover nuevamente su canonización, en orden a destacar la santidad y la personalidad eminente en el orden cultural de esta gloria insigne del pueblo croata.

PERE-JOAN LLABRÉS Y MARTORELL

Bibliografía

Acta sanctorum. Augusti, I (Venezia 1750) 282-310.
Bibliotheca sanctorum. I: *A-Ans* (Roma 1961) col.428.
BUROTAC, B., *Augustini Kazotic, «Jeronimsko Svietlo»* (Zagreb 1942).
NEZIC, D., «Laudemus viros gloriosos», en K. DRAGANOVIC (ed.), *Croazia sacra. Un popolo lotta per i suoi ideali sul confine tra l'Oriente e l'Occidente* (Roma 1943) 57-59.

BEATO SALVADOR FERRANDIS SEGUÍ

Presbítero y mártir († 1936)

Nace en L'Orxa (Alicante) el día 25 de mayo de 1880, y al día siguiente es cristianado. Sus padres, José Ferrandis Bonet y Ángela Seguí Alemany, gozaban de buena posición social y profundas raíces cristianas. Siguiendo su vocación ingresa en el Seminario Conciliar, y en 1898 obtiene por oposición una beca en el Real Colegio-Seminario de Corpus Christi, fundado por San Juan de Ribera. En 1904 recibe el orden sacerdotal y su primer encargo como Regente de Villalonga, donde se encontraba desde el 12 de abril de 1902 como párroco su tío, Salvador Ferrandis Bonet, quien parece ser que estaba a la espera de la ordenación de su sobrino para encargarle de esta parroquia, retirándose a Onteniente, donde falleció en 1915.

Modesto, de una bondad extraordinaria, la característica de su vida fue una caridad desbordante. Ministro de gran oración y hondamente piadoso, se dedica totalmente a los enfermos, ancianos y niños, repartiendo limosnas entre los necesitados. Su intensa piedad eucarística se manifiesta en el esmero y cuidado de la santa misa.

En Villalonga permanece ocho años ganándose el favor de la población, siempre fervorosa, y el respeto de la clase trabajadora, por sus continuas muestras de apoyo y favores. No pudo ver cumplido uno de sus mayores deseos, pero quedó todo bien preparado para conmemorarlo con la mayor solemnidad. El año 1912 la autoridad diocesana le nombra párroco de L'Alqueria de la Comtessa, y ese mismo año en Villalonga se conmemoraba el segundo centenario del milagro de la fuente, que brotó copiosamente el 17 de agosto de 1712 por intercesión de la *Mare de Déu de la Font* —así invocada por este singular beneficio— que dio por finalizada una pertinaz sequía y salvó las cosechas de ese año. Las celebraciones centenarias las presidió su sucesor al frente de este curato.

En la parroquia de L'Alqueria de la Comtessa permanece doce años (1912-1924), y desarrolla un auténtico testimonio de hombre de Dios, amigo de los pobres y necesitados, viviendo en la sencillez evangélica el mandato de la caridad. Además, su preocupación por la fábrica parroquial se refleja en las importantes mejoras que se realizaron: se decora la nave central del templo y se construyen los dos grandes altares del crucero. Amor a los hombres, los hijos de Dios que se le han encomendado, y amor a la Casa de Dios, el templo donde se reúnen los hijos de Dios para la oración y la acción de gracias. En 1924 recibe el nombramiento de párroco de Pedreguer (Alicante), diócesis valentina.

La parroquia de la Santa Cruz de Pedreguer contaba con un cura, dos vicarios y un beneficiado, y se tenía por uno de los pueblos más piadosos de la comarca de la Marina Alta. Al contar entre 1931 y 1936 con un gobierno municipal de derechas, durante el tiempo de la Segunda República no se producen más cambios que los procedentes de aplicar la legislación vigente. El 3 de mayo, fiesta de la Santa Cruz, titular parroquial, se bende-

cía el término municipal desde la Glorieta, en donde se hallaba el edificio escolar, y de donde partían los niños y niñas para recibir la primera comunión ese mismo día. De su propio patrimonio restaura y embellece la magnífica iglesia parroquial de esta población, granjeándose el respeto de sus feligreses.

El año 1933 no se pudo celebrar la procesión de la Virgen de los Desamparados el día 14 de mayo, como estaba previsto y anunciado, pues los partidos de izquierda hacen prevalecer su opinión, según manifiesta un redactor local, pues *no era más que un acto de protesta contra la República y particularmente contra el Gobierno.* Confortado por la gracia supo conformarse ante los acontecimientos adversos, ofreciéndose en renovada ofrenda a la voluntad divina.

Considerado como una buena persona que ayuda mucho a los necesitados, se entrega por completo a la alabanza divina en los actos de culto. Los domingos, de seis a once, se celebran cuatro misas, viéndose lleno el templo en cada una de ellas. En el mes de mayo, las jóvenes se encargan del culto diario a María. En octubre, las mujeres casadas. Se convierte en un infatigable apóstol de Cristo siguiendo los pasos del Buen Pastor, haciendo de su vida una ofrenda por sus feligreses. Al declararse la persecución religiosa en 1936 tiene que aceptar la ingratitud de quienes habían sido objeto de sus limosnas y generosidades, que fueron, finalmente, sus perseguidores. Al creer que su vida no corre peligro sigue en la casa abadía, sin ocultarse ni tener vigilancia: continuando con su actividad pastoral, bautiza aún el 21 de julio y celebra un entierro el 1 de agosto, sin ser molestado. Aunque ese mismo celo pastoral exacerba a sus enemigos que, el mismo día 1, asaltan y destruyen el hermoso templo de Pedreguer, mientras las imágenes se llevan y queman en la partida del Pantano.

Aconsejado por una familia amiga se refugió en una casa de campo, cercana al pueblo, en la partida de «Els Rosers». Resignado a la voluntad divina animaba a todos que estuvieran firmes en aquella prueba. Aquí permanece hasta el 3 de agosto. Este día se presenta en dicho lugar un grupo de milicianos que le obligan a subir en un coche, que toma dirección hacia El Verger (Alicante). Pasan a recoger a don José B. Martí Salvá, coad-

jutor parroquial, quien al descender les dice: «A don Salvador no lo matéis, porque con él fusiláis al padre de los pobres y enfermos». Sin atender a su súplica le disparan, causándole la muerte. Entonces el celoso párroco les interroga: «¿Quién de vosotros me tiene que matar? Pues yo os perdono. Muero por Dios y por mis feligreses. ¡Viva Cristo Rey!». Allí mismo es martirizado, recibiendo sepultura ambos en el cementerio de El Verger. Sobre estas dos muertes se contaba que un vecino vino con una «Pepa» de Valencia, coches con hombres armados, reclamados desde el propio municipio, a quienes se facilitaba información para localizar y dar muerte a las víctimas.

En su pueblo natal y en Pedreguer se le dedicó una de las calles principales.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, Valentina. *Beatificationis seu declarationis martyrii servorum Dei Rvdi. D. Josephi Aparicio Sanz et LXXIII sociorum in martyrio, sacerdotum de clero valentino dioecesanorum, laicarum et laicorum ex Actione Catholica in odium fidei, uti fertur, interfectorum († 1936). Positio super martyrio* (Roma 1999).

ZAHONERO VIVÓ, J., *Sacerdotes mártires. Archidiócesis valentina (1936-1939)* (Alcoy 1951) 305-306.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

BEATOS ALFONSO LÓPEZ LÓPEZ Y MIGUEL REMÓN SALVADOR

Religiosos y mártires († 1936)

El 3 de agosto de 1936 fueron fusilados en Samalús, provincia de Barcelona, tres religiosos franciscanos conventuales, de los cuales uno sobrevivió, siendo los otros dos declarados mártires y beatificados por el papa Juan Pablo II. Los datos de los dos beatificados son éstos:

ALFONSO LÓPEZ LÓPEZ nació en Secorún, provincia de Huesca, el 16 de noviembre de 1878. Educado cristianamente,

era un joven piadoso cuando decidió su vocación religiosa ingresando en Granollers, en 1906, en la Orden de los franciscanos conventuales, donde hizo el noviciado y pronunció los votos religiosos. Para los estudios eclesiásticos fue enviado a Osimo, Italia, donde efectivamente los hizo, siendo ordenado sacerdote el año 1911. Se le envió entonces al Santuario de la Santa Casa de Loreto para ejercer fundamentalmente la labor de confesor, donde hizo la profesión solemne y aquí estuvo hasta 1915 en que volvió a Granollers como docente y director espiritual. Se distinguió siempre por su virtud, particularmente por su amor a Dios y al prójimo y asimismo por su tierna devoción a la Virgen María. Fue un óptimo formador de los aspirantes a la vida religiosa, a los que animaba sobre todo con su ejemplo.

MIGUEL REMÓN SALVADOR nació en Caudé, provincia de Teruel, el 17 de septiembre de 1907 en el seno de una familia cristiana. Educado piadosamente, en 1925 se decidió por la vida religiosa e ingresó en el convento de los franciscanos conventuales de Granollers. Hecho el noviciado, profesó los votos religiosos en calidad de hermano laico. Enviado a Italia, al Santuario de la Santa Casa de Loreto, emitió allí, en 1933, sus votos solemnes y permaneció varios años prestando diferentes servicios en la basílica. Regresó a Granollers en 1934 para ejercer los oficios que se le encomendaron, en los que siempre se mostró laborioso, afable y pacífico.

Ambos fueron beatificados el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO FRANCISCO BANDRÉS SÁNCHEZ

Presbítero y mártir († 1936)

Era natural de Hecho, diócesis de Jaca y provincia de Huesca, donde nació el 24 de abril de 1896. Cuando tenía nueve años su familia se trasladó a Huesca e inscribió al niño en el colegio salesiano. En contacto con los religiosos sintió la vocación a la vida salesiana y fue acogido en la congregación el año 1914. Hizo el noviciado y los votos religiosos y seguidamente los es-

tudios eclesiásticos, ordenándose sacerdote el año 1922. Tras prestar diferentes servicios se le encomendó, en 1927, la dirección del colegio de Mataró, donde realizó una magnífica labor hasta 1934 en que fue enviado a dirigir la casa de Barcelona-Sarriá. Era un verdadero hombre de acción y de gobierno. Cuando estalla la revolución del 18 de julio de 1936, procuró mantener la serenidad y confiaba en que la presencia de tantos internos en el colegio serviría de parapeto para que la casa fuera respetada. Pero el día 21 a las cinco de la tarde los religiosos fueron expulsados del colegio. El director le dio a cada uno cien pesetas y les dijo que cada uno buscara refugio donde mejor pudiera. No cabía hacer otra cosa. Él se fue junto con otro religioso a la casa de su hermana Pilar, que los acogió. Cuando supo la muerte de algunos religiosos quiso tomar el tren para dirigirse al extranjero, pero al carecer de pasaporte no le fue posible. En la noche del 3 de agosto varios milicianos se presentaron en casa de su hermana preguntando por don Ramón Cambó, que era el administrador del colegio. D. Francisco Bandrés dijo que no estaba pero que él era el director. Entonces fue arrestado sin que sirvieran sus alegatos de que su colegio hacía un gran bien social. Llevado al Hotel Colón, que era la sede del POUM (Partido Obrero Unificado Marxista), le fue quitada la vida en los calabozos.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

4 de agosto

A) Martirologio

1. La memoria de San Juan María Vianney († 1859), presbítero, conocido como el Cura de Ars, patrono de los párrocos **.

2. La conmemoración de San Aristarco de Tesalónica, compañero y discípulo del apóstol San Pablo *.

3. En Roma, en la Via Tiburtina, los santos Justino y Crescención († 258), mártires.

4. En Tarsia (Bitinia), San Eleuterio, mártir († s. IV).
5. En Persia, Santa Ia († 362), mártir.
6. En Tours (Neustria), San Eufronio († 573), obispo *.
7. En la selva, junto a Chao (Calabria), San Onofre († 995), ermitaño.
8. En Espálato (Dalmacia), San Rainiero († 1180), obispo y mártir *.
9. En Bolonia (Emilia), Beata Cecilia Cesarini († 1290), virgen, que recibió el hábito monástico de Santo Domingo **.
10. En Londres (Inglaterra), Beato Guillermo Horne († 1540), monje cartujo y mártir, bajo Enrique VIII *.
11. En Montreal (Canadá), Beato Federico Jansoone († 1916), presbítero, de la Orden de Menores **.
12. En Madrid, Beato Gonzalo Gonzalo Gonzalo († 1936), religioso de la Orden de San Juan de Dios, mártir *.
13. En Barcelona, beatos José Batalla Parramón, José Rabasa Bentanachs y Gil Rodicio Rodicio († 1936), religiosos todos ellos de la Congregación Salesiana, mártires *.
14. En el campo de concentración de Dachau (Baviera), Beato Enrique Krysztofik († 1942), presbítero, de la Orden de Hermanos Menores Capuchinos, y mártir *.

B) Biografías extensas

SAN JUAN BAUTISTA MARÍA VIANNEY, «CURA DE ARS»

Presbítero († 1859)

Oficialmente, en los libros litúrgicos, aparece su verdadero nombre: San Juan Bautista María Vianney. Pero en todo el universo es conocido con el título de Cura de Ars. Poco importa la opinión de algún canonista exigente que dirá, a nuestro juicio con razón, que el Santo no llegó a ser jurídicamente verdadero párroco de Ars, ni aun en la última fase de su vida, cuando Ars ganó en consideración canónica. Poco importa que el uso francés hubiera debido exigir que se le llamara el canónigo Vianney, ya que tenía este título concedido por el obispo de Belley. Pasando por encima de estas consideraciones, el hecho real es que consagró prácticamente toda su vida sacerdotal a la santificación de las almas del minúsculo pueblo de Ars y que de esta manera unió, ya para siempre, su nombre y la fama de su santidad al del pueblecillo.

Ars tiene hoy —año 1966— 370 habitantes (en la actualidad cuenta con poco más de 900), poco más o menos los que tenía en tiempos del Santo Cura. Al correr por sus calles parece que no han pasado los años. Únicamente la basílica, que el santo soñó como consagrada a Santa Filomena, pero en la que hoy reposan sus restos en preciosa urna, dice al visitante que por el pueblo pasó un cura verdaderamente extraordinario.

Apresurémonos a decir que el marco externo de su vida no pudo ser más sencillo. Nacido en Dardilly, en las cercanías de Lyón, el 8 de mayo de 1786, tras una infancia normal y corriente en un pueblecillo, únicamente alterada por las consecuencias de los avatares políticos de aquel entonces, inicia sus estudios sacerdotales, que se vio obligado a interrumpir por el único episodio humanamente novelesco que encontramos en su vida: su deserción del servicio militar. Terminado este período, vuelve al seminario, logra tras muchas dificultades ordenarse sacerdote y, después de un breve período de coadjutor en Ecully, es nombrado, por fin, para atender al pueblecillo de Ars. Allí, durante los cuarenta y dos años que van de 1818 a 1859, se entrega ardorosamente al cuidado de las almas. Puede decirse que ya no se mueve para nada del pueblecillo hasta la hora de la muerte.

Y sin moverse de allí logró adquirir una resonante celebridad. Con motivo del centenario de su muerte, se publicó una obra en la que se recogían testimonios curiosísimos de esta impresionante celebridad: pliego de cordel, con su imagen y la explicación de sus actividades; muestras de las estampas que se editaron en vida del santo en cantidad asombrosa; folletos explicando la manera de hacer el viaje a Ars, etc. El contraste entre lo uno y lo otro, la sencillez externa de la vida y la prodigiosa fama del protagonista, nos muestran la inmensa profundidad que esa sencilla vida encierra.

Nace el santo en tiempos revueltos: el 8 de mayo de 1786, en Dardilly, no lejos de Lyón. Estamos por consiguiente en uno de los más vivos hogares de la actividad religiosa de Francia. Desde algunos puntos del pueblo se alcanza a ver la altura en que está la basílica de Fourvière, en Lyón, uno de los más poderosos centros de irradiación y renovación cristiana de Francia entera. Juan María compartirá el seminario con San Marcelino

Champagnat, fundador de los maristas; con Juan Claudio Colin, fundador de la Compañía de María, y con Fernando Donnet, el futuro cardenal arzobispo de Burdeos. Y hemos de verle en contacto con las más relevantes personalidades de la renovación religiosa que se opera en Francia después de la Revolución Francesa. La enumeración es larga e impresionante. Destaquemos, sin embargo, entre los muchos nombres, dos particularmente significativos: Lacordaire y Paulina Jaricot.

Tierra, por consiguiente, de profunda significación cristiana. No en vano Lyón era la diócesis primacial de las Galias. Pero antes de que, en un período de relativa paz religiosa, puedan desplegarse libremente las fuerzas latentes, han de pasar tiempos bien difíciles. En efecto, es aún niño Juan María cuando estalla la Revolución Francesa. Al frente de la parroquia ponen a un cura constitucional, y la familia Vianney deja de asistir a los cultos. Muchas veces el pequeño Juan María oirá misa en cualquier rincón de la casa, celebrada por alguno de aquellos heroicos sacerdotes, fieles al Papa, que son perseguidos con tanta rabia por los revolucionarios. Su primera comunión la ha de hacer en otro pueblo, distinto del suyo, Ecully, en un salón con las ventanas cuidadosamente cerradas, para que nada se trasluzca al exterior.

A los diecisiete años la situación se hace menos tensa. Juan María concibe el gran deseo de llegar a ser sacerdote. Su padre, aunque buen cristiano, pone algunos obstáculos, que por fin son vencidos. El joven inicia sus estudios, dejando las tareas del campo a las que hasta entonces se había dedicado. Un santo sacerdote, el padre Balley, se presta a ayudarle. Pero... el latín se hace muy difícil para aquel mozo campesino. Llega un momento en que toda su tenacidad no basta, en que empieza a sentir desalientos. Entonces se decide a hacer una peregrinación, pidiendo limosna, a pie, a la tumba de San Francisco de Regis, en Louvesc. El santo no escucha, aparentemente, la oración del heroico peregrino, pues las dificultades para aprender subsisten. Pero le da lo substancial: Juan María llegará a ser sacerdote.

Antes ha de pasar por un episodio novelesco. Por un error no le alcanza la liberación del servicio militar que el cardenal Fesch había conseguido de su sobrino el emperador para los se-

minaristas de Lyón. Juan María es llamado al servicio militar. Cae enfermo, ingresa en el hospital militar de Lyón, pasa luego al hospital de Ruán, y por fin, sin atender a su debilidad, pues está aún convaleciente, es destinado a combatir en España. No puede seguir a sus compañeros, que marchan a Bayona para incorporarse. Solo, enfermo, desalentado, le sale al encuentro un joven que le invita a seguirle. De esta manera, sin habérselo propuesto, Juan María será desertor. Oculto en las montañas de Noès, pasará desde 1809 a 1811 una vida de continuo peligro, por las frecuentes incursiones de los gendarmes, pero de altísima ejemplaridad, pues también en este pueblecillo dejó huella imperecedera por su virtud y su caridad.

Una amnistía le permite volver a su pueblo. Como si sólo estuviera esperando el regreso, su anciana madre muere poco después. Juan María continúa sus estudios sacerdotales en Verrières primero, y después en el seminario mayor de Lyón. Todos sus superiores reconocen la admirable conducta del seminarista, pero... falto de los necesarios conocimientos del latín, no saca ningún provecho de los estudios y, por fin, es despedido del seminario. Intenta entrar en los Hermanos de las Escuelas Cristianas, sin lograrlo. La cosa parecía ya no tener solución ninguna cuando, de nuevo, se cruza en su camino un cura excepcional: el padre Balley, que había dirigido sus primeros estudios. Él se presta a continuar preparándole, y consigue del vicario general, después de un par de años de estudios, su admisión a las órdenes. Por fin, el 13 de agosto de 1815, el obispo de Grenoble, monseñor Simón, le ordenaba sacerdote, a los 29 años. Había acudido a Grenoble solo, y nadie le acompañó tampoco en su primera misa, que celebró al día siguiente. Sin embargo, el Santo Cura se sentía feliz al lograr lo que durante tantos años anheló, y a peso de tantas privaciones, esfuerzos y humillaciones, había tenido que conseguir: el sacerdocio.

Aún no habían terminado sus estudios. Durante tres años, de 1815 a 1818, continuará repasando la teología junto al padre Balley, en Ecully, con la consideración de coadjutor suyo. Muerto el padre Balley, y terminados sus estudios, el arzobispado de Lyón le encarga de un minúsculo pueblecillo, a treinta y cinco kilómetros al norte de la capital, llamado Ars. Todavía no tenía

ni siquiera la consideración de parroquia, sino que era simplemente una dependencia de la parroquia de Mizérieux, que distaba tres kilómetros. Normalmente no hubiera tenido sacerdote, pero la señorita de Garets, que habitaba en el castillo y pertenecía a una familia muy influyente, había conseguido que se hiciera el nombramiento.

Ya tenemos, desde el 9 de febrero de 1818, a San Juan María en el pueblecillo del que prácticamente no volverá a salir jamás. Habrá algunas tentativas de alejarlo de Ars, y por dos veces la administración diocesana le enviará el nombramiento para otra parroquia. Otras veces el mismo Cura será quien intente marcharse para irse a un rincón «a llorar su pobre vida», como con frase enormemente gráfica repetirá. Pero siempre se interpondrá, de manera manifiesta, la divina Providencia, que quería que San Juan María llegara a resplandecer, como patrono de todos los curas del mundo, precisamente en el marco humilde de una parroquia de pueblo.

Podemos distinguir en la actividad parroquial de San Juan María dos aspectos fundamentales, que en cierta manera corresponden también a dos fases de su vida.

Mientras no se inició la gran peregrinación a Ars, el cura pudo vivir enteramente consagrado a sus feligreses. Y así le vemos visitándoles casa por casa; atendiendo paternalmente a los niños y a los enfermos; empleando gran cantidad de dinero en la ampliación y hermoseamiento de la iglesia; ayudando fraternalmente a sus compañeros de los pueblos vecinos. Es cierto que todo esto va acompañado de una vida de asombrosas penitencias, de intensísima oración, de caridad, en algunas ocasiones llevada hasta un santo despilfarro para con los pobres. Pero San Juan María no excede en esta primera parte de su vida del marco corriente en las actividades de un cura rural.

No le faltaron, sin embargo, calumnias y persecuciones. Se empleó a fondo en una labor de moralización del pueblo: la guerra a las tabernas, la lucha contra el trabajo de los domingos, la sostenida actividad para conseguir desterrar la ignorancia religiosa y, sobre todo, su dramática oposición al baile, le ocasionaron sinsabores y disgustos. No faltaron acusaciones ante sus propios superiores religiosos. Sin embargo, su virtud consiguió

triunfar, y años después podía decirse con toda verdad que «Ars ya no es Ars». Los peregrinos que iban a empezar a llegar, venidos de todas partes, recogerían con edificación el ejemplo de aquel pueblecillo donde florecían las vocaciones religiosas, se practicaba la caridad, se habían desterrado los vicios, se hacía oración en las casas y se santificaba el trabajo.

La lucha tuvo en algunas ocasiones un carácter más dramático aún. Conocemos episodios de la vida del santo en que su lucha con el demonio llega a adquirir tales caracteres que no podemos atribuirlos a ilusión o a coincidencias. El anecdotario es copioso y en algunas ocasiones sobrecogedor.

Ya hemos dicho que el santo solía ayudar, con fraternal caridad, a sus compañeros en las misiones parroquiales que se organizaban en los pueblos de los alrededores. En todos ellos dejaba el santo un gran renombre por su oración, su penitencia y su ejemplaridad. Era lógico que aquellos buenos campesinos recurrieran luego a él, al presentarse dificultades, o simplemente para confesarse y volver a recibir los buenos consejos que de sus labios habían escuchado. Éste fue el comienzo de la célebre peregrinación a Ars. Lo que al principio sólo era un fenómeno local, circunscrito casi a las diócesis de Lyón y Belley, luego fue tomando un vuelo cada vez mayor, de tal manera que llegó a hacerse célebre el cura de Ars en toda Francia y aun en Europa entera. De todas partes empezaron a afluir peregrinos, se editaron libros para servir de guía, y es conocido el hecho de que en la estación de Lyón se llegó a establecer una taquilla especial para despachar billetes de ida y vuelta a Ars. Aquel pobre sacerdote, que trabajosamente había hecho sus estudios, y a quien la autoridad diocesana había relegado en uno de los peores pueblos de la diócesis, iba a convertirse en consejero buscadísimo por millares y millares de almas. Y entre ellas se contarían gentes de toda condición, desde prelados insignes e intelectuales famosos, hasta humildísimos enfermos y pobres gentes atribuladas que irían a buscar en él algún consuelo.

Aquella afluencia de gentes iba a alterar por completo su vida. Día llegará en que el Santo Cura desconocerá su propio pueblo, encerrado como se pasará el día entre las míseras tablas de su confesonario. Entonces se producirá el milagro más im-

presionante de toda su vida: el simple hecho de que pudiera subsistir con aquel género de vida.

Porque aquel hombre, por el que van pasando ya los años, sostendrá como habitual la siguiente distribución del tiempo: levantarse a la una de la madrugada e ir a la iglesia a hacer oración. Antes de la aurora, se inician las confesiones de las mujeres. A las seis de la madrugada en verano y a las siete en invierno, celebración de la misa y acción de gracias. Después queda un rato a disposición de los peregrinos. A eso de las diez, reza una parte de su breviario y vuelve al confesonario. Sale de él a las once para hacer la célebre explicación del catecismo, predicación sencillísima, pero llena de una unción tan penetrante que produce abundantes conversiones. Al mediodía, toma su frugalísima comida, con frecuencia de pie, y sin dejar de atender a las personas que solicitan algo de él. Al ir y al venir a la casa parroquial, pasa por entre la multitud, y ocasiones hay en que aquellos metros tardan media hora en ser recorridos. Dichas las vísperas y completas, vuelve al confesonario hasta la noche. Rezadas las oraciones de la tarde, se retira para terminar el breviario. Y después toma unas breves horas de descanso sobre el duro lecho. Sólo un prodigio sobrenatural podía permitir al santo subsistir físicamente, mal alimentado, escaso de sueño, privado del aire y del sol, sometido a una tarea tan agotadora como es la del confesonario.

Por si fuera poco, sus penitencias eran extraordinarias, y así podían verlo con admiración y en ocasiones con espanto quienes le cuidaban. Aun cuando los años y las enfermedades le impedían dormir con un poco de tranquilidad las escasas horas a ello destinadas, su primer cuidado al levantarse era darse una sangrienta disciplina.

Dios bendecía manifiestamente su actividad. El que a duras penas había hecho sus estudios, se desenvolvía con maravillosa firmeza en el púlpito, sin tiempo para prepararse, y resolvía delicadísimos problemas de conciencia en el confesonario. Es más: cuando muera, habrá testimonios, abundantes hasta lo increíble, de su don de discernimiento de conciencias. A éste le recordó un pecado olvidado, a aquél le manifestó claramente su vocación, a la otra le abrió los ojos sobre los peligros en que se

encontraba, a otras personas que traían entre manos obras de mucha importancia para la Iglesia de Dios les descorrió el velo del porvenir... Con sencillez, casi como si se tratara de corazonadas o de ocurrencias, el santo mostraba estar en íntimo contacto con Dios Nuestro Señor y ser iluminado con frecuencia por él.

No imaginemos, sin embargo, al santo como un ser completamente desligado de toda humanidad. Antes al contrario. Conservamos el testimonio de personas, pertenecientes a las más elevadas esferas de aquella puntillosa sociedad francesa del siglo XIX, que marcharon de Ars admiradas de su cortesía y gentileza. Ni es esto sólo. Mil anécdotas nos conservan el recuerdo de su agudo sentido del humor. Sabía resolver con gracia las situaciones en que le colocaban a veces sus entusiastas. Así, cuando el señor obispo le nombró canónigo, su coadjutor le insistía un día en que, según la costumbre francesa, usara su muceta. «¡Ah, amigo mío! —respondió sonriente—, soy más listo de lo que se imaginaban. Esperaban burlarse de mí, al verla sobre mis hombros, y yo les he cazado». «Sin embargo, ya ve, hasta ahora es usted el único a quien el señor obispo ha dado ese nombramiento». «Natural. Ha tenido tan poca fortuna la primera vez, que no ha querido volver a tentar suerte».

Servel y Perrin han exhumado hace poco una anécdota conmovedora: Un día, el santo recibió en Ars la visita de una hija de la tía Fayot, la buena señora que le había acogido en su casa mientras estuvo oculto como prófugo. Y el Santo Cura, en agradecimiento a lo que su madre había hecho con él, le compró un paraguas de seda. ¿Verdad que es hermoso imaginarnos al cura y la jovencita entrando en la modestísima tienda del pueblo y eligiendo aquel paraguas de seda, el único acaso que habría allí? ¿Verdad que muchas veces se nos caricaturiza a los santos ocultándonos anécdotas tan significativas?

Pero donde más brilló su profundo sentido humano fue en la fundación de «La Providencia», aquella casita que, sin plan determinado alguno, en brazos exclusivamente de la caridad, fundó el señor cura para acoger a las pobres huerfanitas de los contornos. Entre los documentos humanos más conmovedores, por su propia sencillez y cariño, se contarán siempre las

Memorias que Catalina Lassagne escribió sobre el Santo Cura. A ella la puso al frente de la obra y allí estuvo hasta que, quien tenía autoridad para ello, determinó que las cosas se hicieran de otra manera. Pero la misma reacción del santo mostró entonces hasta qué punto convivían en él, junto a un profundo sentido de obediencia rendida, un no menor sentido de humanísima ternura. Por lo demás, si alguna vez en el mundo se ha contado un milagro con sencillez, fue cuando Catalina narró para siempre jamás lo que un día en que faltaba harina le ocurrió a ella. Consultó al señor cura e hizo que su compañera se pusiera a amasar, con la más candorosa simplicidad, lo poquito que quedaba y que ciertamente no alcanzaría para cuatro panes. «Mientras ella amasaba, la pasta se iba espesando. Ella añadía agua. Por fin estuvo llena la amasadera y ella hizo una hornada de diez grandes panes de 20 a 22 libras». Lo bueno es que, cuando acuden emocionadas las dos mujeres al señor cura, éste se limita a exclamar: «El buen Dios es muy bueno. Cuida de sus pobres».

El viernes 29 de julio de 1859 se sintió indispuesto. Pero bajó, como siempre, a la iglesia a la una de la madrugada. Sin embargo, no pudo resistir toda la mañana en el confesonario y hubo de salir a tomar un poquito de aire. Antes del catecismo de las once pidió un poco de vino, sorbió unas gotas derramadas en la palma de su mano y subió al púlpito. No se le entendía, pero era igual. Sus ojos bañados de lágrimas, volviéndose hacia el sagrario, lo decían todo. Continuó confesando, pero ya a la noche se vio que estaba herido de muerte. Descansó mal y pidió ayuda. «El médico nada podrá hacer. Llamad al señor cura de Jassans».

Ahora ya se dejaba cuidar como un niño. No rechistó cuando pusieron un colchón a su dura cama. Obedeció al médico. Y se produjo un hecho conmovedor. Éste había dicho que había alguna esperanza si disminuyera un poco el calor. Y en aquel tórrido día de agosto, los vecinos de Ars, no sabiendo qué hacer por conservar a su cura queridísimo, subieron al tejado y tendieron sábanas que durante todo el día mantuvieron húmedas. No era para menos. El pueblo entero veía, bañado en lágrimas, que su cura se les marchaba ya. El mismo obispo de la diócesis vino

a compartir su dolor. Tras una emocionante despedida de su buen padre y pastor, el Santo Cura ya no pensó más que en morir. Y en efecto, con paz celestial, el jueves 4 de agosto, a las dos de la madrugada, mientras su joven coadjutor rezaba las hermosas palabras «que los santos ángeles de Dios te salgan al encuentro y te introduzcan en la celestial Jerusalén», suavemente, sin agonía, «como obrero que ha terminado bien su jornada», el Cura de Ars entregó su alma a Dios.

Así se ha realizado lo que él decía en una memorable catequesis matinal:

> «¡Dios mío, cómo me pesa el tiempo con los pecadores! ¿Cuándo estaré con los santos? Entonces diremos al buen Dios: Dios mío, te veo y te tengo, ya no te escaparás de mí jamás, jamás».

El 8 de enero de 1905 fue beatificado por Pío X y veinte años más tarde, el 31 de mayo de 1925, lo canonizó Pío XI.

LAMBERTO DE ECHEVERRÍA

Bibliografía

AAS 1 (1909) 477s; 17 (1925) 482s.
FOURREY, R., *El cura de Ars* (Barcelona 1959).
— *Le curé d'Ars authentique* (París 1964).
JUAN XXIII, Encíclica *Nostri Sacerdotii primitias* (31 de julio de 1959). El mejor y más autorizado comentario a la vida del santo Cura de Ars.
MONNIN, A., *Le curé d'Ars. Vie de M. Jean-Baptiste-Marie Vianney* (París 1889).
Revista «Annales d'Ars».
TROCHU, F., *Vida del cura de Ars* (Barcelona ^{3}1942).
VIANNEY, J., *Le bx. Curé d'Ars* (París 1911).
• Actualización:
FOURREY, R., *El auténtico cura de Ars* (Barcelona 1999).
FRÁBREGUES, J. DE, *El santo cura de Ars* (Madrid ^{r}1998).
IRIBARREN, J., *San Juan María Vianney, cura de Ars* (Madrid 1986).
MARC, J., *Vida de San Juan María Vianney, el cura de Ars* (Madrid ^{r}2004).
SOULIÉ, R., *Le curé d'Ars* (París 2003).
TROCHU, F., *El cura de Ars. El atractivo de un alma pura* (Madrid 2003).

BEATA CECILIA CESARINI
Virgen († 1290)

Cecilia fue discípula y amada hija espiritual de Santo Domingo de Guzmán y pasó a la historia de la Orden de Predicadores y de la Iglesia no solamente por sus virtudes acreditadas a

lo largo de una vida dilatada sino también por haber dictado sus recuerdos personales del gran santo español y haber conservado para la posteridad datos preciosos de tan ilustre hombre de Dios.

Todo indica que era natural de la ciudad de Roma, donde nace hacia el 1201, y que pertenecía a la familia de los Cesarini, y debió ser muy precoz su vocación religiosa cuando consta que con 16 o 17 años era ya religiosa profesa en el convento de monjas de Santa María in Tempulo del Transtíber. Y es entonces cuando entra en la historia porque toma contacto con Santo Domingo de Guzmán, presente en la Ciudad Eterna. En efecto, en 1217 el santo había vuelto a Roma, donde ya se había acreditado anteriormente por su predicación y sus buenas obras y donde había recibido diferentes pruebas de la confianza de la Santa Sede. Ahora iba a ser encargado de poner orden y método en la vida de las monjas. Pues no pocas monjas vivían en Roma sin guardar clausura y con poca regularidad, dispersas en pequeños monasterios e incluso algunas conviviendo con sus padres y familiares. Tal situación no le había gustado, por supuesto, al papa Inocencio III, tan amante de la disciplina de la Iglesia, pero cuando intentó ponerle remedio se le alegó con mucha fuerza que había ya una larga tradición que aprobaba tal modo de vida y que debía de ser respetado. No bastó su autoridad y prestigio para solucionar el asunto. Había empezado por orden suya la construcción de un monasterio junto a la basílica de San Sixto, y confió el llevar a él a todas las monjas romanas a la Orden de Sempringham, pero murió el papa sin que el edificio se completase y la citada Orden declinó además el encargo. El sucesor de Inocencio, Honorio III, lo volvió a abordar pero en vez de urgir el arreglo desde su simple autoridad, encomendó a Santo Domingo que por métodos persuasivos procurase regularizar aquel estado de cosas, procediendo en conformidad con una comisión cardenalicia, formada por Hugolino, entonces decano del sacro colegio y futuro papa, Nicolás, obispo tusculano, y Esteban de Fossa Nova, cardenal presbítero del título de los Doce Apóstoles. Santo Domingo tomó el camino de la persuasión, visitando a las monjas y hablando con ellas sobre lo conveniente a su estado religioso, su dedicación a la divina contemplación y la necesidad de apartarse del mundo. El citado de

Santa María en donde vivía Cecilia era uno de los monasterios principales, si no el principal de Roma, y su abadesa y muchas de sus monjas resultaron ser las más obstinadas en negarse a las pretensiones de Santo Domingo. Se dice que Cecilia fue la que convenció a su abadesa para que se aviniera a la propuesta de Santo Domingo, y tras acceder la abadesa todas las demás monjas del convento estuvieron de acuerdo, con una sola excepción. Pero, entonces, surgió la dificultad por otro sitio: sus padres, parientes y amistades contradijeron por completo la resolución y presionaron firmemente a las monjas para que defendieran como legítimo su anterior método de vida y permanecieran en su monasterio. La comunidad dio marcha atrás en su resolución y así se le comunicó a Santo Domingo. Éste habló enseguida con el papa y le rogó que se abstuviera de medidas autoritarias, las cuales —le alegó— difícilmente ganan el corazón. Les dejó a las monjas unos días de reflexión y él los dedicó a orar al Señor para que moviera los corazones de las religiosas. Finalmente se presentó de nuevo en el Transtíber y abrió un franco coloquio con ellas. Les dijo que reflexionaran sobre qué era más adecuado para dar gloria a Dios y vivir una vida enteramente religiosa. La dulzura y convicción con que el gran santo les habló movió los ánimos de las monjas a tomar el camino que venía indicándoles por su medio el propio Santo Padre Honorio, y la abadesa y todas las monjas le dieron palabra de acomodarse a sus propuestas, con la sola condición de que Santo Domingo admitiese ser su director y su guía y les proporcionara su propia regla y sus constituciones, adhiriéndose así a la naciente Orden de Predicadores. El Miércoles de Ceniza de 1221 la abadesa con algunas de sus monjas fue a San Sixto para tomar posesión del monasterio, y allí se hallaban hablando con Santo Domingo y los tres cardenales sobre los asuntos del monasterio cuando llegó la noticia de que un joven sobrino del cardenal Esteban, llamado Napoleón, había caído del caballo y a consecuencia de esta caída había muerto. Y, como es bien sabido, tuvo entonces lugar el prodigio de que Santo Domingo invocase al Señor y devolviese al joven a la vida. Comenzó así con este signo de la misericordia divina la estancia de las monjas en San Sixto, las cuales definitivamente se pasaron al nuevo convento en los días siguientes, de modo que estaban ya allí al llegar el I Domingo

de Cuaresma. Santo Domingo personalmente les dio el hábito dominicano a las monjas, entre ellas a nuestra Beata Cecilia.

Como ella misma contaría muchas veces a las monjas de Bolonia, de las que ahora hablaremos, y dejó por escrito reseñado, en las tardes o a prima noche, cuando ya Santo Domingo había concluido su tarea diaria de predicar el evangelio e instruir a sus frailes en el camino religioso, iba en compañía de algunos religiosos a San Sixto y allí se reunía con las monjas para predicarles y enseñarles la perfección de la vida religiosa, siendo él personalmente el que todo el tiempo de su estancia en Roma desempeñó el ministerio de instruirlas en los deberes de su condición de esposas del Señor, dedicadas a él en el claustro. Cecilia se empapaba de las enseñanzas de Santo Domingo y las grababa en su alma con tal fuerza que muchos años más tarde las recordaba con toda viveza y estaba segura de poder reflejarlas por escrito. Miraba al santo con afecto de hija y pudo por ello recordar que el santo era

> «de regular estatura, delgado de cuerpo, hermoso de cara, las mejillas encendidas, el cabello y la barba bastante rubios, los ojos bellos [...] Siempre estaba alegre, a menos que le afligiese algún mal del prójimo. Sus manos eran largas y finas, su voz clara y sonora. Nunca estuvo calvo; conservaba el cerquillo entero, sembrado de algunas canas».

Eran ciento cuatro las monjas recogidas en San Sixto, procedentes de Santa María y de otros monasterios romanos, pero también ocho de ellas eran del primer convento dominico femenino, el de Prouille, llamadas por Santo Domingo para plasmar y fundir con el ejemplo de sus vidas la escasamente homogénea comunidad. Santo Domingo hizo frente a las necesidades económicas del nuevo monasterio, y el cardenal Esteban, agradecido al milagro obrado en su sobrino, ayudó generosamente a la nueva institución. Santo Domingo hubo de dejar Roma por Bolonia, donde celebró el segundo capítulo general de su Orden y a donde volvió para morir en medio de sus hermanos el 6 de agosto de aquel año 1221.

Muerto ya el santo, se logró, sin duda por su intercesión, que pudiera hacerse la fundación de un convento de sus monjas en Bolonia, fundación hasta entonces imposibilitada por la tenaz resistencia de los Andaló a que su hija Diana, que era la lla-

mada a encabezar la fundación, la llevara efectivamente a cabo. Sabedor el Beato Jordán de Sajonia de que Diana de Andaló tenía voluntad de fundar un convento de dominicas y que Santo Domingo había apoyado el intento, compró un amplio terreno en una colina en las afueras de la ciudad, donde había una capilla dedicada a Santa Inés, y allí empezó a edificar el convento. Y sucedió que Andaló, hasta entonces tan negado a dar licencia a su hija, se prestó de pronto generosamente a poner cuanto estuviera de su parte para que el deseo de su hija se cumpliera. Y en cuanto estuvieron dispuestas unas cuantas celdas y antes de que las obras concluyeran del todo, Diana con cuatro compañeras se recogió en él en la octava de la Ascensión de 1222, imponiéndole el Beato Jordán de Sajonia a ella y también a sus compañeras el hábito dominicano el 29 de junio siguiente. Pero muy pronto comprendió que lo mejor para su convento sería que vinieran de Roma algunas de las religiosas de San Sixto para que bajo su dirección el nuevo monasterio marchara rectamente por la senda de la observancia regular. El Beato Jordán transmitió la petición al papa Honorio III, quien respondió negativamente porque no quería desprenderse de ninguna de las monjas de San Sixto, a las que apreciaba en extremo. Acudió entonces Jordán a Prouille en demanda de religiosas, pero antes de que vinieran en la Navidad de 1224, el cardenal Hugolino ablandó la voluntad del pontífice y éste comunicó al provincial de Toscana, fray Claro, que podía disponer que cuatro de las más notables religiosas fuesen elegidas para marchar a Bolonia. Éstas fueron Cecilia, Amada, Constanza y Teodora, discípulas las cuatro de Santo Domingo y con una experiencia de varios años ya de la vida dominicana. Y fue así como Cecilia, por disposición de Dios, abandonó su ciudad de Roma y su convento y con sus compañeras hizo el camino hasta Bolonia, donde fueron recibidas con gran alegría por la Beata Diana. Ésta, aunque fundadora del monasterio, no quiso guardar para sí la cualidad de priora sino que dispuso que fuera Cecilia, pese a su evidente juventud. Cecilia, con humildad y disponibilidad, aceptó el cargo de priora y desde entonces guió por el camino de la vida religiosa a toda la comunidad, siendo la primera en dar ejemplo de verdadera hija de Santo Domingo. Hizo cuanto estuvo de su parte por conseguir, como en efecto consiguió, que su monasterio si-

guiera bajo la dirección de los religiosos dominicos, a lo que algunos religiosos se empezaban a oponer, y tras haberle dado en vida todos los honores correspondientes a la fundadora, le cerró los ojos el 10 de junio de 1236 y la hizo enterrar en la iglesia del convento. Continuó Cecilia rigiendo su comunidad con gran celo, y en 1253 dispuso el traslado del monasterio a un edificio situado en el interior de la muralla de la ciudad. Por una carta del Beato Jordán de Sajonia consta que Cecilia era muy penitente y que castigaba su frágil cuerpo con rigurosas mortificaciones.

Pasados los años consideró Cecilia oportuno dictarle a sor Angélica, una religiosa de su comunidad, los recuerdos tan vivos que ella tenía de Santo Domingo, al que tuvo la satisfacción de ver en la gloria de los altares. Ella termina su relato afirmando que cuanto escribe es verdad y manifestándose pronta a confirmarlo con juramento. A lo cual añade sor Angélica que no es necesario tal juramento porque su santidad y religión le daban crédito como para ser creída por todos. Contribuyó además en los últimos años de su vida, como testigo de vista, a la biografía de Santo Domingo que escribió Teodorico de Apoldia.

Cecilia vivió llena de virtudes hasta casi los noventa años, rindiendo su espíritu al Señor en la entonces fiesta de Santo Domingo, el 4 de agosto de 1290, en Bolonia. El culto que le dio secularmente su Orden fue confirmado por el papa León XIII el 24 de diciembre de 1891.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

ÁLVAREZ, P., *Santos, bienaventurados y venerables de la Orden de Predicadores,* II (Vergara 1921).

Butler's lives of Saints. New full edition, VIII rev. por T. RODRIGUES (Minnesota 1996) 221-223.

CORMIER, J. M., *Vita delle beate Diana d'Andaló, Cecilia ed Amata* (Roma 1892).

GANAY, M. C. DE, *Les bienheureuses dominicaines* (París 1913).

BEATO FEDERICO JANSOONE

Presbítero († 1916)

La voz no venía de una zarza ardiendo. Ni sonó en sueños nocturnos. Tampoco fue una llamada súbita, estallada en un momento de fervor. O retoño de un buen ejemplo concreto, de un determinado consejo, de cierta recomendación.

La invitación iba insinuándose. En silencio. Paulatinamente. Por etapas, a medida que el niño crecía en edad y conocimiento, a medida que entraba en contacto con la vida y adquiría conciencia cristiana. En un ambiente propicio...

En su momento maduró. Ya era llamada clara, nítida, serena. Llamada que le llevaría lejos, lejos de los suyos. A Tierra Santa. Y, aún más allá, al Canadá francés.

Me estoy refiriendo a Federico Jansoone, una personalidad extraordinaria, radicalmente comprometida con la fidelidad al Evangelio, parangonable, según algunos, con Francisco de Asís.

Federico Cornelio Jansoone vino al mundo el 19 de noviembre de 1838 en Ghuvelde, una humilde referencia geográfica sobre la lisa superficie húmeda y verde del norte francés, lindante con las provincias flamencas belgas, en la demarcación diocesana de Lille —minúsculo núcleo humano desarrollado, a partir del siglo XI, sobre una isla del río Deuse— que en el siglo XV fue residencia de la corte borgoñesa y, actualmente, corazón de una amplia y moderna zona urbana e industrial.

Hijo de Pedro Jansoone y de María Isabel Bollenger, un matrimonio campesino de costumbres sencillas que vivía del terruño y al que los huertos, los cultivos, los cerdos, las palomas y las gallinas daban para sacar adelante, holgadamente, la nutrida descendencia filial que consideraban una bendición del cielo. Una pareja cristiana de pura cepa que encarnaba la fe y se desvivía por educar en la piedad y en el santo temor de Dios a los seres más queridos de este mundo.

Imaginable, por consiguiente, una realidad doméstica donde se rezaba, se santificaban las fiestas, se frecuentaban la iglesia y los sacramentos y se practicaba la caridad, que es la reina de todas las virtudes.

Y todos felices hasta el arribo del primer desgarro familiar, sentimental y físico, ocurrido cuando el pequeño Federico dis-

frutaba de la vida con la ilusión y la conciencia de un chaval de diez años. Dolorosa, llorada e insustituible la ausencia paterna.

Descabezado el hogar, la viuda no tuvo más remedio que hacerse cargo, sola, de los huérfanos, los huertos, los cultivos y la casa. Ella puso voluntad y Dios la ayudó.

Cuatro años más tarde, previa una larga preparación, Federico —que ya sumaba catorce— recibió la primera comunión. Terminados brillantemente los estudios elementales en el colegio de Hazebrouck y en el Instituto de Nuestra Señora de las Dunas, en Dunquerque, responderá generoso a la llamada. Ingresará en el seminario.

Toda la ilusión del joven por los suelos cuando inesperadamente la economía familiar sufre un sobresalto que deriva en preocupante. Llevaba poco tiempo de seminarista pero comprende que no debe seguir los estudios; el abandono se impone, pues los suyos necesitan de la ayuda de sus brazos y es deber de caridad y de justicia ofrecérsela. Vuelve al hogar para tornarse, inicialmente, vendedor ambulante. De norte a sur y de este a oeste, pateándose la geografía llana, húmeda y verde del norte galo. De pueblo en pueblo sumando cansancios, pregonando y vendiendo telas; apuntalando las necesidades domésticas. Pero le esperaba el segundo gran bofetón de la vida: tiene veintitrés años cuando muere la madre. En 1861.

Pero Dios sigue llamando. Insistente. Pero ahora desviándole la atención, marcando otra ruta, también hacia el altar mas ya no hacia el sacerdocio diocesano; ahora apremiándole con la radicalidad evangélica de la pobreza franciscana. Federico, de corazón generoso, corresponde noblemente a la insistencia.

Así, en el convento de Amiens, la bella capital de Picardía, a orillas del Somme, orgullosa de su catedral, que es la mayor de estilo gótico de Francia, hará el noviciado y, el 16 de julio de 1865, la profesión simple. En Limoges y en Bruges seguirá los cursos teológicos. El 26 de diciembre de 1868 se compromete canónica y solemnemente a servir a Dios en dedicación exclusiva. Dos años después, el 17 de agosto de 1870, recibe el presbiterado.

Por poco se estrena ministerialmente en las trincheras porque en pleno «rodaje sacerdotal» es llamado a filas para asistir

espiritualmente a los soldados de la guerra franco-prusiana. Y, tras el paréntesis del obligado servicio a la patria, el capellán militar recupera la paz claustral. De momento será la tranquilidad de Branday; más tarde pasará a Burdeos donde cumplirá con la misión de promover la andadura de un nuevo convento, que fundará y dirigirá; y donde protagonizará un intenso y fecundo apostolado.

Después será trasladado a París. Allí escenificará su ideal franciscano despertando inquietud, interés y simpatías; promoviendo y sumando ayudas para la conservación de los Santos Lugares y la atención a las necesidades pastorales y apostólicas en los mismos. Y encerrado en la biblioteca cuidando archivos, removiendo pergaminos, manoseando volúmenes, empolvándose la ropa y las manos.

La capital de Francia será meta y trampolín. Final de etapa de su actividad ministerial y apostólica en el país nativo. Plataforma desde la que dará el salto a Tierra Santa. La geografía que recorrió, salpicó de cansancios, sembró de bondades y amó Jesús de Nazaret enmarcará una larga década de la vida del franciscano galo. Los Santos Lugares, que llevaba en el corazón, serán su gran razón mientras aquél palpite. Federico Jansoone realmente vivió para Tierra Santa.

No es de fecha reciente la presencia franciscana en la patria de Jesucristo. Ni es de nuestros días el amor de los frailes menores al mundo que ofreció escenario al nacimiento, vida y muerte del Hijo de Dios. Al suelo regado con la sangre redentora. Gráficamente alguien ha escrito que Palestina constituye un quinto Evangelio que nos transmite los recuerdos de Jesús, hace memoria de la Virgen y evoca los primeros pasos de la Iglesia. Francisco de Asís murió sin hacerse presente en Belén, en Nazaret, en Jerusalén... pero llegarían sus hijos espirituales. En 1217, en vida del *Poverello,* al estructurar pastoral y administrativamente la orden, nacida ocho años antes, crearon la que bautizaron «provincia de Tierra Santa» —conocida como «la perla de todas las provincias»—, que integraba la patria natal de Jesús y los lugares que enmarcaron el misterio de nuestra Redención.

Consta que en 1333 los frailes se habían establecido en el Cenáculo, junto al que habían fundado un convento, y que cele-

braban liturgias en la basílica del Santo Sepulcro. Todo gracias a la generosidad de los reyes de Nápoles, Roberto de Anjou y Sancha de Mallorca, que, respectivamente, compraron el local y pagaban alquiler. Pero la aventura misional franciscana en oriente adquiriría oficialidad en 1342 con la bula *Gratias agimus* de Clemente VI, que encargaba a los seguidores de Francisco de Asís la «custodia de los Santos Lugares», asegurando así la presencia católica en los mismos. Con este reconocimiento y superando vicisitudes vendrían más frailes y se harían presentes en Belén, Nazaret, Caná de Galilea, Jerusalén, Ain Karim, en el Monte Tabor, Betania, Genesaret, Emaús, etc. Aunque la enumeración es incompleta, habla del entusiasmo, de la permanente y generosa dedicación religiosa al cumplimiento del encargo pontificio. Y del incansable empeño de posibilitar el culto católico en todos los lugares de tradición evangélica; levantando o reconstruyendo, según los casos, los correspondientes santuarios, siempre con los criterios artísticos de la época y, recientemente, previos rigurosos estudios de arqueología e historia.

Hoy día la «custodia» alcanza a setenta y cuatro santuarios de Palestina-Israel, Jordania, Siria, Líbano, Egipto, Chipre y la isla de Rodas, en Grecia, gracias a los brazos de trescientos veinte frailes pertenecientes a treinta y seis países y a cincuenta y nueve provincias franciscanas que se emplean en el servicio litúrgico, acogida a los peregrinos, convivencia ecuménica y labor académica y de investigación, bíblica y arqueológica; como ejemplo está la prestigiosa Escuela Bíblica de Jerusalén, con tres cuartos de siglo gloriosos en su haber. Llevan a cabo, además, tareas de restauración y mantenimiento del patrimonio arquitectónico. Su tarea también es asistencial, con obras sociales —escuelas, hospitales, dispensarios, casas de ancianos, entre otras realidades— otrora viviendo gracias a la caridad de las naciones católicas europeas y, actualmente, pendientes de la anual colecta del Viernes Santo establecida por León XIII en 1887.

Nuestro biografiado llega en 1876 a esta tierra históricamente conflictiva. Frescos aún los cuarenta años se había hecho merecedor del cargo de vicario custodio de Tierra Santa, ostentando la máxima responsabilidad en la misión específica de la

familia franciscana: atendiendo a las actividades tradicionales de culto, hospedaje, acogida y asistencia; dedicándose a la creación de comunidades de fieles en torno a los santuarios y a la pastoral parroquial. En síntesis: restauración de edificios y construcciones materiales, testimonio cristiano, pan y catecismo.

Pan para todos: cristianos y musulmanes. Indistintamente. Que el hambre no entiende de credos. Pan que hay que ir a buscar ¡al Canadá!, que acabará siendo la segunda patria del celoso misionero galo. Y, así, da el salto de la ribera mediterránea a la geografía entre océanos, a Montreal, en las tierras bañadas por el gran San Lorenzo.

Y va de mendigo. A postular a favor de los Santos Lugares, a interesar a los católicos en los proyectos en marcha, en el apostolado y en la labor social y humana de los frailes menores en Tierra Santa. Así a lo largo de todo un año.

Tras el período de mendicidad, regreso a Palestina donde habría ocasión para el protagonismo de la diplomacia hábil y digna, llena de tacto y rectitud del Beato Jansoone en asuntos de no poca complejidad, como, por ejemplo, la reglamentación sobre el Santo Sepulcro; o sobre los Lugares de Belén, donde, adjunta al convento, y sobre la gruta del Nacimiento, aprovechando estructuras de una iglesia anterior, levantó la basílica de Santa Catalina que es parroquia de la comunidad católica local. Además, continúa con las tradicionales dedicaciones apostólicas, particularmente la pastoral y la asistencia benéfico-social con los necesitados.

En 1888 se despide de la geografía que tanto amaba y recupera, en Montreal, los contactos, las relaciones personales, las amistades canadienses a las que participa afanes. Proyectos y entusiasmo no le faltan. A no tardar, cuando vivía en Trois-Rivières, en la confluencia de los ríos San Mauricio y San Lorenzo, a mitad de camino entre Montreal y Québec, prestará brazos a la restauración de las actividades misioneras franciscanas iniciadas en 1615. Una etapa de promoción del culto, de la piedad y de las peregrinaciones al santuario de la Virgen Du-Cap, un desconocido centro religioso parroquial que se haría famoso merced a su relación con no pocos y extraordinarios favores e incluso curaciones de gran resonancia.

En 1902 el Beato Federico se torna nuevamente mendigo. Son famosas sus cuestaciones, ahora implorando ayuda para el santuario de la Virgen del Rosario de Cap La Madeleine, convertido en templo de la adoración perpetua de Québec; para el monasterio de las clarisas de Valleyfield; para los monumentales vía crucis, etc.

Construye, promueve e impulsa proyectos materiales. Predica, catequiza, funda, organiza, dirige, escribe... Un dinamismo apostólico, una vitalidad pastoral impresionantes que no merma la asiduidad en la oración y el amor del franciscano al sacrificio. Sumados a la austeridad de vida, a la radical pobreza personal, a la marcada predilección por los pobres, a la serena, plena y permanente conformidad con la voluntad divina.

Fray Federico Jansoone, haciendo de Marta y María, en un perfecto combinado masculino de los papeles evangélicos que el Papa proclamaría al mundo en la homilía de la liturgia de la beatificación: «El "buen padre Federico" nos enseña que el espíritu de contemplación no frena el celo apostólico sino que lo vivifica».

Pero el afán evangélico gasta, consume, agota. Perdidas las energías, físicamente acabado, con setenta y siete años a las espaldas, casi una treintena en Canadá, el 4 de agosto de 1916 acaba sus días sobre la tierra. Murió en Montreal, recibiendo cristiana sepultura en Trois-Rivières.

Juan Pablo II le honró con la beatificación el 25 de septiembre de 1988 inscribiéndole entre los cristianos admirables e imitables.

JACINTO PERAIRE FERRER

Bibliografía

AAS 80 (1988), agosto; 81 (1989), febrero.
BACHECA, M., *I martiri francescani d'Inghilterra* (Roma 1930).
CÓRDOBA, G. DE, *Del solar franciscano. Santoral de las tres Órdenes* (Madrid 1957).
FERRINI, G. - RAMÍREZ, J. G., *Santos franciscanos para cada día* (Asís 2000).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN ARISTARCO

Discípulo de San Pablo

Aristarco era un macedonio de Tesalónica, compañero de viaje del apóstol San Pablo, cuya suerte compartió durante los problemas que hubo en Éfeso a cuenta del motín antipaulino (Hch 19,29). Lo acompañó también en el viaje de regreso, y en el de Jerusalén a Roma, yendo Pablo preso (Hch 27,2). También compartió la prisión de San Pablo, como se dice en las cartas a los Colosenses (4,10) y a Filemón (24). Fue, pues, un cristiano convencido y activo, que prestó todo su apoyo al apóstol San Pablo y supo estar con él en los momentos más difíciles y tuvo por ello el afecto y la gratitud del gran apóstol.

SAN EUFRONIO DE TOURS

Obispo († 573)

Eufronio nace en Tours en los primeros años del siglo VI en el seno de una familia senatorial que ya había proporcionado diferentes prelados a la Iglesia. Entra en la historia cuando en el año 555 muere el obispo Guntario y es elegido por la corte para sucederle en la sede turonense. Su labor, que se prolongaría durante diecisiete años, fue excelente. Estuvo presente en varios concilios, siempre buscando el bien de la Iglesia, y presidió en 567 el de Tours. Fundó las iglesias parroquiales de Thuré, Ceré y Orbigny. Reconstruyó en Tours varias iglesias, entre ellas la propia basílica de San Martín, y fomentó la devoción a la Santa Cruz. Murió el 4 de agosto del año 573.

SAN RAINIERO DE ESPÁLATO

Obispo († 1180)

Nacido hacia el año 1100 en la Romaña, en su juventud se hizo monje en el monasterio de Fonte Avellana, seguramente siendo prior Rainiero el diácono. Siendo monje conoció al obis-

po de Gubbio, San Ubaldo, con el que tuvo una sincera amistad. Prestigiado por sus virtudes, es elegido obispo de Cagli en 1156 y en esta diócesis pasó veinte años, ejerciendo con gran celo y ejemplaridad sus deberes pastorales. Fomentó la vida religiosa de los fieles y asimismo el monacato de su diócesis, siendo bajo su mandato cuando alcanzó su esplendor el monasterio de San Geroncio, al que el papa Alejandro III enriqueció con privilegios. Tuvo un conflicto con su cabildo catedral acerca de la colación de beneficios, y la cuestión llegó hasta la Curia Romana. No había ésta dado su sentencia cuando la archidiócesis de Espálato, en Dalmacia, pidió a Roma le señalase un nuevo arzobispo, y entonces fue designado Rainiero. Era el año 1175. Tras entrar en su diócesis, acompañó al papa Alejandro III hasta Zara en su viaje a Venecia para encontrarse con Federico Barbarroja. Entre 1177 y 1178 tuvo lugar en Espálato un concilio nacional, que presidió el cardenal Raimundo de Capella. Ese mismo año Rainiero viajó a Constantinopla, para solicitar ser recibido por el emperador Manuel Comneno, con quien tenía que tratar asuntos de su diócesis, que estaba dentro del imperio bizantino. El año 1179 marchó a Roma y asistió con sus sufragáneos al Concilio Lateranense III. A comienzos de 1180 se presentó el problema de la usurpación de algunas tierras de su diócesis por parte de algunos croatas. El arzobispo intentó arreglar el asunto por vías pacíficas y jurídicas, pero sin éxito. Entonces decidió acudir personalmente al sitio controvertido, junto al Monte Graso. Los usurpadores lo recibieron primero con quejas y luego pasaron a los hechos y lo asesinaron a pedradas el 4 de agosto de 1180. Su cuerpo fue llevado a la iglesia de San Benito de su sede episcopal, donde comenzó el culto al mártir y la fama de sus milagros. Alejandro VIII en 1690 concedió a su diócesis la fiesta del santo con octava.

BEATO GUILLERMO HORNE

Monje y mártir († 1540)

Guillermo Horne era monje en la Cartuja de Londres. Fue parte del último grupo de monjes resistentes a la voluntad real que fue apresado el 20 de mayo de 1537, siendo seis de ellos

hermanos y cuatro padres. Encarcelados en Newgate, murieron al poco tiempo todos menos Guillermo a causa de la inmundicia y el hedor de la cárcel. Pese a ello, el monje Guillermo, que era hermano converso, permaneció tres años en la cárcel con buena salud, hasta que en la plaza de Tyburn consumó su martirio el 4 de agosto de 1540. Fue beatificado el 6 de diciembre de 1887 por el papa León XIII.

BEATO GONZALO GONZALO GONZALO

Religioso y mártir († 1936)

Nació en Conquezuela, provincia de Soria, el 24 de febrero de 1909. Hijo de primos hermanos de idéntico apellido, le pusieron también como nombre el del apellido, y de ahí la singularidad de llamarse tres veces Gonzalo. Era pariente del Beato Juan Jesús Adradas. A los 21 años ingresó en la Orden Hospitalaria, y en 1933 fue destinado a la comunidad del asilo-hospital de San Rafael de Madrid, de la que era limosnero a comienzos de 1936. Llegado el 18 de julio, la comunidad, compuesta por 35 hermanos, vivía preocupada y suspendió por un tiempo la petición de limosnas, pero hubo de reanudarla porque era su único medio de vida. El día 4 de agosto fray Gonzalo salió a pedir y en una casa reconoció que lo habían apedreado. En una casa de la calle María de Molina fue denunciado a los milicianos que le arrestaron y procedieron a asesinarlo junto a la checa, en la confluencia de la calle Velázquez con María de Molina. Su cadáver estuvo un tiempo abandonado en el suelo. El 25 de octubre de 1992 Juan Pablo II le beatificó junto a los 71 mártires de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios.

BEATOS JOSÉ BATALLA PARRAMÓN, JOSÉ RABASA BENTANACHS Y GIL RODICIO RODICIO

Religiosos y mártires († 1936)

En lugares distintos de Barcelona fueron martirizados el día 4 de agosto de 1936 tres religiosos salesianos, uno de ellos

sacerdote y dos coadjutores laicos, los tres formaban parte de la comunidad salesiana de Sarriá.

El sacerdote era don JOSÉ BATALLA PARRAMÓN, nacido en Abella de la Conca, provincia de Lérida, el 15 de enero de 1873 en el seno de una familia modesta. Decidido por la vocación religiosa, ingresó en la congregación salesiana y a los veinte años profesó en Sarriá. Hizo los estudios pertinentes y se ordenó sacerdote en 1900. Estuvo en varios destinos hasta que en 1909 es enviado a la casa de Barcelona-Sarriá como confesor y enfermero. Allí estaría 27 años, haciendo una labor magnífica en la enfermería, hasta el punto de ser llamado un San Juan de Dios.

El coadjutor laico era don JOSÉ RABASA BENTANACHS, nacido en Noves de Segres, provincia de Lérida, el 26 de junio de 1862 en el seno de una familia pobre. Al quedar huérfano siendo niño, una señora se hizo cargo de él y en 1890 lo colocó como ayudante de cocina en el colegio salesiano de Barcelona-Sarriá. Decidido por la vocación religiosa, fue aceptado en el noviciado y profesó en 1892. Destinado a diversas casas como cocinero, volvió a Sarriá en 1923, siendo muy piadoso y ejemplar. Al cumplir los 70 años ya no tuvo fuerzas para llevar la cocina y fue exonerado del cargo, dedicando mucho tiempo a la oración. Cuando el día 21 de julio de 1936 la comunidad de religiosos fue expulsada de la casa, ambos religiosos consiguieron que Esquerra Republicana de Cataluña les concediera seguir en ella atendiendo a los heridos de guerra, ya que la casa se había habilitado como hospital de sangre. Pero el día 31 ambos fueron expulsados a la calle. Se refugiaron en casa de doña Emilia Munill, donde llevaron vida de mucha piedad y recogimiento. Tenían ya preparados los pasaportes para marchar a Italia pero en lugar de ir a recogerlos directamente se acercaron a la casa de Sarriá a recoger alguna ropa, en el tranvía fueron reconocidos y entonces los arrestaron y asesinaron.

El otro religioso salesiano muerto ese mismo día fue don GIL RODICIO RODICIO, coadjutor laico. Había nacido en Requejo, Orense, el 23 de marzo de 1888. Su vocación salesiana le vino de haber sido alumno de la casa de Barcelona-Sarriá. Profesó en la congregación en 1908. Desde 1921 estaba destinado en la casa de Sarriá como panadero. Hacía su trabajo con gran

espíritu religioso. Cuando fue echado de la casa el 21 de julio de 1936, lo hospedó don Alberto Llor, en cuya casa se dedicó a la oración y a sobrellevar su situación con paciencia. Denunciado —seguramente por algún antiguo alumno—, fue arrestado y llevado al comité que funcionaba en el Museo Naval. Él pidió que a la familia que lo albergaba no la hicieran daño. Seguidamente fue asesinado.

Los tres mártires fueron beatificados el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO ENRIQUE KRYSZTOFIK

Presbítero y mártir († 1942)

José Krysztofik nació en Zachorzew, parroquia de Slawno, en la diócesis de Sandomir, el 22 de marzo de 1908, hijo de José y Francisca. En la adolescencia sintió la vocación religiosa e ingresó en la Orden Capuchina. Empezó el noviciado en el convento de Nowe Miasto el 14 de agosto de 1927 y tomó el nombre de fray Enrique. El día de la Asunción del año siguiente hizo la profesión religiosa. Fue enviado a Francia a hacer los estudios filosóficos y luego a Roma para los teológicos, y aquí el 15 de agosto de 1931 hizo la profesión perpetua. Se ordenó sacerdote el 30 de junio de 1933. Prosiguió los estudios teológicos y se licenció en teología en 1935. Vuelve entonces a Polonia y es destinado al convento de Lublín, del que es elegido vicario, y enseñó teología en el Seminario Capuchino de la misma localidad. Al estallar la guerra mundial, el guardián del convento, que era holandés, se vio obligado a renunciar a su cargo y salir de Polonia, y entonces fray Enrique es nombrado guardián. El arresto de los 23 capuchinos del convento de Lublín se produjo el 25 de enero de 1940, siendo llevados todos al castillo de la ciudad. Pasados cinco meses, el P. Enrique fue trasladado al campo de concentración de Sachsenhausen, y luego, en diciembre de 1940 es llevado al de Dachau. Aquí el duro trabajo y las inhumanas condiciones del campo minaron su salud y falleció de agotamiento el 4 de agosto de 1942. Estimado de todos por

sus magníficas cualidades y claras virtudes, era ejemplar en la manera de celebrar la santa misa y de predicar la palabra de Dios con celo y entusiasmo por el bien de las almas. Fue beatificado el 13 de junio de 1999.

5 de agosto

A) MARTIROLOGIO

1. La Dedicación de la Basílica de Santa María [la Mayor], en el Monte Esquilino, de Roma **.
2. En Chalons-sur-Marne, San Memmio o Meinge († s. III-IV), obispo.
3. En Teano, Campania, San Paris († s. IV), obispo.
4. En Autun, Galia, San Casiano († s. IV), obispo.
5. En Nacianzo (Capadocia), Santa Nona († 374), esposa y madre de santos **.
6. En Áscoli del Piceno (Italia), San Emigdio († s. IV), obispo.
7. En Viviers (Galia), San Venancio († p. 535), obispo.
8. En Tremblevif (Galia), San Viator († s. VI), solitario.
9. En Maserfield (Inglaterra), San Oswaldo († 642), rey y mártir **.
10. En Montegranaro del Piceno (Italia), Beato Francisco Zanfredini († 1350), conocido como Cecco de Pésaro, terciario franciscano y ermitaño *.
11. En San Severino Marche del Piceno (Italia), Santa Margarita († 1395), viuda *.
12. En Rochefort (Francia), Beato Pedro Miguel Noël († 1794), presbítero y mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

NUESTRA SEÑORA DE LAS NIEVES

Esta fiesta de la Santísima Virgen tiene su origen en la leyenda romana que las lecciones del *Breviario* de hoy nos recuerdan.

En tiempo del papa Liberio, segunda mitad del siglo IV, existía en Roma un matrimonio sin hijos. Lo mismo Juan que su esposa pertenecían a la más alta nobleza. Eran excelentes cristianos y contaban con una gran fortuna que las numerosas li-

mosnas a los pobres eran incapaces de agotar. Se hacían ancianos los nobles esposos y, pensando en el mejor modo de emplear su herencia, pedían insistentemente a la Madre de Dios que les iluminase.

He aquí que la Virgen les declara de forma maravillosa sus deseos. A Juan Patricio y a su esposa se les aparece en sueños, y por separado, la Señora para indicarles su voluntad de que se levante en su honor un templo en el lugar que aparezca cubierto de nieve en el monte Esquilino. Esto ocurría la noche del 4 al 5 de agosto, en los días más calurosos de la canícula romana.

Van los dos esposos a contar su visión al papa Liberio. Éste había tenido la misma revelación que ellos. El Sumo Pontífice organiza una procesión hacia el lugar que había señalado la Madre de Dios. Todos se maravillaron al ver un trozo de campo acotado por la nieve fresca y blanca. La Virgen acababa de manifestar de este modo admirable su deseo de que allí se levantase en su honor un templo. Este templo es hoy día la basílica de Santa María la Mayor.

¿Qué valor tiene esta leyenda?

Parece que no tiene ninguna garantía de veracidad. El cardenal Capalti aseguraba a De Rossi que, cuando los canónigos de esta basílica terminaban en coro las lecciones de la fiesta de Nuestra Señora de las Nieves y se disponían a entrar en la sacristía para dejar sus trajes corales, había uno bastante gracioso que solía decir que en toda la leyenda únicamente encontraba verdaderas estas palabras: «En Roma, a 5 de agosto, cuando los calores son más intensos».

La leyenda no aparece hasta muy tarde. Seguramente en el siglo XI. El caso es que cuajó fácilmente en la devoción popular y un discípulo del Giotto la inmortalizó en unos lienzos que pintó para la misma basílica. En un cuadro aparece el papa Liberio dormido, con la mitra al lado; encima, ángeles y llamas, y, delante, la Virgen que le dirige la palabra. En otro cuadro aparece Juan Patricio, a quien se le aparece también la Virgen. Otra pintura nos presenta a María haciendo descender la nieve sobre el monte Esquilino.

Nuestro Murillo inmortalizó también esta leyenda en uno de sus cuadros. En él aparece el noble y piadoso matrimonio

contando la visión al Papa, y en el fondo se contempla la procesión y el campo nevado.

Otros artistas reprodujeron en sus cuadros este milagro y los poetas lo cantaron en sus versos.

La devoción a la Virgen de las Nieves arraigó fuertemente en el pueblo romano y llegó a extenderse por toda la cristiandad. En su honor se levantan hoy templos por todo el mundo, y son muchas las mujeres cristianas que llevan este bendito nombre de la Santísima Virgen.

Nuestra Señora de las Nieves es lo mismo que *Santa María la Mayor,* título que lleva una de las cuatro basílicas mayores de Roma. Las otras tres son: San Pedro del Vaticano, San Pablo Extramuros y San Juan de Letrán. La basílica de Santa María la Mayor parece ser que fue la primera iglesia que se levantó en Roma en honor de María y podemos decir, lo mismo que se afirma de San Juan de Letrán en un sentido más general, que es la iglesia madre de todas cuantas en el mundo están dedicadas a la excelsa Madre de Dios. Por esto, y por ser una de las iglesias más suntuosas de Roma, mereció el título de la Mayor. Así se la distinguía de las otras sesenta iglesias que tenía la Ciudad Eterna dedicadas a Nuestra Señora.

Esta basílica ha pasado por bastantes vicisitudes a través de los tiempos. Ocupa el Esquilino, una de las siete colinas de Roma. En tiempo de la República era necrópolis, y bajo el Imperio de Augusto, paseo público. Allí tenía el opulento Mecenas unos jardines. Allí estaba la torre desde la cual contempló Nerón el incendio de Roma y allí había un templo dedicado a la diosa Juno, al cual acudían las parejas de novios para implorar sus auspicios.

Aquí quiso la Reina del Cielo poner su morada. En el corazón de la urbe penetra su planta virginal y los hijos del más glorioso de los antiguos imperios abrirán sus pechos al amor de tan tierna Madre.

La primitiva iglesia no estaba consagrada a María. Se llamaba la basílica Sociniana. En su recinto lucharon los partidarios del papa Dámaso con los secuaces del antipapa Ursino. Esto sucedió a finales del siglo IV. En este tiempo se llamó también basílica Liberiana por su fundador, el papa Liberio.

En el siglo V es reconstruida por Sixto III (432-440). Este mismo Papa es el que consagra el templo a la Virgen. Desde este momento el nombre de María se va a hacer inseparable de este templo.

El concilio de Éfeso había tenido lugar el año 431. Los padres del tercer concilio ecuménico acababan de proclamar la maternidad divina de María contra el hereje Nestorio. Era el primer gran triunfo de María en la Iglesia y una crecida ola de amor mariano recorre toda la cristiandad de oriente a occidente. La maternidad divina de María es el más grande de los privilegios de María y la raíz de todas sus grandezas.

Roma no podía faltar en esta hora de gloria mariana. Este templo que renueva Sixto III en honor de la *Theotocos* es el eco romano de la definición de los padres de Éfeso. La ciudad entera se apresta a levantar y hermosear esta basílica. Los pintores ponen sus pinceles bajo la dirección del Sumo Pontífice y las damas se desprenden de sus más vistosas joyas. Ahora es cuando la antigua basílica Sociniana se adorna con pinturas y mosaicos que celebran el misterio de la maternidad divina de María. Se levanta un arco de triunfo y sobre la puerta de entrada se lee una inscripción que empieza con estas palabras: «A ti, oh Virgen María, Sixto te dedicó este nuevo templo»...

Las pinturas son de tema mariano y, generalmente, relacionadas con la maternidad divina de María. Representan la Anunciación, la Visitación, María con el Niño, la adoración de los Magos, la huida a Egipto y otras escenas de la vida de la Virgen.

Las tres amplias naves de la basílica se enriquecieron con los dones de los fieles y los ábsides se adornaron de lámparas y mosaicos. Algunos de éstos son especialmente valiosos.

En el siglo VII una nueva advocación le nace a esta iglesia: *Santa María ad praesepe,* «Santa María del Pesebre». La maternidad de María acaba por llevar la devoción de los fieles al portal de Belén, a Jesús. Como siempre, por María a Jesús.

Al lado de la basílica surge una gruta estrecha, oscura y recogida como la de Belén. Allí irán los papas a celebrar la misa del gallo todas las Nochebuenas, y para que la piedad se hiciese más viva se enseñaban los maderos del pesebre en el cual había

nacido el Hijo de Dios y trozos de adobes y piedras que los peregrinos habían traído de Tierra Santa.

Esta gruta llega a ser uno de los lugares más venerados de la Ciudad Eterna. Los romanos pontífices la distinguen con sus privilegios. Gregorio III (731-741) puso allí una imagen de oro y gemas que representaba a la Madre de Dios abrazando a su Hijo. Adriano I (762-795) cubrió el altar con láminas de oro, y León III (795-816) adornó las paredes con velos blancos y tablas de plata acendrada que pesaban ciento veintiocho libras.

Son muchas las gracias que la Santísima Virgen ha concedido a sus devotos en este santo templo. Aquí organizó San Gregorio Magno unas solemnes rogativas con motivo de una terrible peste que asolaba la ciudad.

El año 653 ocurrió en esta iglesia un hecho milagroso. Celebraba misa el papa San Martín cuando, al querer matarle o prenderle por orden del emperador Constante, el enarca de Rávena, Olimpo, quedó repentinamente ciego e imposibilitado.

Basten estos hechos para demostrar el gran aprecio que los Sumos Pontífices han tenido para con este templo a través de la historia.

Hoy mismo sigue siendo Santa María la Mayor una de las cuatro basílicas patriarcales de Roma cuya visita es necesaria para ganar el jubileo del año santo. De esta forma la Virgen de las Nieves sigue recibiendo el tributo de amor de innumerables peregrinos de todo el orbe católico.

Actualmente es una de las iglesias más ricas y bellas de la ciudad de Roma. Conserva muy bien su carácter de basílica antigua. Tiene por base la forma rectangular, dividida por columnas que forman tres naves, techo artesonado, atrio y ábside.

El interior de la basílica es solemne y armonioso. Las tres naves aparecen divididas por columnas jónicas. Contiene notables monumentos y tumbas de los papas.

Tiene dos fachadas: la que mira al Esquilino, que es la posterior, y la que mira a la plaza que lleva el nombre de Santa María la Mayor. Ésta, que es la principal, data del siglo VIII, y la posterior del XVII. El campanario, románico, es el más alto de Roma. Fue construido el año 1377.

Sobre el altar mayor hay una imagen de María del siglo XIII, atribuida a Lucas el Santo, y en la nave se halla el monumento a la Reina de la Paz, erigido por Benedicto XV al terminar la primera guerra mundial. Su cielo raso está dorado con el primer oro que Colón trajo de América. En la plaza de Santa María la Mayor se yergue una columna estriada de más de catorce metros de altura. En la plaza del Esquilino se alza un obelisco procedente del mausoleo de Augusto.

Santa María de las Nieves. He aquí una de las advocaciones más bellas de la Santísima Virgen. Ella, que es la Madre de Dios, Inmaculada, Asunta al cielo, Virgen de la Salud y del Rocío, es también Nuestra Señora de las Nieves.

La nieve es blancura y frescor. Pureza y alma recién estrenada, intacta. Espíritu sin gravedad. ¡Cuán hermosamente tenemos representada aquí la pureza sin mancha de María!

Nieve recién caída en el estío romano. La pureza al lado del calor sofocante de la pasión. Sólo Ella, como aquel trozo milagrosamente marcado por la nieve en la leyenda de Juan Patricio, es preservada del calor fuerte del agosto que es el pecado. Sólo Ella es sin pecado entre todos los hombres. Ella es blancura y candor. Ella refresca nuestros agostos llenos del fuego del pecado y la concupiscencia.

Ni el copo de nieve, ni el ala de cisne, ni la sonrisa de la inocencia, ni la espuma de la ola es más limpia y hermosa que María.

Verdaderamente es ésta una fiesta de leyenda y poesía. María es algo de leyenda y poesía. Es la obra de Dios.

MARCOS MARTÍNEZ DE VADILLO

Bibliografía

BENEDICTO XIV, *De festis Domini Nostri Iesu Christi et Beatae Mariae Virginis* II y VII.
DUCHESNE, L. (ed.), *Liber pontificalis*, I (Roma 1958) 232 y 235.
MAURICE-DENIS, N. - BOULET, R., *Romée* (París 1948).
ROSSI, G. B. DE, *Inscriptiones christianae urbis Romae septimo saeculo antiquiores.* II: *Musaici antichi delle chiese di Roma (S. Maria Maggiore)* (Roma 1888) 71.

SANTA NONA

Esposa y madre de santos († 374)

Es curioso encontrar en el siglo IV un caso admirable de santidad que pueda servir de ejemplo actualísimo para las madres de familia de hoy. Lo conocemos por medio del testimonio de su propio hijo, que en varias ocasiones habló con elocuencia de las virtudes de su propia madre. Se trata nada menos que de San Gregorio Nacianceno, quien en los elogios fúnebres de su hermano Cesáreo, de su hermana Gorgonia y de su padre Gregorio tejió, con encendidas palabras, la corona de santidad en torno a la figura de su madre, Santa Nona.

La situación de Santa Nona al casarse dista mucho de poder llamarse cómoda. Educada cristianamente por su padre, Philtatios, contrajo matrimonio con un magistrado de Nacianzo llamado Gregorio. Pero su esposo estaba muy lejos de profesar el cristianismo, pues pertenecía a una oscura secta nacida al margen del judaísmo y del cristianismo, y cuyos miembros llevaban el nombre de hypsistarienos, o adoradores del único Altísimo. No extrañe a nadie esto, puesto que, contra lo que hoy nos parece lógico y natural, los impedimentos de mixta religión y disparidad de cultos tardaron mucho en abrirse paso en la mentalidad y en la legislación de la Iglesia católica. Recordemos el caso similar de Santa Mónica.

Y he aquí que este matrimonio entre una mujer cristiana y un sectario va a darnos uno de los ejemplos más resplandecientes de familia santificada que se conoce en la historia eclesiástica, todo por medio del fervor y el entusiasmo apostólico de Santa Nona.

En efecto, su influencia sobre el propio marido llegó no sólo a lograr su conversión, que ya fuera mucho, sino a enfervorizarle de tal manera que recibió las órdenes sagradas y fue consagrado obispo, alcanzando la santidad. Murió ya centenario, después de cuarenta años de episcopado, hacia el 373. Hoy se le venera con el nombre de San Gregorio Nacianceno el Viejo.

Porque de aquel hogar no iban a ser venerados sólo el padre y la madre. Los tres hijos alcanzarían también el honor de los altares: el mayor, San Gregorio Nacianceno, el gran doctor de la Iglesia; Santa Gorgonia, muerta hacia el año 370, que se santifi-

có en la vida matrimonial, teniendo tres hijos, y, por fin, San Cesáreo, muerto hacia el año 369, que se santificó en el ejercicio de la medicina.

Nos encontramos, por consiguiente, con una figura excepcional de mujer seglar que en medio del mundo realizó un apostolado de fecundidad poco corriente. Su hijo San Gregorio Nacianceno nos explicará el fundamento de todo esto:

> «Ésta se hace notable en sus tareas domésticas, la otra por sus beneficios o su castidad, aquella otra por sus obras de piedad o por las mortificaciones que inflige a su carne, por sus lágrimas, por sus oraciones, por los cuidados que sus manos prodigan a los pobres; pero Nona debe ser celebrada por todas esas virtudes al mismo tiempo».

San Gregorio no se cansa de explicarnos cuán sólida y profunda era la piedad de su madre:

> «Lo que en todas tus palabras y en todas tus acciones tenía el primer lugar era el día del Señor. Dando a la penitencia todo el tiempo que le correspondía, ¡oh madre mía!, tú no la interrumpías sino únicamente para las fiestas. La iglesia era testigo de tu alegría y de tu aflicción. Cada lugar en ella, ¡oh madre!, estaba marcado por tus lágrimas. Sólo por la cruz se detenían esas mismas lágrimas».

De esta piedad y de esta mortificación nacía una vida ejemplarísima. Un respeto profundo al altar, al que nunca osó volver la espalda. Un cuidado exquisito en evitar las palabras profanas, la risa poco conveniente para una cristiana. Sus hijos descubrían a veces, con estupor y emoción, las penitencias secretas que ella hacía. Amante de la pureza de la fe, jamás quiso dar su mano a los paganos, ni consintió en besarles, ni se quiso sentar nunca a su mesa. Lo mismo hacía con los comediantes y cuantas personas parecían poco recomendables en sus costumbres. Su única preocupación era, como nos dice su hijo, hacer honor a la imagen divina que había sido impresa en su alma por el bautismo.

Nos pondera también San Gregorio su extraordinaria caridad. Tan grande era que solía decir a sus hijos que habría querido venderse como esclava y venderles a ellos a trueque de poder dar el precio a los pobres.

Amante del culto litúrgico, aficionada al canto de los salmos, ejemplar siempre en el templo, Dios le deparó una muerte ver-

daderamente singular: en pleno sacrificio de la misa, próxima al altar, tocando ya la madera consagrada, quedó muerta. Nos dice que aun así conservaba su actitud de oración y que una de sus manos extendidas parecía significar: «Séme propicio, ¡oh Cristo Señor!». Había ofrecido así su casta vida y su alma misma como preciosa hostia de oración.

Gregorio, en uno de los epigramas que dedicó a la dulce memoria de su madre, hace alusión a esta muerte con hermosas palabras:

> «Nona, dotada de un corazón viril, se abrió camino por la vida, llevando a Cristo, fiel servidora de la cruz, despreciadora del mundo. Se elevó hasta la cúpula celestial, como ella deseaba, despojándose de su propio cuerpo en la Iglesia».

La habían precedido a la hora de la muerte su hijo San Cesáreo, muerto cinco años antes, y su esposo, San Gregorio, muerto el año anterior.

La enterraron junto a la puerta de la iglesia, cerca de los cuerpos de los santos mártires, porque desde el primer momento la rodeó la veneración de los fieles.

En un mundo que pasa por un rudo trance de descristianización, resulta hermoso y oportuno evocar el ejemplo de una mujer que, pasando por encima del obstáculo que suponía la diferente religión de su marido, logró hacer de su hogar un auténtico semillero de santos y verse acompañada en los altares por su marido y todos sus hijos. Con razón los benedictinos de París la señalan como una auténtica «mujer de acción católica» ya en el siglo IV.

LAMBERTO DE ECHEVERRÍ

Bibliografía

Acta sanctorum. Augusti, II, p.78-81.
HERMANN, B., *Verborgene Heilige des griechischen Ostens* (Kevelaer 1931) 5-33.
PUECH, A., *Histoire de la littérature grecque chrétienne,* 3 (París 1930) 320-328.
La principal fuente son las oraciones fúnebres y los epigramas de San Gregorio Nacianceno: PG 35; 38,44-62; 37,1033; epigramas 24-84.

SAN OSWALDO
Rey y mártir († 642)

Si hay un nombre querido para la Iglesia y el pueblo de Northumbria, región al norte de Inglaterra, es el del rey Oswaldo. No obstante, para los pueblos que desconocen la historia de la formación de la nación inglesa, entrar en el conocimiento de las diversas etnias y tribus que lucharon entre sí por las acostumbradas rivalidades de poder y supervivencia en el siglo VII, no deja de ser un ejercicio dificultoso en el que entran en juego nombres de figuras de leyenda y lugares hoy prácticamente desconocidos en los mapas.

Sin embargo, no hay por qué dudar de la realidad de aquellos personajes heroicos que dieron paso con su esfuerzo, con su fe, e incluso con su muerte al nacimiento de una nación cristiana. Beda el Venerable es el que en su historia de Inglaterra nos ha dejado memoria de muchos de ellos, recogiendo la memoria popular.

Oswaldo es el típico héroe de atrayente simpatía para el pueblo: valiente, favorecedor de los necesitados, creyente y piadoso. Nació hacia el año 605; fue el segundo hijo del rey Etelfrido y por lo mismo jefe destinado a gobernar Bernicie. Su madre fue Acca, hija de Ella, y hermana de Edwin, descendía de la familia real de Deira. Oswaldo tuvo un hermano menor llamado Oswy. Todos eran paganos. Etelfrido el Devastador, su padre, fue un rey incendiario y sanguinario. Sus violencias le valieron a él la muerte y al hijo el destierro. Niño todavía, Oswaldo buscó un refugio entre los escotos del norte. Los escotos eran ya cristianos. El soplo ardiente de Columba, el gran misionero irlandés, había pasado por su país, unos lustros antes, quemando encinas sagradas y abrasando los corazones en el amor de Cristo. Cuando, hacia el 615, Oswaldo llegó a aquella tierra, las gentes no hablaban más que de Columba y de su Evangelio. Y a fuerza de oír hablar a los monjes y a los aldeanos, llenóse también él de amor con aquella naturaleza arrebatada propia de su raza, y empezó a pensar que el heroísmo no estaba reñido con el Evangelio. Se hizo catecúmeno de los misioneros celtas, escuchó maravillado la revelación de los dogmas evangélicos, y habiendo

recibido las aguas del Bautismo, se convirtió en un propagador entusiasta de su nueva religión.

En 633, Edwin encontró la muerte en un combate contra Cadwallon, rey cristiano de Gwyned, en el país de Gales, y aliado de Penda, rey sajón pagano de Mercie. Un primo de Edwin, Osric, reunificó a los sajones de Deira, y Eanfrido, el hermano mayor de Oswaldo, se hizo cargo del reino de Bernicie; pero tanto Osric como Eanfrido murieron pronto en batalla. Fue a la sazón cuando llegó la hora de Oswaldo.

Oswaldo tenía entonces unos treinta años y encarnaba una dinastía y a un pueblo. La Northumbria se unió a su alrededor cuando se dispuso a marchar, en 634, contra el celta Cadwallon, al que derrotó en una determinante victoria en Hefenfelth. Los dos ejércitos se encontraron junto a la gran muralla que el emperador Severo había levantado de un mar a otro mar contra los pictos. Defendida la espalda por el muro romano, el príncipe anglosajón ocupaba una eminencia, en que su pequeña tropa podía hacer frente a los batallones enemigos. El nombre de aquella altura le pareció un buen augurio: Beda lo traduce como «Campo del Cielo». El día antes de lanzarse al combate, hizo una cruz con dos ramas de encina, la plantó en el suelo, y se postró delante de ella; Beda pone en labios una oración del rey transmitida por la tradición y que recuerda alguna de las oraciones de la liturgia del Viernes Santo, incluso con las cadencias propias del canto llano:

> «Dijo a sus compañeros de armas: "Caigamos de rodillas e imploremos la misericordia de Dios. Él sabe que nuestra causa es justa; pues defendemos nuestra salud y nuestra libertad contra los que han jurado el exterminio de nuestra raza"».

Pocas horas después, mientras dormía en su tienda, confiado ante el momento que iba a decidir su destino, le pareció que un monje de estatura gigante, de clara mirada, y de aspecto entre belicoso y paternal se acercaba sonriente a su lecho. Así le habían representado siempre a San Columba, el dulce e impetuoso fundador de Iona. Y no dudó que era él, al ver que extendía la cogulla sobre su cabeza, diciéndole: «Ten valor y obra varonilmente; he obtenido de Dios tu victoria y la muerte de los tiranos. Vencerás y reinarás». Cadwallon murió a orillas del río Deniseburn,

afluente del Rowley. Más tarde, después de la muerte de Oswaldo, los monjes de Hexham empezaron a organizar anualmente una peregrinación a Hefenfelth para rogar por las intenciones del difunto soberano en aquel lugar testigo de su triunfo. Después se levantó una capilla colocándose en ella la cruz levantada por el rey, y que desde entonces fue objeto de gran veneración.

Esta victoria puso fin a la expansión bretona hacia el norte de la actual Inglaterra. Permitió a Oswaldo la conquista de las dos terceras partes de la Northumbria y de Deira y Bernicie; añadió al país el norte de Lindsey y su preponderancia bien pronto se dejó sentir en Estanglie y Wessex. En resumen, cuenta Beda, Oswaldo reinó sobre más tierras que todos sus antepasados, «gracias al Señor que hizo el cielo y la tierra». Gobernó sobre las naciones y provincias de Britannia divididas por cuatro lenguas: bretona, picta, escocés e inglés. Con el sobrenombre de Lamn-Gwin, el de la espada que relumbra, Oswaldo se sentó en el trono de sus antepasados, y todos los reyes de la Heptarquía reconocieron su autoridad suprema. Sólo a él competía presidir el círculo dorado de los jefes, dar la señal del combate y llevar el penacho de plumas, que era el emblema del Bretwalda, caudillo universal de los anglosajones.

Pero la dulzura evangélica había moderado los ímpetus de su sangre heroica. Su ideal no estaba en la guerra, sino en la paz y en la justicia. Oswaldo, aguerrido soldado, se propuso extender la religión y la civilización cristiana y para ello llamó a los monjes de Iona. El primer misionero venido de Iona fracasó completamente. Lleno de desaliento, abandonó la misión y se retiró a su monasterio, declarando que los anglos eran una raza indomable, de espíritu rudo y bárbaro, con la cual no había convivencia posible. Este informe sembró la consternación entre los hermanos de Iona; uno de ellos, por fin, dirigiéndose al recién venido y pusilánime predicador, le dijo:

> «Hermano, has sido demasiado duro con esa pobre gente. No has empezado por ofrecerles, según la doctrina apostólica, la leche de una dulce doctrina, a fin de atraerlos poco a poco a la inteligencia y a la práctica de las cosas más perfectas».

El que así hablaba era un monje prestigioso, llamado Aidán, que enseguida fue enviado al rey Oswaldo. Oswaldo le construy-

yó un monasterio, para que fuese como el centro de sus correrías apostólicas. Como Iona, la nueva fundación estaba en una isla; una isla que flotaba mirando al continente, no lejos del golfo de Edimburgo, frente a las verdes colinas de Northumbria y la playa arenosa de Bertwiek. Era una isla llana, rocosa, sombría. Ni un pliegue en el terreno, y, salvo una colina medrosa, ni una línea que animase el horizonte y quitase la impresión de monotonía. Eso era Lindisfarne, la isla sagrada, el primer santuario que se levantó en aquella región, y el centro de la vida religiosa en aquellos primeros días de la conquista cristiana. Pero Aidán estaba encantado; su isla le parecía el paraíso, porque se parecía a Iona y le recordaba a su Padre, el desterrado de Irlanda, y le hacía pensar en el paisaje austero, rudo y salvaje que había fortalecido sus años juveniles.

Oswaldo había encontrado a su apóstol, al sacerdote de corazón de padre para los humildes y de corazón de león para los soberbios. Los pueblos abandonaban sus supersticiones, los nobles renunciaban a sus instintos de venganza, y las princesas consagraban a Cristo su virginidad. Oswaldo era el discípulo más ferviente del misionero.

Pero, no contento de secundarle como rey y obedecerle como hijo, se entregaba, a ejemplo suyo, al ejercicio de todas las virtudes cristianas, pasando noches enteras en oración, ocupándose más aún del reino de los Cielos que de la patria terrestre que había sabido conquistar y por la cual sabría pronto morir, derramando sus riquezas entre los pobres y los enfermos a quienes el obispo distribuía el alimento de la palabra evangélica. No se desdeñaba tampoco de hacerse intérprete suyo para con el pueblo. Era un espectáculo encantador, dice el venerable Beda, ver a este rey, que durante su destierro había aprendido la lengua de los celtas, traducir a los grandes jefes, a los oficiales del palacio y a las gentes humildes los sermones del obispo, que aún no había llegado a dominar la lengua de los anglosajones. Esta tierna amistad, esta fraternidad apostólica, contribuyó a popularizar la memoria de los dos santos y a consagrarlos en los anales del pueblo inglés.

El santo rey invitaba algunas veces a su mesa a Aidán. Y se cuenta que en una ocasión, estando todos sentados el día de

Pascua y habiéndose servido en fuentes de plata un manjar exquisito, el encargado de las limosnas se le presentó para advertir al rey que varios mendigos estaban a la puerta. El rey tomó la fuente y, entregándosela al encargado, dio orden para que se suministrase la vianda a los pobres y después que se partiese la fuente de plata en pedazos y así fuese repartida entre los necesitados como limosna. El obispo Aidán, emocionado por tal caridad y desprendimiento, tomó la mano derecha del rey con la que había levantado el plato y dijo: «Que jamás envejezca ni se corrompa mano tan generosa».

Oswaldo completó las piadosas construcciones que Edwin había comenzado a levantar en York. Él vivía en la actual Bamborough, en Bernicie, cerca de Lindisfarne. El cristianismo se propagó por Northumbria y en Wessex. Oswaldo casó con la hija del príncipe Cynegils, que después fue llamada la reina Reginalda o Cyneburga y sólo tuvo un hijo, al que pusieron por nombre Ethelbaldo, que llegaría a reinar en Deira. Al matrimonio precedió el bautismo del suegro, del que el mismo Oswaldo fue padrino.

Fue corto el reinado de Oswaldo. Porque lo bello y lo bueno dura poco en la tierra. La gloria de Oswaldo turbaba el sueño de otro de los jefes de la Heptarquía, el terrible Penda, rey de los mercios. Bajo la mano de hierro de este guerrero terrible, el reino de Mercia seguía siendo el foco del paganismo anglosajón. A sus treinta y ocho años, el 5 de agosto de 642, moría durante una batalla contra Penda que tenía sus partidarios en Northumbria. El encuentro tuvo lugar en Maserfelth. Oswaldo y Penda eran dos personalidades muy contrarias y el conflicto fue inevitable. Todos cuentan que Oswaldo murió como un héroe y un santo, con la oración en los labios. San Beda escribe a este propósito: «De aquel acontecimiento se ha hecho tradición decir la oración del rey mientras caía herido en el suelo: Señor, ten piedad de las almas». Penda mandó decapitar el cadáver del rey vencido y, junto con sus armas, exponerlo todo en público según las antiguas y bárbaras costumbres. Pero estas reliquias pudieron ser recogidas posteriormente y devueltas a Northumbria.

La fama de santidad de Oswaldo se extendió rápidamente y su veneración llegó a implantarse en las tierras de Wilibrordo de

Frisia. Beda ha contado algunos de los milagros que se le atribuían. Un sitial de Oswaldo fue regalado por su nieta Osthryd al monasterio de Bardney; pero siendo los monjes de allá excesivamente nacionalistas, rehusaron aceptarlo, hasta que una visión de luces celestes les hizo cambiar de opinión. En cuanto a lo dicho por Aidán en el banquete de Pascua, se cumplió milagrosamente. Sus manos, conservadas intactas, fueron recogidas como reliquias en San Pedro de Bamborough y posteriormente en la catedral de York hasta el día de hoy. La cabeza del rey se conservó en poder del obispo San Aidán y pasó al monasterio de Lindisfarne hasta que fueron a parar al relicario de San Cuthberto. El cetro y una aceitera de Oswaldo pasaron a manos de los monjes de Durham, y así otras partes de su venerado cuerpo pasaron a ser veneradas en diversos lugares, tanto en la isla como en el continente.

Oswaldo fue inscrito en el Martirologio de Usuardo, pero no así en el de San Beda. Su nombre y su figura han sido siempre venerados en todos los reinos de Europa. Sólo en Inglaterra le fueron dedicadas sesenta y dos iglesias o capillas. En el continente hay iglesias en Bamberg, Praga y Ratisbona. Ecos de su culto se rastrean no sólo por Escocia e Irlanda, sino por Bohemia, Suiza e incluso Portugal.

LUIS M. PÉREZ SUÁREZ, OSB

Bibliografía

BAUDOT, J. - CHAUSSIN, L., OSB, *Vie des saints et des bienheureux*... VIII: *Août* (París 1949) 94-97.

FARMER, H., en *Bibliotheca sanctorum*. IX: *Masahki-Ozanam* (Roma 1967) cols.1290-1296.

PÉREZ DE URBEL, J., *Año cristiano*. III: *Julio-septiembre* (Madrid ²1940) 261-266.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

BEATO FRANCISCO ZANFREDINI

Ermitaño († 1350)

Francisco Zanfredini fue llamado familiarmente Cecco y nació en Pésaro el año 1270, de padres nobles y piadosos que

murieron cuando él aún era adolescente. Muy pronto, decidido a vivir consagrado al Señor, vende sus bienes y distribuye su importe entre los pobres a fin de abrazar la pobreza, y se hace terciario franciscano, vistiendo el hábito de la Orden Tercera. Luego decide hacer vida eremítica para dedicarse por completo a la divina contemplación. Edifica varias ermitas y a una de ellas adosa un albergue para caminantes y peregrinos pobres. Pasa por una dura prueba interior de fuertes tentaciones que vence con la gracia de Dios y se acredita a los ojos del pueblo cristiano de tal forma que se le acercan algunos compañeros a compartir su vida. Pide limosna por las aldeas y granjas cercanas para esos compañeros, y de las que recibe hace también partícipes a los pobres. Vivió hasta los ochenta años lleno de virtudes y méritos y descansó en el Señor el 5 de agosto de 1350. El papa Pío IX aprobó su culto el 31 de marzo de 1859.

SANTA MARGARITA DEL PICENO

Viuda († 1395)

Nace en Cesolo, Italia, hija de una familia campesina, cuyo ganado guarda en su adolescencia y juventud, hasta que es dada en matrimonio y se traslada a San Severino Marche. Tiene una hija, de cuya educación se encarga con amor; queda viuda al cabo de veintiún años de matrimonio. Entonces se dedica a las obras de piedad y penitencia y se consagra al servicio de los pobres. Edificó a la comunidad cristiana con su insigne piedad, especialmente con su ardiente fe y amor a Jesús sacramentado, pasándose las noches ante el sagrario para hacerle compañía. Pasó por una larga enfermedad que sobrellevó con admirable paciencia y murió con fama de santa el 5 de agosto de 1395. Los fieles comenzaron a venerarla en su tumba y el papa Bonifacio IX aprobó el culto que se le daba al enriquecer con indulgencias la oración ante su tumba.

BEATO PEDRO MIGUEL NOËL
Presbítero y mártir († 1794)

Nació el 23 de febrero de 1754 en Pavilly (Seine-Maritime), hijo de Miguel y Margarita Vallot. Decidido por la vocación eclesiástica, se tonsuró a los 17 años y recibió, posteriormente, las órdenes menores y mayores hasta el sacerdocio que se le dio en septiembre de 1779. Se quedó a vivir en su pueblo natal, en cuya parroquia celebraba la santa misa todos los días. Era un sacerdote muy estimado en todo su departamento por sus magníficas cualidades morales y por su carácter dulce y bondadoso. Llegada la hora de prestar el juramento civil del clero, se negó. Siguió viviendo en su pueblo hasta que en abril de 1793 fue arrestado y conducido a la cárcel municipal. Llevado a Ruán, de ahí fue enviado a Rochefort en el convoy que salió el 21 de marzo de 1794. El 12 de abril era registrado en Rochefort. Embarcado en Les Deux Associés, no soportó mucho tiempo las terribles condiciones del confinamiento en que estaban los sacerdotes detenidos y minada su salud por el escorbuto, sobrellevó su decadencia física con gran entereza moral y vino a morir el 5 de agosto de 1794, siendo enterrado en la isla de Aix. Fue beatificado el 1 de octubre de 1995 por el papa Juan Pablo II.

6 de agosto

A) MARTIROLOGIO

1. La Transfiguración del Señor **.
2. En Roma, en la Via Apia, San Sixto II († 258) y sus compañeros, cuya memoria se celebra mañana.
3. En Alcalá de Henares (España), los santos hermanos Justo y Pastor († 304), mártires **.
4. En Roma, San Hormisdas († 523), papa *.
5. En Savona (Liguria), Beato Octaviano († 1132), monje, hermano del papa Calixto II *.
6. En Luxemburgo, Beato Esquecelino († 1138), ermitaño.
7. En Bolonia (Emilia), tránsito de Santo Domingo († 1221), presbítero, cuya memoria se celebra el día 8.

8. En Montevideo (Uruguay), Beata María Francisca de Jesús (Ana María) Rubatto († 1904), virgen, fundadora del Instituto de Hermanas Terciarias Capuchinas de Loano **.

9. En Gandía (Valencia), Beato Carlos López Vidal († 1936), mártir *.

10. En el campo de concentración de Dachau (Baviera), Beato Tadeo Dulny († 1942), mártir *.

B) Biografías extensas

TRANSFIGURACIÓN DEL SEÑOR

Los griegos comenzaron a celebrar la «Methamorphósis» de Cristo el 6 de agosto. Quizá era una fecha que conmemoraba la dedicación de la iglesia construida en el monte Tabor. Hacia el siglo V se celebra también en la comunidad nestoriana sasánida y en el siglo VIII ya es conocida por los sirios occidentales bajo el nombre de «fiesta del Monte Tabor». Durante la Edad Media la celebración de la Transfiguración se extiende por España, Francia e Italia, hasta que el 6 de agosto de 1457 el papa Calixto III extiende su celebración a toda la Iglesia latina para conmemorar la victoria sobre los turcos a las puertas de Belgrado. Desde Pablo VI esta fiesta, que ya era la titular de la catedral de Roma (San Salvador y San Juan de Letrán) dedicada especialmente al Salvador, es la fiesta de todas las iglesias dedicadas a «San Salvador» (muchísimas, entre las levantadas entre los siglos VIII-XII, como por ejemplo la antiquísima iglesia abacial del monasterio de «San Salvador de Leyre»).

En los evangelios sinópticos el relato de la Transfiguración tiene un lugar central desde todos los puntos de vista, pero su esencia teológica, particularmente importante en la escena relatada, es difícil de definir con segura precisión. En ella encontramos el supremo cumplimiento de las profecías, teofanía más o menos apologética, relato de aparición anticipada de la resurrección, anuncio y prueba de la parusía al final de los tiempos. Los temas se entrecruzan con múltiples ideas y sugerencias.

La entronización mesiánica y la glorificación han sido dadas por el Padre a Jesús al resucitarle y haciéndole sentar en el cielo a su derecha. Puede preguntarse el porqué de este pasaje «glo-

riosamente» anticipativo en medio de la vida del Jesús terrestre. En general la mayoría responden a esta pregunta que el relato quiere atenuar el «escándalo de la cruz». Era importante, sobre todo para las primeras generaciones cristianas, subrayarles que Jesús entra en su pasión conociendo perfectamente la misión que le había encomendado el Padre como Mesías y como el Profeta definitivo. Pero no es el momento de hacer un análisis ni siquiera superficial de los tres sinópticos al relatar parecidamente la Transfiguración, aunque quizá sea conveniente hacer un breve repaso por las especulaciones espirituales que tal visión proporcionó desde el primer momento a los maestros del espíritu en los primeros albores de la reflexión teológica.

Como en los otros «misterios de Cristo», hay una relación y estrecha interdependencia entre todas sus acciones y actos salvíficos y su «reactualización» en la liturgia, en el discurso oral y escrito y las mismas representaciones artísticas. Ya se ha dicho cómo la celebración litúrgica se extendió poco a poco en la Iglesia a partir del Oriente. En el campo artístico se tienen las primeras representaciones desde el siglo VI en el monasterio de Santa Catalina del Monte Sinaí; siendo desde entonces el prototipo de posteriores representaciones, como la coetánea (549) de San Apolinar in Classe en la que, simbólicamente, la figura de Cristo es sustituida por una preciosa Cruz Imperial.

En cuanto a la reflexión escrita, teniendo por referencia la Transfiguración, la encontramos pronto, especialmente en la literatura «de los espirituales "gnósticos"». El autor de la *Carta a Rheginum,* en la segunda mitad del siglo II, escribe:

> «¿Qué es la resurrección? Es la revelación en todo momento de aquellos que han resucitado, porque si lo piensas, al leer el Evangelio ves cómo Elías se aparece junto con Moisés, por lo que no puedes creer que la resurrección es una "fantasía". No es una ilusión sino una Verdad. Antes bien y por el contrario, lo que es ilusorio es el "cosmos" y no la resurrección realizada por nuestro Señor, nuestro Salvador Jesucristo».

Para los *gnósticos* (no confundir con «*a*gnósticos») la Transfiguración manifiesta que la salvación se realiza fuera de la historia, *secundum spiritum.* Pero ya Ireneo les contesta que la salvación debe realizarse en la historia precisamente, para que se cumpla la profecía *secundum carnem:* «Puesto que es imposible

que el hombre vea a Dios, por sapientísima disposición divina, al final de los tiempos, el hombre verá a Dios sobre una alta roca... Y por eso fue visto hablando cara a cara con Elías...» (Éx 33,20-21).

Tertuliano hace muchas veces alusión a la escena de la Transfiguración tratando temas diversos. Son alusiones breves que van desde la cristología a la ascética, pero presuponen que el lector está familiarizado con las interpretaciones que de ella daba la Iglesia.

Los comentarios a los Evangelios y las homilías son las dos formas más importantes que nos ha transmitido la tradición sobre este episodio de la vida de Cristo. Orígenes es el primer comentarista que habla detalladamente al explicar a San Mateo. Otro comentarista muy antiguo es San Efrén († 373). En cuanto a las homilías la tradición oriental es mucho más rica y prolífica que la occidental. Hacia 390 ya San Juan Crisóstomo predicó sobre la Transfiguración en su *Homilía 56 sobre San Mateo* y tras él encontramos una exhaustiva lista de Padres y personajes eclesiásticos que repiten y se explayan sobre el tema.

Aparte de las homilías, otros autores griegos como Eusebio de Cesarea y Cirilo de Jerusalén hacen alusiones a la Transfiguración; el primero ve en ella una representación de la aparición de Cristo al final de los tiempos y San Cirilo ve en Moisés y Elías a testigos de la Encarnación.

En Occidente, aunque en menor grado que los griegos, los Padres latinos también se interesaron por la Transfiguración, especialmente en sus homilías. Entre ellos destacan San Jerónimo y San Agustín, que hace diversas alusiones a ella siguiendo a San Ambrosio y probablemente a Orígenes. Es sin embargo San León el que recoge mejor la tradición latina en su *Tratado 51*.

Finalmente, después de atravesar la Edad Media, en la que los teólogos y predicadores casi siempre encuadran la Transfiguración dentro de los «misterios» de la vida de Jesús, llegamos a tiempos más recientes en los que, si bien observamos que Oriente nunca pierde de vista la Transfiguración, en la Iglesia latina, después de un período de opacidad, parece que también en los últimos tiempos crece el interés teológico, espiritual y

mistérico por todo lo que se refiere a la Transfiguración, no sólo a nivel de comentaristas individuales (el capuchino predicador pontificio Raniero Cantalamessa predicó unos ejercicios al Papa con el tema de la Transfiguración, conferencias editadas posteriormente y que apuntamos en la bibliografía) sino a los más altos niveles del magisterio, como se puede encontrar en la exhortación apostólica *Vita consecrata.*

Como tema espiritual, ya los antiguos explotaron casi todos sus filones y los autores posteriores no hacen sino repetir lo de los anteriores sin apenas aportar cosa de interés. A continuación se exponen las aportaciones más originales de diversos autores —una por autor—, sin pretender abordar otros que esos mismos creadores comentan sobre la página evangélica que nos ocupa.

Orígenes al tratar la Transfiguración afronta una idea original sobre la multiplicidad de las formas del «Logos». El Logos encarnado se revela a los discípulos según la forma que ellos son capaces de captar en su avance espiritual. Cristo se les va mostrando de forma progresiva y diferente a medida que se cumple el itinerario, hasta llegar a la «cima de un monte». Orígenes se fundamenta especialmente en Mateo y Marcos, para recordar que los evangelios no dicen simplemente «que se transfiguró», sino que «se transfiguró *delante de ellos*». En esta visión «polimórfica» a Orígenes le siguieron los «gnósticos»; uno de ellos escribe así:

> «Ciertamente, Jesús no se aparece como él es en realidad, sino como puede ser visto por los que le miran. Los pequeños lo ven como pequeño y los grandes como grande. Los ángeles lo ven como ángel y los hombres como hombre. Y cuando se revela a sus discípulos, en gloria, sobre la montaña, se revela, no como pequeño sino como Grande. Pero él tuvo que "agrandar" a sus discípulos para que ellos fuesen capaces de verlo como "Grande"» (Evangelio de Felipe).

San Juan Crisóstomo parte de la literalidad del relato. Su descripción de Moisés y de Elías como modelos de virtud para los apóstoles es digna de destacarse. Ellos debían encontrar la valentía para reconducir su vida, del mismo modo que los profetas, para cumplir la voluntad de Dios y trabajar por la salvación del pueblo según la misión que se les iba a confiar.

> «Se puede afirmar de cada uno de los dos profetas que "habían perdido su vida para recobrarla". Los dos se habían presentado valientemente ante los tiranos del pueblo, uno ante el Faraón y el otro ante Acab. Los dos, después de haber expuesto su vida ante los príncipes de la tierra, habían tenido que tenérselas con el mismo pueblo que habían liberado, que se les mostraba rebelde y desobediente [...] Y lo más destacable es que los dos, Moisés y Elías, eran amigos de la austeridad, aun en el Antiguo Testamento. Y (Jesús) quiso que sus propios apóstoles imitasen a uno por su gran amor al pueblo y al otro por el valor inflexible ante el poder terreno, y llegasen a alcanzar, al mismo tiempo, la mansedumbre de Moisés y el celo "apostólico" de Elías».

En Agustín prima el amor. En su primer sermón sobre la Transfiguración se interesa principalmente por Pedro. Y sobre él descarga su propia identificación como obispo. Desde un punto de vista humano, Agustín comprende que el apóstol quiera permanecer en contemplación allá arriba en la montaña; Pedro había probado la carga de estar entre la multitud y se encontraba bien en la soledad; Cristo era como el pan de su mente y corazón, ¿por qué descender otra vez al valle de lágrimas, cuando sólo suspiraba por encontrarse amorosamente con su Dios?... Pero el amor no le permite quedarse allá arriba, pues debe atender a su prójimo, y debe predicarle aquello que ha contemplado:

> «Desciende Pedro. Quisieras descansar en la montaña; pero desciende, predica la palabra, insiste a tiempo y a destiempo, refuta, exhorta, amenaza, con paciencia perseverante y en sana doctrina. Pena, agóbiate, sufre tormentos; lo que viste en los resplandecientes vestidos del Señor tú sólo lo alcanzarás mediante la blanca hermosura de tus obras hechas por amor. Sobre el monte de la Transfiguración no había todavía percibido el primado del amor, sobre la misma contemplación, porque no lo había avistado como un misterio de amor. La Vida había descendido para ser entregada a la muerte; el Pan había bajado para tener hambre; el Camino se trazaba sobre la tierra para fatigarse; la Fuente manaba en una tierra que sólo le proporcionaba sed. Para Pedro, este misterio no tenía más que un significado; desciende, pues, para penar sobre la tierra, servir sobre la tierra, ser menospreciado, crucificado... No busques lo que sea de tu interés. Quédate con la caridad, predica la verdad, entonces alcanzarás la eternidad y encontrarás tu seguridad».

San León Magno al comentar la Transfiguración se pone ante el misterio del Dios hecho hombre: «Cristo es, a la vez,

Hijo único de Dios e Hijo del hombre. Porque lo uno sin lo otro no servía para salvar a los hombres». Pero a León le interesa sobre todo la humanidad de Cristo, y ésta bajo dos aspectos: el de la transfiguración y el del anuncio de la gloria futura para sus fieles discípulos:

> «El Señor descubre su gloria en presencia de testigos escogidos e irradia tal esplendor en su forma corporal, común a tantos hombres, que su rostro se parece al resplandor del sol, a la vez que sus ropajes son más blancos que la nieve. Sin duda, la Transfiguración tenía como objeto preparar el corazón de los discípulos para el próximo escándalo de la cruz... Mas por una misma Providencia, Cristo dio una fundamental esperanza a la santa Iglesia para que el cuerpo total de Cristo alcanzase a conocer con qué transformación sería gratificado y que sus miembros comprendiesen que, en su día, llegarían a alcanzar el mismo honor que su Cabeza».

Anastasio el Sinaíta habla de la transfiguración del cosmos. Va más allá que León:

> «Al realizar tal transformación en su cuerpo mortal, toda la creación se alegró, el monte exultó, las campiñas bailaron de gozo, los poblados cantaron su gloria, las naciones se congregaron, los pueblos se enorgullecieron, los mares entonaron himnos, los ríos aclamaron, Nazaret saltó de júbilo, Babilonia entonó cánticos, Neftalí se puso de fiesta, las colinas saltaron, los desiertos florecieron, los senderos se hicieron transitables y todas las cosas se reencontraron y se dieron al contento [...] ¡Alégrate, Creador de todas las cosas! ¡Cristo Rey, Hijo divino que resplandeces de luz, has transformado a tu imagen toda la creación y la has recreado mejorándola! ¡Alégrate, María, monte que se alza por encima de toda santidad! [...] ¡Alegraos, fieles de Cristo! ¡Alégrate, oh Iglesia gloriosa, madre de todos los pueblos!».

San Juan Damasceno dice que el Señor es Maestro de oración:

> «¿Cómo ora el Maestro? Evidentemente lo hace desde nuestra naturaleza humana, guiándonos, abriéndonos paso por el camino de ascensión a Dios mediante la plegaria, y enseñándonos que en la oración se nos manifiesta la gloria divina...».

La oración conduce a la transfiguración bajo dos condiciones: el amor y la «hesychía», es decir llevando una vida de espaldas al mundo y vuelta hacia Dios:

> «El amor, como cima de virtudes —proclama el Damasceno en una homilía—, está simbolizado en la montaña sobre la cual

Jesús condujo a sus apóstoles; porque quien llega a la cumbre de la caridad, saliendo de alguna forma de sí mismo, puede comprender al Invisible. Sobrevolando la oscuridad de la sombra corporal, que dificulta la luz del día, se adentra en la serenidad del alma y puede observar al sol con más penetración [...] La *hesychía* —sugerida por Lc 9,28— es la madre de la oración, y la oración es la manifestación de la gloria de Dios; porque cuando cerremos las puertas de nuestros sentidos y tratemos de encontrarnos a nosotros mismos y a Dios, libres de las cosas que pasan en el mundo exterior, veremos dentro, en nuestro corazón, y con toda claridad, el Reino de Dios. Porque el Reino de los cielos [...] está en nuestro interior, como lo ha dicho el mismo Señor».

Tomás de Aquino, en una de sus cuestiones en las que trata de la Transfiguración, escribe sobre la conveniencia y otras circunstancias conexas con este misterio, y dice a propósito de la promesa de la futura transformación:

«La claridad de que Cristo se reviste en la Transfiguración es la luz de la gloria en cuanto a su esencia, pero no en cuanto al modo de ser [...] Porque si desde el principio de la encarnación de Cristo, la gloria de su alma no se manifestaba en su cuerpo, es porque no estaba así previsto en el plan divino, a fin de que pudiera realizar el plan de salvación en un cuerpo mortal [...] Pero esto no impedía a Cristo mostrar en su cuerpo su divina gloria. Y esto es lo que hizo en el momento de su transfiguración, pero de forma distinta a la que tendría en su cuerpo glorificado. La distinción está en que, en el monte Tabor, la gloria se manifestó de "forma transitoria" como en un milagro, en cambio tras la resurrección la gloria y resplandor de su cuerpo es permanente y "sin milagros"».

El gran obispo oriental Gregorio Palamas al comentar sobre el resplandor de Jesús en su Transfiguración dice que ésa no es una luz natural sino una luz increada:

«Esta luz es la de la divinidad y es increada. En efecto, el que brilla de tal manera, antes había mostrado que era increada pues procedía del Reino de Dios. Y el reino de Dios no está ni dominado ni creado. El reino de Dios es independiente, invencible y está más allá del tiempo y de la eternidad».

Los apóstoles, dice Gregorio, vieron esa luz increada, no con sus ojos terrenos, sino con ojos transformados por el Espíritu Santo, aunque no vieron la esencia divina:

«El rostro del Señor brillaba más que el sol, y sus vestiduras eran tan blancas como la nieve; se vio a Moisés y a Elías en la mis-

> ma gloria, pero ninguno de los dos resplandecía como el sol; los discípulos vieron esa luz pero no pudieron fijar sus ojos en ella. Así pues, esta luz se mide y se reparte pero sin ser fraccionada; admite lo más y lo menos [...] En cuanto a la esencia de Dios, es absolutamente indivisible e inasible y ninguna esencia admite lo más o lo menos».

En tiempo cercano a nosotros, aunque anterior al Vaticano II, en la visión espiritual del discutido pero siempre admirado jesuita Teilhard de Chardin, se encuentran manifestaciones especiales de su simpatía y devoción por la fiesta de la Transfiguración, aunque sea a nivel muy personal en sus relaciones epistolares. Siendo todavía estudiante, en 1919, ya escribe a un familiar:

> «La Transfiguración ha acabado por ser la fiesta de mi predilección porque en ella se expresa exactamente lo que espero más ardientemente en Cristo: que la bienaventurada "metamorphosis" de todo se realice en todos y ante nuestros ojos».

Y a un amigo le escribía en 1946:

> «La Transfiguración, es el más hermoso misterio, quizá, de la fe cristiana, cuando se trata de comprenderlo hasta el fondo, pues lo Divino transparenta el futuro devenir de todas las cosas».

Y más tarde, en 1954, apunta:

> «Pasado mañana es la Transfiguración; con la Ascensión es, para mi gusto, una de las más importantes fiestas del año. El Universo es transfigurado (cristificado) por efecto de la "pleromización"; yo no vivo sino de esta visión y de este gozo».

Lo que ya había confirmado en otra frase de 1952: «Este hermoso día de la Transfiguración es el símbolo de todo lo que yo creo y de todo lo que yo amo».

Hay además otro aspecto que el jesuita subraya en sus notas espirituales de Ejercicios, acerca del pasaje evangélico; Teilhard medita incansablemente sobre el *«Jesum solum»*. Ese Jesús que se presenta «solo» a sus discípulos después del episodio de la Transfiguración. Ese Jesús es «el suficiente», el «sólo Dios basta» de Santa Teresa. A Jesús se le ha dado todo. El universo alcanza todo su sentido en Cristo Señor. La Transfiguración nos invita a «convertir» nuestra visión de las cosas. Sólo entonces podremos descubrir su verdadero sentido: la historia de un

universo «metamorphoseado» por Cristo. He ahí el más hermoso de los misterios.

LUIS M. PÉREZ SUÁREZ, OSB

Bibliografía

BAUDOT, J. - CHAUSSIN, L., OSB, *Vie des saints et des bienheureux...* VIII: *Août* (París 1949) 103-105.
CANTALAMESSA, R., *El misterio de la Transfiguración* (Burgos 1999).
SIEBEN, H. J., Art. en A. VACANT - E. MANGENOT - E. AMANN, y otros (dirs.), *Dictionnaire de théologie catholique.* XV/1: *Tabaraud-Trincarella* (París ²1951) cols.1148-1160.
JUAN PABLO II, *Exhortación apostólica «Vita consecrata»* (Madrid 1996) c.I.
LECLERCQ, H., Art. en H. MARROU (dir.), *Dictionnaire d'archéologie chrétienne et de liturgie.* XV/2: *Smyrne-Zraïa* (París 1956) cols.2693-2695.

SANTOS JUSTO Y PASTOR

Mártires († 304)

Los santos niños Justo y Pastor murieron en la llamada «Gran persecución», la del emperador Diocleciano, en la que fueron inmoladas víctimas en mayor número que en todas las anteriores y en la que, además, se empleó la tortura con más refinamiento y crueldad que nunca.

Hasta tal punto fue sangrienta esta persecución, la última de todas, que la más antigua manera cristiana de computar el tiempo partía del año primero del reinado de Diocleciano, y este cómputo se llamaba «Era de los mártires».

Fue Diocleciano un gran estadista. La historia más moderna nos lo presenta, además, como un espíritu prócer, lleno de veneración por la majestad de Roma. No era ambicioso ni cruel. Y, como por entonces ya los bárbaros amenazaban las fronteras del Imperio, comprendió que él solo no podía acudir a todos los puntos donde sus enemigos, exteriores e interiores, le presentaran batalla. Resolvió, pues, compartir el gobierno de su inmenso Imperio con hombres de su confianza. Quedaba así fundada la «tetrarquía».

Lo más seguro es que, de haber seguido Diocleciano solo al frente del Imperio, nunca hubiera perseguido al cristianismo. Él era tolerante y demasiado inteligente para comprender que los perseguidores que le habían precedido habían fracasado en su

empeño y que el mayor bien para su Imperio, desde todos los puntos de vista, incluido el político, era la paz y la unión de los espíritus. Pero tuvo a su lado un mal consejero que le indujo a la persecución: su yerno Galerio, que odiaba cordialmente al cristianismo. Al dejarse influir por éste, Diocleciano echó sobre sí la más negra mancha, de la que jamás la historia podrá exculparle.

Hacía cuarenta años que la Iglesia no era perseguida. El número de cristianos había crecido en medio de la paz, y con el favor de los emperadores se habían construido templos en las principales ciudades. Mas con la bonanza languidecía también el espíritu de los fieles; en la religión del amor empezaron las discordias, las envidias, la murmuración, y la mentira penetró en los seguidores de la Verdad. Entonces sobrevino el castigo. Galerio empezó a perseguir a los cristianos que militaban en su ejército. Maximiano Hércules imitó la conducta de aquél. Corría el año 301 de la era cristiana.

Dos años más tarde, Galerio arrancó al fin a Diocleciano el edicto primero de persecución general. Todavía no era sangriento. Se mandaba destruir las iglesias cristianas y arrojar al fuego los libros sagrados. Los nobles que no apostataran de su fe serían notados de infamia; los plebeyos, privados de su libertad. Dos edictos posteriores iban dirigidos contra los jerarcas de la Iglesia, en términos conminatorios, ya sangrientos.

La persecución fue encarnizada desde el año 304, en que Diocleciano promulgó su último edicto. Los que se negaran a sacrificar serían gravísimamente torturados. Así lo afirma Eusebio de Cesarea, contemporáneo de los hechos e historiador de los mismos. Y añade: «Apenas ya puede contarse el número de los que en las distintas provincias del Imperio padecieron el martirio».

Las descripciones que de las torturas nos hace Eusebio horripilan, ciertamente; pero, por desgracia, son conformes con la realidad de los hechos.

En España representaba a Maximiano Hércules como procónsul o gobernador Daciano, que ha pasado a la historia como un tirano de los más siniestros y crueles; tal como lo describió nuestro gran poeta cristiano Aurelio Prudencio, en su poema

Peristephanon, en que le hace responsable de todos aquellos horrores.

Dentro de este marco histórico, pues, sucedió el martirio de los dos pequeños héroes madrileños, santos Justo y Pastor.

No es posible dudar de su historicidad. Prudencio les dedica una estrofa de su poema, que nosotros así traducimos:

> «Siempre será una gloria para Alcalá el llevar en su regazo la sangre de Justo con la de Pastor, dos sepulcros iguales donde se contiene el don de ambos: sus preciosos miembros».

Los nombres de los mártires que figuran en el poema de Prudencio pertenecen todos a la historia. En los calendarios primitivos de la España cristiana, que son los mozárabes, aparecen también Justo y Pastor. Y el testimonio de los calendarios es irrecusable, pues en ellos se registraban las fiestas y conmemoraciones litúrgicas que tradicionalmente venían celebrándose. Lo que no hubiera sido posible de no existir el hecho de un sepulcro de mártir, que no puede falsificarse.

¿Desde cuándo se celebraría esta fiesta? Ya vemos que Prudencio habla de los sepulcros de Justo y Pastor. Por tanto, ya existían cuando él escribió. Prudencio murió hacia el año 405 de nuestra era. Aparte de esto, existe el testimonio de San Paulino, que afirma haber enterrado el año 392 a un hijito suyo, muerto de ocho días, junto a los mártires de Alcalá.

De modo que, desde fines del siglo IV, unos ochenta años después del martirio, empezaría oficialmente en la Iglesia española el culto en honor de estos heroicos niños.

Ello no puede extrañarnos. Hubo millares y millares de mártires en los tres primeros siglos del cristianismo. Pero no todos, ni mucho menos, quedaron registrados en los calendarios de la Iglesia. Sólo conocemos los nombres de una exigua minoría. Y la razón es muy sencilla. Hubo mártires insignes por las circunstancias de su martirio, o por la edad en que dieron su vida, demasiado avanzada o demasiado tierna, o por el ascendiente que gozaban entre los cristianos antes de su muerte. Estos mártires dejaron una huella más honda en aquella generación, y sus nombres se perpetuaron en la liturgia de la Iglesia.

Algo de esto debió ocurrir en el caso de estos santos niños. Dieron su vida espontáneamente y la dieron en edad muy tier-

na. Eran unos párvulos, y por ello causaron honda impresión en los hombres de su tiempo. El fenómeno, pues, tiene fácil explicación.

Sin embargo, las actas de su martirio no son auténticas, es decir, fueron escritas en época muy posterior y por un escritor muy lejano de los hechos. Éste, pues, recogería las pocas noticias transmitidas por la tradición oral y las elaboraría a su talante, aunque con indiscutible acierto desde el punto de vista estético y religioso. Fácilmente obtendría la finalidad que él se proponía de edificar y deleitar a sus lectores que, en época visigoda en que fueron escritas las actas, serían muchos y muy ávidos de una tal literatura. Nosotros hoy sólo podemos admitir como histórico de estas actas un pequeño núcleo, lo substancial de ellas: Justo y Pastor, tiernos escolares, enardecidos por el ejemplo de tantos hermanos que confesaron su fe con la muerte, un día, al salir de la escuela, arrojaron sus cartillas y se presentaron ante Daciano a confesarse discípulos de Jesucristo, y el procónsul los mandó degollar.

Todo lo demás es literatura edificante del hagiógrafo, y no puede concederse mayor autoridad a estas actas. Es verdad que tampoco es necesario. De suyo, los breves datos que admitimos como históricos son tan sublimes que bastan para nuestra edificación.

Un himno de la liturgia dice: «Justo apenas contaba siete años; Pastor había cumplido los nueve». Es muy probable que así fuera.

Por lo demás, el diálogo que de los dos hermanos nos transmiten las actas, reproducido luego por San Ildefonso de Toledo (muerto en el año 667) en su apéndice a la obra *Varones ilustres,* de San Isidoro, es tan bello que no nos resistimos a transcribirlo.

> «Mientras eran conducidos al lugar del suplicio mutuamente se estimulaban los dos corderitos. Porque Justo, el más pequeño, temeroso de que su hermano desfalleciera, le hablaba así: "No tengas miedo, hermanito, de la muerte del cuerpo y de los tormentos; recibe tranquilo el golpe de la espada. Que aquel Dios que se ha dignado llamarnos a una gracia tan grande nos dará fuerzas proporcionadas a los dolores que nos esperan". Y Pastor le contestaba: "Dices bien, hermano mío. Con gusto te haré compañía en el martirio para alcanzar contigo la gloria de este combate"».

La tradición de Alcalá ha transmitido la noticia de que los mártires fueron ejecutados fuera de la ciudad, cosa muy verosímil, pues lo natural es que el tirano tuviera miedo de las iras del pueblo y procurara que su crimen pasara inadvertido.

En la santa iglesia magistral de Alcalá de Henares se conserva y se expone a la veneración una piedra que en uno de sus lados tiene una cavidad que la piedad popular quiere que sea la señal de la rodilla de los santos niños. Al arrodillarse sobre la piedra para ser decapitados se habría impreso sobre ella la forma de la choquezuela o rodilla de los pequeños mártires. El hecho es que esta piedra existe desde tiempo inmemorial. La veneración que los fieles la tributan redunda, en todo caso, a gloria de los dos bienaventurados.

El hallazgo de los cuerpos lo atribuye San Ildefonso al obispo Asturio de Toledo, quien, iluminado por Dios, habría dado con el lugar de su sepultura.

Es interesante también la noticia que da San Ildefonso de que Asturio edificó la primera basílica en honor de los mártires, y que de tal modo se le entrañó a este obispo toledano el culto de los santos niños, que desde entonces no volvió más a su diócesis de Toledo, sino que permaneció en Alcalá, junto al sepulcro, y allí quiso morir y ser enterrado. Con ello consiguió que el antiguo *Complutum* —actual Alcalá de Henares— se erigiera en diócesis, de la que Asturio habría sido primer obispo.

A este obispo, venerado por santo, se le atribuye la misa y el oficio de los dos niños mártires. A dicho oficio y misa pertenece esta bellísima oración:

> «Verdaderamente santo, verdaderamente bendito Nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que robusteció la infancia de sus pequeños Justo y Pastor para que, a pesar de su tierna edad, pudiesen soportar los tormentos del perseguidor, y que en ellos se dignó hablar por el don de la gracia, cuando ambos se estimulaban mutuamente para el martirio, quienes habían de alcanzarlo, no por la fortaleza de su cuerpo, sino de su espíritu [...] Te pedimos que merezcamos vivir con la inocencia de aquellos cuya fiesta solemne celebramos hoy. Por Cristo, Señor y Redentor eterno».

JUAN MANUEL ÁBALOS

Bibliografía

EUSEBIO DE CESAREA, *Historia eclesiástica* 8,1,1-9, en K. KIRCH - L. UEDING, *Enchiridion fontium historiae ecclesiasticae antiquae* (Barcelona 1960) n.444-450; cf. *Historia eclesiástica.* Ed. bilingüe preparada por A. VELASCO-DELGADO (Madrid ^{2}2002) 508-511.

AURELIO PRUDENCIO, *Peristephanon* 968,41-44: PL 60,364.

FLÓREZ, E., *España sagrada,* IV, ap.1.°, cit. por V. LAFUENTE en *Historia eclesiástica de España,* I (Madrid 1873) 137.

Missale Mixtum secundum Regulam B. Isidori, dictum Mozarabicum: PL 85,809.

BEATA MARÍA FRANCISCA DE JESÚS (ANA MARÍA) RUBATTO

Virgen y fundadora († 1904)

Una más de las fundadoras italianas que florecieron en el siglo XIX y obtuvieron ya en vida poderosa irradiación. La Beata María Francisca Rubatto finalizó su vida en Uruguay, donde implantó su obra dedicada de lleno a los pobres y a los enfermos. Ella misma terminó sumándose a la humanidad doliente, soportando un cáncer terrible que marcó en Montevideo la etapa final de su vida. En esta ciudad murió en 1904 y en ella permanece su cuerpo, por eso Juan Pablo II, al beatificarla el 10 de octubre de 1993, no vaciló en asignarla al Uruguay como la primera figura de esta nación que sube a los altares.

Nació el 14 de febrero de 1844 en la localidad de Carmagnola, no lejos de Turín, y fue bautizada el mismo día con los nombres de Ana María. Sus primeros pasos son coincidentes con los de tantas otras niñas predestinadas, bajo la acción y el ejemplo inmediato de una madre llena de fe y entereza. Falleció pronto el padre y fue esta valerosa mujer la que sacó la familia adelante. Ana María asimiló de ella un gran sentido de la compasión, siempre con los ojos muy abiertos para percibir en su entorno carencias y sufrimientos. Acababa de cumplir los 19 años cuando falleció también su madre, y halló cobijo en Turín como sirvienta de la acaudalada y noble señora María Scoffone. En realidad fue su dama de compañía y ayudante eficaz en la administración de su ingente patrimonio durante nada menos que dieciocho años (1864-1882) consumidos día a día en clima de intensa piedad y ejercicio de las obras de misericordia. En el Turín de finales del XIX se produce el prodigio de puntos de re-

ferencia verdaderamente extraordinarios. Son los años en que desde allí se extiende portentosamente la gran obra de San Juan Bosco; allí florecen San Leonardo Murialdo y San José de Cottolengo con su «Casa de la Divina Providencia». A esta obra vive especialmente atenta la señora Scoffone; a ella deja en testamento toda su fortuna.

Para Ana Rubatto esta casa representó el inicio de su camino hacia la santidad: Dios iba infundiendo en ella el sentido de la entrega a los más pobres. En su proceso de beatificación se aportan otros datos de esta etapa de su vida: asiste a numerosas parroquias para enseñar el catecismo a los niños y pide limosna de puerta en puerta para socorrer a los más abandonados de los suburbios de Turín. Durante su etapa contó con óptimos directores espirituales como el P. Félix Carpignano y el canónigo Bartolomé Giuganino. Ambos coincidieron en confirmar su llamamiento al servicio de los más pobres. La ocasión se presentó inesperadamente y donde menos podía preverse.

Muerta la señora Scoffone, se fue a vivir a Loano —localidad de la costa ligur—, en el verano de 1883, con su hermana Magdalena. Allí acudía asiduamente a la iglesia de los padres capuchinos, en cuyas proximidades se estaba levantando un edificio destinado a albergar una naciente comunidad femenina promovida por la señorita María Elice bajo la dirección del capuchino P. Angélico. Sucedió casualmente, en una mañana de agosto, que, al salir de misa, vio a un albañil adolescente chorreando sangre, herido por una piedra desprendida de los andamios de la casa en construcción. María lo socorrió al instante: le lavó y curó la herida, le proporcionó la cantidad equivalente a dos días de salario y lo mandó a reponerse a su casa. Conmovió mucho el dato a los padres capuchinos, y les fue fácil convencer a María para que se integrase en aquel pequeño núcleo de jóvenes que estaban iniciando una vida comunitaria inspirada en el ideal de San Francisco.

El 23 de enero de 1885 tomaba el hábito con el grupo de compañeras, dando así comienzo la Congregación de Terciarias Capuchinas de Loano, consagradas al cuidado de los enfermos, principalmente a domicilio, y a la educación cristiana de la juventud. Desde ahora se llamará María Francisca de Jesús. Había

cumplido ya los cuarenta años. Su madurez humana y espiritual, junto con su talento natural y larga experiencia, determinó que fuera elegida primera directora del naciente instituto, cargo en el que se la retuvo hasta su muerte.

Su dirección siguió desde el comienzo muy claras pautas de pobreza y fortaleza. Todos tenían la impresión de que con María Francisca revivía la pobreza heroica de Santa Clara y sus primeras discípulas, siguiendo las huellas del *Poverello.* La orientación y apoyo de los frailes capuchinos fructificaban visiblemente en «sus terciarias».

Loano pertenece a la pequeña diócesis de Albenga, en la provincia eclesiástica de Génova. Contaba entonces con un obispo muy virtuoso, mons. Allegro, que muy pronto se interesó por la naciente congregación. El obispo tuvo, además, la intuición profética de los servicios que había de proporcionar a la Iglesia.

A los tres años de la fundación, la congregación comenzó a dilatarse con el establecimiento de varias casas en la misma Liguria. La presencia misionera de numerosos capuchinos italianos en América propició la orientación de las Terciarias Capuchinas hacia el Nuevo Mundo. No tardó la madre María Francisca en cruzar el Atlántico para estar cerca de sus hijas, y fundar también en Argentina y en Brasil. En 1889 fundó en Alto Alegre. Fue ésta una fundación heroica: 18 religiosas fueron asesinadas con los misioneros capuchinos y muchos fieles. Significativamente, el año 1892, cuarto centenario del descubrimiento de América, se abría la casa de Montevideo. En total se abrieron 20 casas durante sus veinte años de gobierno, marcado por una constante itinerancia. Italia y América Latina fueron los escenarios de sus fatigas y de su celo por la extensión del Reino de Dios. Al fin, agravada por el cáncer, vino a parar a la casa de Montevideo. Allí murió el 6 de agosto de 1904, rodeada de sus pobres y sus enfermos.

También las canonizaciones pueden verse favorecidas o perjudicadas por circunstancias personales que hacen al caso. El proceso de beatificación de la Beata María Francisca fue iniciado en Montevideo, siendo arzobispo de esta sede el cardenal Barbieri, de la Orden de los Franciscanos Capuchinos.

JOSÉ MARÍA DÍAZ FERNÁNDEZ

Bibliografía

IRIARTE, L., *Un'anima francescana: M. Francesca Rubatto* (Génova 1990).
TOSO, R., *Una donna forte: M. Francesca Rubatto* (Fassicomo, Génova ²1992).
VIGNA, A., *Anna Maria ha detto si. Biografia di madre Francesca Rubatto, fondatrice delle suore Cappucine* (Fassicomo, Génova 1990).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN HORMISDAS
Papa († 523)

Según el *Liber pontificalis* era natural de Frosinone de Campania y su padre se llamaba Justo. Pertenecía al clero romano y fue elegido papa el 20 de julio del 514 para suceder al papa Símaco, fallecido el día anterior. Su nombramiento fue unánime, sin que las discordias causadas en el pontificado anterior por el cisma de Lorenzo lo alteraran. Poco después de su elección, tuvo lugar la rebelión acaudillada por el general Vitaliano contra el emperador Anastasio, el cual llegó a un compromiso con el rebelde, que exigió el respeto a la fe católica y la celebración de un concilio en Heraclea con participación del papa romano. Anastasio invitó a Hormisdas y éste envió sus legados. Éstos, llegados a Constantinopla, se dieron cuenta de que el emperador no procedía lealmente sino que sólo quería ganar tiempo. Y por ello se volvieron a Roma. Nuevamente en 516 envió legados al emperador, que intentó corromperlos con oro, y al no conseguirlo los expulsó de la capital y, además, se dio por ofendido.

Muerto el emperador (1 de julio de 518), le sucedió Justino I, el cual mandó llamar del destierro a los obispos católicos y les devolvió sus sedes, confirmó con un edicto el concilio calcedonense y mandó reponer en los dípticos los nombres de San León Magno y de otros obispos católicos, y escribió al papa rogándole se personase en Constantinopla. Hormisdas envió sus legados, los cuales lograron que se borrase de los dípticos los nombres de Acacio y otros herejes. Llevaban consigo una fórmula, llamada de Hormisdas, que al ser aceptada el jueves 19 de marzo de 519 por el patriarca Juan de Constantinopla, significó la plena comunión de ambas Iglesias, y de esta forma se acabó del todo el cisma de Acacio que había durado 35 años. El em-

perador, el senado y todos los presentes aplaudieron lo hecho por el patriarca Juan. La norma de fe enunciada llegaría a ser firmada por 2.500 obispos.

Hormisdas nombró vicario suyo en las Galias a San Avito, obispo de Vienne, y vicario suyo en España a Juan, obispo de Tarragona, y también al obispo Salustio de Sevilla. Concedió la exención de la autoridad del obispo a un cenobio femenino de Arlés. En su carta a Juan de Tarragona da instrucciones destinadas a todos los obispos de España sobre la elección y consagración de los obispos, la celebración de los sínodos y el peligro de la simonía.

El papa hubo de hacer frente a la llegada de los monjes escitas que proclamaban que uno de la Trinidad ha sido crucificado. Luego de muchas vueltas al asunto el papa propuso se dijera que uno de la Trinidad padeció en la carne. Y logró que por fin los monjes se fueran. Hormisdas persiguió también a los maniqueos que aún quedaban en Roma. Murió el 6 de agosto de 523 y fue enterrado en San Pedro.

BEATO OCTAVIANO DE SAVONA

Obispo († 1132)

Era hijo del conde Guillermo Testardita, de la casa de Borgoña, y hermano del papa Calixto II. Nació en Quingey, junto a Besançon, el año 1060. Aún adolescente marchó a Bolonia para estudiar y cuando supo que su padre estaba muy grave se puso en camino para volver a casa, pero en el trayecto se enteró de que su padre había muerto, y entonces le pidió al obispo de Pavía que lo alojara y éste lo envió al monasterio benedictino de Ciel d'Oro. Aquí quedó prendado de la religiosidad y ejemplaridad de los monjes y pidió la admisión. Tras profesar siguió su preparación al sacerdocio. Estaba ya ordenado cuando el obispo de Pavía, Guido Pipario, lo envió como legado suyo al concilio de Gustalla, que presidía el papa Pascual II, el año 1106, con la cuestión gravísima de las investiduras de por medio. No se sabe qué año fue elegido obispo de Savona, seguramente en 1123. Resultó ser un obispo reformista, alineado en la corriente que quería a todo trance una profunda reforma de la Iglesia, lla-

mando al clero y a los fieles a una más neta adhesión a los principios del evangelio y defendiendo la libertad de la Iglesia. Se encontró Savona dividida en varios bandos y trabajó cuanto pudo por el logro de la paz civil. También influyó para que la ordenación legal de la ciudad se ajustase a la justicia y a la razón, mirando por el bien de todos. Murió el 6 de agosto de 1132, sobreviviendo varios años a su hermano el papa, que había dado un fuerte impulso a la reforma con el concilio lateranense de 1123. Pío VI concedió a Savona (6 de agosto de 1783) oficio y misa del beato.

BEATO CARLOS LÓPEZ VIDAL
Mártir († 1936)

Este glorioso mártir de Jesucristo había nacido en Gandía, Valencia, el 1 de noviembre de 1894 en el seno de una familia cristiana y numerosa. Ya en su adolescencia se inscribió como congregante mariano en la iglesia de los PP. Jesuitas y tomó parte en sus actividades. Llegado a la juventud se coloca como sacristán en la colegiata y entra también al servicio de un canónigo de la misma. Persona muy piadosa, recibía diariamente la sagrada comunión y tenía una gran devoción a la Virgen María. En octubre de 1923 contrajo matrimonio con María Rosa Tarazona Ribarrocha, de cuyo matrimonio no hubo hijos. Cuando el panorama político de España se llenó de nubarrones, al término de unos ejercicios espirituales, se ofreció al Corazón de Jesús como víctima por la salvación de España. Era persona muy caritativa y de sus haberes daba cuantas limosnas podía. Cuando las religiosas hubieron de dejar sus conventos, alojó en su casa a algunas de ellas. Su dolor fue enorme cuando vio que la colegiata era pasto de las llamas por obra de los revolucionarios. Se acogió en la casa de su madre, donde ésta lo vio dedicado a la oración y con gran entereza. Tras varios registros inútiles, por fin, al hacerse un cuarto registro en casa de su madre, se presentó él mismo ante los milicianos y lo arrestaron el 6 de agosto de 1936. Llevado en un coche hasta un lugar llamado La Pedrera, lo maltrataron y luego le dispararon hasta matarlo. Él dijo: «Viva Cristo Rey». Su cadáver estuvo tres días insepulto. Avisa-

do el comité, se le echaron diecinueve litros de gasolina y se le prendió fuego pero no se quemó del todo. Sus restos reposan en el «panteón de los mártires», de Gandía.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO TADEO DULNY
Mártir († 1942)

Nace en Kszczonowice, Polonia, el 8 de agosto de 1914 en el seno de una cristiana y numerosa familia. A los 21 años ingresa en el seminario diocesano de Wloclawek. Y era seminarista cuando llegaron las tropas alemanas a Polonia en 1939. Fue arrestado el 7 de octubre de ese año con los profesores y otros alumnos del seminario, y les internaron, de momento, en el colegio salesiano de Lad, convertido en cárcel. Aquí reanudó los estudios de forma clandestina y los superiores le aprueban el curso quinto. Pero en julio de 1940 es llevado al campo de concentración de Dachau. Soportó su detención con paciencia, confiando en el Señor. Las duras condiciones del campo minaron su salud y a causa de su debilidad murió el 6 de agosto de 1942. Fue beatificado el 13 de junio de 1999 por el papa Juan Pablo II.

7 de agosto

A) MARTIROLOGIO

1. En Roma, San Sixto II, papa, y cuatro diáconos suyos († 258), que fueron sepultados en el cementerio de Calixto. Y ese mismo día fueron martirizados los diáconos Agapito y Felicísimo, que fueron sepultados en el cementerio de Pretextato **.
2. En Nápoles (Campania), San Cayetano de Thiene († 1547), fundador de los Clérigos Regulares Teatinos **.
3. En Augsburgo (Retia), Santa Afra († 304), mártir *.
4. En Arezzo (Toscana), San Donato († s. IV), obispo.

5. En Chalons-sur-Marne (Galia), San Donaciano († s. IV), obispo.
6. En Ruán (Galia), San Victricio († 410), obispo *.
7. En Besançon (Borgoña), San Donato († 660), obispo.
8. En Venecia, Beato Jordán Forzaté († 1248), abad *.
9. En Mesina (Sicilia), San Alberto degli Abbati († 1307), presbítero, de la Orden del Carmen **.
10. En Sassoferrato del Piceno (Italia), Beato Alberto († 1350), monje camaldulense.
11. En Áquila, Beato Vicente († 1504), religioso de la Orden de Hermanos Menores *.
12. En Gondar (Etiopía), beatos Agatángelo de Vendôme (Francisco) Nourry y Casiano de Nantes (Gonzalo) Vaz López-Netto († 1638), presbíteros, de la Orden de Hermanos Menores Capuchinos, mártires *.
13. En Lancaster (Inglaterra), beatos Martín de San Félix (Juan) Woodcock, religioso franciscano, Eduardo Bamber y Tomás Whitaker († 1646), presbíteros y mártires bajo el reinado de Carlos I *.
14. En York (Inglaterra), Beato Nicolás Postgate († 1679), presbítero y mártir bajo Carlos II *.
15. En Gorka Duchowna (Polonia), Beato Edmundo Bojanowski († 1871), fundador de la Congregación de Esclavas de la Inmaculada Concepción de la Madre de Dios **.
16. En Colima (México), San Miguel de la Mora († 1927), presbítero y mártir *.

B) Biografías extensas

SAN SIXTO II Y COMPAÑEROS MÁRTIRES

Mártires († 258)

No es extraño que este pobre Papa durara tan sólo un año en el pontificado (257). Nos solemos quejar de que nuestros tiempos no son buenos. Pero, fijándonos en este pobre hombre, vemos que vivimos en «la isla de Jauja».

El Papa anterior, San Esteban I (254-257), había durado al menos tres años, aunque el emperador Valeriano se había encargado de que le durara poco tiempo «la cabeza sobre los hombros». Sixto II, además, había heredado un conflicto importante entre las iglesias de Cartago y Roma. Había nacido en Atenas, ciudad de renombre y de grandes sabios; era inteligente y santo. San Cipriano decía de él que era un «hombre amador de la paz y excelente en toda clase de virtudes».

Al acceder al pontificado se encontró con un lío doctrinal muy serio. Era la cuestión de los rebautizantes, algo muy sencillo de explicar pero muy difícil de vivir:

Durante la persecución de Decio (249-257) habían caído miles de cristianos víctimas de la intransigencia del emperador, quien estaba obsesionado con volver a la religión del Estado, antigua gloria del Imperio, en contra del sincretismo oriental que había triunfado durante el dominio de los Severos. Había que volver a los tiempos antiguos en que el emperador era el dios único para todo el mundo. Para ello la secta de los cristianos constituía un serio problema, era el enemigo número uno del Imperio. Por tanto, había que exterminar el cristianismo en todo el dominio romano. Y así, se llegó a una persecución terrible, igual que en los tiempos de Nerón.

Decio publicó un «edicto general contra los cristianos» que daba base jurídica para exterminar a todos. No se ha conservado el texto de tal edicto, pero lo conocemos de sobra por las consecuencias que tuvo. Los gobernadores provinciales podían exigir el reconocimiento de la religión del Estado, bien ofreciendo alguna oblación a los dioses del Imperio, bien participando en algunos banquetes sagrados, aunque sólo fuera quemando unos granos de incienso. Lo único que interesaba es que hubiera un reconocimiento externo de que acataban la religión oficial. Los que cumplían con este requisito recibían un billete de confirmación, como si hubieran cumplido con Pascua, y su nombre era incluido en las listas oficiales de ciudadanos romanos.

Estas normas comenzaron a cumplirse en todo el Imperio y de ello nos hablan los historiadores. Indudablemente, la persecución iba dirigida contra los obispos y sacerdotes, que eran quienes mantenían el fervor religioso de los cristianos. Y así, algunos se ocultaron, no tanto por cobardía sino para, desde allí, animar a todos los cristianos a mantenerse firmes en la fe. Uno de ellos fue Cipriano, obispo de Cartago.

La persecución se llevó por delante a miles de creyentes en Jesús. Los ciudadanos rebeldes que no manifestaban externamente su fe en la religión del Estado iban al tormento y al martirio. Pero también sucedió que muchos no tuvieron valor para

ir derechos a la muerte y, por un poco de incienso, cedían, para no ser descubiertos, y ofrecían el sacrificio. De esta manera, la comunidad cristiana se dividió en cinco grupos distintos:

1. Los *mártires.* Que dieron su vida por confesarse cristianos. Fueron muchísimos. Una de las mártires más ilustres y conocidas fue Santa Águeda.

2. Los *confesores.* Fueron aquellos cristianos que sufrieron cárcel, torturas, vejaciones, pero salieron de sus tormentos con su cuerpo lleno de heridas, pero con vida. Mostraban sus cicatrices como Cervantes su mano herida. Eran la gloria de la Iglesia; podían hablar de su fe probada, masacrada, ensangrentada. Uno famoso fue Orígenes.

3. El tercer grupo lo formaban los *sacrificados.* Eran quienes habían ofrecido sacrificios a los dioses imperiales. Suponían una vergüenza para la Iglesia y para ellos mismos.

4. Estaban también los *incensados.* Éstos no habían ofrecido sacrificios, pero sí habían cedido en sus principios ofreciendo un poco de incienso a los dioses.

5. Y, por último, estaban los *libeláticos.* Éstos no habían sacrificado nada a los dioses; ni siquiera les habían ofrecido incienso, por lo cual estaban libres de toda culpa. Pero habían comprado un billete, un *libellus,* para pasar como paganos sin dejar de ser cristianos.

Esta situación provocó unos enormes conflictos en la jerarquía de la Iglesia al terminar la persecución, pues se planteó qué hacer con los que se encontraban en los tres últimos grupos.

En África se fue introduciendo la costumbre de que los confesores, con el prestigio que tenían, dieran a los miembros de los tres últimos grupos unos billetes de paz *(libelli pacis)* y con ellos eran dispensados de la penitencia pública que, de otra forma, tenían que hacer para incorporarse de nuevo a la comunidad cristiana. A la cabeza de esta opinión estaban Novaciano y Felicísimo frente a San Cipriano de Cartago. Como esta tendencia laxa de conducta iba creciendo, el obispo de Cartago, Cipriano, reunió un sínodo el año 251. Asistieron 60 obispos y numerosos sacerdotes y diáconos. Se tomaron las medidas siguientes:

a) Los sacrificados e incensados tendrían penitencia perpetua; solamente se les levantaría la pena a la hora de la muerte.

b) A los libeláticos se les imponía una penitencia temporal y se les limitaba la concesión de los billetes de paz. A pesar de todo, sucedió que, ante la amenaza de una nueva persecución, se les concedió a todos el perdón general.

Pero las opiniones siempre han sido muy dispares y hubo a quienes tampoco les gustó esta solución. De esta forma, Novaciano y Felicísimo, libeláticos ellos, que se negaban a imponer penitencia a los pecadores, se enfrentaron a Cipriano y originaron un cisma local en Cartago que, por desgracia, duró bastante tiempo.

Mientras ocurría esto en Cartago, ¿qué pasaba en Roma? El papa Cornelio era de la opinión de Cipriano: la Iglesia debía mantenerse siempre pura y, por tanto, no podía dejar entrar de ninguna manera a los sacrificados, incensados y libeláticos. Sus pecados eran gravísimos y no se podían perdonar de ninguna manera. Se les debía expulsar de la Iglesia para siempre. El presbítero Novaciano se opuso al Papa y promovió otro cisma.

Pero no era solamente el problema de la penitencia de los caídos; era también saber si a éstos había que volver a bautizarlos. En este punto, las opiniones eran más distantes todavía.

Sabemos que en el tiempo en que estuvo escondido Cipriano, obispo de Cartago, había escrito unas declaraciones emocionantes. En ellas se describía la necesidad de unión en la iglesia de Cristo y la importancia del obispo de Roma en esta cuestión. Llegaba a decir:

> «El Primado fue concedido a Pedro. Quien abandona la cátedra de Pedro, sobre la cual está fundada la Iglesia, ¿cómo confía estar en la Iglesia? No puede tener a Dios por Padre quien no tiene a la Iglesia como madre».

A pesar de estos rotundos juicios, en la práctica le surgió una discrepancia muy fuerte con el papa Esteban I, anterior a Sixto II. Cipriano aceptaba la entrada de los caídos durante la persecución si hacían penitencia. Pero, para entrar de nuevo, se tenían que volver a bautizar. Cipriano había reunido un sínodo en Cartago el año 254 y se había tomado la determinación de volver a bautizar a los herejes. Y fue tan sincero el obispo Cipriano que, aun sospechando que el papa no lo aprobaría, mandó las conclusiones del sínodo a Esteban I. Éste le mandó una

carta diciéndole rotundamente que estaba prohibida la repetición del bautismo. A Cipriano le costó aceptar la decisión del Papa; de hecho, se siguieron repitiendo los bautismos a herejes. Así, se interrumpió la relación de Cartago con Roma.

¿Cómo se solucionó el conflicto? Con la persecución de Valeriano y la muerte del papa Esteban. Llegó Sixto II al pontificado (257) y con amabilidad y paciencia fue arreglando el conflicto de las dos iglesias. La costumbre de rebautizar no desapareció hasta los tiempos de San Agustín (400), pero Sixto II logró poner el principio de paz en la Iglesia de Dios.

Hemos dicho que la persecución de Valeriano dio al traste con la vida del papa Esteban. Era de suponer que también ocurriese lo mismo con el papa siguiente, Sixto II.

Valeriano fue un emperador que al comienzo de su mandato quiso ser condescendiente con todas las religiones que vivían en el Imperio, pero las cosas se le complicaron cuando los pueblos que estaban bajo el dominio del emperador se empezaron a sublevar. Al mismo tiempo, uno de sus más duros asesores, Macriano, convenció a Valeriano de que el mayor peligro para la integridad del imperio eran los cristianos porque su forma de entender la vida era la que iba a derrumbar el imperio romano. De alguna forma, no le faltaba razón, porque los cristianos predicaban que todos los hombres son iguales en dignidad, puesto que son hijos de Dios; que no había distinción entre judíos y romanos, hombres y mujeres, esclavos y señores.

El caso es que, ante un peligro tan serio, Valeriano, en agosto de 257, inició una persecución contra obispos, sacerdotes y diáconos mandando sacrificarles a los dioses. Como el mandato estaba puesto especialmente para los jefes de las comunidades, el papa Sixto fue muerto mientras estaba en las catacumbas celebrando los oficios con los cristianos. Cayeron él y cuatro diáconos: Jenaro, Magno, Vicente y Esteban. Los sacaron a los cinco y los llevaron al martirio. Y aquí hay diversidad de opiniones. Unos dicen que al papa Sixto II le crucificaron; otros, que fue decapitado; otros, que murió en el suplicio de la rueda. De todas las formas, murió mártir entre torturas y atrocidades.

Se dice que, camino del martirio, se cruzó con su arcediano Lorenzo, quien se lanzó a sus brazos gritando: «¿Y qué haremos

nosotros sin ti, padre santo?». Sixto le animó porque también él iba a sufrir por Cristo. Efectivamente sufrió.

Lorenzo tenía en su poder los dineros de la Iglesia para socorrer a los pobres. Parece que la segunda razón para perseguir a los cristianos fue el rumor de que los cristianos tenían mucho dinero. Cuando detuvieron a Lorenzo, lo primero que le preguntaron fue dónde estaban los dineros de la Iglesia. Lorenzo les pidió que le concedieran tres días para reunir los tesoros y aprovechó ese tiempo para distribuir el dinero entre los pobres. Llegado el día convenido para volver al tribunal, fue con sus pobres y mostrándolos a todos, les dijo a los jueces: «Éstos son mis tesoros». Claro. Lo quemaron vivo. Y se inmortalizó la parrilla de San Lorenzo. Y aquello de que: «Ya estoy tostado por un lado. Podéis ponerme por el otro».

En aquella persecución cayó también el niño Tarsicio. Había sido encargado de llevar la Eucaristía a un enfermo que no había podido acudir a los oficios de las catacumbas. En el camino lo «pescaron» unos chiquillos que notaron que llevaba algo escondido. Él no se quería detener pero lo cogieron y allí mismo lo forzaron a entregar su misterioso tesoro. Lo maltrataron hasta dejarle medio muerto. Por fin, un tribuno cristiano lo encontró, lo cogió en brazos y lo llevó a las catacumbas con la Eucaristía que nadie había podido arrebatar de sus brazos. Y allí murió.

Sixto II, papa sabio y prudente, mártir de Cristo el día 6 de agosto del año 258, fue enterrado en la cripta de los papas del cementerio de San Calixto.

FÉLIX NÚÑEZ URIBE

Bibliografía

Acta sanctorum, Augusti, II, 124-142.

DE ROSSI, J. B., *Roma sotteranea,* II (Roma 1877) 87-97.

DUCHESNE, L. (ed.), *Liber pontificalis,* I (París 1886) 155-156.

HEALY, P. J., *The Valerian Persecution. A study of the relations between Church and State in the third century* (Boston-Nueva York 1905) 176-179.

LODI, E., *Los santos del calendario romano* (Madrid 1992).

LLORCA, B., SI - GARCÍA VILLOSLADA, R., SI - LABOA, J. M.ª, *Historia de la Iglesia católica.* I: *Edad Antigua: la Iglesia en el mundo grecorromano* (Madrid ⁸2001) 295-308.

SAN CAYETANO DE THIENE

Fundador († 1547)

Cayetano nace en Vicenza (República de Venecia) en 1480, en el clima gozoso del Renacimiento italiano. Sus padres, conde de Thiene y María de Porto, ambos de la nobleza vicentina. Muerto el conde en 1482 defendiendo a Venecia, es María de Porto, terciaria de Santo Domingo, quien dirige los pasos primeros del santo, inspirándole una piedad sólida y un hondo sentido de la vanidad de la vida. En 1500 encontramos a Cayetano en la universidad de Padua. Alto y de porte distinguido, descuella por su índole afable y modestos modales. Cuatro años más tarde vuelve a Vicenza graduado en jurisprudencia, entrando a formar parte del Colegio de jurisconsultos de la ciudad. Pero Dios le llama a una vocación más allá. En 1504 recibe la tonsura clerical y se retira a la soledad de Rampazzo, donde hace construir una capilla.

La Providencia le había destinado para influir en la reforma de la Iglesia, y es ella quien guía sus pasos cuando, en 1506, viene a Roma. Familiar del obispo, luego cardenal Pallavicini, Cayetano penetra en la misma Curia romana como protonotario apostólico. Son los años triunfales del Renacimiento. Julio II, el dinámico papa, ha trazado ya su programa político, cultural y reformador de la Iglesia. Cayetano vislumbra pronto las consecuencias amargas de un plan político que, aun siendo justo, enfrentará al Pontífice con parte de su grey cristiana. Con gran dolor del alma ve cómo Venecia mide sus fuerzas con las de la Santa Sede. «Me siento sano de cuerpo —escribe a un amigo—, pero muy enfermo en el alma al pensar lo que puede ocurrir en Vicenza». No se deja fascinar por el programa humanístico que quiere convertir a Roma en centro de las letras y las artes. Mientras sobre la tumba de San Pedro va levantándose, piedra a piedra, la nueva basílica —desafío de los siglos—, el pincel de Miguel Ángel descorre el velo de la historia de la humanidad en la Capilla Sixtina y Rafael ilumina con la *Disputa del sacramento* los muros de la sala de la Signatura, donde el joven protonotario vicentino escucha reverente el rasguear de la pluma de Julio II.

Todo ese esplendor renacentista no resuelve el problema de la Iglesia y de las almas. Los hombres fascinados por el arte, la

política o el placer no son para Cayetano, escribirá más tarde a su sobrina, más que «viajeros que, al llegar a la posada, se embriagan y pierden el camino de la patria». Por eso nadie se alegra tanto como él cuando Julio II convoca en 1512 el concilio de Letrán, buscando la tan ansiada reforma de la vida cristiana. Es Egidio Romano quien en su discurso de apertura señala el verdadero camino de la reforma católica: «Son los hombres los que han de ser transformados por la religión, no la religión por los hombres». Ésa será la divisa de Cayetano. Lutero, en 1517, emprenderá el camino opuesto tratando de reformar la religión.

Antes de que se cierre el concilio, Cayetano traza con rasgos rectilíneos el ideal de su vida: reformarse antes de reformar a los demás. Renuncia a su cargo de protonotario y decide hacerse sacerdote. En septiembre de 1516 ve sus manos ungidas con el crisma santo. Es ya sacerdote del Señor, pero todavía pasará tres meses de preparación, entre efluvios de amor y fervores divinos, antes de subir las gradas del altar en la capilla del Santo Pesebre de Santa María la Mayor. Un profundo sentimiento de humildad inunda su alma siempre que se acerca al altar del Sacrificio. «Yo, polvo y gusanillo —son sus palabras—, me atrevo a presentarme ante la Santísima Trinidad y tocar con mis manos al Creador del Universo». Con todo, llevado de la atracción hacia la Hostia Santa, celebra diariamente su misa —costumbre no común en aquellos días—. Roma le conoce como al neosacerdote «diterato, con suficientes bienes de fortuna, varón todo de iglesia y que por devoción ofrece diariamente el santo sacrificio». Más tarde no permitirá que los sacerdotes bajo su dirección omitan la celebración cotidiana de la misa ni por escrúpulos ni por ocupaciones. Un día, ya viejo y maltrecho, correrá sigilosamente de Nápoles a Roma para reprender cariñosamente a su compañero y cardenal Carafa, que, abrumado de ocupaciones, deja a veces la santa misa. «El sacrificio de la misa —le dice— es la ocupación más excelente de la tierra, el negocio más urgente, preferible a cualquier otro, por ser la vida y savia de toda obra».

Una vez sacerdote, Cayetano no se aísla de los problemas de su tiempo encerrándose en una vida oculta y quieta, por la que siente natural atracción. La Iglesia necesita de reforma «en la ca-

beza y en los miembros». Muchos hablan de reforma, pero pocos tratan de reformarse a sí mismos. No basta, como hace Erasmo, lamentarse de los abusos existentes, sin preocuparse de corregir los yerros propios. Cayetano piensa que, en la oscuridad, vale más encender una bujía que maldecir con elocuencia las tinieblas, y trata de ser lámpara evangélica que ilumine los pasos indecisos de quienes viven a su alrededor. Con ello, ha dicho Ranke, el luterano, ayudaría a reformar el mundo sin que éste se diera cuenta de su paso.

En el cuerpo de la Iglesia quedaban muchas células con vitalidad divina, que silenciosamente iban regenerando la sociedad cristiana. Grupos de personas en Italia, organizadas en forma de hermandad bajo el patronato de San Jerónimo, comenzaban a renovar la vida cristiana. Eran los llamados «Oratorios del amor divino». No siguen caminos nuevos. Beben con renovado fervor de las mismas fuentes que antaño vivificaban la vida cristiana: oración, lectura en común, recepción frecuente de sacramentos. Visitan hospitales y prisiones, erigen casas para desvalidos y arrepentidas, tratando de llevar a todos sus hermanos a Cristo. Ya en los primeros días de su sacerdocio encontramos a Cayetano en el «Oratorio del amor divino», de Roma. Es uno de sus miembros más activos y quizá haya sido uno de sus fundadores. Las reuniones en la iglesia de San Silvestre y Dorotea no tienen miembro más recogido. Ni los hospitales y prisiones quien trate al hermano enfermo y descarriado con mayor dulzura y caridad. El espíritu del Oratorio encaja perfectamente en el temperamento e ideal de santidad del vicentino. El mismo título congeniaba con las aspiraciones de su alma, que decía sentirse «desnuda del amor divino», y con su afán apostólico de predicar la «reforma del amor» y no la del odio, que estaba convirtiendo Alemania en un campo de rencor y de batalla.

Por unos años (1518-1523) vemos a Cayetano por las ciudades del norte de Italia, llevando por doquier el fuego apostólico del «Oratorio romano». Luego de asistir a la muerte de su madre reaviva las hermandades de Vicenza y Verona, formadas de clérigos, trabajadores y artesanos, y organiza el «oratorio» de Venecia, al que acuden nobles y patricios. Es el apóstol de la comunión frecuente: «No me sentiré satisfecho —exclama— has-

ta ver a todos los cristianos acudir al altar con hambre del Pan de Vida». Es el apóstol de la caridad con los enfermos: «En la iglesia adoramos a Cristo, en el hospital le servimos en sus miembros doloridos», dice, mientras ayuda a erigir el hospital de los incurables de Venecia. Fomenta la perfección entre los seglares y se entristece al ver la atmósfera mundana que se respira a su alrededor.

> «¡Qué hermosa ciudad —escribe de Venecia—, pero qué ganas siento de llorar sobre ella! No hay nadie que busque a Cristo crucificado, ningún noble que desprecie los honores del mundo. Las personas de buena voluntad están paralizadas por "temor a los judíos", avergonzándose de aparecer confesando y comulgando».

En 1523 Cayetano vuelve a Roma. Ha llegado la hora de su obra definitiva: la reformación del clero. La hermandad del Amor Divino no es suficientemente eficaz. Cayetano no se siente satisfecho de sí mismo; su sacerdocio le exige más. Ante la vista de Cristo exclama: «Veo a Cristo pobre y a mí rico, a Cristo despreciado y a mí honrado. Deseo aproximarme a él un paso más». Ese «paso más» era vivir su sacerdocio según el modelo de los apóstoles, dejados todos los bienes temporales. Cayetano concibe la idea de una asociación de sacerdotes con el espíritu del Oratorio, pero unidos con los votos religiosos y practicando una pobreza absoluta. Expone su idea a algunos compañeros y éstos la aceptan con ilusión. Halla acogida sobre todo en Juan Pedro Carafa, obispo de Chieti (Teate), hijo de una familia noble de Nápoles, varón recto, apasionado e inflexible, a veces duro, pero amigo de toda medida de reforma. El ideal reformador unirá de por vida a estos dos hombres de índole tan diversa.

La influencia de Carafa en la Curia romana y su autoridad de obispo ayudan para que Clemente VII apruebe algo que era una novedad en la Iglesia: una asociación de clérigos, ni monjes ni frailes, sin otro vestido talar que el modesto de los sacerdotes del país, viviendo «según los sagrados cánones bajo los tres votos». El 24 de junio de 1524 la asociación es aprobada y el 14 de septiembre, renunciados sus bienes y prebendas, Cayetano, Carafa y dos compañeros más, Pablo Consiglieri y Bonifacio de Colli, hacen la profesión en el nuevo instituto llamado de «cléri-

gos regulares». Muy en consonancia con la humildad de Cayetano, Carafa es elegido superior general, y del nombre de su diócesis vendrán a ser llamados chietinos y, finalmente, teatinos. Ese día la Iglesia daba una prueba más de su vitalidad perenne, ofreciendo al mundo una nueva forma de vida religiosa: junto a los monjes de Benito, y a los frailes de Francisco, los clérigos regulares de Cayetano. Quedaba abierto el camino para los barnabitas, los somascos, etc., y hallada la solución canónica para la Compañía de Jesús en que soñaba Ignacio, peregrino aquel año de Venecia a Alcalá.

El nuevo Instituto quiere ser otro colegio apostólico, salido de un nuevo Pentecostés. Sus miembros profesan una pobreza absoluta. Vivirán de las limosnas que lleguen a sus manos, sin mendigar ni admitir rentas ni bienes. Los santos Evangelios son su pan cotidiano, ordenando Cayetano que ellos sean leídos todas las semanas totalmente y en común. ¿Qué mejor respuesta a las ansias de renovación evangélica por la que tantos suspiraban? Su apostolado se concentra en la renovación de las costumbres por medio de la vida litúrgica, la administración de sacramentos y una predicación sencilla y evangélica.

Roma, donde tantos eclesiásticos corren tras los honores y riquezas, se siente pronto imantada por la vida, que es un sermón viviente, de aquel grupito de clérigos regulares que, con sotana negra, medias blancas y bonete clerical, se olvidaban de sí mismos predicando a Jesús crucificado. Asombra a todos el heroísmo de aquellos nobles que habían abandonado todo por Cristo; muchos empiezan a consultarlos y venerarlos. «Cristo es ahora más temido y venerado en Roma que antes. Los soberbios se humillan, los humildes alaban a Dios», escribe un contemporáneo. No faltan, sin embargo, quienes se mofen de ellos, teniéndoles por locos. Algunos hasta quieren hacerles desistir de su vida tan austera y especialmente de aquella su pobreza absoluta. Cayetano se mantiene intransigente. Su continua respuesta son las palabras de Cristo: «No queráis preocuparos de comida o de vestido». Más tarde, en Nápoles, un noble dona su casa al nuevo Instituto. Cayetano acepta. Pero cuando el noble insiste en que debe aceptar renta, porque en Nápoles no se puede vivir sin más garantías que la Providencia divina, Cayetano

abandona la casa y se aloja en el hospital de los incurables. «El Dios de Nápoles es el mismo de Venecia», dice Cayetano, el «santo de la Providencia» como le llaman las gentes al pasar. Vida de tal pobreza y renuncia frenaba, sin duda, la expansión del Instituto, pero era un desafío necesario al espíritu del tiempo y, en los planes de Dios, clarín que despertaba y evangelizaba las conciencias.

Durante el saqueo de Roma por las tropas de Borbón, Cayetano huye al norte de Italia. Es la ocasión providencial para que otras ciudades contemplen lo que puede ser la labor de un clero reformado. Invitado por su amigo y reformador Giberti, da una misión en Verona. Abre una casa en Venecia, junto a San Nicolás de Tolentino —muy pronto centro de irradiación eucarística y de reforma—, y trata de fundar una imprenta para contrarrestar la propaganda luterana que invade el norte de Italia.

Nápoles ve los últimos años del vicentino. Entregado a la vida de oración y dirección de las almas, encuentra tiempo para colaborar en la fundación del Monte de Piedad, favorecer la reforma de las clarisas y convertir la iglesia de San Pablo en el centro litúrgico más recogido y digno de la ciudad. Desde su celda recoleta siente la efervescencia religiosa del mediodía de Italia. Hasta ella llegan los ecos de los sermones de Bernardino de Ochino, en los que Cayetano ha podido sorprender los primeros síntomas de su herejía. Quizá ve con inquietud el clima espiritual que va formándose en círculos espirituales alrededor de Juan de Valdés y de Flaminio, que un día quiso entrar en su Instituto. Sin bagaje teológico, y algo al margen de la jerarquía, hablan de la miseria humana y de la confianza en el «beneficio de la pasión de Cristo». Cayetano, de alma mística, humilde y pudorosa, confía sólo en la «gracia de Jesús»; pero, como Ignacio, ha encontrado el justo equilibrio, que pronto formulará Trento, entre la fe y las obras, la gracia y la libertad, el amor y el temor.

Creado Carafa cardenal (luego será Papa con el nombre de Paulo IV), Cayetano vigila con prudencia el lento crecer de su Instituto, futuro plantel de obispos y reformadores. Antes de morir puede ver cómo la Iglesia —«santa y amorosa, aunque manchada en algunos de sus miembros»— entra por la vía de la

reformación definitiva con el concilio de Trento (1545). Su vida había transcurrido entre dos concilios, el de Letrán, de las grandes esperanzas, y el de Trento, de las grandes realizaciones. El primero falló por falta de personas dispuestas a secundar sus planes de reforma: Cayetano, con su obra, preparó el triunfo del Tridentino. Con la paz de la tarea cumplida, el 7 de agosto de 1547 expiraba en el Señor. Era el día por el que tanto tiempo había suspirado: «¡Oh, cuándo llegará el día sin noche en el que nos veremos en la luz bella y sin engaño del Cordero Inmaculado!». Saludado ya en vida como el «gran siervo de Dios», la Iglesia le elevó al honor de los beatos el 18 de octubre de 1629 y a la gloria de los santos el 12 de abril de 1671.

DOMINGO DE SANTA TERESA, CD

Bibliografía

CARACCIOLO, A., *De Vita Quarti P. M. Collectanea historica* (Colonia 1612).
CHIMINELLI, P., *S. Gaetano de Thiene, cuore della Riforma cattolica* (Venecia 1948).
MAGENNIS, G., *Nuova e copiosa storia... di S. Gaetano* (Tommasini 1726).
PASCHINI, P., *S. Gaetano de Thiene, Gian Pietro Carafa e le origini dei Chierici Regolari Teatini* (Roma 1926).
PREMOLI, O., *S. Gaetano de Thiene* (Crema 1910).
• Actualización:
ARTEAGA SÁNCHEZ-GUIJALDO, V., *Regreso al corazón del Evangelio. Vida interior de Cayetano de Thiene* (Madrid 2000).
CASTALDO, J. B., *Vida ilustrada de San Cayetano* (Palma de Mallorca 1985).
GIAMPIETRO, M., *San Gaetano Thiene* (Ciudad del Vaticano 1980).
LLOMPART, G., *Cayetano de Thiene (1480-1547). Estudios sobre un reformador religioso* (Roma ^{2}1998).
MOTTERLE, T. - REATO, E., *S. Gaetano Thiene e Vicenza nel V centenario della nascita, 1480-1980* (Venecia 1981).

SAN ALBERTO DE SICILIA

Presbítero († 1307)

Los datos rigurosamente históricos acerca de este santo carmelita no son tan abundantes como pudiera desearse.

Nació en Trápani, Sicilia, hacia 1240. Sus padres, Benito degli Abbati y Juana Palizi, llevaban casados un cuarto de siglo y no tenían descendencia. Prometieron al Señor que, si les daba un hijo, lo consagrarían a su santo servicio. Su padre, más adelante, olvidándose del voto hecho, trató de que el hijo contraje-

ra matrimonio. Un matrimonio, por cierto, bien acomodado y ventajoso. La madre se opuso e hizo que se cumpliera la promesa hecha al Señor. Alberto entró en la Orden de los carmelitas, en el convento de su ciudad natal. Terminados los años de su formación fue ordenado sacerdote. Al poco tiempo fue enviado a Mesina. Pronto se hizo famoso por el ardor de su predicación y por el celo de las almas. Y, como apóstol celoso, comenzó a prodigarse por toda Sicilia.

Ya en vida se le atribuían no pocos milagros. Entre ellos la liberación de Mesina del hambre a consecuencia del asedio de la ciudad, a la que había puesto cerco el rey de Nápoles, Roberto. Las autoridades de Mesina enviaron mensajeros a Alberto y le suplicaron que rogase al Señor y a la Virgen Santa María que se pudiese salvar la ciudad de aquella catástrofe, pues estaba a punto de perecer. Inmediatamente se puso en oración pidiendo al Altísimo «fuese servido de remediar y amparar aquella ciudad para gloria suya» y confusión del enemigo. Poco después entraban milagrosamente en el puerto tres galeras cargadas de víveres con que el pueblo se remedió.

Se cuenta también el caso de tres judíos náufragos que, en trance de ahogarse, fueron auxiliados y convertidos por Alberto que se llegó a ellos caminando sobre las aguas.

Curó a no pocos enfermos, liberó a endemoniados y operó otros prodigios, siendo, para todos, ejemplo de vida de penitencia, de caridad y oración.

Pergaminos antiguos y fidedignos atestiguan la presencia de Alberto en Trápani en 1280 y en 1289. También es seguro que desempeñó el oficio de superior provincial los últimos años del siglo XIII.

Murió en olor de santidad en Mesina el 7 de agosto de 1307. Ya en los llamados antiguamente *Catálogos de los santos de la Orden de los Carmelitas,* especie de santoral del Carmelo, se habla de la disputa entre el clero y el pueblo acerca de las exequias a celebrar por Alberto. En la biografía del santo que mandó imprimir Santa Teresa (cf. bibliografía) el último año de su vida se cuenta así el incidente:

> «Levantóse una cuestión grande en la iglesia sobre la Misa que se había de decir, porque los clérigos decían que había de ser Misa de difuntos; los seglares, no, sino de un santo. El Arzobispo man-

> dó que todos se pusiesen en oración suplicando al Señor fuese servido de darles a entender con qué Misa quería fuese su santo Alberto aquel día honrado. Y perseverando ellos en su oración, aparecieron en el aire dos preciosísimos niños, los cuales venían ricamente vestidos de ropas blancas y muy sembradas de oro. Y levantando las voces en alto dijeron que la Misa se cantase de un santo confesor, la que comienza: "Os iusti meditabitur sapientiam, etc.". Y luego desaparecieron. Celebróse la Misa de un santo confesor con grandísima solemnidad y devoción, visto este milagro. Y así le enterraron con muchas lágrimas y particular devoción».

Las noticias biográficas en esos *Catálogos* y en las *Vidas* que se empiezan a divulgar, extienden su fama y narran sus muchos milagros en vida y después de muerto. La devoción de las gentes fue muy grande en el pasado. Fue uno de los primeros santos venerados en su familia religiosa, «de la cual más tarde fue considerado como patrón y protector». En varios Capítulos generales de la Orden, a partir del de 1375, se comenzó a pedir su canonización. El papa Calixto III, de viva voz, permitió que se le diese culto y más tarde Sixto IV lo confirmó con bula del 31 de mayo de 1476.

Ostenta el patronato de varias ciudades de Italia, entre ellas Revere (Mantua), Palermo, Trápani, etc.

Reliquias suyas andan por todo el mundo, especialmente en los conventos del Carmelo, en los que en el día de su fiesta se bendecía y se sigue bendiciendo aún, en algunas partes, el agua llamada de San Alberto, en acto de comunidad con un ritual especial: antífona, oremus de bendición del agua, introducción de la reliquia en el agua en forma de cruz y las palabras correspondientes, antífona del santo y la siguiente oración: «Concédenos, Dios omnipotente y misericordioso, que por la intercesión de San Alberto, confesor, todos los fieles que con piedad y devoción beban esta agua, puedan recibir la salud de alma y cuerpo y permanecer en tu santo servicio». Esta devoción se propagó, invocando al santo siciliano contra las fiebres.

Un gran poeta latino de la Orden, el Beato Bautista Mantuano, que fue General de la Orden, compuso los himnos de la liturgia de San Alberto en hermosos versos sáficos, o sea, en estrofas compuestas de tres versos sáficos y uno adónico. En los himnos logra una pequeña biografía del santo.

San Alberto es uno de esos santos con una iconografía muy notable. Se le representaba, naturalmente, con el hábito de carmelita, con una azucena en la mano, «símbolo de la victoria que en los comienzos de su vida religiosa obtuvo sobre sus sentidos». Se le representa también con un libro en la mano; igualmente con un crucifijo entre dos ramos de azucenas, tal como aparece en la escultura policromada de Alonso Cano en el convento de los carmelitas de Sevilla (siglo XVII). Otras veces se le ha representado con el Niño Jesús en los brazos. Y el gran pintor carmelita Filippo Lippi lo representó junto con San Ángelo, mártir, a los lados de la Virgen, Santa Ana y el Niño Jesús, con figuras de ángeles.

Santa María Magdalena de Pazzi tenía especial devoción a San Alberto y, más que nadie, Santa Teresa de Jesús. Habla la santa de San Alberto en una de sus cartas a don Teutonio de Braganza, obispo de Évora. Le ha escrito la semana anterior enviándole el *Camino de perfección* para que se imprima. Junto con su obra le enviaba el original de la *Vida de San Alberto.* Ahora le escribe de nuevo para decirle algo que se le olvidó decirle explícitamente: que la idea es que junto al *Camino de perfección* se imprima esa vida del santo carmelita. Quiere que se publique «porque será gran consuelo para todas nosotras, porque no la hay sino en latín, de donde la sacó un padre de la Orden de Santo Domingo por amor de mí, de los buenos letrados que por acá hay». Finalmente confiesa que, obedeciendo a lo que la santa le manda, lo ha hecho «para el servicio de su Majestad y para el consuelo de las hermanas que desean leer esta vida».

Así con el empeño que mostraba en que se tradujera esta vida y se imprimiese manifestaba la santa su devoción tan carmelitana a San Alberto, que se le había aparecido el 7 de agosto de 1574 —fiesta del santo— en Segovia, hablándole de las cosas de la Orden. En la lista de santos que la Madre traía consigo en el breviario de aquellos a los que tenía más particular devoción figura, como primero: «Nuestro padre San Alberto». Lo nombra en las Constituciones de sus monjas (n.5) y al señalar los días en que han de comulgar aparece «día de nuestro padre San Alberto». Datando alguna de sus cartas le basta poner: «Es hoy día de San Alberto» y en otra: «Es hoy día de nuestro padre

San Alberto (7 de agosto de 1581), ha predicado un dominico y dicho harto de él».

Alberto de Sicilia es uno de los grandes santos del Carmelo. Dejando a un lado la insistencia de los antiguos hagiógrafos en el tema de los milagros y hechos extraordinarios, queda en pie su gran ejemplaridad como modelo de identificación con Cristo y de celo por la propagación de la fe. Pienso que esto último era lo que veía y admiraba en él Santa Teresa, que fue propagadora de su devoción dentro y fuera de la Orden del Carmen.

JOSÉ VICENTE RODRÍGUEZ, OCD

Bibliografía

Acta SS. Boll., Aug., II (Amberes 1735) 215-226.

ÁLVAREZ, T., «Alberto de Sicilia», en ID. (dir.), *Diccionario de Santa Teresa* (Burgos 2002) 29-30.

— «Una empresa editorial de Santa Teresa: la vida y milagros de San Alberto»: *Monte Carmelo* 101 (1993) 219-269.

Art. en *Analecta Bollandiana* 17 (1898) 314-336.

SAGGI, L., *Alberto de Sicilia o de Trápani,* en ID. (ed.), *Santos del Carmelo* (Madrid 1982) 219-221; p.222: *Iconografía,* por R. RUOCCO.

SPANÒ, S., «Alberto de Trápani», en C. LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los Santos,* I (Madrid 2000) 103-104.

XIBERTA, B. M., *De Visione S. Simonis Stock* (Roma 1950): en p.283, 292-293, 302-305, se publican las diversas recensiones del *Catálogo de los Santos del Carmelo* y allí viene la historia de San Alberto.

YANGUAS, D. DE, OP, *La vida y milagros de el glorioso padre san Alberto, de la sagrada religión de nuestra Señora del Carmen. Va esta obra dirigida a la muy religiosa señora y madre nuestra Teresa de Iesus: fundadora de las descalças Carmelitas: a cuya instancia se escribe: y se ponen muchas cosas fuera de la historia para más gloria de este glorioso sancto* (Évora 1582).

BEATO EDMUNDO BOJANOWSKI

Fundador († 1871)

Fue un piadoso, culto y generoso seglar, que nació y vivió en una tierra castigada por las apetencias de dominio de las naciones del entorno. La patria Polonia, a la que amó como tierra mariana y a la que dedicó su literatura y su corazón, le permitió crecer en un ambiente de creyentes firmes, serenos, resistentes. Fue un hombre honesto, inteligente, pacífico, que amó a su patria sin mitificar su amor; que quiso ser sacerdote, pero que aceptó con alegría los designios contrarios de Dios; que tuvo un

corazón compasivo, y por eso inició una hermosa y polivalente familia de religiosas dedicadas a la caridad, a la que quiso mantener unida, pero que el entorno cultural disgregó en cuatro grupos, aunque unidos por su espíritu del triple amor: a los huérfanos, a los pobres, a los enfermos.

Resulta admirable que un hombre débil de salud fuera tan fuerte como para construir docenas de asilos para necesitados; que siendo poeta y literato, tuviera los pies en la tierra para buscar el pan de cada día para los hambrientos; que viviendo cómodamente en sus posesiones heredadas, se entregara con tanto amor a los huérfanos y les ofreciera tan inteligentemente como hizo el pan de la cultura y el alimento del cuerpo.

Nació el 14 de noviembre de 1814 en Grabonog, cerca de Gostyn, en las cercanías de la Rosa Mística de «Wiêta Góra». Su pueblo pertenecía entonces a la provincia de Poznan. La vida entera de este hombre bueno estuvo muy condicionada por la situación social y política de Polonia en el siglo XIX. Napoleón la había conquistado en 1808 y convertido en reino dependiente. Pero el Congreso de Viena, que se reunió en 1815 al caer el Imperio del «tirano de Europa», cometió la injusticia histórica de volver a repartir Polonia entre los poderosos vecinos: Rusia, Austria y Prusia, como ya lo habían hecho esas potencias en 1772.

La región en la que estaba situada la localidad de Grabonog era la occidental, la llamada Gran Polonia, que fue entregada a Prusia. En ella estaba el Gran Ducado de Poznan, cuya población de unos 650.000 habitantes, de los que mucho más de la mitad eran católicos, se vieron sometidos a proceso cruel de germanización en el idioma y en las costumbres. En esa región había tres grupos de difícil convivencia: los polacos eran las dos terceras partes; el otro tercio se repartía entre germanos que hablaban alemán, hebreos, que eran el 6 por 100, y algunas minorías étnicas poco arraigadas y que no contaban ante los dirigentes.

La más cruenta de las persecuciones, o represiones, se desencadenó en 1824: se cerraron las escuelas polacas, se prohibieron rótulos y gestos en el idioma polaco y se obligó a todos los habitantes a hablar alemán fuera de las casas. Tenía entonces

Edmundo 10 años: observó, escuchó, pensó como niño, recibió lamentos y desahogos de los mayores. La religiosidad popular compensó en parte la opresión social y cultural. Fue la Iglesia el gran baluarte de la identidad nacional que, a pesar de todo, no llegó a perderse.

Cada familia polaca que permaneció bajo dominio, lengua y cultura alemana, rusa o eslava se esforzó por cultivar en sus miembros el espíritu y el amor al hogar nacional. Y así se forjó un pueblo luchador y paciente, noble y recio, social e inquieto. Pero al mismo tiempo se formó una raza creyente, en donde cada familia fue un templo para rezar y cada aldea un lugar para amar al prójimo y para cultivar la solidaridad por la mucha gente que padecía necesidad y por los muchos niños que, por la guerra y los levantamientos, por las enfermedades o las pestes, o simplemente por la pobreza, quedaban abandonados a su suerte.

La infancia de este hombre bueno, piadoso y pacífico, estuvo muy atada a estas circunstancias sociales y culturales que le tocaron vivir. La familia Bojanowski era de vieja raigambre católica. Algunos de sus ascendientes habían sobresalido ya en el siglo XVI como personajes influyentes, aunque modestos. En los padres de Edmundo, en ambos, latía la inquebrantable fe cristiana y el amor patrio incombustible. El padre se llamaba Valentín. Era culto y ejercía de agricultor en las tierras que había heredado. Sin ser rico, vivía con cierto desahogo de su trabajo en la localidad. Gustaba la lectura y tenía una buena biblioteca en el hogar. Estuvo entre los rebeldes que se levantaron contra los ocupantes en 1830, mereciendo la distinción de la Cruz al valor militar. Logró escapar a la represión que siguió. Murió en 1836, a los 40 años, viendo que su rebelión no había servido de nada y Prusia mantenía su férrea tenaza contra el pueblo.

La madre se llamaba Teresa Uminski. Era hermana del general Uminski, héroe de las guerras napoleónicas. Culta, pacífica, enérgica, delicada y muy devota de la Virgen María. Murió en 1834, un poco antes que su esposo. Había quedado viuda muy joven y había contraído segundas nupcias con Valentín. Del primer matrimonio le había quedado un hijo, Teófilo, que

fue muy querido por Edmundo cuando quedó, con pocos meses de diferencia, huérfano de padre y madre. Teresa era culta y amaba a sus hijos con pasión.

Edmundo resultó enfermizo desde niño. A los cinco años tuvo una enfermedad seria, una infección pulmonar que le llevó a las puertas de la muerte. Y su casi milagroso restablecimiento fue atribuido a la ayuda especial de la Virgen de Gostyn, en cuyo santuario, atendido por los Padres Oratorianos, se conservó mucho tiempo una placa de agradecimiento ofrecida por sus piadosos padres con motivo de su curación. La devoción a María, que su madre tenía en el alma, se la transmitió al niño desde este acontecimiento.

Al no poder ir a la escuela de la localidad, porque apenas si la había y el niño no podía ir lejos por su fragilidad, fue la madre la que le transmitió su cultura, que era elevada, al mismo tiempo que su piedad. Además le pusieron en casa dos preceptores generosos y amigos del hogar: Don Casimiro Lerski y Don Juan Santiago Siwicki, a quienes el muchacho recordaría toda la vida. Ellos le enseñaron las letras humanas, pero sobre todo las virtudes cristianas. El recuerdo de estos insignes docentes lo mostró Edmundo con las frecuentes cartas que a lo largo de la vida les dirigió.

Le enseñaron también la prudencia y la habilidad. La prudencia era necesaria para entender los efectos de la historia patria que tanto irritaba a los jóvenes intelectuales, sobre todo si eran románticos como a él le acontecía. Sin la prudencia, las aventuras militares eran una estéril tentación. Luego tuvo que aplicar esa virtud a los jóvenes con los que trató en su vida y a quienes enseñó que patria se hace cultivando cultura y no derramando sangre, amando lo propio y no odiando al extranjero. Y le enseñaron también habilidad para buscar soluciones a los problemas de la vida y no quedarse en meros lamentos ineficaces.

Con todo, algo se le quedó en el recuerdo cuando, en la revolución de 1830, su padre y su hermano tomaron parte activa en las idas y venidas de aquellos días aciagos y él se quedó en casa sin poder salir, escuchando a sus 16 años voces de armas, gritos de guerra, cantos de libertad, de una libertad que tardaría todavía un siglo en conseguirse.

Pasada la llamarada bélica, las cosas volvieron a ser como antes. En el hogar de Edmundo se volvió al trabajo sosegado y duro de cada día. La serenidad y la sensibilidad de aquella infancia y primera adolescencia tan hogareña marcó su camino en la vida, él que estaba destinado a ser un modelo de «apóstol laico» para los polacos y ejemplo de caridad heroica y apostólica para todo el mundo.

En 1832 sus padres le orientaron a que, a sus 18 años y como solían hacer los jóvenes de ambientes desahogados, iniciara los estudios universitarios de filosofía y humanidades. Y fueron los conocimientos literarios y humanísticos los que comenzó en la Universidad de Breslavia. La situación estudiantil en aquel ambiente de jóvenes intelectuales no era fácil. Acontecía lo mismo en Cracovia, en Varsovia y en las demás universidades polacas. Después de la sangrienta revolución de 1830, la vigilancia policíaca se había estrechado. Por el hecho de ser joven y polaco, siempre había la desconfianza y el riesgo de la detención. Con todo, Edmundo prefirió dedicarse al trabajo y alejarse de los grupos intelectuales de diversos colores políticos que frenaban la dedicación académica. En Breslavia, la universidad había sido iniciada por los jesuitas en 1811. Encontró una buena formación filosófica. Vivió en la ciudad en una casa familiar y en compañía de su madre y de su hermano.

La primera etapa universitaria, con todo, no terminó por desórdenes sociales, sino por el latigazo que en su corazón sensible resonó al ver a su madre enfermar y tener que regresar al hogar, en donde ella entregó su alma a Dios. La muerte de su madre le perturbó, pero no deprimió del todo. Era demasiado frecuente la desgracia en aquellos años para dejarse acobardar por ella. Permaneció en el hogar y, a los pocos meses, tuvo también el dolor de perder a su padre por otra visita de la enfermedad. Para un corazón sensible como el suyo, ello le hizo interrumpir un año el trabajo universitario y arreglar con su hermano los asuntos de familia para mantener las posesiones familiares de manera conveniente.

En 1836 prefirió continuar sus estudios en la Universidad de Berlín en donde pasó otros dos años. Su formación se orientó ahora hacia las Bellas Artes. En la universidad eran frecuen-

tes entre los abundantes estudiantes polacos de la zona germanizada las reuniones medio políticas, medio nostálgicas. Con frecuencia se reunía con sus compañeros polacos en la biblioteca polaca de Berlín, inaugurada en 1830. Le agradaba cultivar y traducir al polaco los cánticos populares servios y germanos. También tradujo «Manfred», de Byron. Participó con frecuencia en la revista «Amava», que se publicaba en la universidad. Incluso hizo algunos viajes a Lipsia, Eilenburg, Wittenberg y Dresde, que le permitieron un mayor contacto con la cultura local. Pero la salud no le acompañaba como hubiera sido de desear y sus pulmones no respondían a los esfuerzos. Incluso hubo de pasar algún tiempo en unas curas de aguas termales de Baz Reinerz, junto al mar, que algo le aliviaron pero no le restablecieron.

Ante su fragilidad regresó a Grabonog, donde hubo de llevar vida de reposo y realizar trabajos suaves en su posesión familiar. Siguió, con todo, inquieto por la cultura y el arte, cultivando la lectura y manteniendo estrechas relaciones con la gente culta del lugar. Gozaba de general estima como poeta y como hombre docto entre los que le conocían. El ambiente romántico que se respiraba en aquel tiempo le embargaba plenamente, no sólo en lo literario y en el arte, sino en su sensibilidad y espiritualidad. Uno de sus maestros de años anteriores, Don Siwicki, le había recomendado ser buen polaco y buen católico, y él lo cumplía con fidelidad admirable.

Comenzó por esos años un diario que seguiría con fidelidad toda la vida. En él recogía los hechos de su vida y las impresiones. Por alguna de sus páginas sabemos que también tuvo un tiempo admiración por la señorita María Pohl, hija de uno de sus profesores universitarios, pero que ella orientó su vida por caminos de consagración a Dios y él interpretó que «era el fuego del Espíritu Santo que en ella ardía lo que verdaderamente la había atraído hacia su persona».

Durante varios años siguió ocupando el tiempo en lecturas e inquietudes culturales, fomentando la vena romántica que le dominaba y sin otra atadura que la bondad natural que siempre había tenido. Pero Dios le esperaba en aquella aparente inactividad. Y se sirvió de los pobres abundantes que había en su entorno social para dar sentido a su existencia. Quedó en casa de

su hermanastro Teófilo, que también había regresado al terminar su estancia en Berlín. Consta la intensa vida de piedad que llevó en esos años. Todos los días recorría los tres kilómetros que separaban su casa de la iglesia parroquial de Gostyn, donde comulgaba y pasaba largos ratos de oración. Pero no era lo suyo la vida contemplativa, aunque tanto le agradara la reflexión, la lectura y la conversación con amigos cultos. Siempre pensaba en lo que podría hacer en favor de los demás, sobre todo de los abandonados.

Al subir al trono Federico Guillermo IV en 1840, se inició en la zona polaca una política más liberal y cautivadora para el pueblo oprimido y reprimido. En Gostyn el 70 por 100 eran agricultores. Latía la nostalgia de la liberación nacional. Se respiraba nacionalismo y se organizaba en forma moderada para no irritar a las fuerzas de ocupación. En la casa de Edmundo se vivía cierto aire literario, pero se cultivaban recuerdos patrióticos, el arte musical nacional y sobre todo el estudio de interrogantes sociales que precisaban solución; él llevaba la voz cantante cuando de solidaridad con los necesitados se trataba.

Se pusieron entonces de moda las bibliotecas rurales, que eran salas de lectura en los hogares en donde se compraban libros, se leía y se comentaban temas de interés. Incluso se prestaban libros para leer en el hogar. Sus gastos en libros aumentaron con la buena intención de servir a la gente interesada. Él prefería libros educativos y religiosos. Así logró que el hogar de los Bojanowski se transformara en un centro de promoción cultural y de animación de personas. Y aprovechó el servicio como hermosa oportunidad para hablar de Dios, sobre todo a los niños que acudían a leer y a comentar con los mayores temas de interés.

Fueron aquellos muchachos lectores, muchos de ellos huérfanos, los que fueron dando sentido a su vida. Los había que llamaban su atención y comenzó a realizar con ellos labores, servicios, trabajos docentes, dando rienda suelta a su deseo de ser beneficioso para aquellos desheredados. Esa inquietud se incrementó con la epidemia de cólera que se desató en 1839. Fue extendida por los soldados ocupantes, que se mantenían en la región después de la represión de 1830. Murieron muchos ancianos y personas débiles; muchos niños quedaron abandona-

dos, resultando un drama la situación de mendigos y personas sin asistencia y sin recursos.

Una noche, estando a la cabecera de un enfermo grave al que había ido a ayudar, se quedó un tiempo dormido y tuvo un sueño. Soñó que atravesaba una tierra árida y de una casa medio abandonada salían unos niños llorando. Creyó ver a su antiguo y venerado maestro Siwicki que se le presentaba y le decía: «Tómalos, son tuyos». Él respondió desconcertado: «¿Y por qué míos?». El enfermo se quejó y él despertó con la pregunta clavada en su corazón. «Ellos tienen necesidad de mí», se repitió muchas veces en los días siguientes.

Su corazón compasivo comenzó a buscar soluciones eficaces para tantos niños abandonados que encontraba en su entorno. Surgió entonces su primer hospicio en Gostyn. Alquiló una casa. Buscó limosnas y apoyos de quienes podían hacer algo por los abandonados y por los enfermos y desgraciados que morían sin asistencia espiritual y por los niños que lloraban de hambre y soledad. El hospicio comenzó a funcionar con una docena y a las pocas semanas eran muchos más, pues además de la comida se les daba cariño y atención personal.

No contento con el asilo y la preocupación de darles de comer, intentó ofrecerles una enseñanza escolar adecuada y hacerles ocupar el tiempo de forma provechosa. Pensó en un segundo paso. Formó, junto al hospicio, una especie de Instituto, que se llamó «Casa de la caridad». Había personas que le ayudaban, pero nadie como él estaba en todas partes, no medía el tiempo, se olvidaba de sus propias dolencias y debilidades y se entregó sin medida a la tarea de ayudar a los sufrientes. Fue entonces cuando alquiló una granja agrícola en la que recogió huérfanos y él mismo se hizo padre y enfermero de los niños, sobre todo de los más necesitados. Les cuidaba, les ayudaba en el trabajo. La educación religiosa de estos acogidos era su preferencia. Era la imagen del buen samaritano.

Los asilos en el territorio polaco ocupado por Austria no eran novedad. Se habían divulgado en años anteriores ante las grandes necesidades de la población y el gran número de abandonados. En Poznan, como en otros en Varsovia, en Leopoli, etc., habían surgido algunas iniciativas. En 1840 se había puesto

en funcionamiento el asilo local a iniciativa del Dr. Gasiorowiski. Bojanowski lo conocía y lo había estudiado. Pero se dio cuenta de que no bastaba recoger huérfanos. Había que educarlos y ayudarlos a crecer en lo espiritual, como se hacía en lo corporal.

Fue en 1849 cuando en forma precaria Edmundo se animó a abrir su primer asilo en Gostyn, acogiendo de día a los primeros huérfanos con ayuda de algunas personas piadosas. Pero pronto entendió que era necesaria en estos lugares la mano femenina y trató de reclutar muchachas de medios rurales para atender y entender a los niños acogidos. Pensó en unas animadoras, medio maestras, medio enfermeras, y atrajo a algunas campesinas jóvenes para convivir con los acogidos.

El 3 de mayo de 1850 se inició la experiencia de manera más estable y llegaron al asilo tres muchachas que venían con la idea de quedarse de manera definitiva. Edmundo preparó unos locales cedidos por la generosa señora Francisca Przewozna, para que se juntaran niños abandonados. Las tres primeras eran sencillas campesinas. No sabían leer ni escribir. Pero sabían a lo que venían: a formarse ellas primero y luego a trabajar en el asilo por los niños acogidos. Dos iban a trabajar en el campo y otra se quedaba en casa cuidando a los niños. Dos traían la comida con el sudor de su frente y la otra preparaba el hogar. Y latente la semilla de ser religiosas y comprometerse de forma estable en una comunidad. Ese día, en el que se celebraba en la Iglesia la fiesta del «hallazgo de la Santa Cruz» y que en Polonia se conmemora la Constitución de 1791, nació un Instituto polaco de singular importancia.

Fue maravilloso ver a aquellas primeras chicas que apenas habían cumplido los 14 años y que él invitaba a colaborar en la empresa de cuidar a los abandonados y formarse ellas mismas con su ayuda y continuo apoyo. Con ellas nació en 1850 la hermosa obra de las «Hermanas Siervas de la Inmaculada Madre de Dios». Un simple laico, no un sacerdote, sin casi darse cuenta y sólo con el ardor de su caridad y celo, era el fundador de una Familia religiosa que llenaba de admiración a la región.

No es que no hubiera religiosas. Había ya algunas congregaciones venidas de fuera: en Poznan estaban las Hijas de la Cari-

dad, de San Vicente de Paúl, y actuaba la Congregación del Oratorio de San Felipe de Neri. Conocía alguna escuela de las Ursulinas y había un Centro del Instituto del Sagrado Corazón. Pero estas obras solían estar en las ciudades o en las poblaciones grandes. La necesidad eclesial se localizaba en ese momento en los huérfanos de la campiña y de las aldeas. Hacía falta, mucha falta, que alguien abriera casas de acogida para ellos. Éste fue el vacío que vino Edmundo Bojanowski a llenar y lo que llenó de sorpresa a sus conciudadanos y a los sacerdotes de la región.

La idea que latía en aquel germen de comunidad que Edmundo inició fue la atención a los ambientes rurales, ya que en las ciudades había otras posibilidades. El lema que se propuso fue muy sencillo: trabajo para vivir, afecto para tratar a todos y espíritu de fe para servir en los pobres a Cristo. Edmundo se propuso primero educarlas y prepararlas para la tarea que se avecinaba. Su primer objetivo quedó claro desde el principio. Sin embargo fue poco a poco como se fue perfilando la obra. Escribió un reglamento. La inspiración divina y la buena voluntad hizo lo demás.

Se vio que era preciso hacer todo lo que pidiera el amor al prójimo, pero hacerlo en el campo, en los lugares pobres a donde pocas veces llegaba el médico, el maestro o el predicador. Así surgió el triple ideal de las hermanas: atender a los enfermos, educar a los niños, cuidar a los pobres. Las tres primeras hermanas se vieron pronto complementadas por otras. El párroco, Estanislao Gieburrowski, pudo escribir por aquellos días a su obispo:

> «El rincón de Pozdezecze es la parte mejor de mi parroquia de Strzelce; y esto porque, tras su fachada, hay un asilo lleno de amor: en la portada se ve la imagen de la Virgen y dentro están las buenas Siervas de María».

Poco a poco, gracias a la dedicación del fundador y la sencillez de las jóvenes llegadas, fueron consolidando sus formas de vida. Al pedir pronto de otros lugares personas bien preparadas y generosas, se fueron llamando entre sí «hermanas» y asumieron el reglamento preparado como estilo de vida. También es cierto que Edmundo dejó otras actividades y permanecía al tanto de lo que pasaba: les hablaba e instruía; las animaba en las di-

ficultades; buscaba medios de vida y traía cada día pan y mucho amor. Era el motor silencioso con su ayuda material y, sobre todo, con el secreto fuego que irradiaba su amor.

En 1854 ya precisó el reglamento escrito para la vida de las hermanas y de este año es su primera publicación, aunque sólo después de hacer su propio noviciado autorizado por el obispo diocesano pudo respirar tranquilo y dejar claro que las Hermanas de la Inmaculada nacían para las zonas rurales y para atender y educar a los huérfanos en primer lugar.

Las primeras hermanas se formaron en el noviciado de las Hermanas de la Misericordia de Gostyn, pero no faltaron las dificultades para que todos entendieran, superioras y directores espirituales, que la obra de los asilos era una cosa muy definida y original. Intervinieron varios sacerdotes que desconfiaban del fundador por el hecho de no ser él sacerdote. No se daban cuenta de que lo que el fundador no quería de momento eran «religiosas que dirigían asilos», sino hermanas que convivieran con los niños asilados para sembrar en ellos el amor del que carecían.

Por eso Edmundo tuvo que pensar muy pronto en hacer, con ayuda de su amigo Jan Kozmian, su propio noviciado en Jaszkowo, en una finca de unas 60 hectáreas, para imprimir su estilo y no perderse en polémicas inútiles con quienes no entendían su obra. En esa casa, que se terminó y se inauguró el 26 de agosto de 1856, la vida de las hermanas cobró nueva orientación. Se terminó con la incertidumbre que algunos clérigos habían sembrado sobre las primeras candidatas. Y se comenzó una vida más ordenada, más formativa, y más apostólica, ya que de forma inmediata se inició también un asilo junto a los locales propios del noviciado.

Con todo, él no era sacerdote y no quiso que ello fuera problema. Buscó al oratoriano padre Martín Hüber para que guiara espiritualmente a las jóvenes reunidas. Pronto la fragancia de tanta virtud y el aroma de tanta generosidad con los niños y con los enfermos comenzó a llenar de admiración a los campesinos, a las gentes con recursos, que ofrecieron limosnas y ayudas, a los sacerdotes de las parroquias vecinas y también a las autoridades de la diócesis que reconocieron la bondad o rectitud de la

obra. Tuvo que agradecer a los jesuitas de Srem que miraran con simpatía al obra y enviaran muchas candidatas a la recién iniciada casa de formación.

Porque la idea de los asilos había calado en el entorno. Y por eso no tardaron en pedirle que hiciera lo mismo en otros lugares. Así comenzó la cadena de los asilos rurales que él fue abriendo; en 1854 se inició otro en Kopaszewo y en 1855 otro en Turwia. Luego otros: Rogaczewo, Jaszkowo junto al Noviciado, Nieslabin, y otros más. Al comenzar 1860 eran ya 18 los lugares en que había asilo y hermanas. Todo un récord que indicaba lo que la gente apreciaba estas obras y lo bien que funcionaban. Para entonces las nuevas vocaciones que ingresaban tenían las cosas claras y sabían muchas cosas de su oficio, como enfermeras y como maestras, pero sobre todo como religiosas que hablan de Dios a los enfermos y a los niños.

Los primeros años de las hermanas fueron heroicos: pocas comodidades, mucho trabajo, todo lo que tenían a disposición de los necesitados: telas, comida, techo, sobre todo tiempo. Sólo se reservaban un poco de tiempo para rezar y el derecho de tomar para sí, cuando estaban con los niños, los trabajos más fatigosos. El conde Pininske, le escribía en 1862 a Edmundo:

> «Nada hay más hermoso para la formación de nuestras gentes y de nuestro país que este hermoso Instituto para la formación de nuestro pueblo campesino y de los niños de nuestras pequeñas aldeas».

La pedagogía de los asilos tal vez fue la mejor aportación que hizo Edmundo, como verdadero promotor de una magnífica pedagogía cristiana del huérfano. No era novedosa en lo humano, pero sí original en lo divino. En lo humano habían existido en el entorno cultural algunas experiencias en los tiempos anteriores. Él conocía las ideas pedagógicas de Fröebel, el pedagogo alemán fundador de los jardines de niños. Y tenía conocimientos amplios de las realizaciones, como «Chowanna», de Augusto Cieszkowski o los escritos de Evaristo Estkowski, que eran los pedagogos polacos que pedían cambios educativos para el mejor trato de los niños. Pero la aportación magnífica de Edmundo fue el descubrir y promover el sentido cristiano y amoroso de los asilos.

Él fue quien creó una pedagogía del acompañamiento: los niños no aprendían por lecciones sino con el ejemplo. Cantaban, rezaban, estaban ocupados en trabajos, hacían juegos y actividades corporales. Adquirían cultura como hombres en crecimiento. Pero sobre todo veían a Dios en el campo y le alababan, hacían trabajos sencillos y sacaban provecho de las cosas para dar a los demás de lo poco que ellos tenían. Las hermanas estaban para actuar como modelos, no para actuar como maestras o como predicadoras. Estos asilos fueron verdaderas escuelas de vida cristiana en donde, desde la alegría y la naturalidad, se aprendía a ser hombre, cristianos y ciudadanos nobles y virtuosos.

La obra de Bojanowski venía a llenar una laguna tremenda en aquellos años. Baste recordar que en aquellos años, en torno al 1860, las casas de acogida de huérfanos eran escasas en Polonia y por eso las demandas a Edmundo llovieron sin cesar. Cuarenta se conocen que no pudieron ser atendidas. Y baste decir que para toda la región polaca, ocupada y repartida entre tres naciones poderosas y con recursos grandes, sólo se habían podido establecer unas 55 obras de asilados: 35 en el Gran Ducado de Poznan, 14 en Galitzia, 2 en el Reino de Polonia y 4 en Silesia. Las obras de las Hermanas de la Inmaculada llegaron a 40 en vida del fundador. Eran tan hermosas que su noticia saltó las fronteras y llegaron a Lituania, Ucrania, Bohemia, Checoslovaquia, Inglaterra y Alemania.

La vida de Edmundo no se detuvo sólo en los Asilos. Era un espíritu abierto, y por eso también se entregó a otros compromisos en los pocos tiempos libres que le quedaban dada su dedicación a los huérfanos y a las Hermanas. Así, en 1857 fue invitado a formar parte de la Sociedad de Amigos de la Ciencia de la región. También era miembro del Comité literario de Gostyn, en el que demandaba ayudas para las Bibliotecas que quería establecer en cada escuela y en las salas de lectura que intentaba promover para que los campesinos tuvieran también acceso a la cultura. Estuvo en relación con el etnólogo José Lompa, que trabajaba en recolectar cánticos folclóricos de Silesia, vieja afición de Edmundo cuando era joven estudiante en Berlín. Durante mucho tiempo fue colaborador asiduo del pe-

riódico Przyjaciel Ludu («Amigo del Pueblo») y sus artículos, de fino gusto literario, eran muy apreciados por los lectores.

Es decir, estaba ocupado en todo trabajo que fomentara la cultura entre la clase sencilla, para que esa riqueza fuera un elemento de paz para todos y no un privilegio de los más ricos. Y esto lo hacía un siglo antes de que el Concilio Vaticano II insistiera en que ése debería ser el camino de la Iglesia. Y lo hacía con la paz y la bondad de quien reclama defender las ideas con la paz y cultivar los valores con la bondad en medio de intelectuales propensos a estallar en una revolución ante los poderes extranjeros ocupantes.

Junto a su trabajo cultural, estuvo su acción social, que no se limitó a la tarea de los Asilos y de las Hermanas. En 1863 fue designado presidente de las Conferencias de San Vicente de Paúl en Gostyn, cargo que de hecho ya ocupaba por su actividad desinteresada en las mismas. Fue una oportunidad muy interesante para que invitara a muchos a colaborar desde las Conferencias a la obra de los enfermos y abandonados. Así halló también apoyo, amistades y algunos recursos para las obras de misericordia que impulsaba.

Porque hacían falta medios y, además de trabajar intensamente por las Hermanas y con ellas, pensaba en buscar recursos para sostener las obras. Por eso pedía limosnas, solicitaba ayudas y sugería iniciativas que sólo un hombre culto y hábil como él podía hacer. Por ejemplo, entre 1852, 1856, 1862 publicó un *Anuario* por cuenta del Instituto que había fundado. Lo tituló *Spigolatu* (Cosecha de espigas) y sirvió para recoger dones y ayudas en beneficio de los huérfanos. Tenía sentido y contenido literario. El último número, el sexto, salió en 1862. Al obtener algunos beneficios en favor de los huérfanos, Edmundo pensó en publicar otras obras inéditas. También editó un alto número de «medallas» de Ntra. Sra. de Gostyn, precisamente la Virgen bondadosa que a él le había curado de niño.

En 1866 las necesidades aumentaron. De nuevo una oleada de cólera se hizo presente en la región. No habían pasado más que unos meses y, en 1868, una epidemia de tifus puso a prueba la obra. Bojanowski aprovechó sus dotes de escritor para reclamar fondos y para producir algunos escritos que resultaran ren-

tables, pues los medios que se tenían y las limosnas no eran suficientes en tiempos de carestía y pobreza. Los asilos rurales para abandonados se fueron multiplicando. Dios bendijo a las Hermanas y nuevas jóvenes generosas se iban añadiendo a los grupos iniciales. Era la belleza moral de la obra y el espíritu ardiente de Edmundo lo que hacía el milagro de atraer nuevas vocaciones.

Las primeras hermanas que salieron del Gran Ducado de Poznan se instalaron en la Galitzia, donde el jesuita P. Teófilo Baczynski, expulsado por los prusianos, demandó a su amigo Bojanowski algunas Hermanas para un asilo. Fue en 1861. Así comenzó la expansión enorme que las hermanas tuvieron. Acompañadas de la superiora Matilde Jasinska, las tres comenzaron una labor apostólica distante y pronto aumentaron en número.

Con todo, una pena le vino y se consolidó, como efecto de las circunstancias. La división impuesta por las potencias ocupantes de Polonia fue la causa de que, ya desde los primeros años, el Instituto de las Hermanas hubo de organizarse en formas independientes, como distintos Institutos, para poder instalarse en otras regiones. En 1846 la revolución de Cracovia contra los rusos había dado ocasión a Rusia para anexionarse la República, declarada provincia suya. Las otras potencias, Prusia y Austria, hicieron lo mismo en la revolución de 1863. En ambas zonas de influencia trabajaban ya algunas hermanas. Sus casas quedaron desgajadas e independientes para poder sobrevivir, por imposición de las autoridades. Era cuestión de acomodarse o desaparecer. Las hermanas que abrían un asilo o una obra en una zona tenían obligación de declarar su independencia con respecto al lugar de donde procedieran.

Edmundo entendió que era un mal; pero su celo le decía que lo primero era hacer el bien a tantos indigentes como necesitaban la ayuda de las hermanas. Lo otro era secundario y tal vez con el tiempo se arreglara. Cuatro fueron los grupos independientes, con sus Superioras autónomas y con su red de casas organizadas. Es decir, se formaron cuatro Institutos y un único corazón, que era el fundador mientras vivió y su recuerdo y espiritualidad cuando le llegó la hora de la partida. Con todo, una

secreta intuición le dijo que algún día llegaría en que su obra volvería a unificarse, tal vez cuando la hora de la patria unida fuera un sueño hecho realidad, o cuando Dios, que nunca tiene prisa, determinara. Esa hora llegó siglo y medio más tarde, pues fue en 1991 cuando se formalizó la Federación de las 3.500 Siervas de la Inmaculada Madre de Dios, extendidas por 15 países del mundo. Seguramente Edmundo, que pronto sería beatificado en la tierra (lo fue en 1999), se sonrió desde el cielo.

Las dificultades con algunos sacerdotes, animadores de diversos asilos, y la situación de desconfianza que a veces le manifestaban por ser él un laico que inspiraba una obra tan grandiosa, le movieron a revivir su pensamiento de ordenarse como sacerdote del Señor para consumar la obra. Él había vivido entregado a las obras de misericordia y nunca había pensado en formar una familia, pues quería estar libre para entregarse a los más pobres. Tuvo que vencer su humildad, pero consejos amigos le dijeron que Dios tiene sus momentos y tal vez el de su ordenación se acercaba como apoyo y ayuda a su Instituto creciente. Fue así como Edmundo Bojanowski creyó llegado el momento de dar un paso más en su vida. Por eso se decidió a ingresar en el seminario y consagrar a sus Hermanas, que empezaban a extenderse mucho, los últimos años de su vida.

En su *Diario,* ya entre 1856 a 1858, apuntaba ideas sobre la belleza del sacerdocio y sobre la posibilidad de caminar en esa dirección. En 1866 confiaba a un amigo:

> «Desde la juventud he sentido siempre la vocación al sacerdocio, pero nunca como ahora siento tanto la inspiración de hacerla realidad, pues la Congregación de las Hermanas es cada vez más grande. He intentado desde hace poco llegar a esta meta, mas no he logrado acertar, seguramente porque ya me hallo entrado en años» (A. Brzezinski, *Recuerdos de Edmundo Bojanowski).*

Tenía, cuando esto decía, ya 52 años, demasiados para su salud, que siempre había sido tan precaria, y para las muchas tareas que se había impuesto trabajando por los pobres.

En marzo de 1868 cayó enfermo y se temió por su vida. El obispo lo podría haber ordenado, pues conocía su vocación, su cultura enorme y la trayectoria de su vida. Pero tenía el inconveniente, para aquel entonces insuperable, de que no sabía el suficiente latín como se exigía. Y además tenía 54 años. Con todo,

sanó, o mejoró, y, al sentirse más fuerte, decidió avanzar hacia la meta de la ordenación sacerdotal. Ingresó en el Seminario de Gniezno. En el tiempo en que permaneció en él, acudía a las lecciones con toda sencillez, él que tenía que decir mucho a los demás. Vistió el hábito talar y durante meses todo parecía caminar conforme a sus deseos.

Pero Dios tiene siempre caminos misteriosos. De nuevo enfermó, y esta vez con una fuerte pulmonía, que por entonces era mortal. Tuvo de nuevo que salir del Seminario el 2 de mayo de 1870 por algún tiempo. Era el corte a un sueño que le había cautivado. Se dirigió a Gorka Duchowna, acogido por su amigo el párroco Estanislao Gieburowski, con quien continuó el estudio del latín y de la teología sacramental. Pero algo en su interior le dijo que ya su barco avanzaba en la última singladura hacia el puerto definitivo, y éste no era el altar sino el sepulcro. El año que pasó con su amigo y protector le sirvió para ayudar en la parroquia todo lo que pudo. Llevó una vida intensa de estudio, pero también de obras de caridad, de ardiente oración y frecuencia sacramental. Su salud no mejoraba, pues las ráfagas de mejoría eran ocasionales. Se consolaba con la oración, a la sombra del Santuario de Nuestra Señora de la Consolación que era precisamente el lugar junto al que se hallaba la parroquia.

Unos días antes de morir confesó a Don Gieburowski: «Piensa que el Señor ha querido que muera en el estado laical». Las últimas semanas tuvo que guardar cama con frecuencia. En su *Diario* registró sólo unas diez veces el poder acercarse a la iglesia parroquial. A la Hermana que le estaba asistiendo, pues su Instituto nunca le dejó solo, le decía en sus últimos días: «Querida Hermana: amad, amad, el Espíritu Santo hará el resto».

El 7 de agosto de 1871, a las 9,30 de la noche, Edmundo Bojanowski terminó su vida terrena allí, en Gorka Duchowna (Poznan). Su último suspiro llegó después de unos días de empeoramiento de sus pulmones deteriorados. Su última mirada fue para el santuario de la Virgen, su última plegaria la dirigió por sus huérfanos y enfermos. Y su mejor recuerdo para las Hermanas de la Inmaculada, por cuya obra había dado lo mejor de su vida.

Dejaba un Instituto extendido por las tres naciones que se repartían su patria polaca: Austria, Prusia y Rusia. Pero era una

obra sana y fuerte que seguía creciendo y era cada vez más admirada y apreciada. Dejaba dos noviciados en marcha, 197 hermanas y 40 centros. Con el tiempo la obra siguió creciendo y el siglo XXI amaneció con unas 3.500 hermanas en cuatro Institutos federados, desde 1991, en una unidad de acción y espíritu.

Su cuerpo fue enterrado en Zabikowo, cerca de Poznan. Su recuerdo fue especialmente venerado entre sus Hermanas de la Inmaculada. Su contemporáneo, el padre Antonio Brzezinski, escribió a su muerte:

> «Desde la admiración por las buenas obras que hizo en el secreto de su corazón, bien se puede decir que es el San Vicente de Paúl de estos tiempos. Su misericordia para con los pobres y las muchas limosnas que daba le hacían admirable. Sólo Dios sabe de dónde sacaba todo lo que lograba recoger para los necesitados».

El 13 de junio de 1999 el papa Juan Pablo II, su compatriota, le declaraba Beato en la misma Varsovia en su séptimo viaje a la nación. En la homilía con la que ensalzó su figura, ante más de medio millón de asistentes, dijo de él:

> «El apostolado de la misericordia llenó su vida. Este terrateniente de Wielkopolski, dotado por Dios con talentos espirituales singulares, supo hallar en la profundidad espiritual su santificación, a pesar de su salud delicada, con energía y constancia, con prudencia y generosidad... Siendo laico, fundó una Congregación de Siervas de la Inmaculada Virgen María. Quedará siempre en la Historia como el modelo de hombre cordialmente bueno, que por amor de Dios y de los hombres supo unir con eficacia en su entorno los medios para hacer el bien. Su acción fue un precedente de mucho de lo que el Concilio Vaticano II formuló sobre el apostolado de los seglares. Su excepcional ejemplo de trabajo generoso y sabio en favor del hombre, de la Patria, de la Iglesia, nunca será olvidado».

PEDRO CHICO GONZÁLEZ, FSC

Bibliografía

BASO, M., *Il Buon Samaritano che nelle strade del mondo dà la mano all'uomo d'oggi* (Roma 1955).

BOVE, C., OFM, *In punta di piedi. A servizio dei poveri* (Roma 2000).

NIEDŹWIECKA, Z., *Edmund Bojanowski Prekursor Soboru Watykanskiego II (Edmundo Bojanowsky, precursor del Concilio Vaticano II)* (Wroclaw 1985).

SZELEGIEWICZ, A., *Edmund Bojanowski i jego dzielo (Edmundo Bojanowski y su obra)* (Warsazwa-Lublín 1966).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTA AFRA

Mártir († 304)

No hay dudas de que hubo una mártir llamada Afra, que en la persecución de Diocleciano sufrió martirio en Augsburgo, donde es venerada. Recoge su memoria el Martirologio Jeronimiano, y su sepulcro lo visitó Venancio Fortunato el año 565. A esta noticia escueta y en el fondo suficiente se vinieron luego a agregar leyendas, que no parecen anteriores al siglo VIII y en las que es difícil discernir qué datos pueden pertenecer a la historia. El nuevo *Martirologio romano* acepta que Afra fue, en primer lugar, una pecadora y que convertida a Cristo, aún no bautizada, confesó la fe y fue martirizada siendo quemada viva. No todos los hagiógrafos aceptan estos datos de la conversión desde una vida disoluta y el martirio por el fuego. En los calendarios de Augsburgo de los siglos XI-XII se la presentaba como virgen, es decir, se ignoraba su pretendida condición de mujer pública antes de su conversión. Igualmente parece legendaria la memoria, unida a la de Afra, de su madre Hilaria y de sus criadas Digna, Eumenia y Euprepia, martirizadas con Afra, que el anterior *Martirologio* celebraba y que del actual ha desaparecido, así como el detalle de que su conversión se debió a la predicación de San Narciso.

SAN VICTRICIO DE RUÁN

Obispo († 410)

Debió nacer hacia el 330 en el país de los Morinos, entre Alemania y Bélgica. De joven se hizo militar y llevaba unos veinte años en el ejército cuando, siendo césar Juliano el Apóstata, depuso las armas de forma pública, rogando se le levantara el juramento militar. Pero fue puesto bajo tortura y luego condenado a muerte, aunque la condena no se cumplió. Tras su abandono del ejército parece que se dedicó a ampliar su cultura cristiana, y no parece que se hiciera monje, como algunos han querido. Sobre el año 385 fue elegido obispo de Ruán, una ciu-

dad que sintió profundamente la influencia benéfica de su pastor. Todos los miembros del pueblo de Dios intensificaron bajo él su vida cristiana. El clero, las vírgenes consagradas, los monjes y un número muy grande de fieles daban señales de intensa espiritualidad. Logró reunir un número importante de reliquias de santos que sirvieron de acicate a la devoción popular. Consta una entrevista de Victricio con su coetáneo San Martín de Tours.

Notable fue la labor evangelizadora de Victricio. Su campo fue la región de los Morinos y de los Nervos. Logró convertir a muchas personas, erigió iglesias y monasterios y formó sólidas comunidades cristianas. Los obispos de Gran Bretaña lo llamaron para conocer su parecer sobre determinados asuntos. Se ha dicho que conoció en este viaje al entonces adolescente San Patricio.

Acusado de apolinarismo, para defenderse fue personalmente a Roma, en febrero del año 404, siendo papa Inocencio I. San Paulino se lamentó de que no hubiera querido llegarse hasta Nola. Inocencio lo acogió, creyó en la pureza de su fe, y le envió una carta con normas sobre diferentes asuntos eclesiásticos. Como el año 409 ya no se le menciona en la carta de San Paulino de Nola que habla de los prelados insignes de las Galias, se ha supuesto con fundamento que estaba muerto para esa fecha. Su nombre no se contó entre los santos del Martirologio hasta que lo introdujo Baronio, pero no sin base, pues es seguro que en el siglo IX ya tenía culto cuando sus reliquias fueron trasladadas a Soissons.

BEATO JORDÁN FORZATÉ

Abad († 1248)

En el seno de la noble familia Forzaté Transelgardi nace Jordán en Padua el año 1158. Su ida al monasterio de San Benito en las afueras de la ciudad no fue movida por la vocación religiosa sino porque huyendo del pavoroso incendio que destruyó más de media ciudad se refugió en él. Pero una vez allí el joven de 15 años que era Jordán encontró sumamente atractiva la vida religiosa. Profesó en el monasterio y en él siguió de monje mu-

chos años, hasta que sus buenas cualidades le trajeron el ser nombrado prior del mismo y como tal reconstruyó el monasterio haciendo un doble edificio, uno para los monjes y otro para las monjas, convenientemente divididos entre sí por un alto muro. Otros monasterios similares se harían por toda la diócesis paduana. No tuvo inconveniente en participar en la vida ciudadana como incansable fomentador de la paz, y por ello aceptó el ser consejero del municipio paduano, alcanzando un gran prestigio y respeto social. Procuró evitar la caída de Padua en manos de Ezzelino Romano, y cuando el 25 de febrero de 1237 la ciudad fue efectivamente ocupada por el tirano, Jordán dejó la ciudad y se retiró al castillo paterno de Montemerlo. Su prestigio dentro de la Iglesia fue también grande y los papas Inocencio III y Gregorio IX le confiaron delicadas misiones. Tras la muerte en Padua de San Antonio, Jordán intervino activamente en su proceso de canonización. Apresado y conducido ante Ezzelino, éste lo acusó de procurar su caída y lo mandó a prisión al castillo de San Zenón, sin que la intervención del obispo y del clero de Padua fuera suficiente a liberarlo. Dos años más tarde, el emperador Federico II quiso verlo y fue encomendado al patriarca de Aquileya, de cuyas manos huyó al monasterio cisterciense La Celestia, de Venecia, donde moriría el 7 de agosto de 1248, sin haber podido volver a Padua. Sus virtudes religiosas y sus insignes dotes están atestiguadas por todos sus contemporáneos. Llevado su cuerpo a Venecia, fue enterrado en la iglesia de San Benito y tenido enseguida por santo.

BEATO VICENTE DE ÁQUILA

Religioso († 1504)

Vicente nace en Áquila, Italia, el año 1430 o poco después, en el seno de una familia sinceramente cristiana que le proporcionó una religiosa educación. En ese clima surge su temprana vocación al estado religioso e ingresa en el convento de San Julián, de su propia ciudad, en la rama de los franciscanos observantes, de cuyo espíritu de fiel seguimiento de la Regla franciscana se empapa enseguida, y profesa los votos religiosos en

calidad de hermano lego. Su vida estuvo dedicada a los quehaceres propios de su condición de hermano, haciéndolo todo con tal entrega y perfección que muy pronto fue tenido por un ángel en la tierra. Dio pruebas de admirables virtudes, como la paciencia ante quienes lo trataron con desprecio, y muy pronto circuló el rumor de que tenía el don de profecía y el de milagros. Sorprendía también por los éxtasis con que el Señor le regalaba en la oración. Perseveró hasta los setenta y tantos años que tenía al tiempo de su muerte en la más perfecta observancia de la Regla y la espiritualidad franciscanas, dejando a todos el buen olor de Cristo. Murió en el convento de San Julián de Áquila el 7 de agosto de 1504. Su culto fue confirmado por el papa Pío VI el 19 de septiembre de 1788.

BEATOS AGATÁNGELO DE VENDÔME (FRANCISCO) NOURRY Y CASIANO DE NANTES (GONZALO) VAZ LÓPEZ-NETTO

Presbíteros y mártires († 1638)

Al rey Basílides de Etiopía, que finalmente condenó a muerte a estos dos misioneros, se le ha comparado con Poncio Pilato. Estaba convencido de que los dos religiosos no merecían la muerte, trató de salvarlos, pero, amenazado de que podría ser depuesto si no los condenaba, se avino cobardemente a dictar sentencia capital contra ellos. Los mártires fueron llevados al pie de un árbol para ser ahorcados, y, no habiendo cuerda a disposición de los verdugos, los propios misioneros ofrecieron su cordón franciscano y con él fueron colgados. Mientras les colgaban, el metropolitano copto les tiró una piedra en señal de desprecio y entonces toda la turba asistente también apedreó a los mártires, que, consumado su sacrificio, fueron al encuentro de Cristo. Era en Gondar, Etiopía, el 7 de agosto de 1638. Demos ahora sus datos personales y luego digamos cuál fue su obra, la que les llevó al martirio.

AGATÁNGELO DE VENDÔME era el nombre que había adoptado en religión Francisco Nourry, nacido en Vendôme, Francia, el 31 de julio de 1598. Educado cristianamente, a los 16 años ingresa en la Orden capuchina, en la que profesa, y hechos

los estudios en Rennes, se ordena sacerdote. Destinado a Palestina, tiene como residencia el convento capuchino de Alepo, donde, ante todo, debe dedicarse al estudio de la lengua árabe mientras hace apostolado entre los franceses, los italianos y otros cristianos que se hallaban en la ciudad. Cultiva la amistad con los turcos, a los que expone el cristianismo, buscando que el conocimiento mutuo llevara a la paz y la tolerancia. También trabajó buscando la adhesión al catolicismo de los hermanos separados. Se acredita como excelente misionero. En 1631 es enviado a Menfis, Egipto, donde prosigue su labor misionera, tratando también de atraer al catolicismo a los coptos. Y en 1633 es enviado a El Cairo para hacerse cargo de una misión que hasta entonces no ha tenido éxito. Se le unen tres misioneros franceses, uno de ellos el P. Casiano de Nantes. Su propósito será procurar la unión de la Iglesia copta con Roma por medio del diálogo y la conciliación. Logran que el patriarca Mateo les abra sus propias iglesias para que en ellas el P. Agatángelo pueda celebrar la misa y predicar. Algunos coptos se pasan a la Iglesia católica. En 1636 el P. Agatángelo y otro misionero hacen un largo viaje al monasterio de Dair Antonios, en la Baja Tebaida, a fin de ganar influencia entre los monjes coptos, pues de entre ellos se elige a los obispos. Fueron bien recibidos y en su diálogo dos miembros de la comunidad se hicieron católicos; Agatángelo los dejó allí por si podían atraer a otros compañeros a su misma decisión. Por este mismo tiempo los católicos fueron autorizados a oír la misa en las iglesias coptas y los sacerdotes a celebrar la misa en ellas, lo que no fue bien visto por Roma pero sí por el clero y los fieles de Palestina y Egipto. El sínodo copto de 1637 abordó el tema de la unión con Roma, pero la vida escandalosa de algunos católicos fue un obstáculo insalvable, y el P. Agatángelo no pudo negar la existencia de dichos escándalos. Y fue entonces cuando decidió salir para Etiopía con el P. Casiano.

CASIANO DE NANTES era el nombre religioso de Gonzalo Vaz López-Netto, nacido el 15 de enero de 1607 en la ciudad francesa de Nantes en el seno de una familia portuguesa. Intentó entrar en la Orden capuchina cuando aún no tenía quince años, pero hubo de aguardar a tenerlos para empezar su novi-

ciado, profesando el año 1623. Hechos los estudios teológicos y ordenado sacerdote, se distinguió por su celo y caridad en la epidemia padecida por la ciudad de Rennes en 1631, y al poco es destinado a la Misión de Egipto, llegando al convento de Menfis. Aquí es agregado a la Misión de Etiopía, ya que dominaba varias lenguas orientales.

Ambos misioneros, con cartas del patriarca para el rey Basílides, se ponen en marcha hacia la frontera etíope, y se disfrazan de monjes coptos, pero el guía que los acompaña los traiciona y son detenidos y arrestados en Dibarua. Al registrar su equipaje se encuentran las cartas y los ornamentos católicos. Llevados a la cárcel, la hermana del gobernador de la prisión siente compasión de ellos y les envía comida cada día pero ellos habían decidido ayunar como preparación al martirio, y sólo aceptan el pan, y ayunan de este modo a pan y agua. Llevados a Gondar, comparecen ante el rey, que quiere salvarlos, y le dicen que han venido a proponer la unión de la Iglesia etíope con la Iglesia romana, pero el obispo copto Marcos —que en El Cairo fue amistoso con los misioneros y aquí se les puso en contra— y la corte instan a la plebe a que exija el castigo de los misioneros e incluso suene la amenaza de que el rey será depuesto si no lo hace. Propone el rey que sean azotados y expulsados los misioneros, pero esto no calma las protestas. Llama de nuevo a su presencia a ambos religiosos y les propone la apostasía del catolicismo como forma de salvar la vida, a lo que fray Casiano, que entiende la lengua, responde en nombre de los dos que ellos están dispuestos a morir fieles a la fe católica. El rey se ve obligado a condenarlos a muerte. Los dos confesores de la fe fueron solemnemente beatificados por el papa San Pío X el 1 de enero de 1905.

BEATOS MARTÍN DE SAN FÉLIX (JUAN) WOODCOCK, EDUARDO BAMBER Y TOMÁS WHITAKER

Presbíteros y mártires († 1646)

El 7 de agosto de 1646 fueron ahorcados, destripados y descuartizados en Lancaster, Inglaterra, los mártires Juan Wood-

cock, religioso franciscano con el nombre de fray Martín de San Félix, y Eduardo Bamber y Tomás Whitaker, sacerdotes seculares. Los tres sacerdotes habían sido declarados traidores por el crimen de su fe y su sacerdocio.

JUAN WOODCOCK, llamado también John Farringdon o Thompson, había nacido en Clayton-le-Woods, junto a Preston, en Lancashire, el año 1603, en un hogar religiosamente mixto, pues su padre era protestante y su madre era católica. Decidido por el sacerdocio, y luego de haber estudiado en St. Omer y en Roma, entró en la Orden franciscana en Douai en 1631, profesando los votos religiosos y ordenándose sacerdote. Vivió un tiempo en Arrás como capellán de Mr. Sheldon. Pasó luego a Inglaterra, donde trabajó con celo y eficacia, pero su precaria salud le obligó a volver al continente, nuevamente al convento de Douai. Pero cuando supo del martirio del P. Enrique Heat y oyó a un capuchino celebrar la gloria del martirio, se inflamó en el deseo de padecer por Cristo y pidió ser devuelto a la misión inglesa, a la que volvió en 1644. A la noche siguiente a su llegada fue arrestado y pasó dos años en un calabozo del castillo de Lancaster. Llevado a juicio en agosto de 1646, fue acusado y condenado como traidor. No se le permitió hablar antes de ser ejecutado. Estaba vivo cuando se empezó en él la horrible carnicería.

EDUARDO BAMBER, llamado también Reding, había nacido en The Moor, Lancashire, en el seno de una familia acomodada el año 1600. Estudió en el Colegio Inglés de Valladolid y luego pasó al de Douai donde se ordenó sacerdote. Vuelto a Inglaterra, fue enseguida arrestado y desterrado, pero habiendo regresado trabajó con admirable celo y constancia sobrehumana en la misión encomendada. Dos veces había sido ya arrestado y había logrado escaparse, cuando finalmente se le capturó y llevó al calabozo del castillo de Lancaster donde pasaría tres años. Llevado a juicio, dos antiguos católicos atestiguaron que lo habían visto ejercer las funciones sacerdotales. Camino del suplicio convirtió y absolvió a un delincuente llamado Croft. Al subir al patíbulo tiró unas monedas a la multitud, diciendo que Dios ama al que da con alegría. Cuando lo bajaron para destriparlo aún estaba vivo.

TOMÁS WHITAKER nació en Burnley, Lancashire, hijo de un maestro de escuela, en 1613. Estudió filosofía y teología en Valladolid, donde se ordenó sacerdote, y pasó a la misión inglesa en 1638. Arrestado, logró escaparse medio desnudo y huía por sitios desconocidos y de noche cuando un católico lo acogió. Reemprendió con gran ardor su tarea apostólica, en la que pudo perseverar hasta que de nuevo fue capturado en 1643 y llevado a la cárcel, donde padeció muchísimo con gran paciencia y serenidad. Juzgado y condenado como traidor, le impactó muchísimo la vista del cadalso, lo que fue aprovechado para invitarle insistentemente a la apostasía. Pero ayudado por la gracia de Dios, mantuvo incólume su fe y dijo que él moría como sacerdote en defensa de su fe. Su compañero de martirio, Bamber, le dio ánimo.

Los tres fueron beatificados el 22 de noviembre de 1987.

BEATO NICOLÁS POSTGATE

Presbítero y mártir († 1679)

Nació en 1597 en Egton Bridge, Yorkshire, en el seno de una antigua familia católica. Educado con mucho esmero, optó por el sacerdocio e ingresó en el seminario de Douai el 11 de julio de 1621, y terminados los estudios se ordenó sacerdote el 20 de marzo de 1628. Salió para la misión inglesa el 29 de junio de 1630 y pudo trabajar con entrega y éxito apostólico en su condado natal, siendo su ordinario sitio de estancia las cercanías de Whitby. También vivió con los Hungates en Saxton y actuó como capellán de lady Dunbar y atendió también religiosamente a otras familias, y se dice de él que logró convertir a unas mil personas.

Tras cuarenta años de ejercicio fructuoso del ministerio, vino a ser delatado por dinero y cogido preso en casa de Matthew Lythis, y fue interrogado por sir William Carey. Reconoció haber vivido sucesivamente en las casas de lady Hungate y de lady Dunbar y luego aquí y allá con algunos amigos. Reconoció ser suyos algunos objetos religiosos que se le encontraron pero dijo que quienes se los habían dado ya estaban muertos. Y al preguntársele por qué había usado algunos alias dijo que eran

los apellidos de sus bisabuelos. Cuando le preguntaron si era sacerdote católico respondió que eso tendrían que probarlo. En el juicio se le acusó y condenó por ser sacerdote católico y fue ejecutado en York el 7 de agosto de 1679, siendo beatificado por el papa Juan Pablo II el 22 de noviembre de 1987.

SAN MIGUEL DE LA MORA

Presbítero y mártir († 1927)

Miguel de la Mora nació en Rincón del Tigre, Jalisco, México, el 19 de junio de 1874 en un rancho, en el que creció y en el que al llegar a la adolescencia colaboró en las faenas del campo, pero sintiendo la vocación sacerdotal, ingresó en el seminario de Colima y, completados los estudios, se ordenó sacerdote el año 1906. Destinado unos años al ministerio parroquial en varias parroquias, en 1912 cuando se constituye el cabildo catedral es nombrado como uno de sus capellanes. Dos años más tarde es enviado a la pastoral directa en Zapotitlán, donde está hasta 1918, siendo ejemplar su conducta y fructuoso su apostolado. Regresa de nuevo a la catedral, y cumple con mucha exactitud sus deberes, especialmente la atención al confesonario, y era llamado a la cabecera de muchos enfermos. Se le hace director espiritual del colegio femenino «La Paz» y director diocesano de las Obras Misionales Pontificias.

Llegada la persecución, se ocultó prudentemente en su casa, pero enfrente vivía un general que, al comprobar que su vecino sacerdote estaba en su casa, mandó prenderlo. Salió libre bajo fianza pero con la condición de que se presentara diariamente en jefatura, y se le presionó para que abriera al culto la catedral pese a la prohibición episcopal, a lo que él se negó. Le dio miedo sentirse débil ante las presiones y decidió huir del pueblo. Fue reconocido en Cardona y arrestado, siendo devuelto a Colima. Mandó el general que lo fusilaran de inmediato, como así hicieron, siendo enterrado en una fosa del cementerio local desde la que, años más tarde, fue llevado su cuerpo a la catedral. Fue canonizado el 21 de mayo de 2000 por el papa Juan Pablo II.

8 de agosto

A) Martirologio

1. La memoria de Santo Domingo († 1221), presbítero, fundador de la Orden de Predicadores, cuyo tránsito fue en Bolonia el día 6 de este mes **.

2. En Albano, en la Via Apia, santos Segundo, Carpóforo, Victorino y Severiano, mártires († s. III-IV).

3. En Roma, en la Via Ostiense, santos Ciriaco, Largo, Esmeraldo, Crescenciano, Memmia y Juliana, mártires († s. IV).

4. En Tarso de Cilicia, San Marino de Anazarbo († 303), mártir.

5. En Milán (Liguria), San Eusebio († 462), obispo.

6. En Vienne (Galia), San Severo, presbítero († s. V).

7. En Burdeos (Aquitania), San Múmmolo († 678), abad de Fleury.

8. En Cícico (Helesponto), San Emiliano († s. IX), obispo, defensor de las sagradas imágenes *.

9. En Göttweig (Austria), San Altmán († 1091), obispo de Passau *.

10. En Gallese, junto a Viterbo (Toscana), San Famián († 1150), monje cisterciense *.

11. En Londres (Inglaterra), Beato Juan Felton († 1570), mártir bajo el reinado de Isabel I **.

12. En York (Inglaterra), Beato Juan Fingley († 1586), presbítero y mártir bajo Isabel I. Con él se conmemora al Beato Roberto Bickendike, mártir bajo el mismo reinado *.

13. En Xixiaodun (China), San Pablo Ke Tingzhu († 1900), mártir *.

14. En Zamora, Beata Bonifacia Rodríguez Castro († 1905), virgen, fundadora de la Congregación de Siervas de San José **.

15. En Sydney (Australia), Beata María de la Cruz (María Elena) McKillop († 1909), virgen, fundadora de la Congregación de Hermanas de San José y del Corazón de Jesús **.

16. En Poggio Caiano (Italia), Beata María Margarita (María Ana Rosa) Caiani († 1921), virgen, fundadora de las Terciarias Franciscanas Mínimas del Corazón de Jesús **.

17. En El Saler (Valencia), Beato Antonio Silvestre Moya († 1936), presbítero y mártir *.

18. En Valencia, beatas María del Niño Jesús Baldillou Bullit, y sus compañeras Presentación de la Sagrada Familia (Pascuala) Gallén Martí, María Luisa de Jesús Girón Romera, Carmen de San Felipe Neri (Nazaria) Gómez Lezaun y Clemencia de San Juan Bautista (Antonia) Riba Mestres († 1936), vírgenes, del Instituto de Hijas de María de las Escuelas Pías, mártires **.

19. En Gusen (Alemania), Beato Vladimiro Laskowski († 1940), presbítero y mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTO DOMINGO DE GUZMÁN

Presbítero y fundador († 1221)

Nació en Caleruega (Burgos), a fines de 1171. Su padre se llamaba Félix de Guzmán, «venerable y ricohombre entre todos los de su pueblo». Y era de los nobles que acompañaban al rey en todas sus guerras contra los moros. Y muy emparentado con la nobleza de entonces. Su madre, la Beata Juana de Aza, era la verdadera señora de Caleruega, cuyo territorio pertenecía a los Aza por derecho de behetría. Mujer verdaderamente extraordinaria, era querida y respetada por todos, muy caritativa, sinceramente piadosa y siempre dispuesta a sacrificarse por la Iglesia y por los pobres. De ella recibió Domingo su educación primera.

Hacia los seis años fue entregado a un tío suyo, arcipreste, para su educación literaria. Y hacia los catorce fue enviado al Estudio General de Palencia, el primero y más famoso de toda esa parte de España, y en el que se estudiaban *artes liberales,* es decir, todas las ciencias humanas, y sagrada teología. A esta última se dedicó Domingo con tanto ardor que aun las noches las pasaba en la oración y el estudio sobre todo de las Sagradas Escrituras y de los Santos Padres. Sobre estos textos sagrados iba él organizando en sus cuadernos una síntesis ordenada de toda la doctrina teológica.

Vivía solo, con su pequeño mobiliario y sus libros. Y así podía distribuir mejor su tiempo en el día y en la noche. Para mayor mortificación suprimió el vino, que en su casa tomaba. Suprimir el sueño para estudiar no era para él mortificación, sino gozo, pues la doctrina sagrada le embelesaba. Por eso su estudio tenía tanto de oración y de meditación como de estudio propiamente dicho. Tenía fama de vivir tan recogido, que más bien parecía un viejo que un joven de dieciocho o veinte. Su vida anterior le había preparado para ello, tanto en su propia casa como en la de su tío el arcipreste.

Por aquellos tiempos de guerras casi continuas con los moros y entre los mismos príncipes cristianos, con arrasamientos de campos, de pueblos y ciudades, con dificultades enormes para traer de fuera lo que en un pueblo o en una región faltaba,

eran, como no podía por menos de suceder, frecuentes las hambres, y en ciertos momentos espantosas. Por toda la región de Palencia se extendió una de esas hambres terribles que llevaban a la muerte muchas gentes. Domingo convirtió su cuarto en una *Limosna,* como entonces se decía, o sea en un lugar donde se daba todo lo que había y todo lo que se podía alcanzar. Y, claro está, en esa su habitación no quedaron bien pronto más que las paredes. ¡Ah! Y los libros en que Santo Domingo estudiaba, su más preciado tesoro. Tan preciado, que de ellos podía depender su porvenir. No había entonces librerías para comprarlos; había que copiarlos o hacerlos copiar; y de estas dos clases eran los libros de Domingo. Pero, además, esos libros suyos estaban llenos de anotaciones y resúmenes dictados por él mismo. Labor, como se ve, de dinero y de trabajo, nada fácil de realizar. ¡Y cómo duele desprenderse de un manuscrito propio —al que se tiene más cariño que a un hijo— para nunca más volverlo a ver!...

Pues cuando a estos libros de Domingo les llegó su vez, ahí está ese tesoro suyo del alma para venderse también. ¿Que el corazón se le desgarra al venderlos? «Pero, ¿cómo podré yo seguir estudiando en pieles muertas (pergaminos), cuando hermanos míos en carne viva se mueren de hambre?». Ésta fue la exclamación de Domingo a los que le reprochaban aquella venta. Y bien vale la exclamación por toda una epopeya. Pero hay todavía más: Domingo vendió cuanto tenía. Pero, ¿y las palabras del Señor: «Amaos como yo os he amado»? ¿Y no quiso el mismo Cristo ser *vendido* por nosotros y para nuestro bien? A la *Limosna,* que Domingo había establecido en su propia habitación, llega un día una mujer llorando amargamente y diciendo: «Mi hermano ha caído prisionero de los moros». A Domingo no le queda ya nada que dar sino a sí mismo. Pues bien: ahí está él; irá a venderse como esclavo para rescatar al desgraciado por el cual se le rogaba.

Estos actos de Domingo conmovieron a Palencia; y entre estudiantes y profesores se produjo tal movimiento de piedad y caridad que se hizo innecesario vender libros ni vender personas, sino que de las arcas, en que se hallaba escondido, salió en seguida dinero suficiente para todo. Y hasta salieron de aquí al-

gunos que luego, al fundar Domingo su Orden, le siguieron, consagrándose a Dios hasta la muerte. Y no sólo por Palencia corrió la voz de estos hechos, sino por todo el reino de Castilla, dando lugar a que el obispo de Osma, don Martín Bazán, que andaba buscando hombres notables para su Cabildo, viniese a Domingo, rogándole que aceptase en su catedral una canonjía.

La aceptación de esta canonjía suponía para Domingo un paso decisivo hacia el ideal de vida apostólica con que soñaba. Estos cabildos regulares bajo la regla de San Agustín, fundados durante el último siglo con espíritu religioso y ansias de perfección, con vida común y pobreza personal voluntaria, eran verdaderas comunidades religiosas, aunque en los últimos tiempos habían decaído mucho. El obispo de Osma, en cosa de seis años, tuvo que sustituir a nueve de sus doce canónigos por inobservantes. Por eso buscaba santos, como el joven Domingo, para sustituirlos. Y fue tan honda la reforma de este Cabildo, que perseveró en su vida de perfección hasta fines del siglo XV, en que todos los cabildos de España se habían ya secularizado. Tenía Domingo unos veinticuatro años cuando aceptó esa canonjía. Y poco después, al cumplir la edad canónica de veinticinco, fue ordenado sacerdote.

Desde el primer momento el canónigo Domingo comenzó a brillar por su santidad y ser modelo de todas las virtudes; el último siempre en reclamar honores, que aborrecía, y el primero para cuanto significaba humillaciones y trabajos. Su virtud atraía. Y, como de él se dijo en su vida de apostolado, nadie se acercaba a él que no se sintiese dulce y suavemente atraído hacia la virtud. Era entonces prior del Cabildo don Diego de Acevedo, elemento importante de esta reforma y sucesor del obispo don Martín a su muerte en 1201. A Domingo debieron elegirle subprior sus compañeros apenas le hicieron canónigo, pues como tal subprior aparece bastante antes de la muerte del obispo Bazán. En 1199 aparece también como sacristán del Cabildo, es decir, director del culto de la catedral. Estos dos cargos obligaron a Domingo a darse más de lleno al apostolado y ser modelo de perfección en todo.

A diferencia de los antiguos monjes, que alternaban la oración con el trabajo manual, los canónigos regulares debían de-

dicarse más de lleno que a la vida contemplativa, al culto divino y a los sagrados ministerios; a éstos, sobre todo, los que para ellos eran especialmente dedicados. Domingo, pues, como subprior del Cabildo y como sacristán, tendría a su cargo la enseñanza de la religión, que en la catedral se daba; la predicación no sólo en la catedral, sino también en otras iglesias que del Cabildo dependían, bautizar, confesar, dar la comunión, dirigir el culto, etc., todo ello junto con una vida de apartamiento del mundo y de pobreza voluntaria, teniéndolo todo en común a imitación de los apóstoles.

El rey Alfonso VIII había encargado al obispo de Osma, don Diego de Acevedo, en 1203, la misión de dirigirse a Dinamarca a pedir para su hijo Fernando, de trece años, la mano de una dama noble. El obispo aceptó. Y por compañero espiritual de viaje escogió a Domingo, subprior suyo, dirigiéndose con él por Zaragoza a Tolosa de Francia. Pero allí observaron que toda esta región, y aun, al parecer, toda Francia, Flandes, Renania, y hasta Inglaterra y Lombardía, estaban grandemente infectadas de perniciosas herejías. Los cátaros, los valdenses o pobres de Lyón, y otras herejías procedentes del maniqueísmo oriental, lo llenaban todo. Tenían hasta obispos propios. Y hasta llegaron a celebrar un concilio, presidido por un tal Nicetas, que se decía papa, venido de Constantinopla. Los poderes civiles, en general, de manera más o menos solapada, les favorecían. Su aspecto exterior era de lo más austero: vestían de negro, practicaban la continencia absoluta y se abstenían de carnes y lacticinios. Negaban todos los dogmas católicos, la unicidad de Dios, la redención por la cruz de Cristo, los sacramentos, etc., etc. Con la afirmación de dos dioses, uno bueno y otro malo, su religión venía a ser solamente una actitud pesimista frente a la vida, de la cual había que librarse por esa austeridad y mortificaciones con las que deslumbraban a las muchedumbres.

Desde San Bernardo, sobre todo, se venía luchando contra ellos sin conseguir apenas resultado alguno. En esta zona de Francia se les llamaba albigenses, por tener en la ciudad de Albi uno de sus centros principales. Providencialmente la misma primera noche de su estancia en Tolosa tuvo Domingo ocasión de encontrarse cara a cara con uno de ellos, su propio huésped,

quedando horrorizado. Le pidió razón de sus errores, y el hereje se defendió como pudo. Y así la noche entera. Hasta que, al fin, el hereje, profundamente impresionado por el amor y la ternura con que le hablaba Domingo, reconoció sus propios errores y abandonó la herejía. A la mañana siguiente Acevedo y Domingo continuaron su viaje a Dinamarca, donde cumplieron bien su misión, aunque el matrimonio, concertado así por poder o por procurador, no llegó jamás a consumarse, a pesar de un segundo viaje hecho en 1205 por los mismos dos embajadores. Los cuales habían descubierto al norte de Europa un mundo no ya de herejes, sino de paganos, con mucho mayores dificultades para su evangelización, mundo que ya no se borrará jamás de su alma.

Vueltos Acevedo y Domingo a Provenza, y conociendo más y más los estragos de la herejía, que todo lo iba dominando, pues se servía de toda clase de armas, la calumnia, el incendio, el asesinato..., decidieron quedarse allí. La lucha entre herejes y católicos era sumamente desigual. Pues, además de que los herejes no reparaban en medios, tenían bandas de predicadores que iban por todas partes propagando su doctrina. Por parte de los católicos, en cambio, sólo podían predicar los obispos o algunos delegados suyos; y algunos, muchos menos, delegados del Papa, pero siempre, y en todo caso, con misiones muy concretas de tiempos y lugares. Además, los herejes apenas tenían otros dogmas que negaciones. Pero, en cambio, alardeaban de practicar a la perfección la moral evangélica y acusaban a la Iglesia de no practicar nada de lo que enseñaba. Para esto se fijaban, sobre todo, en la forma como venían a predicarles los legados pontificios, que solían venir con grande pompa y boato, por creer que lo contrario hacía desmerecer su autoridad.

En el seno de la Iglesia hacía un siglo que se venían haciendo reformas en cabildos catedrales, como hemos visto, y en órdenes religiosas, como la de Cluny, la del Císter y otras. Pero estas reformas no siempre lograban mantenerse en el primer fervor y con frecuencia fracasaban por completo, a poco de haberse iniciado.

Además, estas comunidades, por mucha perfección que practicasen, vivían separadas del pueblo, mientras que los he-

rejes vivían con él mezcladísimos. Por otra parte, al pueblo suelen preocuparle menos los dogmas que la moral, y cree siempre más en las obras que en las palabras. Cuando el obispo de Osma y el subprior llegaron a darse cuenta por completo de la situación, comenzaron a advertir al Papa que no era nada a propósito para combatir a los herejes presentarse como sus legados se presentaban. Entre aquella inmensa corrupción, que lo inundaba todo, comenzaban a sentirse por doquier ansias de verdadera vida evangélica, y se hacía cada vez más claro que para conquistar al mundo, tan extraviado y corrompido, había que volver al modo de predicar y de vivir que los mismos apóstoles practicaron.

En la primavera de 1207 hubo un encuentro en Montpellier entre algunos legados cistercienses del Papa, por una parte, y el obispo de Osma y Domingo, por otra, sobre el sistema a seguir en la lucha contra los herejes. El de Osma renunció a todo su boato episcopal para abrazar con Domingo la vida estrictamente apostólica, viviendo de limosnas, que diariamente mendigaban, renunciando a toda comodidad, caminando, a pie y descalzos, sin casa ni habitación propia en la que retirarse a descansar, sin más ropa que la puesta, etc., etc. Domingo por ese tiempo ya no quería que le llamasen subprior ni canónigo, sino tan sólo *fray Domingo,* y su obispo se había adaptado también perfectamente a esta pobreza de vida.

Con estas cosas el aspecto de la lucha contra los herejes fue cambiando más y más a favor de los católicos. Los misioneros papales aumentaron notablemente en cantidad y calidad, llevando una vida enteramente apostólica y repartiéndose por toda la región en torno a ciertos centros escogidos. Domingo se quedó en un lugarcito llamado Prulla, cerca de Fangeaux, junto a una ermita de la Virgen y algunas pocas viviendas, pero con buenas comunicaciones. *Era ya predicador pontificio y delegado del Papa* para dar certificados de reconciliación con el sello de toda la empresa misional. Este sello contenía solamente la palabra *predicación.* Al jefe de la misión, en este caso a Domingo, se le llamaba *magister praedicationis.* Se fundaron no pocos de estos centros; pero como el personal de la misión, en general, era temporero, a los pocos meses comenzaron a cansarse y se fueron a sus abadías,

quedando en pie solamente el centro de Prulla, que dirigía y sostenía Domingo. Por este mismo tiempo comenzó Domingo a reunir en Prulla un grupo de damas convertidas de la herejía, a las que él fue dando poco a poco algunas normas y reglas de vida, que más tarde se convirtieron en verdaderas constituciones religiosas, calcadas sobre las mismas de los dominicos. Y habiéndose ido a sus abadías los abades cistercienses que formaban el grupo principal de la misión; habiéndose ido, por otra parte, a Osma don Diego de Acevedo para arreglar sus asuntos y volver a Francia, cosa que no pudo realizar por sorprenderle la muerte; habiendo sido asesinado el principal legado del Papa y director de aquella gran misión, las cosas cambiaron súbitamente, y Domingo, cuando más ayudas necesitaba, se quedó solo. El asesinato de Pedro de Castelnau se atribuyó al conde de Tolosa, por lo cual éste fue excomulgado, el Papa exoneró a sus súbditos de la obediencia debida y promovió contra él una cruzada, capitaneada por Simón de Montfort, que marca uno de los períodos más sangrientos y difíciles de toda esta época.

Domingo no era partidario de estos procedimientos; para defender la religión no aceptaba otras armas que los buenos ejemplos, la predicación y la doctrina; por lo cual, cuando toda aquella región era el escenario de una guerra de las más sangrientas, él se recluyó en Prulla, para sostener allí, cuando menos, un grupito de compañeros, que ya tenía, y otro grupo mayor de mujeres convertidas, base del convento de monjas que allí se estaba formando. En 1212 quisieron hacerle obispo de Cominges; pero él rehusó humildemente, alegando que no podía abandonar la formación de esta doble comunidad, en edad tan tierna todavía.

En 1213, calmada un poco la guerra, aparece Domingo predicando la Cuaresma en Carcasona. En esta ciudad, emporio de la herejía, peligraba hasta la vida de los predicadores; se les escupía, se les tiraba piedras y barro, se les dirigía toda clase de insultos y calumnias; y precisamente por eso Domingo tenía a esta ciudad un especial cariño. El obispo le nombró vicario suyo *in spiritualibus,* es decir, en cuanto a la predicación, al confesonario, a la reconciliación de herejes, etc., pero no en causas judiciales o administrativas. Al año siguiente le nombró *capellán suyo,* es decir párroco en Fangeaux (25 de mayo de 1214). En

1215 el arzobispo Auch, con el voto unánime de sus canónigos, quiso hacerle obispo de Conserans, diócesis sufragánea suya. Domingo vuelve a resistirse con invencible tenacidad.

Estando en Fangeaux una noche en oración, parece haber tenido una revelación especial, de la cual, como es natural, no queda documento fehaciente; queda solamente un monumentito de tiempo posterior llamado Seignadou. Y allí parece haber tenido el santo *cierta visión* que le impresionó grandemente. ¿La revelación del rosario? Los santos nunca suelen sacar al público estos secretos. Entrar con más detalles en esto de la fundación del rosario no es cosa nuestra. La tradición, unánime hasta tiempos muy recientes, avalada por gran multitud de documentos pontificios y con multitud de argumentos de toda clase, a Santo Domingo atribuye la fundación del rosario.

Desde 1214 vuelve Domingo a sus continuas andanzas de predicación y apostolado, y en plan verdaderamente apostólico. Los testigos del proceso de su canonización nos ofrecen datos abundantísimos. Nunca iba solo, sino con un compañero por lo menos, pues Jesucristo enviaba a sus discípulos a predicar de dos en dos. Solía llevar consigo un bastón con un palito atravesado en lo alto, como empuñadura. Uno de estos bastones se conserva todavía en Bolonia. Ninguna clase de equipaje ni bolsillos ni alforjas, sino tan sólo, en la única túnica remendada y pobrísima con que se cubría, una especie de repliegue sobre el cinturón, en el que llevaba el Evangelio de San Mateo, las Epístolas de San Pablo y una navajita sin punta, sin duda para cortar el pan duro que pidiendo de puerta en puerta le daban. Iba ceñido con una correa, a estilo de los canónigos de San Agustín a que pertenecía.

Caminaba siempre descalzo. Lo cual dio lugar a que un hereje se le ofreciese en cierta ocasión como guía para conducirle a un lugar desconocido, en que tenía que predicar. Lo llevó por los sitios más malos, llenos de piedras y espinos, de modo que al poco rato Domingo y su compañero llevaban los pies deshechos y ensangrentados. Domingo entonces comenzó a dar gracias a Dios y al guía, porque con aquel sacrificio, decía, era bien seguro que su predicación produciría gran fruto. Y así fue, porque hasta el mismo guía se convirtió.

En los caminos iba siempre hablando de Dios y predicando a los compañeros de viaje. Y cuando esto no era posible se

separaba del grupo y comenzaba a cantar himnos y cánticos religiosos. Cuando el concilio de Montpellier, para diferenciarles de los herejes, prohibió a los predicadores católicos ir descalzos, Santo Domingo llevaba sus zapatos al hombro y sólo se los ponía al entrar en pueblos y ciudades. Ninguna defensa llevaba en sus viajes contra el sol, aun en lo más ardiente del verano, ni contra la lluvia o la nieve. Y cuando llegaba a un pueblo con su túnica de lana empapadísima y le invitaban a que, como todos los demás, se acercase al fuego para secarse, él se disculpaba amablemente yéndose a rezar a la iglesia. A consecuencia de lo cual solía estar lleno de dolores, en los que se gozaba. Sus mortificaciones eran continuas e inexorables. Su camisa estaba tejida con ásperas crines de cola de buey o de caballo, como declaran en su proceso las señoras que se la preparaban. Por debajo de ella tenía otros cilicios de hierro y, fuertemente ceñida a la cintura, una cadena del mismo metal, que no se quitó hasta su muerte. Con cadenillas de hierro también se disciplinaba todas las noches varias veces. No tuvo lecho jamás, y, cuando en sus viajes se lo ponían, lo dejaba siempre intacto, durmiendo en el suelo y sin utilizar siquiera una manta para cubrirse, aun en tiempos de mucho frío. En los conventos, ni celda siquiera tenía, pasando la noche en la iglesia en oración en diversas formas, de rodillas, en pie, con los brazos en cruz o tendido en venia a todo lo largo. Para morir tuvieron que llevarle a una celda prestada. Parcísimo en el comer, ayunaba siempre en las cuaresmas a sólo pan y agua.

Jamás tuvo miedo a las amenazas que los herejes continuamente le dirigían. El camino que desciende a Prulla desde Fangeaux era muy a propósito para emboscadas y asaltos. Y, sin embargo, casi a diario lo recorría Domingo bien entrada la noche. Un día unos sicarios, comprados por los herejes, le esperaban para matarle. Mas providencialmente aquel día no pasó por allí el siervo de Dios. Y, habiéndole encontrado tiempo más tarde, le dijeron que qué habría hecho de haber caído en sus manos, a lo cual Domingo les respondió:

> «Os habría rogado que no me mataseis de un solo golpe, sino poco a poco, para que fuese más largo mi martirio; que fuerais cortando en pedacitos mi cuerpo y que luego me dejaseis morir así lentamente, hasta desangrarme del todo».

¡Qué grandeza! ¡Qué amor a la cruz y al que en ella quiso por nosotros morir!

Dejemos a Domingo seguir en sus ininterrumpidas predicaciones. Por el mes de abril dos importantes caballeros de Tolosa se le ofrecieron a Domingo para seguirle, no como los demás discípulos que le acompañaban, sino incorporándose plenamente con él, con un juramento o voto de fidelidad y de obediencia. Uno de ellos, Pedro Seila, iba a heredar de su padre tres casas en la ciudad de Tolosa, y de aquí salió la primera fundación de dominicos, pues antes del año estaban las tres llenas de gente. El obispo, al aprobarles la fundación, había declarado a Domingo y a sus compañeros vicarios suyos en orden a la predicación, y esto en forma permanente y sin especial nombramiento, cosa hasta entonces completamente desconocida en la historia de la Iglesia. Como no podemos seguir paso a paso esta historia, baste recordar que, cuando, en vez del obispo, sea el Papa el que tome una determinación parecida en orden a Domingo y sus compañeros, la Orden de Predicadores quedará fundada. Los compañeros de Domingo eran todos clérigos y vestían, como él, túnica blanca, como los canónigos de San Agustín. Y Domingo se preocupó inmediatamente de buscarles un doctor en teología que les pusiera clase diaria, a fin de prepararles para la predicación. Primero *doctores* y luego *predicadores.*

Por el mes de noviembre de 1215 celebróse en Roma el IV Concilio de Letrán, el más importante acaso de la Edad Media. En este concilio, canon 13, se prohibió la fundación de nuevas órdenes religiosas. ¿Qué sería de la recién nacida, aunque aún no confirmada por Roma, Orden de Predicadores? El Papa, sin embargo, declaró, como ampliación de ese canon prohibitivo, que admitiría fundaciones con tal de que se acogiesen a una de las antiguas reglas, completada en los detalles por especiales constituciones, para mejor adaptarlas a los tiempos. Esto lo dijo el mismo Inocencio III a Domingo, asegurándole que cuantas constituciones adicionales le propusiese él se las confirmaría. Pero, unos meses después, muere el Papa y es elegido Honorio III. Domingo había reunido a sus hijos el día de Pentecostés de 1216 para redactar esas nuevas constituciones, que son aún hoy la base de las constituciones de la Orden dominicana; pero,

cuando quiso ir a Roma, para que el Papa cumpliese su palabra de confirmárselas, el Papa era nuevo y se resistía a prescindir de un canon del concilio para aprobar una Orden que con tantas novedades se presentaba. Sobre todo lo de la *predicación,* como privilegio concedido a los dominicos sólo por serlo, levantaba por todas partes una grande oposición. Había también en esta nueva Orden otras novedades, por ejemplo, las constituciones hechas por Domingo, a diferencia de las de todas las Órdenes religiosas existentes, eran leyes meramente penales, pues no obligaban a culpa, sino a pena. Además, la doctrina de las dispensas se cambiaba por completo. No sólo se dispensaba una ley por no poder cumplirla, sino también cuando, aun pudiendo, estorbaba a otra ley o precepto de orden superior y más directamente conducente al fin último de la Orden, etc., etc.

El Papa, sin embargo, quería y veneraba mucho a Domingo, y cuanto más le iba tratando, más le veneraba y le quería. Y, al fin, después de algunas vacilaciones y muchas consultas, dio su bula de 21 de enero de 1217, concediéndole a Domingo la confirmación deseada. Y tan amigo de Domingo y protector de su Orden llegó a ser que desde esa fecha hasta 1221, por agosto, en que Domingo expiró, le fueron dirigidos por el Papa sesenta documentos entre bulas, breves, epístolas, etc., llegando a eximirle de pagar los gastos que todos estos documentos debían pagar en la curia pontificia.

Por este tiempo, estando Domingo en Roma, se le aparecieron una noche en oración los apóstoles San Pedro y San Pablo y, entregándole un báculo y un libro, le dijeron ambos a la vez: «Ve y predica». Esto lo refirió el mismo Domingo más tarde a alguno de sus hijos, que lo transmitió a la historia.

Confirmada la Orden, volvió Domingo a Francia, y el 15 de agosto de 1217 reunió a sus dieciséis discípulos en Tolosa, para dispersarles por el mundo contra la opinión de casi todos, incluso algunos obispos amigos. De estos dieciséis dominicos envió siete a París, dándoles por superior al único doctor con que hasta entonces contaba, fray Mateo de Francia, y poniendo, además, entre ellos, dos con fama de contemplativos, uno de éstos su propio hermano. A España envió cuatro. Tres los dejó en Tolosa, y los otros dos se quedaron en Prulla, donde, además de

las monjas, habían comenzado a congregarse hacía algunos años un grupito de discípulos. Poco tiempo más tarde envió también religiosos a Bolonia, al lado de la otra universidad de fama mundial que entonces brillaba.

En 1219 visitó Domingo su comunidad de París, que tenía ya más de treinta dominicos, varios de ellos ingresados en la Orden con el título de doctor. De este modo, no sólo tenían derecho a enseñar, sino que podían hacerlo en su propia casa, que ya entonces estaba establecida en lo que fue después, y vuelve a ser hoy, famosísimo convento de Saint Jacques. En Bolonia le sucedió una cosa parecida, pues en 1220, por la acción del Beato Reginaldo, doctor también de París, y otros varios, que por él habían ingresado en la Orden, la universidad se encontraba en las más íntimas relaciones con los dominicos. Podemos decir que tanto el convento de París como el de Bolonia comenzaron a ser desde el principio una especie de colegio mayor, o, aún más, una sección de la misma universidad, incorporada a ella totalmente.

En 1220 las herejías de cátaros, albigenses, etc., se habían extendido muchísimo por Italia, especialmente por la región del norte. El papa Honorio III, para detener los progresos de la herejía, determinó organizar una gran misión. Pero, en vez de poner al frente de ella algún cardenal como legado suyo, o algunos abades cistercienses, encomendó la dirección a Domingo, no sólo con facultad para declarar misioneros a cuantos quisiese de sus propios hijos, sino también para reclutar misioneros entre los mismos cistercienses, benedictinos, agustinos, etc. Esto era una novedad que, aunque presentida, llamó mucho la atención. Seguir las peripecias de esta gran misión nos es absolutamente imposible. Domingo acabó en ella de agotar sus fuerzas por completo. Venía padeciendo mucho de varias enfermedades, sin querer cuidarse lo más mínimo ni dejar de predicar un solo día muchas veces y a todas horas.

El día 28 de julio por la noche llegó a su convento de Bolonia verdaderamente deshecho y casi moribundo. Pero no quiso celda ni lecho, sino que, como de costumbre, después de predicar a los novicios, se fue a la iglesia a pasar la noche en oración. El 1 de agosto no pudo levantarse del suelo ni tenerse en pie, y

por primera vez en su vida aceptó que le pusieran un colchón de lana en el extremo del dormitorio, y poco después en una celda, que le dejaron prestada, pues en la Orden no hubo nunca dormitorios corridos, sino celditas, en las que cabía un colchón de paja —de lana para los enfermos— y un pupitre para estudiar y escribir. La intensidad de la fiebre le transpone a ratos. Otras veces toma aspecto como de estar en contemplación y otras mueve los labios rezando, otras pide que le lean algunos libros; jamás se queja; cuando tiene alientos para ello habla de Dios, y la expresión de su rostro demacrado sigue siempre dulce y sonriente.

El 6 de agosto habla a toda la comunidad del amor de las almas, de la humildad, de la pureza, condición necesaria para producir grande fruto. Después hace confesión general con los doce padres más graves de la comunidad, que más tarde declararon no haber encontrado en él ningún pecado, sino muy leves faltas.

Después, ante la sospecha, que le sugirieron, de que quisieran llevar a otra parte su cuerpo, dijo: «Quiero ser enterrado bajo los pies de mis hermanos». Y viéndoles a todos llorar, añadía: «No lloréis, yo os seré más útil y os alcanzaré mayores gracias después de mi muerte». Y ante una súplica del prior levantó las manos al cielo, diciendo: «Padre Santo, bien sabes que con todo mi corazón he procurado siempre hacer tu voluntad. He guardado y conservado a los que me diste. A ti te los encomiendo: Consérvalos, guárdalos». Y volviéndose a la comunidad, preparada para rezar las preces por los agonizantes, les dijo: «Comenzad». Y, al oír: «Venid en su ayuda, santos de Dios», levantó las manos al cielo y expiró. Era el 6 de agosto de 1221, cuando no había cumplido aún cincuenta años. Ofició en sus funerales el cardenal Hugolino, legado del Papa, al que había de suceder bien pronto, y que le había de canonizar.

Una de las monjas admitidas por él en el convento de San Sixto, de Roma, hace de Domingo la siguiente descripción, confirmada por el dictamen técnico que sobre su esqueleto se dio en 1945, al abrir su sepultura, por temor de que fuese Bolonia bombardeada:

> «De estatura media, cuerpo delgado, rostro hermoso y ligeramente sonrosado, cabellos y barba tirando a rubios, ojos bellos. De su frente y cejas irradiaba una especie de claridad que atraía el

respeto y la simpatía de todos. Se le veía siempre sonriente y alegre, a no ser cuando alguna aflicción del prójimo le impresionaba. Tenía las manos largas y bellas. Y una voz grave, bella y sonora. No estuvo nunca calvo, sino que tenía su corona de pelo bien completa, entreverada con algunos hilos blancos».

Fue canonizado por Gregorio IX en 1234. Y sus restos descansan en la magnífica basílica del convento de Predicadores de Bolonia, en una hermosísima y artística capilla.

ALBINO GONZÁLEZ MENÉNDEZ-REIGADA, OP

Bibliografía

Acta sanctorum, Augusti, I, 638-658.

BALME, F. - LELAIDIER, P. - COLLOMB, A. I. (eds.), *Cartulaire, ou histoire diplomatique de Saint Dominique,* 3 vols. (París 1893-1901).

GELABERT, M. - MILAGRO, J. M., *Santo Domingo de Guzmán. Su vida, su orden, sus escritos* (Madrid 1947).

MANDONNET, P., *Saint Dominique, l'idée, l'homme et l'oeuvre* (París 1937).

ORTROY, F. VAN, «Pierre Ferrand et les premiers biographes de Saint Dominique»: *Analecta Bollandiana* 30 (1911) 27-28.

PELÁEZ, A., *Cuna y abolengo de Santo Domingo de Guzmán* (Madrid 1917).

SOCIÉTÉ DES BOLLANDISTES (ed.), *Bibliotheca hagiographica latina antiquae et mediae aetatis,* I (Bruselas 1898-1899) n.2208-2236; supl.96 y 95.

• Actualización:

BOUCHET, J.-R., OP, *Saint Dominique* (París 1988).

BUSTOS CASTRO, T. DE, *Santo Domingo de Guzmán, predicador del Evangelio* (Salamanca 2000).

CASTILLO, H. DEL, OP, *Historia general de Santo Domingo y de su orden de predicadores,* 3 vols. Reprod. facsímil (Valladolid 2002).

DIEGO CARRO, V., *Domingo de Guzmán. Historia documentada* (Madrid 1973).

VICAIRE, M.-H., OP, *Historia de Santo Domingo.* Nueva ed. española por A. VELASCO DELGADO (Madrid 2003).

BEATO JUAN FELTON

Mártir († 1570)

El santoral encierra sus sorpresas. Muchas veces tenemos la idea de que es sólo un monótono e interminable desfile de religiosos y religiosas que se santificaron entre las cuatro paredes de su convento. Pero de vez en cuando nos encontramos con que figuran en los altares, expuestos a la veneración de los fieles, quienes, mientras estuvieron en la tierra, participaron de nuestro mismo género de vida y como nosotros contrajeron un

día matrimonio y vieron alegrado su hogar con la sonrisa de un nuevo ser.

Así, por ejemplo, nos ocurre en este día 8 de agosto. El Beato Juan Felton es un ejemplar de santidad seglar, de hombre que en medio del mundo, sin apartarse de él, cultiva las virtudes domésticas, crea un hogar cristiano y sabe luchar con viril entereza por la fe católica que profesa.

Juan Felton pertenecía a la nobleza inglesa, era gentilhombre de una vieja familia de Norfolk, en la costa sudeste de Inglaterra, pero vivía en Southwark, cerca del monasterio cluniacense de Bermondsey. Cuando llegó la hora de formar un nuevo hogar, Juan puso sus miradas en una mujer también noble, unida con personal amistad a la reina Isabel de Inglaterra. Lejos estaban los dos novios, cuando contrajeron matrimonio, de pensar que poco tiempo después Juan habría de ser cruelmente inmolado a causa de aquella reina que tanta simpatía demostraba por la joven esposa.

La vida del matrimonio se desarrollaba plácida. Ambos, íntimamente compenetrados, vivían la paz de su hogar, cultivando las virtudes cristianas. Dios les bendijo enviándoles un niño, a quien pusieron el nombre de Tomás, y que un día habría de imitar, soportando también el martirio, a los veinte años de edad, el precioso ejemplo que le había dado su padre.

Pero... llega el año 1570, y la angustia que con algunas alternativas habían venido sintiendo los católicos ingleses desde la triste separación que Enrique VIII impuso a Inglaterra respecto a la Iglesia, llegó a su colmo. Contra los consejos de moderación que, pese a la leyenda, consta históricamente que Felipe II dio insistentemente, el enérgico papa San Pío V se decidió a dar el paso definitivo: por la bula *Regnans in excelsis,* promulgada el 25 de febrero de 1570, lanzaba la excomunión «contra Isabel, pretendida reina de Inglaterra, y contra sus partidarios». El problema de la fidelidad a su reina y de la fidelidad, al mismo tiempo, a la Iglesia quedaba en rojo vivo para todos los católicos ingleses.

La historia nos da a conocer el furor de la reina al saber esta decisión del Papa. Preludiando lo que tantas veces habría de intentarse, en las más diversas épocas y en los más diferentes paí-

ses, la reina intenta por todos los medios impedir que la bula sea conocida.

Se produce entonces un gesto de audacia. El 25 de mayo de aquel año alguien, antes de que amanezca, se atreve a clavar la bula en la puerta del obispo de Londres. El audaz católico que tal gesto de valentía tuvo se llamaba Juan Felton.

No estaba solo. Le había ayudado en su empresa un tal Lorenzo Webb, doctor en ambos Derechos. Pero Webb supo desaparecer a tiempo. En cambio, a Felton le esperaba el tremendo castigo por su atrevimiento.

En efecto, los policías dirigieron sus pasos hacia la casa de un hombre de leyes, bien conocido como católico, que habitaba en Lincoln's Inn, un barrio del Londres de entonces. Un registro a fondo les permitió encontrar una copia de la bula. Puesto en interrogatorio el dueño de la casa, consiguen arrancarle el nombre de quien se la proporcionó: Juan Felton. Rápidamente vuelan a su casa de Bermondsey y le detienen.

Desde el primer momento se intentó dar al asunto un giro político. Querían a toda costa que Juan confesara que había actuado bajo la influencia política de España, pues bien sabido es que el protestantismo inglés tuvo en su nacimiento una verdadera obsesión antiespañola. Por tres veces fue interrogado, y por tres veces contestó Juan con heroica firmeza que en manera alguna había actuado por otro móvil que no fuera el estrictamente religioso.

Por fin, el 8 de agosto fue entregado al verdugo. Mientras caminaba hacia el lugar de la ejecución, iba recitando los salmos penitenciales. Pronto dieron vista al patíbulo, que había sido levantado precisamente en la misma puerta en la que él había puesto la bula el 25 de mayo. El mártir no pudo contener un estremecimiento al contemplar el patíbulo, pero inmediatamente se rehizo y declaró rotundamente:

> «Sí, he sido yo quien puso ahí la carta del Papa contra la pretendida reina. Y ahora estoy dispuesto a morir por la fe católica».

Tuvo un gesto verdaderamente magnífico. Frente al empeño que tenían sus verdugos de hacer de aquel asunto algo puramente político, él quiso separar rotundamente los dos aspectos: moría por la fe católica, y nada tenía contra la reina, fuera de su

actitud religiosa. Por eso, con gesto elegante, de auténtico noble, se quitó de su dedo un anillo y rogó que se lo llevaran a la reina como un regalo suyo personal.

Hecho esto, se arrodilló y rezó el *Miserere,* encomendando su alma a Dios. Después quedó a disposición del verdugo.

Conocida es la inaudita crueldad que Inglaterra usó con los católicos. A Juan Felton le correspondió el ser descuartizado. Entonces se produjo algo que hemos oído muchas veces en labios de los santos como si fuera una amplificación poética, pero que en este caso tuvo una realidad, testificada por quienes presenciaron el tormento. A medida que le iban descuartizando, Juan continuaba su oración. Y en el momento en que le arrancaban el corazón se le oyó invocar el nombre de Jesús.

Había muerto Juan cual corresponde a un modelo y espejo de hombre católico; ejercitando de una parte la virtud de la fortaleza, no sólo en su valentía al atreverse a dar publicidad de aquella manera a la bula de San Pío V, sino también en la serenidad y valor sobrehumano demostrado en su atroz martirio. Y ejercitando también otra virtud auténticamente viril: la grandeza de ánimo, con la que fue capaz de enviar un obsequio, desde el patíbulo, a la misma reina que le condenaba.

Quedaban en la tierra su viuda y su hijo. Como hemos dicho, Tomás, que al morir su padre contaba dos años, murió dieciocho años después también mártir por su fidelidad a la Santa Sede.

El Beato Juan Felton fue objeto de culto y, por fin, beatificado «equivalentemente», es decir, confirmado su antiguo culto por el papa León XIII en 1886.

PEDRO GARCÍA CASADO

Bibliografía

Butler's lives of the Saints, rev. y refun. por H. THURSTON y D. ATTWATER, I (Londres 1956) 284-285.
CAMM, B., *Lives of the English martyrs,* II (Londres 1905) 1-13.
POLLEN, J. H., «Bd. John Felton»: *The Month* (1902) febrero.

BEATA BONIFACIA RODRÍGUEZ CASTRO

Virgen y fundadora († 1905)

De San José, el padre nutricio de Jesús y el esposo castísimo de María, se dirá con razón que fue el santo del silencio, un silencio acompañado de las mejores obras. No hay una sola palabra suya en los evangelios, solamente sus obras de colaboración pronta y fiel a la obra de Dios. Devotísima de José y seguidora de sus huellas, Bonifacia Rodríguez Castro se santificará en el silencio, entregando a Dios su obra y entregándose a sí misma por completo a la voluntad de Dios. Como ha dicho María Josefa Somoza Lázare, actual superiora general de las Siervas de San José, que ella funda con el P. Francisco Javier Butiñá, SI († 1899), Bonifacia sigue viva en la congregación y en un número creciente de laicas y laicos, que orientan su vida cristiana desde la espiritualidad de Nazaret. Pero no siempre ha sido así. Por muchos años su vida fue silenciada y su presencia ignorada en la congregación. Como el grano de trigo, ha pasado largos años «enterrada», olvidada y sin ser reconocida como fundadora. Ella murió en la comunidad de Zamora el 8 de agosto de 1905, y esa comunidad no estaba incluida en la aprobación pontificia de la congregación, debido a la marginación de que era objeto por parte de las hermanas de la casa matriz de Salamanca. Dos años más tarde de su muerte la casa se incorpora a la congregación. No es hasta 1936 cuando se descubre una caja-archivo enterrada por una hermana, Socorro Hernández, que convivió muchos años con ella en la comunidad de Zamora. Por medio de una biografía manuscrita y otros documentos apareció claro que la fundadora era Bonifacia, y se supo de su silencio y humildad ante las contradicciones y humillaciones. En 1941 se la reconoce oficialmente como fundadora y en 1954 empieza su causa de beatificación, lograda el 9 de noviembre de 2003.

Su nacimiento tuvo lugar en Salamanca el 6 de junio de 1837; hija de Juan y María Natalia, es la mayor de seis hermanos. Era la suya una familia profundamente cristiana. Su padre era dueño de un taller de sastrería. Tiene una infancia normal en un hogar que se va llenando de hijos, y a los quince años tiene la pena de la muerte de su padre. Su madre se ve en la necesidad de hacer frente sola a una familia numerosa, pero de la

que solamente dos hijas llegarán a la edad adulta. Bonifacia tiene que ayudar en la casa y aprende el oficio de cordonera, experimentando en sí misma las duras condiciones de las chicas obreras, con horario agotador y exiguo jornal. Crece en la fe y se hace una chica devota y de gran vida interior.

Logró ahorrar para poder poner su propio taller de cordonería, pasamanería y labores similares. Ella intenta vivir su trabajo con recogimiento, aspirando a vivir la vida de la Sagrada Familia de Nazaret. Se acentúa en ella la devoción a la Virgen Inmaculada y a San José. Cuando en 1865 se casa su hermana, se queda sola con su madre, y ambas deciden incrementar su vida de piedad acudiendo diariamente a la iglesia de la Clerecía, regentada por la Compañía de Jesús. Un grupo de chicas jóvenes se le unieron en la creación de una Asociación de la Inmaculada y San José, llamada posteriormente «Asociación Josefina», en beneficio espiritual y social de las jóvenes obreras. Mientras tanto, Bonifacia maduraba la idea de hacerse religiosa de clausura en el monasterio dominico de las Dueñas.

Pero en octubre de 1870 llega a Salamanca el jesuita ya citado, P. Butiñá. Traía consigo una gran inquietud apostólica hacia el mundo de los trabajadores manuales. Bonifacia se puso bajo su dirección espiritual y sintonizó enseguida con el ideal apostólico del jesuita. El sacerdote se puso en contacto con las chicas del entorno de Bonifacia y todas ellas sintieron su influjo bienhechor. Cuando Bonifacia le manifiesta al P. Butiñá que siente la vocación religiosa, él le sugiere que colabore con él en la fundación de una nueva congregación religiosa que planeaba: las Siervas de San José, orientada a la prevención de la mujer trabajadora. La semilla cae en buena tierra. Bonifacia acepta con docilidad la propuesta y con seis chicas de su asociación da comienzo en su propio taller la vida de comunidad el 10 de enero de 1874. Tres días antes el obispo de la ciudad, Fr. Joaquín Lluch y Garriga, había firmado el decreto de erección del instituto.

No tardaron las dificultades en llegar porque era aquél un novedoso proyecto de vida religiosa femenina, inserta en el mundo del trabajo, a imitación de la Sagrada Familia de Nazaret. Abriendo un taller en cada casa de la congregación, se ofrecería trabajo a las mujeres pobres, evitando los peligros que en-

tonces suponía para ellas el salir a trabajar fuera de casa. El clero salmantino no terminaba de ver claro este nuevo estilo de vida. El P. Butiñá tres meses más tarde salía desterrado de España con sus hermanos jesuitas. En enero de 1875 el obispo Lluch era, por su parte, trasladado a la diócesis de Barcelona. Bonifacia se encontró sola y embarcada en su obra. Y vino un tiempo de turbación. Los nuevos sacerdotes directores sembraron la división entre las hermanas y quisieron variar el carisma definido por el P. Butiñá en las constituciones. Éste había vuelto del destierro y, destinado a Cataluña, había podido fundar otras casas de Siervas de San José. Había que proceder a la unión de estas casas con la de Salamanca. Con este motivo Bonifacia viajó en 1882 a Gerona. La ausencia de Salamanca fue aprovechada para destituirla como superiora; a su vuelta se encontró con humillaciones, rechazo, desprecios y calumnias. Bonifacia guardó silencio ante las acusaciones y llevó todo con la mayor paciencia, y comprendiendo que su presencia en Salamanca era ya inviable pidió licencia al obispo salmantino, don Narciso Martínez Izquierdo, para intentar una fundación en Zamora, para lo cual dio su licencia el obispo de esta ciudad, don Tomás Balestá. Acompañada de su madre, Bonifacia partió para Zamora el 25 de julio de 1883. La casa madre de Salamanca no quiso saber nada de esta casa de Zamora y se vio libre para introducir los cambios apetecidos en las constituciones del P. Butiñá.

Bonifacia procuró inspirar en las religiosas de la casa de Zamora el verdadero carisma fundacional, pero conservando siempre el deseo de la mayor unión y fraternidad con la casa matriz de Salamanca. Cuando el 1 de julio de 1901 el papa León XIII concedió la aprobación del instituto, quedó excluida de esta aprobación la casa de Zamora. Bonifacia escribió sobre este grave asunto al obispo de Salamanca, pero éste no creyó oportuno darle contestación. Y entonces Bonifacia decidió abordar el tema directamente presentándose en la casa de Salamanca, dispuesta al diálogo y al entendimiento. Pero al llegar, recibió la respuesta de que tenían órdenes de no recibirla. Llena de dolor volvió a Zamora, y devoró en silencio la humillación profunda que aquello significaba. Continuó viviendo la vida re-

ligiosa con entrega plena y total, siempre practicando la caridad, siempre anhelando la unidad, siempre recomendando el amor fraterno. Nunca abandonó la esperanza. Dejó todo en manos del Señor, asida a una confianza completa en la providencia divina. Y así perseveró hasta su muerte, que recibió rodeada del amor y la piedad de sus hijas.

En la misa de la beatificación, el Santo Padre Juan Pablo II dijo en referencia a la figura de madre Bonifacia:

> «Las palabras de Jesús en el Evangelio proclamado hoy: "No hagáis de la Casa de mi Padre una casa de mercado" (Jn 2,16), interpelan a la sociedad actual, tentada a veces de convertir todo en mercancía y ganancia, dejando de lado los valores y la dignidad que no tienen precio. Siendo la persona imagen y morada de Dios, hace falta una purificación que la defienda, sea cual fuere su condición social o su actividad laboral.
>
> A esto se consagró enteramente la Beata Bonifacia Rodríguez, que, siendo ella misma trabajadora, percibió los riesgos de esta condición social en su época. En la vida sencilla y oculta de la Sagrada Familia de Nazaret encontró un modelo de espiritualidad del trabajo, que dignifica la persona y hace de toda actividad, por humilde que parezca, un ofrecimiento a Dios y un medio de santificación.
>
> Éste es el espíritu que quiso infundir en las mujeres trabajadoras, primero con la Asociación Josefina y después con la fundación de las Siervas de San José, que continúan su obra en el mundo con sencillez, alegría y abnegación».

Bonifacia brilla en el cielo de la Iglesia con la luz de la humildad, la paciencia, la perseverancia, el amor activo y la entrega generosa. A ella encomendamos el amplio mundo del trabajo, en el que deseamos se difunda el espíritu de Cristo.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 93 (2001) 256-259.

L'Osservatore Romano (ed. en español) (7-11-2003) 8; (14-11-2003) 9; art. de María Josefa Somoza Lázare, p.13-14.

CÁCERES SEVILLA, A. DE, *Encina y piedra. M. Bonifacia Rodríguez de Castro, Fundadora de la Congregación de Siervas de San José* (Salamanca 1981).

BEATA MARÍA DE LA CRUZ (MARÍA ELENA) MACKILLOP

Virgen y fundadora († 1909)

Para contar la vida de esta hermosa mujer, lo mejor será seguir el hilo del discurso que el papa Juan Pablo II pronunció el 19 de enero de 1995 (cf. bibliografía), día en que la llevó a los altares, en Australia.

Como siempre, las gentes se habían arremolinado en torno a la figura del Papa, cuando éste, revestido de su autoridad pontificia, dijo solemnemente que María de la Cruz, fundadora de las Hermanas de San José, era beatificada para gloria de Dios y alegría de la Iglesia católica. Y en aquella ocasión, empezó su discurso de esta manera:

> «Estamos celebrando un acontecimiento extraordinario en la vida de la Iglesia en esta tierra: la beatificación de la Madre Mary MacKillop, la primera australiana declarada formalmente beata en el cielo. Me alegro con todos vosotros, con mis hermanos en el Episcopado, con los sacerdotes, los religiosos, con todos vosotros, hombres y mujeres, jóvenes y niños, que ofrecéis una señal radiante y auténtica de la vitalidad de la Iglesia. Doy gracias a Dios porque me ha permitido celebrar esta beatificación, justamente aquí en tierra australiana. En verdad Australia misma representa una especie de fondo para las reflexiones que querría compartir con vosotros.
>
> Isaías escribe: "Abrid camino al Señor en el desierto, enderezad en la estepa una calzada a vuestro Dios" (40,3). El profeta habla de los contrastes de los valles y de las montañas, de terreno accidentado y de llanura. En todo ello naturalmente se refiere a la geografía de la Tierra Santa. Pero estas mismas imágenes, ¿no evocan también en la mente la geografía de Australia? En el centro de Australia ¿no existe un enorme desierto, del que únicamente los límites exteriores son ricos y fértiles? ¿Acaso no existen ásperas llanuras y profundos valles? Junto a terrenos accidentados ¿no encontramos acaso paisajes apacibles y hospitalarios?».

Con estas frases, el Papa nos está contando cómo es la patria de María Elena. Nació el año 1842. Su tierra estaba lejos de la civilización. Parecía que los santos sólo podían nacer en Ávila o en Florencia, pero he aquí que nace en Australia una joven con vocación de santa. Australia, tierra de austeridad y pobreza; tierra de seriedad, sacrificio y dureza.

«Los contrastes van más allá de la simple geografía y se hacen también evidentes en los orígenes étnicos de la gente. Por su historia de hospitalidad hacia los inmigrantes, Australia se ha convertido en una tierra de encuentros entre culturas y civilizaciones muy diversas. Incluso antes de que los europeos llegasen allí, hace más de dos siglos, los aborígenes habían estado ya presentes durante decenas de millares de años. En efecto, los etnólogos nos refieren que los habitantes originarios de Australia se encuentran entre los más antiguos pueblos de la tierra. Estos contrastes entre las gentes y las culturas convierten a vuestra nación en una maravillosa mezcla de viejo y de nuevo, de suerte que Australia hoy es una tierra de diversidad y de unidad, enriquecida con las aportaciones que estos diversos individuos y grupos prestan a la formación de la sociedad».

El Papa hace alusión a la infancia de María Elena. Sus padres eran inmigrantes de procedencia escocesa. Su padre, Alejandro, había estudiado para sacerdote en Roma, en el colegio de los escoceses, pero dejó la carrera sacerdotal y se casó con Flora, hermosa mujer que le robó el corazón. Fueron felices, pero tuvieron muchas dificultades por los continuos viajes que el esposo tenía que hacer a Europa.

«La exhortación del profeta Isaías adquiere una importancia particular para aquellos que se han reunido aquí, y para todo el pueblo católico de Australia. Es aquí, en vuestra misma tierra, donde el camino del Señor debe ser preparado, a fin de que Australia sea un lugar donde "va a mostrarse la gloria del Señor, y a una la verá toda carne" (Is 40,5). En efecto, esta gloria se ha revelado ya abundantemente en Mary MacKillop, y la Iglesia, al declararla "beata", dice que la santidad invocada por el Evangelio es australiana de la misma manera que ella era australiana.

Es éste el mensaje que deseo dirigir, en particular, a las hijas espirituales de Madre MacKillop, es decir, a los miembros de la Congregación por ella fundada. Tened la certeza, queridas Hermanas, de que la Iglesia tiene necesidad de vuestro testimonio y de vuestra fidelidad. También Australia estima vuestra presencia y vuestro devoto apostolado».

Cuando tenía 20 años, María Elena fundó una escuela para chicas en su misma casa. Era el año 1862 y ya se veía en ella un afán de dedicarse a la educación de las chicas de su pueblo. También trabajaba sin descanso en las labores apostólicas de la parroquia. O sea, una seglar con iniciativa y tesón, enamorada del Reino de Dios, predicadora fiel de la figura de Jesús.

Y, como no podía ser menos, todo su trabajo desembocó en una congregación dedicada a la instrucción de la juventud. Esta fundación se llamó de las «Hermanas de San José». La fundó en 1866, a sus 24 años. Al año siguiente ya tenía escritas las Reglas para el buen funcionamiento de la obra. Un año después, en 1868, recibe la aprobación del obispo. Tenía 26 años. Y profesa los votos cuando tenía 27 años, en 1869. Como se ve, una carrera meteórica hacia la entrega en bien de los demás.

> «Es significativo que la madre Mary MacKillop haya dado a su Congregación el nombre de San José, una persona que ha confiado su ser y su vida a la providencia amorosa de Dios. José de Nazaret era un hombre de confianza ilimitada. Solamente así ha podido vivir la vocación única que había recibido de Dios, de convertirse en el esposo de la Virgen María y en el custodio del Hijo de Dios. En la historia de la Iglesia San José ha sido siempre un especial modelo de santidad. Sin duda, al dar el nombre de San José a su Congregación, la Beata Mary MacKillop expresaba una cualidad de su vida espiritual, una cualidad que posteriormente se convirtió en un carisma para sus seguidores y para aquellos de nosotros que hoy aprendemos de su ejemplo».

María Elena, ya María de la Cruz, pasó muchas cruces y desiertos en su vida. Cuando comenzaba con los trabajos de la fundación, los obispos de Australia estaban en Roma celebrando el Concilio Vaticano I (1869-1870). Ellos estaban a lo suyo, que harto trabajo tenían, y al llegar de nuevo a su casa se encuentran con que algunas monjas acusan a su fundadora de visionaria y exigente de una excesiva pobreza.

Por precaución, el obispo le quita la dirección de las chicas, que eran 100 repartidas en 34 escuelas. En 1871 el obispo de Adelaida despacha a María Elena de su propia fundación y dispensa a 47 monjas de sus votos religiosos. Sin embargo, al año siguiente, en 1872, este mismo obispo se arrepiente de lo que había hecho y recibe a la fundadora en la congregación pidiendo disculpas. Se había enterado de que María de la Cruz era una excelente persona y una monja con todas las de la ley.

El obispo comprendió muchas de las actitudes de María Elena cuando ésta daba ciertas orientaciones a sus monjas. Por ejemplo, tenían que ir de un pueblo a otro para dar las clases a las chicas y ella les dijo que fueran en caballo. Pero en aquellos tiempos, que una monja fuera a caballo era una provocación, un

desatino y una barbaridad. Y los obispos se metían con ella por asuntos tan tontos como ése. Ella decía: «Los tiempos cambian y para estar a la altura de ellos debemos modificar nuestros métodos».

De ahí también que haya personas que hoy proclaman a María Elena como una promotora del feminismo. Desde luego, arremetió contra todas las normas que había entonces para las mujeres y adoptó novedades para que el trabajo femenino fuera eficaz y cómodo. Y si critican, que critiquen.

A propósito de estos hechos, los libros que hablan de María Elena cuentan el siguiente chascarrillo digno de mención: «Dicen que había una vez una familia que siempre quitaba el extremo de la pieza de asado antes de meterla al horno. Un día, una de las chicas preguntó a su madre por qué hacía eso. Y la madre le contestó que así lo hacía la abuela. La chica fue adonde la abuela y le hizo la misma pregunta; y obtuvo la misma respuesta. Y fue hasta la bisabuela a preguntarle a ver por qué le quitaba el extremo de la carne al asado. Y ésta le contestó: "Porque, de lo contrario, no cabría en la bandeja"».

María Elena se rebelaba contra las costumbres sin sentido, contra las normas sin explicación, contra la gente que obra porque sí.

> «Ante la amplitud del continente australiano, la Beata Mary MacKillop no se ha dejado desanimar por el gran desierto, por las inmensas extensiones del interior, ni por la desolación espiritual que afectaba a tantos compañeros suyos en la ciudad. Más bien, preparó audazmente el camino del Señor en medio de las situaciones más difíciles. Con gentileza, coraje y compasión ella fue el mensajero de la Buena Nueva en medio de los marginados que luchan por la vida y de los chabolistas de la ciudad. Madre María de la Cruz sabía que detrás de la ignorancia, la miseria y el sufrimiento que había encontrado existían las personas, existían hombres y mujeres, jóvenes y viejos que suspiraban por Dios y por su justicia. Ella lo sabía porque era una verdadera hija de su tiempo y de su lugar: la hija de los inmigrados que se vieron obligados a luchar siempre para construir una vida para ellos en su nuevo territorio. Su historia nos recuerda la necesidad de acoger a la gente, de acercarse a aquellos que están solos, que sufren privaciones, a los desfavorecidos. Luchar por el Reino de Dios y por su justicia significa luchar por ver a Cristo en el hombre extranjero, encontrarlo en ellos y ayudarles a encontrarlo en cada uno de nosotros».

En 1873, cuando tenía 31 años, María Elena va a Europa. ¡Qué ilusión le hizo volver a aquellas tierras donde habían nacido sus padres, visitar Roma donde estaba el Papa que la había defendido siempre! El Papa apoyó siempre a María Elena, recomendó que haya una superiora que efectúe los cambios que hagan falta dentro de cada diócesis y puso al día los estatutos sobre la pobreza. Después María Elena fue a Inglaterra, Irlanda y Escocia. Fue sembrando vocaciones y recogiendo fondos para las obras de sus escuelas. La hicieron superiora general en 1875, con 33 años.

«Al igual que en tiempos de Madre MacKillop, también hoy la comunidad cristiana se encuentra ante muchos "desiertos": las tierras estériles, de la indiferencia y de la intolerancia, la desolación del racismo y el desprecio hacia otros seres humanos, la aridez del egoísmo y de la infidelidad: el pecado en todas sus formas y sus expresiones y el escándalo del pecado magnificado por los medios de comunicación social.

[...] En esta solemne liturgia la Iglesia expresa su gratitud a madre María de la Cruz, a la comunidad religiosa fundada por ella y a todas las comunidades religiosas. El reciente Sínodo de los Obispos dedicado a la vida y a la misión de la vida consagrada ha reconocido plenamente la valiosa contribución prestada por las comunidades religiosas a la Iglesia, a la cultura y a la civilización en todo el mundo. Respondiendo a la invitación de San Pablo de ser "agradecidos" (Col 13,15), nosotros, con motivo de esta beatificación, expresamos nuestra gratitud a Cristo Señor por el gran servicio que los hombres y las mujeres consagradas prestan a Australia en el campo de la instrucción y de la sanidad, y así en tantas otras actividades en nombre del bien común. Pidamos, pues, una nueva floración de vocaciones religiosas, a fin de que estas comunidades continúen siendo un signo vital de la presencia de Jesucristo en medio de vosotros».

De nuevo tiene grandes disgustos. Los obispos no la comprenden y le ponen dificultades por todas partes. En 1885 nombran superiora a otra, como si María Elena no valiera para nada. Así, durante 10 años (1888-1898) estuvo en fuera de juego, tiempo durante el que se fue a Nueva Zelanda a trabajar en bien de la congregación. Al morir la superiora nueva, volvieron a nombrarla a María de la Cruz y así estuvo hasta que murió el 25 de mayo de 1909, a los 67 años.

La Congregación fue creciendo mucho, aun en medio de las dificultades que tiene una comunidad grande. En 1981 tenía 1.800 miembros.

«Sí, ¡Jesús está presente en Sydney y en toda Australia! Por medio de él, toda la creación, y en particular toda la humanidad, puede dar las gracias al Padre por los dones de la creación y de la redención y por las buenas cosas que proceden de las manos del hombre. Cristo confiere a toda la vida un "significado eucarístico". Los hombres y las mujeres de hoy, frecuentemente, olvidan esto y piensan que son los creadores de estos bienes y fácilmente pierden de vista a Dios. De ello se desprende que no consiguen comprometerse por el Reino de Dios y, con demasiada frecuencia, no se preocupan de su justicia.

Los santos, al contrario, nos enseñan a ver a Cristo presente en Australia, en Sydney, y nos enseñan a ver a Cristo como centro y cumbre del don generoso de Dios a la humanidad. Por esta razón, la Iglesia los honra, los eleva a los altares y los propone como modelos a imitar. Ellos son heraldos del verdadero significado de la vida. ¡Bendito sea Dios en sus santos!».

Las fotos de María Elena nos dicen que era una mujer hermosa. En su cara se reflejan dos grandes virtudes: una paciencia constante en la adversidad y una autoridad respetada siempre por todos. Era toda una señora. Se conservan hoy unas 1.000 cartas de esta activa mujer, que, como Santa Teresa, iba escribiendo a medida que recorría su patria explicando el evangelio de Jesús. Activa también en eso: en dejar por escrito el ideal de su congregación.

Las religiosas de María de la Cruz están en Nueva Zelanda y en Perú; y en Australia son las mayores educadoras de la juventud. Católicos y protestantes alabaron siempre el trabajo constante y resignado de las Hermanas de San José. Y de ella decían que era ejemplar en vivir la pobreza, en atender a los más pobres y en estar al lado de los aborígenes, emigrantes y desgraciados de su tierra.

«La beatificación de madre Mary MacKillop quiere ser una especie de "consagración" del pueblo de Dios en Australia. A través de su testimonio, la verdad del amor de Dios y los valores de su Reino se han hecho visibles en este continente, valores que constituyen la verdadera base de la sociedad australiana.

¡Ojalá que vuestra nación pueda permanecer fiel a su herencia cristiana! ¡Ojalá que la Iglesia peregrina en Australia pueda continuar llevando hacia adelante su misión, proclamando el reino de Dios y su justicia!».

Bibliografía

«Homilía de Juan Pablo II en la misa de beatificación de la madre Mary MacKillop, fundadora de la Congregación de las Hermanas de San José (Sidney, 19-1-95)»: *Ecclesia* (1995) n.2722, p.312-332.

SACRA CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, *Beatificationis et canonizationis servae Dei Mariae a Cruce McKillop... Positio super causae introductione* (Roma 1972).

O'NEIL, G., SI, *Life of mother Mary of the Cross (McKillop)* (Sidney 1931).

The Spirit of Mary McKillop (Melbourne 1962).

THORPE, O., *Mary McKillop. The life of mother Mary of the Cross, foundress of the Sisters of St. Joseph of the Sacred Heart* (Londres 1957).

BEATA MARÍA MARGARITA (MARÍA ANA ROSA) CALANI

Virgen y fundadora († 1921)

«Los últimos». Ésta fue la opción de vida de María Margarita Caiani, y así lo recoge un párrafo de la homilía pronunciada en la ceremonia de beatificación que se celebró en Roma el 23 de abril de 1989. El texto de Juan Pablo II dice expresamente que esta beata «aprendió a servir a los hermanos entre la gente humilde de su tierra toscana, y quiso ocuparse de los más necesitados, de los últimos: los niños marginados, los muchachos del campo, los ancianos, los soldados víctimas de la guerra, internados en los hospitales militares».

María Ana Rosa, que ése era su nombre de pila, nació en Poggio Caiano, en la demarcación diocesana de Pistoya, el 2 de noviembre de 1863, en el seno de una familia obrera, y fue bautizada al día siguiente. Su padre Jacopo Caiani trabajaba de herrero y fontanero en la Villa de los Médicis de aquella localidad. Cuando contaba cinco años, Ana recibió el sacramento de la confirmación, y a los diez hizo la primera comunión. Participó asiduamente en la vida parroquial, a pesar de que la iglesia quedaba lejos de su casa, y le dio clases particulares un maestro, con el que se inició en los saberes más elementales. Pronto se vio obligada a echar una mano en la economía familiar trabajando de vendedora de cigarros, un oficio humilde y popular que marcaría para siempre su relación con el pueblo sencillo, del que ella misma era un buen exponente.

Muy expansiva de carácter y expresiva en su forma de hablar, como buena «vendedora», se sintió inclinada desde su ju-

ventud al ejercicio de la caridad con los enfermos y de manera muy especial con los moribundos. Conocía por su experiencia de cigarrera lo que se cocía en la vida del pueblo y las necesidades de la gente, sobre todo de los niños y de las familias que vivían la prueba del abandono y la enfermedad. Hasta parece providencial y motivo de justificación que María Ana, nacida un día de los fieles difuntos, sintiera de manera tan determinante la preocupación caritativa por ayudar a bien morir. No tardaría ella misma en experimentar el trance de la enfermedad y de la muerte dentro de su propia familia, pues con pocos años de diferencia fallecían su hermano Gustavo (1879) con sólo once años, su padre (1884) y su madre (1890). Estas experiencias tan seguidas, lejos de tambalear su ánimo, dieron alas a su esperanza cristiana y templaron su fe.

Tres años después de la muerte de su madre, Luisa Fontini, respondió generosamente María Ana Caiani a la llamada de una vocación religiosa que venía madurando desde hacía tiempo. Y así es como, en compañía de una amiga, entra en el monasterio de las benedictinas de Pistoya, aunque sólo permaneció allí por espacio de un mes, pues llegó a sus oídos que un enfermo grave de aquella ciudad iba a morir rechazando los sacramentos, y esta noticia la desazonó sobremanera. Quiso entonces, y se lo propuso a la abadesa, que se le permitiera salir del monasterio para acudir a la cabecera de aquel enfermo y ayudarle a bien morir. No fue posible tal permiso, que iba en contra de las normas monásticas, pero a cambio recibió de la madre Teresa de la Cruz el consejo de que regresara a su tierra natal, ya que la ansiedad caritativa del corazón de María Ana se podía saciar mucho mejor fuera del monasterio, con la gente con la que había convivido en sus tiempos de vendedora de cigarros.

Este abandono de la vida religiosa fue en realidad sólo un paréntesis, pues allí en su pueblo natal, Poggio Caiano, se fue ahormando su vocación específica de atención e instrucción a los niños. Con una de sus amigas, María Fiaschi, puso en marcha una escuela que abrió sus puertas en septiembre de 1894, al tiempo de comenzar el curso, y en la cual los chicos además de recibir la enseñanza cristiana se adiestraban también en los primeros saberes. Una iniciativa muy oportuna, por no existir en aquella población ninguna escuela pública.

Todo empezó sin pretensiones y de manera un tanto elemental, pero no tardó en contar con el animoso apoyo de varios sacerdotes que no sólo vieron aquella escuela con buenos ojos, sino que hicieron todo lo posible para que creciera y fuera un centro de prestigio, para que cuajara esta forma de hacer el bien mediante la enseñanza. Uno de aquellos sacerdotes, don Luti, les dio el espaldarazo a las jóvenes educadoras con estas palabras: «Haced la escuela. El Señor os bendecirá. Este apostolado será como el grano de mostaza del Evangelio y dará con toda seguridad sus frutos». También el entonces obispo de Pistoya le confesó un día personalmente: «Estoy contento de tu labor, continúa sin estancarte, te bendigo a ti y a tus compañeras». Al tiempo que se afianzaba esta obra educadora, María Ana atendía con espíritu franciscano a los enfermos.

El 6 de noviembre de 1896, María Ana Caiani y las jóvenes María Fiaschi y Redenta Frati dejaron sus respectivas casas para vivir juntas en comunidad en una vivienda alquilada, plantando de este modo la semilla de lo que se convertiría en una nueva familia religiosa. Por el momento, tenían claro su proyecto de vida, consistente en procurar la propia santificación, impartir catequesis, dedicarse al apostolado, a la educación en la escuela y a la asistencia de los enfermos y moribundos. En dos palabras: contemplación y acción. Pero una acción que comprendía dos opciones caritativas: los jóvenes y los enfermos.

Unos años más tarde, en marzo de 1900, aquella casa de alquiler en la que estaban alojadas pudieron adquirirla en propiedad gracias a las gestiones y ayudas del párroco don Marino Boschi. Esta nueva situación contribuye a normalizar aún más la vida comunitaria y es entonces cuando María Ana se propone redactar un reglamento para uso interno; muy pronto, llegarán las primeras constituciones, aprobadas por monseñor Marcelo Mazzanti, obispo de la diócesis de Pistoya, la víspera de la Inmaculada de 1901. Durante el adviento del año siguiente, el 15 de diciembre de 1902, las jóvenes vestían un hábito diseñado al estilo del que usaba Santa Margarita María de Alacoque, la difusora de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, de la que María Ana Rosa era fervorosa imitadora. Imitación manifiestamente demostrada no sólo por este detalle indumentario, sino

porque, a la hora de tomar el hábito, María Ana cambia su nombre de pila por el de sor María Margarita del Sagrado Corazón.

Las seis primeras jóvenes de la familia que empezó a llamarse Hermanas Mínimas del Sagrado Corazón hicieron su profesión religiosa el 12 de octubre de 1905. Para entonces ya se habían unido al grupo unas cuantas jóvenes más, atraídas por el espléndido testimonio de su entrega caritativa. Llegaban nuevos tiempos para la institución. Era preciso ampliar la casa madre y abrir una nueva filial que fue inaugurada en enero de 1910 en Lastra Signa. Se trataba de un primer paso hacia la expansión dentro de Italia, pues las siguientes zancadas se darían saltando los límites de Toscana hacia Lombardía y hacia otras regiones. Había nacido el Instituto bajo la tutela parroquial de Poggio Caiano, pero a medida que se abrían nuevos centros se contagiaba su carisma de cercanía y cuidado de «los últimos», que podían ser lo mismo huérfanos que enfermos.

Si sor Margarita había sido la fundadora, animadora y guía en los primeros años de vida del nuevo instituto, en 1915 sería elegida madre general, responsabilidad que recayó en ella de por vida. Sus virtudes en primer lugar, y sus dotes de gobierno después, fueron dejando huella en la espiritualidad de las Mínimas del Sagrado Corazón e impulsando un compromiso de apostolado que las hizo estar en primera línea en el ejercicio de la caridad. Incluso llegaron a escribir páginas inolvidables de abnegación y de servicio en muchos hospitales militares italianos atendiendo a los heridos de la primera guerra mundial.

Entre las sabrosas páginas que dejó escritas la madre Caiani se pueden encontrar verdaderas joyas. Ella era una mujer sencilla y sin demasiadas letras; en cambio poseía el don de contar con gracia, escribía como hablaba, con abundancia de diminutivos y vivos colores, valiéndose de un lenguaje simbólico. Todos estos recursos populares los utilizó en sus *Cartas circulares,* con las que orientaba la espiritualidad de sus religiosas. «Consolaréis al dulce Jesús y repararéis tantas injurias como recibe su amabilísimo Corazón», les decía a propósito de la «pasión y misterio del Corazón de Cristo traspasado». Y también esta perla evangélica que vale para definir su estilo de vida, el valor del último lugar y su compromiso con los más pobres:

«Nosotras que somos las más pequeñas en esta tierra, vivamos de tal modo que seamos muy grandes en el paraíso. Y lo obtendremos si amamos mucho y hacemos conocer y amar el amoroso Corazón de Jesús procurando imitarlo con humildad y mansedumbre. ¡Oh Amor mío Crucificado, ten piedad de tus Mínimas!».

Ya en 1920, después de entrar en vigor el *Código de Derecho Canónico,* las constituciones del Instituto fueron actualizadas conforme a la nueva normativa, y al año siguiente, el 25 de abril de 1921, las Mínimas del Sagrado Corazón quedaron agregadas a perpetuidad a la Orden franciscana, por deseo de la madre Margarita y con la ayuda del padre capuchino Rafael Salvi. Esta pertenencia supuso para ellas una nueva etapa, un enriquecimiento de su espiritualidad y hasta un nuevo nombre oficial: Terciarias Franciscanas Mínimas del Sagrado Corazón. En aquella fecha, no faltaba ya mucho para que se cumpliera el final de sus días. Enferma y cansada de tantas fatigas, murió la madre María Margarita Caiani en Montughi, cerca de Florencia, el 8 de agosto de 1921, cuando contaba 58 años de edad.

JOSÉ ANTONIO CARRO CELADA

Bibliografía

L'Osservatore Romano (ed. en español) (30-4-1989).

«Una educatrice profetica: Margherita Caiani, fondatrice delle Minime del Sacro Cuore»: *L'Osservatore Romano* (23-4-1989) 6.

RIGON, M. C., *Marianna Caiani. La madre M. Margherita Marianna Caiani* (Gorle, Bérgamo 2002).

BEATAS MARÍA DEL NIÑO JESÚS BALDILLOU BULLIT, PRESENTACIÓN DE LA SAGRADA FAMILIA (PASCUALA) GALLÉN MARTÍ, MARÍA LUISA DE JESÚS GIRÓN ROMERA, CARMEN DE SAN FELIPE NERI (NAZARIA) GÓMEZ LEZAUN, CLEMENCIA DE SAN JUAN BAUTISTA (ANTONIA) RIBA MESTRES

Vírgenes y mártires († 1936)

El día 8 de agosto de 1936 vino al mundo el que escribe esta semblanza biográfica, y fue el día del martirio de cinco religiosas escolapias que en Valencia dieron testimonio de Cristo con

su sangre. Por otro lado, y como antiguo alumno del parvulario de las religiosas calasancias, me siento profundamente ligado a la familia espiritual de la Escuela Pía.

El Instituto de Hijas de María de las Escuelas Pías, fundado por Santa Paula Montal de San José de Calasanz, dio al Señor en la persecución religiosa de 1936 seis religiosas mártires, a las que hay que sumar dos seglares profundamente unidas a la congregación y que han sido beatificadas el 11 de marzo de 2001 junto con las seis religiosas.

Los martirios de estas testigos de la fe fueron dos: uno, en Valencia, el 8 de agosto de 1936, y otro en Madrid el 19 de septiembre del mismo año. En ambos martirios fue un mismo espíritu el que animó a las mártires: su amor a Cristo y a la Iglesia y su fidelidad al carisma escolapio. Las mártires procedían de diversas regiones españolas: dos eran catalanas, una era valenciana, otra navarra y otras dos andaluzas, y las dos seglares habían nacido en Uruguay. Las escolapias llevaron vidas sencillas y ejemplares, empapadas, como con tanta razón se ha dicho de ellas, de bienaventuranzas y sonrisas, sembradas por ellas a manos llenas entre las niñas y las jóvenes. Las dos seglares fueron una prueba magnífica de la eficacia de la formación humana y religiosa recibida en la Escuela Pía. Sus vidas tienen que leerse para poder acertar con su secreto en clave de servicio y entrega, de fidelidad a la llamada del Señor. Las religiosas no buscaban en su vida otra cosa que hacer el bien. Servían a Dios y a los hermanos en colegios donde todo era amor y generosidad con la niñez y la juventud para acercarlas a Cristo y para inculcarles una vida pacífica y honesta. Todo cuanto hacían era digno de vida, no digno de muerte. No menos las seglares eran personas de acreditada honestidad y de vida sinceramente cristiana que correspondía a su condición de creyentes sinceras en Jesucristo.

Al derramar su sangre por Cristo, las mártires escolapias dieron testimonio de fe en la vida eterna y del valor del evangelio de Cristo, al que es gozoso servir incluso hasta el supremo sacrificio de la vida. Apoyadas en la Cruz de Cristo que se les ofreció a ellas para configurarse con Cristo crucificado, supieron abrazarse a los más altos ideales espirituales, de cuya vivencia profunda por parte de todos o la mayoría se seguiría la im-

plantación de la civilización del amor, en la que no estaría el odio, la revancha y la reivindicación vengativa como los motores del cambio que se le ha querido dar al mundo, pero que por ese camino no puede ser —y la historia lo demuestra— sino una forma de caer en los peores totalitarismos.

A estas mártires escolapias dedica nuestro *Año cristiano* dos biografías extensas: ésta del 8 de agosto y la del 19 de septiembre, causada esta última por la presencia en el martirologio español de 1936 de dos mártires uruguayas, las primeras de aquella nación hermana, y de la misma manera que dedicamos una biografía extensa a los siete colombianos de la Orden de San Juan de Dios.

Nos ocupamos aquí, por tanto, de las mártires de Valencia del 8 de agosto de 1936. Y damos noticia de su martirio y de la personalidad de cada una.

Las escolapias de Valencia, cuyo colegio se había fundado en 1886, y había tenido dos sedes antes de establecerse por fin en calle San Vicente 190, con unas 500 alumnas y unas treinta religiosas de comunidad, pasaron por las mismas dificultades por las que pasaron tantas comunidades religiosas a raíz de la proclamación de la II República el 14 de abril de 1931. No siempre pareció seguro el colegio, y las religiosas se refugiaron en casas particulares. Pero podría decirse que se habían adaptado a la situación y seguían su labor educativa con denuedo. En 1933 y ante las dificultades que se ponían a la enseñanza de los colegios católicos se formó en Valencia la Asociación civil «Sadel Montal» bajo la dirección de Lorenzo Colomer Peris, hermano de dos escolapias. Y en marzo de 1936 la asociación amplió su cobertura a la enseñanza primaria, pues hasta entonces se limitaba a la segunda enseñanza. Se padecieron algunos sobresaltos que obligaron a que algunas personas adeptas se quedaran de noche vigilando, pero sin que ello supusiera cierre del colegio o suspensión alguna de las clases, celebrándose con normalidad las actividades ordinarias del colegio hasta finales de junio. Era superiora de la casa la M. Loreto Turull. Llegado julio las religiosas permanecieron en el colegio.

Pero la guerra española estalló ese verano, el 18 de julio de 1936. Ese mismo día ardieron diferentes iglesias en Valencia y

fueron asaltados conventos y colegios de la Iglesia. Por ello el día 19 por la mañana las religiosas escolapias, avisadas por los padres escolapios de que corrían gran peligro, pues habían oído amenazas contra ellas, hubieron de optar por dejar el colegio y marcharse a las casas de alumnas o exalumnas o familiares que las acogieron. La M. María Baldillou y siete religiosas más se marcharon a un piso al final de la calle San Vicente, que habían alquilado en previsión de necesitar un refugio. El dueño del piso era el chófer del colegio. Algunas familias que las hubieran alojado se hallaban ausentes por vacaciones.

En este refugio no se podía vivir sino con mucha inquietud y muchas precauciones y no salían para no llamar la atención, algunas exalumnas les llevaban los alimentos y atendían cualquier otra necesidad perentoria. La mayoría del tiempo lo dedicaban a la oración, y no podían hacer otra cosa que encomendarse continuamente al Señor pues las noticias que de fuera les llegaban eran de total alarma por lo que en la ciudad estaba sucediendo. El peligro era sabido: una denuncia podría significar el arresto y posterior asesinato de las monjas. Pero ellas no tenían un sitio mejor a donde ir, y se abrazaron a la voluntad de Dios. Se leía en el piso la biografía del hoy Beato Miguel Pro, jesuita mártir en México, y se animaban las religiosas a ser fuertes en espíritu y afrontar lo que la Providencia dispusiera. Escribieron a sus familiares y estaban disponiendo el irse con ellos cuando tuvo lugar el martirio de cinco de ellas.

El día 8 de agosto, a las cinco y media de la mañana, las religiosas dormían en su piso cuando su sueño fue interrumpido por las apremiantes llamadas a la puerta que hacía un grupo de personas que no disimulaba su presencia. Abrieron las hermanas y se encontraron con un grupo de milicianos que las conminaban a ir con ellos al Gobierno Civil donde tendrían que declarar. No cabían en el coche más que cinco. Se decidió que irían la M. María Baldillou, la M. Clemencia Riba, la M. Presentación Gallén, la M. María Luisa Girón y la M. Carmen Gómez. Las otras quedaron custodiadas por dos milicianos. Con muy malos modos e improperios las cinco fueron apremiadas a subir al coche, y éste no enfiló el camino hacia el Gobierno Civil sino hacia las playas del Saler. Aquí se las hizo bajar y se dispuso su

fusilamiento. Ellas fueron conscientes y se entregaron al martirio con dignidad y fortaleza, dando vivas a Cristo Rey. Poco más de una hora después, el chófer del colegio supo que las habían fusilado y dio la noticia. Sus cadáveres fueron llevados al cementerio municipal donde fueron reconocidos y sepultados por familiares y amigos.

Éstos son sus datos:

MARÍA BALDILLOU BULLIT nació en Balaguer el 6 de febrero de 1905, primera hija de Juan y María del Carmen. Quedó huérfana de madre a los tres meses de edad, y al poco tiempo su padre casó nuevamente con Carmen Bonet, la cual trató y quiso siempre a María como su propia hija. Dos nuevos hijos alegraron aquel hogar. Era la suya una familia cristiana y trabajadora. Su padre explotaba en régimen familiar una pequeña tejería. María con muy pocos años comenzó a colaborar en el trabajo. Sus primeras letras las aprendió en la escuela dominical vespertina de las Carmelitas de la Caridad, y en cuanto fue una adolescente se colocó como chica de servicio doméstico en la casa de los señores Subías. Como estaba cerca la iglesia de los PP. Escolapios, empezó a frecuentarla acompañando a su señora y tomó como director espiritual al P. Juan Viñolas, que también sería fusilado en el curso de la guerra española. Era una joven piadosa, sencilla, humilde y obediente. Se sintió llamada a la vida religiosa y lo consultó con su padre espiritual, éste la puso en contacto con las religiosas escolapias. Pidió y obtuvo permiso de sus padres e ingresó en la casa-noviciado de Masnou a comienzos de septiembre de 1924. Entró en calidad de religiosa operaria. Hecho el postulantado, vistió el hábito escolapio el 23 de marzo de 1925 y tomó el nombre de *María del Niño Jesús*. Hechos los dos años de noviciado con mucho aprovechamiento espiritual y progresando mucho en las virtudes de la vida religiosa, el 18 de abril de 1927 hizo la profesión temporal. Seguidamente fue enviada al colegio de su congregación en Valencia, que será su único destino. Fue encargada del dormitorio y comedor de las alumnas internas, ayudando también en la enfermería de las mismas. Igualmente cuidaba el comedor de las mediopensionistas, siendo unas 120 niñas las que recibían sus cuidados. Estaba pendiente de todas las alumnas y las trataba

con sumo cariño y bondad, siendo muy querida de todas, que quedaban encantadas de su trato dulce y amable. Llevaba una intensa vida interior, orando con gran asiduidad y profundidad y profesaba una intensa devoción a la Virgen María. La superiora reconocía en ella grandes virtudes, sobresaliendo la obediencia, la humildad, la sencillez y la inocencia. Cuando se vio en el piso refugio a partir del 19 de julio de 1936 decidió escribir a sus padres y hermanos contándoles su situación. Entonces su hermano Juan decidió ir a Valencia a recogerla. Pero llegó en la mañana del 8 de agosto, cuando hacía unas horas que había sido sacada del piso y fusilada. Los milicianos, cautivados de su belleza y juventud, le ofrecieron la libertad pero ella prefirió compartir la suerte de sus hermanas.

PASCUALA PRESENTACIÓN GALLÉN MARTÍ nació en Morella, Castellón, el 20 de noviembre de 1872, hija de Francisco y Josefa, y cuarta hija de este matrimonio. Sus padres eran de familia acomodada, dueños de una acreditada platería. Era una familia muy cristiana, que diariamente rezaba el rosario estando todos juntos y vivían en un ambiente de mucha piedad. Su escuela fue la de las Religiosas de la Consolación, abierta en Morella en 1877 y a la que fueron las cuatro hermanas Gallén. Pascuala y sus hermanas pertenecían a la asociación de las Hijas de María y frecuentaban la iglesia de los PP. Escolapios. En su adolescencia hubo de pasar por dos grandes penas, la muerte de su madre en 1885 y la de su padre en 1888. Su tío Pascual se hizo tutor de las cuatro huérfanas. Éstas aceptaron la voluntad de Dios y fueron una tras otra optando por la vida religiosa: tres serían escolapias y una hija de la Caridad. En poco más de un año todas las hermanas ingresaron en la vida religiosa. Pascuala sólo tenía 17 años pero se decidió a hacerse religiosa, obtuvo la licencia del tutor y fue admitida en la congregación de las religiosas escolapias. Su ingreso fue el 20 de junio de 1890 junto con su hermana Josefa. El ingreso fue en el noviciado de San Martín de Provensals. Allí estaba ya de novicia su hermana Joaquina. El 7 de julio empezó el postulantado y el 30 de agosto de 1890 fue la toma de hábito. Su nombre religioso sería *Presentación de la Sagrada Familia.* Hizo los dos años de noviciado con mucho aprovechamiento y el 30 de agosto de 1892 fue admitida

a la profesión de los votos religiosos, que hizo con su hermana Josefa. Seguidamente fue enviada a la casa de Olesa de Montserrat, en donde estaría siete años. Era un colegio pequeño, de unas 160 alumnas y con diez religiosas en la comunidad. Comenzó ayudando en las clases de estudio. Su conducta fue excelente y se granjeó el amor de todas las personas que trataron con ella. En septiembre de 1899 fue destinada a la casa de Valencia, donde permanecería hasta su martirio. Estuvo encargada de las clases de primaria y de las llamadas calasancias, es decir las clases destinadas a las chicas de menor capacidad económica. Ponía todo su empeño en estas clases a fin de preparar bien a sus alumnas. Cuando ya dejaban el colegio, ella a través de familiares y exalumnas les buscaba colocación en oficinas u otros establecimientos, y las jóvenes le estaban muy reconocidas. Se le confió durante unos años la administración del colegio y de la comunidad, y llevó adelante este encargo con mucha competencia y dedicación. Se dice de ella que conjugó la justicia con la caridad y que supo escuchar y atender las situaciones de las familias, especialmente las que tenían dificultades económicas. Llegó un momento en que por la edad hubo de dejar las clases, y entonces ayudaba en la enfermería, suplía ausencias, cuidaba estudios y era solícita en acudir donde fuera necesaria o útil. Fue también vicesuperiora y como tal ayudó a la superiora en cuantas cosas fue requerida. Fue siempre una religiosa de profunda piedad, caritativa, obediente, laboriosa, sencilla y humilde y con un gran sentido de la pobreza evangélica, a imitación de San José de Calasanz. Cuando llegaron los milicianos el 8 de agosto de 1936 la M. Presentación no fue de las primeras en estar arreglada pero a la madre superiora le pareció que debía ir en aquel primer grupo porque, dados los muchos años que llevaba en el colegio de Valencia, estaba preparada para contestar al interrogatorio que decían iban a hacerlas. Bastó una indicación de la superiora para que M. Presentación se mostrase dispuesta a ir. Quienes recogieron su cadáver dijeron haber encontrado en su rostro reflejadas la placidez y la bondad.

MARÍA LUISA GIRÓN ROMERA nació en Bujalance, Córdoba, el 25 de agosto de 1887, hija de Andrés y Sofía, primera de los cinco hijos del matrimonio. Su padre era procurador. La

suya era una familia piadosa. En 1891 entra como alumna en el colegio de Santa Ana, de las religiosas escolapias. A los nueve años hizo la primera comunión, siendo una colegiala ejemplar y aventajada en los estudios. Perteneció a la Asociación de Hijas de María. Al terminar los estudios del colegio, comenzó a ayudar a su madre en el hogar, teniendo cuidado de sus hermanos menores y colaborando a que la casa fuera un sitio acogedor y alegre. Sus padres tenían mucha confianza en ella y todo se lo consultaban. Era una joven alegre y simpática, y pasaba temporadas en el cortijo con sus parientes maternos. Un joven, Francisco Toro, le pidió noviazgo y ella accedió, y cuando el joven se colocó en telégrafos en Córdoba, pareció que María Luisa se decidía definitivamente por el matrimonio. Pero parece que el joven, cuando supo que en realidad la situación económica de su novia no era tan boyante como creía, rompió el compromiso. María Luisa sintió un gran dolor, pero, ayudada por su familia, lo sobrellevó con fortaleza. Y es entonces cuando piensa que quizás lo ha permitido el Señor para que ella se oriente a la vida religiosa. Lo piensa con gran detenimiento, y las religiosas de Bujalance la aconsejan que pase una temporada en el colegio Santa Victoria, de Córdoba, para que con serenidad reflexionara. Tras esta temporada de reflexión se decide y por fin ingresa en la casa-noviciado de Carabanchel (Madrid) el 21 de noviembre de 1915. Hecho el postulantado, el 19 de marzo de 1917 tomó el santo hábito de escolapia con el nombre de *María Luisa de Jesús.* Hizo el noviciado con fervor y alegría y el 31 de marzo, Pascua de Resurrección, de 1918 hizo la profesión de los votos religiosos. Seguidamente fue destinada a Carabanchel, donde estuvo año y medio, y luego a Valencia, donde estuvo hasta junio de 1920, en que fue enviada a Cuba. Llegó a La Habana el 27 de agosto y quedó destinada en el colegio de Nuestra Señora del Buen Consejo. Aquí trabajó con las otras hermanas, unas diez, en la educación de 100 alumnas, poniendo ella en la tarea mucho celo y entusiasmo. Aceptó las molestias de unas aulas pobres y mal acomodadas. Daba clases a las alumnas mayores, y procuró transmitirles con eficacia los valores cristianos y una buena instrucción. En 1929 fue destinada al colegio de Guanajay, el primero que habían abierto las escolapias en Cuba. El colegio tenía unas 200 niñas y dio clases M. María Luisa en los úl-

timos cursos de primaria y en bachillerato. Tuvo muy buen crédito entre las alumnas y sus familias, cuyo afecto supo ganarse. No sin sorpresa, pero con la alegría de poder volver a abrazar a sus familiares, recibió en 1934 la orden de retornar a España. El 22 de agosto se embarcó en La Habana y vino hasta Barcelona, donde supo que se la enviaba al colegio de Valencia. Del 5 al 10 de diciembre estuvo en el colegio de Córdoba y allí pudo ir su familia a encontrarse de nuevo con ella. En el colegio de Valencia desempeñó el magisterio de las clases de primera y segunda enseñanza de Letras, materia que era la suya desde el principio. Al ser nombrada superiora la M. Loreto Turull, asumió sus clases la M. María Luisa. Con alumnas mayores y exalumnas organizó un catecismo en un barrio periférico de Valencia. Llegada la necesidad de salir del colegio y refugiarse en un piso el 19 de julio de 1936, ella conservó la calma y se mostró dispuesta a todos los sacrificios. Consta que ya derribada por las balas, levantó la cabeza, perdonó a sus asesinos y gritó vivas a Cristo Rey.

NAZARIA GÓMEZ LEZAUN nació en Eulz, Navarra, el 27 de julio de 1869. Era la segunda hija de Juan y María. Su padre era agricultor y poseía algunas tierras, en parte heredadas y en parte adquiridas por él, que supo mejorar su patrimonio. El clima de su hogar era un clima de honradez y piedad, con un nivel económico holgado. Pasadas las circunstancias de la guerra carlista, durante la cual era muy niña, Nazaria se crió en la normalidad. Asistió a la escuela mixta y recibió catequesis en la parroquia. Se inscribió en la Asociación de Hijas de María y consta que hizo repetidas veces la peregrinación al santuario de la Virgen del Puy, de Estella. Parece que cuando sintió la vocación religiosa, fueron los PP. Escolapios de Estella, a los que conocía, los que la orientaron a la congregación escolapia femenina. Obtenida la licencia de sus padres, viajó hasta Carabanchel y a comienzos de marzo de 1893 comenzó el postulantado. El 8 de septiembre de aquel mismo año le fue impuesto el santo hábito y dio comienzo al noviciado, tomando ella el nombre de *Carmen de San Felipe Neri.* Aprovechó muy bien este tiempo de formación y discernimiento y dos años más tarde, el 8 de septiembre de 1895, era admitida a la profesión de los votos religiosos. Destinada al colegio de Valencia, llegó a él el 3 de noviembre de 1895, encarga-

da como ayudante de los trabajos domésticos. Al año siguiente se le encargó el cuidado de la portería, y en este oficio perseveraría hasta que hubo de dejar el colegio días antes de su martirio. Fueron los suyos en Valencia 41 años de entrega incondicional al Señor en una gran disponibilidad y servicialidad con todos. Era laboriosa, paciente, equilibrada, afable, desgastando su vida en la obra que el Señor la había asignado y en la que imitó a otros santos que fueron también porteros en sus casas religiosas. Recibía a todos con amor y ponía caridad y mansedumbre en la atención de todas las personas. Alma de intensa oración y de caridad exquisita, dio un ejemplo válido de verdadera religiosa. Llegadas las difíciles circunstancias de julio de 1936, no perdió la serenidad ni la paciencia, y con gran fortaleza abordó la muerte martirial con que el Señor premió sus muchos años de humilde y eficaz servicio.

ANTONIA RIBA MESTRES, llamada familiarmente Antonieta, nació en Igualada, Barcelona, el 8 de octubre de 1893, hija de Juan y Ángela, de cuyo matrimonio hacía el quinto hijo. Era la suya una familia trabajadora y cristiana, en cuyo seno recibió la educación en los valores evangélicos. Era Antonieta una niña sensible y piadosa que desde que se abrió a la luz de la razón se puso bajo la dirección espiritual del sacerdote don Amadeo Amenós. No menos contribuyó a su buena formación religiosa el estar de alumna desde los cuatro años en el colegio de las religiosas escolapias, donde tenía una tía religiosa de la comunidad. Hizo los estudios de la enseñanza primaria no sin algunas dificultades, pero su tesón y aplicación las superaron. Fruto de su contacto con las escolapias fue el sentir a los 15 años la vocación religiosa, y luego de haberse asegurado de que era su verdadera vocación, pidió permiso a sus padres para solicitar ingreso en el noviciado. El padre objetó que era demasiado joven y que la decisión tenía que diferirse para más adelante. Antonieta hubo de someterse a la voluntad paterna y continuó sus estudios, colaborando además en la Asociación de Hijas de María y en la escuela dominical, y ayudando en la parroquia como catequista. De 1910 a 1917 colaboró activamente en la escuela nocturna para obreras, conocida como la Seráfica porque la dirigían los padres capuchinos. Cumplidos los 17 años salió del colegio

y se integró en su hogar, repartiendo su tiempo entre la colaboración con su casa y las obras de apostolado. Sus padres pensaban que para ella era lo mejor el matrimonio, pero ella rechazó varias propuestas matrimoniales que se le hicieron. Ella seguía firme en su vocación religiosa, intentando encontrar una oportunidad para seguirla. Ésta le llegó cuando su hermana Lola fue pedida en matrimonio por un joven llamado Manuel. Antonieta le dijo a su padre que por qué daba a Lola con tanto gozo a Manuel y no quería darla a ella al propio Señor Jesús. El padre entonces cedió y le dio la licencia de entrada en la vida religiosa. El 31 de marzo de 1917 ingresó en la casa-noviciado de San Martín de Provensals. Hecho el noviciado, profesó los votos religiosos el 31 de mayo de 1919 con el nombre de sor *Clemencia de San Juan Bautista.* Seguidamente fue enviada a Zaragoza para hacer el juniorado. El 2 de octubre de 1919 era destinada a la casa de Valencia para dedicarse a la educación de la niñez y la juventud. Lo hizo con plena entrega, siendo una religiosa caritativa, humilde, obediente y muy fervorosa. El 31 de mayo de 1922 hizo los votos perpetuos. De la casa de Valencia no la moverían en los últimos 17 años de su vida, y en todos ellos sor Clemencia estuvo dedicada a su misión escolapia con todo el corazón. Vivió con intensidad la vida religiosa, y pasó con sus hermanas las dificultades que vinieron a raíz de abril de 1931. Cuando el 19 de julio de 1936 hubo de dejar con sus hermanas religiosas el colegio y acogerse al refugio del piso, M. Clemencia pensó que lo prudente iba a ser irse con su familia. Y con la debida licencia, el 6 de agosto les escribió a sus padres y hermanas para felicitar a su hermana Angelina y ese mismo día a su hermana Lola, que residía en Barcelona, para anunciarle un posible viaje. Al día siguiente vuelve a escribirla y le dice que el sábado 8 de agosto saldría de Valencia para Barcelona. Tenía billete para el tren de las 10 de la noche y le pide a su hermana que la espere en la Estación del Norte. Pero a las 5,30 de la mañana se produjo su arresto y posterior martirio, y por ello su hermana fue a la estación a esperarla en vano.

Ésta es la historia de un martirio glorioso, que consumaron las cinco religiosas escolapias en las playas del Saler, de Valencia, de donde volaron sus almas al cielo. La Iglesia ha reconoci-

do el carácter de verdaderas mártires de estas religiosas el 28 de junio de 1999 y les ha concedido la gloria eclesial de la beatificación el 11 de marzo de 2001 en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 93 (2001) 834s.
Bibliotheca sanctorum. Appendice prima (Roma 1987) cols.114-115.
LABARTA, M.ª L., *Educadoras y mártires escolapias, 1936* (Zaragoza 2001).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN EMILIANO DE CÍCICO

Obispo († s. IX)

San Emiliano fue uno de los obispos valientes que hicieron frente a la persecución desatada contra los obispos, monjes y fieles ortodoxos por el emperador León el Armenio que a todo trance quería impedir el culto de las sagradas imágenes. Emiliano era obispo de Cícico, en cuya sede sucede al obispo Nicolás, y donde brillaba por su bondad y su actitud misericordiosa con todos. Convocado por el emperador, acudió, junto con tantos otros obispos, el año 815 al palacio imperial a fin de examinar el asunto del culto a las sagradas imágenes. Y Emiliano no tuvo temor alguno para oponerse a que el asunto se tratara allí, diciendo: «Si esto es un asunto religioso, trátese en la iglesia, no en el palacio». Su valiente actitud le valió ser desterrado por el emperador y murió en el destierro, sin que se sepa a ciencia cierta la fecha. No han faltado quienes lo han tenido por mártir. Su memoria se celebra el 8 de agosto.

SAN ALTMÁN DE PASSAU

Obispo († 1091)

Era natural de Paderborn, Alemania, donde nació a comienzos del siglo XI en el seno de una noble familia. Habiéndose decidido por la vocación sacerdotal, marchó a París donde hizo los estudios, y una vez ordenado consiguió la canonjía de maestrescuela de la catedral de Paderborn, de donde pasó a preboste de la catedral de Aquisgrán en 1051, siendo luego nombrado capellán del emperador Enrique III y confesor de la emperatriz Inés de Poitou. Al morir tempranamente el emperador (1056), fue consejero de la emperatriz y su capellán. Acompañado de un muy numeroso grupo de peregrinos viajó hasta Tierra Santa con la intención de venerar los santos lugares, pero fue atacado por los sarracenos y hubieran sido todos masacrados si no fuera por un emir que tuvo lástima de ellos, y los dejó visitar Jerusalén y volver luego a Europa. Estando en Palestina murió el obispo de Passau y la emperatriz influyó para que fuese elegido su capellán y consejero, de lo que él se enteró en Hungría, estando de regreso a Alemania. Aceptó viendo en ello una oportunidad de poner en práctica su ideal reformista del clero y la comunidad cristiana, y una vez consagrado, se dedicó a ello con energía, teniendo como norte el programa acordado en el sínodo lateranense del año 1059. Impulsó la vida común del clero y la extensión de las comunidades de canónigos regulares. Su diócesis era muy extensa y ocupaba una parte importante de la propia Austria. En 1074 promulgó con decisión los decretos de Gregorio VII prohibiendo la simonía y el matrimonio de los clérigos, lo que ya le acarreó no pocas antipatías. Desatada la lucha entre Gregorio VII y Enrique IV, Altmán tomó claramente partido por el papa e hizo publicar en su catedral la bula de excomunión contra el emperador. Esto le valió el exilio y el que se le pusiera un intruso en su sede. Gregorio VII lo sostuvo con sus letras, le quitó sus escrúpulos de haber sido elegido de forma simoníaca, lo confirmó en su sede desde la plenitud de la potestad apostólica y Altmán acudió personalmente al sínodo de Letrán de 1080. Amparado por el landgrave Leopoldo de Austria pudo establecerse en la parte austríaca de su diócesis, muriendo, sin haber podido volver a la capital de su obispado,

el 8 de agosto de 1091 en Zeiselmauer, siendo enterrado en Göttweig. El nuevo *Martirologio romano* lo ha incluido en este día.

SAN FAMLÁN

Ermitaño († 1150)

El nuevo *Martirologio romano* lo llama ermitaño, no monje ni presbítero, aunque se le han atribuido ambas calidades. Se sabe que era natural de Colonia, Alemania, y que su nombre original era Cuardo o Gerardo. En su juventud decidió distribuir a los pobres sus bienes y vivir pobremente como peregrino. Peregrinó a los santuarios de Italia y luego vino a Santiago de Compostela, y se dice que luego de estar en el monasterio de los Santos Cosme y Damián, junto al Miño, profesó como monje en el cenobio cisterciense de Oseira. Luego marchó en nueva peregrinación a Tierra Santa y a su vuelta se estableció como ermitaño en Gallese, Viterbo, usando el hábito cisterciense. Aquí murió con fama de santidad el 8 de agosto de 1150. Julio II concedió en 1511 indulgencia plenaria a los fieles en su fiesta.

BEATOS JUAN FINGLEY Y ROBERTO BICKENDIKE

Mártires († 1586)

JUAN FINGLEY era natural de Barneby en el Yorkshire, donde nace hacia el año 1555, y estudia en el Caius College de Cambridge, ganándose la vida como mayordomo. Tenía hechos ya muchos estudios cuando se decide por el sacerdocio y va al colegio inglés de Reims, donde se ordena sacerdote el 25 de marzo de 1581. Al mes de su ordenación marcha a Inglaterra y aquí trabaja con gran celo hasta que es arrestado y acusado de traición por ser sacerdote católico. Fue encerrado en el castillo de York. Juzgado bajo la dicha acusación, en la sentencia se afirmó que se le consideraba traidor no solamente por haberse ordenado sacerdote en el extranjero sino también por haber reconciliado con la Iglesia católica a algunos súbditos de la Reina. Subió al patíbulo con gran serenidad y alegría en York el 8 de agosto de 1586.

ROBERTO BICKENDIKE nació en Knaresborough, Yorkshire, en el seno de una acomodada familia. Se crió en la ciudad de York. Conoció el catolicismo y se reconcilió con la Iglesia, negándose en adelante a acudir a los templos protestantes. Iba acompañando por la calle a un sacerdote católico cuando fue arrestado y acusado de ser católico y de tener una mente traidora. Se le preguntó en el juicio que si el rey de España, agente del Papa, invadía Inglaterra, de parte de quién se pondría él, y contestó que cuando se diera el caso lo pensaría. El jurado lo declaró inocente, pero el juez no estuvo de acuerdo con el veredicto y lo hizo juzgar por otro jurado que sí lo condenó a muerte. Fue ahorcado y descuartizado el año 1586, pero no se sabe el día. El *Martirologio romano* celebra su memoria hoy.

SAN PABLO KE TINGZHU

Mártir († 1900)

Pablo Keue Ting Tchou (o Ke Tingzhu) era un cristiano fervoroso y comprometido al que los misioneros habían hecho responsable del grupo de cristianos de su pueblo, Xixiaodun, en la provincia china de Hebei. Él se ganaba la vida como obrero del campo. Y estaba pacíficamente en su trabajo cuando los boxers, tras irrumpir en el pueblo, lo buscaron pues les habían indicado que se trataba de un cristiano. Los demás trabajadores que estaban con él rogaron a los boxers que no lo mataran diciéndoles que en adelante ya no lo sería, pero él dijo con todo valor que no estaba dispuesto a renegar de su fe. Entonces lo ataron a un árbol y le fueron cortando uno a uno sus miembros hasta que murió y voló su hermosa alma al cielo. Fue canonizado el 1 de octubre del año 2000 por el papa Juan Pablo II.

BEATO ANTONIO SILVESTRE MOYA

Presbítero y mártir († 1936)

Este sacerdote valenciano nació en La Ollería el 26 de octubre de 1892, hijo de un cabo de la Guardia Civil. De niño entró en el seminario conciliar de Valencia, donde hizo todos los es-

tudios hasta su ordenación sacerdotal en 1915. Fue primero sucesivamente coadjutor de Calp y de Quatretonda, pasando luego como cura propio a Otos y luego a La Font de la Figuera (1930). Cuatro años más tarde fue cura ecónomo de Santa Tecla, de Játiva, donde estaba cuando tuvo lugar su martirio. En todos estos sitios manifestó un espíritu de gran religiosidad y celo apostólico, procurando incrementar por todos los medios la vida cristiana de los fieles, cuidando de manera muy particular el catecismo de los niños. Llegada la guerra española (julio de 1936), su templo fue incendiado en los primeros días de agosto, y el párroco hubo de pasar a la clandestinidad, pero no por eso dejó de visitar y administrar los sacramentos a los enfermos, celebrando la misa en su casa. El 7 de agosto bajó el sagrario a una dependencia de la planta baja e hizo ante él la consagración al Corazón de Jesús ofreciendo su vida. Al anochecer, llegaron unos milicianos y, pese a la resistencia de la familia, se llevaron al sacerdote. Llevado aquella madrugada al puerto de Cárcer, allí le dispararon varios tiros. Arrastrándose, llegó a Llosa de Ranes, donde lo curaron, pero a la mañana siguiente volvieron los milicianos. Al meterlo en el coche, él hizo la señal de la cruz y dijo que perdonaba a todos. Luego lo llevaron a El Saler y allí lo mataron. Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO VLADIMIRO LASKOWSKI

Presbítero y mártir († 1940)

Hijo de un profesor de instituto, nace en Rogozno, Polonia, el 30 de enero de 1886. Siente en su adolescencia la vocación sacerdotal y tras hacer los pertinentes estudios se ordena el 1 de marzo de 1914. Ejerce como vicario sucesivamente en las parroquias de Modrze, Ostrow, Wielkoposki y San Martín de Poznan. En 1917 es designado secretario general de Cáritas y en 1923 ecónomo del seminario diocesano y colaborador de la curia episcopal. En 1927 es nombrado comendatario de Lwówek y en 1930 arcipreste de dicho partido. Ahí continuó hasta la entrada del ejército alemán. El 15 de marzo de 1940 es arrestado,

pasa unas semanas detenido en Poznan, y luego es llevado al campo de concentración de Dachau, del que pasa en julio al de Gusen. Aquí a resultas de las torturas muere el 8 de agosto de 1940. Aceptó con ánimo los sufrimientos, y prefirió marchar al campo de Gusen con tal de estar con sus hermanos sacerdotes. Fue beatificado por el papa Juan Pablo II el 13 de junio de 1999.

9 de agosto

A) MARTIROLOGIO

1. Santa Teresa Benedicta de la Cruz (Edith Stein) († 1942), virgen, de la Orden de Carmelitas Descalzas, mártir en la cámara de gas del campo de concentración de Auschwitz, Polonia **.

2. En Roma, en el cementerio de San Lorenzo de la Vía Tiburtina, San Román († 258), mártir.

3. En el monasterio de Achonry (Irlanda), San Nateo († 610), obispo y abad.

4. En Kilmore (Irlanda), San Fedlimino, obispo († s. VI).

5. En Constantinopla, la conmemoración de los santos mártires que murieron por defender la sagrada imagen del Salvador colocada sobre la Puerta de Bronce († 729) *.

6. En Palena (Calabria), Beato Falco, ermitaño († s. XII).

7. En Florencia (Toscana), Beato Juan de Salerno († 1242), presbítero, de la Orden de Predicadores *.

8. En el Monte Alvernio (Toscana), Beato Juan de Fermo († 1322), presbítero, de la Orden de Menores *.

9. En Londres (Inglaterra), Beato Ricardo Bere († 1537), presbítero, monje cartujo y mártir bajo Enrique VIII *.

10. En Rochefort (Francia), Beato Claudio Richard († 1794), presbítero, monje benedictino y mártir *.

11. En Salamanca, Beata Cándida María de Jesús (Juana Josefa) Cipitria († 1912), virgen, fundadora de la Congregación de las Hijas de Jesús **.

12. En Barbastro (Huesca), Beato Florentino Asensio Barroso († 1936), obispo y mártir **.

13. En Barcelona, beatos Rubén de Jesús López Aguilar y seis compañeros: Arturo (Luis) Ayala Niño, Juan Bautista (José) Velázquez Peláez, Eugenio (Alfonso Antonio) Ramírez Salazar, Esteban (Gabriel) Maya Gutiérrez, Melquíades (Ramón) Ramírez Zuloaga y Gaspar (Luis Modesto)

Páez Perdomo († 1936), religiosos de la Orden de San Juan de Dios, todos ellos colombianos, mártires **.

14. En Azanúy (Huesca), beatos Faustino Oteiza Segura, presbítero, y Florentino Felipe Naya († 1936), religiosos ambos de la Orden de las Escuelas Pías, mártires *.

15. En Argés (Toledo), Beato Guillermo Plaza Hernández († 1936), presbítero, de la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos del Sagrado Corazón de Jesús, mártir *.

16. En Carcagente (Valencia), Beato Germán (José María) Garrigues Hernández († 1936), presbítero, de la Orden de Menores Capuchinos, mártir **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTA TERESA BENEDICTA DE LA CRUZ (EDITH STEIN)

Virgen y mártir († 1942)

Estamos ante una de las más grandes figuras de la humanidad por su calidad humana, por su capacidad mental asombrosa y por su misión en la Iglesia de Dios con la conciencia clara de tener que asumir la cruz de su pueblo judío y llevarla hasta el calvario del martirio en Auschwitz.

En el *curriculum vitae* que ella misma puso al final del extracto de su tesis doctoral publicada en 1917 podemos leer:

> «El 12 de octubre de 1891 nací yo, Edith Stein, en Breslau, hija del fallecido comerciante Siegfried Stein y de su mujer Auguste (de nacimiento Courant). Soy ciudadana prusiana y judía. Desde octubre de 1897 a Pascua de 1906 frecuenté la escuela Viktoria (instituto estatal) de Breslau, y desde Pascua de 1908 a Pascua de 1911, el instituto (sin griego), que le estaba agregado y en el que realicé después el examen de bachiller. En octubre de 1915 logré, después de superar un examen complementario de griego en el instituto San Juan de Breslau, el título de bachiller de un instituto en humanidades. Desde Pascua de 1911 hasta Pascua de 1913 frecuenté la universidad de Breslau. Durante los cuatro semestres siguientes estudié filosofía, psicología, historia y germanística en la universidad de Gotinga. En enero de 1915 aprobé el examen de estado *pro facultate docendi* en propedéutica filosófica, en historia y en alemán, también en Gotinga. A finales de ese semestre interrumpí mis estudios y estuve ocupada durante algún tiempo en el servicio de la Cruz Roja. Desde febrero hasta octubre de 1916 sustituí en el instituto arriba citado de Breslau a un profesor enfermo. A continua-

> ción me trasladé a Friburgo para trabajar como asistente del profesor Husserl».

A través de esta página autobiográfica ya intuimos la categoría de esta persona hasta ese año de la defensa de su tesis. Categoría que irá subiendo desde esa fecha hasta su martirio y se verá reconocida en su canonización y nombramiento eclesial de compatrona de Europa.

Los datos acumulados por ella en esa ficha de 1917 los iremos desgranando y complementando a continuación.

Edith Stein, la menor de once hermanos, de nacionalidad alemana, nació en Breslau el 12 de octubre de 1891 de familia judía. Día del Kippur, festivo para los hebreos. No ha cumplido los dos años cuando muere su padre.

> «Mi padre murió, así lo cuenta ella, en un viaje de negocios de una insolación. Tuvo que ver un bosque en un día caluroso de julio y andar a pie un gran trecho».

Cayó al suelo desvanecido y lo encontraron muerto. La madre, como la mujer fuerte de la Biblia, se decidió valientemente a seguir con el negocio del marido y sacar adelante la familia con siete hijos:

> «Quería desenvolverse por sí misma y no aceptar ninguna ayuda de nadie, y además quería mantener el negocio y hacerlo prosperar. Claro que no entendía todavía demasiado del negocio de la madera».

Pero se hizo pronto con los conocimientos relativos al negocio maderero y logró prosperar. Edith era una niña precoz, una niña prodigio. Se daba cuenta de todo, recordaba cosas de sus dos/tres años, todo lo que oía de relatos, poesías, etc., se le grababa en la memoria para siempre. Cuando la quisieron llevar a la guardería, armó una zapatiesta memorable:

> «Esto, dirá, lo consideré muy inferior a mi dignidad. El llevarme cada mañana era una verdadera batalla. No era nada amable con mis compañeros y difícil conseguir que jugase con ellos».

Cuando se acercaba su sexto cumpleaños decidió

> «terminar con el odiado jardín de infancia. Dije que a partir de ese día quería ir sin más discusiones a la "escuela grande"; éste era el único regalo de cumpleaños que yo deseaba. Si no se me concedía esto, no quería ningún otro regalo».

Al fin, se le concedió lo que pedía la chiquilla y el 12 de octubre de 1897 comenzó a ir a la escuela, aunque el curso se había ya iniciado en Pascua.

Enseguida se la vio distinguirse por su aplicación y aprovechamiento, llamando la atención por sus genialidades.

> «En los primeros años de mi vida, dice, era como un azogue, viva, siempre en movimiento, de genio chispeante, ocurrente, atrevida y entrometida. Además indomable, voluntariosa y colérica cuando algo me contrariaba».

Cuando tenía unos siete años sufrió un cambio muy notable. Comenzó a prevalecer en ella la razón, en lugar del capricho, y «mi anterior obstinación pareció desaparecer y, en los años siguientes, fui una niña fácilmente manejable». Si desobedecía, pedía enseguida perdón. Y se sentía feliz cuando se había restablecido la paz. Las explosiones de cólera fueron ya muy raras, «alcanzando pronto un autodominio de tal modo que casi sin lucha podía mantener una paz armónica».

En la escuela Viktoria comienza en 1898 los estudios primarios y allí mismo estudia el bachillerato. En 1906 le sobreviene una gran crisis interior. Con el mismo ardor con que tomará otras decisiones importantes en su vida, esta vez decide abandonar la escuela.

> «Mi madre no opuso la menor resistencia a mi decidida voluntad: "no te forzaré —decía—, te dejé entrar en la escuela cuando tú quisiste, puedes dejarla ahora si tú lo quieres"».

Además de la escuela, y a ciencia y conciencia, abandona también la religión, no encontrando ningún sentido en ella. Interrumpidos sus estudios, pasó diez meses en Hamburgo con su hermana Else ayudándola en las tareas de la casa y en la atención a sus niños. «Mi madre no me exigió regresar, si bien, a buen seguro, echaba de menos a su pequeña». Vuelta a casa, un día mientras su madre la peinaba le preguntó si no tenía ninguna ilusión por nada. Edith contestó que «sentía el no haber ido al instituto». La madre le buscó profesores de matemáticas y latín que la preparasen para el ingreso en el séptimo curso. Tuvo también que repasar el francés, el inglés y la historia. Llegado el día del examen, fue la única aprobada. Había comenzado de nuevo su vida de estudiante. Terminados los cursos de bachille-

rato, el 3 de marzo de 1911 tuvo que hacer el examen extraordinario para el acceso a la universidad.

Ella misma habla de sus años en la universidad de Breslau, las asignaturas que siguió, los profesores y compañeros de estudio que tuvo; todo ello con unos juicios de valor que admiran y con una cantidad enorme de detalles. Su pluma parece una cámara fotográfica. Estudió durante cuatro semestres en aquella universidad.

> «Me encontraba muy a gusto con el día completamente ocupado y me sentía como un pez en el agua clara y al calor del sol».

Se encontraba tan a gusto en aquella *alma mater* que le parecía imposible separarse de ella por su propia voluntad.

> «Pero en esto, como más tarde tantas veces en la vida, pude romper los lazos tan aparentemente fuertes con un simple movimiento, y volar libre como un pájaro que rompe su atadura».

Se sentía impulsada a marchar y así lo hizo. En una de sus confesiones autobiográficas dejó dicho:

> «No podía actuar mientras no tuviera un impulso interior. Pero, una vez que algo subía a la clara luz de la conciencia y tomaba firme forma racional, nada podía detenerme».

En abril de 1913, bajo ese impulso interior, pasa a la universidad de Gotinga, atraída por la fama de Husserl, creador y padre de la fenomenología como cuerpo de doctrina filosófica. Tenía Edith veintiún años «y toda yo era expectación ante lo que debía producirse». La ciudad contaba entonces con unos 30.000 habitantes. «La universidad y los estudiantes eran el centro de la vida; era en verdad una ciudad "universitaria"». Y Edith se movía en ese ambiente con toda soltura y facilidad.

Además de Husserl, influyó no poco en este tiempo en ella Max Scheler, católico y saturado de ideas católicas. Confiesa que su contacto con este mundo para ella hasta entonces desconocido

> «No me condujo todavía a la fe, pero me abrió una esfera de "fenómenos" ante los cuales ya nunca más podía pasar ciega. No en vano nos habían inculcado que debíamos tener todas las cosas ante los ojos sin prejuicios y despojarnos de toda "anteojera". Las limitaciones de los prejuicios racionalistas en los que me había

> educado, sin saberlo, cayeron y el mundo de la fe apareció súbitamente ante mí».

Por el momento, andaba tan metida en sus estudios que no prestó demasiada atención a las cuestiones de la fe. «Me conformé, dice, con recoger sin resistencia los estímulos de mi entorno y fui trasformándome, casi sin notarlo».

El profesor Husserl acepta dirigirle la tesis doctoral que versará sobre *La empatía,* y Edith se entrega a la investigación de una manera tan absorbente que termina literalmente agotada. No obstante, en 1914 prepara su examen de licenciatura y a mediados de enero siguiente se presenta al Examen de Estado, obteniendo la calificación más alta. Ilusiones y proyectos estudiantiles se vieron sacudidos por el comienzo de la guerra, que Alemania declaró a Rusia y después a Francia en agosto de 1914. Edith se sintió patrióticamente concernida y al llegar a su casa en Breslau se dijo:

> «Ahora yo no tengo una vida propia. Todas mis energías están al servicio del gran acontecimiento. Cuando termine la guerra, si es que vivo todavía, podré pensar de nuevo en mis asuntos personales».

Inmediatamente siguió un curso preparatorio de enfermeras para estudiantes universitarias. Aprobado el cursillo, de abril a septiembre de 1915 se alista como asistenta de enfermera de la Cruz Roja, dedicándose a atender a los enfermos contagiosos en el hospital austríaco en Mährisch-Weisskirchen.

De su experiencia y quehacer en el hospital da mil detalles:

> «En nuestro hospital estaban representadas todas las naciones de la monarquía austro-húngara: alemanes, checos, eslovacos, eslovenos, polacos, rutenos, húngaros, rumanos, italianos. No faltaban tampoco gitanos. Además alguna vez llegaba un ruso o un turco».

Le tocó atender durante tres meses a enfermos de tifus. Pasó después a ayudar en el quirófano y a prestar toda clase de atenciones (lavarlos, hacerles las camas...) a los heridos que iban llegando de los campos de batalla, siendo el vendaje una de sus ocupaciones preferidas.

Terminada su etapa de enfermera, regresó a su mundo universitario y, después de haber hecho un examen de griego, para poder acceder al título de doctor, ya, sin pérdida de tiempo, se

dedicó a la preparación de su tesis por entero. En esta época de su vida

> «en la que tanto incidieron sobre mí cuestiones humanas y me afectaron en mi interior, hice, sin embargo, acopio de todas mis fuerzas para sacar adelante mi trabajo, que me pesaba tremendamente desde hacía más de dos años».

Fue llenando páginas y páginas y durante tres meses se la vio escribiendo de un tirón, sin parar. Después de casi un año de ausencia se acerca a Gotinga. Se entrevista con Reinach, su antiguo profesor, que ha vuelto del frente por su cumpleaños y para pasar las Navidades con los suyos. Reinach la había animado mucho en la preparación de la tesis y se alegra de que la lleve ya tan adelantada.

A partir de febrero de 1916, en sustitución de un profesor enfermo, da clases de latín, alemán, historia y geografía en la escuela Viktoria de Breslau.

Las vacaciones de Pascua las ocupa en ir dictando el texto de su tesis a dos de sus primas.

> «Era un gran trabajo, pues la tesis había crecido desmesuradamente [...]; el manuscrito, pasado a máquina en un papel de actas fuerte y blanco, era tan voluminoso que no pude encuadernarlo en un tomo. Me hicieron tres cuadernos con tapas flexibles azules y una cubierta rígida en la que cabían los tres cuadernos».

Envió la obra por correo a Friburgo, en cuya universidad se encontraba ahora como profesor titular su director, Edmundo Husserl.

También se trasladó Edith a Friburgo y, después de varias conversaciones, «se fijó el examen de doctorado *(examen rigorosum)* para el 3 de agosto a las seis de la tarde». Ese día y a esa hora hacía un calor horroroso. Antes de pasar al lugar del examen, que fue la sala de reuniones de la Facultad de Ciencias Políticas, Edith pasó por la cafetería, pidió café helado y se comió una gran torta, como si no pasara nada.

El examen resultó muy bien. Al terminar a las ocho, después de dos horas, los profesores se quedaron solos para deliberar sobre la nota que le iban a dar. La calificación fue la máxima de *summa cum laude.* La esperaban con sus amigas en la casa del profesor. Su mujer había trenzado una corona de hiedra y

margaritas y se la pusieron a Edith, que parecía una reina. «Husserl estaba radiante de alegría [...]; ya era pasada media noche cuando nos despedimos», puntualiza Edith. El 4 por la mañana salió ya de Friburgo, se detuvo cosa de un día en Gotinga y el 5 por la tarde estaba ya de vuelta en Breslau, para recomenzar el día 6 la escuela, sustituyendo al profesor enfermo. El título completo de la tesis es: *Sobre el problema de la empatía en su desarrollo histórico y bajo el punto de vista fenomenológico.* La parte publicada en Halle 1917, llevaba el título: *Sobre el problema de la empatía.*

> «Se imprimieron solamente (en 1917) la segunda, la tercera y la cuarta parte de su exposición doctoral. Tratan de la esencia de los actos de empatía, de la constitución del individuo psico-físico, y de la empatía en cuanto comprensión de personas racionales».

En un viaje a Heidelberg, en cuya universidad había deseado estudiar, más que las obras de arte o los monumentos históricos de la ciudad le llamaron la atención dos cosas de tipo religioso. La primera: había entrado con sus acompañantes unos minutos en la catedral, y,

> «mientras estábamos allí en respetuoso silencio, entró una señora con su cesto del mercado y se arrodilló en un banco, para hacer una breve oración. Esto fue para mí algo totalmente nuevo. En las sinagogas y en las iglesias protestantes, a las que había ido, se iba solamente para los oficios religiosos. Pero allí llegaba cualquiera en medio de los trabajos diarios a la iglesia vacía como para un diálogo confidencial. Esto no lo he podido olvidar».

Segunda cosa:

> «Otra vez lo que más me impresionó fue algo distinto de esta maravilla del mundo [el castillo, el Neckar y los manuscritos del Caballero Cantor en la universidad]: una iglesia compartida, que partida en la mitad por una pared, se utilizaba una parte para el oficio protestante y la otra para el católico».

Cuando había estado en Friburgo para la defensa de su tesis, sabiendo que Husserl estaba necesitando de un asistente, Edith se atrevió a decirle: «La señorita Gothe me dijo que usted necesita un asistente. ¿Cree usted que yo podría ayudarle?». El maestro, todo contento, aceptó la oferta. Para comenzar ese trabajo se trasladó a Friburgo en octubre. Lo primero de todo había que ocuparse del manuscrito de las *Ideas* de Husserl. Tuvo

además Edith que aprender rápidamente taquigrafía, ya que el maestro se servía mucho de ella para sus anotaciones. El esfuerzo que le suponía a Edith revisar todo el material de las *Ideas* del maestro era enorme. Y comenzó a resultarle aburrido. Las dificultades eran mayores de lo que en un principio se había imaginado. A lo inmenso de aquella labor de revisión y de organización, «trabajar con el querido maestro es "complicadísimo: lo grave del caso es que de ninguna manera quiere *trabajar en común*"», sigue su trabajo, ya con más libertad, pues el maestro anda ocupado en otros estudios y ella, partiendo de los materiales de que dispone trata de establecer en una elaboración homogénea el hilo conductor del pensamiento, segura de que el propio Husserl no sería capaz «de desenvolverse a través de los materiales y siempre quedaría atascado en los detalles». Su trabajo de asistente la absorbe completamente. Y llega a llamar al trabajo sobre las *Ideas* del maestro: «Mi otro hijo de dolores». Enjuiciando su tarea dirá en marzo de 1918:

> «Por lo que se refiere a mi trabajo como asistente, le diré que he pedido a Husserl quedar libre para la próxima temporada. El ordenar manuscritos, a lo que hace meses se limita mi tarea, poco a poco ha llegado a resultarme algo insoportable».

El maestro accedió a la petición, aun sintiéndolo mucho. Pero unos meses después, en julio, hace saber Edith a su amigo Ingarden: «Últimamente Husserl me ha interpelado varias veces y de forma acuciante para ver si deseaba retomar el puesto de asistente». No quiso tomar de ninguna manera esa obligación, contentándose con ofrecerle alguna ayuda puntual en temas que ella conociera. Husserl en una carta de recomendación a Edith encomia noblemente toda esta labor, manifestando:

> «Trabajó para mí durante año y medio como profesora adjunta, y me prestó excelentes servicios no sólo poniendo en orden mis manuscritos para extensas publicaciones científicas, sino también —y no menos— ayudándome en mi labor de docencia académica».

Estando de asistente en Friburgo le llega la noticia de la muerte de Adolf Reinach, caído en el frente el 16 de noviembre de 1917. Se trataba de un gran profesor, que había captado perfectamente la realidad y el método fenomenológico. Edith se

sintió afectadísima por aquella desgracia. Y en una de sus cartas dirá: «Lo que ahora busco es tranquilidad y el restablecimiento de mi autoconciencia, completamente deshecha». Le duele especialmente la pena que tendrá la joven esposa de Reinach. En estos pensamientos está, cuando recibe carta de ésta que la invita a hacerse cargo de los trabajos filosóficos de su marido. Edith acepta encantada y allá va a Gotinga, pensando qué podrá decir a la viuda para consolarla en aquella pérdida. Pero ¡cuál es su sorpresa cuando ve cómo la señora Reinach ha encajado el golpe, desde su fe en Cristo Jesús! Aquella cercanía a su gran amiga, tan conforme con la voluntad del Señor, le abrió los ojos. Años más tarde dará el siguiente testimonio:

> «Fue éste mi primer contacto con la Cruz y con la virtud divina que comunica a los que la llevan. Por primera vez vi palpablemente ante mí a la Iglesia nacida de la pasión redentora de Cristo en su victoria sobre el aguijón de la muerte. Fue el momento en que se quebró mi incredulidad, palideció el judaísmo y apareció Cristo: Cristo en el misterio de la Cruz».

El profesor J. Hirschmann, SJ, declaró:

> «El motivo decisivo de su conversión al cristianismo fue, como ella misma me contó, el ver cómo la señora Reinach fue capaz de asumir, por medio de la fuerza del misterio de la cruz, la muerte de su marido, caído en el frente durante la primera guerra mundial».

Ha llamado la atención a sus biógrafos el dato de que Edith Stein no entrase en la iglesia evangélica a la que pertenecía la señora Reinach y otros de sus amigos y conocidos. En el camino de la conversión plena de esta gran buscadora de la verdad la esperaba otra sorpresa.

Entre Edith y su amiga Hedwig Conrad-Martius y el esposo de ésta había una gran amistad y confianza. Con frecuencia iba Edith a Bergzabern donde el matrimonio tenía una granja. Una de las veces que estaban allí, los dueños se tuvieron que ausentar y quedó Edith sola. La dueña de la casa le dijo: «Aquí tienes todos estos libros; sírvete de ellos como quieras». En un momento dado

> «agarré a la buena de Dios y saqué un voluminoso libro. Llevaba por título: *Leben der Heiligen Theresia von Avila* («Vida de Santa Teresa de Ávila»), escrita por ella misma. Comencé a leer, y quedé al

punto tan prendida que no lo dejé hasta el final. Al cerrar el libro dije para mí: "¡Esto es la verdad!". Así reconstruye la escena su biógrafa. Directamente anunciado por Edith es más sobrio el relato: "En el verano de 1921 cayó en mis manos la Vida de nuestra santa Madre Teresa de Jesús, que puso fin a mi larga búsqueda de la verdadera fe"».

Del libro de Santa Teresa pasa a otros dos libros: el catecismo y el misal, que compró enseguida y se los aprendió. Ya con estos conocimientos de una catecúmena, allí mismo, en Bergzabern, entra en la iglesia.

«Está diciendo la misa un venerable anciano con gran recogimiento. Esperé a que terminara la acción de gracias para abordarle. Después de una breve conversación, le pedí el bautismo. Me miró muy sorprendido, respondiéndome que para entrar en la Iglesia se requería una cierta preparación. "¿Cuánto tiempo lleva Vd. instruyéndose en la fe católica —me dijo— y por quién?". Por toda respuesta, no supe más que balbucear: "Por favor, reverendo padre, examíneme". Tras el examen con resultado bien positivo, se acordó la fecha del bautismo para el uno de enero de 1922».

Había que buscar una madrina de bautismo. Edith quiso que la madrina fuese su amiga H. Conrad-Martius. El obispo accedió a que hiciera de madrina ésta, también filósofa, de otra confesión cristiana. Edith iba ataviada con el vestido de novia de su madrina. Había pasado toda la noche anterior, la noche vieja, en vigilia de oración. En el libro de bautizados se asentó esta partida:

«El primero de enero del año del Señor 1922, Edith Stein, de treinta años de edad, doctor en filosofía, ha sido bautizada. Nació en Breslau, el 12 de octubre de 1891, de: Siegfried Stein y Augusta Courant. Vino (a la Iglesia) del judaísmo, después de instrucción y preparación convenientes. Recibió los nombres de Teresa, Hedwige. Su madrina fue Hedwige Conrad, de soltera Martius, domiciliada en Bergzabern. Firmado: Eugenio Breitlig, sacerdote».

La madrina dirá: «Lo más bello de todo era su alegría radiante, una alegría infantil». Nada más bautizarse recibió la primera comunión, que frecuentará ya todos los días de aquí en adelante. El 2 de febrero, monseñor Sebastián, obispo de Espira, la confirmó en su capilla particular.

Años más tarde escribirá:

«Cuando el 1 de enero de 1922 recibí el santo bautismo, pensé que aquello era sólo una preparación para la entrada en la Orden.

> Pero, unos meses más tarde, después de mi bautismo al encontrarme por vez primera frente a mi madre, advertí claramente que ella no podría encajar por el momento el segundo golpe. No es que se fuera a morir por ello, pero la llenaría de una amargura de la que yo no quería ser responsable. Debía esperar con paciencia».

El primer golpe, el anuncio de su conversión, se revistió de patetismo. Vuelta a casa anduvo buscando el momento propicio para decírselo a su madre. Se arrodilló ante ella y, mirándola fijamente, le dijo con mansedumbre y firmeza: «¡Madre, soy católica!». Y aquella mujer que con heroísmo bíblico había arrostrado su destino y con sus siete hijos había llegado a las cumbres de la vida, sintió desfallecer sus fuerzas: comenzó a llorar. Esto no se lo esperaba Edith, que jamás había visto llorar a su madre. Lo mejor, lo único era llorar con ella. Edith se queda en casa cosa de medio año y, con extrañeza de su madre, la acompaña a la sinagoga y reza con ella los salmos. Será la madre la que tendrá que reconocer: «Jamás he visto rezar a nadie como a Edith».

Pero, ¿cómo llena Edith todos los años que corren desde su entrada en la Iglesia hasta que pueda entrar en el Carmelo: 1922-1933?

Su deseo de retirarse al convento se ve obstaculizado por su director espiritual, el vicario general de Espira, Joseph Schwind: «Rechaza él rotundamente todos los planes prematuros de vida claustral, también en atención a su madre, y le impone un largo período de espera en el mundo». Nada menos que diez años. Pero el mismo J. Schwind, atendiendo a los deseos de soledad y recogimiento que manifestaba su dirigida, «de permite dejar provisionalmente la filosofía y él mismo se encarga de proporcionarle un puesto de trabajo en el que pueda actuar como maestra en un marco de recogimiento». Desde abril de 1923 comenzó su actividad como maestra de literatura, alemán, historia en el instituto y escuela de magisterio de las Dominicas de Santa Magdalena de Espira. En una de sus cartas a Ingarden (5-2-24) hace una descripción y un gran elogio de este centro al que estaban vinculados una gran cantidad de centros docentes.

> «En su mayoría las alumnas están en internado, y allí vivo yo también. Mi habitación es muy pequeña, pero en ningún sitio me he sentido tan a gusto».

Su obra pedagógica, su influjo espiritual en las alumnas y en las mismas religiosas dominicas fue extraordinario. «Para mí la cuestión principal, naturalmente, es la base religiosa de la vida entera», declarará sin falta.

Durante estos años, además de su actividad docente tan intensa, se prodiga impartiendo un buen número de conferencias en varias localidades: Espira, Kaiserslautern, Nuremberg, Salzburgo (Austria), Bendorf, Heidelberg, Ludwigshafen, Múnich...; participa en congresos científicos, publica varios trabajos; traduce textos del cardenal Newman, de Santo Tomás, etc.

En 1927 muere Joseph Schwind, su padre espiritual y consejero. Desde 1928 Edith acude a la abadía benedictina de Beuron, pasando allí la Semana Santa y la Pascua y «haciendo allí en silencio ejercicios espirituales». Pero en 1933 la llevó a la abadía un motivo especial. En enero ha conquistado el poder Hitler; y en abril se publica la ley que prohíbe a los judíos estar en cargos públicos. Edith, camino de Beuron, asiste a la Hora Santa en el Carmelo de Colonia-Lindental. Más que atender a la plática del vicario catedralicio, que se expresa muy bien y de forma impactante, anda ocupada en su interior muy seriamente:

> «Yo hablaba con el Salvador y le decía que sabía que era su cruz la que ahora había sido puesta sobre el pueblo judío. La mayoría no lo comprenderían, pero aquellos que lo supieran, deberían cargarla libremente sobre sí en nombre de todos. Yo quería hacer esto. Él únicamente debía demostrarme cómo. Al terminar la celebración tuve la certeza interior de que había sido escuchada. Pero en qué consistía el llevar la cruz, eso aún no lo sabía».

Continuando viaje a la mañana siguiente, llegó a Beuron. El motivo especial al que ya ha aludido lo explicita más ampliamente. Llevaba semanas pensando «si no podría hacer algo en la cuestión de los judíos». Y piensa en Roma. Planea «viajar a Roma y tener con el Santo Padre (Pío XI) una audiencia privada para pedirle una encíclica». Pero no quería dar ese paso sin consultar con dom Rafael Walzer, el archiabad —«mi abad»— que acababa de llegar del Japón. Hechas las pertinentes averiguaciones en Roma, se vio que no había posibilidades de obtener una audiencia privada:

> «Por lo que desistí de mi viaje y me decidí por escribir. Sé que mi carta fue entregada sellada al Santo Padre. Algún tiempo des-

pués recibí su bendición para mí y para mis familiares. Ninguna otra cosa se consiguió. Más adelante he pensado muchas veces si no le habría pasado por la cabeza el contenido de mi carta, pues en los años sucesivos se ha ido cumpliendo punto por punto lo que yo allí anunciaba para el futuro del catolicismo en Alemania».

¿Qué anuncio profético contenía la carta de Edith a Pío XI? La carta no se ha podido divulgar hasta mediados de febrero de 2003, cuando en el Archivo Vaticano se ha abierto al público el material relativo al pontificado de Pío XI. La carta hay que leerla de rodillas y con la respiración entrecortada. Dice así:

«¡Santo Padre!

Como hija del pueblo judío, que, por la gracia de Dios, desde hace once años es también hija de la Iglesia católica, me atrevo a exponer ante el Padre de la Cristiandad lo que oprime a millones de alemanes.

Desde hace semanas vemos sucederse acontecimientos en Alemania que suenan a burla de toda justicia y humanidad, por no hablar del amor al prójimo. Durante años los jefes nacional-socialistas han predicado el odio a los judíos. Después de haber tomado el poder gubernamental en sus manos y armado a sus aliados —entre ellos a señalados elementos criminales—, ya han aparecido los resultados de esa siembra de odio. Hace poco el mismo gobierno ha admitido el hecho de que ha habido excesos, pero no nos podemos hacer una idea de la amplitud de estos hechos, porque la opinión pública está amordazada. Pero a juzgar por lo que he venido a saber por informaciones personales, de ningún modo se trata de casos aislados. Bajo presión de voces del extranjero, el régimen ha pasado a métodos "más suaves". Ha dado la consigna de que no se debe "tocar ni un pelo a ningún judío". Pero con su declaración de boicot lleva a muchos a la desesperación, porque con ese boicot roba a los hombres su mera subsistencia económica, su honor de ciudadanos y su patria. Por noticias privadas he conocido en la última semana cinco casos de suicidio a causa de estas persecuciones. Estoy convencida de que se trata sólo de una muestra que traerá muchos más sacrificios. Se pretende justificar con el lamento de que los infelices no tienen suficiente fuerza para soportar su destino. Pero la responsabilidad cae en gran medida sobre los que lo llevaron tan lejos. Y también cae sobre aquellos que guardan silencio acerca de esto.

Todo lo que ha acontecido y todavía sucede a diario viene de un régimen que se llama "cristiano". Desde hace semanas, no solamente los judíos, sino miles de auténticos católicos en Alemania, y creo que en el mundo entero, esperan y confían en que la Iglesia de Cristo levante la voz para poner término a este abuso del nombre de Cristo. ¿Esa idolatría de la raza y del poder del Estado, con la

que día a día se machaca por radio a las masas, acaso no es una patente herejía? ¿No es la guerra de exterminio contra la sangre judía un insulto a la Sacratísima Humanidad de Nuestro Redentor, a la Santísima Virgen y a los apóstoles? ¿No está todo esto en absoluta contradicción con el comportamiento de Nuestro Señor y Salvador, quien aún en la Cruz rogó por sus perseguidores? ¿Y no es eso una negra mancha en la crónica de este Año Santo que debería ser un año de paz y de reconciliación?

Todos los que somos fieles hijos de la Iglesia y que consideramos con ojos despiertos la situación en Alemania nos tememos lo peor para la imagen de la Iglesia si se mantiene el silencio por más tiempo. Somos también de la convicción de que a la larga ese silencio de ninguna manera podrá obtener la paz con el actual régimen alemán. La lucha contra el catolicismo se llevará por un tiempo en silencio, y por ahora con formas menos brutales que contra el judaísmo, pero no será menos sistemática. No falta mucho para que pronto, en Alemania, ningún católico pueda tener cargo alguno si antes no se entrega incondicionalmente al nuevo rumbo.

A los pies de Su Santidad pide la Bendición Apostólica,

Dra. Edith Stein,
Profesora en el Instituto Alemán de Pedagogía Científica.
Münster / W.
Collegium Marianum».

En la carta, como se ve, se presenta la autora como profesora de pedagogía en Münster. De hecho, había ido a Münster el 29 de febrero, bisiesto, de 1932. En ese mismo año pasó por las carmelitas descalzas de Würzburg y pidió «con mucho apremio permiso para entrar en la Orden. Me fue negado con miras a mi madre y a la actividad que desempeñaba desde hacía varios años en la vida católica». Ahora a su vuelta de Beuron el 20 de marzo de 1933, en fuerza de las leyes antijudías tuvo que renunciar a su docencia en el mencionado Instituto. Por estos caminos torcidos se iba escribiendo su futuro, como ella va señalando finamente en su correspondencia: «El Señor sabe qué es lo que me tiene preparado».

Unos diez días después de su vuelta de Beuron le vino el pensamiento: «¿No será ya tiempo, por fin, de ir al Carmelo? Desde hacía casi doce años era el Carmelo mi meta».

El 30 de abril, domingo del Buen Pastor, se dirige a la iglesia de San Ludgerio, donde se celebraba la fiesta de aquel santo.

> «A última hora de la tarde me dirigí allí y me dije: "No me iré de aquí hasta que no vea claramente si puedo ir ya al Carmelo". Cuando se impartió la bendición tenía yo el sí del Buen Pastor».

Aquella misma noche escribió a su padre abad solicitando su beneplácito para emprender el nuevo camino. A mediados de mayo le llegó el permiso para dar los primeros pasos. La situación había cambiado, las circunstancias eran otras. El archiabad, sopesando todo el bien que Edith estaba haciendo en el mundo y la situación especial de su anciana madre, le había siempre negado el permiso para retirarse al convento. Esta vez vio tan claro como ella que ésa era la voluntad del Señor. Alguien se ha preguntado con toda clarividencia: «¿No son los mismos enemigos de la cruz los que le abren a ella la puerta del Carmelo? ¿Qué podría todavía objetar su padre espiritual de Beuron contra su proyectada entrada? ¿Acaso no ha sido barrida, de la noche a la mañana, su prometedora vida científica?».

A mediodía del 27 de mayo se dirigió a Colonia. La acompañaba una amiga suya y amiga de las monjas descalzas. Llegadas al monasterio, pasó primero al locutorio la señorita acompañante mientras Edith esperaba en la iglesia. Arrodillada junto al altar de Santa Teresita, «me sobrecogió —dice— la paz del hombre que ha llegado a su fin». Acabado el tiempo de las visitas, tendría que volver Edith por la tarde, para entrevistarse con las monjas después de vísperas. Pero, «mucho antes de vísperas ya estaba yo nuevamente en la capilla y recé las vísperas con ellas». Iban a ser las tres y media cuando la llamaron al locutorio. La recibieron la madre priora, Josefa, y Teresa Renata (Posselt), entonces superiora y maestra de novicias y que será más tarde priora y la primera biógrafa de Edith. En la entrevista la candidata explicó su caso y cómo el pensamiento del Carmelo no la había abandonado nunca desde 1921; nunca había pensado en hacerse dominica o benedictina a pesar de haber tratado con estas dos familias religiosas, y añadió: «Siempre fue como si el Señor me reservase en el Carmelo lo que sólo ahí podía encontrar». Les conmovió.

Tendrá que volver cuando el P. provincial esté allí; le esperan pronto. Pero la visita anunciada del reverendo se hace esperar. Edith «movida por el Espíritu Santo» —dice ella— escribe a la priora pidiéndole una respuesta rápida, pues, dada su situa-

ción, necesita saber pronto a qué atenerse. La superiora la llama a Colonia; antes de ir a hablar con el delegado diocesano de monjas, vuelve a entrevistarse con las mismas madre Josefa y Renata y con Marianne Praschma. Esta última irá a Breslau para la fundación allí planeada y visitará a la familia Stein, tratando amistosamente con doña Augusta. Terminada la visita de Edith al Delegado episcopal con buenas esperanzas de ser admitida, volvió al convento. Después de Vísperas, la recibieron todas las capitulares en el locutorio; le hicieron preguntas y más preguntas, hasta la hicieron cantar y tuvo que cantar una cancioncilla, cosa que se le hizo más difícil que hablar ante miles de personas en alguna de sus conferencias. La priora le comunicó que la votación para ser admitida la harían al día siguiente. «Tuve que partir aquella noche sin saber nada».

Al día siguiente recibió en Münster el telegrama prometido: «Alegre aprobación. Saludos. Carmelo». Lo leyó y se fue a la capilla a dar gracias a Dios.

Hasta mediados de julio tenía tiempo para recoger sus cosas en Münster y despedirse del Marianum. De acuerdo con las descalzas de Colonia iría allá a pasar la fiesta del Carmen, 16 de julio, con ellas. Y se quedaría un mes como huésped en las habitaciones de la portería. Éste era el plan preestablecido y se cumplió. A su casa, preparando el terreno, había escrito diciendo que había encontrado acogida entre las monjas de Colonia y que en octubre se trasladaría allí definitivamente. Creyeron que se trataba de un nuevo puesto de trabajo y la felicitaron.

El mes pasado en la hospedería fue pare Edith «un tiempo felicísimo. Seguía todo el horario, trabajaba en las horas libres y podía ir con frecuencia al locutorio». Así se iba enterando más y mejor del espíritu del Carmelo, de sus exigencias, obligaciones, ideales.

El 14 de agosto partió para Breslau, deteniéndose a celebrar la solemnidad de la Asunción en la abadía benedictina de Maria Laach, entre Bonn y Coblenza. Su madre revivió cuando Edith llegó a casa. No sabía lo que la esperaba. Y el primer domingo de septiembre:

> «Estaba sola con mi madre en casa. Ella estaba sentada haciendo punto junto a la ventana. Yo muy cerca de ella. Por fin me soltó la pregunta por largo tiempo esperada: "¿Qué es lo que vas a hacer

en las monjas de Colonia?". "Vivir con ellas". Desde aquel momento se perdió la paz. Un peso oprimió toda la casa. De vez en cuando mi madre me dirigía un nuevo ataque al que seguía una nueva desesperación en silencio».

La especie de pulso espiritual entre madre e hija no se decantaba por ningún lado:

> «Debía dar el paso sumergida completamente en la oscuridad de la fe. Muchas veces durante aquellas semanas pensaba: ¿Quién se quebrantará de las dos, mi madre o yo? Pero ambas perseveramos hasta el fin».

El último día que pasó en casa fue el de su cumpleaños: 12 de octubre. Se celebraba también ese día el cierre de la fiesta judía de los tabernáculos. Edith acompañó a su madre a la sinagoga. Iban juntas en el tranvía; Edith le dice: «La primera temporada es sólo de prueba». Doña Augusta replica: «Cuando te propones tú una prueba, bien sé yo que la superas». Aquella noche fue de lo más doloroso para ambas. No pudieron dormir ninguna de las dos.

El día 13 fue Edith, como todos los días, a la misa de cinco y media en la iglesia de San Miguel. Para la hora del desayuno ya estaba en casa con toda la familia.

> «Mi madre trató de tomar algo pero en seguida retiró la taza y comenzó a llorar como la noche anterior. Nuevamente me acerqué a ella y la tuve abrazada hasta el momento de partir».

Una de sus sobrinas exclamó al despedirla: «¡El Eterno te asista!». En verdad que necesitaba toda la ayuda del cielo para dar ese paso. «Mi madre me abrazó y besó con el mayor cariño». Un minuto después «mi madre sollozaba en alto. Salí rápidamente». Dos de sus hermanas, Rosa y Else, la acompañaron a la estación.

Edith apostilla:

> «Era realidad lo que hacía poco apenas me atrevía a soñar. Ninguna explosión de alegría al exterior, pues era terrible lo que quedaba tras de mí. Pero estaba profundamente tranquila, en el puerto de la voluntad divina».

Llegó a Colonia al anochecer. Pasó la noche en casa de una ahijada suya, Hedwig Siegel, «mi catecúmena», como la llamaba Edith, porque la había preparado ella para el bautismo que ha-

bía recibido el 1 de agosto de 1933 en la sala capitular de la catedral de Colonia, y había sido su madrina. Muy temprano avisó por teléfono de su llegada al convento y pasó a saludar. La entrada en clausura sería después de Vísperas. Atendió al canto solemne de esta hora litúrgica con su ahijada en la iglesia. Eran las primeras Vísperas de la solemnidad de Santa Teresa. Después del rezo tomaron juntas un café.

Y acompañada por su ahijada y amiga y por una hermana de la Madre Teresa Renata se encaminó «hasta la puerta de clausura. Finalmente se abrió. Y yo atravesé con profunda paz el umbral de la casa del Señor». La recién entrada tiene ya 42 años. Su vocación es un poema con ese gran protagonista que es el Dios de Abrahán, de Isaac, de Jacob, de patriarcas y profetas y el Dios de Jesucristo.

Antes de la llegada de Edith a Colonia han ido llegando seis grandes baúles de libros. Ninguna otra carmelita había llevado consigo un ajuar como ése. Comenta ella en tono humorístico:

> «La hermana se preocupó de su custodia y se dio buena maña para dejar separados, al desempaquetar, los de teología, filosofía, filología, etc. (así estaban clasificados los baúles). Pero al final todos se mezclaron».

Sus primeros pasos en la vida claustral saben a infancia espiritual: doctora, profesora, conferenciante, escritora famosa, a sus 42 años aprendiendo las minucias de la vida conventual: lavar platos, barrer, coser, etc., todo ello era nuevo para ella y en esta escuela de humildad le tocaba ahora ejercitarse día a día. En el noviciado estaban con ella dos jovencitas que ya habían hecho la primera profesión y una postulante para lega. Edith sacaba unos veinte años a sus compañeras. «Casi parecía como si Edith misma hubiera olvidado su pasado, su ciencia y sus talentos y sólo estuviera dominada por el deseo de ser niña entre niñas». La pobreza de la celda conventual la encantaba y era para ella «un símbolo del despojamiento interior, que deja al alma sin nada propio y que la fuerza a anonadarse totalmente en Dios».

Ya desde postulante comienza a llamarse *Teresa Benedicta de la Cruz*, como ella misma había solicitado. Fue pasando el medio año del postulantado con toda felicidad, alegría y buen humor. El 15 de febrero de 1934, puesta de rodillas ante la comunidad,

pidió la gracia de vestir el hábito de las descalzas. La fecha de la toma de hábito fue el 15 de abril. Enterada la familia, su hermana Rosa le preguntó si quería algo para esa fecha. Edith le pidió «el vestido de gala y Rosa le envió una gruesa tela de seda blanca que más tarde sirvió para ornamentos de altar, que aún se guardan en el Carmelo». Con esta misma tela se confeccionó la casulla que estrenó el papa Juan Pablo II cuando beatificó a Edith en Colonia el 1 de mayo de 1987.

Dada la calidad de la candidata al hábito, el acontecimiento fue de un esplendor singular. Allí tantos conocidos y amigos del mundo universitario, en el que no podía faltar su amiga la doctora Conrad-Martius. Según la costumbre entonces vigente en Alemania y en otros países, la que iba a vestir el hábito salía a la iglesia ataviada como una novia e iba saludando a los concurrentes. Así se hizo en el caso y para todos tuvo Edith «una palabra amable, respirando cuando los alegres repiques de todas las campanas anunciaban el comienzo de la ceremonia». Desde la sacristía salió el abad de Beuron, acompañado del clero presente, para recibirla y la llevó hasta el altar. Después de la misa solemne dom Rafael dirigió una gran alocución, poniendo a prueba la humildad de Edith. A continuación el P. provincial de los descalzos, P. Teodoro, dirigió a la pretendienta las preguntas de rigor acerca de sus deseos, peticiones y propósitos, y recibida la bendición, la novia entra en la clausura; arrodillándose besa el crucifijo que se le ofrece y rápidamente se despoja del traje de fiesta y se le viste el hábito marrón de la monja carmelita descalza.

Pasados unos días de la toma de hábito, el P. provincial hizo la visita canónica al monasterio de Colonia y después de hablar con Teresa Benedicta —bien informado de sus estudios y trabajos filosóficos— dio orden de que dejasen libre a Edith de otras ocupaciones para que pudiese culminar lo que hasta su entrada tenía en el taller. Medida excepcional ésta, y muy acertada.

Terminado el noviciado, después de diez días de ejercicios espirituales, hizo su profesión el 21 de abril de 1935, domingo de Pascua. La ceremonia tuvo lugar en la intimidad del convento sin el aura festiva de la toma de hábito. Una catedrática amiga que la visitó pocos días después, certifica: «Inolvidable me que-

dó la expresión radiante y su aspecto totalmente virginal en la semana de la profesión. Parecía 20 años más joven, sintiéndome totalmente contagiada de su felicidad. Debía haber recibido grandes gracias de Dios, como los santos».

El 14 de septiembre de 1936 hacía Edith la renovación de sus votos, conforme a lo establecido para todas en aquel día de la exaltación de la Santa Cruz. Al terminar dijo a una de sus connovicias con la que tenía mucha confianza: «Al estar en la fila para renovar los votos, mi madre estuvo junto a mí. He sentido claramente su presencia». Ese mismo día un telegrama, desde Breslau, le traía la noticia del fallecimiento de doña Augusta. Había muerto mientras su hija renovaba sus votos religiosos.

Tres meses justos después Edith se cae por la escalera y se rompe el brazo y el pie izquierdo. Hay que hospitalizarla. Mientras se encuentra en el hospital llega su hermana Rosa a Colonia. De esta manera puede Edith asistir, el 24 de diciembre, al bautismo de su hermana en la capilla del hospital de Santa Isabel. Terminada la ceremonia, vuelve al convento y en la misa de Navidad Rosa recibe la primera comunión en la iglesia del Carmelo.

Pasados los tres años de la primera profesión, Edith hizo su profesión perpetua el 21 de abril de 1938, en la intimidad conventual. Aquellos días muere su gran profesor y admirador Edmundo Husserl. El día 1 de mayo tuvo lugar la imposición del velo negro por parte del obispo auxiliar, Dr. Stockums. A esta ceremonia ya asistía no poca gente de fuera.

A la par que estos acontecimientos de tono alegre y pacífico se iban desarrollando otros que no podían menos de preocupar a quien reflexionaba sobre ellos. Ha quedado ya como un estigma en la historia la llamada «noche de los cristales rotos». Ya venía de atrás, pero esa noche del 9 al 10 de noviembre de 1938 se manifestó de un modo violento el odio antijudío. Tras la quema de la sinagoga y otros atropellos injustificados contra los judíos, se pensó ya en firme y se decidió la conveniencia de un traslado de Edith a otro Carmelo fuera de Alemania. Así, hechos los preparativos indispensables, un médico amigo de la comunidad se ofrece a «pasar la frontera con la fugitiva en la noche y en las

tinieblas». Y así lo hace el 31 de diciembre de 1938. A las 8 de la mañana del día siguiente llegaban al monasterio de Echt, en Holanda. Arrancarse de Colonia y de hermanas tan queridas le resultó muy doloroso, pero había que hacerlo para evitar males mayores a la comunidad. Las descalzas de Echt, convento que había sido fundado por las descalzas expulsadas de Colonia en 1875, acogieron a Teresa Benedicta con los brazos abiertos. De las 17 monjas que componen la comunidad, 13 son alemanas. La integración en el nuevo grupo no le supuso ningún esfuerzo especial. Las monjas de Echt puntualizan con un cierto humor que Edith, aunque se lo proponía muy en serio, «no logró nunca hacerse a los trabajos prácticos. Aun cuando cogía la escoba, se la veía cuán poco práctica era para este menester doméstico tan sencillo. Lo mismo pasaba con las labores de mano. Nunca pasó del estadio de los principiantes». Más o menos, como antes en Colonia. Pero, como siempre, sus actividades intracomunitarias más propias eran de suma utilidad para las compañeras. Aquí, por ejemplo, se ocupó en dar clases de latín y explicar el Breviario a las novicias, ser la maestra de las hermanas legas, etcétera. Sus actividades de escritora no cesan tampoco. Al acercarse el IV centenario del nacimiento de San Juan de la Cruz (1942) escribió la obra conocida como *La ciencia de la cruz. Estudio sobre San Juan de la Cruz*. Trabajo poderoso que sólo vio la luz en 1950.

El 1 de septiembre de 1939 Alemania invade Polonia. Comienza la Segunda Guerra Mundial, la peor de lo peor. Al año siguiente, el 10 de mayo Holanda es también ocupada por las tropas de Hitler. Ante esta situación se trata de conseguir el traslado de Edith al monasterio de Le Pâquier en Suiza. La comunidad suiza aprueba el traslado por unanimidad. A pesar de los esfuerzos realizados no pudo salir de Holanda. De igual manera, como ella misma dice en una de sus cartas (9-4-1942): «Recibí también de un Carmelo español la invitación de ir allí, lo que ahora tampoco sería posible». No se sabe a punto fijo de qué Carmelo se trataba: ¿La Encarnación de Ávila, el convento de Segovia?

De todos modos el traslado a Suiza, a España, a Estados Unidos, a donde fuera, era imprescindible. Tampoco se logró.

Multiplicándose en Holanda las vejaciones, secuestros, atropellos de todas clases contra los judíos, la jerarquía eclesiástica holandesa levantó la voz profética en una pastoral valiente en la que se denunciaba tanta injusticia. La pastoral dada en Utrecht el 20 de julio de 1942, fue leída el domingo siguiente, día 26, en todas las iglesias y capillas en todas las santas misas y en la forma acostumbrada.

Los atropellos siguieron y se aumentaron: «El 2 de agosto fueron detenidos y secuestrados en todas las casas religiosas de Holanda los moradores no arios. En Echt no se sabía nada de esto», pero a las 5 de la tarde, mientras estaban las monjas comenzando la oración y Teresa Benedicta estaba leyendo el punto de meditación, llamaron a la superiora a la portería. La madre, creyendo que se trataba de la entrega del permiso para ir a Suiza, dijo a Edith que bajara al locutorio, en cuya parte de fuera estaba ya su hermana Rosa.

Los visitantes eran miembros de la Gestapo (SS, Schutzstaffeln). Le piden que en menos de cinco minutos abandone el convento, que llame a la superiora. Mientras ésta entra en el locutorio, sor Benedicta va al coro, se arrodilla ante el Santísimo y sale diciendo a las monjas: «Rueguen, hermanas». Una le pregunta: «¿A dónde va, sor Benedicta?». «En menos de diez minutos debo dejar el convento; pero ¿hacia dónde?...».

El tiempo concedido había sido rebasado con mucho, cerca de media hora. El alma se arrancaba con esta despedida. Edith y Rosa montaron en el coche que llevaba a otros deportados y desaparecieron. El comisario general declaró abiertamente que «como los eclesiásticos católicos no transigen con ninguna negociación, nos vemos obligados por nuestro lado a considerar a los judíos católicos como nuestros mayores y peores enemigos, y, por este motivo, a cuidar tan rápidamente como sea posible de su traslado al Oriente». La represalia contra la pastoral de julio era patente.

Las estaciones del vía crucis de Edith y de su hermana Rosa, después de la del prendimiento en Echt, fueron escalonándose: el mismo día 2 fueron llevadas al campo de concentración de Amersfoort (Holanda); dos días después, el 4, traslado al campo de Westerbork, todavía en Holanda. El Consejo Judío envía un

telegrama al monasterio de Echt urgiendo envío de ropa de abrigo, mantas, medicamentos, al campo de Westerbork. Las descalzas preparan para las hermanas Stein un buen cargamento: mantas, pequeños paquetes, «libros, candelas, comestibles y no sé lo que salió», refiere una de las monjas. Un par de recaderos de confianza cargaron con maletas, cajas y paquetes y pudieron entregarlo todo a las destinatarias. La carta de la priora y de las hermanas del Carmelo la recibió Edith cerrada, por conducto de la policía holandesa. Entre las cartas iba una nota autógrafa de Edith, encontrada en su celda. En el reverso de una estampa había escrito el ofrecimiento de su vida por la conversión de los judíos. La estampita perecería con ella.

Los emisarios de Echt hablaron con ellas y años más tarde hicieron un relato conmovedor de aquel encuentro. Sor Benedicta, alegre y agradecida por los saludos, envíos y muestras de cariño de las hermanas de Echt, contó cuál había sido su camino desde la salida del convento: Roermond, a la comisaría del lugar; en coche a Amersfoort, llegando a las tres. Tratadas con delicadeza por los soldados alemanes, ya en el campo de concentración fueron tratadas brutalmente por los de la SS. A la mañana siguiente traslado al campo de Westerbork junto a Hooghalen. Impresionaba la dignidad de su persona, «dichosa de poder ayudar a todos con palabras de consuelo y con oraciones. En sus ojos brillaba el fulgor misterioso de una santa carmelita».

En otro relato de un judío llamado Julio Marcan, de Colonia, que sobrevivió a la deportación, se habla de Edith de esta manera:

> «Entre los presos que entraron en el campo el 5 de agosto llamaba la atención sor Benedicta por su gran paz y resignación. La desolación en el campo y la excitación entre los recién detenidos eran indescriptibles. Sor Benedicta daba vueltas por los corros de señoras, consolando, ayudando y tranquilizando como un ángel. Muchas madres, casi en delirio, no se preocupaban en todo el día de sus criaturas y estaban sumergidas en la más confusa zozobra. Sor Benedicta tomaba a los pobres niños, los lavaba y peinaba, y cuidaba de su alimentación y aseo. Todos los días que permaneció en el campo desarrolló, entre lavar y limpiar, una activa caridad hasta el punto de admirar a todos».

El día 7 llegan al campo de exterminio de Auschwitz-Birkenau. No tenemos noticias particulares de lo sucedido en estos dos días. A la última estación se llega el 9 de agosto en Auschwitz. Según parece, el mismo día de su llegada al campo son asesinadas en la cámara de gas. Nuevo modo diabólico de hacer mártires. Verificando las noticias que han ido llegando, al fin, en las listas oficiales de defunciones, lista 34, hecha el jueves 16 de febrero de 1950, se puede leer: «Núm. 44074. Edith Teresia Hedwig Stein, nacida el 12 de octubre de 1891, en Breslau, de Echt, fallecida el 9 de agosto de 1942». El mismo día con el número siguiente aparece Rosa Stein. Edith tenía 51 años.

Ante los horrores del campo de concentración y la maldad increíble del nazismo y de otras aberraciones monstruosas se ha podido lanzar la pregunta:

> «¿Cómo hablar de Dios después de Auschwitz, símbolo de situaciones en las que el mal llega al límite? Se puede seguir hablando de Dios desde la experiencia de su presencia en la ausencia, desde el sufrimiento de Dios, y desde otras vertientes de purificación y de cruz redentora. Edith Stein recorrió el camino de la búsqueda del misterio de Dios y, una vez que lo encontró, hizo la experiencia de Auschwitz, testimoniando que en medio del absurdo y de la malicia humana, Dios está presente y cercano, sufre con nosotros, nos ayuda a llevar el peso de la cruz en la noche de la fe y nos capacita para hablar de él y para dar testimonio de su presencia en el corazón de las personas y del mundo» (C. Maccise).

Así es, pero el misterio sigue.

¡Auschwitz, estación final del calvario de Edith! Pero enseguida comienzan los misterios gloriosos. Aunque la fama de su martirio se difunde enseguida, sólo a primeros de enero de 1962 el cardenal de Colonia Josef Frings abría el proceso de canonización de Teresa Benedicta de la Cruz. Se prolongó por dos años. Las actas del proceso diocesano completo que se cerró el 9 de agosto, a los 30 años de la muerte de Edith, se mandaron a Roma en 1972. Se hicieron también lo que se llama «pesquisas rogatoriales» en otras 22 curias eclesiásticas, y el total de testigos en los procesos de sor Benedicta fueron 109. En 1983 se dio permiso para incoar el debate acerca de las virtudes heroicas. En 1987 se propuso en la reunión correspondiente de la Congregación una doble duda: si constaba de las virtudes he-

roicas de Edith y de su martirio y la causa del mismo. Recibidos por el Papa los pareceres requeridos de cardenales y teólogos, que fueron afirmativos, se mandó que se preparase el decreto sobre las virtudes heroicas y sobre el martirio. Y Su Santidad declaró el 26 de enero de 1987 que

> «Consta acerca de las virtudes teologales de la fe, esperanza y caridad hacia Dios y hacia el prójimo, y de las virtudes cardinales: prudencia, justicia, templanza y fortaleza y de sus anejas, practicadas en grado heroico; consta igualmente del martirio y su causa de la Sierva de Dios Teresa Benedicta de la Cruz (en el siglo: Edith Stein), monja profesa de la Orden de los Carmelitas Descalzos, en el caso y a los efectos de que se trata».

El decreto es bastante novedoso si pensamos que cuando se trata de mártires no se plantea el caso de sus virtudes heroicas, que han llegado a esa culminación con el martirio. Aquí se habla de martirio y de heroicidad de virtudes.

La beatificación tuvo lugar el 1 de mayo de 1987 en el estadio de fútbol de Colonia, con una gran homilía de Juan Pablo II. Le alegraba la presencia de no pocos hermanos y hermanas judíos, sobre todo familiares de Edith Stein. Once años después, seguido todo el trámite jurídico y aprobado el milagro de la curación completa de una niña llamada Teresa Benedicta McCarthy, de la diócesis de Boston, fue canonizada en Roma en la Plaza de San Pedro el 11 de octubre de 1998. También en esta ocasión el Papa, particularmente contento, saludó de un modo especial a los miembros de la familia Stein presentes, y trazó el perfil espiritual de la nueva santa.

> «Una joven, en busca de la verdad, gracias a la callada labor de la gracia divina, se transformó en santa y en mártir [...]; hija eminente de Israel e hija fiel de la Iglesia.
>
> [...] Descubrió que la verdad tenía nombre, Jesucristo, y desde aquel momento el Verbo encarnado lo fue todo para ella. Contemplando ya como carmelita ese período de su vida, escribía a una benedictina: "Quien busca la verdad, consciente o inconscientemente busca a Dios".
>
> Mediante la experiencia de la cruz, Edith Stein pudo abrirse el paso hacia un nuevo encuentro con el Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob. Fe y cruz se le revelaron inseparables. Comprendió la enorme importancia que para ella tenía "ser hija del pueblo elegido y pertenecer a Cristo no sólo espiritualmente, sino también por un vínculo de sangre"».

Con un *motu proprio* el 1 de octubre de 1999 el Papa nombraba compatronas de todo el continente europeo a Santa Brígida de Suecia, a Santa Catalina de Siena y a Santa Teresa Benedicta de la Cruz. En el documento papal se habla de cada una de ellas por separado. De Edith Stein se dice:

> «A través de su vida y del drama de su muerte se presenta como una declaración viviente de la peregrinación humana, cultural y religiosa, que incorpora en sí lo más íntimo de la tragedia y de la esperanza de todo el continente europeo».

Y más adelante se proclama:

> «Declarar hoy a Edith Stein compatrona de Europa es lo mismo que colocar sobre los confines de este viejo continente la bandera de la reverencia, de la tolerancia, de la benevolencia, exhortando a hombres y mujeres a que se entiendan y acojan mutuamente, dejando a un lado cualquier diversidad étnica, cultural y religiosa, para que se constituya una sociedad verdaderamente fraterna».

Edith Stein es una santa peculiar, no sólo santa por sus virtudes y por la gloria del martirio, sino que ostenta una riqueza doctrinal de la más alta calidad.

No es éste el lugar para hablar largamente de sus muchos libros y escritos. Bastará apuntar algo de la presentación que hacen de su producción literaria los editores de sus *Obras completas* en español (en curso de publicación). La distribución es muy sencilla y por los simples títulos se adivina la riqueza múltiple.

1. Etapa fenomenológica (1916-1922). *Sobre el problema de la empatía. Causalidad psíquica. Individuo y comunidad. Una investigación sobre el Estado. ¿Qué es la fenomenología? Introducción a la filosofía. Sobre la esencia del movimiento.*

2. Acercamiento a la filosofía cristiana (1925-1931). *La fenomenología de Husserl y la filosofía de Santo Tomás. Hacia una confrontación. Potencia y acto. Significado «ideológico» de la fenomenología. Conocimiento, verdad, ser, y Ser actual e ideal. Especies-arquetipo y modelo. Libertad y gracia. Ser finito y ser eterno: ensayo de una ascensión al sentido del Ser. La filosofía existencial de M. Heidegger. La fenomenología.*

3. Sus conferencias (1928-1931). *Verdad y claridad en la enseñanza y en la educación. La dignidad de la mujer y su importancia para la vida del pueblo. Los tipos de psicología y su significado para la pedagogía.*

Aportes de los Institutos monásticos en la formación religiosa de la juventud. Fundamentos teóricos del aspecto social de la educación. Educación eucarística. El «ethos» de la profesión femenina. Sobre la idea de la formación. Principios fundamentales de la formación de la mujer. El misterio de Navidad. Determinación vocacional de la mujer. Isabel de Hungría. Desarrollo de la vida según el espíritu de Santa Isabel de Hungría. Vocación del hombre y de la mujer según el orden de la naturaleza y de la gracia. El intelecto y los intelectuales. Formación de la juventud a la luz de la fe católica. Vida cristiana de la mujer. El arte de la educación materna. Tiempos difíciles y enseñanza. Natural y sobrenatural en el «Fausto» de Goethe. La mujer como miembro del Cuerpo místico de Cristo. Profesora de formación universitaria y profesora de formación de magisterio. Mensaje de las académicas católicas. Fundamento teórico de la formación de la mujer.

4. Etapa antropológico-teológica (1932-1933). *Problemas de la formación de la mujer. La formación de la persona humana. Antropología teológica.*

5. Etapa espiritual y mística (1933-1942). a) De carácter autobiográfico: *Autobiografía: Vida de una familia judía. Cómo llegué al Carmelo de Colonia. Testamento. Voto de hacer lo más perfecto.* b) Meditaciones: *Dichosos los pobres de espíritu. Amor por la Cruz. Sancta discretio. Exaltación de la Cruz. Vida escondida y Epifanía. En ocasión de la profesión de la hermana Miriam. Las bodas del Cordero. En la fiesta de la Epifanía de 1941. Elevación de la Cruz. Los Tres Reyes Magos.* c) Escritos histórico-doctrinales: *Sobre la historia y el espíritu del Carmelo. Santa Teresa Margarita del Corazón de Jesús. Amor con amor: Vida y obra de santa Teresa de Jesús. Madre Francisca de los infinitos méritos de Jesús (1804-1866). Un reformador conventual: P. Andrés de San Romualdo (1819-1883). María-Amada de Jesús (1839-1874). 300 años del Carmelo de Colonia.* d) Escritos de espiritualidad y de mística: *Una maestra en la educación y en la formación. La oración de la Iglesia. Castillo Interior. Los caminos del conocimiento de Dios. Ciencia de la Cruz. Estudio sobre san Juan de la Cruz.* e) Escritos menores. Piezas teatrales para el ámbito conventual. Poesías.

6. Epistolario. De valor extraordinario. Unas 679 cartas. En esta semblanza hemos publicado la que escribió a Pío XI.

7. Recensiones de libros de importancia.

8. Escritos necrológicos.

9. Cuadernos de notas y apuntes de sus años de estudios, etc.

10. Traducciones. Entre ellas, dos obras de Santo Tomás, una de San Buenaventura, etc.

Ante tanta riqueza mental y espiritual, alguien, lleno de entusiasmo, ha pensado que la podrían declarar doctora de la Iglesia por tantas respuestas luminosas como ha dado a grandes problemas de nuestros tiempos. La idea no está mal; pero habría que armar una revolución en la praxis de la Iglesia, ya que no hay ningún mártir que sea doctor de la Iglesia, habiendo sido considerado siempre superior el martirio a la doctrina. Si se abre esta puerta, entraría por ella enseguida: Ignacio de Antioquía, Cipriano, Ireneo, etc., etc. Siendo un título eclesiástico, nada impediría que una mártir como Edith ostentara las tres aureolas de que habla su padre San Juan de la Cruz *(Cántico B,* 30,7): la aureola de virginidad, la aureola de los santos doctores, la aureola de los mártires.

JOSÉ VICENTE RODRÍGUEZ, OCD

Bibliografía

AAS 80 (1988) 297-305 [homilía de la beatificación en Colonia]; más textos sobre ella: 289-297, 307, 321, 334-335.

AAS 89 (1997) 808-809 [milagro para la canonización].

AAS 91 (1999) 593-596 [decreto de canonización].

AAS 92 (2000) 220-229 [*Motu proprio:* nombramiento de compatrona de Europa].

Cuadernos de Pensamiento (1999) n.3. Especial dedicado a Edith Stein.

«Homilía de Juan Pablo II en la misa de beatificación»: *Ecclesia* (1987) n.2327, p.25-27.

EDITH STEIN, *Obras completas.* I: *Escritos autobiográficos y Cartas* (Burgos 2002), bibliografía, p.102-117; escritos en español, p.100-102. El proyecto comprende cinco volúmenes, de los que sólo se han publicado el I y el IV.

GARCÍA FERNÁNDEZ, C., *Edith Stein o la búsqueda de la verdad* (Burgos 1998).

— *Edith Stein. Una espiritualidad de frontera* (Burgos 1998).

GARCÍA ROJO, E., *Una mujer ante la verdad* (Aproximación a la filosofía de Edith Stein) (Madrid 2002).

GARCÍA ROJO, J., «Itinerario espiritual de Edith Stein a través de sus cartas»: *Revista de Espiritualidad* 505 (1996) 513-539.

HERBSTRITH, W., *El verdadero rostro de Edith Stein* (Madrid 1990).

MIRIBEL, E., *Edith Stein hija de Israel y mártir de Cristo, 1891-1942* (Madrid 1956).

POSSELT, T. R., *Edith Stein. Una gran mujer de nuestro siglo.* Nueva ed. corregida y anotada por F. J. Sancho Fermín (Burgos 1998).

SANCHO FERMÍN, F. J., *Edith Stein, modelo y maestra de espiritualidad* (Burgos ^{3}1998).

SIMEÓN DE LA SAGRADA FAMILIA - CASTRO, G., «Carta sellada de Edith Stein (A Su Santidad Pío XI sobre la persecución de los judíos en Alemania: 12 de abril de 1933)»: *Monte Carmelo* 111 (2003) 1-32.

THERESIA A MATER DEI, *Edith Stein. En busca de Dios* (Estella, Navarra 1969; ^{3}1980).

BEATA CÁNDIDA MARÍA DE JESÚS (JUANA JOSEFA) CIPITRIA

Virgen y fundadora († 1912)

Merecería ser estudiado un curioso fenómeno que se registra en la España del siglo XIX: varios religiosos exclaustrados, tras la supresión de órdenes religiosas y otros penosos avatares, ponen en marcha distintas congregaciones femeninas que hoy siguen pujantes y se expanden con proyección misionera. Así, la Congregación de Hijas de Jesús, conocidas generalmente como «jesuitinas». Aquí el personaje clave es el P. Miguel de los Santos San José Herranz, jesuita exclaustrado a raíz de la revolución de 1868. Al año siguiente se encuentra en Valladolid con una sirvienta vasca de 24 años, Juana Josefa Cipitria y Barriola. Desde hace varios años es dirigida espiritual de otros jesuitas que han sabido orientarla muy bien en la oración, la piedad eucarística, el espíritu de sacrificio y el amor a los pobres. El P. Miguel de los Santos sabe aplicar muy bien las reglas ignacianas del «discernimiento de espíritus» cuando Juana Josefa le abre su alma: el 2 de abril de 1869, estando en oración, le vino la idea de fundar una congregación denominada Hijas de Jesús, dedicada a la educación cristiana de las clases humildes. Conforme a los cánones de la pobre prudencia humana cualquier consejero «prudente» rechazaría el proyecto con rotundidad: Juana Josefa carecía de la indispensable preparación para tal cometido. Pero el P. Miguel comprendió con claridad ser ésta la voluntad de Dios y él mismo se apresuró a impartir a Juana Josefa la indispensable preparación intelectual.

Los precedentes de la futura fundadora no pudieron ser más humildes. Nació el 31 de mayo de 1845 en el caserío de Berrospe, perteneciente a la villa guipuzcoana de Andoain, entre Tolosa y San Sebastián, a pocos kilómetros de Loyola, de una modestísima familia de tejedores. Como todos los hogares del entorno, el de los Cipitria y Barriola era profundamente religioso. Allí se hablaba y se rezaba en vascuence. El «Aita gurea» (Padrenuestro) y «Agur María» (Avemaría) sonaban con la misma naturalidad que el ir y venir de las lanzaderas del telar del «aita».

Nueve años después (1854), la familia se encuentra en Tolosa, y allí prende en Juana Josefa la devoción a su gran paisano

San Ignacio. Un excelente sacerdote dirige sus pasos. Lleva su mismo apellido materno: Martín Barriola Ardazun. Con sólo 18 años (1862), manteniendo la inocencia, marcha a Burgos para buscarse la vida como sirvienta en un distinguido hogar, el del magistrado don José Sabater Moguerdes. La esposa, Hermitas Becerra, se percata muy pronto de la extraordinaria calidad cristiana de la joven. La compenetración espiritual entre la señora, de excepcionales virtudes, y su sirvienta se produce desde el primer momento. Por su parte, Juana sabe muy bien dónde hallar la dirección espiritual que necesita. Los padres Ramón Sureda y Rafael San Juan, jesuitas, marcan su camino ascético de oración y sacrificio: Juana Josefa se convierte en un alma de oración casi continua.

Seis años después (1868) se traslada a Valladolid con la familia Sabater Becerra. Cuando el P. Miguel de los Santos asume su dirección espiritual, Juana Josefa es ya un instrumento en las manos de Dios para realizar sus designios:

> «La educación católica de los pueblos, mediante la enseñanza del catecismo a los párvulos de uno y otro sexo y con la educación cristiana de las niñas, enseñándoles todas las artes y labores propias de la mujer cristiana».

¿Dónde comenzar? Todo lo anterior debe quedar atrás, dando paso a un nuevo comenzar, libre de cualquier condicionamiento. Salamanca tiene siempre especial atractivo, con su gloriosa tradición religiosa y cultural, generadora de almas nuevas: «Oh Salamanca hermosa / oh nutriz generosa de almas nuevas...». Ya en la ciudad del Tormes (1871), Juana Josefa cuenta con sus primeras compañeras. Junto a ellas está el P. Miguel de los Santos, que intensifica su formación. La congregación de las Hijas de Jesús es aprobada el 3 de septiembre de 1872 por el obispo de Salamanca fray Joaquín Lluc y Garriga, carmelita, más tarde cardenal-arzobispo de Sevilla.

Todo está a punto el 8 de diciembre de 1873. En la Iglesia jesuítica de la Clerecía, el P. Miguel celebra la misa de la Inmaculada Concepción y emiten sus primeros votos la fundadora y sus compañeras. Ella ha tomado el nombre de *Cándida María de Jesús,* bien significativo del candor de un alma del todo entregada a Jesucristo. Antes de un mes (6 de enero de 1874)

abre en la misma Salamanca el primer colegio. Madre Cándida no se olvida de su anterior condición de sirvienta: junto al colegio se establece una escuela dominical para sirvientas o empleadas de hogar, como hoy se dice.

El decenio siguiente es decisivo: las vocaciones afluyen, las demandas crecen, nuevos colegios se abren... Es necesario reelaborar y completar las constituciones de la nueva congregación. El padre Miguel de los Santos escribe de su puño y letra el sumario de las Constituciones ignacianas y lo pone en manos de la fundadora. El espíritu de San Ignacio late en las «nuevas» constituciones de las Hijas de Jesús:

> «Nuestra vocación es para discurrir y vivir en cualquier parte del mundo donde se expresa mayor servicio de Dios y ayuda a las almas».
>
> «[...] Que son para enseñar internas y externas, ricas y pobres, aquí y allí, donde la mayor gloria de Dios...».
>
> «Usen el método más alegre todas las maestras constantemente».

El 22 de enero de 1892 aprueba las Constituciones el obispo de Salamanca: lo es en este momento fray Tomás Cámara y Castro, de la Orden de San Agustín, famosísimo en toda España.

La tutela cautelosa de la Compañía de Jesús sigue mostrándose eficaz. Con gran visión de la situación española, y bien aleccionada por anteriores experiencias, la congregación obtiene el 18 de julio de 1899 el reconocimiento a efectos civiles, para poder realizar en España sus fines educativos.

La madre Cándida viaja a Roma a comienzos del siglo XX. Tras la obtención del *decretum laudis* (6 de agosto de 1901) presenta sus constituciones en la entonces Sagrada Congregación de obispos y regulares. Ella misma las expone y las defiende. La aprobación definitiva se produce el 27 de octubre de 1902. Indudablemente, en este acercamiento de la fundadora a la Sede de Pedro hay un seguimiento fiel de las huellas de San Ignacio de Loyola.

Pero la aprobación definitiva de Roma no respondió solamente al contenido literal de unas constituciones, sino a los frutos ya cosechados en la aplicación fiel de las mismas. Una cascada de fundaciones se estaba produciendo por obra de una

mujer del todo carente de recursos materiales... Ella iba adelante con una fe inquebrantable en la Providencia: colegios en Salamanca, Arévalo, Tolosa, Segovia, Medina del Campo, Brasil...

¿Detalles de la vida de la santa fundadora? Sobran todos ante las palabras que ella pronuncia el 9 de agosto de 1912, a punto de morir: «Cuarenta y un años de vida religiosa y no recuerdo ni un solo momento que no haya sido para mi Dios».

El P. Miguel lo había profetizado en la misa fundacional del día de la Inmaculada: «Llegaréis a ser una congregación de unión, de amor, de verdadero y fructífero apostolado, llevando siempre por estrella de vuestros caminos a María Inmaculada».

En el acto de su beatificación por Juan Pablo II, el 2 de mayo de 1996, se evidenció la extensión de las Hijas de Jesús por todo el mundo: Japón, Filipinas, China, Estados Unidos, Cuba, República Dominicana, Venezuela, Colombia, Brasil, Argentina, Bolivia, Italia, España...

JOSÉ MARÍA DÍAZ FERNÁNDEZ

Bibliografía

CÁNDIDA MARÍA DE JESÚS, *Cartas* (Madrid 1983).

CRUZ, M.ª C., *Teresa de Jesús - Cándida María de Jesús. Estudio comparativo* (Salamanca 2002).

FEBRERO LORENZO, M.ª A., *Doble vertiente. Guión biográfico de la madre Cándida María de Jesús* (Salamanca 1964).

FRÍAS TOMERO, M.ª C., *Biografía de la sierva de Dios, madre Cándida María de Jesús (Juana Josefa Cipitria y Barriola), fundadora de la Congregación de las Hijas de Jesús* (Roma 1983).

GARCÍA ALCAIDE, S., *La R. M. Cándida María de Jesús. Su instituto y sus fundaciones* (Valladolid 1923).

PÉREZ, N., *Vida de la R. M. Cándida María de Jesús (Juana Josefa Cipitria), fundadora de las Hijas de Jesús* (Valladolid 1931).

BEATO FLORENTINO ASENSIO BARROSO

Obispo y mártir († 1936)

El obispo administrador apostólico de Barbastro, don Florentino Asensio Barroso, no tenía aparato de radio en su residencia episcopal, pero se pudo enterar del alzamiento del 18 de julio de 1936 por medio de un amigo que le transmitió, además, la preocupación por los acontecimientos que se avecinaban. Al

día siguiente, domingo, el obispo predicó en la misa de doce de la catedral, como venía haciendo desde que el 26 de abril tomó la determinación de explicar personalmente al pueblo el catecismo. A esa misma hora era arrestado en Barbastro el primer sacerdote, un beneficiado de la catedral.

Al enterarse el obispo de que los sacerdotes estaban siendo detenidos, elevó una protesta al Ayuntamiento, pero no obtuvo más respuesta que su propia detención. El día 20 por la mañana una patrulla se dirigió al palacio episcopal, por orden del comité local, para «buscar armas», una burda disculpa que justificaba un minucioso registro. Serían las diez cuando unos integrantes de la patrulla se apostaron a ambos lados de la puerta de la residencia episcopal, mientras que otros entraban al claustro buscando a don Florentino. En realidad la detención del obispo había sido acordada por grupos anarquistas y confirmada por el comité local que comunicó la orden, pero ya lo sabía toda la ciudad.

Tras permanecer en arresto domiciliario e incomunicado con el exterior durante dos días, el obispo fue llevado al colegio de los escolapios el 22 de julio, donde estaban ya retenidos varios misioneros claretianos. Don Florentino, aunque fue encerrado en una habitación individual, pudo darse perfecta cuenta de la peligrosa situación en que se encontraban aquellos religiosos. Veía desde su ventana cómo hileras de sacerdotes y religiosos eran conducidos a la cárcel o a la muerte. Tres días más tarde, fiesta de Santiago, pudo celebrar misa en el oratorio del colegio, pero enterados los vigilantes, de inmediato quedaron prohibidos los actos de culto, aunque se las arreglaron para mantener el reservado y comulgar e incluso hacer la novena al Sagrado Corazón.

Cualquier pretexto valía para deshacerse del obispo, al que acusaban de haber mantenido contactos políticos con algunos diputados a Cortes, mientras él pasaba aquellos días entregado a la oración y confiando en que Dios estaba a su lado y no le abandonaría hasta el final. En la tarde del 8 de agosto, después de una arenga de Durruti desde el balcón municipal, llegaron miembros del comité de Barbastro, esposaron a don Florentino en el colegio y con la disculpa de someterlo a un nuevo interro-

gatorio lo trasladaron al ayuntamiento. De allí lo condujeron a la cárcel, donde se encontró con más sacerdotes detenidos, y donde sin duda fue insultado, torturado y mutilado.

En la madrugada del 9 de agosto de 1936 fue sacado de la cárcel, cargado en la caja de una camioneta y llevado, con otros doce condenados, según opinión popular, a las tapias del cementerio para fusilarlos. Durante el trayecto, dicen que don Florentino no cesaba de repetir esta frase: «¡Qué hermosa noche para mí!». Los del pelotón de fusilamiento, extrañados de tal expresión, le preguntaron si se imaginaba a dónde lo llevaban; a lo que contestó sin titubear y con una vehemente esperanza: «Me lleváis a la casa de mi Dios y Señor, me lleváis al cielo». Se cree que serían las dos de la mañana cuando lo fusilaron. Una vez abatido, le dispararon tres tiros de gracia. Murió rezando y perdonando a sus ejecutores.

Se difundió por Barbastro la creencia de que el obispo había sido bárbaramente mutilado. Muchos años después, al exhumar sus restos y comprobar que su cuerpo estaba momificado, se le encargó un examen legal a un equipo de médicos que certificó, en abril de 1993, cómo al cadáver le faltaban los testículos y la bolsa del escroto, pero no el resto de los órganos genitales externos. Esta constatación forense ha venido a testificar que las últimas horas de don Florentino debieron transcurrir entre grandes dolores, aunque soportados con dignidad y heroicamente.

Cuando el obispo de Barbastro fue fusilado por los milicianos en la madrugada del 9 de agosto dando el más alto testimonio de Cristo con la entrega de su vida, habían pasado muy pocos meses de su consagración en la catedral de Valladolid y sólo 147 días de pastor en su pequeña diócesis aragonesa, en la que hizo su entrada casi de tapadillo, pues las autoridades locales se opusieron a cualquier manifestación popular y festiva de bienvenida.

Don Florentino Asensio Barroso era originario de Villasexmir, un pueblo de la provincia de Valladolid, entonces perteneciente a la diócesis de Palencia. Allí nació el 16 de octubre de 1877, y en su parroquia dedicada a la Asunción, hoy ya integrada en el arzobispado vallisoletano, fue bautizado ocho días después. Entre esta localidad y Villavieja del Cerro, de donde eran

sus padres Jacinto Asensio y Gabina Barroso, pasó Florentino los años felices de su infancia en un ambiente familiar modesto, sin que ello fuera obstáculo para recibir una educación solvente y cristiana, en la que fueron determinantes no sólo sus padres, sino también el párroco y el maestro de Villasexmir. En esta parroquia natal recibió en 1878 el sacramento de la confirmación de manos del obispo de Palencia y el 1 de mayo de 1887 la primera comunión.

Tenía Florentino un hermano mayor en el noviciado de los agustinos de Calella (Barcelona) que acababa de emitir sus primeros votos. Influido por esta experiencia, siente Florentino ganas de continuar los pasos de su hermano y responder, ingresando en los agustinos, a la llamada de su vocación sacerdotal, pero le hicieron desistir los superiores de esta Orden, que no lo admitieron por ser muy joven, aunque sí le aconsejaron que estudiase humanidades en su diócesis. Así fue como realizó sus estudios en el seminario metropolitano de Valladolid, donde recibiría las órdenes menores en 1899, así como el subdiaconado y diaconado en 1900. El obispo auxiliar de Valladolid, monseñor Mariano Cidad, lo ordena sacerdote el 1 de junio de 1901, con tan sólo 23 años de edad. El nuevo misacantano quiso celebrar su primera misa en el pueblo de sus padres, en la iglesia de Villavieja del Cerro, el día del Sagrado Corazón.

Se estrenó pastoralmente como coadjutor de Villaverde de Medina y antes de terminar el año le encomendaron otras dos pequeñas parroquias cercanas. En la primavera de 1903 lo llama el obispo a Valladolid, a su lado, para responsabilizarle del archivo episcopal y al mismo tiempo ocuparse de la capellanía de las Hermanitas de los Pobres, pero no por mucho tiempo, pues dos años después ya era capellán de las Siervas de Jesús. Desempeñó sucesivamente los oficios de secretario particular y mayordomo del arzobispo José M. Cos y Macho. Ante las dudas que le asaltaban a la hora de aceptar estos cargos curiales, porque le distanciaban de su vocación pastoral, su hermano Cipriano, el agustino, le aconsejó que los aceptase por obediencia «pues también en los pasillos de la curia está Dios». Pero, en compensación, buscó tiempo para llevar pan y catecismo a los acogidos en los asilos de las Hermanitas de los Pobres.

Sin abandonar estas funciones de servicio al obispo vio cumplidas sus aspiraciones de ampliar estudios eclesiásticos, y empezó a frecuentar las aulas de la Universidad Pontificia de Valladolid donde obtuvo el doctorado en Teología al terminar el curso 1905-1906. La brillantez con que culminó los estudios le hacía idóneo para explicar metafísica, asignatura que explicó en el seminario hasta 1910. En este mismo año toma posesión de una canonjía en la catedral y posteriormente queda vinculado al claustro de la Universidad. Todos estos cargos le distraían de su más querida dedicación, que era el apostolado de la confesión y de la predicación, pero acomodó su horario para entregarle lo mejor de su rendimiento pastoral. Fue confesor de las Oblatas, del monasterio de las Huelgas, y como consiliario del Sindicato Femenino desde 1923 a 1935, dio muestras de gran ponderación y habilidad para afrontar los problemas en aquellos tiempos de tan grave tensión laboral.

Desde la parroquia de la catedral metropolitana, de la que fue nombrado párroco en 1925, don Florentino Asensio hizo de la predicación del catecismo a los adultos no sólo un reclamo para toda la ciudad de Valladolid —por su claridad y bien decir— sino también un púlpito de excelente doctrina preparada con minuciosidad. Era un gran predicador, más que «de campanillas» de sólidos contenidos y admirable exposición. Durante 10 años, de 1926 a 1935, recibió esta encomienda del arzobispo Gandásegui. Pero además de este apostolado de la palabra, don Florentino se entregó apasionadamente a fomentar la devoción al Corazón de Jesús, hacía visitas frecuentes al santuario de la Gran Promesa y se ocupó de dirigir el Apostolado de la Oración durante los años en que los jesuitas se vieron obligados a marchar de España.

Estaba cantado que don Florentino era candidato a obispo en la boca de todos, pero no sólo circulaba como rumor, pues a mediados de 1935 aparecen los primeros indicios de figurar entre los elegidos. Estaba vacante por aquellas fechas la sede de Barbastro, entonces administración apostólica, después del traslado de su pastor, monseñor Mutiloa Irurita, a la diócesis de Tarazona. Ésta fue la propuesta que el nuncio Tedeschini le hizo a don Florentino el 5 de junio, y de una manera más perentoria se

la repitió el día de la Virgen del Pilar. En esta segunda entrevista el candidato expuso sus dificultades para aceptar, pero más que su incompatibilidad lo que dejó meridianamente clara fue su humildad, aunque también su disposición a obedecer. De hecho, la Santa Sede lo nombró obispo titular de Eurea de Epiro el 11 de noviembre de 1935 y doce días después administrador apostólico de Barbastro.

En el medio tiempo entre su nombramiento y su consagración episcopal, que tuvo lugar en la catedral de Valladolid el 26 de enero de 1936, don Florentino se dispone para el gran acontecimiento con temor y temblor, pero consciente de que ésa era la voluntad de Dios. Elige como lema episcopal estas palabras de Jesús: *Ut omnes unum sint.* El día de la ordenación hubo presencia aragonesa en Valladolid y representantes de su diócesis, entre ellos un canónigo de la catedral y el rector del seminario.

El nuevo obispo salió de viaje para su toma de posesión el 13 de marzo, pero antes se detuvo en Zaragoza con el fin de visitar a su metropolitano, el arzobispo Rigoberto Domenech. Se enteró en la capital aragonesa de que grupos revolucionarios trataban de boicotear su entrada en Barbastro fomentando desórdenes. Ésta fue la razón por la que don Florentino no sólo demoró su llegada hasta el 16 de marzo, un día después de lo previsto, sino que renunció a las manifestaciones populares con que suele acogerse a un nuevo obispo. Una pequeña caravana de coches con un mínimo séquito se paró a las 11,15 ante el pórtico de la catedral, donde le esperaban numerosos diocesanos. «Aquí estamos», dijo don Florentino cuando echó pie a tierra y pisó suelo barbastrense. A continuación, ya en el interior del templo, la ceremonia discurrió con toda solemnidad, entre saludos, agradecimientos y una magistral explicación sobre el alcance de su lema episcopal.

Sólo habían pasado dos días desde su entrada y ya supo que no había gustado a las autoridades, que adoptaron una decisión nada complaciente con la Iglesia, enviada por escrito al obispo y a los párrocos el 21 de marzo: prohibido tocar las campanas de todas las iglesias de la ciudad. De poco valió la protesta que presentó el 7 de abril. Con todo, pese a las zancadillas municipales frecuentes, el obispo nunca se descompuso en sus actuaciones,

antes bien procuró suavizar las tensiones. Incluso contribuyó con dinero propio a los planes municipales contra el paro y mandó restaurar unos lienzos de muralla del palacio episcopal ofreciendo trabajo y secundando así los deseos de la oficina de colocación.

Crecía en Barbastro una impetuosa oleada de anticlericalismo, una vez que el Frente Popular se hizo con el poder municipal. Se llegó a tomar la decisión de controlar las actividades de las asociaciones religiosas y aun de espiar cuanto dijera el prelado en sus predicaciones, de tal manera que un par de vigilantes se apostaban con disimulo tras las columnas de la catedral y no perdían puntada de cuanto allí se decía. También fue estrechamente observada la actitud de algunos miembros de la Adoración Nocturna. Precisamente uno de estos fervorosos adoradores fue el gitano Ceferino Malla, apodado «El Pelé», mártir también como don Florentino y ambos beatificados el 4 de mayo de 1997. Se conocían, se habían visto en una reunión de la Adoración Nocturna celebrada pocos días antes de su muerte en la residencia episcopal. La Conferencia Episcopal Española en un mensaje sobre esta beatificación decía:

> «La comunión en la fe les impulsó a los dos a forjar una amistad nada corriente entre un obispo y un gitano. Por dar testimonio de esta fe mueren casi el mismo día en circunstancias similares [...] La Providencia los ha unido en una misma ceremonia de glorificación, tal vez como signo último de una amistad que puede ser un mensaje claro para el entendimiento entre payos y gitanos».

Con otros asuntos, preocupantes para su diócesis, tuvo que pelear el obispo Asensio. No se podían tocar las campanas, fue profanado el cementerio y vio cómo se destruía el edificio del seminario, cuya propiedad había sido devuelta a la diócesis en 1934 por una sentencia del Tribunal de Huesca, pero una posterior decisión, inesperada, del Ministerio de Finanzas vino a conceder el 21 de mayo de 1936 la propiedad al Ayuntamiento.

Con todo, pese a la brevedad de su pontificado, don Florentino desempeñó una activa labor pastoral. Escribió en los pocos meses que estuvo al frente de la diócesis varias cartas pastorales. En la primera, del mes de abril, desarrolló la doctrina del cuerpo místico de Cristo, anticipándose algunos años a la encíclica que sobre el mismo tema escribiría Pío XII; la segunda, publica-

da en mayo, la dedicó a la catequesis, su apostolado predilecto, siguiendo las directrices de la *Acerbo nimis* de San Pío X; y por último, en vísperas del mes de junio, escribió una exhortación sobre el Sagrado Corazón de Jesús, que era su devoción preferida. Además, dio buena muestra de su interés por la cuestión social, en aquellos momentos de turbulencia, sentando las bases para la creación de un sindicato de inspiración cristiana, integrado en la Acción Católica e inspirado en la doctrina de la *Rerum novarum* de León XIII, tarea a la que ya se había entregado en sus tiempos de Valladolid.

Fue un buen pastor. Esta cualidad la resaltó Juan Pablo II en la homilía de su beatificación en Roma. Dijo el Papa:

> «Ante los peligros que se veían venir, no abandonó su grey, sino que, al estilo del Buen Pastor, ofreció su vida por ella [...] llevó hasta sus últimas consecuencias su responsabilidad de pastor al morir por la fe que vivía y predicaba».

Tres años más tarde, en el jubileo de los obispos, lo mencionó entre los «testigos», junto a Diego Ventaja, Manuel Medina y Anselmo Polanco asesinados durante la guerra civil española, que «han dado a Cristo el supremo testimonio del martirio, siguiendo el ejemplo de los apóstoles y fecundando la Iglesia con el derramamiento de su sangre». Los restos mortales del Beato Florentino Asensio Barroso se hallan incorruptos en la capilla de San Carlos de la catedral de Barbastro.

JOSÉ ANTONIO CARRO CELADA

Bibliografía

ARRANZ, A. M., *Obispo y mártir. El Dr. D. Florentino Asensio y Barroso, fusilado por los marxistas en odio a la fe en el mes de agosto de 1936* (Zaragoza 1947).

ECHEBARRÍA, A., «Don Florentino Asensio, obispo y mártir»: *Ecclesia* (1997) n.2839, p.21-22.

GIL LALUEZA, S., *Martirio de la Iglesia de Barbastro, 1936-1938* (Barbastro 1989).

IGLESIAS COSTA, M., *Un testigo del amor más grande. Florentino Asensio Barroso, obispo administrador apostólico de Barbastro* (Barbastro 1993).

MONTERO MORENO, A., *Historia de la persecución religiosa en España 1936-1939* (Madrid ^{2}2004).

L'Osservatore Romano (4-5-1997) 6; (5/6-5-1997) 4-6.

REPETTO BETES, J. L., *Santoral del clero secular. Del siglo XIII al siglo XX* (Madrid 2000).

BEATOS RUBÉN DE JESÚS LÓPEZ AGUILAR Y COMPAÑEROS HOSPITALARIOS DE COLOMBIA

Arturo (Luis) Ayala Niño, Juan Bautista (José) Velázquez Peláez, Eugenio (Alfonso Antonio) Ramírez Salazar, Esteban (Gabriel) Maya Gutiérrez, Melquíades (Ramón) Ramírez Zuloaga, Gaspar (Luis Modesto) Páez Perdomo
Religiosos y mártires († 1936)

De entre los 71 hermanos de la Orden de San Juan de Dios martirizados el año 1936 en España y beatificados el 25 de octubre de 1992 se singularizaron por una causa muy concreta los mártires conmemorados hoy: no eran españoles. Estaban en España de huéspedes en orden a su formación como religiosos, y no teniéndose en cuenta esta circunstancia de ser extranjeros, ni la de haberse acogido expresamente a esta condición de extranjeros, fueron asesinados por ser religiosos. El odio a la fe quedó en su martirio reflejado de forma terriblemente evidente.

La provincia española de San Juan de Dios se hizo presente en Colombia el año 1920. Y esta presencia para hacer las obras de misericordia propias de la Orden fue tan bien recibida por el pueblo colombiano que muy pronto la estima a los hermanos se hizo general, y empezaron a surgir las vocaciones a la Orden entre los jóvenes de aquella entrañable nación. Los superiores consideraron oportuno que algunos de los hermanos colombianos pasasen temporadas en España donde podían ver la vida y la pujanza de la Orden que no cesaba de incrementarse y extender sus ramas como frondoso árbol en la causa de la hospitalidad. Consideraron la estancia en España positiva para la ulterior formación de los hermanos colombianos.

Siete de estos hermanos se hallaban en el sanatorio psiquiátrico de San José, de Ciempozuelos, cuando tuvo lugar la revolución del 18 de julio de 1936 y empezó la declarada persecución a la Iglesia. Este centro benéfico venía padeciendo numerosas dificultades desde el triunfo en febrero del Frente Popular. Los hermanos habían sentido tantas amenazas que se dirigieron a las autoridades y pidieron un piquete militar de protección, teniendo en cuenta el gran número de enfermos que se encontraban en la institución. Tras el 18 de julio los milicianos

rodearon el sanatorio con la declarada intención de que no escapase ningún fraile. Pudieron sin embargo los hermanos mantenerse al frente del sanatorio hasta que el día 31 de julio se les notificó que el sanatorio quedaba incautado por el Gobierno, poniendo el Ayuntamiento de Ciempozuelos un gerente y un jefe de personal. Obedecieron los superiores religiosos la orden de incautación y entregaron el mando del sanatorio y entonces les fue intimada la segunda orden tremenda: quedaba en adelante prohibido el culto religioso y había que proceder a la desaparición de todos los símbolos religiosos. Los hermanos recibieron de sus superiores la licencia para poder salir del sanatorio y buscar sitio donde refugiarse, pero la comunidad tomó la determinación de permanecer unida, y ningún hermano se fue, ofreciéndose a atender a los enfermos mientras les fuera posible.

Muy sigilosamente, y muy de mañana, la comunidad se reunía en la capilla del noviciado para asistir a la santa misa y recibir la comunión, y el superior provincial, Padre Guillermo Llop, les dijo con toda claridad a los religiosos que se estaba en una generalizada persecución religiosa, y que deberían estar preparados para lo que viniese perseverando en la oración los unos por los otros. El día 7 de agosto hubo un cacheo por la tarde y todos los hermanos quedaron en el recibidor en calidad de detenidos, y se les amenazó con toda claridad con la muerte.

Pero en los días previos los superiores se habían preocupado de alegar la calidad de extranjeros de los siete hermanos colombianos, y pidieron que se les permitiera la repatriación. Acudieron al Sr. Ministro de Colombia en España, el cual comprendió la razón con que se le pedían los documentos diplomáticos necesarios y procedió a extenderlos, de modo que quedaba claro que los siete eran colombianos y que los siete deseaban dejar España para volver a su país. Por otra parte el comité revolucionario de Ciempozuelos, advertido de la calidad de extranjeros de estos hermanos, dijo que no tenía inconveniente en dejarlos partir. El día 7 de agosto, sobre las dos de la tarde, salieron del sanatorio en una furgoneta dispuesta por el citado comité y custodiada por milicianos, pero antes de subir a ella los cachearon y les quitaron las cruces, medallas y toda clase de

símbolos religiosos. Y para garantía les pusieron un brazalete con los colores de la bandera colombiana. El P. provincial les dio dinero para pagar el pasaje a Colombia pero en el camino les fue quitado. Llegados a Madrid, el Ministro de Colombia, don Carlos Uribe Echeverri, se hizo cargo amablemente de ellos y ultimó todos los detalles de su salida de España, consiguiendo garantía diplomática del Gobierno español. El sacerdote don Abdón Perdices, a quien los superiores de la Orden, previendo la incautación de sus fondos, habían dado sumas de dinero para lo que pudiera ser necesario, les proveyó nuevamente de fondos. Y en la noche de ese mismo día 7 de agosto salieron en tren hacia Barcelona, acompañándolos un dependiente de la Legación Colombiana, Carlos Ruiz Alvarado, y estando convenido que en Barcelona los esperaría el cónsul de Colombia en la Ciudad Condal, D. Ignacio Ortiz Lozano, a quien el Ministro llamó por teléfono. Éste se ocuparía de adquirir los pasajes y de acompañarlos hasta el barco. Los siete hermanos, vestidos de paisano naturalmente, llevaban el brazalete con los colores colombianos y el sello de la Legación de Colombia en Madrid.

Según declaró posteriormente el cónsul de Colombia en Barcelona, los hermanos no lo sabían pero en el viaje llevaban vigilantes. El cónsul había ido repetidamente a la estación pero no coincidió con la llegada de los hermanos, y entonces se decidió a esperarlos en el consulado. Pasó toda la mañana del día 8 de agosto y no habían llegado. Y entonces un miliciano le avisó de que los hermanos colombianos estaban detenidos en la calle Balmes. Se dirigió allí el cónsul y le aseguraron que efectivamente estaban allí los hermanos pero que no le permitían verlos. Y es que desde Madrid se había avisado de la llegada de los hermanos. Los esperaron en la estación unos milicianos y a la bajada del tren los arrestaron. Le alegaron al cónsul que los pasaportes eran falsos y que no se podía poner en libertad a los hermanos. Insistió el cónsul y entonces le enseñaron uno de los pasaportes pudiendo comprobar su veracidad y legalidad. Así lo alegó el cónsul pero se le dijo que hacía falta permiso de la FAI. Se presentó el cónsul en la sede de la FAI donde le informaron no saber nada del asunto. Volvió a la calle Balmes y volvió a re-

clamar pero le dijeron que sólo al día siguiente podría ver a los hermanos.

Al día siguiente, 9 de agosto, muy temprano, el cónsul volvió a la calle Balmes y reclamó ver a los hermanos pero le dijeron que estaban en el Hospital Clínico. El cónsul lo comprendió en el acto: aquella noche habían asesinado a los siete hermanos. Y en efecto, como declararía luego el portero del Comité Popular de la calle Balmes, los hermanos colombianos habían pasado el tiempo de su detención con calma admirable, habían confortado a los otros detenidos que encontraron allí y habían dedicado su tiempo a la oración, poniéndose en las manos de Dios con entera confianza. Y en la madrugada fueron sacados y fusilados, llevando sus cadáveres al Hospital Clínico.

El cónsul llegó al hospital y exigió se le condujera a donde estaban los cadáveres. Lo llevaron al sótano y allí encontró más de cien cadáveres, unos sobre otros, algunos completamente desnudos. Pese a la fetidez, y con ayuda de uno de los empleados, el cónsul por los documentos logró reconocer los siete cadáveres de los hermanos más el del empleado de la Legación que igualmente había sido asesinado. El cónsul posteriormente redactó protesta oficial al consejero de Gobernación de la Generalitat de Cataluña. Los restos mortales fueron luego enterrados en fosa común con otros muchos, habiendo sido halladas fotografías de los mártires ya asesinados.

Estos mártires son las primicias del santoral colombiano. Con ellos se ha abierto el *Martirologio* de una tan querida y católica nación. La tierra de España recibió su sangre y sus cuerpos, mientras que Cristo Redentor en el cielo recibía sus almas. Ellos hacen un nuevo y magnífico lazo de unión entre Colombia y España.

Éstos son sus datos personales:

RUBÉN DE JESÚS LÓPEZ AGUILAR había nacido en Concepción, departamento de Antioquia, el 12 de abril de 1908. Educado cristianamente, el 2 de diciembre de 1930 ingresó en la Orden Hospitalaria, y profesó en ella el 27 de marzo de 1932. Durante la guerra del Chaco trabajó como hospitalario en Pasto, en el hospital de la Orden convertido en hospital militar, y

dio un gran ejemplo de entrega y servicialidad cristianas. Vino a España en abril de 1934, y cuando las cosas en España empeoraron escribió en una carta que pedía al Señor la gracia del martirio.

ARTURO (LUIS) AYALA NIÑO había nacido en Paipa, departamento de Boyacá, en Colombia, el 7 de abril de 1909 y fue bautizado con el nombre de Luis, que cambiaría por el de Arturo al ingresar en el noviciado. Recibió una educación religiosa esmerada que inspiró en él sentimientos de adhesión a Cristo y decidió a los 19 años dedicar su vida a la hospitalidad en la Orden de San Juan de Dios, en la que ingresó el 11 de mayo de 1928, haciendo la profesión de los cuatro votos de la Orden el día 8 de diciembre de 1929. Al año siguiente fue destinado a España, prestando sus servicios hospitalarios en los sanatorios de Ciempozuelos y Málaga. Vistas sus buenas cualidades, los superiores le propusieron se preparase para el sacerdocio, y así lo aceptó él, y durante los años 1934-1936 siguió los estudios sacerdotales.

JUAN BAUTISTA (JOSÉ) VELÁZQUEZ PELÁEZ había nacido en Jardín, departamento de Antioquia, en Colombia, el 9 de julio de 1909 y en el bautismo recibió el nombre de José, que cambió por el de Juan Bautista al ingresar en el noviciado. De sus cristianos padres recibió una buena educación y al llegar a la juventud hizo los estudios de magisterio. Terminada su carrera comenzó a ejercer su profesión, pero se sintió llamado a la vida religiosa y el 29 de febrero de 1932 ingresaba en la Orden Hospitalaria, en la que pronunciaría los votos religiosos el 24 de septiembre de 1933. Destinado a España en abril de 1934, estuvo en las casas de Córdoba, Granada y Ciempozuelos.

EUGENIO (ALFONSO ANTONIO) RAMÍREZ SALAZAR había nacido el 2 de septiembre de 1913 en La Ceja, departamento de Antioquia, en Colombia, y recibió en el bautismo los nombres de Alfonso Antonio que cambiaría por el de Eugenio en el noviciado. También tuvo la suerte de nacer en un hogar cristiano que fomentó en él los sentimientos religiosos, los cuales maduraron hasta su vocación a la Orden Hospitalaria, en la que ingresa el 6 de junio de 1932, profesando el 24 de septiembre de 1933. Trasladado a España en septiembre de 1934, estaba destinado en la casa de Ciempozuelos.

ESTEBAN (GABRIEL) MAYA GUTIÉRREZ había nacido en Pácora, departamento de Caldas, en Colombia, el 19 de marzo de 1907 y recibió en el bautismo el nombre de Gabriel que luego cambiaría en el noviciado. Recibió una buena educación religiosa y cultural. Ingresa en la Orden Hospitalaria el 15 de julio de 1932, y fue destinado a España en abril de 1935, estando de familiar en el sanatorio de Ciempozuelos.

MELQUÍADES (RAMÓN) RAMÍREZ ZULOAGA había nacido en Sonsón, departamento de Antioquia, en Colombia, el 13 de febrero de 1909 y fue bautizado con el nombre de Ramón. Decide su vocación religiosa a los 24 años e ingresa en la Orden Hospitalaria el 18 de junio de 1933 tomando en el noviciado el nombre de Melquíades y profesando el 25 de diciembre de 1934. Para completar su formación hospitalaria vino a España en abril de 1935, residiendo en el sanatorio de Ciempozuelos.

GASPAR (LUIS MODESTO) PÁEZ PERDOMO había nacido en La Unión, departamento de Huila, en Colombia, el 15 de junio de 1913 y fue bautizado con el nombre de Luis Modesto. Con 19 años, el 22 de abril de 1933, ingresa en la Orden Hospitalaria y toma el nombre de hermano Gaspar. Hace la profesión religiosa el 6 de enero de 1935. Unos meses más tarde es enviado a España y estaba residiendo en el sanatorio de Ciempozuelos.

Todas las noticias que hay sobre ellos respecto a su conducta como hospitalarios elogian sus buenas cualidades y magníficas actitudes. Todos ellos eran muy buenos religiosos, sencillos, humildes, entregados a sus obras de misericordia, obedientes y amables. No tenían nada que ver con la política española, en la que nunca entraron, y no le hicieron ningún mal a nadie. Su muerte se debió a una alevosa traición y pisoteó no solamente el derecho natural de toda persona a la vida y el derecho igualmente natural a la libertad religiosa, sino también las normas más elementales de las relaciones diplomáticas entre dos países civilizados, e indica el grado de arbitrariedad y anarquía en que vivía España en el verano de 1936. Para ellos sin embargo aquella muerte tan injusta fue el trampolín hacia la gloria de Dios. Rodeados del fulgor de su generosa entrega a la causa de Cristo

y de los enfermos, ellos brillan en el firmamento de la Iglesia como las siete primeras estrellas colombianas.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

MARCOS, O., *Testimonio martirial de los Hermanos de San Juan de Dios en los días de la persecución religiosa española* (Madrid 1980).

LIZASO BERRUETE, F., OH, *Beatos Braulio María Corres, Federico Rubio y compañeros mártires. 71 Hermanos de San Juan de Dios testigos de la misericordia hasta el martirio* (Madrid 1992).

MONTERO MORENO, A., *Historia de la persecución religiosa en España 1936-1939* (Madrid ^{2}2004) 227-228.

BEATO GERMÁN (JOSÉ MARÍA) GARRIGUES HERNÁNDEZ

Presbítero y mártir († 1936)

No un número más.

Un acto singular en el apretado programa de celebraciones jubilares a lo largo del año 2000. Me refiero a la histórica «conmemoración ecuménica de los testigos de la fe del siglo XX» que dio cita en Roma, en la tarde del tercer domingo de Pascua —7 de mayo— a católicos, ortodoxos, anglicanos y protestantes.

Habló Juan Pablo II:

> «La experiencia de los mártires y de los testigos de la fe no es característica sólo de la Iglesia de los primeros tiempos, sino que también marca todas las épocas de la historia. En el siglo XX, tal vez más que en el primer período del cristianismo, son muchos los que dieron testimonio de la fe con sufrimientos a menudo heroicos. Muchos países de antigua tradición cristiana volvieron a ser tierras donde la fidelidad al Evangelio se pagó con un precio muy alto».

Una recuperación martirial con la singularidad de su extensión a casi todas las Iglesias y comunidades eclesiales del siglo XX, justificación de la solemne celebración jubilar. También en labios del Papa:

> «En nuestro siglo "el testimonio ofrecido a Cristo hasta el derramamiento de la sangre se ha hecho patrimonio común de ca-

licos, ortodoxos, anglicanos y protestantes"» (*Tertio millennio adveniente,* 37).

Insistente la alusión pontificia:

> «El ejemplo de los heroicos testigos de la fe es verdaderamente hermoso para todos los cristianos [...] El ejemplo luminoso de cuantos, desde inicios del siglo XX hasta su fin, experimentaron la persecución, la violencia y la muerte a causa de su fe y de su conducta inspirada en la verdad de Cristo. ¡Y son tantos! [...] Son como un gran cuadro de la humanidad cristiana del siglo XX. Un mural del Evangelio de las Bienaventuranzas, vivido hasta el derramamiento de sangre».

Para ellos pide Juan Pablo II gratitud y veneración.

Por alusión cobró actualidad la realidad martirial española de los años treinta del siglo XX. Una cruenta andadura, estirada casi tanto como la década, inaugurada con la proclamación de la II República el 14 de abril de 1931, descaradamente anticlerical; saludada oficialmente, desde Roma y a nivel nacional, con respeto y con espíritu de colaboración sincera. Pero madrugaron las llamas, provocadas, cebándose sacrílega y gravemente en algunos templos de Madrid, Valencia y Málaga, por citar sólo unas ciudades. Fue el ensayo. Cuando el estallido revolucionario de Asturias —octubre de 1934— la anarquía iría a peor. El afán persecutorio se mancharía de sangre. Pagarían con su vida no pocos sacerdotes y religiosos —ya canonizados nueve hermanos de La Salle y un sacerdote pasionista, conocidos como «los mártires de Turón».

Una radicalidad que subiría de tono en febrero de 1936 de resultas del triunfo frentepopulista. Entonces serían nuevos incendios de templos, derribos de cruces, expulsiones de eclesiásticos, restricción de cultos, prohibición de ceremonias religiosas públicas, amenazas. Pero el vendaval de sangre y fuego llegaría en el mes de julio de 1936.

Elocuente el testimonio del ministro Manuel de Irujo. Quien, en una reunión gubernamental en Valencia —a la sazón capital de la República— a principios de 1937, retrataba ante sus compañeros de gabinete la realidad nacional:

> La situación de hecho de la Iglesia, a partir de julio pasado, en todo el territorio nacional, excepto el vasco, es la siguiente:

a) Todos los altares, imágenes y objetos de culto, salvo muy contadas excepciones, han sido destruidos, los más con vilipendio.

b) Todas las iglesias se han cerrado al culto, el cual ha quedado total y absolutamente suspendido.

c) Una gran parte de los templos, en Cataluña con carácter de normalidad, se incendiaron.

d) Los parques y organismos oficiales recibieron campanas, cálices, custodias, candelabros y otros objetos de culto, los han fundido y aún han aprovechado para la guerra o para fines industriales sus materiales.

e) En las iglesias han sido instalados depósitos de todas clases, mercados, garajes, cuadras, cuarteles, refugios y otros modos de ocupación diversos.

f) Todos los conventos han sido desalojados y suspendida la vida religiosa en los mismos. Sus edificios, objetos de culto y bienes de todas clases fueron incendiados, saqueados, ocupados y derruidos.

g) Sacerdotes y religiosos han sido detenidos, sometidos a prisión y fusilados, sin formación de causa por miles, hechos que, si bien amenguados, continúan aún, no tan sólo en la población rural, donde se les ha dado caza y muerte de modo salvaje, sino en las poblaciones. Madrid y Barcelona y las restantes grandes ciudades suman por cientos los presos en sus cárceles sin otra causa conocida que su carácter de sacerdote o religioso.

h) Se ha llegado a la prohibición absoluta de retención privada de imágenes y objetos de culto. La policía que practica registros domiciliarios, buceando en el interior de las habitaciones, de vida íntima personal o familiar, destruye con escarnio y violencia imágenes, estampas, libros religiosos y todo cuanto con el culto se relaciona o lo recuerde.

Y el nada sospechoso Salvador de Madariaga, desde Buenos Aires, en 1955, confirmaría la realidad de la cruenta persecución religiosa en España:

> «Nadie que tenga a la vez buena fe y buena información puede negar los horrores de esta persecución. Que el número de sacerdotes asesinados haya sido dieciséis mil o mil seiscientos, el tiempo lo dirá. Pero que durante estos meses y aun años bastase el mero hecho de ser sacerdote para merecer pena de muerte, ya de los muchos tribunales más o menos irregulares que como hongos salían del pueblo popular, ya de revolucionarios que se erigían a sí mismos en verdugos espontáneos, ya de otras formas de venganza o ejecución popular, es un hecho plenamente confirmado».

Fue una auténtica tormenta de verano. Un diluvio de sangre. Un puñado de miles de mártires: obispos, sacerdotes, semi-

naristas, religiosos, religiosas, padres y madres de familia, jóvenes laicos: «Su testimonio no debe ser olvidado».

Palabras de Juan Pablo II también en ocasión solemne, en la Plaza de San Pedro, en la mañana del 11 de marzo del 2001, en la homilía de la liturgia de proclamación de la gran hornada levantina de beatos víctimas de la aludida persecución. Las primeras glorificaciones canónicas del tercer milenio. Numéricamente doscientos treinta y tres cristianos de distinto sexo, edad y condición religiosa, presentados por la archidiócesis de Valencia; según reconocimiento papal: «Ejemplo de valentía y constancia en la fe [...], modelo de coherencia con la verdad profesada [...], honra del noble pueblo español y de la Iglesia».

Entre ellos, una docena de franciscanos capuchinos; sacerdotes y hermanos, entre los veintitrés y ochenta años, procedentes de las distintas comunidades de la provincia religiosa de Valencia. Un puñado de mártires que, sumado al total de víctimas a lo largo y a lo ancho de la geografía patria, da un total de noventa y cuatro vidas inmoladas. Un tributo que clasifica décimos a los capuchinos entre las cuarenta y tantas familias religiosas masculinas afectadas por la persecución religiosa española de 1936.

Destacado fue el protagonismo de JOSÉ MARÍA GARRIGUES HERNÁNDEZ, en religión: fray Germán de Carcagente.

Cuando el estallido revolucionario sumaba diez años de domiciliación en el convento de Alcira (Valencia); con más de veinte años de vida religiosa compartidos residencialmente con Totana, en la provincia de Murcia, y Masamagrell y Ollería, poblaciones valencianas.

Hijo de Juan Bautista y María Ana, que, generosos con Dios, le ofrecieron tres de sus ocho frutos matrimoniales, todos franciscanos capuchinos.

Germán, nacido y bautizado en Carcagente (Valencia) el 12 de febrero de 1895, ingresó en el seminario seráfico de Masamagrell siguiendo las huellas de su hermano Domingo. Vistió el hábito el 13 de agosto de 1911 y se comprometió con votos simples en fecha 15 del mismo mes, del año siguiente, y solemnemente el 18 de diciembre de 1917. Recibió el presbiterado el 9 de febrero de 1919.

De entrada, fue dedicado por sus superiores a la enseñanza; inicialmente en tierras murcianas, en calidad de educador y profesor en el colegio San Buenaventura de Totana; más tarde realizaría estas mismas actividades académicas en Masamagrell, pero en este caso en el seminario seráfico. En Ollería estrenaría nuevamente cargo y responsabilidad: vicemaestro de novicios. En Alcira, la población más beneficiada de su vida ministerial, fray Germán tuvo a su cargo la escuela primaria gratuita que instruía y formaba a los niños que compartían barrio con la comunidad capuchina. Y, además, fomentaba el culto, organizó una *schola cantorum,* atendía el confesionario y visitaba a los enfermos; procurando socorrerles en sus necesidades materiales.

De carácter bondadoso y afable en el trato. Alegre, simpático. Siempre con la sonrisa en los labios. Se decía de él que era un ángel.

La radicalización política española, en febrero de 1936, aconsejó la disolución de la comunidad religiosa de Alcira. Fray Germán fue incorporado al convento de Valencia. Tiempos difíciles, de inseguridad y zozobra, insinuándose persecutorios, en los que el capuchino de Carcagente comentó en la intimidad: «Si Dios me quiere mártir me dará fuerzas para sufrir el martirio».

La explosión revolucionaria de julio le llevó a la casa paterna, contrastando su serenidad y su entereza con las mayúsculas inquietudes de su madre y de una hermana: «¿Qué cosa mejor que morir por Dios?».

Al anochecer del 9 de agosto los revolucionarios invadieron el domicilio de los Garrigues. Germán, a quien no conocían, les guió en la requisa. Y, ya en la calle, los perseguidores fueron advertidos de la identidad del acompañante. Pasos atrás, pues, y la consiguiente detención. Fue llevado al cuartel de la Guardia Civil, ahora improvisada cárcel, y al filo de la medianoche del 9 de agosto de 1936 vino la inmolación. El altar fue el puente ferroviario sobre el Júcar. Previamente la víctima había besado las manos de los verdugos, perdonándoles: «Os perdono, porque sé que vais a matarme»; y añadió: «Yo no he hecho mal a nadie. Que sea lo que Dios quiera». E hincó las rodillas en el suelo, ofreciéndose para el sacrificio.

Malherido rodó por el terraplén hasta el río. Los fusileros bajaron y lo remataron. Al día siguiente, tras el levantamiento judicial, el cadáver fue conducido al hospital municipal, donde las religiosas enfermeras, que le habían reconocido, le limpiaron. Aparecía con su típica sonrisa, helada sobre el rostro. Los restos mortales recibieron sepultura en el cementerio de Carcagente. Actualmente esperan la resurrección de los muertos en la iglesia del convento de Masamagrell.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

JACINTO PERAIRE FERRER

Bibliografía

Boletín Informativo Capuchino Internacional (BICI) (2001) n.154, enero-febrero.
CÁRCEL ORTÍ, V., *La gran persecución. España, 1931-1939* (Barcelona ²2000).
— *Persecuciones religiosas y mártires del siglo XX* (Madrid 2001).
CÁRCEL ORTÍ, V. - FITA REVERT, R., *Mártires valencianos del siglo XX* (Valencia 1998).
MONTERO MORENO, A., *Historia de la persecución religiosa en España 1936-1939* (Madrid ²2004).
L'Osservatore Romano (9-3-2001).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTOS MÁRTIRES DE CONSTANTINOPLA

Mártires († 729)

El nuevo *Martirologio romano* sigue dando este día 9 de agosto la memoria de los mártires que en Constantinopla dieron su vida en defensa de la veneración de la sagrada imagen del Salvador que iba a ser derribada y que estaba en la Puerta de Bronce del palacio. Pero, mientras el antiguo *Martirologio* daba algunos nombres, el nuevo prefiere dejarlos en el anonimato y solamente recordar que hubo un número indeterminado de fieles que dieron su vida en defensa del culto de las sagradas imágenes. El martirio tuvo lugar en la capital del Imperio siendo emperador León III Isáurico que en 725 dio el decreto prohibiendo las sagradas imágenes, decreto con el que no estuvo de acuerdo el patriarca San Germán que hubo de presentar su dimisión y

marchar al destierro. Cuando fue a ser retirada la imagen del Salvador que estaba en la Puerta de Bronce del palacio, se desencadenó un tumulto popular que trajo consigo la muerte de quien estaba en la escalera para derribar la sagrada imagen, y como consecuencia de ello hubo una represalia imperial que causó la muerte de varios defensores de la ortodoxia. Sus reliquias fueron encontradas el año 869 y se reavivó así la memoria y la veneración de los santos mártires. Se escribió una *passio* en la que se dan los nombres de los mártires pero su historicidad no está comprobada. Su memoria se celebra el 9 de agosto.

BEATO JUAN DE SALERNO

Presbítero († 1242)

Nacido en 1190 en Salerno en el seno de una noble familia normanda, a los quince años marcha a Bolonia para estudiar. Estando allí conoció al Beato Reginaldo de Orleáns, que determinó su entrada en los dominicos en 1219. Con otros religiosos es enviado ese mismo año a Florencia para la fundación del convento dominicano local. En mayo de 1221 participa en el capítulo general de la Orden en Bolonia, presidido por el propio santo Domingo, para cuya muerte el 6 de agosto del mismo año vuelve a Bolonia. El cardenal Hugolino, que será papa con el nombre de Gregorio IX, le concede la iglesia de Santa María Novella, de la que toma posesión el 20 de noviembre de aquel año. Su predicación asidua contra la herejía patarina le vale que Gregorio IX, quien le dio varias señales de su confianza, lo nombre inquisidor; ejerce el cargo con tanta suavidad y eficacia que logra muchas conversiones sin dictar una sola sentencia de condena. Cientos de personas acudían a él a pedirle sus consejos, a escuchar su predicación y a confiarle sus limosnas para los pobres. En 1230 funda el primer convento de dominicas en Florencia. No hay seguridad de la fecha exacta de su muerte, ciertamente posterior a 1231 y situada generalmente hacia el 1242. Su memoria se celebra el 9 de agosto. Fue confirmado su culto por el papa Pío VI el 2 de abril de 1783.

BEATO JUAN DE FERMO

Presbítero y ermitaño († 1322)

Juan nació en Fermo en una familia acomodada el año 1259. Confiada su educación a los canónigos regulares de San Agustín, no tiene sino unos catorce años cuando elige de forma personal ingresar en los franciscanos, cuya santa regla profesa. Parece que las divisiones ocasionadas entre los franciscanos por el tema de la pobreza, llevó a Juan a sentirse mal en medio de la polémica, y entonces San Buenaventura, general de la Orden, lo destina a la comunidad del Monte Alvernia, donde San Francisco tuvo la experiencia mística de la impresión de las llagas. Debidamente autorizado y ya sacerdote, construye una celdilla en las faldas del monte donde se va a vivir en soledad y absoluta austeridad, dedicado a la contemplación, y donde el Señor le recrea con éxtasis y visiones celestiales. Frecuentaba las oraciones comunes del cenobio pero vivía el resto del tiempo en su amada soledad. Llevado de su celo apostólico, salía algunas veces de su retiro para predicar la palabra de Dios, y una vez lo hizo ante el papa y la corte pontificia, que apreciaron mucho su fervor religioso y sabiduría espiritual. Murió el 9 de agosto de 1322 y, enterrado en su convento de Alvernia, se le atribuyeron enseguida muchos milagros. Se le ha llamado también JUAN DE ALVERNIA (della Verna). Su culto inmemorial fue confirmado el 24 de junio de 1880 por el papa León XIII.

BEATO RICARDO BERE

Presbítero y mártir († 1537)

Ricardo Bere (o Beer) era monje cartujo del monasterio de esta Orden en Londres. Luego de que el prior San Juan Houghton fuera martirizado con otros dos priores en mayo, se puso un nuevo prior que, ayudado de otros monjes, quería que todos los miembros de la comunidad acatasen la voluntad del rey Enrique VIII. El 18 de mayo de 1537 toda la comunidad prestó el juramento pedido, pero diez religiosos se negaron, entre ellos el padre Ricardo Bere, sacerdote. Pocos días después fue llevado con sus compañeros a la cárcel y sometido a la tortura de es-

tar encadenados y con una argolla en el cuello y se les comenzó a dejar morir de hambre. Durante un mes se les pudo introducir algunos alimentos pero luego se cortó toda fuente de suministros, y así fueron muriendo por hambre los intrépidos confesores de la fe. El padre Ricardo Bere falleció el 9 de agosto de aquel año. El papa León XIII lo beatificó por decreto, junto con otros mártires, el 9 de diciembre de 1886.

BEATO CLAUDIO RICHARD

Presbítero y mártir († 1794)

Claudio Richard nació el 19 de mayo de 1741 en Lérouville, La Meuse, Francia. Educado cristianamente, al llegar a la juventud opta por la vida monástica e ingresa en la abadía de San Hidulfo, de Moyen-Moutier, donde el 12 de mayo de 1760 hace la profesión religiosa y, oportunamente, se ordena sacerdote. Ejerció diversos cargos en varios monasterios de su congregación monástica. Fue vicario en Ban-de-Sept (1783), subprior en Saint Mont (1784) y director de las Damas del SS. Sacramento como miembro de la abadía de San Leopoldo, de Nancy (1787). Al llegar la revolución y la supresión de las órdenes monásticas, él opta por la vida común el 6 de enero de 1791, negándose a prestar el juramento constitucional, y quedándose en Nancy para la atención espiritual de las almas que se dirigían con él. Por ser no-juramentado fue arrestado el 26 de noviembre de 1793 y encerrado en el exconvento llamado des Tiercelins. Por el mismo motivo fue deportado a Rochefort, donde consta que ya estaba el 5 de mayo de 1794. Se ofreció para atender a los sacerdotes enfermos hasta que él mismo se contagió y murió el 9 de agosto de 1794, dejando a todos el suave olor de su dulzura, bondad, caridad y demás virtudes. Tuvo una larga y dolorosa agonía, que sobrellevó con gran paciencia. Fue beatificado por el papa Juan Pablo II el 1 de octubre de 1995.

BEATOS FAUSTINO OTEIZA SEGURA Y FLORENTINO FELIPE NAYA

Religiosos y mártires († 1936)

El 9 de agosto de 1936 se presentaron dos hombres en la llamada Casa Zaydin, donde estaban dos religiosos escolapios de la comunidad de Peralta de la Sal, y dijeron que ambos debían acompañarles a Fonz donde tenían que deponer en una causa. Uno de ellos, el sacerdote P. Faustino Oteiza, se dio cuenta de que se trataba realmente de la hora del martirio y dirigiéndose al hermano Florentino Felipe le dijo que había llegado la hora de ir al cielo. Pidió un poco de tiempo que le fue concedido, confesó a las personas de la casa, se vistió de paisano para impedir que fuera profanado el hábito religioso y dio su bendición a todos los presentes. Los dos religiosos renovaron su profesión religiosa con todo fervor. A las cuatro de la tarde los recogió un coche. La calle estaba llena de gente, que acudió a despedirlos en el más respetuoso silencio. El coche partió camino de Azanúy y, ya en términos de esta población, paró el coche, los religiosos fueron obligados a bajar y allí los fusilaron. Rociados sus cadáveres con gasolina, fueron quemados pero no del todo, y por ello les enterraron en el mismo lugar de su martirio; al término de la guerra sus restos fueron trasladados a la iglesia escolapia de Peralta de la Sal.

Éstos son sus datos personales.

FAUSTINO OTEIZA SEGURA nació en Ayegui, Navarra, el 14 de febrero de 1890. Decidida su vocación religiosa, ingresó en la Orden Escolapia en Peralta de la Sal y pronunció la profesión religiosa el 15 de agosto de 1907. Hechos los estudios sacerdotales, primero hizo la profesión solemne el 15 de julio de 1912 y se ordenó sacerdote en Tarrasa, el 14 de septiembre de 1913. Destinado primero a la escuela infantil de Peralta, en 1919 fue nombrado ayudante del maestro de novicios y en 1926 maestro de novicios. Cumplió con total entrega esta labor formadora de los futuros escolapios y supo infundir en ellos el espíritu evangélico de San José de Calasanz. Desde 1920 padecía parkinson, lo que llevó con gran paciencia y entereza, procurando cumplir sus deberes con toda puntualidad. Cuando el 8 de noviembre de 1933 hubo un intento de incendiar el colegio escolapio, sólo

el P. Faustino y otro hermano quedaron dentro del mismo. Tras el 18 de julio de 1936 las cosas se pusieron muy difíciles para los religiosos. El día 23 fueron obligados a dejar el colegio e irse a la llamada Casa Clari, donde se prepararon al martirio y de donde fueron sacados todos menos los mártires de hoy, que el 29 de julio fueron llevados a la Casa Zaydin, y de aquí, como queda dicho, fueron sacados el día 9 de agosto.

FLORENTINO FELIPE NAYA era natural de Alquézar, Huesca, donde nació el 10 de octubre de 1856 y fue bautizado con el nombre de Francisco. Tuvo una familia muy cristiana en la que abundaban las vocaciones religiosas. Llegado a la adolescencia se dedicó a las labores del campo y entró al servicio de un rico propietario. Por su medio conoció a los padres escolapios e ingresó en la Orden Escolapia como hermano lego, profesando el 7 de marzo de 1880 los votos temporales y el 29 de abril de 1883 los votos solemnes. Trabajó siempre en la cocina y el comedor, pasando por varios colegios de la Orden y llegando al de Peralta de la Sal en 1929. Los últimos años ya podía trabajar poco porque tenía problemas de vista y oído a causa de su avanzada edad. En la expulsión de los religiosos y la hora del martirio demostró gran serenidad y firmeza. Murió con el rosario en las manos.

Juan Pablo II los beatificó el 1 de octubre de 1995 en el grupo de 13 escolapios martirizados en diversos días y en varios lugares en 1936.

BEATO GUILLERMO PLAZA HERNÁNDEZ

Presbítero y mártir († 1936)

Nació en Yuncos, Toledo, el 25 de junio de 1908, en el seno de una familia pobre pero con hondos sentimientos religiosos. En 1920 ingresó en el seminario de Toledo donde hizo los estudios hasta primero de teología, siendo un seminarista ejemplar. Entonces decide su adscripción a la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos del Sagrado Corazón de Jesús. Prosigue sus estudios en Tortosa y Zaragoza, y se ordena sacerdote el 26 de junio de 1932 en Toledo. Luego de estar varios años en el seminario de Zaragoza, para el curso 1935-1936 fue destinado al

seminario mayor de Toledo, donde, igual que en Zaragoza, se hizo querer de los seminaristas por su agrado y bondad. Una vez estallada la guerra, el 22 de julio salió con dos seminaristas para ir a casa de Antonio Ancas, donde permaneció dieciocho días entregado a la oración. La madre de Antonio Ancas pensó que le daría mejor protección si lo enviaba con su hijo a Cobisa. Un miliciano, ignorante de que Guillermo era sacerdote, llevó a ambos hasta el pueblo; al bajar en la plaza, una joven lo reconoció y sin malicia dijo que era sacerdote. El miliciano denunció al comité haber traído un sacerdote. El presidente del comité llegó a la casa y conminó a Guillermo a no moverse de ella pues iban a venir a recogerlo. Guillermo se entregó a la oración. Cuando lo recogieron lo maltrataron dándole bofetadas y golpes de fusil. En el término de Argés lo llevaron junto a un árbol para matarlo. Guillermo preguntó quién iba a matarlo para besarle la mano. Mientras bendecía a sus verdugos fue acribillado a balazos, era el 9 de agosto de 1936. Aquel mismo día murió su madre, a quien él había pedido le dejasen visitarla antes de morir, pero los verdugos le negaron este consuelo.

Fue beatificado por Juan Pablo II el 1 de octubre de 1995 en el grupo de 9 sacerdotes operarios diocesanos martirizados en diversos días del año 1936.

10 de agosto

A) MARTIROLOGIO

1. La fiesta de San Lorenzo († 258), diácono y mártir en Roma **.
2. La conmemoración de los santos mártires que padecieron en Alejandría de Egipto bajo el imperio de Valeriano siendo prefecto Emiliano († 257).
3. En Dunblane (Escocia), San Blano († s. VI), obispo.
4. En Alcamo (Sicilia), Beato Arcángelo Piacentini de Calatafimi († 1460), presbítero, de la Orden de Hermanos Menores **.
5. En Iki (Japón), Beato Agustín Ota († 1622), jesuita y mártir *.
6. En Rochefort (Francia), beatos Claudio José Jouffret de Bonnefont, de la Sociedad de San Sulpicio, Francisco François, religioso capuchino, y Lázaro Tiersot, monje cartujo († 1794), presbíteros y mártires *.

7. En El Saler (Valencia), Beato José Toledo Pellicer († 1936), presbítero y mártir *.

8. En Valencia, Beato Juan Martorell Soria († 1936), presbítero, de la Congregación Salesiana, mártir. E igualmente se conmemora este día al religioso de la misma congregación Pedro Mesonero Rodríguez, martirizado en fecha indeterminada en Vedat de Torrent, dentro de la misma persecución religiosa *.

9. En el campo de concentración de Dachau (Baviera), beatos Francisco Drzewiecki, de la Congregación de la Pequeña Obra de la Providencia, y Eduardo Gryzmala († 1942), presbíteros y mártires *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN LORENZO

Diácono y mártir († 258)

Conocemos a San Lorenzo y su martirio por el testimonio verídico, por la majestad romana y por el vuelo pindárico del himno en loor suyo del poeta probablemente cesaraugustano Aurelio Prudencio, que quizá había nacido en Zaragoza y debió de morir allá por el año 410, cuando, empujado por la enorme vitalidad de su pueblo, al frente de sus hordas de visigodos (o sea los godos de allende el Danubio), Alarico, poderoso e inexorable como una inundación, anegó la ciudad de Roma y amagó anegar la civilización latina.

La extrema pasión del diácono Lorenzo había dejado en la antigüedad cristiana un recuerdo indeleble: pero no quedó tras ella ningún auténtico documento escrito. El primero que la consigna como tradición volátil, en inaprehensible estado de fluidez, es San Ambrosio. El segundo que la asume y la transforma en materia poética es el autor del *Peristephanon,* el más grande poeta cristiano hasta que, a los novecientos años de distancia, se irguió, más alto que las Pirámides, más perenne que el bronce, el florentino Dante Alighieri.

Prudencio canta la efusión de sangre cristiana con orgiástica embriaguez. Prudencio es *hemólatra,* es decir, idólatra de la pasión y de la sangre derramada por amor de Cristo. Prudencio, que es celtibérico, podría parecer bético, verbigracia de Córdoba y del linaje del Séneca de las tragedias y de Lucano, cantor de guerras más que civiles; de Córdoba, dije, patria de hombres en-

jutos bellos y fuertes que luchan a hierro con bestias generosas y pugnaces, en un circo sonante, lleno de pueblo, ávido de emoción.

Lorenzo es el más célebre de los mártires de la persecución de Valeriano. Murió a los diez días del mes *sextil* (agosto) del año 258, cuando, según la usada expresión de Dámaso, que ilustró la ceguera de las catacumbas, desde los días en que el hierro del tirano, *secuit pia viscera Matris,* rajaba las entrañas de la piadosa Madre, la Iglesia. ¿Cómo pudo silenciar el españolísimo Prudencio su común origen celtibérico y español con el diácono del papa Sixto; Prudencio, digo, que en su libro de *Las Coronas* consagra a los mártires, inequívocamente de España, sus más audaces ditirambos y proclama como verdad axiomática*: Hispanos Deus aspicit benignus:* que Dios mira con ternura especial a los hispanos porque ofrecen a Cristo tantas y tan preciosas víctimas como Tarragona, y Calahorra, y Zaragoza, y Mérida envían al cielo? Silencio inexplicable.

Lorenzo, el año 258, era el primero de los siete diáconos de la Iglesia de Roma, la más recia y pura de sus columnas blancas. La persecución de Valeriano, que arrebatado se lo llevó, iba enderezada contra los miembros de la jerarquía eclesiástica: obispos, presbíteros, diáconos. Este carácter de la persecución señalábale al golpe de los perseguidores. Él era el principal de los siete diáconos encargados de socorrer a los pobres y de administrar las temporalidades eclesiásticas, en aquella coyuntura y sazón no contentibles. La Iglesia era propietaria de vastos cementerios y poseía una bien nutrida Caja donde se custodiaban las cotizaciones de sus miembros. De ella era el encargado Lorenzo; se le llamaba «diácono del Papa», y no era desusado que sucediera al Pontífice que le promovió a esta categoría eminente. No ignoraban los paganos que, a favor de las leyes sobre las asociaciones funerarias *(Deorum Manium iura sancta sunto),* la Iglesia gozaba de la propiedad de considerables latifundios debidos a la munificencia de los fieles y sabían que en cada ciudad funcionaba la «caja eclesiástica», alimentada con voluntarias aportaciones periódicas, al estilo de una moderna sociedad de socorros mutuos. El Estado codiciaba estos fondos, quizá exagerándolos. Allende de esto, sordamente cundía en los medios

populares un siniestro rumor de orgías nocturnas. Roma entonces, como siempre, había sido *Civitas omnium gnara et nihil reticens,* que creía saberlo todo y todo lo parlaba. Frecuentaban estas orgías los adeptos de la fe nueva, según se creía, y que los presbíteros, en primorosos vasos de oro labrados a cincel, bebían sangre humana, en cenas como la mitológica de Tiestes; y que las salas de estos festines nefandos iluminábanse con antorchas de cera oliente a miel y a flora rupestre, fijas en áureos candelabros. ¿No aparece en esto bien visible la deformación de una sinaxis eucarística?

El mismo día o el siguiente de la pasión de Sixto, que fue decapitado, el prefecto de Roma llama a Lorenzo. Prudencio pone en boca del magistrado un curioso capítulo de cargos, desprovisto de toda realidad histórica, invención del poeta todo él, que demuestra, empero, un gran conocimiento de los prejuicios dominantes en la época en que el poeta sitúa la escena. Nada áspero responde Lorenzo; nada turbio; responde, sí, con socarronería que llamaríamos aragonesa, si aragonés fuera San Lorenzo:

> «Es rica, sí, la Iglesia, no lo niego. Nadie en el mundo es más rico que ella. El propio emperador no tiene tanta plata acuñada como la Iglesia tiene. No rehúso entregarle los numismas con su efigie y la inscripción que traen; déseme un plazo siquiera breve para reunir e inventariar caudal tan copioso y precioso como Cristo atesora».

Lorenzo habla como un meticuloso contador. El prefecto le concede un lapso de tres días. Lorenzo recorre la opulenta urbe, *dives opum,* como Virgilio la denominó; epítome del orbe, como la llamó un cosmógrafo, epítome de todas sus grandezas y de todas sus miserias. Macabra fue la exposición de las riquezas de la Iglesia que Lorenzo inventarió. Sábese por una carta del papa San Cornelio que a mediados del siglo III la Iglesia de Roma socorría a unos mil quinientos pobres y viudas menesterosas. Allí mostraba el ciego, sumido en tinieblas interiores, los blancos ojos, huérfanos de mirada, que con un báculo previo guiaba el paso vacilante; allí el cojo, con un cayado, regía el paso desigual; allí el ulceroso destilando podre; allí el lisiado con la mano encanijada. «Ven y verás —el diácono dice al prefecto— todo un atrio espacioso, lleno de vasos áureos». Aquella hueste

de desarrapados, aquella parada horrible de ver, ante los ojos atónitos del funcionario romano, elevó un horrísono alarido. Mezcladas con esa muchedumbre aullante estaban las suaves vírgenes consagradas, las viudas castas que, tras el daño del primer himeneo, quisieron ignorar el calor de la añeja llama. Ésta era la mejor porción de la Iglesia, el joyel de más precio con que se ataviaba. Con esta dote la Iglesia place a Cristo; éste es su más lindo tocado; éste es su tesoro; ésta es la rica cuenta de sus pobres.

En el himno que Prudencio puso en la boca afluente de Lorenzo corren desatados el énfasis bético de Anneo Séneca y el mordedor sarcasmo del bilbilitano Valerio Marcial. El prefecto, burlado y mofado, ataja esas *tantas strophas* del diácono con una irónica y escalofriante amenaza:

> «Yo tengo entendido que la muerte para el mártir es apetitosa; la tendrás. Podrás saborearla con morosa delectación. Te mulliré un blando tálamo de ascuas. Ya me traerás nuevas de Vulcano».

Lorenzo sube al lecho de carbones encendidos, que para él fue blando como de ramas y de flores. La lumbre purpúrea de juventud que irradió la frente del protodiácono Esteban entre el granizo de la lapidación circundó cual si fuera un rostro de ángel la serena faz de Lorenzo y la bañó de tiernos rosicleres. Antes de que su pensamiento naufragara en el sopor de la muerte Lorenzo lo reposó en Roma, en aquella Roma tan obcecada y tan amada, a la que el áspero Tertuliano, con inefable ternura, llamó con homéricas reminiscencias *vergel de Alcínoo, frutecido de pomas de oro; jardín de Midas, plantado de rosales.*

> «¡Oh romano! —Lorenzo exclama por boca de Prudencio—. ¿Quieres que te revele cuál fue la causa de tus laboriosos triunfos? Ha sido Dios, que quiere la fraternidad de todos los pueblos; que todos encorven su frente bajo una ley única; que todos se tornen romanos. Roma y la paz son una misma cosa: *Pax et Roma tenent.* El fundador de Roma no es Rómulo. Es Cristo el fundador de estas murallas. He aquí que todo el humano linaje mora en el dominio de Remo. Concede, oh Cristo, a tus romanos que sea cristiana esa ciudad por la cual tú sembraste en todas las otras una misma creencia. Que no sea impía la cabeza cuando los miembros abandonan la superstición; que Rómulo se torne fiel y el mismo Numa sea creyente. Todavía el error de Troya ofusca la Curia de los Catones. Purifícala, oh Cristo, de esa mancilla; envía un nuevo mensaje

por tu ángel Gabriel para que la ceguera de Julo reconozca al Dios verdadero. Aquí los cristianos tenemos ya prendas firmísimas, en los dos Príncipes de los Apóstoles, evangelizador el uno de las gentes, el otro que ocupa la cátedra suprema y empuña las llaves del reino de los cielos. ¡Oxe, afuera ya, Júpiter adúltero; deja ya libre a Roma. Pablo te echa de aquí y Pedro de aquí te destrona!».

Y en este punto, la mente del mártir moribundo, en vuelo acérrimo, se hunde en una consoladora lontananza:

«Veo a un Príncipe futuro que vendrá a su tiempo justo y cerrará los templos desiertos; obstruirá las puertas de marfil; condenará los nefastos umbrales y sus goznes de bronce ya no chirriarán; limpios de sangre sucia se erguirán, no adorados ya ni suplicados los bellos mármoles que ahora reciben culto idolátrico».

Éste fue el fin del canto y el fin de la vida. El espíritu siguió la voz del vidente. La muerte de Lorenzo fue la muerte de la idolatría.

Alejado de Roma, sin duda, escribía Prudencio su espléndido himno, puesto que proclama bienaventurados tres veces a los moradores de la ciudad que podían venerar a Lorenzo en la sede misma de sus huesos, coser su pecho con la tierra sagrada y regar con lágrimas el lugar santo. Al cuitado Prudencio, el Ebro, que le dividía de los vascones, los Pirineos nevados, los Alpes altos y profundos, manteníanlo alejado de la ciudad de Roma, riquísima de huesos heroicos y de sepulcros santos. Tenía que contentarse con levantar el corazón y los ojos al cielo tan alto y tan lejano hacia la Ciudad de Dios. De esta ciudad inenarrable es Lorenzo munícipe adscrito; por esto lleva en la corte celestial la corona cívica y es cónsul perpetuo de la Roma celestial.

Illic inenarrabili
adiectus Urbi municeps
quem Roma coelestis sibi
legit perennem Consulem.

Prudencio se reconoce indigno de que Cristo incline sus oídos hacia sí; pero, por el patrocinio de los mártires que cantó, puede conseguir audiencia y alivio; y se atreve a poner su nombre como reo de Cristo.

No de otra manera el piadoso y generoso donante, en las *tablas* devotas del Renacimiento, en Flandes o en Italia, aparece postrado a los pies de la santa imagen agigantada.

Así a los pies de San Lorenzo se nos muestra Prudencio, poeta suyo y nuestro, con las manos juntas, con las rodillas en el suelo, humilde, suplicante, pequeñito:

Audi benignus supplicem
Christi reum Prudentium.
(Oye benigno a este reo de Cristo, Prudencio,
que acude suplicante).

LORENZO RIBER

Bibliografía

FRANCHI DE CAVALIERI, P., *Note agiografiche: fascicolo 5.°* (Roma 1915) 65-82.
— Art. en *Römische Quartalschrift* 14 (1900) 159-176.
DELEHAYE, H., Art. en *Analecta Bollandiana* 19 (1900) 452-453.
LECLERCQ, H., «Gril», en F. CABROL - H. LECLERCQ (dirs.), *Dictionnaire d'archéologie chrétienne et de liturgie.* VI/2: *Gothicum-Hypsistariens* (París); y «Laurent», en ibid., vol. VIII/2: *Latran-Lexique.*
HUELSEN, C., *Le chiese di Roma nel Medio Evo* (Florencia 1927) 280-297; reimp. anastática: Roma 2000.
• Actualización:
PEÑART Y PEÑART, D., *San Lorenzo, santo español y oscense* (Huesca 1987).

BEATO ARCÁNGEL DE CALATAFIMI

Presbítero († 1460)

Arcángel de Calatafimi, conocido también por Arcángel Placentino, presbítero italiano de la Orden de Frailes Menores, nació a finales del siglo XIV, año de 1390 sobre poco más o menos, en Calatafimi, diócesis de Trapani, región de Sicilia, en el seno de una cristiana familia placentina, o de los *Piacentini.* El hecho de portar *de Calatafimi* como apellido preposicional y más común, al fin y a la postre un topónimo, deriva precisamente del lugar de nacimiento, una pequeña ciudad que se alza casi al extremo del oeste siciliano. Calatafimi es, en efecto, localidad siciliana que los mapas colocan no lejos de Alcamo y más bien cerca de las ruinas de Segeste. Dista 150 km. de Agrigento; 211 de Caltaniseta; 318 de Catania; 328 de Messina; 69 de Palermo;

286 de Ragusa; 367 de Siracusa, y 38 de Trapani, a cuya provincia pertenece. Tiene un castillo morisco y en su fértil comarca verdean hermosos viñedos y olivares como inequívoca señal de la buena dieta mediterránea.

Siglos después de nuestro beato pasó por allí Garibaldi con sus tropas. Luego de haber desembarcado en Marsala el 11 de mayo de 1860 con 1.000 voluntarios a los que se habían unido algunos insurrectos, se encontró de manos a boca por el monte de Pianto Romano, cerca de Calatafimi, con las fuerzas reales, a las que hostigó y obligó al desalojo de sus posiciones y a encontrar refugio en Calatafimi, posición que al día siguiente abandonaron para batirse en retirada sobre Palermo. El combate de Calatafimi influyó mucho en el resultado de la expedición de Garibaldi y en la suerte de Sicilia. Calatafimi muestra hoy con orgullo al forastero, entre sus glorias religiosas, el monte Giubino, sobre cuya cúspide se venera la imagen de la Madre de las Misericordias, y en donde también es posible admirar la gruta santificada siglos hace por las penitencias del beato ermitaño Arcángel.

Dicen los conocedores del lugar que quien pruebe a coronar aquellas cumbres conseguirá recrear los ojos percibiendo el indescriptible encanto de un paraje pródigo en quietud y cielos azules, se alegrará con el disfrute de la naturaleza contemplando el sugestivo panorama que desde allí se divisa. Desde tan magnífico belvedere la vista puede hacer un barrido por las maravillas del entorno y, con suavidad y deleite, recorrer desde la pequeña iglesia a los cercanos bosques, también los hondos valles que a los pies del monte se extienden, y las cercanas montañas recortando apabullantes y caprichosas el horizonte. No es extraño, por tanto, insisten los biógrafos y reporteros del lugar, que el beato Arcángel, sensible a la hermosura de la naturaleza, pudiera recrear la vista y el corazón contemplando el cosmos, y elevarse desde las cosas creadas hasta el mismo Creador. En aquel monte, además, a causa de lo que digo, se respira mariología por los cuatro puntos cardinales, y el beato Arcángel, que allí vivió y allí se santificó al socaire de una tierna devoción a la Virgen Madre, devino pronto, era de esperar, el ministro de las misericordias de María. Ella seguramente se encargó de ir dila-

tando el corazón generoso de su siervo poniéndolo en estrechísima relación con el de su divino Hijo.

Arcángel pertenecía, se ha dicho, a la célebre saga de los Placentinos. Inclinado desde la niñez a una piedad firme y bien orientada, sólida, y lleno de aversión al mundo, de cuyos peligros recelaba siempre con cautela, a veces incluso con miedo cuando no con temor y legítimo comedimiento, se retiró muy joven aún a la vida solitaria en una gruta de esta región montañosa, no lejos de su ciudad. Alejado del mundanal ruido, que diría Fray Luis, y siguiendo la escondida senda de tantos anacoretas antiguos, cuyas durísimas penitencias siguen orlando desde miniaturas y leyenda las páginas del santoral, decidió esconder su vida al siglo en aquella caverna, donde pasaba noches y días como un Elías redivivo aplicado a la oración y a la meditación de las cosas santas. Su tierna devoción mariana, por lo demás, le mereció a partir de entonces frecuentes apariciones de la Señora.

El hecho es que, como en tales casos suele ocurrir, la fama de su vida penitente rebasó pronto los discretos límites del anacorético retiro y alcanzó luego a difundirse incontenible por la comarca, de modo que el piadoso porte y los atinados consejos del hombre de Dios que ya era nuestro benemérito eremita llegaron sin esfuerzo a los más apartados rincones del lugar y consiguieron atraerse con facilidad al gentío comunal y provinciano, pendiente de sus diarias oraciones cuando no menesteroso de su eficaz ayuda y valimiento. Resonantes milagros confirmaron sin tardanza este bien ganado crédito de santidad. Pero tanta y tan frecuente afluencia de paisanos y forasteros terminó por convertir aquello, claro es, en meta de peregrinación y en lugar de encuentro, y el bueno de Arcángel, como es natural, comprendió que el rumbo de aquellas cosas no podía llevarle a buen puerto.

Se afligió mucho, ¡y de qué manera!, al comprobar tanta miseria humana y tanta necesidad como aquel río de gente le traía con su aluvión de historias, miserias, chismes, problemas y diario trajín. Sensible y tierno como era, le llegaban al alma las necesidades muchas veces insolubles de tanta pobreza y de tanto dolor. Por otro lado, las preguntas de unos y otros, con el cua-

dro crítico que a menudo entrañaban, ponían en grave aprieto la humildad de su espíritu. Razón por la cual, celoso ya de su propia salud espiritual y temiendo las seducciones siempre insidiosas de la vanidad, a fin de no ser distraído por el pueblo, acabó por dejar aquel sitio y trasladarse a un retiro eremítico más seguro cerca de Alcamo, donde abrigaba la esperanza de esconderse con mayor facilidad a las indiscretas miradas del mundo. Pero se equivocó.

También aquí su virtud se dejó notar pronto —el bien, a la postre, acaba emergiendo con esplendor— y no fue difícil descubrirle como el hombre de Dios admirado y querido, como el testigo profético buscado y requerido. Esta segunda vez, no obstante, ante las instancias de los habitantes de Alcamo, no pudo sustraerse a la dirección de un viejo y abandonado hospicio de pobres y viandantes, que en breve tiempo se encargó de volver nuevo y funcional. Así y todo, cumplido tan laudable encargo de restauración, y puesto que la vida eremítica le seguía seduciendo más y más cada día, resolvió, una vez concluida la obra, abandonar de nuevo el bullicio de la gente para volver a la soledad de una cueva, donde disfrutar del dulce reposo en la oración y la penitencia, a Dios consagrados los momentos todos de su austera vida.

Así rodaban las cosas, con nuestro Arcángel entregado de cuerpo y alma a su amada soledad y con ella, y por ella, al pleno gozo del pacífico y saludable retiro cuando el papa Martín V decretó en 1426 suprimir a todos los eremitas que poblaban la Sicilia, muy numerosos allí. Arcángel entonces, ante la forzosa renuncia al refugio por el que tanto había suspirado y que tanta serenidad le procuraba, y en modo alguno deseoso de volver a la vida del mundo, decidió abrazar la vida religiosa entrando en los Frailes Menores Observantes de Palermo. Allí tomó el hábito de manos del Beato Mateo de Agrigento, reformador de las costumbres de aquella población y vicario provincial de la Observancia en Sicilia, el cual, además, llegaría a ser, andando el tiempo, obispo de la Primera Orden (1380-1451), cuyo culto aprobó Clemente XIII el 22 de febrero de 1767.

Nacido en Agrigento el año 1380, de padres oriundos de España, Mateo se había hecho franciscano en España cuando

frisaba en los 18 de edad y había trabajado luego con San Bernardino de Siena por volver al primitivo ideal la Orden franciscana. Edificó muchos conventos, centros de espiritualidad franciscana y casas donde vivir el seráfico espíritu del *Poverello.* Elegido en 1443 Provincial de Sicilia —contaba entonces ésta con 50 conventos, de los que 38 llevaban el nombre de Santa María de Jesús—, había recorrido la isla llevando el Santo Nombre de Jesús por doquier, había predicado el Evangelio, recordado a los sacerdotes su dignidad, reavivado la fe del pueblo, convertido pecadores, refrendado el mensaje de su predicación por numerosos milagros. Fue maestro y forjador de santos, a quienes quiso como colaboradores suyos, entre ellos nuestro benemérito Arcángel de Calatafimi.

Una vez emitida la profesión, Arcángel recibió la orden de trasladarse a Alcamo con la encomienda de transformar en convento el hospital ya antes dirigido por él y ahora bajo el título de Santa María de Jesús. Lo que había sido en su vida eremítica, volvió a serlo en este nuevo lugar, por supuesto que adaptado a la nueva situación, pero con igual fervor y análogo perfume de sus heroicas virtudes. Se aplicó también ahora con ahínco a las delicias de la oración, a la mansedumbre de la humildad, a la prontitud de la obediencia y a la maceración de los más rigurosos sacrificios.

Indudablemente que su pertenencia a la Primera Orden Franciscana le abrió vías nuevas, tal vez antes desconocidas, para agradar a Dios. Había sabido leer la divina voluntad en los quehaceres más dispares de su precedente biografía, poniendo siempre en ello alma y corazón, y no era el caso de que todo aquello se viniese abajo de pronto. Así que, luego de su profesión religiosa, y en vista de la intensa vida de fervor lo mismo ahora entre los frailes de San Francisco que antes en la soledad del eremitismo, fue nombrado Provincial de los Observantes de Sicilia. Austero consigo mismo y muy observante de la Regla, procuró por todos los medios mantener entre los hermanos la primitiva pureza del célebre documento franciscano, y se puede asegurar que, en cuanto superior mayor, supo cumplir para provecho de todos sus religiosos los deberes propios de un celoso y caritativo pastor.

Aun cuando más que gobernar prefiriese predicar y cuidar de las almas y, en suma, la gloria de Dios, los compromisos pastorales le hicieron dejar a menudo su retiro conventual para volcarse de lleno en los trabajos apostólicos, consiguiendo convertir a empedernidos pecadores. Dios volvía eficaz su palabra, corroborada, insisto, por numerosos milagros. Con paterno ánimo y firme pulso rigió por un trienio la Provincia franciscana de Sicilia. Concluido éste, volvió humilde y solícito a la práctica de la obediencia conventual y con renovado entusiasmo juvenil se entregó a interminables horas de meditación y, cuando hizo falta, al duro ejercicio del apostolado por ciudades y pueblos de Sicilia. Finalmente, y tras largos años entre penitencias y salud de las almas, un sábado de la Virgen, las alas de la hermana muerte lo llevaron, anciano ya, hasta las invisibles y eternas cumbres de Dios: era el 28 de julio de 1460 (según Castagna). Otros sostienen que murió en Alcamo el 10 de agosto. La más reciente obra biográfica de Ferrini-Ramírez dice: «Murió en Alcamo el 10 de abril de 1460 en el convento de Santa María de Jesús, por él fundado. Tenía 70 años» (p.242). Sepultado en la mencionada iglesia de Santa María de Jesús, inmediatamente empezó a rendírsele culto público.

El papa Gregorio XVI confirmó ese culto inmemorial el 9 de septiembre de 1836. Antes de las últimas reformas del calendario su fiesta se celebraba el 5 de julio. Entre los Frailes Menores Observantes se da también la del 26 de julio. En la última edición del *Martirologio romano,* año 2001, figura el 10 de agosto. Insigne por su austeridad de vida y su afición a la soledad, varón lleno de piedad y sana doctrina, esclarecido antes y después de su muerte con milagros, su cuerpo reposa dentro de una elegante urna de mármol debajo del altar de Santa Rosalía, en la mencionada iglesia, adonde fue trasladado desde la sepultura común de los frailes cuarenta años después de su partida a la casa del Padre. La traslación se hizo a instancias de los mismos habitantes de Alcamo. En la tapa sepulcral figura su efigie, de óptima factura por cierto, la más parecida que de él se conserva según los expertos, justo porque fue esculpida poco después de haber fallecido, cuando aún perduraba su figura en la retina de muchos que le habían conocido.

Con motivo del V centenario de su muerte (1460-1960), y entre los actos organizados para la solemne celebración del evento en la última semana de abril de 1960, tiempo pascual, se procedió al reconocimiento canónico de los restos y a su colocación en nueva y artística urna. La Orden de Frailes Menores escribió con tal motivo una carta circular exhortando desde San Agustín a la imitación de sus santos, y en concreto del Beato Arcángel.

> «Ellos, afirma ciertamente San Agustín a propósito de los mártires, y el juicio es válido para santos y beatos, no tienen necesidad de nuestras festividades, porque gozan en los cielos en compañía de los ángeles; pero gozan con nosotros no si los honramos, sino si los imitamos. El mismo hecho de honrarlos a ellos es de provecho para nosotros, no para ellos. Pero honrarlos y no imitarlos no es otra cosa que adularlos mentirosamente» *(Sermón* 325,1).

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

CASTAGNA, G. A., «Il V centenario del B. Arcangelo da Calatafimi»: *L'Osservatore Romano* (14-6-1961).

CLARY, L. DE, *L'auréole séraphique, ou vies des saints et bienheureux des trois Ordres de Saint-François,* II (París 1882) 55.

D'ALENÇON, E., «Archange de Calatafimi», en *Dictionnaire d'histoire et de géographie ecclésiastique.* III: *Anforaria-Arfons* (París 1924) col.1533.

FERRINI, G. - RAMÍREZ, J. G., OFM, *Santos franciscanos para cada día* (Asís 2000) 241-242.

GIOIA, A., *Il beato Arcangelo Placenta da Calatafimi* (Palermo 1926).

LEBAT, R., Art. en *Analecta Bollandiana* 45 (1927) 441-442.

Martyrologium romanum, O.C., 421, n.4; 669.

MORABITO, G., «Arcangelo da Calatafimi», en *Bibliotheca sanctorum,* II (Roma 1962) col.373.

TERRANOVA, L., *Lettera circolare in occasione del V centenario della morte del B. Arcangelo da Calatafimi 1460-1960.* Curia Provinciale, Convento La Gancia (Palermo 1961).

WADDING, L. DE, *Annales Ordinis Minorum,* XV (Roma) 354-355.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

BEATO AGUSTÍN OTA

Religioso y mártir († 1622)

Ota había nacido en Ogica, pequeña población del reino japonés de Firando, hacia el año 1572 en el seno de una familia pagana. Pero siendo un muchacho entró en contacto con los jesuitas y, abandonando los ídolos, se convirtió al Dios vivo y verdadero y recibió el santo bautismo adoptando el nombre cristiano de Agustín. Durante varios años ejerció el cargo de sacristán en la misión jesuita, pero el Beato Camilo Constanzo lo eligió como su catequista y compañero de correrías apostólicas, y desde entonces compartió los trabajos del intrépido misionero y quería también compartir su condición de religioso jesuita. Llevaba tres meses en la isla Ikitsuki con el citado misionero cuando habiendo éste decidido ir a la isla de Noxima, el catequista que lo hospedaba, futuro mártir, el Beato Gaspar Cotenda, decidió acompañar al misionero y a su ayudante, y así los tres se embarcaron en una barca de remos. Pero apenas se había alejado de tierra cuando una cristiana que poco antes se había confesado con el P. Constanzo y que deseaba a todo trance convertir a su marido, habló con éste de la presencia del misionero y de la oportunidad para convertirse y que en caso de que él se decidiera, ella podría conseguir que el misionero volviera. El marido fingió estar interesado, pero se fue a las autoridades y denunció la presencia del P. Constanzo señalando que se dirigía a Noxima. Entonces mandaron tres lanchas con hombres armados. No lo hallaron ya en Noxima sino en la pequeña isla de Ucu, a media legua de distancia, y allí sorprendieron a los tres el 24 de abril de 1622. La isla no pertenecía al reino de Firando y por tanto allí la detención sería ilegal, pero el administrador de la misma se los entregó, y volvieron con ellos al reino de Firando. Tras el interrogatorio, los llevaron a la isla de Ikinixima donde quedaron encarcelados. Se dio cuenta a la capital y se esperó la respuesta. Desde la cárcel Agustín escribió al P. provincial de la Compañía de Jesús solicitando su admisión en la Orden, pero la carta no le llegó al padre hasta el día antes de la muerte del catequista. Lo admitió como novicio, y al día siguiente Agustín

fue decapitado, sellando con su sangre su fe cristiana. Fue beatificado el 7 de julio de 1867 por el papa Pío IX.

BEATOS CLAUDIO JOSÉ JOUFFRET DE BONNEFONT, FRANCISCO FRANÇOIS Y LÁZARO TIERSOT

Presbíteros y mártires († 1794)

El 10 de agosto de 1794 perecieron en los pontones de Rochefort tres sacerdotes allí detenidos y que sucumbieron por su fidelidad a Cristo y a su Iglesia: Claudio José Jouffret de Bonnefont, perteneciente a la Sociedad de San Sulpicio, Francisco François, franciscano capuchino, y Lázaro Tiersot, monje cartujo. Éstos son sus datos personales:

CLAUDIO JOSÉ JOUFFRET DE BONNEFONT nació en Gannat, Allier, Francia, el 23 de diciembre de 1752. Con veintitrés años entra en el seminario diocesano de Clermont, del que pasa muy pronto a la Sociedad de San Sulpicio, en la que se ordenará sacerdote. Fue superior de filósofos en el seminario de Orleáns, hizo su tiempo de soledad en la casa sulpiciana de Issy, luego pasa a Tulle y luego a Clermont, y por fin el 23 de febrero de 1790 fue nombrado superior del seminario menor de Autun. Al llegar el obispo constitucional en 1791, los superiores y alumnos de su seminario lo reciben muy mal y terminan por irse, yéndose Claudio José el 10 de mayo. Seguidamente abandona Autun y se instala en Moulins. En carta suya del 16 de septiembre de 1792 él explica al ministro de Justicia por qué no se le puede exigir el juramento de fidelidad a la constitución civil del clero. Jouffret estaba bajo sospecha, se interceptaba su correspondencia y, al descubrirse que se carteaba con un deportado, fue arrestado y llevado a la cárcel de Moulins. Para impedir que lo envíen a Rochefort, él alega su mala salud y pide se le haga un examen médico. El médico que lo examina determina que tiene una doble hernia y que no debe ser deportado, pero pese a ello se determina su deportación y sale para Rochefort en el convoy que deja Moulins el 25 de noviembre de 1793, pasa un tiempo en Saintes, y está en abril en Rochefort. Llevado al barco Les Deux Associés, vio claro que se le venía encima la muerte y se preparó para ella con total entrega a la voluntad de Dios

y gran paciencia. Persona afable y de dulce carácter, prudente y pacífico, dejó una honda impresión por sus virtudes en sus compañeros. Murió el 10 de agosto de 1794. Fue enterrado en la isla de Aix.

FRANCISCO FRANÇOIS nació en Nancy el 17 de enero de 1749, y en su adolescencia decidió su vocación en la Orden capuchina. Hecho el noviciado, profesó solemnemente el 24 de enero de 1769 con el nombre de fray Sebastián en el convento capuchino de Saint-Mihiel en Lorena. Como escolástico estuvo en Pont-à-Mousson, pasando luego por los conventos de Nancy y Commercy, y recibiendo oportunamente el sacerdocio. Su último destino fue Nancy. Se presentó espontáneamente al Comité de vigilancia de Nancy, que el 9 de noviembre de 1793 lo arrestó y envió a la cárcel. El 26 de enero de 1794 era declarado sano y capaz por tanto de ir a la deportación, al haberse negado a prestar el juramento constitucional. En mayo de ese año ya estaba en Rochefort. Religioso lleno de piedad y que había cumplido con mucha escrupulosidad sus deberes conventuales, dio gran ejemplo de piedad, vida de oración y paciencia. Llevado al llamado pequeño hospital, se le halló muerto, de rodillas y con las manos juntas, el 10 de agosto de 1794. Fue enterrado en la isla de Aix.

LÁZARO TIERSOT nació el 29 de marzo de 1739 en Semur-en-Auxois, Côte-d'Or, Francia, hijo de un comerciante. Tras sentir la vocación monástica, ingresó en la cartuja de Nuestra Señora de Fontenay, en la que profesó el 18 de diciembre de 1769. Recibió oportunamente la ordenación sacerdotal, y vivía la vida profunda y escondida de los monjes cartujos cuando la Revolución Francesa suprimió los monasterios y se vio obligado a dejar su cartuja. En su convento tenía el cargo de vicario. Se retiró a la ciudad de Avallon. Habiéndose negado a prestar el juramento constitucional, fue arrestado el 19 de abril de 1793. Pero los administradores del distrito, comprobando que los sacerdotes detenidos no habían perturbado el orden público, aconsejaron enviarlos a los consejeros generales para confirmar la medida. Llevado a Auxerre, se le juzgó apto para la deportación y con otros catorce compañeros sacerdotes fue enviado en abril de 1794 a los pontones de Rochefort, siendo embarcado

en el Washington. Se cree que su enfermedad se debió a que no se acostaba de noche para no quitar sitio a sus compañeros vecinos que lamentaban que apenas se podían estirar cuando se acostaban. Se le propuso ir al hospital pero él respondía que quería morir entre sus hermanos. Obligado a ir, pareció mejorar pero él anunció su muerte. Mostró gran paciencia, dulzura y espiritualidad. Murió el 10 de agosto de 1794.

Los tres fueron beatificados el 1 de octubre de 1995 por Juan Pablo II.

BEATO JOSÉ TOLEDO PELLICER

Presbítero y mártir († 1936)

Este sacerdote valenciano nace en Llaurí el 14 de junio de 1909, en el seno de una familia muy cristiana. Luego de ser monaguillo en su parroquia, pasó al colegio de los PP. escolapios en Alzira. Dijo en su casa que quería ser sacerdote pero le pidieron que primero hiciera el bachillerato; por fin lo dejaron ingresar en el colegio de San José de Valencia, donde hizo las humanidades. Pasó luego al seminario conciliar de Valencia. La llegada de la República y la quema de iglesias que la acompañó no mermó su decisión de ser sacerdote, manifestando que estaba dispuesto a llegar incluso al martirio. En 1934 se ordenó sacerdote. Simultaneó el servicio militar con el cargo de capellán del colegio de Jesús-María. Luego fue enviado como coadjutor a Bañeres, donde realizó una amplia labor sacerdotal en los círculos de estudio, la catequesis, la dirección espiritual, la asistencia a la Acción Católica, etc. Era músico y organista y puso su habilidad al servicio del apostolado, organizando dos coros y cuidando mucho las celebraciones litúrgicas. Como desde febrero se rumoreaba que iban a quemar la iglesia, los coadjutores se llevaban el Santísimo a sus casas y así, cuando el 22 de julio de 1936 le exigieron las llaves de la iglesia, no fue profanado el sacramento. Seguidamente los sacerdotes y algunos fieles consumieron las hostias consagradas. El Beato José se marchó con otro sacerdote a Bocairente pero allí fueron arrestados y devueltos a Bañeres, ingresando en la cárcel. El día 27 fue la quema de las imágenes de la iglesia y los sacerdotes esperaron el

martirio; por ello se confesaron el uno al otro. Al otro sacerdote lo pusieron en libertad, y a él lo dejaron salir el 5 de agosto pero a condición de irse a su pueblo de Llaurí. A los dos días de estar allí salió un bando obligando a todos los sacerdotes a presentarse y fueron obligados a ir a trabajar al campo. A José le asignaron cortar aliagas y malezas en el monte. Debió presenciar la quema de objetos sagrados y del archivo de la parroquia. El 10 de agosto por la mañana fue obligado a subir a un camión. Él vio claro que era su fin y dejó sus enseres a un amigo para que se los diera a su madre. Aquel mismo día fue fusilado en El Saler de Valencia.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

En la reseña biográfica de Vicente Cárcel Ortí y Ramón Fita Revert aparece su martirio fechado el 10 de septiembre de 1936.

BEATOS JUAN MARTORELL SORIA Y PEDRO MESONERO RODRÍGUEZ

Religiosos y mártires († 1936)

El *Martirologio romano* conmemora hoy la gloriosa memoria de estos dos religiosos salesianos, el uno sacerdote y el otro estudiante, que dieron la vida por la fe en agosto de 1936. El sacerdote, don Juan Martorell Soria, fue inmolado con toda seguridad el día 10 de agosto, pero el estudiante, Pedro Mesonero Rodríguez, parece que fue el día 21, no obstante lo cual el *Martirologio* lo conmemora hoy, alegando que se ignora la fecha. Éstos son sus datos personales:

JUAN MARTORELL SORIA nació en Picasent, Valencia, el 1 de septiembre de 1889. Estudió en el colegio salesiano de Valencia y de ahí le vino su vocación. Profesó como religioso salesiano en 1914 y al acabar sus estudios fue ordenado sacerdote el año 1923. Pasó los cinco años siguientes en diversos colegios salesianos hasta que en 1928 lo enviaron al colegio de Valencia, como párroco de la iglesia aneja de San Antonio Abad. Fue un párroco excelente, entregado con gran celo al bien de sus feli-

greses, especialmente de los más pobres. Organizaba con mucho interés el catecismo de los niños, visitaba a los enfermos y atendía a todos sus deberes con plena dedicación. Cuando en julio de 1936 los religiosos fueron llevados a la Cárcel Modelo, él estuvo con ellos, y una vez liberado buscó un sitio donde refugiarse, pero no lo halló y fue nuevamente detenido. Volvió a su colegio, esta vez convertido en checa, y allí lo pudieron ver ensangrentado y acurrucado en un rincón. Fue sacado la noche del 10 de agosto y eliminado, sin que se haya podido saber el paradero de su cadáver.

PEDRO MESONERO RODRÍGUEZ nació en Aldearrodrigo, Salamanca, el 29 de mayo de 1912. Cuando decidió su vocación religiosa, ingresó en la Congregación Salesiana, profesando en Gerona en 1931. Tres años más tarde era destinado a Valencia como joven maestro y allí estaba cuando los sucesos de julio de 1936. Llevado con los demás a la Cárcel Modelo y liberado el 29 de julio, se fue con don Fidel Martín a buscar refugio. Estuvieron en Meliana y luego en Torrente; luego él solo se fue a Almácera. Allí acudió al comité local en busca de un salvoconducto pero comprendió que había sido un error y procuró huir. Un grupo de milicianos de Meliana lo reconoció, lo apresó y lo mató de un disparo.

Ambos fueron beatificados el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATOS FRANCISCO DRZEWIECKI Y EDUARDO GRYZMALA

Presbíteros y mártires († 1942)

El día 10 de agosto de 1942 fueron transportados a la cámara de gas los sacerdotes Francisco Drzewiecki y Eduardo Gryzmala, internados ambos en el campo de concentración de Dachau, y declarados «inválidos» para el trabajo, motivo por el que fueron eliminados. Ambos consumaron así sus padecimientos por Cristo y alcanzaron el reino de los cielos.

FRANCISCO DRZEWIECKI había nacido el 26 de febrero de 1908 en Zduny, junto a Lowicz, Polonia. A los 16 años decide

su vocación religiosa e ingresa en la congregación de la Pequeña Obra de la Providencia, fundada por el Beato Luis Orione, en Zdunska Wola. Aquí estuvo hasta 1931 como estudiante y ayudando en el colegio. Ese año parte para Italia, concretamente a Tortona, donde prosigue los estudios, hace el noviciado y es admitido a la profesión religiosa. Se ordena sacerdote el 6 de junio de 1936. Es nombrado director del «Pequeño Cottolengo» de Castagna-Génova y superior de los clérigos y candidatos a la vida religiosa. Vuelve a Polonia en diciembre de 1937 como prefecto del seminario menor de Zdunska Wola. En 1939 es enviado a Wloclawek como ayudante del personal religioso en la pastoral parroquial y en la dirección del «Pequeño Cottolengo». Y aquí estaba cuando las tropas alemanas invadieron Polonia. Fue arrestado el 7 de noviembre de 1939 por la Gestapo. Pasa dos meses encarcelado en Wloclawek y luego es enviado al campo de internamiento de Lad. En agosto de 1941 pasa por los campos de Szczyglin y Sachsenhausen, para ser finalmente destinado al de Dachau. Los trabajos y malos tratos minaron su salud hasta que fue declarado inválido y llevado a la cámara de gas.

EDUARDO GRYZMALA había nacido en Kolodziaz el 29 de septiembre de 1906. Era una persona de notables cualidades de inteligencia y carácter que ya desde joven destacó. Vive en Wloclawek y allí conoce el movimiento scout cuyo espíritu sintoniza con el suyo. A los veinte años ingresa en el seminario y el 14 de junio de 1936 se ordena sacerdote. Marcha a Roma y se doctora en derecho canónico por la Universidad Gregoriana. Vuelve a Polonia y es catequista en Konin, vicario en Kalisz y en 1938 prefecto del Instituto de Mecánica, al tiempo que defensor del vínculo y secretario de la curia episcopal. Al llegar la guerra, se instala en Aleksandrów Kujawski. El obispo, desde el destierro, lo nombra vicario general de la región septentrional de la diócesis. La Gestapo lo arresta el 26 de agosto de 1940. Es internado en el campo de Sachsenhausen, y en diciembre de ese mismo año es trasladado al de Dachau. Las duras condiciones del campo derrumbaron su salud, y por ello fue declarado inválido y gaseado.

Fueron beatificados por el papa Juan Pablo II el 13 de junio de 1999.

11 de agosto

A) MARTIROLOGIO

1. La memoria de Santa Clara de Asís († 1253), virgen, primera de las Damas Pobres de la Orden de Menores, discípula de San Francisco **.

2. En Comana del Ponto, San Alejandro el Carbonero († s. III), obispo *.

3. En Roma, en el cementerio *ad duos lauros* de la Vía Labicana, San Tiburcio († s. III-IV), mártir.

4. Allí mismo la conmemoración de Santa Susana, celebrada entre los mártires (fecha desconocida).

5. En Asís (Umbría), San Rufino († s. IV), obispo y mártir.

6. En Benevento (Campania), San Casiano († s. IV), obispo.

7. En Evreux (Galia), San Taurino († s. V), obispo.

8. En Irlanda, Santa Atracta († s. V), abadesa.

9. En la provincia de Valeria (Italia), San Equicio († a. 571), abad.

10. En Cambrai (Austrasia), San Gaugerico († 625), obispo *.

11. En Arlés (Provenza), Santa Rustícola († 632), abadesa.

12. En Gloucester (Inglaterra), Beatos Juan Sandys y Esteban Rowsham, presbíteros, y Guillermo Lampley († 1587), mártires bajo el reinado de Isabel I *.

13. En Rochefort (Francia), Beato Juan Jorge (Santiago) Rhem († 1794), presbítero, de la Orden de Predicadores, mártir *.

14. En Agullent (Valencia), Beato Rafael Alonso Gutiérrez († 1936), mártir **. Con él se conmemora al Beato Carlos Díaz Gandía, martirizado hoy en el mismo sitio *.

15. En Prat de Compte (Tarragona), Beato Miguel Domingo Cendra († 1936), religioso de la Sociedad Salesiana, mártir *.

16. En los confines del Tíbet, Beato Mauricio Tornay († 1949), canónigo regular de la Congregación de los Santos Nicolás y Bernardo, mártir **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTA CLARA DE ASÍS
Virgen († 1253)

«Preciosa es en la presencia del Señor la muerte de sus santos» (Sal 115,15). Musitando estas palabras subía Santa Clara de Asís, «verdaderamente clara, sin mancilla ni obscuridad de peca-

do, a la claridad de la eterna luz», en la augusta hora del atardecer del día 11 de agosto de 1253.

Cabe el pobre camastro permanecían llorosas sus hijas, transidas de dolor por la pérdida de la amantísima madre y guía experimentada. Allí estaban los compañeros de San Francisco. Fray León, la ovejuela de Dios, ya anciano; fray Ángel, espejo de cortesía; fray Junípero, maestro en hacer extravagancias de raíz divina y decir inflamadas palabras de amor de Dios. Allá arriba, los asisienses seguían conmovidos los últimos instantes de su insigne compatriota. Prelados y cardenales y hasta el mismo Papa la habían visitado en su última enfermedad. Y todos tenían muy honda la persuasión —Inocencio IV quiso en un primer momento celebrar el oficio de las santas vírgenes, que no el de difuntos— de que una santa había abandonado el destierro por la patria. Solamente ella lo había ignorado. Su humildad no la había dejado sospechar siquiera cuán propiamente se cumplían en su muerte aquellas palabras del salmo de la gratitud y de la esperanza, que sus labios moribundos recitaban. Muerte envidiable, corona de una vida más envidiable todavía, por haber ido toda ella marcada con el sello de la más absoluta entrega al Esposo de las almas vírgenes.

Porque Clara Favarone, de noble familia asisiense, oyó desde su primera juventud la voz de Dios que la llamaba por medio de la palabra desbordante de amor y celo de las almas de su joven conciudadano San Francisco de Asís. Con intuición femenina, afinada por la gracia y la fragante inocencia de su alma, adivinó los quilates del espíritu de aquel predicador, incomprendido si es que no despreciado por sus paisanos, que había abandonado los senderos de la gloria humana y buscaba la divina con todos los bríos de su corazón generoso. Y se puso bajo su dirección. Los coloquios con el maestro florecieron en una decisión que pasma por la seguridad y firmeza con que la llevó a la realidad. Renunciando a los ventajosos partidos matrimoniales que le salían al paso y al brillante porvenir que el mundo le brindaba, huyó de la casa paterna en la noche del Domingo de Ramos de 1211. Ante el altar de la iglesia de Santa María de los Ángeles, cuna de la Orden franciscana, Clara ofrendó a Dios la belleza de sus dieciocho años, rodeada de San Francisco y sus primeros compañeros.

Se vistió de ruda túnica, se abrazó a dama Pobreza, de la que a imitación de su padre y maestro haría su amiga inseparable, y se dedicó a la penitencia y al sacrificio.

No tardó en llegarle la ocasión de probar que su empeño no era capricho de niña mimada o fantasía de jovencita soñadora, sino resolución de carácter equilibrado y alma movida de inspiración divina. Apercibidos sus parientes de la fuga de la joven, salieron en su busca. Y descubierto su retiro, trataron de quebrantar su propósito por todos los medios, alternando las muestras de cariño y suavidad con la violencia más insolente. Viéndose en peligro, Clara se acogió como a seguro a la iglesia e hincándose de hinojos junto al altar, con una mano se asió de la mesa sagrada, mientras con la otra se destocaba la cabeza, mostrándosela desguarnecida de su deslumbradora cabellera. La decisión que había tomado, era irrevocable. Sus familiares vencidos la dejaron en paz.

> «Superada felizmente esta primera batalla, para poderse dedicar a la contemplación de las cosas celestiales se refugia entre los muros de San Damián, y allí "escondida con Cristo en Dios" (Col 3,3) por espacio de cuarenta y dos años, nada encontró más suave, nada se propuso con más ahínco que ejercitarse con toda perfección en la regla de Francisco y atraer a ella, en la medida de sus fuerzas, a otros» (Pío XII).

Se adivina más fácilmente que se describe el empeño que la santa puso en el ejercicio de todas las virtudes y sus progresos en la perfección. Es sabido que la mujer está dotada de un sentido innato de la belleza —cosa estupenda y buena— y que defiende y aprovecha ese don con habilidad e ingenio, tarea en la que muchas veces excede por loca vanidad las fronteras de la licitud y de la prudencia. Santa Clara lo sabía, pero nunca pensó matar tendencia semejante, sino que en seguimiento de su maestro y padre, que de todas las criaturas hacía escala para subir a Dios, la puso al servicio de lo único necesario, de la salvación y santificación del alma, sobrenaturalizándola. Con psicología y elegancia muy femenina ofrece al alma un espejo y la estimula con palabras inflamadas a que se mire y remire cada día para engalanarse, no con las vanidades y riquezas caducas, sino con las bellísimas flores de las virtudes, ya que el espejo no es otro que Cristo Jesús, cuya imitación constituye el nervio de

toda auténtica santidad. Allí verá el alma la pobreza bienaventurada, la santa humildad y la caridad inefable, el sacrificio hasta el anonadamiento por amor nuestro. La vida y pasión de Jesús debe ser el objeto preferido de su meditación. Jesús-Eucaristía. Jesús-Niño en el pesebre. Y junto a Jesús, su bendita Madre, a la que profesará una devoción sin límites.

Las enseñanzas que la santa ha consignado en sus cartas no son retórica sonora. «Son, por el contrario, la afirmación tajante y absoluta de una realidad vivida con plenitud de convicción» (Casolini). La *Leyenda de su vida,* escrita por Tomás de Celano, biógrafo del padre y de la hija, y su *Proceso de canonización* en que sus compañeras e hijas declararon, con la emoción de lo vivido, lo que habían observado en su santa madre, nos hablan con la voz de la verdad de sus penitencias increíbles: de su amor a Jesús, de su meditación de los dolores de Cristo, de su inalterable paciencia y alegría en medio de sus crónicas enfermedades y continuas mortificaciones, de su intenso amor a Jesús-Eucaristía, que a sus ruegos salvó de la profanación a las religiosas y a la ciudad del pillaje, de su corazón de madre y maestra; en fin, de las gracias extraordinarias con que Dios la regaló en el destierro.

> «Es sorprendente cómo esta mujer que se había despojado de toda preocupación humana, estaba llena de los más abundantes y copiosos dones de celestial sabiduría. A ella, en efecto, acudía no sólo una multitud ansiosa de oírla, sino que se servían de su consejo obispos, cardenales y alguna vez los romanos pontífices. El mismo Seráfico Padre, en los casos más difíciles del gobierno de su Orden, quiso escuchar el parecer de Clara; lo que de modo especial sucedió cuando, preocupado y dudoso, no sabía si dedicar a sus primeros compañeros tan sólo a la contemplación o prescribirles también trabajos de apostolado. En tal circunstancia acudió a Clara para mejor conocer los designios divinos y con su respuesta quedó totalmente tranquilo. Estando así dotada de tan grandes virtudes, se hizo digna de que Francisco la amara más que a las demás y encontrara en ella un poderoso auxiliar para afirmar la disciplina de su vida religiosa y fortalecer su Instituto; confianza que los acontecimientos vinieron a confirmar felizmente más de una vez» (Pío XII).

Con acierto insuperable, pues, se llama la misma santa en su testamento «plantita del bienaventurado Francisco». Y lo fue por haberla él transplantado del mundo al jardín del Esposo, por la entrañable amistad que los unió de por vida y por ser ella genuina heredera y copia fiel del espíritu del maestro. Conserva-

ba muy vivo el recuerdo del ejemplo del *pobrecillo de Cristo* y de sus palabras; que vivieran siempre en la santísima pobreza y no se apartaran de ella por consejo o enseñanza de nadie. Tan entrañablemente amó la santa abadesa la pobreza total y absoluta en seguimiento de Cristo pobre, que rechazó una y otra vez con sumisión y reverencia, pero con viril energía, las posesiones que los Papas le ofrecieron repetidamente y las mitigaciones que en la práctica de esta virtud le proponían. Su tesón santo llegó a triunfar de los escrúpulos de la curia y del Papa, que finalmente confirmó, dos días antes de que la santa muriera, la regla para su Orden, en que se profesa la altísima pobreza que ella había aprendido del padre San Francisco.

El bello gesto de Clara a los dieciocho años repicó en el pecho de la juventud femenina de Asís con sones de alborada invitadora a seguir las huellas de Jesucristo pobre. Primero su hermana Santa Inés, cuya entrada en religión a los pocos días de la de Clara provocó en la familia Favarone una tempestad más fiera aún, calmada milagrosamente, luego una multitud de doncellas de la nobleza y del pueblo; más adelante Beatriz, su hermana mayor, e incluso su propia madre, la noble matrona Ortalona, buscaron raudales de pureza, de luz y sacrificio en el conventito de San Damián bajo la obediencia y maternal dirección de Clara, que aceptó el cargo de abadesa obedeciendo el mandato de San Francisco. No fue el monasterio, como podría pensarse con mentalidad errada, sepulcro de juventudes tronchadas en flor, que trataran de ocultar tras los muros conventuales su blandenguería o cansancio de la vida. Fue, por el contrario, activísimo taller perfeccionador de almas, que con la potencia irradiadora de su intensa vida espiritual reportó a la sociedad incalculables beneficios, aun materiales. Aquella entrañable hermandad sobrenatural en el amor y la pobreza entre personas salidas de distintas capas sociales, destruyó con la fuerza arrolladora del ejemplo muchas impurezas de prejuicios sociales, odios banderizos e ídolos de oro y corrupción.

Pronto brincó las fronteras de Umbría y de Italia la fama de la virtud de Santa Clara y sus «Damas Pobres», sembrando Europa, antes de 1253, de monasterios que la juventud femenina de los países cristianos pobló rápidamente, atraída por el ideal

de pureza y sacrificio vivido por las *damianitas* de Asís. La vida y obras de las clarisas, a ejemplo y por mandato de su santa fundadora, como aguas vivas que regaran el campo de la Iglesia, fluyeron en el decurso de siete siglos en beneficio espiritual del pueblo de Dios. Y aún hoy el mensaje de Clara Favarone de Asís no ha perdido su sugestiva atracción ni ha agotado su eficacia renovadora. No es estéril recuerdo histórico, sino vida palpitante en la multitud de monasterios, más de seiscientos, y de religiosas, más de doce mil, que pese a casi dos siglos de revoluciones y despojos, y pese al desinterés e incomprensión de los mismos hijos de la Iglesia, nos es dado encontrar en todos los ángulos de la tierra. Son más de doscientos los monasterios que hay en España, donde desde el año 1228, en que se abrió el primero, ha alcanzado tal florecimiento la obra de Clara de Asís, que supera a la misma Italia.

Santa Clara fue canonizada el 15 de agosto de 1255 por su amigo y protector el papa Alejandro IV. En la bula de canonización hace un bellísimo panegírico de la virgen asisiense, que servirá de colofón a esta semblanza de la *Plantita* del padre San Francisco.

> «Fue alto candelabro de santidad —dice Alejandro IV—, rutilante de luz esplendorosa ante el tabernáculo del Señor; a su ingente luz acudieron y acuden muchas vírgenes para encender sus lámparas. Ella cultivó la viña de la pobreza de la que se recogen abundantes y ricos frutos de salud [...] Ella fue la abanderada de los pobres, caudillo de los humildes, maestra de continencia y abadesa de penitentes».

JUAN MESEGUER FERNÁNDEZ, OFM

Bibliografía

Cartas de la Santa en latín publicadas en la revista *Archivum Franciscanum Historicum* 17 (1924) 513-519.

LAZZERI, Z., OFM, «Il processo di canonizzazioni di S. Chiara d'Assisi»: *Archivum Franciscanum Historicum* 13 (1920) 403-507.

CAPELA, J., OFM, *Santa Clara de Assis* (Braga 1949).

CASOLINI, F., *Santa Clara de Asís* (Buenos Aires 1953).

SALVANESCHI, N., *Hermana Clara. Santa Clara* (Madrid ^{2}1956).

FORT, F., OFM, *Sor Clara* (Barcelona 1958).

• Actualización:

AIZPURÚA, F., *El camino de Clara de Asís. Vida, escritos y espiritualidad de Clara* (Ávila ^{2}1993).

BARTOLI, M., *Clara de Asís* (Oñate, Guipúzcoa 1992).

BRUNELLI, D., *Clara de Asís. Camino y espejo* (Madrid 2002).
ELCID, D., *Clara de Asís. La hermana ideal de San Francisco* (Madrid 1994).
Escritos de Santa Clara y documentos complementarios. Ed. bilingüe preparada por I. OMAECHEVARRÍA (Madrid ^{5}2004).
GRÉAL, J., *Vida de Santa Clara* (Madrid 2002).
TRIVIÑO, M.ª V., *Clara de Asís ante el espejo. Historia y espiritualidad* (Madrid 1991).
— *La vía de la belleza. Temas espirituales de Clara de Asís* (Madrid 2003).
URIBE, F., OFM, *Introducción a las hagiografías de San Francisco y Santa Clara de Asís (s. XIII y XIV)* (Murcia 1999).

BEATO RAFAEL ALONSO GUTIÉRREZ
Mártir († 1936)

Nace el 14 de junio de 1890 en Onteniente (Valencia). A los veintiséis años contrae matrimonio con Adelaida Ruiz Cañada (24 de septiembre de 1916), tienen seis hijos. Hombre profundamente religioso, vivió auténticamente su vocación seglar dedicándose al apostolado en la parroquia de Santa María. Ejerció su trabajo cotidiano como administrador de correos en Albaida, facilitando la circulación y difusión de la prensa católica, y años después, en Onteniente, su ciudad natal.

Perteneció a varias asociaciones piadosas: Sagrado Corazón de Jesús y Escuela de Cristo, fue terciario franciscano, miembro de la Adoración Nocturna, secretario de la Legión Católica, presidente de los Hombres de Acción Católica y de la junta parroquial de Santa María, colaborando, además, en la catequesis. Hombre culto como era, participó en diferentes círculos de estudio, dando conferencias de propaganda y buenas lecturas cristianas, debiendo soportar denuncias y molestias en distintas ocasiones.

Fue un luchador abnegado, dispuesto a aceptar el martirio que presentía desde el primer momento, mostrándose en toda ocasión con igualdad de ánimo y optimista, conservando su alegría de espíritu, exhortando siempre a ponerse en manos de la divina providencia. Sus paisanos le tenían gran aprecio, destacando su temperamento serio, fuerte y vivo. Una personalidad moral de cualidades extraordinarias, en donde la gracia bautismal había producido espléndidos frutos. Un fiel laico auténtico, coherente, que cumplía escrupulosamente sus deberes profe-

sionales y formó un hogar cristiano, enseñando a sus hijos el temor de Dios.

Su intensa actividad apostólica le hizo blanco de los enemigos de la religión, considerándolo el principal católico de esta ciudad. Al iniciarse, el 18 de julio de 1936, la guerra civil y la persecución contra la Iglesia católica, era consciente de lo que le podía ocurrir, pero su estado de ánimo no vaciló. El 24 de julio, durante la vigilia de la Adoración Nocturna, junto con Carlos Díaz, ofreció su vida por la salvación de España, y aunque se sentía perseguido no se escondió, llevando una vida normal. No se acobardó. En la noche del 3 al 4 de agosto, después de cenar y rezar el rosario, como era costumbre, se presentaron unos milicianos en su domicilio mientras escuchaba por la radio los comentarios sarcásticos de los que narraban la destrucción del patrimonio artístico del templo de los Santos Juanes de Valencia. Abrió la puerta él mismo, y acompañó a los milicianos sin protesta alguna que, según dijeron, le llevaban a declarar. Se despidió de su esposa y cuatro hijas con un abrazo, encomendando a su mujer la educación cristiana de las niñas, confiando siempre en Dios.

Lo encarcelaron en el templo de San Francisco, convertido en prisión, donde había un centenar de detenidos entre quienes se hallaba el cura arcipreste de Onteniente, don Juan Belda, su gran amigo, también martirizado días después. No le permitieron hablar con nadie, y le tenían vigilado y separado de todos. Los milicianos sometían a los prisioneros a burlas y malos tratos, que éstos soportaron con gran entereza y ánimo cristiano. El día 6 de agosto, a última hora de la tarde, llegaron unos milicianos del comité de Ayelo de Malferit, reclamando la entrega de tres presos: Rafael Alonso, Carlos Díaz y Eduardo Latonda —que era uno de los detenidos más jóvenes— con el pretexto de llevarlos a declarar.

En un autobús de «La Concepción», continuamente vigilados, les condujeron al palacio de los marqueses de Malferit, de la localidad mencionada, donde se había congregado un gran número de curiosos y vecinos, recibiéndoles con insultos y escarnios. Acto seguido les llevaron al calabozo local, donde al cabo de unas horas les dieron un botijo de agua y dos sillas; des-

pués de una frugal colación, los tres detenidos rezaron el rosario. En torno a las tres de la madrugada hicieron acto de presencia los milicianos preguntando por el más joven, Eduardo Latonda, y sacándole de la cárcel le llevaron brazos en alto al cementerio local. En la capilla del camposanto es interrogado, recibiendo una paliza con palas de raíz de olivo, devolviéndole al pueblo. Desde su nueva posición pudo ver cómo una hora más tarde pasaba su compañero Carlos Díaz, brazos en alto, apuntado por los milicianos. Al regresar éste sacaron a Rafael Alonso, que, al cabo de mucho tiempo, regresaba, totalmente abatido, gimiendo de dolor.

A bordo de otro autobús fueron devueltos a Onteniente en la mañana del día 7 de agosto, encarcelándolos en la iglesia de San Carlos. No pudo cargar Rafael Alonso con su equipaje debido al lastimoso estado en que se encontraba. Tendido de bruces sobre una colchoneta, no quiso que nadie le viese la espalda hasta que llegó el médico, don Rafael Rovira, quien pudo constatar que estaba desollado desde los hombros hasta las nalgas, con heridas de puntapiés en las piernas. Los milicianos de Ayelo de Malferit le habían juzgado en la Casa del Pueblo, conduciéndole después al cementerio local, obligándole a cavar una fosa donde decían que le iban a enterrar. Efectivamente, le enterraron, dejándole sólo la cabeza fuera, intimándole a que renegara de su fe. Luego vino la tortura y el apaleamiento.

> «Al interrogarle para que nos dijese quiénes le habían martirizado tan cruelmente, manifestó: "Eso no interesa. Queda en manos de Dios, y no les guardo rencor", con una calma y tranquilidad admirables».

Mientras estuvo en la cárcel mantuvo la entereza cristiana que era típica en él, rezando con gran intensidad y confianza en la providencia divina. El día 10 de agosto su mujer fue a llevarle comida: «Me dijo que le dolía todo, que no podía dormir, pero que aquello no tenía importancia, y me despidió diciéndome que tuviera confianza en Dios, que nada me faltaría». Esa misma noche los milicianos sacaron de la prisión a Rafael Alonso, a Carlos Díaz y al doctor José M.ª García Marcos. En un taxi los llevaron hasta el término de Agullent, donde, según habían acordado, debían asesinarles. En primer lugar a Carlos Díaz. Al

llegar a la entrada de dicho pueblo, en la curva en donde se inicia una bajada en dirección a Albaida, les obligaron a bajar y a bocajarro les dispararon, pero Carlos Díaz se adelantó a los milicianos, cubriendo con su cuerpo el de Rafael Alonso. Los tres cayeron en tierra. Serían las dos de la madrugada, pero Rafael Alonso no había muerto. Recobró el conocimiento, y pidió auxilio a una persona que pasaba por allí en aquel momento, quien, a su vez, dio noticia al comité de Onteniente de sus voces. En el intervalo, hacia las cuatro de la madrugada, el alcalde de Agullent informado por un guarda rural, partió junto con el secretario del ayuntamiento hacia aquel lugar, encontrando los dos cadáveres, y a Rafael Alonso, que pedía auxilio. Recogieron al herido, lo llevaron al convento de las capuchinas, y le prodigaron algunos auxilios. No quiso delatar los nombres de sus verdugos y exhortó a sus familiares a perdonar a sus enemigos. Como manifestó que quería confesarse se dio aviso a uno de los sacerdotes ocultos en el pueblo. Alrededor de las once de la mañana el alcalde de Agullent fue a Onteniente por un médico, don Rafael Rovira, quien al reconocerle dijo que no había solución, tenía el vientre acribillado a balazos. A todos llamó la atención su gran entereza: «Tenía una gran serenidad que nos dejó maravillados». No pronunció ninguna palabra de protesta, ni queja alguna sobre su situación, y aún añadió: «Muero muy a gusto si es para bien de mi patria». Rodeado de su esposa e hijas entregó su alma al Creador a las tres de la tarde, recibiendo sepultura en el cementerio de Agullent.

El año 1959 el Consejo Diocesano de los Hombres y Jóvenes de Acción Católica de Valencia inició el proceso informativo sobre la fama de martirio y su causa de los pertenecientes a dicha asociación y que fueron asesinados en 1936 por su destacado catolicismo. Uno de los nombres elegidos fue el de Rafael Alonso. Concluido el proceso informativo se organizó una peregrinación a Roma (11 al 18 de abril de 1966), donde se hizo entrega del proceso de beatificación de 18 hombres y jóvenes de Acción Católica de Valencia martirizados en 1936, que fue unido al iniciado unos años antes por las Mujeres de Acción Católica de Valencia. La Congregación de las Causas de los Santos emitió un decreto el 2 de junio de 1998 reconociendo la va-

lidez del proceso, y el 18 de diciembre de 2000 Juan Pablo II promulga el decreto de martirio.

El 11 de marzo de 2001 Rafael Alonso y 232 mártires más de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939 fueron beatificados por el papa Juan Pablo II.

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM. P.N. 1267. Valentina. *Beatificationis seu Declarationis Martyrii Servorum Dei Joseph Aparicio Sanz et LXXIII sociorum Sacerdotu Dioecesanorum Laicarum et Laicorum ex Actione Catholica in odium fidei, uti fertur, interfectorum († 1936). Positio super martyrio* (Roma 1999).

GIRONÉS PLA, G., *Historia de un español. Un testigo de los mártires* (Memorias del autor) (Onteniente 1997) 104-109.

Posiciones y artículos para el proceso informativo sobre la fama del martirio y su causa de los Hombres y Jóvenes de la Acción Católica de la Diócesis de Valencia (1959).

BEATO MAURICIO TORNAY

Canónigo y mártir († 1949)

Mauricio Tornay nació en La Rosière, pueblecito del ayuntamiento de Orsières, en la diócesis de Sión, Suiza, el 31 de agosto de 1910, hijo de Juan José Tornay y Faustina Rossier, un matrimonio de campesinos pero de honda fe cristiana.

Desde 1925 a 1931 fue alumno en la escuela de la Abadía de San Mauricio. Acogiendo la llamada de Dios, y renunciando a sus deseos de ser abogado para ayudar económicamente a su familia, ingresó el 25 de enero de 1931 en el noviciado del convento del «Gran San Bernardo» —de los Canónigos regulares de San Agustín, de la Congregación de San Nicolás y Bernardo del Monte Júpiter—, en el que emitió el 8 de septiembre de 1932 sus primeros votos y, tres años después, la profesión perpetua.

Esta congregación religiosa tuvo su origen en Bernardo de Menthon, nacido en la región de Annecy (Francia) hacia el año 1020. Siguiendo la llamada de Dios se puso al servicio del obispo de Aosta (Italia), y fue archidiácono de su catedral, dedicándose al servicio de los pobres. Para atender y cuidar a los caminantes que circulaban del norte al sur de Europa, y viceversa,

cansados o heridos, estableció una casa de acogida en el paso del monte Júpiter (de 2.473 metros de altura) con este lema: «Aquí, Cristo es adorado y alimentado». En torno a él se reunieron otros hermanos para vivir en comunidad religiosa con el carisma de evangelizar socorriendo a los caminantes. Puso esta obra bajo la protección de San Nicolás de Mira con el nombre «Congregación de San Nicolás y Bernardo de Monte Júpiter», adoptando la regla de San Agustín y llamándose, en consecuencia, Canónigos (es decir, que viven según la regla) de San Agustín, con ese carisma de acogida y ministerio pastoral. Bernardo de Menthon murió en 1081 en Novara.

Con esta misma espiritualidad y misión, Mauricio Tornay realizó sus estudios filosófico-teológicos, desde 1932 a 1936, en ese convento del Gran San Bernardo. Pero no los iba a concluir ahí, sino que viajó a China, en la frontera con el Tíbet —que precisamente en años anteriores había conocido guerras y distintas dominaciones—, pues deseaba ser misionero e incluso terminar los estudios en aquel mismo lugar de la misión «ad gentes», pues, si iba a ser misionero allí, en ese mismo lugar de tierras de misión, de minoría católica insignificativa estadísticamente y de mayoría budista, quería ser ordenado sacerdote.

Terminó sus estudios en Weisí, adonde había llegado ya como misionero en 1936, mostrando un gran amor a Dios, una gran renuncia para no acomodarse a la vida más confortable que podría haber llevado en Europa, y renunciando también a su familia y hasta a ser ordenado sacerdote junto a ella, como tanto le habría gustado.

Entre el 20 y el 24 de abril de 1938 recibió las órdenes mayores del subdiaconado, diaconado y presbiterado, en Hanoi (Vietnam) de manos de mons. Chaize. De vuelta, desde 1938 hasta 1945 fue rector del Seminario Menor en Houa-lo-pa. A la vez estudiaba chino y tibetano.

Destacaba a la vista de todos por su fidelidad a la Regla, por su espíritu de mortificación y por su frugalidad en la alimentación. Como educador, se comportaba con sus alumnos a la vez con ternura y firmeza.

En 1945 había muerto el párroco de la pequeña parroquia de Yercalo, en el Tíbet —entonces independiente—, y pidió ser

enviado a ella, a pesar de la persecución anticristiana y de las dificultades y peligros a los que bien sabía que se exponía. Efectivamente, los lamas del lugar no tardaron en tomarlo a él, así como a los fieles de su reducida comunidad cristiana, como diana de vejaciones de todo género, intimándole a que abandonara el país porque los lamas no querían cristianos en «el país de los espíritus». Él replicó que no saldría del país si no era por orden de su obispo. Entonces lo amenazaron de muerte, porque no obtenían lo que deseaban ni lo consiguieron. Tuvieron que recurrir a la fuerza y el 26 de mayo de 1946 le enviaron unos guardias que lo condujeron a la frontera del Tíbet con China. Por consejo de algunos cristianos intentó volver a Yercalo, pero los lamas hicieron que lo interceptaran y que lo devolvieran otra vez a la frontera.

Entonces buscó apoyo diplomático y se fue hasta Nanking para explicar al nuncio, y a otros embajadores de naciones occidentales, la situación de los cristianos de su parroquia, quienes entretanto habían recibido la orden de apostatar.

Pero como el párroco Tornay no obtuvo la ayuda requerida, el 10 de julio de 1949 partió para Lhasa con el fin de apelar ante el Dalai-Lama y lograr, como él esperaba, un edicto de protección para ejercer el ministerio en su parroquia. Pero los lamas locales, que lo habían hecho expulsar del Tíbet ya dos veces, lo hicieron capturar y llevarlo hasta la frontera china. Un poco más allá, cuatro de ellos le tendieron una emboscada y, en el monte Choula, lo mataron junto con su sirviente Doci, el 11 de agosto de 1949.

Sus cuerpos fueron llevados a Atenze y sepultados en el jardín de la misión. Inmediatamente los fieles reaccionaron considerando al padre Mauricio como mártir por el odio de los lamas contra él porque era cristiano y, al mismo tiempo, un mártir por su fidelidad heroica en el cumplimiento del deber como pastor del pueblo a él confiado, que nunca lo quiso abandonar. Sus reliquias reposan actualmente en la misión de Yercalo, que fue su parroquia.

El proceso informativo no pudo iniciarse y desarrollarse en China —y menos en el Tíbet, recién ocupado y anexionado—, donde todos los misioneros católicos eran encarcelados en esos

años o expulsados por el régimen comunista. Por eso se inició y desarrolló en Sión en 1953, por el obispo Nestor Adam, a instancias de un compañero de misión de Mauricio Tornay, Ángel Lovey. Concluida la fase diocesana, la documentación fue enviada a Roma en 1963. El decreto sobre sus escritos fue emitido el 5 de enero de 1965.

En julio de 1992 se tuvo la reunión de teólogos y después la sesión ordinaria de cardenales y obispos en la Congregación para las Causas de los Santos. En ese mismo año el papa Juan Pablo II, después de dar el decreto sobre el martirio del padre Tornay, estableció como fecha de beatificación el 16 de mayo de 1993. Ese día fue beatificado junto a otras tres beatas, una monja, Lucrecia Cevoli, y dos fundadoras, Juana Columba y María Luisa Trichet.

JOAQUÍN MARTÍN ABAD

Bibliografía

AAS 86 (1994) 311-313.
Courir pour Dieu. Le bienheureux Maurice Tornay, 1910-1949, martyr au Tibet (Martigny 1999).
LOUP, R., *Mártir en el Tíbet* (Friburgo 1953).
LOVEY, A., «Maurizio Tornay, martire, servo di Dio», en *Bibliotheca sanctorum. Appendice prima* (Roma 1987) 1379-1380.
MARQUIS-OGGIER, C. - DARBELLAY, J., *Le bienheureux Maurice Tornay. Un homme séduit par Dieu* (Martigny 1993).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN ALEJANDRO EL CARBONERO

Obispo y mártir († s. III)

Los habitantes de Comana del Ponto, a mediados del siglo III, invitaron a San Gregorio el Taumaturgo a dotar de un obispo a la ciudad. San Gregorio se llegó a la ciudad y no encontró ningún candidato de los que fueron proponiéndole como capaz de ser elegido obispo. Entonces alguien habló de Alejandro «el carbonero», y San Gregorio lo mandó llamar. Tiznado de carbón, compareció Alejandro, y cuando se pusieron a la luz los detalles de su vida, resultó que era un hombre culto e

instruido en la filosofía, pero que por humildad y ascesis había dejado su profesión y se había hecho carbonero a fin de vivir en pobreza y humildad siguiendo a Cristo pobre y humilde. San Gregorio lo eligió y consagró obispo, y resultó ser un obispo muy capaz que cumplió su cargo con toda dignidad. Llegada la persecución de Aureliano, Alejandro confesó a Cristo y por ello fue condenado a muerte y quemado vivo. Su historia la narra San Gregorio Niseno. Se celebra su memoria el 11 de agosto.

SAN GAUGERICO
Obispo († 625)

Gaugerico era natural de Carigan, en las Ardenas, y fue educado cristianamente, lo que fomentó en él sus buenas cualidades. El obispo Magnerico de Tréveris lo ordenó diácono, cargo en el que se acreditó. Por ello el rey Childeberto II lo nombró obispo de Cambrai y lo consagró obispo el metropolitano Gil de Reims en 587. Se sabe de él que asistió al concilio de París del 614 y que era conocido por su interés hacia la suerte de los presos y la de los esclavos, a los que miraba con mucha bondad y misericordia, sobresaliendo también por su piedad y fervor religioso. Fue obispo treinta y nueve años, y a su muerte fue enterrado en la basílica que él mismo había construido y dedicado a San Medardo. Muy pronto tuvo fama y culto de santo. La tradición popular le atribuye la fundación de la ciudad de Bruselas al haber construido una capilla en torno a la cual surgió la ciudad. Su memoria se celebra el 11 de agosto.

BEATOS JUAN SANDYS, ESTEBAN ROWSHAM Y GUILLERMO LAMPLEY
Mártires († 1587)

El *Martirologio romano* conmemora hoy, 11 de agosto, el martirio de dos sacerdotes y un seglar que padecieron la muerte por su fidelidad a la Iglesia bajo el reinado de Isabel I, siendo discutidas las fechas exactas del martirio de cada uno, tanto en lo referente al año como al día. Damos sus datos.

JUAN SANDYS o Sandes era, seguramente, del condado de Lancaster y de una modesta familia. Estudió como pudo en el Oriel College de Oxford y luego trabajó como tutor de los hijos de sir William Winter en el condado de Gloucester. Decidido por el sacerdocio católico entró a mediados de 1583 en el seminario de Reims y el 31 de marzo de 1584 era ordenado sacerdote, marchando en octubre siguiente a Inglaterra. Se presentó a sus antiguos amigos como seglar y se hospedaba en casa del deán de Lydney. Pero fue reconocido y denunciado. El deán dijo que desconocía el carácter de sacerdote católico de su hospedado. Juzgados ambos, el deán fue absuelto y Sandys condenado a muerte. Sus acusadores le visitaron en la cárcel y le dijeron que a quien de verdad odiaban era al deán. Mientras que unos ponen la fecha de su martirio en Gloucester el 11 de agosto de 1586, otros dicen que murió junto con Esteban Rowsham el 12 de febrero de 1587. Se dice que su destripamiento y descuartizamiento comenzó cuando el mártir estaba vivo y consciente.

ESTEBAN ROWSHAM era natural del condado de Oxford, en cuya universidad estudió y, sintiéndose llamado al ministerio pastoral, se ordenó en el seno de la Iglesia anglicana y obtuvo en ella un beneficio. Pero, al estudiar el catolicismo, se persuadió de su verdad, renunció a su beneficio y se hizo católico, marchando en 1581 al seminario de Reims, donde se ordenó sacerdote a finales del siguiente mes de septiembre y volvió a Inglaterra en 1583. Pudo ejercer su ministerio aunque por poco tiempo, pues fue pronto arrestado y encerrado en la Torre de Londres, donde estuvo hasta el 12 de febrero de 1584 en que pasó a la prisión de Marshalsea. Se dice que el Señor le consoló en la cárcel con visiones celestiales. Perseveró firme en la fe ante el tribunal, al que dijo que si tuviera más vidas, todas las daría con gusto por la misma causa. Fue condenado a muerte, ante lo que él mostró una gran alegría, y ejecutado, sin que esté clara la fecha de su muerte, como hemos dicho.

GUILLERMO LAMPLEY era natural de Gloucester. Era un humilde trabajador, guantero de oficio, y profesaba con gran convicción la fe católica, y persuadió a algunos de su familia a profesarla también, lo que sirvió para que fuera acusado de católico

por una sola persona, que, aunque no merecía mucho crédito, pero el juez sí se lo dio y por ello condenó a Guillermo a muerte. El juez, de nombre Manwood, creía que como Guillermo era un hombre rudo y sin letras, se avendría fácilmente a ir a la iglesia protestante y, con esto solo, hubiera salvado la vida. Pero por mucho que el juez se empeñó, Guillermo perseveró firme en su confesión católica. Cuando lo sacaron para la ejecución, el juez mandó tocar la campana de las ejecuciones a ver si se aterrorizaba pero no lo logró. Al llegar al sitio de la ejecución volvieron a hacerle la propuesta de obtener la vida y la libertad si iba a la iglesia protestante. El mártir se atuvo a su conciencia y dejó mansamente que lo mataran. Fue ahorcado, destripado y descuartizado en Gloucester, al parecer el año 1588, y se le asigna el mes de diciembre.

Los tres fueron beatificados por el papa Juan Pablo II el 22 de noviembre de 1987.

BEATO JUAN JORGE (SANTIAGO) RHEM

Presbítero y mártir († 1794)

Juan Jorge Rhem, llamado en algún documento Juan Santiago, nació en Katzenthal, en el Alto Rhin, el 21 de abril de 1752. A los veinte años tomó el hábito dominicano en el convento del Faubourg Saint-Germain, de París, exactamente el 25 de junio de 1772. Hizo la profesión religiosa el 28 de junio de 1773 con el nombre de fray Tomás, y fue enseguida destinado al convento de Schlestadt en Alsacia. Llegada la Revolución, se negó a prestar el juramento constitucional y al cierre de los conventos se fue a vivir al departamento de La Meurthe. Se dedicó a un vasto apostolado clandestino que irritó a las autoridades, las cuales procedieron a arrestarlo. El 14 de junio de 1793 el comité revolucionario lo mandó preso al exconvento carmelita de Nancy, y fue enviado a Rochefort a causa de su negativa a jurar la constitución civil del clero, padeciendo mucho en el camino. Llegado a Rochefort, fue registrado el 5 de mayo de 1794 y embarcado en Les Deux Associés, muriendo el 11 de agosto de aquel año y siendo enterrado en la isla de Aix. Celoso apóstol mientras pudo, se dedicó a la oración cuando se vio preso y

destinado a la muerte. Fue beatificado el 1 de octubre de 1995 por el papa Juan Pablo II.

BEATO CARLOS DÍAZ GANDÍA

Mártir († 1936)

Nace en Onteniente, el 25 de diciembre de 1907. Educado cristianamente, ingresó muy joven en la juventud de Acción Católica y contribuyó a la creación de varios centros catequísticos, donde él daba con gran celo catecismo todos los domingos del año. En 1934 contrajo matrimonio con Luisa Torro Perseguer, de cuya unión nació una hija. Llegada la revolución procuró la salvación de los templos e intentó salvar la vida de su párroco. Arrestado en la madrugada del 4 de agosto de 1936, fue atormentado de muchas maneras, hasta que en la madrugada del día 11 lo fusilaron en la carretera de Agullent.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO MIGUEL DOMINGO CENDRA

Religioso y mártir († 1936)

Nació el 10 de marzo de 1909 en Caseres, Tarragona, en el seno de una religiosa familia. Su madre, queriendo para él la mejor educación, lo llevó al colegio salesiano de Campello, Alicante, de donde le vino la vocación religiosa. Tras hacer el noviciado en la congregación salesiana, profesó en la misma en 1928 y fue destinado a hacer los estudios de filosofía, empezando a colaborar en la enseñanza. En 1934 inició los estudios de teología en Madrid-Carabanchel Alto, y al acabar el segundo curso pasó al colegio de Barcelona-Sarriá para las actividades propias del verano. Sorprendido por la revolución de julio de 1936, buscaba una casa donde refugiarse y se dirigía a casa de los señores Rubiola cuando encontró a otro salesiano completamente desorientado y lo llevó consigo. Al cabo de una semana buscó otro refugio y, camino de su pueblo, se paró en Arenys

de Lledó para ver a unos tíos suyos. Allí fue reconocido y detenido y llevado a su pueblo natal, a casa de sus padres. Su madre lo recibió muy asustada, y con toda razón, porque ese mismo día, 11 de agosto de 1936, lo llevaron a Prat de Compte y allí lo mataron.

El 11 de marzo de 2001 Miguel Domingo y 232 mártires más de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939 fueron beatificados por el papa Juan Pablo II.

12 de agosto

A) MARTIROLOGIO

1. Santa Juana Francisca (Frémiot) de Chantal († 1641), religiosa fundadora con San Francisco de Sales de la Orden de la Visitación de Nuestra Señora. Su tránsito fue en Moulins el 13 de diciembre **.
2. En Catania (Sicilia), San Euplo († 304), mártir.
3. En Nicomedia, santos Aniceto y Focio († s. IV), mártires.
4. En Killala (Irlanda), San Muredach († s. V), obispo.
5. También en Irlanda, Santa Lelia († s. V), virgen.
6. En Brescia (Lombardía), San Herculano († s. VI), obispo.
7. En la isla de Lerins (Provenza), santos Porcario, abad, y muchos monjes († s. VIII), martirizados por los sarracenos.
8. En Ruthin (Gales), Beato Carlos Meehan o Mahoney († 1679), presbítero, de la Orden Franciscana, mártir bajo el reinado de Carlos II *.
9. En Roma, Beato Inocencio XI († 1689), papa **.
10. En Rochefort (Francia), Beato Pedro Jarrige de la Morélie de Pueyredon († 1794), presbítero y mártir *.
11. En Nam-Dinh (Tonkín), santos Santiago Do Mai Nam, presbítero, Antonio Pedro Nguyen Dich y Miguel Nguyen Huy My († 1838), mártires *.
12. En Hornachuelos (Córdoba), Beata Victoria Díez y Bustos de Molina († 1936), virgen y mártir **.
13. En Valdemoro (Madrid), Beato Flavio (Atilano Dionisio) Argüeso González († 1936), religioso de la Orden de San Juan de Dios, mártir *.
14. En Barbastro (Huesca), beatos Sebastián Calvo Martínez, presbítero, y cinco compañeros: Pedro Cunill Padrós, José Pavón Bueno, Nicasio Sierra Ucar, presbíteros; Wenceslao Clarís Vilaregut, subdiácono; y Gregorio Chirivás Lacambra († 1936), todos ellos religiosos de la Congregación de Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María *.

15. En Tarragona, Beato Antonio Perulles Estivill († 1936), presbítero, de la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos del Sagrado Corazón de Jesús, mártir *.

16. En el campo de concentración de Dachau (Baviera), beatos Florián Stepniak, religioso capuchino, y José Straszewski († 1942), presbíteros y mártires *.

17. En Planegg, junto a Múnich (Baviera), Beato Carlos Leisner († 1945), presbítero y mártir **.

B) Biografías extensas

SANTA JUANA FRANCISCA (FRÉMIOT) DE CHANTAL

Religiosa y fundadora († 1641)

Los dones naturales y los sobrenaturales son independientes. Pero cuando ambas cosas se unen, el resultado es verdaderamente deslumbrador. Naturaleza y gracia, íntimamente unidas, actuando aquélla de base y ésta de perfección, producen un resultado ante el cual se siente impresionado quien lo contempla.

Uno de estos casos es el de Santa Juana Francisca. Naturalmente era una superdotada. Sin establecer una comparación que en todo resultaría odiosa, pero mucho más en el caso presente, nos atrevemos a decir que no iba en zaga a San Francisco de Sales en cualidades naturales, y téngase en cuenta que San Francisco pasa por una de las personalidades más excepcionales que ha conocido la historia. La santa parece tenerlo todo: inteligencia clarísima, extraordinario don de gentes, presencia agradable, hermosura corporal, corazón amplio... y sobre esta base descendieron en abundancia las gracias sobrenaturales que, correspondidas con una generosidad sin límites, produjeron una santidad extraordinaria. Añádase a esto que la santa trabajó en su propia santificación bajo la égida del prototipo del humanismo cristiano, San Francisco de Sales, y no nos podrá extrañar que el resultado sea, según hemos dicho, verdaderamente deslumbrador.

Como todas las grandes personalidades, Juana Francisca se formó en la adversidad, entre dificultades. No es imposible,

pero sí muy difícil, que una personalidad recia nazca en un ambiente de mimos y de vida fácil. Juana Francisca pierde en los primeros meses de su vida a su madre, y queda bajo la influencia de un padre rectísimo, hombre hecho de una pieza, que ha de atravesar durante la niñez de la santa circunstancias bien difíciles.

Nos encontramos en Dijon, en plena época de guerras civiles. El señor Frémiot, padre de la santa, era presidente del Parlamento, lo que llamaríamos en España la Audiencia Territorial. Permanece fiel a la dinastía, y no menos fiel a su fe católica. Esto le crea una situación dificilísima. Tiene que abandonar su propia casa, que es saqueada; recibe un mensaje amenazándole con la muerte de su hijo, que ha quedado prisionero, si no cede, y en efecto no cede, aunque la amenaza no llega a realizarse; atraviesa dificultades económicas y de tipo político, rodeado por la incomprensión de unos y de otros. Así, contemplando aquellos ejemplos de integridad y de hombría de bien, se desarrolla la muchacha hasta llegar a los veinte años.

A esta edad contrae matrimonio con el barón de Chantal, que tenía siete años más que ella. Todos los biógrafos se hacen lenguas de la magnífica pareja que formaban los dos jóvenes. Tenía Juana Francisca un tipo majestuoso, una innegable gracia natural, y parece que su esposo no se dejaba superar ni en esto, ni en las cualidades de alma, por su mujer. Lo cierto es que durante ocho años el matrimonio vivió una felicidad que parecía no tener límites. Es cierto que a veces el joven esposo tenía que dejar el hogar para ir a la guerra, o a cumplir sus deberes en la corte. Pero esto hacía cada vez más gratas las horas que se pasaban cada vez que regresaba. El mismo rey distinguía al barón de Chantal con su afecto, y nada parecía faltar a la felicidad de aquel hogar que Dios había bendecido con la sonrisa de cuatro niños.

De pronto, todo aquello se viene abajo. Un estúpido accidente de caza, producido de manera casual, vino a arrebatar la vida del joven barón. Sus últimas horas, de ejemplar cristiano, fueron para perdonar a quien había sido el involuntario causante de su muerte.

Como ocurre siempre, cuanto mayor había sido la unión del matrimonio y más íntimos los lazos establecidos entre los dos

esposos, más trágica resultaba la muerte de uno de ellos. Juana Francisca sintió un dolor sin límites y se consagró por completo a la educación de sus hijos. Con un impulso en parte religioso y en parte proveniente del amor a su difunto marido, hizo voto de castidad. Desde entonces su vida se repartiría entre las prácticas de religión y caridad y la educación de los niños.

Hay una fase de la vida de Santa Juana en la que cuesta llegar a comprender el heroísmo que en sí encerraba. Viuda, se le ofrecían atrayentes posibilidades. Podía continuar viviendo en la misma casa en que tan feliz había sido con su marido. Podía ir a vivir con su padre, que la idolatraba. Pero he aquí que escoge refugiarse en el sombrío castillo de su suegro.

Todo era allí repelente. El carácter de este hombre, duro, áspero, más hecho a tratar con soldados que con mujeres. El edificio mismo, sombrío y triste, y falto de muchas comodidades a las que Juana Francisca estaba acostumbrada. Y la presencia de una persona, a la que eufemísticamente llaman «criada» los biógrafos de la santa, que se había apoderado por completo de la voluntad del dueño de la casa y que se aprovechaba de esta situación para proceder despóticamente frente a Juana Francisca y a sus niños.

La joven viuda acepta, sin embargo, todo aquello. Muy probablemente la guiaba el deseo de trabajar por la eterna salvación de su suegro. Pero no excluimos también, antes parece casi seguro, que la atrajeran tantos y tan íntimos sufrimientos como allí la esperaban.

Lo cierto es que allí, y siempre a lo largo de su vida, Juana Francisca se portó de manera ejemplarísima en sus relaciones familiares. La casa, pésimamente gobernada, tenía que dolerle a una mujer de las extraordinarias cualidades de Juana Francisca. Jamás hizo una observación. Su tiempo estaba distribuido entre sus hijos y los pobres.

Conservamos rasgos maravillosos de lo que fue su caridad por aquel tiempo. Sencillamente heroica. El pobre leproso, al que ella acoge, el enfermo repugnante, el trigo que se agota y Dios multiplica... todas esas cosas que encontramos en los grandes héroes de la santidad, las hallamos también en esta época de la vida de Juana Francisca.

Por si era poco, vino a caer en manos de un áspero director, extraordinariamente exigente. Son célebres en la historia de la espiritualidad los votos que hubo de hacer: el de obedecerle, el de no abrirse a nadie más, el de no admitir pensamiento que fuera en contra de esto. Atada con estos votos, y metida en un oscuro rincón de Francia, parecía imposible que pudiera llegar a tener contacto alguno con un obispo extranjero, el de Ginebra, que vivía por entonces, expulsado de la capital de su diócesis, en la relativamente lejana ciudad de Annecy. Pero los planes de Dios eran otros.

Iba un día ella a caballo cuando, cerca de un bosquecillo, vio a un sacerdote de aspecto venerable, alto, rubio, que rezaba apaciblemente su breviario. Un impulso interior le dijo que aquél sería el instrumento de que Dios se serviría para orientar definitivamente su vida.

En la capilla de su castillo de Sales, aquel sacerdote tuvo también una visión: se le apareció una mujer viuda, joven, vestida modestamente. Y un impulso interior le dijo que ella habría de ser el instrumento para una obra, muy de Dios, que entonces empezaba a dibujarse en su espíritu.

Habían de pasar años antes de que se encontraran. Un buen día Juana Francisca recibe una carta de su padre. Va a venir a Dijon, a predicar la Cuaresma, un predicador extraordinario: el obispo de Ginebra; ¿por qué no salir de su retiro y venir a pasar la Cuaresma a Dijon? A Juana Francisca le agrada el plan y se pone en camino con sus hijos. Para no perder palabra del sermón, Juana Francisca ha elegido para sí el mejor sitio de la iglesia: enfrente, enfrente del púlpito. Al subir el predicador, le da una vuelta el corazón: era el que había visto hacía años. Tampoco al predicador escapó su presencia. Poco después preguntaba quién era ella. Y cosa curiosa, hacía la pregunta al arzobispo de Bourges, hermano de la santa. Poco costó concertar un encuentro.

Sin embargo, San Francisco de Sales, con maravillosa prudencia, no quiso precipitar las cosas. Procedió con lentitud, y sólo ya el último día de su estancia en Dijon, dio alguna esperanza a Juana Francisca de encargarse de la dirección de su alma. Pero era todavía algo muy vago.

Habrían de continuar las relaciones. No las conocemos detalladamente. Cuando murió el santo, Juana Francisca se hizo cargo de todos sus papeles y al ordenarlos descubrió sus propias cartas, anotadas por el santo con admiraciones y encarecimientos. Muerta de vergüenza las tiró al fuego. Pérdida irreparable para la historia de la espiritualidad y aun de la misma Iglesia.

Por fin, la vigilia de Pentecostés de 1607, San Francisco de Sales abrió su pensamiento a Juana Francisca. Después de probarla un poco, proponiéndole diversos planes, le descubrió el proyecto que desde hacía mucho tiempo estaba madurando. La santa se sintió internamente movida a cooperar con todas sus fuerzas a aquellos hermosos designios. Pero parecía imposible que se pudieran realizar: era madre de cuatro hijos a los que tenía que atender antes de poder pensar en abrazar la vida religiosa.

Dios solucionó las cosas mucho antes de lo que pudieran pensar los dos santos. La hija mayor de Santa Juana se casó con el hermano menor de San Francisco de Sales. Otra de las hijas de Santa Juana murió inesperadamente. Quedaba la pequeñita, que podía acompañar a su madre al convento. Del hijo se haría cargo su abuelo. Faltaba el consentimiento de éste, que San Francisco obtuvo en una memorable entrevista. Y por fin, en 1610, se pudo pensar en iniciar la nueva fundación.

Los orígenes de la Orden de la Visitación constituyen una de las páginas más encantadoras de toda la historia de la Iglesia. Tienen la frescura, el aire sobrenatural y maravilloso de las florecillas de San Francisco o de la narración de los primeros votos de los jesuitas en Montmartre.

Habían encontrado, a las afueras de Annecy, una casita que, por tener un paso cubierto al jardín vecino, se llamaba «de la Galería». A esta casita de la galería, fueron el 6 de junio, fiesta de la Santísima Trinidad y de San Claudio, las tres primeras madres de la Visitación. Allí les esperaba, como tornera, una joven que había estado ligada a uno de los episodios más novelescos de la vida de San Francisco de Sales: estaba sirviendo en «El Escudo de Francia», una hostería de Ginebra, cuando Francisco, joven sacerdote aún, hizo algunos viajes a aquella ciudad para tratar de convertir a Teodoro de Beza. Paró en la hostería y

ella quedó prendada de aquel santo sacerdote. Ahora, al poner en marcha la fundación, se ofreció inmediatamente a entrar en ella.

Pero hay otra figura más encantadora aún si cabe: la de sor Simplicia, una ingenua campesina, entrada allí por su astuto tío, que dio lugar al anecdotario más gracioso, y al mismo tiempo más ejemplar, que se haya podido registrar en la vida religiosa del mundo entero. La buenísima hermana tomaba al pie de la letra cuanto oía y daba origen así a conmovedores episodios.

Aquel grupito de mujeres suponía, sin embargo, una verdadera revolución. Hoy nos cuesta darnos cuenta de lo que «la Visitación» supuso, porque admitimos como la cosa más natural lo que entonces suponía romper con mil prejuicios. Se trataba de una vida religiosa apoyada por completo en la sencillez y en la caridad; que buscaba más la muerte de la voluntad y del amor propio, que el quebrantamiento del cuerpo por las penitencias; que se había concebido sobre la base nueva de que las religiosas entraran voluntariamente, sin admitir en modo alguno que pudieran ir a parar al convento por compromisos familiares...

Hubo burlas, chacotas, calumnias graves, persecuciones abiertas, resistencias solapadas. Pero hay que decir también que hubo un colosal movimiento de entusiasmo. Y ambas cosas, el entusiasmo y las persecuciones, acompañarían a «la Visitación» en su marcha triunfal por todas partes.

La vida de los primeros tiempos de la Orden la conocemos no sólo por fuentes fidedignas, sino, además, de una hermosura literaria sin par. No sólo las obras de San Francisco de Sales, su admirable correspondencia, las cartas y los escritos de Santa Juana de Chantal, escrito todo en el espléndido y robusto francés del siglo XVII. Tenemos además las obras escritas por la madre Francisca Magdalena de Chaugy. Son auténticos primores literarios, en los que la lengua francesa, la unción de estilo, el buen sentido y el conocimiento directo de lo que se trata, brillan de tal manera que el lector se siente conmovido. Así podemos hoy ponernos en contacto con aquellos maravillosos tiempos del comienzo de «la Visitación».

Pronto inició la nueva Orden su expansión. La fama de San Francisco de Sales, que ya era grande, se acrecentó de manera

extraordinaria con la publicación de *La introducción a la vida devota.* Edición tras edición, el público devoraba aquel libro, y al enterarse de que su autor había fundado unas religiosas, se apresuraban a llamarlas. En 1615 se fundaba la casa de Lyón. Poco después, las de Moulins, Grenoble y Bourges.

Pero mayor importancia iba a tener la fundación de París. San Francisco de Sales hubo de trasladarse allí en 1619, y llamó junto a sí a Santa Juana. Tras algunas dificultades se fundó el primer monasterio de París, llamado a tener enorme influencia. No se olvide que en el París del siglo XVII se estaba forjando una reforma pastoral y una orientación de la espiritualidad que en gran parte perseveran aun hoy, y que desde luego tuvieron ya entonces extraordinaria repercusión en la historia de la Iglesia.

La santa pasa entonces unos años de intensa actividad, atendiendo a los monasterios que se van fundando, sin poder entrevistarse con San Francisco de Sales. Por fin, en diciembre de 1622 se encuentran en Lyón. Es conocida la maravillosa escena. La santa llevaba preparadas unas notas sobre sus cosas íntimas. San Francisco de Sales, con sobrenatural firmeza, impuso otro tema de conversación: los asuntos de la Orden. La cuenta de conciencia se la daría más tarde, en Annecy. La santa obedeció heroicamente a aquella indicación, que tan tremendo sacrificio suponía para ella.

Poco tiempo después, el día de los Inocentes de aquel año, moría el santo. Llevaron su cadáver a Annecy. Por la noche, cuando la comunidad se quedó sola, la santa avanzó hacia el cadáver. Tomó reverente su mano derecha y la puso sobre su cabeza, permaneciendo ella de rodillas largo rato. Cumplía así el encargo: estaba dando cuenta de conciencia a su director. Entonces vieron las hermanas maravilladas el milagro que se produjo: la mano del santo se animó, cobró vida, y empezó a acariciar la cabeza de Santa Juana. Así un buen rato, hasta que terminó por volver a caer yerta. «Las Salesas» conservan aún el velo que Santa Juana llevaba en aquella circunstancia inolvidable.

Muerto San Francisco, Santa Juana iba a tener ocasión de dar la auténtica medida de su grandeza de ánimo. Ahora era ella la que tenía la plenitud de las responsabilidades. Las aceptó, y

llevó a cabo, con sobrenatural entereza de ánimo, la dificilísima misión que eso suponía.

Había que hacer frente a la expansión de la Orden. A su muerte dejaría ochenta y tres monasterios. En cierta ocasión que Santa Juana había pensado, aún seglar, en entrar carmelita, una de las religiosas le dijo: «Santa Teresa no os quiere para hija, sino para compañera». Ahora se veía lo cierto de esa profecía. Porque la vida de Santa Juana se asemeja por completo en esta fase a la de Santa Teresa: continuos viajes, interminable correspondencia, disgustos y dificultades, ejercicio continuo de la prudencia y de la discreción.

Pero la expansión de la Orden era lo de menos. Importaba salvar por encima de todo su verdadera fisonomía. De un lado y otro brotaban chispazos: se quería conseguir que la santa hiciera algunas excepciones. Ahora querían dispensa, en favor de esta superiora excepcional, de la ley de que no pudiera serlo más de seis años. Después querían que la Orden tuviera una superiora general. Aquí se edificaba un monasterio suntuoso, contrario al espíritu de sencillez. Más allá se trataba de permitir que los obispos pudieran dispensar de algunas reglas. Con entereza, pero con humildad, con firmeza empapada de dulzura, Santa Juana defendió, como una leona a sus cachorros, la idea que había recibido de San Francisco de Sales. Y consiguió sacarla por completo adelante.

Su misión sobre la tierra parecía haber terminado. El deseo de atender y dar el velo personalmente a la duquesa de Montmorency, que había ingresado en la Orden, la movió a emprender un último viaje. En él llegó hasta París, resolviendo importantes asuntos, y despidiéndose al mismo tiempo de todos los monasterios que iba encontrando a su paso. Cuando no fue posible que ella llegara a todos, se reunieron las superioras de los alrededores para cambiar las últimas impresiones y fijar todos los detalles.

Por fin, el 13 de diciembre de 1641 le llegó la muerte. Lejos de su amadísimo Annecy, en Moulins. Dios Nuestro Señor, que la había probado extraordinariamente en largas épocas de su vida con aridez en la oración, la colmó de consuelos en sus últimos días. Y dulcemente, rodeada de sus hijas, voló al cielo. Sa-

bido es que San Vicente de Paúl, con quien tanto había tratado en París, y a quien habían sido confiadas las religiosas de «la Visitación» de aquella ciudad, vio subir su alma en forma de globo luminoso al cielo. Y vio también otro globo, en el que se representaba a San Francisco de Sales salir al encuentro y fundirse entrambos con un tercero, más luminoso y más bello, que representaba la esencia divina.

Dejaba, según hemos dicho, a su marcha de este mundo, ochenta y tres monasterios fundados. De esta manera, como Santa Teresa, continuará viviendo en sus hijas y en sus libros. Porque todos aquellos monasterios se constituyeron en focos de irradiación de la más preciosa espiritualidad. «Sólo en el cielo sabremos —ha escrito Henry Bremond— el bien que los monasterios de "la Visitación" hicieron en Francia».

Y lo continuaron haciendo. Reunidas después de la tormenta de la Revolución Francesa las religiosas de la Orden, más conocidas con el nombre de «Salesas», volvieron de nuevo a continuar sin la más mínima modificación el género de vida que de sus santos fundadores habían recibido.

Cuando en 1950 la Iglesia, por medio de la constitución apostólica *Sponsa Christi* mostró el deseo de dar una nueva estructura a las órdenes religiosas de mujeres, fue «la Visitación» la primera en secundar tal deseo, y desde entonces la superiora de Annecy, sucesora de Santa Juana de Chantal, ha pasado a tener, en lugar de un simple primado de honor, el gobierno como general del Instituto entero.

Un error muy extendido entre los canonistas impidió que el proceso de beatificación de Santa Juana fuera con la rapidez que cabía esperar de su gran fama de santidad. Sólo el 21 de noviembre de 1751 fue beatificada por el papa Benedicto XIV, y en 1767 Clemente XIII la canonizaba.

LAMBERTO DE ECHEVERRÍA

Bibliografía

BOUGAUD, E., *Historia de Santa Juana Francisca Freniot* [sic] *Baronesa de Chantal fundadora de la orden de la visitacion de Santa Maria llamada vulgarmente de Religiosas salesas y del origen de este Santo Instituto*, 2 vols. (Madrid ^{4}1897).

CHAUGY, F. M., *Santa Juana Francisca Frémiot de Chantal* (Madrid 1928).

COUANNIER, M. H., *San Francisco de Sales, su vida y sus amistades* (Madrid 1959).

EVERAT, E., *Vie de Jeanne-Charlotte de Bréchard* (Clermont-Ferrand 1938).
LECOUTURIER, E., *Françoise-Madeleine de Chaugy et la tradition salésienne au XVII^e siècle* (París 1933).
MARDUEL, M., *L'âme ardente de Sainte Chantal* (París 1955).
RELIGIOSAS DE LA VISITACIÓN DE SANTA MARÍA, *La Visitación. Santuario del Sagrado Corazón de Jesús* (Madrid 1904).
• Actualización:
MÉZARD, G., *Dottrina spirituale di S. Giovanna Francesca di Chantal, fondatrice della Visitazione* (Palermo 1984).
MONASTERIO DE LA VISITACIÓN DE SANTA MARÍA, *Semblanza espiritual de los fundadores de la Visitación: San Francisco de Sales y Santa Juana Francisca Frémiot de Chantal* (Oviedo 1988).
RAVIER, A., *Giovanna di Chantal. Una vita in breve* (Cinisello Balsamo 1993).

BEATO INOCENCIO XI

Papa († 1689)

Benedetto Odescalchi, quinto hijo del matrimonio compuesto por Livio Odescalchi y Paola Castelli di Gandino Bergamasco, nació en Como el 19 de mayo de 1611 y fue bautizado con el nombre de Benedicto. Instruido durante sus primeros años en su propia casa por un sacerdote, enseguida comenzó sus estudios en el colegio de los jesuitas. Muy pronto, como uno de sus mejores alumnos, ingresó en la congregación mariana.

Su padre murió cuando él tenía sólo once años. Cuatro años más tarde, cuando había terminado los estudios humanísticos, se fue a Génova con su tío Papirio, quien dirigía la «Sociedad Odescalchi», con el fin de introducirse en la práctica administrativa de negocios. Ya durante su juventud, en sus palabras y en sus costumbres, llevaba una vida espiritual intensa como reflejo de que estaba poseído enteramente por el amor de Dios, que le impulsaba a entregarse generosamente al prójimo, de modo particular a los más necesitados, viendo en ellos a Cristo.

Durante la peste de 1630 fue enviado a Mendrisio (Suiza). Su madre, que permaneció en Parè (Como), murió contagiada, quedando Benedicto sin padres a los diecinueve años. Después de la peste volvió a Como, luego a Génova —otra vez con su tío— y a Milán. A sus veinticuatro años, de nuevo en Como, fue nombrado, por el virrey español, gobernador del estado de Milán, con el título honorífico de comandante de la milicia urbana de Como. Partió de nuevo para Génova y, desde allí, se dirigió a

Roma para estudiar, aunque no había decidido todavía qué carrera iba a comenzar.

Por consejo del cardenal español De la Cueva, se inscribió en los cursos de derecho civil y canónico en la Universidad de la Sapienza, que frecuentó durante el bienio 1636-1638, continuándolos después en Nápoles, donde obtuvo la licenciatura *in utroque iure* el 21 de noviembre de 1639. Mientras tanto había madurado su decisión de consagrarse al Señor en una vida célibe, separada del mundo y dirigida hacia las obras de beneficencia. Por eso, allí mismo recibió la tonsura clerical el 18 de febrero de 1640, aunque eso no implicaba en él, y en aquel entonces, aspirar a la ordenación sacerdotal, pero manifestaba su deseo de consagrarse a Dios y era una consecuencia de su honestidad y austeridad de vida. Vuelto a Roma, ya con hábito talar, aceptó la insistencia de su hermano Carlos que deseaba que siguiera los cursos eclesiásticos, consiguiéndole el nombramiento de protonotario apostólico que ejerció desde 1640 a 1644.

Nombrado por el papa Urbano VIII presidente de la Cámara apostólica, destacaba por su modestia y sobriedad. Seguía haciendo beneficencia oculta en una vida retirada en medio del mundo. Fue designado Comisario extraordinario en Ancona para recaudar los impuestos de las Marcas en aquellos tiempos de mucha pobreza tanto social como institucional. Desarrolló ese enojoso oficio con prudencia y fortaleza, a satisfacción de la Santa Sede, mostrando tal caridad con los pobres hasta el punto de que —sin que nadie lo supiera— él mismo pagaba por ellos, en algunos casos, la contribución cuando les resultaba imposible. En 1644 fue elegido administrador de Macerata y gobernador de Picena.

Ya en el pontificado de Inocencio X, al comienzo de 1645, este papa lo nombró clérigo de Cámara y, en tan sólo cuarenta días, el 6 de marzo, lo designó cardenal diácono, del título de San Cosme y San Damián. Más adelante pasaría a ser cardenal presbítero del título de San Onofre.

Desde 1645 a 1648 permaneció en Roma como cardenal de curia, asignado a las congregaciones de obispos y religiosos, de la consulta, y del gobierno. En 1648 el mismo Papa lo nombró su cardenal legado en Ferrara, donde pudo conseguir trigo para

cubrir las necesidades más elementales de una población hambrienta. Realizó una gestión inteligente, primero censando el trigo de la región; segundo, oponiéndose al contrabando; tercero, fijando un precio honesto y, cuarto, disponiendo que a los pobres se les repartiera gratis el pan y además se les compensara con dinero. Por eso, hasta aparecieron en la ciudad «pintadas» o «grafitti» anónimos en los que se leía: *«"Benedictus" qui venit in nomine Domini»*, o «Viva il cardinale *Odescalchi,* padre dei poveri».

En medio de tantas ocupaciones y preocupaciones que se echaban sobre sus hombros, encontraba tiempo para dedicarse a la oración, recitar el oficio divino, rezar con prácticas piadosas populares como «el ejercicio para una buena muerte», así como enseñar el catecismo a los niños.

A pesar de su humilde resistencia, en 1650 el Papa lo nombró obispo de Novara. Se preparó concienzudamente para recibir primero la ordenación sacerdotal, que le fue conferida el 20 de noviembre de ese año y, seguidamente, para la ordenación episcopal, que recibiría el 30 de enero de 1651; las dos en Ferrara.

Como obispo diocesano se ocupó de la instrucción cristiana del pueblo, de la defensa de las buenas costumbres y de la defensa en el respeto a los derechos de la Iglesia. Al mismo tiempo, de la renovación de los sacerdotes y consagrados. En todo trató de imitar a San Carlos Borromeo, cuyas disposiciones sinodales seguía fielmente en su diócesis de Novara. Se gastó todo su dinero personal en atender a los pobres y enfermos. En 1654, durante la visita *ad limina,* Inocencio X lo retuvo en Roma durante bastante tiempo como consejero suyo. Lo mismo hizo también, en el pontificado siguiente, Alejandro VII. Por esa razón, al tener que residir tanto tiempo fuera de su diócesis, Benedicto, obispo y cardenal Odescalchi, insistió una y otra vez al Papa para que aceptase su renuncia, como así finalmente lo hizo. Durante la peste de 1656 estuvo en Capranica, y no deseaba otra cosa sino que su vida, escondida con Cristo en Dios, se gastara y desgastara al servicio de la Iglesia.

En 1669, a la muerte de Clemente IX de sólo dos años de pontificado, ya era un buen candidato para muchos cardenales,

pero sufrió el veto del gobierno francés. En cambio, a la muerte de Clemente X, a pesar de la oposición del rey Luis XIV de Francia, cuando éste supo la actitud de la mayoría de cardenales y al comprobar el público deseo y la buena acogida del pueblo de Odescalchi como papa, tuvo que rendirse y permitir que sus cardenales aceptaran esa candidatura.

Ante tales circunstancias, Benedicto Odescalchi, en el conclave de 1676, no pudo renunciar a ser elegido unánimemente Papa el 21 de septiembre, asumiendo, en recuerdo del papa Pamphili, el nombre de *Inocencio XI*. Todavía en la noche de aquel día, a las dos, los cardenales habían ido a rendirle afecto antes de la elección que iban a realizar por la mañana; Benedicto los acogió con ternura y emoción, rogándoles que eligieran a otro más hábil que él para sobrellevar el peso de la misión pastoral del sucesor de Pedro. Después de que se retiraran, al comprobar la clara intención del colegio cardenalicio, durante aquella madrugada preparó un programa de reforma eclesial con el fin de presentarlo a los cardenales antes de ser elegido y solicitar de ellos la aceptación de aquel proyecto, sin coacción alguna por su parte sino como una manifestación de las directrices que seguiría en el pontificado, de manera que los cardenales pudieran ser conscientes de lo que iban a realizar a la hora de la votación. Lo primero y principal de aquel memorial, como una especie de «capitulación electoral» —que fue firmada después de la elección espontáneamente por los mismos cardenales—, proponía el objetivo de que el primer deber del Papa en aquel momento era la propagación y defensa de la fe católica. Es de notar que en aquel conclave participó como elector el cardenal San Gregorio Barbarigo, quien también destacaba por su virtud como posible candidato. Comenzó públicamente su ministerio de pastor universal el 4 de octubre siguiente.

Durante su pontificado, que duró casi trece años, desde el 21 de septiembre de 1676 hasta el 12 de agosto de 1689, le tocó superar las dificultades de su tiempo en medio de muchas pruebas morales y de grandes dolores físicos. El memorial o programa redactado en la noche antes de su elección lo llevó a la práctica durante su ministerio pontifical con tanta decisión como humildad.

Continuó aplicando en esos años las determinaciones del Concilio de Trento con ánimo intrépido y sin vacilaciones. En primer lugar restableciendo en la curia romana y en el episcopado la dignidad para el propio ministerio y misión, escogiendo a las personas dispuestas a colaborar con él y evitando los distintos abusos; desterrando el nepotismo de eclesiásticos —es decir, el enriquecimiento de los parientes de los eclesiásticos—, y empezó por él mismo, ya que no quiso hacer a su sobrino cardenal-nepote o secretario de estado, como antes venía siendo costumbre, y por sus propios cardenales, para buscar en todo la voluntad de Dios y lo mejor para la Iglesia. Inocencio XI eligió como secretario de estado al anciano cardenal Cibo, mientras que a su sobrino sólo le permitía acudir con él algunas tardes para rezar el rosario. Fue el primer Papa que terminó con esa práctica que se prolongaba desde siglos anteriores en muchos eclesiásticos con la bula *Romanum decet Pontificem* en la que determinaba que en lo sucesivo un papa no pudiera enriquecer a su familia con los bienes de la Iglesia o nombrar a sus parientes para dignidades eclesiásticas. A la vez limitaba el número de los beneficios eclesiásticos para un solo clérigo y, como él mismo había hecho, velaba para que los pastores ordenados cumplieran con la obligación de su residencia en el lugar de su beneficio y simultáneamente del ejercicio de su ministerio pastoral.

Se ocupó de la reforma: en la renovación espiritual de Roma y de los Estados pontificios; en la vida de eclesiásticos, religiosos y laicos; en la promoción de la catequesis y la enseñanza cristiana y en la moralidad de los espectáculos. Promovió también la liturgia y, a la vez, las misiones «ad gentes». Cuidó de la administración de los bienes, de tal modo que con el ahorro en los gastos y la moderación en los impuestos sanó el déficit que se venía arrastrando de pontificados anteriores, moderando también el alza de los precios y rebajando las contribuciones. Tuvo tal arte que, con esas medidas, incluso el déficit lo convirtió en superávit. Procuró la conversión a la Iglesia católica de los cristianos de la reforma luterana. Erigió nuevas diócesis en Brasil, una universidad en Guatemala y la universidad de los dominicos en Manila; trabajó para la abolición de la esclavitud en África; favoreció las misiones de los carmelitas en Asia, concre-

tamente en Irán, e impulsó las acciones apostólicas *De Propaganda Fide,* informándose directamente de la situación de las misiones por los propios misioneros. Repetía que, así como a occidente nos había venido la fe desde oriente, ahora tocaba llevarla desde occidente a oriente.

Manteniéndose fuera de las discusiones de escuela, pero con claridad de pensamiento y con solícito cuidado pastoral, se inclinaba por el probabiliorismo antes que el probabilismo y procuró que el español Tirso González, que defendía esta teoría, fuera elegido general de la Compañía de Jesús. En las nacientes escuelas morales del siglo XVII, y en la discusión en torno a la obligatoriedad de la conciencia ante la duda, el tutiorismo afirmaba que había que optar siempre por lo seguro para evitar el pecado; pero, como esto no solucionaba el problema de la duda, y además constreñía las conciencias, el probabilismo sostenía que era lícito acogerse a la opinión contraria a la obligación si esa opinión contaba con probabilidades de ser cierta; en cambio el probabiliorismo, al comprobar que el probabilismo conducía a un debilitamiento de la conciencia ante la obligación, sostuvo que, para consentir al parecer contrario a la obligatoriedad no bastaba cualquier clase de probabilidad, sino que se requería que ese parecer fuera más probable que su contrario. Inocencio XI captó enseguida que ésta no era una cuestión puramente académica entre escuelas sino existencial con consecuencias prácticas de enorme importancia para la vida cristiana. Poniéndose a favor del probabiliorismo, por un lado evitaba el tutiorismo o rigorismo moral que sostenían los jansenistas y, por otro, el laxismo moral al que inclinaba el probabilismo. En 1679 tuvo que condenar, pues, sesenta y cinco proposiciones de laxismo moral de entre las cien que le había enviado la universidad de Lovaina sobre el probabilismo, manifestando a la vez que los teólogos en sus distintas escuelas y los predicadores en su ministerio se abstuviesen de censurar las proposiciones no condenadas y dejando en libertad las cuestiones que podían discutirse en el diálogo teológico. Así pues, no condenó el probabilismo como tal, conforme le instaba la Universidad de Lovaina, sino aquellas proposiciones de esa teoría que no estaban de acuerdo con la moral católica.

Aunque parece que tardó en ver las consecuencias a las que podría llevar el quietismo de Miguel de Molinos —y del obispo y cardenal Pier Matteo Petrucci—, no dudó en que fueran condenadas, por heréticas o sospechosas de herejía, sesenta y ocho proposiciones erróneas en 1687, cuando ya no podía mostrarse más comprensivo, pues el quietismo afirmaba que el alma, al progresar en la oración, puede llegar a un estado en que se aquietan los deseos y aspiraciones incluso sobre la propia salvación de tal forma que, además, el alma llega a una unión con Dios identificándose con él hasta desaparecer toda actividad personal. Para ello la persona debía abstenerse de toda acción, tanto para configurarse por propia iniciativa con él como para resistir las tentaciones del tipo que fueran.

Defendió la libertad de la Iglesia y del Papa en su propia misión en todas las naciones, de modo singular en Francia, donde el regalismo de Luis XIV la coartaba, y eso que le alababa personalmente la grandeza de ánimo y los dones que Dios le había dado. Con el rey se mostró, pues, como un padre —en los tres *Breves* que le escribió—, pero simultáneamente como un Papa firme. Este rey había hecho cuestión de estado las llamadas «regalías», los privilegios que anteriormente se habían concedido a los reyes de Francia sobre algunas diócesis, territorios y cargos eclesiásticos. Luis XIV las había extendido además por su cuenta a otras regiones de Francia. Inocencio XI vio en ello, y en la actitud galicana de eclesiásticos y seglares, una violación de los derechos de la Iglesia y causa de graves peligros no sólo para Francia sino para la Iglesia entera, en la teoría y en la práctica. Su voz y su determinación fueron inflexibles, evitando así que se produjera un cisma de la Iglesia en Francia aunque el galicanismo difuso durara casi dos siglos más. En sus cartas al nuncio en París bien se reflejaba, ante la intransigencia del rey, la confianza del papa Inocencio en Dios, y así se mantuvo sensato y entero hasta su muerte aunque resultaran inútiles sus esfuerzos.

En 1682, Luis XIV convocó en asamblea a algunos clérigos franceses, en la que fueron aprobados cuatro famosos artículos conocidos como *Déclaration du clergé français,* al parecer redactados por el famoso obispo de Meaux, Bossuet, que sostenía que los reyes no estaban sometidos a potestad eclesiástica alguna en

las cosas temporales y el papa sólo tenía potestad en las cosas espirituales, autoridad que debía ejercitarse según las costumbres de cada reino. Inocencio XI, para evitar un cisma ante estas doctrinas del llamado «galicanismo», no condenó formalmente esos cuatro artículos pero tampoco los admitió ni aceptó los candidatos episcopales que habían participado en la asamblea, antes bien, afirmó positivamente que era necesaria la aprobación canónica por parte del Papa a los candidatos al episcopado presentados por el rey. El galicanismo llegaba a someter la autoridad del Papa al concilio, que, así, estaría por encima de él. Los obispos españoles y las universidades españolas se declararon a favor de Inocencio XI y en contra de los cuatro artículos. Poco después Luis XIV, para congraciarse con el Papa, empezó a hacerse pasar por defensor del catolicismo; en 1685 revocó el famoso Edicto de Nantes y comenzó a perseguir a los luteranos. Inocencio XI, con mucha valentía, por un lado expresó su disgusto ante esa actitud persecutoria y, por otro, mantuvo su derecho sobre los candidatos episcopales como había hecho hasta entonces. Luis XIV protestó cuando el Papa abolió el «derecho de asilo» a las embajadas en Roma por un decreto de mayo de 1685, puesto que aludiendo a ese derecho los embajadores extranjeros ante Roma habían podido alojar en sus palacios a criminales perseguidos en los Estados Pontificios. Pero este Papa se mantuvo firme empleando su autoridad para mantener el orden conforme a derecho.

Inocencio XI tuvo que ocuparse de la defensa de la cristiandad, en la Europa central, ante la amenaza de la invasión turca y consecuentemente la dominación islámica. Instruía personalmente a sus nuncios, desde Portugal y España hasta Irán (entonces Persia), para que llevasen adelante los tratados de paz entre las naciones. Él, que no era un político, tuvo que mostrarse como un hábil gestor ante las cuestiones tan imbricadas de la Europa de su tiempo, por encima de unas alianzas y otras, también entre príncipes cristianos, para aunar a todos ante el peligro común. Fue el único que podía hacerlo. Logró una buena alianza entre Viena y Varsovia, el emperador Leopoldo I y el rey de Polonia, Juan Sobieski, y los príncipes aliados, que obtuvieron la victoria en Kahlenberg, cerca de Viena, y consiguieron la

retirada otomana de Europa. Poco después, la alianza, la «santa liga» entre el emperador, la república de Venecia y Rusia, reconquistó Buda, capital de Hungría, el 2 de septiembre de 1686. El Papa, en agradecimiento, instituyó la fiesta del Nombre de María. Inocencio XI lo atribuía todo a la gracia y lo tributaba todo a la gloria de Dios.

En su unión con Dios encontraba la madurez para conocer y juzgar a los hombres, mantenerse con ánimo sereno y con aguante pastoral en momentos de lucha, y para ver con claridad los males que afligían a la sociedad y para vigilarse y corregirse para ser cada vez más y mejor un instrumento dócil en las manos del Señor. Algunas veces empleaba hasta tres horas en la celebración de la santa misa.

Alto y delgado, con barba y bigote, como lo retrató Gian Battista Gaulli (el Baciccia), era enormemente sincero y escueto, exigente para él mismo y benévolo para con los demás, sin doblez de corazón. Inamovible en las decisiones justas que había tomado, sobrio y pobre en su vida, exigente en la administración de los bienes, era generoso en la entrega de sus propios bienes a los pobres. Amante de la simplicidad en su vida, sin acepción de personas y entregado con denuedo a su trabajo pastoral y a su gobernación como jefe de los Estados pontificios.

Durante los últimos meses de su enfermedad, recitaba: «Señor, auméntame el dolor pero auméntame también la paciencia». Murió el 12 de agosto de 1689, ya aclamado santo por el pueblo pues era sumamente admirado, por su persona y su obra.

El proceso ordinario sobre la fama de santidad se abrió el 11 de abril de 1691 y se cerró en 1698. La discusión sobre la introducción de la causa se tuvo en 1714, todavía en vida de Luis XIV. Los procesos apostólicos en Roma y Como se prolongaron hasta 1733. Clemente XII en 1736 declaró la validez del proceso pero una campaña en contra, otra vez francesa, logró que Benedicto XIV tuviera que suspender la causa en 1744.

Fue Pío XI quien se decidió a retomar la causa en 1933 y Pío XII, en 1955, declaró la heroicidad de las virtudes. Por fin pudo ser beatificado el 7 de octubre de 1956. Sus reliquias repo-

san en la Basílica de San Pedro de Roma, en una tumba sobre la que su familia costeó un gran monumento muy admirado por los que visitan la basílica vaticana.

JOAQUÍN MARTÍN ABAD

Bibliografía

GINI, P., «Inocencio XI, Papa, beato», en *Bibliotheca sanctorum*. V: *Erizzo-Galdino* (Roma 1964) 848-850.
PIAZZA, A. I., «La figura del novello beato, la sua santità»: *AAS* 48 (1956) 764-804.
PÍO XII, «Venerabilis Dei famulus Innocentius PP. XI, confesor, beatus renuntiatur»: *AAS* 49 (1957) 754-759.
SACRA CONGREGATIO RITUUM, «Beatificationis seu canonizationis venerabilis servi Dei Innocentii Papa XI»: *AAS* 48 (1956) 804-806.

BEATA VICTORIA DÍEZ Y BUSTOS DE MOLINA

Virgen y mártir († 1936)

María Victoria Díez y Bustos de Molina, simpática sevillana, fue una excelente maestra de primera enseñanza que ejerció con gran amor su profesión en pueblos pequeños, y una artista del dibujo, la pintura y las labores. Plenamente entregada a Jesucristo en la asociación de fieles laicos a que pertenecía, la Institución Teresiana fundada por San Pedro Poveda Castroverde, después de una corta e intensa vida de entusiasta dedicación a hacer el bien tanto en el aspecto apostólico como en el cultural y educativo, murió mártir a causa de la fe el 12 de agosto de 1936, poco antes de cumplir 33 años de edad.

Victoria era hija única de una familia modesta. El padre, José Díez Moreno, escribano de profesión, ejerció este sencillo oficio con fidelidad y constancia, siendo muy apreciado en las empresas en que trabajó. Quería apasionadamente a su hija, con la que se entendía por señas en los últimos años por haberse quedado sordo, y se escribían todos los días cuando, al ejercer ella su escuela en un pueblo, hubieron de separarse. La madre, María Victoria Bustos de Molina y Sánchez, dedicada a su hogar, acompañó a Victoria cuando tuvo que alejarse de casa, viviendo siempre con ella. Don José y doña Victoria habían contraído matrimonio en Sevilla en 1902 y Victoria nació en el segundo piso del número 43 de la calle Trajano de esta mis-

ma ciudad el día 11 de noviembre de 1903. La bautizaron el día 29 del mismo mes. Según la madre, «la hija salió a su padre. Es muy bueno y de una fe como hay pocos. Muy resignado con lo que el Señor le manda. Nunca le he oído quejarse de sus penalidades». Era bondadoso, muy trabajador y de arraigada piedad.

De niña la llevaron al colegio de las madres carmelitas, donde el 18 de mayo de 1913 recibió la primera comunión de manos del conocido y prestigioso cardenal Almaraz, quien precisamente un año antes había publicado en Sevilla los folletos escritos por San Pedro Poveda en Covadonga como base de la Institución Teresiana que estaba comenzando a fundar.

Se despertó muy pronto en Victoria la afición al dibujo y la pintura, y por este motivo, y por el traslado de la familia, la cambiaron de colegio. Veía pasar por la puerta de su casa a las alumnas del grupo escolar «Carmen Benítez» con grandes carpetas de láminas de dibujo, y también ella quería aprender, por lo que hubieron de llevarla allí, donde permaneció hasta los 15 años de edad.

Los padres deseaban que estudiara Magisterio con vistas al ejercicio de esta profesión, por lo que, concluidos los estudios primarios, con la ayuda de una profesora particular ingresó en la Escuela Normal Superior de Maestras de Sevilla en junio de 1919. Terminó sus estudios en mayo de 1923, siguiendo a la vez cursos de dibujo y pintura en la Escuela de Artes y Oficios Artísticos y Bellas Artes de esta misma ciudad.

Victoria era responsable y estudiosa. Desde muy niña tuvo que aprovechar bien el tiempo y trabajar duro, porque las tareas de la casa, ayudando a su madre en lo que requería más esfuerzo, ocuparon desde muy pronto buena parte de su jornada. Era también animada y jovial, entusiasta y ocurrente; muy buena compañera y propensa a la amistad.

En la Escuela Normal llegó a tener gran confianza con la Secretaria, D.ª Rafaela Castillo, que fue su madrina de confirmación, recibida el 7 de abril de 1922. Y, entre sus compañeras, se hizo amiga de Juana Galán y Pura Hernández, sobre todo, integradas después, como ella, en la Institución Teresiana. También de Visitación Montero, dos cursos mayor. Todas la descri-

ben como una chica corriente, alegre, vivaz, simpática, activa y sacrificada.

Muy espiritual desde niña por formación familiar, igual que sus amigas, solían ir los domingos a las Religiosas Reparadoras, que tenían organizada la Asociación de Hijas de María, y frecuentaban también las Esclavas del Sagrado Corazón, que ofrecían acogida y actividades formativas a las jóvenes. Entre esto y los estudios, todas recuerdan una juventud muy ocupada, porque las profesoras las estimulaban mucho al trabajo y porque en casa había que colaborar.

Terminados los estudios académicos, en octubre de 1923 comenzaron a preparar las oposiciones requeridas para ser maestras nacionales, acudiendo para ello al colegio de las salesianas. La primera vez que se presentaron, sólo Pura aprobó. Victoria pasó el escrito pero, como varias de sus compañeras, se retiró del oral, por lo que tuvo que continuar estudiando hasta la nueva convocatoria, que tuvo lugar en 1925.

Precisamente en este año 1925, cuando Victoria y sus amigas continuaban preparando sus oposiciones, llegaba la Institución Teresiana a Sevilla, estableciendo una academia-internado para estudios de Magisterio, lo cual fue decisivo para estas jóvenes maestras. Pronto se dio a conocer este nuevo centro en la ciudad, muy bien acogido, y su directora, M.ª Josefa Grosso, sevillana, fue invitada a dar una conferencia en las Reparadoras en la tarde del 25 de abril de 1926 sobre «Algunos rasgos pedagógicos de Santa Teresa de Jesús». Allí estaban, como muchos otros domingos, Victoria y sus amigas.

Con una vida espiritual cuidada desde niña, alimentada en la familia y ayudada desde muy pronto por D. Francisco Garrido, su director espiritual, para esta fecha Victoria ya había sentido alguna inquietud vocacional. Pero no sabía si orientarse hacia las Reparadoras o hacia las Esclavas del Sagrado Corazón, a las que estimaba mucho. Cambió su rumbo la citada conferencia.

En aquella tarde del domingo 25 de abril, M.ª Josefa Grosso comenzó diciendo: «Ya veis, maestras cristianas, lo que se espera de vosotras. Cambiaréis la condición de los pueblos; habéis de hacer de cada uno lo que hizo Jesús con la humanidad». Y, partiendo de la afirmación: «El maestro *nace,* pero también *se*

hace», según el texto manuscrito conservado, dedicó la charla a esbozar las características de quienes habían de ejercer esta profesión al estilo de Teresa de Jesús, quien

> «no fue *maestra de escuela,* pero sí *maestra de espíritu.* Y nosotras no vamos a la escuela sólo a cuidar de los cuerpos de nuestras alumnas, sino a educarlas y, en la educación, el principal papel lo representa el espíritu».

Sorprende vivamente constatar que los rasgos que M.ª Josefa Grosso aplicaba a las maestras, parecen más bien una descripción de lo que llegaría a ser Victoria Díez después, quien ni siquiera conocía la existencia de la Institución Teresiana, que, además, no se nombra ni una sola vez en la charla. La conferenciante fue subrayando, con incisivas explicaciones, las características de quienes habían de dedicarse a enseñar: bondad y celo; conocer la psicología propia y ajena; necesidad de esfuerzo continuo y de tener «recio corazón»; ser gentil, amable, ingeniosa y alegre; saber gobernar y organizar con discreción y cordura, y poner a contribución las propias dotes personales. Dijo, además, algo que a Victoria debió de impactarla mucho:

> «A Santa Teresa la fuerza del celo que la consumía *la hizo maestra.* No seáis vosotras de aquellas que al terminar la carrera pregonan con cierto desdén que son maestras con tal o cual fin, pero que no tienen vocación; mas por si acaso alguna de vosotras cae en ello, pensad que si perdisteis la vocación fue porque perdisteis vuestro celo, y no olvidéis que el sostén de éste es la caridad».

Al concluir las invitó a leer las obras de Teresa de Jesús:

> «Y cuando en vuestro estudio asiduo y reposado os hayáis adueñado de sus teorías y de sus sentencias, y hayáis sentido correr por vuestras venas el *vigor teresiano* [...], entonces podréis decir sin miedo: *me siento maestra,* quiero ir a la escuela».

¿Un programa para Victoria Díez? Ciertamente sí. Atraída sin duda por lo que acababa de oír, comenzó a frecuentar la Academia de Santa Teresa, donde continuó preparándose para el ejercicio práctico de las Oposiciones. Lo aprobó con muy buena puntuación: el número 2.

Mientras le adjudicaban un pueblo, le fueron ofrecidas clases de repaso para alumnas de primero de Magisterio en la Academia Teresiana. Una de ellas, Paula Marchena, recuerda que Victoria solía llevarlas a visitar a los pobres de Villa Lata, un

barrio muy abandonado de Sevilla, y que ella le enseñó a rezar. Por su parte, en la Academia fue conociendo Victoria la Institución Teresiana y afianzó su relación con M.ª Josefa Grosso, quien después sería su primera biógrafa. También siguió acudiendo a la Escuela de Artes y Oficios Artísticos, donde estudió seis años, y obtuvo por oposición el primer premio en la asignatura de «Composición decorativa», el 3 de septiembre de 1926.

Victoria había estudiado Magisterio sobre todo por deseo de sus padres, que veían en esta profesión un trabajo digno para su hija y una fuente de ingresos para la familia, ciertamente necesitada de recursos. Pero en el casi año y medio que va entre abril de 1926, fecha de la aludida conferencia, y septiembre de 1927, en que se incorporó a la escuela de Cheles (Badajoz), que es el tiempo en el que frecuentó asiduamente la Academia-Internado de la Institución Teresiana de Sevilla, hubiera o no nacido con esta vocación, verdaderamente *se hizo maestra*. Y el 11 de junio de 1926, decidió solicitar su incorporación a la Institución Teresiana, con una preciosa carta a la directora general, M.ª Josefa Segovia, en la que se expresaba de esta manera:

> «Desde hace algún tiempo siento los más vivos deseos de consagrar mi vida al Señor, siendo mi aspiración más vehemente el trabajar por la salvación de las almas.
>
> Hasta ahora no he podido realizar mis deseos, pues no he encontrado una Institución que llenara mi vocación, pero la Providencia divina me trajo al Internado para preparar el práctico de las actuales Oposiciones y cada día le doy más gracias al Señor por haberme puesto en contacto con una Institución que llena por completo mis ideales. ¡Qué espíritu tan elevado tiene la Obra; su misión apostólica me atrae sobremanera! Desde que conocí los fines que persigue no pude menos de amarla y creo que sólo perteneciendo a ella podré encontrar la felicidad. ¡Qué bueno es Dios que nos da a medida de nuestros deseos!
>
> Por eso, amada Srta. Segovia, le suplico me admita como aspirante, pues Dios me llama por esos caminos, siendo mis deseos ser Teresiana».

Poco después, el 27 de agosto del mismo año 1926, fiesta de la transverberación del corazón de Santa Teresa de Jesús, formulaba su compromiso inicial con dicha Institución.

El curso 1926-1927, transcurrido como profesora de la academia-internado y como presidenta de la «Juventud Teresiana

Misionera», no fue fácil para Victoria. Tenía 22-23 años y, siendo mayor de edad, no necesitaba permiso paterno para tomar una decisión. No obstante, según anotó el 2 de febrero de 1927 su amiga Visitación Montero: «Victoria *se declaró* en su casa el domingo por la noche (día 30) y ahora está pasando lo indecible». Sus padres, y en especial la madre, se opusieron rotundamente a que se integrara en la Institución Teresiana, comenzando un calvario que no veía cómo terminar. Rafaela Castillo, la citada profesora de la Escuela Normal, cuenta que cuando Victoria vivía esta lucha solía escribir papelitos, que luego quemaba, con mensajes semejantes a éste: «Dios mío, mis padres, a los que amo muchísimo, se oponen a que haga mi voluntad, que es la tuya: ¿qué hago, Dios mío?». Y refiere que en una ocasión le dijo: «Mire usted, madrina de mi alma, que yo no puedo resistir más esta lucha que traigo; si yo no he de abandonar nunca a mis padres, ¿por qué ellos me han de contrariar tanto?».

Este feliz y doloroso curso fue también un tiempo de intensa vida espiritual, en la que se ayudó de algunos modos de piedad propios del momento. Así, el 21 de febrero de 1927 se inscribió en la «Obra Pía de San Esteban protomártir»; el 14 de agosto se hizo de la «Milicia Angélica», erigida en la iglesia de los PP. dominicos, y comenzó a pertenecer a la «Adoración Nocturna en el Hogar», velando en oración de 3 a 4 durante la noche del día 5 al 6 de cada mes.

Pero lo que verdaderamente marcó la espiritualidad y la trayectoria posterior de Victoria fueron los acontecimientos que narra en un diario de entonces, providencialmente conservado, su amiga Visitación Montero, referentes al momento en que comenzaron a pertenecer a la asociación «Marías de los Sagrarios-Calvarios» y a una excursión organizada por la academia teresiana al pueblo cercano de Santiponce, junto a las conocidas ruinas de la imponente Itálica romana.

> «Día 1 de marzo [de 1927]. Dentro de pocas horas vamos a ser *Marías:* ¡Ya vamos a poder decir con toda propiedad *nuestro sagrario*! [...] A las 9 y media vamos Victoria, Pilar Castro, Pastora y yo a las Esclavas: nos recibe la Madre María Amada, muy contenta al saber que somos Teresianas y que muy pronto tendremos un pueblo cada una; nos habla un rato de la excelencia de nuestra Obra y de la importancia de nuestra labor; nos inscribe y nos da las medallas

pero nos dice que tendremos que ir para que nos presente en la primera Junta de Gobierno que haya y, hasta que no pasen unos meses de prueba, no nos la pueden imponer».

A esta asociación pertenecían la mayoría de los miembros de la Institución Teresiana. Había sido fundada por el Beato Manuel González, obispo de Palencia y de Málaga, llamado «de los sagrarios abandonados», para fomentar la devoción a la Eucaristía cuidando y acompañando los sagrarios en cuyas iglesias o capillas había menos culto. Pero lo que ponía en evidencia esta forma concreta de piedad era el profundo tema teológico de la presencia en el mundo de Jesús Eucaristía, haciendo tomar renovada conciencia del misterio de la encarnación del Verbo, base del carisma de la Institución Teresiana, por lo que era muy recomendada por San Pedro Poveda.

El otro importante acontecimiento recordado por Visitación Montero es el siguiente:

«Día 13 [de marzo de 1927]. Salimos para Santiponce cerca de las 10 de la mañana: la temperatura es deliciosa y el día promete ser espléndido. Este sagrario está muy cuidado y, al encontrarnos en él Victoria, Ana y yo, no podemos menos de pensar en nuestros respectivos pueblos, imaginando si serán de esta manera o de otra, *nuestra* iglesia y *nuestro* Sagrario [...].

Llegamos a las ruinas de Itálica y muy detenidamente las vamos recorriendo, guiadas por el Sr. Muñoz San Román, que nos hace interesantísimas explicaciones y nos recita las mejores poesías compuestas en este lugar. A mis compañeras, de mejor imaginación que yo, les parece encontrarse transportadas al tiempo de los Césares romanos y creen a cada momento va a aparecer allí una de aquellas arrogantes fieras que abrían a los mártires cristianos las puertas del Paraíso. Poseídas de inmenso respeto y veneración a aquella tierra santa, que tantas veces se vio empapada con la sangre de los mártires, algunas se postran de rodillas y besan el suelo, ante la extrañeza, seguramente, de otros visitantes que desde lo alto del Coliseo nos contemplan. Victoria, llena de un santo entusiasmo, nos lleva a Paulita, Ana Estada y a mí por un oscuro y estrecho pasadizo, en donde, según nos dicen, colocaban los cadáveres de los cristianos después del martirio, y poniéndose de rodillas, se entrega a sus sentimientos: yo no sé si será que nosotras estamos todavía demasiado pegadas a la tierra y por eso no nos elevamos tan fácilmente, pero el caso es que, mientras ella ora, vemos con sentimiento que nos hemos metido en el barro hasta los tobillos y que, separadas de las otras, nos hemos perdido. Podemos por fin salir

de allí y, después de buscarlas inútilmente durante unos minutos, las encontramos».

Es bien significativo que la primera visita de estas jóvenes profesoras, que siempre habían vivido en una ciudad, fuera al sagrario de una parroquia rural, imaginándose el del pueblo en que muy pronto habían de ejercer como maestras. Y es de suma importancia el impacto, seguramente inesperado, que causó en Victoria conocer el lugar que conserva el recuerdo de algunos de los primeros mártires del cristianismo hispano.

Itálica, fundada dos siglos antes de Jesucristo en la provincia romana de la Bética, patria de los emperadores Trajano y Adriano, había sido evangelizada muy pronto, organizándose iglesias domésticas y luego una diócesis. Bien por el motivo común de las persecuciones romanas o, más probablemente, a causa de los cultos locales, lo cierto es que existe una fundada tradición sobre mártires en la Itálica romana. Aún hoy conservan en la parroquia de Santiponce un gran cuadro del obispo «S. Geroncio o Geruncio, mártir, primer Obispo de Itálica, discípulo de los Padres Apostólicos y anunciador de la fe en Sevilla», según reza una inscripción debajo de su figura.

Para esta fecha Victoria Díez conocía, sin duda, el pensamiento y escritos del padre Poveda sobre los primeros cristianos, propuestos por él como referencia para los miembros de la Institución Teresiana, porque supieron vivir heroicamente su religión en las circunstancias comunes de todos los ciudadanos, muchas veces adversas; por el evidente testimonio de su amor y por la fortaleza en defender la fe, llegando a dar la vida por ella, como ciertamente ocurrió.

¿Qué sucedió en la mente y el corazón de la joven maestra al encontrarse en este pueblo, que podría ser como el que estaba esperando, y entre las ruinas de un majestuoso anfiteatro semejante al Coliseo romano, lugar privilegiado de primeros cristianos? Después de que Victoria hubiera sido efectivamente mártir, escribía Visitación Montero a M.ª Josefa Grosso el 8 de septiembre de 1938, precisamente al enviarle las citadas páginas de su antiguo *Diario:*

«La más interesante de todas, me parece la de las ruinas de Itálica del 13 de marzo de 1927: tengo la evidencia de que ese día pi-

dió y alcanzó del Señor la gracia del martirio, pues pudimos verla realmente transportada, con un fervor inusitado que nos llenó de admiración».

En 1927 de ningún modo era previsible que esto pudiera suceder en España poco menos de una década después. Pero es cierto que la disposición de dar la vida por Jesucristo, y por su pueblo, estaba presente en la mente y el corazón de la Beata Victoria Díez y que afloró en más de una ocasión. Es curioso que un breve testimonio escrito de Sofía Dacosta, entonces alumna de la Academia-Internado de Sevilla, dedique un párrafo a este recuerdo:

> «En la excursión a las ruinas de Itálica debió de hablarnos a varias alumnas de los sentimientos que a ella la embargaban, pues para mí no fue una de tantas excursiones; dejó una huella más honda y espiritual».

Al comenzar el curso siguiente, el 14 de septiembre de 1927, llegaba Victoria Díez a Cheles, el pueblo extremeño que le habían adjudicado, acompañada de su madre. Sus actitudes aparecen bien de manifiesto en la carta que escribió a M.ª Josefa Segovia el día 7 de julio de 1927, apenas conocido este destino:

> «¡Por fin llegó mi pueblo! Según las noticias que hoy tengo, no puede ser más malo. Carece de todo medio de comunicación, el viaje es penosísimo [...] Mis padres están disgustadísimos, dadas las circunstancias del pueblo.
>
> Yo, por mí, estoy conforme con la voluntad de Dios y no me importa ir, aunque sea al fin del mundo si allí he de darle gloria a Dios y ganarle almas, pero no lo puedo remediar: cuando veo a mis padres sufro lo indecible, pero demostrando siempre una tranquilidad y una fortaleza que estoy muy lejos de tener.
>
> Recuerdo ahora esta frase de Santa Teresa: *"Hay que ser santamente intrépidas"*. Sí. Porque si una *maestra* teresiana no es santamente intrépida cuando la causa de Dios lo requiere ¿dónde estará, pues, nuestro teresianismo? Me parece que con sustos y encogimientos no podemos llamarnos *hijas de Santa Teresa*».

Recuerdan los de Cheles que su primera visita fue a la iglesia, al sagrario, y que después la nueva maestra trató no sólo de acompañarlo sino que, usando sus buenas cualidades artísticas, lo restauró, lo adornó y pintó unas cortinillas, como modo de manifestar su amor a Jesús eucaristía. El 28 de septiembre de

1927, a las dos semanas de estar allí, escribía de nuevo a Josefa Segovia:

> «Por fin se realizó mi sueño de hace bastante tiempo, siempre pedí a nuestro Señor me deparase un pueblo donde estuviese poco conocido y amado y al fin tras de mucho penar he obtenido del cielo lo que tantas veces pedí pero, si le he de ser sincera, confieso que al verme ya en posesión de lo que deseaba sentí miedo, pena, no sé qué. Resolví no mirarme a mí misma sino a Jesús, a Él consagré el pueblo, el alma de mis niñas, y esa consagración la repito a cada hora, a cada instante. Él me da fuerzas, me sostiene [...] Jesús se vale de mí que soy indigna y miserable para que acompañe y desagravie en este Sagrario solo y abandonado. ¡Qué bien se le siente en esta soledad y abandono! Al pie de mi Sagrario encuentro fuerzas, alientos, luces, el amor suficiente para llevar a las almas que me están confiadas».

A Victoria le fue adjudicada, como maestra nacional, la «Escuela n.º 2», es decir, la de niñas. Según el presupuesto de material fechado el 30 de octubre de 1927, la matrícula de su clase ascendía a 57 alumnas, de ellas 10 «pudientes» y 47 pobres.

Ya desde esta su primera escuela, Victoria se caracterizó por la especial sensibilidad hacia sus alumnas —y familias— más carentes de recursos. Buscar un pretexto para llevarlas a su casa a comer, o para regalarles algunas ropas, se fue haciendo en ella habitual. Y en cuanto a la enseñanza, aunque fue ésta su primera experiencia profesional, recuerdan su buena preparación y su gracia para llevar la clase; sus métodos pedagógicos renovados, que contaban con excursiones al campo, cantos, actividad de las alumnas, y, sobre todo, su primor en las labores: organizó al final del curso una exposición con los bordados y dibujos realizados por las niñas «que parece imposible que pudieran hacerse en el tiempo que ella estuvo allí». Como anécdota, dicen que vestía a las alumnas mayores con su traje de volantes y que les enseñaba a bailar sevillanas... Organizó también escuela dominical y nocturna para adultos y una pequeña biblioteca.

Cuando Victoria llegó a Cheles, existía una asociación de Hijas de María, que ella potenció. Recuerdan cómo celebraron la novena de la Inmaculada, animadas por la nueva maestra, y cómo adornó en el mes de mayo el altar de la Virgen de la parroquia: «una verdadera maravilla». Y que muchas de las niñas de su escuela, e incluso algunos adultos, hicieron su primera comunión.

A pesar del gran afecto que adquirió a las gentes de Cheles, y del que le tributaron a ella, por el deseo de acercarse a Sevilla, donde vivía el padre y donde había casa de la Institución Teresiana, pidió traslado de escuela. El 13 de junio de 1928 recibió el nombramiento para Hornachuelos, en la provincia de Córdoba, no lejos de su Sevilla natal, y el día 21 del mismo mes tomaba posesión de esta nueva escuela. También la acompañó allí su madre, que permaneció siempre con ella, mientras el padre seguía en Utrera (Sevilla), acercándose a verlas cuando le era posible. La correspondencia diaria mantenía unida a la familia.

También en Hornachuelos le adjudicaron la «Escuela n.º 2», la de niñas. Según el presupuesto de 25 de octubre de 1928, al comenzar este primer curso, sus alumnas eran 60, de ellas, 10 «pudientes» y 50 pobres. En 1934, últimos datos conservados antes de 1936, el número se había elevado: las alumnas de su clase eran 70, de ellas, «pudientes» 20 y pobres 50.

Victoria llegaba a este pueblo cordobés con unas actitudes espirituales muy claras y definidas, en coherencia con las mantenidas en Cheles. Este breve apunte personal, escrito en un pequeño cuaderno el día 7 de agosto de 1928, pocas semanas antes de incorporarse a la nueva escuela, las pone bien en evidencia:

> «Si preciso es dar la vida para identificarse con Cristo nuestro Divino Modelo, desde hoy dejo de existir para el mundo, siendo *mi vivir Cristo solamente y la muerte ganancia.*
>
> Deseo desaparecer para el mundo y vivir tan sólo en la llaga del Sacratísimo Costado de mi esposo Cristo. En ella quiero padecer por Él, en ella quiero negarme siempre y en ella quiero encontrar la santidad que deseo.
>
> ¿Qué haré, Señor, para más agradarte? Del todo me entrego a vuestro adorable designio; disponed de mí, que por entero os pertenezco, pero no olvidéis mi súplica, Señor: Quiero ser Teresiana verdadera, alma apóstol. Olvidada de sí para no ocuparse más que de vuestra causa. Que tu caridad me transforme, que en ella arda y en ella me purifique. Que la humildad que me predicas desde la Hostia benditísima sea mi única compañera. Que me infundáis el espíritu de verdad y sencillez para atraer a las almas. Que me revistáis de fortaleza y valor para la lucha que me espera en el mundo. Que me deis el espíritu de mortificación y, al mismo tiempo, el de la santa alegría. Que no me regocije más que en Vos y en vuestra

Madre Santísima. Que en mí crezca cada día su amor tierno y lo infunda en las almas. Que no me abandonéis un solo instante, Señor, que soy miserable, que por mí nada puedo, que necesito de Vos a cada instante para cumplir con mi vocación y que me concedáis, en fin, la gracia de la perseverancia final en el seno de esta santa Institución por la cual deseo dar hasta el último momento de mi vida».

La intensísima vida espiritual de Victoria, manifestada en este íntimo coloquio con el Señor, obviamente gira en torno de la absoluta centralidad de Jesucristo, en concreto de Jesús eucaristía presente en el sagrario. Y es indudable que de esta vida de fe, impulso continuo para el mejor cumplimiento de su deber, deriva su cualificado modo de proceder en la escuela.

Para conocer la actividad profesional de Victoria, nada mejor que una *Memoria* redactada por ella en 1933, como «Información para proveer una plaza de maestra con destino al Instituto Escuela de Sevilla», que no consiguió porque adjudicaron el puesto a otra persona, decisión que pudo haber recurrido, pero prefirió no hacerlo. Por ser amplia, extractamos algunos párrafos:

«Actualmente desempeño una Escuela unitaria con matrícula de 70 niñas. En ella se dan las materias de la Enseñanza primaria a base de la Escuela activa, donde las niñas, con una disciplina consciente, desarrollan sus aptitudes y se las dispone para un oficio o carrera según las aptitudes demostradas en la Escuela. Se hacen excursiones [...] Hay establecido un pequeño Ropero Escolar donde las niñas cosen las prendas para las más necesitadas y una pequeña Biblioteca circulante, que se engrosa con pequeñas cantidades de material, donativos, etc. [...] Por contar con un buen edificio pedagógico, jardín y hermoso campo de juego, las niñas dan sus clases al aire libre, alternando éstas con cantos y movimientos rítmicos...

Existe también el servicio de "Antiguas Alumnas", que van a la Escuela en horas y días determinados en busca de orientación y se les enseñan clases de adornos como pinturas, labores, flores, etc. Cuando alguna alumna sale aventajada, se la prepara para el ingreso en el Instituto y este año hay una de padres humildísimos que, después de someterla a un examen el Ayuntamiento, le concedió una beca, cursando actualmente sus estudios en un Instituto de Córdoba [...]

Gracias al buen espíritu que reina en ella y de la libertad consciente, las niñas están en ella como en su propia casa, siendo el ambiente muy familiar y cuidan de su Escuelita convencidas de que es su propia casa, estando a su cargo el embellecimiento de ésta, lo

cual hacen muy delicadamente al par que van desarrollando el gusto artístico».

Es evidente su gran profesionalidad, que ya había sido recompensada, por ejemplo, con el «voto de gracias» otorgado por la Junta local de Primera Enseñanza al concluir el curso 1928- 1929, por los excelentes trabajos de sus alumnas. Para hacer la enseñanza más activa, ella misma había dibujado mapas en las paredes de su aula, que aún se conservan, y había conseguido una máquina de coser Alfa y un aparato de cine, como recuerdan quienes fueron sus alumnas. En pocos años de ejercicio profesional, Victoria había asimilado los principios de la *Escuela nueva* que entonces se estaban sistematizando. Suscitar la actividad del alumno, cuidar el ambiente y procurar el gusto del aprendizaje, utilizar medios nuevos como las excursiones, las clases al aire libre y la atención personalizada, eran modos de hacer que situaban a Victoria en la vanguardia de quienes habían optado por el progreso científico en la enseñanza, conjugando adecuadamente piedad y cultura. Porque una importantísima manifestación práctica de la fe vivida fue su competencia en el trabajo y la más seria responsabilidad profesional.

Victoria se ocupó de cada una de sus alumnas, y procuró conocer a sus familias y ambiente, de modo que al pueblo entero llegó su influencia. Creó, además, clases nocturnas de Adultas para obreras, extraordinariamente ayudadoras para su promoción humana y profesional.

Colaborando con el párroco, don Antonio Molina, organizó la Acción Católica Femenina, ámbito de formación para las jóvenes que ya habían superado la edad escolar, y trabajó activamente en catequesis, completando así la preparación religiosa de sus alumnas, ya que, como maestra nacional que era, distinguió siempre con cuidado el ámbito privado del oficial. Por este motivo rehusó, por ejemplo, ser presidenta de la Acción Católica, como las jóvenes hubieran deseado.

Victoria era muy frágil y delicada de salud. Un mal crónico de garganta mermaba sus fuerzas con frecuencia, pero era animosa, jovial, simpática, decidida y emprendedora. Delgada y bajita de estatura, morena, con precioso cabello negro ondulado y con gracia andaluza, caía bien ante los amigos y a los des-

conocidos y era muy querida por todo el pueblo, porque, aun teniendo temperamento de líder, también sabía colocarse en segundo plano y ceder.

Con decidida voluntad de dar la vida, si fuera preciso, había llegado Victoria a Hornachuelos, lo mismo que a Cheles, tal vez como signo de la presencia en su interior de aquella gracia tan singular recibida en las galerías del imponente anfiteatro de Itálica, al evocar a los mártires de los primeros tiempos del cristianismo. Durante estos años de ejercicio de su profesión, leyó, sin duda, ávidamente, una y mil veces, los escritos de San Pedro Poveda, repletos de alusiones a aquellos seguidores cercanos de Jesús que se distinguieron por su capacidad de amar, por su fuerza testimonial y por su heroica fidelidad, culminada muchas veces con el martirio.

La década de los años veinte, cuando Victoria realizó sus estudios y comenzó su actividad profesional, no ofrecía para los cristianos ningún contexto persecutorio. Pero de pronto todo cambió y con la proclamación de la II República en 1931 ardieron iglesias y conventos, la legislación manifestó hostilidad a la Iglesia y, finalmente, se desencadenó una abierta persecución.

Como tantas otras maestras de la Institución Teresiana, Victoria Díez vivía su vocación *aislada* en el pueblo, aunque vinculada a una academia —la de Sevilla—, donde acudía con la mayor frecuencia posible, y en habitual correspondencia con las personas encargadas de atenderla. De estas maestras se ocupaba también personalmente el fundador, San Pedro Poveda, quien, dadas las circunstancias, las convocó a unos cursillos en León durante el verano de 1935. Victoria, que había formalizado su compromiso definitivo con la Institución Teresiana el 9 de julio de 1932, participó en el segundo, que tuvo lugar entre el 15 de agosto y el 11 de septiembre. «Que salgáis siendo maestras santas», les había repetido una y mil veces después de recordarles los diversos aspectos de su vocación y misión, y sin dejar de prepararlas para lo que, como a él, les podría suceder. Josefa Soto, compañera de Victoria en este cursillo, recordaba:

> «En el comedor nos leían las *Actas de los mártires*. Eran largas relaciones de aquellas persecuciones de los primeros siglos de la Iglesia. Aquella lectura tan oportuna para los tiempos que corrían

creo que influyó mucho en Victoria, la que al año siguiente se había de hallar en las mismas circunstancias».

Ciertamente la Beata Victoria estaba viviendo con mente clara, corazón abierto y profunda coherencia de vida, los cambios ambientales que se estaban produciendo. Cuando el estudio de la religión pasó a ser voluntario en las escuelas, en cumplimiento de lo dispuesto solicitó fielmente «la conformidad o disconformidad para que sus hijas sigan o no recibiendo enseñanza religiosa», ateniéndose a lo manifestado, aunque la casi totalidad desearon continuar con el estudio de esta materia. Sufrió mucho, sin embargo, cuando hubo de quitar el crucifijo de la escuela, que con todo dolor llevó a la casa del párroco. Y supo enfrentarse valientemente con quienes deseaban distribuir libros que no hubieran ayudado a la buena formación de sus alumnas.

La afectó muy amargamente que en marzo de 1934 un incendio intencionado hiciera arder el monumento preparado para la tarde del Jueves Santo, destruyendo también buena parte de la iglesia. Junto al párroco, puso todo su empeño en reconstruirla, gozando lo indecible cuando el 8 de diciembre podía inaugurarse un sagrario mejor que el anterior.

En su hacer como maestra nacional, Victoria nunca había mostrado inclinación hacia unos o hacia otros en virtud de sus ideas políticas, siendo muy querida y admirada por todos. Y, respecto al Ayuntamiento, colaboró con el de derechas que había a su llegada, y con el de izquierdas que vino después, que la nombró secretaria de la Junta de Enseñanza.

Sabido es que el gobierno de la II República se ocupó activamente de la Escuela elevando los sueldos de los maestros y mejorando las estructuras docentes. Se sustituyeron las antiguas Juntas por los Consejos Locales, constituidos por un representante del Ayuntamiento, un maestro y una maestra nacionales, un médico inspector de sanidad y un padre y una madre de familia para, ajenos a la política partidista, velar por la buena marcha de las escuelas. Victoria, como óptima profesional que era, fue elegida para formar parte del de Hornachuelos, que presidió desde el 25 de marzo de 1935. Un buen número de actas concluyen con su firma.

Sin embargo, dado el creciente clima de hostilidad a la Iglesia, es indudable que Victoria vivía dispuesta para el martirio no sólo como actitud espiritual, sino como posibilidad real. Pura Hernández, también de la Institución Teresiana, con quien se veía con frecuencia porque desde 1931 era maestra de Peñaflor, cerca de Hornachuelos, alude al retiro espiritual que hicieron juntas el 31 de mayo de 1936:

> «Este retiro fue de preparación para el martirio, cosa que nos aconsejó el ambiente de aquellos últimos meses. La meditación que hicimos fue sobre la teresiana comparada con los primeros cristianos y entonces recuerdo que me dijo que, si pasaba algo, ni ella ni yo lo contábamos. Estaba en la creencia de su martirio o preveía que podía morir. Por la tarde asistimos a una Hora Santa en la Parroquia: era el día de Pentecostés y versó sobre el martirio. En este Retiro las dos pedimos al Espíritu Santo que nos diera fortaleza para el martirio y a la santísima Virgen, como medianera de todas las gracias, que nos concediera esta gracia del martirio».

No tardó en llegar. Al caer la tarde del día 11 de agosto fueron a buscar a Victoria a su casa, donde estaban refugiadas las hermanas del párroco, ya detenido, con el pretexto de que debía prestar declaración. Durante las horas que pasó ella sola en un despacho de la casa de don Francisco Gamero Cívico, confiscada para prisión, pudo verla su madre, que la abrazó entre las rejas de la ventana sin pronunciar palabra, y Victoria pudo hacerle llegar un mensaje tranquilizador.

Pero antes de amanecer el día 12 comenzaron a cumplir lo previsto. El largo camino de madrugada hacia la finca «El Rincón», junto con el párroco y otros 16 hombres del pueblo, atados todos de dos en dos, puso a prueba el vigor espiritual de la joven maestra que, en todo momento, mantuvo el ánimo de sus compañeros. Llegados a un caserón abandonado cerca del pozo de una mina, fueron sometidos a un simulacro de juicio. La dejaron a ella la última, posiblemente para evitarle la muerte si renunciaba a sus convicciones religiosas, por lo que, a lo largo de más de dos horas, presenció, con extraordinaria fortaleza, el fusilamiento de todos sus compañeros, uno por uno, después de cada sentencia condenatoria. Su testimonio de fortaleza y amor; su grito final ante la propuesta de deserción: «¡Viva Cristo Rey! ¡Viva mi Madre!», y sus insistentes palabras de aliento a lo largo

del camino: «Ánimo, daos prisa, nos espera el premio. Veo el cielo abierto», se difundieron pronto por la localidad.

Los cuerpos sin vida habían ido cayendo en el pozo de la mina abandonada, de donde fueron exhumados tres meses después, en noviembre de 1936, y colocados en un panteón común en el cementerio de Hornachuelos.

Con fama de santidad de vida y de martirio, se inició en Córdoba la causa de canonización de Victoria Díez en 1962, siendo trasladados sus restos en 1966 a una cripta en la sede de la Institución Teresiana de esta ciudad, donde actualmente reposan. Esta joven y entusiasta maestra, que sigue ofreciendo al mundo su testimonio de fe valiente y comprometida, fue beatificada por el papa Juan Pablo II en Roma el día 10 de octubre de 1993.

MARÍA ENCARNACIÓN GONZÁLEZ RODRÍGUEZ

Bibliografía

CIMINO, M., *Un dono totale* (Milán 1966).
FERNÁNDEZ AGUINACO, C., *Victoria Díez. Memoria de una maestra* (Madrid 1993).
GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, M.ª E., *Victoria Díez y Bustos de Molina, una vida de fe y compromiso* (Madrid 2004).
GROSSO, J., *Veo el cielo abierto* (Madrid ²1957).
HAWKINS, E., *¡Hola, Victoria! Conversaciones con Victoria Díez* (Madrid 2003).
RAMOS PUEYO, M.ª DEL C., *La laguna del pájaro azul.* Ilustraciones Victoria Díez (Madrid 1997).

BEATO CARLOS LEISNER

Sacerdote y mártir († 1945)

El preso número 22.356 del campo de concentración de Dachau, Carlos Leisner, natural de Rees, oeste de Alemania, fue ordenado sacerdote, a los 29 años de edad, dentro del barracón 26 que servía de capilla en aquel infierno. La ceremonia, insólita en semejante lugar, se celebró el 17 de diciembre de 1944, domingo *Gaudete,* con el máximo sigilo para que no se enterasen los guardianes, pero en presencia de numerosos sacerdotes y pastores evangélicos prisioneros que lo prepararon todo con gran ingenio.

Carlos Leisner era diácono desde el 25 de marzo de 1939, siete meses antes de que fuera arrestado por la Gestapo mientras convalecía de una afección pulmonar en el sanatorio de San Blas, en la Selva Negra, y había cumplido con riesgo su ministerio distribuyendo la eucaristía a muchos enfermos en el campo. No eran éstas las circunstancias más adecuadas para colmar sus deseos de ser sacerdote, pero se presentó una ocasión providencial que lo hizo posible. Llegó a Dachau, con un grupo de deportados franceses, el obispo de Clermont-Ferrand, Gabriel Piguet, que vino a sumarse a los más de 2.500 sacerdotes allí recluidos, a los que únicamente se les permitía el consuelo de asistir a misa.

Estos sacerdotes, conocedores de las aspiraciones de Carlos, empezaron a convencerle de que, con el obispo francés recién llegado, se le abría la posibilidad de ordenarse. Y así ocurrió. Necesitaba las cartas dimisorias de su obispo diocesano, solicitadas por carta el 23 de septiembre de 1944, e hizo de correo una joven que se las arregló para sortear los controles de las SS. Y el obispo de Münster, monseñor Clemens August von Galen, envió su respuesta a primeros de diciembre, camuflada dentro de una carta escrita por una de las hermanas de Carlos. Junto al texto familiar, se incluían, de puño y letra del obispo, estas palabras: «Autorizo que se celebren las ceremonias solicitadas, pero a condición de que se realicen de forma válida y puedan ser atestiguadas en un futuro». A continuación se añadía la firma de monseñor Von Galen.

A partir de ese momento, con la complicidad de varios sacerdotes deportados, se prepara la ordenación clandestina de Carlos Leisner. Hubo para el obispo anillo de latón, báculo de madera, improvisada mitra y ornamentos morados de adviento; y para el ordenando, una inyección de cafeína con la que soportar su debilidad, más el atuendo de diácono, la casulla plegada sobre el brazo y una vela. La ceremonia discurrió con absoluta normalidad conforme al ritual, arropada por la emoción de más de dos mil sacerdotes recluidos en el campo y de trescientos testigos más. Entretanto, en el exterior del barracón, para disimular ante los guardias lo que sucedía en el interior, un deportado judío tocaba el violín sin descanso. El pastor Ernest

Wilm reconocería años después el «gran acontecimiento» que supuso para los pastores presentes la ordenación sacerdotal de Carlos Leisner.

Pocos días después, el 26 de diciembre de 1944, fiesta del diácono y protomártir San Esteban, celebraba Carlos Leisner su primera y única misa en el campo de Dachau. Estaba ya muy enfermo y un buen número de afectados por la tuberculosis participaron en aquella eucaristía. El misacantano estaba contento y agradecido, tanto que consignó por escrito la alegría que experimentaba aquellos «días colmados de gozo», signo de una predilección de Dios, que —decía— «no puedo asimilar todavía». Al acontecimiento de su primera misa no le faltó ni siquiera el tradicional recordatorio, diseñado por un amigo, que representaba unas manos sacerdotales encadenadas elevando el cáliz e ilustradas con esta leyenda en latín: *Sacerdotem oportet offerre.*

Había nacido Carlos el 28 de febrero de 1915. Guillermo Leisner, secretario judicial, y Amalia Falkenstein dieron a sus cinco hijos una sólida educación cristiana, transmitida con energía y hasta con severidad por el padre, pero compensada por el carácter dulce y conciliador de la madre. Cuando Carlos sólo tenía seis años se traslada la familia de Rees, el pueblo natal, a la cercana y pequeña localidad de Cleves. De este lugar son sus primeros recuerdos, y donde el chico, de carácter alegre y expansivo, empieza a frecuentar la escuela primaria. Hace Carlos su primera comunión el domingo *in albis* de 1925 y poco después ingresa en el instituto, en el que cursa la rama de humanidades con excelente aprovechamiento.

Su jovialidad y disponibilidad hacia los demás en esta etapa logra que el capellán del liceo, Walter Vinnenberg, se fije en él y le descubra y desarrolle sus cualidades de animador juvenil. Tiene doce años cuando le pone al frente de una asociación juvenil y le encarga llevar el libro de actas del grupo Saint Werner donde se reflejan sus actividades, pero a partir de 1928 ese cuaderno se convierte en un verdadero diario espiritual y pasa por ser el mejor testigo del enriquecimiento de su alma.

En aquellos escritos de adolescencia se traslucen sus combates interiores, sus determinaciones y sus propósitos de conse-

guir «la unidad entre el querer y el actuar». Se impuso unas normas de comportamiento que le ayudaran a «purificar su espíritu y su corazón». Fue éste un período juvenil de gran contacto con la naturaleza. Salía de excursión en bicicleta, con otros jóvenes, hacía deporte, tocaba la guitarra y cantaba en grupo canciones populares, sin que faltara la misa y la devoción a la Virgen. Cuajó entre ellos una camaradería que se tradujo en verdadera formación y en sentido de comunión. Por entonces, en 1933, llegó a escribir: «Sin el amor de Dios y sin la alegría en el alma, yo no conseguiría nada». Esta facilidad y disponibilidad para la animación que poseía Carlos le llevó a aceptar la responsabilidad de ocuparse de los Movimientos de la Juventud Católica en Cleves.

En la pascua de 1933 le invita un amigo a realizar unos ejercicios espirituales en el santuario de Gracias de la Santísima Virgen, en Schönstatt, cerca de Colonia, y en aquellos pocos días, del 5 al 10 de abril, entra por vez primera en contacto con el movimiento apostólico de Schönstatt, que centra su espiritualidad en una relación filial con María. Más tarde conocería a su fundador, el padre José Kentenich, y acabaría alistándose en un grupo de este movimiento. A raíz de esta vivencia espiritual y en consonancia con una frase suya —«Cristo, mi pasión»— fue madurando Carlos una decisión que tomaría a principios de diciembre de aquel mismo año, durante un retiro espiritual en los jesuitas de S. Helrenberg: hacerse sacerdote. «La soledad me ha fortalecido —escribía en aquellas fechas— y me ha dado el valor de atreverme a aceptar la pesada carga de la vocación sacerdotal».

Tomada la decisión, empieza a recorrer el camino para ponerla por obra. El 5 de mayo de 1934 ingresa en el colegio Borromäum de Münster, un centro donde se alojaban seminaristas, y estudia filosofía y teología en la universidad. Es entonces cuando el obispo de la diócesis, monseñor Von Galen, conocido por el apelativo de «León de Münster», le confía la responsabilidad diocesana de la Juventud Católica. Su labor con los jóvenes, un año después de que Hitler llegara al poder e impusiera el nacional-socialismo en Alemania, le convierte en un militante cristiano comprometido, y como reconoce Juan Pablo II en la homilía de beatificación, ha de ser «aliento y modelo» para los

«jóvenes que viven en un entorno caracterizado por la incredulidad y la indiferencia», pues «hace falta el mismo valor y la misma fuerza para afirmarse a contracorriente del pensamiento de la época, orientado hacia el consumo y el disfrute de la vida, y que tiende ocasionalmente a la antipatía hacia la Iglesia, incluso hacia un ateísmo militante».

Al llegar la primavera de 1936 se marcha a Friburgo a estudiar durante dos semestres en su universidad, y se aloja en la casa de la familia Ruby, con nueve hijos en edad escolar, a los que ayuda en sus deberes. Aquella familia le descubrió con el ejemplo nuevos valores cristianos y le llevó a preguntarse si un matrimonio y una vida familiar como aquella que tenía delante no sería su verdadera vocación. La hija mayor de la familia, Elisabeth Ruby, le despierta un especial cariño que mantiene en secreto, y sobre todo espolea su interior. Se plantea entonces qué elegir, si el sacerdocio o el matrimonio. A finales de 1938, sabedora ya la muchacha de las dudas que asaltaban a Carlos, y cuando a éste le llega el tiempo de resolver su dilema e ingresar en el seminario mayor, Elisabeth le escribe una carta animándole a que no abandonase la vocación sacerdotal. Tres meses después, el 4 de marzo de 1939, Carlos recibe el subdiaconado y el día de la Anunciación monseñor Von Galen lo ordena de diácono.

Una enfermedad pulmonar bastante avanzada se le declara en este medio tiempo. Al principio siente una fatiga que atribuye a su pasada crisis vocacional. Sin embargo, unos accesos de tos cada vez más frecuentes hacen que la enfermedad dé la cara y tenga que ser internado en un sanatorio antituberculoso de la Selva Negra, donde experimenta una franca mejoría, cuando el incendio de la guerra convierte a toda Europa en una llamarada. Un percance y una delación vienen a interponerse en su proceso de recuperación. El atentado contra Hitler, del que salió ileso, perpetrado el 9 de noviembre de 1939, se convierte en la comidilla del sanatorio y también de Carlos. Éste se atreve a ciertos comentarios sobre el Führer que su interlocutor, sin mala intención, propaga entre otros internos. Quedaba clara su opinión y denunciada en un abrir y cerrar de ojos a la policía que, sin pasar una noche, lo detiene y encierra en la cárcel de

Friburgo. Allí permaneció, en condiciones insalubres y con bastante frío, unos tres meses, primero muy desanimado y temiéndose lo peor, después más fortalecido por su fe y ofreciendo perdón a los que le habían causado tanto mal. En febrero de 1940 lo trasladan a la prisión de Mannheim.

Lo que le esperaba, sin embargo, era un campo de concentración, el de Sachsenhausen, no lejos de Berlín, donde fue recluido el 16 de marzo de 1940 y marcado con el número 17.520. Vestido con pijama a rayas, rapado al cero y enfermo, obligado a trabajos inhumanos, y condenado al miedo, probó lo que daba de sí aquel angustioso lugar, donde a pesar de todo Carlos Leisner fue capaz de transmitir a sus compañeros un optimismo que no tenía más origen que su paz interior. Él era diácono, pero había también numerosos sacerdotes. Fue Himmler, el jefe de las SS, quien decidió, por instancia de los obispos alemanes, que todos los prisioneros eclesiásticos quedaran concentrados en un mismo campo y recibieran un trato más soportable. Así fue como en el tristemente famoso campo de Dachau, próximo a Múnich, se llegaron a reunir entre sus 50.000 deportados miles de sacerdotes. Llegó Carlos a Dachau el 14 de diciembre de 1940, y aquel mismo día ya le impusieron el número 22.356.

Las penalidades, las condiciones de dureza del campo, las humillaciones que soportaban y sobre todo el gélido invierno de 1942 que los guardianes endurecían condenando a los prisioneros a permanecer largo tiempo en el patio, minaron aún más la salud de Carlos Leisner, que un día del mes de marzo sufrió una hemorragia pulmonar como consecuencia de este trato. Pisó la enfermería por primera vez. Dos meses estuvo en aquel temido barracón, verdadera antesala de la muerte para muchos prisioneros. Y volvió en tres ocasiones más. Cuando no, vivía en los barracones de los sacerdotes.

Durante su etapa de residencia en la enfermería del campo entre tuberculosos, él mismo enfermo de ese mal, fue sin embargo ángel de consuelo para muchos transmitiéndole una paz que se sustentaba en la oración y en la comunión, que recibía en secreto. Llegó a tener bajo su almohada una cajita, un verdadero sagrario con hostias consagradas, que repartía entre sus compañeros enfermos oficiando de diácono. Confortó a numerosos

moribundos rusos y ayudó a otros muchos a bien morir. El Papa, en su homilía de beatificación, subrayaba que «en un mundo inhumano, dio testimonio de Cristo». Recibió un golpe muy duro en octubre de 1942 cuando fue declarado inútil, a causa de su enfermedad irreversible, y escrito su nombre entre los condenados a la cámara de gas, pero las presiones de dos sacerdotes alemanes dieron fructuoso resultado y se cayó de la lista. Su reacción, recogida en su diario, fue un agradecimiento a la Virgen, pues «ella me ha cuidado maravillosamente en la prisión desde hace tres años».

Dos años después, pudo ver cumplida la aspiración de ser ordenado sacerdote, precisamente en el campo de Dachau. Vivió aquellos momentos de luna de miel sacerdotal, durante el adviento y la navidad de 1944, como un sueño o un signo de la Providencia. Con todo, el gozo interior no se correspondía con el agravamiento de una enfermedad que le conducía de manera galopante hacia su final.

Un cambio drástico en la marcha de la guerra, la entrada de los norteamericanos en Dachau el 29 de abril de 1945, le brinda la libertad a él y a los demás deportados. En aquel momento y en aquella fase de su enfermedad, Carlos Leisner sólo llega a disfrutar de la libertad en una habitación del sanatorio de Planegg. Aún le quedaba energía para escribir unas pocas frases que reflejan su estado de ánimo: «Gracias, gracias. Solo, en una habitación, qué felicidad. En el silencio Dios habla, aunque me encuentre agotado». Consciente del visible deterioro de su salud, acosado por terribles sufrimientos, se une a Cristo en la cruz y ofrece sus dolores por la salvación de los hombres. A mediados de junio, después de leer un libro sobre Europa, escribe esta oración que resume como en un grito su amor al viejo continente y la necesidad que éste tiene de recuperar su dignidad y sus raíces cristianas: «¡Oh tú, pobre Europa, regresa a tu Señor Jesucristo! En él se encuentra la fuente de los valores más hermosos que tú despliegas. Regresa a las frescas fuentes de la verdadera fuerza divina».

«¡Qué alegría, estamos, por fin, juntos!». Así fue como recibió a sus padres en el sanatorio de Planegg, el 29 de junio, cuando llegaron para hacerle una visita. Pese a que Carlos Leisner es

conocido por «el sacerdote de una única misa», algún biógrafo precisa que el 25 de julio pudo celebrar una segunda misa, y que aquel día escribió, en la que sería última página de su diario, esta frase de perdón: «Bendice, ¡oh Altísimo!, también a mis enemigos». El día 8 de agosto le confía a su madre que, aunque va a morir pronto, es feliz, una felicidad que se transformó en alegría aquella misma noche al ver aparecer a sus tres hermanas.

Carlos Leisner murió plácidamente el 12 de agosto de 1945 y se le considera mártir por haber fallecido a consecuencia de su enfermedad, agravada durante los años de su deportación. Sepultado en el cementerio de Cleves, actualmente sus restos descansan en la cripta de los mártires de la catedral de Xanten. Fue beatificado el 23 de junio de 1996, junto al sacerdote y mártir Bernardo Lichtenberg, en el mismo estadio Olímpico de Berlín, donde en otro tiempo se le rendía pleitesía a Hitler.

JOSÉ ANTONIO CARRO CELADA

Bibliografía

AAS 88 (1996) 596s.
CANOGGIO, J. P., *Karl Leisner, sacerdote y mártir* (Santiago de Chile 1996).
«Homilía de Juan Pablo II en la misa de beatificación de Carlos Leisner y Bernhard Lichtenberg (Berlín, 23-6-96)»: *Ecclesia* (1996) n.2798, p.22-25.
«Karl Leisner, beato»: *Ecclesia* (1996) n.2798, p.21.
REPETTO BETES, J. L., *Santoral del clero secular* (Madrid 2000).
«La visita pastorale di Giovanni Paolo II in Germania»: *L'Osservatore Romano.* Supplemento speciale (19-6-1996) 9-13.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

BEATO CARLOS MEEHAN

Presbítero y mártir († 1679)

Carlos Meehan, llamado también Mahoney o Mahony o Mehaine, nació en Irlanda, sin que sepamos la población exacta, al parecer el 8 de julio de 1648. Decidido por la vocación religiosa, ingresó en la Orden franciscana, y marchó a Roma donde se ordenó sacerdote. De vuelta a Irlanda, la nave encalló en las costas inglesas, y él, bajado de la nave, se fue a Gales a fin de poder embarcar hacia Irlanda en algún puerto galés. Una vez

puso el pie en la Gran Bretaña se abstuvo de ejercer su ministerio sacerdotal, pero algo en él levantó sospechas y fue arrestado en Denbigh, Gales septentrional, en junio de 1678 bajo la sospecha de ser sacerdote papista, y encerrado en la cárcel de dicha población.

En el mes de septiembre compareció ante el juez, el cual ni lo libró ni lo procesó, lo que hizo que la Cámara de los Comunes dirigiera al rey Carlos II una comunicación el 16 de noviembre de 1678 en que le decía:

> «Que los Comunes, reunidos en Parlamento, han recibido información de que Carlos Mehaine continúa en la cárcel de la villa de Denbigh desde el mes de junio bajo la grave sospecha de ser un sacerdote papista... y como el juez de Vuestra Majestad en las sesiones plenarias del mes de septiembre en el condado de Denbigh no procesó al antedicho Carlos Mehaine por el referido delito, los súbditos protestantes de Vuestra Majestad, estando muy inquietos y preocupados, y los papistas recusantes muy animados por la razón de que los delincuentes de semejante falta no son sometidos a la justicia... hacemos la humilde petición a Vuestra Majestad de que, a fin de dar tranquilidad a los corazones de los buenos súbditos protestantes de Vuestra Majestad que están llenos de temor por el papismo, las leyes sean pronta y efectivamente aplicadas contra los sacerdotes papistas y que sea nombrada una comisión para el proceso del mencionado Carlos Mehaine, en seguimiento de las bien conocidas y establecidas leyes del reino».

Carlos II no tuvo otra opción que acceder a esta petición parlamentaria, y en las sesiones plenarias del tribunal de Denbigh en la primavera de 1679 Carlos Meehan fue juzgado por el delito de ser sacerdote católico y de estar en el reino de Inglaterra. Él se defendió diciendo que no había venido a Inglaterra por su voluntad sino por accidente de la nave, y que en Inglaterra no había ejercitado su ministerio sacerdotal, pero ello no le libró de ser condenado a muerte a tenor del Estatuto 27 de Isabel I. Se señaló la localidad de Ruthin para su ejecución y se fijó ésta para el 12 de agosto de aquel mismo año. Al llegar al patíbulo pronunció estas palabras:

> «Le place ahora a Dios Omnipotente que yo sufra el martirio. Sea bendito su santo nombre, ya que muero por mi religión. Pero vosotros no tenéis ningún derecho a darme muerte en este país, pese a que yo haya confesado ser sacerdote, porque me habéis arrestado mientras me dirigía a mi país, Irlanda, habiendo sido

> echado a estas costas, y yo no me he permitido celebrar mis funciones en Inglaterra antes de ser arrestado. Que Dios os perdone, como yo lo hago, y pediré siempre por vosotros, y especialmente por aquellos que han sido tan buenos conmigo en esta desventura. Pido a Dios que quiera bendecir a nuestro Rey y defenderlo de sus enemigos y convertirlo a la fe católica. Amén».

Seguidamente fue ahorcado y, estando todavía vivo, fue bajado de la horca y comenzó a ser destripado y descuartizado, consumando así su glorioso martirio y volando al cielo su alma. Fue beatificado por el papa Juan Pablo II el 22 de noviembre de 1987.

BEATO PEDRO JARRIGE DE LA MORÉLIE DU PUEYREDON

Presbítero y mártir († 1794)

Pedro Jarrige de la Morélie du Pueyredon, miembro de una ilustre familia que dio varios mártires a la Iglesia, nació en Saint-Yrieix el 19 de abril de 1737, hijo del señor de Pueyredon. A los 16 años recibió la clerical tonsura, fue nombrado canónigo de la catedral de Limoges, y fue luego recibiendo las órdenes clericales hasta su ordenación de presbítero el 16 de mayo de 1761. Para entonces había hecho ya brillantes estudios en la Universidad de Angers y había conseguido el grado de doctor en teología. El 4 de agosto de 1763 fue nombrado profesor de teología en el Colegio Real de Limoges. El 19 de enero de 1767 fue elegido deán del cabildo de Saint-Yrieix. Al ser suprimidos los cabildos catedrales por la Revolución, él y sus compañeros de Limoges protestan, y como se niegan a prestar el juramento constitucional, son arrestados y encarcelados. De La Règle es llevado a La Force, donde estaría hasta su envío a Rochefort, partiendo de Limoges en el convoy que salió el 25 de febrero de 1794. Embarcado en Les Deux Associés, no soportó las duras condiciones de su detención, enfermó y murió el 12 de agosto de aquel mismo año, siendo enterrado en la isla de Aix. Todos elogiaban no solamente su cultura sino también sus virtudes.

SANTOS SANTIAGO DO MAI NAM, ANTONIO PEDRO NGUYEN DICH, MIGUEL NGUYEN HUY MY

Mártires († 1838)

Al comienzo del verano del año 1838 se presentó en el pueblo de Ké-Vinh, en el Tonkín occidental, el mandarín Trinh-Quang-Khanh, conocido como «el carnicero de los cristianos» por su odio al cristianismo y su refinada crueldad con los cristianos, acompañado de una fuerte escolta militar. Sabía que en el pueblo había una floreciente comunidad cristiana y venía a buscar los misioneros europeos que pudiera haber en ella y los principales cristianos. Se fue primero a casa de Miguel Nguyen Huy My, prestigioso médico, al que enseguida mandó arrestar. Miguel aseguró al mandarín que no había misioneros europeos en el pueblo, pero el mandarín insistió en registrar también la casa de su suegro, Antonio Pedro Nguyen Dich, un labrador rico, igualmente cristiano, ya anciano, y resultó que en su casa se encontró al sacerdote nativo Santiago Do Mai Nam, albergado por Antonio Pedro, tal como era su costumbre de alojar a los sacerdotes que visitaban el pueblo e incluso había albergado una clase entera del seminario ya desatada la persecución. El mandarín condujo a los tres a Nam-Dinh y los encarceló. Luego hubieron de comparecer ante el tribunal de los mandarines, los cuales les mandaron apostatar del cristianismo, según preceptuaba la ley vigente, y en señal de ello pisotear la cruz. Los tres de forma firme y unánime se negaron. Al anciano intentaron repetidamente que al menos de forma material, es decir llevándolo por la fuerza, pisara la cruz, pero el anciano encogía las piernas para hacer ver que no quería y protestaba que el acto sacrílego no le sería imputable si se lo hacían cometer por la fuerza. Los jueces entonces ordenaron que el anciano fuera flagelado, y Miguel pidió que el castigo no se le diera a su suegro sino a él. No sirvieron las amenazas ni los tormentos. Los tres perseveraron firmes y fueron devueltos a la cárcel. Tuvieron el consuelo de que un sacerdote pudo llevarles la eucaristía. Insistieron los jueces en que apostataran, avisando que si no lo hacían se veían obligados a condenarlos a muerte, pero los confesores de la fe mantuvieron su noble confesión. Entonces se dictó contra ellos la pena de muerte, y una vez confirmada, el 12 de

agosto de 1838, fueron llevados al campo llamado de las Siete Yugadas y allí, mientras oraban, fueron decapitados. Fueron canonizados por el papa Juan Pablo II el 19 de junio de 1988.

BEATO FLAVIO (ATILANO DIONISIO) ARGÜESO GONZÁLEZ

Religioso y mártir († 1936)

Atilano Dionisio Argüeso González nació en Mazuecos de Valdeginate, Palencia, el 5 de octubre de 1877. Sintió la vocación religiosa y el 28 de noviembre de 1894 ingresó en la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios, profesando los votos simples el 14 de mayo de 1896, y haciendo la profesión solemne el 21 de octubre de 1900, tomando el nombre de hermano Flavio. Destinado a distintos centros tanto de enfermos mentales como de niños enfermos, fue enviado un tiempo a Italia, en donde estuvo entre 1914 y 1922, residiendo en los hospitales de Roma y Nettuno. Vuelto a España, continuó sirviendo a los enfermos con gran entrega y dedicación. Al iniciarse la guerra en 1936, estaba destinado en el manicomio de Ciempozuelos y era ya una persona achacosa; por eso cuando la tarde del 7 de agosto fueron arrestados y encarcelados todos los hermanos de la comunidad del sanatorio psiquiátrico San José, él se quedó en la casa porque estaba en cama. Algo repuesto ya, el día 12 de agosto lo llevaron a declarar ante las Organizaciones Socialistas de Ciempozuelos. Luego, junto con otro preso, lo montaron en una camioneta y los llevaron al kilómetro 30 de la carretera de Andalucía, término de Valdemoro, donde fueron fusilados y los cadáveres fueron abandonados. Un médico del manicomio lo reconoció cuando lo llevaban por la plaza del pueblo gritando vivas a Cristo Rey.

Fue beatificado el 25 de octubre de 1992 por el papa Juan Pablo II en el grupo de 71 Hermanos Hospitalarios de San Juan de Dios muertos durante los días de la revolución española.

BEATOS SEBASTIÁN CALVO MARTÍNEZ, PEDRO CUNILL PADRÓS, JOSÉ PAVÓN BUENO, NICASIO SIERRA UCAR, WENCESLAO CLARÍS VILAREGUT, GREGORIO CHIRIVÁS LACAMBRA

Religiosos y mártires († 1936)

En la madrugada del 12 de agosto de 1936, seis de los religiosos claretianos que estaban detenidos desde el día 20 de julio en el salón de actos de la casa de los escolapios de Barbastro fueron llamados nominalmente por sus detentores. Ellos, que habían ya preparado sus almas para el martirio recibiendo varias veces el sacramento de la penitencia y asimismo la eucaristía, introducida clandestinamente, respondieron a los que los llamaban presentándose y dejando mansamente que les ataran las manos a la espalda y que los amarraran de dos en dos, codo con codo. Desde el escenario del salón uno de los sacerdotes detenidos les dio la absolución. Los milicianos les propusieron salvar la vida apostatando y uniéndose a su revolución. Pero los seis manifestaron su fidelidad a Cristo. Fueron fusilados a las cuatro menos siete minutos, escuchando las descargas los que estaban en el salón. Sus datos son los siguientes:

SEBASTIÁN CALVO MARTÍNEZ era natural de Gumiel de Izán, Burgos, donde nació el 20 de enero de 1903. Era un chico bueno y piadoso, que en 1915 ingresó en el seminario claretiano de Barbastro. Hizo el noviciado en Cervera, profesando el 15 de agosto de 1920. Siendo estudiante estuvo enfermo y perdió un curso, ordenándose sacerdote en julio de 1928. Fue profesor en Barbastro y Cervera, luego pasó a Calatayud y volvió a Barbastro, desde donde iba a dar misiones a los pueblos; cuando acababa de hacerlo en su pueblo natal sobrevino la guerra.

PEDRO CUNILL PADRÓS era hijo de una familia numerosa y muy religiosa en la que abundaban las vocaciones a la vida consagrada. Nació en Vich, Barcelona, el 17 de marzo de 1903. Luego de ser acólito y sacristán en la iglesia de las monjas sacramentarias mientras era alumno del colegio marista, estuvo como alumno externo en el seminario diocesano, pero por fin optó por la vocación religiosa en la congregación claretiana, donde profesó el 15 de agosto de 1920 en Cervera. Hechos los estudios, se ordenó sacerdote el 18 de diciembre de 1927. Des-

tinado en Barcelona, Barbastro y Cervera, su calma y serenidad impidió, el 2 de agosto de 1933, que quemaran el convento, aunque tuvieron que salir los religiosos de él para volver más tarde. El 20 de julio de 1936 estaba en la casa de Barbastro y quedó como superior al ser detenidos los superiores. Logró salvar a varios religiosos enfermos o achacosos.

JOSÉ PAVÓN BUENO nació en Cartagena, Murcia, el 19 de enero de 1909. Ingresó en la congregación claretiana en 1925 en Cervera y profesó el 2 de febrero de 1927, ordenándose sacerdote el 24 de febrero de 1934 en Valencia. Tenía los títulos de maestro y perito mercantil, y por ello fue destinado al colegio de Játiva hasta que éste fue clausurado; entonces le destinaron a la predicación con residencia en la casa de Calatayud; el verano de 1936 fue a Barbastro a dar un cursillo a los estudiantes. Aquí le sorprendió la revolución y el martirio.

NICASIO SIERRA UCAR había nacido en Cascante, Navarra, el 11 de octubre de 1890 en el seno de una numerosa y piadosa familia. Monaguillo desde muy niño, también desde muy niño dijo que aspiraba a ser sacerdote. Habiendo conocido a un sacerdote cordimariano, se decidió por seguirlo en su vocación religiosa, ingresando en la congregación el 31 de julio de 1902 en Alagón. Enviado a Cervera, aquí profesó el 25 de agosto de 1907 y, hechos los estudios, se ordenó sacerdote el 20 de junio de 1915. Primero fue profesor, pero luego estuvo dedicado a las misiones, que era su peculiar inclinación, estando destinado en Cartagena y luego en Barbastro. Al salir del convento tras el arresto de los religiosos, él fue quien llevó consigo la eucaristía en un maletín.

WENCESLAO CLARÍS VILAREGUT había nacido en Olost de Lusanés, Barcelona, el 3 de enero de 1907 en una familia de labradores acomodados que le dieron una esmerada educación cristiana. A los quince años ingresó en el seminario diocesano de Vich, y estando en él cuidó al padre de un sacerdote. Pero en 1926 decidió ingresar en el seminario de los religiosos cordimarianos de Vich, profesando el 15 de agosto de 1927. Comenzó los estudios de teología y se ordenó de subdiácono, pero como enfermó, él mismo solicitó quedar como hermano coadjutor. Estuvo destinado en Barcelona y Alagón antes de ir a Barbas-

tro, donde, a partir del 20 de julio de 1936, compartiría la suerte de sus compañeros.

GREGORIO CHIRIVÁS LACAMBRA había nacido en Siétamo, Huesca, el 24 de abril de 1880. Trasladado con su familia a Barbastro, aquí conoció a los claretianos, y habiendo quedado huérfano, a los doce años solicitó ingresar en la congregación. Hizo los estudios de humanidades y luego el noviciado en Cervera, profesando el 3 de octubre de 1897 en calidad de hermano coadjutor. Fue sastre en Cervera, Alagón y Lérida, y aquí también sacristán. Pasó luego a Barbastro, donde compartió la suerte de sus hermanos.

Fueron beatificados en Roma por el papa Juan Pablo II el 25 de octubre de 1992 en el grupo de 51 misioneros claretianos mártires de Barbastro.

BEATO ANTONIO PERULLES ESTÍVILL

Presbítero y mártir († 1936)

Nació en Cornudella, Tarragona, el 5 de mayo de 1892, pero cuando tenía cinco años su familia se trasladó a Molá, en la misma provincia. Sus padres, que eran pobres, no regatearon sin embargo sacrificios para que el niño pudiera seguir su inclinación al sacerdocio, entrando en el colegio de San José de Tortosa el año 1903. Estaba ya ordenado subdiácono cuando decidió entrar en la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos del Sagrado Corazón de Jesús. Su primer destino fue el colegio de San José, de Burgos, muy nutrido de alumnos. Se ordenó sacerdote el 20 de diciembre de 1916. Continuó en Burgos en el colegio de San José, del que sería director, salvo una temporada que estuvo de vicerrector del seminario de San Jerónimo. En octubre de 1932 fue destinado administrador del seminario de Orihuela, pasando luego al cargo de rector (7 de septiembre de 1933). Transformó el seminario, elevándolo a gran altura en todos los órdenes. Terminado el curso, hizo los ejercicios espirituales en Tortosa y marchó a Molá para visitar a su familia y allí coincidió con su hermano Prudencio, sacerdote.

Llegada la guerra y viendo el peligro, los dos hermanos y el párroco de Molá se fueron a una cueva en el monte; otro her-

mano, Luis, les llevaba de comer por las noches. A los diez días volvieron a la casa. El día 12 de agosto a las ocho de la mañana, unos milicianos llegaron a la casa y conminaron a los sacerdotes a que no se movieran de allí. Al anochecer volvieron y preguntaron por Antonio, el cual pidió a su hermano la absolución, y con mucha serenidad y recogimiento se despidió de su familia y se fue con los milicianos. Lo condujeron hasta la casa del sacerdote José Estívill, párroco de La Figuera y natural de Molá, y a los dos los hicieron subir a un coche y los llevaron a unos doce kilómetros, en el término de Marsá, donde los fusilaron. Antonio Perulles, viendo que iban a matarlo, cruzó las manos sobre el pecho y se mostró dispuesto al martirio y perdonó a sus verdugos, siendo enterrado en el lugar del martirio, de donde luego sus restos fueron llevados al Templo de la Reparación de Tortosa con los demás operarios mártires.

Fue beatificado por Juan Pablo II el 1 de octubre de 1995 en el grupo de 9 sacerdotes operarios diocesanos martirizados en diversos días del año 1936.

BEATOS FLORIÁN STEPNIAK Y JOSÉ STRASZEWSKI

Presbíteros y mártires († 1942)

El 12 de agosto de 1942 fueron llevados a las cámaras de gas de Linz dos sacerdotes católicos, internados en el campo de concentración de Dachau, en Baviera, y que habían sido declarados inválidos para los trabajos del campo, por lo que se decidió quitarles la vida. El uno era religioso capuchino, el otro miembro del clero secular. Sus datos:

JOSÉ STEPNIAK había nacido en Zdary, Polonia, el 3 de enero de 1912, y era apenas un adolescente cuando despuntó en él la vocación religiosa, deseando ingresar en la Orden capuchina. Los capuchinos de Loew Miasto le ayudaron para que pudiera terminar los estudios de secundaria superior en el colegio de San Fidel, de Lomza, y al acabarlos comenzó su noviciado en el convento de Nowe Miasto, era el año 1931, recibiendo con el hábito capuchino el nombre de fray Florián con el que sería conocido en adelante. Hizo la profesión temporal el 15 de agosto de 1932 y la perpetua el 15 de agosto de 1935. Hizo en Lublín

los oportunos estudios y se ordenó sacerdote el 24 de junio de 1938. Permaneció en el convento de Lublín, frecuentando la Facultad de Teología de la Universidad Católica.

Llegada la guerra, decidió quedarse en el convento para atender las necesidades espirituales de los fieles y acompañar a los difuntos cristianos a la sepultura. Arrestado con sus hermanos de comunidad el 25 de enero de 1940 por la Gestapo, fue a parar al calabozo del castillo de Lublín, de donde el 18 de junio de aquel año pasó al campo de concentración de Sachsenhausen y seis meses más tarde al de Dachau. Aquí su salud se debilitó hasta el extremo de ser llevado al barracón de los enfermos, y como empeoró se le declaró inválido y se le destinó a las cámaras de gas.

JOSÉ STRASZEWSKI nació en Wloclawek, Polonia, el 18 de enero de 1885, ingresando en la adolescencia en el seminario diocesano y recibiendo el sacerdocio el 18 de junio de 1911. Luego de ejercer el ministerio parroquial en Rozprza, Borowno y Krzepice, pasó a la catedral de Wloclawek y fue prefecto de la Escuela de Comercio. En 1922 el obispo le pidió que organizara en un suburbio de la ciudad una nueva parroquia, toda ella de feligreses obreros y humildes. Supo crear una comunidad parroquial viva y fervorosa, con su templo parroquial y medios modernos al servicio de la evangelización. Para premiar sus méritos el obispo lo hizo canónigo de la colegiata de Kalisz. Cuando empezó la guerra fue arrestado el 7 de noviembre de 1939. Tras estar un tiempo en la cárcel, pasó al campo de concentración de Lad y en abril de 1941 fue llevado al campo de Dachau. El hambre, el trabajo y las miserias minaron su salud hasta el extremo de quedar exhausto. Ello trajo consigo su declaración como inválido y su destino el 12 de agosto de 1942 a las cámaras de gas, donde fue eliminado.

Fueron beatificados por el papa Juan Pablo II el 13 de junio de 1999.

13 de agosto

A) MARTIROLOGIO

1. En Cerdeña los santos Ponciano, papa, e Hipólito, presbítero († 236), mártires **.

2. En Ímola (Flaminia), San Casiano († 300), mártir **.

3. En Lyón (Galia), San Antíoco († 500), obispo.

4. En Poitiers (Aquitania), Santa Radegunda († 587), reina de los francos y luego religiosa **.

5. En Skemaris, del Cáucaso, San Máximo el Confesor († 662), abad de Crisópolis, que sufrió mucho en defensa de la verdadera fe **.

6. En Fritzlar, San Wigberto († 738), presbítero y abad.

7. En el monasterio de Altenberg (Alemania), Beata Gertrudis († 1297), abadesa premonstratense *.

8. En Kilmallock (Irlanda), beatos Patricio O'Healy, obispo de Mayo, y Conón O'Rourke, presbítero († 1579), ambos de la Orden Franciscana, mártires bajo el reinado de Isabel I *.

9. En Warwick (Inglaterra), Beato Guillermo Freeman († 1595), presbítero y mártir bajo el reinado de Isabel I *.

10. En Roma, San Juan Berchmans († 1621), religioso de la Compañía de Jesús **.

11. En Viena (Austria), Beato Marcos de Aviano (Carlos Domingo Cristofori) († 1699), presbítero, de la Orden de Hermanos Menores Capuchinos *.

12. En Rochefort (Francia), Beato Pedro Gabilhaud († 1794), presbítero y mártir *.

13. En Saugues (Francia), San Benildo Pedro Romançon († 1862), religioso de la Congregación de Hermanos de las Escuelas Cristianas **.

14. En Barbastro (Huesca), beatos Secundino María Ortega García, presbítero, y diecinueve compañeros: Antolín Calvo y Calvo, Antonio María Dalmau Rosich, Juan Echarri Vique, Pedro García Bernal, Hilario María Llorente Martín, Salvador Pigem Serra, lectores; Javier Luis Bandrés Jiménez, José Brengaret Pujol, Tomás Capdevila Miró, Esteban Casadevall Puig, Eusebio Codina Milla, Juan Codinach Tuneu, Ramón Novich Rabionet, José María Ormo Seró, Teodoro Ruiz de Larrinaga García, Juan Sánchez Munárriz, Manuel Torras Sais, Manuel Buil Lalueza y Alfonso Miquel Garriga († 1936), religiosos todos ellos de la Congregación de Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María *.

15. En Almazora (Castellón), Beato Juan Agramunt († 1936), presbítero, de la Orden de Clérigos Regulares de las Escuelas Pías, mártir *.

16. En Albocasser (Castellón), Beato Modesto García Martí († 1936), presbítero, de la Orden de Menores Capuchinos, mártir *.

17. En Barcelona, Beato José Bonet Nadal († 1936), religioso salesiano, mártir *.

18. En Berlín, en el lugar llamado Plötzensee, Beato Santiago Gapp († 1943), presbítero, de la Compañía de María (Marianistas), mártir **.

B) Biografías extensas

SANTOS PONCIANO E HIPÓLITO
Mártires († 236)

En los difíciles tiempos —entre los siglos II y III— para la comunidad cristiana de Roma, sufrieron persecución y destierro en la isla de Cerdeña dos testigos de la fe. El primero presidía como obispo la comunidad, fundada por Pedro y Pablo. La personalidad del segundo mártir queda envuelta aún en el misterio, sin una identificación clara y definida. El calendario romano del año 354, en la lista cronológica de los entierros de los mártires, señala el 13 de agosto la sepultura en la Via Tiburtina de Hipólito, y de Ponciano en el cementerio de Calixto.

Ponciano rigió la sede de Pedro entre los años 231 y 235. La Iglesia romana no gozaba entonces de paz interior. Posturas enfrentadas sobre la fe y cismas la habían rasgado en su unidad. Los pontificados precedentes de Ceferino (198-217), Calixto (217-222) y Urbano I (222-230) habían experimentado el drama de profundas divisiones a causa de la doctrina teológica y de la disciplina eclesiástica. Se ha hablado de un cisma y un antipapa; muchos historiadores han señalado como cabecilla de la división a Hipólito, dato que la crítica histórica actual rechaza si se atribuye al mártir romano celebrado el 13 de agosto.

Según San Jerónimo *(Carta* 33), en tiempos de San Ponciano un sínodo romano ratificó, bajo el pontificado de Ponciano, la condena de Orígenes que se había pronunciado en Alejandría.

En los primeros años del papa Ponciano rigió el imperio Alejandro Severo (222-235), que se mostró bastante tolerante con los cristianos dando a la Iglesia un espacio de paz y tranquilidad. Tal actitud no fue secundada por su sucesor Maximino el Tracio (235-238). Éste, en el primer año de su mandato, desterró al obispo de Roma, Ponciano, a la isla de Cerdeña, probablemente condenado a trabajar en las minas. El papa previó que su exilio no tendría retorno y por eso renunció a su ministerio

al frente de la Iglesia romana el 28 de febrero de 235, para que ésta no quedase sin cabeza y pastor. Fue el primer papa que, ejemplarmente, dimitió; la fecha mencionada es la primera que conocemos con exactitud en la historia del papado. Clero y pueblo de Roma le eligieron sucesor en la persona del papa Antero (235-236). Sucesor de éste fue San Fabián (236-250). Los sufrimientos del destierro y de los duros trabajos acabaron pronto, el mismo 235, el 30 de octubre, con la vida de San Ponciano, que murió a causa de la persecución por la fe y por su ministerio.

El *Catálogo liberiano* informa que el 235, con el obispo Ponciano, también fue deportado a Cerdeña, «isla malsana» (nociva), el presbítero Hipólito. El papa y el presbítero de Roma murieron allí y sus despojos, como nos ha dicho el cronógrafo del 354, el 13 de agosto, del año siguiente, fueron trasladados de la isla a Roma por iniciativa seguramente del papa Fabián. Ponciano fue inhumado en el cementerio de la Via Appia, en la cripta de los papas, cementerio al que había dado nombre otro papa, Calixto (217-222). Allí fue venerado como mártir, como atestigua la lápida sepulcral, encontrada el 1909 junto a los restos del santo papa, que llevaba la inscripción en griego «Ponciano obispo»; una mano posterior había añadido el título de «mártir». Las reliquias del mártir Hipólito encontraron reposo y veneración en el cementerio de la Via Tiburtina que lleva su nombre.

¿Quién era este Hipólito, presbítero y mártir? Ciertamente es una de las personalidades más discutidas en la historia de los santos. En el siglo XIX, se pretendió reconstruir así su personalidad: presbítero de la Iglesia romana, escritor sabio y fecundo, que encabezó un cisma en la Iglesia de Roma desde la elección del papa Calixto hasta el exilio de Ponciano, destierro que él mismo compartió. Sería el primer antipapa de la historia. Un mismo martirio habría unido a los dos rivales que, antes de sucumbir en el destierro de Cerdeña, se habrían reconciliado. Hipólito habría exhortado entonces a sus seguidores a volver a la comunión católica.

Pero las últimas investigaciones histórico-críticas no corroboran esta identidad de Hipólito. Bajo el nombre de Hipólito, parece que laten tres personalidades: la del mártir romano, ve-

nerado el 13 de agosto en el cementerio de la Via Tiburtina, un escritor y obispo oriental llamado también Hipólito, y un escritor romano cismático.

No dispone la crítica histórica, por ahora, de datos biográficos ciertos sobre la personalidad del mártir, venerado en el calendario del misal romano de Pablo VI y en el *Martirologio romano* de 2001, juntamente con el papa Ponciano, el 13 de agosto. Tal vez nos tengamos que conformar con saber sólo su nombre, griego y por ende de procedencia oriental, y el lugar y día de su sepultura. De todas formas es muy improbable que Hipólito fuera cismático y antipapa, pues el cronógrafo del 354 antepone su nombre al del papa auténtico, Ponciano, como hemos visto. Por otra parte, la historia antigua del culto a los mártires registra varios con este nombre.

San Dámaso (366-384), en su afán de promover el culto de los mártires romanos, hizo restaurar el sepulcro del mártir Hipólito. Recogió en la inscripción que le dedicó una tradición oral sin verificar que lo relaciona con el cisma de Novaciano, el cual escindió en dos facciones la Iglesia de Roma, tras la elección del papa Cornelio en el 251; Hipólito volvió al seno de la gran Iglesia en tiempo de persecución y exhortó a sus seguidores el retorno a la comunidad católica. Parece que el papa Dámaso aprovechó esta narración ejemplar para exhortar a grupos cismáticos, que iban surgiendo en su tiempo, a volver al seno de la gran Iglesia. El pontífice cantor de los mártires es deudor de la confusión existente en su tiempo sobre la personalidad y cronología de Hipólito que ya se había difundido en la Roma de su tiempo: el cisma tras la elección del papa Cornelio data del 251, mientras Hipólito fue enterrado como mártir ya en 236. El poeta hispano Prudencio, en el himno a Hipólito de su *Peristephanon,* incrementa la leyenda y elogio damasianos que él había leído en el sepulcro romano, decorado con un mosaico que representaba el martirio (acaecido en Ostia); describe asimismo las solemnes fiestas que se celebraban en su honor en Porto; pero éstas parece que se dedicaban al mártir local Nono, identificado popularmente con el mártir romano.

Ningún documento del culto al mártir Hipólito de Roma le atribuye autoría de escrito alguno. Pero Eusebio de Cesarea, en

su *Historia eclesiástica* (VI,20.22), habla de un obispo Hipólito autor de muchos libros depositados en las bibliotecas de Jerusalén y de Cesarea. San Jerónimo en su *De viris illustribus* (61) retoma la noticia de este Hipólito, obispo «de una Iglesia ("de cuya ciudad no he podido saber el nombre")», que predicó ante Orígenes; al mismo atribuye doce obras además de las que reseña Eusebio; de él asegura, en otras obras, que murió mártir. Así, pues, como obispo y mártir se difunde el nombre de Hipólito en las fuentes orientales a partir del siglo IV, llegando incluso a atribuirle sede: «obispo de Roma».

Una estatua encontrada en el siglo XVI, según algunos cerca del antiguo cementerio romano de Hipólito, pero más probablemente entre la Via Nomentana y la Tiburtina fuera de las murallas de Roma, según el humanista Pirro Ligorio, que en 1553 la restauró. Algunos identificaron al personaje como el mártir Hipólito, sentado en una cátedra en cuyos lados pretendieron leer inscripciones con títulos de algunas obras recensionadas por Eusebio y por San Jerónimo, y atribuidas al obispo Hipólito. La estatua hoy está expuesta en el atrio de la Biblioteca Vaticana. Consta que fue mutilada en 1551 y luego restaurada con ciertas innovaciones. Recientes investigaciones descubren en ella una originaria figura femenina.

A mediados del siglo XIX, se descubrió un manuscrito del siglo XIV titulado *Philosophoumena* o *Confutación de todas las herejías,* tratado atribuido primero a Orígenes y luego falsamente a Hipólito, pues tal título consta en la susodicha estatua. Al final del escrito, habla en primera persona del conflicto doctrinal y disciplinar con los papas Ceferino y Calixto, y de la constitución de una comunidad enfrentada a estos papas, capitaneada por un presbítero, u «obispo de Roma», que sería el primer antipapa. Esto se unió a la tradición y antiguas noticias de la deportación a Cerdeña de Hipólito y Ponciano, de su reconciliación antes de su muerte y de su veneración como mártires por la Iglesia romana. Pero las investigaciones actuales inducen a distinguir entre el obispo oriental Hipólito, autor de obras doctrinales, el presbítero romano cismático cuyo nombre desconocemos, autor de *Philosophoumena,* y el mártir Hipólito de la Via Tiburtina.

Entre las obras atribuidas a Hipólito romano, ha sobresalido en los estudios litúrgicos y patrísticos del siglo XX el título de la *Tradición apostólica.* A comienzos del pasado siglo, se identificaron la llamada *Constitución de la Iglesia egipcia* con el título citado, del cual se tenían noticias antiguas y que se daba por perdido. La *Tradición apostólica* fue datada a principios del siglo III. En 1968 el sabio benedictino dom Bernard Botte publicó de ella una edición crítica, con texto latino (el original griego se ha perdido) y francés; para Botte el autor era casi seguro: Hipólito de Roma. En los inicios de la reforma litúrgica que siguió al Vaticano II, el libro gozó de gran estima entre liturgistas e historiadores de la liturgia. Además de muchos textos oracionales y de múltiple información sobre ritos y organización de la comunidad (de Roma?, de Alejandría?, era cuestión disputada), llamaban poderosamente la atención los textos de la oración en la ordenación del obispo y de la plegaria eucarística que recita éste después de ser ordenado. Ambos textos fueron muy valorados en la reforma postconciliar, de tal forma que en el Pontifical romano se incluyó la plegaria de ordenación episcopal, retirando la medieval de los sacramentarios romanos, y la plegaria eucarística se utilizó como base para la redacción de la plegaria eucarística II del misal romano de Pablo VI.

Un estudio reciente (año 2002) saca la conclusión de que la *Tradición apostólica* es un conjunto de materiales, que proviene de diversas fuentes, regiones y épocas. La plegaria eucarística habría sido compuesta no a principios del siglo III sino a mediados del IV, seguramente con material precedente.

Cabe añadir finalmente que otro mártir Hipólito aparece relacionado con el martirio legendario de San Lorenzo; sería el nombre de su carcelero. Así lo narra la *Passio Polychronii* del siglo IV, que fabula con la proximidad del sepulcro de San Lorenzo en el campo Verano, en la Via Tiburtina, y la tumba del mártir Hipólito, en otro cementerio próximo, de la misma vía. El culto de San Hipólito, por esta pasión, estuvo unido al de San Lorenzo, en Italia principalmente.

PERE-JOAN LLABRÉS Y MARTORELL

Bibliografía

• Sobre San Ponciano:

ALLARD, P., *Storia critica delle persecuzioni,* II (Florencia 1935) 189-192.

Bibliotheca sanctorum. X: *Pabai-Rafols* (Roma 1968) cols.1013-1015.

FORLIN PATRUCCO, M., «Ponciano», en C. LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los santos,* II (Madrid 2000) 1935-1936.

MARUCCHI, O., «Osservazioni sull'iscrizione di papa Ponciano»: *Nuovo Bolletino di Archeologia Cristiana* 15 (1909) 35-50.

— *Le catacombe romane* (Roma 1993) 192.

PAREDES, J. (dir.), *Diccionario de los papas y concilios* (Barcelona 1998) 21-22.

• Sobre San Hipólito:

AMORE, A., «Note su S. Ippolito martire»: *Rivista di Archeologia Cristiana* 30 (1954) 63-97.

— «La personalità dello scrittore Hipolito»: *Antonianum* 36 (1961) 3-28.

Bibliotheca sanctorum. VII: *Giustiniani-Lhuilier* (Roma 1966) cols.868-879.

BOVINI, G., *Sant'Ippolito dottore e martire del III secolo* (Roma 1943).

BRADSHAW, P. F. - JOHNSON, M. E. - PHILLIPS, L. E., *The apostolic tradition. A commentary* (Minneapolis 2002); véase nota sobre esta obra de P. DE CLERCK, en *La Maison Dieu* 236 (2003) 177-187.

DELEHAYE, H., «Recherches sur le légendier romain»: *Analecta Bollandiana* 51 (1933) 58-66.

FORLIN PATRUCCO, M., «Hipólito», en C. LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los santos,* II (Madrid 2000) 1031-1035.

HANSSENS, J., *La liturgie d'Hippolyte* (Roma 1959) 217-340.

HIPÓLITO (San), *La tradition apostolique.* Ed. B. BOTTE (París ^{2}1968) 11-31.

METZGER, M., «Enquêtes autour de la prétendue *Tradition apostolique*»: *Ecclesia Orans* 9 (1992) 7-36.

NAUTIN, P., *Hippolyte et Josipe* (París 1947).

— *Lettres et écrivains chrétiens des II^{e} et III^{e} siècle* (París 1961) 17-207.

NORELLI, E., *L'Anticristo* (Florencia 1987), Introducción.

PALACHKOVSCHY, V., «La tradition hagiographique sur S. Hippolyte», en F. L. CROSS (ed.), *Studia patristica,* III (Berlín 1961) 97-107.

— «Ricerche su Hipolito»: *Studia Ephemeridis «Augustinianum»* 13 (1977).

— «Nuove ricerche su Hipolito»: ibid., 30 (1989).

QUASTEN, J., *Patrología.* I: *Hasta el Concilio de Nicea* (Madrid ^{6}2001) 468-513.

ROSSI, G. B., «Il cimitero di S. Ippolito presso la via Tiburtina»: *Bulletino di Archeologia Cristiana* (1882) 17-37.

TREVIJANO, R., *Patrología* (Madrid ^{3}1994) 143-153.

SAN CASIANO DE ÍMOLA

Mártir († 300)

Un día el poeta Aurelio Prudencio va a Roma. Es en los primeros años del siglo V. En su paso para la capital del Imperio se detiene en el Foro Cornelio, hoy Ímola. Lleva el corazón angustiado, porque de la solución del negocio, motivo del viaje, depende tal vez la seguridad de su porvenir y el de su familia. Espíritu profundamente cristiano, se siente acuciado a enco-

mendarse al Redentor y entra a orar en una iglesia. Se postra ante el sepulcro del mártir Casiano, cuyas reliquias se veneran allí, y se abisma en profunda oración. Una oración que es un contrito recuento de pecados y sufrimientos.

Cuando, entre lágrimas, levanta los ojos al cielo, su vista queda prendida en la contemplación de un cuadro pintado de vivos colores. Se ve en él la imagen de un hombre semidesnudo, cubierto de llagas y sangre, rasgada su piel por mil sitios. A su derredor una turba de chiquillos exaltados esgrimen contra él los instrumentos escolares y se afanan por clavarle en las ya laceradas carnes los estiletes usados para escribir.

Conmovido el poeta por esta trágica visión pictórica, en la que, sin duda, ve un traslado de su propio desgarramiento interior, pregunta al sacristán de la iglesia por su significado. Éste, tal vez con voz indiferente por la costumbre, le explica que el cuadro representa el martirio de San Casiano, y le cuenta la historia y pormenores de su muerte, acaecida bastante anteriormente y testimoniada por documentos. Termina recordándole que se acoja a sus súplicas si tiene alguna necesidad, pues el mártir concede benignísimo las que considera dignas de ser escuchadas.

Prudencio lo hace así y comprueba la veracidad de las palabras del sacristán, pues su negocio de Roma se resuelve satisfactoriamente. Vuelto a España, compone en honor de San Casiano, como exvoto de agradecimiento, un precioso himno, que es el IX de su *Peristephanon.*

En él nos explica la historia de este su viaje a Roma y pone en labios del sacristán la narración del martirio del santo. Es indudable que las palabras del sacristán, a pesar del tono de suficiencia que pudieron tener, debieron de ser más sencillas. Pero Prudencio es poeta. Es el más excelso cantor de los mártires cristianos. Su espíritu se deja arrebatar en alas de su numen y de su entusiasmo. Y nos da una espléndida versión poético-dramática.

Casiano era maestro de escuela. Un maestro severo y eficiente, según esta interpretación. Enseña a sus niños los rudimentos de la gramática, al mismo tiempo que un arte especial: el de la taquigrafía, ese arte de condensar en breves signos las

palabras. Es acusado de cristiano. Y los perseguidores tienen la maligna ocurrencia de ponerle en manos de los mismos niños, sus discípulos, para que muera atormentado por ellos, y que los instrumentos del martirio sean los mismos de que antes se valían para aprender. Estas circunstancias, con toda su carga dramática, son aprovechadas por el poeta para resaltar la crudeza del martirio:

> «Unos le arrojan las frágiles tablillas y las rompen en su cabeza; la madera salta, dejándole herida la frente. Le golpean las sangrientas mejillas con las enceradas tabletas, y la pequeña página se humedece en sangre con el golpe. Otros blanden sus punzones [...] Por unas partes es taladrado el mártir de Jesucristo, por otras es desgarrado; unos hincan hasta lo recóndito de las entrañas, otros se entretienen en desgarrar la piel. Todos los miembros, incluso las manos, recibieron mil pinchazos, y mil gotas de sangre fluyen al momento de cada miembro. Más cruel era el verduguito que se entretenía en surcar a flor de carne que el que hincaba hasta el fondo de las entrañas».

El lector se estremece, no tanto por los tormentos en sí cuanto por verlos venir de quien vienen: de niños y discípulos. Pero el poeta parece llevado en brazos de un fuego trágico. Se complace en pintarnos el estado de ánimo de los pequeños verdugos, imaginándolos llenos de una horrenda malicia con aires de sarcasmo:

> «¿Por qué lloras? —le pregunta uno—; tú mismo, maestro, nos diste estos hierros y nos armaste las manos. Mira, no hemos hecho más que devolver los miles de letras que recibimos de pie y llorando en tu escuela. No tienes razón para airarte porque escribamos en tu cuerpo; tú mismo lo mandabas: que nunca esté inactivo el estilete en la mano. Ya no te pedimos, maestro tacaño, las vacaciones que siempre nos negabas. Ahora nos gusta puntear con el estilo y trazar paralelos unos surcos a otros, y trenzar en cadenita las rayas truncadas. Ya puedes enmendar los versos asoplados en larga tiramira, si en algo erró la mano infiel. Ejerce tu autoridad; tienes derecho a castigar la culpa si alguno de tus alumnos ha sido remiso en trazar sus rasgos».

Cuesta trabajo imaginar tal cantidad de perfidia en los tiernos corazones infantiles. Prudencio parece haberlo presentido; por eso antes nos ha dado unas explicaciones de esta actitud, como si quisiera justificarla o, al menos, motivarla:

> «Ya es sabido que el maestro es siempre intolerable para el joven escolar, y que las asignaturas son siempre insoportables para los niños [...] Gusta sobremanera a los niños que el mismo severo maestro sea el escarnio de los discípulos a quienes contuvo con dura disciplina».

Sin embargo, a pesar de estos motivos, nuestro corazón sigue anonadado. Y es que Prudencio canta, sobre todo, aquí, la horripilante crudeza del martirio. Absorbido tal vez sólo por el impresionante verismo del cuadro, y transportado en alas de su fuerza trágica, no ha visto más que el montón de dolores que se multiplicaban indefinidamente sobre el cuerpo del mártir. Y alrededor de este eje ha construido, en círculos concéntricos, la mágica unidad de su poema: los dolores adquieren magnitud porque vienen de unos niños airados; los niños están exacerbados porque sienten un negro placer en vengarse de la severidad del maestro.

No hay duda que esta disposición íntima contribuye a la grandiosidad del poema, y, consecuentemente, del mártir. Pero, ¿no se habrá dejado llevar el poeta por el afán de la exageración?

En primer lugar, respecto de los niños. Es verdad que hay en el corazón humano recónditos rencores que afloran en ocasiones excepcionales. Es verdad que también pueden existir, que existen indudablemente, en el corazón de los niños. La imagen de la inocencia infantil no absorbe todos los repliegues de sombra. Es verosímil, por tanto, que en las circunstancias de este martirio las obscuras fuerzas represadas desbordasen todos los diques de bondad. Añádase a esto la presión ejercida por la presencia animadora y el enérgico mandato del juez perseguidor, y la facilidad de contaminación del furor colectivo. Pero, aun así, uno se resiste a la generalización. ¿Es posible que todos los niños estuviesen poseídos de esa furia diabólica, que en ninguno de ellos hubiese siquiera un destello de compasión, de resistencia, de lágrimas?

En segundo lugar, respecto del mismo maestro. La imagen que nos ofrece Prudencio de San Casiano como maestro, ¿no es excesivamente severa? Son unos rasgos acusadamente llenos de aristas:

«Muchas veces los duros preceptos y el severo rostro habían agitado con ira y miedo a sus alumnos impúberes».

Naturalmente, en ocasiones habría tenido que hacer uso de la seriedad y hasta del castigo. Pero ¿siempre? ¿Era solamente el gigante enemigo, imponente ante la pequeñez e impericia de los débiles niños? ¿No se diferenciaría, precisamente por su calidad de cristiano con vocación de amor, por una suavidad mayor de la corriente en las demás escuelas? Se habría excedido, sin duda, alguna vez, arrastrado por la cólera o la impaciencia. ¿Quién no? ¡Y es tan fácil en los que mandan este arrebato de suficiencia, que no soporta ser vencido por la insolencia o la valía de los subordinados! Pero, sin duda también, en los ratos de oración y de humilde reconocimiento de pecados habría sacado impulso para un trato más dulce, más paternal, más cariñoso.

Además de esto, y sobre todo, en el magnífico himno de Prudencio falta algo: el alma de Casiano. La íntima actitud de su espíritu en el trance doloroso del martirio. El poeta, obsesionado por el cuerpo lacerado, por la sangre bullendo a borbotones, por la piel rota en mil rasgaduras, nos ha escamoteado la fuente. Sólo en una ocasión pone en labios de San Casiano todas las impresiones y manantial de toda la fuerza.

«Sed valientes, os ruego, y venced los pocos años con vuestros esfuerzos; que supla la fiereza lo que falta a la edad».

Pero esto no es más que un trozo de espíritu: la punta del ánimo heroico que late en el pecho del mártir. Y está empleado sólo como apoyatura para la exaltación de lo externo.

Tenía que haber más. El mártir no podía menos de ver a los niños. Un enjambre de enfurecidas avispas pugnando por hendir en la blandura de su carne la acerada lanza de los aguijones. Un confuso griterío; un montón de encrespadas cabelleras; un bosque de manos, tiernas manos, agitadas; un llamear de ojos, miles de ojos multiplicándose en aquel baile frenético. También algunas manos remisas, vacilantes, tímidamente escondidas, y algunos ojos húmedos, temblorosos, asustados, dolientes... Y no podía menos de ver en los niños a sus discípulos. Eran ellos, los mismos a quienes estaba dedicando su paciencia, su saber, su vida.

Todos allí. ¿Tendría vigor para recorrerlos uno a uno? Ése, el de la tez bruna, que tan expresivamente recitaba a Homero; ese otro, cuya manecita rebelde tantas veces hubo el maestro de guiar sobre la encerada tablilla; y aquél, que tanta paciencia le hizo gastar hasta que aprendió las declinaciones griegas; y este de más acá, el reconcentrado, que ahora esgrimía el punzón medio a ocultas, pero con golpes secos y profundos; y el otro, el travieso rubicundo, el más castigado, aunque no el menos querido; y este pequeñito, que participaba en la matanza como en un juego... Y uno, y otro y otro. Todos pasarían en rápidas oleadas por la imaginación del maestro, con sus rostros, sus almas, sus nombres tan sabidos y tantas veces repetidos en mil tonos diferentes. Tal vez los gemidos que se escapaban de los labios del mártir no fuesen sino nombres de alumnos, pronunciados silenciosamente con aire de asombro, de queja, con palpitaciones de última agridulzura.

Y este vértigo de nombres y rostros, en la prolongación de su agonía, tenía que ser para el maestro martirizado como un espejo donde se reflejaba su vida: esfuerzos, ilusiones, gozos, fallos. Días llenos de la más rutinaria monotonía, momentos de desesperada sensación de inutilidad, ramalazos de ira o impotencia, minutos rebosantes de nitidísima alegría, impaciencias, lágrimas, voces imperiosas, palabras persuasivas, multiplicándose a lo largo de generaciones de chiquillos, que pasaban por sus manos como masa informe y salían de ellas con una luz encendida en la frente. Todo para desembocar en este fracaso final: sentirse matar lentamente por los mismos a los que él se había afanado en educar para la rectitud y el amor.

Aunque ¿era esto, efectivamente, un fracaso? Humanamente, desde luego. Pero era a través de este tormento como Casiano conseguía su verdadera gloria. Porque el final no era esto, la muerte atroz y desalentadora. El final estaba más allá de la frontera de la muerte, en un campo que se abría con claros horizontes de sosiego. El blanco al que se dirigía esta flecha de carne dolorida era el mismo Dios. Solamente Dios daba sentido a su muerte, como había dado sentido a su vida. Por eso no podemos pensar que el alma de Casiano estuviese ausente de Dios en estos terribles momentos. Había de estar necesariamente an-

clada en él. Cada latido de sus venas, cada gemido de su garganta, cada pensamiento de su mente serían una aspiración y una súplica al Señor. El mismo transitar de su imaginación por caras, y manos, y nombres, y días, tendría su eco en Dios. No podía menos de resumir en apretada síntesis de gracias y fervores, de pecados y contriciones, de sequedades y esfuerzos, el caminar de su vida hacia la casa del Padre.

¿Y los dolores? Estos agudos dolores de ahora, que se sucedían atropelladamente, sin dejar lugar al respiro, eran ya de por sí una oración con fuerza de sangre. Y Casiano los recibiría con sentido de holocausto. Y los ofrecería humildemente al Redentor como reparación por ese reguero de sombras que, entre destellos de luces, deja el hombre sobre la tierra.

Y se acordaría de Jesús muriendo en el Calvario. Esa turba de chiquillos en danza loca buscando su cuerpo le sugeriría aquella otra masa imponente de judíos vociferantes atronando con insultos los oídos del crucificado. Aquéllos eran el pueblo de Dios. Éstos eran la familia del maestro. Y, lo mismo que Cristo rezaba al Padre por sus verdugos, Casiano pediría por sus niños: que Dios los perdonase, que no sabían lo que estaban haciendo, que él los quería de verdad, que Dios limpiase sus almas de la honda grieta de negrura abierta por este crimen, que los transformase, que él entregaba su propia inmolación por ellos, que...

Y luego, también como Jesús, pondría su espíritu en manos del Padre. Un aliento interminable que nacía del fondo y le arrastraba hasta el seno de Dios. No es que quisiese romper con la vida, con este su final de fracaso, como quien tira a la cuneta del camino los desperdicios o lo desagradable, la desgarradura del vestido. No. El mismo fracaso —lo que su martirio tenía de fracaso humano— era lo que él quería asumir, como el último sorbo del cáliz amargo, y, con él en la misma punta de los labios, subir hasta Dios, hasta esa gloria que él veía inviolable: el mismo corazón del Padre.

Y de esa manera entregaría su alma. Prudencio nos lo dice con estas bellísimas, ingenuas palabras:

> «Por fin, compadecido Cristo del mártir desde el cielo, manda desatar los lazos del pecho, y corta las dolorosas tardanzas y los

vínculos de la vida, dejando expeditos todos sus escondites. La sangre, siguiendo los caminos abiertos de las venas desde su más íntima fuente, deja el corazón, y el alma anhelante salió por todos los agujeros de las fibras del acribillado cuerpo».

¿Queda así ya completa la imagen de San Casiano? El poeta Prudencio nos ha descrito con magistral sentido realista y dramático los tormentos físicos del mártir y la embravecida animosidad infantil. Nosotros hemos intentado acercarnos a su alma. Es un osado atrevimiento, aunque pocas veces tan justificadamente verosímil como aquí.

En realidad, lo que sabemos de San Casiano puede reducirse a unas simples afirmaciones: que era maestro de escuela, perito en taquigrafía, que murió a manos de sus discípulos, y que seguramente sucedió el martirio bajo la persecución de Diocleciano (303-304). Pero siempre es lícita al hombre la aventura de comprender al hombre. Más aún: es humana. Y cuando se hace con respeto y justicia, a pesar de todos los riesgos, llega al fondo de la realidad con una precisión mayor tal vez que una multiplicación de datos escuetos.

De la narración de la historia y martirio de San Casiano, Prudencio ha sacado también una conclusión. Una conclusión muy sencilla, pero deliciosamente confortadora: la de que el mártir escucha benignísimo las súplicas del corazón angustiado de los hombres. A nosotros, después de eso, nos bastaría con habernos adentrado —bien tímidamente, desde luego— en el lago interior de esta alma humana, y en unos momentos de tan profundas resonancias, cuando las aguas del ser están todas conmovidas por un estremecimiento de íntegra decisión. Nos bastaría con ello, porque esto conmueve, ahonda y purifica nuestro propio ser.

Y, si no nos conformamos con esta purificación esencial, aún podemos deducir una lección de prolongada estela práctica. San Casiano no fue atormentado por haber cumplido mal su misión de magisterio, ni la rebeldía de los niños y su encarnizado afán homicida fue una explosión directa, sino provocada por un fuego atizado desde fuera. Sin embargo, la realidad de su muerte representó para él la herida en el punto más doloroso. En su martirio no hubo nada que supiese a satisfacción humana. Lo que a otros mártires les da cierta aureola de triunfadores

terrenos —la heroicidad, la altivez con que soportan, el mismo reto erguido frente a los jueces o verdugos...— está aquí ensombrecido. Porque Casiano, después de negarse a sacrificar a los ídolos, ya no tiene delante un tirano a quien increpar, frente a quien afirmarse, sino a sus niños, a sus queridos alumnos, a sus frágiles niños. ¿Contra qué fuerza oponer su fuerza? No le queda más que dejarse llevar, vencer, destrozar, hundirse.

Y aquí está la lección. El libro abierto de este martirio nos enseña cómo puede Dios, para subirnos hasta Él, herirnos en lo más querido, barrer de un soplo nuestras más acariciadas ilusiones, hundirnos en la apariencia de la inutilidad, izar en nuestra persona la bandera del fracaso. Y todo eso tal vez sin sangre, en la más pura vulgaridad del anonimato. Aunque ello no sería excusa para el desaliento, sino motivo para una total decisión de lucha, al mismo tiempo que para una activa y vital oblación. Y eso hasta el final. Ese final que sólo está en manos de Dios y que siempre lo ejecutan las manos de Dios.

Las reliquias de San Casiano se veneran en la catedral de la ciudad italiana de Ímola, que se enorgullece con su patrocinio. Honradas primeramente en una basílica, fueron trasladadas a la catedral, recientemente construida, en el siglo XIII, y luego encerradas en una caja de plomo y colocadas bajo la cripta, en el centro del presbiterio, al restaurarse la catedral en 1704.

SERVANDO MONTAÑA PELÁEZ

Bibliografía

Acta sanctorum. Augusti, III, 16-23.

AMORE, A., «Casiano d'Imola», en *Enciclopedia Cattolica.* III: *Bra-Col* (Ciudad del Vaticano 1949) col.1004.

AURELIO PRUDENCIO, «Peristéfanon/Peristephanon, IX: Martirio de San Casiano de Foro Cornelio», en *Obras completas de Aurelio Prudencio.* Ed. bilingüe (Madrid 1981) 617-625.

FRANCHI DE CAVALIERI, P., «Le leggende di S. Casiano d'Imola»: *Didaskaleion* 3 (1925) 1-14.

JOSI, E., «Imola», en *Enciclopedia Cattolica.* VI: *Geni-Inna* (Ciudad del Vaticano 1951) cols.1700-1702.

• Actualización:

BLESS-GRABHER, M., *Cassian von Imola. Die Legende eines Lehrers und Märtyrers und ihre Entwicklung von der Spätantike bis zur Neuzeit* (Berna 1978).

SANTA RADEGUNDA

Reina y religiosa († 587)

Es curioso: Santa Radegunda, que con tan justo título tienen los franceses como una de sus santas más insignes, fue, sin embargo, por nacimiento, la primera de las santas alemanas. Parece cierto que nació en Erfurt. Pertenecía a la Casa de Turingia, hija del rey Berthairo, muerto a manos de su propio hermano Hermenefrido. El mismo Hermenefrido, para verse libre de su otro hermano, llamó a los reyes francos en su ayuda. Y, en efecto, también Baderico, que así se llamaba, murió. Radegunda, niña aún, pasó a vivir, con sus hermanos, en casa del verdugo de su padre y de su tío. Pero los reyes francos se quejaron de no haber recibido lo que se les había prometido, y estalló la guerra. Los turingios fueron subyugados y Radegunda y sus hermanos llevados cautivos.

Esto iba a cambiar por completo la vida de Radegunda. La niña era muy bella, y, después de disputársela ásperamente a su hermano Thierry, Clotario la envió a su «villa» de Athies. Allí recibió una sólida formación moral y una cierta cultura. Hasta que, hacia el año 536, Clotario, viudo después de la muerte de la reina Ingonda, decide contraer matrimonio con su cautiva. Ella se resiste, y hoy nos parece lógico. Tenía que resultarle duro convivir con el dominador de su propia patria, mucho mayor en edad que ella, poco hecho a la idea de una monogamia estricta. La joven princesa escapó, pero fue encontrada y llevada con buena escolta a Soissons, donde se celebró el matrimonio.

Se ha pretendido que Radegunda consiguió guardar su virginidad después de casada. Difícil, prácticamente imposible, resulta esto conociendo el temperamento brutal de Clotario. Lo que sí es cierto es que la reina continuó en palacio viviendo una intensa vida espiritual, rezando el oficio, pasando noches enteras en oración.

Un día la convivencia con el rey se hizo muy difícil: su patria, la Turingia, se había sublevado. El hermano de Radegunda, que vivía en la corte de Clotario, fue ejecutado en represalias. Clotario, que toda su vida demostró estar profundamente enamorado de Radegunda, supo, sin embargo, hacerse cargo y la

dejó marcharse. Resultaba duro a la reina vivir con quien había ordenado la muerte de su propio hermano.

Encontramos entonces a Radegunda en la hermosa región del valle del Loira, que ya entonces iniciaba un papel extraordinario en la historia de Francia, que habría de continuar desarrollando a lo largo de siglos. La reina va al encuentro de San Medardo, en Noyon, y le pide que la consagre a Dios. El anciano duda, los señores francos que están en la iglesia se oponen, pero la reina consigue, con un apóstrofe de grandeza soberana, impresionar al santo, quien le impone las manos y la constituye en religiosa.

Radegunda marcha entonces a Tours, donde venera la tumba de San Martín, y se dirige a Saix. Saix era por aquel tiempo una villa real, transformada hoy en un pequeño pueblecillo atendido por el vecino cura de Roiffé. En los confines de la Turena y del Poitou, en una naturaleza llena de extraordinaria belleza, aquel rincón se prestaba admirablemente para la vida que la reina aspiraba a llevar. Y así, religiosa en su propia casa, se dedica Radegunda a las tareas propias de su estado: lectura espiritual, oración, ejercicio de la caridad con los enfermos.

Todo parecía marchar bien cuando llega la noticia de que Clotario quiere reclamarla otra vez. Huye Radegunda a Poitiers y se refugia junto al sepulcro de San Hilario. El santo consigue un milagro moral: Clotario construirá para ella un monasterio en Poitiers, con el título de Nuestra Señora. Intenta, sin embargo, un nuevo asalto, pero San Germán, el obispo venerado por todos, se interpone. Clotario ya no volverá a insistir y terminará pacíficamente sus días el año 562.

Las religiosas, atraídas por la fama de santidad de Radegunda, afluyen al monasterio de Nuestra Señora. Sólo la reina está a disgusto entre aquellas muestras de veneración que recibe por parte de sus hijas espirituales. Por eso un día consigue dejar el gobierno de la comunidad en manos de Inés, su hija preferida. Ella se dedicará únicamente a santificarse en los trabajos más humildes y costosos del monasterio, y a trabajar discretamente al servicio de su reino.

Hacia el año 567 un poeta originario de Italia llega a Poitiers. Viene rodeado de una aureola de gloria, después de una vida de

trovador errante y devoto. Iba a acabarse para él ese continuo peregrinar. Radegunda e Inés iban a sujetarle con dulzura en Poitiers. Iniciado en la vida espiritual, recibe la ordenación sacerdotal y queda como consejero del monasterio. Él mismo será quien, en una maravillosa *Vida de Santa Radegunda,* nos contará con todo detalle cómo transcurría la existencia de la antigua reina por aquellos días.

Hay, sin embargo, un episodio de la vida del monasterio que iba a tener repercusión en la liturgia universal. Santa Radegunda era, como lo somos todos, hija de su propio tiempo. Por eso compartía con su época la pasión por las reliquias. La recomendación del rey Sigeberto, su hijo político, y el apoyo de los príncipes de Turingia, sus primos, refugiados en Constantinopla, le consiguieron del emperador Justino II un fragmento considerable de la verdadera cruz. Era el año 569.

Al acercarse la sagrada reliquia a Poitiers vibra de entusiasmo. Y al entrar en el monasterio la cruz se cantan por vez primera los dos célebres himnos compuestos por Venancio Fortunato: *Pange lingua gloriosi* y *Vexilla Regis prodeunt.*

Tres afanes iban a centrar la vida de Santa Radegunda. El primero, consolidar su fundación. Ya con ocasión de la entrada de la verdadera cruz el obispo había mostrado su desdén hacia el monasterio, marchándose ostensiblemente de la ciudad, sin querer intervenir en la ceremonia. Apuntaba, por consiguiente, un peligro al que Radegunda quiso poner remedio oportunamente. No vaciló para ello en abandonar su convento, que había tomado el nombre de Santa Cruz después de la llegada de la reliquia, y hacer un viaje a Arlés, para estudiar sobre el terreno la regla que cincuenta años antes había escrito San Cesáreo para las religiosas de San Juan, agrupadas en torno a su hermana mayor Cesárea. La abadesa las recibió, pues iba acompañada de Inés, la superiora de Santa Cruz, con encantadora caridad y les proporcionó todos los datos que querían. A la vuelta a Poitiers Radegunda puso por obra su plan: sustraer el monasterio a la autoridad del obispo diocesano, colocándole bajo otro que fuese superior.

Y, en efecto, sometió las reglas del monasterio a la firma de siete obispos, de los que cinco de ellos pertenecían a la provin-

cia de Tours. Basándose en el valor personal que entonces solían tener las leyes, y teniendo en cuenta que cada uno de estos obispos tenía religiosas que eran, en cierto modo, súbditas suyas en el monasterio, la regla aparecía como obligatoria para cada una de ellas en virtud del mandato de su propio obispo. Como, por otra parte, esa regla era la de San Cesáreo de Arlés, e Inés había recibido la bendición de San Germán, obispo de París, nadie podía alegar una jurisdicción exclusiva sobre el monasterio y éste podía considerarse lo que hoy llamaríamos exento.

Quedaba un segundo afán: consolidar la vida interna del monasterio. Los testimonios contemporáneos son elocuentes. Santa Cruz reunía entonces dentro de sus muros doscientas monjas que llevaban una vida ejemplar y santa: salmodia, trabajo de la lana, copia de manuscritos, lectura, meditación, etc. Radegunda miraba aquel cuadro complacida. Según una de sus religiosas solía decirles ya al final de su vida: «Yo os he escogido, hijas mías, y vosotras sois mi luz, mi vida, mi reposo, toda mi felicidad. Vosotras sois mi planta predilecta». Bien es verdad que esto no se logró únicamente con leyes, sino muy principalmente con la ejemplaridad de su vida. Venancio Fortunato nos ha apuntado, con el realismo de aquella época de sencillez, la humildad con que la santa se dedicaba a las tareas más repugnantes del monasterio, las horas que pasaba en la cocina, el rigor con que observaba la clausura.

Faltaba el cuidado de una tercera tarea. Ésa estaba fuera del monasterio, y pertenece más bien a la historia general de Francia. Señalemos, sin embargo, que la reina viuda no se desentendió de la suerte de su pueblo. Conservó siempre una influencia grande en las familias entonces reinantes. «La paz entre los reyes, ésa es mi victoria», declaraba ella con sencillez. Y, acaso sin darse cuenta de toda la trascendencia que iba a tener su tarea, empujaba fuerte y suavemente hacia la fusión a los diversos reinos francos.

Murió el 13 de agosto del 587. Poseemos una descripción de sus funerales, que constituye una de las páginas más emocionantes de la literatura de aquellos tiempos. La escribió San Gregorio de Tours, el mismo que actuó en los funerales. Él nos

cuenta cómo, al salir del monasterio el cuerpo para ser llevado a la sepultura, las religiosas se apretujaban en las ventanas y en las saeteras de la muralla, rindiendo su último homenaje a su madre con sus gritos, sus lamentaciones y sus sollozos. Los mismos clérigos encargados del canto apenas conseguían sobreponerse a su propia pena, y les era difícil cantar oprimidos por las lágrimas. Fue un día inolvidable.

> «Poitiers —escribía en 1932 el padre Monsabert— le ha permanecido fiel. Ningún nombre es más popular que el suyo; se lleva a los niños a su tumba, su recuerdo flota sobre el país; su obra, su comunidad, subsisten aún: es la abadía pronto catorce veces centenaria de Santa Cruz».

LAMBERTO DE ECHEVERRÍA

Bibliografía

AIGRAIN, R., *Sainte Radegonde* (París 1918).
— *L'hagiographie* (París 1953) 161s; 204-205; 237s; 302-305.
GREGORIO DE TOURS (San), *Historia francorum,* XXXIX-XLIV; cf. *La storia dei Franchi.* Ed. bilingüe por M. Oldoni (Roma 1981).
— *Liber in gloria confessorum,* CIV: PL 71,827-910.
MONSABERT, P. DE, *Le monastère de Sainte-Croix* (Poitiers 1932).
VENANCIO FORTUNATO, «Vita sanctae Radegundis», en *Acta sanctorum.* Augusti, III, 67-74.
• Actualización:
FOLZ, R., *Les saintes reines du Moyen Âge en Occident (VI^e^-XIII^e^ siècles)* (Bruselas 1992) 13-24.
FRIGERIO, G. - MAGATTI, M., *Punti di luce nel deserto. Santa Radegonda e il ruolo dei monasteri femminili nel Medioevo* (Milán 1995).
VENANCIO FORTUNATO, *Vite dei Santi Ilario e Radegonda di Poitiers.* Ed. G. Palermo (Roma 1989).

SAN MÁXIMO EL CONFESOR

Abad († 662)

> «San Máximo Confesor es, indudablemente, el escritor griego más destacado del siglo VII. En sus obras aparecen sus profundos conocimientos en el terreno dogmático y patrístico, así como también en la exégesis bíblica, en la mística y aun en la liturgia. Sin embargo debemos confesar que, dejándose llevar de un defecto muy común entre los griegos, resulta excesivamente ampuloso y oscuro».

Este juicio del P. Llorca en su *Historia de la Iglesia católica* nos introduce plenamente en el interés por este escritor y santo bas-

tante desconocido, cuando nos hallamos ante el último testigo de la Iglesia todavía indivisa, ante uno de los valladares inexpugnables en la defensa de la verdadera doctrina, hasta el punto de que puede ser considerado como mártir.

Descendiente de una familia aristócrata y cristiana, nació el año 580 en Constantinopla. No tenemos muchas noticias de sus primeros años ni de quiénes eran sus padres. A juzgar por los conocimientos que demuestra en sus obras, debió recibir una sólida formación clásica. Conocedor de los filósofos griegos y de los Santos Padres —cuyas huellas se notan en profundidad—, sobre todo del mejor Orígenes y de Evagrio Póntico, asceta de Egipto. Se cree que hacia el año 610 era ya primer secretario del emperador Heraclio, pero sólo tres años después deja tan halagüeños cargos, renuncia a su futuro en el mundo, cruza el Bósforo y se interna en el monasterio de Crisópolis de Escrutari, donde ya empieza a destacar en las controversias cristológicas de la época.

El año 626 tiene lugar la invasión persa y los monjes se dispersan por diversos monasterios, entre ellos está Máximo que recorre sucesivamente Creta y Chipre para terminar en Egipto, país que se convertirá en su nueva patria porque, entre otras cosas, era entonces el centro de las controversias que agitaban a las iglesias orientales.

En esos momentos estaba en todo su auge la contienda provocada por los monotelitas, que afirmaban la existencia de una sola voluntad en Cristo. Deducían esta su afirmación como consecuencia de la condena del monofisismo que ponía en Cristo una sola naturaleza. Lo que podía parecer una cuestión puramente doctrinal se convertía, por la situación que se vivía en esa época, también en un problema social y político. Y así, el decreto imperial —*kthesi*— del año 638 proclamaba en Cristo dos energías y una sola voluntad. Máximo, hombre de espíritu batallador, se enfrentó a la doctrina imperial proclamando las dos voluntades y se opuso al entonces patriarca Pirro, que terminó siendo desterrado en el año 639 por el emperador Constancio II.

El abad Máximo promovió la celebración de varios concilios particulares para terminar en el gran concilio de Cartago

del año 645, donde compareció el Patriarca de Constantinopla. En el debatido enfrentamiento doctrinal Pirro terminó por reconocer sus errores. Esta victoria causó un gran impacto y revuelo en Constantinopla, agravándose la situación cuando el Patriarca marchó a Roma donde abjuró de sus errores delante del papa Teodoro I, griego de origen.

Se hallaba también allí Máximo cuando inesperadamente fue detenido por la policía imperial y acusado de traición, porque en aquellos momentos la doctrina oficial religiosa se identificaba con la seguridad del Estado. En el fondo de este hecho yacía el deseo de acallar la voz de Máximo y obligarle a que suscribiera las tesis monotelitas, como lo consiguieron del voluble Pirro. Se quería obligar a Máximo a suscribir por la fuerza la fórmula monotelita. Para ello compareció ante un tribunal en el que fue acusado de su oposición a la *Ekthesis* o doctrina de la fe, y a la fórmula *Typus,* declaración de Constancio en la que se prohibía en lo sucesivo toda disputa sobre la existencia en Cristo de una o más voluntades. Se le acusaba también de haber conseguido del nuevo papa, Martín I, la celebración en junio del 649 de un sínodo romano, el Concilio de Letrán, en el que tomó parte muy activa y firmó las actas con el nombre de *Máximus monachus,* en las que provocó la condenación total del monotelismo declarando doctrina de fe el principio de que en Cristo coexisten las dos voluntades, divina y humana, excomulgando además a quienes lo negaran.

La reacción del emperador Constante fue fulminante. En el año 653 hizo raptar al papa Martín trasladándolo a Constantinopla. Ante la negativa total del pontífice de cambiar su doctrina, fue desterrado al Quersoneso, en el Mar Negro, donde, víctima de todo tipo de vejaciones, murió el año 655.

Por su parte Máximo también fue llevado a Constantinopla. Inicialmente fue condenado y deportado a Byzia de Tracia. En un nuevo proceso, algunos meses después, lo desterraron a Peberis en los confines del imperio. El año 662 se le hizo comparecer junto a dos de sus más esforzados discípulos —Anastasio el Monje y Anastasio Apocrisario— ante el prefecto y un sínodo reunido en Constantinopla. Las acusaciones que se le imputaban eran muy graves, incluso de carácter político: «Tú eres

—le dicen— el único responsable de haber entregado a los sarracenos el Egipto, la Tripolitania y todo el África del Norte». Se le insta a que rechace el Concilio de Letrán; se hace un simulacro de discusión teológica con Teodosio, arzobispo de Cesarea; y se le ofrecen todo tipo de distinciones si acepta suscribir el *Typus*. Como no consiguen nada con los halagos se pasa luego a los malos tratos.

A pesar de tener ya en ese momento 82 años, no sólo se negó rotundamente a firmar el *Typus* sino que defendió, con valor y brillantez, la verdadera doctrina. Esta actitud irritó a los miembros del sínodo y los tres testigos —Máximo y los dos Anastasios— fueron bárbaramente azotados y luego desterrados primero a Salymbria y luego a la fortaleza de Peibera.

Después de varios años de sufrimientos les cortaron la mano derecha y la lengua y así fueron mostrados al pueblo. Finalmente, los desterraron al fuerte de Lasica en las costas orientales del Mar Negro, al pie del Cáucaso, donde Máximo, extenuado, murió el 13 de agosto del año 662. También murieron en el destierro sus dos compañeros.

A Máximo se le conoce con el nombre de *Confesor* por la vigorosa entereza con que defendió la verdad con obras, palabras y ejemplos. El concilio ecuménico de Constantinopla del año 680 ratificaría solemnemente la doctrina de Máximo sobre las dos naturalezas, voluntades y energías en Cristo y rehabilitó elogiosamente su memoria y la de sus compañeros. Los tres son celebrados como santos, cuyo culto comenzó inmediatamente después de su muerte.

Además de tan vigoroso ejemplo de verdadero martirio nos quedan los escritos de San Máximo. Una obra amplísima que se encuentra recogida con la *Patrología griega*. Se publicaron en París en 1675 en dos tomos. En nuestro tiempo se han reeditado de diversas maneras, incluso en formas parciales con distintos títulos. Éstas son las más sobresalientes: *Quaestiones et dubia; Ambigua ad Iohannem; Disputatio cum Pyrrho; Scholia in beati Dyonisii libros; Quaestiones ad Thalassium; Ambigua in Gregorium Nazianzenum; Brevis enarratio Christiani Paschatis; Computo ecclesiastico; Capita de caritate; Liber asceticus; Mystagogia; Epistolae; Opuscula theologica et polemica.*

Se le atribuye una vida de María, recientemente descubierta en traducción gregoriana del siglo XI y que habría sido escrita antes del año 626. Sería entonces la más antigua vida de la Virgen llegada hasta nosotros.

En conjunto, la obra de Máximo hay que contemplarla como una obra dedicada a la defensa de la doctrina de la Iglesia. Es una doctrina esencialmente cristológica como lo pedía la situación del momento. Sus planteamientos no son sólo religiosos sino también van enraizados en el terreno de la filosofía, siguiendo la vertiente de las tesis aristotélicas. Ninguno de sus contemporáneos se le puede comparar.

La amplitud y diversidad de su obra se mueve en los campos de la dogmática, donde, además de trabajos directos como la *Discusión contra Pirro,* nos encontramos con multitud de cartas y pequeños trabajos.

Otro campo muy trabajado por Máximo es el de la exégesis, generalmente con trabajos encaminados a comentar y explicar pasajes difíciles, muy al modo de la escuela alejandrina.

Igualmente sobresaliente se muestra en sus obras ascéticas y místicas, donde merece una distinción muy especial. Es llamativo el tratado *Mystagogia,* que consiste en una explicación del simbolismo de la liturgia en orden a la vida mística.

Pero quizás donde mejor se revela su alma es en sus cartas, de las que se conservan 45, suficientes para formarnos una idea de su extraordinaria actividad literaria en unos momentos en que existía una confusión general de ideas y donde aparece su saber y su tesón defendiendo la mejor ortodoxia.

En suma, nos hallamos ante una figura que, según el P. Llorca, «merece un puesto de honor entre los Santos Padres de la antigüedad cristiana».

JOSÉ SENDÍN BLÁZQUEZ

Bibliografía

GATTI, M.ª L., *Massimo il confessore: saggio di bibliografia generale ragionata e contributi per una ricostruzione scientifica del suo pensiero metafisico e religioso* (Milán 1987).
Gran Enciclopedia Rialp. Tomo letra M, p.357-358.
LLORCA, B., SI - GARCÍA VILLOSLADA, R., SI - LABOA, J. M.ª, *Historia de la Iglesia católica.* I: *Edad Antigua: la Iglesia en el mundo grecorromano* (Madrid ^{8}2001).
MÁXIMO EL CONFESOR, *Meditaciones sobre la agonía de Jesús* (Madrid ^{2}1996).
— *Tratados espirituales* (Madrid 1997).

SAN JUAN BERCHMANS
Religioso († 1621)

Visto por fuera, es un muchacho bueno, ejemplar modelo de su tiempo. Nada más. Ni siquiera da la impresión de ejercer influencia alguna en los acontecimientos de la época que le ha visto nacer y morir. Sus días son tan breves que apenas pudieran hacer historia.

Examinado de cerca, es el santo (en todo lo que abarca la palabra) cortado para las modernas juventudes. Adiestrado en la lucha de la existencia dura: discípulo, colegial, pupilo, sirviente, ayo, maestro y estudiante. Siempre al servicio de un ideal elevado.

Para su dicha y nuestra edificación vio la luz un 13 de marzo y cerró los ojos a ella otro 13, pero de agosto. Todas las flores bellas tienen su *marzo* y su agosto. La fatalidad supersticiosa del número ha fallado esta vez como tantas otras. El libre devenir de la voluntad humana o divina no puede estar vinculado a la arbitrariedad ni a la mera coincidencia, ni siquiera a la providencia de una cifra.

La órbita de los siglos está a punto de engarzar el anillo del XVI. 13 de marzo de 1599. Bélgica. Apenas es nación. Ningún pueblo lo fue nunca por sí solo. En una villa ni siquiera famosa de Flandes —Flandes también fue España—, en Diest, las efemérides del día registran el natalicio del futuro San Juan Berchmans.

Juan Berchmans era también el nombre de su padre, curtidor de pieles y hasta zapatero remendón cuando la necesidad o la caridad lo exigían. Hombre discreto y prudente, no había podido, por dificultades económicas, concluir la carrera de Derecho, pero llegó a ser presidente del Consejo de Diest. Su temperamento, aunque fuerte e impulsivo, fácil a la reflexión, contrastaba agradablemente con el dulce y apacible de Isabel Van-der-Hove, hacendosa, activa y diligente, piadosa a pesar de sus buenas relaciones «de sociedad».

De raíz hondamente cristiana era el hogar de los Berchmans. En las familias había parientes sacerdotes y ambos esposos se preciaban de tener hermanas en el claustro. Clima propicio para

las siembras de Dios. Aunque, cuando Dios siembra, prepara la tierra.

Cinco fueron los frutos de maternidad de aquella mujer sufrida y enferma. De ellos, tres señalados con el sello amoroso de las divinas predilecciones. Y cuando ella se fue —porque Dios la quiso en su edad temprana—, el corazón de aquel padre ejemplar y esposo modelo se ablandó a las caricias de la gracia divina que llama, se insinúa y se impone, y se ordenó un día sacerdote.

Llega el primogénito de los Berchmans a la vida. La Iglesia le recibe por las puertas amplias del bautismo y, como a todos los que se hacen suyos, lo reviste de la nívea vestidura blanca, para que la conserve resplandeciente y la presente intacta, inmaculada, ante el tribunal de Nuestro Señor Jesucristo. A Juan se lo han dicho al oído. Él no lo ha entendido entonces, pero éste va a ser el distintivo de su vida, de toda su vida: su inocencia angelical.

Rubio, mediana estatura, faz alargada, ojos castaños, grandes, rasgados, saltarines, a través de los cuales se asoma la inocencia que se refleja en sus mejillas, encendidas primero, pálidas después. A través de las diversas etapas de su camino breve ha brillado incesante el encanto de su candor. Era el ángel del hogar pobre y sufrido. Así lo reconoce su santa madre cuando la enfermedad es más aguda y dolorosa. Como ángel del convictorio le mira el sacerdote don Pedro Emmerick, en cuya casa atiende la portería con el libro entre las manos. Iniciaba allí sus estudios. Con la gravedad de la larga dolencia de la madre se agravan las condiciones económicas de aquella noble familia, numerosa ya. Juanito ha cumplido trece años y es ahora el ángel predilecto del señor Timmermans, quien le recibe bajo su techo y protección y le presta toda clase de atenciones. Él lo presentará poco después en el seminario metropolitano de Malinas, donde sus alas visten de modestia y sencillez. Modelo de estudiantes aplicados, sigue aún con las alas extendidas y transparentes.

En el noviciado de los padres jesuitas en Malinas (fundado en 1611) se le conoce por «el ángel de la casa». Tan atractiva era su simpatía, su dulzura tan agradable, tan encantadora su virtud.

El propio director espiritual, padre Antonio Greeff, asegura que parecía un ángel en carne mortal. No es, pues, de extrañar que en sus primeros ejercicios espirituales no le impresionara lo más mínimo la meditación de los pecados.

La conservación de esta expresión angelical se debe sin duda alguna, junto con su entrega generosa y su colaboración personal, a la intervención de la Santísima Virgen, a la que profesa una devoción tierna, confiada, rendida y filial. Ella, la Reina de los ángeles, los hace tales, y así conserva y preserva a los que de verdad la aman.

En el humilde hogar paterno, plantel fecundo de virtudes, se entrena Juan, muy niño aún, en repasar las cuentas del rosario y, memoria fresca para la piedad, no lo olvidará jamás.

Diez inviernos nevados registra la cadena de sus días. 1609 y se pone la primera piedra del primer templo nacional de peregrinaciones marianas. Es la Virgen de Sichem aureolada por los sucesos prodigiosos en torno de la pequeña imagen que un pastorcillo descubre en el hueco de una encina. Juan peregrina a Sichem siguiendo las márgenes del Demer. Cae de rodillas ante la Virgen de Monteagudo. Esto se repite y se vuelve a repetir muchas veces con renovado fervor, que se desborda en torrentes de sinceridad y buenos deseos: «Quiero amar a María». He aquí el estribillo de sus desahogos espirituales. Su devoción a la Madre se hace convicción sensible en él: «Si logro amar a María, tengo segura mi salvación; perseveraré en la vida religiosa; alcanzaré cuanto quisiere; en una palabra, seré todopoderoso». A ella dedicó su *Coronita de las doce estrellas.*

Es el momento culminante de la famosa controversia escolástica sobre la gracia *y* la libertad. Jesuitas y dominicos están de frente en la discusión. Valladolid y Salamanca ocupan la mención de la ciencia universal. Pocos años antes han surgido los errores de Bayo, el catedrático de Escritura en Lovaina, sobre el estado original del hombre, la gracia y la libertad. No ha tenido vergüenza en afirmar que María había sido concebida en pecado, y por eso debió morir. Cierto: los dogmas de la Inmaculada y Asunción no eran luz de mediodía perenne, pero brillaban en los espacios con resplandores de verdad. Belarmino sofoca el germen de rebeldía. Francisco de Toledo, en nombre de Pío V,

apacigua las disensiones. La bandera oculta la ha desplegado Berchmans, despertando las conciencias de tan eminentes cardenales. El error se cernía sobre el país. Juan bastó para desvirtuarlo. Nuestro insigne teólogo Juan de Lugo atribuye el nuevo movimiento favorable en torno a la Inmaculada al interés y la fervorosísima plegaria del joven Berchmans. ¡Lástima que el tiempo no le permitiera asomarse a la palestra de las públicas discusiones!

El mismo Lugo confiesa que el decreto de 24 de mayo de 1622 se ha conseguido no sin la influencia sobrenatural del que fue joven estudiante de los jesuitas en Roma. En él se confirman las constituciones de Sixto VI, Alejandro VI, San Pío V y Paulo V; se manda severamente que nadie, de palabra ni por escrito, ose afirmar que la Santísima Virgen María fue concebida en pecado, y se solemniza la fiesta de la Inmaculada.

Ya en el último año de su vida se había comprometido, firmando con su propia sangre, a «afirmar y defender dondequiera el dogma de la Inmaculada Concepción».

Si hubiéramos de examinar su virtud característica y peculiar —cada santo se suele especializar en una sin menoscabo de las demás—, nos veríamos obligados a reposar las teclas y guardar un silencio prolongado. Su virtud consiste en la práctica de todas las virtudes, y todas —parece imposible— por igual. Su obsesiva tensión, su locura de santo no es otra que la santa regla, la fiel observancia, primero como hijo, después como discípulo, más tarde como jesuita.

«He cumplido siempre con mi padre —que Dios tenga en la gloria— los oficios de verdadero hijo». Virtuoso sin afectación ni gazmoñería, nos dice: «Hablar sin ton ni son de cosas espirituales molesta».

Aforismo de la ascética cristiana es hoy la acertada expresión en que él resume todas las exigencias de su ascetismo: «Mi mayor penitencia, la vida común». La vida común en su doble acepción: la vida de cada día y la vida de comunidad, que no sabe abandonar más que en virtud de estricta obediencia.

Por lo demás, su espíritu disciplinado se mantiene alegre hasta el contagio, pese a las desabridas sequedades de su alma. Su inteligencia despierta se abre a la erudición y disciplinas de

alta cultura. El dominio del inglés, francés y alemán le ilusiona. Habla además flamenco, su lengua patria; el italiano, porque allí vivía; el latín, por exigencias disciplinares. Voluntariamente asistía a una academia helenista del colegio. Todo por las posibles necesidades apostólicas.

En síntesis, ésta es su pequeña historia. Una estela luminosa de veintidós años cumplidos y aprovechados. Dios obró en él sus maravillas, como en todos los santos, más que en el resto de los mortales. El esfuerzo humano es imprescindible en la escala de las ascensiones. Pero al fin y al cabo es lo de menos. Lo de más son las maravillas de la gracia. Tal vez la más patente en Berchmans sea la de no haber sentido nunca el latigazo rebelde de la carne.

«Jesús, María» fue su última plegaria. Jesús y María recogían su alma limpia —ubérrima cosecha— el 13 de agosto de 1621.

Fue canonizado por el papa León XIII en 1888.

JOAQUÍN GONZÁLEZ VILLANUEVA

Bibliografía

CEPARI, V., *Vida del Beato Juan Berchmans de la Compañía de Jesús* (Barcelona 1865).
DELEHAYE, H., *Saint Jean Berchmans (1599-1621)* (París ^{7}1922).
JUAN BERCHMANS (San), *Corona de las doce estrellas de María santísima* (Madrid 1856).
Le Musée Saint Jean Berchmans à Louvain, 18-25 mai 1921. L'exposition, l'iconographie, la bibliographie (Lovaina 1922).
• Actualización:
LIOBA, M., *Saint Jean Berchmans* (Brujas 1980).
SCHOETERS, K., *San Juan Berchmans* (Madrid ^{2}1962).
URRUTIA, J. L. DE, *San Juan Berchmans* (Sevilla 1993).

SAN BENILDO (PEDRO) ROMANÇON

Religioso († 1862)

Los mismos testigos del proceso de la beatificación del hombre de Dios se acordaban bien de aquel 29 de septiembre de 1841. Las calles del pueblo estaban llenas de música y el cortejo se acrecía en cada esquina con una tropa ingenua de chiquillos.

El alcalde y los concejales acompañaron a los nuevos maestros, precedidos todos de los alegres tambores de la fiesta.

Los corros en las puertas de las casas seguían con el comentario y los ojos a los tres religiosos. Se cubrían con un amplio sombrero de alas levantadas a modo de tricornio, y se envolvían en un manteo de extrañas mangas perdidas que abrochaban bajo una golilla lisa y blanca caída en dos tablas iguales sobre el pecho. El más pequeño de los tres, apenas metro y medio de talla, es el director. La primera impresión superficial no es muy optimista en las bocas de los campesinos recelosos: «Nos envían lo que les sobra».

Y, sin embargo, veinte años más tarde, de nuevo, todo el pueblo se echaría a la calle; pero esta vez para acompañar el entierro de aquel hombre pequeño, a quien ya todos llaman santo.

El escenario es Saugues, una pequeña ciudad del macizo central francés; tierras pobres, pastizales, ralas arboledas, en una meseta alta y fría. Capital de aldeas, centra la vida de una comarca, en la que el relativo aislamiento amasa el carácter de los hombres para hacerlos meditativos, serios, apegados a su fe como a su tierra, buenos cristianos o pecadores que saben que lo son. Las veladas de los largos inviernos, que duran de seis a ocho meses, son fácilmente ocasión de atender, sin discurso, a la verdad de la propia vida, los ojos fijos en el fuego del hogar, que las manos inconscientes atizan.

Aquí nació el renombre de santidad del sencillo maestro del pueblo; desde aquí se extendió hasta recibir de la Iglesia el reconocimiento de valor de ejemplaridad, modelo de cristianos y camino hacia la bienaventuranza.

Y, sin embargo, cincuenta y siete años oscuros, gastados en paz en un medio ambiente reducido y monótono —el hogar paterno, el noviciado, la escuela— pudieran parecer caudal harto menguado para alimentar en una vida la aureola pública de la santidad. Pero, una vez más, en la Iglesia los humildes son exaltados en la palabra de Cristo, y a todos se ofrece camino a propósito.

San Benildo recibió en el bautismo el nombre de Pedro; hijo de Juan Romançon, vivió sus quince primeros años en el hogar campesino de sus padres en Thuret, pueblo laborioso, pacífico, siempre renovado a la sombra de la robusta torre hexagonal de la parroquia, que antes fue abadía benedictina y presidió el nacimiento de la villa.

Y Dios señala a quien quiere. A los diez años, Pedro Romançon juntaba a sus compañeros y repetía con ellos el catecismo que el domingo habían aprendido en la parroquia. Algunos años después, en 1818, de la mano de su madre recorre las calles de la capital de la provincia, Clermont Ferrand, y entre las tantas cosas recién estrenadas que se atropellan en sus ojos, la silueta de dos religiosos se abre paso hasta su boca. La piadosa madre satisface su curiosidad. Son los Hermanos de las Escuelas Cristianas; son unos hombres que dedican toda su vida a enseñar a los niños, sobre todo a los pobres, y, sobre todo, las cosas necesarias para servir a Dios y poseerle. Todo un presentimiento oscuro se hace luz en el alma del adolescente.

Sus padres no se oponen a sus deseos, pero tratan de asentar su elección en bases sólidas. Cerca de Thuret hay una escuela de los hermanos. Pedro es enviado allí algún tiempo, como interno.

Su decisión se afirma, pero las puertas del noviciado de Clermont no se abren. Su talla exigua puede comprometer mañana la autoridad del profesor en el mundillo atolondrado de la escuela. Pero la negativa no es rotunda, los superiores saben que la extraña tenacidad persuasiva que brilla en sus pupilas y la firme dulzura de los rasgos de la boca y de las palabras del muchacho pueden suplir otras deficiencias. Y así fue: de esa luz persuasiva de los ojos y de la cálida expresión de sus palabras sus alumnos se acordarán siempre.

Un año, pues, de espera, y Pedro Romançon se convierte en el hermano Benildo, y se incorpora al joven Instituto de San Juan Bautista de La Salle.

Y desde ahora el apostolado de la escuela va a llenar su vida y sus aspiraciones. Lo que tantos teóricos han proclamado, él lo va a realizar en los modestos límites a que le constriñen las limitaciones humanas, pero con una plenitud y una densidad perfectas. Y en esto consistió su santidad según el testimonio del Sumo Pontífice Pío XI: «Hizo las cosas comunes de manera no común».

Aurillac, Riom, Limoges, Billon, Saugues: otros tantos establecimientos docentes primarios que son jalones de la carrera laboriosa y fecunda del siervo de Dios. Maestro de las clases pe-

queñas, responsable más tarde de una sección de barriada de Limoges, director, finalmente, de un modesto grupo escolar en Billon y Saugues.

Pero fue en Saugues donde a lo largo de veinte años tuvo tiempo de hacerse patente a los hombres el heroísmo de su vida.

Los cuatro hermanos de su pequeña comunidad, la escuela, y las relaciones sociales oportunas inherentes a su cargo y exigidas por su caridad van a ser sus preocupaciones para el resto de su vida. Pero este círculo reducido que rodea sus horas, está ceñido a su vez por una presencia ineludible y amada, que da sentido a todo, que avalora todo, que engendra en él la conciencia de la majestad de la misión que se ofrece a su pequeñez. Aparentemente sencilla, esta visión trascendente de la vida, vivida en Dios, es suficiente, porque es inagotable, para alimentar la tensión necesaria, que mantiene al hombre en vela de cara al advenimiento de la eternidad... El hermano Benildo tenía conciencia de esto cuando refería su vocación a la gloria de un emperador, entonces, cuando en Francia se soñaba de nuevo en hacer eternas las efímeras gestas de principio de siglo.

Y fue fiel a su vocación de vivir íntegramente la voluntad de Dios hasta en el remendar sus ropas o acechar el momento, el momento oportuno de insinuar, con la corrección, el amor al deber en la almilla turbulenta de cualquier diablejo pelirrojo, que, como aquel Senas de Saugues, se divierte en parar el reloj para que dure más el recreo.

Y apenas hay nada más en esta hermosa vida; nada más y nada menos. Y la amable sencillez y la cordialidad hecha caridad cristiana, la severidad mantenida en los límites precisos frente a un temperamento vivo y pronto, la abnegación saboreada, esculpida en el propio ser frente al modelo de la divina parábola del grano de trigo, todo se amasa con el polvo menudo de la monotonía. Y éste es el milagro de su vida: no se embotan los filos de esta alma, no se amortece su brillo ni se aflojan sus nervios. El pueblo sencillo, buen catador de esencias, dio su testimonio.

Es notorio que las madres se inclinaban al oído de sus hijos cuando pasaba el hermano Benildo y decían: «Mira, mira, los

hermanos; el más pequeño —y lo señalaban con el dedo— es el santo». La sorpresa frívola y desilusionada de la primera vez se había trocado en otra sorpresa sobrecogida y respetuosa.

Parece que no hizo milagros en su vida: empero una madre contaba en los procesos de beatificación que él la había mandado lavar a su hijo enfermo, simplemente con agua del río y que las costras caían apenas esta agua de obediencia bendecía la piel del enfermito. El locutorio de la escuela era testigo de toda una filigrana de prudencia con la que el buen director mantenía a raya el fervor rudo y untuoso de sus visitantes. Las oraciones de comunidad, recuerdan los hermanos que con él vivieron, iban casi siempre aguijoneadas por intenciones encomendadas al siervo de Dios. «No somos nadie, pero no podemos desilusionar a esta buena gente. Recemos por ellos». Éste era el comentario que precedía a sus plegarias y al júbilo de los que por su intercesión veían desvanecerse sus inquietudes y sus dolores.

Los Hermanos de las Escuelas Cristianas que vivieron con él van sembrando de admiración creciente su camino. En el noviciado nadie hubiera predicho para el pequeño novicio la gloria de los altares. Era ejemplar, como tantos otros novicios, pero nada más exteriormente. El registro del noviciado de Clermont no añade nada a los escuetos datos biográficos de inscripción y salida. Sigue un período oscuro de veinte años en los que, siempre religioso ejemplar, cumple su deber como muchos y sigue su habla interior con la Trinidad, a la que consagró su vida. Su vida interior se trasluce apenas. No habla de sí el que siempre estaba ocupado en hablar con Dios. No escribió sus experiencias sobrenaturales. Su bella caligrafía se nos conserva sólo en algunas cartas administrativas o familiares. Vivió el espíritu de fe de su Instituto y cumplió sus reglas amorosamente. Esto atestiguan los que con él vivieron y su testimonio va ungido de la admiración de quien conoce en su propio pulso la asfixia con que la monotonía de una misión fecunda, sólo a condición de su continuidad, pretende ahogar los mejores arranques que florecen siempre en la vida de los hombres.

En el proceso de su beatificación atestiguaron muchos de sus antiguos alumnos, hombres maduros a la sazón, en la plenitud del vigor y con los recuerdos cernidos y aquilatados. En

realidad, en el plano humano, ellos fueron los que ciñeron a su maestro la corona más limpia de las famas humanas.

Mozos campesinos desde el primer momento acudieron a sus clases nocturnas; rapazuelos que durante tres o cuatro años pusieron a prueba su paciencia y gozaron de su cariño. Luego, unos afincados en la misma tierra, otros aventados por los años, sacerdotes, hermanos como él, militares, médicos... volvieron a dar testimonio de admiración y gratitud. Tuvieron otros maestros, casi todos hombres rectos y buenos, pero sólo él alcanzó la fama de santo.

Le llamaban el hombre del Rosario; se acordaban de que algunos de ellos iban por las tardes, cuando salían de clase, a la iglesia para ver a su maestro; aún les bailaban en los labios los aires sencillos que el hermano les enseñaba para que los cantasen en las eras cuando la escuela cerraba las puertas y las faenas agrícolas les llamaban al campo.

La escuela fue en sus manos un instrumento insuperable para mantener la fe de Saugues. El joven coadjutor de la parroquia, que vivió junto a él durante algunos años, lo sabía bien. Y más de doscientas vocaciones para los seminarios y noviciados hablan más elocuentemente que todos los panegíricos.

Su escuela fue su apostolado y conscientemente supo realizar la difícil transposición de unas cosas tan chicas y tan sencillas al plano sobrenatural, él que se adelantaba al saludo quitándose el amplio sombrero cuando se cruzaba en las callejas con los chicos, más ocupados en jugar que en acordarse de las composturas corteses. Algún hermano que le acompañaba protestó débilmente de esta deferencia excesiva: «Hermano —era la respuesta—, ¿es que sus ángeles de guarda no nos merecen este respeto?».

Algunos se acuerdan también del inevitable ferulazo —la férula específica de los maestros de siglos y siglos de generaciones—, pero el recuerdo agrio va indefectiblemente unido a otros recuerdos: el sosegado signo de la cruz que el santo hombre trazaba sobre sí antes de crucificar levemente la carne de sus discípulos. Al niño le impresionaba el gesto, pero se le escapaba ciertamente el significado. No le es fácil al maestro ponerse siempre en guardia contra su propia afectividad también al-

borotada. Lo entenderá quien tuviere experiencia de chicos. El Beato Benildo se ingeniaba en este arte difícil. Su llavero era su mejor cilicio; cuando algún rapazuelo se propasaba —y ocurría, y ocurrió también la excepción del zueco agresivo disparado por una manecilla irascible— se encontraba con el llavero del director entre sus manos, con la orden de devolvérselo a la salida. Tiempo ganado contra posibles traiciones de su genio vivo. Cuando el alumno alargaba la mano, baja la cabeza, con el famoso llavero, era ya tiempo para los dos, maestro y discípulo, de satisfacer sin pasión a las irreemplazables oportunidades de la educación y a las exigencias de la disciplina.

La atención a la marcha general de la escuela nunca fue excusa para que el hermano Benildo se apartase del contacto directo con las clases. Las intrigas pueblerinas, inevitables en una organización dependiente del mismo municipio, acreditaron su serenidad de juicio, y su equilibrio sabía contrarrestar las injerencias a veces opuestas de ediles y párrocos. Pero su gestión administrativa no pudo anular el instinto sobrenatural de catequista y maestro, que era en él el motor de su vida.

Todos los días pasaba por las clases. Ayudaba a los maestros novicios, corregía con su propia letra los renglones titubeantes de los más pequeños, estimulaba el esfuerzo con cuidadosos y constantes sistemas de emulación, poniendo íntegra, a disposición de sus aldeanos, la acreditada tradición de su Instituto. De sus explicaciones de religión, nos han quedado testimonios fervorosos. Él mismo se ocupaba cada año de preparar los niños que habían de hacer la primera comunión, haciéndose niño con los niños para presentarlos a Cristo.

Y esto hasta el fin, hasta su última visita a las clases, ya enfermo, días antes de morir: «Hijitos, sé que rezáis por mí; pero ya no me curaré; el Señor me llama. En el cielo rogaré por vosotros». Algunos de aquellos muchachos se acordaban de los sollozos que estallaron en las clases. Y no son frecuentes estas expresiones de emoción en las escuelas.

En estas llamas mansas y continuas se gastó su vida. En el alba del 13 de agosto de 1862 las campanas de Saugues avisaban a la parroquia: se iba a administrar la extremaunción a un enfermo. Todos sabían de quién se trataba; las calles se animaron en

aquella hora fría y desusada y los aldeanos acompañaron al sacerdote a la humilde escuela, y al humilde lecho del enfermo, los que pudieron entrar. El sacerdote accede a la súplica de los que le acompañan y pide la bendición del hermano Benildo para todos los presentes y para el pueblo entero. La leve resistencia se esfumó en la última sonrisa, y la misma mano que tantas veces se había levantado sobre ellos para enseñar, para corregir, para estimular, ahora se levanta para bendecir, con la misma sencillez de toda la vida. Aquella misma mañana el hermano Benildo descansaba en la paz.

No fue a Dios con gestos magníficos, ni con rudas penitencias. Hizo su camino por el camino de todos. Osciló como todos los hombres entre el dolor y la tristeza, entre la paz y el riesgo, entre el temor y la esperanza. En los últimos días nos dejó un documento a nuestra medida de la bíblica milicia que fue su existencia. Un viejo sacerdote le visita: «Habéis llevado una vida de santo, es cierto, pero los juicios de Dios son inescrutables». Cuando sale el inoportuno visitante, el enfermo llama a sus hermanos con la angustia en los ojos: «Leedme unas páginas sobre la misericordia de Dios».

Aceptó suavemente, sencillamente esta condición de la vida temporal hasta que la última campanada del tiempo fijó en Dios el péndulo de su conciencia.

Fue beatificado el 4 de abril de 1948 por el papa Pío XII y canonizado por Pablo VI el 29 de octubre de 1967.

HERMANO JULIÁN, FSC

Bibliografía

Las campanas de Saugues. Vida de San Benildo, hermano de La Salle (Burgos 1967).
RIGAULT, G., *Un instituteur sur les autels, le bienheureux Bénilde* (París 1950).
Le vénéré frère Bénilde (Toulouse).
Vida del Beato Benildo de las Escuelas Cristianas (Madrid 1948).

BEATO SANTIAGO GAPP

Presbítero y mártir († 1943)

Jakob Gapp, religioso marianista, cuando llegó a España huyendo de los nazis, quiso que se le dijera su nombre en castella-

no, Santiago, porque quería encarnarse en el pueblo en el que iba a vivir. Estaba ya muy fichado por los nazis que sabían muy bien que era enemigo del nazismo, no por razones políticas sino por motivos éticos y religiosos, porque creía que el nazismo era una inmoralidad, contraria a la dignidad del hombre, y era incompatible con el mensaje del evangelio. Los nazis, por fin, podrían tenderle una trampa en la que caerá ingenuamente y apoderarse así de él para llevarle al juicio y a la muerte.

Santiago, que así lo llamaremos en español, como él quería, nació en Wattens, en El Tirol austríaco, el 26 de julio de 1897. Era el séptimo hijo de Martín Gapp y de Antonia Wach. La situación social de su familia era muy modesta. Su padre había sido agricultor pero no le había ido bien y había perdido sus tierras, y al tiempo de nacer este su último hijo era obrero en la fábrica de papel del pueblo. El hogar de Martín y Antonia era un hogar cristiano, donde se daba a los hijos una sólida educación religiosa. Santiago frecuentó la escuela pública entre 1904 y 1910 y en ella cursó la enseñanza primaria y, terminada ésta, pasó al Colegio Leopoldino de Hall, a diez kilómetros de Wattens, para estudiar los ocho cursos del Gimnasio, donde tuvo como tutor al P. José Lechner, franciscano, a cuya Orden pertenecía el colegio. En los veranos se iba al vecino pueblo de Aldrans, con unos parientes suyos, a quienes ayudaba en las faenas agrícolas. Pero al cumplir los 16 años hubo de dejar el internado del colegio y vivir en casa de una familia de Hall. Santiago era un chico bueno y estudioso y muy piadoso, perteneciendo a la congregación mariana del colegio.

Llegada la I Guerra Mundial, Santiago se alistará bajo las banderas del emperador el 24 de mayo de 1915 en el cuerpo de los cazadores imperiales, acreditando valor y siendo herido el 4 de abril de 1916 en acción de guerra, lo que le valió la medalla militar de plata de segundo orden. Continuando la guerra, cuando se repone baja a Italia con las tropas italianas, está en la batalla de Caporetto, pero al final de la guerra es hecho prisionero con sus compañeros en el frente de Riva, al norte del lago de Garda. Estuvo preso diez meses, siendo custodiado por los checoslovacos. Firmado el tratado de paz, pudo volver a casa. Parece que el tiempo de servicio militar fue una etapa de crisis

interior en materia religiosa y que cuando volvió a su casa, su madre se lamentaba mucho de verlo tan frío en la piedad. Se ha dicho que llegó a ser ateo, pero más bien parece, lo que él mismo dijo, que por entonces no tuvo firmes los principios religiosos. Sin embargo el hecho es que presentó su petición de ingresar en la congregación marianista, luego de consultarlo con el párroco de su pueblo, Luis Ghall, que le dio un certificado de buena conducta religiosa y moral. Calificó a Santiago de temperamento abierto y sin engaño, carácter recto y comportamiento intachable. Tuvo una entrevista en Freistadt con el P. provincial de la dicha congregación y se le aceptó para ir al noviciado de Greisinghof, en Pregarten, a donde llegó el 13 de agosto de 1920. Era maestro de novicios el P. Hipólito Hamm. Con Santiago los novicios eran cinco. El siguiente 29 de septiembre comenzó su noviciado. El maestro anotó que del servicio militar había traído Santiago ideas socialistas. Pero no hay duda de que Santiago fue muy receptivo a la formación religiosa que se le daba en el noviciado y que significó para él una auténtica conversión espiritual a Dios. El 27 de septiembre de 1921 hizo la profesión de los votos religiosos, acto que él llamará el más grande y valioso de su vida. Él llamará también al año de su noviciado el año más hermoso de su vida.

Fue destinado en primer lugar al Marien-Institut, la casa de su congregación en Graz, capital de la Estiria, donde estaría hasta 1925. Aquí halló de superior al P. Francisco José Jung, que le informó que tenía que empezar sus estudios de filosofía al tiempo que hacía de prefecto de la clase preparatoria, los chicos de 10-11 años, que eran 41, la mayoría internos. Prefecto no significaba docente pero sí educador. Tenía que estar con ellos en los recreos, en el estudio, en el refectorio y en el dormitorio, en una de cuyas esquinas tendría Santiago su cama. Santiago se aficionó al P. Jung, que será en adelante su mentor y su confidente. También fue informado de que estaba destinado a ser sacerdote y que por ello estaría encargado de la sacristía y de los monaguillos. Aprendió Santiago en estos años de Graz a ser un verdadero religioso marianista al tiempo que aprovechó en sus estudios de filosofía, latín y griego. Los superiores de la comunidad daban buenos informes de Santiago. Pasados los tres años de vo-

tos temporales, Santiago pidió la profesión perpetua, pero se le dijo que aguardara todavía. En marzo de 1925 volvió a presentar su solicitud y con un numeroso grupo de marianistas de toda Europa pudo finalmente hacer los votos perpetuos en Antony, Francia, el 27 de agosto de 1925. A continuación fue destinado a Friburgo, Suiza, donde haría los estudios teológicos, y donde estaría hasta 1930.

En el seminario marianista de Friburgo estaba de superior el P. Emilio Neubert, el cual ejercería una magnífica labor formativa sobre Santiago, corrigiendo sus defectos y pidiéndole que atemperara su excesiva sensibilidad, que llevaba al superior a tenerlo por el «enfant terrible» del seminario. Este mismo superior no dejaba de reconocer y de anotar las buenas cualidades del joven religioso. Por ello las dificultades que originaba su dicha sensibilidad no impidieron que los superiores lo presentaran a las órdenes sagradas que fue recibiendo por su orden hasta que el 5 de abril de 1930 en la catedral de San Nicolás, de Friburgo, fue ordenado sacerdote por el obispo de la diócesis de Lausana, Ginebra y Friburgo, monseñor Mario Besson. El 20 de julio celebró su primera misa solemne en su pueblo natal, donde le esperaron todos en masa, le pusieron un arco de triunfo y al término de la misa solemne le dieron un banquete.

Fue entonces (15 de febrero de 1931) enviado a Freistadt como capellán del Marianum, una institución para 350 alumnos, en la que estaba además el postulantado. Funcionaban en ella tres escuelas: una primaria, una superior y una escuela normal o de magisterio, y en régimen de clases nocturnas una escuela de formación profesional. Estaba de superior el señor Johann Zach, religioso marianista laico. Se le asignó a Santiago la clase preparatoria de magisterio, de 34 alumnos. Comía con ellos y tenía su cama en el dormitorio común de los jóvenes. Daba clases de francés. Era también el asesor de la congregación mariana. Al término del curso, hizo su examen en el obispado y recibió su título de catequista que le acreditaba como profesor de religión. Se dijo de él que era muy blando con los jóvenes, pero los superiores reconocieron que era un sacerdote abierto y bondadoso que atraía a los jóvenes a su confesonario. Al concluir el curso es destinado a Lanzenkirchen, donde los religiosos tenían

una escuela pero no un capellán marianista y lo deseaban. Santiago realizó la labor pastoral que se esperaba de él y como la escuela estaba junto a la parroquia del pueblo echaba también una mano al párroco en las obras juveniles. Y ya entonces comenzó a poner en guardia acerca de los errores morales del nacionalsocialismo. Se hizo cargo de la Asociación Juvenil Católica de Lanzenkirchen y procuró transmitir a los jóvenes con gran esfuerzo y entusiasmo los verdaderos valores cristianos. Él ya entonces no dudó en decirles a los jóvenes: un católico no puede ser nacionalsocialista. Y éstos eran sus sentimientos cuando el 30 de enero de 1933 llegó Hitler al poder en Alemania y comenzó a planear la anexión de Austria. Como él mismo declarará ante el tribunal que lo condenaría a muerte, él estudió a fondo el nacionalsocialismo, atento a comprender su naturaleza profunda lo más exactamente posible.

En junio de 1934 el P. Gapp es destinado como capellán al Marien-Institut de Graz. Aquí realiza su misión pastoral, pero también se ocupa mucho de los pobres, logrando que cada día se preparen cuarenta comidas más para las familias que padecían el problema del paro y colaborando activamente con las Conferencias de San Vicente de Paúl de la parroquia del Santo Sepulcro, en cuyo distrito estaba el colegio. Varios religiosos y alumnos mayores se unieron a su tarea benéfica. No disimuló ni en privado ni en público sus objeciones de fondo al nazismo. Por ello, cuando se produjo en marzo de 1938 la anexión de Austria, se le pidió que fuera en adelante más cauto y no pusiera en peligro la institución. El P. Gapp dijo que no pensaba ceder en su oposición ética y religiosa al nazismo, y entonces se le destinó a Freistadt. La prudencia teórica de los superiores que adoptaron el saludo nazi y se colgaron la cruz gamada no sirvió. Las casas marianistas fueron confiscadas y los religiosos expulsados. La casa de Freistadt sería incautada también a finales del curso. El P. Gapp fue autorizado a volver a su pueblo y pasar un tiempo con su familia. En septiembre lo destinan a Breitenwang-Reutte como coadjutor de la parroquia y catequista de las escuelas de Reutter. Aquí fue denunciado por primera vez a la policía, porque dijo que había que amar a todos, incluyendo a los que eran llamados enemigos del pueblo alemán. Interroga-

dos por un inspector los niños y el catequista, repitieron lo que el P. Gapp decía. El P. Gapp reafirmó ante el inspector la doctrina católica. Igualmente se le acusó de haber hablado a los niños de temas sexuales. Las explicaciones dadas por Gapp no sirvieron de nada. Fue suspendido como catequista. Hubo de irse por tanto a Ulmberg con unos familiares suyos y desde allí pidió destino a los superiores. Por fin se pensó en que pasara a Francia, pidiendo permiso para su salida como si fuera a estudiar. Mientras tanto se fue a Wattens a casa de su hermano y ayudó al clero local. Allí, el 11 de diciembre de 1938 tuvo un sonado sermón en la parroquia, en el que defendió al Papa de los ataques de los nazis y pidió a los fieles que no leyeran los libros nazis sino libros católicos, atacando el libro de Rosemberg, *El mito del siglo XX*. La gente quedó horrorizada, y el coadjutor le pidió que escapara a donde pudiera. Se va a Lienz con unos primos. Vuelve a Wattens y va a Innsbruck y se entera de que le han negado el pasaporte. Pero consigue uno, y el visado francés, y el 21 de enero sale para Venecia, de donde pasa a Milán y de Milán a Francia, siendo recibido por los marianistas del Collège Stanislas. El día 29 llega por fin a Burdeos que es su destino. Colabora en las confesiones y en la biblioteca, pero siente que tiene muy poco trabajo. Entonces es cuando se piensa que pase a España. Pero la Gestapo lo ha localizado y seguido. Y supieron de su homilía del día de Pascua en la capilla de Burdeos hablando de la persecución nazi contra el cristianismo, y pidiendo oraciones por los perseguidos. Era claro que lo prudente era ir a España, donde acababa de terminar la guerra. El 23 de mayo de 1939 salió de Burdeos para la frontera española.

Al bajarse del tren en Irún, le esperaban dos religiosos, a los que les dijo que en España quería llamarse Santiago. Seguidamente marcharon a la casa de San Sebastián en la que había quedado destinado. Lo más importante de momento es aprender español, lengua de la que tenía algunas nociones. El P. Constantino Fernández, director ahora del colegio marianista de Cádiz, llamado de San Felipe, había sido compañero en Friburgo del P. Gapp y solicita al provincial se le envíe. Así se acuerda, y el P. Gapp viaja hasta Cádiz. No puede remediar sentir una gran nostalgia de su patria. Se entrevista con el P. Jung

en Madrid y ha de desistir de cualquier intento de regresar a Austria ya que ha sido declarada la II Guerra Mundial. Vuelve a San Sebastián. Aquí en su incipiente español da latín, alemán y religión. Y solicita ser enviado a los Estados Unidos. Pero conoce al Sr. Othmar Pisarik, austríaco que trabajaba en San Sebastián, y por su medio a la familia Arambarri Stoehr, que tenía una hija de 13 años y un hijo de 10. El P. Gapp se ofrece a ser el preceptor de los jovencitos viviendo con la familia en Lequeitio. El P. Jung, que ahora dirige la congregación por muerte del P. General, le da la licencia solicitada. Se marcha a Lequeitio al terminar el curso y allí pasa el verano. Para no ser gravoso a la familia, a comienzos del curso, se ofrece al colegio de los PP. Mercedarios y le asignan clases de francés e inglés. Tenía 22 horas semanales de clase y se entendió bien con sus alumnos. En diciembre se trasladaría a vivir con los mercedarios sin dejar por ello su preceptoría de los niños Arambarri, y al final del curso regresa a la casa marianista de San Sebastián. No se había entendido bien con la madre de los niños, que ponía pegas al tipo de educación que quería brindar el P. Gapp. Entonces es enviado al colegio de Valencia. De camino visitó el Pilar de Zaragoza, tan entrañable para los marianistas. En Valencia, a donde llega el 14 de septiembre de 1941, dio clases en los cursos de bachiller, y pasó un año de relativa paz en esta casa, siempre añorando su patria. Parece que no lograba imponerse a los alumnos y se sintió fracasado. Pensó entonces en ir a Inglaterra. Dio una sonada homilía a la colonia alemana de Valencia, para la que celebraba una misa al mes con sermón en alemán, en la que dijo que si los alemanes seguían los derroteros de Hitler tendrían que venir los africanos a recristianizarlos. Los espías nazis tomaron buena nota y personas extrañas comenzaron a entrar en el entorno del P. Gapp, entre ellas varios judíos que dicen querer convertirse y un religioso alemán, el P. Lange. Éste lo convence de que se ocupe de ellos. Por entonces también el P. Gapp se hace con algunos ejemplares de la carta pastoral de D. Fidel García Martínez, obispo de Calahorra, en la que denunciando los errores modernos denunciaba entre ellos el totalitarismo nazi. La carta pastoral no pudo ser reproducida fuera del boletín oficial del obispado. El P. Gapp supo de ella y se

hizo con varios ejemplares que fue prestando a religiosos de su comunidad, y a varias personas más, entre ellas a los citados judíos que querían convertirse. Ingenuamente habla con el cónsul alemán, le dice su opinión sobre el nacionalsocialismo y le pide un nuevo pasaporte que naturalmente le dieron con presteza por si él mismo volvía solo a Alemania. Pero rehusó el visado de vuelta a Alemania, porque esperaba un cargo parroquial. Los religiosos marianistas pusieron en guardia al P. Gapp sobre los supuestos judíos que querían convertirse, pero el P. Gapp no escuchó las repetidas llamadas de atención. Ha solicitado de la diócesis de Tortosa que le den una parroquia y por ello en septiembre, al comenzar el curso, no le asignan clases. El 4 de noviembre le pidió un poco de dinero al director del colegio porque iba a hacer un viaje con sus amigos, pasando por El Pilar, y a la espera de que llegara su nombramiento parroquial. Al día siguiente marchó muy temprano y al mediodía se presentaron en el colegio a recoger el baúl del P. Gapp, que también ingenuamente fue entregado. Este baúl iría hasta Berlín, pensando que habría en él pruebas contra Gapp, que realmente no había. Hizo en efecto el viaje proyectado con parada en Zaragoza. El viaje llegó a San Sebastián y aquí le propusieron cruzar la frontera y pasar unas horas en Hendaya. Aunque alegó el P. Gapp que no tenía licencia, sus acompañantes lo convencieron alegando el poco tiempo que iban a estar. Se desconocen los detalles pero al llegar a Francia lo detuvieron. Todo estaba preparado. Los supuestos amigos, incluyendo al P. Lange, actuaban al servicio de la Gestapo o eran miembros de la misma. Tras su detención, es llevado a Berlín. Tendrá nueve meses de cautiverio, en los que tendrá tiempo de repasar su vida, de volver a verla a la luz de la fe y de prepararse, como él mismo dirá, muy bien a la muerte. Los días 25 y 27 de enero de 1943 es interrogado en la sede del Servicio de Seguridad del Reich *(Sicherheits Dienst),* dependiente de la Gestapo. En este interrogatorio él declara abiertamente su fe católica, su adhesión a Cristo y a la Iglesia y su rechazo de la doctrina nacionalsocialista por considerarla incompatible con el evangelio. Niega haber actuado nunca por motivaciones o intereses políticos sino haber estado siempre movido por su fe, sin que su situación de prisionero le

haga disimular su pensamiento ni venirse atrás de sus convicciones. Rechazó las falsas interpretaciones de sus actos y sus palabras e insistió en que toda su actuación había sido la propia de un sacerdote y de un católico. Dijo:

> «Solamente me importan las cosas de la religión: me preocupo solamente de defender la fe cristiana que creo que es la única verdadera».

El encargado del interrogatorio fue el doctor Karl Ludwig Neuhaus, teólogo y pastor protestante, asesor del Ministerio de Interior en asuntos eclesiásticos. Cuarenta y cuatro años más tarde el Dr. Neuhaus será testigo en el proceso de beatificación del P. Gapp, al que dedicará sinceros y firmes elogios.

Terminado el interrogatorio, el P. Gapp siguió preso en la cárcel del Servicio de Seguridad de la calle Prinz Albrecht, quedando aislado y sin noticias del mundo exterior. El 6 de marzo se firma la orden de mantenerlo en prisión para que fuera luego sometido al Tribunal del Pueblo. El día 8 de marzo lo llevan a la Corte Criminal en la Turmstrasse, 91. Es acusado oficialmente de traición a la patria. Se reafirmó en sus declaraciones de enero y fue llevado a la cárcel de Moabit. Redactada el acta de acusación el 4 de junio, el día 23 es convocado a juicio. El 2 de julio a las 10 de la mañana tiene lugar el juicio. Era primer viernes de mes y día del Sagrado Corazón de Jesús. El fiscal expuso los cargos. Actúa un abogado defensor. Se oye al acusado. El fiscal pide la pena de muerte. Y por fin el presidente del tribunal lee la sentencia de condena a muerte aplicándole lo previsto en el artículo 91 del Código Penal. Al día siguiente fue llevado a la prisión de Plöntzensee, donde se le asignó el número 877/43 y se le destinó al pabellón de la muerte. Tenía un libro de oraciones, un rosario y una poesía escrita en un papel y algunos objetos personales como el reloj, la pluma, y el anillo de oro de su consagración marianista a la Virgen. Se tramita de oficio la petición de gracia, se pregunta si es posible entregar su cuerpo a su familia y se solicitan tres fotografías del condenado. Lo primero y lo segundo se deniegan pero se le hacen las fotos, que se conservan. Y la razón que se da para negar la entrega del cuerpo es:

> «Gapp mismo ha declarado, más de una vez, durante la instrucción de su causa, que ha sido su fe católica lo que le ha inducido a

sus actividades de traición a la patria y ha justificado su comportamiento únicamente por razones religiosas. En una población muy apegada a la religión, Gapp podría ser considerado como un mártir de la fe y sus funerales podrían ser ocasión por parte de sus connacionales católicos, de una demostración silenciosa a favor de un traidor al pueblo, supuestamente ejecutado por su fe».

Se adelantaron así a dar un apunte de su breve de beatificación. Porque en efecto el pueblo de Dios lo tendrá por mártir y era verdad que solamente le movieron razones de índole moral y religiosa para oponerse al nacionalsocialismo.

Se fija el 13 de agosto como día de la ejecución. Ese día a la una de la tarde le fue indicado que a las 7 de la tarde sería ejecutada la sentencia. El P. Gapp al oír la notificación se mantuvo sereno. Seguidamente rezó el rosario. Y pidió papel y sobres para poder escribir. Escribió una carta a su familia en la que prometía que se acordaría de todos en el cielo. Y dirigió otra al P. Francisco José Jung, en la que, sintiéndose miembro de la congregación marianista, renovaba sus votos religiosos y se ponía en manos de la Virgen María. Pedía perdón por sus fallos, saludaba a todos los religiosos y manifestaba su esperanza de poder comenzar ese día la vida de la felicidad eterna. Esta segunda carta no fue enviada pero quedó en el expediente que luego sería hallado y serviría para aclarar todo lo relativo a su proceso y condena. Llevado a la sala de ejecución, permaneció sereno y tranquilo. Se dejó colocar sin resistencia en la guillotina y fue guillotinado. Su cuerpo fue entregado a un instituto anatómico para estudios.

Declarado mártir el 6 de abril de 1995, lo beatificó el papa Juan Pablo II el 24 de noviembre de 1996, solemnidad de Jesucristo, Rey del Universo.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 89 (1997) 442-444.
Bibliotheca sanctorum. Appendice seconda (Roma 2000) cols.520-523.
SALAVERRI, J. M., *Santiago Gapp. Pasión por la verdad frente al nazismo* (Madrid 1996).

C) Biografías breves

BEATA GERTRUDIS DE ALTENBERG
Abadesa († 1297)

Gertrudis de Altenberg tuvo unos padres excepcionales: Santa Isabel de Hungría y el Beato Luis de Turingia. De estos padres nació el 25 de mayo de 1227, dos semanas más tarde que su padre falleciera en Otranto en el curso de su viaje para incorporarse a la cruzada. Luis e Isabel habían quedado de acuerdo en que el hijo o hija que naciera lo dedicarían a Dios en acción de gracias por los años de felicidad que habían pasado juntos. Y en cumplimiento de esta promesa paterna, cuando aún la niña no tenía dos años, fue llevada al monasterio premonstratense de Altenberg, y aquí pasó los años de su infancia hasta que llegada a la adolescencia, ratificó por su propia voluntad el deseo de sus difuntos padres y se consagró a Dios con la profesión religiosa.

Sus bellas prendas y su noble cuna llevaron a las monjas a elegirla abadesa cuando Gertrudis solamente tenía 22 años. Procuró serlo con la mayor responsabilidad y seriedad. Empleó su propia herencia en edificarle al monasterio una nueva iglesia y mandó construir junto al monasterio un asilo para pobres, donde ella misma, imitando en esto a su santa madre, los atendía personalmente. Procuró la mayor regularidad en el monasterio y era ella la primera en llevar la vida común, ocultando sus mortificaciones y penitencias a los ojos de las demás para evitar la fueran a tener por santa. Ella y su comunidad apoyaron con sus oraciones y mortificaciones la séptima cruzada, mirando por la vuelta al cristianismo de los Santos Lugares. Devotísima de la Eucaristía, tomó la iniciativa de introducir la ya instituida, pero poco celebrada, fiesta del Corpus Christi en su monasterio. Su medio siglo de abadesa dejó tras de sí una estela de santidad que trajo consigo el que a su muerte en 1297 todos la tuvieran por santa. El papa Clemente V autorizó su culto el año 1311 y Benedicto XIII, en 1729, extendió su oficio a toda la Orden Premonstratense.

BEATOS PATRICIO O'HEALY Y CONÓN O'ROURKE

Mártires († 1579)

El 13 de agosto de 1579 en Kilmallock, pequeña población irlandesa a unas veinte millas de Limerick, desde donde fueron traídos tras su juicio, fueron ahorcados dos religiosos franciscanos recién llegados a la isla que, tras su prisión e interrogatorio, habían sido condenados a muerte en aplicación de la ley marcial. Uno era Patricio O'Healy, obispo de Mayo, y el otro, el joven sacerdote Conón (Conn) O'Rourke. Ambos habían llegado a Kilmallock bajo escolta militar, con las manos atadas a la espalda, los pies amarrados con cuerdas y sobre pequeños caballos irlandeses. Durante el viaje el obispo habló con los que miraban su paso, entre los que estaban algunos católicos encubiertos. Dio consejos saludables a todos, confirmó a los católicos en su fe, y pidió a los que se habían hecho anglicanos que se arrepintieran. Antes de que fuera ejecutado, el obispo obtuvo licencia para recitar las letanías y dar la absolución a los prisioneros que les acompañaban. Al llegar al lugar del suplicio, el obispo animó a su joven compañero a afrontar la muerte con valor, y dirigiéndose a los presentes les habló de su vocación franciscana, de su condición episcopal y de la necesidad de profesar la verdadera fe. Les dijo que él y su compañero afrontaban gozosos la muerte por el nombre de Cristo. Recordó la autoridad de la Iglesia romana y del Sumo Pontífice y pidió a los católicos presentes que pidieran por él y por su compañero. Entonces ambos fueron colgados de un lazo hasta morir. Pasó una semana antes de que una persona piadosa los enterrara.

De la vida de PATRICIO O'HEALY hay que decir que se ignora con certeza la fecha de su nacimiento, aunque parece que fue entre 1543 y 1546. Igualmente hay que decir que parece que su lugar natal fue Dromahaire, sin que haya plena seguridad. Se sabe de él que llegó de Irlanda a Roma y se entrevistó con el ministro general de los franciscanos observantes, Francisco Zamora. Parece que los superiores irlandeses lo enviaban para que se le procurara una ulterior formación intelectual y religiosa. El P. Zamora entonces lo mandó a su provincia natal, la de Cartagena. Todo indica que Patricio había hecho ya el noviciado y la profesión religiosa en Irlanda. En España estuvo primero dos

años en Molina de Aragón, en el convento de San Francisco, estudiando gramática, luego pasó al convento de San Clemente donde estudió filosofía cuatro años, y luego pasó a Cuenca donde estudió teología, y donde debió ordenarse sacerdote, sin que conste la fecha. Entonces fue enviado a Alcalá de Henares donde terminó su formación teológica. Completados sus estudios, él estaba ansioso por volver a Irlanda a ejercer allí su ministerio. Por carta de don Juan de Zúñiga, embajador de Felipe II en la corte papal, del 24 de junio de 1575, sabemos que O'Healy había llegado a Roma ocho días antes y que le había entregado una carta real de recomendación en la que se decía que su ida a Roma tenía como objeto conseguir del Papa cartas patentes y suplicatorias para un jefe de los católicos irlandeses (James Fitzmaurice), el cual se preparaba a organizar una rebelión general de Irlanda contra la herética reina Isabel I y que sería reconocido como rey de Irlanda don Juan de Austria. El embajador pedía a la corte española ulterior información. O'Healy se quedó en Roma, usando para sus fines la influencia del cardenal Alciati, protector de Irlanda, y del cardenal de Como, Tolomeo Galli. Es claro que le hizo buena impresión a Zúñiga, como consta por otra carta de éste al rey. O'Healy discutió el empeño de los irlandeses con su ministro general, Cristóbal Cheffontaine, y con el papa Gregorio XIII, y éste, el 4 de julio de 1576 y a instancias del citado cardenal Alciati nombró a Patricio obispo de la sede irlandesa de Mayo, para la que efectivamente fue consagrado obispo. En la correspondencia de la corte papal con Felipe II y con don Juan de Austria, gobernador entonces de Flandes, hay constancia de cómo varias personalidades irlandesas, entre ellas el obispo Patricio O'Healy, habían solicitado del Papa que legitimara la sumisión de Irlanda al rey de España o a quien éste designara. El Papa aprobaba este plan y el obispo O'Healy estaba dispuesto a exponérselo al monarca. Consta que el citado Fitzmaurice estuvo en Roma en 1577 y que pasó a España con el obispo O'Healy llevando socorros económicos del Papa para el plan. El rey no recibió a Fitzmaurice, y éste con el obispo pasó a Portugal. O'Healy lo que quería era navegar desde Portugal hasta Irlanda y, en efecto, el 18 de noviembre de 1577 partió en barco desde Lisboa con Fitzmau-

rice. Pero el barco se vio envuelto en una severa tormenta, costeó un mes por el norte de España, hubo de refugiarse en Bayona, y al salir otra vez se vio obligado a fondear en Monueiro y pasar allí un mes. El capitán escapó de noche dejando a Fitzmaurice y al obispo en tierra y llevándose en el barco sus respectivos ajuares. Ambos entonces se fueron a Francia, y mientras Fitzmaurice se quedaba en Saint Malo, O'Healy marchaba a París, desde donde escribió al cardenal Galli el 31 de marzo de 1578 contándole sus peripecias. En esta carta manifestaba su disposición al martirio. Obtuvo una orden real para que le fuera exigido su ajuar al dueño del barco, porque en el ajuar iba su bula de nombramiento episcopal. No acompañó a Fitzmaurice a España cuando éste volvió a nuestro país y cambió de criterio respecto a tomar parte en el proyecto de la rebelión; lo aprobaba pero no tomaría parte en él. En el verano de 1578 un franciscano lo traicionó y lo denunció ante el embajador inglés en París, pidiendo O'Healy a sus superiores que castigaran al traidor. O'Healy pasó unos ocho meses en París, desde mediados del verano de 1578 hasta enero-febrero de 1579, viviendo en el llamado «gran convento» de los franciscanos, dando ejemplo de humildad, caridad y sencillez, participando en los ejercicios académicos de los estudiantes y dando pruebas de una gran cultura. Cuando supo que la situación religiosa de Irlanda se había deteriorado, marchó para Bretaña acompañado del joven religioso Conón (Conn) O'Rourke y lo que él deseaba era encontrar una nave amiga que lo llevara a Irlanda.

CONÓN O'ROURKE era hijo de Brian Ballach O'Rourke, jefe del área de Connacht, zona gaélica aún no sometida entonces a la corona inglesa, y su pueblo natal era Breifne. Debió nacer hacia el 1549 pues murió en 1579 con unos treinta años. Vistió el hábito franciscano en el convento de Dromahaire, que había sido fundado por su propio abuelo Eoghan O'Rourke y su esposa Margaret O'Brien en 1508. No se conoce el año de su profesión religiosa ni de su ordenación sacerdotal. En 1578 se encontraba en París prosiguiendo sus estudios cuando o bien sus superiores le propusieron o él mismo se ofreció a pasar a Irlanda acompañando al obispo O'Healy. La intención del obispo era la de posesionarse de su sede y dedicarse por entero al mi-

nisterio pastoral. Los dos franciscanos, acompañados quizás por un tercer religioso, aún estudiante, y del que no se habla más en las fuentes literarias por las que se reconstruye la llegada, prisión, juicio y muerte de Patricio y de Conón, desembarcaron en el puerto de Smerwicke vestidos de marineros. Apenas desembarcados, ellos fueron a visitar al conde de Desmond, pero éste se hallaba ausente, y los recibió y hospedó por ello la condesa Eleanor. Pasados tres días los dos religiosos salieron para Limerick con la intención de cruzar el río Shannon y entrar en Connacht a fin de iniciar su trabajo pastoral. Lo que ellos no esperaban, tras la amable hospitalidad ofrecida por la condesa, fue que ella misma los traicionara y que mandara noticia a las autoridades regias de Limerick de la llegada de los dos franciscanos. Los esperó en el camino el mayor James Goold y los arrestó y los llevó a la cárcel de Limerick. El motivo de la condesa para esta traición fue que quería quitar de su marido y de su familia la sospecha de que ellos estaban con los rebeldes a la corona.

Los dos arrestados no fueron juzgados por la ley común sino que se les aplicó la ley marcial, y por tanto hubo interrogatorio y sentencia pero no un juicio formal. El interrogatorio lo hizo el «lord justice», y cuando los cargos se les leyeron ellos no tuvieron oportunidad de replicar. La aplicación de la ley marcial estaba legalizada por cuanto Sir William Drury, lord presidente de Munster y arzobispo anglicano, estaba autorizado por la Reina desde el 26 de junio de 1576 a imponer la ley marcial en los condados de Waterford, Tipperary, Limerick, Cork y Kerry y en todas las ciudades incorporadas a la corona para castigar a cuantos se encontraran felones, rebeldes, enemigos y malhechores con la pena de muerte, y en 1577 Drury y sus oficiales fueron autorizados a imponerla en las causas eclesiásticas para castigar cualquier ofensa contra el «Acta de supremacía y de uniformidad» y para exigir el juramento de acatamiento al «Acta de supremacía» a todas las personas eclesiásticas. Drury le preguntó a O'Healy si reconocía a la reina como cabeza suprema de la Iglesia, a lo que O'Healy contestó que no, alegando que la cabeza suprema de la Iglesia es el Papa. Sobre esa base se le consideró reo de lesa majestad. O'Rourke debió contestar lo

mismo, pues ambos fueron considerados traidores. El obispo le dijo a Drury que él había venido a Irlanda a ejercer su ministerio pastoral. Se le presionó para que hablara de los planes del Papa y del rey de España para invadir Irlanda, y a ello el obispo no contestó nada, por lo que fue torturado para que hablara. Los dos religiosos fueron condenados a muerte, pero se les ofreció la vida y la libertad, y al obispo el ejercer libremente su cargo si aceptaban la superioridad religiosa de la reina y se pasaban al anglicanismo. Ambos rechazaron la oferta. No quedaba sino recibir el martirio, como en efecto sufrieron.

Fueron beatificados el 27 de septiembre de 1992 por el papa Juan Pablo II.

BEATO GUILLERMO FREEMAN

Presbítero y mártir († 1595)

Nació en Manthorpe, en el Yorkshire, y estudió en el Magdalene College, de Oxford, donde se licenció en letras en 1580. Habiendo asistido al martirio del Beato Eduardo Stransham en la plaza londinense de Tyburn el 21 de enero de 1586, quedó profundamente impresionado por la serenidad y fortaleza del mártir, y ello le condujo a su conversión al catolicismo. Marchó al seminario de Reims y se ordenó sacerdote el 19 de septiembre de 1587. El 3 de enero de 1589 formó parte de un grupo de nueve sacerdotes que volvieron a Inglaterra para desarrollar allí su apostolado. La tripulación del barco que los llevaba planeó matarlos a todos, pero ellos se defendieron y lograron desembarcar en Gravesend. Guillermo trabajó con mucho esfuerzo y mucho peligro en los condados de Warwick y Worcester, usando el alias de Mason. El 5 de enero de 1595 fue arrestado en la casa en que se hospedaba en Alchurch y en la que pasaba por tutor del hijo de la dueña, Dorothy Heath. Él y su hospedadora fueron arrestados, pero a él no se le halló otra prueba que un breviario, hallado bajo su sombrero. Y así no fue enjuiciado en las sesiones de primavera. Pero un compañero de prisión lo traicionó y descubrió como sacerdote al fingir que quería recibir de él asistencia espiritual. Fue procesado los días 11 y 12 de agosto y condenado por no reconocer la primacía religiosa de la

reina y ser sacerdote ordenado en el extranjero. Fue ejecutado en Warwick mediante ahorcamiento, destripamiento y descuartizamiento el 13 de agosto de 1595. Cuando lo condenaron a muerte, rezó el *Tedeum* y antes de morir dijo que daría con gusto muchas vidas que tuviera por la misma causa.

Fue beatificado por el papa Pío XI el 15 de diciembre de 1929.

BEATO MARCOS DE AVIANO (CARLOS DOMINGO CRISTOFORI)

Presbítero († 1699)

Carlos Domingo Cristofori nació en Aviano, Italia, el 17 de noviembre de 1631 en el seno de una familia acomodada. Tras los estudios primarios en su pueblo, hizo los estudios clásicos en Goritzia en el colegio de los jesuitas (1643-1647). Deseoso de participar en la lucha contra el imperio turco se marchó a Capodistria, donde los capuchinos lo acogieron y aconsejaron que volviera a su casa paterna. Pero él quedó impactado por el modo de vida de los capuchinos y decidió pedir el ingreso en la Orden, entrando en el noviciado de Conegliano en septiembre de 1648. El 21 de noviembre de 1649 hizo la profesión religiosa con el nombre de fray Marcos de Aviano. Terminados los estudios, se ordenó sacerdote el 18 de septiembre de 1655 en Chioggia. Religioso observante y ejemplar, lo destinan a la predicación en 1664, recorriendo como misionero toda Italia, mostrando un enorme celo apostólico en su insistente llamada a la penitencia y a la vida cristiana. En 1672 fue guardián del convento de Belluno y en 1674 del de Oderzo. En 1676 predicando en Padua curó a una enferma y algo similar sucedió en Venecia, lo que le dio fama de taumaturgo. La Santa Sede o su Orden le ordenaron predicar en diferentes países de Europa, a cuyos soberanos conoció. Lo apreció mucho el emperador Leopoldo I de Austria, cuya corte hubo de visitar muchas veces, y fue legado pontificio y misionero apostólico en la cruzada antiturca, estando en la liberación de Viena (12 de septiembre de 1683), en la de Buda (2 de septiembre de 1686) y Belgrado (6 de septiembre de 1688). Dedicó muchos esfuerzos a que hubiera paz entre

los príncipes cristianos. En mayo de 1699 partió para Viena donde enfermó. Lo visitó la familia imperial y todos los magnates de la capital, y el papa Inocencio XII, al saber su enfermedad, le mandó su bendición. Murió el 13 de agosto de 1699, asistido por los emperadores Leopoldo y Eleonora.

Fue beatificado el 27 de abril de 2003 por el papa Juan Pablo II.

BEATO PEDRO GABILHAUD

Presbítero y mártir († 1794)

Debió de nacer el 26 de julio de 1747, o poco antes, porque ésa es la fecha en que fue bautizado en la parroquia de Pont-Saint-Martin. No se conocen datos de sus estudios ni la fecha de su ordenación sacerdotal, constando que desde 1775 era párroco de Saint-Christophe, Creuse, diócesis entonces de Limoges. En ella estaba cuando llegó la Revolución. Primero prestó el juramento constitucional pero luego rectificó y retractó el juramento en cuanto supo que el mismo estaba condenado por el papa Pío VI. Fue a la municipalidad e hizo registrar su retractación, lo que motivó ser denunciado oficialmente el 4 de abril de 1791. El 22 de mayo publicó además un mandamiento del legítimo obispo de Limoges y por ello fue obligado a comparecer ante el tribunal del distrito. Hubo entonces de huir de su parroquia y se retiró con su familia al pueblo de La Sennelerie. Pero el departamento de la Creuse lo inscribió en la lista de los no juramentados que debían ser deportados. El 23 de septiembre de 1792 un certificado médico lo señalaba como enfermo de reumatismo y gota, pero él se sometió a la ley de expulsión y se puso en camino hacia España. Pero no pudo llegar pues fue arrestado en Bayona. Prestó el juramento de libertad-igualdad y se le aseguró que no iba a ser molestado y con una carta de la municipalidad de Bayona volvió a Limoges, donde lo arrestan de nuevo y lo encierran en La Règle. Tras un año de detención, es considerado apto para ser deportado y el 29 de marzo de 1794 parte con el segundo convoy hacia Rochefort, donde ya es registrado el 13 de abril. Embarcado en Les Deux Associés, dio a sus compañeros el ejemplo de una gran piedad y paciencia y

murió el 13 de agosto de 1794 luego de recibir la absolución sacramental.

Fue beatificado el 1 de octubre de 1995 por el papa Juan Pablo II.

BEATOS SECUNDINO MARÍA ORTEGA GARCÍA Y COMPAÑEROS

Antolín Calvo y Calvo, Antonio María Dalmau Rosich, Juan Echarri Vique, Pedro García Bernal, Hilario María Llorente Martín, Salvador Pigem Serra, Javier Luis Bandrés Jiménez, José Brengaret Pujol, Tomás Capdevila Miró, Esteban Casadevall Puig, Eusebio Codina Milla, Juan Codinach Tuneu, Ramón Novich Rabionet, José María Ormo Seró, Teodoro Ruiz de Larrinaga García, Juan Sánchez Munárriz, Manuel Torras Sais, Manuel Buil Lalueza, Alfonso Miquel Garriga

Religiosos y mártires († 1936)

El 20 de julio de 1936 la casa religiosa de los misioneros cordimarianos de Barbastro fue asaltada y registrada en busca de armas, que no fueron halladas, y todos los religiosos fueron arrestados. Conducidos finalmente al colegio de los escolapios y retenidos en su salón de actos, ellos fueron conscientes desde el principio de la cercanía de su martirio, y se prepararon para él con una intensificación ejemplar del espíritu religioso, entregándose por completo a los planes divinos y perdonando de corazón a sus verdugos. Cuando en la madrugada del 11 al 12 de agosto fueron martirizados seis, los demás tuvieron la certeza respecto a su suerte y se afianzaron más en su determinación de morir por Cristo. A la noche siguiente cuando el reloj de la catedral daba las doce, un grupo de milicianos irrumpió en el salón y leyeron una lista de veinte nombres: un sacerdote y diecinueve religiosos no sacerdotes eran llamados. Ninguno desfalleció ni mostró cobardía. Recibieron la absolución sacramental que les dio el P. Luis Masferrer y se fueron con los milicianos. Subieron al camión y una vez en él entonaron cánticos religiosos y vivas a Cristo Rey. Los que estaban en el salón oyeron claramente las detonaciones de los disparos con que fueron sacrificados en la carretera de Berbegal a la una menos veinte de la madrugada y

luego las de los tiros de gracia. Los veinte cordimarianos habían volado al cielo por el camino del martirio.

Éstos son sus datos personales:

SECUNDINO MARÍA ORTEGA GARCÍA había nacido en Santa Cruz de la Salceda, Burgos, el 20 de mayo de 1912, en una familia humilde, numerosa y muy cristiana. Niño piadoso, optó por la vida religiosa e ingresó en el colegio claretiano de Alagón, donde cursó humanidades; luego pasó a Cervera y profesó en Vich el 15 de agosto de 1928, haciendo luego los estudios de filosofía y teología hasta su ordenación en Barbastro el 6 de junio de 1936. Era dinámico y emprendedor y se disponía a vivir con intensidad su sacerdocio. Dio la absolución a los primeros seis mártires cuando los sacaban para el martirio. Recibió la profesión perpetua de Esteban Casadevall y José Amorós.

ANTOLÍN CALVO CALVO era natural de Gumiel de Mercado, Burgos, donde nació el 2 de septiembre de 1912. Entró en Alagón con doce años. Profesó el 15 de agosto de 1929. Estudió la filosofía y la teología y había recibido la tonsura clerical y la orden menor de lector. Era un joven robusto, alegre y entusiasta, bien dotado para cantar y muy adicto al estudio de la Biblia.

ANTONIO MARÍA DALMAU ROSICH había nacido en Miralcampo, Lérida, el 4 de octubre de 1912 y desde muy pequeño quería ser sacerdote. A los once años ingresó en el seminario menor de Solsona, pero luego se sintió atraído por la vida religiosa y pasó a los claretianos. Profesó el 15 de agosto de 1929. Prosiguió los estudios y recibió la clerical tonsura y el lectorado. Era de carácter vivo, estudioso y piadoso.

JUAN ECHARRI VIQUE nació en Olite, Navarra, el 15 de marzo de 1913 en una familia humilde y muy cristiana. En 1924 ingresaba en el postulantado cordimariano de Alagón. Profesó en Vich el 15 de agosto de 1929. Estudiada la teología, recibió la clerical tonsura y el lectorado. Estaba a la espera de ir al servicio militar.

PEDRO GARCÍA BERNAL había nacido en Santa Cruz de Salceda, Burgos, el 27 de abril de 1911. Entró en el postulantado de Alagón el año 1923 y en los estudios destacó por su aplicación e inteligencia. Profesó en 1928. Superó algún ba-

che en su carrera de estudios y formación. Buen músico, dirigió la schola del colegio. Había recibido la tonsura clerical y el lectorado.

HILARIO MARÍA LLORENTE MARTÍN nació en Vadocondes, Burgos, en una familia numerosa y cristiana. Tenía las cicatrices de un accidente sufrido de pequeño cuando hubo un incendio en su casa. No lo admitieron en el postulantado hasta que el general de la congregación determinó que dichas cicatrices no eran dificultad. Profesó en 1929. Era un joven tenaz y convencido. Estaba tonsurado y ordenado de lector.

SALVADOR PIGEM SERRA había nacido el 15 de diciembre de 1912 en Viloví de Oñar, Gerona, hijo del secretario del ayuntamiento. Con doce años decidió su vocación cordimariana, haciendo los estudios con mucha aplicación. Profesó el 15 de agosto de 1929. Además de los estudios eclesiásticos, estudió piano. Estaba tonsurado y ordenado de menores. Estando en el salón de los escolapios, un obrero que había trabajado para sus padres le ofreció proporcionarle la huida, pero él no quiso salvarse sin sus compañeros.

JAVIER LUIS BANDRÉS JIMÉNEZ había nacido en Sangüesa, Navarra, el 3 de diciembre de 1912. Fue monaguillo de su tío sacerdote y desde pequeño manifestó inclinación al sacerdocio. Ingresó en el postulantado en 1925 y profesó en Vich el 15 de agosto de 1930. Era muy servicial y buen compañero y ya en marzo de 1936 había manifestado a su familia su disposición al martirio. Había estudiado filosofía y teología.

JOSÉ BRENGARET PUJOL nació en San Jordi Desvalls, Gerona, el 18 de enero de 1913 en el seno de una familia cristiana. Un hermano suyo se hizo marista y también murió mártir. Ingresó en el postulantado en 1924. Profesó el 15 de agosto de 1929, comenzando luego los estudios eclesiásticos. Era muy activo y trabajador. Manifestó perdonar a sus verdugos.

TOMÁS CAPDEVILA MIRÓ nació en Maldá, Lérida, el 5 de mayo de 1914 en el seno de una familia numerosa, en la que abundaban las vocaciones religiosas. A los diez años entró en el postulantado. Profesó el 15 de agosto de 1930, y prosiguió sus estudios eclesiásticos. Manifestó perdonar a sus enemigos y morir contento por la causa del evangelio.

ESTEBAN CASADEVALL PUIG nació en Argelaguer, Gerona, el 18 de marzo de 1913 en el seno de una religiosa familia. Ingresó en el postulantado cordimariano el año 1925 y, estudiadas las humanidades, hizo el noviciado en Vich donde profesó los votos religiosos, continuando luego sus estudios sacerdotales. Destinado a Barbastro para completar su formación, le sorprenden los hechos relatados. Estando en el salón de los escolapios hizo la tarde del 12 de agosto su profesión perpetua en manos del P. Ortega. Era al mismo tiempo reflexivo y fogoso.

EUSEBIO CODINA MILLA nació en Albesa, Lérida, el 7 de diciembre de 1914 en el seno de una familia que daría cuatro hijos a la vida religiosa. Se educó en la escuela parroquial, y a los once años siguió a dos de sus hermanos al postulantado claretiano. Profesó el 8 de diciembre de 1930. Fue un magnífico estudiante, bien dotado para las lenguas. Era tenaz, capaz y muy afable.

JUAN CODINACH TUNEU nació en una casa de campo, en Santa Eugenia de Berga, Barcelona, el 12 de febrero de 1914, y habiendo perdido a su padre cuando tenía ocho meses, lo educó con gran esmero su madre que lo inscribió en la escuela parroquial. Sintió la vocación oyendo un sermón a su tío sacerdote. Ingresó en el postulantado el año 1924. Profesó en Vich el 15 de agosto de 1930, y seguidamente hizo los estudios sacerdotales. Era alegre y nervioso.

RAMÓN NOVICH RABIONET nació en La Sellera del Ter, Gerona, el 8 de abril de 1913. Ingresó en 1925 en el postulantado. Hizo el noviciado en Vich y profesó el 15 de agosto de 1930, pasando luego a los estudios eclesiásticos. Era tímido, inteligente y estudioso. En unos ejercicios espirituales —agosto 1935— pidió a Santa Teresita la gracia del martirio.

JOSÉ MARÍA ORMO SERÓ nació en Almatret, Lérida, el 18 de agosto de 1913, pasando a vivir a la capital a los siete años, y ayudando a su familia muy pronto en las labores del campo. Era muy inteligente. Optó por la vocación religiosa y profesó los votos religiosos tras el noviciado. Sacaba muy buenas notas y le gustaban los ejercicios atléticos.

TEODORO RUIZ DE LARRINAGA GARCÍA nació en Bargota, Navarra, el 9 de noviembre de 1912, de cuya parroquia fue monaguillo, ingresando a los doce años en el postulantado de Ala-

gón en 1925. Profesó el 15 de agosto de 1930 y prosiguió los estudios eclesiásticos. Disculpaba a los que habían organizado la quema de los conventos diciendo que estaban engañados por otros que se aprovechaban de ellos.

JUAN SÁNCHEZ MUNÁRRIZ nació en Malón, Zaragoza, el 15 de junio de 1913 en el seno de una familia muy cristiana. Ingresó en el postulantado cordimariano con 12 años y profesó el 15 de agosto de 1930, estudiando luego filosofía y teología. Era piadoso, constante, aplicado, obediente y muy jovial.

MANUEL TORRAS SAIS nació en Martivell, Gerona, el 12 de febrero de 1915. Ingresó en el postulantado claretiano y profesó el 15 de agosto de 1931. Era un joven estudioso, al que le gustaban mucho los estudios filosóficos, buen dibujante, y que aprendía los idiomas con facilidad.

MANUEL BUIL LALUEZA había nacido en Abizanda, Huesca, el 31 de agosto de 1915. Tras su ingreso en el postulantado claretiano se decidió que fuera hermano coadjutor, lo que él aceptó de buena gana. Profesó el 19 de marzo de 1935 y fue destinado a la casa de Cervera y luego a la de Barbastro. Tenía el genio vivo y era muy trabajador.

ALFONSO MIQUEL GARRIGA nació en Prades de Molsosa, Lérida, el 24 de febrero de 1914 en el seno de una familia numerosa. Perdió a su madre a los ocho años y lo educó con mucho esmero su padre que lo puso en la escuela parroquial, y en contacto con el párroco empezó a llevar una vida de frecuencia de los sacramentos y de mucha piedad. Ingresó en el noviciado claretiano de Vich en 1929 y profesó los votos religiosos en calidad de hermano coadjutor el 15 de agosto de 1931. Fue sastre, cocinero y zapatero en el colegio de Cervera, luego pasó a Alagón, donde desempeñó otros varios oficios, y en agosto de 1935 fue destinado a la casa de Barbastro. Los milicianos trataron de seducirlo pero él se mantuvo firme en su vocación.

Fueron beatificados en Roma por el papa Juan Pablo II el 25 de octubre de 1992 en el grupo de 51 misioneros claretianos mártires de Barbastro.

BEATO JUAN AGRAMUNT RIERA

Presbítero y mártir († 1936)

Nació en Almanzora, Castellón de la Plana, el 14 de febrero de 1907 en el seno de una familia cristiana que le proporcionó una esmerada educación. De niño fue monaguillo en la parroquia, era inclinado a la piedad y manifestó deseos de ser sacerdote. Tenía muy buena voz y aptitud para la música. Conocía a los escolapios porque un hermano suyo había sido alumno de ellos, y optó Juan por esta vocación. Hizo el noviciado y la profesión en Albarracín (1923), pasando luego a Irache para hacer los estudios sacerdotales. Tras hacer la profesión solemne, en 1928 se ordenó sacerdote.

Ejerció su vocación calasancia en los colegios de Gandía, Albacete y Castellón. Llegada la guerra el P. Agramunt buscó refugio en su propio pueblo natal, en casa de sus padres. Tras celebrar misa un día secretamente en la capilla del Colegio de las Hermanas de la Consolación, al llegar a su casa lo esperaban los milicianos. Llevado a la cárcel, halló allí otros varios eclesiásticos, que fueron siendo asesinados en los días siguientes, lo que le dio al P. Agramunt la seguridad de su martirio. Estaba también detenido su hermano Federico. Su madre y su hermana hicieron todo lo posible por lograr su libertad y lo mismo hizo la novia de su hermano. Y se les dijo que al sacerdote no había modo de salvarlo. En la noche del 13 de agosto fue sacado de la cárcel, y él consoló a su desconsolado hermano diciéndole que iba al cielo. A los milicianos les dijo que los perdonaba. Subido a un coche, fue llevado al sitio llamado Pla de Museros, a seis kilómetros de Almanzora. Iba con él otro sacerdote para ser igualmente fusilado. El P. Juan se puso de rodillas y recibió los disparos mirando a sus verdugos. Los cadáveres fueron rociados con gasolina y quemados y luego enterrados allí mismo.

Juan Pablo II le beatificó el 1 de octubre de 1995 en el grupo de 13 escolapios martirizados en diversos días y en varios lugares en 1936.

BEATO MODESTO GARCÍA MARTÍ

Presbítero y mártir († 1936)

Nació en Albocácer, diócesis de Tortosa y provincia de Castellón de la Plana, el 18 de enero de 1880, en una familia numerosa y cristiana. Educado cristianamente, sintió muy pronto la vocación religiosa y entró de niño en el seminario seráfico de los capuchinos de Massamagrell. Allí vistió el santo hábito el 1 de enero de 1896 con el nombre de fray Modesto de Albocácer y pronunció la profesión temporal el 3 de enero de 1897 y el 6 de enero de 1900 los votos perpetuos. Hizo los estudios de filosofía y teología y se ordenó sacerdote el 19 de diciembre de 1903. La obediencia lo llevó unos años a Colombia, donde ejerció con gran celo su ministerio sacerdotal en la Custodia de Bogotá. Maduro ya por la experiencia pastoral, regresa a España y es nombrado guardián del convento de Valencia. Era un magnífico predicador de la palabra divina, muy bien dotado y preparado para dar ejercicios espirituales —lo que hacía con mucho fruto de los ejercitantes— y un excelente director de almas. Era muy pacífico y amable, y muy fiel a la regla franciscana. Al estallar la guerra española en julio de 1936 estaba destinado como guardián en el convento capuchino de Ollería, en la provincia de Valencia. La comunidad fue expulsada violentamente del convento, la iglesia y el edificio de los religiosos fueron presa de las llamas y todo fue reducido a ruinas. El P. Modesto se marchó a su pueblo y se refugió en casa de una hermana junto con su hermano sacerdote Miguel, que era párroco de Torrembesora. Para mayor seguridad huyeron a una finca llamada La Masá, pero allí fueron a buscarle los milicianos. El P. Modesto se entregó con sencillez y humildad y sin protesta alguna. Era el 13 de agosto de 1936 y en las cercanías de La Masá fue fusilado a las cuatro de la tarde y enterrado en una fosa común del cementerio.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO JOSÉ BONET NADAL

Presbítero y mártir († 1936)

Este mártir había nacido en Santa María de Montmagastrell, en la provincia de Lérida, el 25 de diciembre de 1875. Siendo un adolescente llega a sus manos un *Boletín Salesiano,* y le gustó tanto su contenido que decidió agregarse a la familia salesiana. Ingresa en 1897, hace el noviciado y la profesión religiosa y, terminados los estudios, se ordena sacerdote el año 1904. La obediencia lo llevó a tierras andaluzas, en cuyos colegios desempeñó su ministerio con gran dedicación hasta que en 1930 es llamado nuevamente a Cataluña y destinado a la casa de Barcelona-Rocafort como confesor y encargado de los coadjutores. Llegada la revolución de julio de 1936 y habiendo tenido que dejar la casa salesiana, pidió refugio en casa de una señora viuda pariente de un salesiano. Aquí estuvo varias semanas y edificó a la familia por su piedad, recogimiento, paciencia y humildad. El día 13 de agosto se presentaron en la casa diez milicianos. Obligaron a la dueña a que dijera dónde estaba el sacerdote. Éste salió con mucha presencia de ánimo y desabrochándose la chaqueta mostró su crucifijo y dijo: «Soy de Dios». Entonces los milicianos le arrancaron el crucifijo de forma violenta. Registraron todo el piso y le preguntaron al sacerdote por sus actividades. Él les dijo que se dedicaba a pedir limosnas a los ricos para mantener niños pobres. Entonces le dijeron que fuera con ellos. La señora y su hija le pidieron su bendición, y él las bendijo diciendo que todo estaba preparado. Los milicianos se llevaron al sacerdote y lo martirizaron junto al Cementerio Nuevo (El Morrot). Su cadáver fue llevado en la madrugada del 14 de agosto al Hospital Clínico de Barcelona.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

14 de agosto

A) MARTIROLOGIO

1. En el campo de concentración de Auschwitz (Polonia), San Maximiliano María (Raimundo) Kolbe († 1941), presbítero, religioso franciscano conventual, y mártir **.
2. En el Ilírico, San Ursicino († s. IV), mártir.
3. En Apamea de Siria, San Marcelo († 390), obispo y mártir.
4. En Roma, San Eusebio, fundador de su título en el Esquilino († s. IV-V).
5. En Ross (Irlanda), San Fachanan († s. VI), obispo y abad.
6. En Oudenbourg (Flandes), San Arnulfo († 1087), obispo de Soissons.
7. En Montebarocchio, Beato Santos de Urbino Brancorsini († 1390), religioso de la Orden de Menores *.
8. En Otranto (Apulia), beatos Antonio Primaldo y cerca de ochocientos compañeros († 1480), martirizados por los otomanos *.
9. En Nagasaki (Japón), santos Domingo Ibáñez de Erquicia, presbítero, y Francisco Shoyemon, novicio († 1633), ambos de la Orden de Predicadores y mártires **.
10. En Coriano (Emilia), Beata Isabel Renzi († 1859), virgen, fundadora de las Maestras Pías de la Virgen Dolorosa **.
11. En Picassent (Valencia), Beato Vicente Rubiols Castelló († 1936), presbítero y mártir *.
12. En El Saler (Valencia), Beato Félix Yuste Cava († 1936), presbítero y mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN MAXIMILIANO MARÍA (RAIMUNDO) KOLBE

Presbítero y mártir († 1941)

Desde que el primer mártir dio la vida por los que amaba, por la humanidad entera, revelando así el amor más grande (Jn 15,3), los discípulos del Crucificado, a lo largo de todas las generaciones, a imitación de su Señor y Maestro, han dado la vida también: en el martirio cruento, con la efusión de la propia sangre como testimonio supremo de su fidelidad al Amor más grande, o en el martirio blanco, de la entrega constante al ideal de la santidad, personalizado en el Santo de Dios, y del servicio a los hermanos en el holocausto que conlleva la caridad frater-

na: la que hace pasar de la muerte a la vida (1 Jn 3,14). Tal martirio y autooblación ha estado presente en la Iglesia de Cristo en cualquier época: no sólo en los inicios apostólicos y durante las primeras persecuciones, sino también en cualquier otro siglo y en nuestros días. Tiranos crueles de todos los tiempos han querido yugular la «libertad de los hijos de Dios». En pleno siglo XX, la peste del nazismo pretendió herir de muerte la vida de la Iglesia de Cristo, provocando en la sociedad el virus mortífero del odio racial, de la proscripción de miembros de la sociedad humana, de la absolutización y cuasidivinización de falsos valores y principios perniciosos que despreciaban la vida de aquellos a quienes se quería excluir de la convivencia ciudadana. El testimonio, martirio, hasta las últimas consecuencias de muchos cristianos polacos y alemanes y de otros países de Europa, sujetos al poder nazi, ha iluminado el pasado siglo. Entre ellos, descuella el de un franciscano polaco, hijo enamorado de María Inmaculada, seguidor del gran predicador de la paz y del amor entre todos los hermanos, Francisco de Asís. Ha merecido ser reconocido por la Iglesia como el primer santo mártir, víctima del terror nazi en el delirio del holocausto que éste provocó en Europa, víctima ofrecida e inmolada para llevar hasta el colmo el amor a quienes más sufren.

Este testigo de la fe y de la caridad más heroica en nuestros días, nació en Zduska Wola, al suroeste de Lodz, en Polonia, el 7 de enero de 1894, hijo de Julio Kolbe y de María Dabrowska. El mismo día de su nacimiento recibió, con el nombre de Ramón, las aguas bautismales. Compartió el hogar con cuatro hermanos, dos de los cuales abrazaron, como él, la vida religiosa.

Cuentan que a los diez años tuvo una visión de Nuestra Señora: ésta le ofreció dos coronas, una blanca y otra roja —signo de santidad y de martirio—, para que escogiese una de ellas. Juan Pablo II, al canonizarlo, comentó así el «arcano sueño» de las dos coronas: «Nuestro santo no elige, sino que acepta las dos. Desde sus años jóvenes, le invadía un gran amor a Cristo y el deseo del martirio».

Con buenas dotes para el estudio y con gran fuerza de voluntad, a los catorce años, empezó a cursar sus estudios en Lodz con los frailes menores conventuales. En setiembre de

1910 inició el noviciado vistiendo el hábito franciscano y adoptando el nombre de Maximiliano. Al cabo de un año, pronunció los votos simples.

El año 1912 fue enviado por sus superiores a Roma. Cursó filosofía en la Universidad Gregoriana, hasta 1915, y estudió teología en la Facultad de San Buenaventura, de su propia Orden.

El año 1914 hizo la profesión solemne y a su primer nombre de religión, *Maximiliano,* añadió el de *María.*

Con la anuencia de su superior, el P. Stefano Ignudi, y con la colaboración de sus condiscípulos, fundó en octubre de 1917 la asociación apostólica «Milicia de María Inmaculada», para alcanzar a nivel mundial «la conversión de los pecadores, herejes, cismáticos, infieles y, especialmente, de los masones, y la santificación de sí mismos y de todos bajo el patrocinio de la Bienaventurada Virgen María Inmaculada y mediadora», como rezan los estatutos.

El 28 de abril de 1918 recibió la ordenación sacerdotal de manos del cardenal vicario de Roma, Basilio Pompili, en la basílica de Sant Andrea della Valle. A la mañana siguiente celebró su primera misa en la iglesia de Sant Andrea delle Fratte, como había deseado, en el altar de Nuestra Señora del Milagro, ante la cual se arrodilló judío y se levantó católico el célebre convertido Alfonso M. Ratisbona (1842). En la agenda de misas de aquellos primeros días de su sacerdocio, escribió que quería celebrar el santo sacrificio para impetrar la conversión de los pecadores y la gracia de ser apóstol y mártir.

Acabados sus estudios, en 1919 regresó a Polonia. Estuvo hospitalizado algunos años en un sanatorio cerca de Zakopane para curarse de la tuberculosis. En enero de 1922 fundó la revista *El caballero de la Inmaculada,* editada por la «milicia» que iniciara en Roma, con el fin de difundir su apostolado y la devoción a la Virgen. Al poner títulos de militancia a sus obras se sentía continuador de la tradición de su Orden que tanto había militado en siglos pasados para defender el privilegio de la Inmaculada Concepción. Quería mantener y lanzar en nuestro tiempo y hacia el futuro esta militancia en el plano espiritual, «aplicándola a la vida y al apostolado de la verdad por la cual

sus hermanos de religión habían combatido victoriosamente». En el mismo 1922, la «Milicia de María Inmaculada», bendecida por Benedicto XV, fue erigida como «Pía Unión» por el cardenal Pompili, vicario de Roma; luego sería elevada a Primaria por Pío XI en 1927.

El P. Maximiliano eligió la prensa como medio principal de su apostolado; organizó la edición y difusión de sus periódicos, especialmente de la citada revista, en las «Ciudades de la Inmaculada» *(Niepokalanów)*. En 1927 surgió la primera de estas ciudades a 40 kilómetros de Varsovia, en unos terrenos donados por la generosidad de su propietario. Vivían en ella más de mil personas, en régimen de fraternidad. Además de la editorial y de la imprenta, había casas para los trabajadores; en 1938 residían en ella ochocientos religiosos y ciento ochenta aspirantes. Su labor consistía principalmente en editar la revista, que de los 22.000 ejemplares en 1922 llegó a alcanzar la cifra de los 750.000, que se difundían por todo el mundo.

En 1930, fiel a la llamada de Pío XI que invitaba a promover las misiones en el extranjero, Maximiliano Kolbe proyectó viajar a India y a Beirut para editar su revista en lengua turca, árabe, persa y hebrea. Soñaba con que hubiera en cada país una ciudad de la Inmaculada: así su revista llegaría a tener millones de lectores, la mitad de los habitantes del globo. Viajó aquel año al Japón para explorar el terreno y elegir un lugar apto para fundar otra «Ciudad de la Inmaculada». En Nagasaki edificó la segunda ciudad de este tipo, que continúa en el día de hoy su obra apostólica con trabajadores nativos y numerosos sacerdotes, también distribuidos por el Japón, formados en los colegios de su Orden.

En 1936 el santo apóstol regresó a su patria para dirigir la primera ciudad de la Inmaculada que había fundado y para dar consistencia a toda su organización apostólica. Alimentaba el dinamismo de su actividad apostólica con una sólida piedad. Ésta se caracterizaba por su amor entusiasta y militante a María Inmaculada: de ella, más que esclavo, se sentía «propiedad». Fomentaba una «devoción mariana perfecta militante». Quería que su propio corazón, y el corazón de todos los hombres que vivían entonces, y que existirían en el futuro, fueran para siempre

de María, y que la Inmaculada acogiera estos corazones por toda la eternidad. Encomiaba así su devoción cristiana a la Madre de Jesús:

> «No tengáis miedo de amar demasiado a la Inmaculada; nosotros nunca podremos igualar el amor que le tuvo Jesús: e imitar a Jesús es nuestra santificación».
>
> «Cuanto más pertenezcamos a la Inmaculada, tanto mejor comprenderemos y amaremos al Corazón de Jesús, a Dios Padre, a la Santísima Trinidad».

Profesaba un gran amor a la Eucaristía: en Niepokalanów instituyó la adoración perpetua del Santísimo, él mismo iniciaba todas sus obras con esta adoración.

> «Toda su vida —escribe Pablo VI en la bula de beatificación del P. Kolbe— habla de su amor a Dios y a los hombres: pues todo su quehacer, lo destinó al provecho del prójimo, de tal manera que su comportamiento con los pobres, con los cautivos, en Alemania, en Japón y en Auschwitz, resultó ser un nuevo cántico de las criaturas que brotaba de su corazón».

Cabe destacar, como subraya el mismo Pablo VI, que el P. Maximiliano María imprimía a su labor apostólica un aire auténticamente ecuménico. Con prudencia y celo trataba con los protestantes, judíos o budistas. En los monasterios de éstos disertó sobre la fe en Cristo, les causó admiración por sus virtudes, los escuchó también con agrado y muchos se sintieron atraídos por el amor de María y algunos llegaron a escribir comentarios sobre la religión cristiana.

Amó apostólicamente, amó con inmensa ternura humana, amó sin fronteras, hasta el colmo, hasta el final: hasta dar la vida. El testimonio cruento de su caridad empezó a modelar su existencia consagrada cuando estalló la segunda guerra mundial, al invadir las tropas nazis su patria el 1 de setiembre de 1939. La «Ciudad de la Inmaculada» se levantaba al borde de la carretera que unía Potsdam con la capital, Varsovia. Estaba muy expuesta a la pronta invasión de las tropas alemanas. La prefectura de Varsovia ordenó la evacuación de todos sus residentes. Padre Maximiliano cuidó que todos sus hermanos se pusieran a salvo en lugares seguros, mientras él permanecía en su ciudad con unas cincuenta personas. El 19 de setiembre la policía penetró en Niepokalanów y arrestó a todos los que allí habían

quedado. Los deportaron a Lamsdorf, en territorio alemán, y luego a Amtitz, cerca de Gubin. En este campo de cautiverio, el santo religioso se comportó como verdadero enviado de Cristo: no sólo soportó las penalidades, sino que daba gracias a Dios en tal situación.

El 8 de diciembre, fiesta de la Inmaculada, se les permitió a todos regresar a su ciudad: ésta se convirtió, durante catorce meses, en refugio y hospital para heridos de guerra, prófugos y judíos; éstos llegaron a ser dos mil. En esta situación, el P. Kolbe y sus colaboradores tuvieron el valor de publicar un número de *El caballero de la Inmaculada,* que recogió el último artículo del futuro mártir; en él Kolbe invocaba a su Señora para que trajese la paz al mundo. Empezó a redactar también una obra teológico-ascética sobre la Inmaculada, que dejó inacabada.

El 17 de febrero de 1941 la Gestapo irrumpió en la «Ciudad de la Inmaculada» y se llevó al P. Kolbe y a otros cuatro frailes, los más ancianos. Empezaban para el P. Maximiliano las estaciones de su camino de cruz y gloria. Lo encerraron primero en la cárcel de Pawiak, en Varsovia, donde fue sometido a injurias y vejaciones; de allí lo trasladaron al célebre campo de concentración y exterminio de Oswiecim, en alemán Auschwitz, adonde llegó el 28 de mayo con otros 320 prisioneros. Los encerraron la primera noche en una reducida sala a la entrada del campo. A la mañana siguiente fueron desnudados y lavados con chorros de agua helada. A todos se les distribuyó una chaqueta con un número: al P. Kolbe le correspondió el número 16.670. Fue asignado al bloque 17 de trabajos forzados. Los primeros días lo ocuparon en la construcción de un muro que rodeaba el horno crematorio; una semana más tarde fue destinado a la tala de árboles en un bosque distante 4 km. Fueron dos semanas de terribles vejaciones que el santo soportaba con heroica paciencia y con la sonrisa en los labios. Una vez un compañero de trabajos forzados quiso ayudarle al verlo que tropezaba y sangraba con una pesada carga en los hombros. «No te expongas, le dijo, a recibir golpes tú también; la Inmaculada me ayuda... llevaré solo este peso». Enfermó de pulmonía y fue trasladado a la enfermería donde permaneció tres semanas. Después fue destinado al bloque 12, el de los inválidos, pero por poco tiempo. Entró luego en el bloque 14, de trabajos forzados.

«Mucho padeció en Oswiecim por el amor de Cristo —afirma Pablo VI—: no había en aquel campo ningún sufrimiento corporal o espiritual que no le fuera infligido. Pero él consolaba con la perspectiva de la eternidad a cuantos, reducidos como él a tan miserable estado, soportaban una situación tan dolorosa. No pocas veces distribuía la ración diaria de comida entre los más jóvenes y los hambrientos; a veces cargó con culpas ajenas y soportó sus castigos. De noche, arrastrándose con manos y rodillas, asistía a quienes yacían cerca de él y, si podía, los reconfortaba con los sacramentos».

Una terrible circunstancia le dio la oportunidad de culminar la ofrenda siempre deseada de dar la propia vida por el prójimo. En julio de aquel 1941, un prisionero se escapó del bloque 14. Por cada preso huido, la autoridad nazi había decretado que diez de sus compañeros serían condenados a morir de hambre. Aguardaron un día para averiguar las circunstancias de la fuga. A la mañana siguiente, sacaron nuevamente a los prisioneros al duro trabajo bajo el sol. Por la tarde, el comandante del campo comunicó la sentencia a los deportados del bloque 14 y eligió a diez de ellos para que acabaran su vida en un búnker, nombre con que los alemanes designaban el lugar destinado a quienes estaban condenados a morir de hambre. El P. Kolbe no estaba entre las víctimas destinadas al holocausto. Pero, al oír los lamentos del sargento polaco Frank Gazowniczek que, entre sollozos, lamentaba no poder volver a abrazar jamás a su esposa e hijos, conmovido llamó aparte al jefe del campo para poder sustituir a este deportado y morir con los otros nueve condenados. El oficial, después de dudar un momento, accedió a la petición del prisionero franciscano. Por amor a Dios solo y al prójimo, este auténtico mártir de la caridad ofreció su vida.

Recluido en el bloque número 13, en una celda subterránea, el P. Kolbe esperaba su muerte por inanición con sus compañeros.

«Olvidado de sí mismo en tan duro trance —escribe Pablo VI—, en cuanto le fue posible miró por los demás, procurando que, en circunstancias tan inicuas, ninguno cediera a la desesperación».

El búnker se convirtió, por obra del P. Maximiliano, en capilla de oración y de cantos, cada día más débiles. Al cabo de tres semanas sólo quedaban cuatro supervivientes, entre ellos el

P. Kolbe. A la autoridad del campo le pareció que la situación se prolongaba demasiado, pues necesitaban las celdas para otras víctimas. Se ordenó al verdugo que acabara con la vida de estos cuatro con una inyección de ácido muriático. El santo mártir, con la oración en los labios, alargó espontáneamente el brazo para recibir la inyección letal. Al cabo de unos momentos, un funcionario del campo entró en la celda y pudo dar este testimonio: «Tenía los ojos abiertos y la cabeza inclinada. Su rostro, sereno y bello, estaba radiante». Era el 14 de agosto, vigilia de la Asunción de María Inmaculada; el santo religioso contaba 47 años. Al día siguiente, su cuerpo fue quemado y esparcidas sus cenizas. El holocausto del P. Kolbe no fue fruto de una casualidad o de un desgraciado incidente: fue la suma de toda su vida, afirma el papa que lo beatificó, Pablo VI. Fue fiel a la consigna proclamada en la primera carta de Juan: «Jesucristo dio la vida por nosotros; por eso nosotros debemos dar la vida por los hermanos» (1 Jn 3,16).

El que fue aclamado como el «santo de la Segunda Guerra Mundial» inició su camino hacia los altares, promovido por cuantos tuvieron noticia de su muerte admirable, enseguida después de conseguirse la difícil paz de Europa. En 1948, en Padua, debido a la situación de la postguerra en Polonia, se empezó la causa de beatificación. Pasó luego a los obispados de Varsovia y Nagasaki. La primera fase del proceso se prolongó hasta 1951. El 24 de mayo de 1952 los procesos fueron presentados a la Congregación de Ritos. Los escritos del siervo de Dios fueron examinados y aprobados en mayo de 1955. El papa Juan XXIII, en mayo de 1960, firmó el decreto de introducción de la causa. Pablo VI aprobó el decreto de declaración de virtudes heroicas el 30 de enero de 1969. Dos milagros, atribuidos a la intercesión del siervo de Dios, fueron aprobados el 14 de junio de 1971. Pablo VI beatificó al venerable P. Maximiliano María, como confesor de la fe, el 17 de octubre de 1971 en San Pedro del Vaticano.

Fueron muchas las voces, de prelados y de fieles, que pidieron a la Santa Sede que el P. Kolbe fuera considerado y declarado mártir. La objeción, en la curia romana, se basaba en que propiamente no había sido ajusticiado «por odio a la fe», única

muerte que, tradicionalmente, era considerada martirio. El P. Kolbe murió víctima de la caridad: y eso lo acreditaba a ser considerado mártir, según el criterio de muchos miembros del pueblo de Dios y de numerosos obispos, sobre todo de Polonia y de Alemania.

Correspondió al primer papa polaco de la historia, a Juan Pablo II, celebrar la canonización del Beato Maximiliano. Fue el 10 de octubre de 1982, en la Plaza de San Pedro del Vaticano, ante más de doscientas mil personas, entre las cuales se hallaba presente el suboficial polaco, substituido por el nuevo santo en la condena a muerte, F. Gazowniczek. Juan Pablo II empezó su homilía de la misa de canonización con las palabras evangélicas que mejor reflejan la santidad del nuevo mártir: «Nadie tiene un amor más grande que el que da la vida por sus amigos» (Jn 15, 13), palabras que recoge el misal romano como antífona de comunión para la memoria, señalada por el calendario general el 14 de agosto.

> «La inspiración de toda su vida —predicó el Papa— fue la Inmaculada, a quien confiaba su amor a Cristo y su deseo de martirio. En el misterio de la Inmaculada Concepción se revelaba a los ojos de su alma aquel mundo maravilloso y sobrenatural de la gracia de Dios ofrecida al hombre. La fe y las obras de toda la vida del Padre Maximiliano indican que él concebía su colaboración con la gracia divina como una milicia bajo el signo de la Inmaculada Concepción [...] Maximiliano no murió, sino que dio la vida por un hermano [...] En su muerte se manifiesta la fuerza del amor; por eso la muerte de Maximiliano Kolbe es un signo de victoria [...] La Iglesia acepta este signo de victoria con veneración y agradecimiento. Trata de leer su elocuencia con toda humildad y amor... no puede dejar escapar su plena elocuencia y su significado definitivo».

Por ello, el Papa polaco canoniza al Beato Maximiliano como mártir, porque su muerte, afrontada espontáneamente por amor al hombre, es un cumplimiento total de las palabras de Cristo:

> «Lo hace particularmente semejante a Cristo, modelo de todos los mártires, que da la propia vida sobre la cruz por los hermanos [...] Por eso, en virtud de mi autoridad apostólica, he decretado que Maximiliano María Kolbe, que era venerado como confesor después de su beatificación, ¡sea venerado de ahora en adelante como mártir!».

La innovación abría en la Iglesia nuevos horizontes para la declaración del martirio, abrazado y consumado como el «amor más grande», como fue proclamado por Jesús ante sus apóstoles, en la última cena, según sus palabras recogidas en el capítulo 15 del evangelio de San Juan.

PERE-JOAN LLABRÉS Y MARTORELL

Bibliografía

AAS 64 (1972) 401-407; 74 (1982) 1219-1224.
BARRA, G., *Una vita donata, padre Massimiliano Kolbe* (Turín 1964).
Bibliotheca sanctorum. VII: *Giustiniani-Lhuilier* (Roma 1966) cols.1054-1058.
Bibliotheca sanctorum. Appendice prima (Roma 1987) 870-871.
BLASUCCI, A., *L'Immacolata e la sua Milizia* (Nápoles 1965).
DÍAZ, C., *Nueve rostros de hombre* (Madrid 1997) 37-58.
DOBRACZYNSKI, J., *Maximilian Kolbe* (Budapest 1978).
DOMANSKI, J., *Le Père Maximilien Kolbe* (Varsovia 1971).
FELDMANN, C., *Grandes cristianos de nuestro siglo* (Madrid 1985) 180-205.
JUAN PABLO II, *Massimiliano Kolbe, patrono del nostro difficile secolo* (Città del Vaticano 1982).
LEONARD, L., *Cantano nei sotterranei di Oswiecim* (Brescia 1949).
MIGLIORANZA, C., San *Maximiliano Kolbe* (Barcelona 1992).
MORCINIEK, G., *Dwe Korony, Rzecz o Ojcu Maksymilianie Maria Kolbe* (Niepokalanów 1948).
ORTIZ, L. M., *El hombre de Niepokalanów, o el padre Maximiliano Kolbe* (Granollers 1957).
PIACENTINI, E., *Al di là di ogni frontiera; vita e spiritualità di S. Massimiliano Kolbe* (Ciudad del Vaticano 1982).
— *Dottrina mariologica del P. Massimiliano Kolbe* (Roma 1970).
— *L'Immacolata Concezione nel pensiero mariologico del padre Massimiliano Kolbe* (Roma 1971).
Positio super scriptis Servi Dei Maximiliani M. Kolbe (Roma 1955).
RICCIARDI, A., *Padre Massimiliano Kolbe* (Roma 1960).
VILLEPELÉE, J. F., *Tras las huellas de Maximiliano Kolbe* (Madrid 1997).
WINOWSKA, N., *Le fou de Notre Dame, père Maximilien Kolbe, Cordelier* (París 1950).

SANTOS DOMINGO IBÁÑEZ DE ERQUICIA Y FRANCISCO SHOYEMON

Religiosos y mártires († 1633)

Domingo de Guzmán tuvo la inspiración de fundar su Orden cuando comprobó que era urgente reproponer el evangelio a los herejes y aun a los fieles católicos, ya que no lo conocían ni vivían con profundidad, y por la misma razón desde el principio se mostró dispuesta la Orden a llevar el evangelio a los infieles.

Domingo le dio a su Orden el nombre de Orden de Predicadores, porque predicar iba a ser ministerio a que toda la Orden se dedicara, y ocasión habría en la historia de demostrar que este empeño era auténtico.

En julio de 1867 el papa Pío IX ponía en los altares a una legión de misioneros y cristianos del Japón, entre los que abundaban los religiosos dominicos, los terciarios seglares y los cofrades del Santísimo Rosario. Pero éstos no eran los únicos mártires de la Orden que habían regado con su sangre la tierra japonesa. El 18 de febrero de 1981 el papa Juan Pablo II beatificaba en Manila a otro grupo de misioneros y fieles mártires, todos ellos españoles o japoneses, salvo uno: Lorenzo Ruiz, primer mártir filipino que alcanzaba la gloria de los altares. Este grupo de dieciséis mártires fue canonizado por el mismo papa el 18 de octubre de 1987. A este grupo pertenecen los dos santos que conmemoramos hoy. Su memoria litúrgica está fijada para el 28 de septiembre, pero damos aquí la biografía de los dos que fueron inmolados en el día de hoy.

DOMINGO IBÁÑEZ DE ERQUICIA, que encabezó la causa de beatificación, aunque luego cedió el primer puesto a Lorenzo Ruiz en la canonización, era un misionero español, nacido en 1589 en Guipúzcoa, concretamente en el pueblo de Régil. En su familia recibe una adecuada educación cristiana que hizo nacer en su alma la ilusión por la vida religiosa, y por ello el año 1604, cuando contaba quince años de edad, solicitó el hábito dominico en el convento de San Telmo de la ciudad de San Sebastián, donde fue recibido efectivamente, y, terminado el noviciado al año siguiente, profesó. Seguidamente comenzó sus estudios y no los había acabado cuando se ofreció para las misiones de Oriente, las que en Filipinas y en Japón llevaba adelante su Orden. Pasó de la Provincia de España a la Provincia del Santísimo Rosario, constituida precisamente para dotar de misioneros al Oriente. En 1611 se embarcó en España para Filipinas. Llegado aquí, hubo ante todo de concluir sus estudios, y seguidamente fue ordenado sacerdote cuando contaba veintitrés años de edad.

Con la ordenación sacerdotal recibió también su primer destino, que fue en Pangasinan. Aquí tenían los dominicos un

activo puesto misionero, en el que, a pesar del fuerte carácter de sus habitantes, se conseguían numerosas conversiones y avanzaba el evangelio entre aquellas gentes. Aquí estuvo cuatro años dedicado por completo a su ministerio y llevando una vida ejemplar que acompañaba y acreditaba su labor. Pasados estos cuatro años de labor misionera directa, fue trasladado por la obediencia a Binondo, en los arrabales de Manila. Aquí tenían los dominicos una iglesia y también un hospital donde atendían a la nutrida colonia china que había en la ciudad. Domingo se volcó en la atención religiosa de los fieles, en la catequesis de los aspirantes al bautismo y en la atención bondadosa y humilde a los enfermos del hospital. Todos alababan su elocuencia religiosa, su magnífica capacidad para transmitir el evangelio. Era claro que el P. Domingo, además de la oración y el apostolado, practicaba asiduamente el estudio, como buen dominico, y estaba perfectamente preparado no sólo para predicar sino también para dar clases. Y por ello, cuando llevaba dos años en Binondo, fue destinado a enseñar teología en el convento de Santo Domingo de Manila. Sus clases, a las que atendía con gran entrega, no le quitaban de su asidua y celosa predicación.

Y en este ministerio tan útil estaba empeñado cuando sintió la llamada, peligrosa y a la vez imposible de desatender, de la cristiandad japonesa. En efecto, en 1614 se había desatado una fuerte persecución anticristiana en Japón, que tuvo como una de sus primeras medidas la expulsión de todos los misioneros. Algunos se quedaron corriendo un gran peligro y siendo llevados a la muerte cuando eran descubiertos, pero otros hubieron de abandonar la viña florida que era ya para entonces la comunidad cristiana del Japón. Tras los martirios dominicanos, en 1622 quedaban solamente dos sacerdotes dominicos en el Imperio del Sol Naciente: los beatos Domingo Castellet y Pedro Vázquez. Para colmo este último cae en 1623 en manos de los perseguidores. Desde la cárcel se dirige al provincial de la Orden de Predicadores en Filipinas una carta angustiosa: la mies mucha, los obreros pocos. ¿Qué hacer? Mandar misioneros era como señalarlos para la muerte, dejar de mandarlos era abandonar a su suerte a la comunidad cristiana japonesa. El P. Provincial decidió solicitar voluntarios, y los hubo enseguida,

uno de ellos nuestro Domingo, a quien la perspectiva de la muerte no sólo no le quitó ánimo sino que le dio un brío mayor. Junto con él fueron elegidos San Lucas del Espíritu Santo, el Beato Luis Exarch Flores y el P. Diego de Rivera. A esta expedición de dominicos se unieron cuatro franciscanos y dos agustinos.

A mediados de mayo de 1623 salió Domingo junto con sus compañeros hacia Japón. Iba a ser el suyo un viaje accidentado, porque hubieron de pasar fuertes temporales, sufrir ataques de corsarios chinos, asistir a la muerte en el barco del P. Diego Rivera y al final se vieron forzados a desembarcar en las costas de Satsuma, que no era exactamente a donde se dirigían. Domingo fue tomado por ser el capitán, y hubo de realizar largas y laboriosas gestiones para que le dejaran atracar la nave en el puerto. Se encuentran con el P. Castellet y logran por fin licencia para dirigirse a Nagasaki. Domingo, para despistar, se había paseado como caballero de capa y espada y pudo así disimular que se trataba de un grupo de sacerdotes. Pero la persecución era muy firme, y se dieron cuenta de que de forma abierta no podían seguir en Japón. Entonces Domingo y el P. Castellet idearon una estratagema: Erquicia se presentó a las autoridades y pidió permiso para que todos reembarcaran. Concedida la licencia, el galeón portugués se hizo a la mar con todos los misioneros, pero antes de que llegaran a alta mar, se envió por el P. Castellet una barca que los recogió y los trajo a tierra, pasando todos a la clandestinidad, castigada con la muerte.

Domingo podría trabajar en el Japón a lo largo de diez años. Diez años de trabajo intenso, de huida continua, de disimulo incansable. Iba de un sitio a otro de noche con enorme incomodidad, y el día lo pasaba en un escondite para pasar inadvertido. Llegada la noche empezaba su ministerio: decía misa, confesaba, bautizaba, y no dejaban los fieles de acudir a él llenos de gratitud por su presencia.

Domingo no dejó de escribir a Manila cuando tuvo ocasión para decirles a sus hermanos de hábito cuál era su lucha por la difusión y consolidación del evangelio e invitar a otros religiosos a que se lanzasen a idéntica aventura. La Orden lo nombra en 1625 Vicario Provincial de todos los dominicos de aquel te-

rritorio. Dos años más tarde el cargo pasa al Beato Domingo Castellet, pero éste fue martirizado el 8 de noviembre de 1628, y entonces Domingo fue de nuevo investido del cargo en 1629. Tomó su cargo con gran responsabilidad y en uso de ella decidió que era mejor la residencia en Tokio, entonces Edo, que en Nagasaki, pues aquí la persecución era mucho más estrecha. Por entonces los perseguidores buscaban ante todo la apostasía, y de ahí las feroces torturas, los castigos terribles, como el trabajo en las minas y cosas similares. Los cristianos huían a los montes pero eran buscados y cazados como alimañas. Las apostasías hicieron su aparición. Los perseguidores, conociendo la presencia de misioneros, pusieron todo su empeño en atraparlos. Domingo sabía que, por el bien de la comunidad, debía preservar su vida, y por ello acudió a todo tipo de estratagemas, como ocultarse entre pajas, vivir escondido en cuevas y cisternas sin ver la luz del sol, huir en un barco y esconderse debajo de una vela. Llegó a muchos kilómetros más arriba de Nagasaki y aquí se estuvo en relativa tranquilidad hasta mediados de 1630. Entonces decidió volver a esta ciudad. Había muchos apóstatas que pedían la reconciliación y la temida cárcel de Omura albergaba a cinco religiosos y más de cuarenta seglares. Domingo logró entrar en ella, confesarse con uno de los sacerdotes detenidos y llevarles a todos ánimo y consuelo. Aquel año fueron ejecutados 316 cristianos. Domingo escribió a sus padres y les decía sin rodeos que veía la muerte cercana pues la persecución era muy espesa. A mediados de 1631 el capítulo provincial de su Orden volvía a nombrarlo vicario de la Orden en Japón. Al año siguiente tenía el consuelo de recibir la ayuda de dos padres: Jacobo de Santa María y Jordán de San Esteban, mártires luego ambos y canonizados con Domingo. Y ese mismo año, al subir al trono un nuevo emperador, la persecución se recrudeció. Domingo figuraba en primer lugar en la lista de perseguidos, y asimismo la Santa Sede pensaba en él para obispo de Japón. Pero había llegado para él la hora del martirio.

FRANCISCO SHOYEMON era japonés, y de su nacimiento se ignora el lugar y la fecha. Se unió a Domingo como catequista y no dejó de acompañarle en todo su trabajo misionero. Le ayudó

muchísimo a aprender el idioma e igualmente en la preparación de los catecúmenos al bautismo.

La fecha exacta en que ambos, Domingo y Francisco, fueron arrestados no consta. Es seguro que ya lo estaban el 4 de julio de 1633. El motivo sí se sabe: un cristiano que conocía al P. Domingo fue arrestado y torturado, y en la tortura dijo el escondite del Padre. Llegaron a por él y lo encontraron con el catequista Francisco, siendo ambos arrestados. No intentaron huir, sino que se entregaron con gran mansedumbre. Fueron llevados a la cárcel de Nagayo, bajo las autoridades de Omura. Las autoridades de Nagasaki los reclamaron el 10 de agosto y allá fueron enviados, seguramente al día siguiente pues el 12 estaban en dicha ciudad. Hubo gran empeño en conseguir la apostasía de Domingo y de su fiel compañero. Éste cuando se vio en la cárcel, le pidió al P. Domingo que lo admitiese en la Orden como hermano lego y Domingo accedió a su petición, quedando adscrito como novicio el fiel colaborador. Halagaron a Domingo prometiéndole una vida larga y feliz si apostataba. Domingo respondió que no con gran firmeza. Entonces decidieron darles a él y a su compañero el terrible tormento que acababan de inventar. Se trataba de la horca y la hoya. Serían los primeros en padecer este horrible tormento. Colgados ambos en sendas horcas por los pies, sus cuerpos, pendientes e inmovilizados por maderas bien ajustadas con cuerdas a ellos, quedaban metidos en una hoya llena de inmundicias nauseabundas que asfixiaban de peste a los así atormentados. En este tormento los tuvieron hasta que ambos después de muchas horas, unas veinticuatro horas de horrorosa agonía, dieron su espíritu al Señor. Era el 14 de agosto de 1633.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 78 (1981) 583-588; 82 (1990) 217-220.
GALMÉS, L., OP, *Los dieciséis mártires del Japón* (Madrid 1987).
GONZÁLEZ VALLÉS, J., *Los 16 mártires del Japón* (Madrid 1987).
TELLECHEA IDÍGORAS, J. I., *Erquicia y Aozaraza, dos mártires guipuzcoanos* (San Sebastián 1981).

BEATA ISABEL RENZI

Virgen y fundadora († 1859)

Elisabetta tenía todo a su favor para haber apuntado a una existencia brillante: una familia acomodada, una fascinación particular que derivaba de su fuerte personalidad, una vasta cultura y una profunda sensibilidad. Pero desde pequeña consideró al Señor como la riqueza más grande. Ella hubiera querido ser una contemplativa, mas le tocó bien pronto sumergirse en una actividad incansable, cosa que hizo con excepcional gallardía, sin perder de vista lo espiritual, con raro equilibrio y discernimiento.

En el decreto de su beatificación está escrito:

> «Su fe fue profunda, con una constante aplicación a la oración, con una manifiesta devoción a la Eucaristía, a la Pasión y a la Virgen Dolorosa, a quien quiso consagrar su fundación. Era una fe operativa que se transformaba en celo por las almas y en particular por la juventud, con el preciso carisma del apostolado educativo mediante la escuela».

Después de recibir la santa comunión, solía repetir: «Yo llevo al que me lleva». A sus hermanas, les decía: «Sed felices, porque Dios os ama». «Permaneceré atenta a no faltar a la caridad con el prójimo...». Este propósito que Elisabetta Renzi escribió durante un retiro en 1835 condensa en pocas palabras la tensión de toda su vida: ella fue la silenciosa e incansable sierva de sus hermanos, sin dejar de vivir en lo que gustaba de llamar su *bendito desierto interior.*

Nacida el 19 de noviembre de 1786 en Saludecio, junto a Rímini, y fallecida en 1859, señala con su vida un período de no fácil historia para la Romagna. Muy joven, siente la llamada a una vida de perfección, y se dirige al monasterio agustiniano de Pietrarubbia, del que debe salir en 1810 por las vicisitudes políticas. El Señor puso en su camino un excelente director de espíritus que la llevó, en 1824, al Conservatorio de Coriano, fundado en 1818 por una señora piadosa y por el sacerdote don Giacomo Gabellini, que lo dirigía.

Elisabetta entró en Coriano en plena madurez, con 38 años, pero desde el principio encontró gran disponibilidad y afecto en sus compañeras maestras. El Conservatorio necesitaba una

mayor preparación religiosa y una más firme configuración jurídica, y lo mejor parecía unirse a otro Instituto ya fundado. Se pensó en el de Santa Magdalena de Canosa, pero no se llegó a la unión. Era el año 1824. Santa Magdalena visitó Coriano y apreció desde el primer momento las prendas de Isabel, de la que escribirá más tarde:

> «Entre Elisabetta y el Señor se da tal efusión de recíproco amor, hay una donación mutua tan perfecta, que es bien cierto que aquel que pone el pie en Coriano se encuentra con el abrazo entre la criatura y el Creador».

Cuando en 1828 hay que elegir superiora, Magdalena la propone sin dudarlo. La nueva superiora, aceptando la Voluntad de Dios que le manifiesta la autoridad eclesiástica, se emplea en su cargo con sabiduría sobrenatural y asombrosa capacidad organizativa. Inicia así una relación cada vez más profunda con el Instituto Canosiano, al cual desea conformar su propio Instituto, que aumentaba con vocaciones y fundaciones. A la muerte de Magdalena, los superiores pensaron unir el Instituto de Isabel a las «Maestras Pías» de Roma, pero, no surtiendo efecto la tentativa, Isabel vio claramente que el Señor la llamaba a fundar una nueva Institución. El obispo de Rímini, mons. Gentilini, que compartía la idea, erigió canónicamente, el 26 de agosto de 1839, el Instituto de las Maestras Pías de la Dolorosa de Rímini. Los veinte años de vida que le quedaban a Isabel serían de gran expansión de la obra y de intensa unión con Dios. Durante ellos, incesantemente, elevaba al cielo esta plegaria:

> «¡Oh, Señor, si la Obra que me habéis confiado os complace, haced que permanezca, y yo con ella, siempre pobre, humilde, escondida».

La primera tarea de la fundadora fue la formación de sus hermanas con una disponibilidad a la gracia que la hacía toda para todos. Al mismo tiempo, deseaba que la educación de las niñas mirase a la formación integral de la persona, fomentando en ellas sus capacidades de inteligencia y piedad, bajo la mirada maternal de María, y con su ejemplo.

Pío VII había extendido a toda la Iglesia, el 18 de septiembre de 1814, la «Fiesta de los Siete Dolores de la Virgen», que ya era celebrada por los Siervos de María en el tercer domingo de

septiembre. Este gesto del Papa tuvo amplia resonancia en toda la Romagna, por la activa predicación de los Siervos de María. No se puede entender a fondo la espiritualidad de Isabel Renzi sin esta devoción mariana, inseparable del Gólgota, donde el Corazón de la Madre fue traspasado por la espada del dolor. El amor a la Dolorosa alimentó como una llama viva la vida interior de Isabel. Educada por las clarisas de Mondiano, desde niña había aprendido a mirar con amor a Jesús crucificado y a su bendita Madre. Más tarde, en el monasterio agustino de Pietrarubbia, recibió el influjo de los Siervos de María. Ella quería que sus hijas fuesen «las pobres del Crucificado», y les decía: «¡La Cruz! Ella ha dado la paz al mundo, yo la amo. No nos apartemos de la presencia de la Cruz».

La conformidad con la voluntad de Dios será el *bello diamante* de su vida. Y así, porque Dios lo quiere, ella se encuentra, sin esperarlo, a la cabeza de una familia de educadoras, fundando un nuevo Instituto de enseñanza. En adelante, caminará *por senderos que sirven para acortar los caminos largos; senderos más breves, pero mucho más fatigosos que los trillados.* El gozo espiritual era una constante en ella, que contagiaba su imbatible optimismo a cuantos trataba:

> «Dios ama a las almas que le sirven con alegría. La melancolía lleva a los más graves desórdenes; al precipicio. La alegría del Espíritu es el camino más breve y seguro a la perfección. Alegría y jovialidad deben ser compañeras inseparables de las Maestras Pías... De nuestro diccionario de amor está borrada la palabra "desánimo" [...] Nuestra lira debe vibrar al unísono con un amor del todo celestial; si es demasiado humano, la disonancia sería muy desagradable...».

Algunas veces había dicho a las niñas:

> «Imaginad que todas vuestras palabras y obras fuesen las últimas de vuestra vida. ¿No serían todas rectas y puras, enderezadas a la gloria del Señor?».

Teniendo el presentimiento de su muerte, como madre solícita, quiso dejarlo todo preparado y se preparó a sí misma para el gran encuentro con su gran Amor. Anunciando con antelación la hora del tránsito, se durmió en el Señor el 14 de agosto de 1859, habiendo dicho tres veces: «Yo veo...».

Su Santidad Juan Pablo II, el 8 de febrero del Año Mariano 1988, promulgaba el decreto sobre la heroicidad de sus virtudes. Aprobado el milagro atribuido a su intercesión el 18 de febrero de 1989, fue beatificada el 18 de junio del mismo año. Con tal ocasión, el Papa habló así de Elisabetta:

> «En el borrascoso período de la invasión francesa, que siguió a la revolución, Elisabetta fue casi arrancada de su retiro en el monasterio de las Agustinas; pero, habiendo vuelto al mundo, pudo conocer mejor las urgentes necesidades de la Iglesia de su tiempo y caer en la cuenta de que una nueva llamada del Señor la interpelaba. Dios mismo quería como trasplantarla junto a los problemas de la juventud femenina de su tierra. Comprendió así que debía preparar a las jóvenes del pueblo para afrontar las nuevas condiciones de vida que las esperaban en una sociedad secularizada, en contacto con las nuevas estructuras políticas y administrativas no tan acordes con la fe. Elisabetta capta, con intuición profética, el surgir de una época en que la mujer asumiría nuevas responsabilidades sociales.
>
> Se podría decir que Elisabetta Renzi es fundadora no tanto por una elección, cuanto porque una serie de circunstancias la indujeron y casi la obligaron a realizar una obra orgánica y estable por las jóvenes, en su tierra de Romagna. Por esto, debió afrontar enormes dificultades y luchó con discernimiento iluminado para vencer los obstáculos que la tentación a menudo le presentaba como insuperables. Su regla de vida fue la de abandonarse en Dios, para que Él dispusiese los pasos y los tiempos para el desarrollo de la obra como a él le agradase.
>
> Tal vez las dificultades surgían dentro de la misma comunidad eclesial, no siempre abierta a reconocer los cambios irreversibles producidos en la sociedad y quizá aún ligada, en algunos de sus hombres, a nostalgias de un pasado ya definitivamente superado.
>
> Como la semilla bajo la tierra, Elisabetta soportó sus pruebas con enérgica esperanza. Escribió: "Cuando todo se complicaba, cuando el presente me era tan doloroso y el porvenir me parecía aún más oscuro, cerraba los ojos y me abandonaba, como una criaturita, entre los brazos del Padre que está en el cielo"».

En un mensaje a las Maestras Pías de la Dolorosa, el 22 de julio de 1999, Juan Pablo II les recordaba esta aspiración de su beata madre fundadora:

> «Quisiera que todo mi ser callara y en mí todo adorara, para penetrar así cada día más en Jesús y estar tan llena de él, que pueda darlo a las pobres almas que no conocen el don de Dios».

Y les decía:

> «En una época de profundos cambios, la divina Providencia hizo que la madre Isabel Renzi percibiera, con intuición profética, algunas de las necesidades más profundas de la sociedad de su tiempo. Así, se dio cuenta de que el Señor le dirigía una nueva llamada. "Dios mismo la había trasplantado junto a los problemas de la juventud femenina de su tierra. Su regla de vida fue justamente la de abandonarse a Dios, para que Él dispusiese los pasos y los tiempos para el desarrollo de la obra como a él le agradara" *(Homilía en la beatificación).*
>
> Vuestra fundadora sintió intensamente la llamada a testimoniar el amor de predilección de Dios a sus criaturas más humildes y necesitadas; y respondió con inteligencia profética, haciéndose madre, educadora y asistente.
>
> Deseo dejaros, como última palabra, el eco del lema de vuestra beata fundadora: *Ardere et lucere».*

La historia de Isabel Renzi es actual en este nuestro mundo que, tan a menudo, se pierde tras lo efímero y lo superficial. Su vida es sugestiva para aquellos que buscan modelos en que inspirarse para traducir el mensaje del Evangelio en clave moderna.

ALBERTO JOSÉ GONZÁLEZ CHAVES

Bibliografía

L'Osservatore Romano (18-6-1989); (19/20-6-1989).
L'Osservatore Romano (ed. en español) (23-6-1989).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

BEATO SANTOS DE URBINO BRANCORSINI

Religioso († 1390)

En el seno de la familia Brancorsini nace en Montefabbri el año 1343. Educado con todo esmero, pasa a Urbino a hacer los estudios. Un hecho singular cambia su vida: un pariente suyo tiene con él una fuerte discusión y lo ataca, intenta evitarlo pero se ve sin otra opción que la autodefensa y entonces hiere al atacante en una pierna, de lo que al poco fallece. Queda profundamente impactado y resuelve que será la vida religiosa y no la ca-

rrera militar, para la que se preparaba, la que llenará su vida. Ingresa en el convento de la Orden franciscana y se decide por profesar en calidad de hermano lego. Enseguida edifica a los demás religiosos por su vida, observancia regular y virtudes, y por ello se decide ponerlo al frente de los hermanos legos para que él les guíe en la vivencia de la vocación religiosa, lo que hizo con singular maestría y celo. Le salió una úlcera en una pierna, y se dice que fue en el mismo sitio en que había herido la pierna de su atacante y que así se lo había pedido él mismo al Señor. En su intensa vida interior, le recrea el Señor con singulares favores de índole mística y sobrenatural. Vino a morir el 14 de agosto de 1390 con gran fama de santidad. Su cuerpo se conserva incorrupto. El culto inmemorial fue confirmado por el papa Clemente XIV el 18 de agosto de 1770.

BEATOS ANTONIO PRIMALDO Y MÁRTIRES DE OTRANTO

Mártires († 1480)

La historia de los mártires de Otranto comienza con la profecía de San Francisco de Paula que pidió inútilmente al rey Fernando I de Nápoles que protegiera su reino de las amenazas de la flota turca y se trajera, por tanto, sus fuerzas desde la Toscana. Al no hacerlo el rey, San Francisco aseguró que veía a Otranto inundada de sangre cristiana. Y, en efecto, en el verano de 1480 las tropas turcas se presentaron ante el puerto de Otranto y conminaron la rendición. No se avinieron los hidruntinos y el día 11 la ciudad fue asaltada por los turcos, muriendo infinidad de personas en el asalto, entre ellas el arzobispo y numerosos sacerdotes y religiosos. Vencida la población y concluida la lucha, el general turco, Ahmed Pachá, exigió que se presentasen delante de él todos los varones mayores de 15 años, siendo solamente ochocientos los supervivientes de la tragedia. Entonces les intimó a todos a que abrazasen el islam, de lo contrario perderían la vida, mientras que si se hacían musulmanes conservarían la vida, la familia y los bienes. Contestó en nombre de todos Antonio Primaldo, un tejedor de paños ya entrado en años, quien aseguró que todos ellos adoraban a Cristo como

verdadero Dios y no estaban dispuestos a hacerse musulmanes. Todos manifestaron las mismas disposiciones. Entonces, Ahmed Pachá dispuso que todos fueran decapitados, y para ello fueron conducidos al Monte de Minerva. Se animaron los mártires unos a otros a dar la vida por Cristo, siendo inútil que les repitieran las ofertas de vida y prosperidad si apostataban. Agrupados de cincuenta en cincuenta fueron siendo decapitados, contándose el prodigio de que, decapitado el primero Antonio Primaldo, su cuerpo no cayó al suelo hasta que el último fue decapitado. Viendo aquella constancia y fortaleza se hizo cristiano uno de los verdugos que pagó allí con su vida su conversión. Reconquistada la ciudad un año más tarde, encontraron insepultos, pero incorruptos, los cuerpos de los mártires, y mandó el duque de Calabria se les diera piadosa sepultura. El sitio se llama desde entonces la «Colina de los mártires». Su culto ininterrumpido fue confirmado por la Santa Sede el 14 de diciembre de 1771.

BEATO VICENTE RUBIOLS CASTELLÓ

Presbítero y mártir († 1936)

Vicente Gregorio Rubiols Castelló había nacido en Gandía el 13 de marzo de 1874, bautizándose al día siguiente en la famosa Colegiata. Educado cristianamente, decidió seguir la vocación sacerdotal, haciendo los estudios en el seminario de Valencia, y se ordenó sacerdote en 1894. Desempeñó el ministerio parroquial en varios sitios hasta que el 11 de febrero de 1898 tomaba posesión en propiedad del curato de La Pobla Llarga. Perseveraría en este cargo pastoral hasta su martirio. Bondadoso, lleno de celo apostólico, amante de la liturgia, caritativo y limosnero, dedicó su vida por entero a su parroquia, sin tomarse ni siquiera vacaciones y sirviéndola con la mayor lealtad y amor pastoral. Instalado en febrero de 1936 el gobierno del Frente Popular, se vio obligado a dejar la parroquia pero volvió en junio. No obstante, debió irse de nuevo, esta vez a Picanya, donde le sorprendió el 18 de julio. Se comportó con mucha discreción y prudencia pero el día 14 de agosto fue arrestado por unos milicianos de La Pobla Llarga, que lo llevaron a la carretera de Va-

lencia, y al llegar a la Torre de Espioca, término de Picassent, pararon el coche y lo hicieron bajar. Él vio cuál era la intención y les dijo: «Sólo lo siento porque vosotros, a quienes yo he bautizado, vais a hacer este crimen». Cuando dirigieron a él las armas gritó: «Viva Jesús sacramentado». Y fue fusilado. Lo registraron, lo dejaron en postura vergonzosa y lo abandonaron. A los tres días un vecino de su pueblo lo reconoció e hizo que lo enterraran.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO FÉLIX YUSTE CAVA

Presbítero y mártir († 1936)

Su pueblo natal fue Chulilla, donde nació el 21 de febrero de 1887. Inclinado al sacerdocio desde niño, ingresó en el colegio de San José de Valencia y luego pasó al seminario conciliar de la misma Valencia. Sus dotes intelectuales y buena conducta le valieron que el arzobispo Cardenal Herrero lo mandara a estudiar a Roma como alumno del Colegio Español, en la Universidad Gregoriana. Alcanzó los tres doctorados: en filosofía, teología y derecho canónico, y se ordenó sacerdote en diciembre de 1910. Vuelto a Valencia fue coadjutor en varias parroquias y profesor del seminario. En 1919 se le nombró párroco de Santa María del Mar, de Valencia. En 1930 ganó en propiedad la parroquia de San Juan y San Vicente de la capital valentina. Fue un sacerdote piadoso y entregado, que fomentó con celo la Acción Católica, llegando a tener organizadas en su parroquia las cuatro ramas. Fundó unas escuelas parroquiales para ofrecer educación cristiana a los niños. Llegada la revolución de julio de 1936, hubo de dejar la parroquia y refugiarse en casa de un hermano suyo, donde también se refugiaría su otro hermano sacerdote. Los tres serían sacrificados. Allí celebraban la misa secretamente y sufrieron diferentes registros, en uno de los cuales milagrosamente no hallaron las hostias consagradas. El 13 de agosto de 1936, de noche, mientras registraban el piso conti-

guo, los milicianos vieron a los dos sacerdotes. Esto sirvió para que los detuvieran. Llevados a El Saler, allí fueron fusilados.

Don Félix ha sido beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

15 de agosto

A) Martirologio

1. Solemnidad de la Asunción de la Bienaventurada Virgen María.
2. En Roma, en el cementerio de Calixto en la Via Apia, San Tarsicio († 257), que murió mártir en defensa de la Eucaristía **.
3. En Nicomedia (Bitinia), santos Estratón, Felipe y Eutiquiano (fecha desconocida), mártires.
4. En Milán (Liguria), San Simpliciano († 401), obispo.
5. La conmemoración de San Alipio († 430), obispo de Tagaste en Numidia, discípulo de San Agustín **.
6. En Hildesheim (Sajonia), San Altfrido († 874), obispo.
7. En Alba Real (Panonia), San Esteban I († 1038), rey de los húngaros, cuya memoria se celebra mañana.
8. En Cracovia (Polonia), San Jacinto († 1257), presbítero, de la Orden de Predicadores **.
9. En Savigliano (Italia), Beato Aimón Taparelli († 1495), presbítero, de la Orden de Predicadores *.
10. En Pallanza, junto a Novara (Italia), Beata Juliana de Busto Arsicio († 1501), virgen, de la Orden de San Agustín *.
11. En Roma, San Estanislao de Kostka († 1568), novicio de la Compañía de Jesús **.
12. En Wenga (Congo), Beato Isidoro Bakanja († 1909), mártir **.
13. En Chalchihuites (México), santos Luis Batis Sainz, presbítero, Manuel Morales, padre de familia, Salvador Lara Puente y David Roldán († 1926), mártires **.
14. En Barbastro (Huesca), beatos Luis Masferrer Vila, presbítero, y diecinueve compañeros: José María Blasco Juan, Alfonso Sorribes Teixidor, acólitos; José María Badía Mateu, José Figuero Beltrán, Eduardo Ripoll Diego, Francisco María Roura Farró, Jesús Agustín Viela Ezcurdia, lectores; José María Amorós Hernández, Juan Baixeras Berenguer, Rafael Briega Morales, Luis Escalé Binefa, Ramón Illa Salvia, Luis Lladó Teixidor, Miguel Masip González, Faustino Pérez García, Sebastián Riera Coromina, José María Ros Florensa, Francisco Castán Messeguer, y Manuel

Martínez Jarauta († 1936), religiosos de la Congregación de Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María, mártires *.

15. En Almazora (Castellón), Beato José María Peris Polo († 1936), presbítero, de la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos del Sagrado Corazón de Jesús *.

16. En Madrid, Beata María Sagrario de San Luis Gonzaga (Elvira) Moragas Cantarero († 1936), virgen, de la Orden de las Carmelitas Descalzas, mártir **.

17. Igualmente en Madrid, Beato Domingo (Agustín) Hurtado Soler († 1936), presbítero, de la Congregación de Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores, mártir *.

18. En Motril (Granada), Beato Vicente Soler († 1936), presbítero, de la Orden de Agustinos Recoletos, mártir *.

19. En Palma de Gandía (Valencia), Beato Carmelo Sastre Sastre († 1936), presbítero y mártir *.

20. En Tárrega (Barcelona), Beato Jaime Bonet Nadal († 1936), presbítero, de la Sociedad Salesiana, mártir *.

21. En Padua (Italia), Beato Claudio Ricardo Granzotto († 1947), religioso franciscano *.

B) Biografías extensas

ASUNCIÓN DE NUESTRA SEÑORA

La vida de la Virgen es toda ella una fulgurante sucesión de divinas maravillas. Primera maravilla: su Inmaculada Concepción. Última maravilla: su gloriosa Asunción en cuerpo y alma a los cielos. Y, entre la una y la otra, un dilatado panorama de gracia y de virtudes en el cual resplandecen como estrellas de primera magnitud su virginidad perpetua, su divina maternidad, su voluntaria y dolorosa cooperación a la redención de los hombres.

La perpetua virginidad de María y su divina maternidad fueron ya definidas como dogmas de fe en los primeros siglos del cristianismo. La Inmaculada Concepción no lo fue hasta mediados del siglo XIX. Al siglo XX le quedaba reservada la emoción y la gloria de ver proclamado el dogma de su Asunción en cuerpo y alma a los cielos.

Memorable como muy pocos en la historia de los dogmas aquel 1 de noviembre de 1950. Sobre cientos de miles de corazones, que hacían de la inmensa Plaza de San Pedro un único

pero gigantesco corazón —el corazón de toda la cristiandad—, resonó vibrante y solemne la voz infalible de Pío XII declarando *ser dogma de revelación divina que la Inmaculada Madre de Dios, siempre Virgen María, cumplido el curso de su vida terrena, fue elevada en cuerpo y alma a la gloria celestial.*

Esta suprema decisión del Romano Pontífice es el coronamiento de un proceso multisecular. Nosotros gustamos el dulce sabor de ese fruto sazonado de nuestra fe, pero su savia y sus flores venían circulando y abriéndose en el jardín de la Iglesia desde la más remota antigüedad cristiana.

En la encíclica *Munificentissimus Deus,* que nos trajo la jubilosa definición del dogma, se hace un minucioso estudio histórico-teológico del mismo. Siglo tras siglo y paso por paso se va siguiendo con amoroso deleite el camino recorrido por la piadosa creencia hasta llegar, ¡por fin!, a la suprema exaltación de la definición *ex cathedra.*

En efecto, ya desde los primeros siglos cristianos palpita esta verdad en el seno de la Iglesia. Es una verdad perenne como todas las contenidas en el sagrado arcano de la Revelación. Pero en el correr de los tiempos aquella suave palpitación primera fue acentuándose y haciéndose cada vez más fuerte, más insistente, más apremiante.

Comienza la encíclica recordando un hecho. Nunca dejaron los pastores de la Iglesia de enseñar a los fieles, apoyándose en el santo Evangelio, que la Virgen Santísima vivió en la tierra una vida de trabajos, angustias y preocupaciones; que su alma fue traspasada por el fiero cuchillo profetizado por el santo anciano Simeón; que, por fin, salió de este mundo pagando su tributo a la muerte como su Unigénito Hijo... ¡Ah! Pero eso no impidió ni a unos ni a otros creer y profesar abiertamente que su sagrado cuerpo no estuvo sujeto a la corrupción del sepulcro ni fue reducido a cenizas el augusto tabernáculo del Verbo divino.

Esa misma creencia, presente y viviente en las almas, fue tomando formas tangibles y grandiosas dimensiones a medida que la tierra se fue poblando de templos erigidos a la Asunción de la Virgen María. Sólo en España son 29 las catedrales consagradas a la Virgen en ese su sagrado misterio. Y si los templos

son muchos, infinitamente más son las imágenes que pregonan a voces el triunfo de la Madre de Dios. Añadid ahora las ciudades, diócesis y regiones enteras, así como Institutos religiosos que se han puesto bajo el amparo y protección de María en esta gloriosa advocación, y tendréis un definitivo argumento de la pujanza de dicha creencia en la masa del pueblo cristiano.

También los artistas, fieles intérpretes del pensamiento cristiano a través de los tiempos, han rivalizado a su vez en la interpretación plástica del gran misterio asuncionista. Ya en el famoso sarcófago romano de la iglesia de Santa Engracia, en Zaragoza, muy probablemente de principios del siglo IV, aparece una de estas representaciones. El tema se repite después con una profusión deslumbradora en telas, en marfiles, en bajorrelieves, en mosaicos. Basta recordar los nombres de Rafael, Juan de Juanes, el Greco, Guido Reni, Palma, Tintoretto, el Tiziano... Y no son todos. A la misma altura y con la misma elocuencia que ellos con sus pinceles, proclamaron su fe con su gubia nuestros incomparables imagineros del Siglo de Oro, reproduciendo el episodio en retablos desbordantes de luz y colorido.

Pero de modo más espléndido y universal aún —comenta la encíclica de la definición— se manifiesta esta fe en la sagrada liturgia. Ya desde muy remota antigüedad se celebran en Oriente y Occidente solemnes fiestas litúrgicas en conmemoración de este misterio. Y de ellas no dejaron nunca los Santos Padres de sacar luz y enseñanzas, pues sabido es que la liturgia, *siendo también una profesión de las celestiales verdades..., puede ofrecer argumentos y testimonios de no pequeño valor para determinar algún punto particular de la doctrina cristiana.*

Podrían multiplicarse indefinidamente los testimonios de las antiguas liturgias que exaltan y ponderan la Asunción de María. Unos brillan por su mesura y sobriedad, como, generalmente, los de la liturgia romana; otros se visten de luz y poesía, como los de las liturgias orientales. Pero todos ellos concuerdan en señalar el tránsito de la Virgen como un privilegio singular. Dignísimo remate, indispensable colofón reclamado por los demás privilegios de la Madre de Dios.

Pero lo que sobre todo emociona y convence es ver cómo la Asunción se abrió camino con tal éxito y señorío entre las de-

más solemnidades del ciclo litúrgico, que muy pronto escaló la cumbre de los primeros puestos. Ello estimula eficazmente a los fieles a apreciar cada vez más la grandeza de este misterio. San Sergio I, al prescribir la letanía o procesión estacional para las principales fiestas marianas, enumera juntas las de la Natividad, Anunciación, Purificación y Dormición de María. Más tarde, San León IV quiso añadir a la fiesta, que para entonces había ya recibido el título de Asunción de María, una mayor solemnidad litúrgica, y prescribió se celebrara con vigilia y octava, y durante su pontificado tuvo a gala participar él mismo en su celebración, rodeado de una innumerable muchedumbre de fieles. Fue durante muchos siglos hasta nuestros días una de las fiestas precedidas de ayuno colectivo en la Iglesia. Y no es exagerado afirmar que los Soberanos Pontífices se esmeraron siempre en destacar su rango y su solemnidad.

Los Santos Padres y los grandes doctores, tanto si escriben como si predican a propósito de esta solemnidad, no se limitan a celebrarla como cosa admitida y venerada por el pueblo cristiano en general, sino que desentrañan su alcance y contenido, precisan y profundizan su sentido y objeto, declarando con exactitud teológica lo que a veces los libros litúrgicos habían sólo fugazmente insinuado.

Cosa fácil sería entretejer un manojo de textos patrísticos como prueba palmaria de lo que venimos diciendo. Bástenos el testimonio de San Juan Damasceno, del que el mismo Pío XII asegura que

> «Se distingue entre todos como testigo eximio de esta tradición considerando la Asunción corporal de la Madre de Dios a la luz de sus restantes privilegios».
>
> «Era necesario —dice el santo— que aquella que en el parto había conservado ilesa su virginidad conservase también sin ninguna corrupción su cuerpo después de la muerte. Era necesario que la Esposa del Padre habitase en los tálamos celestes. Era necesario que aquella que había visto a su Hijo en la cruz, recibiendo en el corazón aquella espada de dolor de la que había sido inmune al darlo a luz, le contemplase sentado a la diestra del Padre. Era necesario que la Madre de Dios poseyese lo que corresponde al Hijo y que por todas las criaturas fuese honrada como Madre y sierva de Dios».

Parecidos conceptos expresa San Germán de Constantinopla. Según él la raíz de este gran privilegio de María está en la di-

vina maternidad tanto como en la santidad incomparable que adornó y consagró su cuerpo virginal.

> «Tú, como fue escrito —le dice el santo—, apareces radiante de belleza y tu cuerpo virginal es todo santo, todo casto, todo puro, y por esta razón es preciso que se vea libre de convertirse en polvo y se transforme, en cuanto humano, en una excelsa vida incorruptible: debe ser vivo, gloriosísimo, incólume y partícipe de la plenitud de la vida».

Siguiendo esta misma trayectoria, los pastores de la Iglesia, los oradores sagrados, los teólogos de todos los tiempos, empleando unas veces el lenguaje sobrio y circunspecto de la ciencia teológica, y hablando otras veces con la santa libertad de la entonación oratoria, en períodos rozagantes de vibrante y encendida elocuencia, han acumulado un sinnúmero de razones que con mayor o menor fuerza parecen exigir y reclamar este hermoso privilegio de María. En su afán de penetrar en la entraña misma de las verdades reveladas y mostrar el singular acuerdo que existe entre la razón teológica y la fe, pusieron de relieve la conexión y la armonía que enlaza la Asunción de la Virgen con las demás verdades que sobre Ella nos enseña la Sagrada Escritura. Para ellos este gran privilegio es como una consecuencia necesaria del amor y la piedad filial de Cristo hacia su Santísima Madre, y encuentran sus raíces bíblicas en aquel insigne oráculo del Génesis que nos presenta a María asociada con nuestro divino Redentor en la lucha y la victoria contra la serpiente infernal. Y por lo que al Nuevo Testamento se refiere, consideran con particularísimo interés las palabras con que el arcángel saludó a María: *Dios te salve, la llena de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre las mujeres.* Según ellos el misterio de la Asunción puede ser un complemento lógico de la plenitud de gracia otorgada a la Virgen y una particular bendición, contrapuesta por el Altísimo a la maldición que recayó un día sobre la primera mujer.

El alma de María estuvo siempre exenta de toda mancha; su cuerpo inmaculado no experimentó nunca la mordedura de la concupiscencia; su carne fue siempre pura y sin mancilla, como puros y sin mancilla fueron siempre su espíritu y su corazón. En María todo fue ordenado, nada hubo de lucha pasional, ninguna inclinación al pecado, todo respiraba elevación, virginidad

y pureza. ¿Cómo, pues, podría un cuerpo que era todo luz y candor convertirse en polvo de la tierra y en pasto de gusanos? Y aún cobra mayor fuerza esta argumentación si tenemos en cuenta que la carne de María era y es la carne de Jesús: *De qua natus est Iesus.* ¿Podría Cristo permitir que aquel cuerpo inmaculado, del que se amasó y plasmó su propio cuerpo, sufriera la humillante putrefacción del sepulcro, secuela y efecto del pecado original? Si el desdoro y humillación de la madre redunda y recae siempre sobre los hijos, ¿no redundaría sobre el mismo Hijo de Dios esta humillación de la Virgen, su Madre?

El cuerpo de María había sido el templo viviente en que moró durante nueve meses la persona adorable del Verbo encarnado. En ese cuerpo virginal puso el Altísimo todas sus complacencias. Lo quiso limpio de toda mancha. Para ello no escatimó mimos de Hijo ni prodigios de Dios, primero al ser concebido en el seno de Santa Ana, y después al encarnarse en sus entrañas el Hijo del Altísimo. Y si realizó tales prodigios, que implican una rotunda derogación de las leyes por él mismo establecidas, ¿puede concebirse siquiera que no lo preservara después de la corrupción del sepulcro, cuando para ello bastaba anticipar una prerrogativa que al final de los tiempos disfrutarán todos los elegidos?

El dogma de la Asunción de la Virgen, en estricto rigor teológico, puede entenderse y explicarse prescindiendo en absoluto del hecho histórico de su muerte. Su núcleo central lo constituye la traslación anticipada de María en cuerpo y alma a los cielos, sea que para ello rindiera tributo a la muerte (como lo hizo el mismo Jesucristo), sea que su cuerpo vivo recibiera inmediatamente el brillo de la suprema glorificación. No han faltado en el correr de los siglos, ni faltan tampoco en nuestros días, quienes juzgan más glorioso para María la glorificación inmediata, sin pasar por la muerte. A nosotros no nos seduce semejante postura, en la que más bien creemos descubrir un error de perspectiva.

Creemos sinceramente que murió la Virgen, de la misma manera que murió su Hijo Jesucristo.

> «Quiso Dios que María fuese en todo semejante a Jesús —dice el gran cantor de la Virgen San Alfonso María de Ligorio—; y, habiendo muerto el Hijo, convenía que muriera también la Madre».

> «Quería, además, el Señor —prosigue el gran doctor napolitano— darnos un dechado y modelo de la muerte que a los justos tiene preparada; por eso determinó que muriera la Virgen María, pero con una muerte llena de consuelos y celestiales alegrías».

Creemos sinceramente que la Virgen murió. Si su cuerpo hubiera alcanzado la glorificación definitiva pasando sobre la muerte, ¿dejaría de haber en la primitiva literatura cristiana ecos de esa luz y de ese perfume? En la misma literatura canónica no se explicaría fácilmente que no quedaran vestigios de tan extraña y sorprendente maravilla...

Pero no hay nada. Señal más que probable de que María entregó su vida en un dulcísimo sueño de amor, a la manera que un nardo que se consume al sol exhala en los aires su postrer aroma.

Mas añadamos en seguida que su muerte fue muy distinta de nuestra muerte.

> «Tres cosas principalmente hacen a la muerte triste y desconsoladora: el apego a las cosas de la tierra, el remordimiento de los pecados cometidos y la incertidumbre de la salvación. Pero la muerte de María no sólo estuvo exenta de estas amarguras, sino que fue acompañada de tres señaladísimos favores, que la trocaron en agradable y consoladora. Murió desprendida, como siempre había vivido, de los bienes de la tierra; murió con envidiable paz de conciencia; murió, finalmente, con la esperanza cierta de alcanzar la gloria eterna» (San Alfonso).

Nada de parecido puede haber, al punto de morir, entre ella y nosotros. Ni angustias, ni apegos, ni gestos o tirones violentos. Todo en su dichoso tránsito fue apacible y gozoso: como la luz que se va, deslizándose dulcemente, silenciosamente, sobre la tierra y el mar por primera y última vez, en excepcional rito fúnebre, la muerte dejó su fatídica guadaña para empuñar en sus manos una llave de oro. Era la llave del paraíso, cuyas puertas se abrían de par en par dejando paso a la mujer aclamada con voz unánime por los bienaventurados como su reina y señora. Los poetas dirían que la muerte de María fue como

> «el parpadeo de una estrella que, al llegar la mañana, se esconde en un pliegue del manto azul del cielo; como el susurro de la brisa que pasa riendo a través de los rosales; como el acento postrero de un arpa; como el balanceo de una espiga dorada que mecen los vientos primaverales. Así se inclinaría el cuerpo de la Virgen María; así

sería el último suspiro de su casto corazón; así brillarían sus ojos purísimos en la hora postrera».

Esto nos dirían los poetas, tratando primero de adivinar y después de traducir a su lenguaje humano las realidades inenarrables del alma de María al despedirse de la tierra.

Pero los teólogos nos han dicho más. Remontándose por encima de las realidades de este mundo visible, han querido penetrar en las raíces mismas de esa muerte única que fue la muerte de María, encontrando dichas raíces en la llama inextinguible de amor a su Dios, que consumió y redujo a pavesas su existencia terrena.

San Andrés Cretense habla de un *sueño dulcísimo,* de un *ímpetu* de amor, expresiones que se repiten con frecuencia en otros Padres orientales, como Teodoro de Abucara, Epifanio el Monje, Isidoro de Tesalónica, Nicéforo Calixto, Cosme Vestitor y otros autores.

Razonamientos similares afloran aquí y allí en los escritores ascéticos y en los más profundos teólogos, como Santo Tomás de Villanueva, Suárez, Cristóbal de Vega, Bossuet, San Francisco de Sales, San Alfonso María de Ligorio. Por ser ambos doctores de la Iglesia, citaremos unos textos bellísimos de los dos últimos autores.

San Francisco de Sales escribe emocionado:

«Y pues consta ciertamente que el Hijo murió de amor y que María tuvo que asemejarse a su Hijo en el morir, no puede ponerse en duda que la Madre murió de amor [...] Este amor le dio tantas acometidas y tantos asaltos, esta llaga recibió tantas inflamaciones, que no fue posible resistirlas, y, como consecuencia, tuvo que morir...

Después de tantos vuelos espirituales, tantas suspensiones y tantos éxtasis, este santo castillo de pureza, este fuerte de la humildad, habiendo resistido milagrosamente mil y mil veces los asaltos del amor, fue tomado por un último y general asalto; y el amor, que fue el triunfador, se llevó esta hermosa paloma como su prisionera, dejando en su cuerpo sacrosanto la fría y pálida muerte».

Y en otro pasaje dice:

«Como un río que dulcemente tornase a su fuente, así ella se volvía hacia esta unión tan deseada de su alma con Dios [...] Y habiendo llegado la hora de que la Santísima Virgen debía abandonar

esta vida, fue el amor el que verdaderamente hizo la división entre su cuerpo y su alma».

El autor de *Las glorias de María,* a su vez, no cede en delicadeza y emoción al obispo de Ginebra.

> «Entonces se presentó la muerte —escribe el santo—, no con ese aparato de luto y de tristeza que ostenta cuando se presenta para dar el golpe fatal a los demás hombres, sino rodeada de luz y de alegría. Digo que se presentó la muerte, y digo mal, porque no la muerte, sino el amor divino fue el que rompió el hilo de esta preciosa vida. Y así como una lámpara, antes de extinguirse, entre los últimos destellos lanza uno más brillante y luego se apaga, así también María. Y, al sentir que su Hijo la invitaba a que le siguiera, como una mariposa inflamada en las llamas de caridad, y exhalando grandes suspiros, da uno más intenso y más amoroso, y luego sucumbe y muere. De esta suerte aquella alma grande, aquella paloma del Señor, rompiendo los lazos que la aprisionaban a la tierra, levanta el vuelo y no para hasta llegar a descansar en la gloria bienaventurada, donde tiene su trono y reinará como Señora por eternidades sin fin».

Sobre las circunstancias de la muerte de María la tradición ha guardado un respetuoso silencio. Pero la piedad ardiente del pueblo cristiano supo tejer una dorada leyenda que, a partir del siglo V, ha iluminado el ocaso de aquella vida con fulgores de estrellas y revoloteos de espíritus celestes, con perfume de azucenas y músicas angélicas. La leyenda nace en el Oriente, pero muy pronto se difunde, en alas del fervor religioso, por todos los ámbitos de la cristiandad, que recibe con avidez todo cuanto exalta la gloria de su Reina. Primero se asoma a las páginas de los libros ascéticos; después se engalana con todas las preseas de la poesía, y por fin se adueña de todas las artes, encaramándose en los retablos de las catedrales, luciendo en la pintura y escultura y vibrando en la música.

María recibe la palma de su triunfo de manos de un ángel; los apóstoles, dispersos a la sazón por el mundo, se congregan milagrosamente en torno a aquel lecho, que más que lecho mortuorio parece un altar; cantan los ángeles tonadas celestiales... Y Jesús desciende a recoger el alma de su madre, que se desprende de su cuerpo como un fruto maduro se desprende del árbol.

Los apóstoles sepultan aquel cadáver sacrosanto, y al tercer día asisten a su triunfal resurrección. He aquí, en síntesis, la do-

rada leyenda, a un tiempo lírica y dramática, cuyo relato ha enternecido a tantas generaciones cristianas.

La piedad de nuestros tiempos, más ilustrados y más conscientes, no necesita de leyendas y fantasías para levantar a la Virgen al lugar que por su grandeza le corresponde. No reprochamos, sin embargo, a nuestros mayores su bella y deliciosa ingenuidad. Ni ella fue obstáculo para transformarlos a ellos en unos grandes enamorados de María, ni quiera Dios que nuestra petulante perspicacia nos impida a nosotros amarla tan apasionadamente como los buenos hijos han amado siempre a su madre.

ÁNGEL LUIS, CSSR

Bibliografía

BOVER, J. M., SI, *La Asunción de María* (con la colaboración de los PP. José A. de Aldama y F. de P. Sola) (BAC, Madrid 1947), esp. bibliografía p.426-440.
BROUSSOLE, J.-C., *L'Assomption en Espagne au VII^e siècle* (París 1921).
— *L'Assomption de la Sainte Vierge* (Roma 1944).
HENTRICH, G. - MOOS, R. DE, SI, *Petitiones de Assumptione corporea B. V. Mariae in caelum definienda ad Sanctam Sedem delatae* (Ciudad del Vaticano 1942).
MATTIUSI, G., SI, *L'Assunzione corporea della Vergine Madre di Dio nel dogma cattolico* (Milán 1924).
• Actualización:
POZO, C., SI, *María, nueva Eva* (Madrid 2005).
SOCIEDAD MARIOLÓGICA ESPAÑOLA, *¿Mariología en crisis? Los dogmas marianos y su revisión teológica* (Barcelona 1978).

SAN TARSICIO

Mártir († 257)

En la figura martirial y eucarística del niño San Tarsicio, hay mucho de leyenda, y de leyenda tardía, es decir medieval. Hay bastante de piedad. Y hay algo, sólo algo, de historia. Se puede decir también que laten en ella todas las posibilidades y bastantes probabilidades. La posibilidad está es que hubiera un niño mártir de la Eucaristía, pues muchos jovencitos y jovencitas murieron víctimas de la barbarie anticristiana en los primeros tiempos: los Macabeos, los Inocentes, Inés, Cecilia, Justo y Pastor... Y, por lo tanto, existe la alta probabilidad de que Tarsicio fuera un muchacho muy joven y que su nombre Tarsicio, diminutivo de Tarso, la ciudad que vio nacer a San Pablo, quedara en

los cristianos primeros como emblema de heroísmo y audacia evangélica.

Sea lo que sea de su realidad histórica, la piedad cristiana recogió la figura entrañable de San Tarsicio como la del acólito de entonces, la del monaguillo de después, la del chiquillo disponible de todos los tiempos relacionado con el altar y la plegaria. Ese recuerdo de alguien que murió de niño por su fe conmovió las entrañas de los cristianos de todos los tiempos, aunque deje insensibles a los perseguidores. Más que tarea de los historiadores, fue labor de la Edad Media, que es de donde proceden la mayor parte de los datos sobre su memoria, el perfilar su figura, su juvenil silueta y su ejemplo de valor. Alguien le puso entonces once años de edad; otro supuso que era hijo de un mártir, cuyo nombre no se ha conservado. Y no faltó quien dijo que su oficio era ser acólito y, por lo tanto, asistente al altar cuando el obispo de Roma celebraba la Eucaristía.

Le citó como héroe de la fe el papa San Dámaso, que vivió un siglo después y ocupó la cátedra de Pedro entre los años 366 y 384. A él, papa escritor y poeta, se debe el primer documento firme y poético, que es el epitafio que figuró en su lápida para admiración y recuerdo de los cristianos. Dámaso escribió varios libros y muchos epigramas e inscripciones funerarias, sobre todo para consignarlas en las catacumbas llamadas de San Calixto, cerca de la Via Apia.

Entre estas inscripciones se halla la referente a Tarsicio:

> «Tarsicium Sanctum Christi sacramenta gerentem
> cum malesana manus premeret vulgare profanis,
> ipse animam potius voluit dimittere caesus
> prodere quam canibus rabidis coelestia membra».

Alguien que sabía poco latín hace años puso los versos, poco literalmente traducidos, en lengua castellana:

> «Tarsicio santo, de Cristo y su misterio mensajero,
> se enfrenta a la malvada turba que busca su tesoro;
> caído sobre el suelo, entrega su vida de cordero
> y salva de aquellos perros lo que ama más que el oro».

El papa Dámaso escribía en tiempos ya de libertad, cuando se empezaba a recordar y admirar la gesta de los héroes y a con-

vertirla en lenguaje de colectiva autoestima para dar a conocer a los cristianos la razón de su triunfo final y de su crecimiento exterior. Se trataba, pues, de dar la razón al apologista Tertuliano cuando escribía que: «La sangre de los mártires habría de ser la semilla de los nuevos cristianos». Era normal, pues, ensalzar y magnificar al niño defensor de la Eucaristía, al mártir que fue capaz de morir antes que perder su tesoro, al acólito del papa Sixto que fue fiel a su palabra y dio la vida por su misión.

El que fuera más o menos seguro el dato histórico interesaba menos, pues para los hombres, los símbolos valen más que los hechos y las virtudes cristianas se entienden mejor con las parábolas que con teóricas consideraciones. Tarsicio, niño de Roma, ni fue sólo símbolo, ni fue sola parábola. Fue uno más de los «menores de edad» que se llevó por delante la represión y la persecución religiosa. Fue un borbotón más de sangre en aquella Roma pagana ansiosa de rojas orgías en los circos y en el anfiteatro y en lucha desigual con los vencidos.

Y, por eso, no importa que su figura y su hazaña, con ser gloriosas en Roma, fueran silenciadas en los catorce himnos martiriales que recogió en su *Peristefanon* el príncipe de los poetas líricos cristianos. Porque Prudencio, el cantor de mártires que vivió entre el 348 y el 415 y había visitado detenidamente las catacumbas romanas, no citó a Tarsicio, silencio que hace desconfiar a los historiadores sobre la existencia real de Tarsicio. Pero el hecho de su silencio poético no anula la posibilidad y la probabilidad de un joven mártir sacrificado en una calle de la Roma imperial.

De lo poco que se saca de los documentos antiguos es de donde sale la historia, más que la leyenda, de Tarsicio. Dio la vida por defender el tesoro de la Eucaristía. De ello se deduce que fue un mártir vinculado al papa Sixto y su muerte mereció un sepulcro honroso entre los muchos mártires del momento en algún lugar de las catacumbas.

Tuvo que ver con la ayuda que, se sabe de cierto, prestaba a los presos de las cárceles, y con la Eucaristía que se llevaba a la cabecera de los enfermos y moribundos. Sobre estos datos los siglos medievales multiplicaron las suposiciones y los hagiógrafos se encargaron de arreglar la escena del niño santo, héroe y

mártir. La piedad cristiana aumentó con su admiración los datos de su figura, y sembró la iconografía, la poesía, las toponimias de muchos países latinos y los libros de devoción de piadosas consideraciones.

Además, pronto, se le consideró como el patrono y protector de muchas parroquias y grupos cristianos. Y fue tan fuerte esa devoción y tan entrañable su leyenda que casi hay que creerla como historia y respetarla como necesidad espiritual de los que aman a Cristo escondido en el sacramento del altar.

Lo común de todas las fuentes y de todas las «suposiciones» es que murió muy joven, tal vez siendo acólito. Era muy apreciado en la comunidad de Roma y mostró una valentía impropia de su edad casi infantil. El tiempo de su muerte, según parece, fue en la persecución del emperador Valeriano, sanguinario y cruel, que se cebó con los cristianos, no porque tuviera nada contra su doctrina, sino porque buscaba los bienes de los mártires. Las cárceles se llenaron a rebosar de cristianos en los años que duró su poder, que fueron pocos: fue proclamado por sus soldados como emperador en el 253, publicó dos decretos de exterminio de los seguidores del crucificado el 257 y el 258 y el 260 perdió la guerra contra los persas, cayendo él mismo prisionero y siendo ejecutado en la cárcel.

Los cristianos, para celebrar sus cultos durante ese tiempo, al menos en Roma, tuvieron que esconderse en el silencio de los cementerios subterráneos, que eso eran las catacumbas. La llamada hoy de San Calixto todavía conserva el llamado «sepulcro de San Tarsicio». En algún tiempo se colocó una lápida que avisaba que allí estaban los restos del mártir. Es probable que, de ser cierto ese lugar referente, fuera el sitio donde los cristianos se vieron obligados a esconderse para evitar ser detenidos mientras celebraban su Eucaristía. Allí fue donde se fraguó el martirio de este héroe del Señor sacramentado.

En una de las celebraciones de la comunidad, tal vez a mediados del mes que llevaba el nombre de Augusto (la Iglesia conmemora el hecho el 15 de agosto), el obispo de Roma Sixto, que lo fue entre el 257 y el 258, manifestó a los congregados la abundancia de cristianos que languidecían en las cárceles, sobre todo en la Mamertina. Ésta era la reservada para los destinados

a las fieras y al circo Máximo. Esperaban entre plegarias y humillaciones la hora de ser llevados a las fieras o a ser crucificados. Necesitaban ayuda para no flaquear en la hora suprema. Y había que llevarles «alimento espiritual».

El pequeño Tarsicio escuchaba con atención y recordaba a los muchos cristianos que él ya conocía y que habían caído bajo la espada del verdugo si eran ciudadanos romanos o bajo los dientes de las fieras si no lo eran. Tal vez había presenciado la muerte de sus padres o de sus seres queridos. Tal vez pensaba, enardecido por la fe y la valentía de sus mayores y amigos, que él también podría ser muerto si le cogían y le obligaban a decir si era o no cristiano. Oyó al papa Sixto recordar que había que buscar el modo de llevar el Cuerpo del Señor a la cárcel y preguntar si había alguno que quisiera voluntariamente hacerlo.

Fueron muchas las manos que se alzaron ofreciéndose voluntarias para tan piadosa acción: de ancianos venerables, de jóvenes fornidos, de mujeres valientes, de los diáconos y miembros del clero resignados. También las hubo de niños angelicales. Entre ellos las de Tarsicio, el acólito, el más cercano sentado junto al obispo. Todos estaban dispuestos a morir por Jesucristo y por sus hermanos.

Ante tanta valentía, lleno de emoción, el anciano Sixto se fijó en Tarsicio:

—¿Tú también te ofreces, hijo mío?

—¿Y por qué no, santo Padre? Nadie sospechará de mí, porque tengo pocos años.

Ante tan intrépida fe, el anciano no dudó. Tomó con mano temblorosa las sagradas formas y en un relicario las colocó con gran devoción y las entregó al pequeño Tarsicio, de apenas once años, con esta recomendación:

—Cuídalas bien, hijo mío.

—Descuida, santo Padre. Antes me matarán que me quiten este tesoro.

A partir de aquí, las tradiciones se dividen: unas hablan de soldados y otras de los muchachos vocingleros de la plaza.

Las *Actas* atribuidas al papa San Esteban, que gobernó la Iglesia entre el 254 y el 257, pero que son mucho más tardías, hablan de un grupo de soldados encargados de vigilar las sali-

das de las catacumbas ante la sospecha de que en ellas se encontraban reunidos los cristianos. Buscaban presos para las cárceles. Al ver al niño Tarsicio salir le detienen, le interrogan, intentan explorar lo que lleva entre las ropas, se resiste, se enfurecen, terminan matándolo a golpes, al no conseguir que les declare lo que lleva escondido.

Otra versión de esas *Actas* dice que no iba a las cárceles, asequibles sólo para los adultos que llevaran sobornos para los guardianes, y por lo tanto prohibidas para un niño, por valiente que se le suponga. Y afirma que el destinatario del sacramento eucarístico era un cristiano enfermo que no había podido ir a la celebración.

Sea lo que fuere, el caso es que es en esas *Actas* de Esteban donde se pone en labios del mártir antes de morir una valerosa frase: «No quiero dar a perros rabiosos los miembros de mi Dios». Es frase que tal vez el redactor del escrito ponía remedando el texto evangélico referido en San Mateo (7,6). Y es un texto que no se debe entender como insulto, impensable en el buen cristiano, sino como descripción, pues la figura del perro entonces no aludía a crueldad o desdén, sino simplemente al insensible infiel que no sabía lo que hacía.

Otra tradición posterior aludía a que fue un solo soldado el verdugo. Al encontrarse Tarsicio con el aguerrido militar en la Via Apia, siente él curiosidad por saber lo que lleva aquel muchacho que va deprisa y lleva las manos apretadas contra el pecho. Le interroga, le ordena, le amenaza, sospecha que es cristiano y le hiere mientras él defiende su tesoro para darse rápidamente a la fuga, pues no sabe a quién ha herido de muerte. Encaja con el arrogante trato que los pretorianos daban a la plebe. Y con aire triunfador se aleja, huye, porque al fin y al cabo es un soldado armado y aguerrido y ha cometido la cobardía de matar a un niño indefenso y desarmado. No quiere recriminaciones de los curiosos que acuden al espectáculo. Cuando recogen su cadáver los cristianos, encuentran entre sus ropas escondido el pan sagrado que ya no puede llegar por su medio hasta las prisiones y a los encarcelados.

La otra tradición, la más divulgada, le hace a Tarsicio morir a manos de una chiquillería enardecida y que intenta imitar lo

que está viendo hacer todos los días a los mayores en aquellos tiempos de persecución y muerte. Tarsicio, consciente del tesoro que lleva confiado, ha salido de las catacumbas y avanza silencioso y a paso rápido. Le interceptan por la Via Apia donde están jugando, como era frecuente en los alrededores de la urbe.

Le interpelan: «Hola, Tarsicio, juega con nosotros: necesitamos un compañero». Sus manos se aferran al pecho con cierto temor: «No, no puedo. Más adelante será». Uno de ellos se vuelve insolente y violento: «A ver, a ver qué llevas ahí escondido». Y otro, que tal vez le conoce, completa: «Es eso que los cristianos llaman "misterios". ¡Entrégalo!». Forcejean para arrebatarle lo que oculta. Se resiste. Aprieta las manos. Una fuerza sobrehumana puede más que la turba violenta que le acorrala: «Es un cristiano, es un cristiano... Vamos a arrancarle sus misterios!».

Intentan verlos. Lo derriban, le dan golpes, le machacan con piedras. Brota la sangre. El martirio se prolonga hasta que aparece un soldado, de nombre Cuadro, cristiano secreto, de aspecto valiente. Ahuyenta a la turba de jóvenes asesinos, pero ya es tarde. Tarsicio está herido de muerte. Le toma en brazos y regresa con el cuerpo palpitante a la catacumba. Allí expira entre las lágrimas de los suyos y el sentido piadoso que irradia la muerte de un niño, sobre todo si ha sido por la fe y por su amor a lo que le ha sido confiado.

Su cuerpo quedó en las mismas catacumbas. En un lugar preferente, cerca de Santa Cecilia, la virgen mártir, y de San Urbano, el papa mártir. Y también de San Calixto y sus cuatro diáconos, que en la misma persecución de Valeriano fueron ejecutados en el mismo lugar en que fueron detenidos, según imponía el decreto imperial.

El hecho del martirio de San Tarsicio es histórico sin lugar a duda. Los detalles —que no importan demasiado en un hecho tan impresionante—, se confunden y se diversifican. Pero no consta que fuese niño de once años y menos acólito, como dicen las tradiciones. Normalmente eran los sacerdotes o diáconos los que llevaban la Eucaristía a los que no podían ir a la santa misa. Y la referencia de las *Actas* de San Esteban hace pensar que Tarsicio era ya diácono y por lo tanto más joven que niño.

Y es claro que intentó ir a la cárcel con el pan eucarístico, aunque no era fácil que entrara un niño, a no ser de manos de su madre y después de sobornar a los guardianes, cosa que era muy frecuente en la Roma de las usuras.

Niño o joven, su sepulcro quedó en el cementerio de San Calixto. No se ha identificado con rigor el lugar, pues el tiempo borró las huellas y es fácil el persuadir a los turistas que descienden a ellas de que se encuentra en determinada encrucijada o rincón. El epitafio de San Dámaso, si es que se colocó en algún soporte lapidario, se ha perdido; sólo se conserva en los libros. La Iglesia de San Silvestre in Capite dice tener su reliquia. Y en tiempos de los cruzados muchas iglesias de Occidente también creyeron recibir fragmentos venerados de su cuerpo. Hasta en París, en la casa de San Vicente de Paúl, se dice que hay reliquias de San Tarsicio, el que murió por amor al sacramento del pan, el valiente niño que puede ser, haya o no haya existido en los días de Valeriano, modelo para todos los niños cristianos del mundo.

Esa valentía de leyenda y esa piedad inocente, casi de milagro, llamó la atención y poco a poco se le fue presentando como patrón y protector de los monaguillos y de los niños de Adoración Nocturna, de los grupos eucarísticos como la «Cruzada», los «Adoradores», o de los que hacen la primera comunión. Se le invocó como modelo y protector de los amantes del sagrario. Y se le magnificó en su figura, como es normal y se hace con las figuras históricas que tienen pocos datos seguros y son especialmente apropiadas para fomentar la grandeza y el valor.

PEDRO CHICO GONZÁLEZ, FSC

Bibliografía

DOMÍNGUEZ, I., *San Tarsicio. El mártir de la Eucaristía* (Madrid 2000).
TRISTANO, *San Tarsicio* (Madrid ^{3}1962).

SAN ALIPIO
Obispo († 430)

Con su discreto saber estar y su diligente buen hacer junto al obispo de Hipona, el dulce y aplaciente San Alipio embellece el florido jardín patrístico de la provincia romana de África del Norte durante los tiempos que fluyen desde finales del siglo IV hasta casi la segunda mitad del V, es decir, los que a la postre coinciden con la patrística latina de esplendor en toda la Iglesia. Nacido en el pequeño municipio de Tagaste (Numidia), hoy *Souk Ahras* (Argelia), ciudad de la que habría de ser durante la mencionada cronología bisecular su obispo *(episcopus Thagastensis),* vino al mundo en el seno de una familia de alta alcurnia, uno de aquellos hogares africanos, diríamos hoy, pertenecientes a la alta burguesía, o al menos a la aristocracia de la localidad. De hecho estaba emparentado con Romaniano nada menos, mecenas del gran neoplatónico que habría de ser un día el más grande padre y doctor de la Iglesia.

Pequeño de estatura y grande de espíritu, fuerte de ánimo y entero de carácter, trabó afectuosa y dilatada amistad con su paisano Agustín hasta un punto tal que éste llegará a ver en él, así lo afirma en repetidas ocasiones, al «hermano de mi corazón» *(frater cordis mei).* Algunos años más joven que el Doctor de la Gracia, frecuentó las escuelas de gramática de su tierra y las lecciones de retórica en Cartago por éste impartidas, y le precedió en Roma para estudiar allí derecho. Más tarde le acompañaría también a Milán, «por dos razones, explica el propio Agustín: para no separarse de mí y para hacer algunas prácticas de derecho, pues había acabado la carrera más por agradar a sus padres que por gusto propio» *(Conf.* VI,10,16).

Su nombre y el de Posidio, el otro gran amigo del alma en tiempos fáciles y difíciles, igual monásticos que episcopales, van fraternalmente unidos en la Orden de San Agustín al del hijo de Santa Mónica, como fervorosos monjes de primera hora los tres, repito, laboriosos obispos de la católica más tarde, intrépidos defensores de la fe nicena y entusiastas propagadores de la vida en común, lo mismo que en cuanto debeladores del cisma y paladines de la unidad. A fin de cuentas son los mejores representantes de la herencia monástica del hiponense, quien

describe a nuestro protagonista como una persona de índole religiosa, de gran honradez e imparcialidad por su amor a la justicia.

Afortunadamente los más autorizados y cristalinos manantiales biográficos para el estudio de su figura laical, monacal y episcopal están, casi por completo, en las noticias que sobre su vida vierten, abundantes y claras y de alto valor estilístico, las obras del gran paisano y amigo Agustín, con quien compartió errores de juventud, es cierto, pero asimismo el indecible gozo de la conversión y las diarias fatigas del ministerio apostólico. La inmarcesible y archiconocida obra de las *Confesiones* constituye, justo es reconocerlo así, una de esas fuentes, la principal, entiendo yo, al menos para fundamentales extremos del curso biográfico, aunque tampoco le vayan a la zaga un buen rimero de cartas muy útiles para referencias sinodales y doctrinales (especialmente 2. 20. 22. 27. 29. 83. 125. 227. 9*, 10* y 22*) y los *Diálogos de Casiciaco.*

La consoladora y estimulante compañía de Alipio en el momento cumbre de la conversión del amigo, ese instante de honda emoción lírica y ardiente fuego interior, inmortalizado por el famoso estribillo «¡Toma y lee! ¡Toma y lee!» *(Tolle lege, tolle lege* [*Conf.* VIII,12,28]), revela hasta qué punto de suave intimidad, de intenso compañerismo espiritual llegaba el amistoso trato de uno y otro. Allí estará, muy junto a él, cuando el acoso de la gracia y el de las pasiones libren la última batalla:

> «Este debate que se desarrollaba en mi corazón era un debate exclusivo de mí mismo contra mí mismo. Alipio, por su parte, se mantenía continuamente a mi lado, esperando en silencio el desenlace de mi insólito nerviosismo» *(Conf.* VIII,11,27).

Y en idéntico paraje, luego de oída la musiquilla del *Tolle lege,* agrega:

> «Me apresuré a acudir al sitio donde se encontraba sentado Alipio. Allí había dejado el códice del Apóstol» (VIII,12,29).

Abierto éste, y leído en silencio el primer capítulo que le vino a los ojos:

> «Nada de comilonas ni borracheras; nada de lujurias y desenfrenos; nada de rivalidades y envidias [...] (Rom 13,13s) [...] le conté a Alipio todo lo sucedido. Por su parte, me contó lo que también a

él le estaba pasando y que yo desconocía. Me rogó le mostrara lo que había estado leyendo. Se lo enseñé, y él prosiguió la lectura del pasaje que venía a continuación. El texto era el siguiente: "Acoged al que es débil en la fe" (Rom 14,1)» (VIII,12,30).

Lo que sigue resulta una de las mejores acuarelas biográficas de nuestro santo, a cargo nada menos que del pastor hiponense. Viene a ser una de esas estampas de mano maestra, pintadas, diríase, más por obra de genial pincel que de bien cortada pluma:

> «Él [Alipio] se aplicó a sí mismo estas palabras y así me lo dio a entender. Esta intimación le dio ánimos para seguir en su honesto propósito, muy en congruencia con sus costumbres, en las que tanto distaba de mí ya desde siempre por ser mejores las suyas. Sin azoramiento ni vacilación de ningún tipo se unió a mí. Acto seguido nos dirigimos los dos hacia mi madre [Santa Mónica]. Se lo contamos todo» (VIII,12,30).

Aquella cercanía se acendra y afina desde entonces, deviene más íntima si cabe, y discurre como enfrentada a las pasadas sombras. Alipio, en definitiva, entró en la vida de Agustín, a partir de aquella fecha, como la sombra de su sombra. «La sombra de una sombra perseguía / tu corazón sediento de hermosura», que dirá el poeta en otro sentido. Presente, de hecho, en la conversión del gran paisano, seguirá su ejemplo y con él y el hijo de éste, Adeodato, recibirá el bautismo o, por decirlo completo (cosa que por lo común no se hace), los tres sacramentos de iniciación —bautismo, eucaristía y santo crisma— la noche del 24 al 25 de abril del 387 en Milán. Vuelven junto al dato biográfico las pinceladas del interior cordial, sacramental, ascético y estético de Alipio:

> «Tan pronto como llegó la fecha en que tenía que dar mi nombre para el bautismo, abandonamos la finca [Casiciaco] y retornamos a Milán. También Alipio quiso renacer en ti junto conmigo. Ya estaba revestido de la humildad conveniente a tus sacramentos. Domaba con tanta violencia su cuerpo, que anduvo con los pies descalzos por el suelo helado de Italia, cosa que requiere un valor poco común» (IX,6,14).

Vivió Alipio, por tanto, junto a su amigo y maestro Agustín la aventura del retorno a la fe de la Iglesia católica. Casto de costumbres, fue asimismo de providencial ayuda para el futuro Doctor de la Gracia en la tensa lucha que éste hubo de librar

contra las pasiones. Además, le desaconsejó unirse a una mujer para no renunciar a vivir libremente en el amor a la sabiduría:

> «Cierto que Alipio me desaconsejaba de tomar mujer, repitiéndome con insistencia que, si me casaba, ya no habría manera de poder vivir juntos, dedicados al ocio tranquilo y al amor de la sabiduría. Personalmente, Alipio era íntegro a carta cabal en esta materia. Esto era algo sorprendente, dado que había iniciado sus experiencias sexuales en los albores de la adolescencia. No se había hecho un adicto a ellas, sino al contrario, las había deplorado y desaprobado, viviendo en lo sucesivo en continencia total» (VI,12,21).

Estuvo presente, ya se ha dicho, en la crisis de la conversión y siguió su ejemplo. Luego, se retiró con él a Casiciaco, donde participaba con el grupo de amigos en las discusiones filosóficas y, junto con él, recibió el bautismo de manos de San Ambrosio en la mencionada madre de todas las santas Vigilias, del 24 al 25 de abril del año 387. Esa gozosa noche Alipio escuchó los cánticos y aleluyas pascuales de la Iglesia de Milán, una Iglesia enfervorizada, exultante, alegre, joven, hecha toda ella un coro de alabanza a Dios y un colosal y refulgente cirio encendido junto al Resucitado. Y Santa Mónica, la humilde alumna del Maestro interior, lloraba esta vez de alegría viendo sellados sacramentalmente a su amantísimo Agustín y al nieto Adeodato, sí, pero también al entrañable amigo del hijo y del grupo todo, el queridísimo Alipio.

Consta que San Paulino de Nola rogó a San Alipio que le diera de firme a la pluma para brindarle así la historia de su vida *(Ep.* 27,5). Sabemos que éste aceptó el encargo y a la vez lo rehusó por no ruborizarse: a nadie se le hace fácil hablar o escribir de su intimidad. Y fue entonces cuando Agustín, visto que su amigo se debatía entre el pudor y el amor, se echó sobre sus espaldas el encargo, máxime teniendo en cuenta que también a él se lo había pedido Paulino por carta. Ahora bien, sabemos asimismo que, por razones hasta hoy desconocidas y que se nos escapan, tampoco éste llegó a la biografía propiamente dicha, bien a pesar de una promesa tan firme como ésta: «Si Dios me ayuda, pronto meteré a nuestro Alipio entero en tu corazón» *(Ep.* 27,5). Como para compensar quizás, o tal vez también satisfacer a Paulino de Nola en su demanda, quién sabe, se

volcó sobre las *Confesiones,* y la verdad es que le salió una obra redonda en cuyas páginas resulta fácil agavillar, al respecto, expresiones biográficas sobre Alipio dignas de piedra blanca.

Pero dejando a un lado las *Confesiones* y atenidos de momento sólo al epistolario agustiniano, abundan de igual manera en él subidos elogios al siempre recordado Alipio de Tagaste. A Zenobio, por ejemplo, le dice de Alipio: «Es muy propio de su bondad el estar conforme conmigo» *(Ep.* 2). Antonio, de igual modo, en el momento de recibir la carta agustiniana mientras disfruta de la compañía de Alipio, puede leer: «Hablo contigo con mayor fruto que si estuviese ahí, puesto que lees mi carta y escuchas a Alipio, en cuyo pecho sabes que habito» *(Ep.* 20,1). Con San Aurelio de Cartago, el de Hipona no encuentra palabras de gratitud «por haber dejado en nuestro monasterio al hermano Alipio para que sirva de ejemplo a aquellos hermanos, que anhelan substraerse a las preocupaciones de este mundo. Dios recompense tu alma por ello» *(Ep.* 22,1). No es menos expresivo con San Paulino de Nola, amigo de los dos: «Hay otra razón por la que has de amar a este hermano [es decir, a él mismo, Agustín]: es pariente del venerable obispo Alipio, a quien amas, y con razón, con todo tu entusiasmo; porque quien piensa benignamente en este hombre, piensa en la gran misericordia de Dios y en sus dones maravillosos» *(Ep.* 27,5).

También figura en el epistolario entre San Agustín y San Jerónimo. Por ejemplo, en la carta que el recién nombrado obispo de Cirta, Profuturo, lleva al Monje de Belén, siendo Alipio ya obispo de Tagaste, se puede leer:

> «Aunque deseo con ardor conocerte (le dice el de Hipona al de Belén), echo de menos poca cosa de ti, a saber, la presencia corporal. Y aun confieso que esa misma presencia me ha quedado impresa en parte con el relato de Alipio, quien es ahora beatísimo obispo y era ya digno del episcopado cuando te visitó y yo le recibí a su vuelta. Cuando él te veía ahí, yo mismo te veía por sus ojos. Quien nos conozca a ambos, diría que somos dos, más que por el alma, por sólo el cuerpo; tales son nuestra concordia y familiaridad leal, aunque él me supera en méritos. Y supuesto que ya me amas, primero por la comunión espiritual, que nos estrecha en uno, y después por mediación de Alipio, no seré imprudente si me considero harto conocido para recomendar a tu fraternidad al hermano Profuturo» *(Ep.* 28,1,1).

Sabemos por la pluma del propio Alipio que lo anteriormente escrito en carta por su paisano y amigo coincide plenamente con los sentimientos de su corazón. De hecho, en la carta 248,2 de Agustín a Sebastián, el tagastense añade de su puño y letra como colofón:

> «Yo, Alipio, saludo cordialmente a tu Sinceridad y a todos los que están unidos a ti en el Señor. Y te pido que tengas también por mía esta carta. Aunque hubiera podido enviarte otra aparte, he preferido firmar ésta, para que una misma página te certifique de la unidad de nuestras almas».

Un texto más por donde comprobar de qué modo tan fiel vivían aquellos pastores de almas el carisma fundacional del monacato agustiniano: ser «una sola alma y un solo corazón orientados hacia Dios» *(Regla,* 1,3).

Dio pruebas Alipio de integridad no sólo frente a los alicientes de la ambición, sino contra la intimidación y el chantaje. Y es que «en Roma hacía de asesor jurídico del conde que tenía a su cargo las finanzas de las tropas italianas, [pero a la vez] por aquellas mismas fechas había un senador de mucha influencia, que tenía obligada a mucha gente a golpe de favores. A muchos otros los tenía avasallados con el terror» *(Conf.* VI,10,16). Siguiendo métodos autoritarios, se le antojó realizar un proyecto que no estaba de acuerdo con las leyes, y Alipio se opuso con toda su energía, con insobornable firmeza cabría decir, a tales pretensiones, indiferente lo mismo ante las amenazas que ante la lisonja. Por tres veces había ejercido el cargo de asesor jurídico «con una integridad que causaba admiración en todos y con profunda extrañeza, por su parte, de que hubiera magistrados que anteponían el oro a la honestidad profesional» *(ibid.).* La gran amistad contraída no bien Agustín puso los pies en Roma sirvió para que éste lo retrajera momentáneamente de la pasión por los juegos del circo, pero le arrastró al maniqueísmo.

Al año siguiente del bautismo en Milán, vuelve con Agustín y el grupo, muerta Santa Mónica en Ostia Tiberina, a cruzar el Mediterráneo rumbo al África de sus amores, y en Tagaste se retira a la vida cenobítica. Formará parte primero de la comunidad tagastense y luego de la hiponense, cuando San Agustín funde en el 391 el monasterio de varones en Hipona. Un viaje a

Oriente le permite trabar amistad con San Jerónimo. También San Paulino de Nola supo hacerse lenguas de su santidad y su celo. Elegido hacia el 394 para obispo de Tagaste, cuando San Agustín, pues, era todavía sacerdote —Alipio siendo así fue llamado al episcopado antes que su amigo— y precisamente para ser el pastor católico de la ciudad en la que uno y otro habían visto la luz —Agustín no tardará en serlo de Hipona—, ambos compartirán durante casi cuarenta años las fatigas propias del oficio pastoral, *munus sarcinae* o *sarcina episcopatus* solía decir el Hiponense, de especial modo en las controversias donatista y pelagiana.

Su actividad más destacable dentro de la donatista empieza el año 397 acompañando al obispo de Hipona hasta Cirta para tomar parte en una ordenación episcopal. De camino, se detienen en *Thubursicu Numidarum* para dialogar con el viejo obispo donatista de aquella sede, Fortunio, y es él quien previene entonces al de Hipona sobre el carácter arriano del documento que Fortunio aporta intentando probar con él la comunión de las Iglesias transmarinas con el donatismo. Incierta es, en cambio, su presencia en Cirta al lado de Agustín cuando éste se apercibe de la primera parte de una carta del obispo cismático Petiliano. Fue signatario con el Hiponense y el obispo católico de Cirta, Fortunato, de una carta escrita durante el pontificado de Anastasio (399-401) y dirigida a Generoso, notable de Constantina, partidario de rebatir los hechos históricos del Cisma que le había avanzado en la suya un presbítero de los cismáticos del partido.

El 13 de septiembre del año 401 acude al concilio de Cartago con Agustín de Hipona y una comisión de veinte obispos encargados de acudir a *Hippo Diarrhytus* (hoy Bizerta) para que la elección y ordenación del sucesor de Equicio (obispo que había sido condenado y destituido por el concilio reunido en Cartago el 16 de junio del mismo 401) pueda celebrarse cuanto antes. Antes del 27 de agosto del 402 se emplea, una vez más con Agustín, en resolver la sucesión en la sede de *Vaga* del obispo dimisionario Maximiano, antiguo donatista convertido, y es firmante de una carta a Castorio, hermano de Maximiano, en la que se le ruega a éste suceder al obispo dimisionario.

Por la misma época remite de nuevo con San Agustín otra carta al donatista Naucelio con el propósito de mostrar la inconsecuencia del clérigo donatista que Feliciano Mustitano había condenado y más tarde restablecido. El 25 de agosto del año 403 participa en el concilio de Cartago, donde toma la palabra para decir que, a causa de los desórdenes surgidos como consecuencia de la disputa católico-donatista y del posterior enconamiento y deterioro de la misma por la entrada en escena de los circunceliones —el brazo armado con el que se aliaron los del Cisma—, sólo Agustín, Posidio y él mismo, de toda la Numidia, han podido acudir a este solemne ejercicio de sinodalidad.

Participa en la conferencia ecuménica de Cartago del 411 para resolver el diferendo entre los episcopados católico y donatista, siendo el segundo de los siete obispos católicos en disputar con los cismáticos, es decir, los siete llamados abogados *(actores)* católicos; de igual modo proclamado, fuera del orden jerárquico, signatario del *Mandatum* de los católicos, subraya él mismo la situación de «unidad» en Tagaste, donde no hay rival donatista. Después de Agustín de Hipona, es Alipio de Tagaste quien más influye en los debates y más activo se muestra entre los portavoces católicos. Sus intervenciones desbordan esta breve semblanza (cf. Lancel, 246-252).

Compone de igual modo junto al Hiponense la delegación de obispos enviados a Mauritania Cesariense por orden del papa Zósimo, ocasión que le permite asistir al debate entre San Agustín y el donatista Emérito el 20 de septiembre del 418 en la iglesia mayor de Cesarea, presentes el obispo «metropolitano» Deuterio, Posidio de Calama, Rústico de Cartenita y Paladio de Tigabita y otros, así como todo el clero y numerosos fieles católicos y donatistas. Alipio es quien lee la respuesta dada en el 411 por los obispos católicos al segundo edicto de Marcelino: lectura interrumpida a menudo por Agustín, quien, entre las puntualizaciones, cita a Tagaste como ciudad, con Cartago, Constantina e Hipona, donde se leen anualmente durante la Cuaresma las *Actas de Cartago-411:*

> «Exhorto en vuestra presencia a mi hermano y colega en el episcopado *(coepiscopum)* Deuterio, a que, como se hace en Cartago, en Tagaste, en Constantina, en Hipona, en todas las iglesias activas *(omnes diligentes ecclesias),* se esmere también en adelante en leer las

mismas actas de la Conferencia año tras año desde el principio hasta el fin, y que se haga todos los años en los días de los ayunos, esto es, durante la Cuaresma antes de Pascua, cuando, durante vuestro ayuno, tenéis más tiempo para escucharlas» *(Gesta cum Emerito,* 4).

Tagaste, por tanto, es una de esas iglesias activas *(diligentes ecclesias)* donde se hacía esta lectura.

A partir de aquí, se le ve con Agustín metido de lleno en la controversia pelagiana: con él lo emparejarán los pelagianos en su aversión; y los católicos en el mérito. Intensa actividad, que le lleva a efectuar cuatro viajes a Italia. Fue tal la energía demostrada frente a los pelagianos, que los herejes, insisto, le unieron a San Agustín en el odio y a San Jerónimo en el mérito. El año 416 participó en el concilio de Milevi (Numidia) y escribió sobre dicha reunión al papa Inocencio. Por motivo de la causa pelagiana viajó varias veces a Italia, llevando obras agustinianas al pontífice Bonifacio y al conde Valerio. En el 428, desde Roma, le remitió al amigo de Hipona una réplica de Juliano insistiéndole que contestara. Son las últimas noticias que de él tenemos. Se supone que estuvo en Hipona durante la muerte de San Agustín y que murió aquel mismo año 430.

La ancianidad en el episcopado, su importante papel en la Iglesia de Numidia y el calificativo de *senex* que a menudo recibe hacen suponer un final de relieve, quizás primado de la Numidia, cargo al que, de ser cierto, no habría accedido sino a partir de la muerte de Valentín (422?). Pero nada seguro hay, ni siquiera la fecha de su muerte, que algunos fijan, ya digo, en el año 430. Clemente X confirmó su culto, eso sí, desde 1671 con el breve *Alias a congregatione,* del 19 de agosto de 1672. Los filólogos y sus afines sostienen que Alipio sería, etimológicamente, nombre derivado de la lengua griega y significaría «sin pena». Sea de ello lo que fuere, cierto es que, junto a San Agustín, nos dejó el estupendo mensaje de alegría y amor a la Iglesia, de apoyo y defensa de la verdad, de incesante servicio a los hombres, de sostenido reclamo a la esperanza: en el corazón de la noche siempre termina brillando la luz.

La gran tarea apostólica de Agustín y Alipio fue terminar con el paganismo, de profundas raíces en la sociedad, y enfrentarse al arrianismo, terrible herejía que no cesaba de sacudir en

África las cuadernas cristológicas de la Iglesia, originando con su veneno muchos estragos entre la gente sencilla y sin formación sólida en los valores del Evangelio. Pero además de lo dicho, tuvieron sobre todo que desenmascarar y rebatir a los donatistas y pelagianos, a cada cual en su campo y con su método. Los Canónigos Regulares y la Orden de San Agustín celebran su fiesta unida a la de San Posidio, el 16 de mayo. Brilla San Alipio en la Iglesia de África como reformador del clero, maestro de vida monástica (Santa Melania, la joven, permaneció siete años en Tagaste bajo su dirección) y en cuanto intrépido defensor de la fe contra cismáticos y herejes.

Adentrados con ayuda del hiponense por la vida y los hechos de San Alipio, se nos hacen más comprensibles numerosos aspectos del Concilio Vaticano II, es verdad, aunque también podemos decir otro tanto a la inversa. Desde los textos conciliares, pues, concretamente con el decreto *Christus Dominus* en la mano, se le hacen a uno más fácilmente inteligibles hechos y actuaciones del tagastense. Puestos a resumir, he aquí un texto conciliar que podría resumir maravillosamente la biografía de San Alipio:

> «[Los obispos] expongan la doctrina cristiana de manera acomodada a las necesidades de los tiempos, es decir, que responda a las dificultades y problemas que agobian y angustian señaladamente a los hombres, y miren también por esa misma doctrina, enseñando a los fieles mismos a defenderla y propagarla. Al enseñarla, muestren la materna solicitud de la Iglesia para con todos los hombres, fieles o no fieles, y consagren cuidado peculiar a los pobres, a quienes los envió el Señor para darles la buena nueva» (CD 2,13).

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

Acta SS. Augusti, III (15 aug.), Venecia 1752, 201-208.

«Alypius», en A. MANDOUZE (ed.), *Prosopographie de l'Afrique Chrétienne (303-533)* (París 1982) 53-65.

BARDET, V., «Un ami de saint Augustin: saint Alype»: *Revue Augustinienne* 4 (1904) 52-62; 135-145; 228-243; 333-349.

COMAN, J., «Les facteurs de la conversion de saint Augustin et leurs implications spirituelles», en *Congresso internazionale su S. Agostino nel XVI centenario della conversione. Roma, 15-20 settembre 1986,* I (Roma 1987) 35-47.

FELDMANN, E. - SCHINDLER, A. - WERMELINGER, O., «Alypius», en C. MAYER (ed.), *Augustinus Lexikon,* I (Basilea 1986) 245-267.

LANCEL, S., «Alypius de Thagaste», en ID., *Actes de la conférence de Carthage en 411* (París 1972-1991) t.I p.246-252 (Sources chrétiennes 194); t.IV p.1605s (Sources chrétiennes 373).

— «Alypius», en ID., *Saint Augustin* (París 1999) 75-78; 759 *(Index des noms).*

LANGA, P., «Nota complementaria 69: "Alipio de Tagaste en la controversia donatista"», en *Obras completas de San Agustín.* XXXIV: *Escritos antidonatistas (3.º)* (Madrid 1994) 851-852.

— «San Agustín y su "conversión pascual" del año 387», en *Jornadas agustinianas. Con motivo del XVI centenario de la conversión de San Agustín. Madrid, 22-24 de abril de 1987* (Valladolid 1988) 89-116.

MAIER, J.-L., *L'Épiscopat de l'Afrique romaine, vandale et byzantine* (Roma 1973) 253s (= *Alypius Thagastensis).*

Martyrologium romanum, o.c., 431, n.5; 663.

TILLEMONT, L. S. DE, *Mémoires pour servir à l'histoire ecclésiastique des six premiers siècles...,* XII (Venecia 1732) 565-580.

TRAPÉ, A., OSA, «S. Alipio», en F. ROJO (ed.), *La seducción de Dios. Perfiles de hagiografía agustiniana* (Roma 2001) 39s.

SAN JACINTO DE POLONIA

Presbítero († 1257)

Un aire nuevo venteaba Europa. Los hombres, como viejos amigos, sentían el deseo de agruparse y de conocerse. Los reyes alcanzaban su apogeo destruyendo las fortalezas de los señores rebeldes.

Pero no todo era fácil. La situación general era extremadamente grave. El interior de Europa chirriaba con las luchas mutuas de los reyes y numerosos herejes pululaban en Francia e Italia.

A la vez, Europa era cercada por enemigos comunes. Los árabes presionaban en España; los turcos llegaban hasta Hungría, los mongoles y tártaros amenazaban las fronteras del Norte y del Este.

Eran los tiempos en que San Francisco predicaba a los pájaros y el alba sorprendía a Santo Domingo convirtiendo herejes.

La Iglesia vivía todavía en formas feudales. Obispos y abades eran grandes señores, pero la gente buscaba la realización del Evangelio en formas sencillas. A veces surgían Órdenes mendicantes y a veces grupos de reformadores que terminaban en la herejía.

Roma era fuerte, pero cada vez escapaban más cosas a su control. Sin embargo, ella debía arreglarlo todo y confiaba a es-

píritus gigantes la solución de cada cosa. Estos gigantes existían; a veces se les veía por los caminos, de dos en dos, con hábito blanco y negro.

Un día, bajo la hermosa luz de Roma, cabalgaba por la Ciudad Eterna un grupo de prelados. Yvón Odrowaz, obispo de Cracovia, venía a postrarse ante el Papa. Le acompañaban sus sobrinos Jacinto y Ceslao, y sus amigos Enrique y Hermann, los cuatro jóvenes y con brillante situación.

Jacinto, hijo de los condes de Konskie, había nacido en el castillo de Lanka, fortaleza que domina la villa polaca de Gross-Stein. Durante su infancia conoció todos los encantos de la vida cortesana: los juegos florales, los grandes torneos, la caza, y, a veces, vio a su padre volver de la guerra cargado de glorias y heridas. Más tarde acudió a los grandes centros culturales. Estudió artes en Praga, derecho en Bolonia y teología en París. En seguida fue nombrado canónigo de Cracovia.

Así las cosas, llegó a Roma en 1220, acompañando a su tío el obispo. Se hospedaron en el palacio del cardenal Hugolino. Por aquellos días estaba también en Roma un castellano famoso: Domingo de Guzmán. El papa Honorio III le había encomendado la reforma de las monjas de la ciudad.

Hugolino debía asistir a la ceremonia de unificación de las mismas en el convento de San Sixto, e invitó a sus huéspedes a acompañarle. Durante la ceremonia un mensajero anunció que el sobrino del cardenal Esteban, allí presente, se había matado al caerse de un caballo. Santo Domingo acudió donde se hallaba el desgraciado joven. Celebró la misa y luego, componiendo los miembros del cadáver, le ordenó: «Joven, en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, levántate». Y al punto, levantándose, se dirigió a Santo Domingo diciéndole: «Padre, dame de comer».

El milagro corrió por toda Roma. Lo habían presenciado multitud de testigos. Jacinto quedó profundamente impresionado de aquel fraile, que tenía el poder de resucitar muertos.

El obispo Yvón estaba admirado. Él era un buen obispo, celoso en la reforma de su diócesis, piadoso y amante de los pobres. Pensó que Domingo podría ayudarle muy eficazmente en la predicación de la verdad cristiana y que con un hombre así

muy pronto podría hacer que el nivel religioso de sus fieles alcanzase un alto grado. Acercándose, pues, a Santo Domingo, le pidió que tuviera a bien acompañarle a predicar en su diócesis, o que, al menos, enviase allí a alguno de sus frailes.

Por entonces no había dominicos que hablaran polaco, pero muy pronto hubo cuatro: precisamente los dos sobrinos del cardenal y sus jóvenes amigos.

Domingo certeramente predijo: «Dejádmelos y yo os los devolveré apóstoles». Un diálogo de miradas había sido suficiente para entenderse, y los cuatro jóvenes, postrados ante Santo Domingo, recibieron el hábito de su nueva Orden.

Santo Domingo reclutaba así sus primeros frailes. Con toda sencillez y con perfecta conciencia de lo que hacía. Lo mismo que Jesús cuando decía a algunos: «Tú, sígueme». Cierto que todo es desconcertante. Podría atribuirse a leyendas del Medievo, pero cuando la historia lo confirma, como en este caso, nos vemos obligados a admitir simplemente que los santos tienen en todos los tiempos cosas desconcertantes; pero, a fin de cuentas, son ellos los que llevan la razón.

Los cuatro novicios eran ya sacerdotes; por eso su noviciado fue bien corto. Bastaron unos meses para que el maestro de la Orden les enseñara cuanto precisaban. Él les transmitió su espíritu y sus deseos, y, en seguida, los envió otra vez a sus tierras «a predicar y hacer conventos».

Las normas eran muy sencillas. Se trataba sólo de alabar a Dios, de repartir sus bendiciones entre los hombres y de predicarles la verdad cristiana. ¡Ah! Y si fuera necesario, debían estar dispuestos a rubricar la doctrina con su propia sangre.

Podríamos seguir su marcha sin dejar de oír el eco del rezo coral de los conventos que van fundando. En su marcha, cada vez que llegan a una ciudad, predican. Frecuentemente Dios confirma su palabra con algunos milagros. La reacción espontánea de la gente es invitarles a quedarse con ellos; pero no pueden detenerse, el mundo es bastante grande y hay mucho por andar. Sin embargo, suele quedarse uno del grupo en la ciudad evangelizada; a él acuden nuevas vocaciones de seglares y sacerdotes, fascinados por este nuevo método de vida apostólica; así se forma un convento. Los restantes del grupo continúan, para hacer lo mismo en otra ciudad.

Así, el pequeño grupo salido de Roma se va esparciendo, como la semilla en tiempo de siembra. De todos ellos sólo Jacinto llegará a Cracovia. La ciudad se extiende en una vasta planicie ondulada, bañada por el Vístula y cercada por grandes bosques de pinos. Como toda ciudad medieval, está defendida por fuertes murallas.

La vuelta de Jacinto a la capital del reino había sido anunciada por los heraldos. Su fama de taumaturgo le había precedido y la ciudad se preparaba a recibirle con todos los honores. Pero el día de su entrada una fuerte tormenta sobre la ciudad deslució todos los preparativos. Cuando el santo llegó, sólo encontró en la puerta de la muralla un grupo de artesanos que le recibieron. La leyenda dice que el santo les prometió: «Vuestra congregación me será fiel».

Y desde entonces los artesanos polacos son muy amigos de San Jacinto y forman una famosa cofradía que lleva su nombre. Era el día de Todos los Santos de 1222. Cuando llegó a palacio la corte le hizo un gran recibimiento y hasta el rey se postró de rodillas ante él, pidiéndole su bendición. Esto parecía demasiado a Jacinto: «Yo soy un pobre fraile y no merezco estos honores». «No es a ti a quien los doy —contestó el rey—, sino a María, la Reina del cielo, a quien veo cubriéndote con su protección».

Aquello era sólo el comienzo. Jacinto fundó un hermoso convento en una pobre casa de madera; pero muy pronto el rey y el obispo le hicieron grandes donaciones y un año más tarde tomaba posesión en la ciudad de una gran iglesia con un espléndido claustro. Este convento sería la cuna de los predicadores del norte de Europa.

La predicación en Polonia se hacía como en España. Evangelizada ya en el siglo X por los alemanes San Adalberto y San Bruno, constituía la defensa del catolicismo en la frontera oriental. Pero Jacinto tenía una misión más amplia. Los santos no conocen fronteras.

Prusia era todavía tierra idólatra y sus gentes formaban las hordas terribles que de vez en cuando asolaban las regiones del norte europeo. Raza secularmente guerrera, no había entrado nunca en las corrientes civilizadoras. Ni la Orden Teutónica,

fundada en Alemania para la defensa de los territorios cristianos, ni el ejército polaco eran capaces de contenerlos. El único capaz de contenerlos y ennoblecerlos fue este fraile, Jacinto, que pasó entre ellos dejando una constelación de milagros.

Nadie puede contar cuántas veces su capa le sirvió de nave ni cuántos muertos volvieron a la vida para dar fe de su palabra, ni cuántos ídolos destruyó su celo o el fervor de los nuevos convertidos. Cuando un día contemos las estrellas, entonces contaremos sus milagros. Su predicación quedó asegurada fundando varios conventos sobre la tierra prusiana. Luego se dirigió hacia Rusia. Su figura se pierde en la imponente estepa helada y desierta; paso a paso, con frío y fatiga, hasta llegar a Kiev.

Kiev, capital del Imperio ruso, era una gran ciudad, émula de Constantinopla. Cuatrocientas iglesias reflejaban sus cúpulas en las aguas del Dniéper. Pero Rusia había sido evangelizada por misioneros cismáticos, que conservaban la hegemonía religiosa y rechazaban tenazmente a Roma. Un día llegó a la ciudad nuestro santo; pero un embajador de Roma, por muy santo que fuese, no tenía nada que hacer allí. No obstante, Dios sabe cómo abrirse caminos. Jacinto visita al gran príncipe Wladimiro y devuelve la vista a su hija, ciega de nacimiento.

Este milagro abrió los ojos de toda la corte a la verdadera fe; le piden que se quede con ellos y el santo accede, fundando, con ayuda del soberano, un gran convento cerca de la ciudad. Jacinto y sus compañeros son los primeros frailes occidentales que fundan un convento en Rusia. La primera batalla estaba ganada, pero el horizonte histórico era muy oscuro.

Por el otoño de 1240 marcha hacia Europa el imponente ejército tártaro de Batou, hijo de Gengis-Kan, el gran conquistador de China y Asia Central. Acampan frente a Kiev, al otro lado del río, esperando a que el invierno haga del mismo río un gran puente de hielo. Desde el convento se oye el piafar de los caballos y el tumulto de la horda. Los frailes juzgan prudente abandonar su convento, uniéndose a las caravanas que huyen hacia Occidente. Jacinto toma consigo el copón con el Santísimo, para evitar que sea profanado en el saqueo. Al salir, oye que alguien le llama: «Jacinto, ¿te vas y me dejas?». Las voces de la Madre no pueden resistirse nunca, y el santo, cogiendo la ima-

gen suplicante de la Virgen, huye, atravesando a pie enjuto el inmenso río, seguido de sus frailes.

En el proceso de canonización muchos testigos declararon haber visto sobre el río un sendero de pasos, que los paisanos llaman «camino de San Jacinto».

Poco después Kiev fue asaltada e incendiada y sus habitantes cruelmente torturados. La puerta hacia Occidente estaba abierta. Sobre la llanura europea se lanza un ejército innumerable, procedente de las estepas asiáticas.

Los tártaros son de tipo pequeño, pómulos salientes y ojos hundidos y vivarachos. Su arma más terrible es la caballería ligera, de agilidad desconocida para los pesados ejércitos medievales. Combaten divididos por grupos de diez y de cien hombres. Si uno del grupo huye en la lucha el resto del grupo es condenado a muerte, y si huyen los diez es exterminada toda la centuria. La misma pena se impone al grupo que no rescate a su compañero que haya caído prisionero. En su invasión arrasan a sangre y fuego toda la tierra que pisan. Con técnica de guerra relámpago invaden Rusia, Hungría, Polonia y llegan hasta las fronteras de Austria.

El rey San Luis de Francia escribe a Doña Blanca de Castilla: «Querida madre, bien querría alentaros con un consuelo celeste, pues si los tártaros llegan hasta aquí, o seremos todos deportados a sus estepas de las que ellos proceden, o seremos todos enviados al cielo». De repente, ante la Europa atónita y aterrorizada, la muerte de su emperador les hace retirarse con la misma velocidad con que hicieran la invasión, replegándose otra vez hacia el interior de Asia.

Jacinto debía recomenzar la siembra, pero esta vez los cimientos de sus conventos estaban ya regados con sangre de mártires. Y aquel fraile volvió a recorrer lentamente todos los caminos, sin prisa y sin pausa, visitando otra vez a sus hijos.

La leyenda le hace al santo fundador de conventos en Noruega, Suecia, Finlandia, Escocia, Islandia, Bulgaria, Hungría... No tenemos suficientes datos históricos para seguir las grandes correrías del santo; pero donde él no llegó llegaron siempre sus hijos.

Vuelto a Cracovia, Dios quiso que el primer convento de su patria fuese también el último que viera. Murió allí, el 15 de

agosto de 1257, en la fiesta de la Asunción de Nuestra Señora, a quien tanto había amado. Murió al amanecer, antes de celebrar la misa, porque aquella vez celebraría la fiesta en el cielo.

Dejaba en Polonia 30 conventos con cerca de 400 frailes y media Europa sembrada de nuevas fundaciones. San Jacinto es el patrón nacional de Polonia, la nación mártir, escudo constante de la cristiandad en la frontera de Oriente; la que tantas veces, hasta nuestros días, está dando testimonio de su fe.

LUIS PÉREZ ARRUGA, OP

Bibliografía

FLAVIGNY, C. M., *Saint Hyacinthe et ses Compagnons* (París 1899).
GOTTSCHALK, J., *Die Missionierung des Ostens und der Schlesier St. Hyazinth* (Wurzburgo 1948).
WILMS, H., *Der heilige Hyazinth und seine Gefährten* (Dülmen 1913).

SAN ESTANISLAO DE KOSTKA

Religioso († 1568)

Un santo de la Compañía de Jesús (San Pedro Canisio) escribe a otro santo de la misma Compañía (San Francisco de Borja) dando informes sobre un tercer santo, Estanislao de Kostka. La carta, escrita en latín y fechada en 1567, contenía una frase que resultó de carácter profético: «Nosotros esperamos en él (de Estanislao) cosas extraordinarias. *Praeclara...*». Una vez más los santos se entienden entre sí perfectamente, y aquel muchacho de nacionalidad polaca, de diecisiete años aún no cumplidos, alumno entonces del colegio que regentaban los jesuitas en Viena, con vocación decidida para la Compañía de Jesús, a la que había sido llamado, según propio testimonio, nada menos que por la misma Madre de Dios, ve con extrañeza que se le cierran las puertas de esa misma Compañía por razones de prudencia humana, que aquella criatura totalmente puesta en Dios nunca podrá comprender. Hay temor a las represalias por parte de su padre, noble caballero de Polonia, señor de Zatarotzin, que se opondrá decididamente de conocer a tiempo la nueva vocación de su hijo.

Un año apenas había cursado Estanislao en el colegio o convictorio de Viena, cuando, al ser disuelta la Compañía de Jesús en toda el Austria por el emperador Maximiliano en 1565, tiene que hospedarse para continuar los interrumpidos estudios, juntamente con su hermano mayor Pablo, su preceptor Bilinski y dos primos suyos, en el palacio de un conocido luterano, el príncipe de Kimbercker. Claro está que la estancia de Estanislao allí es impuesta por la mayoría, ya que él es el más chico de toda aquella colonia polaca; pero su actitud de abierta resistencia a todo aquel mundo que se abre ante sus ojos, tan antagónico a lo que él ha vivido y amado hasta entonces, le acarrea amarguras sin cuento. Se ve engañado de todos, golpeado por su hermano, burlado de sus primos, incomprendido por su preceptor... Una inmensa soledad de corazón en aquellos años juveniles en que en el niño comienza a cuajarse el hombre —y que es, precisamente, cuando más necesita de cariño y de dirección— va minando interiormente su salud. El brusco cambio de clima espiritual no dejó de influir funestamente en aquel organismo en pleno desarrollo físico y psicológico.

El colegio que acaba de cerrarse parecía que se había hecho para él. Distribución fija y severa, dentro de la vigilancia siempre paternal de sus educadores, que le recordaba los días de su infancia en el viejo castillo de Rostkow; unos estudios que, en su misma dificultad, sobre todo en los comienzos, absorbían totalmente su atención, y... la capilla, aquellos ratos de oración en la capilla del colegio entre sus compañeros de estudios; aquella salve que se cantaba los sábados al atardecer, y que arrobaba sus sentidos hasta levantarle en el aire en medio del estupor de los demás alumnos, como lo atestiguaron ellos mismos unánimemente en los procesos de su beatificación y canonización... Un ambiente, en fin, confortable y propicio para arraigar y hacer crecer vigorosa la preciosa planta de la perfección cristiana, que se ve brutalmente interrumpido por el caprichoso decreto de un emperador, y Estanislao es arrastrado con violencia a una vida de vértigo, en donde la desenvoltura del lenguaje —él, que niño de seis años se desmayaba al oír una palabra impura—, la frivolidad mundana, el hambre represada de diversión en todos aquellos que le rodean mayores que él, a quienes ni acaba de

comprender ni está (por instinto casi) dispuesto a secundar, hacen de aquellos dos años no completos el verdadero crisol en el que, según los inescrutables juicios de Dios, va a coronar, sin él mismo advertirlo siquiera, toda la gigantesca obra de una santidad prematura.

La amargura interior, los sinsabores y malos tratos, y aun las mismas penitencias que se impone voluntariamente, acaban por derribar en el lecho a aquella naturaleza todavía en flor, por sí misma fuerte y robusta, y allí se debate más de quince días entre la vida y la muerte, entre visiones de demonios que como perros le asaltan para devorarle, y de ángeles que le traen la comunión, porque la actitud irreductible del luterano no consiente la entrada del santo viático en su casa. La curación es imprevista y repentina cuando todos desesperaban ya de su vida. La causa se la dirá él mismo más tarde, ya novicio jesuita, confidencialmente al hermano enfermero que le había de asistir en su última enfermedad: la Virgen María —según apuntamos más arriba— se le había aparecido, y ella era la que le devolvía la salud para que pudiese entrar en aquella nueva Orden religiosa fundada poco antes por San Ignacio de Loyola.

Era el verano de 1567, y San Pedro Canisio, superior provincial de los jesuitas que había en Alemania, recibe al extraño peregrino, que se refugia en el convictorio de Tréveris (la antigua Dilinga) después de haber escapado de aquel infierno de Kimbercker y recorrido solo y a pie más de setecientos kilómetros, sorteando milagrosamente el encuentro de su hermano Pablo, que junto con el preceptor y el mismo luterano había salido en su persecución. Parece ser que los caballos que tiraban del carruaje donde iban sus perseguidores se pararon en seco a la mitad del camino, sin que fuerza humana alguna les pudiese obligar a avanzar.

Canisio comprende de una sola mirada toda la grandeza y fogosidad de aquel niño extranjero que tiene delante de sí, y le envía a Roma, en compañía de dos estudiantes jesuitas y con la carta de recomendación que ya conocemos, al entonces padre general, el egregio San Francisco de Borja. El santo duque de Gandía, que también había sabido despreciar todas las grandezas de aquel mundo del que venía huyendo Kostka, acoge entre

sus brazos al nuevo aspirante, reconociendo ya desde el primer momento todo el alcance de las palabras del santo provincial germánico: *Praeclara.*

Sí: cosas verdaderamente extraordinarias se han podido ya descubrir en el joven polaco, y todavía van a saberse de él otras mayores. Porque Estanislao, colocado ya en aquel tranquilo puerto del noviciado de San Andrés del Quirinal, a salvo de todas las acometidas de los suyos, como si no hubiera hecho nada hasta entonces por su vocación, se lanza como titán que va a emprender por primera vez la ardua tarea de santificarse. Nada le detiene ya en aquella ansia tan propia suya de buscar a Dios por encima de todo lo creado, que nos hace recordar la preciosa estrofa de San Juan de la Cruz:

> «Buscando tus amores,
> iré por esos montes y riberas,
> ni cogeré las flores ni temeré las fieras
> y pasaré los fuertes y fronteras».

«No he nacido para las cosas de este mundo, sino para las eternas», dirá en más de una ocasión; y hará objeto de su unión con Dios lo mismo la tarea más insignificante, «más vale hacer cosas pequeñas por obediencia que grandes por propia voluntad», como las más heroicas, por ejemplo las misiones entre infieles, a las que anhelaba ir «sin más bagaje que un sombrero de paciencia, un manteo de caridad y unos zapatos de mortificación».

Pero la nota característica de su santidad es la devoción filial, entrañable, dulcísima, a la Madre de Dios, «la Gran Señora», como la llaman los polacos. Al fin Estanislao era todavía un niño, y el calorcillo de la madre lo encuentra en María en toda su plenitud. «La Madre de Dios es mi madre». Esta máxima, convertida en norma práctica de vida espiritual, lo lleva vertiginosamente a las cumbres más altas del amor de Dios.

«¿No la he de amar, si es mi Madre?». El padre Manuel Sa, portugués, ya muy anciano, recordaba todavía con verdadera fruición la impresión hondísima que produjera en su alma el metal de voz con que Estanislao, clavando en él sus inmensos ojos claros y radiantes, le respondía entre extrañado y extático a la pregunta que le hizo un día de si amaba a Nuestra Señora.

Este amor a María fue el último peldaño que levantó a nuestro santo a la caridad más perfecta, al amor puro de Dios hasta el enajenamiento de los sentidos, a producir aquella especie de fiebre misteriosa que le quemaba físicamente el pecho e iluminaba el rostro con claridades celestiales. Hasta 1892 se conservaba en el antiguo noviciado de San Andrés la fuentecilla donde el hermano enfermero empapaba los pañuelos en agua fría para extenderlos sobre el pecho abrasado de aquel serafín de amor. Extraño caso en la historia de la hagiografía católica: la muerte de Estanislao es ocasionada por uno de esos ímpetus amorosos que, a fuerza de repetidos, dejaron ya de llamar la atención entre los que le conocían.

Cinco días de enfermedad sin importancia y de gravedad sólo casi unas horas; una ingenua carta escrita por él poco antes de su muerte a la Santísima Virgen —siempre el niño filial y candoroso— pidiéndole celebrar en el cielo la fiesta de su asunción, y a la madrugada de ese día, Estanislao que fallece entre los padres y hermanos de aquella comunidad, después de asegurar a todos los presentes que la Virgen baja del cielo una vez más hasta su lecho de dolor, pero ya no para sanarlo, sino para llevarlo consigo definitivamente a la gloria...

Así, entre este conjunto de cosas maravillosas, *Praeclara,* pasó por el mundo Estanislao de Kostka, que vivió tan sólo en él diecisiete años, y nueve meses de novicio de la Compañía de Jesús.

Contrasta poderosamente la mera relación de estos acontecimientos con la contemplación atenta de los retratos que nos han quedado como auténticos del santo; el busto de Delfini, pintado a raíz de su muerte, que lo representa a la edad de diez a doce años, y otro de autor desconocido existente en Viena, de propiedad particular, hecho tal vez durante la estancia de Estanislao en esa ciudad. En ambos retratos, la expresión del rostro, y sobre todo la mirada, es de una calma y serenidad que raya en indiferencia. Parece imposible que un temperamento tan pronto para el arrobamiento y los deliquios místicos, objeto de tan preciosos carismas por parte del cielo, no deje traslucir nada de esto al exterior aun en ese estado de reposo. Sin embargo, si se penetra un poco en la psicología de nuestro biografiado podre-

mos descubrir en esa misma indiferencia con que se asoma al mundo presente la razón de ser y causa primera por qué latía en lo más íntimo de su alma aquel amor a Dios que hasta le costó la vida: «No he nacido para las cosas de este mundo, sino para las eternas».

Verdaderamente que entre las nieves y hielos de Polonia se levantó en un tiempo aquella llamarada deslumbrante de luz y de calor que, tras brillar breves momentos entre nosotros, se escondió para siempre en el cielo. Por eso la Iglesia, siempre certera en el modo de calificar a sus hijos predilectos, los santos, aplicó a Estanislao de Kostka aquellas palabras de los libros sapienciales (Sab 4,13): «Consumado en breve, llenó muchos tiempos; porque su vida era grata a Dios, se apresuró el Señor a sacarlo de en medio de las maldades de este mundo».

Fue beatificado el 19 de octubre de 1605 por el papa Pablo V y canonizado en 1726 por Benedicto XIII.

ANTONIO DE VIÚ, SI

Bibliografía

AGUSTÍ, V., *Vida de San Estanislao de Kostka* (Barcelona 1893; ^{3}1947).
«S. Estanislao de Kostka. Novicio de la Compañía de Jesús», en C. TESTORE, *Santos y beatos de la Compañía de Jesús* (Madrid 1943) 81-96.
SAGONE E IBÁÑEZ, J. M.ª, *San Estanislao de Kostka* (Madrid 1958).

BEATO ISIDORO BAKANJA
Mártir († 1909)

Isidoro Bakanja nació hacia 1880 en Mbilakama (Zaire), de padres no cristianos, Yonzwa, agricultor de Bokendela, e Inyuka, mujer de familia de pescadores en el río Botato, del pueblo boango en el entonces llamado Congo Belga, pues consta que entre 1885 y 1890 vivió allí mismo. Desde muchacho trabajó en el campo y como aprendiz de albañil. A comienzos del siglo XX fue a Mbandaka (entonces Coquilhatville) y trabajó de peón de albañil en una empresa estatal belga. Ahí conoció la religión católica y la abrazó enseguida con verdadera fe.

El 9 de mayo de 1905, en Boloko-Nsimba, donde residían los misioneros trapenses Gregorio van Duen y Roberto Bre-

poels, y después de seguir un fructuoso catecumenado con el catequista y su padrino Bonifacio Bakutu, recibió el bautismo con el nombre de Isidoro. Al año siguiente, el 25 de noviembre de 1906, recibió el sacramento de la confirmación y, después de otro año, el 8 de agosto de 1907 hizo su primera comunión.

Esos misioneros le enseñaron a llevar el escapulario y a rezar el rosario, que tenían costumbre de entregar a los recién bautizados. Entre los pocos datos y fechas sobre su vida, quedan fijos los días de su bautismo, confirmación, primera comunión y su inscripción en la confraternidad del Escapulario del Carmelo.

Cuando caducó su contrato de trabajo, se volvió a su pueblo, pero por poco tiempo, porque se trasladó pronto a Busira, hospedándose en casa de su primo Camilo Boya, empleado en la S.A.B. y, por medio de él, fue admitido en la misma sociedad como criado de uno de sus dirigentes, Reijnders, quien lo condujo consigo a Ikiki en 1909, a pesar de que se lo desaconsejaban su padre y un amigo por las dificultades que experimentaban los africanos, y más si eran católicos.

Era honesto y mostraba una mansedumbre excepcional pero, a la vez, al haber conocido a Jesucristo y estimar esa gracia como lo mejor de su vida, pensaba que debía comunicar a otros el mismo camino que había seguido él para recibir la misma gracia de Dios que había recibido. Creía que los blancos serían cristianos y respetarían su fe. Pero la realidad era otra, pues algunos de los responsables de la empresa contrataban trabajadores como mano de obra barata y muchos obreros eran maltratados y castigados con frecuencia.

Como no había sacerdotes y no podía participar siempre en la celebración de la eucaristía y los demás sacramentos, acudía a un centro donde se reunían catecúmenos y bautizados para leer la Palabra de Dios y hacer oración sin cesar. Consciente del compromiso de su bautismo proponía a otros la verdad de la fe católica.

Pero su estancia en Ikiki iba a marcarlo para siempre. Como era el único cristiano en la S.A.B. no tardó en encontrarse con hostilidades en un ambiente agnóstico o ateo, sobre todo y singularmente por parte del jefe Van Cauter, quien declaraba su

odio hacia la religión católica, puesto que la acusaba de hacer perder a los europeos toda su autoridad frente al personal de color que trabajaba en la empresa.

Para Isidoro, el escapulario —que en su lengua se llamaba «el vestido de María»— junto con el rosario, eran signos claros y manifiestos de su fe en Cristo Jesús y de su pertenencia a la Iglesia católica.

Van Cauter prohibió a Isidoro que hiciera apostolado entre sus compañeros, y por no dejar de ser católico practicante y apóstol, y de llevar al cuello el escapulario de la Virgen sin querer quitárselo, como se lo imponía con abuso de autoridad Van Cauter, a comienzos de febrero de 1909, después de arrancarle el escapulario con tal fuerza que lo tiró y arrastró por el suelo dándole patadas en la cabeza y en el cuello, lo hizo azotar varias veces con una piel de elefante llena de clavos hasta derramar sangre.

La espalda de Isidoro, después de más de doscientos azotes, quedó tan abierta y con heridas incurables que hasta se le veían los huesos. Retorciéndose de dolor, Isidoro le suplicaba misericordia, pero aquel jefe —obcecado por el odio a la fe cristiana— mandó que todavía lo azotaran más. Luego le ató las manos y le puso una cadena pesada de hierro en los pies y lo dejó encerrado tres días en un secadero de caucho. Unos amigos, entre ellos Iyongo Mputu, le ayudaron a escapar hacia un territorio pantanoso para no ser perseguido allí.

Cuando el Dr. W. Doerpinghaus —inspector de la sociedad empresarial— llegó a Ikiki y se enteró del caso, buscó a Isidoro y lo quiso llevar consigo a Busira, cuando ya estaba exhausto de fuerzas y apenas podía moverse. Van Cauter se excusó del castigo calumniándolo ante el inspector de que Isidoro había robado vino, pero aquel agente comisionado principal de las plantaciones creyó en la bondad de Isidoro que afirmaba: «El blanco me ha castigado porque soy cristiano».

En Busira sobrevivió todavía seis meses entre sufrimientos indescriptibles sobrellevados con resignación cristiana, con la espalda abierta y las heridas mal olientes sin cerrar, sobre las que se posaban insectos, y sin poder acostarse de tanto dolor.

Cuando el misionero trapense y su confesor, Dubrulle, acudió a visitarlo y a administrarle los últimos sacramentos, le pre-

guntó si perdonaba a su agresor. Él respondió: «Yo no tengo nada contra él. Ya lo he perdonado, y cuando vaya al cielo, tengo la intención de rezar también por él».

Murió el domingo 15 de agosto de 1909, habiendo acudido antes a una reunión de los catecúmenos de Busira para rezar con ellos, en unas plataneras a las que después se retiró, perdonando a su verdugo, quien fue despedido del empleo por su jefe y condenado justamente por el tribunal de Mbandaka.

Murió abrazado al Escapulario del Carmen, signo de su identidad cristiana y de su martirio, cumpliendo así hasta el final el mandato evangélico del Señor, que había aprendido en la catequesis y que había cumplido en aquel ambiente tan hostil en los pocos años de vida en que fue cristiano:

> «Amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persigan, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos. Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa vais a tener? ¿No hacen eso mismo también los publicanos? Y si no saludáis más que a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de particular? ¿No hacen eso mismo también los gentiles? Vosotros, pues, sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial» (Mt 5,44-47).

Desde el día de su muerte comenzaron a realizarse nuevas conversiones al catolicismo puesto que lo tenían por verdadero mártir. En la región de Busira hubo, durante los meses siguientes a su muerte, más de cuatro mil bautismos.

En 1917 sus restos fueron trasladados desde su tumba de la plantación platanera de Busira a la misión de Bokoto. Fueron los trapenses quienes difundieron, como un testimonio apostólico, la narración del martirio de Isidoro Bakanja.

El arzobispo de Mbandaka-Bikoro inició la causa de canonización en 1977, constituyendo una comisión histórica, cuyos trabajos fueron reconocidos en 1987, puesto que se llegó a la conclusión de que la muerte de Isidoro había sido debida a los tormentos sufridos por motivo religioso.

Una vez recogidos y examinados los testimonios necesarios para declarar positivamente el martirio de este confesor de Cristo, el papa Juan Pablo II, después de oír a la comisión de teólogos y de cardenales y obispos de la Congregación para las Causas de los Santos, el 2 de abril de 1993 emitió el decreto

correspondiente sobre el martirio de Isidoro y estableció como fecha de beatificación el 24 de abril del año siguiente, con ocasión de la Asamblea especial del Sínodo de los Obispos para África.

Fue beatificado por el mismo papa Juan Pablo II ese 24 de abril de 1994, en la Plaza de San Pedro de Roma, en una celebración en la que participaron más de doscientos obispos de la Iglesia en el continente africano, junto a otras dos beatas, también seglares, esposas y madres de familia, Isabel Canori Mora, laica trinitaria, y Juana Beretta Molla, médico, miembro de la Acción Católica, que ha sido canonizada ya el 16 de mayo de 2004.

JOAQUÍN MARTÍN ABAD

Bibliografía

AAS 87 (1995) 340-342.
CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, *Beatificationis et Canonizationis servi Dei Isidoro Bakanja, viri laici, 1885 ca. - 1909. Positio super martyrio* (Roma 1991).
GROENWECHE, D. VAN, *Isidoro Bakanja, martire dello Zaire* (Bolonia 1993).
RE, N. DEL, «Bakanja, Isidoro, servo di Dio», *Bibliotheca sanctorum. Appendice prima* (Roma 1987) 1.

SANTOS LUIS BATIS SAINZ, MANUEL MORALES, SALVADOR LARA PUENTE Y DAVID ROLDÁN

Mártires († 1926)

Nueva liturgia de canonización, en la Plaza de San Pedro, en la hermosa mañana primaveral del domingo 21 de mayo de 2000, año jubilar. Se trata de la escenificación del máximo reconocimiento oficial eclesiástico de la heroicidad cristiana de Pedro Magallanes y veinticuatro compañeros, mayoritariamente sacerdotes. La beatificación había sido el 22 de noviembre de 1992, festividad litúrgica de Cristo Rey.

Cuando la suprema glorificación canónica predicó Juan Pablo II:

> «Mártires en el primer tercio del siglo XX. La mayoría pertenecía al clero secular y tres de ellos eran laicos seriamente comprometidos en la ayuda a los sacerdotes. No abandonaron el valiente ejercicio de su ministerio cuando la persecución religiosa arreció

en la amada tierra mexicana, desatando un odio a la religión católica. Todos aceptaron libre y serenamente el martirio como testimonio de su fe, perdonando explícitamente a sus perseguidores».

En la breve reseña biográfica que nos proponemos rescataremos del anonimato cuatro identidades: Luis Batis, presbítero, y Salvador Lara, David Roldán y Manuel Morales, tres exseminaristas y laicos comprometidos, militantes de Acción Católica.

Su recuerdo nos retrotrae a los aciagos tiempos mexicanos de los años veinte, ya descritos con detalle en la conmemoración (cf. *Año cristiano. Mayo,* 460-468) de la festividad de los mártires del país azteca.

Aquel furor anticlerical, antirreligioso y persecutorio, nacido en la época de Carranza; crecido y descaradamente sangriento bajo el mando de Plutarco Elías Calles; fracasado en la tentativa cismática de una «Iglesia apostólica mexicana». Aquella tempestad sanguinaria —«persecución diocleciana», la apellidó el papa Pío XI— que sacudió e hizo «cristera» la fe popular. Encarnada en los hombres y los mozos insurrectos, lanzados espontáneamente al monte; rudimentariamente armados, y mínimamente coordinados; carentes de medios materiales, de toda preparación militar y de jefe. Pero tesoneros, entusiastas y bravos... Aquel reguero de sangre martirial en el que aportaron contribución personal Luis, Salvador, David y Manuel...

Una a una las presentaciones.

LUIS BATIS SAINZ, natural de San Miguel del Mezquital —archidiócesis de Durango, en el estado de Zacatecas—, había venido al mundo el 13 de septiembre de 1870. Con doce años ingresó en el seminario de Durango, destacando como alumno sumamente piadoso. Frescos aún los veintitrés años, el primero de enero de 1894, recibió el presbiterado.

Ligera hoja de servicios la suya. Sólo un par de anotaciones. Dos únicos cargos: director espiritual del seminario y párroco de Chalchihuites; consiguientemente, formador de sacerdotes y forjador de cristianos. Hombre de intensa vida interior, protagonista de una piedad marcadamente eucarística. Se sabe de un desahogo íntimo suyo ante el sagrario: *«Señor, quiero ser mártir; aunque indigno ministro tuyo, quiero derramar mi sangre, gota a gota, por causa de tu nombre».*

Es conocida también la recomendación a una feligresa, comentando sobre la dramática realidad cristiana del país: «Pídele a Dios, hija mía, que yo sea de los mártires de la Iglesia, de los mártires de la religión [...] porque muchos son los llamados y pocos los elegidos. Ojalá que sea uno de los elegidos...».

Sacerdote extremadamente celoso, gran organizador e infatigable propagador de la Acción Católica. Apóstol del pan y el catecismo. Protagonista de inquietudes religiosas y sociales que le llevaron a la creación de un taller para obreros, a quienes por la noche adoctrinaba, y a la fundación de una escuela para niños, que personalmente catequizaba.

Pastoralmente metido de lleno en el mundo juvenil, con una gracia especial para contactar con la juventud; para despertar, enardecer e ilusionar vocaciones cristianas, dispuestas incluso a la defensa brava, heroica, de la fe.

¡Lástima de sangrienta furia persecutoria que dio al traste con los aún prometedores e ilusionados cincuenta y cinco años de Luis Batis! La justificación sería una calumnia: una denuncia que implicaba al sacerdote en una supuesta rebelión armada antigubernamental programada para el 15 de agosto de 1926.

La noche anterior se presentó en Chalchihuites un pelotón militar. Se supo que iba en busca del sacerdote, quien, tan pronto tuvo noticia, lejos de ocultarse, reaccionó: «Que se haga la voluntad de Dios. Estoy dispuesto a ser uno de los mártires de la Iglesia».

No tuvo que esperar mucho. Al poco tiempo aparecieron en el domicilio los hombres armados y le hicieron preso. Prendieron no sólo al párroco de Chalchihuites y apóstol de la juventud, sino que al día siguiente se llevaron también prisioneros a sus inmediatos colaboradores: Salvador Lara, David Roldán y Manuel Morales.

La masiva protesta popular reclamando la libertad del párroco no sirvió para nada. Todo inútil, los cuatro detenidos iniciaron viaje forzoso en dos automóviles. El teniente Maldonado les había dicho que iban a Zacatecas.

El camino de la capital sí que lo emprendieron. Pero no llegaron nunca, pues en el trayecto, en el paraje conocido como «Puerto de Santa Teresa», frenó el vehículo, les obligaron a

apearse y a andar un buen trecho. Luego, en cuestión de segundos, las descargas de fusilería acabaron con cuatro hermosas vidas.

Inicialmente fueron inmolados don Luis y Manuel —casado y con hijos— por quien el sacerdote inútilmente intercedió y a quien despidió con la absolución y una elocuente sonrisa bondadosa: «¡Hasta el cielo!».

MANUEL MORALES, nacido en Mesillas —también arzobispado de Durango y estado de Zacatecas— el 8 de febrero de 1898 y residenciado desde los primeros años en Chalchihuites. Estudios eclesiásticos en el seminario archidiocesano lastimosamente frustrados por culpa de la penuria económica familiar, tan extrema, que llegó un momento en que los suyos no pudieron prescindir de los brazos del muchacho, dolorosamente llamado a acudir en ayuda.

Sin embargo, la estancia en el seminario fue avaramente aprovechada. Años que no le llevaron al sacerdocio pero le forjaron como cristiano de cuerpo entero. Esposo fiel, padre cariñoso con sus tres hijos, trabajador leal y responsable, laico comprometido de intensa vida espiritual marcadamente eucarística. Un serio e ilusionado compromiso de fe que le encumbrará a la presidencia de la Liga Nacional de Defensa de la Libertad Religiosa. Aparte, su militancia en la Acción Católica de la Juventud Mexicana y su responsabilidad como secretario del círculo de obreros católicos «León XIII».

En la reunión inmediata a su proclamación como líder de la mentada Liga proclamó:

> «La Liga será pacífica, sin mezcla alguna de asuntos políticos. Nuestro proyecto es suplicar al Gobierno se digne ordenar la derogación de los artículos constitucionales que oprimen la libertad religiosa».

Horizontes limpios, claros. Nada de adherencias políticas. Intereses exclusivamente centrados en la derogación, por medios pacíficos, de las leyes impías del país.

En 1926, tan pronto conoció que los soldados federales habían apresado a don Luis, Morales se reunió con los amigos y conmilitantes para deliberar sobre cómo gestionar la posible liberación del párroco. Deliberando estaban cuando, interrum-

piendo la pequeña asamblea, el jefe del sorprendente piquete armado gritó: «¡Manuel Morales!». Dando un paso adelante, garboso, el interpelado decididamente correspondió: «Soy yo. A sus órdenes».

A partir de ahí todo fueron insultos y golpes camino de la sede municipal, donde le reunieron con don Luis y con Salvador y David, víctimas listas para el sacrificio. Ante la intercesión del padre Luis Batis a favor de la vida de este marido y padre, con quien iba a compartir martirio, Manuel Morales, confiado, admirable, corta rápido rectificando a su intercesor: «Señor cura, yo muero pero Dios no muere. Él cuidará de mi esposa y de mis hijos». Instantes después las balas segaron un bravo «¡Viva Cristo Rey!» y «¡Viva la Virgen de Guadalupe!» en los labios del intrépido defensor de la libertad religiosa mexicana.

A SALVADOR LARA le dio la primera luz de Súchil, en la archidiócesis de Durango, el 13 de agosto de 1905. Huérfano de padre desde muy pequeño, redobló singularmente el cariño y la solicitud maternal.

También exseminarista. Lastimosamente apartado del camino al sacerdocio por circunstancias de agobio económico familiar. Era un un tipo alto, corpulento; educado y fino de trato; íntegro y responsable en su actividad laboral minera. Un testimonio de vida cristiana intachable.

Fiel y eficaz colaborador parroquial, fue secretario de la Liga Nacional de Defensa de la Libertad Religiosa y militante de Acción Católica. Precisamente, en una asamblea juvenil don Luis, que había expresado deseos de martirio, preguntó quién estaría dispuesto a acompañarle. Generoso, sencillamente, sin alarde alguno, Salvador se había ofrecido; y, curiosamente, escasas fechas después, en una velada en Chalchihuites, había declamado la composición poética *Marciano,* un canto a la inocencia de un cristiano acusado de incendiar Roma. Recitó con gran sentimiento. Quién sabe si tuvo conciencia del texto en sus labios: «Si mi delito es ser cristiano, haces bien en matarme porque es cierto...».

El 14 de agosto de 1926, tras la diaria agotadora jornada laboral, había dormido tranquilo, ignorando la detención del cura Batis. Pero, conocida ésta, convocó de urgencia una reunión

para estudiar la manera de arrancarle de la prisión y salvarle de las garras de la temida muerte. Fue la conocida asamblea sorprendida y abortada militarmente.

Y, tras la aprehensión de Manuel Morales, fue su turno. También una voz. Ahora diciendo: «Salvador Lara Puente». En correspondencia: «Aquí estoy».

El interpelado se ofreció impávido, sereno, con impactante entereza. Antes de viajar hacia el «gólgota» hubo ocasión de que Salvador recibiera ánimos de su cristianísima madre, una mujer de recio temple —en el sentido bíblico de la expresión— que le bendijo y le recordó cuán santa era la causa que defendía.

Le tocó compartir vehículo con su primo David Roldán. Ambos presenciaron la inmolación heroica de don Luis y de Manuel. Total un centenar de metros más allá, acercándose a la falda de los cerros, que recorrieron sin amedrentarse, serenos y orantes, recibieron las descargas de fusilería. Uno y otro frente al pelotón, con la noble frente en alto, gritaron al unísono: «¡Viva Cristo Rey!»; «¡Viva la Virgen de Guadalupe!».

El «tiro de gracia» les destrozó el rostro. La juventud —veintiún años— y la entereza —particularmente de Salvador— impresionaron a los verdugos: «¡Qué lástima haber matado a este hombre tan grande y tan fuerte!», lamentaban...

Avisados que el temido general Eulogio Ortiz iba a llegar para colgar públicamente los cadáveres, para escarmiento general, familiares y fieles apresuraron el entierro.

DAVID ROLDÁN, había nacido en Chalchihuites el 2 de marzo de 1902. Desde jovencito inició la andadura del sacerdocio, una vez más truncada, también por culpa de una economía familiar descabezada y necesitada de puntales.

Viuda su joven madre, fue para ella un hijo bueno y cariñoso; y un verdadero padre para sus hermanos. Simpático, alegre y generoso, era muy querido por sus amigos. En el trabajo se le apreciaba por su compañerismo, su bondad y su comprensión. En la empresa minera que le daba pan tenía una merecida fama de empleado honrado y trabajador.

Cristiano comprometido, participaba de las inquietudes apostólicas del cura párroco, don Luis Batis; fue, respectivamente, presidente y segunda jerarquía de la Acción Católica de la Juven-

tud Mexicana y la Liga Nacional de Defensa de la Libertad Religiosa. Participaba de las angustias derivadas de la realidad eclesial del país y de los afanes de fidelidad a Cristo, aunque fuera a precio de sangre.

No valieron gestiones ni ofertas económicas. Las balas que le hicieron mártir le sorprendieron, como conocemos, con el doble «¡viva!», a Cristo Rey y a la Virgen de Guadalupe, florecido en los labios.

JACINTO PERAIRE FERRER

Bibliografía

AAS 85 (1993) n.4, 9, 10.
AZKUE, A., *La Cristiada. Los cristeros mexicanos (1926-1941)* (Barcelona 2000).
GUTIÉRREZ CASILLAS, I., *Historia de la Iglesia en México* (México 1974).
MEYER, J., *La Cristiada.* 1: *La guerra de los cristeros* (México-Madrid 1973); 2: *El conflicto entre la Iglesia y el Estado 1926-1929* (México-Madrid 1973); 3: *Los cristeros* (México-Madrid 1974).
REPETTO BETES, J. L., *Mil años de santidad seglar. Santos y beatos del segundo milenio* (Madrid 2002) 334-337.
RIUS FACIUS, A., *México cristero. Historia de la Acción Católica de la Juventud Mexicana, 1925-1931* (México 1986).
VALDÉS SÁNCHEZ, R. - HAVERS, G. M.ª, *«Tuyo es el Reino». Mártires mexicanos del siglo XX* (México 1992) 24-38.

BEATA MARÍA SAGRARIO DE SAN LUIS GONZAGA (ELVIRA) MORAGAS CANTARERO

Virgen y mártir († 1936)

María Sagrario era su nombre de carmelita descalza. El nombre de pila era Elvira, Casilda, Luciana, Juana, Manuela, Eladia, Isabel. ¡Buena letanía! Será conocida por el primer nombre: Elvira Moragas y Cantarero, hasta que se lo cambie en el convento.

Nacida en el pueblo toledano de Lillo el 8 de enero de 1881 en la calle de Los Nobles 1, a las 11,30 de la noche. Fue bautizada el 17 de enero siguiente.

Cuando nació ya llevaban viviendo sus padres en Lillo unos años, siendo don Ricardo el farmacéutico del pueblo. La familia paterna es toda una saga de personajes de la botica. El abuelo farmacéutico, que se establecerá en Alcaraz (Albacete); farma-

céutico un hermano del abuelo; farmacéutico el padre de Elvira, Ricardo, que en 1886 pasa a Madrid desde El Pardo donde estaba como proveedor farmacéutico de la Real Casa.

La inauguración de la farmacia definitiva de Ricardo, que será la de Elvira, es de 1888 en Madrid, en San Bernardino 11. En la farmacia le sucederá Elvira y a Elvira su hermano Ricardo. La farmacia todavía existe y sigue funcionando y se la ha venido llamando en el barrio la farmacia de la santa. Elvira nieta, hija de farmacéuticos por parte de padre. Por la rama materna es biznieta, nieta, sobrina de militares, que fueron coroneles y generales, naturales de Andalucía: Écija, Córdoba, Badajoz...

Elvirita, era muy temperamental. Cuando quería algo era terrible; tenía que salirse siempre con la suya. Cerraba los puños y golpeando la mesa con terquedad, gritaba con su lengua de trapo: «Pos ha de ser...; pos ha de ser». Pocos años después cedía sólo de sus caprichos cuando su madre, doña Isabel Cantarero, nacida en Toledo, con exquisita pedagogía la hacía reflexionar. La mezcla de arte y castigo de que se servía su madre fue dando su fruto. Sus familiares comentaban que Elvirita salía a su abuela materna, la extremeña Juana Vargas, que era muy varonil y decidida, y de la que se contaban cosas increíbles, dignas algunas de la célebre Catalina de Erauso, la monja alférez.

Don Ricardo en persona iba dando a la pequeña la educación elemental y pronto comenzó a frecuentar el colegio de San Fernando de las mercedarias en Cuatro Caminos, muy cercano a su casa.

Cuando Elvira tenía 8 años y su hermano 4 se les murió la otra hermana mayor, nacida también en Lillo en 1878. Murió de garrotillo o difteria grave a los 11 años, el 20 de noviembre de 1890. Esta muerte tan inesperada fue un golpe tremendo para toda la familia.

En 1891 toda la familia hizo un viaje a Italia y a Tierra Santa para distraerse un poco, según parece, de las desgracias familiares. Ya entonces a Elvira le producía una sensación de tristeza el tener que alejarse de las ciudades y monumentos admirados viendo cómo se iba quedando todo reducido a un puntito y se iba perdiendo de vista. La melancolía de lo que se esfuma.

En 1894 comenzó Elvira los estudios medios que terminaría en el instituto Cardenal Cisneros en la calle Reyes de Madrid. Aquí consiguió el título de bachiller con puntuación sobresaliente el 29 de junio de 1899. Había tenido en todos los cursos unas notas brillantísimas, con premios, menciones, etc., como podemos ver en su expediente de estudios, que aún se conserva.

Un mes antes de conseguir el título de bachiller se entregó a Elvira un diploma del tenor siguiente: «La Asociación de Agricultores de España concede diploma con nota de sobresaliente, aceptando la propuesta del Jurado a Doña Elvira Moragas y Cantarero, por el mérito contraído en los exámenes de elaboración y reconocimiento de vinos, verificados con esta fecha. Madrid 17 de mayo de 1899». Firman el presidente y el secretario general.

El 25 de mayo de 1900 fue admitida en la universidad de la calle San Bernardo de Madrid, en la facultad de farmacia, después de haber aprobado el curso preparatorio que comprendía ampliación de la física, química general, mineralogía, botánica y zoología.

Para poder matricularse la primera vez —y después durante todos los años de la carrera— se requería, para cada una de las asignaturas, que los respectivos catedráticos respondieran por escrito ante el Rectorado del orden de sus clases, es decir, que la asistencia de la alumna no daría motivo a la menor perturbación del orden en la clase. Esta medida discriminatoria que se aplicaba frente a las raras y posibles alumnas ha sido llamada con razón «un injusto y delatador filtro que podía esconder las dudas que los hombres quizás tenían sobre sus propios comportamientos, pero de las que se convertía en víctimas a las mujeres».

Entre todas las universitarias españolas y teniendo en cuenta las diversas carreras, Elvira ocupa el lugar 29. Durante sus años de estudio fue la única mujer universitaria en su Facultad —entre unos 80-85 muchachos o 100, a los que llegaron en algún curso—. En un momento de euforia se divulgó que Elvira había sido la primera farmacéutica de España. La cosa no es cierta. Hecho el cómputo de todas las alumnas que cursaron en la Facultad de Farmacia en las universidades españolas (incluyen-

do la de La Habana), resulta que Elvira fue la décima. Fue la quinta que estudió en la Facultad de Farmacia de Madrid y, probablemente, la segunda mujer que tuvo una farmacia a su nombre en España.

A través de varios testimonios de sus condiscípulos sabemos cómo era y cómo se comportaba. Uno de ellos la presenta como muy constante en su asistencia a clase y asegura que, sin duda, aprovechaba el tiempo con mucha aplicación y añade:

> «Y esto se ratifica más advirtiendo que de los 85 alumnos que entonces asistíamos a la Facultad, en algún curso de los últimos, sólo aprobamos unos veinticinco en el mes de junio, entre los cuales estaba ella, y por eso la tengo en mi orla de fin de carrera retratada».

Otro, Javier Blanco Yuste, la describe por estas fechas como

> «Una bellísima muchacha de 18 años [...] muy aplicada a las aulas y laboratorios de la Facultad de Farmacia: acudía con puntualidad, siempre acompañada de su buen padre don Ricardo, popular farmacéutico madrileño, y de su hermano, vestido con traje de marinero; y por sus excelentes cualidades era muy apreciada por los catedráticos; y todos sus compañeros la profesábamos respetuoso afecto [...] Al paso de Elvira algunos estudiantes con galantería echaban sus capas por tierra; esto no le gustaba a la universitaria y apartaba elegantemente las capas con el pie y seguía caminando. Tenía tanto recato y gravedad que los estudiantes decían a su hermano: "Tu hermana es una orgullosa, que ni nos mira"».

Las calificaciones de sus estudios universitarios no son tan altas como se podría esperar de alguien que había tenido tantos sobresalientes en sus años de bachillerato. Aunque no tuvo ningún suspenso, no pasó de dos «notables», siendo todo lo demás una docena de aprobados. Y el título de Licenciado en farmacia se le expidió el día 16 de junio de 1905.

Pero no todo iba a ser andar entre potes de farmacia, aulas, laboratorios, preparados galénicos, exámenes, etc. También le gustaba pasarse sus buenas vacaciones de verano en Miraflores de la Sierra donde tenían un hotelito. A Elvira le gustaba mucho la leche y allí en Miraflores, donde la leche era de primerísima calidad, bebía tanta durante las comidas que su madre la reñía pensando que le iba a hacer daño; y para que Elvira no bebiera tanta se la bebía ella, la madre. Elvira «tenía dos amigas íntimas

pero con sólo una de ellas solía ejercitar sus soledades anacoréticas (a las que era muy aficionada). Solían, una vez en el campo, separarse las dos, para cada una en su soledad pasar los ratos que podían, dadas a la oración». En estos años se diría que apuntaba en Elvira la vocación al matrimonio; llegó a tener dos novios pero, por diversas circunstancias e incompatibilidades, las relaciones no prosperarían.

Don Ricardo sentía verdadera adoración por su hija y decía todo contento: «¡Cuando Elvirita acabe la carrera le pongo una farmacia en la Puerta del Sol!». Después de licenciarse Elvira ayudaba a su padre en la farmacia; y al morir éste en 1909 ella figura como regente. El 22 de agosto de 1911 murió su madre y Elvira se pone ya al frente de la farmacia, como titular.

La formalidad y honradez de la joven farmacéutica comenzó a ser bien conocida. Quien lo supo y lo vio muy de cerca declara:

> «Procedía siempre con entera justicia hasta el punto de que a los sirvientes de la farmacia, entonces estudiantes a los que se favorecía para poder continuar sus estudios, se les trataba de manera más generosa que lo que era costumbre en las demás farmacias, facilitándoles no sólo los medios de vida sino también la posibilidad de continuar sus estudios».

Su hermano Ricardo dice de ella: «Era de carácter amable; era extremosa: quiero decir delicada y justa en la farmacia, en el precio, en el peso, en todo».

A Elvira «le gustaba mucho el campo, visitar suburbios para hacer obras de caridad y de apostolado y a eso dedicaba todo su tiempo libre». Llevaba medicinas y alimentos a los pobres de los suburbios y, más de una vez, también, las mantas de casa, y dio también entera la que había sido su capa de colegiala —no como San Martín que entregó sólo la mitad de su capa a un mendigo—. Por lo que se refiere a las mantas se las quitaba de la cama de su hermano, que eran mejores, y se las llevaba a los pobres, de modo que quien se quedaba sin mantas por el momento era ella, pues ponía las suyas en la cama de su hermano. Así lo cuenta su propio hermano. Su sobrina Ana María Moragas Luque, que recuerda también lo del reparto de las mantas, certifica:

> «[...] Cuando regentaba la farmacia estableció los sábados como día dedicado a hacer limosnas a los pobres que entregaba en la misma farmacia hasta el punto de que este hecho fue conocido por toda la barriada y los pobres de la misma y por esa razón aun después de la guerra muchos pobres acudían los sábados a la farmacia para que les siguieran socorriendo».

El 31 de marzo de 1911 el Ayuntamiento de Madrid nombró a Elvira «Farmacéutico municipal encargado del despacho de medicamentos de la Sección 4 del Distrito de la Universidad». Se le comunicó a la interesada el 5 de abril. Su padre había sido subdelegado de farmacia en ese mismo distrito de la Universidad. Estos años también estuvo metida en la Acción Católica incipiente de la parroquia de San Marcos y en otras asociaciones apostólicas.

Fervorosa en el primer período de su educación, disminuyó notablemente su piedad durante los estudios universitarios. Sorteado aquel tiempo de frialdad y libre ya de sus pretendientes, comenzó a recuperarse de un cierto abandono religioso y se presentó un día al párroco de San Marcos, don Lope Ballesteros, que ya la conocía, y le manifestó su deseo de volver a comulgar más a menudo. Don Lope la fue dirigiendo por los caminos de Dios y de la oración y orientándola en los primeros brotes de su vocación religiosa hacia el Carmelo.

Cuando murió el párroco de San Marcos en enero de 1913, acrecentó Elvira su frecuentación de la iglesia de los jesuitas en la calle de La Flor, y empezó a dirigirse con el P. José María Rubio Peralta, hoy ya canonizado; así, llegó al discernimiento final de su vocación religiosa. En este tiempo se entregó Elvira, acaso excesivamente, a la mortificación corporal y diversas formas de penitencia y comenzó a adelgazar a ojos vista. En 1914 o a principios de 1915, se acercó Elvira al convento de las carmelitas descalzas de Santa Ana y San José de Madrid, entonces en la calle Conde Peñalver —antes Torrijos—, pidiendo ser admitida. La priora, viéndola tan desmejorada y delgada, le dijo, sin más: «Si no engordas..., así no puedes entrar». A raíz de esta entrevista comenzó a alimentarse mejor, y se puso gruesa, colorada y hermosota. Y así ya fue admitida.

Viendo Elvira que la carrera de su hermano estaba ya asegurada, buscó un regente para la farmacia, dejó a Ricardo con una

criada mayor de toda confianza y se fue al convento el 21 de junio de 1915, a los 34 años y medio. Desde el monasterio tuvo que seguir dirigiendo oficialmente la farmacia hasta que su hermano se hizo con el título.

Entró en el convento, como queda dicho, el 21 de junio de 1915. Es acaso en el mundo la primera universitaria que ingresó en un convento de clausura, al menos en el Carmelo. Su hermano refiere: «Nos despidió con mucho cariño, pero alegre, nunca tuvo intentos de volverse». Tomó el hábito de la Orden el 21 de diciembre de ese mismo año. Fue entonces cuando cambió su nombre de pila por el de *María Sagrario de San Luis Gonzaga.* La priora y la maestra de novicias, principales responsables de la formación en la vida carmelitana, aseguraban que Sagrario era una novicia de mucha categoría por sus grandes cualidades. Siempre alegre y fervorosa.

La profesión simple la hizo el 24 de diciembre de 1916. Las recién profesas se quedaban otro año en el noviciado antes de integrarse a la comunidad. Cuando pasó a convivir con las profesas, Sagrario desempeña en la comunidad algunos oficios de los llamados menores: enfermera y rizadora. Lo de enfermera está claro, y en una farmacéutica más. Lo de rizadora se refiere al trabajo de rizar roquetes, albas para diversas iglesias.

El 6 de enero de 1920 hace la profesión solemne o definitiva, después de haber declarado que no ha sido coaccionada ni por la fuerza ni por el miedo ni ha sido engañada y que disfruta de perfecta libertad y conoce bien el paso que va a dar.

El 25 de enero de 1927 murió la priora, Teresa del Corazón de Jesús —que había sido elegida el 9 de enero de 1925—, por lo que había que adelantar las elecciones que deberían celebrarse en 1928. El 18 de abril de 1927, reunida la comunidad, fue elegida como priora Sagrario. El presidente del Capítulo la confirma en el cargo «dándole acto continuo, posesión del mismo mediante la entrega de los atributos de gobierno según costumbre del convento», es decir: las Constituciones, el sello y las llaves del convento.

Estimada en la comunidad, la elección de Sagrario fue recibida con gran alegría y entusiasmo. En los tres años siguientes no faltarían pruebas y dificultades, algunas bastante fuertes. En

el Decreto sobre el martirio se condensa bien esta situación, diciendo: «Fomentó la disciplina de la observancia, tropezando con alguna dificultad por parte de algunas monjas».

Sagrario puso un empeño especial en elevar el tono espiritual de la comunidad, sirviéndose de los diversos medios que tenía a su alcance, con reprensiones, correcciones, exhortaciones, instrucciones, las conferencias espirituales, etc. Emprendió, además de la elevación espiritual de la comunidad, no pocas obras y mejoras materiales. Adquirió una nueva franja de terreno para la huerta. Hizo nuevo muro de cinta; plantó no pocos árboles. Mujer práctica y lista como pocas, antes de comenzar las obras ella personalmente hizo sus mediciones, sus diseños, sus cálculos ladrillo a ladrillo, de modo que al contratar a los albañiles dijo al jefe el número de ladrillos que harían falta. El maestro albañil comentó después la inteligencia de la priora, diciendo que era una monja tan lista que no era posible engañarla y que llevaba las cuentas con toda perfección y detalle. Al terminar las obras preparó a los obreros una gran merienda, dando a cada uno una tortilla de dos huevos, buenos tragos, arroz con leche en abundancia y otras exquisiteces, de modo que al jefe le pareció hasta excesiva la merendola. Algo así como lo que le gustaba hacer a la propia Santa Teresa cuando aquel maestro de obras, agradeciéndole los vasos de vino que les había dado, preguntó, desde su cultura bíblica, si aquel vino tan bueno era de lo que había sobrado en las bodas de Caná de Galilea.

Además de estos arreglos en la huerta, de una ampliación del gallinero, de una nueva lavandería en un sitio propicio, emprendió una gran obra de saneamiento de los servicios higiénicos.

Reviviendo sus años infantiles y juveniles cuando hacía tantas obras de caridad a los pobres, ahora siendo priora introdujo en el convento la siguiente novedad. Ordenó que en la cocina se preparase a diario una olla grande con buenos alimentos para dar de comer todos los días a los pobres. Ella misma se encargaba de bajar a la cocina antes del reparto a ver si el condumio era sustancioso como había ordenado. Un día que dieron croquetas a la comunidad y que también llegaron para los pobres,

una viejecilla alabó las croquetas diciendo que eran divinas, que le gustaban mucho y se relamía. Sagrario tomó buena nota y dispuso que se diesen croquetas más a menudo para dar tan sana alegría a la mujercita y a otras comadres. El único criterio de Sagrario en esta distribución de alimentos era socorrer al menesteroso. Alguien se atrevió a decirle que entre las personas que venían había algunas conocidas como indeseables y de malas ideas. Sagrario contestó: «Haz bien y no mires a quien». Por los mismos años (1927-1930) y siguientes se podían ver a la puerta de las carmelitas descalzas de Santa Ana y San José de Madrid dos colas de gente. Una, de pobres que acudían a recibir ayuda: una comida sustanciosa; otra, de gente que venía en busca de lo que llamaban «agua de los ojos». Se trataba de algo así como de un colirio preparado por la madre Sagrario, en la que seguía viviendo la farmacéutica que había sido. La fórmula de ese medicamento para los ojos era la siguiente: «2 litros de agua; 56 gramos de ruda; 14 gramos de vitriolo blanco (sulfato de amonio); 14 gramos de sal gorda; 14 gramos de azúcar piedra. Se pone todo junto en una jarra y a las 24 horas se filtra con papel de filtros».

Aquella agua comenzó a producir curaciones muy llamativas, de modo que los que venían con sus botellines y pomos la consideraban como algo prodigioso. Las monjas insistían: no es ningún agua milagrosa, sino medicinal.

En 1930, terminado el priorato, fue nombrada maestra de novicias, oficio sumamente importante en las comunidades.

El 14 de abril de 1931 se proclamó, como es sabido, la II República en España. Entre los desmanes con que comenzó a significarse la vida nacional hay que contar la quema de conventos del 11 de mayo cuando ardieron la iglesia de los carmelitas descalzos de la Plaza de España y la de los jesuitas de la calle La Flor. A raíz de estos atropellos tuvo que salir Sagrario del convento con sus novicias y estuvo once días fuera con ellas. Ya en este tiempo tenía presentimiento de su muerte y se daba por aceptado el martirio.

Terminado el trienio de 1930-1933, la encargaron el oficio de tornera o portera. En 1934 se prestó Sagrario con caridad ejemplar a lavar la ropa de un hermano de una monja del con-

vento que estaba enfermo en el hospital de la Princesa con una enfermedad infecciosa. En el hospital no querían lavarle la ropa. Sagrario se la lavaba y planchaba. ¿Qué le pasó a Sagrario por esto? Que tenía una herida en la mano derecha y se le infectó, con toda seguridad, al contacto con aquellas prendas. Creyó que se le pasaría con algunas pequeñas curas; pero la cosa fue a más y los días de Semana Santa estuvo con fiebre altísima y aguantando. Ya no pudo más y entonces se llamó al médico-cirujano. Examinó a la paciente en el convento y encontró que la infección ya afectaba al hueso con peligro de gangrena, padeciendo además una linfagitis. Hecha la preparación necesaria tuvo que desarticular el dedo con la ablación del metacarpo y de la falange. El cirujano hace una declaración preciosa en el proceso y alaba la fortaleza y la paciencia, la calma e impasibilidad de Sagrario, que no se quejaba de nada, y hace este apunte: y «observé que era muy parca en palabras y es que todas las personas sufridas son poco locuaces».

El uno de julio de 1936 se tuvieron otra vez elecciones en el convento y salió elegida Sagrario como priora, con todos los votos menos dos; uno el suyo y otro el de la monja que era hermana del de la enfermedad infecciosa que le costó a Sagrario que le tuvieran que cortar el dedo índice de la mano derecha.

Pronto se adensaría sobre el monasterio un nubarrón muy negro de preocupaciones y problemas surgidos de la situación nacional.

Todavía, a pesar del ambiente enrarecido, pudieron celebrar la novena de la Virgen del Carmen del 7 al 16 de julio, predicando el famoso y simpático padre Esteban de San José, que se salvaría de milagro saliendo de Madrid para Salamanca en el último tren antes del día 18.

El día 18 de julio por la tarde reunió Sagrario a sus monjas y les dijo:

> «Está todo muy mal. Se han levantado los militares. No sé qué será de nosotras. Yo les suplico y les aconsejo que la que desee irse con su familia lo diga con toda libertad. Está todo muy mal».

Y una entonces le pregunta: «¿Qué va a hacer vuestra reverencia?»; a lo que Sagrario responde: «Yo no me voy. Me quedo aquí». Y ellas dijeron: «Pues nosotras también nos quedamos».

Pero vinieron los familiares de unas cuantas a recogerlas y llevarlas a sus casas. La comunidad estaba compuesta de 19 monjas. Después de las presiones de los familiares, se quedaron sólo 10 en el convento. También se presentó en el convento Ricardo, el hermano de Sagrario que vivía en Pinto y trató de convencerla para que se fuera con él y con toda la familia. Pero «ella —lo cuenta el mismo Ricardo— se negó diciendo que si les costaba la vida el quedar allí, ella no abandonaba a sus hijas y que entregaría su vida con mucho gusto por la gloria de Dios, y en esta misma disposición se mantuvo siempre». Sagrario anduvo haciendo «diligencias para salir con sus monjas al extranjero y poder reunirse todas juntas, pero las dificultades eran insuperables».

Al ver cómo el 19 de julio las turbas invadían el convento de los dominicos en la misma calle de Conde de Peñalver, el demandadero apremia una vez más a la priora para que dejen el convento. Pero ellas siguen con las celebraciones de la solemnidad del Carmen; sin embargo, su gozo, un tanto melancólico, se iba erosionando y la gran tribulación iba a caer sobre el convento en la otra gran fiesta de la Orden en el mismo mes: 20 de julio, día de San Elías profeta, inspirador y padre del Carmelo.

Ese 20 de julio les dijo la misa un padre escolapio quien les comenta al terminar que hay muchas formas en el copón y que en caso de peligro deberán consumirlas. Sagrario estuvo un buen rato por la tarde regando la huerta —cosa que la encantaba, lo mismo que cuidar el gallinero donde en ese día tenían unos 100 pollitos—. Al comenzar el tiroteo ordenó que se adelantase el rezo de maitines en previsión de lo que pudiera suceder. Mientras la comunidad está rezando y la cocinera está haciendo la cena, se oye desde la cocina un estrépito enorme y un ruido ensordecedor. Ha irrumpido una multitud compuesta de hombres armados, mujeres y niños. La chusma ha roto el torno y forzado la puerta reglar del convento. La cocinera corre al coro a decir lo que está pasando. Las monjas interrumpen el rezo y unas van hacia la huerta a refugiarse en una ermita. Una grita de repente: «¡El Santísimo, el Santísimo!».

La sacristana corre en busca de la llave del sagrario; pero como tarda en venir, otra de las monjas carga con todo el sa-

grario y acompañada de otras tres se refugia en la buhardilla. Aparece la llave y consumen las 400 formas, estando allí en el desván medio dobladas y medio a oscuras. La chusma ha amenazado con quemar el convento. No lo hacen por haberse opuesto el vecindario temiendo que el fuego pasase a sus domicilios.

Cada grupo de monjas está en su refugio: unas en el desván, otras en la ermita. De repente comienzan a oírse toques de la campanilla con la que se convoca a las religiosas. No sabiendo unas de otras salen todas a ver qué sucede, pensando unas que son llamadas de las otras. Unas y otras se topan con aquel gentío del que ha partido también aquel campanilleo.

Sagrario, ante aquella gente vociferante dispuesta a todo y creyendo que las van a matar, pregunta a los invasores: «¿Qué van a hacer con nosotras?». Uno de los cabecillas dice: «No os haremos nada; no os mataremos, a no ser que encontremos armas o algún cura escondido en vuestra casa».

La cocinera interviene manifestando que no había ni una cosa ni otra y lo corrobora diciendo: «Se lo juro». Uno de los milicianos, con cierta sorna, le dice: «Jurar es pecado». Los milicianos van recorriendo la casa acompañados de la hermana, «y en todos los sitios iban derribando cuadros e imágenes y profiriendo las más groseras blasfemias». Obligaron a ponerse ropas de seglares a las monjas que se habían refugiado en la ermita; a éstas se unieron dos de las cinco que estaban en la buhardilla. Todas fueron sacadas a la calle. Las ponen en fila frente al convento. La priora, como cree que las van a fusilar, comienza a exhortarlas para que se dispongan al efecto y grita: «¡Viva Cristo Rey!». Es la palabra de orden y el grito que encierra en aquellos días una profesión inequívoca de fe, de esperanza y de amor.

Al final condujeron a las monjas al portal de una casa de enfrente del convento, donde se habían refugiado el capellán y otras personas. Mientras tanto, seguía el triste y salvaje espectáculo en torno a un gran fuego en medio de la calle donde los asaltantes iban quemando todo lo que sacaban del convento: objetos religiosos, cuadros, etc., una gran riqueza de una comunidad cuya fundación databa de 1586, en la que intervino San

Juan de la Cruz. Faltaban tres de las cinco monjas que se habían escondido en la buhardilla, finalmente salen y con ellas llegan tres milicianas jóvenes, diciéndoles que quedan detenidas porque han encontrado en el convento cadáveres sin enterrar. Se trataba de los cuerpos incorruptos de dos venerables del primer tiempo de la fundación del convento: la venerable Beatriz de Jesús (Ovalle y Ahumada, 1560-1639), y Juana Evangelista, nacida en Viena, cuyo nombre de familia era Margarita Judith Roph Diatristan, muerta en 1636.

Los milicianos están empeñados en sacar de aquella casa a las monjas y que se vayan con ellos. La priora no acaba de convencerse de las intenciones de aquellos hombres, sabiendo cómo han hecho violaciones y atropellos en otros conventos. El jefe del grupo asegura que las llevarán a la Dirección General de Seguridad y que allí no les pasará nada. Por fin Sagrario se calma y se tranquiliza. Mientras van de camino a la comisaría van cantando el *Te Deum,* el Magníficat, la Salve Regina...

Durante el recorrido Sagrario comunicó a las que iban con ella que llevaba 7.000 pts., para proveer a las primeras necesidades que pudieran presentarse.

Ya anochecido, allí siguen al pie de una escalera donde las han dejado, sin ser llamadas para ningún registro, para ningún interrogatorio, para nada, hasta que alguien compadecido les preguntó qué hacían allí, qué les pasaba. Sagrario le explicó lo sucedido en el convento y cómo se encontraban allí sin saber para qué. El hombre se retiró y volvió con otro que las trató con toda cortesía y respeto y les preguntó si tenían alguna casa conocida donde ir, y dispuso que los guardias las llevasen en diversos coches a sus refugios, es decir, a casa de sus familiares. Se abrazan unas con otras no sabiendo si se volverán a ver.

María Sagrario con otras dos fue con Teresa María a casa de los padres de ésta en la calle de Santa Catalina 3 —Carrera de San Jerónimo—. Al día siguiente, avisado, se presentó Ricardo. El hermano insiste ante Sagrario: «Vente con nosotros a Pinto». Ella responde: «No puedo abandonar a mis hijas; quiero seguir la suerte de ellas y desde Madrid me es más fácil estar en contacto con las casas en las que se han refugiado las demás, de modo que no las abandonaré prestándoles toda la ayuda que pueda».

> «Al día siguiente de nuestra dispersión —21 de julio, refiere una de ellas—, averiguó el paradero de las demás monjas. Al saber que todas estaban bien y refugiadas, dio gracias a Dios y dijo que había pedido que a nadie pasara nada y ella se ofrecía [...] como víctima».

En la casa de los señores Ruiz, que así se llamaban los padres de Teresa María, pasa Sagrario veinticinco días, llevando una vida de oración, de recogimiento, y ocupándose, a través de diversos enlaces, de la suerte de las demás, enviándoles mensajes, respondiendo a algunas cartas de ellas, haciéndoles llegar algún dinero, recibiendo amabilísimamente a alguna que viene a visitarla, etc. A los ocho días de estar las cuatro monjas juntas comenzaron los registros en la casa y se vieron en la necesidad de separarse; quedó sólo allí Sagrario con Teresa María, la hija de los señores Ruiz.

En la calle Marqués del Riscal, en la casa de los padres de María de Jesús, se habían refugiado junto con ella otras dos monjas, Beatriz y Natividad. Una criada de la familia las denunció y el 14 de agosto se presentaron los milicianos para un registro. Cuando se encontraron con sor Beatriz le preguntaron quién era y ella contestó: una religiosa. Continuaron el registro, y se llevaron a las tres y a un hermano de María Jesús, llamado Pedro, a la checa. Después de un rato las metieron en una salita en la que una miliciana las fue registrando. Al cachear a Beatriz le encontraron apuntado el número del teléfono y las señas de la casa donde estaba refugiada Sagrario. No necesitaban más.

Ese mismo día por la tarde, cuando Sagrario y su compañera se disponían a rezar las primeras Vísperas del oficio de la Asunción, aparecen los milicianos en la casa de los señores Ruiz. Llaman a la puerta; cuando sale el hijo pequeño a abrir le encañonan con una pistola y le preguntan a bocajarro: «¿Dónde están esas *tías monjas que tenéis aquí escondidas?*». No se les pudo cortar el paso. Venían bien informados: identificaron a Sagrario y la separaron de las demás personas de la casa y se la llevaron a una habitación aparte. Dejaron la puerta sólo entornada y los de la casa se pudieron percatar de que la preguntaban por «dos tesoros del convento»; ésta era su frase hecha, preguntar por el dinero de la comunidad, por sus bienes, por sus joyas. Sagrario

se mantuvo tan firme y tan segura que no pudieron sacarle nada; respondía sin el menor aturdimiento.

Los milicianos se llevaron prisioneras a las dos monjas. Uno de los hijos de la familia Ruiz Aizpiri preguntó al jefe: «¿Dónde las llevan ustedes?». Respuesta falsa: «A la Dirección General de Seguridad». Al poco rato llegó Ricardo Moragas a casa de los Ruiz y se encuentra con la noticia de que se han llevado a su hermana a alguna de las checas.

Tratando de condensar lo que fueron las horas de Sagrario en la checa acerté a escribir en el preámbulo del libro *De la farmacia al Carmelo. De la checa al cielo:*

> «La checa en la que pasó pocas horas, pero muy intensas, cruciales y decisivas, fue el lugar de sus tentaciones, su desierto y su Getsemaní, el lagar y el molino donde se la pisoteó y trituró, y el tribunal injusto en que se decidió su fusilamiento [...] Una de las checas de más sangrienta actuación fue, precisamente, esta de la calle Marqués de Riscal. Los detenidos solían ser maltratados cruelmente y ejecutados en los altos del Hipódromo y en la Pradera de San Isidro».

Llegadas a la checa se encontraron con las otras tres monjas de su convento que habían sido conducidas allí ese mismo día: Beatriz, Natividad y María Jesús. Duraría muy poco el consuelo del encuentro, porque separaron enseguida a Sagrario del grupo. La llevaron a la pieza donde habían cacheado a las demás. La encargada de registrarla, se encerró con Sagrario en el cuarto. Comenzó a registrarla; le encontró las 7.000 pts. y se las requisó. Terminado el registro, la sacaron de aquel cuarto para llevarla a otra estancia mucho más amplia donde la hermana Natividad, que lo contará detalladamente, podía ver lo que sucedía a través de una puerta de cristales. En la pieza había una mesa y en la mesa dos milicianos, sentados, y el jefe de guardia estaba también allí, pero de pie.

La narración de Natividad es insustituible. Comienza, pues, diciendo:

> «Yo misma que estaba en la misma checa la vi subir por la escalera con la Hna. Teresa María. Yo estaba en esa primera habitación que hacía como de recibimiento y desde allí veía perfectamente las escaleras por las cuales subió la Sierva de Dios conducida por los milicianos; por cierto que me llamó la atención y me impresionó mucho el semblante de sufrimiento pero de mucha paz de la Sierva

de Dios, y la condujeron a la misma habitación en que a nosotras nos habían registrado, [después del registro] la sacaron para llevarla a otra habitación en la que veía lo que la madre hacía [...] En esa habitación había una mesa y a la mesa dos milicianos y el cabo de guardia, en la habitación pero de pie. Yo contemplé la placidez, no obstante el gran sufrimiento, de la Sierva de Dios en aquellos dificilísimos momentos de los que pendía su vida. Vi que el cabo de guardia presentó un papel a la Sierva de Dios para que escribiese no sé qué, ya que sólo veía lo que hacían pero no oía lo que hablaban. Vi también que la Sierva de Dios se resistía también a escribir, así como también que el cabo de guardia insistía en que escribiese, y esto repetidas veces, por fin el cabo de guardia salió con el papel en la mano y entre tanto la Sierva de Dios se puso de rodillas, y los milicianos al ver esta actitud prorrumpieron en horrendas blasfemias contra la Virgen Santísima, que yo oía perfectamente, porque las proferían en voz más alta. Yo contemplando aquella escena y oyendo aquellas blasfemias y creyendo que los milicianos blasfemaban porque la Sierva de Dios se puso de rodillas, pedía a Dios que se levantase por ver si así se evitaban aquellas blasfemias. Por fin subió el cabo de guardia con el papel, entró en la habitación donde estaba la Sierva de Dios, le presentó de nuevo el papel obligándola a su vez a que escribiese. La Sierva de Dios escribió muy poco sin que yo sepa el qué. Entonces el cabo de guardia al leer lo que había escrito se puso muy furioso dando puñetazos sobre la mesa, cogió el papel y salió con la Sierva de Dios custodiada por los dos milicianos, que, como antes he dicho, no abandonaron a la Sierva de Dios mientras estuvo en la checa. Yo sospecho por la observación de las circunstancias de aquel momento en personas y cosas, que lo que escribió la Sierva de Dios debió ser muy contrario a los deseos de los milicianos, y por tanto esa su reacción tan furibunda. Inmediatamente el cabo de guardia acompañado de la Sierva de Dios y de los dos milicianos que la custodiaban salieron de la habitación y yo ya no vi más a la Sierva de Dios».

No hace falta mucha imaginación para pensar lo que pudo escribir Sagrario y que desató las iras y las blasfemias de aquellos energúmenos. Considerando bien otros momentos de la vida anterior de Sagrario, pienso que escribiría simplemente *Viva Cristo Rey*. Tenía tan llena el alma de este grito que era lo más espontáneo en su pluma y en sus labios, y como la firma de aceptación del martirio que le podría llegar.

Desaparece la madre de la checa hacia las once y media de la noche. Faltan también unas horas el capitán Alberto Vázquez y varios milicianos.

De cómo se organizaba la marcha o caravana de la muerte tenemos testimonios de milicianos que declararán años más tarde al ser llevados a los tribunales:

> «Se organizaba una expedición de dos coches ligeros y una camioneta. En un coche iban los detenidos, con la escolta de milicianos. Este coche iba en medio. Delante el otro coche con el jefe de la expedición, y cerrando la marcha, la camioneta y en ella dentro los milicianos que habían de hacer la descarga. La hora de la ejecución solía ser las once de la noche. Para fusilarles se les ponía de espaldas a un paredón o dando frente a los milicianos. Éstos se ponían en fila y a la voz de ¡fuego! de su jefe hacían la descarga. Después el jefe daba los tiros de gracia, y los cadáveres quedaban insepultos en el lugar de la ejecución, con una nota en el pecho, en la que figuraba su nombre».

Cuando a la mañana siguiente, vueltos ya los asesinos, reunieron a las cuatro: María de Jesús, Teresa María del Santísimo, Beatriz de Jesús y María Natividad de Santa Teresa, ellas quieren intercambiar impresiones pero les resulta muy engorroso por encontrarse en presencia de milicianos y milicianas. Entonces uno de ellos dirigiéndose a Natividad le dice: «A su madre priora ya la hemos mandado a Burgos, creemos que no llegará, pero si llega a Burgos, a usted la mandaremos a Ávila». Esto último lo dicen porque Natividad es abulense y los antepasados de Sagrario eran de Burgos. Y una miliciana, por su parte, les dice: «Pobrecitas, ya no tienen madre». También entra en escena la miliciana que había cacheado a Sagrario a su llegada a la checa, «y con sonrisitas irónicas, nos decía que si queríamos nos podía mandar a Burgos, pero que no podía asegurar que llegáramos [...] ésa era la manera de anunciarnos nuestra muerte, a lo menos en plan de amenaza, o como divirtiéndose haciéndonos sufrir».

A través de ese lenguaje irónico de milicianos y milicianas quedaba claro que a Sagrario ya la habían asesinado. Y así había sido: la fusilaron en la Pradera de San Isidro la noche del 14 al 15 de agosto de 1936. Ninguna de sus hijas presenció la ejecución. En el Ministerio de la Gobernación, en la Jefatura del Servicio Nacional de Seguridad, en el Gabinete central de identificación, aparece la ficha siguiente:

> Procede el cadáver... de San Isidro
> Fotografiado en el Depósito Judicial el 15-8-936.
> Datos morfológicos: Sexo mujer. Edad 55. Talla 155.

Const. gruesa. Iris castaño obs. Dentadura...
Pelo castaño, largo, melena, raya al lado izquierdo.
Camisa. Ropa interior blanca. Basta.
Chaqueta traje seda negra.
Calcetines medias hilo. Calzado negros medio tacón.
Particularidades: lleva un abrigo de entretiempo seda con botón negro grande en la manga. Escapulario del Carmen.

En la Dirección General de Seguridad se conservan dos fotografías, una de frente y otra de perfil, con un número 87-25. La mártir está con los ojos abiertos en la majestad de la muerte. Su rostro está dulce y apacible. Sus ojos abiertos y de mirada lánguida y triste parecen estar aún con vida. Todo nos habla de una muerte tranquila y santa. Uno de los teólogos que dio su voto afirmativo sobre el martirio de Sagrario se expresa así:

> «Tan extraordinario documento (como estas fotografías) parece un desquite de la Providencia para confirmar el heroísmo humilde y generoso de su Sierva, y surge espontáneo el reclamo a la Sábana Santa con las señales conmovedoras de la Pasión del Señor».

Sagrario fue sepultada el 18 de agosto en el cementerio de Nuestra Señora de la Almudena juntamente con otros veinte en una fosa común. El 17 de noviembre de 1942 se procedió a la exhumación. Identificada perfectamente, fue llevada al cementerio conventual en Conde de Peñalver. Al trasladarse la comunidad de la calle Torrijos al nuevo monasterio de las descalzas de Santa Ana y San José el 20 de abril de 1959, sito en la calle General Aranaz 58, allí fueron llevados y allí se encuentran los restos de la mártir en la cripta conventual. En esta nueva sede la alcanza la glorificación de la Iglesia.

El proceso de beatificación y canonización de Sagrario ha sido largo. Se comenzó a pensar pronto en la posibilidad del proceso. Pero sólo se abría en Madrid 26 años después de su muerte, es decir en octubre de 1962, y se clausuraba el 15 de febrero de 1965. Al mismo tiempo se tuvieron otros procesos llamados rogatoriales en Tucumán, La Coruña y Oviedo. El total de los testigos que declararon fueron 33. Haciendo un espejuelo de todo ello se puede comprobar:

> «Que de los 33, 13 (39 por 100) han podido hablar de la vida familiar de la Sierva de Dios; 23 (69 por 100) de su vocación y vida

religiosa; 27 (81 por 100) de sus virtudes; 16 (48 por 100) de su detención a arresto; 23 (69 por 100) del martirio de la Sierva de Dios; 19 (57 por 100) de su fama de martirio, y 5 (15 por 100) de gracias y curaciones después de haberla invocado. En conjunto han declarado acerca de las siete principales preguntas de la Tabella-Index una media de 18 testigos (54 por 100), lo que significa un nivel de conocimiento muy alto de los declarantes».

De los 33 testigos, 20 son hermanas en religión, 3 familiares suyos, 10 laicos. Finalmente, después de 32 años de haber entregado el proceso se dio el decreto del martirio, el 8 de abril de 1987, siendo beatificada el 10 de mayo de 1998, a los 62 años de su martirio.

Sagrario tenía un carácter fuerte y enérgico, capaz de llevar a término los más grandes ideales de santidad. Hay toda una serie de testimonios a través de los que conocemos sus deseos de martirio, su preparación para él, su presentimiento seguro, su ofrecerse como víctima para que a las demás de su comunidad no les pasase nada. Y todo se fue cumpliendo puntualmente. Y en todo esto, que son actitudes de alguien que sabe lo que quiere y lo que se juega en su vida, se alojan ya tantos motivos de ejemplaridad.

Una mártir auténtica como ella es siempre una personalidad noble y ennoblecedora que ha sacrificado su vida por un gran ideal, que ha sabido perdonar, que ha contribuido a la pacificación del país y del mundo de una manera eficaz, aunque su sacrificio pueda parecer tan oculto.

La madre Sagrario, usando plenísimamente de su libertad e intrepidez, se dejó matar por amor a Dios y por amor a los hermanos, porque sabía que el amor vale más que la vida y es el que da valor y sentido no sólo a la vida misma sino también a la muerte. En la homilía papal de la beatificación puntualizaba Su Santidad:

«La Madre Sagrario, farmacéutica en su juventud y modelo cristiano para los que ejercen esta noble profesión, abandonó todo para vivir únicamente para Dios en Cristo Jesús (cf. Rom 6,11) en el monasterio de las Carmelitas Descalzas de Santa Ana y San José de Madrid. Allí maduró su entrega al Señor y aprendió de él a servir y sacrificarse por los hermanos. Por eso en los turbulentos acontecimientos de julio de 1936, tuvo la valentía de no delatar a sacerdotes y amigos de la comunidad, afrontando con ente-

reza la muerte por su condición de carmelita y por salvar a otras personas».

También en la audiencia concedida a los peregrinos habló de Sagrario subrayando cómo

> «La nueva Beata carmelita nos ha legado un precioso modelo de seguimiento del Señor basado en la caridad. Caridad para con el prójimo vivida ya en la familia, afianzada después en los años de juventud con el compromiso en favor de los pobres y necesitados en los diversos apostolados y madurada en el abnegado servicio a las hermanas de la comunidad del Monasterio de Santa Ana y San José, de Madrid. Todo ello sustentado, presidido e inspirado por el amor de Dios que la llamó a la vida exigente y austera del claustro. Su misma muerte fue un acto heroico realizado para salvar la vida de otros y manifestar el amor incondicional a Dios».

A Sagrario le toca en suerte formar en dos de las tres laureolas de que habla San Juan de la Cruz:

> «La primera, de hermosas y blancas flores de todas las vírgenes, cada una con su laureola de virginidad, y todas ellas juntas serán una laureola para poner en la cabeza del Esposo Cristo [...] La tercera, de los encarnados claveles de los mártires, cada uno también con su laureola de mártir, y todos ellos juntos serán una laureola para remate de la laureola del Esposo Cristo».

Así también Sagrario, siempre tan desasida de sí misma y de sus cosas, hace una ofrenda floral de sus virtudes de virgen y mártir a Cristo el Señor y con ellas perfuma a toda la Iglesia y al Carmelo.

Los restos mortales de la Beata María Sagrario descansan en un precioso sepulcro colocado en la hornacina en la pared del presbiterio de la iglesia conventual de las carmelitas descalzas de Santa Ana y San José de Madrid, frente por frente de la reja del coro donde oran sus hermanas.

JOSÉ VICENTE RODRÍGUEZ, OCD

Bibliografía

ÁLVAREZ, T. - FERNÁNDEZ, D., *María Sagrario Elvira Moragas Cantarero. De la farmacia al Carmelo* (Burgos 1998).

CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, Matritensis. *Canonizationis Servae Dei Mariae Sagrario a Sancto Aloysio Gonzaga (in saeculo Elvirae Moragas y Cantarero). Monialis Professae Ordinis Carmelitarum Discalceatarum (Lillo 8.1.1881 - Madrid 15.8.1936). Positio super martirio* (Roma 1987).

Decreto sobre el martirio (8 de abril de 1997): *AAS* 89 (1997) 839-841. Puede verse traducido en el libro de J. V. Rodríguez, *infra,* 201-204.
FLECHA GARCÍA, C., *Las primeras universitarias en España (1872-1910)* (Madrid 1996).
HELIODORO DEL NIÑO JESÚS, *Farmacéutica-Monja-Mártir* (Ávila 1961). Se reproduce por entero en la *Positio,* 254-287.
JUAN PABLO II, «Homilía en la beatificación (10-5-1998)» y «Discurso a los peregrinos (11-5-1998)»: *Ecclesia* (1998) n.2894, p.28-31.
Relatio et vota Congressus peculiaris super martirio (7-6-1996) (Roma 1996).
RODRÍGUEZ, J. V., OCD, *De la farmacia al Carmelo. De la checa al cielo: Beata María Sagrario de San Luis Gonzaga (Elvira Moragas y Cantarero, 1881-1936). Vida, martirio, retrato* (Madrid 1998).
— *Dos estrellas en el firmamento carmelitano* [Maravillas de Jesús y María Sagrario] (Arenzano, Génova 1998), sobre María Sagrario, p.3-14.
SILVERIO DE SANTA TERESA, *Historia del Carmen Descalzo,* XV (Burgos 1952) 202-205.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

BEATO AIMÓN TAPARELLI
Presbítero († 1495)

Era natural de Savigliano, Piamonte, donde nació en 1398, hijo de los condes de Lagnasco. Desde adolescente se decidió por la vida religiosa y entró en la Orden de Predicadores en el convento de su pueblo, donde hizo la profesión religiosa. Tras hacer los estudios en Turín, se ordenó sacerdote. Se acreditó muy pronto como celoso predicador. Escogido por el duque Beato Amadeo IX de Saboya († 1472) como su predicador y consejero, perseveró en este ministerio hasta que fue designado inquisidor de Savigliano y en 1474 de Saluzzo. Amante de la soledad y el silencio, se retiraba cuanto podía para dedicarse a la divina contemplación. Fue muchas veces prior del convento de Savigliano, en el que murió el 15 de agosto de 1495 rodeado de fama de santidad y habiendo defendido con gran celo la fe católica. Su culto fue confirmado por Pío IX el 29 de mayo de 1856.

BEATA JULIANA DE BUSTO ARSICIO
Virgen († 1501)

Juliana Puricelli nació de humilde linaje en Busto Arsicio, Lombardía, el año 1427. Llegada a la adolescencia es presionada por su familia para que contraiga matrimonio, pero ella insis-

te en que quiere consagrarse a Cristo. Maltratada por ello en su casa, su hermano le facilita la fuga y se va a vivir con la Beata Catalina de Pallanza, que llevaba vida eremítica en un monte. Aquí perseveró en la vida contemplativa y eremítica hasta que veinte años más tarde se erige un convento de monjas agustinas en Pallanza en el que ambas ingresan, iniciándose el convento el 10 de agosto de 1476. Lleva una vida de mortificación y penitencias admirables, perseverando en todas las virtudes hasta su santa muerte el 15 de agosto de 1501. Su culto ha sido permitido por la Santa Sede en 1769.

BEATOS LUIS MASFERRER VILA Y COMPAÑEROS

José María Blasco Juan, Alfonso Sorribes Teixidor, José María Badía Mateu, José Figuero Beltrán, Eduardo Ripoll Diego, Francisco María Roura Farró, Jesús Agustín Viela Ezcurdia, José María Amorós Hernández, Juan Baixeras Berenguer, Rafael Briega Morales, Luis Escalé Binefa, Ramón Illa Salvia, Luis Lladó Teixidor, Miguel Masip González, Faustino Pérez García, Sebastián Riera Coromina, José María Ros Florensa, Francisco Castán Messeguer, Manuel Martínez Jarauta

Religiosos y mártires († 1936)

Desde el 20 de julio de 1936 los religiosos cordimarianos de Barbastro estaban detenidos en el salón de actos del colegio de los escolapios, y de él fueron sacados los días 12 y 13 sendos grupos de ellos para ir al martirio. Quedaron veinte, de los cuales sólo uno de ellos era sacerdote, joven sacerdote por cierto, recién ordenado, el P. Luis Masferrer, y los otros diecinueve eran todos estudiantes. Un escrito dejado por ellos y fechado el 13 de agosto de 1936, deja bien en claro cómo estaban todos convencidos de su inminente martirio y cómo todos ellos, haciendo gala de heroica fidelidad a su fe y su vocación religiosa, se ofrecían de todo corazón a dar la vida por Cristo. Pasaron los días 13 y 14 de agosto animándose para el martirio y rezando por sus enemigos y por su querida congregación claretiana. Señalaron que cuando llegaba la hora de escuchar la lista de los designados para el martirio, esperaban todos con santa impa-

ciencia oír su nombre entre los llamados para adelantarse a ponerse en las filas de los elegidos. Se sentían edificados y animados de haber visto a sus predecesores en el martirio besar las cuerdas con que eran atados, dirigir palabras de perdón a los milicianos y oírles gritar vivas a Cristo Rey. Aseguraban morir contentos y rogando a Dios que su sangre no fuera sangre vengadora sino sangre que estimulara el desarrollo y expansión de la congregación cordimariana por el mundo. Llegó el día de la Asunción, aniversario de la profesión religiosa de la mayoría, y al amanecer, los veinte fueron llamados, respondieron, se pusieron en fila, fueron atados y llevados en un camión hasta el cementerio en donde fueron todos fusilados.

Sus datos personales son:

LUIS MASFERRER VILA nació en una casa de campo del término de San Vicente de Torelló, en la provincia de Barcelona, el 9 de julio de 1912, en una familia numerosa. Su madre, viuda cuando Luis tenía 3 años, volvió a casar con un cuñado que trató como hijos a sus sobrinos. Niño bondadoso e inteligente, manifestó su inclinación a la vida religiosa e ingresó en el postulantado de Vich con once años. A su tiempo hizo el noviciado y profesó el 15 de agosto de 1929. Hechos los estudios, que acabó en Barbastro, se ordenó sacerdote el 19 de abril de 1936, y anhelaba le destinaran a las misiones de Guinea, pero se abstuvo de pedir nada para estar siempre a la obediencia. A los que salían el día 12 para el martirio les dio la absolución estando en el salón de los escolapios, y dejó allí una nota escrita en la que se despedía de su madre y hermanos y manifestaba su convicción de ir al cielo.

JOSÉ MARÍA BLASCO JUAN nació en Játiva, Valencia, el 2 de enero de 1912. Manifestó desde pequeño su vocación religiosa pero le autorizó su padre a entrar en la congregación cuando vio que perseveraba en ella luego de haber estado trabajando en un comercio. Profesó el 15 de agosto de 1929. Le dijo su padre que pensaba sería aquél el día más feliz de su vida, pero el joven contestó que lo sería el de su martirio. Era un muchacho sencillo, jovial, amable y servicial. Había recibido ya las cuatro órdenes menores. Ante la perspectiva de la muerte sintió angustia pero sus compañeros de prisión lo animaron.

ALFONSO SORRIBES TEIXIDÓ nació en Rocafort de Vallbona, Lérida, el 17 de diciembre de 1912. Tras hacer el noviciado y la profesión religiosa, se empezó a preparar para el sacerdocio, y al tiempo de su martirio había recibido ya las cuatro órdenes menores. Era una persona humilde, seria y poco comunicativa.

JOSÉ MARÍA BADÍA MATEU nació en Puigpelat, Tarragona, el 30 de septiembre de 1912 en el seno de una familia numerosa y cristiana. Ingresó en el postulantado a los once años, profesando luego en septiembre de 1928. Estudió filosofía y teología y recibió la tonsura y las dos primeras órdenes menores.

JOSÉ FIGUERO BELTRÁN nació en Gumiel del Mercado, Burgos, el 14 de agosto de 1911. A los 12 años ingresó en el postulantado cordimariano e hizo la profesión religiosa el 15 de agosto de 1928. Continuó con normalidad sus estudios y recibió la tonsura y las dos primeras órdenes menores. Era sencillo y de muy buen humor. El 13 de agosto de 1936 desde el salón que le servía de cárcel escribió a sus padres y hermanos, anunciando su inminente martirio y pidiendo que no llorasen por él. Esperaba ir al cielo el día de su cumpleaños pero murió mártir al día siguiente.

EDUARDO RIPOLL DIEGO nace en Játiva, Valencia, el 9 de enero de 1912. De niño fue monaguillo en la iglesia de San Agustín, hasta que ingresó en el seminario menor de los religiosos claretianos, en cuya congregación profesó el 15 de agosto de 1929. Estaba ordenado de lector. Mostró en el tiempo de su detención un gran espíritu de fervor y dejó escrito que perdonaba de corazón a todos sus enemigos y ofrecía su vida en reparación de los muchos pecados cometidos en Barbastro.

FRANCISCO MARÍA ROURA FARRÓ era natural de Sorts, Gerona, donde nació el 13 de enero de 1913 en el seno de una familia numerosa. Estaba haciendo en Bañolas los estudios preparatorios para el seminario cuando conoció al P. Emilio Bover y se fue al seminario claretiano de Cervera en julio de 1925. Profesó el 15 de agosto de 1930, y continuaba sus estudios de teología cuando le llegó la hora del martirio. Estaba ordenado de lector.

JESÚS AGUSTÍN VIELA EZCURDIA nació en Oteiza de la Solana, Navarra, el 4 de abril de 1914. Educado cristianamente

por su madre viuda, optó por la congregación claretiana, en cuyo colegio de Alagón ingresó a los 12 años. Profesó el 15 de agosto de 1930. Estando preso, desde una ventana le rogó a una mujer que escribiera a su familia y le dijera que moría contento porque moría por Dios. Estaba ordenado de lector.

JOSÉ MARÍA AMORÓS HERNÁNDEZ había nacido en La Pobla Llarga, Valencia, el 14 de enero de 1913, hijo de un maquinista de tren. La familia se trasladó a Játiva y muy pronto su padre falleció en accidente. Fue alumno del colegio claretiano de San Agustín. Decidido por la vida religiosa, ingresó en la congregación claretiana el 14 de julio de 1925. Hecho el noviciado y la profesión religiosa, siguió con normalidad sus estudios. Los días anteriores a la revolución su familia le mandó pases de ferrocarril para que se volviera al hogar, dado el clima de crispación existente. Pero él no quiso dejar la casa religiosa. Estando ya en el salón-cárcel hizo la profesión perpetua el día 13 de agosto.

JUAN BAIXERAS BERENGUER había nacido el 21 de noviembre de 1913 en Castelltersol, Barcelona, y a los 7 años se escapó de casa porque quería ir al postulantado. Ingresó por fin a los 12 años. Profesó en 1930 e hizo luego los estudios sacerdotales. Era inteligente, aplicado y servicial.

RAFAEL BRIEGA MORALES había nacido en Montemolín, Zaragoza, el 24 de octubre de 1912. A la muerte de su padre, la familia se trasladó a Barcelona. A los 13 años ingresó en la congregación cordimariana. Profesó en 1930, haciendo luego los oportunos estudios preparándose para el sacerdocio. Era un joven fuerte y hábil, con gran facilidad para las lenguas y había empezado a estudiar chino siendo niño y llegando a manejarlo con bastante soltura. Era muy humilde. Le gustaba el silencio y la modestia. Su ilusión era ser misionero en China. Y en el salón-cárcel dejó escrito que ya que no podía ir a China, ofrecía su vida por las misiones de ese país.

LUIS ESCALÉ BINEFA había nacido en Fondarella, Lérida, el 18 de septiembre de 1912 en una familia numerosa. El 7 de febrero de 1925 ingresaba en el postulantado claretiano, profesando el 15 de abril de 1930. Era un joven robusto y alto, de carácter equilibrado, noble y expansivo. Aceptó el martirio con entusiasmo.

RAMÓN ILLA SALVIA nació en Bellvís, Lérida, el 11 de febrero de 1914 en el seno de una familia que había dado muchos miembros a la vida religiosa. Fue monaguillo de pequeño y manifestó muy pronto su vocación religiosa. Ingresó en la congregación claretiana en 1923 e hizo los estudios con mucho aprovechamiento, llegando a poseer una sólida y notable cultura. Empezó la filosofía antes de hacer el noviciado, y profesó en agosto de 1930. Dio clases en el colegio de Cervera. Poeta y literato, compuso un drama, escribía artículos para la prensa. Había recibido la tonsura y las órdenes menores. Dejó escrito para sus familiares que él no cambiaba el apostolado por el martirio.

LUIS LLADÓ TEIXIDOR había nacido el 12 de mayo de 1912 en Viladasens, Gerona, hijo de labradores. Con 12 años fue al postulantado de la congregación cordimariana. Profesó el 15 de agosto de 1930 en Vich. Muy amante de los estudios y muy preocupado de su propia formación.

MIGUEL MASIP GONZÁLEZ había nacido en Llardecans, Lérida, el 8 de junio de 1913 en el seno de una familia numerosa. Inclinado a la piedad, planteó muy pronto su deseo de ser sacerdote pero su padre se oponía. Finalmente pudo ingresar en la congregación claretiana en 1925, profesando el 24 de septiembre de 1930. Era un joven alegre, ilusionado, estudioso y piadoso. Dijo que ofrecía su vida por la salvación de España.

FAUSTINO PÉREZ GARCÍA nació en Barindano, Navarra, el 30 de julio de 1911, hijo del sacristán de su pueblo. Murió su madre siendo él pequeño. Muy pronto se le confió llevar a pastar las cabras, pasando los días en el monte y leyendo libros religiosos con gran interés, haciendo oración y practicando la mortificación. Hizo también de monaguillo en la parroquia. Ingresó en el postulantado de los cordimarianos en 1925. Profesó en Vich el 15 de agosto de 1930. Era sumamente estudioso y muy inteligente, y aprendía lenguas con facilidad. Hubo de hacer el servicio militar en Bilbao, lo que aprovechó para hacer el bien en su entorno. Estando en el salón de los escolapios escribió que los futuros mártires allí detenidos se pasaban el día en el silencio y la oración preparándose al sacrificio, y fue él quien redactó el 13 de agosto el manifiesto del que hemos hablado al

comienzo de esta nota biográfica. Prometió que en el camión él sería el primero en empezar a gritar vivas a Cristo Rey.

SEBASTIÁN RIERA COROMINA nació en Ribas de Freser, Gerona, el 13 de abril de 1914, hijo de un cabo de la Guardia Civil. Luego su familia se trasladó a Viloví de Oñar. De niño ayudaba a misa y era muy piadoso. Decidida su vocación religiosa, ingresó en los cordimarianos el 20 de julio de 1925 y profesó en Vich el 15 de agosto de 1930. Hechos los estudios, pasó a Barbastro con los demás compañeros a prepararse al sacerdocio. Su deseo era la predicación. Manifestó a sus verdugos sentimientos de paz y perdón.

JOSÉ MARÍA ROS FLORENSA nació en Torms, provincia de Lérida, el 30 de octubre de 1914 en el seno de una familia de labradores acomodados. Ingresó en la congregación claretiana en 1925 y profesó el 1 de noviembre de 1930, haciendo seguidamente los estudios preparatorios para el sacerdocio. Persona de temperamento pacífico y práctico, cumplía sus deberes como religioso con mucha aplicación.

FRANCISCO CASTÁN MESSEGUER nació en Fonz, provincia de Huesca, el 1 de febrero de 1911 en el seno de una familia muy cristiana. Educado en colegios de la Iglesia, se despertó muy pronto en él el espíritu de piedad. Ingresó en el postulantado claretiano el 18 de julio de 1928 y ya dentro eligió quedar como hermano. Profesó en Vich el 15 de agosto de 1930. Estuvo destinado en Játiva como maestro, en Solsona como cocinero, luego en Alagón y por fin en Barbastro como portero. Por eso le tocó a él abrirles a los milicianos el 20 de julio de 1936 y llamar a la comunidad con la campana, que en realidad era una llamada al martirio.

MANUEL MARTÍNEZ JARAUTA había nacido en Murchante, Navarra, el 22 de diciembre de 1912 en una familia en la que abundaron las vocaciones religiosas. Ingresó en el postulantado de los claretianos en 1923 y al tener dificultades con los estudios prefirió pasar a hermano coadjutor. Profesó el 11 de febrero de 1930. Estuvo destinado en Alagón como encargado de la sastrería y de ahí pasó a Barbastro en enero de 1936. Era muy piadoso, afable, optimista. Le alegró la perspectiva del martirio, y al salir para él dio vivas a la religión católica.

Estos gloriosos mártires de Jesucristo, que inmolaron su vida joven en aras de su fidelidad a la fe católica y a su vocación religiosa, fueron beatificados en Roma por el papa Juan Pablo II el 25 de octubre de 1992 en el grupo de 51 misioneros claretianos mártires de Barbastro.

BEATO JOSÉ MARÍA PERIS POLO

Presbítero y mártir († 1936)

José María Peris Polo nació en Cinctorres, provincia de Castellón de la Plana y diócesis de Tortosa, el 1 de noviembre de 1889 en el seno de una familia humilde y cristiana. Educado piadosamente, siente muy pronto la vocación sacerdotal e ingresa a los once años en el colegio de San José, de Tortosa, en el que realiza sus estudios hasta que en 1912 decide vivir su sacerdocio como miembro de la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos del Sagrado Corazón de Jesús. Era para entonces prefecto de los alumnos, cargo en el que continuó. Se ordenó sacerdote el 6 de junio de 1914. Seguidamente fue enviado a Valencia a perfeccionar sus estudios de música, materia en que era muy sobresaliente. En 1916 vuelve a Tortosa como director del colegio y allí estuvo diez años, descollando como magnífico formador de futuros sacerdotes. Entre 1926 y 1932 está de rector en el seminario diocesano de Córdoba. En enero de 1933 pasa a Barcelona como rector del seminario, y este cargo tenía cuando fue martirizado. Basó su trabajo en el trato personal con los seminaristas, animando uno a uno en su vocación, ayudándoles a discernirla oportunamente e impartiendo doctrina adecuada en sus pláticas fervorosas y sabias a los seminaristas. Mortificado, humilde, obediente, alma eucarística, daba a todos un ejemplo personal admirable, y hacía de la música un instrumento de elevación hacia Dios. Llegado el verano de 1936 marchó a su pueblo, Cinctorres, de donde fue sacado en la madrugada del 15 de agosto y llevado al cementerio de Almazora, donde fue fusilado.

Fue beatificado por Juan Pablo II el 1 de octubre de 1995 en el grupo de 9 sacerdotes operarios diocesanos martirizados en diversos días del año 1936.

BEATO DOMINGO (AGUSTÍN) HURTADO SOLER

Presbítero y mártir († 1936)

Agustín Hurtado Soler nació en Alboraya, Valencia, el 28 de agosto de 1872, en una familia de hondos sentimientos cristianos y de situación acomodada. Su familia se traslada a Valencia, donde hace los estudios de primera y segunda enseñanza, ingresando luego en el seminario conciliar. Había terminado la filosofía cuando se entera de la fundación por el P. Amigó de la congregación de Terciarios Capuchinos y decide unirse a ella, ingresando en el noviciado el 21 de junio de 1889 y tomando el nombre de fray Domingo de Alboraya. Profesa el 24 de junio de 1890 en Torrent, Valencia, en manos del venerable fundador. Seis años más tarde emite los votos perpetuos (15 de agosto de 1896) y el 19 de diciembre de ese mismo año se ordena sacerdote en Valencia. Además de los estudios sacerdotales, hizo los de música. De 1899 a 1901 estuvo en la casa de Yuste, luego pasó a la Escuela de Reforma de Santa Rita, de Madrid, de la que será nombrado superior y a la que le da una nueva y eficiente orientación. De 1910 a 1914 es superior de la Fundación Caldeiro, de Madrid, y de 1914 a 1916 marcha a Teruel. Pide una licencia temporal para atender a su madre enferma y se reincorpora a la congregación el 18 de diciembre de 1922 y es destinado a la casa de Dos Hermanas, Sevilla, donde está hasta 1932 en que es enviado a la de Torrent. A finales de 1935 vuelve a Santa Rita, Madrid, y aquí le coge la revolución de julio de 1936. Suprimida la casa el 21 de julio, busca refugio en casa de un amigo suyo abogado. El 15 de agosto fue buscado allí por los milicianos que lo llevaron a las inmediaciones del Retiro y allí lo acribillaron a balazos. Al ser detenido dijo: «Paciencia. Hágase lo que Dios quiera». Sus magníficas cualidades y su entrega generosa a su vocación le habían acreditado en todas partes.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO VICENTE SOLER Y MUNÁRRIZ

Presbítero y mártir († 1936)

Vicente Soler y Munárriz nació el 4 de abril de 1867 en Malón, Zaragoza. En su juventud decide su vocación religiosa e ingresa en la Orden de los Agustinos Recoletos, donde profesa el 15 de mayo de 1883 con el nombre de fray Vicente de San Luis Gonzaga. Es enviado a las Islas Filipinas, donde concluye sus estudios y se ordena sacerdote en Manila el 15 de mayo de 1890 y a continuación hace un fecundo apostolado. Apresado como español por los insurgentes contra España, estuvo preso hasta el año 1900, en que quedó libre pudiendo reanudar su apostolado.

En 1906 vuelve a España donde tiene diversos cargos, entre ellos el de asistente de la provincia de Santo Tomás de Villanueva, trabajando intensamente en la predicación de la palabra de Dios y en la formación de los jóvenes religiosos. Prestigiado dentro de la Orden por sus magníficas cualidades y virtudes, fue elegido prior general en 1926, pero apenas habían pasado unos meses presentó la dimisión, movido por una sincera humildad que le hacía sentirse indigno e incapaz de tan alto cargo, y se retiró a Motril donde continuó su apostolado y donde daba un espléndido ejemplo de vida religiosa, teniéndolo los fieles por santo. Dio vida a los talleres de Santa Rita, fundó el Círculo Católico y abrió una escuela nocturna.

Cuando el 25 de julio de 1936 las turbas se apoderaron de Motril y quemaron las iglesias y conventos, el P. Vicente buscó refugio en casa de unos amigos, pero el día 29 fue descubierto y arrestado y llevado a la cárcel. Aquí hizo vida de intensa piedad, entregado por completo a la voluntad de Dios y a la espera del martirio, ejercitando su ministerio sacerdotal a favor de los otros presos. La noche del 14 de agosto lo sacaron con otros dieciocho compañeros de prisión y los llevaron a las tapias del cementerio donde a la una de la madrugada los fusilaron. El P. Vicente estaba el décimo de la fila y fue dando la absolución a sus compañeros conforme iban siendo fusilados. Los demás fueron fusilados de espaldas pero a él se le obligó a volverse de frente a sus verdugos. Fue beatificado el 7 de marzo de 1999 por el papa Juan Pablo II.

BEATO CARMELO SASTRE SASTRE

Presbítero y mártir († 1936)

Este mártir valenciano había nacido en Pego el 21 de diciembre de 1890 y, sintiendo de niño la vocación sacerdotal, ingresó en el seminario diocesano de Valencia donde hizo todos los estudios hasta su ordenación sacerdotal en 1919. Fue párroco de Margarida y luego de Villalonga, donde demostró sus cualidades de apóstol, organizando el catecismo de los niños y las campañas de alfabetización. Abrió una escuela en su propia casa y brindó una estupenda educación a muchos chicos. Igualmente, fundó la banda de música con los niños, y para ellos estableció la congregación de San Luis Gonzaga. A los cuatro años de estar en Villalonga fue destinado a Valldigna, donde terminó de construir la iglesia. Pasó luego dos años como vicario de Santa María en Oliva, y de ahí lo destinó el arzobispado a Piles. No fue fácil su labor porque el clima de hostilidad a la Iglesia era muy espeso, pero él se empeñó en su notable labor catequética y formativa, insistiendo en la necesidad de la piedad y la vida interior. Abierto a todos y muy caritativo con los pobres, su vida de apostolado le preparó a su muerte martirial.

El mismo 18 de julio de 1936 se encontró con que le sellaban la iglesia, le prohibían llevar sotana y le impedían salir de su casa, siempre vigilada. Le quemaron muebles y libros y le hicieron vivir a la espera de cosas peores. En la noche del 13 de agosto, día en que por la mañana había podido decir misa secretamente en su domicilio, irrumpieron en su casa y lo arrestaron; lo llevaron al Ayuntamiento y lo tuvieron allí hasta el día 15 por la noche en que lo sacaron para fusilarlo. Lo llevaron al campo, en la Palma de Gandía, y le arrancaron antes de matarle el escapulario y el rosario. Le quitaron también parte de su ropa. Murió dando vivas a Cristo Rey y perdonando a sus asesinos.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO JAIME BONET NADAL

Presbítero y mártir († 1936)

Nace en Santa María de Montmagastrell (Lérida) el 4 de agosto de 1884. Por el ejemplo de un primo suyo salesiano, también mártir, ingresó en la Congregación Salesiana y profesó en 1909, ordenándose sacerdote en 1917. Destinado desde 1924 a las Escuelas Salesianas de Barcelona-Rocafort, desempeñó ejemplarmente su cometido sacerdotal y docente. Llegada la revolución se refugió en casa de un antiguo alumno, pero para no crear problemas buscó otros refugios. En la estación de Tárrega fue reconocido, arrestado y asesinado el 15 de agosto de 1936.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO CLAUDIO RICARDO GRANZOTTO

Religioso († 1947)

Nace en Santa Lucia de Piave (Italia) el 23 de agosto de 1900, en el seno de una familia modesta y muy cristiana. Trabaja como obrero del campo y luego como carpintero. De 1918 a 1922 cumple su servicio militar y luego, ayudado por su párroco, estudia en la Academia de Bellas Artes de Venecia, donde se diploma como profesor de escultura. En 1933 ingresa en la Orden Franciscana, en la que profesa con el nombre de fray Claudio. Lleva una vida ejemplar, distinguiéndose por su eximia piedad, su amor a los pobres y enfermos y sus devociones eucarística y mariana. Llegó a construir cuatro Grutas de Lourdes. Atacado por un tumor cerebral, murió piadosamente en Padua el 15 de agosto de 1947. Su proceso de beatificación lo inició el obispo Albino Luciani, futuro papa Juan Pablo I. Fue beatificado el 20 de noviembre de 1994 por el papa Juan Pablo II.

16 de agosto

A) Martirologio

1. San Esteban († 1038), rey de los Húngaros, que recibió la corona real del papa Silvestre II, cuyo día natalicio fue ayer **.

2. La conmemoración de San Arsacio († 358), confesor de la fe y luego solitario *.

3. En Sión (Valais), San Teodoro († s. IV), primer obispo de la ciudad.

4. En la Bretaña Menor, San Armagilo († s. VI), ermitaño.

5. En Auvergne, San Frambaldo († 650), monje y ermitaño.

6. En la selva de Rennes (Bretaña Menor), San Radulfo de Fusteia († 1129), presbítero, fundador del monasterio de Saint-Sulpice.

7. En Subiaco (Lacio), Beato Lorenzo Loricato († 1243), monje y recluso.

8. En Lombardía, San Roque († 1379), peregrino **.

9. En Florencia (Toscana), Beato Ángel Agustín Mazzinghi († 1438), presbítero, de la Orden del Carmen *.

10. En Kyoto (Japón), Beato Juan de Santa Marta († 1618), presbítero, de la Orden de Menores, mártir *.

11. En Kokura (Japón), beatos Simón Bokusai Kyota, y su esposa Magdalena, Tomás Gengoro y su esposa María, y su pequeño hijo Santiago († 1620), mártires *.

12. En Rochefort (Francia), Beato Juan Bautista Ménestrel († 1794), presbítero y mártir *.

13. En Fanjiazhuang (China), Santa Rosa Fan Hui († 1900), virgen y mártir *.

14. En Barcelona (España), Beata Petra de San José (Ana Josefa) Pérez Florido († 1906), virgen, fundadora de las Hermanas Madres de los Desamparados **.

15. En Denia (Valencia), Beato Plácido García Gilabert († 1936), religioso franciscano, mártir *.

16. En Benicasim (Castellón de la Plana), Beato Enrique García Beltrán († 1936), diácono, de la Orden de Hermanos Menores Capuchinos, mártir *.

17. En Picassent (Valencia), Beato Gabriel José María Sanchís Mompó († 1936), religioso de la Congregación de Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores, mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN ESTEBAN DE HUNGRÍA
Rey († 1038)

San Esteban, rey de Hungría, es indudablemente quien dio al pueblo nómada de los magyares, procedente del Asia y que a fines del siglo IX se había asentado a lo largo del Danubio, la estabilidad definitiva en lo político y, sobre todo, en el catolicismo. Pueblo guerrero y feroz, fue durante algún tiempo el terror de los vecinos territorios cristianos; pero, convertido al cristianismo, fue en adelante el más decidido campeón de la fe. Geza, el tercero de sus duques después de su establecimiento en el centro de Europa, comprendió la necesidad de orientar su pueblo hacia el cristianismo, que profesaban los pueblos vecinos, y, bajo el influjo de San Adalberto de Praga, recibió el bautismo. Su ejemplo fue seguido por un buen número de la nobleza; pero evidentemente se trataba, en su mayoría, de conversiones nominales.

El que dio el paso definitivo y logró arraigara definitivamente el cristianismo en el pueblo magyar fue el hijo de Geza, llamado *Vaik,* bautizado juntamente con su padre cuando sólo contaba diez años, y que recibió el nombre de Esteban. El año 995, a los veinte de edad, recibió por esposa a Gisela, hermana del santo emperador Enrique II, y poco después sucedió a su padre en el gobierno de su pueblo.

En momento tan decisivo, indudablemente experimentó los atractivos de una vida de libertad e independencia de todo yugo religioso, tan conforme con los antecedentes de su pueblo nómada y guerrero; pero, preparado ya por el bautismo y la primera educación recibida de su padre y atraído después por el afecto y las razones de su cristiana esposa, Gisela, decidióse por el cristianismo y se propuso desde un principio hacer de su pueblo un pueblo profundamente cristiano. En los primeros años de su gobierno dio las más claras pruebas de su espíritu guerrero y del indomable valor de su brazo, pues en una serie de guerras con los rivales de su propia tribu y con algunos pueblos vecinos aseguró definitivamente su posición y su independencia. Esto fue de extraordinaria importancia en todos los pasos que

fue dando en lo sucesivo, pues le aseguró el prestigio militar que necesitaba y cortó de raíz todo conato de rebelión contra la evidente superioridad que todos le reconocían.

Una vez asegurada su posición, dedicóse de lleno a la consolidación del cristianismo en sus territorios, para lo cual le sirvió de instrumento el monje Ascherik o Astrik. Nombrado primer arzobispo de los magyares con el nombre de Anastasio, Astrik se dirigió a Roma, con la doble comisión de San Esteban de obtener del papa San Silvestre II (999-1000), ante todo, la organización de una jerarquía completa en Hungría y, en segundo lugar, la concesión del título de rey para Esteban, según le instaba la nobleza y la parte más sana de su pueblo.

El papa San Silvestre II vio claramente la importancia de ambas comisiones, destinadas a la consolidación definitiva del cristianismo de un gran pueblo, y así, en inteligencia con el joven emperador Otón III, que se hallaba entonces en Roma, redactó una bula, en la que aprobaba los obispos propuestos por Esteban y le concedía con toda solemnidad el título de rey, enviándole para ello una corona real juntamente con su bendición apostólica. San Esteban salió al encuentro del embajador de Roma, escuchó de pie y con gran respeto la lectura de la bula pontificia, y en las Navidades del año 1000 fue coronado solemnemente como rey.

Desde este momento se puede decir que el nuevo rey San Esteban de Hungría se entregó de lleno a la ruda tarea de convertir el pueblo de los magyares en uno de los pueblos más profundamente cristianos de la cristiana Europa medieval. Ante todo, era necesario instruir convenientemente a la mayor parte de sus súbditos, que no conocían el Evangelio y, por el contrario, estaban imbuidos en las prácticas paganas. Para este trabajo de evangelización de su pueblo Esteban pidió ayuda a los monjes cluniacenses entonces en gran fervor y apogeo, y, efectivamente, su célebre abad San Odilón le proporcionó gran cantidad de misioneros.

Por otra parte, organizó el rey una serie de nuevas diócesis. Su primer plan fue establecer las doce planeadas, pero bien pronto vio que debía proceder gradualmente, a medida que el clero se iba capacitando para ello y las circunstancias lo per-

mitían. La primera fue la de *Vesprem.* No mucho después la de *Esztergom,* que fue constituida en sede primada, y así fueron siguiendo otras. Por otra parte, San Esteban fue el gran constructor de iglesias. Así, construyó la catedral metropolitana de Esztergom, otra en honor de la Santísima Virgen en Szekesfehervar, donde posteriormente eran coronados y enterrados los reyes de Hungría. San Esteban estableció en este lugar su residencia, por lo cual fue denominado *Alba Regalis.*

En esta forma siguió avanzando rápidamente la cristianización de Hungría, que constituye la gran obra de San Esteban. Los principales instrumentos fueron los monjes de San Benito. Esteban completó la construcción del gran monasterio de San Martín, comenzado por su padre. Este monasterio, existente todavía en nuestros días, conocido con los nombres de *Martinsberg* o *Pannonhalma,* fue siempre el centro de la Congregación benedictina en Hungría.

En su empeño de cristianizar su reino, protegió la vida de piedad del pueblo en todas sus manifestaciones. Por esto, además de construir iglesias y monasterios, organizó santuarios dedicados a la Santísima Virgen, cuya devoción favoreció y fomentó, ayudó y protegió las peregrinaciones a Jerusalén y a Roma y, en general, todo lo que significaba fervor y vida cristiana. Por el contrario, persiguió y procuró abolir, a veces con excesivo rigor y violencia, las costumbres bárbaras o supersticiosas del pueblo: reprimió con severos castigos la blasfemia, el adulterio, el asesinato y otros crímenes o pecados públicos. Mientras por una parte se mostraba humilde, sencillo y asequible a los pobres y necesitados, era intransigente con los viciosos y rebeldes a la religión.

Una de sus ocupaciones favoritas era el repartir limosnas a los pobres, con los que se mostraba indulgente y paternal. Refiérese que, en cierta ocasión, un grupo de pordioseros cayeron sobre él, lo maltrataron y robaron el dinero que tenía destinado para los demás. El rey tomó con mansedumbre y buen humor este atropello, pero los nobles trataron de impedir que expusiera de nuevo su persona a otro acto semejante. Sin embargo, a despecho de todos, él renovó su promesa de no negar nunca limosna a quien se la pidiera. Precisamente este insigne ejemplo

de virtud era lo que más influjo ejercía sobre todos los que entraban en contacto con él.

Sobre esta base de la más profunda religiosidad, San Esteban dio una nueva legislación y organizó definitivamente a su pueblo. Con el objeto de obtener la más perfecta unidad, abolió las divisiones de tribus y dividió el reino en treinta y nueve condados, correspondientes a las divisiones eclesiásticas. Además, introduciendo con algunas limitaciones el sistema feudal, unió fuertemente a su causa a la nobleza. Por esto, San Esteban debe ser considerado como el fundador de la verdadera unidad de Hungría.

Ciertamente tuvo opositores y descontentos dentro y fuera de su territorio. Por eso, aunque tan decidido amigo de la paz, tuvo que echar mano de sus extraordinarias dotes de guerrero para mantener la unidad y defender sus derechos. Así, venció a Gyula de Transilvania, y cuando en 1030 el emperador Conrado II de Alemania invadió Hungría, San Esteban ordenó penitencias y oraciones en todo el reino y con tanto valor se opuso con su ejército a las fuerzas invasoras, que Conrado II tuvo que abandonar todo el territorio con incalculables pérdidas. Por otro lado, tuvo que mantener sus derechos frente a Polonia, ayudó en los Balcanes a los bizantinos y realizó constantemente una política de defensa de los intereses de su territorio.

Los últimos años de su vida fueron enturbiados por desgracias domésticas y dificultades intestinas. Su hijo y sucesor, San Emerico, a quien Esteban trataba ya de entregar parte del gobierno, murió inesperadamente en 1031 en una cacería. Las crónicas refieren que, al tener noticia de esta tragedia, el santo rey exclamó: «Dios lo amaba mucho, y por esto se lo llevó consigo», pero, de hecho, quedó sumido en el mayor desaliento. Pero las consecuencias de esta tragedia fueron sumamente lamentables. Los últimos años de la vida de San Esteban fueron un verdadero tejido de intrigas en orden a la sucesión, que fueron constantemente en aumento a medida que empeoraba la salud de Esteban.

Entre los cuatro pretendientes que se presentaron el que más disturbios ocasionó fue el hijo de Gisela, hermana del rey, mujer ambiciosa y cruel, que vivía en la corte húngara y se pro-

puso a todo trance apoderarse del trono de Hungría. Las constantes pesadumbres que todas estas cosas ocasionaban al santo rey fueron minando su salud, hasta que, el año 1038, en la fiesta de la Asunción, entregó su alma a Dios. Fue enterrado en Szekesfehervar, al lado de su hijo Emerico, mientras su esposa, Gisela, se retiraba al convento de benedictinas de Passau.

Bien pronto Esteban fue objeto de la más entusiasta veneración, pues el pueblo cristiano mantenía el más vivo recuerdo de sus extraordinarias cualidades como guerrero, como gobernante, como padre de sus súbditos y como rey ideal cristiano, pero, sobre todo, estimaba y ensalzaba su extraordinaria piedad y espíritu religioso, su sumisión a la jerarquía y, particularmente, al Romano Pontífice, a quien se declaraba deudor de la corona y de quien se declaró súbdito feudal, y su entrañable amor a los pobres. Ya el año 1083, sus reliquias, juntamente con las de su hijo Emerico, fueron puestas a la pública veneración durante el gobierno de San Gregorio VII, lo cual equivalía a la canonización de nuestros tiempos. Rápidamente San Esteban se hizo popular en toda la Europa cristiana. En Alemania mantuvieron verdaderas corrientes de devoción hacia él las peregrinaciones húngaras, que a lo largo de la Edad Media acudían en grandes masas a Colonia o a Aquisgrán. En territorios sumamente distantes se encuentran huellas de esta veneración creciente por San Esteban de Hungría. Así, se han encontrado en Bélgica, en la región de Namur, en Italia, en Montecassino y aun en la misma Rusia. Este fenómeno se debe, indudablemente, a la predilección que San Esteban mostró siempre por las peregrinaciones y el favor que siempre prestó a los peregrinos. Así se explica que bien pronto la Iglesia le dedicara un oficio litúrgico en Hungría, que Inocencio XI (1676-1689) extendió a toda la Iglesia.

Es curiosa la costumbre antigua de presentar a San Esteban extremadamente anciano, siendo así que murió contando solamente unos sesenta y tres años, y con un manto de coronación, a manera de casulla, de que él mismo había hecho donativo a la iglesia de *Alba Regalis* (Szekesfehervar).

Teniendo presente, por una parte, cómo favoreció constantemente la obra de los benedictinos y, por otra, cómo su espíri-

tu profundamente religioso, su piedad eminentemente litúrgica, su hospitalidad y amor a los pobres lo asemejan tanto al espíritu de San Benito, se ha observado que San Esteban de Hungría fue un rey benedictino y llevó al trono el espíritu de la regla benedictina. Más aún. En cierta manera, se ha llegado a decir, es más benedictino que San Benito y sus hijos. Pues es conocido que él tenía la piadosa costumbre de deponer cada año su cargo en la iglesia de San Martín. De hecho la regla de San Benito no pide tanto a sus abades.

BERNARDINO LLORCA, SI

Bibliografía

Act. SS. Boll., 2 de septiembre.
BANFI, F., *Re Stefano il Santo* (Roma 1938).
FLICHE, A. - MARTIN, V. (dirs.), *Histoire de l'Église.* VII: *L'Église au pouvoir des laïques* (París) 376s; cf. ed. española: *Historia de la Iglesia.* VII: *El orden feudal* (Valencia 1975).
GOMBOS, A. F., «S. Étienne dans l'historiographie européenne du Moyen Âge»: *Archiv. Eur. Centro-Orient* 4 (1938).
HOMAN, B., *König Stephan* (Breslau 1941).
HORN, E., *Saint Etienne, roi apostolique de Hongrie* (París 1899).
MACARTNEY, C. A., *The Medieval Hungarian Historians* (Cambridge 1953).
SCHREIBER, G., «Stephan in der deutschen Sacralkultur»: *Archiv. Eur. Centro-Orient* 4 (1938) 191s.
«Vita maior», en *Monumenta Germaniae Historica. Scriptores* (Hannover 1956) 299s; «Vita minor», ibid., 226s.

SAN ROQUE
Peregrino († 1379)

Expiraba el siglo XIII. El gobernador de Montpellier, Juan, y su esposa Libera, vasallos de Jaime II de Aragón, pedían a Dios constantemente que premiase sus virtudes dando fruto de bendición a su nobilísima casa. Pero los años de infecundo matrimonio corrían arrebatando la esperanza de prole a la ya anciana Libera, cuando, una noche, el crucifijo ante el que oraba pareció dirigirle prodigiosamente alentadoras voces, y poco después un feliz suceso llenaba de regocijo la ciudad. La multitud corría al palacio del gobernador real, donde un inesperado natalicio aseguraba la sucesión a la estirpe de Juan y de Libera. El recién nacido mostraba en el pecho y en el hombro izquierdo una cruz

rojiza en la piel, como grabada a fuego, signo de su maravilloso destino. Por la robustez del neófito, recibió en el bautismo el nombre de Roca, y por aquel signo misterioso que le adornaba pecho y espalda, el apellido de la Cruz. Todo, pues, señaló desde el principio la extraordinaria carrera de aquel niño. En efecto, una predisposición natural para la virtud se reveló muy pronto en sus costumbres, hasta tal punto que parecía instruido de superior asistencia en la práctica del bien. Hagiógrafos posteriores han llegado a suponer que el mismo San Pablo tomó a su cargo la dirección espiritual de aquel angelical muchacho.

A los doce años de edad perdió a su padre y a los veinte a su madre, quedando heredero de cuantiosas riquezas. Dios le había quitado lo único que podía retenerle en el plano social de lujos y honores en que había nacido: sus padres. Lo demás, las riquezas con todo su séquito mundano, Dios iba modelando su espíritu para darles superior empleo. No sería inverosímil, además, que durante la mocedad virtuosa Roque hubiera frecuentado las aulas universitarias de Montpellier y se hubiera iniciado en la ciencia de Esculapio. Así la Providencia planearía suavemente el destino prefijado a aquel doncel extraordinario. Una tradición unánime admite que aceptó, apenas quedó libre y dueño de sí, la regla de la Venerable Orden Tercera de San Francisco, y un hecho indubitable lo confirma: Roque abrazó amorosamente la virtud franciscana por excelencia: la pobreza. Vendió sus bienes y los dio a los pobres.

Al mismo tiempo, aquel apuesto y rico muchacho no había cursado estudios eclesiásticos ni monacales, ni se hallaba equipado para ejercer los ministerios propios de los sacerdotes. Para seguir a Jesucristo él había cumplido la primera parte de su llamamiento: «Vende cuanto tienes y dalo a los pobres». Pero ¿cómo cumplir la segunda parte, «ven y sígueme»?

Los acontecimientos de la historia acudieron a darle la respuesta. Del lado de allá de los Alpes empezaron a oírse en Montpellier gritos de angustia. La peste, el terrible azote de los pueblos en la Edad Media, se cebaba en la capital del orbe católico y en las principales ciudades de Lombardía. El camino estaba trazado. En alas de la caridad, sale furtivamente de Montpellier, atraviesa por trochas y descaminos la Provenza para

despistar posibles seguidores de su parentela y entra en Italia pobre y desconocido. Va como una flecha al encuentro de la terrible enfermedad que despuebla el norte de Italia; hace de médico, de enfermero, de herbolario y de sepulturero. Hacía frente al contagio por todos sus flancos, ofrecía remedio heroico en todas las situaciones de la calamidad pública, derrochaba el bálsamo de la caridad en todos los dolores físicos y morales que la epidemia iba sembrando por todos los caminos. Así llega a Roma, a la Roma sin Papas, que sufre, a más de la peste, la cautividad de Aviñón, y allí Roque se supera, su virtud se pone a la altura de la tragedia, y su figura, como encarnación del consuelo y del agente misterioso de la misericordia divina, emergiendo a todas horas y en todas partes entre los apestados, cobra el prestigio sobrenatural de lo milagroso. Lo que no era más que caridad sin límites, caridad heroica, aparecía a los ojos de los enfermos como poder extraordinario de una fuerza taumatúrgica. ¡Qué más taumaturgia que la caridad de Cristo adueñada ilimitadamente de un corazón humano!

Pero la multitud no estaba para teologías. Presa del pavor ante la muerte, aclama a Roque como a un demiurgo celeste que dispone de los poderes de Dios par abrir o cerrar los sepulcros. Y Roque, tan humilde como caritativo, huye de Roma, teatro de sus triunfos y de sus aclamaciones, y cae en Plasencia, tan incógnito e indocumentado como había tres años antes entrado en Roma.

Su irresistible vocación belicosa contra los agentes del dolor le guía al hospital y prosigue su actuación caritativa junto a las yacijas de los desamparados del mundo. Allí merece que Dios le eleve al plano de sus amigos escogidos. Hasta ahora Roque ha sido la victoria sobre la enfermedad y la desgracia; ahora va a ser la víctima de una y otra. Una llaga asquerosa apareció sobre su carne hasta allí inmune al contacto de los apestados, y el milagroso, el aclamado Roque fue un apestado más, tan repelente y despreciado como los que él había arrancado de la segura muerte.

Excluido primero del hospital y después hasta de los muros de Plasencia, se interna por el bosque en dirección de los Alpes. ¿Su alimento? Un lebrel cada mañana viene zalamero con un

pan en la boca, y, hecho su presente, le lame la llaga de la pierna, pagándole con limitado alivio los alivios ilimitados que tantos enfermos habían recibido de sus manos.

Roque vuelve al fin a Montpellier a los ocho años de ausencia, desfigurado por la enfermedad, los trabajos y la penitencia. Nadie le reconoce ni se acuerda de su nombre. El país arde en guerras y alguien le denuncia como posible espía. El juez le interroga y Roque deja que la Providencia cumpla sus designios sobre su vida. El juez desprecia su silencio y le manda poner a buen recaudo en la cárcel pública.

Allí el alma de Roque consuma en silencio, y en olvido de todo y de todos, su dejación absoluta en la voluntad divina, viviendo plenamente el «sólo Dios basta». Y cuando yace muerto en el sumo abandono del mundo, Dios convierte el mísero petate del preso en trono de honor. Alguien descubre su incógnito, corre la voz de que Roque el noble, el antiguo y generoso magnate, ha vuelto a su ciudad y está muerto en la cárcel. La apoteosis se organiza como por arte de magia. Un grito unánime se oye por doquier: ¡Es el mismo! ¡Es el mismo! Y el cielo devuelve el eco del grito multitudinario: ¡Es un santo! ¡Es un santo! Los prodigios vienen rápidamente a sellar la verdad de aquel aserto. Roque sigue haciendo muerto lo que hizo vivo: curar, sanar, purificar los aires mefíticos, expulsar las epidemias y disputar sus presas al dolor y a la muerte.

MIGUEL HERRERO GARCÍA

Bibliografía

BESSODES, M., *Saint Roch. Histoire et légendes* (Turín 1931).

MAURIANO, A., «La vere date della vita di S. Rocco e del suo culto»: *Scuola Cattolica* 49 (1974) 311; 315.

MONTES, J., *De Encomium sacrum: Opus historicum-positivum in perenne Monumentum Bmi. Rochi adversus tabidum contagiem specialis Protectoris* (Zaragoza 1713).

TÉLLEZ DE ACEVEDO, A., *Sacro sonoro canto histórico positivo encomio que en el más arreglado poema enlaza fervoroso el gloriosísimo nacimiento, milagrosa vida y prodigiosa muerte del bienaventurado peregrino y celosísimo enfermero San Roque, abogado universal contra la peste* (Madrid 1741).

BEATA PETRA DE SAN JOSÉ (ANA JOSEFA) PÉREZ FLORIDO

Virgen y fundadora († 1906)

Cuando, a mediados del siglo XIX, la hoy populosa barriada de Gracia formaba una villa independiente de Barcelona, incluía la llamada «Montaña Pelada». Aunque carente de agua, existían en ella muchos algarrobos y alquerías que daban frutos. Incluso tenía yacimientos mineros, aunque pocos e inexplotados. En el compás de transformación de la Ciudad Condal el nombre de Montaña Pelada dejó paso al de La Salud, por la ermita de la Virgen del mismo nombre, que fue la base de la urbanización moderna de aquellos lugares. Aún había de venir una tercera denominación: la de San José de la Montaña. Las edificaciones, que alcanzaban hasta el pie de aquel monte, no podían extenderse a él porque carecía de toda condición para hacerlas habitables. ¿Quién diría que ese terreno abandonado, sería escogido por el bendito Patriarca para levantarse allí una morada que sirviera de albergue a los que, como él, probaban la pobreza y el desamparo?

Pero José, cuya misión es demostrar al mundo el tesoro que encierra la pobreza, necesitaba alguien que realizara sus deseos; por eso buscó un alma grande y pequeña, como él, para llevar a cabo sus proyectos. No sería un potentado de bienes temporales, sino un alma humilde, pobre de recursos materiales, pero con espíritu y voluntad tan grandes que no se arredrara ante los más serios contratiempos. Enriquecida con el don de la sencillez evangélica, el patriarca nazareno correspondió a su tierna devoción con una protección paternal, casi tangible.

El 7 de diciembre de 1845 nació, en el andaluz pueblo del Valle de Abdalajís, de la comarca antequerana, tan llena de resonancias orientales, Ana Josefa Pérez Florido, que con el tiempo había de ser madre Petra de San José. Sus padres, José Pérez Reyna y María Florido González, piadosos labradores que rezaban cada día el rosario y leían el *Año cristiano* con sus hijos, llevaron a bautizar a la niña a la Parroquia de San Lorenzo el día de la Inmaculada. Al ser la menor de varios hermanos, Anita tuvo muchos brazos para acunarla. Ella, que estaba llamada a acunar a tantos niños carentes de todo afecto. Era una muñequita de

tez morena y profundos ojos negros cuando, a los tres años, quedó huérfana de madre. Su abuela Teresa Reyna, enérgica mujer, será una segunda madre para la pequeña, a la que inculca una fe honda y recia.

Con sus amigas Frasquita y Rafaela, Ana juega en las eras, varea los olivos, asiste a los cultos en la iglesia. Desde pequeña, se siente amada por Dios. Hay en ella una como predisposición a la virtud, especialmente a la caridad. Tanto que su párroco, después de confesarla por primera vez, decide que haga la Primera Comunión. Llamativa determinación, porque Anita no tiene más que ocho años, y estamos aún en 1853. Desde ese día, su amor por Jesús será un torrente en crecida. Comulgaba con frecuencia y fervor, visitaba al Santísimo, crecía en ella un único e indivisible cariño a María y José. Se acostumbró a ir por la calle rezando siempre el rosario. Ayudaba a sus hermanas en los quehaceres domésticos: poner la mesa, llenar el botijo en la fuente, barrer el patio, regar las macetas... Se hacía cada vez más sociable y compasiva. Muy niña aún, «ya me sentía inclinada a todo lo que era virtud, en especial a la caridad. Cuando llegaba algún pobre y no le daban nada, quedaba tan desconsolada como él». Se interesaba por el vecino enfermo, el problema de una mala cosecha, de algún roce entre sus hermanos. Crecía con un aplomo y rectitud superiores a sus años. Adquirió una cultura notable, porque tuvo una maestra muy piadosa y responsable. Tanto se aplicaba Anita, que las demás, nos dice de sí misma con encantadora humildad, «se admiraban de lo pronto y la facilidad con que lo aprendía todo». Hasta los catorce años estuvo, dice, *tan beatica.* Lo que no le impedía saber bailar el zángano, la jota y el fandango del Valle, de Álora o Antequera.

Como su padre era persona principal en el pueblo, Anita empezó a asistir a las fiestas y reuniones que daban en el Valle los Condes de los Cobos de Sevilla. En una de ellas se le declaró un joven, del que se había enamorado como una quinceañera, y con el que en casa estaban encantados, porque era un buen partido. Pero con aquellas relaciones, siempre intachables, Ana, que era bonita y lo sabía, se iba a enfriar.

> «Con este motivo —dice— me distraje de tal manera que ya no pensaba en otra cosa más que en adornarme lo que podía, aunque nunca usé cosas que pudieran escandalizar ni dar mal ejemplo,

> pero bastante daba con estar tan distraída. Ya apenas rezaba, y si lo hacía era por rutina y sin devoción alguna».

Así hasta los dieciocho años, en que se comenzó a hablar en serio del enlace. Y entonces Ana, a pesar de estar «loca de amor con aquel hombre», sintió «un aborrecimiento hacia él y una repugnancia a tal estado, que no hacía más que llorar». Ella misma no se lo puede explicar. Años más tarde lo interpretará así, con resonancias teresianas: «Era, Dios mío, todo esto, según lo veo ahora, que Vos estabais en mí, aunque yo no estaba en Vos».

De repente, también a su padre comenzó a parecerle inconveniente el matrimonio, por la militancia política del pretendiente en cuestión. Para Ana, miel sobre hojuelas, porque a ella tampoco le interesaba ya. Se le propusieron otros matrimonios ventajosos, pero Ana ya había sentido en su corazón la voz de Dios. Un misterioso sueño en que vio a la Santísima Virgen le hizo perder el gusto por las cosas de la tierra, hallándolo desde entonces en la oración, la mortificación, la caridad con los pobres. Otra noche, luchando con la idea de ser religiosa, le pareció ver a Jesucristo que, abrazándola, le decía, sin palabras: «Tú serás para mí».

La abuela Teresa había fallecido. Ana era ahora la administradora del no pequeño hogar. Por las noches, en secreto, acompañada de su hermano Juan, se dedicaba a repartir alimentos en las casas pobres del pueblo. Comparaba la vaciedad de las fiestas de antaño con esta inmensa felicidad... Dejó de usar sus preciosas mantillas; como las pobres, se ponía un pañuelo en la cabeza para ir a la iglesia. Ayunaba, dormía en el suelo, con una piedra por almohada. En su pueblo se comenzó a murmurar de aquella joven que, despreciando excelentes proposiciones de matrimonio, llevaba ahora aquella vida. Estará loca, decían. Y estaba, en verdad, loca por Cristo, y cautiva por él:

> «El Sacratísimo Corazón de Jesús ardiendo en llamas y deseando comunicarlas a los corazones tibios y fríos como el mío, me tenía tan rodeada de luz, de fuego y de gracia que, aunque yo quisiera, no podía escaparme, porque estaba cercada por todas partes en aquella bendita red donde quedé presa para ser libre, cogida para ser suelta y atada para volar. ¡Bendito sea Dios y alábenle los cielos y la tierra por tanta misericordia y bondad!».

De nuevo, acentos teresianos en su experiencia vocacional.

Comenzó a intimar con Josefita, una joven tenida en el pueblo por santa. Se decidió a comunicar sus deseos de vida religiosa a su padre, quien, por entonces, tuvo que ausentarse del pueblo por motivos políticos. Una noche en que volvió a ver a sus hijos, un tropel de enemigos armados rodearon la casa y amenazaban con prenderla fuego si no les abría. Ana salvó su vida poniéndose ante las armas y ofreciéndose a morir ella en lugar de su adorado padre. «Agradece a tu hija la vida —dijeron al marcharse los revolucionarios—, porque veníamos a matarte». Normalizada la vida en el pueblo, y de vuelta el padre de Ana, un día, al volver ella de misa, su padre la esperaba para decirle:

> «Hija, he comprendido que no estás loca, ni es capricho tu decisión, sino que Dios te quiere. Yo soy tu padre, pero él es más que yo. Vete cuando quieras con tus pobres, pero yo he de verte todos los días».

La víspera, confió a su hijo José, había tenido un sueño: vio a San José, muy sonriente, rodeado de pobres, y le dijo: «¿Quieres a mi hija? Pues por mi parte ya la tienes». Desde entonces, nadie podía hablar ante José de la vocación de su hija, por lo que en el pueblo se comentaba: «Tan loco está el padre como la hija».

Con su amiga Josefita, en 1873 alquiló Ana una casa, donde iba recogiendo a los ancianos desamparados del pueblo, sustentándolos con limosnas que pedían durante el día en la plaza y en los cortijos, venciendo el respeto humano y aguantando burlas. De noche descansaban poco; a la luz de candiles se dedicaban a lavar, coser, planchar y hacer oración tras atender a los pobres. Cuando el pueblo se fue acostumbrando a ver a Ana dedicada por completo a los pobres, las risas fueron trocándose en admiración. Esto hizo que se les uniese una tercera joven de una familia principal del pueblo, Frasquita Bravo. Más tarde la siguió su hermana Isabel. Al ser ya cuatro, aunque Josefita estaba enferma, pensaron en abrir una segunda casa. El padre de Ana había muerto el 11 de enero de 1877, y ella podía pensar ya en hacerse religiosa, pero se había comprometido para asistir a un grupo de ancianos pobres en Álora, donde, con Josefita, alquiló una casa pequeña y pobre como un portalico de Belén, que se

inauguró el día de San José de 1877, y en la que se acogieron 18 ancianos. El día de Nochebuena de aquel año, encontró en el patio de la casa a un hombre misterioso que, tras hablarle de oración, caridad y penitencia, desapareció repentinamente. ¿Si sería San José? Lo recordarían para siempre.

Se les había unido Rafaela Cornejo: ya eran cinco. Aconsejadas por su director espiritual, les pareció llegado el momento de poner su vocación en manos del obispo de Málaga, y fueron remitidas al señor provisor, el hoy Beato Juan Nepomuceno Zegrí, que acababa de fundar la Congregación de Mercedarias de la Caridad, donde las invitó a ingresar. Josefita no quiso hacerlo de ninguna manera. A las otras se lo impedían sus familias. Ana, a pesar de la resistencia natural que sentía, prefirió obedecer, entrando en las mercedarias. El 1 de noviembre de 1878 tomó el hábito, pero al tiempo de profesar, no quiso dar el paso, porque no sentía en su interior la alegría de quien cumple la voluntad de Dios. Por mandato del provisor fue como superiora a la casa de Álora con otras dos mercedarias, aunque era aún novicia. Enseguida se les unieron Frasquita, Isabel y Rafaela. Era el 24 de diciembre de 1878: reestrenaban el gozo de Belén. El día de Reyes de 1879 las tres nuevas tomaron el hábito en Málaga. El Dr. Zegrí quiso incluso darles la profesión, pero Ana prefirió tuviesen antes un tiempo de prueba.

El 31 de enero de aquel año el Ayuntamiento de Vélez-Málaga cedió al P. Zegrí el Hospital de San Marcos, al que el 1 de marzo fueron destinadas Ana, dos de sus compañeras y cuatro religiosas más, que se dedicaron a la limpieza, organización y cuidado de los enfermos. A Ana, que estaba al frente, se le impuso una obediencia respecto a la administración, con la que quedaba privada de libertad. Viendo la delicadeza del caso, su director le aconsejó abandonase la congregación a que él mismo la había empujado. Ana quiso consultar con otros dos sacerdotes, que fueron del mismo parecer. Entonces ella y sus compañeras, que habían entrado en las mercedarias por obediencia, el 23 de septiembre de 1879, salieron por obediencia. ¿Qué quería el Señor de ellas? Siguieron en el Hospital de Vélez, y el obispo las autorizó a llevar un hábito sencillo, y las exhortó a seguir trabajando por los enfermos y ancianos pobres.

No quería el prelado que se hicieran «Hermanitas de los Pobres»; había que esperar que Dios hablase... Él decía a Ana en la oración: «El bien o el mal de esta casa en ti está... ¿A qué has venido sino a santificarte y santificar a las demás?».

Celebrando la misa del gallo, en 1880, el obispo sintió la inspiración de aprobar aquella incipiente congregación, que volvía a nacer en Belén... Como padre y protector, él mismo, por su devoción a la *Maredeueta,* les puso el nombre: «Madres de Desamparados». El 2 de febrero de 1881, Frasquita, Isabel, Rafaela, Visitación y Ana (desde ahora madre Petra de San José) tomaban el hábito y profesaban en la iglesia de San Juan Bautista de Vélez-Málaga. Todas serían iguales, todas madres. Era su misión: ser madres para los desamparados. Su estilo: la pobreza y la alegría, el amor y la sencillez.

Algunos jesuitas, como los padres Barrado y Coca, insistían a madre Petra en que fundara una casa-noviciado en Málaga. El mismo Coca les había buscado una casa amplia y espaciosa, con iglesia, en un barrio marinero, donde se ocuparían de la educación gratuita de los niños. La madre dedicó a San José la nueva casa, pobre como la de Nazaret, que se estrenó en junio de 1882. Eran ya doce religiosas. En Vélez surgían muchos conflictos con el Ayuntamiento, que llegó a insultarlas y vejarlas, instigado el Alcalde masón por las calumnias de Visitación, que había desertado. Aconsejadas por el obispo, dejaron aquella casa, despojadas de todo, y se reunieron todas en Málaga. Pero los malos juicios habían llegado hasta la capital. El donante de la casa quería despedirlas; los bienhechores negaban sus limosnas; las mujeres del barrio no llevaban a sus hijos a las clases; los sacerdotes, antes amigos, las desacreditaban. Sólo las defendía el P. Coca. Era la persecución de buenos. Cuando al obispo se le ocurrió que no tendrían camas, y se las compró él mismo, se inició el final de la prueba. Los niños del barrio volvían a la escuela de aquellas monjitas que, por su parte, cada día eran más.

Había que ir pensando en otra fundación, y ésta se verificó a comienzos de 1883 en Ronda, donde, primero, se hicieron cargo del Hospital de Santa Bárbara, y el 19 de marzo de 1884 abrieron el asilo de San José para niñas huérfanas, que eran su

verdadera vocación. Por aquel tiempo empezaron también las visitas de enfermos pobres en sus domicilios, y las clases gratuitas para niñas pobres.

El número de religiosas crecía incesantemente. Con siete de sus hijas, el 2 de mayo de 1884 salió madre Petra rumbo a Gibraltar en el vapor inglés «Malta» para tomar posesión del asilo «Gabino». La inauguración solemne tuvo lugar el 16 de julio. Tras organizar y cristianizar el ambiente antes anárquico de aquel asilo, la madre regresó a Málaga dejando al frente de la comunidad de Gibraltar a madre Magdalena, la antigua Frasquita Bravo, a la que dijo: «Bien sé que es más difícil reformar que fundar...». La paciencia y sacrificios de las madres no serían en vano.

Estando en Ronda la madre había recibido carta del obispo de Jaén ofreciéndole una fundación en Andújar, que tuvo que aplazar por Gibraltar. Pudo ir a Andújar a finales de 1884, para hacerse cargo de un asilo de ancianos fundado años atrás y regentado por seglares. A la madre le asustó un poco encontrarse con el mismo problema de Gibraltar: promiscuidad, libertad de horarios, de salidas... El edificio lindaba con la cárcel, y los asilados se comunicaban con los presos por las ventanas. Ella no aceptaba si no se buscaba otra casa, y parecía imposible hacerlo. Pero se lo encomendó a San Juan de Dios, y al poco tiempo la comunidad se instalaba en el antiguo convento de los hospitalarios. Los ancianos reaccionaron positivamente. Tratados con delicada caridad, se volvieron dóciles y respetuosos con sus nuevas *madres*. Madre Petra estaba encantada. El ambiente serrano de Andújar le recordaba a su pequeño Valle; el amor de aquellas buenas gentes a la Virgen de la Cabeza la entusiasmaba... Llegó a decir: «El asilo de Andújar ha sido mi Tabor».

Estando aún en Andújar, conoció la madre la noticia del terrible terremoto que había asolado Málaga en la Nochebuena de 1884, y marchó enseguida a la capital. Poco antes el Dr. Gómez-Salazar, obispo de Málaga, les había hecho donación del deshabitado convento de los capuchinos, para que trasladasen allí el noviciado. Ella propuso al prelado le mandase allí a todas las huérfanas de Málaga y pueblos afectados. La casa de capuchinos se llenó de niñas, y de limosnas, con las que la Junta ad-

ministrativa decidió se construyese un asilo de nueva planta, obra que habría de emprender quien sucedió a Gómez-Salazar en la sede malacitana, el hoy Beato Marcelo Spínola, «de mucha conciencia y rectitud», en expresión de la madre.

Hacía tiempo que madre Petra sentía grandes deseos de fundar en Barcelona. En la oración le parecía que San José se lo pedía. El 22 de noviembre de 1886, acompañada de otra religiosa emprendió viaje a la Ciudad Condal, adonde llegaron el 25. Se instalaron provisionalmente en la calle Ataúlfo, hasta que encontraron otra casa más adecuada para realizar su apostolado con las niñas pobres. Así, el 17 de enero de 1887 se trasladaron a la casa-torre llamada «El Putxet» en San Gervasio, desde donde las religiosas y las niñas pasaron a la calle de San Salvador, de Gracia, buscando un alquiler más barato que el primero.

Un día —se hallaba ausente de Barcelona madre Petra— se presentó en la casa el propietario de la finca diciendo ponía en venta la torre por el precio de 55.000 pesetas. Las religiosas, que no contaban con más recursos para ellas y sus huérfanas que los que la caridad les proporcionaba, escribieron a la madre, quien salió inmediatamente para Barcelona y mandó a todas las casas que empezasen los «Siete domingos a San José». Nada más llegar pasó a la capilla donde se veneraba una imagen del santo, y al salir le preguntaron: «¿Qué le ha dicho San José?». «Que todo está arreglado, contestó ella. No sé cómo, pero me parece que el bendito santo lo va a arreglar todo». Animosa, optimista, confiada en la Providencia por intercesión de San José, la Providencia no la abandonaría, como no abandona a los que se fían del Santo Patriarca. Empezó ejercicios espirituales de diez días y, al sexto, el 24 de febrero, se presentó en la casa, preguntando por la madre superiora, la señorita Carmen Masferrer que, enterada de la necesidad que tenían las madres, iba a ofrecerles una finca de su propiedad: la «Torre de Masferrer», situada en la Villa de Gracia, calle de las Minas, 44. Era un lugar montañoso, sin arbolado. Se le conocía como «Montaña Pelada». La finca tenía una extensión de 320.000 palmos de terreno y una casa torre. El día de San José, se firmó ante notario la escritura de donación. Ya tenían las madres casa propia. ¡Y pensar que cuatro años antes llegaron a ofrecer por esa misma finca 200.000 ptas.!

Ya poseían terreno, faltaba el edificio. Madre Petra, con su gracejo andaluz, dijo que «a la Montaña Pelada pronto le saldría el pelo».

Tras encomendarlo a San José, madre Petra decidió que un buen arquitecto trazase allí los planos de un asilo nuevo. Se encargó la obra a Francisco Berenguer Mestre, discípulo de Gaudí, quien, enterado de que madre Petra no contaba con respaldo económico para sacar adelante la obra, no disimuló su pesimismo. Mandó algunas religiosas que visitasen a los bienhechores, exponiéndoles la necesidad de la obra para albergar las huérfanas que acudían a ellas y que, por falta de edificio, no podían admitir. Confiadas en la Providencia y llevando consigo una pequeña estatuilla del santo, comenzaron las religiosas sus visitas. Calor, cansancio, necesidad: todo era ofrecido alegremente. La causa lo merecía. Dios le respondió a través de la generosidad de los catalanes, que se hizo patente. En menos de dos meses habían recogido 20.000 pesetas. Los mayores donativos los entregaban en la portería en sobre cerrado a nombre de madre Petra. Por eso pensó que el arquitecto modificase los planos e incluyera una iglesia dedicada a San José. Comenzaron los cimientos y se descubrió una rica cantera que les suministró la piedra. Madre Petra se empeñó en gastar hasta 25 duros para buscar agua, teniendo la seguridad de que la encontraría. Al poner un barreno brotó un chorro de agua riquísima que, analizada, resultó inmejorable.

La primera piedra del santuario se puso el 14 de agosto de 1895. Cuando le presentaron los planos de la iglesia a la madre, ella la encontró muy pequeña. Mandó ampliarla por dos veces, aunque todos lo consideraban una locura. ¿Quién iba a venir a este lugar tan despoblado? Petra, con su ilimitada confianza en Dios, profetizaba: «Aquí vendrá gente de todo el mundo...».

Las 20.000 pesetas recogidas se acabaron cuando sólo se había construido en parte un ala del edificio. El contrato con la empresa constructora se había hecho formalmente: no se la podía despedir. Madre Petra tenía una gran fe en Dios y en su «padrecito» San José, como le llamaba cariñosamente. No obstante, le parecía una imprudencia continuar las obras sin tener ningún dinero con que pagar a su debido tiempo. El sueldo de los tra-

bajadores era sagrado para ella. Su fiel colaborador, el padre Ignacio Verdós, encontró a quien les fiaba la cantidad necesaria. Pero, con todos los documentos en regla, el mismo día que iban a cobrar la cantidad fijada, aquella persona se arrepintió. El padre regresó al asilo muy desanimado. En la cara notó madre Petra que la entrevista no había resultado bien. Antes de que le hablase le preguntó: «Qué, ¿se ha arrepentido? ¿No trae usted nada?». Cuando se enteró que la persona que iba a fiar temía perder el dinero se le iluminó la cara de alegría y con gran fe exclamó:

> «¡Bendito sea Dios! ¡Ahora es cuando estoy contenta! Veo que San José no quiere pagar réditos a nadie. Ahora aumenta mi fe. Disponga que sigan las obras, y, si es posible, se aumente el número de operarios. Ahora cuento con toda seguridad con la bolsa de San José. Él no se arrepentirá, ni dará ningún desengaño como éste».

Siguieron las obras con tal empuje que en menos de medio año ya se terminaba la primera ala del edificio, que fue habitado el 18 de marzo de 1896. Muchos sufrimientos ocasionó a madre Petra tan extraordinaria obra, pero todo fue olvidado cuando llegó el día de la inauguración, 20 de abril de 1902, fiesta del Patrocinio de San José. Cuando todavía no se habían terminado las obras de construcción del santuario, allá por el año 1900, la imagen de San José ya había sido trasladada de su primitiva residencia en Barcelona, en la calle San Salvador, a la nueva edificación.

En el tiempo que duró la obra de la iglesia y capilla, San José estaba colocado en un altar provisional, pero digno, donde podía ser visitado por los fieles que lo deseaban. Debido a los favores que con tanta prodigalidad concedía el santo, creció mucho su devoción y al poco tiempo de ser llevada su imagen al santuario para su veneración, eran muchísimos los fieles que subían a la «Montaña Pelada», para ver, como ellos mismos decían, a «San José el de la Montaña», sobrenombre que la Iglesia no sólo admitió, sino que bendijo e indulgenció. En enero de 1901 ya estaban terminadas la iglesia y capilla del santo Patriarca, la casa-hogar para las niñas y la residencia para las religiosas que atendían la obra.

Una vez que se encontraba madre Petra en oración ante la imagen del bendito Patriarca, le pareció ver de pronto a un venerable anciano. Llevaba en su mano izquierda una carta con su correspondiente sello y dirección. Un rayo de luz que descendía del cielo se reflejaba en la carta, sobre el sello. Entonces, el anciano, señalando con el dedo índice de su mano derecha, le dijo estas palabras: «Mira, esto está hecho arriba», y desapareció súbitamente. No entendió madre Petra qué quería significar aquello... Lo comprendería más tarde.

Una buena mujer llegó un día muy atribulada a encomendarse al santo. Para que su petición estuviese siempre presente, dejó una nota escrita a sus pies... A los pocos días volvió con gran júbilo a dar las gracias contando el favor tan grande que San José de la Montaña le había concedido. La forma de peticiones escritas proliferó rápidamente y sin estar terminada la obra acudían muchas personas para encomendarse en todos sus problemas al santo. Las cartas a San José produjeron consecuencias insospechadas. Cada mes se las quemaba, el domingo después del día 19, en que se sacaba al santo en procesión. En 1903 hubo meses en que se quemaron 4.000 cartas, con la consiguiente repercusión de la devoción a San José de la Montaña en Barcelona. Todos los meses los periódicos catalanes de la época, como *El Correo Catalán, La Vanguardia, El Diario de Barcelona, La Dinastía, El Noticiero Universal...*, daban cuenta de los actos que se realizaban en el santuario con motivo de la cremación de las cartas.

Madre Petra no era ajena a la importancia que estaba cobrando esta devoción, pero sí a las sospechas que empezó a despertar: ¡el sello de la persecución! Provocaba recelos la cantidad de gente que acudía a ver a San José, y que había obligado a poner un tranvía especial que llegase hasta el santuario. En 1905, más de 30.000 personas visitaron el santuario en la festividad de San José. Pero no imaginaba la madre que la persecución al santuario provendría de la propia Iglesia, aunque comenzaba a llegar a sus oídos que el cardenal Casañas y el obispo auxiliar, D. Ricardo Cortés, tenían algo en contra del santuario. La madre, amante de la Iglesia y de la verdad, revelando su temple y nobleza, se personó ante ellos para saber qué había de

cierto en tales rumores. Si había verdaderamente causa para que la Iglesia estuviese disgustada con el santuario —les dijo—, ella sería la primera que lo miraría mal. No le dieron ningún motivo de queja, pero poco después, en la revista de Montserrat, de julio de 1905, D. Federico Clascar firmaba un artículo en contra del santuario y de la devoción de las cartas. Petra decidió ir a Roma para solucionar el problema. Desde ese momento los acontecimientos se precipitan. La gran fortaleza y la confianza inconmovible en Dios de madre Petra, que entonces ya se encontraba muy enferma, la llevaron a luchar por defender lo que consideraba obra de Dios. El 10 de agosto de ese mismo año se recibió en el santuario un comunicado del cardenal, anunciando una visita canónica a la casa. Mandaba depositar en una caja cerrada todas las cartas, prohibiendo quemarlas en público. Se prohibía también dar cuenta directa o indirectamente en la revista *La Montaña de San José* del número de cartas recibidas. La prueba fue dura, pero sirvió para que brillase con más fuerza el santuario. La visita de inspección terminó con el visto bueno del Delegado, que comprobó que todas las noticias en contra del santuario eran falsas. En Roma se daban cuenta de que las acusaciones eran tan descabelladas y con tanto apasionamiento que no podían por menos de confesar que aquella persecución era el sello con que Dios marcaba su obra. Estaban admirados de la virtud de madre Petra, que a los sesenta años, agotada por los trabajos y sufrimientos, con muy poca vista ya en los ojos, pero con una gran luz en el alma, no se preocupaba de sí misma, ni de lo que pudieran decir en su contra, sino solamente de defender la causa de San José.

Madre Petra permaneció en Roma cuatro meses defendiendo la devoción de las cartas y el culto del santuario. Allí se aquilató su fe, su paciencia y humildad. El día 6 de octubre de 1905 tuvo la dicha de ser recibida en audiencia privada por San Pío X que, informado de los grandes progresos que había hecho la devoción al santo en Barcelona, y de la terrible persecución por la que atravesaba, la consoló paternalmente y no sólo aprobó el santuario y la devoción a San José de la Montaña, sino que incluso le concedió gracias y privilegios extraordinarios. Por fin, el 6 de noviembre y con la aprobación de Roma, se ponía fin a

la polémica suscitada en contra del santuario a través de un comunicado del cardenal Casañas, en el que se confirmó que la devoción del pueblo a San José de la Montaña era auténtica. Un siglo después, son legión quienes continúan invocando al santo por medio de cartas, que se reciben diariamente en el santuario. Una devoción peculiar, pero para todos aquellos que aman a San José de la Montaña, entrañable.

Volvió Petra a Barcelona el 25 de noviembre de 1905, muy agotada físicamente, pero muy contenta porque el Señor había hablado en favor del glorioso Patriarca. Había cumplido su misión: dejar a salvo la devoción a San José de la Montaña. La voz del vicario de Cristo aprobó y alentó lo que había llevado a cabo esta humilde hija de la Iglesia, que había marchado a Roma dispuesta, ante todo, a obedecer, como manifestó repetidas veces:

> «Yo espero que pasará la tormenta y brillará la obra del santuario con más esplendor. Pero si Dios no quiere esta obra, yo tampoco la quiero y el primer puntapié será el mío».

Ya en el año 1902 la devoción a San José de la Montaña se había extendido en forma prodigiosa, contándose por millares los devotos que acudían a postrarse a los pies de la sagrada Imagen. Ello dio lugar a que se pensara en agrupar a los josefinos que con tanta devoción acudían al santo Patriarca. Madre Petra intuyó la manera de hermanar a todos aquellos fieles, a los que también convirtió en propagadores de tan provechosa devoción. Con la autorización del obispo de la diócesis, cardenal Casañas, el 22 de octubre de 1902 se erigió en el santuario la «Pía Unión de San José de la Montaña», agregada canónicamente a la «Venerable archicofradía de San José dei Falegnami», en Roma, gozando de las gracias e indulgencias que ésta disfrutaba. La Pía Unión, ya en sus comienzos, contó con millares de asociados. Su objeto y fin era propagar, por todos los medios lícitos y aprobados por la Iglesia, la devoción a San José. Fue tal el incremento con que se vio favorecida esta obra social y de espiritualidad josefina, que motivó que Pío XI, en un breve del 10 de junio de 1934, la elevara, con carácter perpetuo, a la superior dignidad de primaria: le daba facultades para poder agregar válidamente a ella todas las Pías Uniones, con el mismo título, en España y América.

Cuando madre Petra fundó el Santuario de San José en Barcelona, no escatimó medio alguno para propagar la devoción del santo. Deseaba que todos le conociesen y amasen. No sólo unió a los josefinos creando la Pía Unión, sino que, además, fundó una pequeña revista, *La Montaña de San José,* que comenzó su andadura en mayo de 1903, con estas palabras:

> «Al salir a la luz nuestra humilde revista, que consagramos al Virginal Esposo de la Madre de Dios, dirigimos un cordial saludo a la prensa católica [...] y a los devotos de San José. No nos proponemos otro fin que el de propagar más y más la devoción a San José y fomentar el culto que se le tributa en su Santuario de la Montaña».

Más de un siglo después, *La Montaña de San José* continúa llevando el amor a San José a todas las partes del mundo. La revista, al tiempo que fomentaba la devoción de San José, inculcaba un oficio a los niños alojados en el santuario. Desde el segundo año, en que se empezó a editar en el santuario, muchos niños aprendieron un oficio gracias a la revista y después se dedicaron a las artes gráficas.

Ya en sus comienzos, la revista mereció la bendición de León XIII. Su Director, el P. Verdós, recibió una carta fechada el 11 de diciembre de 1905 en que el Secretario de Estado de S. Pío X, el venerable Cardenal Merry del Val, le decía:

> «El Padre Santo ha tenido la complacencia de acoger con agrado el homenaje que la Dirección de la revista le ha presentado humildemente con la oferta de todos los números hasta la fecha publicados. Su Santidad pasando la vista sobre ellos, ha observado fácilmente el propósito de promover y fomentar la devoción a San José. ¿Podía no alegrarse de ello el que en el bautismo recibió el nombre del Santo Patriarca? ¿Podía no gozarse el Pontífice que sabe cuán agradable es al Señor la confianza en el Patrono de la Iglesia Universal? El Santo Padre se ha interesado por las diversas formas con que en el santuario se mantiene el culto, y se alegra viendo que también el Glorioso Patriarca parece haberlo elegido como un nuevo trono de gracias para sus devotos. El Augusto Pontífice augura que proseguirá tan hermosa contienda de cultos por parte de los fieles y de premio por la del ínclito Patriarca; y confía que también la revista haciéndose eco de cuanto sucede, contribuirá a extender más y más la devoción al Jefe de la Sagrada Familia de Nazaret».

Los últimos meses de la vida de madre Petra fueron de paz, de ininterrumpida oración. Preparándose para el encuentro definitivo con su Señor, vive una íntima y gozosa esperanza que dulcemente la consume. No quería le llegase la muerte sin ir a despedirse de la Santísima Virgen de Montserrat. Le había prometido una novena de acción de gracias si le concedía morir habiendo pagado todas las deudas, y la *Moreneta* se lo había concedido. Los nueve días que permaneció en el Santuario de Montserrat fueron para ella de verdadero sacrificio y abnegación, debido al agotamiento físico y lo avanzado de su enfermedad. El 9 de agosto de 1906 regresó a Barcelona. El hilo de su vida era muy débil, pero su rostro reflejaba gran paz. Al día siguiente aún se pudo levantar para oír misa y comulgar. Después tuvo que acostarse, y ya no se levantó más. El 16 de agosto, a las 10,20 de la noche, expiró.

Parecían resonar en la pobre celda —hoy convertida en oratorio— los versos que Petra, siempre evocando a Teresa de Jesús, escribiera un día:

«Mi Amado me recibe
y, embriagada en su amor,
oí que me cantaban
esta dulce canción:
"Alma feliz, descansa,
que el trabajo pasó,
gózate ya en mis brazos,
que aquí todo es amor"».

Dos días quedaron expuestos sus restos mortales en la capilla a la veneración del pueblo. Miles de personas desfilaron incansables ante ella, tocando a sus manos objetos piadosos y proclamándola santa. Su entierro constituyó una verdadera manifestación de duelo, por el gran número de personas, muchas, muy significadas.

Cuando estalló la guerra civil, los restos de madre Petra reposaban en el Santuario de San José de la Montaña, pues habían sido trasladados desde el cementerio de Montjuich el día 5 de noviembre de 1920. Fueron robados en la terrible persecución religiosa española, haciendo creer que habían sido quemados, al mismo tiempo que fue quemado el santuario, en la segunda

quincena de julio de 1936. Acabada la contienda en 1939, se hallaron trozos quemados del ataúd, pero de sus restos no se supo nada. Aparecieron al cabo de 47 años en un campo de Puzol, Valencia, el 15 de julio de 1983.

Petra de San José fue beatificada por Juan Pablo II el 16 de octubre de 1994. En la homilía de la ceremonia, el Santo Padre dijo:

> «La Beata Petra de San José es ejemplo de mujer consagrada que, en medio de innumerables dificultades, acoge con fe el carisma que el Espíritu le otorga al servicio de todos.
>
> Huérfana desde muy niña, tomó por Madre a la Virgen. Esta experiencia marcó toda su vida, descubriendo que su quehacer debía consistir en ser madre para niños, jóvenes o ancianos que carecían del cariño y afecto familiar. Así Madre Petra manifiesta cómo la virginidad de los religiosos y religiosas se convierte en una fecunda maternidad espiritual, encauzada y llevada a plenitud a través del amor esposal a Jesucristo, y realizada en la disponibilidad y total apertura a los desamparados. Sintiéndose amada por Dios y respondiendo a ese amor, incluso en medio de las pruebas, nos ofrece un modelo luminoso de oración, de sacrificio por los hermanos y de servicio a los pobres...
>
> Su profunda devoción y su confianza ilimitada en San José caracterizaron toda su vida y su obra, siendo llamada "apóstol josefino del siglo XIX". En los últimos momentos de su existencia terrena afloran a sus labios los nombres de Jesús, María y José: la Sagrada Familia de Nazaret, en cuya escuela de amor, oración y misericordia forjó su espiritualidad, conduciendo a sus hijas por este camino de santidad».

El día siguiente a la beatificación, en audiencia a los peregrinos en la Plaza de San Pedro, volvió a referirse así el Romano Pontífice a la nueva beata:

> «"Gran mujer de corazón de fuego", nos ofrece un testimonio de fidelidad al carisma que recibió del Espíritu. Tuvo la caridad como norma de su ser y de su obrar. En ella todo era amor, y por eso nos dice: "Es el amor quien debe prestarnos alas para subir más arriba".
>
> Al quedarse huérfana muy pronto, y tomar a la Santísima Virgen como Madre, promete "entregarse en cuerpo y alma, sentidos y potencias al servicio del buen Jesús y de su bendita Madre". Llena de este amor materno y con el encanto de su atrayente personalidad, la nueva Beata ejercitó las virtudes en grado heroico, con sencillez, humildad y alegría, cualidad propia de Andalucía, su tierra natal.

La profunda devoción de la madre Petra a San José la llevó a poner bajo su patrocinio todas las casas y capillas, entre las que destaca el Real Santuario de San José de la Montaña, de Barcelona. A este respecto decía: "Hemos llegado a los tiempos de San José y sé que no le podemos prestar a la Santísima Virgen otro servicio más agradable que trabajar por extender la devoción a su castísimo Esposo" (Cta. 28-4-1905)».

De la madre Petra se ha dicho:

«Su idea dominante era su padrecito San José, como ella lo llamaba. Se "enamoró" de él y quería que los demás hicieran lo mismo. En cuanto es dado a una débil mujer, por añadidura, no dama de influencia en el mundo, sino pobre religiosa, lo consiguió. Su carácter estaba siempre por encima de los humanos acontecimientos: como el águila real, volaba muy alto».

Apóstol josefino del siglo XIX, puso los cimientos de una devoción muy singular, y nos dejó en herencia el Santuario de San José de la Montaña, al que hoy, igual que hace cien años, siguen acercándose miles de personas para implorar y visitar al santo.

El 11 de marzo de 1908, Alfonso XIII, mediante Real Orden, concedió al santuario el título de «Real», considerando la fama mundial de que gozaba y los privilegios que la Santa Sede le había otorgado. El 15 de enero de 1920, Benedicto XV decretó la coronación canónica de la imagen, que se celebró el 17 de abril de 1921. Fue la primera coronación de una imagen de San José en España, en un acto conmovedor. Se recibieron cartas, telegramas y adhesiones por todas partes, como demostración del amor del pueblo hacia el santo. Asistió como Delegado pontificio el obispo de la diócesis; fueron presidentes de honor los reyes, D. Alfonso y Dña. Victoria Eugenia, representados por los Condes de Güell. Estuvieron todas las autoridades locales, varios prelados, el cuerpo de la nobleza, representantes de las órdenes religiosas, del ejército, del comercio, de las artes, de la banca, e infinidad de fieles. Las coronas del Niño y San José, del más puro estilo bizantino, realizadas con finísimos esmaltes y más de 3.000 piedras preciosas, fueron sufragadas por millares de devotos de España y América. Habían pasado ya quince años desde que había muerto madre Petra. Pero la devoción hacia San José de la Montaña, por la que ella tanto luchó, crecía día a día.

Tras la guerra civil española, con su feroz persecución religiosa, el primer domingo de marzo de 1939 comenzó de nuevo el culto en el santuario. El 6 de febrero de 1940 se puso otra vez la estatua de San José, de 310 cms., en lo alto del frontón del Real Santuario. La pequeña imagen de San José volvió a ser venerada en su nueva capilla, construida al lado de la antigua, y el 6 de abril de 1942 fue recoronada. El 1 de noviembre de 2000 se reabrió la antigua capilla de San José, con la imagen de la Beata Petra, su gran apóstol.

ALBERTO JOSÉ GONZÁLEZ CHAVES

Bibliografía

GILI, A., *Resumen histórico-cronológico de la vida de la Sierva de Dios Madre Petra de San José Pérez Florido* (Barcelona 1969).

HOZ, F. DE LA, *Desde el Valle a la Montaña* (Sevilla 1961).

L'Osservatore Romano (16/18-10-1994).

LLACER DE SAN JOSÉ, M.ª V. - MARTÍN DE SAN JOSÉ, B., *Sobre la piedra* (Valencia 1994).

MADRE CARRILLO DE SAN JOSÉ, *Madre Petra, parábola de un amor en alerta* (Málaga 1994).

Vida y virtudes de la Sierva de Dios Madre Petra de San José (Barcelona 1933).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN ARSACIO

Recluso († 358)

Arsacio o Ursacio era persa y profesó la vida militar en el ejército romano siendo emperador Licinio, pero vino a conocer el cristianismo y entonces se convirtió sinceramente a esta religión. Repensando el sentido de la vida, decidió dedicarse a la oración y la penitencia, y para ello dejó la profesión militar y se recluyó en una torre en las cercanías de Nicomedia, donde vivió con gran austeridad y piedad. En agosto del año 358 advirtió a los habitantes de la ciudad que iba a haber un gran terremoto y que se precaviesen de él. Y en efecto lo hubo el día 16 de agosto, con gran detrimento para la ciudad. Supervivientes del terremoto acudieron a la torre para refugiarse y hallaron a Arsacio muerto en actitud de oración.

BEATO ÁNGEL AGUSTÍN MAZZINGHI

Presbítero († 1438)

Era natural de Florencia, donde nace hacia 1386, y el nombre de su padre era Agustín. Fundado el convento carmelita de Le Selve en 1413 por fray Jacobo di Alberto, Ángel es su primer hijo espiritual al ser el primero que hace en ese convento la profesión religiosa, pero parece que el noviciado lo hizo en el Carmen de Florencia y que allí es donde conoció al P. Jacobo. Lo sucede como prior en 1419 y conserva este cargo hasta 1429, siendo desde 1426, en que muere fray Jacobo, el alma de la experiencia reformista. En 1435 es elegido prior del Carmen, de Florencia, y estando en este cargo y residiendo el papa Eugenio IV en dicha ciudad se recibe en el Carmelo la bula de mitigación de la Regla que promulgó dicho pontífice. Es una época de esplendor artístico en Florencia, al que no será ajena la iglesia del Carmen. Fray Ángel se acredita como predicador lleno de fervor religioso y por ello, terminado su priorato, el convento florentino lo elige durante años como su predicador cuaresmal, teniendo un enorme eco y éxito populares. Se convertían muchas almas por su predicación y acudían a su confesonario para sellar su comienzo de nueva vida. En 1437 volvió de nuevo al priorato de Le Selve y como custodio del monasterio de Santa Lucía, entregado por el papa a los carmelitas y donde se estableció la observancia regular. Víctima de la epidemia de peste, fallece santamente en Florencia el 16 de agosto de 1438, siendo enterrado en Santa Lucía en olor de multitud. Su culto fue confirmado por Clemente XIII el 7 de marzo de 1761.

BEATO JUAN DE SANTA MARTA

Presbítero y mártir († 1618)

Nació en Prados, Tarragona, el año 1578. Cuando tenía 8 años fue admitido entre los infantes de la Seo de Zaragoza y allí estudió latín y música. Al llegar a la juventud, opta por la vida religiosa e ingresa en la Orden franciscana, Provincia de Santiago, en la que profesó. Se distinguió enseguida por el cumplimiento exacto de la Regla seráfica y por las muchas penitencias

y mortificaciones que añadía a la observancia regular. Una vez ordenado sacerdote, pidió ser destinado a las misiones del Japón. Aceptada su petición, salió de España en 1606, llegando a Filipinas, de donde al año siguiente partió para Japón. Aquí se dedicó ante todo a aprender el idioma, pues quería, como consiguió, ser un asiduo predicador de la palabra divina. Encargado de la misión de Fuximi, hizo numerosas conversiones, centrando su apostolado en las gentes pobres y desvalidas, a las que iba a buscar en las chozas de los campos y las montañas, socorriéndolas y difundiendo entre ellas la luz del evangelio. Al dar comienzo la persecución contra el cristianismo en 1614 con la orden de dejar el Japón, se alejó por muy poco tiempo, volviendo y estableciéndose en Nagasaki y convirtiendo muchas personas, entre ellas algunos sacerdotes paganos.

Escribió varios tratados para refutar el paganismo. Fue localizado y arrestado el 24 de junio de 1615, fue enviado a Meaco donde estuvo preso tres años en la cárcel pública, acompañado de los delincuentes comunes, padeciendo, por parte de ellos, muchas injurias y malos tratos. Finalmente fue condenado a muerte y llevado a ajusticiar a Kyoto. Durante su marcha al suplicio, no dejó de exhortar al pueblo a reconocer al Dios verdadero y a abrazar su doctrina, rogando a los que eran cristianos que pidiesen a Dios que iluminase al emperador y a sus ministros, a fin de que conociendo a Jesucristo se convirtiesen a él. Llegado al lugar del suplicio, entonó el salmo «Alabad al Señor todas las naciones», y presentó gozoso su cabeza al verdugo que lo decapitó. Fue beatificado el 7 de julio de 1867 por el papa Pío IX.

BEATOS SIMÓN BOKUSAI KYOTA Y COMPAÑEROS

Mártires († 1620)

En la ciudad de Kokura, reino de Fingen, en el Japón, fueron martirizados el día 16 de agosto de 1620 dos matrimonios y el hijo de uno de ellos, acusados no solamente de ser cristianos sino también de haber hospedado a los misioneros extranjeros. Ambas acusaciones eran verdaderas, pues se trataba en efecto de cristianos convencidos que habían dado de muy buena gana

hospedaje en su hogar a los misioneros y colaborado así al mantenimiento de la cristiandad nipona y a la difusión del evangelio. Su martirio, al que los condenó el prefecto Yetsundo, consistió en que fueran crucificados cabeza abajo, teniendo una agonía larga y dolorosa.

Sus datos son éstos:

SIMÓN BOKUSAI KYOTA era miembro de una de las más antiguas familias cristianas de Bungo y era oficial del ejército real. Era cofrade del Rosario y había difundido con todo entusiasmo el evangelio en su entorno social. MARÍA MAGDALENA era su esposa, unánime con él en la profesión y difusión de la fe cristiana, y extremadamente servicial con los misioneros a quienes hospedaba.

TOMÁS GENGORO era también cofrade del Rosario y no sólo había hospedado a los religiosos sino que había difundido la fe entre sus amistades cuanto había podido. MARÍA (a veces llamada Marta) era su esposa, partícipe de sus mismos sentimientos religiosos, y cofrade también del Rosario. TOMÁS era un niño de dos años, hijo de ambos, muerto por ser un niño cristiano, uno de los más jóvenes mártires beatificados.

Las dos familias fueron beatificados el 7 de julio de 1867 por el papa Pío IX.

BEATO JUAN BAUTISTA MÉNESTREL

Presbítero y mártir († 1794)

Juan Bautista Ménestrel nació el 5 de diciembre de 1748 en Serécourt, Los Vosgos. Se desconoce dónde hizo los estudios y cuándo se ordenó sacerdote, pero se sabe que el 13 de mayo de 1776 era vicario de la parroquia de Hagécourt-Valleroy, Los Vosgos, en cuya fecha realizaba su primer bautizo, y consta que siguió actuando en esta parroquia hasta el 13 de junio de 1781. Entonces obtuvo una canonjía en el cabildo de Remiremont que conservaría en adelante. Su nombre falta entre los sacerdotes juramentados que se registraron como tales en Remiremont en enero y febrero de 1791. El consejo municipal lo expulsa de Remiremont el siguiente 4 de junio diciendo que lo hace tanto por la seguridad personal del canónigo como por la tranquili-

dad pública, pese a lo cual consta su presencia en la población en agosto de 1792 cuando se le ordena entregar varias armas que tenía en su poder. El 22 de abril de 1793 se ordena vigilar su correspondencia. Y el 29 de abril de ese mismo año fue condenado a ser transportado a la casa de arrestos de Epinal. Cuando van a arrestarlo encuentran que lleva enfermo varias semanas a causa de una fiebre biliosa. El canónigo alegó su estado de salud pero no le sirvió, y así hubo de ir a la cárcel. Llegó el 23 de mayo a la prisión de Epinal, donde estuvo hasta que partió para Rochefort el 18 de abril de 1794, Viernes Santo. Pese a su enfermedad no se le dispensó de la deportación. Llegado a Rochefort fue embarcado en el Washington. Su cuerpo se llenó de llagas y los gusanos lo devoraban estando aún vivo, y cuando los demás sacerdotes querían curarle las llagas y quitarle los gusanos él decía que los dejaran, que el quitarlos sólo contribuía a prolongar su martirio. Sus compañeros decían que su paciencia era perfecta y su resignación celestial. Por fin pasó al Padre el 16 de agosto de 1794 y fue enterrado en la isla de Aix. Fue beatificado el 1 de octubre de 1995 por el papa Juan Pablo II.

SANTA ROSA FAN HUI

Virgen y mártir († 1900)

Rosa Fan Hui (o Wang Hoei) era una mujer soltera de la comunidad cristiana de Fanjiazhuang, en la provincia de Hebei, China, que ejercía de catequista en su pueblo y en otros varios, dedicada con gran ímpetu a la labor evangelizadora. Cuando en julio de 1900 se entera de que los boxers andan matando a los cristianos, se esconde en un sitio y en otro, pero el día 15 de agosto decidió cesar en su huida, y se pasó el día de la Virgen preparándose en la oración al martirio. Cuando a la mañana siguiente llegan los boxers, unos vecinos del pueblo les indican dónde está Rosa escondida. Descubierta, es invitada a renegar del cristianismo, y al negarse, empieza a recibir malos tratos y golpes, sin que ella reniegue. Le hicieron varias heridas con espada y la llevaron a la orilla del canal donde la tiraron. Ella pudo nadar hasta la otra orilla, pero allí la esperaban otros boxers que

la remataron y echaron su cadáver al canal, llevándoselo las aguas.

Fue canonizada el 1 de octubre de 2000 por el papa Juan Pablo II junto con otras víctimas de varias persecuciones en China entre los años 1648 y 1930.

BEATO PLÁCIDO GARCÍA GILABERT

Presbítero y mártir († 1936)

Nació en Benitachell, Alicante, el 1 de enero de 1895. Sintió de niño la vocación religiosa e ingresó en el seminario menor franciscano de Benissa, donde hizo los estudios de humanidades, pasando luego al noviciado, haciendo la profesión religiosa y continuando sus estudios hasta su ordenación sacerdotal. Hace en Roma estudios superiores, consiguiendo los títulos de Lector de Derecho Canónico y Teología Moral. Vuelto a España es destinado como profesor de teología y se le ocupa también como guardián de una fraternidad franciscana. Llegada la revolución de 1936, se negó a marcharse a otro pueblo. Detenido y llevado a Denia, tras muchas injurias y vejámenes, fue mutilado y asesinado el 16 de agosto de 1936.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO ENRIQUE GARCÍA BELTRÁN

Diácono y mártir († 1936)

Nace en Almanzora (Castellón de la Plana) el 16 de marzo de 1913. Educado en un ambiente profundamente religioso, ingresó a los 14 años en el seminario capuchino. Hizo la profesión temporal el 1 de septiembre de 1929 y la perpetua el 17 de septiembre de 1935. En su camino hacia el sacerdocio, recibió la orden del diaconado, pero le llegó el martirio antes de ser sacerdote. Llegada la guerra se refugió en casa de sus padres pero de allí fue sacado y fusilado en Benicassim el 16 de agosto de 1936.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO JOSÉ MARÍA (GABRIEL) SANCHÍS MOMPÓ

Religioso y mártir († 1936)

José María Sanchís Mompó nació el 8 de octubre de 1866 en Benifayó, Valencia, según parece, ya que su acta de bautismo fue destruida cuando fue incendiada la parroquia de su pueblo natal en 1936. Estudió en su tierra las primeras letras y llegado a la adolescencia se colocó como carpintero, oficio en el que trabajó hasta que con 30 años se decidió a hacerse religioso y eligió la naciente congregación de los Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores, que por entonces fundaba el venerable Luis Amigó Ferrer. El 21 de junio de 1889, a los pocos meses de fundada la congregación, tomó el santo hábito en El Puig, Valencia, y profesó al año siguiente en Torrent, el 24 de junio, teniendo en religión el nombre de fray Gabriel María de Benifayó.

Fue destinado a ser miembro de la comunidad fundadora de la Escuela de Reforma de Santa Rita, en Carabanchel, Madrid, y en 1892 vuelve a Torrent, donde haría la profesión perpetua el 15 de agosto de 1896, en calidad de hermano coadjutor. Pasó sucesivamente por las varias casas de su congregación: las dos de Madrid, la de Torrent, la de Dos Hermanas, la de Godella y la de Zaragoza. Participó en los capítulos generales de su congregación en 1902 y 1914. Los trece últimos años de su existencia los pasó en la casa de Godella, Valencia, de la que fue expulsado por la revolución el 25 de julio de 1936. Llevado a Benifayó, se hospedó en casa de una sobrina, pero el 14 de agosto, con algunos sacerdotes, fue arrestado y llevado al ayuntamiento, de donde pasó, en la mañana del 15, a un convento convertido en cárcel. Los reclusos pasaron el tiempo dedicados a la oración.

En la madrugada del día 16, a las dos o las tres de la mañana, llegaron tres coches, hicieron subir a los detenidos y los llevaron al término de Picassent. Por el camino el párroco animó

a los demás a perseverar firmes en la fe. Consta que fray Gabriel María murió gritando vivas a Cristo Rey. Había sido un religioso ejemplar, entregado a su vocación y atento solamente a hacer el bien a los jóvenes de los colegios en que estuvo.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

17 de agosto

A) Martirologio

1. En Cízico, en el Helesponto, San Mirón († s. III), presbítero y mártir.
2. En Cesarea de Capadocia, San Mamés († 273), mártir *.
3. En Sicilia, San Eusebio († 310), papa, que murió desterrado *.
4. En Frisia, San Jerón († 856), presbítero y mártir.
5. En Tesalónica (Macedonia), San Elías el Joven († 903), monje.
6. En el Monte Etna (Sicilia), Beato Nicolás Politi († 1107), solitario.
7. Junto a Siena, Beato Alberto († 1202), presbítero.
8. En Montefalco (Umbría), Santa Clara de la Cruz († 1308), virgen, de las Agustinas Ermitañas **.
9. En Toledo, Santa Beatriz de Silva († 1491), virgen, fundadora de la Orden de la Concepción de la Inmaculada Virgen María **.
10. En Nagasaki (Japón), santos Santiago Kyuhei Gorobioye Tomonaga, presbítero, de la Orden de Predicadores, y Miguel Kurobioye († 1633), mártires *.
11. En Saumur, junto a Angers (Francia), Santa Juana Delanoue († 1736), virgen, fundadora del Instituto de Hermanas de Santa Ana de la Providencia **.
12. En Rochefort (Francia), Beato Noel Hilario Le Conte († 1794), clérigo y mártir *.
13. En Castellfullit de la Roca (Gerona), Beato Enrique Canadell Quintana († 1936), presbítero, de la Orden de las Escuelas Pías, mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTA CLARA DE LA CRUZ DE MONTEFALCO
Virgen († 1308)

Si conocida es Santa Clara de Asís, la ferviente seguidora del Señor con San Francisco, no lo es menos, en el heroico y audaz seguimiento a Cristo crucificado, la esclarecida y celebrada Santa Clara de la Cruz de Montefalco, religiosa ermitaña de San Agustín nacida el año 1268 en la ciudad italiana de su nombre, región de Perusa. Segunda hija de Damián y Giacoma Vengente, cristiano matrimonio del que nacieron cuatro hijos, resulta que su hermana mayor Juana, de 20 años, y Andreola, la fiel amiga de ésta, consiguieron hacerse con una ermita en la que vivir dedicadas al sacrificio y a la oración, laudable propósito que las autoridades eclesiásticas, por principio reacias a este estilo de vida religiosa por aquellos años muy común, se dignaron aprobar en 1274, fecha a partir de la cual pudieron admitir chicas más jóvenes, primera de ellas Clara, de 6 años. El ejemplo de sus padres, muy devotos ellos del Señor y de su Santísima Madre la Virgen María, y el de Juana y Andreola juntas, avivaron en la pequeña el precoz anhelo de servir a Cristo con intensa vida de oración, con el místico amor de los enamorados y con la especial ascética de los elegidos. Todos encontraban a Clara más vivaracha que las otras niñas de su edad.

Dando muestras de inconsueta madurez humana y espiritual, y queriendo a la vez seguir el ejemplo de Juana, resuelve consagrarse por entero a Dios en el *reclusorio* que el padre había construido para ésta y sus compañeras, contemplativas todas a hora nocturna y diurna en aquel pobre recinto. Aunque más joven que el resto, tanto en la oración como en la penitencia Clara mantuvo desde su ingreso el mismo nivel que las demás. Había empezado a sentir desde muy pequeña un amor entrañable, sublime, místico por la Pasión de Cristo, fuente de su elevada espiritualidad y raíz de su futuro apostolado dentro y fuera del convento. También desde niña había empezado en ella a despertarse el apetito, tanto que tenía que reprimirse para mantenerlo a raya, no comiendo en ocasiones platos de su gusto y a menudo incluso ayunando, especialmente durante la Cuaresma.

Aunque sin regla establecida, Clara prestó fiel obediencia a su hermana, líder del grupo. De tal suerte discurrían así las cosas, dentro del contento general y de la disciplina común y compartida, que una vez en que vino a quebrantar la ley del silencio que su hermana había impuesto, no se le ocurrió mejor penitencia que pararse en un cubo de agua helada con los brazos hacia arriba y rezando 100 veces el padrenuestro.

Acogida en 1275, la exquisita santidad de Clara y la depurada virtud de Juana atrajeron pronto nuevas aspirantes. Llegó dos años después la gran amiga Marina, y muchas otras más tarde, razón por la cual a partir de 1282 tuvieron que mudarse a una montaña cercana a la ciudad, donde empezaron a construir otra ermita, cuyas obras se prolongaron unos ocho años. Estalló por entonces también la persecución contra el grupo, visto como elemento novedoso y un tanto intruso por parte de algunos laicos del lugar y de los mismos Franciscanos, a cuyo entender la ciudad era muy pequeña para tener otro grupo religioso pidiendo limosna, pero el oficial del Ducado las defendió, el temporal amainó y pudieron quedarse. Sorteado el peligro y con la techumbre de la ermita a medio hacer, pasando frío y hambre a discreción, el pequeño grupo consiguió salir adelante como pudo, gracias sobre todo a una fe más fuerte que la persecución padecida: de hecho, pocas personas les dieron entonces algo para comer; tuvieron que sobrevivir a base de hierbas silvestres y del don de Clara para cocinar, pues hacía pasteles de plantas con tanto amor que más tarde aquéllos serán recordados como tiempos de gozo y no de miseria.

Corría el año 1288, Clara tenía ya 20 años, a un paso como quien dice de la completa unión con Jesús, cuando el Señor la probó con las arideces de un desierto en el espíritu. Durísima prueba del cielo, eso entendía ella, para castigar su orgullo hasta comprender el dicho evangélico de que sin Él nada podemos hacer. Blanco, por eso mismo, de las tentaciones y víctima de las emociones, empezó a apoderarse de su afligido corazón la terrible angustia de creerse abandonada de Dios. Once años duró semejante tortura, once que parecieron una eternidad sin la asistencia espiritual que ella desesperadamente ansiaba. Clara, no obstante, aferrada a la vida penitente como náufrago a la ta-

bla de salvación, decidió cargar con el misterioso peso de aquellos sentimientos de inseguridad y desolación en el alma a base de redoblar el recurso al sacrificio diario y a la mortificación frecuente y a la humillación sostenida, mas como el permiso de las deseadas penitencias no terminaba de llegar, comenzó a imponérselas por su cuenta, causándose con ello tanto daño físico que su hermana, siempre al quite, tuvo que frenar de nuevo aquel ímpetu.

Juana obtuvo, por fin, permiso para enviar a algunas hermanas a postular. Tanto insistió entonces la quinceañera Clara que, vencidas las objeciones de la hermana, acabó saliendo con Marina durante 40 días en busca de limosnas; nunca regresaban de vacío. Pero Juana, preocupada de la suerte que podía correr su hermanita Clara, le prohibió salir de nuevo, y ésta entonces no tuvo más remedio que permanecer en el convento por el resto de sus días. De 8 a 10 horas diarias pasaba en oración, y por las noches caía de rodillas rezando el padrenuestro. Juana vino a saberlo y hubo de restringir otra vez los severos actos de mortificación de la joven. Ya encontraría el modo de hacerlo en otra dirección y con otro estilo: los designios de Dios —los modos que tiene Dios de guiar a sus elegidos— son infinitos como infinito es el número de las estrellas del cielo.

Y la ocasión se presentó cuando Clara menos lo esperaba. Y fue que, en vista de los apuros financieros a que se vio sometida durante un tiempo la comunidad, Clara recibió un buen día de aquéllos la encomienda de solucionar la cuestión. El pequeño grupo de muchachas, ella incluida —tomó entonces el nombre de *Clara de la Cruz*—, fue constituido jurídicamente en monasterio bajo la Regla de San Agustín el año 1290, pudiendo así aceptar novicias según decreto que el 10 de junio de ese mismo año expidió el obispo Gerardo Artesino, de Spoleto. A propuesta de Juana, elegida de inmediato abadesa, el nuevo complejo pasó a llamarse *Monasterio de la Cruz*. Todo iba encajando maravillosamente en la humilde y cristalina vida de Clara, todo apuntando también hacia las dolorosas e invisibles cumbres místicas del Calvario.

Por de pronto Juana falleció en olor de santidad el 22 de noviembre de 1291. Muy duro golpe para ella, sin duda, duro y

harto difícil de asumir, pues desaparecía quien había sido hasta entonces, aparte de hermana, un claro espejo en el que mirarse y una singular formadora de espíritu a la que seguir. El día de la elección de la nueva abadesa, las monjas escogieron por unanimidad ante el representante del obispo a Clara, quien, sintiéndose indigna, rogó acudir a otra que fuera santa y sabia, pues ella no era ni una cosa ni otra. Desoída la petición y contrariada en su voluntad, no tuvo más remedio que asumir el abadiato, en el que habría de permanecer hasta su muerte el 17 de agosto de 1308. Peregrina del camino que siempre había soñado recorrer, y después de larga purificación interior, vio llegada la hora de emprender la empinada cuesta hacia las cumbres de la unión mística con el Crucificado. No fue su vida retirada, ciertamente, óbice para un intenso y provechoso apostolado con quienes acudían al monasterio en busca de luz. Se interesó por el estado de la Iglesia, relacionándose para ello con obispos y cardenales, y aconsejó y ayudó espiritualmente a numerosos sacerdotes y religiosos que así se lo pedían. Tantas luchas y dudas sufridas acabaron de curtir su espíritu hasta hacer de ella una autoridad en los temas de dichas consultas.

El año 1294 fue decisivo en su consagración religiosa. En la fiesta de la Epifanía, Clara, después de haber hecho confesión general delante de todas las hermanas, cayó en éxtasis y así permaneció varias semanas. Las hermanas consiguieron mantenerla en vida a base de agua de azúcar. Clara tuvo por este tiempo una visión donde apareció de pronto ella misma como en trance de ser juzgada delante de Dios:

> «Vio el infierno con todas las almas perdidas sin esperanza, y el cielo con los santos gozando de perfecta felicidad en presencia de Dios. Vio a Dios en toda su majestad. Y éste le reveló a ella cuán incondicionalmente fiel debe serle un alma para vivir de verdad en él y con él». Al recobrarse, resolvió «nunca pensar o decir algo que la separase de Dios». Solía decir también: «Si Dios no me protegiera, sería la peor mujer en el mundo».

En 1303 consiguió lo que tanto había soñado: construir la iglesia que habría de servir con el correr de los días no sólo al monasterio agustiniano, sino al pueblo todo. Bendecida la primera piedra por el obispo de Spoleto el 24 de junio de 1303, se dedicó ese mismo día la iglesia a la Santa Cruz. Tuvo Clara en-

tonces también la visión mística de Jesús vestido como peregrino pobre, agobiado el rostro por el peso de la cruz y el cuerpo mostrando los signos de un duro y tortuoso camino. La humilde religiosa estaba de rodillas y quería evitar que Jesús siguiera caminando —existe del episodio un célebre cuadro—. De pronto se arrancó con el Pedro del *Quo vadis?,* del «¿Adónde vas, Señor?». La respuesta resultó de extraordinaria claridad, luminosa como ella sola, para Clara: «He buscado en el mundo entero un lugar fuerte donde plantar firmemente esta cruz, y no he encontrado ninguno». La religiosa de la Pasión de Cristo entonces, con la mirada puesta en la cruz, le dijo al Señor su viejo y acariciado deseo de compartirla. El divino rostro de Jesús, antes exhausto, brilló al punto de gozoso amor. Había puesto fin a su viaje: «Sí, Clara, aquí he encontrado un lugar para mi cruz; al fin encuentro a alguien a quien puedo confiar mi cruz». Y, acto seguido, se la pasó a su corazón. El intenso dolor que inmediatamente sintió en todo su cuerpo, duró de por vida. Desde entonces, fue siempre consciente de llevar dentro de sí la cruz de Cristo, presente en cada fibra de su alma, reveladora en cada uno de sus actos, amada y grabada en cada partecita de su corazón. Jesús estaba en su ser, y ella era una con él en la cruz.

Como abadesa vivió ejemplarmente la vida de comunidad según la Regla de San Agustín. Inculcaba mucho la abnegación y el diario esfuerzo para bien cimentar y construir el edificio espiritual. Brilló sobre todo por su amor a la pasión del Señor, sí, reservando un puesto de relieve a la devoción de la Santa Cruz. Favorecida del cielo con las llagas de la sagrada pasión, enseñó a sus hermanas a consagrarse diariamente al Señor ofreciéndole las primicias de una estrecha vida en común. Trabajo y oración juntos eran para el monasterio fuente incesante de gozo y principio compartido de bienestar. Directora de las necesidades espirituales y corporales de las hermanas, «¿Quién enseña al alma, sino Dios?», se preguntaba, para declarar acto seguido: «No hay mejor instrucción para el mundo que la que viene de Dios». Pronta sobre todo a reconocer la voz del Espíritu y a discernir y, si era necesario, corregir y amonestar, cuidaba de todas incluso a costa de su salud. Cuenta la hermana Tomasa, el testimonio figura en algunas biografías, que «permanecía despierta has-

ta tarde en la noche, pero siempre estaba despierta temprano en la mañana». Fue, en suma, una gran mística que acertó a iluminar con su esplendor espiritual los inicios de la historia agustiniana: su vida por eso constituye una experiencia interior de veras particular y fascinante. Sólo la visión de un crucifijo suponía ya en ella un acicate para la continua mortificación.

Sus dones de sabiduría y de entendimiento atraían al monasterio, como he dicho, a sacerdotes, teólogos, obispos, jueces, santos, pecadores y, en general, gente de toda índole. Estaban entre ellos los cardenales Colonna, Napoleón Orsini, Ubertino da Casale, Bentivegna da Gubbio, y un largo etcétera de figuras eminentes. Nunca, sin embargo, el cuidado a los de fuera supuso dejación alguna de responsabilidades comunitarias por su parte. Entre finales de 1306 y principios de 1307 desenmascaró e hizo condenar, ella, mujer casi analfabeta, las insidiosas opiniones de los secuaces de la secta herética del *libre espíritu,* entre cuyos jefes habrían estado, según afirman acreditados biógrafos, algunos franciscanos que se ocupaban del cuidado espiritual de la comunidad de Montefalco. Parece que la heterodoxia de semejante doctrina radicaba, sustancialmente, en propugnar la impecabilidad del alma humana basándose para ello en que el hombre no puede querer o realizar nada fuera de la voluntad divina, nada fuera del Dios omnisciente y todopoderoso.

Las monjas de Montefalco, y Clara a la cabeza, nutrían su espíritu religioso valiéndose, más que del franciscanismo del lugar, con sus fuentes aborígenes en el *Poverello,* de los modelos ascéticos propios del monaquismo primitivo o, por decirlo aún con mayor propiedad, de un eremitismo con nuevo vigor, nuevos acentos y nueva hechura, aunque dentro, eso sí, del franciscanismo espiritual de la época. Dios se reveló en su alma sencilla pródigo de singulares gracias místicas: éxtasis, visiones, bilocación, dones sobrenaturales dentro y fuera del monasterio. Dotada de ciencia infusa, fue capaz de hallar una y otra vez, y ofrecerlas cuando hizo falta, sabias soluciones a los más arduos problemas de teólogos, filósofos y literatos. Su valiente defensa en la doctrina de la fe nunca registró fisuras.

«La vida de un alma es el amor a Dios», solía decir. Oraba para que todo aquel que ella conociera experimentase a Nuestro

Señor Jesucristo en lo más hondo del alma. Oraba, sí, sufría y ardía de caridad por dentro, como el Señor, porque se le había entregado de por vida y sin condiciones. Así fue como, debido a la vida penitente de tantos años atrás, su cuerpo todavía joven comenzó a debilitarse y en julio de 1308 ya no pudo levantarse más. El demonio, claro es, no se daba tregua en los ataques, sin duda tratando de hacerla claudicar, de hacerla sentirse indigna de Dios y equivocada en todo lo que había dicho y hecho, llevando así a la perdición a muchas almas. Pero con la fortaleza del Señor y animada de gran fe, consiguió permanecer incólume y sin ceder nunca a tan diabólicas insinuaciones.

En la noche del 15 de agosto, llamó a las monjas y les dejó su testamento espiritual:

> «Ofrezco mi alma por vosotras y por la muerte de Nuestro Señor Jesucristo. Sed bendecidas por Dios y por mí. Pido, hijas mías, que os comportéis bien y que sea bendecido todo mi trabajo por vosotras. Sed humildes, obedientes; mujeres tales que Dios sea siempre alabado a través de vosotras».

Pidió luego la unción de los enfermos. Era entonces costumbre en dicho monasterio que acudiera cada hermana hasta la moribunda y le hiciera, en tan solemne circunstancia, la señal de la cruz en la frente. Cuando se la estaban haciendo, se arrancó de pronto con este revelador desahogo: «¿Por qué me hacéis el signo de la Cruz? Yo tengo a Jesús crucificado en mi corazón». En el fondo nada nuevo decía, desde luego: era su estribillo desde algunos años atrás. Lo repetía con naturalidad y todas estaban acostumbradas. Pero el tono y el momento dieron de pronto a semejantes palabras una importancia singular, del todo nueva.

El viernes 16 de agosto por la tarde Clara mandó llamar a su hermano Francisco. Éste llegó por la noche y la encontró muy cansada, pero a la mañana siguiente, como le pareció verla mejor, decidió volverse. Pero apenas se había él marchado, dos hermanas le dieron alcance y lo llevaron de nuevo hasta Clara, quien, sentada en la cama, con el color del rostro encendido y sonriendo, en aparente fuera de peligro, dirigió espiritualmente al hermano —ella era su directora espiritual y maestra—, hablando largo y tendido con él. Luego, un ambiente de festivo gozo comenzó a esparcirse por la casa cuando llamó a Fray To-

más, capellán del convento, a quien dijo: «Yo confieso al Señor y a usted todas mis faltas y ofensas». Y más tarde, a sus monjas: «Ahora ya no tengo nada más que deciros. Vivid con Dios, que yo me voy con él». Y así, sentada en la cama, se mantuvo inmóvil, con los ojos mirando al cielo. Pasaron algunos minutos y Francisco le tomó el pulso. Con la mirada puesta en las religiosas, les anunció llorando el final: Clara había muerto. Eran las 9 de la mañana del sábado 17 de agosto de 1308.

Inmediatamente las monjas prepararon el cuerpo para que todos pudieran verla. Según legendaria y ardida tradición, basada en la significativa piedad de la humilde abadesa y en su ingenua noción de anatomía, se había llegado a creer que en aquel corazón tan grande y tan lleno de amor por los sufrimientos de Cristo como el suyo, podrían encontrarse los símbolos de la Pasión: el crucifijo, el látigo, la columna, la corona de espinas, los tres clavos y la lanza, la caña y la esponja. Incluso tres globos de iguales dimensiones, colocados en forma de triángulo, como un símbolo de la Santísima Trinidad. Se cuenta, pues, que al amortajarla, las 17 religiosas del monasterio de la Santa Cruz decidieron comprobar la veracidad de sus palabras. La misa funeral se celebró el 18 de agosto, pero, dada la fama de santidad, acordó unánimemente la comunidad no enterrarla de inmediato sino vaciarla por dentro para mejor conservar el cuerpo.

Cuatro religiosas se encargaron de la rudimentaria operación quirúrgica en la noche sucesiva a la muerte. Primero extrajeron el corazón y lo pusieron en una caja floreada de madera. Antes de colocarlo en un relicario, lo abrieron llevadas de la curiosidad. Para general asombro, pudieron comprobar todas que era cierto lo que tantas veces había repetido su santa madre abadesa: allí estaban las marcas de la pasión de Jesús crucificado, con la corona de espinas en la cabeza y la herida de la lanza en el costado. También en forma de ligamentos los flagelos. Otro notable hallazgo fue el de tres piedras del tamaño de una nuez dentro de la vejiga. Las monjas descubrieron pronto que eran perfectamente iguales en tamaño, peso y forma. Todas pesaban lo mismo, una pesaba tanto como dos, dos como tres y una como tres: palmario signo del gran amor de Clara hacia la Santísima Trinidad. El cuerpo producía tal fragancia que no pu-

dieron enterrarlo, y se cuenta que después de 700 años nunca se ha descompuesto.

El vicario general de la diócesis de Spoleto, Berengario, incrédulo y amenazante por la extraña historia que había llegado a sus oídos, corrió en seguida a Montefalco para verificar en persona las «invenciones fantásticas» que de boca en boca corrían por el pueblo sobre el particular y las «manipulaciones» de las monjas. Visto lo visto, sin embargo, no tuvo más remedio que rendirse a la evidencia. Más aún, se convirtió en ferviente admirador de la sierva de Dios, siendo su primer biógrafo y uno de los más entusiastas promotores del proceso de canonización. Proceso curiosamente que, por una de esas ironías del destino, con el fluir de los años pareció convertirse de pronto en el cuento de nunca acabar. Más que proceso habría que hablar de procesos, y lo que daba la impresión de correr la misma celérica suerte que habían tenido Santo Domingo de Guzmán (que tardó trece años) o San Francisco de Asís (sólo dos), se retrasó la friolera de 573 años, ya que no fue proclamada santa hasta 1881. Los diversos procesos hasta su canonización, arrojan un entretenido itinerario del que se ocuparon con rigor científico prestigiosos historiadores de la Orden de San Agustín en el curso de las celebraciones centenarias de la canonización de Santa Clara tenidas en Montefalco y Roma durante el año 1981. Lo hizo sobre todo el agustino Dr. Carlos Alonso con *Il processo medievale di canonizzazione di Sta. Chiara da Montefalco,* conferencia pronunciada el 10 de enero de 1981 en el Instituto Patrístico Augustinianum de Roma (cf. bibliografía).

El 18 de junio de 1309, apenas diez meses después de su muerte, Pedro Pablo Trinci, obispo de Spoleto, ordena iniciar el proceso informativo sobre la vida y virtudes. Como se sucedían nuevos milagros y la devoción no hacía sino crecer, la fama tardó un suspiro en llegar hasta la propia Santa Sede pidiendo la canonización. El procurador de la causa fue el propio Berengario, quien hubo de acudir en 1316 a Avignon a ver a Juan XXII, el cual dispuso que el cardenal Napoleón Orsini, legado en Perusa, se informara y le informara. Al Papa le había llevado Berengario numerosos testimonios, uno de ellos contrario a Clara. Quizás los vínculos de ésta con los espirituales franciscanos o

tal vez la aversión del pontífice hacia ciertas formas de santidad mística tuvieran que ver en ello. De ahí posiblemente también la cautela papal intentando recabar más información. El nuevo proceso, cuya apertura data del 6 de septiembre de 1318, instruido entre 1318 y 1319 con la declaración de 486 testigos, encontró nuevas dificultades.

A partir de entonces, y por diferentes vicisitudes acerca de las cuales tampoco es posible concluir nada seguro, ni siquiera en la polémica del siglo XV entre agustinos y franciscanos, que al decir de algunos (Barone) se disputaban a la candidata a los altares, considerándola parte de su respectiva familia religiosa, los unos (franciscanos) por la espiritualidad seráfica y eremítica que había respirado con las monjas del monasterio, y de la que arriba se hace mención, y los otros (agustinos) por el indiscutible ambiente de los agustinos en la Umbría de aquella época (D. Gutiérrez), así como por el patronazgo, tradición agustiniana, profesión religiosa de Clara y Regla de San Agustín (Trapè), el hecho es que la causa empezó a prolongarse indefinidamente.

Fue sólo en 1624 cuando Urbano VIII concedió mediante *Breve,* primero a la Orden de San Agustín el 14 de agosto, y para la diócesis de Spoleto el 28 de septiembre, rezar el oficio y la misa con oración propia en honor de Clara. Clemente X decreta el 19 de abril de 1673 el uso de las tres lecciones del segundo nocturno y el elogio en el *Martirologio romano.* Esto no era todavía la beatificación, ciertamente, pero sí el camino seguro hacia ella. Clemente XII ordena retomar la causa en 1736 y al año siguiente la Sagrada Congregación de Ritos aprueba el culto «ab inmemorabili». En 1738 se instruye un nuevo proceso apostólico sobre virtudes y milagros, ratificado por la Sagrada Congregación el 17 de septiembre de 1743. Por fin se podía proceder a la aprobación de las virtudes heroicas. A pesar de lo cual, sólo un siglo más tarde, después de un último proceso apostólico, iniciado el 22 de octubre de 1850, concluido el 21 de noviembre de 1851 y aprobado por la Sagrada Congregación el 25 de septiembre de 1852, pudieron salir las cosas adelante.

Con el Beato Pío IX, antiguo arzobispo de Spoleto que repetidas veces había visitado el monasterio agustiniano, se despejaron muchas incógnitas, pero el golpe de gracia llegó con

León XIII, antiguo arzobispo de Perusa y benefactor de la Orden de San Agustín, a la que pertenecía el relator de la *Positio,* cardenal Martinelli. La solemne canonización tuvo lugar en la basílica de San Pedro no el 18 de diciembre, ni el 23 del mismo mes, como por error algunas biografías señalan, sino el 8 de diciembre de 1881. León XIII, pues, uno de los más grandes papas de la Iglesia, el mismo que canonizó a Santa Rita y beatificó al hoy San Alonso de Orozco, inscribió en el catálogo de los santos a Santa Clara de la Cruz de Montefalco, la cual, como se ve, acostumbrada a vivir por dentro los dolores de la pasión de Cristo, hubo de cargar también, después de muerta, con esta pesada cruz de burocracia, olvidos y dilaciones sin fin.

Tuvo Clara siempre gran amor a los pobres y perseguidos. Enviaba a las hermanas externas con comida y medicamentos para los necesitados. Daba sin distinción a amigos y enemigos, a veces incluso más a los enemigos. Del mismo modo que amorosa, generosa y entregada, así era también firme. Hacía frente a sus perseguidores con estas cualidades, nunca retrocediendo. Prefirió ser impopular, enfrentándose al pensamiento común del mundo, y de sus monjas incluso, antes que traicionar las propias convicciones si entendía que ello comportaba alguna incorrección o deficiencia. Aunque mística, a menudo en contemplación de su Amado Señor Jesucristo (especialmente en la pasión), y en adoración extática a Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo en la Santísima Trinidad, era consciente del mundo a su alrededor. No estaba alejada, sino envuelta en él, orando y haciendo penitencia por su salvación.

En la iglesia de la Santa Cruz de Montefalco se conserva incorrupto su cuerpo y pueden venerarse las reliquias del corazón con las marcas de la pasión arriba dichas. Predicó, ya en su tiempo, San León Magno:

> «Al disponernos a celebrar aquel misterio (Pascua-Pasión) que es el más eminente, con el que la sangre de Jesucristo borró nuestras iniquidades, comencemos por preparar ofrendas de misericordia, para conceder, por nuestra parte, a quienes pecaron contra nosotros lo que la bondad de Dios nos concedió a nosotros» *(Sermón* 10,3-5).

Y San Agustín, bajo cuya Regla profesó la mística de Montefalco:

> «La pasión de nuestro Señor y Salvador Jesucristo es para nosotros un ejemplo de paciencia, a la vez que seguridad de alcanzar la gloria» *(Sermón* 218 C). «Llevar la propia cruz —dirá de otra manera el mismo santo obispo de Hipona— equivale, en cierto modo, a dominar la propia mortalidad» *(Sermón* 218,2).

Aunque inimitable en su propia experiencia mística —el suyo es, después de todo, caso de veras excepcional—, la espiritualidad de Santa Clara de la Cruz de Montefalco resulta fascinante para tantas almas místicas de nuestro tiempo. En su cándida figura se trasluce el amor puro por el Señor, el abandono dócil que permite a Dios plasmar en sus elegidos el divino rostro de Cristo y realizar en ellos, y con ellos, las grandes maravillas de la Cruz. Santa Clara de la Cruz de Montefalco pertenece por eso al selecto coro de santas y santos radicalmente identificados con el dolor de Cristo hasta sufrirlo en sus propias carnes, de puro vivirlo diariamente en la interioridad del espíritu. Con los signos de la pasión, en resumen, Clara logró encerrar dentro de sí toda la teología.

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

BARONE, G., «Chiara da Montefalco», en *Dizionario biografico degli italiani,* XXIV (Roma 1980) 508-512.

— «Clara de Montefalco», en C. LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los Santos,* I (Madrid 2000) 537-540.

BELLINI, P., OSA, «Sta. Clara de Montefalco (1268-1308)», en F. ROJO (ed.), *La seducción de Dios. Perfiles de hagiografía agustiniana* (Roma 2001) 67s.

BERENGARIO DI DONADIO, *Vita di Chiara da Montefalco* (Roma 1991).

Bibliotheca hagiographica latina: antiquae et mediae aetatis, ediderunt Socii Bollandini (BHL) (Bruselas) n.1.818-1.821.

Bibliotheca sanctorum. III: *Bern-Ciro* (Roma 1963) cols.1217-1222.

GUTIÉRREZ, D. - NESSI, S. - TRAPÈ, A. - ALONSO, C., «Santa Chiara da Montefalco e il suo ambiente»: *Analecta Augustiniana* 46 (1983) 331-410.

Lexikon der christlichen Ikonographie. VII: *Ikonographie der Heiligen,* 318-319.

Martyrologium romanum, o.c., 436, n.7; 679.

MENESTÒ, E. (ed.), *Il processo di canonizzazione di Chiara da Montefalco* (Perugia 1984).

NESSI, S., *Le colline della speranza. Chiara da Montefalco. Il mistero nel cuore* (Città di Castello 1999).

SALA, R., OSA, *Chiara da Montefalco (santa),* en L. BORRIELLO (ed.), *Dizionario di mistica* (Roma 1998) 292-293.

— *Chiara della Croce. La mistica agostiniana di Montefalco* (Roma 1977).

— *Dialoghi con Chiara da Montefalco* (Roma 1998).

SEMENZA, A., OSA, *Vita sanctae Clarae de Cruce, ex codice montefalconensi saeculi XIV desumpta* (Ciudad del Vaticano 1944).

SANTA BEATRIZ DE SILVA

Virgen y fundadora († 1491)

Estamos ya en el último siglo de la Reconquista. Los reinos cristianos de la península Ibérica se van extendiendo hacia el sur y pasan al África. Una de las últimas plazas ganadas a los árabes para el reino de Portugal fue Ceuta (1415). El capitán de esta hazaña y primer gobernador de la ciudad conquistada fue don Pedro Meneses, conde de Viana y descendiente de los reyes de Castilla. En la conquista de esta plaza había intervenido también el caballero don Ruy Gómez de Silva, cuyo ejemplar comportamiento le mereció el aprecio de su capitán, hasta el punto de ofrecerle en matrimonio a su hija Isabel.

El año 1422 se formó el nuevo hogar Silva-Meneses, en el que vería la luz Beatriz. Su padre fue este aguerrido caballero, don Ruy Gómez de Silva, tan distinguido en la cruzada contra los árabes. Su madre, doña Isabel Meneses, procedía de ilustre sangre real y era la segunda de los cuatro hijos de don Pedro Meneses.

La vida del nuevo matrimonio transcurrió entre Ceuta y Campo Mayor, cuya alcaidía le fue concedida a Ruy Gómez de Silva por el rey portugués. Campo Mayor es una ciudad fronteriza con España, del distrito de Portalegre y diócesis de Évora. Aunque no faltan historiadores antiguos que dan a Beatriz por nacida en Ceuta, la tradición del primer convento concepcionista de Toledo considera a Campo Mayor como la patria de su madre fundadora y en esta villa portuguesa se conservan los mejores recuerdos de la infancia de Beatriz. Como fecha de su nacimiento se señala el año 1424.

La madre de Beatriz, siguiendo la tradición familiar, era muy devota de la Orden de San Francisco y por ello encomendó la educación religiosa de sus once hijos a los padres franciscanos, que sembraron en sus almas un amor especial a la Inmaculada Concepción. El quinto de los hermanos de Beatriz, llamado Juan y luego Beato Amadeo de Silva, tomó el hábito de San Francisco y fundó la asociación llamada de los «amadeístas».

Hay una tradición conservada en Campo Mayor que es todo un símbolo de la belleza angelical que distinguía a la joven Beatriz. En una de sus iglesias se venera un cuadro de la Virgen con

la cabeza inclinada y los ojos cerrados, sosteniendo sobre sus rodillas al Niño. A su lado están arrodillados San Francisco y San Antonio. Las facciones de esta Virgen, según la tradición, son copia del rostro candoroso de Beatriz. Su padre quiso tener un cuadro de la Virgen para la capilla de su residencia y con este fin mandó venir a un pintor italiano. El artista expuso al padre que el mejor modelo para la Virgen sería su misma hija. Ésta, por obediencia, accedió a ello, pero, poseída de un inocente pudor en servir de modelo para un cuadro de María Inmaculada, no abrió sus ojos ante el pintor. Así resultó una imagen de la Virgen sumamente expresiva y delicada, conocida con el nombre de la «Virgen de los ojos cerrados».

En 1447 Juan II de Castilla contraía matrimonio con Isabel, princesa de Portugal. Esto dio lugar a que la nueva reina de Castilla pidiese al alcaide de Campo Mayor a su hija Beatriz como primera dama. Tenía ya entonces veintitrés años, y, al decir de la *Historia anónima* manuscrita de 1526, «allende venir de sangre real, era muy graciosa doncella y excedía a todas las demás de su tiempo en hermosura y gentileza». La corte de Castilla residía por entonces en Tordesillas, al oeste de Valladolid, en plena meseta castellana, junto al río Duero. El ambiente palaciego estaba dominado por intrigas y frivolidades cortesanas de la época. Éstas fueron las espinas que encontró Beatriz en Tordesillas, haciendo más bella y fragante la flor de su virginidad.

Fuese por intrigas de algún caballero resentido ante la negativa de Beatriz a sus pretensiones, fuese por celos de la reina, que llegó a ver en ella una amante rival, cayó en desgracia de ésta.

> «Viendo la grande estimación que todos hacían de la sierva de Dios, la reina hubo celos de ella y del rey, su marido, y fueron tan grandes que, por quitarla de delante de los ojos, la encerró en un cofre, donde la tuvo encerrada tres días, sin que en ellos se le diera de comer ni de beber».

Fue todo un torbellino de pasión, que quiso tronchar la vida de esta delicada flor, pero acudió en su defensa la Reina del cielo.

> «La Virgen María se le apareció con hábito blanco y manto azul y el Niño Jesús en brazos, y, luego de haberla confortado con cariño maternal, le intimó que fundara en su honor la Orden de la Purísima Concepción, con el mismo hábito blanco y azul que ella

llevaba. Ante tan señalada merced de su Reina y Señora, Beatriz se ofreció por su esclava y le consagró, rebosante de gratitud, el voto de su virginidad y le rogó confiadamente la librara de aquella prisión».

La reina celestial accede sonriente y desaparece.

La intervención de don Juan Meneses, tío de Beatriz, hizo que la reina Isabel abriese el cofre pasados tres días, esperando que su dama fuese ya cadáver. La sorpresa de todos fue impresionante. Beatriz apareció con más belleza y lozanía que antes de ser encerrada. Todos adivinaron que la bella dama portuguesa había sido favorecida en aquellas horas oscuras y tenebrosas con alguna luz especial del cielo. La Santísima Virgen la había escogido para dama suya. Era preciso cambiar de palacio. A los tres días de verse libre del encierro, sin más dilación, pidió salir de Tordesillas, dirigiéndose a Toledo, acompañada de dos doncellas.

Camino de Toledo tiene lugar, al pasar por un monte, la aparición de dos frailes franciscanos. Beatriz pensó que eran enviados por la reina para confesarla antes de morir a manos de un verdugo.

> «Entonces, declarando ella su pena y temor, díjole un fraile de aquéllos, que parecía portugués, que no llorase, porque no solamente no eran ellos mensajeros de su muerte, mas antes la venían a consolar y la hacían saber que había de ser una de las mayores señoras de España, y que sus hijos serían nombrados en toda la cristiandad. A esto respondió que era doncella y que, con el emperador que la demandase, no se casaría en ninguna manera, porque tenía hecho voto de limpieza a la Reina del cielo. Y dijéronle ellos: "Lo que hemos dicho ha de ser"».

Sigue describiendo la *Historia anónima* de 1526 cómo, después de consolarla, al llegar a una posada y disponerse para comer, desaparecieron aquellos dos frailes misteriosos:

> «Y Beatriz creyó firmemente que el Señor le había enviado para consolarla e instruirla a San Francisco de Asís y a San Antonio de Padua, a los cuales celebró fiesta en adelante todos los años».

En Toledo florecían por esta época numerosos monasterios de todas las principales órdenes, especialmente cistercienses, dominicas y clarisas. Razones que la historia no nos ha transmi-

tido hicieron que Beatriz escogiese el monasterio cisterciense de Santo Domingo de Silos (vulgarmente llamado «El Antiguo»); tal vez relaciones muy personales con alguna de las religiosas de este monasterio, perteneciente a la nobleza portuguesa o castellana; tal vez el haber encontrado en este monasterio las condiciones más a propósito para la vida retirada que ella pensaba llevar, sin ser religiosa.

En este vetusto solar de Toledo buscó Beatriz su casita de Nazaret, como «señora de piso», y en él vivió treinta años dedicados a la oración, al sacrificio y al desprecio del mundo.

> «La sierva de Dios fue muy humilde en sus acciones, despreciando su persona en actos exteriores; [...] era su vida heroica y [...] vivió treinta años en Santo Domingo, ejercitándose en toda virtud».

Hay un dato muy significativo que revela su enérgica decisión de romper con el mundo:

> «Dende que salió de la corte del rey Don Juan hasta que murió ningún hombre ni mujer vio su rostro enteramente descubierto, si no fue la reina Doña Isabel (la Católica) y la que le daba de tocar, porque, aun para comer delante de solas sus criadas, apenas descubría del todo la boca».

A la mortificación y vida retirada unía la práctica de la oración prolongada y una liberalidad magnánima para emplear todos sus bienes en dar culto a Dios y socorrer al pobre. Con sus rentas hizo labrar un nuevo claustro y la sala capitular del monasterio donde residía; con ellas favoreció también a cuantos pobres solicitaron su ayuda. Con el trabajo de sus manos, hilando o bordando, santificó también los ratos libres.

Mientras tanto la Providencia iba preparando los acontecimientos para que Isabel la Católica se interesase por la fundación de la Orden concepcionista. Había sido proclamada reina en 1474 y algún año después entraba en Toledo; venía a cumplir la promesa hecha en la batalla de Toro de edificar un templo a San Juan Evangelista. El lugar escogido está próximo al monasterio donde residía Beatriz. En todos estos años turbulentos, en medio de campañas guerreras, cuando la reina venía a Toledo buscaba tiempo para ir a conversar con Beatriz, la dama que la había mecido en sus brazos cuando niña. En 1479, «con la ayuda de Dios y de la gloriosa Virgen María, su Madre», se firmó la

paz definitiva entre Castilla y Portugal. Esto pudo ser un motivo especial para que la Reina Católica, tan devota de la Inmaculada, apoyase la fundación de la Orden concepcionista, que la Virgen había confiado a Beatriz. Por estos años «se dice que se le apareció (a Beatriz) la Madre de Dios otra vez, distinta de la referida del cofre, volviéndola a mostrar cómo había de ser el hábito que traerían sus monjas».

El año 1484 Isabel la Católica concertaba con Beatriz la donación de unas casas de los palacios reales de Galiana, junto a la muralla norte de Toledo. Le donaba también la capilla adjunta, dedicada a Santa Fe por la reina doña Constanza, esposa de Alfonso VI. Con doce compañeras (entre ellas una sobrina) pasó Beatriz a ocupar esta nueva mansión toledana. «En esta casa entró tan desacomodada con gran alegría, y dio orden de irla fabricando al modo necesario para que pudiese ser convento de religiosas».

Cinco años pasó Beatriz echando los cimientos de la Orden concepcionista, bajo la protección de Santa Fe. El nombre de esta santa francesa decía muy bien con la fe que había demostrado Beatriz desde que salió de Tordesillas. Isabel la Católica se serviría del patrocinio de esta misma Santa en la conquista de Granada, con una fe paralela a la de Beatriz.

La aprobación de la Orden concepcionista, pedida al Papa por mediación de la reina católica, era firmada por Inocencio VIII el 30 de abril de 1489. En este mismo día se presentó en el torno del convento provisional de Santa Fe un personaje misterioso, preguntando por doña Beatriz de Silva y comunicándola la firma de la bula por el Papa.

> «De esta manera lo supo ella en Toledo, cuando se otorgó en Roma, por revelación divina y creyó, sin duda, que este mensajero era San Rafael, porque desde que supo decir el Avemaría le había sido muy devota y le rezaba cada día alguna cosa en especial».

Tres meses más tarde llega a Toledo la noticia de que la bula se había ido al fondo del mar, por haber naufragado la nave donde venía.

> «De esto recibió grandísima tristeza, y con mucha ansia de su corazón no hizo tres días sino llorar. Al cabo de ellos fue a abrir un

cofre para cierta cosa necesaria, y, no sin mucha maravilla, halló allí la dicha bula encima de todo».

Toda la ciudad de Toledo se asoció con gran júbilo a la procesión en que se trasladó la «bula del milagro» desde la catedral al convento de Santa Fe. Tuvieron lugar todos estos festejos en los primeros días del mes de agosto de 1491. Actuó en la procesión, misa pontifical y sermón el insigne padre franciscano Francisco García de Quijada, obispo de Guadix, y anunció que a los quince días tendría lugar en la capilla de Santa Fe la toma de hábitos y velos por Beatriz y sus compañeras.

> Pero [...] «a los cinco días, estando (Beatriz) puesta en muy devota oración en el coro, aparecióle la Virgen sin mancilla [...], la cual le dijo: "Hija, de hoy en diez días has de ir conmigo, que no es nuestra voluntad que goces acá en la tierra de esto que deseas"».

El mismo día 16 de agosto, que se había acordado para la toma de hábitos, tuvo lugar la tranquila muerte de Beatriz. El mismo padre confesor le impuso el hábito y velo concepcionistas y recibió su profesión religiosa.

> «Al tiempo de su muerte fueron vistas dos cosas maravillosas: la una fue que, como le quitaron del rostro el velo para darle la unción, fue tanto el brillo que de su rostro salió que todos quedaron espantados; la otra fue que en mitad de la frente le vieron una estrella, la cual estuvo allí puesta hasta que expiró, y daba tan gran luz y resplandor como la luna cuando más luce, de lo cual fueron testigos seis religiosos de la Orden de San Francisco».

Había sido escogida como estrella para guiar a generaciones de vírgenes, que consagrarían a Dios su amor y su pureza, en honor de María Inmaculada. Se iba al cielo para guiarlas mejor desde allí.

> «Siendo viva esta señora doña Beatriz y yendo una vez a maitines, según acostumbraba, halló la lámpara del Santísimo Sacramento muerta, y poniéndose en oración, viola manifiestamente encender, no viendo quién la encendía; tras esto oyó una voz, según ella después lo descubrió, que bajamente le dijo: "Tu Orden ha de ser como esto que has visto, que toda ha de ser deshecha por tu muerte, mas como la Iglesia de Dios fue perseguida al principio, pero después floreció y fue muy ensalzada, así ella florecerá y será

multiplicada por todas las partes del mundo, tanto que en su tiempo no se edificará casa alguna de otra Orden"».

Así sucedió, en efecto. Recién fallecida, se apareció Beatriz en Guadalajara al padre fray Juan de Tolosa, franciscano, diciéndole que se encaminase a Toledo para defender su Orden. Las religiosas de Santo Domingo pretendían que fuese enterrado en su monasterio el cuerpo de Beatriz y que se fusionasen con ellas sus compañeras, en vez de llevar adelante la nueva Orden concepcionista. La intervención del padre Tolosa evitó la extinción de la incipiente Orden. Cuatro años después surgió una nueva tempestad al fusionarse el vecino monasterio de monjas benedictinas de San Pedro de las Dueñas con el de Santa Fe y tener lugar grandes desavenencias. La abadesa de Santa Fe, madre Felipa de Silva, sobrina de Beatriz, resolvió abandonar su convento y trasladarse al de religiosas dominicas de la Madre de Dios, en la misma ciudad, llevándose consigo las reliquias de su venerable tía. Otro fraile franciscano, el cardenal Cisneros, volvió a encender la lamparilla de la Orden concepcionista, trasladando el convento de Santa Fe al que habían ocupado los padres franciscanos, muy próximo a él, y apoyando la fundación de nuevos conventos concepcionistas.

A este último convento fueron trasladadas definitivamente las venerables reliquias de Beatriz, comenzando a recibir culto público poco después de su muerte. El afán por poseerlas es una buena prueba de ello. Los menologios de la Orden franciscana, cisterciense y benedictina la dan el título de «beata». Abundan los relatos de favores milagrosos obtenidos por su intercesión. El año 1924 el papa Pío XI confirmó el culto inmemorial tributado a Beatriz como a beata, con lo que nuevamente podía recibir culto público después de las normas prohibitivas de Urbano VIII en el siglo XVI. Reanudada la causa de canonización por Pío XII, fue definitivamente canonizada por el papa Pablo VI el 3 de septiembre de 1976.

Después de más de cuatro siglos de existencia y a pesar de las grandes pruebas por las que ha tenido que pasar la vida de clausura, aún conserva la Orden concepcionista unos 165 monasterios diseminados por Europa: España, Bélgica y Portugal; América Latina: Brasil, Argentina, Colombia, Ecuador y Méxi-

co; África: Guinea Ecuatorial; Asia: India. Ésta es la gran gloria de Santa Beatriz de Silva, adalid de la Inmaculada varios siglos antes de su definición dogmática.

IRENEO GARCÍA ALONSO

Bibliografía

Obras manuscritas, conservadas en el archivo de RR. Concepcionistas de Toledo:
— Bula *Inter caetera,* de Inocencio VIII, por la que aprueba la Orden concepcionista el 30 de abril de 1489. Decreto ejecutorio de dicha bula, firmado por el vicario general de la diócesis de Toledo, D. Velasco Romero, el 16 de febrero de 1491.
— *Historia de la venerable Madre doña Beatriz de Silva, fundadora de la Orden de la Concepción Franciscana de Toledo,* escrita en 1526 por un religioso franciscano.
— *La margarita escondida, vida de la Beata Beatriz de Silva,* escrita en 1661 por la madre Catalina de San Antonio.

CONDE, R., OFM, *La Beata Beatriz de Silva* (Madrid 1931).

GUTIÉRREZ, E., OFM, *Vida de la Beata Beatriz de Silva* (Toledo 1951).

UMA CONCEPCIONISTA DO CONVENTO DE CAMPO MAIOR, *Uma flor portuguesa* (Campo Maior 1954); trad. española: *Una flor de santidad Beatriz de Silva* (Cáceres 1955).

• Actualización:

GARCÍA DE PESQUERA, E., *Beatriz de Silva y Meneses* (Madrid 1993).

— *Santa Beatriz de Silva y sus hijas. El séquito de la Inmaculada* (Madrid 1984).

GUTIÉRREZ, B., *Crónica de la canonización de Beatriz de Silva* (Burgos 1978).

GUTIÉRREZ, E., OFM, *Beatriz de Silva. Estampa histórica de la Santa* (Burgos 1985).

— *Beatriz de Silva. Santa fundadora* (Burgos ^{4}1982).

— *Santa Beatriz de Silva. Primera biografía, comentada* (Burgos 1990).

— *Santa Beatriz de Silva e historia de la Orden de la Concepción en Toledo en sus primeros años (1484-1511)* (Toledo ^{3}1988).

MERCEDES DE JESÚS (CONCEPCIONISTA), *Santa Beatriz de Silva* (Alcázar de San Juan 1990).

UNA MONJA CONCEPCIONISTA, *Santa Beatriz de Silva. Fundadora de la Orden de la Inmaculada Concepción (Monjas concepcionistas). Su drama, su carisma* (Alcázar de San Juan 1989).

SANTA JUANA DELANOUE

Virgen y fundadora († 1736)

El turismo contemporáneo ha hecho célebre el valle del Loira. Tierras amables, de suave clima, por las que corre caudaloso y lento, con impresionante solemnidad, el gran río. A ambas orillas contempla el viajero los señoriales palacios, que los franceses suelen llamar un tanto impropiamente, si se atiende al sentido español de la expresión, castillos. Toda una época de la historia de Francia está remansada en aquellas piedras, a las que un día dio forma e impulso artístico el Renacimiento, dotándo-

las de una belleza verdaderamente impresionante. Los fosos, los jardines, las torres, los patios... hablan de historias que hoy nos parecen muy alejadas en el tiempo, pero que, sin embargo, continúan pesando aún en los mismos destinos de Europa entera.

El río se abre para abrazar una isla al llegar a una pintoresca ciudad: Saumur. Dividida por los dos brazos del río en tres partes, Saumur, con sus relucientes techos de pizarra, con la gracia de sus hermosas iglesias y de sus tortuosas calles, vive a la sombra de un auténtico castillo. No es, como los otros del valle del Loira, finca de recreo, sino auténtica construcción castrense, con sus fuertes torres y sus almenas. Hoy está transformado en museo del caballo, porque Saumur debe su fama mundial a la célebre Academia de Caballería y al no menos célebre «cuadro negro» de la misma.

Pues bien, entre los contrafuertes del castillo y el río corre la carretera que viene de Chinon. Cuando el viajero va aproximándose a la ciudad, le sale al encuentro el edificio impresionante de Nuestra Señora des Ardilliers. Se trata de un santuario célebre en toda la región, y que, aunque maltratado por las bombas en la última guerra mundial, ha vuelto a resurgir en todo su esplendor. A partir del santuario comienza un barrio de casas modestas y calles muy cortas, porque no es posible extenderse con el río y la carretera por un lado y la abrupta pendiente del castillo por el otro.

Pues bien, en una de estas casitas nacía el 18 de junio de 1666 una niña que hacía el número doce de los hijos del matrimonio de Pierre Delanoue y Françoise Hureau. Cuatro años después moría su padre, y la pequeña tenía que abandonar la escuela para ayudar a su madre. Inteligente, activa, enérgica, contribuía con todas sus fuerzas a llevar adelante el pequeño negocio familiar.

El 17 de enero de 1692, Juana perdía también a su madre. Tenía entonces veintiséis años. Heredaba la tienda de objetos religiosos, cuya clientela estaba constituida por los peregrinos que acudían a Notre Dame des Ardilliers. Ayudada por una sobrina suya de diecisiete años, Juana también de nombre, no repararía en entregarse por completo a la búsqueda del dinero. Años después se lamentará amargamente de haber permaneci-

do con la tienda abierta los domingos y los días festivos y de haber recibido en pensión a las gentes que tenían dinero, rechazando con dureza a los pobres. En una palabra, Juana había cedido a la pasión de la avaricia.

Y he aquí que, cuando menos lo pensaba, Dios Nuestro Señor vino a visitarla. Por una verdadera casualidad oyó un sermón en la capilla del hospital y se sintió movida a acercarse al predicador pidiéndole que la oyera en confesión. El padre Geneteau, que así se llamaba el predicador, estaba muy lejos de tener un carácter dulce, y así lo demostró repetidas veces a lo largo de su vida. La acogida no fue, por consiguiente, suave. Pero Dios había tocado en el alma a Juana y ella no se desanimó. Insistiendo, logró que el buen sacerdote aceptara hacerse cargo de su dirección espiritual. Pocos días después, Juana, acompañada de una pobre mujer de Rennes, Françoise Souchet, que habría de tener gran influencia en su vida, realizaba su primera obra de caridad y llevaba un vestido a una mujer del barrio.

Había comenzado la transformación. Pero faltaba la parte más espectacular e impresionante. Ésta tuvo lugar el 22 de mayo de 1693. Juana, en pie en su tienda, cayó en profundísimo éxtasis que duró tres días y tres noches. Los escépticos hablaron de una vana ilusión. La verdad es, sin embargo, que la vida de Juana cambió profundamente desde aquel día y que con una constancia asombrosa, a través de toda clase de pruebas, Juana se mantuvo siempre fiel a la misión que había visto que se le confiaba durante el éxtasis. Una caridad insaciable, juntamente con una vida increíble de oración y penitencia, serían el resultado de aquella maravillosa visión mística.

Y desde aquel momento su vida quedó enteramente fija en una preocupación y un deseo: servir a Jesucristo en la persona de los pobres y de los miserables. Vuelta en sí, supo que a dos leguas del lugar, en una cuadra de Saint-Florent, había refugiados seis niños enfermos y desvalidos. Recorre el camino con decisión y se los lleva a casa. Pronto otros niños vienen a acompañarla. La que antes había pecado de avaricia, ve ahora cómo sus vecinos, e incluso su propia sobrina, la tachan de prodigalidad. Pronto corre en boca de todos el remoquete que, con intenciones malas, pero reflejando una consoladora realidad, habían puesto a su casa: «La Providencia».

Todavía durante unos años Juana hace compatible este ejercicio de la caridad con la atención a su tienda y con una vida que llamaríamos normal. Pero en 1698 Juana se decide a hacer su sacrificio pleno y cabal: renuncia a su comercio y empieza a vivir como aquellos mismos pobres a quienes quería servir. Es más, promete hacerlo así siempre con voto. Y empieza su vida de mendiga yendo a pie y pidiendo limosna a la tumba de San Martín en Tours.

El 15 de septiembre de 1702, el día de la fiesta de Notre Dame des Ardilliers, a las seis de la mañana, se hunden súbitamente once casas del barrio. Una de ellas es la de Juana. Entre los escombros queda el cadáver de una niña. Las demás y las viejecitas que había recogido, quedan totalmente desamparadas. Todo Saumur y el mismo padre Geneteau tienen por perdida por completo la obra de «La Providencia». Pero Juana no se rinde ante tamaña contrariedad. Busca refugio durante unas semanas en las caballerizas de los oratorianos, y poco después alquila una casa, que, pequeña y todo, ve crecer de día en día el número de los que se acogen dentro de sus muros.

Pero Juana empieza ya a no estar sola. En 22 de septiembre de 1703, un año después de la catástrofe, llega una primera compañera. Pronto serán cuatro, dándose la curiosa circunstancia de que una de ellas es la sobrina que tantas dificultades puso cuando Juana quiso comenzar su nueva vida. Al año siguiente, el 26 de julio, el padre Geneteau bendecía los primeros hábitos religiosos de las «Hermanas de Santa Ana, sirvientes de los pobres».

Pero el estilo de vida no cambia con el hábito. La obra continúa teniendo el mismo aire de absoluta confianza en la Providencia divina. Cuando, para poder recibir más pobres, intenta Juana alquilar una gran casa, los oratorianos, que eran los propietarios, le piden, más que todo para desanimarla, una subidísima renta. Ella acepta sin vacilar y recibe allí a más de cien personas durante el terrible invierno de 1709. Años después el mismo edificio se hace ya pequeño y en 1716 la casa se instala en las inmediaciones de Notre Dame des Ardilliers, en el mismo barrio de Fenet en que Juana había nacido y pasado la mayor parte de su vida. La nueva casa es hermosa, pero también

insuficiente. Juana hace construir una parte de nueva planta y utiliza, según la costumbre del valle del Loira, las cuevas para habitación. Aún hoy el viajero ve habitadas estas cuevas, que por la estructura del terreno resultan, según es sabido, agradables y sanas.

Parece llegado el momento de consolidar la obra dándole personalidad jurídica, que permita desenvolverse con mayor facilidad y recibir legados. Desgraciadamente, aunque Luis XIV otorga sus letras patentes, el Parlamento se niega a registrarlas. Hay que confiar tan sólo en la Providencia. Y en la Providencia sigue confiando Juana, sin verse desatendida. De la manera más inesperada acuden los donativos: ahora es una parroquia que envía una barcaza llena de trigo, luego unos amigos que traen mil libras; ocasiones hay en que el mismo Señor multiplica milagrosamente el trigo.

Pero la actividad exterior no debe hacernos olvidar el admirable crecimiento de santidad de la Beata Juana. Insaciable en su espíritu de oración, llegaba a la altura de lo heroico en la práctica de todas las virtudes. No se puede imaginar un abandono más filial y pleno en los brazos de la divina Providencia. Ocasiones habrá en que Dios permitirá que las limosnas falten durante bastantes días, sin que ella, sin embargo, vacile un solo momento, en la seguridad de que Dios mismo pondrá remedio.

Se había abrazado con la vida de los pobres. Por eso comía sólo una vez al día unos mendrugos de pan endurecidos que había tomado de la alforja de un mendigo. Dormía unas pocas horas sentada en una silla o apoyada en un pequeño arcón, sin usar jamás la cama. Sus penitencias ponían espanto a todos cuantos convivían con ella.

Pero no era esto sólo. Otras pruebas más dolorosas aún habrían de contribuir a santificarla. Recordemos una que tuvo particular resonancia. El 8 de septiembre de 1708 se presenta en «La Providencia» nada menos que San Luis María Griñón de Montfort. Se reúne la comunidad, y el santo, impresionado por algunas acusaciones de hipocresía hacia Juana que habían llegado a sus oídos, la acusa ante toda la comunidad de engañadora y pronuncia una terrible requisitoria contra ella. Juana llora silenciosamente ante sus hijas consternadas y se somete humilde-

mente a las órdenes del gran misionero. Su humildad era tanta, que el santo comprendió inmediatamente que había sido injusto, y fue endulzando su actitud. Pero la prueba había sido terrible. Y no era la única, pues ya hemos dicho que el padre Geneteau tampoco tenía el genio blando, y fueron muchas las veces, a lo largo de los años, en que impuso a la santa humillaciones y sacrificios costosísimos.

Otra prueba muy dolorosa vino de una de sus hijas. Cuando en 1709 se pensó ya en presentar a la aprobación del obispo de Angers las reglas, una de las religiosas, asustada por el género de vida que en ella se describía, acudió al obispo quejándose de que aquel yugo podría ser insoportable. Sin embargo, pronto fue presa de remordimiento y confesó su falta. A Juana hubo de dolerle necesariamente aquella desconfianza.

Las religiosas que habían recibido el hábito en 1704, pudieron por fin en 1709 emitir sus votos, aún de una manera reservada, casi secreta. Pero la congregación, aprobada por el obispo, siguió su camino con paso firme. En 1721 dos religiosas marchan a Brézé para abrir una escuela de niñas. En 1725 otras dos fueron enviadas a Puy-Notre Dame. Y así, en los años siguientes fueron extendiéndose por todas las regiones vecinas diversas casas religiosas. El hospicio de Saumur llegaba a recibir trescientas personas.

La obra de Juana podía decirse ya completa. En septiembre de 1735 vio que llegaba su hora. Su cuerpo extenuado se sintió incapaz de obedecer a su enérgico espíritu. La que durante tantos años, sobreponiéndose al dolor y a la enfermedad, había servido heroicamente a los pobres y a los enfermos vio que le faltaban las fuerzas. Cayó enferma. Y en su lecho tuvo una de sus más dolorosas pruebas. Cesaron todas las gracias místicas y quedó en aridez absoluta. Así pasó seis interminables meses. Al fin, ya en febrero, sintió de nuevo las consolaciones. Pasó suavemente los últimos meses de su vida. Y el 17 de agosto de 1736, entre las tres y las cuatro de la mañana, se dormía dulcemente en el Señor. Sus últimas palabras fueron un hermoso consejo a sus hijas: «Continuad siempre lo mismo que hemos hecho siempre hasta ahora. Asistid a los pobres de fuera y de dentro».

Saumur se conmovió ante la noticia: «Ha muerto nuestra Santa». Una muchedumbre inmensa se apretujó en la capilla de la casa de «los tres ángeles», como se llamaba el asilo. En la misma capilla quedó enterrada.

En 1796 el hospicio fue llevado a la inmensa casa que había sido de los oratorianos antes de su dispersión. Ese mismo año, en la noche del 15 al 16 de agosto, las hermanas prepararon una humilde tumba en la capilla de Notre Dame des Ardilliers, tan querida de la santa. Allí quedaron los restos de su fundadora. En 1836 fueron colocados en una tumba más digna, y, por fin, en 11 de mayo de 1881, trasladados a la capilla de la nueva casa madre de la congregación: la hostería de la antigua abadía de Saint-Florent-les-Saumur.

Introducida su causa tardíamente, el 5 de julio de 1898, Pío XII la beatificó el día 9 de diciembre de 1947 y fue canonizada por el papa Juan Pablo II el 31 de octubre de 1982.

LAMBERTO DE ECHEVERRÍA

Bibliografía

AAS 15 (1948) 36-40; 314-319.
Discours sur la vie et les vertus de la vénérable Soeur Jeanne de La Noue, fondatrice et première supérieure de la maison de la Providence de Saumur (Angers 1743).
MACÉ, J., *Vie de Jeanne de La Noue, fondatrice de l'hospice de la Providence de Saumur et de la Congrégation des Soeurs de Sainte-Anne* (Saumur 1845).
TROCHU, F., *La vénérable Jeanne Delanoue, soeur Jeanne de la Croix, fondatrice des Soeurs de Sainte-Anne de la Providence de Saumur, 1666-1736* (París 1938).
• Actualización:
BERTHIER, R., *Jeanne Delanoue et le journal de la mère des pauvres* (París 1981).
DARRICAU, R. - PEYROUS, B. - VIGUERIE, J. DE, *Sainte Jeanne Delanoue, fondatrice des Servantes des pauvres (1666-1736)* (Chambray-les-Tours 1982).
CIMICHELLA, A.-M. (ed.), *Sainte Jeanne Delanoue, servante des pauvres* (Montreal 1984).
LADAME, J., *Saints et bienheureux de Jean-Paul II.* XXI: *Servantes des pauvres: Sainte Jeanne Delanoue...* (Montsûrs 1987).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN MAMÉS
Mártir († 273)

San Mamés (o Mamante o Mamas) es un mártir de Cesarea de Capadocia, del que la noticia más primitiva la proporcionan los santos Basilio y Gregorio Nacianceno. El panegírico de San

Basilio fue pronunciado en la basílica dedicada al santo en la propia Cesarea; en cambio, la homilía de San Gregorio es la pronunciada en la domínica siguiente a Pascua y todo indica que habla en ella del santo porque fue pronunciada en la iglesia dedicada al santo en Nacianzo. Otras fuentes, como la «passio», son posteriores. El *Martirologio romano,* recogiendo lo sustancial de las noticias primitivas, nos dice que se trataba de un humilde pastor que llevó en los montes una vida cristiana de gran austeridad y que, bajo el imperio de Aureliano, confesó la fe hasta el martirio. Ninguno de los dos citados doctores nos dicen otra cosa: nada sobre su familia, nada sobre su edad, nada sobre el género de martirio que padeció. San Gregorio dice que se servía de la leche de las ciervas para su alimento y que éstas venían gustosamente a que el santo las ordeñara. Ambos santos son testigos de la difusión del culto al mártir en Cesarea y en su entorno, y de cómo tenía fama de taumaturgo entre los fieles que lo veneraban, los cuales reciben por su intercesión gracias espirituales y temporales, y señala entre los milagros obrados por la intercesión del santo la resurrección de algunos niños, lo que había atraído las multitudes de fieles que acudían a venerarlo. La «passio» añade otros detalles, en los que ya ha puesto su mano la leyenda. Opinan los críticos que puede retenerse como verosímil la fecha de 273/274 para su martirio, aunque no hubiera una persecución general contra los cristianos entonces, pero no faltaron martirios. Se ha dicho que la «passio» utiliza el mito de Orfeo para narrar la vida del santo.

SAN EUSEBIO

Papa y mártir († 310)

Eusebio fue elegido obispo de Roma el 18 de abril del año 309 y se encontró con las dificultades que venían poniendo a la tranquilidad de la Iglesia los rigoristas, enemigos de que se concediera la reconciliación a los que habían apostatado por miedo en la persecución. Su jefe fue Heraclio, que amenazaba además con un cisma. Como dice San Dámaso, Heraclio sostenía la inutilidad de la penitencia, mientras que Eusebio enseñaba a los caídos a llorar sus pecados. La comunidad estuvo dividida en

dos bandos, y hubo por ello discordias muy graves. Pero el flamante papa tuvo poco tiempo de ocuparse del gobierno de la Iglesia porque, arrestado por orden del emperador Majencio, fue condenado por los jueces a destierro en la costa de Sicilia, donde murió al poco tiempo. Su cuerpo fue llevado a Roma y depositado en el cementerio de Calixto.

SANTOS SANTIAGO KYUHEI GOROBIOYE TOMONAGA Y MIGUEL KUROBIOYE

Mártires († 1633)

El 17 de agosto de 1633 murieron en Nagasaki, Japón, tras padecer el martirio de horca y hoyo el sacerdote Santiago Kyuhei y el seglar Miguel Kurobioye. Estaba en vigor la terrible persecución que decretara Tokugawa Yemitsu, y que tenía por objeto acabar con el cristianismo japonés.

SANTIAGO KYUHEI, que en religión se llamaba Santiago de Santa María, había nacido el año 1582 en la isla japonesa de Kyushu, en el seno de una familia noble y cristiana, siendo confiada su educación a los padres jesuitas de Nagasaki. Animado de una fe viva, colaboró en la evangelización teniendo el cargo de catequista. En 1614, cuando se volvió tan fuerte la persecución y se intimó a los agentes cristianos a abandonar el Japón, pasó a las Islas Filipinas, ingresó y profesó en la Orden de Predicadores y se ordenó sacerdote en 1626. Realizó su trabajo misionero en Filipinas y también en la isla de Formosa (Taiwán), pero su deseo era evangelizar a sus propios connacionales, a los que ya les iba faltando la presencia de misioneros que sostuviesen la fe y les administrasen los sacramentos, y en 1632 volvió a Japón, pese al extremo peligro que ello suponía por la ferocidad de la persecución. Llegó a Japón y tomó como compañero al catequista San Miguel Kurobioye. Apresado en poco tiempo, fue encerrado en la cárcel, condenado a muerte y condenado a la horca, en la que estuvo colgado dos días hasta morir.

MIGUEL KUROBIOYE era un japonés cristiano que se hizo compañero y catequista del P. Santiago y trabajó a su lado tres meses hasta que fue arrestado. Los tormentos padecidos debilitaron su fortaleza y tuvo la debilidad de declarar cuál era el es-

condite del P. Santiago, lo que significó el arresto del misionero; pero se repuso y confesó la fe cristiana con decisión, por lo que fue martirizado.

Fueron canonizados el 18 de octubre de 1987 por el papa Juan Pablo II.

BEATO NOEL HILARIO LE CONTE

Clérigo y mártir († 1794)

Noel Hilario Le Conte nació en Chartres el 3 de octubre de 1765, y era hijo de un jardinero. Sin que se sepa en qué concretas circunstancias, el hecho es que fue admitido en el coro bajo de la catedral de Bourges, constando que lo estaba ya en el año 1785, en que percibía ya su salario. Consta también que trabajó en el archivo musical de dicho cabildo (23 junio 1786). El 6 de julio de 1787 es nombrado para una de las ocho vicarías de residencia, fundadas en las capillas de la catedral. La capellanía para la que él fue nombrado estaba destinada a ser dada a clérigos que supieran música y podían ser revocables a voluntad del cabildo. El acta de su toma de posesión dice que este beneficio se le pudo dar a Le Conte porque tenía la suficiencia requerida en voz, en canto y en música. Llegada la Revolución él no era más que clérigo tonsurado, y al ser suprimido el cabildo se le asigna una pensión de 765 libras y 6 dineros que consta él percibió hasta abril de 1792. Por alguna razón desconocida, deja Bourges y se instala en Moulins, presentando un certificado de las autoridades del distrito de Bourges en que se dice que Le Conte desea vivir en Moulins. No se le molesta en más de un año pero en noviembre de 1793 es recluido y destinado a la deportación, sin duda por haberse negado a prestar el juramento constitucional. En diciembre se decide su ida a Rochefort, donde consta que estaba ya el 13 de abril siguiente, y queda detenido en el barco Le Borée. Pasa luego a Les Deux Associés, donde muere el 17 de agosto de 1794 y es enterrado en la isla de Aix. Sus compañeros de cautiverio alabaron el espíritu de piedad y la sincera fe católica de este joven clérigo.

Fue beatificado el 1 de octubre de 1995 por el papa Juan Pablo II.

BEATO ENRIQUE CANADELL QUINTANA

Presbítero y mártir († 1936)

Nació en Olot, Gerona, el 29 de junio de 1890 en el seno de una cristiana familia, cuyos tres hijos varones fueron sacerdotes. Formó parte del coro parroquial y fue monaguillo cuando niño, y en la adolescencia decidió su vocación escolapia ingresando en esta Orden el 22 de octubre de 1905, haciendo su primera profesión religiosa el 18 de agosto de 1907 y la solemne el 29 de junio de 1912. Acabados los estudios, se ordenó sacerdote en Lérida el 20 de diciembre de 1913. Ejerció el ministerio sacerdotal en los colegios de Mataró, Balaguer y en los dos de Barcelona, sobresaliendo no solamente como maestro sino también como predicador celoso del evangelio y difusor de la devoción eucarística. En julio de 1936 estaba destinado en el colegio de Nuestra Señora de las Escuelas Pías de Barcelona. El día 20 de julio hubo de dejar el colegio y se refugió en una familia amiga, pero viendo que ponía esta casa en peligro decidió marchar a Olot, logrando un salvoconducto por su condición de maestro y llegando a casa de su hermana con muchas cautelas.

Dedicado a la oración y la lectura, y poniendo su vida en las manos de Dios, permaneció en esta casa hasta que en la noche del 17 de agosto registraron la casa y le interrogaron, y él reconoció que era religioso escolapio. Entonces los milicianos lo llevaron en un coche, lo maltrataron fuertemente para que dijera el paradero de sus hermanos sacerdotes y lo fusilaron en las cercanías de Castellfullit de la Roca, Gerona. Parece que uno de los milicianos comentó que hubieron de matarlo enseguida porque los estaba convenciendo.

Juan Pablo II le beatificó el 1 de octubre de 1995 en el grupo de 13 escolapios martirizados en diversos días y en varios lugares en 1936.

18 de agosto

A) MARTIROLOGIO

1. En Palestrina (Lacio), San Agapito, mártir (fecha desconocida).
2. En Útica (África), los santos mártires de la Masa Cándida († s. III/IV) *.
3. En Mira (Licia), San León († s. III/IV), mártir.
4. En Roma, en la Via Labicana, Santa Elena († 329), madre del emperador Constantino **.
5. En Metz (Galia), San Fermín († s. IV), obispo.
6. En Arles (Provenza), San Eonio († 502), obispo.
7. En Bitinia, el tránsito de San Macario († 850), hegúmeno, defensor de las sagradas imágenes *.
8. En Caleruega (Burgos), Beato Manés de Guzmán († 1234), presbítero, hermano de Santo Domingo y religioso de su Orden **.
9. En el monasterio de La Cava (Campania), Beato Leonardo († 1255), abad.
10. En Rávena (Romañola), Beato Rainaldo de Concoregio († 1321), obispo *.
11. En Mantua (Lombardía), Beata Paula Montaldi († 1514), virgen, abadesa clarisa *.
12. En Rochefort (Francia), Beato Antonio Bannassat († 1794), presbítero y mártir *.
13. En Valdemoro (Madrid), Beato Francisco Arias Martín († 1936), presbítero y mártir, novicio de la Orden de San Juan de Dios *.
14. En Barbastro (Huesca), beatos Jaime Falgarona Vilanova y Atanasio Vidaurreta Labra († 1936), religiosos de la Congregación de Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María *.
15. En Valdealgorfa (Teruel), Beato Martín Martínez Pascual († 1936), presbítero y mártir, de la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos del Sagrado Corazón de Jesús *.
16. En Rafelbuñol (Valencia), Beato Vicente María Izquierdo Alcón († 1936), presbítero y mártir *.
17. En Santiago de Chile, Beato Alberto Hurtado Cruchaga († 1952), presbítero, de la Compañía de Jesús **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTA ELENA

Madre de Constantino († 329)

No, no durmió sus sueños de recién nacida entre los encajes de una cuna imperial. Fue en un pobre cortijo de Deprano, en Nicomedia, donde vio la luz, en el 248 o 249, aquella niña, escasa de bienes de fortuna, sobre la que Dios tenía planes estupendos.

Así nos lo dijo San Ambrosio, que vivió en una época inmediata a la de nuestra santa.

Nos figuramos a Elena en su adolescencia y juventud trabajando en el mesón de su padre. Atendiendo a todo, trajinando para tener las dependencias limpias y la comida sabrosa y a punto, obsequiosa con sus huéspedes... Siempre sencilla, humilde, recatada, sonriente. Era pagana, sí, porque de familia pagana había nacido, pero sentía en su corazón el vacío de aquellas falsas divinidades.

Hacía unos años que había unas persecuciones horribles contra los cristianos, desencadenadas por los propios emperadores de Roma, que los mandaban apresar y les sometían a tormentos terribilísimos y terminaban por llevarlos al anfiteatro para echárselos a las fieras. También a muchos los quemaban vivos.

Elena no terminaba de comprender por qué sus emperadores hacían aquello. ¡Si los cristianos eran buena gente! Ella trataba con algunas muchachas de su edad que pertenecían a aquella «secta» y no podía sino decir que eran excelentes. Tanto que, a veces, comparándolas con sus amigas paganas, había de reconocer que las superaban en todos los aspectos.

Naturaleza la suya rica en dones de Dios, poseía físicamente una singular hermosura que realzaba la espontánea nobleza de su espíritu y esa que llaman «aristocracia del alma»: una inteligencia privilegiada y un gran corazón.

Tenía ya Elena alrededor de veintitrés años. Todos sus encantos estaban en auge, como en capullo recién abierto. Cuando la Providencia, «río caudaloso lleno de posibilidades y de sorpresas», cambió por completo el curso de su obscura vida.

Ignoramos dónde y cómo se conocieron Elena y Constancio. Él, general valeroso, de noble familia, prefecto del Pretorio durante el gobierno de Maximiano, era de carácter suave, de espíritu exquisito y culto y de salud delicada. La palidez de su rostro había dado origen a su sobrenombre: Cloro.

La espléndida y pudorosa hermosura de aquella muchacha se le entró por los ojos robándole el corazón. Aunque ¿quién dudará que su asombro no tuvo límite cuando, al tratarla, pudo percibir la nobleza de sus sentimientos?... Y la hizo su esposa.

No han faltado autores malintencionados que han hablado de concubinato. Nada de eso. Tillemont se ha encargado de demostrar plenamente la legitimidad de su matrimonio. Fruto de él fue su hijo Constantino, futuro emperador de Roma, que vino al mundo en Naissus (Dardania) el 27 de febrero del 274.

1.º de marzo de 293. El Imperio romano se había extendido prodigiosamente. Diocleciano y Maximiano, que, unidos hacía tiempo, lo compartían con el título de Augustos, decidieron tener cada uno de ellos un César que colaborara en el gobierno y administración de sus Estados. Diocleciano eligió a Galerio, y Maximiano a Constancio Cloro.

Una condición se le impuso al marido de Elena: había de repudiar a su mujer y casarse con la hijastra de Maximiano, único medio de que existiera el imprescindible «parentesco» entre los Augustos y sus Césares. Se separó, pues, de Elena y se unió en matrimonio con Teodora. Prevaleció en él la ambición de la gloria sobre la gloria del amor.

Y nuestra santa ¿qué hizo? Al verse postergada no dejó que se le quebrasen las alas del alma. Las plegó hacia dentro, y serena, tranquila y solitaria se refugió en el reino de su corazón. Allí le dolía menos su abandono. Es que, sin ella sospecharlo, la acompañaba Dios.

Más le costaba la ausencia de su hijo. Intuyendo Diocleciano en el muchacho excepcionales dotes de guerrero y organizador, quiso prepararlo por sí mismo con vistas al futuro, y hacía tiempo que lo tenía en su palacio. Años fecundos estos que pasó junto al emperador. Dejaron en el adolescente una impresión indeleble, ya que, al estallar furiosa y demoledora «la gran persecución» contra los cristianos, pudo personalmente comprobar de qué era capaz una fe religiosa profundamente sentida.

25 de julio del 306. En este día muere Constancio Cloro. Su hijo, que le acompañó en sus últimos momentos, ya no sueña más que con llevarse a su madre a vivir con él. Está orgulloso de ella y quiere compartir su misma vida para sentir siempre el beneficio de su influencia.

¿Era Elena cristiana ya entonces? ¿Desde cuándo? No se sabe exactamente. La mayoría de los autores coinciden en afirmar que no lo fue hasta después de la aparición de la cruz en el cielo, durante la batalla de Saxa Rubra. Recordemos brevemente el suceso copiando a Eusebio de Cesarea, que dice haberlo oído de labios del emperador.

> «Era en las horas posmeridianas, cuando el sol declina ya; Constantino vio en el cielo, con sus propios ojos, un trofeo de cruz compuesto de luz, superpuesto al sol, y adherida al mismo una escritura que decía: "Con este signo vencerás". Él, juntamente con todo el ejército que le sigue, se siente presa de estupor. Constantino no comprende el significado de la aparición y pensándolo largamente llega la noche. Pero, mientras duerme, le aparece el Cristo de Dios, juntamente con el signo visto en el cielo, y le manda que haga una imitación del signo y se sirva de él como de salvaguarda en las refriegas con los enemigos».

Efectivamente, fabricado el «lábaro» según el signo aparecido, se lanza a la batalla y termina con aquella aplastante victoria, «que decidió los destinos del mundo y de la cristiandad».

A los pocos días era Constantino dueño de Roma y entraba en la Ciudad Eterna como único emperador. Era el 28 de octubre del 312. Desde entonces, en sus ideas y en su corazón, puede decirse que es cristiano. No obstante, plenamente, no llegó a realizarlo hasta los últimos momentos de su vida en que recibió el bautismo.

No obró así su madre. El sol de la cruz que alumbró el cielo de Roma iluminó y caldeó el corazón de Elena haciéndole sentir la sublimidad de la religión cristiana y se abrazó con ella. El bautismo abrió en su alma una fuente de piedad viva, consciente, activa.

Ya está restablecida la unidad imperial. Reconocido Constantino soberano del orbe, considera a su madre la soberana. Le da el título de Augusta, manda acuñar monedas con su efigie y, mostrándole una ilimitada confianza, deja a su plena disposi-

ción el tesoro del Estado. Mas, elevada a la cúspide de las grandezas humanas, Elena no se envanece. Vive sin fausto ni lujosas ostentaciones, y, según afirma San Gregorio, «su encantadora modestia enardece de entusiasmo a los romanos».

Al ser enriquecidas por la gracia sus espléndidas cualidades personales despliega todo su poder en favor de su hijo. Y es entonces cuando se percibe el valor de su influencia al transmitirle, con su cariño, todos los tesoros de bondad y prudencia que su alma acumula. El Dante decía de Beatriz: «Ella miraba hacia arriba y yo miraba en ella». Algo así podemos creer de Elena y Constantino. Léase, si no, el famoso Edicto de Milán y todos los que le siguieron, hasta su prohibición del culto de los dioses lares, en el 321, y «toda la lluvia de beneficios morales y materiales que el gobierno de Constantino hizo caer sobre la Iglesia y que no son del todo legendarios».

Entramos en el año 326. Elena siente el declinar de su vida. Desde que el emperador ha trasladado su sede a la antigua Bizancio, la «nueva Roma», allí vive ahora su madre, en aquella ágora que él, en su honor, ha adornado prodigiosamente de pórticos y estatuas. Cerca tiene la iglesia de Santa Irene, también restaurada y embellecida por su hijo. En la placidez de los atardeceres, acompañada de alguna de aquellas esclavas a las que la emperatriz trata como a hijas de su corazón, entra en la iglesia y en ella permanece largo rato dando expansión a su piedad. Considerando la magnificencia de aquella ciudad que ha hecho resurgir Constantino a orillas del Bósforo, se le enardecen los deseos de hacer algo semejante en los lugares que, en Palestina, santificó Jesucristo con su presencia.

Contaba a la sazón setenta y siete años, y los viajes en el siglo IV no se hacían con la rapidísima comodidad con que los hacemos en nuestro tiempo. Eran, por el contrario, de una lentitud y solemnidad abrumadoras. Pero nada hay difícil para un grande amor.

Partió, pues. Su viaje, realizado con ese despliegue de lujo que pedía su rango en aquella época, dejó tras de sí imborrable estela de maravillas. Llamaba sobremanera la atención la persona de la emperatriz. Anciana, conservando aún los rasgos de su extraordinaria belleza, parecía no darse cuenta de la admiración

que despertaba a su paso. En cambio, con una humildad que sobrecogía el ánimo de todos, se colocaba en las asambleas de los fieles en cualquier punto designado para las mujeres, mezclándose con las de más baja condición. Se hospedaba en conventos de monjas y hacía vida común con ellas, ocupando su tiempo en remediar toda clase de necesidades y estudiando las Sagradas Escrituras. Cuanto más se adentraba en la religión cristiana, mayor era el entusiasmo y la admiración que por ella sentía. Pero nada le produjo una impresión tan reverente como el ver a aquellas doncellas cristianas que, renunciando a los halagos del mundo, consagraban a Cristo su virginidad.

Leyenda o historia, no hay nadie que, al escribir la semblanza de esta ilustre mujer, silencie el caso maravilloso de la invención de la Santa Cruz.

Parece que la mayor disconformidad existente en este punto entre los historiadores es debida al silencio que del viaje de Elena hace Eusebio de Cesarea en su *Vida de Constantino el Grande,* a quien —acaso por adulación— atribuye todas las construcciones y reconstrucciones que se hicieron en Palestina aquellos años.

Así lo juzga Tillemont al comprobar que los santos Crisóstomo, Ambrosio, Paulino de Nola y Sulpicio Severo, aunque difieren en alguna pequeña circunstancia, todos atribuyen a Santa Elena el descubrimiento de la Vera Cruz. Por otra parte, el misal que a diario usamos, al comentar esta fiesta el 3 de mayo, se lo asigna también a nuestra santa. ¿Por qué habríamos de silenciarlo aquí?

Mientras la piadosa emperatriz proyectó su viaje a Palestina un deseo vehemente enardecía su corazón: ver, tocar, venerar el sagrado leño del que estuvo colgado el Salvador del mundo. A su llegada a Jerusalén ahí se enderezan todas sus investigaciones. Mas sin éxito alguno entre los cristianos. Entonces se dirige a los judíos. Y es uno, llamado Judas, quien —señalándole el sitio exacto donde se encuentra— le pone en antecedentes de una tradición conservada entre ellos:

> «Hacía muchos años que, por despojar los judíos a la devoción cristiana del precioso símbolo de la cruz, la habían echado, con las de los dos ladrones, a un pozo que después colmaron de tierra y piedras para que se pudriera la madera».

Comienzan las excavaciones. Y, después de dos días de ansiosa expectación, aparecen las tres cruces. Pero ¿cuál de las tres sería la de nuestro divino Salvador? El santo obispo Macario acompaña a la emperatriz, y, por una inspiración súbita, recurre a una prueba decisiva: Había en aquel lugar una enferma en estado agónico. Se dirigen procesionalmente a su casa llevando las tres cruces y, cantando durante el trayecto todos los asistentes himnos sagrados, imploran la ayuda del cielo.

Sacan a la enferma fuera en una parihuela. Y, en medio del silencio más impresionante, se acerca el obispo, ayudado por la emperatriz, y toca suavemente la cabeza de la moribunda con una de las cruces. Ni al contacto de la primera ni al de la segunda muestra aquella pobre mujer ninguna reacción. Sus ojos cerrados y su rostro exánime dan la impresión de que ya es cadáver. Mas, al posar sobre ella la tercera cruz, se incorpora, abre los ojos llenos de luz y de vida, y, cruzando las manos en el aire, exclama con exultación: «¡Dios mío, estoy curada!».

La alegría que rezuma el alma de Elena en aquellos momentos hay que intuirla; no se puede describir.

Después de dar satisfacción cumplida a su piedad dispone que la Santa Cruz se divida en tres trozos. Uno lo entrega al obispo Macario para la veneración de los fieles en la iglesia de Jerusalén. El segundo lo envía a la iglesia de Constantinopla, y el tercero a Roma, a la basílica mandada levantar por ella unos años antes y que más tarde se llamó de «Santa Cruz de Jerusalén».

Llegamos al 329. Santa Elena, cumplidos ya los deseos más ardientes de su corazón, siente en su cuerpo el peso de los años y en su alma ansias de eternidad. Y al bendecir al Señor, llena de reconocimiento, sus labios repiten con el anciano Simeón: *Nunc dimittis ancillam tuam, Domine.*

Regresa junto a su hijo, y al poco tiempo muere en sus brazos. Se desconocen la fecha y el lugar de su partida de este mundo. Consta, sin embargo, que no fue en Roma, ya que Constantino hizo trasladar allí sus restos con la máxima solemnidad. Hoy, en la iglesia de Ara Caeli, de la Ciudad Eterna, existe una capilla dedicada a Santa Elena. En ella se venera la cabeza y algunos huesos de la santa emperatriz.

No hizo Santa Elena, que sepamos, milagros en vida, y aun ignoramos si después de su muerte. Pero supo hacer el «milagro» de esgrimir con la misma gentileza una escoba en la hostería de su padre que el cetro del mundo en la corte de su hijo, y de dar un brinco gigante desde las tinieblas del paganismo hasta los esplendores de la santidad.

MARÍA ENGRACIA IBÁÑEZ, ODN

Bibliografía

Art. en F. CABROL - H. LECLERCQ (dirs.), *Dictionnaire d'archéologie chrétienne et de liturgie.*

HOMO, L., *Nueva historia de Roma* (Barcelona ^{5}1965).

RICCIOTTI, G., *La era de los mártires: el cristianismo desde Diocleciano a Constantino* (Barcelona 1956).

TILLEMONT, L. S. DE, *Histoire des empereurs et des autres princes qui ont régné durant les six premiers siècles de l'Église, de leurs guerres contre les juifs, des écrivains profanes, & des personnes les plus illustres de leur temps* (Venecia 1732-1739), 6 vols.

VIZMANOS, F. DE B., SI, *Las vírgenes cristianas de la Iglesia primitiva* (Madrid 1949).

ZAMEZA, J., SI, *La Roma pagana y el cristianismo. Los mártires del siglo II* (Madrid ^{2}1943).

• Actualización:

JANERAS, S., *Santa Elena, la emperatriz* (Barcelona 1999).

PESCE, G., *Elena santa. Vergine anacoreta di Laurino* (Roma ^{3}1982).

WOHL, L. DE, *El árbol viviente. Historia de la emperatriz Santa Elena* (Madrid ^{r}2002).

BEATO MANÉS DE GUZMÁN

Presbítero († 1234)

Caleruega, en el corazón de la provincia burgalesa, se nos ofrece todavía como un ejemplar de aquellas aldeas, con su caserío agrupado junto a la silueta recia y protectora de un viejo torreón medieval, maltratado por los siglos, pero aún erguido con noble apariencia retadora. Caleruega es, en la actualidad, un pueblecito de unos mil habitantes que mira por el mediodía hacia una vasta llanura, árida y monótona, y distingue hacia el norte una agreste región que a lo lejos se empina en sierras fieramente dentadas de riscos y precipicios. Adosado a su torreón, de trazo rectangular, que conserva cierta inflexible esbeltez, se levantó en un tiempo el castillo de los Guzmanes, finalmente destinado, en 1270, por Alfonso el Sabio, para monasterio de dominicas.

Muchos años antes, a mediados del siglo XII, habitaba el castillo una familia que dio a la Iglesia dos santos y un beato en sólo el curso de dos generaciones.

Suena bien el apellido de Guzmán en oídos españoles. Las páginas de nuestra historia le recuerdan con frecuencia y aparece entre las estrofas del Romancero por mor de la hazaña de Guzmán el Bueno en la defensa de Tarifa. Pero en los tiempos a que nos referimos ya no se luchaba por los campos de Burgos, y don Félix de Guzmán, a quien el monarca había confiado la defensa de aquella plaza, pudo cultivar en paz las sólidas virtudes de religiosidad y dulzura hogareña que anidaban en su corazón, profundamente fervoroso y cristiano.

Noble apellido el de don Félix. Pero nada tenía que envidiarle el de su esposa, doña Juana de Aza, dama acaudalada, cuyos padres residían y mandaban en la villa de este nombre, entre Aranda y Roa, y de dotes tan elevadas y escogidas que la llevaron, tras una vida ejemplar, a los altares, donde hoy la ofrece la Iglesia a la devoción de los fieles entre la corte admirable de sus santos.

Unidos por el amor, don Félix de Guzmán y doña Juana de Aza, en un tiempo en que los valores del espíritu resplandecían sobre toda clase de apreciaciones materialistas, y compitiendo sus almas en celo religioso y nobleza de sentimientos, era lógico que formaran un hogar donde Dios recogiera frutos de evangélica belleza y la Iglesia encontrara paladines para sus empresas y moradores para sus cenáculos.

Así fue, en efecto. Félix de Guzmán murió en olor de santidad y su cuerpo duerme el sueño de los justos en el monasterio de San Pedro, de Gumiel de Izán. Doña Juana, elevada, como hemos dicho, a los altares, fue sepultada primero al lado de su esposo, y descansa ahora en San Pablo de Peñafiel. De tres hijos suyos nos habla la historia. El mayor, Antonio, se consagró a Dios en el sacerdocio, y, desdeñando altos beneficios y dignidades eclesiásticas, muy posibles dada la posición de su noble familia, se enterró en vida en un hospital, para cuidar de los pobres y los peregrinos que acudían por entonces en gran número al sepulcro de Santo Domingo de Silos. El menor fue aquella gran figura de la hagiografía hispana que el mundo conoce por

Santo Domingo de Guzmán. Entre ambos Manés, a quien están dedicadas las presentes líneas.

A menudo resulta difícil discriminar lo histórico de lo legendario cuando se pretende presentar la biografía de los santos de la Edad Media. Ello ocurre aun con figuras del más destacado relieve, de aquellos que brillaron con acusado fulgor en el firmamento de las glorias cristianas. Bien conocido parece ser Santo Domingo de Guzmán y harto evidentes resultan la mayoría de sus hechos, andanzas y milagros. Y, sin embargo, sus propios biógrafos suelen hacer constar esta premisa de carácter general y los más escrupulosos se afanan en presentar por separado lo que en sus investigaciones han hallado como historia cierta de aquello otro que no se atreven a desarraigar totalmente del campo de la leyenda, tan fecundo en profundos barroquismos de maravillas, éxtasis y revelaciones.

Si tal sucede con el propio fundador de la Orden de Predicadores y creador del rezo del rosario, imagínense las dificultades que se encontrarán para sacar a luz la existencia de su hermano Manés que, sencillo y humilde como florecilla perdida en ubérrimo valle, pasó por el mundo sin apenas dejar otro recuerdo que el olor de una bondad fragante y una abnegación silenciosa.

Su propio nombre resulta dudoso, pues hay quienes le llaman Mamés y otros Mamerto, y hasta la fecha de su nacimiento se ignora, aunque hubo de ser antes, probablemente no mucho, del año 1170, en que, según todas las probabilidades (tampoco esto es seguro), vino al mundo su hermano Santo Domingo.

Ocupa, pues, Manés, en la cronología familiar, el puesto intermedio entre sus dos hermanos Antonio y Domingo, y este lugar parece encerrar cierto simbolismo que refleja algunas de las particularidades de su carácter. De lo que no cabe duda es de que fue callado y de pocas iniciativas: hombre de ideas sencillas y dulce carácter, firme en su profunda devoción y amor a Dios y a sus semejantes, aficionado a la oración y meditativo. Se le conoce como Manés *el contemplativo:* su alma era transparente como el cristal y nunca perdió la pura inocencia, que es una de las características de muchos de los elegidos del Señor.

Manés se sintió atraído y como subyugado por la férrea voluntad y el trepidante dinamismo de Domingo: se unió a éste, y

a su lado permaneció largos años, siempre dispuesto a secundarle en sus empresas y a obedecer sus indicaciones, tan calladamente que apenas se le nombra de tarde en tarde por los historiadores del fundador de los dominicos, pero con una efectividad operante que surge como con destellos propios cada vez que esto ocurre.

Gran parte de su juventud la pasó Manés al lado de su santa madre, entregado a la práctica de la piedad y de las virtudes cristianas y a la lectura de los libros santos hasta que marchó a unirse a su hermano Domingo en tierras francesas del Languedoc, donde aquél trabajaba en la conversión de los herejes, a lo que también se entregó Manés, prodigando sus sermones y sus exhortaciones, que alternaba con la oración fervorosa y las más severas penitencias.

Tarea había, ciertamente, para todos en la gran empresa en que Santo Domingo se encontraba enfrascado. Sus luchas contra los errores y las malicias de los albigenses requerían el mayor número posible de auxiliares, y, al fundar aquél la Orden dominicana, a la que dio como especiales características las del estudio y la contemplación, Manés fue uno de los primeros miembros de la misma que en manos de su propio hermano hizo profesión de seguirle y cooperar al acrecentamiento de la obra de Dios.

Sabido es que Domingo, una vez confirmada la Orden por el papa Honorio III, decidió dispersar sus frailes por el mundo, haciéndoles salir del monasterio de Prulla, verdadera cuna de la Orden, para que establecieran en diversos países nuevas casas que sirvieran de centros irradiadores de la verdad evangélica.

La dispersión tuvo lugar el día de la Asunción de Nuestra Señora de 1217, fecha que ha pasado a las crónicas de la Orden con el calificativo de *Pentecostés dominicano.* La despedida del fundador fue tierna y patética. Se apartaban de él quienes primero se le habían unido y a su lado habían rezado y predicado, y entre ellos se encontraba el hermano, Manés, que formaba parte del grupo que salió con dirección a París, para, como atestigua Juan de Navarra, «estudiar, predicar y fundar un convento» en la capital de Francia.

Es curioso que, a la par que estos religiosos, salieran otros para España y que Manés figurase, no obstante, entre los pri-

meros. No parece arriesgado presumir que Santo Domingo lo decidiera así por parecerle más difícil la lucha evangélica en Francia que en España, dando con ello una prueba de la confianza que tenía en su hermano. No era, por otra parte, Manés el único español que figuraba en el grupo, sino que había otros dos más entre los siete que lo componían. La labor que todos ellos llevaron a cabo fue magnífica. A su llegada a París se acomodaron en una vivienda modesta, frente al palacio del obispo; pero poco más tarde les concedieron una casa de mayor amplitud, donde fundaron el convento de Santiago, que no tardó en convertirse en uno de los de más nombradía de la Orden, tanto por aquel tiempo como en los posteriores.

Pero aún había de conferir Domingo a su hermano otra misión, si no de tanta trascendencia, quizá más delicada y difícil, y a la que el santo fundador concedía importancia singular.

Iniciadas las comunidades de dominicas, Santo Domingo tuvo decidido interés en destinar a cada una de ellas algún vicario de la propia Orden que las gobernase, dirigiese y santificase.

> «Proveyólas principalmente —dice a este respecto el grave historiador Hernando del Castillo— de maestros y padres espirituales que las enseñasen, guardasen, amparasen, alumbrasen, consolasen y desengañasen en los muchos y varios casos y cosas a que en la prosecución de tan santa y nueva vida se les habían de ofrecer». Y, después de pintar cuáles son las virtudes que deben hacer de las comunidades religiosas, "congregaciones de ángeles", añade: «Para tales las criaba Santo Domingo, y por eso fue su primer cuidado dejar en su guarda y compañía a quien pudiese ser maestro y padre de la perfección que buscaron dejando el mundo y de la que prometieron buscando a Dios».

Si éstos eran el pensamiento y los deseos de Santo Domingo, puede suponerse con cuánto cuidado elegiría a aquellos de sus monjes que habían de encargarse de la función de vicarios en las Comunidades religiosas dominicas. Para esto también resultaban insuperables las dotes de Manés, virtuoso, prudente, reflexivo y fiel cumplidor de las reglas de la Orden y de las advertencias de su fundador.

Por eso, sin duda, cuando en Madrid se estableció la primera comunidad de dominicas en el monasterio que más adelante se conoció con el nombre de Santo Domingo que gozó de la pro-

tección del rey San Fernando, designó para vicario de la misma a su hermano Manés, que con este motivo se reintegró a la madre patria para continuar en ella su vida religiosa.

Manés cumplió su misión a plena satisfacción de Santo Domingo, que, desde Roma, dirigió a la superiora de la comunidad de Madrid una carta, en la que desborda el cariño que experimentaba por su hermano y la alta estima que las dotes y virtudes de éste le merecían. Dice así aquella tierna misiva:

> «Fray Domingo, maestro de los frailes Predicadores, a nuestra muy amada priora y hermanas del monasterio de Madrid, salud y acrecentamiento de virtudes.
>
> Mucho nos alegramos y damos gracias a Dios por haberos favorecido en esa santa vocación y haberos librado de la corrupción del mundo. Combatid, hijas, el antiguo enemigo del género humano, dedicándoos al ayuno, pues nadie será coronado si no pelease. Guardad silencio en los lugares claustrales, esto es, en el refectorio, dormitorio y oratorio, y en todo observad la regla. Ninguna salga del convento, y nadie entre, no siendo el obispo y los superiores que viniesen a predicar y hacer visita canónica. Aficionaos a vigilias y disciplinas; obedeced a la priora; no perdáis tiempo en inútiles pláticas. Como no podemos procuraros socorros temporales, tampoco os obligamos a hospedar religiosos ni otras personas, reservando esta facultad a la priora con su consejo. Nuestro carísimo hermano fray Manés, que no ha omitido sacrificio alguno para conduciros a tan santo estado, adoptará cuantas disposiciones le parezcan convenientes para que llevéis santa y religiosa vida. Le autorizamos para visitar y corregir a la Comunidad y, si fuese preciso, para sustituir a la priora, con el parecer de la mayoría de vosotras, y para dispensar en algunas cosas, según su discreción. Os saludo en Cristo».

Después de la muerte de Santo Domingo, ocurrida en el convento de San Nicolás, en Bolonia, el 6 de agosto de 1221, apenas se vuelve a tener noticias del Beato Manés. Consta, sin embargo, que siguió su vida religiosa en España y que guardó siempre un inextinguible cariño y una profunda veneración por aquel hermano que había sido su estrella y su guía y a cuyo amparo, y, por así decirlo, a sus inmediatas órdenes, estaba acostumbrado a actuar. Muchos de sus esfuerzos debieron dirigirse a procurar que los fieles le tributaran culto y a que su memoria perdurara en el discurrir de los tiempos.

A este respecto refiere Rodrigo de Cerrato, contemporáneo del santo, que

> «Cuando en España se supo que era canonizado el bienaventurado Domingo, su hermano fray Manés vino a Caleruega, y, predicando al pueblo, los excitó a que en el lugar donde el Santo había nacido edificaran una iglesia, y añadió: "Haced ahora una iglesia pequeñita, que será ensanchada cuando a mi hermano le plaziere"».

Efectivamente, se construyó la iglesia y, según el mismo historiador,

> «Lo que el varón venerable predijo con espíritu de profecía de que aquella pequeñita iglesia sería agrandada lo vemos en nuestros días cumplido, pues Don Alfonso, rey ilustrísimo de Castilla y de León, hizo que allí se edificase un monasterio con toda magnificencia, donde sirven al Señor Dios religiosas de nuestra Orden».

Manés continuó su vida humilde de oración, predicación y estudio, hasta el año 1234, en que, hallándose de nuevo en Caleruega, Dios le llamó a compartir en el cielo la gloria del hermano a quien tanto había amado y ayudado en la tierra, y fue enterrado en el panteón de su familia, en el monasterio de San Pedro, del cercano pueblo de Gumiel de Izán.

El dominico Bernardo Guidón lo confirma así:

> «Descansa en un monasterio de los monjes blancos en España, donde es esclarecido con milagros. Es reputado santo y conservado en una sepultura cerca del altar. Así lo refirió un religioso español, socio del prior provincial de España, que asistió al Capítulo general celebrado en Tolosa el año 1304, y había visitado dicho sepulcro».

Cuando comenzaron a darle culto trasladaron sus reliquias del panteón de su familia al altar mayor, y allí estaban expuestas a la veneración pública, juntamente con otras muchas de otros santos, traídas de Colonia. El padre fray Baltasar Quintana, prior del convento de Aranda de Duero, enviado por el padre provincial a Gumiel para examinar lo referente al sepulcro de los Guzmanes, dice en carta escrita el año de 1694, al padre maestro fray Serafín Tomás Miguel, autor de una vida de nuestro padre Santo Domingo, que:

> «La venerable cabeza de San Manés y otras reliquias suyas se hallaban en el altar mayor y tenían esta inscripción: *Sancti Mamerti Ordinis Praedicatorum, Fratris Sancti Dominici de Caleruega in Hispania*».

Después, las benditas reliquias pasaron por varias vicisitudes y, a excepción de un pedazo del cráneo que conservaron las

dominicas de Caleruega, se desconoce lo ocurrido con el resto, si bien es muy probable que desapareciera cuando los desórdenes y quemas de conventos de los años 1834 y 1835 en Barcelona, adonde, según todas las apariencias, las había llevado el por entonces procurador general de la Orden, padre fray Vicente Sopeña.

Como quiera que fuese, el culto a San Manés se difundió mucho después de su muerte. Canonizada su madre por el papa León XII, a ruegos del rey de España Don Fernando VII y de los magnates de la nación, estos mismos grandes señores elevaron a Roma sus solicitudes para que el segundo hijo de Santa Juana de Aza recibiera también los honores del culto y, efectivamente, Manés fue proclamado beato por el papa Gregorio XVI, sucesor de León XII, el 2 de junio de 1834.

ALFREDO LÓPEZ

Bibliografía

ÁLVAREZ, P., OP, *Santos, bienaventurados, venerables de la Orden de Predicadores,* 1 (Vergara 1920).
CASTILLO, H. DEL, OP, *Historia general de Santo Domingo y de su Orden,* parte 1.ª (Madrid 1584) l.1, c.41-42.
DÍEZ DE TRIANA, D., OP, *Santo Domingo de Guzmán, apóstol universitario* (Barcelona 1945).
ECHARD, J. - QUETIF, J., OP, *Scriptores Ordinis Praedicatorum recensiti, notisque historicis et criticis illustrati...,* 2 vols. (París 1719-1721).
GELABERT, M. - MILAGRO, J. M.ª, OP, *Santo Domingo de Guzmán visto por sus contemporáneos* (Madrid 1957).
• Actualización:
CASTILLO, H. DEL, OP, *Historia general de Santo Domingo y de su orden de predicadores,* 3 vols. Reprod. facsímil (Valladolid 2002).
CUADRADO TAPIA, R., OP (ed.), «Beato Manés, hermano de Santo Domingo»: *Folletos dominicanos,* n.43.
OQUILLAS, O., «Reliquias del beato Manés»: *Communio* 21 (1988) 76-90.

BEATO ALBERTO HURTADO CRUCHAGA *

Presbítero († 1952)

Nace el día 22 de enero de 1901 en Viña del Mar (Chile), quedando huérfano de padre a los cuatro años de edad. Su ma-

* Prevista su canonización para octubre de 2005, a falta de confirmación por Benedicto XVI.

dre se ve obligada a malvender sus propiedades para pagar las deudas familiares, trasladándose a Santiago a vivir en casa de un tío suyo, hermano de su madre. Desde pequeño conoce la condición de los pobres, y a ellos dedicará toda su vida. Gracias a una beca pudo ingresar en 1909 en el colegio de San Ignacio de Santiago, donde hizo la primera comunión y fue confirmado. En este centro tuvo como director espiritual al padre Vives Solar, SJ, un gran formador de juventudes, que influyó profundamente en su vocación y en su destacada preocupación social. Comenzó a dar clases en una escuela nocturna, donde conoció aún mejor la realidad de los trabajadores chilenos. Obtuvo un empleo en *El Diario Ilustrado* y volcó todas sus inquietudes políticas en el Partido Conservador, buscando llevar sus ideas sociales al seno del partido que había defendido a la Iglesia en las luchas políticas religiosas del siglo XIX.

La educación con los padres jesuitas le llenó de entusiasmo, y quiso entrar en la Compañía de Jesús en 1916. Le aconsejaron que esperara, con el fin de que se ocupara de su madre y de un hermano menor trabajando por las tardes. En 1918 se matriculó en derecho en la Universidad Católica, colabora con el padre Fernández Pradel en el círculo de estudios León XIII y es profesor en el instituto nocturno San Ignacio. Por fin, el 14 de agosto de 1923, es admitido en la Compañía de Jesús en el noviciado de Chillán, pasando dos años más tarde a Córdoba (Argentina) para continuar el noviciado. En 1927 es enviado a España para realizar los estudios de filosofía y teología, pero al producirse en 1931 la expulsión de los jesuitas continúa la teología en la Universidad de Lovaina (Bélgica).

El 24 de agosto de 1933 recibe la ordenación sacerdotal, y al año siguiente obtiene el doctorado en pedagogía y psicología, regresando a Chile en 1936.

Una vez en su país su celo apostólico se fue extendiendo a todos los campos. Profesor de religión en el colegio San Ignacio, y de pedagogía en la Universidad Católica y en el seminario pontificio. La etapa de profesor de religión y director espiritual de jóvenes es una de las más fructíferas, volcando toda su sabiduría y su gran corazón de padre. Los muchachos se dieron cuenta pronto de que era un profesor diferente: los quería y es-

cuchaba. Se preocupaba por ellos y estaba siempre disponible para atender sus confidencias. En su confesonario había colas a diario, pues tenía una intuición especial para llegar al alma de sus jóvenes y hablaba de Cristo con pasión, como de un amigo muy querido, con quien tenía una profunda conversación interior. Utilizaba un lenguaje franco, sincero, varonil, presentando el cristianismo como un desafío digno de entusiasmar a los jóvenes. Con su ingenio contribuye a crear la editorial *Difusión Chilena,* para publicar libros de espiritualidad, preocupándose por presentar un cristianismo alegre y evangelizador.

Construyó una casa de ejercicios en un pueblo que hoy lleva su nombre, dando ejercicios espirituales en incontables ocasiones a numerosos jóvenes, contribuyendo notablemente a la formación de muchos laicos cristianos, y a seguir la vocación sacerdotal a otros. Frente a la tremenda injusticia social que se incubaba en Chile, promueve un cambio de la sociedad, comenzando sus célebres «arengas», como las llamaban sus enemigos, en sus retiros espirituales. El año 1941 publicó su libro más famoso: *¿Es Chile un país católico?,* que tantas reflexiones promueve en las conciencias de los cristianos. Este mismo año se le confió el cargo de asesor de los Jóvenes de Acción Católica de la archidiócesis de Santiago y, al año siguiente, de toda la nación. Era su máxima alegría y se entregó a esta labor con indomable pasión. Recorrió Chile entero con sus dirigentes, hablando en las parroquias y teatros, reuniéndose en las noches con los sacerdotes y dirigentes locales, incendiando con su amor a Cristo a sus oyentes. El padre Hurtado hablaba elocuentemente, pero su fe y su corazón inflamado de amor a los hombres despertaron el alma católica y juvenil en Chile. No le faltaron incomprensiones, pues fue acusado de revolucionario, de cura comunista, de ser peligroso para los jóvenes. Sólo Dios sabe cuánto sufrió, porque nunca se quejó, y la peor cruz que llevó fue la crítica de quienes más debían haberle apoyado. Sufrió en silencio el exilio y la calumnia. En octubre de 1944, mientras daba un retiro, sintió una imperiosa necesidad de llamar a la conciencia de los católicos, para aliviar el sufrimiento de los más pobres. Obtuvo una generosa respuesta. Una forma de caridad que ayuda a gente sin techo, dándole no sólo un lugar para vivir, sino un verda-

dero hogar: el *Hogar de Cristo.* Fue la última obra de su vida y la más conocida hoy día. Se le habían cerrado muchas puertas pero hay una que nadie puede atajar, el amor. Le habían prohibido ir al seminario, tampoco enseñaba en la Universidad Católica, no podía continuar con el apostolado de los jóvenes, pero tenía las noches libres. A diario, después de los trabajos, salía en su camioneta verde a conocer la vida real entre los pobres, y descubrió con espanto que debajo de los puentes del río Mapocho se juntaban a dormir los niños que pedían limosna durante el día. Su corazón se conmovió y lleno de amor cristiano se puso manos a la obra. Su denuncia conmovió al país, la ayuda solidaria afluyó con manos generosas y así nació una obra que se extiende por todo Chile. Vivía enamorado del Señor, y todos debían estar *chiflados por Cristo.* Por eso su peor sufrimiento fue su impaciencia por el Reino. Quería hacerlo todo cuanto antes, y su amistad invariable con el Señor fue su gran fortaleza ante los ataques y la envidia.

Abrió una primera casa de acogida para niños, luego una para mujeres y otra para hombres. Los pobres comenzaron a tener en el *Hogar de Cristo* un ambiente familiar donde vivir. Además, es uno de los primeros en defender la urgencia de formar dirigentes sindicales, bien instruidos en la doctrina social de la Iglesia. Se reúne con antiguos discípulos y los invita a formar una escuela sindical, la Acción Sindical Chilena (ASICH), y publica su libro *Sindicalismo,* donde resume sus enseñanzas y experiencias para sus queridos dirigentes. Va a comenzar a trabajar con los curtidos en la lucha por la justicia social. Entusiasma a algunos jesuitas, sacerdotes diocesanos y antiguos alumnos profesionales para empezar la aventura de *Mensaje,* una revista que estimularía la creación intelectual, abriendo el diálogo con las ciencias humanas y con el pensamiento católico de muchos países.

En 1945 viaja a Estados Unidos, y estudia cómo adaptar el movimiento *Boys Town* en Chile.

En medio de los atroces dolores que le producía el cáncer le decía a Jesús: «¡Contento, Señor. Sí, contento!». Después de haber pasado su existencia manifestando el amor de Cristo a los pobres, fallece el día 18 de agosto de 1952.

El aniversario de su muerte se celebra como el día de la solidaridad nacional, porque «la vida del padre Hurtado fue una visita de Dios a Chile».

> «El nuevo beato se nos presenta como un religioso ejemplar en el cumplimiento de sus votos, que supo unir una profunda vida religiosa espiritual y una gran fecundidad apostólica. Modelo de comunión en la Iglesia, de ejercicio del ministerio sacerdotal, de atención a los grandes cambios culturales de su tiempo y de extraordinaria sensibilidad social. Fruto de su ardor apostólico y de su sólida espiritualidad basada en Cristo, se pregunta en cada instante: ¿Qué haría él si estuviese en mi lugar? Apóstol incansable, expresó con fuerza su opción por los jóvenes y por los necesitados».

¿Cómo pudo este religioso jesuita desarrollar con tanto éxito un trabajo pastoral en campos tan variados? Porque vive intensamente su vida con la alegría de sentirse compañero de Jesús en el apostolado. Amaba al Señor en la oración, la visita al Santísimo y la contemplación de Dios en la naturaleza. «Si uno ha empezado a vivir por Dios con abnegación y amor al prójimo, todas las miserias llamarán a su puerta».

La línea directora interior de tan extensa actividad es el cumplimiento de la voluntad de Dios, porque «la voluntad de Dios es la llave de la santidad». Vive en unión con Cristo y estaba profesionalmente preparado. Ese amor personal por Cristo continuó según el espíritu de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio: «Somos colaboradores de Dios en la edificación del Cuerpo del Señor, en la redención y santificación de la humanidad que es cuanto da pleno significado a la creación». Esta rica espiritualidad lo induce a dedicarse en modo especial a los jóvenes.

La nota característica del *Hogar de Cristo* es que no se trata sólo de un centro o casa de acogida para personas abandonadas y solas, sean ancianos o jóvenes, sino de una pequeña casa, en donde seglares cristianos están empeñados en ofrecer no sólo su tiempo y actividad, sino el corazón, para estar cercanos y próximos a cada persona. Ocuparse de estos desafortunados y en la miseria, sanar estas desgracias para reconstruir en cada uno el sentido de la dignidad humana, con una paciencia, una bondad sin fin: «Cuando se te acabe el entusiasmo, agárrate a la fe».

La extraordinaria fama de santidad del padre Hurtado, y la continua y creciente devoción de los fieles que se reunían en su tumba, movieron el inicio del proceso informativo que se realizó entre los años 1977-1982. La *Positio* se presentó en la Congregación para las Causas de los Santos el año 1987. El 21 de diciembre se proclamó el decreto sobre la heroicidad de sus virtudes, y el 23 de diciembre de 1993 fue emitido el decreto sobre el milagro. El papa Juan Pablo II lo declara beato el 16 de octubre de 1994.

Milagro para la beatificación.

Alicia Cabezas, una chilena nacida en 1956, comienza en el año 1990 a sufrir dolores intensos de cabeza, con vómitos y pérdida de consciencia, siendo rápidamente ingresada en un hospital. Su estado de coma se califica de grado 3.° de Glasgow y en el TAC muestra un hematoma producido por una hemorragia subaracnoidea por rotura de aneurisma. Estas graves condiciones impiden que sea operada, siendo curada con terapia intensiva, pero el cuadro clínico se complica con una infección de las vías urinarias.

En los primeros días de agosto la paciente tiene una nueva hemorragia, permaneciendo grave hasta la mitad de dicho mes, empezando a mejorar de manera notable a partir del día 15. El 17 de agosto es trasladada a una sala común, siendo operada. Después de la intervención la paciente está curada y en noviembre de 1990 se encuentra perfectamente, trabajando de manera normal. Los peritos reconocen que una hemorragia intracerebral conduce al estado de coma y es realmente nefasta. Además, el coma persistente se ha mantenido varios días y se han desarrollado complicaciones, que no han permitido la intervención, no siendo fácil explicar la mejoría con la desaparición del coma y de la parálisis, la operación y la curación. La mejoría definitiva debe considerarse extraordinaria. Gracias a la extraordinaria mejoría ha sido posible operarla, obteniendo la curación de la paciente, sin secuela alguna. Conclusión: la curación ha sido extremadamente rápida y duradera, inexplicable según los actuales conocimientos científicos.

La Congregación Ordinaria del 9 de noviembre de 1993 se pronuncia favorablemente, declarando que la curación obtenida

por intercesión del Siervo de Dios Alberto Hurtado Cruchaga puede tenerse por sobrenatural. Juan Pablo II ordenó la promulgación del decreto.

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

CASTELLÓN COVARRUBIAS, J. A., *Identificarse con Jesucristo sirviéndolo en su misión. La espiritualidad del padre Alberto Hurtado Cruchaga, S.J. (1901-1952)* (Roma 1992).
LAVÍN, A., *El padre Hurtado, apóstol de Jesucristo* (Santiago de Chile 1977).
L'Osservatore Romano (14-10-1994).
RESCH, A. (ed.), *Miracoli dei Beati: 1991-1995* (Ciudad del Vaticano 2002) 273-280.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTOS MÁRTIRES DE LA MASA CÁNDIDA

(† s. III/IV)

Hubo ciertamente en el imperio de Galieno y Valeriano un martirio de numerosos cristianos en la ciudad africana de Útica, y los mártires son conocidos como de la «Masa Cándida». A estos mártires se les dedicó una basílica, y de su memoria se hace eco San Agustín. Respecto a su número se llegó a dar la cifra de trescientos pero parece que hay que reducir este número a la mitad, y respecto al nombre de Masa Cándida se ha hablado de que sus restos mortales compusieron una masa blanca, que les dio nombre, pero hoy se opina que se trata de un lugar cercano a Útica, concretamente una granja con ese nombre. El nuevo *Martirologio* sitúa su memoria el día 18 de agosto.

SAN MACARIO

Hegúmeno († 850)

Su nombre originario era el de Cristóbal y había nacido en la ciudad de Constantinopla. Inclinado desde pequeño a la piedad y el estudio de la Biblia, decidió en su juventud hacerse monje en el monasterio de Pelekete, tomando al profesar el nombre de

Macario, que significa feliz. Fue un monje ejemplar, lleno de espiritualidad y virtudes, y ello le valió el ser elegido hegúmeno del monasterio. El patriarca San Tarasio, que oía ponderar las buenas cualidades de Macario y su fama de taumaturgo, lo mandó llamar, pues quería conocerlo, y como resultado de la visita de Macario a Tarasio se produjo la ordenación sacerdotal del monje por parte del patriarca. Seguidamente Macario regresó a su monasterio. La paz de que disfrutaba en el mismo se vio turbada cuando el emperador León V el Armenio la emprendió contra las sagradas imágenes y contra los que eran los firmes puntales de su veneración. Como uno de ellos era Macario, esto le valió ser arrestado y sometido a torturas que no quebrantaron la firmeza moral del hegúmeno, por lo que fue encerrado en la cárcel y allí estuvo hasta que, muerto el emperador, se cambió la táctica. El nuevo emperador, Miguel, intentó ganárselo con promesas y lisonjas, lo dejó libre y le hizo propuestas de favor. Pero Macario siguió fiel a la causa ortodoxa y entonces fue relegado a la isla de Afusia, en la costa de Bitinia, y allí estuvo hasta su santa muerte, que parece tuvo lugar el año 850 el día 18 de agosto.

BEATO RAINALDO DE CONCOREGIO

Obispo († 1321)

Rainaldo o Rinaldo de Concoregio o Concorezzo nace en Milán hacia el año 1245 en el seno de una noble familia. Las primeras noticias que se tienen de él es que enseñaba derecho en Bolonia y en Lodi, entrando luego al servicio del cardenal Peregrosso que era vicecanciller de la curia romana. Muerto el cardenal en 1295, pasó al servicio del cardenal Gaetani, sobrino de Bonifacio VIII, quien lo nombra capellán suyo a la muerte del cardenal, asignándole varios beneficios y encargos y, por fin, el 13 de octubre de 1296, lo nombra obispo de Vicenza, nombramiento que prevalece pese a que el cabildo catedral vicentino había elegido a otro. El papa Bonifacio lo mandó a promulgar su laudo entre Francia e Inglaterra a propósito de la Guyena (1298). Declarado vicario suyo por Carlos de Valois en la Romaña, al intentar poner paz en un tumulto habido en Forli fue

herido gravísimamente, teniendo lugar al poco tiempo el asalto de Anagni al papa Bonifacio y la muerte de éste. Su sucesor el papa Beato Benedicto XI confirmó la elección que se había hecho de Rinaldo para la sede de Rávena, también esta vez con una elección alternativa, tomando por fin posesión de su sede en octubre de 1305.

Procuró tener un gobierno netamente pastoral y atender, en primer lugar, a los problemas estrictamente religiosos de la diócesis, y para ello llevó a cabo la visita pastoral a las parroquias y reunió a partir de 1307 varios sínodos diocesanos y provinciales. Sus métodos, llenos de espíritu evangélico, no pudieron menos que ser admirados y alabados. A ello se unía su vida personal: piadoso, austero, exigente consigo mismo, muy liberal con los pobres, lleno de rectitud y bondad, se decía de él que iba delante con el ejemplo y se le ponía como modelo de pastores en la Iglesia. En 1308 y por encargo del papa Clemente V presidió el juicio de los templarios italianos. Se negó a obtener confesiones mediante tortura, y en el concilio provincial de Rávena (junio de 1311) sentenció junto con los demás obispos la inocencia de todos los caballeros de la Orden en Italia. En aquella ocasión él y sus sufragáneos rechazaron expresamente todas las confesiones obtenidas bajo tortura y se decantaron por la necesidad de pruebas objetivas como única forma de probar una culpabilidad, y se negó a torturar a los templarios ni siquiera bajo la requisitoria del papa. Acudió al Concilio Ecuménico de Vienne (1311-1312) donde se disolvió la Orden de los Templarios no por modo de sentencia sino de disposición disciplinar. Vuelto a su diócesis continuó cuidando la disciplina eclesiástica, la dignidad del culto y la buena formación del clero.

Sintiéndose anciano y enfermo, se retiró al castillo de Argenta, desde donde gobernó la diócesis por medio de vicarios. Murió el 18 de agosto de 1321. Pío IX concedió misa y oficio del santo a la diócesis de Rávena, pasando luego a las de Lodi y Vicenza.

BEATA PAULA MONTALDI
Virgen y abadesa († 1514)

Paula Montaldi nació en la localidad italiana de Volta Mantovana el año 1443. Llegada a la adolescencia sintió la vocación religiosa, y con 15 años fue admitida en el monasterio de Santa Lucía, de monjas clarisas, de Mantua. Hecha la profesión religiosa e integrada en la vida de la comunidad, su piedad, obediencia, humildad y notoria espiritualidad la hicieron sobresaliente, de modo que fue elegida abadesa del monasterio. Lo fue largos años, mostrando excelentes cualidades para este cargo. Estaba llena de preocupación por cada una de las religiosas y pronta a atender todas sus necesidades, a las que procuró siempre edificar con toda su conducta. Superiora prudente y llena de buen juicio, atendió al buen estado material del monasterio y a que cada religiosa tuviese, en medio de la pobreza franciscana, todo lo necesario para la vida, siendo por ello muy amada por sus súbditas que no veían otra religiosa con sus mismas cualidades y la elegían abadesa una y otra vez.

Personalmente llevaba una vida muy austera y practicaba con cilicios, disciplinas y ayunos una continua penitencia. Su vida interior era riquísima y estaba centrada en la pasión del Señor y en la eucaristía, recreándola el Señor con éxtasis. En su tiempo abundaron las vocaciones al claustro de Santa Lucía, que se convirtió, bajo su mandato, en un monasterio floreciente. La muerte le sobrevino al caerse por una escalera. Recogida y acostada por sus hermanas, se preparó con gran fervor religioso a la muerte, que la unió al Señor el día 18 de agosto de 1514. El culto que se le empezó a tributar enseguida lo confirmó el Beato papa Pío IX el 6 de septiembre de 1876.

BEATO ANTONIO BANNASSAT
Presbítero y mártir († 1794)

Antonio Bannassat nació el 20 de mayo de 1729 en Guéret, Francia, hijo de un comerciante. No se sabe dónde hizo los estudios eclesiásticos ni cuándo se ordenó sacerdote. Consta que en 1772 fue nombrado párroco de Saint-Fiel, en el cantón de

Guéret. Fue también vicegerente de la municipalidad de esta villa. Luego fue uno de los administradores del departamento de La Creuse y miembro del buró intermediario de Guéret, cuyas deliberaciones, empezadas en octubre de 1788, se prolongaron hasta julio de 1789. Elegido diputado del clero de la senescalía de Guéret, en Haute-Marche, firmó el 19 de noviembre de 1790, con otros veintiséis sacerdotes diputados, su adhesión a la «Exposición de principios» de los obispos diputados sobre la constitución civil del clero. La firmó con el título de diputado de Guéret. En la célebre sesión del 4 de enero de 1791, él rehusó jurar. Vuelto a su parroquia, prestó el juramento constitucional con la reserva de no jurar nada que en la Constitución civil fuera contrario a las leyes de la Iglesia católica (25 de enero de 1791). Pero el 13 de febrero se le intimó a que firmara sin restricción alguna, y entonces se negó. Hubo de dejar la parroquia, se fue a vivir con una familia, pero al poco tiempo fue arrestado y llevado a prisión. Figura dos años después en la lista de sacerdotes no juramentados con la observación de recluido. En abril de 1793 fue condenado a la deportación y se le mandó a Burdeos, de donde debía partir para La Guayana. En Burdeos estuvo preso en el exconvento de los carmelitas y luego en la ciudadela de Blaye, debiendo padecer mucho por falta de espacio ya que estaban detenidos más de mil sacerdotes. A causa de esto lo reenviaron a Guéret (septiembre de 1793). Pese a que se alegó su escasa salud y su inactividad ministerial, fue enviado a Rochefort el 24 de marzo de 1794. Fue embarcado en Les Deux Associés.

Sacerdote culto y piadoso, agradable y modesto, edificó a sus compañeros de prisión con su paciencia y resignación cristiana. No pudo soportar las condiciones de su detención y murió el 18 de agosto de 1794, siendo enterrado en la isla de Aix. Fue beatificado el 1 de octubre de 1995 por el papa Juan Pablo II.

BEATO FRANCISCO ARIAS MARTÍN
Presbítero y mártir († 1936)

Nació en Granada el 26 de abril de 1884. Se educó en las Escuelas del Ave María. Con 19 años ingresó en el seminario conciliar e hizo los estudios eclesiásticos, ordenándose sacerdote en 1909. Ejerció varias capellanías de religiosas en Granada y fue luego coadjutor de Algarinejo y de una parroquia en Loja. Era un sacerdote piadoso y celoso, muy caritativo con los pobres y enfermos. Estaba de coadjutor en la parroquia de San José de Granada en la filial de San Nicolás, de la que era rector. En 1932 quemaron la iglesia y el fuego se extendió a su casa, estando en grave peligro de morir quemado. Entonces se refugió con los Hermanos de San Juan de Dios, y allí sintió la vocación religiosa. Al morir su anciana madre pidió ingreso en la Orden Hospitalaria, entrando como postulante en Ciempozuelos el 5 de octubre de 1935, e ingresando en el noviciado el 7 de diciembre siguiente.

Estaba haciendo su noviciado cuando acaecieron los sucesos de julio de 1936. La comunidad —del sanatorio psiquiátrico San José de Ciempozuelos, en la que estaba— fue apresada el 7 de agosto siguiente, y él se quedó escondido en la alcantarilla de la huerta, donde fue encontrado el día 9 en muy mal estado. Atendido y aseado de momento, días después fue llevado a la cárcel del pueblo, de donde fue sacado la noche del 18 de agosto, apareciendo su cadáver al día siguiente en la carretera de Torrejón de Velasco, en el término de Valdemoro.

Fue beatificado el 25 de octubre de 1992 por el papa Juan Pablo II en el grupo de 71 Hermanos Hospitalarios de San Juan de Dios muertos durante los días de la revolución española.

BEATOS JAIME FALGARONA VILANOVA Y ATANASIO VIDAURRETA LABRA
Religiosos y mártires († 1936)

El 20 de julio de 1936 los milicianos ocuparon la casa de los religiosos claretianos de Barbastro y arrestaron a la comunidad. Dos de los religiosos estudiantes no fueron conducidos con los

demás al colegio de los escolapios sino que fueron llevados al hospital de Barbastro: el primero, Jaime, porque estaba enfermo, con fiebre alta, y el segundo, Atanasio, porque cuando vio a los milicianos irrumpir en la casa se desmayó, y fue llevado igualmente al hospital. El día 15 de agosto ambos fueron trasladados a la cárcel municipal, y en las primeras horas de la mañana del día 18 fueron sacados juntos y fusilados en el km. 3 de la carretera a Berbegal.

Éstos son sus datos personales:

JAIME FALGARONA VILANOVA había nacido en Argelaguer, Gerona, el 6 de enero de 1912. Con 13 años ingresó en el postulantado claretiano de Cervera. Hecho el noviciado, profesó en Vich el 15 de agosto de 1930 e hizo seguidamente los estudios sacerdotales. Era servicial, bondadoso y pacífico, y amante de la música, siendo director del coro.

ATANASIO VIDAURRETA LABRA había nacido en Adiós, Navarra, el 2 de mayo de 1911. En los años de su infancia acompañaba a su padre en el pastoreo del rebaño, luego sintiendo la vocación religiosa, ingresó en los claretianos, en cuya congregación profesó los votos religiosos. Hubo de superar algunas enfermedades, como la del insomnio.

Fueron beatificados en Roma por el papa Juan Pablo II el 25 de octubre de 1992 en el grupo de 51 misioneros claretianos mártires de Barbastro.

BEATO MARTÍN MARTÍNEZ PASCUAL

Presbítero y mártir († 1936)

Martín Martínez Pascual nació en Valdealgorfa, Teruel, el 11 de noviembre de 1910, hijo de una familia modesta, cuyo padre era carpintero. Su vocación sacerdotal surge al contacto con el sacerdote Mariano Portolés, que también moriría mártir. Ingresa en el seminario menor de Belchite, donde estudia humanidades, y pasa luego al de Zaragoza, regido por los operarios diocesanos, que influirán notablemente en el muchacho, el cual se orienta hacia las misiones, pero desaconsejándoselo su director espiritual, se decide por ingresar en la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos del Sagrado Corazón de Jesús en

1934, haciéndolo en la «Casa de probación» de Tortosa. El 15 de junio de 1935 recibió la ordenación sacerdotal y se le destinó como formador al colegio de San José, de Murcia, y como profesor del seminario de San Fulgencio. Su labor en el corto espacio de un año en que pudo desempeñarla fue muy alabada por todos. Luego de practicar los ejercicios espirituales en Tortosa, el 5 de julio de 1936 marchó a su pueblo natal para unas vacaciones.

Estando allí le sorprendió la revolución del 18 de julio; en un principio no fue molestado pero el día 26 de ese mes llegaron al pueblo milicianos forasteros y entonces tuvo que esconderse en casa de un familiar, donde siguió ejerciendo su ministerio. Tras un primer registro en el que no fue hallado, huyó a una cueva en el campo donde pasó el tiempo en oración y preparación al martirio. Los milicianos amenazaban a las familias que ocultaran sacerdotes, y en la mañana del día 18 de agosto detuvieron al padre de Martín hasta que apareciera su hijo. Fueron a decírselo y entonces corrió al pueblo a entregarse. Lo llevaron a pie hasta la plaza del pueblo, lo subieron a un camión, y al ir a hacerlo, un niño a quien Martín había prometido un caballo de cartón, lloró al ver que se lo llevaban. El mártir le prometió un caballo del cielo. Llevado junto con otros cinco sacerdotes y nueve seglares, fue fusilado con ellos en un camino cerca del cementerio. Quisieron fusilarlos de espaldas pero Martín se volvió de cara a los verdugos, se abrazó a un sacerdote recién ordenado y gritó vivas a Cristo Rey, y así murió.

Fue beatificado por Juan Pablo II el 1 de octubre de 1995 en el grupo de 9 sacerdotes operarios diocesanos martirizados en diversos días del año 1936.

BEATO VICENTE MARÍA IZQUIERDO ALCÓN

Presbítero y mártir († 1936)

Nació en Mosqueruela, Teruel, el 24 de mayo de 1891, hijo de un practicante. Su familia era muy religiosa y había dado muchas vocaciones consagradas, por lo que no extrañó que Vicente María y dos hermanos suyos optaran por la consagración a Dios. Su madre lo educó esmeradamente. Desde niño manifes-

tó su deseo de ser sacerdote. Ingresó en el seminario conciliar de Valencia e hizo en él todos los estudios hasta su ordenación sacerdotal en 1915. Sus destinos fueron L'Ollería, Carcagente, Bicorp, Cheste y La Pobla de Farnals, de donde era párroco en el momento de su martirio. Muy devoto de la Virgen María, extendía con gran celo su devoción. Músico, pintor y cantor, puso sus cualidades al servicio de su apostolado. Muy dado a la oración y al estudio, vivía muy austeramente y era muy generoso con los pobres. Tras las elecciones de febrero de 1936 hubo de dejar el pueblo y, con licencia del arzobispado, establecerse en Valencia capital. Estando aquí colaboró activamente en salvar la imagen de la Virgen de los Desamparados, ya profanada, logrando dejarla en sitio seguro.

El día 15 de agosto gente de su pueblo lo localizaron, lo detuvieron y lo llevaron al pueblo, donde lo llevaron por las calles desafiando a la gente para que defendiera a su cura. Detenido en el Comité, lo sacaron en la mañana del día 18. Pidió despedirse de su parroquia y se lo permitieron, pero le pidieron les contara los pecados de la alcaldesa, a lo que él se negó rotundamente y recibió por ello golpes, malos tratos y pinchazos en la lengua. Él les perdonó. Con Vicente María llevaron a fusilar a otro sacerdote, y ambos se dieron mutuamente la absolución, tras lo cual fueron fusilados en el camino a Rafelbuñol. En 1941 fue publicada su correspondencia con su hermana Sor Teresa, religiosa de la Congregación de la Caridad de Santa Ana.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

19 de agosto

A) Martirologio

1. En Cahors (Francia), San Juan Eudes († 1680), presbítero, fundador de la Congregación de Jesús y María y de las Monjas de Nuestra Señora de la Caridad **.

2. En Fabrateria (Lacio), San Magno, mártir (fecha desconocida).

3. En la región de Tarragona, San Magín, mártir (fecha desconocida) *.

4. En Gaza (Palestina), San Timoteo († 305), mártir.

5. En Cilicia, San Andrés († 305), tribuno, y compañeros mártires *.

6. En Roma, en la Via Tiburtina, San Sixto III († 440), papa, que dedicó la basílica de Santa María la Mayor *.

7. En Sisternón (Galia), San Donato († s. VI), presbítero y anacoreta.

8. En el monasterio de Bibio (Liguria), San Bertulfo († 640), abad *.

9. En Nuremberg (Alemania), San Sebaldo († s. IX/X), ermitaño.

10. En Calabria, San Bartolomé de Simeri († 1130), presbítero y abad.

11. En el monasterio de Igny, Beato Guerrico († 1157), abad, discípulo de San Bernardo *.

12. En el monasterio de La Cava (Campania), Beato León II († 1295), abad.

13. En el castillo de Brignoles (Provenza), el tránsito de San Luis († 1297), obispo, religioso franciscano **.

14. En Piacenza (Emilia), Beato Jordán de Pisa († 1310), presbítero, de la Orden de Predicadores *.

15. En Aquapagana del Piceno (Italia), Beato Ángel († 1313), ermitaño camaldulense.

16. En Nagasaki (Japón), beatos Luis Flores, presbítero, de la Orden de Predicadores, Pedro de Zúñiga, presbítero, de la Orden de Ermitaños de San Agustín, y trece compañeros marineros japoneses: Joaquín Hirayama, León Sukeyemon, Juan Soyemon, Miguel Díaz, Antonio Yamada, Marcos Takenoshima Shinyemon, Tomás Koyanagi, Santiago Matsuo Denshi, Lorenzo Rokuyemon, Pablo Sankichi, Juan Yago, Juan Nagata Matakichi y Bartolomé Mohioye († 1622), todos ellos mártires *.

17. En Dorchester (Inglaterra), Beato Hugo Green († 1642), presbítero y mártir bajo el reinado de Carlos I *.

18. En Monteagudo (Navarra), San Ezequiel Moreno y Díaz († 1906), obispo de Pasto en Colombia, religioso agustino recoleto **.

19. En Llosa de Ranes (Valencia), Beato Francisco de Paula Ibáñez Ibáñez († 1936), presbítero y mártir *.

20. En Gandía (Valencia), Beato Tomás Sitjar Fortiá († 1936), presbítero, de la Compañía de Jesús, mártir **.

21. En El Saler (Valencia), beatas Elvira de la Natividad de Nuestra Señora Torrentalle Paraire y compañeras: Rosa de Nuestra Señora del Buen Consejo Pedret Rull, María de Nuestra Señora de la Providencia Calaf Miracle, Francisca de Santa Teresa de Amezua Ibaibarriaga, María de los Desamparados del Santísimo Sacramento Giner Lister, Teresa de la Madre del Divino Pastor Chambó Pales, Águeda de Nuestra Señora de las Virtudes Hernández Amorós, María de los Dolores de San Francisco Javier Vidal Cervera y María de las Nieves de la Santísima Trinidad Crespo López († 1936), vírgenes, religiosas carmelitas de la Caridad, mártires **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN JUAN EUDES

Presbítero y fundador († 1680)

En la noche de Navidad de 1625, en la capilla del Oratorio de París, capilla y altar dedicados a la Santísima Virgen, decía su primera misa un joven sacerdote normando. Aquel mismo día hizo el voto de perpetua servidumbre a Jesús y María.

No habían pasado aún dos años desde que, atraído por la doctrina espiritual y prendado por los planes apostólicos del célebre cardenal De Bérulle, había ingresado en el Oratorio. ¿Quién podía vislumbrar en aquellos momentos cuál era el futuro brillante, aunque doloroso, del novel sacerdote?

Su vida sería larga: ochenta años. El voto de servidumbre que acababa de recitar la resumiría perfectamente. Juan Eudes no viviría para sí, sino para Jesús y María. Necesitaría todo su tesón normando para no cejar en aquella batalla continua y dura, que cubriría toda su vida sacerdotal. Habría de luchar y sufrir por la salvación de sus hermanos y la gloria de Jesús y María. Ello solo le interesaba.

Quiso la Providencia que viviera en los días de mayor esplendor de la historia de Francia. No le faltaron contactos con los principales personajes y actores de él. Pero a Eudes nada le interesaban los triunfos temporales y descansaba en la abundante cosecha de sinsabores y amarguras que siempre le acompañó. Por doquiera le surgieron enemigos enconados. De entre los que debieran ser sus amigos, como servidores del mismo Dios, y de entre los separados por el hondo foso de las diferencias ideológicas. En su propia casa le acecharía la traición. En aquella cruz constante, cruz dura y dolorosa, Eudes veía el sello del beneplácito divino que, contra el parecer de los hombres, refrendaba su apostolado y sus obras. Fiel a la voluntad del Señor, su siervo caminaría hasta el fin.

Había venido al mundo en un pueblecito normando, de la diócesis de Sées: Ri. Era el 14 de noviembre de 1601. Pocos años antes la peste lo había asolado. De la familia Eudes sólo sobrevivió un varón: Isaac. Para que no pereciera la familia, Isaac, a punto de ordenarse de subdiácono, renuncia a la carrera

eclesiástica, vuelve a la heredad paterna, la cultiva y con su esfuerzo logra crearse una posición desahogada. En las postrimerías del siglo XVI contrae matrimonio con Marta Corbin, mujer de ejemplares virtudes y de una probada y no común energía de carácter.

De Isaac Eudes, que, casado y padre de siete hijos, rezaba diariamente el oficio divino, y de Marta Corbin nació Juan Eudes. Era el mayor de los hermanos.

Próximo a cumplir sus catorce años, fue encomendada su educación a los padres jesuitas que, en Caen, regentaban el Real Colegio del Monte. Allí cursó los estudios de humanidades y filosofía. Muchos años después, en la conclusión de su libro *El corazón admirable,* Eudes recordará con agradecimiento su antiguo colegio y su congregación mariana. En septiembre de 1620 recibió la tonsura y las órdenes menores.

Dos años después, cuando ya adelantaba en sus estudios de teología, se creó en Caen una casa del Oratorio, instituto recientemente fundado, en París, por el padre De Bérulle. Conoció Eudes a los oratorianos e inmediatamente simpatizó con ellos.

El cardenal De Bérulle fue una de las grandes glorias religiosas de la Francia del Siglo de Oro. Enamorado de su sacerdocio, añoraba los días antiguos en que el clero «no respiraba más que cosas santas, dejando las profanas a los profanos, y llevaba profundamente grabadas en sí mismo la autoridad de Dios, la santidad de Dios y la luz de Dios». Pero, ¡qué distinto espectáculo presentaba el clero de sus días! Se ha podido escribir que «el nombre de sacerdote había llegado a ser sinónimo de ignorante y libertino». De Bérulle quiso rehabilitarlo. El Oratorio tendrá como misión santificar al clero secular.

¿No era la santidad lo que desde su niñez anhelaba Eudes? En su *Memorial* dejará anotado:

> «Fui recibido y entré en la congregación del Oratorio, en la casa de Saint-Honoré, de París, por su fundador el reverendo padre De Bérulle, en el año de 1623, el 25 de marzo».

En 1625 fue ordenado presbítero y en 1627 volvió a su tierra, cuando nuevamente se ensañaba en ella la peste. Adscrito a la casa de Caen, el padre Eudes atiende a los apestados, se dedica al estudio y a la oración e inicia la predicación de misiones

populares, apostolado que constituirá una de las grandes tareas de su vida.

Toda la vida del padre Eudes había de ser un martirio continuado, por lo que no podemos olvidar el voto que hiciera al Señor en 1637:

> «Me ofrezco y me entrego, me dedico y consagro a Vos, oh Jesús mi Señor, como hostia y víctima para sufrir en mi cuerpo y en mi alma, según vuestro agrado y mediante vuestra santa gracia, toda clase de penas y tormentos, incluso el derramamiento de mi sangre y sacrificio de mi vida con cualquier género de muerte. Y esto, sólo para vuestra gloria y por vuestro puro amor».

En 1640 fue nombrado superior del Oratorio de Caen. Poco tiempo lo sería.

El padre Eudes había comprobado el bien inmenso que las misiones realizaban en la población; mas una preocupación le inquietaba: ¿Era posible que el fruto perdurase sin un clero que acogiera y alimentara los buenos propósitos? Al padre Eudes le preocupaba el clero:

> «¿Qué se puede esperar de estos pobres hombres con disposiciones excelentes —decía refiriéndose a los seglares— si están bajo la dirección de tales pastores como por doquier vemos? ¿No es lógico que, olvidando pronto las grandes verdades que les impresionaron durante la misión, caigan en sus anteriores desórdenes?».

Pensando en ello había dedicado en algunas misiones conferencias especiales a los eclesiásticos. No bastaba. Eudes comienza a pensar en una congregación que tuviera por primera finalidad el crear y regir seminarios para la formación y santificación del clero. Su pertenencia al Oratorio es un obstáculo para sus proyectos.

En 1642 es llamado a París por el cardenal Richelieu y cambia impresiones con él sobre sus planes. El cardenal le comprende perfectamente; él también sueña con la erección de seminarios y le promete su apoyo. El cardenal muere a fines del mismo año, pero la autorización real para la fundación de la nueva congregación es firmada en el mes de diciembre.

El padre Eudes está resuelto a abandonar el Oratorio. Ningún obstáculo canónico existe, pues en el Oratorio no hay votos religiosos que vinculen a sus miembros con el instituto.

Entretanto, para evitar posibles complicaciones, las letras reales se expiden a nombre de monseñor D'Angennes, obispo de Bayeux, amigo y protector del santo.

A principios de 1643 el padre Eudes vuelve a Caen. Todo está decidido. Abandona el Oratorio y el 25 de marzo nace la «Congregación de los Seminarios de Jesús y de María».

La congregación nació en la fiesta de la Anunciación, porque pretendía «continuar el trabajo y las funciones del Verbo Encarnado y debía estar consagrada por entero a Jesús y María». Sus finalidades, tal como se concretan en las letras de Luis XIII, son:

> «Trabajar con el ejemplo y la instrucción por establecer la piedad y santidad entre los sacerdotes y aquellos que aspiran al sacerdocio, enseñándoles a llevar una vida conforme a la dignidad y santidad de su condición, y desempeñar convenientemente todas las funciones sacerdotales, como también emplearse en la enseñanza de la doctrina cristiana por medio de misiones, predicaciones, exhortaciones, conferencias y otros ejercicios».

Seminarios y misiones. Pero, en primer término, seminarios.

Seis años hacía que el padre Eudes había firmado con su sangre el voto martirial; ahora, separándose del Oratorio, desencadenaba el inacabable séquito de dolores, persecuciones y calumnias que no le abandonaría jamás.

En todas sus negociaciones, tanto ante las autoridades regionales como en París, tanto ante los obispos como en las congregaciones romanas, el padre Eudes tropezará con una enemiga tenaz y poderosa, abierta unas veces, solapada otras, que no reparará en dificultades ni en la licitud de los medios y tratará de hacerle fracasar y con frecuencia lo conseguirá. Si en 1648 logró en Roma la aprobación del seminario de Caen, en noviembre de 1650 el obispo de la misma ciudad, monseñor Malé, sucesor de monseñor D'Angennes, llegará a clausurarle la capilla.

Eudes no desiste. En 1652 ultima las constituciones de su congregación. En 1653, muerto monseñor Malé, la autoridad diocesana permite la apertura de la capilla del seminario de Caen. Tendrá que luchar para aclarar malentendidos y refutar calumnias. Él sigue adelante. Tras del seminario de Caen vendrán los de Coutances en 1650, Lisieux en 1653, Evreux en 1667 y Rennes en 1670.

Su apostolado entre los sacerdotes se intensifica. A ellos dedica retiros especiales en sus misiones; para ellos escribe diversos libros que los ayuden en su vida espiritual o pastoral. Y su enamoramiento del sacerdocio halla expresión magnífica y bella en su oficio del sacerdocio de Cristo y de los santos sacerdotes, que le fue aprobado por la autoridad eclesiástica en 1652.

La Congregación de Jesús y María había de dedicar una atención primordial a la fundación de seminarios y a la formación del clero. Por tal motivo, el padre Eudes había abandonado el Oratorio. Ella nació en el laborar misional del santo, al contacto con las necesidades espirituales de los pueblos misionados. San Juan había nacido misionero y jamás dejaría de serlo; la congregación que él fundara sería también misionera. En el Oratorio comenzó el misionar del padre Eudes y continuó toda su vida, con gran éxito visible y espiritual. Cruzó en todas direcciones su provincia natal de Normandía. Las poblaciones de gran parte de Bretaña, Picardía, Île-de-France, Perche, Brie y Borgoña se apiñaron cabe su púlpito. Ciudades populosas como Caen, Rouen, Autun, Beaune, Versalles y París escucharon su predicación.

Recorriendo el *Memorial* en que el santo recogió los principales recuerdos de su vida hallamos mencionadas unas ciento diez misiones predicadas desde 1632 hasta 1676, y no puede olvidarse que la duración mínima ordinaria de una misión era de seis semanas y algunas, como la de Rennes, en 1667, se prolongó durante cinco meses.

Su predicación era ardorosa y vibrante. Dotado de un temperamento ardiente y apasionado, sus palabras brotaban directamente del corazón. Le llamaron «león en el púlpito y cordero en el confesonario». Tronaba sin compasión contra los vicios y con espíritu de caridad hacia los pobres pecadores, cuya suerte le acongojaba. Su palabra se alzaba enérgica y libre, con la santa libertad de los apóstoles. Buen ejemplo de ello dio en la misión de Saint-Germain-des-Prés (1660), en presencia de la reina de Francia y de la corte. Poco antes el fuego había destruido, en parte, el palacio del Louvre, y de ello tomó pie el santo para recordar a sus oyentes que, si a los príncipes les está permitido edificar Louvres, Dios les manda aliviar a sus súbditos desgra-

ciados; que no pueden pasar los días y los años en diversiones, pues no es ése el camino del cielo; que si el fuego temporal no había respetado la mansión real, tampoco el fuego eterno respetaría a los reyes y príncipes que no vivieran como cristianos; que causaba grande pena, finalmente, ver a los grandes de la tierra asediados por una multitud de aduladores sin que casi nunca se les diga la verdad y que él se consideraría por muy culpable si ocultara estas cosas a su majestad.

De las misiones nació la Congregación de Jesús y de María; de ellas nacería también la de Nuestra Señora de la Caridad, dedicada a la rehabilitación de las desgraciadas víctimas del vicio. Nació esta obra del padre Eudes en los mismos días en que abandonaba el Oratorio y, como todas las suyas, nació y creció en medio de las mayores dificultades exteriores, a las que aquí se sumaron las más penosas interiores. En la consolidación de la nueva congregación tuvieron gran parte las religiosas de la Orden de la Visitación, que, a petición del fundador, se encargaron de la formación de las primeras postulantes. La primera toma de hábito fue la de la señorita Taillefer, en la Orden sor María de la Asunción, el 12 de febrero de 1645. Monseñor Malé, obispo de Bayeux y no afecto al santo como vimos, aprobó la fundación de la casa de Caen, en 1651. El papa Alejandro VII dio la bula de erección de la nueva Orden el 2 de enero de 1666.

Aún nacientes sus dos congregaciones, el padre Eudes las consagró, en 1643, a los Sagrados Corazones de Jesús y María. Esta devoción llena su vida y su apostolado. Ella aparece pujante en todas sus manifestaciones: misiones, cartas, libros... Desde 1643 o, a más tardar, 1644, la Congregación de Jesús y de María celebraba ya la fiesta del Sagrado Corazón de María. Entre 1668 y 1670 el padre Eudes compuso su oficio del Sagrado Corazón de Jesús, que inmediatamente fue aprobado por varios obispos. Desde 1672 celebra su instituto la fiesta del Corazón de Jesús el día 20 de octubre, día en que aún la celebran por concesión de la Santa Sede, en atención a los méritos de su fundador, a quien San Pío X no dudó en calificar, en el decreto de beatificación, de padre, doctor y apóstol del culto litúrgico de los Sagrados Corazones. Al año siguiente de disponer el padre Eudes la cele-

bración de la fiesta, se manifestó por primera vez el Sagrado Corazón a Santa Margarita María de Alacoque.

El último decenio de la vida de nuestro santo, como toda su vida, fue abundante en tribulaciones y persecuciones. Su *Memorial* repite año tras año:

> «En este año (1670) quiso el Señor favorecerme con diferentes cruces, por lo que sea eternamente bendecido... En este año (1671) me acompañaron las cruces por todas partes. Eternas gracias sean dadas al amabilísimo Crucificado... En el año de 1672 estuve rodeado de cruces, casi sin interrupción...».

Y así continúa. Sus enemigos tradicionales, oratorianos y jansenistas, a los que ahora se sumarán los lazaristas, no cejaron en su empeño de sembrarle de dificultades todos los caminos. En Roma impidieron que llegara a buen término la aprobación canónica de la Congregación de Jesús y de María; en París le hicieron caer en desgracia de Luis XIV, que le desterró de la corte.

Por su parte los jansenistas atacaban su ortodoxia.

> «Me cargan con trece herejías —escribía la víctima—. El motivo de toda su cólera está en que me opuse en todas partes a sus novedades, que sostengo en alto la fe en la Iglesia y la autoridad del Romano Pontífice y que he quemado un libro detestable compuesto contra la devoción a la Santísima Virgen».

Llegaron a sobornar a su secretario para que le traicionase. En numerosas cartas expresa el padre Eudes la compasión que siente hacia sus calumniadores y el perdón que rebosa de su corazón. Pero no podía menos de defenderse. El rey encargó del asunto a la asamblea episcopal de la región, reunida en Meulan a fines de 1674; ella le declaró inocente de cuantas acusaciones se acumulaban contra su persona y su doctrina. A mediados de 1679 Luis XIV volvió a acoger en su gracia al santo, le recibió en audiencia, alabó sus afanes apostólicos y le prometió su apoyo.

Ya la vida del infatigable misionero tocaba a su fin. Consciente él más que nadie de la precariedad de su salud, convocó en junio de 1680 la primera asamblea de su instituto y en ella presentó la dimisión de su cargo de superior general. Dos meses no habían transcurrido cuando la enfermedad le rindió en el

lecho. A sus hijos, que ansiosos le rodeaban, les habló de las alegrías del paraíso y de la eternidad, y de su gran indignidad. Les exhortó a la paz, les consoló de su muerte, les recomendó a Dios y les puso en manos de la Santísima Virgen.

El 19 de agosto entregó su alma a Dios. Eran las tres de la tarde. Se consumaba el sacrificio de un hombre cuya vida entera fue un ascender a la cumbre del Calvario.

Fue beatificado por San Pío X en 1909 y canonizado por Pío XI el 31 de mayo de 1925.

ANDRÉS ELISEO DE MAÑARICÚA

Bibliografía

BOULAY, D., *Vie du vénérable Jean Eudes* (París 1905-1908), 4 vols.
GEORGES, E., *Saint Jean Eudes* (París 1936). Trad. española: *Un santo en la Francia de Luis XIV* (Bilbao 1950).
JUAN EUDES (San), *Oeuvres complètes* (París 1905-1911), 12 vols.
LEBRUN, CH., *Le bienheureux Jean Eudes et le culte public du Coeur de Jésus* (París 1918).
• Actualización:
GUILLON, C., *En tout la volonté de Dieu. Saint Jean Eudes à travers ses lettres* (París 1981).
MILCENT, P., *Un artisan du renouveau chrétien au XVII^e siècle: Saint Jean Eudes* (París 1992).

SAN LUIS DE ANJOU

Obispo († 1297)

San Luis de Anjou-Sicilia, que murió siendo obispo de Toulouse a los veintitrés años, nació el año 1274 en Brignoles, hermosa villa de Provenza. Su madre, María de Hungría, era sobrina de Santa Isabel y hermana de tres príncipes que también llegaron a ser reyes y santos: Esteban, Ladislao y Enrique. Su padre, Carlos II de Anjou, rey de Nápoles, Sicilia, Jerusalén y Hungría, era el propio sobrino de San Luis de Francia. El príncipe don Luis brilló desde su infancia por la seguridad de su juicio, su piedad sólida, el desprecio de los honores del siglo y una gravedad que le conciliaban el amor y el respeto de todos. Desde luego, Dios le llamaba para más alto destino que el que la historia política de su tiempo parecía reservarle.

Fue testigo, en sus primeros años, de las sangrientas luchas que oponían su familia a los reyes de Aragón. Su abuelo Carlos,

al que el papa Inocencio IV había adjudicado el reino de Nápoles, había soñado con reinar en Italia entera. Fue víctima del odio de los sicilianos, sublevados contra su tiranía en las terribles matanzas ocurridas en Palermo conocidas en la historia por *Vísperas sicilianas,* el 31 de marzo de 1282. Fracasados los planes de conquista de su abuelo, dos años más tarde, cuando don Luis no tenía más que diez años, su padre, que trataba de resistir en Nápoles, era hecho prisionero. Durante tres años iba a permanecer en Barcelona encarcelado en el castillo Siurana por orden del rey Don Pedro III. Cuando fue puesto en libertad le llegaba a don Luis la hora de los trabajos y sufrimientos más duros: Don Alfonso III de Aragón consentía en libertar a su padre, pero a condición de que sus tres hijos fuesen mandados a Barcelona como rehenes.

El cautiverio de los tres príncipes, don Luis, don Roberto y don Raimundo, hubo de durar siete años. El príncipe don Luis, el mayor de los hermanos, tenía entonces trece años; fue tratado con aspereza, tanto más cuanto que tuvo que pagar el rencor que animaba al rey de Aragón contra la política del Papa, que se negaba a revocar la donación e investidura de los reinos de Aragón, Valencia y condado de Barcelona a Carlos de Valois, el hijo segundo del rey de Francia, y acabó coronando al padre de los príncipes encarcelados como rey de Sicilia, absolviéndole de todas las garantías que había dado al rey de Aragón cuando le puso en libertad. El príncipe don Luis aguantó los sufrimientos de su larga prisión con admirable paciencia. Estaba acostumbrado desde hacía años a una vida penitente. La reina Doña María, su madre, declaró que desde la edad de siete años se salía de noche de su cama para echarse a dormir en el suelo de su habitación.

En los años transcurridos en Barcelona se acrisoló la santidad del joven príncipe. Sus guardianes le trataban duramente, pero él se estimaba feliz sobremanera en padecer algo a imitación de Jesucristo, su Señor. Les solía decir a sus hermanos que, según el espíritu del Evangelio, la adversa fortuna valía más que la próspera, y que tenían que amar su prisión y alegrarse de que Dios les proporcionara el medio de darle prueba del amor que le tenían sufriendo algo por Él. Palabras éstas de ver-

dadero amor iluminado por el divino sentido de la cruz. Aprovechó su cautiverio para dedicarse también al estudio, aconsejándose con dos varones sabios y piadosos de la Orden de San Francisco, especialmente con el padre Jacques Deuze, que había de ser más tarde Papa bajo el nombre de Juan XXII. Frecuentaba la meditación de las cosas de Dios y los misterios de Cristo Nuestro Señor. Confesaba casi todos los días antes de oír misa y no dejaba de rezar el oficio divino. Era especialmente devoto de la Cruz y de la Virgen Santísima. Cuando le concedían libertad la empleaba en visitar a los pobres enfermos de la Ciudad Condal. Cierto día reunió a los leprosos para lavarles los pies y servirles la comida; dicen que uno de éstos estaba tan llagado que a su vista se desmayaron los otros príncipes. Al día siguiente, queriendo volverle a ver, resultó imposible encontrarle en toda la ciudad, de donde se creyó que el mismo Señor se les había aparecido para recibir los amorosos servicios del joven don Luis, su fiel discípulo. Entre estas obras de misericordia se deslizaban los años de su adolescencia, dedicada al estudio y a la meditación divina, hasta que cayó gravemente enfermo. Entendió que el Señor le llamaba y le quería todo para sí en el momento en que se aproximaba el fin de su cautividad. Entonces hizo el voto de ingresar en la seráfica Orden de San Francisco si se reponía.

Pronto Dios iba a permitir que realizara su voto. Después de una larga enfermedad curó como de milagro. Seguidamente llegó la hora de su liberación: Don Jaime II de Aragón, hijo y sucesor de Don Alfonso III, buscando la paz con el Papa y con las casas de Francia y Nápoles decidió poner en libertad a los hijos de Carlos II, a condición de que la hija de ésta, doña Blanca, casase con él. Se habló igualmente en estas conversaciones de Anagni (junio de 1295) de casar al príncipe don Luis con la princesa Violante, hermana del aragonés. Pero Luis, deseoso de realizar su promesa de entrar en religión, se negó, a pesar de las instancias de su padre y de las dos cortes interesadas en que se cumpliera el enlace que robusteciera la unión y la paz entre los dos Estados. Entonces fue cuando pronunció estas palabras en las que se retrata su alma santa: «Jesucristo —dijo— es mi reino. Poseyéndole a él, lo tengo todo. Desposeído de él, lo pierdo todo».

De vuelta a Italia con su padre, renunció a la corona de Nápoles a favor de su hermano Roberto (enero de 1296), con ganas de realizar cuanto antes sus deseos de vida retirada, después de recibir las sagradas órdenes. Pensaba vivir escondido en un convento de la Orden franciscana en Alemania. Pero la Providencia divina le tenía preparada otra prueba. Pronunció, efectivamente, sus votos en el convento de *Ara Coeli,* de los padres franciscanos de Roma, recibiendo seguidamente las sagradas órdenes en Nápoles (20 de mayo de 1296). Pero cuando volvió a Roma, el papa Bonifacio VIII le había designado para ocupar el obispado de Toulouse. El día de Santa Águeda, habiendo revestido el hábito de su Orden, atravesó las calles de Roma descalzo desde el Capitolio hasta San Pedro, donde predicó y fue consagrado. En Toulouse su administración fue cortísima, pero muy provechosa: reformó el clero, poniendo todo su cuidado en examinar con esmero a sus sacerdotes; predicaba a menudo dos veces al día y su palabra encendida, que convertía las almas, era acompañada de prodigios que curaban los cuerpos; llevaba una vida austera de ayunos y disciplinas; visitaba, por fin, a los pobres enfermos, recibiendo a diario veinticinco de ellos en su casa. A pesar de su santo celo apostólico, al joven obispo le atemorizaba la dignidad de su cargo. Llevado de su profunda humildad parece que pensó pedir su dimisión e implorar del Papa que le diera permiso para llevar una vida retirada lejos de los hombres. Otra vez tenían que cumplirse sus anhelos de perfección de manera impensada, por divina disposición de la Providencia.

Camino de Roma, donde iba a presenciar los solemnes actos de la canonización de su pariente San Luis de Francia, cayó enfermo en Brignoles, donde había nacido veintitrés años antes. Tuvo pronto la revelación de que allí mismo se le iban a abrir las puertas del cielo. Veía aproximarse la muerte sin temor, preparándose a rendir su alma al Señor, como suelen hacerlo los varones santos, por una profunda meditación de los misterios sagrados y un abandono total y confiado a la divina voluntad:

> «Voy a morir —decía a su compañero de viaje—, voy a morir, y me alegro como el marinero que vuelve a divisar la tierra y se prepara a abordar al puerto después de una larga navegación. Ya voy a dejar un cargo demasiado pesado para mis hombros, que no me permitía consagrarme a mí mismo y a Dios».

El día de la Asunción recibió los santos óleos y, a pesar de que estaba muy débil por la enfermedad y las austeridades, cuando vio a su Señor que entraba a visitarle se levantó de su lecho y, adelantándose a él, puesto de rodillas, recibió por última vez al huésped amado que le tenía preparado una unión eterna en los cielos. Sus labios repetían sin parar: «Te adoramos, Jesucristo Señor nuestro, y te damos gracias por haber querido rescatar el mundo por tu santa cruz». Pronunciaba también las palabras de la salutación angélica y contestaba a su compañero que le preguntaba por qué: «No tardaré en morir; la Virgen Santísima acudirá a mi amparo».

Murió el 19 de abril de 1297. Su santidad, su pureza heroica fueron puestas de manifiesto por los milagros que acompañaron su tránsito: uno de los religiosos que le asistían vio su alma subiendo al cielo en medio de los espíritus bienaventurados que cantaban: «Así suele tratar el Señor a los que han vivido con tanta inocencia y pureza». El prodigio más sonado fue el de la rosa que se le apareció en la boca para pública manifestación de su pureza y encendida caridad. Fue sepultado en el coro de la iglesia de los padres franciscanos de Marsella, multiplicándose los milagros en su sepulcro. Fueron tantos los enfermos curados por su intercesión que el papa Juan XXII no tardó en canonizarle (1317). El día 11 de noviembre del año siguiente los padres del convento de Marsella levantaron el cuerpo del santo del coro de la iglesia y lo depositaron en un relicario de plata puesto en el altar mayor. Presenciaba el acto el rey de Nápoles y Sicilia, su hermano menor Roberto, al que había cedido sus derechos a la corona. La devoción que el pueblo cristiano tributaba al santo príncipe se extendió a los mismos reinos de la casa de Aragón, secularmente enemistada con la suya. En 1443, Don Alfonso V, que acababa de conquistar el reino de Nápoles, tomaba la ciudad de Marsella. Dicen que en ella no hizo ningún botín, contentándose con llevar en su galera las preciosas reliquias del santo. Depositó su tesoro en Valencia, donde la memoria de San Luis de Anjou fue objeto de gran veneración. Por fin, el año 1862, el arzobispo de Valencia concedió a la Iglesia de Toulouse una reliquia del que había sido su obispo.

JEAN KRYNEN

Bibliografía

CAYRE (Abate), *Histoire des Évêques et Archévêques de Toulouse* (Toulouse 1873).
GUÉRIN, P., *Les petits bollandistes. Vies de saints de l'Ancien et du Nouveau Testament* (París ^{7}1882) t.10.
VIELLE, C., *Saint Louis d'Anjou évêque de Toulouse. Sa vie, son temps, son culte* (Vanves 1930).

SAN EZEQUIEL MORENO Y DÍAZ
Obispo († 1906)

Agustino de la Recolección y obispo de Pasto (Colombia), Ezequiel Moreno y Díaz nace en la calle Hospital Viejo 2 de Alfaro, ciudad agrícola de La Rioja (España), el 9 de abril de 1848. Cuarto entre seis hijos del modesto sastre Félix Moreno y la sencilla mujer Josefa Díaz, matrimonio ejemplar y familia muy cristiana, ya de niño se le veía ir con su padre hasta en el crudo invierno al rosario de la aurora. Aficionado y con buena voz para el canto, se acompañaba bien con la guitarra. Su hermano Eustaquio, en cambio, también agustino recoleto, le daba más al violín. Cantor de la Colegial y monaguillo del Convento de la Esperanza, la sacristana de las dominicas, madre Catalina Les, solía contar que un día preguntaron al pequeño qué iba a ser de mayor. «Fraile», contestó al punto. «¡Tú, fraile!, tan calandrajo [poca cosa], ¿para qué te quieren?». Y él, sin inmutarse: «Ya me pondré un sombrero de copa para ser más alto».

Sólo doce años tenía cuando Eustaquio ingresó en los agustinos recoletos de Monteagudo, y dieciséis a la muerte del padre. Josefa fue paliando las apreturas familiares a base de sacrificios: con ayuda de Ezequiel, vendía hilo y baratijas en la plaza de Alfaro. De ahí su disuasión al decirle éste que también quería irse de agustino recoleto: de sacerdote diocesano al menos podría ayudar a los suyos. Pero, cristiana sobre todo, terminó cediendo y el 21 de noviembre de 1864 Ezequiel, con 16 años, vestía el hábito en Monteagudo, donde profesó en 1865 para dirigirse a Marcilla. España vivía entonces convulsionada por la revolución liberal, exclaustraciones, destierro y despojo de bienes a los religiosos. Monteagudo fue de las pocas casas que el Gobierno autorizó, tras el Concordato de 1851, para el envío de misioneros a tierras españolas de ultramar.

Aún estudiante, marcha con otros dieciocho religiosos a Filipinas en 1869, donde conoce a su futuro biógrafo el padre Minguella, se ordena de presbítero en Manila el 3 de junio de 1871 y en la primera misa tiene de padrino a Eustaquio, párroco de Calapán, isla de Mindoro, con quien aprende el tagalo y da los primeros pasos en la pastoral misionera. Enfermo de paludismo poco después, tiene que regresar a Manila. Recibe el nombramiento de predicador general en 1880 y, tras quince años de intensa labor en el archipiélago, es nombrado prior de Monteagudo en 1885: nadie mejor para despertar en los jóvenes el amor por las misiones. Tenía entonces 37 años. Cuidó mucho de la liturgia, el rezo coral de las horas, la vida comunitaria —aspecto esencial de la religiosidad agustiniana—, los estudios y la observancia, ya muy firme al asumir el cargo. Precedía siempre, lo mismo en abnegación y caridad que en fidelidad, a la vida religiosa; aunque también era muy estricto en la obediencia.

> «De natural en apariencia muy austero —contarán compañeros y biógrafos—, en el trato era la misma humildad, y cuando se veía obligado a corregir lo hacía con corazón de padre, sin alterarse jamás».

Dejaba al vicerrector muchos asuntos de la vida ordinaria para darse a los pobres: raro era el día en que no se repartían en el convento 400 o 500 raciones de comida. Predicaba o confesaba con frecuencia en las parroquias próximas, y el señor obispo, don Cosme Marrodán, muy ligado a la comunidad, quiso que fuera él quien le atendiese a la hora de la muerte. Especial era también su cariño a las religiosas vecinas, agustinas recoletas, dominicas de Alfaro, cistercienses de Tulebras, siervas de María de Tudela y religiosas de Santa Ana de Tarazona.

Acabado el trienio se prestó para restaurar la Orden en Colombia, complicado trabajo empezado el año 1888 junto a seis compañeros en Los Llanos. Convencido de que sólo los buenos religiosos pueden ser apóstoles de verdad, ardía en deseos de reactivar la misión de Casanare, en cuyo territorio los agustinos recoletos habían enseñado el Evangelio tanto tiempo. No lo tuvo fácil, ya que los frailes, después de treinta años de vida autónoma, rehuían integrarse en una vida comunitaria, de modo

que la firme voluntad del recién llegado hubo de imponerse. Fue 1893 el año de su nombramiento para obispo titular de Pinara y vicario apostólico de Casanare.

> «Creemos que no habrá quien se figure que nos lleva a Casanare móvil alguno terreno —escribió entonces—; pero por si alguien se lo imaginase, nos alegramos de que allí no nos espere un palacio o casa cómoda donde poder habitar; ni pingües rentas que nos puedan enriquecer; ni mesa abundante y delicada; ni medios ni maneras de hacer la vida cómoda y regalada».

Eligió de escudo episcopal el Corazón de Jesús, y como lema *Fortitudo mea et refugium meum es tu.* Su amigo Miguel Antonio Caro hizo de padrino en la consagración, cuando la catedral se llenó con «la gente más elegante de Bogotá». Pasada sin grandes molestias en Támara, sede del vicariato de Casanare, la corta guerra de 1895, en febrero de 1896 llegó al vicariato de Casanare la comunicación oficial de su nombramiento para obispo de Pasto, 900 kilómetros al sur de Bogotá. La diócesis de Pasto, con unos 460.000 habitantes en una superficie de 160.000 km^2 (hoy 6.813 km^2), tenía 46 parroquias, cada una con su templo, 6 viceparroquias y 56 capillas rurales, comunidades de capuchinos y filipenses, y varias congregaciones femeninas. Dirigían el seminario los jesuitas, y los maristas tenían un colegio. Lindaba con la república del Ecuador y el océano Pacífico, tenía digna catedral y decoroso palacio, en cuya alcoba el nuevo inquilino sustituyó la regalada cama por un jergón de paja acomodado a su costumbre de humilde religioso. Desde el primer momento se ganó el corazón de los pastusos: con él hasta en los momentos más adversos y en su gran obra destacan, junto a las agotadoras visitas pastorales, la promoción del vicariato apostólico del Caquetá, confiado a los capuchinos, y de la prefectura apostólica de Tumaco.

Los colombianos se volcaron en la catedral de Bogotá el 1 de mayo de 1894, fecha de su consagración episcopal, ceremonia muy solemne de la que apenas se enteró. Una vez consagrado, eso sí, tuvo clarísima conciencia de sucesor de los apóstoles e imagen viva del Buen Pastor entre sus fieles. Pronto lo habría de necesitar: humillaciones, desprecios, calumnias, persecuciones y hasta incomprensión por parte de los superiores. En Casanare o en Pasto atendía él mismo, siempre que podía, los avi-

sos nocturnos de los enfermos. Nunca reprendía. Avisaba, sí, con paternal ternura, a veces sólo con la mirada, reservándose la austeridad para sí. Venía de la España carlista y de la Iglesia del *Syllabus,* cuyos eclesiásticos, la mayoría, no dudaban que el liberalismo era pecado, y muchísimos iban a seguir creyéndolo por otro medio siglo. Aun así, pocos insistieron tanto como él. Sus cartas pastorales son monumento a esta sencilla obsesión.

Amigo de la verdad, ya en su primera carta pastoral, dirá con lenguaje bien agustiniano:

> «Nuestra autoridad en el gobierno de vuestras almas es la autoridad del mismo Jesucristo, resultando de aquí que el que resista a lo que pertenece a nuestro ministerio, no resiste al hombre, sino al mismo Jesucristo... No, no vamos a colocarnos sobre vosotros, sino a temblar en vuestra presencia y a sufrir por procurar vuestra salvación».

Escribe Catalina Les desde Alfaro a su antiguo monaguillo indagando sobre la catedral y el palacio del vicariato de Casanare. La respuesta no se demora:

> «La catedral es una pequeña iglesia de pueblo, pobre y miserable, con piso de tierra. El palacio es una casa» con media docena de habitaciones, y «el piso es de tierra y bajo, porque no hay piso alto».

Procuró, desde el principio, que sus diocesanos más capaces colaborasen en tareas de evangelización y catequesis. Compuso para ellos e imprimió, ya en 1894, las *Instrucciones a los fieles de Casanare para ayudar a conseguir la salvación eterna a los que se hallan en extrema necesidad espiritual,* manual de supervivencia espiritual para situaciones muy difíciles. Se preocupó sobre todo de los niños que morían abortivos o prematuros, dando claras instrucciones para que siempre fueran bautizados a tiempo. Pasadas las lluvias, empezó sus primeras y agotadoras visitas pastorales por pueblos y rancherías, viajando a caballo o a pie, escasamente acompañado y sin ayuda casi. Lo importante para él no era el cansancio, sin embargo, sino la salvación. De ahí que la Revolución le sorprendiese de visita pastoral y que su ocupación, una vez concluida ésta, fuese apagar con el perdón las residuales brasas del odio y del rencor.

Sus *Cartas pastorales* le hicieron pronto famoso dentro y fuera del país. En la primera de Pasto (1896), afirmaba con fuerza,

contra los liberales la excelencia de la fe cristiana y sus inmensos beneficios: sólo la fe en Cristo, decía, puede traer al hombre salvación, en tanto que las esperanzas sin él o contra él son engañosas y llevan al desastre. En la segunda (1896) salió en defensa de los fieles denunciando públicamente a dos periódicos ecuatorianos, «ofensivos y perjudiciales a las almas». En la tercera (1896), hizo lo propio con otro en Pasto. Estas dos pastorales causaron gran revuelo dentro y fuera de la diócesis y le atrajeron las iras de los liberales, aunque también efusivas adhesiones de sus diocesanos.

Graves conflictos le ocasionó su firmeza en el asunto del colegio de Tulcán, regentado por un liberal, ex-religioso de las Escuelas Cristianas. Se metió por medio el obispo de Ibarra, diócesis a la que pertenecía Tulcán, lo que produjo el natural regocijo entre los liberales, que tomaron partido, lógico, por el de Ibarra. El delegado apostólico en Colombia, gran conocedor de nuestro santo, le apoyaba en esta crisis, pero Roma tomó partido por Ibarra. Conocida la desfavorable sentencia, inmediatamente la aplicó, pero el 12 de mayo, mons. Guidi, encargado de negocios de la Santa Sede en Ecuador, informaba a Roma muy negativamente sobre el obispo de Ibarra y el colegio de Tulcán. El clero de Pasto, además, elevó a León XIII una exposición del contencioso, declarando que «estos enemigos declarados del magisterio infalible del Romano Pontífice, hoy lo invocan irónicamente para hacer creer a los pueblos que el Papa infalible acaba de autorizar las tantas veces condenadas doctrinas liberales».

Como el obispo de Pasto tenía que hacer aquel año *visita ad limina,* de muchas partes le insistieron en que recurriese la sentencia. Su idea sin embargo era no crear a la Iglesia ningún problema, de modo que el 6 de septiembre presentó en la Santa Sede su renuncia. El 10 era recibido por León XIII, con el que pudo hablar largo y tendido en latín. No quiso el Papa saber de tal renuncia, y le recomendó acudir «de nuevo a la Sagrada Congregación», cosa que hizo presentando el 20 un largo memorial con documentos adjuntos. Luego, partió hacia España en busca de misioneros y religiosas voluntarios para Colombia. Pero a su vuelta el 4 de noviembre comprueba que las cosas están donde las había dejado: en Roma no terminaban de entender el fondo

del problema. Nuevos memoriales el 1 de enero y 1 de febrero, y subsiguientes nuevas dificultades hasta que, ¡por fin!, el cardenal Vanutelli, prefecto de la Congregación de Obispos, dictó el 6 de febrero sentencia ajustada al planteamiento del obispo Ezequiel: «Está en perfectísimo derecho de mantener la prohibición de su antecesor». Arcos triunfales, cantos, banderas y discursos rodearon su regreso a Pasto.

En mayo de 1899 León XIII dispuso con la encíclica *Annum sacrum* consagrar toda la humanidad al Sagrado Corazón de Jesús. Pasto y sus parroquias lo estaban desde tiempo atrás, pero su Obispo quiso adherirse promoviendo la construcción de un templo votivo que atenderían las religiosas betlemitas. Pero lo malo estaba por venir: desde finales de ese año empezó a barruntarse la inminente guerra civil en Colombia. Tropas ecuatorianas incursionaban en el sur, y el gobierno ecuatoriano prestaba su ayuda a los rebeldes, impulsados por el espíritu liberal y antirreligioso. Monseñor Ezequiel publicó cartas y circulares con el fin de atajar dichos males, porque el de la guerra, decía, tiene su origen en los pecados de los hombres y es un castigo que Dios permite para purificar la nación. Es preciso, pues, arrepentimiento, oraciones y penitencias.

> «Cuando los masones y liberales ecuatorianos y colombianos, mandados y empujados por Alfaro, Presidente masón del actual Gobierno ecuatoriano, nos acometían una y otra vez con barbarie y salvajismo [...] algunos de los mismos que nos hacían la guerra, recordaban que Jesucristo había predicado la paz; que su religión es de paz, y ¡paz, paz! gritaban, al mismo tiempo que alistaban tropas contra nosotros».

En la pastoral de cuaresma volvió a la carga en parecidos términos. Su doctrina antiliberal venía siendo la pesadilla de los liberales ecuatorianos y colombianos, quienes, como era de temer, empezaron a urdir pronto la ruina del obispo misionero. La hora sonó cuando la Santa Sede decidió abrir conversaciones con el Gobierno ecuatoriano: el delegado apostólico en Colombia hizo llegar al de Pasto el 14 de mayo de 1901 un telegrama precisando que, en vista de tales negociaciones, «quiere Su Santidad que Usía Ilma. se abstenga de toda publicación u otros actos cualquiera». El de Pasto así quedaba descalificado de nuevo ante la opinión pública, como cuando Tulcán. Por si fuera

poco, en julio otro telegrama vino a urgirle interponer su autoridad para que también sus diocesanos guardaran silencio. Y en el de septiembre, junto a la satisfacción del Papa por su obediencia, se le apremiaba a seguir callado y a silenciar «la campaña que el clero de Pasto ha emprendido contra el Gobierno del Ecuador». A diferencia de su antecesor, entendía que no sólo *el liberalismo* en abstracto, sino también *el partido liberal,* que le daba insidiosa cobertura, debía ser abiertamente denunciado e impugnado por la Iglesia. De ahí que el Gobierno ecuatoriano enviase en 1903 a Bogotá a su vicepresidente para gestionar su destitución.

Los llamados tiempos de paz, tras la guerra, eran especialmente idóneos para las concesiones más lamentables. Se avecinaba, de hecho, el arreglo político entre católicos y liberales con la renuncia del Estado a la *confesionalidad.* Es decir, la *concordia* nacional, procurada en Colombia por liberales y católicos afectos a ellos, venía a reconocer que *el bien común* de la nación, en sus concretas circunstancias históricas, había de conseguirse *mejor* dejando a un lado la confesionalidad del Estado *(hipótesis).* El santo obispo de Pasto, por contra, estaba convencido de que la confesionalidad cristiana estatal, en un pueblo de inmensa mayoría católica, aunque pudiera ocasionar ciertos males, evitables después de todo, era sin duda preferible a la secularización estatal, de la que ciertamente iban a seguirse males mayores *(tesis).*

Monseñor Ezequiel publica en septiembre de 1904 una *Circular* en la que extiende a sus diocesanos la prohibición de leer el diario *Mefistófeles,* dictada por el arzobispo de Bogotá, Primado de Colombia. Impugna de nuevo en ella el concepto liberal de *concordia* y de *paz,* que no significan sino retroceso y perjuicio de los católicos. La alianza de tal concordia «debe llamarse *cesión de los católicos* por flojedad en su fe, o, lo que es más probable en algunos, por afición a la *nueva vida* de las sociedades, a las ideas modernas, al *derecho nuevo* condenado por los pontífices romanos... La concordia, tal como se está entendiendo y practicando, es una verdadera calamidad para la fe y la religión, y por eso clamamos contra ella desde un principio». El santo obispo de Pasto, viviendo en un pueblo de amplia mayo-

ría católica, condena la secularización del Estado decenios antes de que ésta se impusiera como elemento desintegrador de Colombia y de tantas naciones de la América hispana.

Perdida la guerra, los liberales colombianos comprendieron que *su* concordia sería imposible sin el previo aplastamiento del obispo de Pasto. Había que acabar de una vez con aquellas cartas pastorales y circulares aplaudidas por los católicos y reimpresas con el apoyo de buen número de obispos. Dada la urgencia, la prensa liberal no tardó en intervenir. El primer biógrafo padre Mínguella, obispo de Sigüenza, recoge en su libro algunas muestras: dice que empezó a tachársele de fraile ignorante, incapaz de comprender las libertades modernas, perteneciente «a esa cáfila de frailes importados de España y rechazados hoy de allá y de todas las naciones civilizadas». «Su cerebro es la Montaña Pelada, en que el odio brilla con siniestros fulgores y las pasiones gruñen como gatos monteses encorvados». Llegaron a publicarse ternas de candidatos para sustituirle y de Tulcán surgieron incluso amenazas contra su vida.

A finales de 1904 el nuevo delegado apostólico, Francesco Ragonesi, le envía sin previo aviso instrucciones favorables a los liberales: debía abstenerse de intervenir en política y, con los demás obispos, secundar al general Reyes, apoyado entonces como presidente de la *concordia* por el cardenal Merry del Val, Secretario de Estado, y por el Delegado apostólico. La confusión entre los obispos fue grande, pero el de Pasto, en vez de lamentarse, remitió un telegrama al señor Presidente de la República puntualizando el sentido de la palabra *concordia* y asegurándole que el Papa no se reconciliaba con el liberalismo moderno. La reacción no se paró en la protesta ante el delegado apostólico, sino que pidió a Roma su deposición. En Bogotá, adonde había sido convocado urgentemente, Ragonesi le aplicó una «detallada y severa requisitoria» y, por exigencia del presidente Reyes, hubo de escribir una explicación pública del telegrama. A la postre, sin embargo, recibió de obispos y pueblo más alabanzas que insultos, pero el dolor mientras tanto había hecho su obra en el hombre de Dios, como vamos a ver.

A finales de 1905, en efecto, una persistente llaguita en el paladar fue el primer anuncio del cáncer que acabaría con su

vida. Muchos cristianos y comunidades religiosas piden al Señor por su salud, pero en vista de que los tratamientos no resultan, una comisión del clero —dos jesuitas, dos capuchinos, dos filipenses, el vicario y otro sacerdote secular— le pide que se vaya a Europa para recibir adecuado tratamiento, cosa que hace el 13 de enero de 1906. Operado en Madrid el 14 de febrero, y de nuevo el 29 de marzo, el doctor Compaired dirá más tarde:

> «Me causó admiración extraordinaria la fortaleza de ánimo, el valor cristiano, la paciencia sin límites, la resignación placentera, la sumisión y obediencia admirables y la resistencia al dolor hasta el heroísmo santo, heroísmo de santo y de bienaventurado».

Para asemejarse más a Cristo, había rechazado la anestesia, soportando el dolor sin lamento alguno.

El 1 de junio es trasladado a morir en Monteagudo, donde había iniciado su vida religiosa, y allí escoge una habitación pequeña, con tribuna a la iglesia. Sus dolores son atroces, pero, como declaraba su fiel acompañante el padre Alberto Fernández, «en todo el tiempo de la enfermedad no he observado un acto de impaciencia, ni perder un momento su dulzura habitual y su modo de ser». El 18 de agosto pasa la noche muy agitado, hasta que de madrugada se sienta en la cama, arregla cuidadosamente las ropas, alisándolas y estirándolas bien y, otra vez tendido, sube la ropa hasta el cuello, y tras sacar los brazos, queda inmóvil, tranquilo, un par de horas. A las 8,30 del 19 de agosto de 1906, con la juvenil madurez de 58 abriles a las espaldas, descansaba para siempre en el Señor. Sepultado a los pies del altar de la iglesia de la Virgen del Camino, su cuerpo incorrupto se venera hoy en dicha iglesia agustiniana de Monteagudo.

Con su muerte, descansó él y descansaron no pocos hombres de mundo y de Iglesia. Y es que no es fácil dar en la historia de la Iglesia en América con un obispo tan molesto para el *mundo* hostil al Reino y para ciertos *hombres de Iglesia.* Pocos obispos, sin embargo, habrán llegado tan hondo, tan dentro del alma, como él. Colombia se deshizo en cortesía de *telegramas,* muchos, y esta vez de sincera condolencia. Pronto empezaron a conocerse curaciones, sobre todo de cáncer, atribuidas a su intercesión. La fama de santo creció con inusitada rapidez, em-

pezando por Colombia. Corría 1910 y se abrió ya el proceso informativo en Tarazona. Años después, en Manila, Pasto y Bogotá. Fue beatificado por Pablo VI el 1 de noviembre de 1975, al término casi de aquel «Año Santo de la reconciliación». Culminan en 1992 los trámites para la canonización, que proclama solemnemente Juan Pablo II en Santo Domingo el 11 de octubre de 1992 en el marco del V Centenario de la evangelización de América. Juan Pablo II presentó al mundo desde allí su ejemplar figura de pastor y misionero. Hoy está considerado como especial intercesor ante Dios por los enfermos de cáncer y uno de los más grandes apóstoles de la evangelización de América.

Redactaba los sermones, aunque al pronunciarlos improvisaba bastante. No brilló en florida elocuencia, sino por un verbo sencillo, claro, persuasivo. Los dos preciosos tomos de sus *Cartas* reflejan su abnegada solicitud hacia quienes a él se confiaban espiritualmente, de modo particular los angustiados por el sufrimiento o atormentados por los escrúpulos. *Enamorado de Jesucristo,* su alegría y fortaleza nacían directamente del amor al Corazón de Jesús. De ahí su omnímoda libertad frente al mundo civil y eclesiástico de su tiempo. En su ministerio no partía sino de este amor a Jesucristo, ni sufría sino al ver que Jesús era ofendido, ni pretendía sino enamorar a los hombres de su Amado. De ese mismo amor venía también su increíble capacidad de sufrimiento.

Dormía con frecuencia en el suelo unas cinco horas, y dedicaba diariamente a la oración seis, distribuidas por la jornada. Durante la oración, el Señor le dejaba normalmente en el desierto de la aridez:

> «Yo, Amado de mi alma, decía, para imitaros, abrazo con el más tierno afecto los dolores, las enfermedades, la pobreza y las humillaciones, y las considero como hermosas partecitas de tu Cruz».

Este amor explica su valiente acción pastoral, y la extremada pobreza, miseria casi, en sus ropas personales, escasas, viejas y remendadas. Gran frugalidad la suya en las comidas; y austeridad no menor en los viajes alojándose en conventos pobres. Fúlgida estrella del cielo agustiniano, San Ezequiel Moreno y

Díaz fue, concluyendo, acabado modelo de pastores por su fidelidad a la Iglesia y por su celo apostólico.

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

AYAPE, E., OAR, *Semblanza de San Ezequiel Moreno* (Madrid 1994).

CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, «*Decretum* Canonizationis beati Ezechielis Moreno y Díaz, ex Ordine Augustinianorum Recollectorum, Episcopi Pastopolitani (1848-1906). *Super dubio* [7.3.1992: A. CARD. FELICI, *Praefectus*]»: *AAS* 84 (1992) 1089-1091.

LÓPEZ MELÚS, J., *Ezequiel Moreno y Díaz,* en C. LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los Santos,* I (Madrid 2000) 757-758.

MARTÍNEZ CUESTA, A., OAR, *San Ezequiel Moreno. Fraile, obispo* y *misionero* (Madrid 1992).

Martyrologium romanum, o.c., 440, n.18; 691.

MINGUELLA, T., OAR, *Biografía del Ilmo. y Rvdmo. Sr. D. Fr. Ezequiel Moreno y Díaz, obispo de Pasto (Colombia), muerto en olor de santidad* (Barcelona 1909).

Revista *Credencial historia* (Bogotá) octubre de 1993.

RODRIGO, R., OAR, «S. Ezequiel Moreno (1848-1906)», en F. ROJO (ed.), *La seducción de Dios. Perfiles de hagiografía agustiniana* (Roma 2001) 265s.

SACRA RITUUM CONGREGATIONE, *Beatificationis et canonizationis Servi Dei Ezequielis M. Díaz. Positio super virtutibus* (Roma 1944).

— *Beatificationis et canonizationis Servi Dei Ezequielis M. Díaz. Nova Positio super virtutibus* (Roma 1959).

«El santo de Alfaro». Simposio sobre San Ezequiel Moreno. Alfaro (La Rioja, España), 29 septiembre-1 octubre 1994 (Roma 1994).

BEATO TOMÁS SITJAR FORTIÁ

Presbítero y mártir († 1936)

Al iniciarse el 18 de julio la Guerra Civil y declararse la persecución religiosa contra la Iglesia, los superiores de la Compañía de Jesús ordenaron la dispersión de todas las pequeñas comunidades, debiendo acudir cada uno a la familia que tenían previamente señalada. Comenzaba la inseguridad, la indefensión y el imprevisible futuro para muchos, con el desamparo y la soledad que la situación ofrecía. Algunos regresaron a las casas que habían habitado, donde días después serían detenidos.

Unos días antes, el P. Tomás López partía con un grupo de congregantes para Mallorca, de donde no regresarían hasta el año 1939. El P. Ramón Más fue detenido a los pocos días en plena calle, y tuvo que declarar ante sindicalistas de la CNT que

le dejaron en libertad tras el oportuno interrogatorio. El P. José Luis Iñesta estaba dando ejercicios en Torrente a las Hermanas Franciscanas, a quienes animó a perseverar en la fe, pero regresó a Valencia de inmediato. Unos días después un grupo de la FAI asaltó la Residencia de los jesuitas, saqueándola. El P. Juan Pablo Beamonte, animoso y culto, fue el protomártir jesuita valenciano. Residía en el asilo-hospital de San Juan de Dios de la Malvarrosa, junto al mar, debido a un intenso cansancio nervioso que sufría desde hacía tiempo, acompañado por los padres Eugenio Tort y Manuel Carceller. Desde los primeros días los padres Beamonte y Tort optaron por salir del hospital, marchándose el 21 de julio, pero el P. Carceller, con 81 años de edad, decidió quedarse. Su venerable ancianidad llamó a compasión a los milicianos que le acompañaron hasta la estación del Cabañal, pagándole un billete de segunda hasta Barcelona, donde su familia le recogió. El 4 de agosto la benemérita comunidad de Hermanos Hospitalarios de San Juan de Dios de la Malvarrosa es asesinada.

Los padres Fort y Beamonte se habían acogido a la fraterna caridad de dos hermanas aragonesas que vivían en un chalet de la playa, próximo a San Juan de Dios, donde permanecieron juntos hasta el 5 de agosto, pues este día el P. Tort abandonó este refugio. El 7 de agosto los milicianos llegan al chalet donde les recibe el P. Beamonte, que es reconocido. A empellones le llevan al automóvil, le rompen las gafas, y esa misma noche es asesinado, según parece, junto al cementerio más próximo. Un registro efectuado en la residencia habitual del P. Darío Hernández, ex prepósito de la Casa Profesa, puso en manos de los milicianos la lista completa de los grupos de jesuitas que vivían en Valencia, precisando nombres y direcciones. El P. Darío preguntó al hermano José Conti si se atrevía a ir al asilo de San Juan de Dios, con el fin de avisar a los jesuitas que vivían allí. Aceptó valientemente, pero al llegar a la Malvarrosa no se percató de la ausencia de los religiosos hospitalarios, y preguntó ingenuamente por el superior. A los pocos días su cadáver fue hallado en el camino de Alboraya al mar.

El 12 de agosto unos milicianos localizaron en un registro al P. Narciso Fuentes, identificándolo de inmediato. Nada más se

pudo saber de él. Un grupo de coadjutores lo formaban los hermanos Ángel Mercader, José Simón, Catalino Abril y José Fabregat. El Hno. Simón había sido durante 42 años cocinero del colegio de San José, y se encontraba acogido en una casa junto al Hno. Mercader, el Hno. Planell y el P. Caldú. El 31 de julio fueron sorprendidos por un grupo de milicianos, mientras rezaban las letanías de la comunidad. Decidieron separarse, quedando en el piso los Hnos. Simón y Mercader que, finalmente, fueron detenidos el 14 de agosto y asesinados en la Pinada (Masarrochos). El Hno. Catalino Abril se refugió en una posada que tenía en Valencia un amigo suyo de la infancia, de donde se lo llevaron el 23 de agosto. Lo encontraron muerto en el barrio de Arrancapinos.

El Hno. Fabregat se desvivía por encontrar lugares más seguros para los demás jesuitas, sobre todo se interesaba por el P. José Conejos, a quien visitaba en su escondrijo y atendía. Le detuvieron el 17 de agosto, encerrándole en la prisión de San Miguel de los Reyes, en donde encontró a su hermano, el P. Antonio Fabregat. Convivieron juntos hasta el 2 de septiembre, en que el Hno. José fue trasladado a la Modelo. El 8 de septiembre fue asesinado. Procedente de Segorbe (Castellón), en donde era padre espiritual del seminario diocesano, se hallaba en Valencia el P. José Palacio, escondiéndose en casa de un sacerdote amigo suyo. Escribió a un sobrino encargándole de agenciarle el permiso para irse a Alcalalí (Alicante), su pueblo natal. Cuando éste llegó a entregarle el salvoconducto el 27 de agosto, su tío ya no estaba. Nada más se sabe de él.

El P. Juan y el P. Palanques fueron detenidos el sábado día 25 de julio, les llevaron ante el Comité Popular y les encerraron en el calabozo. Una vez libre, el P. Juan recorrió varios refugios, finalmente fue localizado, siendo asesinado el 28 de septiembre en el Picadero de Paterna. Unos días antes de comenzar la Guerra Civil, el P. Pablo Bori acababa de dar los ejercicios a las religiosas del asilo de ancianos desamparados, que le cuidaban, y en donde celebraba la santa misa a diario. Varios jesuitas se encontraban acogidos en esta santa casa, desde la promulgación del decreto del Gobierno del 24 de enero de 1932. Allí estaban el P. Casademont, el P. Giner, imposibilitado por apoplejía, el

Hno. Espí, muy anciano, el Hno. Valer, ciego desde hacía años, y los hermanos Vicente Sales y José Tarrats, que los atendían. El Hno. Tarrats era muy conocido y admirado por sus innumerables favores, pero al abandonar el asilo encontró cerradas todas las puertas en donde llamó. Era demasiado conocido. El día 15 de agosto lo encontró el Hno. Martínez Tarín, y lo invitó a ir a casa de sus padres, aunque regresó al asilo de ancianos.

El P. Bori celebró la misa hasta el 24 de agosto, siendo el consuelo de todos aquellos días de angustia. Este día, un numeroso grupo de milicianos se adueñan del asilo, marginando a las religiosas. El 28 de septiembre una patrulla armada detuvo al Hno. Tarrats, al Hno. Celso Alonso, redentorista, al Dr. Fermín Alegret, y a un asilado, Miguel Esteve. Qué les hicieron, no se sabe, pero sus cadáveres se recogieron en *la Rambleta,* frente al mismo cementerio. Al día siguiente, 29 de septiembre, alrededor de las 6 de la tarde, los milicianos detienen al P. Bori y al Hno. Sales, encontrándolos muertos a la mañana siguiente. El primero, en el tránsito de Benimaclet; el segundo, en el Picadero de Paterna. Uno de los milicianos que detuvo al P. Bori contó a una hermanita del asilo que, cuando iba a ser asesinado, el jesuita preguntó: «"¿Quiénes me vais a matar?". —¡Nosotros!, le responden. "Pues por aquel Dios por quien me vais a matar y en quien vosotros no creéis, yo os perdono", y nos bendijo a todos».

En la Cárcel Modelo de Valencia se reunió una comunidad de jesuitas. Desde el 22 de julio estaba preso el Hno. Simeón Martí, a quien siguieron los padres Puche, León, Tort, Parres, Moret e Iñesta. Del 23 al 27 de julio estuvo también allí el P. Mario Sauras, antes de su huida a Alicante, y pasó unos días el prepósito Darío Hernández. El 4 de septiembre ingresó en la prisión el P. José Antonio Puche, que había llevado hasta ese momento una extraordinaria labor apostólica, dando la comunión privadamente, y confesando a cuantos le requirieron, pasando de un refugio a otros. Cuando fue detenido junto con una hermana suya religiosa, les llevaron al Gobierno Civil, de donde pasaron, él, a la Modelo, y su hermana, a la cárcel de mujeres.

A los pocos días —10 de septiembre— se les unía el P. Antonio de León, a quien se le había brindado salir para el

extranjero, pero cedió su puesto al P. Mario Sauras. Antes había estado declarando en el Gobierno Civil, y encerrado después en un calabozo junto con otros presos. Al día siguiente, por la tarde, lo llevaron a la Modelo. El horario en la prisión era realmente inicuo: todo el día encerrado en la celda, fuera de una hora de recreo en el patio por la mañana, y otra, por la tarde. Podían recibir visitas de familiares de veinte minutos dos veces por semana. Había mucho tiempo para la lectura, la oración y el estudio. Lo peor eran las noches. De pronto podían encenderse todas las luces de un piso, porque no había más que una llave, empezando el ruido de abrirse las puertas de quienes partían rumbo a la muerte. A veces esto podía ocurrir hasta dos o tres veces.

Pero lo más terrible aún fue la llegada en la tarde del 14 de septiembre de la Columna de Hierro, que se había propuesto acabar de raíz con toda autoridad y orden. Había que acabar con todo. Se apoderaron de la guardia y dejaron en libertad a todos los presos comunes, para que marcharan con ellos al frente. Al quedar sin servicio hubo necesidad de nombrar nuevos auxiliares en la cocina. El P. Puche advirtió la oportunísima ocasión de seguir su apostolado en la Modelo. Pidió y se le concedió el 15 de septiembre el cargo de ordenanza del piso medio de la primera galería, invitándole a recomponer el fichero destruido por los milicianos. Por la tarde ya era enfermero, cargo que le permitió recorrer libremente toda la cárcel, pasando de una galería a otra, y entrar en las celdas. Una pastoral de catacumbas. Al día siguiente se encontró con el P. León, el P. Darío Hernández y el Hno. Martí. El segundo, destacado predicador y eficaz prepósito de la casa profesa hasta la disolución de la Compañía en 1932, era inconfundible. Un oficial de prisiones le reconoció enseguida: «Ése es el capitán general de los jesuitas». En un primer momento se ocultó con el P. Luis Perera y el Hno. Conti, donde eran visitados con frecuencia por el P. Puche y el Hno. Orengo, que fue el enlace más seguro entre todos los jesuitas de Valencia. En otro piso de esta misma casa se hallaba oculto el P. Pelufo, Provincial de los franciscanos. El 25 de julio, avisados oportunamente, se pusieron a salvo de una segura detención, aunque el P. Perera ya no volvió. El P. Darío y el

Hno. Conti regresaron, pero a los pocos días se ocultaron en otro lugar, donde les visitaron también los padres Puche y Basté y el Hno. Darder. Un nuevo registro en la posada donde vivía el P. Puche, y de allí el 30 de agosto tiene que huir, pues la policía está preguntando por él. La persecución personal que sufría acrecía a diario los peligros de sus salvadores: «¡Es tan triste saber que le van buscando a uno!», exclama. En la calle lo encontró el P. Reboll: «Si esto dura más yo me entrego a las autoridades, y que hagan lo que quieran de mí», le dice. El sufrimiento y el temor se hacen insoportables. El 13 de septiembre es detenido por seis milicianos, que lo llevan al Gobierno Civil, y de allí a la Modelo, donde permanece quince días. Al anochecer del día 30 de septiembre sale rumbo al Picadero de Paterna, donde es martirizado.

En la noche del 30 de septiembre al 1 de octubre, los milicianos sacan al P. Vicente Guimerá de la prisión de las Torres de Quarte, junto con un hermano suyo sacerdote, don Joaquín. El P. Guimerá residía de ordinario en Sevilla, aunque era valenciano, y se hallaba casualmente en Valencia, para resolver algunos asuntos relacionados con la causa de beatificación del P. Tarín, que tenía encomendada. Al iniciarse la persecución contra la Iglesia se fue a vivir con su hermano, y una hermana, religiosa Carmelita de la Caridad. Murieron juntos el jesuita y el sacerdote.

Desde el 25 de julio el P. Luis Perera se acogió a la caridad de una familia valenciana, en donde podía celebrar cada día misa en el oratorio. Fue detenido el 18 de agosto, y encerrado en la prisión improvisada en los sótanos del seminario conciliar, en la calle de Trinitarios. El 4 de octubre, después de un mes y medio de cautividad en tan lóbrego lugar, fue asesinado en el azud de Monteolivete. El 7 de octubre, es aprendido el P. Ciríaco Tort, y desde el Gobierno Civil es conducido a la Modelo. Dos días más tarde llegaba el P. Juan Luis Parres, quien desde Gandía había arribado a Valencia el 27 de julio, ocultándose, primero, en un piso en donde encontró al P. Narciso Fuentes y al Hno. José Fabregat, y después, en diversos lugares hasta que le localizó la policía. Le siguió el P. Moret y el P. Iñesta, que vivía escondido con el Hno. Viciano, a quien reconocieron por la

calle. El 25 de noviembre, al mediodía, le detienen. De allí, al Gobierno Civil, y al calabozo. Al día siguiente, a la Cárcel Modelo.

El 7 de diciembre algunos presos de la Modelo fueron trasladados de galería, obligándolos a reunirse tres en cada celda, pudiéndose escoger uno de los compañeros. Entonces había unos 700 presos. El P. Antonio de León se reunió con el P. Ciríaco Tort y el P. Marco, escolapio, rector del colegio de Albarracín (Teruel). Las confesiones en la prisión no ofrecían dificultad, paseando por el patio, y para comulgar se decían ocultamente algunas misas, repartiéndose la comunión como cada uno discurría. En la primera quincena de agosto el P. Narciso Basté andaba ocultándose, aunque era un viejecito afable. Durante años dirigió el admirable Patronato, ganándose bien merecidamente el homenaje de la clase obrera. El 17 de agosto fue detenido por primera vez, junto con los hermanos Darder y Abril, pero uno del Comité había sido del Patronato y le obtuvo la libertad. Aún fue detenido y puesto en libertad otras dos veces. El 15 de octubre le apresaron junto con el Hno. Manuel Darder, siendo asesinados ambos.

El 25 de octubre el Hno. Juan Andrada y su hermano sacerdote, don Jaime, fueron detenidos por milicianos del comité de Benifairó de la Valldigna, que los asesinaron por el camino. A principios de octubre es detenido y encarcelado unos cinco días el Hno. Vicente Fonfría, a quien el 29 del mismo mes da muerte un miliciano de la Columna de Hierro. En la prisión de las Torres de Quarte estuvo el P. Alfredo Simó, antiguo rector del colegio de San José, persona muy conocida en la ciudad del Turia. El 25 de julio estuvo declarando en el Gobierno Civil, aunque quedó en libertad, pero el 20 de agosto es encarcelado en la mencionada prisión. Allí se encontraban numerosas personalidades en unas condiciones infrahumanas. La sala tenía unos diez metros de larga por cuatro o cinco de ancha, y por mobiliario contaba con una mesa larga de pino, cuatro bancos largos y unas sillas, que habían construido los propios presos. En este inhóspito lugar llegaron a estar más de cuarenta hombres. Allí estaba también el superior de los capuchinos de Masamagrell. En aquellas circunstancias el P. Simón era un deleite para todos.

Era un jesuita de inmensa cultura y afabilidad. El 21 o 22 de noviembre el P. Alfredo salió de la prisión, aunque esta libertad fue sólo por unos días, pues en la madrugada del 29 de noviembre fue detenido de nuevo y, con él, la familia que caritativamente le había mantenido oculto, antes y después de su prisión en las Torres de Quarte. Todos ellos, menos una hija del matrimonio, fueron asesinados en el Picadero de Paterna.

Sin derramar su sangre pero como de verdadero mártir fue la muerte en la cárcel del P. Juan Bta. Ferreres, a consecuencia de los malos tratos sufridos por el nombre de Cristo. El célebre moralista y canonista, gloria de la Compañía de Jesús, residía hacía muchos años en Barcelona. Con el Hno. Penalba se refugió en una casa amiga hasta el 10 de agosto en que les detienen y llevan a declarar. El P. Ferreres aseveró ser catedrático y escritor, y viéndole tan anciano le dejaron en libertad. Con el Hno. Penalba se trasladó a L'Ollería (Valencia), donde había nacido. A fines de agosto las autoridades locales le obligan a presentarse al Gobierno Civil, de donde pasó a San Miguel de los Reyes. Estuvo cuatro meses encarcelado, y su salud fue empeorando. El día 8 de diciembre, fiesta de la Inmaculada, le dio un ataque de hemiplejía. El 21 de diciembre, casi sin sentido, y sobre un jergón, intentan colocarlo en un coche, pero no entra y lo dejan en la enfermería del penal, donde siguió agravándose su enfermedad. El día de Navidad recibe por última vez la comunión, y el 29 expiraba recitando esta plegaria: «En tus manos, Jesús mío, encomiendo mi espíritu». Sus numerosos amigos de la cárcel pretendieron adquirir un ataúd decoroso, pero el director de la cárcel no lo consideró adecuado: «No interesa», dijo.

En la ciudad ducal de Gandía, cuna de San Francisco de Borja, se encontraba el P. Tomás Sitjar, superior de la comunidad, conocido por su defecto en un pie que le obligaba a llevar una bota especial. Varias familias se le ofrecieron para acogerlo, pero no aceptó por no comprometer a nadie. El P. Parres y el Hno. Azorín pudieron huir de Gandía y salvaron sus vidas, como pudo hacer y no quiso el Hno. Gelabert, para quedarse heroicamente con el superior. También se quedó el P. Constantino, que vivía en piso diferente. El 25 de julio, a medianoche, se presentan los milicianos. El Hno. Gelabert, por obediencia, lo-

gra escaparse, y al P. Superior le amenazan, acusan y sin respeto alguno a los setenta años, le maltratan, le dan varios golpes, le tiran de las orejas, le echan una soga al cuello y le llevan a rastras hasta las Escuelas Pías —la Universidad fundada por San Francisco de Borja, convertida ahora en cárcel—, cayendo por el camino varias veces: «Tuve las tres caídas de Cristo», dirá más tarde. En la puerta de la prisión cae de bruces, por el empujón que le da una miliciana. Al poco rato le llaman a declarar. A las diez de la mañana del día 26 de julio se le unen el P. Carbonell y los hermanos Ramón Grimaltos y Pedro Gelabert, que habían sido detenidos en diferentes lugares. El 3 de agosto el P. Sitjar tiene que ser hospitalizado, aunque sigue velando por los tres jesuitas encarcelados: «Díganle al P. Ministro que no sea roñoso; que dé limosnas para que los traten menos mal». El día 10 regresa a las Escuelas Pías. El 28 de agosto es asesinado, junto con otros dos gandienses, en el término de Palma de Gandía.

Unos días antes, el 23 de agosto, el P. Carbonell y los hermanos Grimaltos y Gelabert, junto con otros diez detenidos, son trasladados en un autobús que toma el camino de Valencia, aunque no creyeron ser cierto y se confesaron uno con el P. Carbonell, y otros, con el canónigo Espí. En el trayecto les hacen bajar varias veces, como si fueran a asesinarles allí mismo, con increíble crueldad. No lejos de Silla un grupo armado les da alcance, obligando al conductor a virar hacia Carlet y Alzira. En el término de Tavernes de la Valldigna detienen el autobús, les ordenan bajar a todos y allí mismo les dieron muerte. Sólo se salvaron los tres más jóvenes del grupo de detenidos.

Al P. Moreno, de setenta y cuatro años, se le permitió continuar en el Asilo de Orihuela. El P. Juan Bta. Juan se marchó a Alicante, y murió el último día del año. Y por lo que respecta al P. Andrés Carrió estuvo, primero, acogido por una familia de Murcia, de donde pasó a Los Alcázares, saliendo para Alicante el día 25 de julio. Unos milicianos le reconocen y le detienen al pasar por San Javier (Murcia), pasando todo el día en un calabozo, sin comer ni beber. Al día siguiente, al amanecer, era asesinado.

Gracias al consulado argentino en Alicante pudieron salvarse el P. Joaquín Vendrell, el P. García, superior de Alicante, el

P. Francisco y su hermano Vicente Muedra, Mario Sauras, Baró Reboll y Casademont. Mientras esperaba en una pensión de Alicante la documentación para embarcarse fue detenido y asesinado el P. Ángel Armiñana, uno de los jesuitas de Valencia, quien en los primeros días de la persecución religiosa recibe a sus padres y una hermana, vecinos de Alcoy, en el piso donde el P. Fonfría hacía de cocinero y se establecen allí todos. Una grave enfermedad de la señora les obliga a regresar a Alcoy, encaminándose los padres Armiñana y Fonfría a Alicante, con el fin de embarcarse en aquel puerto. El 27 de septiembre el P. Fonfría es detenido, le recluyen en el Reformatorio, donde se hallaba el P. Ginés M.ª Muñoz desde dos días antes, y lograría la libertad en febrero de 1937. Por lo que respecta al P. Armiñana pertenecía al grupo de la Academia «Ausias March» de Valencia, y todo hace pensar que fue asesinado en la noche del 3 al 4 de octubre.

Los datos sobre los jesuitas en el ámbito del arzobispado de Valencia elevan las víctimas a 23.

TOMÁS SITJAR FORTIÁ, benjamín de siete hermanos, fruto del matrimonio formado por José Sitjar y Rita Fortiá, nace en Gerona el día 21 de marzo de 1866, y es bautizado al día siguiente en la seo gerundense. De temperamento pronto y violento, aplicado en el estudio e inteligente, queda cojo a resultas de una imprudente travesura, y al crecer, la pierna derecha se queda más corta que la izquierda, y esa cojera exigió un zapato especial.

En el seminario diocesano obtiene las máximas calificaciones, y en 1880 ingresa en el noviciado de la Compañía de Jesús del monasterio de Santa María de Veruela. El año 1886 estudia filosofía y ciencia en Tortosa. En 1890 imparte filosofía en Montevideo (Uruguay), de donde regresa en 1897 por problemas de salud. Celebra su primera misa en 1900, y tres años más tarde en Manresa profesa solemnemente en la Compañía. Enseña filosofía en Veruela, Tortosa y Sarriá (Barcelona).

En 1922 los superiores le nombran ministro de la residencia de Tortosa, y al año siguiente, superior de la de Tarragona. El 12 de febrero de 1929, Rector del colegio noviciado de Gandía, donde dos años más tarde, al proclamarse la Segunda

República, vive la amenaza de incendio de la casa. En esta última etapa de su vida se ponen de manifiesto su admirable ejemplo de constancia e inteligencia. Al disolverse las comunidades de la Compañía de Jesús pasa a residir con la familia Company-Navarro: «Soy jesuita y aunque me venga la muerte no lo ocultaré».

El 25 de julio de 1936, a las diez y media de la noche, un grupo de milicianos se presentan en el piso donde reside, le insultan, se burlan de él, le rompen las gafas y atándole una soga al cuello, lo llevan a rastras a las Escuelas Pías, convertidas en cárcel. Por el camino y debido a su cojera y a los empujones, cae tres veces, caminando lentamente. Al empujarle dentro de la prisión uno de los milicianos le insulta groseramente: «Toma, por canalla, perro cristiano». Allí permanece animando a todos, confesando a quienes se lo piden y soportando mansamente burlas y malos tratos. El día 17 de agosto le llevan a declarar. A media noche del día 18 los milicianos sacan al P. Sitjar junto con dos jóvenes, Juan Cruañes y Juan Botella, les conducen por la carretera de Albaida y en el lugar conocido como la Cruz Blanca, próximo al municipio de Palma de Gandía, les hacen bajar del automóvil, les hacen avanzar y al pie de un olivo les asesinan. Sus cuerpos reciben sepultura en el cementerio de esta población, pero en 1940 son inhumados en Gandía.

En 1953 se abre el proceso de siete jesuitas sacerdotes, cuatro hermanos coadjutores y un congregante mariano y antiguo alumno, entre los que se encuentra nuestro beato.

Tomás Sitjar fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

CORRECHER SEGURA, R., SJ, *Beatos mártires de la Compañía de Jesús* (Gandía 2001) 15-21.

GUIM MOLET, J., SJ, *Los jesuitas en el Levante rojo. Cataluña y Valencia (Barcelona 1936-1939)* (Barcelona 1941).

LEÓN, A. DE., SJ, *En las cárceles y calles de Valencia durante la Revolución española* (Barcelona s.a.).

BEATAS ELVIRA DE LA NATIVIDAD DE NUESTRA SEÑORA TORRENTALLE PARAIRE Y COMPAÑERAS DE LA CONGREGACIÓN DE HERMANAS CARMELITAS DE LA CARIDAD

Rosa de Nuestra Señora del Buen Consejo Pedret Rull, María de Nuestra Señora de la Providencia Calaf Miracle, Francisca de Santa Teresa de Amezua Ibaibarriaga, María de los Desamparados del Santísimo Sacramento Giner Lister, Teresa de la Madre del Divino Pastor Chambó Pales, Águeda de Nuestra Señora de las Virtudes Hernández Amorós, María de los Dolores de San Francisco Javier Vidal Cervera, María de las Nieves de la Santísima Trinidad Crespo López

Mártires († 1936)

El 11 de marzo de 2001 fueron beatificadas por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939, veinticuatro Carmelitas de la Caridad.

No todas murieron el mismo día y en el mismo lugar. Las 9 hermanas de la «Comunidad de Cullera», el 19 de agosto en El Saler. Las 12 de la «Casa de la Misericordia de Valencia», en el Picadero de Paterna el 24 de noviembre. Otras dos el 24 de septiembre en el cruce Benicalap-Campanar; y una tercera en Tabernes de Valldigna el 7 de septiembre. La calidad evangélica de sus vidas se puede sintetizar con las siguientes reseñas.

Comunidad de Cullera

Cullera es un pueblo de Valencia acariciado por la brisa del Mediterráneo y el aroma de los naranjales. Allí vivía en 1878 el piadoso matrimonio formado por Agustín Bou y Rita Gomis, quienes, muy apenados porque había fallecido su hija única, decidieron emplear toda su fortuna en dar una casa-hogar a pequeñas huérfanas desamparadas, dirigiéndose para esta fundación a las Carmelitas de la Caridad. La entonces superiora general, M. Paula Delpuig, acogió la propuesta, y las intrépidas hijas de Santa Joaquina de Vedruna se establecieron en el asilo, fundado bajo la advocación de la Inmaculada Concepción, el 8

de junio de aquel año, día de Pentecostés. La casa llegó a tener —entre internas, externas y mediopensionistas— trescientas niñas. Allí se santificaron, en el ejercicio de la caridad, muchas carmelitas. Entre ellas, las nuestras. Las que el día de la Asunción de 1936 salieron del asilo de la Concepción para ir presas al hospital, y cuatro días después daban su vida por Cristo.

Desde julio de 1936, los Comités revolucionarios dominaban Cullera desatando su furia en persecuciones y asesinatos, especialmente de sacerdotes y religiosos. Contra las carmelitas, a las que el pueblo respetaba, orquestaron una campaña difamatoria. Corrieron el rumor de que maltrataban a las asiladas, de que habían robado y escondido en el asilo un tesoro... que no aparecía. El Comité incautó la casa y se quedan en ella unos milicianos para vigilar a las «monjas ladronas», que siguen allí sin quitarse sus hábitos. «Nos los quitaremos cuando nos vayamos, y sólo nos iremos cuando nos echen». En la fachada del asilo aparecieron pintadas: «Monjas, moriréis quemadas». Y, por todo el pueblo: «Muerte al ladrón».

El 15 de agosto, para festejar la Asunción de la Virgen, aquellas monjas que «maltrataban» a las niñas, les estaban dando una comida especial. A las dos de la tarde, se presentaron los del Comité para sacarlas de la casa y llevarlas detenidas al hospital municipal. Los milicianos que quedaron en el colegio se vistieron —entre mofas soeces— con los hábitos que habían hecho dejar a las religiosas; profanaron los ornamentos sagrados y destrozaron la capilla, pisotearon los escapularios de las niñas diciéndoles que Dios era Lenin, las obligaron a hacer gimnasia desnudas y a ver una película pornográfica y hasta las amenazaron con matarlas si se resistían. Entretanto, las carmelitas habían sido llevadas al sótano del hospital bajo la caritativa custodia de las Hijas de la Caridad, cuyas atenciones mitigaron no poco aquellos cuatro días de confinamiento en régimen carcelario.

El día 18, el Comité hizo público un bando prohibiendo a los vecinos circular por la calle pasadas las diez de la noche... A las doce, se presentaron en el hospital ordenando a la superiora de las paúlas que las hermanas presas se vistieran porque las iban a llevar a Gobernación. Abrazando agradecida a sor Mag-

dalena, M. Elvira hizo ante los milicianos la señal de la cruz, y dijo a sus monjas: «Hermanas, nos llevan al Saler». Que era tanto como decirles: a la muerte. No hubo lágrimas ni aspavientos, sino la fortaleza del Espíritu Santo vibrando en nueve mujeres indefensas.

Con cuatro seglares, las hicieron subir a un coche que tenía escrito con letras grandes y crueles: «Gratis al Saler». La M. Elvira las animaba con palabras de fe y esperanza; por el camino se les murió la hermana Consejo —Rosa de Nuestra Señora del Buen Consejo Pedret Rull— que estaba enferma. Al llegar al Saler, hicieron bajar primero a los seglares y allí, en el camino, dispararon sobre ellos. Las hermanas, desde el coche, oyeron las descargas... «Hijas mías —las alentó Elvira—, tened valor para saber morir, que pronto estaremos en la gloria». Entonces, respondieron gritando con decisión lo que tanto habían repetido desde hacía meses: «¡Viva Cristo Rey! ¡Muera yo por él!». Ante el furor de los milicianos, que pretendían sacarlas del coche a empujones, y hasta tirarlas por las ventanillas, se impuso la madre Elvira: «No hace falta. Bajaremos por nuestro propio pie, de muy buena gana».

Aquella increíble entereza de Elvira, su ascendiente sobre las monjas y su valor harían reconocer más tarde a uno de los asesinos: «Era un verdadero capitán de barco, no quiso abandonar su puesto, quedándose la última, de tal manera que no las puedo quitar de delante, ni tengo ánimos para matar a nadie más».

Habían descendido las hermanas del coche, bajando el cadáver de la hermana Consejo y, frente a aquellos desalmados, buscaban refugio unas con otras, huyendo de los zarpazos que algunos les daban. De pronto, Elvira entonó el himno eucarístico: «Cantemos al amor de los amores, cantemos al Señor...». Y una sola voz, salida de ocho gargantas, se elevó, gozosa, triunfal. Los milicianos, sorprendidos por esta respuesta ante la muerte, escuchaban, atónitos: «Dios está aquí, venid, adoradores, adoremos a Cristo Redentor...». Era un cántico matutino de alabanza al Señor de la vida. Era la expresión de sus vidas inmoladas, como Cristo en la Eucaristía: cuerpo partido, sangre derramada. A medida que caían, implacables, las descargas, el

coro de vírgenes se iba apagando... «¡Gloria a Cristo Jesús! Cielos y tierra, bendecid al Señor...». Y los lirios blancos, tronchados y enrojecidos, se deshojaban, exhalando el perfume del perdón y la caridad. Sólo Elvira Torrentalle, «el capitán del barco», quedaba en pie. Y cantaba, sonriendo: «¡Honor y gloria a ti, Rey de la Gloria!». Cantaba, muriendo, consumada gallardamente su misión, esta mujer, fuerte con la fortaleza de los débiles, tozudamente enamorada de Jesucristo: «¡Amor por siempre a ti, Dios del amor!».

Eran las primeras horas del 19 de agosto. Entre los pinos del Saler, las sombras de la noche eran vencidas por la luz. Amanecía. Habían vencido estas nueve heroínas.

ELVIRA DE LA NATIVIDAD DE NUESTRA SEÑORA TORRENTALLE PARAIRE. Nació en Balsareny (Barcelona) el 29 de junio de 1883. Entró en la congregación el 7 de septiembre de 1906, en el noviciado de la casa madre de Vich. Profesa en 1908, fue destinada a Cullera; en 1925, al colegio del Sagrado Corazón de Valencia y, en 1933, de nuevo a Cullera, como superiora. De temperamento vivo, se manifestaba al exterior con una serenidad inalterable, ecuánime y llena de paz. La Eucaristía y la Santísima Virgen fueron el centro de su vida. Renunció a la oportunidad que le brindó, primero la hermana de una religiosa, y después, su propia hermana Irene, también carmelita, para que se refugiara con ella en el domicilio familiar: «Ponte tú a salvo con las otras religiosas que van a Cataluña, pero mi deber con las hermanas y con las niñas es permanecer en Cullera». Durante el camino del martirio al Saler animó a sus hermanas, pidiendo para ello morir la última, y entonando el popular himno eucarístico «Cantemos al amor de los amores», que sólo se apagó en sus labios cuando perdió la vida.

ROSA DE NUESTRA SEÑORA DEL BUEN CONSEJO PEDRET RULL. Rosa Pedret Rull había nacido en Falset (Tarragona) el 5 de diciembre de 1864. Se decide por la vocación religiosa e ingresa en la congregación de Carmelitas de la Caridad el 4 de marzo de 1886, haciendo el noviciado en Vich, y tomando el nombre religioso de Rosa de Nuestra Señora del Buen Consejo, llamada familiarmente hermana Consejo. Su profesión perpetua la hizo el 19 de abril de 1891. Fue destinada a la casa-asi-

lo de Cullera, y allí permanecería todo el resto de su vida. Empleó todas sus fuerzas en el servicio de las colegiales, llevando la clase de labor y trabajando en otras varias actividades al servicio de la casa. Cuando se hizo mayor, la encargaron de la portería. Era humilde, obediente, caritativa, bondadosa y sencilla, y la quería todo el pueblo, que la conocía por los muchos años que llevaba en la localidad. Vivía con gran intensidad la pobreza evangélica.

MARÍA DE NUESTRA SEÑORA DE LA PROVIDENCIA CALAF MIRACLE *(Hermana Providencia).* Nació en Bonastre (Tarragona) el 18 de diciembre de 1871, e ingresó carmelita en Vich en 1890. Tras un breve destino en Benicassim, pasó el resto de su vida, casi 40 años, en Cullera, donde fue ropera, procuradora, y sacristana, oficios en los que manifestó su competencia y rendimiento de juicio. De carácter bondadoso y angelical, las niñas la adoraban, llamándola «madrinita». Cuando su hermano fue a intentar salvarla, le respondió: «Lo que será de una, será de todas». Su muerte, al caer fusilada en el Saler con sus ocho hermanas, fue su último acto de comunidad.

MARÍA DE LOS DESAMPARADOS DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO GINER LISTER *(Hermana Amparo).* Nacida en Grao (Valencia) el 13 de diciembre de 1877, ingresó en el noviciado de Vich en 1902 y, después de profesa, vivió siempre en Cullera. Trabajó mucho en el lavadero, el planchador y la enfermería, con grandísima caridad y abnegación. Decía: «¿Descansar cuando los enemigos del Señor son incansables? ¡Trabajar hasta morir!». En uno de sus asesinos reconoció al padre de dos niñas asiladas que, estando muy enfermas, ella cuidó con desvelo maternal, y le dijo serenamente: «¿Precisamente tú? ¿No te acuerdas de cuando me decías: "¡Sálvemelas, que no se me mueran!"? Y..., ¿cómo me pagas?». Ante el silencio del asesino, la hermana Amparo le dijo con el rostro iluminado: «Sí, hombre, sí, me das lo mejor... ¡Me das el cielo!».

FRANCISCA DE SANTA TERESA DE AMEZUA IBAIBARRIAGA. Esta vizcaína de Abadiano, nacida el 9 de marzo de 1881, había entrado en el noviciado de Vitoria el 16 de octubre de 1900. Tras profesar, y estar dos años en el colegio de Oliva (Valencia), pasó a Cullera para encargarse de la cocina. De su trabajo es-

condido y humilde, regado de jaculatorias, solía decir: «Mi cocina es un pedacito de cielo, mucho mejor que todos los palacios del mundo». Dirigiéndose al martirio repetía con fervor: «Sagrado Corazón de Jesús... ¡nueve mártires!».

TERESA DE LA MADRE DEL DIVINO PASTOR CHAMBÓ PALES. Nació en Valencia el 5 de febrero de 1881 y entró como religiosa el 21 de abril de 1900. Las hermanas de Manresa, Denia, Oliva y Cullera la recordarían por «la bondad de su carácter y el primor de sus labores». Los milicianos le dieron un salvoconducto para que pudiera salir de Valencia, pero, como una broma macabra, la detuvieron en el tren y la hicieron volver. Al exhumar su cuerpo encontraron el anillo de su profesión religiosa guardado en el bolsillo. Un verdadero símbolo: esposa de Cristo para siempre.

ÁGUEDA DE NUESTRA SEÑORA DE LAS VIRTUDES HERNÁNDEZ AMORÓS. Nacida en Villena (Alicante), el 5 de enero de 1893, ingresó como novicia en Vich el 27 de noviembre de 1918. Tras diversos destinos llegó a Cullera, donde, en su oficio de cocinera, se desvivía para dar gusto a todas. En lo más álgido de la persecución, su familia le ofreció ponerla a salvo, pero ella decidió quedarse. Fue mártir también de su virginidad, siendo fusilada por un miliciano que, habiéndose abalanzado sobre ella con el torpe afán de abrazarla, tras proponerle librarla de la muerte, fue rechazado por Águeda, que lo arrojó de sí con un fuerte empujón.

MARÍA DE LOS DOLORES DE SAN FRANCISCO JAVIER VIDAL CERVERA. Nació en Valencia el 31 de enero de 1895. Acabada su probación en Vich, fue destinada a Zaragoza, Gandía y, en 1935, a Cullera. Aquejada por enfermedades muy dolorosas, demostró siempre un admirable espíritu de sacrificio. También ella rehusó la oferta de salvarla que le hizo una amiga, prefiriendo seguir la suerte de sus hermanas.

MARÍA DE LAS NIEVES DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD CRESPO LÓPEZ. Salmantina de Ciudad Rodrigo, había nacido el 17 de septiembre de 1897. Fue con su familia a Valencia, donde estudió en el Colegio del Sagrado Corazón de las Carmelitas de la Caridad. Ingresó en el noviciado de Vich el 11 de septiembre de 1922. Demostró ser una excelente pedagoga en las

comunidades de Denia, La Unión (Valencia) y Cullera. Veía a las niñas como carbones apagados que hay que encender, lo que lograba con la devoción a la Virgen. A las atenciones de los milicianos que, conociendo sus cualidades, le insistían en que se quedara con ellos, respondió que jamás abandonaría su comunidad.

Casa de Misericordia de Valencia

El enconado laicismo de la II República española, tan típico de la región levantina ya desde antes del Frente Popular, se había fijado como uno de los objetivos de su programa el desplazamiento de las religiosas de los centros de beneficencia. Uno de tantos casos era la Real Casa de Misericordia de Valencia, regentada por treinta y siete Carmelitas de la Caridad; un asilo de ancianos, niños y jóvenes desvalidos de uno y otro sexo, repartidos en diferentes pabellones. Allí había sido recogida, en el último cuarto del siglo XIX, una adolescente cojita de Almenara que llamaba la atención por su piedad y aprovechamiento. Dirigida por el capellán, el fervoroso jesuita P. Carlos Ferrís, fundador después de la leprosería de Fontilles (Alicante), aquella joven sería también la iniciadora de un nuevo Instituto religioso para endulzar amarguras como las que ella había devorado. Hablamos de Santa Genoveva Torres Morales, fundadora de las Angélicas, formada por aquellos ángeles que eran las hijas de Santa Joaquina de Vedruna. Genoveva había querido ingresar con ellas, pero no pudo: era cojita... Si hubiera sido carmelita, probablemente habría sido mártir con ellas. Pero hoy no tendríamos a las Angélicas para enjugar las lágrimas de miles de señoras cuya soledad consuelan y acompañan, como los ángeles. Los designios de Dios son siempre mejores.

Aquellas 37 religiosas, hasta abril de 1931 respiraron entre sus muros una atmósfera de afecto tanto por parte de los dirigentes de la Diputación Provincial cuanto por la de los propios asilados. No podían imaginar que sólo un lustro de insidias y de sistemática campaña de desprestigio daría al traste con aquel ambiente hasta volver contra ellas a los mismos beneficiarios de

sus desvelos. El Dr. Montero, en su obra insuperable sobre la persecución religiosa en España, explica así el fenómeno:

> «No es raro que las personas acogidas a estas instituciones unan a su desvalimiento físico o económico una carencia de educación elemental y un resentimiento contra la sociedad que, con mayor o menor culpa, los dejó llegar a semejante situación. Terreno abonado, como es lógico, para cualquier siembra subversiva, que encuentra, además, en un régimen de internado condiciones ideales para su desarrollo».

De hecho, en la Casa de Misericordia de Valencia se acabó filtrando también el ambiente callejero de odio a los hábitos. Sobre todo a partir del triunfo del Frente Popular, en las elecciones del 17 de febrero de 1936, la beneficencia provincial de Valencia cayó en manos hostiles a la Iglesia y a las religiosas, de cuyos servicios —tan desagradecidos como insustituibles— se decidió prescindir en las instituciones de la Diputación. El día 20, en la Casa de Misericordia estalló un motín en las salas, clases, talleres, patios y dormitorios. Algunos muchachos, inyectados de espíritu de rebelión, rompiendo puertas y cristales, irrumpieron en las clases de las niñas y llegaron a golpear a las religiosas y a profanar algunas imágenes. Incluso ancianos asilados se sumaron a la revuelta, apedreando ventanas y tirando la comida al rostro de las religiosas. Por lo general, las mujeres se pusieron de parte de las monjas, llegando en ocasiones a defender la clausura con piedras y escobas. De los incidentes, que seguirían en los meses sucesivos, resultaron heridas, además de la hermana Sacramento, varias asiladas.

Un decreto del 12 de mayo de 1936 ordenaba suplantar las comunidades de religiosas por personal femenino civil, cuya procedencia sería después cuidadosamente supervisada, para que actuaran con criterios abiertamente opuestos a los de las monjas. El 4 de junio el director y los funcionarios, reuniendo a la comunidad, les presentaron a las empleadas que iban a sustituirlas. Eran 68, para desempeñar el trabajo que hacían 37 religiosas... La que llevaba el nombramiento de inspectora presentó así su programa ante las maestras cesantes: «Necesito ante todo barrer toda antigualla de religión». No obstante este episodio, no se produjo inmediatamente la sustitución. En tanto, las carmelitas redujeron sus manifestaciones religiosas a su oratorio

privado, pues la iglesia del asilo había sido mandada clausurar en marzo. El 22 de julio les dijo la última misa su capellán D. José Legua, que fue expulsado horas después, mientras ardían los mejores templos de Valencia. Salieron entonces las primeras carmelitas para hacerse cargo de un piso en la calle de los Cambios, 3, cerca de la Lonja, previamente alquilado por la superiora ante los planes de la Diputación. Por fin, el día 27, previa toma de posesión del personal laico, entre insultos y agravios, acusadas de ladronas por la vecindad, abandonaron las demás religiosas la Casa de Misericordia, donde su Instituto había derrochado caridad y abnegación durante 78 años, desde que, en 1858, Isabel II pidiera al obispo de Vich, José Castanyer, una comunidad religiosa que se encargase de la Misericordia de Valencia.

Aunque el piso de Cambios era espacioso y digno, comenzaron allí una vida de privaciones y sobresaltos, sin agua, sin luz, sin muebles ni enseres, durmiendo sobre el santo suelo, con los balcones constantemente cerrados. Las autoridades republicanas permitieron marchar a las que tenían sus familias en Cataluña o Levante. Así lo hicieron, siguiendo el consejo de la superiora provincial, pero la M. Prudencia Plaja, aun teniendo sus deudos en Barcelona, prefirió seguir con el resto de la comunidad. En aquellas condiciones de indigencia, pero llenas de espíritu sobrenatural y confianza en la Providencia, permanecerían casi cuatro meses, continuamente asustadas por registros de la policía, de la F.A.I., de milicianos con aires de «liquidar el monasterio». La última vez fue el 17 de noviembre, en que fueron conducidas al comité de la F.A.I. Allí, tras molestos y prolijos interrogatorios, se las confió a un guardián de modales distinguidos que resultó ser un sacerdote, sabido lo cual, le suplicaron las oyera en confesión y las animase para no decaer en aquella prueba. Dicho clérigo, Juan Calatayud Guardiola, párroco de la de San Miguel y San Sebastián, de Valencia, quedó edificadísimo de sus buenas disposiciones y espíritu de sólida piedad. Le sorprendió la defensa enérgica que la M. Prudencia hizo de sus monjas, temiendo pudieran sufrir algún atropello. A ella se le ofreció de nuevo la puesta en libertad por su condición de catalana, con familia a que acogerse, y de nuevo renunció: «Donde vayan las hijas, allá va la Madre».

Tras la consabida parodia de juicio, se dictó sentencia de prisión para las doce religiosas, que el día 19 eran conducidas a la cárcel de mujeres de Alacuás, donde permanecieron cinco días. El 24, a las cinco de la mañana, fueron llamadas a ocupar la caja de un camión que las esperaba a la puerta, con el engaño de llevarlas a cuidar a los niños evacuados en los Baños de Bellús. Pero ellas sabían bien que se dirigían al martirio y repetían, como el protomártir Esteban: «Perdónales este pecado, que no saben lo que se hacen». El camión las condujo al Picadero de Paterna, y una vez allí, hacerlas bajar y fusilarlas debió de ser todo una cosa. En el silencio de la fría amanecida levantina se escucharon una tras otra, horrísonas como el odio, las descargas. Madre Prudencia se reservó el último puesto. Al fin, se arrodilló y, en cruz, dijo en voz alta: «Señor, tú me las diste, te las entrego..., estoy dispuesta». Los fusiles dispararon sus últimas balas asesinas. Se hizo el silencio. El sacrificio estaba consumado.

En el cielo, doce ángeles con palmas ensangrentadas. Sobre la tierra, los cuerpos sin vida de estas doce esposas de Cristo:

NICETA DE SANTA PRUDENCIA PLAJA XIFRA *(Madre Prudencia)*. Nacida en Torrent (Gerona) el 31 de octubre de 1863. Entró en el noviciado de las Carmelitas de la Caridad de Vich a punto de cumplir 17 años. Profesa en 1883, en 1886 es destinada a la Casa de Misericordia de Valencia, donde pasó el resto de su vida. Mujer de intensa vida interior y carácter fuerte y maternal a la vez, recta hasta el escrúpulo en el desempeño de su difícil responsabilidad al frente de un millar de asilados, rechazaba con disgusto todo lo que oliese a mundo o pudiera ceder en su honra o agasajo. En medio de los abusos de todo género que trajo la República y, sobre todo, ante el horizonte del martirio, conservó siempre su fortaleza, serenidad y equilibrio.

DARÍA DE SANTA SOFÍA CAMPILLO PANIAGUA *(Hermana Sofía)*. Nació en Vitoria en 1873, el día de la Natividad de la Virgen, circunstancia que marcaría su vida con un fuerte sello mariano. Trasladada su familia a Madrid, ella estudió allí en el Colegio del Carmen de las Carmelitas de la Caridad, de San Francisco el Grande, donde después trabajó con las hermanas.

Ingresó en el noviciado de Vich el 23 de diciembre de 1895, y su primer destino fue el colegio de Vich contiguo a la Casa Madre. Después iría a Castellón, y por último a la Misericordia de Valencia, donde se ocupó de la enfermería de las niñas, a las que quería entrañablemente, desviviéndose sobre todo por las más solas y enfermas, haciéndolas reír, e inculcándolas un profundo amor a la Virgen.

ANTONIA DE SAN TIMOTEO GOSENS SÁEZ DE IBARRA *(Hermana Timotea).* Vio la luz en Vitoria, en una familia hondamente cristiana, el 17 de enero de 1870. Ingresó entre las carmelitas en su ciudad natal el 14 de julio de 1887 y después de emitir sus primeros votos fue destinada al Asilo de Valencia, después a Castellón y por fin a la Misericordia. Muy piadosa, alegre y simpática, de natural extrovertido, resultaba pacificadora y entrañable para toda la comunidad. En febrero, su familia pidió a la M. provincial que la destinase a Vitoria y ésta accedió, pero a la M. Prudencia le parecía mejor que se quedase. «Pues, Madre, su voluntad y su gusto son los míos», respondió Timotea. Ella, que a sus 66 años arrastraba penosamente sus piernas hinchadas, los cuatro meses en el piso de Cambios sufrió indeciblemente, sin cama ni sillas, pero no la oyeron jamás quejarse, ni la vieron perder su alegría y confianza en Dios. Antes de ser fusilada, gritó con fuerza el saludo acostumbrado durante los meses de persecución: «¡Viva Cristo Rey! ¡Muera yo por él!».

PAULA DE SANTA ANASTASIA ISLA ALONSO *(Hermana Paulina).* Nació en Villalaín (Burgos) el 28 de junio de 1863. Educada en un hogar castellano donde se vivía reciamente la fe, entró en el noviciado carmelita de Vitoria el 12 de noviembre de 1887. Fue profesora en el colegio de Alcoy y, tras otros varios destinos, fue a la Misericordia de Valencia. Amantísima de la Virgen, y muy observante, se distinguió siempre por el trabajo, la piedad y el silencio. Con sus 73 años, débiles y fuertes, bebió el cáliz que le presentó su Maestro, con la sencillez escondida con que había vivido siempre su consagración a él.

MARÍA CONSUELO DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO CUÑADO GONZÁLEZ *(Hermana Sacramento).* Nació el 2 de enero de 1884 en Bilbao, en un hogar modelo de vida cristiana. Fue una niña sorprendente, que jugaba al martirio con su hermana Julita, se

ponía cardos y ortigas en la cama para hacer penitencia o despertaba de noche a su hermana para decirle: «Vamos a hacer oración, que el buen Jesús está solo en su agonía del huerto y le debemos acompañar y consolar». Deseaba ser misionera y recibir como premio la palma del martirio. Estudió magisterio con notas brillantes y entró en el noviciado de Vitoria el 28 de julio de 1901. Era expresiva y franca, inteligente y creativa, animando mucho los recreos. Su primer y único destino fue la Misericordia, y le costó: la casa tan grande, los hombres, los muchachos, las deficientes... Pero superó la prueba y llegó a amar a las niñas como una verdadera madre, exigente y comprensiva. Por ser la responsable última de su educación, los chicos se ensañaron más con ella en los motines, llegando incluso a apedrearla. Cuando supo el martirio de las hermanas de Cullera, exclamó con un dejo de tristeza: «Ya nos han tomado la delantera, pero también llegará para nosotras». A Sacramento se le presentó la ocasión de preparar los salvoconductos para pasar a la zona nacional, pero ante el parecer contrario de la M. superiora, representante para ella de la voluntad de Dios, interrumpió sus gestiones. En la cárcel de Alacuás se ofreció voluntaria para ayudar en la cocina, sufriendo constantes humillaciones. Días antes del martirio se confidenció con una hermana: «¡Qué sueño he tenido! He visto los cielos abiertos y la gloria que nos espera. Las puertas del cielo abiertas y, entrando, las doce carmelitas de dos en dos y con la palma en las manos...».

ERUNDINA DE NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN COLINO VEGA. Nació en Lagarejos (Zamora) el 23 de julio de 1883. Después de vivir cómodamente en Valladolid, como «señorita de piso» en una residencia de las Carmelitas de la Caridad, entró con ellas en el noviciado de Vitoria el 19 de febrero de 1915 a sus 32 años, debiendo solicitarlo primero a la M. general, porque la edad límite de ingreso eran 25 años. Hechos los primeros votos, fue destinada a la Misericordia a encargarse de la portería. Enamorada de la pobreza, buscaba siempre las cosas menos atractivas y los trabajos y oficios más humildes y costosos. Sabía encubrir bajo un manto de humildad su extraordinario talento y cultura. Era muy sacrificada; su enfermedad de hígado le propiciaba agudos dolores que soportaba en silencio. Y así murió,

como había vivido: pobre, sacrificada hasta el heroísmo de entregar la vida.

FELICIANA DE NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN URIBE Y ORBE. Nació en Mújica (Vizcaya), el 8 de marzo de 1893, en el seno de una familia muy cristiana, y entró en el noviciado de Vitoria el 22 de enero de 1913. Siempre destinada a la enfermería de Valencia, primero a la enfermería de los niños, después a la de los hombres. Alma de oración, se hacía respetar y querer de todos, siempre animosa y alegre, sin demostrar disgusto ni cansancio. Con ese mismo temple dio su vida por Cristo Rey junto a sus hermanas.

CÁNDIDA DE NUESTRA SEÑORA DE LOS ÁNGELES CAYUSO GONZÁLEZ. Esta montañesa de Ubiarco (Santander) había nacido la víspera de Reyes de 1901. En Madernia se educó con las Carmelitas de la Caridad y, al salir del colegio, fue una espléndida catequista en su Parroquia, donde arreglaba diariamente el altar del Sagrario. Recién cumplidos sus veinte años vistió el hábito negro de las hijas de Joaquina Vedruna y, al profesar, en 1923, fue destinada a Valencia donde, en los muchos oficios que tuvo, demostró fidelidad y entrega. Acusada falsamente por los marxistas de quitar y pisotear una bandera republicana, el día de Viernes Santo, tuvo que abandonar la Casa y refugiarse, con la H.ª Erundina, en el Colegio del Sagrado Corazón. De nuevo en la Misericordia, y desatada la persecución roja, tuvo que salir con todas. Su prima Ángeles, también carmelita, vino de la Comunidad de Oliva para llevársela con su familia, pero Cándida no quiso: «Diles que no padezcan por mí, que muero muy contenta y doy con gusto mi vida por Jesús». Sus treinta y cinco años se vistieron de carmesí en el Picadero de Paterna. Cándida, haciendo honor a su nombre, blanqueó su vestidura, aquella mañana, en la Sangre del Cordero.

CLARA DE NUESTRA SEÑORA DE LA ESPERANZA EZCURRA URRUTIA. Nació en Uribarri de Mondragón (Guipúzcoa) el 17 de agosto de 1896, e ingresó en el noviciado de Vitoria el 14 de marzo de 1920. Destinada a la Misericordia, se encargó de la ropería y del dormitorio de las niñas. Para atender tanto trabajo se levantaba a las tres de la mañana, por lo cual enfermó, siendo la edificación de todas su mortificación y su sonrisa constante.

Días antes del 24 de noviembre del 36 había soñado que moría mártir. El sueño, hecho realidad, le abrió de par en par las puertas del cielo.

CONCEPCIÓN DE SAN IGNACIO ODRIOZOLA Y ZABALA. Nacida en Azpeitia (Guipúzcoa) el 8 de febrero de 1882, ingresó en el noviciado de Vitoria el 10 de febrero de 1904. Tras varios destinos pasó a la Casa de Misericordia de Valencia, donde estuvo ocupada en el planchador, enfermería, sacristía e iglesia, con el mismo trabajo que una parroquia. Pero nunca demostró aturdimiento ni nerviosismo, repitiendo su jaculatoria favorita: «Todo por vos, Jesús mío». Para ella el cargo de sacristana era un regalo que le permitía estar más tiempo con Jesús sacramentado. Sufrió hondamente cuando los republicanos dieron orden de clausurar la iglesia. Ante el sol naciente, aquella madrugada de otoño, repitió antes de caer acribillada: «¡Todo por vos, Jesús mío!».

JUSTA DE LA INMACULADA MAIZA Y GOICOECHEA. Nacida el 13 de julio de 1897 en Ataun (Guipúzcoa), comenzó su probación en Vitoria el 15 de mayo de 1920. No tuvo otro destino que la Misericordia, donde, siempre humilde y escondida, trabajó en la ropería y el planchador. En todo tenía como modelo a la Santísima Virgen. Por eso, como ella, supo abrazarse a Jesús crucificado, muriendo con él y por él.

CONCEPCIÓN DE SANTA MAGDALENA RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ. Nació en Santa Eulalia (León), el 13 de diciembre de 1895. Educada con las carmelitas en León, entró con ellas en Vitoria el 6 de mayo de 1916. Después de un breve destino en Denia, fue a Valencia, donde estuvo encargada de las niñas y, después, de los niños. Rehusó ser enviada a América donde su familia vivía en muy buena posición social: «Si conviene al Instituto, háganlo, pero si es por darme gusto, no, porque ya hice el sacrificio dejando a los míos». Y aún haría el sacrificio supremo por Jesús, dando la vida por él.

Las tres religiosas siguientes completan el número de 24 mártires carmelitas:

ASCENSIÓN DE SAN JOSÉ DE CALASANZ LLORET MARCOS. Nacida en Gandía el 21 de mayo de 1879. El 6 de diciembre de 1898 entra en el noviciado de Vich. Sus destinos son: Castellón,

el colegio del Sagrado Corazón en Valencia y, en 1916, el de Benejama (Alicante). Observantísima, siempre olvidada de sí y sumamente caritativa, su sitio preferido era el último y el más escondido. Cuando la Comunidad de Benejama, por la revolución, ha de abandonar el colegio donde han recibido clases gratuitas tantas niñas, Ascensión va con los suyos a Gandía. Es el 28 de julio de 1936. El 7 de septiembre, estando en casa junto a su hermano Salvador, escolapio, se presentaron seis milicianos armados con escopetas para fusilarlos a ambos, no sabemos dónde ni cuándo. Los ángeles, que presenciaron su martirio, saben lo que nosotros ignoramos.

MARÍA DE LA PURIFICACIÓN DE SAN JOSÉ XIMÉNEZ XIMÉNEZ. Nació en Valencia el 3 de febrero de 1871. Colegiala con las Carmelitas de la Caridad, quiso seguirlas y, tras varios destinos, fue como superiora a Tarragona en 1917. Tenía un atractivo innato que subyugaba a todos, pero su corazón era humilde. La revolución estalló en Tarragona el 22 de julio del 36, y las hermanas tienen que dispersarse. Purificación, tras mil vicisitudes, a sus 75 años, va a Valencia, a casa de su hermana Sofía, devotísima del Sagrado Corazón, muy caritativa y comprometida con la Iglesia. Con ella vivían su hijo Luis, un muchacho excelente, de veinte años, y su hijastra Josefa del Río, también Carmelita de la Caridad. El 23 de septiembre, a las siete de la mañana, fueron los milicianos a «darles el paseo». La M. Pura estaba en la cama con fiebre muy alta, y Luis también. El día siguiente aparecieron en el cruce del Campanar y Benicalap los cadáveres de las cuatro víctimas. Al cabo de tres años de su enterramiento, el cuerpo de Pura —¡cabal nombre!— estaba íntegro.

MARÍA JOSEFA DE SANTA SOFÍA DEL RÍO MESSA. Nació en Tarragona el 30 de abril de 1895. Huérfana a los seis años, su padre volvió a casar con Sofía Ximénez, que quiso como una madre a Josefita. De buena posición social, era fina y simpática, tenía estilo. Consagrada a la Virgen desde muy joven, ingresó carmelita en Vich el 23 de mayo de 1917, y su único destino fue el colegio de Gracia, en Barcelona, donde estuvo hasta 1936, en que la comunidad se dispersó en las casas de sus familiares. María Josefa, enamorada de la Eucaristía y de la Virgen, había soñado siempre con el martirio, ofreciéndose como víctima por la

salvación de España. Su sueño se cumplió aquel 23 de septiembre, en Benicalap. A los tres años, al exhumar su cadáver, manchado aún de sangre roja, vieron sus manos plegadas ante el pecho, un poco hacia la izquierda y, entre ellas, un ramo de flores secas de las que no se había caído ni un pétalo. ¿Quién las había puesto allí...? Tal vez, la acariciada palma de su martirio se había convertido en un ramo de rosas.

* * *

El 11 de marzo de 2001, en la homilía de la grandiosa beatificación —la más numerosa de la historia: 233 mártires de la llamada, por los obispos contemporáneos, «cruzada española»— dijo Juan Pablo II, refiriéndose a la necesidad de custodiar la memoria de los mártires:

> «Su testimonio no debe ser olvidado. Ellos son la prueba más elocuente de la verdad de la fe, que sabe dar un rostro humano incluso a la muerte más violenta y manifiesta su belleza aun en medio de atroces padecimientos. Es preciso que las Iglesias particulares hagan todo lo posible por no perder el recuerdo de quienes han sufrido el martirio.
>
> Al inicio del tercer milenio, la Iglesia que camina en España está llamada a vivir una nueva primavera del cristianismo, pues ha sido bañada y fecundada con la sangre de tantos mártires. *Sanguis martyrum, semen christianorum!* ¡La sangre de los mártires es semilla de nuevos cristianos! (TERTULIANO, *Apol.* 50,13: CCL 1,171). Esta expresión acuñada durante las persecuciones de los primeros siglos, debe hoy llenar de esperanza vuestras iniciativas apostólicas y esfuerzos pastorales en la tarea, no siempre fácil, de la nueva evangelización. Contáis para ello con la ayuda inigualable de vuestros mártires. Acordaos de su valor, "fijaos en el desenlace de su vida e imitad su fe. Jesucristo es el mismo ayer y hoy y siempre" (Heb 13,7-8)».

ALBERTO JOSÉ GONZÁLEZ CHAVES

Bibliografía

CÁRCEL ORTÍ, V. - FITA REVERT, R., *Mártires valencianos del siglo XX* (Valencia 1998).

CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM. *Valentina. Beatificationis seu Declarationis Martyrii Servorum Dei Leonardi Olivera Buera, Sacerdotis et V Sociorum ex Instituto Fratrum Scholarum Christianarum et XXIV Sociarum Sororum Carmelitarum a Caritate. Positio super martyrium* (Roma 1992).

López de Vicuña, D. - López Ramos, M.ª C., cach, *Cuando amanecía* (Roma 1993).
Montero Moreno, A., *Historia de la persecución religiosa en España 1936-1939* (Madrid ²2004).
Ogazón, M., cach, *Flores de sangre del vergel carmelitano* (Madrid 1945).
L'Osservatore Romano (11-3-2001; 12/13-3-2001).

C) Biografías breves

SAN MAGÍN
Mártir († s. IV)

El nuevo *Martirologio* mantiene la memoria de San Magín, mártir, y sitúa su martirio en Tarragona, dando así acogida a la tradición relativa a este santo. Esta tradición no parece ser muy antigua. Su nombre no está en los martirologios anteriores al siglo XVI, pero Baronio lo introdujo en el suyo en base al culto antiguo que ya entonces se le daba en Tarragona y en otras partes de España. La tradición quiere que fuera ermitaño y luego evangelizador, y que a causa de esto fuera martirizado en la persecución de Diocleciano, en los primeros años del siglo IV.

SANTOS ANDRÉS EL TRIBUNO Y COMPAÑEROS
Mártires († 305)

Venerados estos santos en el Oriente, es ahora cuando su memoria se agrega al *Martirologio romano.* La tradición relativa a ellos cuenta que Andrés era un tribuno en el ejército enviado por Diocleciano bajo el mando de Galerio Maximiano para combatir a los persas. En un encuentro con el ejército enemigo, y que tenía muy mal cariz para los romanos, invitó a sus soldados a que invocasen a Cristo, de quien él había oído decir que era un poderoso protector, y sucedió que se obtuvo inesperadamente la victoria. Andrés y sus soldados la atribuyeron a Cristo y manifestaron que ellos se harían cristianos. Su jefe directo, que era Antíoco, no dejó de poner el asunto en conocimiento de Galerio, el cual para no minar la moral del ejército, decidió penarlos con la expulsión de las armas. En cuanto se vieron libres, Andrés y sus soldados se pusieron en contacto con el

obispo Pedro de Cesarea de Cilicia, el cual procedió a bautizarlos. Cuando Seleuco, el gobernador de Cilicia, lo supo, mandó un fuerte contingente de tropas en seguimiento de los recién bautizados, los cuales huyeron a la cordillera del Tauro, pero allí fueron localizados y masacrados el domingo 19 de agosto, probablemente del año 305.

SAN SIXTO III
Papa († 440)

Sixto, en latín *Xystus,* pertenecía al clero romano, y estaba muy acreditado en el mismo, sobre todo por su firme e inteligente oposición al pelagianismo y la defensa que hizo contra los pelagianos de los obispos africanos. Muerto el 27 de julio del 432 el papa Celestino I, fue elegido Sixto para sucederle, y lo conocemos con el nombre de Sixto III porque ya le habían precedido otros dos papas Sixto en la sede romana. Su elección tuvo lugar el 31 de julio de aquel año. Acababa de tener lugar el concilio de Éfeso, y el papa suspiraba por la paz entre las iglesias, por lo que no pudo menos que saludar con gran alegría la reconciliación de Antioquía y Alejandría en 433. Sixto pasa a la historia por sus edificaciones en Roma: se ocupó de las basílicas de San Pablo y de San Lorenzo y asimismo de las catacumbas de San Calixto, pero sobre todo es obra suya la basílica liberiana, dedicada a Santa María la Mayor, y que es un monumento de la piedad papal y romana a la Madre de Dios, recién declarada así en Éfeso. Se ocupó también de otras iglesias romanas. Lleno de méritos murió el 19 de agosto del año 440.

SAN BERTULFO
Abad († 640)

Nació a finales del siglo VI en una familia todavía pagana de Metz, Francia. Pero la predicación de su pariente el obispo San Arnulfo de Metz le impresionó de tal modo que decidió hacerse cristiano y profesó la fe del evangelio con toda sinceridad. Se sintió llamado a la vida religiosa y se hizo monje en Luxeuil en

620, siendo abad San Eustacio, bajo el cual progresó en la virtud y aprendió con profundidad la vida monástica. Reclamado por San Atala, abad de Bobbio, pasó con las debidas licencias a este monasterio y a la muerte del santo abad en 627 fue elegido para sucederle en el cargo. Mantuvo con firmeza e inteligencia la estricta observancia de la Regla de San Columbano y defendió con entereza lo que creía los derechos del monasterio. En efecto, el obispo Probo de Tortona quería ejercer su jurisdicción sobre el mismo, y Bertulfo acudió al rey Ariovaldo de Lombardía, el cual le dijo que lo propio era acudir a Roma, ya que se trataba de un asunto estrictamente eclesiástico. Bertulfo se puso en camino llevando consigo al monje Jonás y fue bien recibido por el papa Honorio I, el cual ponderó las razones por las que Bertulfo quería ser libre de la jurisdicción episcopal y se la concedió, declarándolo exento de la misma y sujeto a la sede apostólica. Parece que aquí empieza la historia de la exención de los religiosos. Bertulfo se opuso con energía a los arrianos, defendiendo con tesón la ortodoxia católica. Murió en su monasterio de Bobbio el 19 de agosto del año 640. El monje Jonás escribió su vida.

BEATO GUERRICO

Abad († 1157)

Nace en la década 1070-1080. Su formación literaria la debe a Odón de Tournai. Es canónigo y profesor de teología en la escuela catedralicia de Tournai, pero en 1125 decide su vocación religiosa y pide ingreso en la abadía de Claraval bajo la guía de San Bernardo. Aquí se acredita muy pronto por su generosa entrega a la vida religiosa. En 1138 es elegido abad del monasterio de Igny, que era filial de Claraval, abadía que rige santamente. En 1150 funda la abadía de Rethel. Lleno de sabiduría celestial, instruía a sus monjes con sus consejos y sus magníficos sermones, que pese a su voluntad de destruir sus originales han podido llegar a la posteridad. Murió el 19 de agosto de 1157. El culto que le tributaba la Orden cisterciense fue aprobado en 1889 por la Santa Sede.

BEATO JORDÁN DE PISA

Presbítero († 1310)

Natural de Rivalto, donde nació hacia 1255, estudió en París por los años de 1270; ingresó en 1280 en el convento dominico de Pisa, en el que profesó y luego fue enviado otra vez a París a terminar sus estudios, y se ordenó sacerdote. Dotado de una extraordinaria memoria e inteligencia, admiraba a sus contemporáneos por su cultura y sabiduría. En 1305 fue nombrado lector del convento de Santa María Novella en Florencia, donde además fue ministro de la palabra evangélica, teniendo un gran crédito entre sus oyentes. Predicaba a veces hasta cinco sermones al día, lo mismo en las iglesias que al aire libre, siendo su estilo simple y directo, y enderezado a atraer a una vida cristiana más profunda a todos los fieles. Usaba en sus sermones la lengua del pueblo. Destinado a París como profesor, murió en Piacenza cuando iba de camino el 19 de agosto de 1310. Su culto fue confirmado el 23 de agosto de 1833.

BEATOS LUIS FLORES Y COMPAÑEROS

Pedro de Zúñiga, Joaquín Hirayama, León Sukeyemon, Juan Soyemon, Miguel Díaz, Antonio Yamada, Marcos Takenoshima Shinyemon, Tomás Koyanagi, Santiago Matsuo Denshi, Lorenzo Rokuyemon, Pablo Sankichi, Juan Yago, Juan Nagata Matakichi, Bartolomé Mohioye

Mártires († 1622)

En la montaña de los mártires de Nagasaki fueron sacrificados el día 19 de agosto de 1622 quince siervos del Señor, dos sacerdotes y trece seglares, que se negaron a renegar de la fe y prefirieron la muerte a la apostasía. Los dos sacerdotes eran Luis Flores y Pedro de Zúñiga, dominico el primero y agustino el segundo, los cuales desafiando la prohibición de entrar misioneros en Japón, decidieron viajar de incógnito a este país, y para ello contaron con la complicidad de un capitán de barco, japonés y cristiano, el cual contrató una tripulación asimismo japonesa y cristiana. A los marineros el capitán no les dijo nada de la verdadera identidad de los dos viajeros, que iban disfrazados de

japoneses. El 13 de junio de 1620 la nave zarpaba de Manila y su travesía fue un continuo pelear contra enormes dificultades y peligros. Se levantaron tempestades muy fuertes y vientos que llevaron la nave a las costas de Cochinchina, estando casi agotados los víveres y el agua. Pudieron, sin embargo, llegar al puerto de Macao y aquí aprovisionarse de alimentos. Salieron hacia Formosa y allí se proveyeron de leña y agua. Apenas habían dejado esta isla cuando unos piratas holandeses que circulaban por el Mar de China los asaltaron sin tener en cuenta que el barco era holandés. Los misioneros, al ver entrar a los piratas, se ocultaron en el fondo de la nave, pero al día siguiente fueron hallados y los holandeses sospecharon que fueran misioneros católicos. Llegados a Firando, encerraron en su factoría a todos los presos, y especialmente a los misioneros, en un calabozo. Preguntados por las autoridades japonesas por qué habían apresado a japoneses, respondieron que sospechaban iban con ellos misioneros. Pidió pruebas el gobierno japonés y entonces los piratas atormentaron a los dos misioneros para que dijeran quiénes eran. Pasaron los presos de un tribunal a otro, hasta que dos japoneses reconocieron al P. Pedro Zúñiga y entonces él declaró su condición de religioso y se puso su hábito, siendo relegado a una isla de donde sólo se le sacaría para el martirio. Cuando tuvo lugar el juicio, el capitán defendió a sus marineros diciendo que ellos no tenían noticia de quiénes eran los dos misioneros, y el gobernador estuvo de acuerdo en darles la libertad y perdonarles la vida pero a condición de que apostatasen del cristianismo. Los doce marineros, el capitán y los misioneros fueron condenados a muerte. El capitán pidió perdón a los marineros por haberles metido en semejante aventura sin habérselo indicado con claridad y ellos replicaron que no sólo no tenían nada que perdonarle sino que le daban las gracias porque gracias a él iban a conseguir la corona del martirio. Llegado el día de la ejecución una multitud inmensa se reunió para presenciarla. El lugar estaba rodeado de una empalizada, a la que llegaron los mártires con dificultad pues no podían caminar a causa de la muchedumbre. El capitán exhortaba a sus marineros a morir por Cristo con entereza. Llegaron los jueces y un batallón de soldados que intentaba poner orden y dejar despejado el espacio. Entraron primero los misioneros en el recinto cercado y

tras ellos los trece seglares, y la puerta de la empalizada se cerró. Doce verdugos se situaron uno al lado de cada marinero, y a una señal cada verdugo degolló al marinero que le correspondía. Luego el capitán y los dos misioneros fueron quemados vivos. Cuatro días más tarde, cuando ya no había guardias, los cristianos pudieron llevarse los restos mortales.

Éstos son sus datos:

LUIS FLORES había nacido en Amberes hacia 1565, hijo de una familia española. Emigró con sus padres a España primero y luego a México, donde sintió la vocación religiosa e ingresó en el convento dominico de San Jacinto, de la capital. Hecha la profesión religiosa y ordenado sacerdote, se ofreció para trabajar por la conversión de los infieles y fue enviado en 1602 a las Islas Filipinas, donde desarrolló un fecundo apostolado en la Provincia de Nueva Segovia, todavía escasamente evangelizada. Aprendió la lengua nativa con prontitud y se dedicó a su ministerio sacerdotal con toda entrega. Pasados unos años, pidió y obtuvo poder hacer un largo retiro espiritual en el convento de Santo Domingo de Manila, porque deseaba reponer las fuerzas de su espíritu. Y estando en este retiro le llegaron noticias de que la cristiandad japonesa, desprovista de los pastores necesarios por la expulsión de los misioneros hacía unos años, necesitaba misioneros heroicos que, arrostrando la muerte, ejerciesen allí su ministerio. Fue entonces cuando se ofreció para ir a Japón, y obtenida la licencia, se asoció al P. Pedro de Zúñiga, agustino, para ir juntos al Japón.

PEDRO DE ZÚÑIGA nació en Sevilla el año 1580, hijo del Marqués de Villamanrique, que sería virrey de Méjico. Al marchar su padre a este cargo dejó a su hijo encomendado a los duques de Medina Sidonia. Parece que estudió en la Universidad de Santa María de Jesús, de Sevilla. Con no poca oposición de su familia, a los 23 años, ingresó en la Orden Agustina, haciendo la profesión religiosa en 1604. Terminados sus estudios en el convento de Sevilla se ordena sacerdote. El contacto con un misionero le lleva a ofrecerse para las misiones de Japón, para lo que igualmente tiene que superar la oposición familiar. Llegaba a Manila el 4 de junio de 1610. Trabajó apostólicamente en la provincia de Papamga mientras que aprendía el idioma japonés

con los japoneses de Filipinas que eran muchos, y a los que atendía pastoralmente en cuanto se hizo con el idioma. El año 1618, ya decretada la persecución, se introduce en Japón con su hermano de hábito el futuro mártir Beato Bartolomé Gutiérrez, y ambos se afincaron en Nagasaki, pero localizados por el gobernador, éste, sabedor de que era hijo de un antiguo virrey de México, prefirió facilitarle la huida y así volvió a Manila. Sin embargo, se mostró dispuesto a volver clandestinamente, lo que se convirtió en ansia ardiente cuando supo que los cristianos de Nagasaki clamaban por su vuelta. Por fin obtuvo la licencia, y puesto de acuerdo con el P. Luis Flores, encomendaron la aventura al citado capitán de barco.

JOAQUÍN HIRAYAMA era el capitán. Se había convertido al cristianismo por influencia del granadino Beato Baltasar Torres, jesuita, y puso su residencia en Filipinas. Aquí contrajo matrimonio y adoptó el apellido Díaz con que era conocido. Tenía un barco de su propiedad, en el cual colocaba cristianos japoneses. Lo mismo él que todos los marineros que contrató para llevar a los padres misioneros a Japón eran cofrades del Santísimo Rosario.

LEÓN SUKEYEMON era el piloto o contramaestre de la nave.

JUAN SOYEMON era el secretario del barco.

MIGUEL DÍAZ aparece en la mayoría de las fuentes como un español que, habiendo marchado a Filipinas, allí había tomado el oficio de marinero o mercader y por ello estaba en la tripulación de Joaquín. Pero otros creen que era un japonés que había adoptado apellido español, como el propio Joaquín.

ANTONIO YAMADA, cuyo apellido también viene escrito Yamanda, era un marinero de la tripulación y no se sabe de él otro particular.

MARCOS TAKENOSHIMA SHINYEMON era llamado también Takenikiya, y era marinero de la embarcación.

TOMÁS KOYANAGI o Coyanghi se había criado en el colegio jesuita que preparaba a los catequistas y llegó a ejercer como tal. Marchó luego a Manila, y por su deseo de volver a Japón se alistó en la nave de Joaquín.

SANTIAGO MATSUO DENSHI aparece en alguna fuente no como un marinero sino como un pasajero, y en otras como marinero.

LORENZO ROKUYEMON o Bokeyamon aparece también en alguna fuente no como marinero sino como un mercader embarcado en la nave.

PABLO SANKICHI, del que sólo se sabe que era marinero de la nave.

JUAN YAGO o Yano, marinero en la nave.

JUAN NAGATA MATAKICHI, otro de los marineros.

BARTOLOMÉ MOHIOYE, llamado también Monfiore, otro de los marineros.

Estos quince mártires, con otros muchos de Japón, fueron beatificados el 7 de julio de 1867 por el papa Pío IX.

BEATO HUGO GREEN

Presbítero y mártir († 1642)

Hugo Green nació en Londres hacia 1584 en el seno de una familia protestante. Estudió en el Peterhouse College, de Cambridge, llegando a ser tutor. En un viaje por el continente conoció el catolicismo y se sintió atraído por esta religión y se convirtió. Entonces decidió hacerse sacerdote e ingresó en el colegio inglés de Douai en 1610, ordenándose sacerdote en junio de 1612. Pensó ingresar en la orden capuchina, pero su salud no era buena, y se le aconsejó como preferible que permaneciera en el clero secular y como tal fuera a la misión inglesa. En Inglaterra pudo trabajar apostólicamente a lo largo de 30 años, haciendo un bien inmenso, y ocultándose bajo los alias de Fernando Brooks o Fernando Brown. Últimamente estuvo como capellán de Lady Arundel en Chideok, en Dorsetshire. Cuando en 1641 Carlos I dio un plazo de licencia a todos los sacerdotes para dejar el reino libremente, Hugo decidió marcharse, y para ello se dirigió a Lyme, donde declaró su condición de sacerdote. Pero resultó que el plazo había expirado, y entonces fue arrestado, llevado ante un juez y encarcelado en Dorchester. Por fin fue juzgado el 17 de agosto de 1642. En la cárcel había seguido ejercitando su ministerio y logró convertir a varias mujeres convictas. Pudo recibir la absolución de un jesuita a la hora de ir a la muerte, fijada para el 19 de agosto. Declaró públicamente que él moría por su religión y su sacerdocio.

Lo ahorcaron pero lo bajaron cuando aún estaba vivo. Recobró el conocimiento cuando lo descuartizaban e hizo sobre sí la señal de la cruz, repitiendo: «Jesús, Jesús, Jesús, misericordia». Una dama católica tenía permiso para retirar su cadáver descuartizado pero una multitud fanática y enfurecida lo hizo objeto de maltrato.

Fue beatificado el 15 de diciembre de 1929 por el papa Pío XI.

BEATO FRANCISCO DE PAULA IBÁÑEZ IBÁÑEZ

Presbítero y mártir († 1936)

Este sacerdote valenciano nació en Penáguila el 22 de septiembre de 1876, hijo de un molinero. Muy joven siente la vocación sacerdotal y se prepara en el seminario conciliar primero y luego obtiene una beca en el Colegio Mayor de la Presentación (1895), desempeñando en él los cargos de consiliario (1897) y rector-colegial (1899). Logró los doctorados en Teología y Derecho Canónico y la licenciatura en Filosofía. Se ordenó sacerdote el año 1900. Ejerció el ministerio parroquial en Muro de Alcoy y luego en Almássera, pasando seguidamente a la Colegiata de Játiva, de la que fue abad, cargo con el que cumplía ejemplarmente, distinguiéndose por su caridad con los pobres y necesitados y teniendo fama de sacerdote santo. En julio de 1936 es expulsado de la casa de la abadía y obligado a dejar la ciudad. Estuvo primero en Piles, luego en Valencia, y tomó el tren en Alcoy para ir a su pueblo natal pero al pasar por Játiva fue reconocido y arrestado, compareciendo ante el Comité. Luego de quitarle cuanto llevaba encima, hicieron comparecer al sacristán de la Seo, al que obligaron a entregar un cheque que el abad le había dado para pagar a los sacerdotes y servidores de la Colegiata. Simularon dejarle libre para que se fuera a su pueblo, pero poco después era recogido en un coche y llevado al término municipal de Llosa de Ranes donde lo fusilaron. Era el 19 de agosto de 1936. En 1956 sus restos mortales fueron llevados desde el cementerio de Llosa de Ranes hasta la Colegiata de Játiva, donde recibieron honrosa sepultura.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

20 de agosto

A) MARTIROLOGIO

1. En Claraval, San Bernardo († 1153), abad cisterciense, doctor de la Iglesia **.
2. La conmemoración de San Samuel, profeta y juez de Israel **.
3. En Chinon (Aquitania), San Máximo († s. V), monje.
4. En Noirmoutier (Aquitania), San Filiberto († 685), abad *.
5. En Córdoba, santos Leovigildo y Cristóbal († 852), monjes y mártires *.
6. En Siena (Toscana), Beato Bernardo Tolomei († 1348), fundador de la Congregación Olivetana **.
7. En Rochefort (Francia), beatos Luis Francisco Le Brun, abad trapense, y Gervasio Brunel, monje benedictino de San Mauro († 1794), presbíteros y mártires *.
8. En Roma, Santa María de Mattias († 1866), virgen, fundadora del Instituto de Hermanas Adoradoras de la Preciosísima Sangre **.
9. En Roma, el natalicio del papa San Pío X († 1914), cuya memoria se celebra mañana.
10. En Vallibona (Castellón), Beato Matías Cardona Meseguer († 1936), presbítero, de la Orden de las Escuelas Pías, mártir *.
11. En Játiva (Valencia), Beata María Climent Mateu († 1936), virgen y mártir *.
12. En el campo de concentración de Dachau (Baviera), Beato Ladislao Maczkowski († 1942), presbítero y mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN BERNARDO DE CLARAVAL

Abad y Doctor de la Iglesia († 1153)

En el centro de una modesta plazuela de Valladolid, muy cerca del templo parroquial dedicado a la patrona de la ciudad, la Santísima Virgen de San Lorenzo, se levanta un monasterio de religiosas cistercienses del siglo XVIII, donde existe un mu-

seo, declarado hoy día nacional por las joyas pictóricas que encierra, principalmente debidas al pincel del famoso Goya. Entre ellas se encuentra una que representa a San Bernardo acogiendo a un pobre con una dulzura y bondad tal que sin querer hay que decir: «Realmente éste es el Doctor Melifluo de la Iglesia».

Sin embargo, ¡qué equivocado estaría quien conociera a San Bernardo sólo bajo ese aspecto de dulzura casi femenina y empalagosa como la miel que destila su título «Melifluo»! Difícil cosa es hacer un retrato de cuerpo entero o una semblanza psicológica de este santo, llamado con razón el Santo de los contrastes. No parece sino que Dios, que sabe armonizar tan perfectamente elementos tan dispares como el cuerpo y el alma del hombre, se goza en lo mismo al formar a los santos, obra maestra de sus manos, y así brotará una Teresa de Jesús, en la que lo humano y lo divino se dan un abrazo ciertamente prodigioso; un Ignacio de Loyola, en quien la humana prudencia le hace trabajar como si todo dependiera de él y la confianza divina por la que todo lo espera de Dios; un Tomás de Aquino, que será la armonía entre la fe y la razón, o un San Luis Gonzaga, que, según dice la Iglesia, supo unir admirablemente la más angelical inocencia con la penitencia más austera.

Así es San Bernardo, el santo donde se aúnan Marta y María, la vida activa más agitada con la contemplación más encumbrada de la mística. Es un soldado, un guerrero, un político y a la vez un asceta rígido, un director espiritual de conciencias y un formador y fundador de monasterios con las vocaciones que sus «capturas», como llamaban a sus excursiones apostólicas todos sus biógrafos, suscitaban. Es el árbitro de su siglo, buscado y solicitado por papas, reyes y prelados de todas las clases, para intervenir y dirimir las frecuentes contiendas que en aquella tan agitada época sin cesar existían, y el monje tan recogido y silencioso que después de muchos años no sabrá cómo es la techumbre de la iglesia del Císter. Asiste a concilios, aconseja a los pontífices, disputa con los herejes, predica una Cruzada, y aún tiene tiempo y tranquilidad suficiente para escribir un libro *De consideratione,* verdadero tratado de psicología, o el de profunda teología sobre *La gracia y el libre albedrío,* o el de ascética elevada *Los doce grados de la humildad y del orgullo,* o de mística sublime

en sus *Comentarios al «Cantar de los Cantares»*. En fin, de modo asombroso y sorprendente admiramos en él la dulcísima miel de su bondad y caridad sin límites, que se paladea sin llegar nunca a cansar, de sus sermones, y sobre todo cuando habla o escribe sobre Jesús y su Madre Santísima, y la severidad del asceta que se toma rigurosa cuenta a sí mismo y se pregunta incesantemente: «Bernardo, ¿a qué has venido a la religión? ¿Por qué has abandonado el siglo?».

Veamos algunos ejemplos de su vida que confirman estos contrastes tan fuertes y que sirven para agigantar su figura. Nace en el ambiente tan dulce de Dijon, capital de la feraz Borgoña, muy cerca de la Suiza francesa, con los tranquilos y azules lagos de Lausana, como tercero de los siete hijos que tuvieron Tescelin, oficial del duque de Borgoña, y Aleta, emparentada con el mismo duque. De ella aprendió el niño aquel amor a Jesús y a María, de cuyas dulzuras había después de empapar sus admirables escritos. Pero le faltó su madre cuando más necesitaba de ella. Su hermosura juvenil, su esbelta y varonil estatura, su rostro perfectamente perfilado, con ojos azules en los que, al decir de sus biógrafos, «resplandecía una pureza angelical» por donde asomaba la belleza y el encanto de su alma, fueron todos estos atractivos un constante peligro para su virtud, que si un día le obligó, para vencer la tentación, a arrojarse en un estanque helado, otro juzgó necesario dar un adiós al mundo y encerrarse en el nuevo monasterio del Císter, recién fundado por San Roberto. Y aquí aparece otro ejemplo de la energía indomable y el fuego irresistible de su palabra venciendo la dura oposición de hermanos, parientes y amigos, a los que de tal manera les convence y transforma que en número de treinta les hace postrarse juntamente con él a los pies del santo abad Esteban para pedirle el hábito cisterciense después de haberles preparado y ensayado en la vida religiosa en una finca de su propiedad. Llevaba catorce años aquel monasterio, fundado por San Roberto con veintiún compañeros en 1098, sin que ingresara en el mismo ni un solo monje, cuando San Bernardo se presenta al frente de aquellos fervorosos novicios a acrecentar la nueva familia cisterciense, y si esto sucedió al principio no es extraño que cuando, a los veinticinco años de edad, y tan sólo dos de monje,

fuera nombrado abad fundador de Claraval, consiguiera que durante los treinta y ocho años que duró su prelacía llegara la Orden a contar hasta 343 monasterios, de los cuales 63 fueron derivaciones del mismo Claraval, y que llegaran a más de 900 los monjes que hicieron en sus manos la perpetua profesión.

No falta quien opine que San Bernardo no fue orador, y ciertamente que así se puede decir en el sentido de que desdeñaba los preceptos y consejos de la retórica antigua, pero no en el sentido de convencer, persuadir y arrastrar, que, en fin de cuentas, es la verdadera oratoria, pues pocos podrán en esto aventajarle. Abría su corazón y dejaba que sus labios transmitieran todos sus latidos, y así se explica aquella fuerza avasalladora de su lenguaje, que conseguía todo lo que se proponía de manera tan irresistible que todos sus adversarios acababan por entregarse a él para hacer lo que él les mandase.

Es el siglo XII el siglo turbulento de herejías y cismas, que llegan a producir tal confusión que aun las almas de buena voluntad no aciertan a saber dónde está la verdad. No puede ante esto permanecer encerrado en su claustro manejando la pala y el azadón, cuando lo que se necesitaba era el manejo de la pluma y de la palabra, y por eso salta San Bernardo a la arena, decidido a atajar aquel incendio que amenazaba destruir la casa del Señor. Y será primero la querella y agria disputa entre cluniacenses y cistercienses, o entre los «monjes negros» y los «monjes blancos», que triunfalmente dirime con su célebre *Apología,* en la que sabe unir admirablemente una profundísima humildad con una energía impresionante y una caridad verdaderamente fraterna con una asperísima y severísima admonición que puso perpetuo silencio a todos los disidentes. Asistirá en seguida al concilio de Troyes, donde se ventila la regla y organización de los templarios, y con tal acierto habla que todos acatan sus decisiones. Mas esto no será sino un ensayo de su intervención en el cisma del antipapa Anacleto II en contra del papa legítimo Inocencio II, a quien de tal modo defiende en el concilio de Etampes, que toda la asamblea y toda la cristiandad se declaran a su favor. Y si el duque de Aquitania primero y Roger de Sicilia después pretenden sostener el cisma, de tal manera desbaratará todos sus planes, que al fin logrará que el antipapa se postrase a

sus pies y pidiera perdón al Papa verdadero. Pero, amante de la verdad, cuando llegue el caso hablará con una libertad apostólica a los mismos pontífices y dirá a Honorio, a quien habían engañado los diplomáticos franceses: «Sabemos que habéis sido engañado miserablemente y nos extraña que os hayáis permitido juzgar a una parte sin haber oído a la otra». «El honor de la Iglesia está siendo comprometido gravemente en vuestro pontificado». Y a su hijo y discípulo, el abad del monasterio de San Pablo de las Tres Fontanas, elevado en 1145 a la silla de San Pedro con el nombre de Eugenio III, después de decirle con gran humildad: «No me atrevo a llamaros ya hijo, puesto que el hijo se ha trocado en padre», le anima a que acometa cuanto antes la reforma del clero y de las costumbres todas, recordándole que, así como él sucedió en el trono pontificio a otros que murieron, él también tendrá que morir y dar cuenta a Dios.

Pero donde mejor aparece el carácter de San Bernardo es en su lucha con las herejías y errores de su tiempo. Será el célebre Abelardo a quien confunde públicamente exponiendo ante el concilio de Sens 17 proposiciones heréticas sobre la Trinidad, la encarnación, la redención, la gracia y el pecado, y de tal suerte que Abelardo, avergonzado, se sometió y se retiró a un monasterio. Acorrala y no deja vivir a Arnaldo de Brescia, discípulo de Abelardo, y consigue que en el concilio de Reims se someta, reconociendo sus errores, Gilberto de la Porrée. Su dialéctica es terrible, fundada, más que en las reglas de la escuela, en su amor apasionado de la verdad, que pone en su lengua o en su pluma palabras de fuego y expresiones tan violentas a veces, que hacen temblar, pero sin perder el equilibrio propio de la caridad, que le hace exclamar: «A los herejes no se les vence con la fuerza, sino con la persuasión de la razón». Así lo reconocen los mismos adversarios, que se rinden a sus pies y no se consideran humillados porque saben que en el corazón de San Bernardo tienen un amigo verdadero.

Bien ganado tenía el descanso por el que tanto suspiraba en su monasterio del Claraval, de donde nunca hubiera salido a no ser forzado por la obediencia y por su ardiente amor a Cristo y a su Iglesia, como se lo escribió al papa Honorio II, pero la voluntad divina dispuso que fuera precisamente entonces cuando

emprendiera una muy larga peregrinación, acompañada de una actividad prodigiosa y totalmente inexplicable dado el estado tan precario de su salud, que, minada hacía años por la austeridad y penitencia con que trataba a su cuerpo, estaba a la sazón tan quebrantada que muchos de sus hijos creían que su vida tocaba a su fin. Mas si la carne flaqueaba el espíritu estaba tan firme y animoso, que no dudó en aceptar el encargo que le confiara el papa Eugenio III de predicar la segunda Cruzada para libertar a los Santos Lugares del poder musulmán. Cincuenta y seis años de edad tenía entonces San Bernardo, y por sus triunfos contra la herejía y el cisma, y por su palabra siempre eficaz por la fuerza de su santidad, que Dios se gozaba en hacer patente muchas veces por los grandes milagros que obraba, fue por toda Europa considerado como el hombre providencial para aquella empresa. Efectivamente, en el mes de marzo de 1146 fue cuando, en la magna e histórica asamblea de Vézelay, en presencia de los reyes de Francia, de gran número de prelados y caballeros venidos de todas partes y una ingente masa de pueblo, después de leer la bula del Papa habló con tal fervor y fuego, que antes de terminar su alocución no quedaba ni una sola de las cruces preparadas al efecto, siendo los primeros en cruzarse los reyes, el conde Roberto, hermano del rey, e infinidad de nobles y guerreros. Y con la tea encendida de su palabra recorre toda Francia, pasa a Alemania y Flandes, y donde no puede resonar su voz serán sus cartas y emisarios los que levantarán ejércitos de cruzados en Inglaterra, España, Italia, Hungría, Polonia y, en fin, en la Europa entera. Las ciudades en masa salen a su paso para escuchar su palabra, presenciar y admirar los milagros que sin cesar hacía, sanando un sinnúmero de enfermos y alistándose en la cruzada en tal cantidad, que pudo escribir al Papa: «Las ciudades y castillos quedan vacíos, y difícilmente se encontrará un hombre por cada siete mujeres».

Mas no era de rosas, sino de muy punzantes espinas la corona que el Señor le preparaba en la tierra como premio a sus grandes trabajos. El éxito de su predicación había sido grandioso, pero el resultado final fue un desastre completo. Las intrigas, las envidias, la falta de un caudillo que se impusiera a todos, las traiciones y cobardías de los griegos, llevaron a aquel ejército de

valientes al más rotundo fracaso y el Señor permitió que el pueblo, siempre voluble, al ver este resultado se volviera contra el santo culpándole del desastre. La humildad de San Bernardo se gozó mucho más en estos improperios tan injustos que antes en las alabanzas universales con que todos bendecían su nombre, pero, al ver que no era su honor tan sólo, sino que el mismo Dios era menospreciado y vilipendiado, con gran energía levanta su voz y exclama:

> «Consiento de muy buena gana en ser yo el deshonrado, mas de ningún modo puedo oír que se toque a la honra de Dios. ¡Ojalá que el Señor quiera que yo le sirva de escudo para que todos los dardos de la maldición se ceben en mí sin llegar jamás a él!».

Bien podemos decir que San Bernardo era lo que hoy día se dice «un carácter»; sin embargo, con lo dicho hasta ahora no aparece aún la característica que daba personalidad específica a ese carácter hasta convertirle en el «Doctor Melifluo». Que siempre lo fuera no se puede dudar, ya que hasta en sus terribles invectivas contra los heresiarcas, o contra todos los que de alguna manera atentaban al bienestar de la Iglesia, siempre sabía distinguir el pecado del pecador, como lo había aprendido de su gran maestro San Agustín, al que nunca dejó de la mano, y por eso su vehemencia contra el primero se trocaba en bondad y dulzura con el segundo, hasta el punto de llegar a escribir aquellas tan conocidas palabras: «Si la misericordia fuera un pecado, creo que me sería imposible dejar de cometerlo».

Muy sugestivo por lo dulce, y muy fácil por lo abundantísimo, sería el trabajo de libar en las flores de sus escritos para hacer destilar la riquísima miel que encierran, sobre todo cuando habla de Jesús y de su Madre. La devoción de San Bernardo hacia la humanidad santísima de Cristo como expresión y síntesis del amor de Dios a los hombres, y de la maternidad de Dios y de los hombres de la Santísima Virgen, le enloquecen, de tal modo que ya no acierta a decir lo que siente y son pocas todas las palabras del vocabulario para expresar su cariño, ternura y amor.

> «Escuchadle —nos dirá Balines— en sus coloquios con Jesús o con María, con dulzura tan embelesante que parece agotar todo cuanto sugerir pueden de más hermoso y delicado la esperanza y el amor».

En el día 24 de mayo de 1953, al cumplirse el VIII centenario de su muerte, el papa Pío XII publicó la encíclica *Doctor Mellifluus,* y en ella, exponiendo este mismo pensamiento, nos hace paladear una vez más aquellas expresiones:

> «Si disputas o hablas no encuentro gusto si no oigo el nombre de Jesús...».
>
> «Jesús es miel en los labios, melodía en los oídos, júbilo en el corazón...».
>
> «Todo alimento del alma es árido si no está bañado con este óleo, insípido si no está condimentado con esta sal».

Y sigue diciendo el Papa:

> «A esta encendida caridad para con Jesucristo se unía una muy tierna y suave devoción para con su Madre, a la que como a Madre amantísima amaba y honraba intensamente. De tal manera confiaba en su poderoso patrocinio que no dudó en escribir: "Nada quiso darnos el Señor que no viniera por manos de María", y también: "Ésta es su voluntad, que lo tengamos todo por María"».

Se le llama a San Bernardo el último de los Padres de la Iglesia, mas no por ser el último en el orden cronológico lo es en el teológico y doctrinal, y menos aún en lo que toca a la mariología. Sin entrar en enojosas e inútiles comparaciones, bien se puede afirmar que no es fácil encontrar quien en esto le aventaje. Hasta tal punto que ni siquiera en el día de hoy, que tanto se ha avanzado y tanta importancia se da al estudio de la mariología, se puede dar un solo paso sin contar con San Bernardo o citar sus escritos. Sirva como ejemplo la fórmula de estos tiempos en la que escritores piadosos y directores de almas coinciden con perfecta unanimidad: «A Jesús por María», en la que se quiere condensar la mediación universal de la Santísima Virgen como Madre de Jesús y nuestra, y como Corredentora de los hombres. Pues bien: esta fórmula precisamente parece estar inspirada en San Bernardo, ya que viene a ser la doctrina fundamental tantas veces repetida en sus escritos. El hablar de la Virgen le sale a San Bernardo a propósito de cualquier punto doctrinal que expone, pues de los sermones sobre el *Missus est,* especialmente el cuarto, donde explica el trascendental consentimiento de la Virgen a las palabras del ángel en la Anunciación, o del sermón de la Natividad de María, llamado del «Acueduc-

to» por presentar a María como verdadero acueducto de la vida de Dios para los hombres, o de los sermones de la Presentación y Purificación, de la Anunciación y de la Asunción, o, en fin, de los de las «doce prerrogativas de la Bienaventurada Virgen María», no es posible extraer o seleccionar párrafo alguno, sino que es necesario leerlos y saborearlos en toda su integridad.

Terminemos asentando esta proposición: No es fácil tener una devoción sólida e ilustrada a la Santísima Virgen sin conocer, de alguna manera al menos, los escritos de San Bernardo, y parece que la Iglesia asiente a ello cuando en su misma liturgia, cada vez con más frecuencia, escoge trozos de sus escritos para formar con ellos sus preces públicas y oficiales. Y es que, como dijo Benedicto XIV, San Bernardo no sólo enseñó en la Iglesia, sino que enseñó a la misma Iglesia. Y ciertamente no es de extrañar, ya que sus fuentes siempre fueron las Escrituras Santas, los Santos Padres y Doctores que le precedieron, entre los que destaca San Agustín, y sobre todo la inspiración directa de aquella Madre que volcó sobre él la ternura de su corazón y que en un derroche de mimo maternal llegó, según cuenta la tradición, recogida en el conocido cuadro del inmortal Murillo, a amamantar con su leche virginal a aquel hijo que con amor inigualable hasta el fin de su vida siempre la correspondió. ¿Qué extraño que todos sus escritos destilen la dulzura de esta miel?

ILDEFONSO RODRÍGUEZ VILLAR

Bibliografía

ABAD, C. M.ª, SI, «San Bernardo»: *Sal Terrae* (1953) agosto-septiembre.
BALMES, J., *El protestantismo comparado con el catolicismo en sus relaciones con la civilización europea* (Barcelona 1949) c.71.
BERNARDO (San), *Obras completas.* Ed. preparada por G. Díez Ramos (Madrid 1953).
PÉREZ DE URBEL, J., OSB, *Semblanzas benedictinas* (Madrid 1925).
PÍO XII, *Encíclica «Doctor Mellifluus» sobre San Bernardo en el VIII centenario de su muerte* (24 de mayo de 1953).
PONS, J., SI, *Obras completas del Doctor Melifluo* (Barcelona 1925).
• Actualización:
BARTHELET, P., *San Bernardo. El hombre que transformó Europa* (Madrid 2001).
BERNARDO (San), *Obras completas.* Ed. bilingüe preparada por los Monjes Cistercienses de España, 8 vols. (Madrid 1985-2003).
CANTERA, S., *San Bernardo o el medievo en su plenitud* (Madrid 2001).
LECLERCQ, J., *San Bernardo. Monje y profeta* (Madrid 1990).
MASOLIVER, A., *San Bernardo. El hombre de la Iglesia del siglo XII* (Madrid 1990).
YÁÑEZ, D., *San Bernardo de Claraval* (Burgos 2001).

SAN SAMUEL

Profeta (Antiguo Testamento)

El libro bíblico de Samuel se llama así porque es uno de sus personajes clave más sobresalientes, no porque sea el autor. La cronología más probable sitúa la vida de Samuel en el siglo XI antes de Cristo. Es una etapa gris y vacía en la política de los grandes imperios. Actúan en solitario sobre los territorios de Palestina dos pueblos recientes: filisteos e israelitas. Sus pequeñas batallas tienen importancia histórica.

A Samuel le toca ser el anillo entre la cadena irregular de Jueces y el comienzo agitado de la Monarquía. Los jueces fueron figuras dispersas, locales, imprevisibles, sin dinastía. Samuel será el último juez del tipo institucional porque resuelve pleitos y casos y no empuña la espada o el bastón de mando. Confidente del Señor, recibe su oráculo y presenta la intercesión. En la línea de Débora, profetisa y juez, llama y envía a la lucha sin luchar ellos. El salmo 99 lo presenta como mediador en muy ilustre compañía: «Moisés y Aarón con sus sacerdotes, Samuel con los que invocan su nombre, invocaban al Señor y él respondía».

> «Un monte en las cercanías de Jerusalén perpetúa su nombre, Nedi Samwel. ¿Y no es Samuel como una montaña? Descollante, cercano al cielo y bien plantado en tierra, solitario, incitador de tormentas, recogiendo la primera luz de un nuevo sol y proyectando una ancha sombra sobre la historia» (L. A. SCHMID, *Samuel* [Madrid 1973] 13).

El *Martirologio romano* actual lo inscribe el 20 de agosto con este condensado elogio:

> «Conmemoración de Samuel, Profeta y Santo que, desde niño, fue llamado por Dios y ejerciendo más tarde el cargo de juez en Israel, por mandato del Señor, ungió a Saúl como rey sobre el pueblo; pero cuando Saúl, a causa de su infidelidad fue rechazado por el Señor, confirió también la unción real a David, de cuyo linaje había de nacer Cristo» *(Martyrologium romanum* [Ciudad del Vaticano 2001] 442).

Samuel es uno de los personajes más significativos de la historia bíblica de la salvación, el último de los jueces y el primero de los profetas, dejando aparte a Moisés, que es un caso espe-

cialísimo. Está en el origen de la realeza y del profetismo, instituciones fundamentales en el pueblo de la Alianza. En su vida, rica de acontecimientos desde la infancia, se nos presenta como el consagrado al Señor, el hombre de la Palabra, el servidor del santuario, el defensor del pueblo, el mediador e intercesor, el que ante el poder de los reyes representa la autoridad de Dios, su Palabra; el héroe de una historia azarosa y emocionante, reflejada de manera admirable en las páginas de la Biblia.

Como tantas veces ocurre en la vida de los santos, es necesario e imprescindible hablar antes de su madre, Ana, esposa de Elcaná, padre de Samuel.

Vivían en Ramá, sobre las montañas de Efraín, trece kilómetros al nordeste de Lidda. Elcaná era de origen levítico. Su esposa, Ana, era estéril y obtuvo por favor de Dios el hijo, después de haber hecho voto de consagrárselo para toda la vida.

Fue en una de las peregrinaciones anuales al santuario de Siló (actual Ceilán, a unos 20 kms. al sur de Nablus). Se celebraba la fiesta de las Tiendas en torno al arca de la Alianza que allí se custodiaba. Era Sumo Sacerdote Elí. Con todo detalle nos lo describe el libro santo deteniéndose en la persona y actitudes, hondamente religiosas de Ana, que en todas sus reacciones aparece siempre guiada por su vínculo con el Señor, tanto en la angustia de la esterilidad como en el gozo de la fecundidad.

Si se detiene el narrador en la figura de Ana, lo hace evidentemente para mostrar de antemano quién es Samuel: un niño nacido de la Alianza con el Señor. Nos dice textualmente el 1 Sam 1,9-28:

> «Tras haber comido y bebido en Siló, Ana se levantó. El sacerdote Elí estaba sentado en su silla, contra la jamba de la puerta del santuario de Yahvé. Estaba ella llena de amargura y oró a Yahvé llorando sin consuelo, e hizo este voto: "¡Oh Yahvé Sebaot! Si te dignas mirar la aflicción de tu sierva y acordarte de mí, no olvidarte de tu sierva, y darle un hijo varón, yo lo entregaré a Yahvé por todos los días de su vida y la navaja no tocará su cabeza".
>
> Mientras ella prolongaba su oración ante Yahvé, Elí observaba sus labios. Ana oraba para sus adentros; sus labios se movían, pero no se oía su voz. Elí creyó que estaba ebria y le dijo: "¿Hasta cuándo va a durar tu embriaguez? ¡Echa el vino que llevas!". Pero Ana le respondió: "No, señor, soy una mujer acongojada; no he bebido vino ni cosa que embriague, sino que desahogo mi alma ante Yahvé. No juzgues a tu sierva como una mala mujer; hasta ahora sólo

por pena y pesadumbre he hablado". Elí le respondió: "Vete en paz y que el Dios de Israel te conceda lo que le has pedido". Ella dijo: "Que tu sierva halle gracia a tus ojos". Se fue la mujer por su camino, comió y no pareció ya la misma.

Se levantaron de mañana y, después de haberse postrado ante Yahvé, regresaron a su casa, en Ramá. Elcaná se unió a su mujer Ana y Yahvé se acordó de ella. Concibió Ana y llegado el tiempo, dio a luz un niño a quien llamó Samuel porque —dijo— "se lo he pedido a Yahvé". Subió el marido Elcaná con toda su familia para ofrecer el sacrificio anual y cumplir su voto, pero Ana no subió, porque dijo a su marido: "Cuando el niño haya sido destetado, entonces lo llevaré, será presentado a Yahvé y se quedará allí para siempre". Elcaná, su marido, le respondió: "Haz lo que mejor te parezca, y quédate hasta que lo destetes; así Yahvé cumpla su palabra". Se quedó, pues, la mujer y amamantó a su hijo hasta su destete.

Cuando lo hubo destetado lo subió consigo llevando, además, un novillo de tres años, una medida de harina y un odre de vino, e hizo entrar en la casa de Yahvé, en Siló, al niño todavía muy pequeño. Inmolaron el novillo y llevaron el niño a Elí. Ella dijo: "Óyeme, señor. Por tu vida, señor, yo soy la mujer que estuvo aquí junto a ti orando a Yahvé. Este niño pedía yo y Yahvé me ha concedido la petición que le hice. Ahora se lo ofrezco a Yahvé por todos los días de su vida; está ofrecido a Yahvé". Y se postró allí, ante Yahvé».

Ana es una mujer excepcional. Sus quejas se dirigen al autor de la vida con audacia confiada. En todos los casos de esterilidad familiar que vemos en la literatura del próximo Oriente, es la única mujer que implora personalmente a Dios la fecundidad. Otras buscan subterfugios y remedios humanos. La oración de Ana es tan desinteresada que no le pide al Señor más que algo que ella misma le pueda devolver.

A los duros reproches de Elí contesta con calma y mansedumbre. No ha ahogado su amargura en vino, se vuelve al Señor embriagada de su propia pena que le impide rezar en voz alta como es la costumbre. Elí la tranquiliza y la despide: «Vete en paz y que el Dios de Israel te conceda lo que le has pedido». Ana recibe sus palabras como una promesa, una especie de anuncio. Ana sorprende por sus relaciones privilegiadas con Dios. El hecho de que manifieste su gozo inmediatamente después de su voto y antes del nacimiento de su hijo, la retrata.

Samuel, fruto de este encuentro entre el Señor y Ana, se presenta desde el principio como el «dado»: «Si das a tu sierva

una semilla de hombres, yo lo daré al Señor. Dame para que yo pueda darte; que nuestra mutua generosidad se muestre. El niño es el don, fruto del don mutuo que se hacen el Señor y una mujer del pueblo». Esto es lo que significa, en un juego de asonancias más que en su etimología, el nombre de Samuel: «al Señor se lo pedí».

La presentación del niño en el Santuario de Siló se mueve toda ella en esa atmósfera de culto y de ofrenda de una peregrinación. Con los otros dones, Samuel es una ofrenda sagrada. El niño queda como retirado del mundo pagano para entrar en la esfera de Dios. El niño quedó al servicio del santuario y de los sacerdotes. En contraste con los hijos de Elí que tomaban y exigían las ofrendas, sólo Samuel sirve. Es la garantía de un servicio fiel frente a un sacerdocio interesado y corrompido.

El cántico exultante de Ana (2,1-10), que sirvió de inspiración al *Magnificat* (Lc 1,46-55), es una oración salvífica que expresa la esperanza de los humildes. «Mi corazón exulta en Yahvé; mi fuerza se apoya en Dios; la estéril da a luz siete veces; la de velos largos se marchita; levanta del polvo al humilde y exalta el poder de su Ungido...».

El pequeño Samuel, de tres a cinco años de edad, fue cedido al Señor y llevado al Santuario de Siló para prestar servicio en la presencia del Señor, vestido de efod de lino, traje sacerdotal; habitaba en el santuario. Su madre, siempre pendiente de él, le llevaba todos los años un vestido cuando subía con su marido para ofrecer el sacrificio. El niño iba caminando «haciéndose grato tanto a Yahvé como a los hombres» (2,26), en vivo contraste con el comportamiento indigno de los hijos de Elí, Jofní y Pinjás.

En ese contexto, sobre el trasfondo sombrío de la conducta depravada de la familia sacerdotal, aparece como centro del relato bíblico la llamada del Señor dirigida a Samuel: la primera revelación que consagra a Samuel como profeta. No se trata de un sueño, ya que la voz despierta al niño, ni de una «visión» más que en sentido lato, porque Samuel no ve a Yahvé, sólo lo oye:

> «Servía el niño Samuel a Yahvé a las órdenes de Elí; en aquel tiempo era rara la palabra de Yahvé, y no eran corrientes las visiones. Cierto día estaba Elí acostado en su habitación. Sus ojos iban debilitándose y ya no podía ver. No estaba aún apagada la lámpara

de Dios; Samuel estaba acostado en el Santuario de Yahvé donde se encontraba el arca de Dios.

Llamó Yahvé a Samuel. Él respondió: "Aquí estoy", y corrió donde Elí diciendo: "Aquí estoy porque me has llamado". Pero Elí le contestó: "Yo no te he llamado. Vuelve a acostarte". Él se fue y se acostó. Volvió a llamar Yahvé a Samuel. Se levantó Samuel y se fue donde Elí diciendo: "Aquí estoy, porque me has llamado". Elí le respondió: "Yo no te he llamado, hijo mío, vuelve a acostarte". Aún no conocía Samuel a Yahvé, pues no le había sido revelada la palabra de Yahvé. Por tercera vez llamó Yahvé a Samuel y él se levantó y se fue donde Elí diciendo. "Aquí estoy, porque me has llamado". Comprendió entonces Elí que era Yahvé quien llamaba al niño, y dijo a Samuel: "Vete y acuéstate, y si te llaman dirás: Habla, Yahvé, que tu siervo escucha". Samuel se fue y se acostó en su sitio.

Vino Yahvé, se paró y llamó como las veces anteriores: "¡Samuel, Samuel!". Respondió Samuel: "¡Habla, que tu siervo escucha!". Dijo Yahvé a Samuel: "Voy a ejecutar una cosa tal en Israel que a todo el que la oiga le zumbarán los oídos. Ese día cumpliré contra Elí todo cuanto he dicho contra su casa, desde el principio hasta el fin. Ya le he anunciado que yo condeno su casa para siempre, porque sabía que sus hijos vilipendiaban a Dios y no los ha corregido. Por esto juro a la casa de Elí que ni sacrificio ni oblación expiará jamás la iniquidad de la casa de Elí".

Samuel siguió acostado hasta la mañana y después abrió las puertas del santuario de Yahvé. Samuel temía contar la visión a Elí, pero Elí le llamó y le dijo: "Samuel, hijo mío"; él le respondió: "Aquí estoy". Él preguntó: "¿Qué es lo que te ha dicho? ¡No me ocultes nada! Que Dios te haga eso y añada eso otro si me ocultas una palabra de lo que te ha dicho". Entonces Samuel se lo manifestó todo, sin ocultarle nada; Elí dijo: "Él es Yahvé. Que haga lo que bien le parezca".

Samuel crecía, Yahvé estaba con él y no dejó caer en tierra ninguna de sus palabras. Todo Israel, desde Dan hasta Berseba, supo que Samuel estaba acreditado como profeta de Yahvé. Yahvé continuó manifestándose en Siló, porque en Siló se revelaba Yahvé a Samuel mediante la palabra de Yahvé» (1 Sam 3,1-21).

Aquí quedan descritos los rasgos principales de Samuel. Con el joven comienzan las cosas de nuevo porque con él prepara el Señor la renovación de las instituciones de su pueblo, marcada por la fidelidad de Samuel. Así desaparecerá el sacerdocio corrompido y será reemplazado en el futuro por un sacerdote según el corazón de Dios. Hasta ahora el Señor sólo había intervenido para hacer a Ana fecunda, pues, además de Samuel, le dio tres hijos y dos hijas (2,21). Pero ahora arranca a

Samuel del mundo exclusivamente sacerdotal en que estaba para revelarle su palabra, independizado de Elí que no puede menos de autentificar la experiencia de su joven servidor. En adelante, el Señor está con Samuel, del que ha hecho un profeta semejante a Moisés. No es sólo el culto lo que importará en el futuro, sino la Palabra que ha vuelto a dejarse oír gracias a Samuel y a su vinculación ahora mutua con el Señor. Todo Israel tiene que vérselas con aquel a quien la Biblia califica en adelante de profeta a quien el Señor se le aparece y le concede sus revelaciones. El profetismo sustituye al sacerdocio como forma de poder en Israel. El Señor se hace ver y habla, gracias a Samuel que «abrió las puertas del santuario de Yahvé» (3,15) en gesto lleno de simbolismo. Dios se comunicaba de nuevo a su pueblo; vuelven a establecerse relaciones de alianza. Yahvé se hacía presente encima del arca desde donde daba órdenes según Éx 25,22.

No fue nada fácil la misión profética de Samuel. Cuando la ruina y la derrota parece una catástrofe irremediable que lo arrasa todo: los ancianos, los sacerdotes y aun el arca de la Alianza cautiva del enemigo, Samuel es el único a quien el Señor deja aparte con vistas a un nuevo porvenir.

Su papel de mediador se revela en las palabras de Samuel que invitan a la conversión:

> «Si os volvéis a Yahvé con todo vuestro corazón, quitad de en medio de vosotros los dioses extraños y los Astartés, fijad vuestro corazón en Yahvé y servidle a él sólo y entonces él os librará de la mano de los filisteos. Los israelitas quitaron los Baales y los Astartés y sirvieron sólo a Yahvé» (7,3-4).

Como en otro tiempo Josué, Samuel, con su oración intercesora es mediador de una gran victoria (cf. 7,10-13): «Los filisteos fueron humillados [...] y la mano de Yahvé pesó sobre los filisteos durante toda la vida de Samuel» (7,13).

El profeta Samuel se convirtió en el Juez de Israel. Todos los años recorría sus poblados y se volvía a Ramá, donde tenía su casa. Allí «juzgaba» a Israel, es decir, restablecidas las relaciones alteradas entre Israel y su Dios, gobierna y administra a su pueblo como habían hecho los jueces acreditados por el Señor, asegurando el orden y la paz.

En Ramá edificó un altar. Ya no es Siló el lugar del encuentro con Dios, es Samuel el que por medio de la Palabra hace presente al Señor. Los actos de culto van ligados a la persona del mediador. Siló desaparece como lugar de muerte. Profetismo y judicatura son esenciales y complementarios. La cualidad de juez asegura la autoridad en el seno del pueblo, su gobierno, su autonomía. Reconocido por el pueblo después de haber sido acreditado por Dios, en Samuel, mediador, coinciden las vías de comunicación entre Dios e Israel sobre todo después que ha desaparecido el santuario y el arca se ha visto libre de los intentos de superstición.

Samuel se va haciendo viejo. Sus hijos, destinados a sucederle, no siguen las huellas del padre. Atienden a sus propios intereses y abusan de su privilegiada posición. Igual que los de Elí. Años más tarde, ante los problemas que se ven ya en el horizonte, los ancianos acuden a Samuel. Le piden un rey como lo tienen los otros pueblos. Samuel consultó al Señor que le dijo:

> «Haz caso a todo lo que el pueblo te dice. Porque no te ha rechazado a ti, me han rechazado a mí para que no reine sobre ellos. Escucha, sin embargo, su petición, pero les advertirás claramente y les enseñarás el fuero del rey que va a reinar sobre ellos» (8,7-9).

La idolatría larvada queda al descubierto con su rebeldía. Samuel ora y se resiste. Les recuerda las consecuencias socioeconómicas. Un rey necesita una corte y una administración, un ejército, cobrar impuestos, «tomará para sí y para los suyos lo que es vuestro, seréis sus esclavos». Yahvé no os librará como hizo con los hebreos esclavos del Faraón en Egipto, porque a nadie librará de una esclavitud voluntaria.

Pero el Señor diseñaba un rey, no como los de las otras naciones, sino según sus deseos. Y más tarde Samuel, fracasada su mediación ante las reivindicaciones del pueblo que siguen en pie, cumple el mandato del Señor y unge a Saúl como rey, abriendo la historia de la monarquía que se prolongará durante cuatro siglos (cf. 8,7s).

Pero a su vez incorpora las restricciones divinas en el estilo de los reyes y de su integración en la Alianza. En adelante Samuel no será tanto un mediador como un agente a quien Dios encarga que asegure el paso a la monarquía. El Señor toma la

iniciativa conduciendo a Saúl hasta Samuel. Dios le ha revelado sus planes:

> «Mañana a esta misma hora te enviaré un hombre de la tierra de Benjamín, lo ungirás como jefe de mi pueblo Israel y él librará a mi pueblo de la mano de los filisteos, porque he visto a mi pueblo y su clamor ha llegado hasta mí» (9,16).

Las reticencias de Samuel se derriten como la nieve al verse valorado con la confianza del Señor que le convierte en árbitro de la situación. Cuando Samuel vio a Saúl, «joven aventajado y apuesto, nadie entre los israelitas le superaba en gallardía, de los hombros arriba aventajaba a todos» (9,2), «Yahvé le indicó: Éste es el hombre de que te he hablado. Él regirá a mi pueblo» (9,17). La unción es un rito religioso que transforma al ungido y lo vincula al Señor con un lazo de subordinación y le convierte en su representante y lugarteniente, encargado de una misión en dependencia del que le da su fuerza y su espíritu.

Al repetir la expresión «mi pueblo», el Señor da a conocer que, con rey o sin rey, no renuncia a sus derechos sobre Israel, que seguirá siendo su pueblo y no una nación como las demás.

Samuel pone toda su creatividad al servicio del proyecto que Dios le ha revelado y el Señor confirma con signos sus palabras para que se cumplan. Ha cambiado su papel de negociador inexperto, por el manto de profeta que dice las palabras de Dios y actúa en su nombre; y vuelve a ser heraldo de su acción en medio del pueblo, signo y garantía de la soberanía del Señor en Israel. Por eso mantiene su influencia sobre Saúl y sobre el pueblo.

En su encuentro, por una parte, colma de honores a Saúl como si viera en él a un superior: lo recibe como huésped de honor antes de anunciarle un porvenir glorioso en Israel, destino que prefigura poniéndole al frente de los invitados y haciendo que le sirvan un trozo seleccionado para él. Por otra parte, le impresiona y le subyuga con su ascendiente de profeta, prestigio de hombre de Dios, venerado por sus dones de vidente, aureolado de misterio, quien se hace dueño de la situación de forma decidida: «Hoy comerás conmigo. Por la mañana te despediré».

Al terminar el banquete lo lleva aparte para mantener una charla con él. Al día siguiente vuelve a acompañarle y entonces

es cuando, saliendo juntos hasta las afueras y mandando delante al criado, quedó con él a solas y le dio a conocer la palabra de Dios.

> «Tomó Samuel el cuerno de aceite y lo derramó sobre la cabeza de Saúl, y después lo besó diciendo: "¿No es Yahvé quien te ha ungido como caudillo de su heredad? Tú regirás al pueblo de Yahvé y le librarás de la mano de los enemigos que lo rodean"» (9,27-10,1).

Esta unción privada y en secreto se verá confirmada y publicada con la intervención del pueblo. En Mispá Samuel convocó asamblea de las tribus y por suertes le tocó a la de Benjamín y, de sus familias, a Saúl que estaba escondido. Cuando lo sacaron de su escondite, «puesto en medio del pueblo les llevaba a todos la cabeza» (10,23). Y tras el elogio de Samuel, todo el pueblo gritó: «¡Viva el rey!».

Saúl dictó al pueblo el fuero o estatuto real y lo puso por escrito, depositándolo delante de Yahvé, y despidió la asamblea.

La primera hazaña de Saúl, muy semejante a las de los jueces, fue la victoria contra los amonitas con la que rubricó su caudillaje. Reconoce él mismo que la eficacia de su poder es de Dios, el único salvador (cf. 11,13). Samuel invitó a todos a ir a Guilgal, y ofreciendo sacrificios de comunión proclamaron rey a Saúl con el alborozo de una fiesta popular.

Samuel acompaña, guía y refrenda a un rey que está bajo su influencia, primero; un príncipe subyugado y colmado de honores, un rey que se va liberando poco a poco, un rey acorralado.

La prudencia y la diplomacia de Samuel llega a su más alta cima cuando logra revelar al pueblo que, a pesar de tener un rey, nunca podía ser como los demás pueblos, pues su verdadera libertad consiste en la fidelidad a los compromisos de su alianza renovada con el Señor.

Los últimos años de Samuel se llenaron de vergüenza y decepción por las desobediencias del rey Saúl a los mandatos del Señor. Por tres veces se ve obligado a comunicar al rey que el Señor lo ha rechazado.

> «Te has portado como un necio. No has cumplido la orden que Yahvé, tu Dios, te ha dado; entonces Yahvé hubiera afianzado tu reino para siempre sobre Israel. Pero ahora tu reino no se mantendrá. Yahvé se ha buscado un hombre según su corazón, al que ha designado caudillo de su pueblo» (1 Sam 13,13-14).

Es en la dimensión teocéntrica de la realeza donde tropieza una y otra vez Saúl. Samuel aparece frente al pueblo de Israel y frente a su rey como representante de los derechos del Señor garantizados por la constitución y el estatuto proclamado en Guilgal (cf. c.12). Con toda valentía interviene para comunicar a Saúl el rechazo divino después de sus reiteradas transgresiones.

En este papel de fuerte carácter profético anticipa la función de muchos profetas en la época de la monarquía. Ligado a la ascensión y al ocaso del primer rey, cuyo destino trágico le reveló el Señor, Samuel encarna la figura del profeta cuyo contrapoder en nombre de Dios cierra a los reyes de Israel el camino del populismo y del poder arbitrario, prácticas contrarias a la Alianza e intolerables a los ojos del Dios de la vida y de la libertad.

Su decisión y su fortaleza no le ahorran al profeta los profundos sentimientos de honda pena hasta las lágrimas, la decepción, la cólera y la piedad compasiva ante el fracaso irreversible del rey que él mismo ha ungido. Nada se filtra a los ojos del pueblo, pero se desahoga ante el Señor. Por eso mismo no tiene mucha prisa en ir a ungir un nuevo rey.

> «Dijo Yahvé a Samuel: "¿Hasta cuándo vas a estar llorando por Saúl, después que yo lo he rechazado, para que no reine sobre Israel? Llena tu cuerno de aceite. Voy a enviarte a Jesé de Belén, porque he visto entre sus hijos un rey para mí". Samuel replicó: "¿Cómo voy a ir? Se enterará Saúl y me matará"» (16,1-2).

Saúl es un rey pedido por el pueblo para él. David será un rey para el Señor. El contraste está a la vista. Los ojos del profeta se posan espontáneamente sobre aquellos hijos de Jesé que, por su porte y estatura, se parecen más a Saúl. Pero el Señor le impone al vidente un significativo cambio de mirada: «No mires su apariencia ni su gran estatura, pues yo lo he descartado. No es como ve el hombre, las apariencias. Yahvé mira al corazón» (16,6-7).

El elegido es el más pequeño. Nadie lo habría podido imaginar. Nada tan contrario a Saúl como este niño «rubio, de bellos ojos y de buena presencia», de este pastorcillo, todo lo contrario de un guerrero.

> «Dijo Yahvé: "Levántate y úngelo, porque éste es". Tomó Samuel el cuerno de aceite y le ungió en medio de sus hermanos. Y a partir de entonces vino sobre David el espíritu de Yahvé» (16,12-13).

Esta unción clandestina y sorprendente del más glorioso de los reyes bíblicos, es como el canto de cisne de la actividad profética de Samuel. «Samuel murió. Todo Israel se congregó para llorarle y lo sepultaron en su heredad de Ramá» (25,1). Eran las últimas décadas del siglo XI antes de Cristo.

Entre otras referencias bíblicas a Samuel sobresale la estrofa que le dedica el Eclo 46,13-20 cuando elogia a los Padres:

> «Amado del pueblo y favorito de su Creador, ofrecido desde el vientre materno, consagrado como profeta del Señor; Samuel, juez y sacerdote. Por orden del Señor nombró un rey y ungió a los príncipes de su pueblo; según la ley de Dios gobernó el pueblo visitando los campamentos de Israel [...], del seno de la tierra alzó su voz para borrar la iniquidad del pueblo...».

La versión griega recoge los títulos de profeta y de vidente. El hebreo le llama nazir, juez y sacerdote. Después de recordar la instauración de la realeza, su obra principal, y la unción de los jefes, insiste en su fidelidad y se fija en tres episodios de su vida: la intercesión victoriosa sobre los filisteos, la protesta de inocencia cuando se retira y la profecía post mortem del final de Saúl. Subraya el poder de su oración, la actitud de su vida y la fuerza de su profecía que ni la misma muerte logra detener. Dante lo presenta en la *Divina comedia* como «sólo inferior a Moisés» *(Paradiso,* IV,29).

Sus reliquias fueron trasladadas a Constantinopla el 19 de mayo del año 406 con toda solemnidad —descrita por San Jerónimo en *Contra vigilantium*—. Depositadas primero en Santa Sofía, más tarde se colocaron en una iglesia dedicada al profeta cerca de Ebdomos. En la IV cruzada, tal vez fueron llevadas a Venecia donde se venera en el templo que lleva su nombre. A partir de Beda, encontramos su nombre en todos los martirologios occidentales y, ya antes, en los sinaxarios orientales.

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

ALONSO SCHÖKEL, L., *Los libros sagrados.* IV: *Samuel* (Madrid 1973).
GIBERT, P., *Los libros de Samuel y de los Reyes, de la leyenda a la historia* (Estella, Navarra 1984).
MARIAIR, B., «Samuele», en *Bibliotheca sanctorum.* XI: *Ragenfreda-Stefano* (Roma 1968) cols.605-620.
WÉNIN, A., *Samuel, juez y profeta* (Estella, Navarra 1996).

BEATO BERNARDO TOLOMEI

Abad y fundador († 1348)

El Beato Bernardo Tolomei nació en Siena el 10 de mayo de 1272. Era entonces Siena una ciudad muy floreciente y, al decir de Gregorio Penco, «toda ella recorrida por profundas corrientes de vida religiosa y de espiritualidad».

Vino al mundo en el seno de la ilustre y noble familia de los Tolomei y al ser regenerado en el santo bautismo recibió el nombre de Juan, que él cambió más tarde, cuando abrazó la vida monástica, por el de Bernardo, sobre todo por devoción al santo abad de Claraval y como modelo de piedad mariana.

Entre los seis y los doce años se educó en el convento dominico de Campo Regio. Dominico quiso ser Juan, pero su padre determinó que prosiguiese sus estudios en el mundo. En la universidad de Siena obtuvo, a sus dieciséis años, el doctorado en derecho. Más tarde consiguió la cátedra de jurisprudencia de la mencionada universidad, se convirtió también en *gonfalonieri* de la milicia y, dos años más tarde, en capitán del pueblo. Entretanto, llevaba una vida de piedad muy intensa en la Cofradía de los Disciplinantes de la Scala, en la que conoció a los que serían los compañeros inseparables del resto de su vida, Francisco de Patrizi y Ambrosio de Mino Piccolomini. Pero se desvió luego del camino recto y piadoso que había llevado. Su primer biógrafo e historiador oficial de la Congregación Olivetana, Antonio de Barga, cuenta en su *Chronicon Montis Oliveti* que se convirtió gracias a que, por sus muchos y grandes pecados, se quedó ciego y por obra de un supuesto y espectacular milagro recobró la vista. Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que en 1313 decidió abandonar la docencia y también el mundo y en compañía de los mencionados amigos, Francisco y Ambrosio, se retiró a la desértica región de Accona, situada entre Saciano y Buonconvento, en los Apeninos, para dedicarse a una vida austera, penitente y de oración con un carácter eremítico muy pronunciado.

Su ideal ascético lo vivieron un tiempo morando en las cuevas naturales de la zona. Formaban los tres amigos una especie de colonia eremítica, pero sin seguir regla monástica alguna. Muy pronto cundieron su ejemplo y celebridad y se les unieron otros aspirantes a la vida retirada, austera, penitente y de ora-

ción que llevaban. Así pasaron algunos años. Cuenta el mencionado Antonio de Barga que fue por este tiempo cuando el Beato Bernardo tuvo la famosa visión de una escalera de plata por la que subían hileras de monjes y de monjas, vestidos con hábitos y cogullas blancas para llegar hasta la Virgen María y el Salvador que les aguardaban a su extremo.

Entretanto, malas lenguas equiparaban la vida del grupo de la colonia de ermitaños de Accona a la vida de ascesis y de oración que llevaban otros grupos sectarios y heréticos que por aquel entonces pululaban por todas partes y contra los que puso en guardia el concilio de Viena en 1311, porque su modo de entender la vida ascética y mística no estaba aprobado por la jerarquía eclesiástica. Es por lo que Bernardo, en 1319, decidió dar explicaciones al Papa. Es muy probable que no lo hiciera él personalmente, sino que le enviara legados. Era Sumo Pontífice Juan XXII y residía entonces en la ciudad de Aviñón. En medio de una Italia dividida, perturbada y deshecha, el viaje no resultaba nada agradable. Una vez informado, y como los concilios IV de Letrán (1215) y II de Lyón (1274) prohibieron la fundación de nuevas órdenes religiosas, Juan XXII aconsejó que adoptaran la Regla de San Benito y remitió la recta orientación del problema a Guido Tarlati di Pietramala, obispo de Arezzo, bajo cuya jurisdicción se encontraba el territorio de Accona. Éste, a su vez, encargó al monje camaldulense Juan de darles el hábito religioso, que sería de lana sin teñir, esto es, totalmente blanco, signo y seña de pureza y de pertenencia total a la Virgen María, la cual se había aparecido varias veces a Bernardo para animarle a que condujera la obra hasta feliz término. Los tres pioneros emitieron los votos monásticos y recibieron la cogulla blanca el 29 de marzo de 1319. Tres días antes, el mencionado obispo de Arezzo les concedió una verdadera carta de fundación *(Charta fundationis)* en la que reconoció jurídicamente el nuevo instituto, aprobó la erección de un monasterio en las tierras de los Tolomei, situado a unos 30 kilómetros al sudeste de Siena, que tendría como titular a la Virgen María bajo la advocación de Monte Oliveto, acogió bajo su protección a la nueva comunidad, amén de permitirles hacer uso en toda su amplitud del codiciado privilegio de la exención episcopal. Al parecer, el

sobrenombre de la titular del monasterio fue elegido por Bernardo Tolomei. Antonio de Barga, que, como ya quedó dicho, fue el primer biógrafo del beato y además el historiador de los primeros tiempos de la congregación, dice que se inspiró en el paisaje del sitio, que estaba todo él plantado de olivos, pero también en el simbolismo que no podía menos de evocar el Huerto de los Olivos, como lo prueban varios documentos. Es la explicación más verosímil.

Pero someterse a la Regla de San Benito no significaba, en modo alguno, adherirse al benedictinismo tradicional. No olvidemos que tanto la segunda mitad del siglo XIII como la primera mitad del XIV fueron décadas de marasmo y regresión para el monacato benedictino. Las vocaciones habían disminuido de forma alarmante y, por ende, las fundaciones eran escasas, la observancia regular iba languideciendo casi en todas partes y el monacato benedictino perdía ilusión, empuje, creatividad, garra y no resistió, o resistió mal, a los embates de tantas circunstancias adversas. Los cluniacenses estaban abocados a una decadencia imparable y los cistercienses iban claudicando, cediendo al encanto de las riquezas, el poder y la gloria. Dom García M. Colombás ha escrito que, con todo, «el monacato benedictino no estaba muerto: dormía, aunque no en todas partes». En efecto, algunos de los monasterios benedictinos femeninos presentaban en varios países síntomas de gran vitalidad. E Italia, tierra fecunda en realizaciones monásticas, iba dando a luz nuevas familias espirituales, formadas en torno a grandes y santos monjes que nunca, ni en los períodos más tenebrosos de la historia, faltaron, testimoniando así la vitalidad de la tradición benedictina. El ímpetu que caracterizó a los tres pioneros y a las primeras generaciones de los monjes del Monte Oliveto resulta particularmente sintomático.

Respondiendo, pues, al signo de los tiempos y consumando la tendencia que ya tuvieron o seguían teniendo los cistercienses, los vallumbrosanos y los silvestrinos, el Beato Bernardo y sus seguidores quisieron que el nuevo instituto fuera radicalmente unitario y centralizado. Los monjes, más que profesar para un monasterio determinado, lo harían para la Congregación. Recordemos a este propósito la estabilidad benedictina,

pero ateniendo su juicio al ineludible sentido de la historia, las condiciones de la época no la consideraban oportuna. El abad general, que lo sería siempre el de Monte Oliveto, y los priores de los demás monasterios de la nueva congregación serían elegidos todos los años. Ahora bien, tengamos en cuenta que una de las ventajas que en la temporalidad de los superiores se veía era contingente, la eliminación de la peste de los abades comendatarios. Por lo demás, el capítulo general también sería anual y nombraría a los priores, a los mayordomos, a los sacristanes, a los maestros de novicios de todos los monasterios, además de dos síndicos o procuradores para cada uno, encargados sobre todo de gestionar las donaciones.

Gran indicio del carácter austero y despojado del Beato Bernardo y de sus discípulos es que ellos mismos construyeron el primer monasterio —una de sus notas sería el trabajo manual para todos los monjes sin excepción— con su iglesia que, como dicho queda, estuvo bajo la titularidad de la Virgen del Monte Oliveto. Indudablemente, aquellos monjes amaban la pobreza y amaban también la humildad. Dom Juan Bautista Picasso hace notar al respecto que «la concepción de la vida monástica de aquellos primeros olivetanos se aproxima a la de hoy, por lo despojada de todo lo accesorio, contra una actitud opuesta muy difundida en aquellos días de un cierto humanismo paganizante».

Bernardo Tolomei se negó a ser el primer abad del monasterio de Monte Oliveto. Y fue elegido en lugar suyo Francisco de Patrizi, a quien sucedió el otro compañero de los principios, Ambrosio de Mino Piccolomini, y a éste siguió Simón de Tura. Pero en la cuarta elección abacial, celebrada en 1322, a ruegos de todos los monjes capitulares, tuvo que aceptar, por fin, el cargo abacial. Y fuera que, haciendo una excepción extraordinaria, los monjes optaran por concederle el abadiato vitalicio, fuera que le reeligieron todos los años, el fundador de Monte Oliveto gobernó la congregación hasta el día de su muerte, dejándola bien orientada y consolidada, pues su abadiato fue extremadamente fecundo.

En efecto, los tripulantes de la pequeña navecilla fueron creciendo día a día en santidad, en mérito y en número porque,

atraídos por la fama de la gran santidad de su abad, afluyeron numerosos postulantes y se multiplicaron las ofertas de fundaciones. La primera de ellas se hizo en la ciudad de Siena en el año 1332. Siguió la fundación de San Bernardo de Arezzo en el año 1333. En el de 1334 se fundó Santa Ana in Camprena, cerca de Pienza. En 1339 San Feliciano, cerca de Foligno. Entre 1339 y 1340 Santa María in Dominica, en Roma, San Andrés y San Gimigniano, ambas en Volterra. Hasta llegar a contar con diez cenobios en vida del fundador.

El Beato Bernardo falleció en Siena el 20 de agosto de 1348, contagiado por la peste negra que azotó a toda la Toscana. Se hallaba en dicha ciudad asistiendo a los apestados, juntamente con otros ochenta monjes olivetanos, que también fallecieron, mientras se ocupaban en la misma heroica obra de caridad. La peste, pues, como se ve, diezmó literalmente a la naciente congregación, además de privarla de su fundador. Este luctuoso acontecimiento sólo detuvo momentáneamente su desarrollo, porque casi inmediatamente se repuso. Prueba de ello es que en los quince años sucesivos a la muerte del fundador, los monjes blancos del Monte Oliveto pudieron instalarse en varias ciudades italianas: en Padua (1350), en Bolonia (1363) y en Florencia. Entretanto, el 21 de enero de 1344 Clemente VI aprobó definitivamente la nueva congregación, para la que dictó normas más precisas. Y a raíz de entonces, hacia el año 1350, se redactó el texto de las primeras Constituciones.

A este tramonto del cuatrocientos los monjes olivetanos eran unos trescientos y los diez monasterios de 1344 alcanzaban ya la respetable cifra de treinta y dos. Bastantes de ellos se erguían junto a las ciudades y en comunidades muy pequeñas porque, en realidad, sólo existía una abadía, la de Monte Oliveto. Los demás monasterios figuraban como «lugares» *(locus)* en los que residían miembros de la única comunidad. Con todo, y a pesar de estar implantada integralmente a lo largo y ancho de toda la geografía de Italia, la congregación no llegó a establecerse sólidamente en el extranjero. La causa fundamental es que era una congregación unitaria y centralizada.

Desde el año 1344 hasta nuestros mismos días, también hubo monjas olivetanas, las llamadas Oblatas de Santa Francis-

ca Romana. Fue su primer monasterio una antigua casa basiliana de la ciudad de Bari.

Botones de muestra de la buena fama de los monjes olivetanos son el encargo a los mismos de la reforma de algunos monasterios. En 1369 el papa Urbano V envió a Andrés de Faenza a reformar nada menos que la gran abadía benedictina de Montecasino, de la que llegó a ser abad. Otro monje olivetano, Pedro de Tartaris, también nombrado por el Papa, sucedió a Andrés de Faenza en el cargo abacial en 1374 y a quien Gregorio XI, más tarde, nombró cardenal de la Santa Iglesia. En 1378 otros dos monjes del Beato Bernardo fueron encargados de la reforma de los dos monasterios existentes en Subiaco. Monte Oliveto, por lo demás, brillaba cual foco espiritual extraordinario al que Santa Catalina de Siena envió algunos de sus discípulos deseosos de abrazar la vida monástica y con los que mantuvo correspondencia epistolar.

Cuatro son los aspectos más destacables de la espiritualidad del Beato Bernardo Tolomei y de los monjes olivetanos. En primer lugar la oración litúrgica y personal, que están atestiguadas desde los principios de la congregación con el ejemplo del fundador y de sus primeros seguidores, como demostraremos en seguida.

Está después su gran amor a la soledad, hecho que aparece claramente cuando se examina detenidamente la vida del Beato Bernardo. Raras veces salió del monasterio de Monte Oliveto, precisamente porque vivía plenamente entregado a la vida de oración y de trabajo. Como vimos páginas atrás, solamente está documentado su viaje a Siena para asistir a los apestados, junto a los cuales se encontró con la muerte. Por el amor a la soledad y al retiro y para que los monjes pudieran servir al Señor mejor y con más quietud en la observancia regular que les era propia, cambió de sitio el emplazamiento de algunas de las fundaciones; tal fue el caso de la de Siena, por citar un ejemplo nada más. Por lo demás, las primeras Constituciones (sobre 1350) insistían en la necesidad de vivir separados del mundo, aunque sin faltar al precepto universal de la caridad. Es por lo que no se debe imaginar que el olivetano fue un monacato enteramente aislado del contexto social, ajeno a la vida y a los problemas del

tiempo, pues la acogida era practicada con celo en todos los monasterios dependientes de Monte Oliveto. Tanto, que su hospitalidad era encomiada en toda Italia.

Cabe señalar en tercer lugar la cultura. *Doctor eximius,* se le llama al Beato Bernardo Tolomei. Y aunque no llegara a escribir libro alguno, que sepamos, procuró que se compilaran las *Familiarum tabulae,* que contenían el elenco de los monjes de cada uno de los monasterios, y el *Liber defunctorum,* censo de sus muertos. Fundada su congregación en el siglo del humanismo, el Beato Bernardo y los olivetanos tomaron una actitud neta frente a la cultura, a la que los monjes no pueden entregarse sino en vistas a la búsqueda de Dios y a la edificación del prójimo. De hecho, se orientaron hacia la cultura bíblica y patrística, como lo atestiguan los inventarios de sus bibliotecas más antiguas. Pero antes que nada, se dedicaron al arte, desde la arquitectura hasta la miniatura y la caligrafía, pasando por la ebanistería.

Finalmente, la devoción hacia la Virgen María. Bernardo Tolomei y sus dos primeros compañeros la practicaron ya en las cofradías de Siena. Dedicaron el monasterio de Monte Oliveto a la Natividad de la Virgen. Dice Juan Bautista Picasso que, por lo demás, «la Congregación Olivetana se ha considerado siempre como obligada al culto especial de la Virgen María, Madre de Dios. Indefectiblemente vinculada a ella desde sus mismos principios, ha mantenido y sigue manteniendo muchos santuarios colectores de la piedad mariana popular».

Bernardo Tolomei recibió cristiana sepultura en Siena. En 1554 fue destruido el monasterio olivetano de dicha ciudad y las reliquias del beato desaparecieron para siempre. Pero no su culto con ellas, pues fue ratificado aquél por la Sagrada Congregación de Ritos a 26 de noviembre de 1664. Existieron algunas tentativas para conseguir su canonización y siempre fracasaron. A Francisco de Patrizi y Ambrosio de Mino Piccolomini, sus dos amigos y compañeros de toda la vida, la Iglesia también les tributa el honor de los altares como beatos.

Concluimos esta breve semblanza de Bernardo Tolomei y de la obra monástica que llevó a cabo con su mejor lección, que es dejarnos comprobar cómo en la historia monástica también los períodos habitualmente de decadencia son susceptibles de

una cierta rehabilitación. De ello es testimonio pintiparado la congregación benedictina de Monte Oliveto fundada por él.

RAMÓN MOLINA PIÑEDO, OSB

Bibliografía

COLOMBÁS, G. M., *La tradición benedictina. Ensayo histórico.* V: *Los siglos XIII y XIV* (Zamora 1995) 385-393.

LINAGE CONDE, A., *San Benito y los benedictinos.* II: *La Edad Media* (Braga 1992) 453-460.

PENCO, G., *Storia del monachesimo in Italia dalle origine alla fine del Medio Evo* (Roma 1961).

PICASSO, G., «Aspetti e problemi della storia della Congregazione benedittina di Monte Olivito»: *Studia Monastica* 3 (1961) 383-408.

SCARPINI, M., «Bernard Tolomei (bienheureux)», en *Dictionnaire de spiritualité, ascétique et mystique.* I: *AA-Abyzance* (París 1937) cols.1510-1511.

SANTA MARÍA DE MATTIAS

Virgen y fundadora († 1866)

La eficacia religiosa de la devoción a la Preciosísima Sangre de Cristo, demostrada ya en la vida y la obra de San Gaspar del Búfalo († 1837), volvió a mostrarse en la obra de su discípula y seguidora, Santa María de Mattias. Aquél fundó la Congregación de Misioneros de la Preciosísima Sangre, María añadió un instituto dedicado igualmente a la Sangre del Señor, el de las Hermanas Adoradoras de la Sangre de Cristo. Su fecundidad apostólica ha probado que la devoción a la Sangre de Cristo produce frutos ubérrimos de vida cristiana.

María de Mattias nació el 4 de febrero de 1805 en Vallecorsa, un pequeño pueblo en las montañas del centro de Italia, unas 50 millas al sudeste de Roma, en la provincia de Frosinone, dentro de los Estados Pontificios, pero muy cerca de la frontera con el Reino de las Dos Sicilias. Mirando las fechas de su vida (1805-1866) y mirando la historia de Italia en ese período, se puede ver que a María le tocó vivir una época verdaderamente turbulenta. Pero ella ni se dejó llevar por los vaivenes de la sociedad ni dejó de darse cuenta de que como cristiana lo importante era realizar una acción positiva a favor de la sociedad en que la había tocado vivir. Su padre, Juan de Mattias, era de una distinguida familia de su pueblo y tenía tierras y gozaba de

buen estado económico. Viudo, había vuelto a casar con Ottavia de Angelis, y de esta segunda esposa le nació su hija María. Llegaría a tener siete hijos pero a la adolescencia le llegaron Vicenta, María, Miguel y Antonio.

Juan de Mattias no consideraba necesario alfabetizar a sus hijas ni llevarlas a la escuela, y así María creció dentro de su casa paterna, relacionándose muy poco con el exterior, y sin aprender a leer y escribir. Su padre procuraba infundir en sus hijos fuertes sentimientos religiosos, y María disfrutaba mucho cuando cada noche su padre le leía trozos de la Sagrada Escritura y le contaba las historias de la Biblia. María aprendió a leer por su cuenta y tenía tendencias a la coquetería, cuidando mucho de su hermosa cabellera rubia. Bautizada el día mismo de su nacimiento, cuando llegó a los diez años su padre la llevó a recibir el sacramento de la confirmación y, oportunamente preparada, recibió con once años la primera comunión. Despertado en ella más vivamente el sentimiento religioso con la eucaristía, hubiera deseado recibirla con frecuencia pero su confesor le impuso comulgar solamente una vez al mes, lo que no dejaba de hacer. Conforme entraba en la adolescencia, notaba una repulsa interior al baile y a las reuniones, pero no perdía por ello su indicada coquetería. Su crisis empezó cuando un día creyó oírle a una imagen de la Virgen que le decía: «Ven a mí». Desde entonces comenzó a acudir a la Virgen María solicitando su valimiento y pidiéndole su ayuda. Empezó a leer los muchos libros devotos que había en su casa, pasando muchas horas sola en su cuarto, y aprendiendo en ellos el espíritu de piedad y de penitencia. Poco a poco se fue apoderando de su alma el deseo de dedicarse al servicio del Señor.

Y en esta circunstancia interior se hizo presente un santo en su vida. En la cuaresma de 1822 San Gaspar del Búfalo y un equipo de misioneros vinieron a su pueblo. Durante tres semanas el pueblo recibió el mensaje de la misión y se llenó de la presencia mística de la Preciosísima Sangre que el grupo misionero predicaba. La misión no dejó de predicar las verdades eternas, pero al lado de ellas presentó el misterio de la salvación gracias a los méritos de la Sangre de Cristo. La misión impactó a María: la meditación del infierno la llevó a no dormir aquella

noche, convenciéndose de que debía convertirse enteramente al Señor. Y este impacto se completó cuando escuchó al santo predicar sobre el valor salvador de la Sangre de Cristo. María salió de la misión convencida de que debía hacer algo por la salvación de los hombres redimidos por Cristo. Y quiso al terminar la misión que se abriera en el pueblo una casa de la congregación de San Gaspar. Su padre, que por entonces era el alcalde, estaba de acuerdo pero las circunstancias políticas eran tan difíciles que su padre se vio preso en medio de ellas. María, llena de inquietudes, se aisló y no terminaba de ver claro que ella debiera consultar sus inquietudes con los misioneros. Volvió San Gaspar en 1823 y volvió María a oírlo predicar, pero sería al año siguiente, 1824, cuando San Gaspar enviaría al pueblo al misionero venerable Juan Merlini († 1873) para predicar otra misión y supervisar la fundación de la casa de los misioneros. Merlini intentó y logró crear asociaciones de hombres, de mujeres, de jóvenes, de niños, de forma que todo el pueblo estuviera englobado en las actividades religiosas. Merlini atraía a María pero ésta, llena de dudas, llegó a plantearse si era un atractivo humano. Pero por fin se decidió a hablar con él, y este diálogo fue liberador para María. Oyéndola, llega Merlini a la conclusión de que María era la persona adecuada para la fundación de una congregación que ya había deseado San Gaspar anteriormente. Merlini volvería al año siguiente y predicaría la misión de aquella cuaresma. Y entonces toma la decisión de poner a María al frente de las Hijas de María. La joven comenzó a invitar a otras jóvenes a su casa los domingos por la tarde para tener lecturas piadosas y devociones, pero muy pronto mujeres adultas comenzaron a querer venir y frecuentar también las reuniones, que de esta forma se hicieron mucho más numerosas.

San Gaspar estaba de acuerdo en que Merlini dirigiera a María, y cuando se estableció en el pueblo una comunidad de Maestras Pías, él y Merlini sugirieron que María se uniera a ellas como aprendiz de la vida de comunidad. María lo hizo y llegó a estar tres años con ellas. En ese mientras tanto se hicieron planes para enviarla a fundar una casa en Norcia, donde el obispo, monseñor Cayetano Bonnani, pertenecía a la comunidad de los misioneros. Pero cuando el proyecto falló, María se preguntó si

de verdad Dios la quería fundadora o si no sería más conforme a la voluntad de Dios ingresar en un monasterio de clausura. Entonces tuvo lugar un providencial encuentro de María con San Gaspar y una decisiva conversación con él. Él la convenció de que era posible santificarse en todas partes y de que no había señales claras de que Dios la quisiera monja de clausura. María se sosegó y siguió esperando la hora de Dios.

La hora de Dios llegaría en los finales de 1833 cuando se arreglaron las cosas para una fundación en Acuto. Aquí se abriría la escuela primera el 4 de marzo de 1834 y se tiene esta fecha como fundacional del Instituto de las Adoradoras de la Sangre de Cristo. El pueblo de Acuto se mostró entusiasmado. Y es que los planes de María incluían mucho más que una escuela para niñas. Incluía un completo programa de devociones, formación espiritual, retiros, etc., formando jóvenes y mujeres para la vida espiritual. Se dividía la vida de las hermanas en dos direcciones: la adoración y el apostolado. Una hora diaria de adoración, a la que se invitaba también a los colaboradores seglares. En esa hora se alternaban quince minutos de reflexiones con quince minutos de silencio. María procuró que los confesores dieran permiso para que las hermanas comulgasen diariamente. Igualmente se planteó el tema de si harían votos o solamente una promesa de fidelidad, como hacían los misioneros. Grupos de mujeres casadas y de jóvenes se formaron alrededor de María en orden a la piedad y formación religiosa.

Muy pronto corrió la fama de lo que María estaba haciendo en Acuto. Obispos y alcaldes comenzaron a pedirle que estableciera escuelas y centros catequéticos en los pueblos de la Italia central. Y en efecto, con la bendición de Dios, entre Acuto y Roma se fundaron numerosas casas de la nueva congregación, en pueblos pequeños y necesitados de escuela y catequesis, de forma que a lo largo de su vida pudo fundar nada menos que setenta escuelas. María, con no poco trabajo, visitó las mismas yendo de un pueblo a otro y llegando a dar sus instrucciones catequéticas incluso desde los balcones, con auditorios de hasta 300 personas, es decir todas las mujeres y niñas del pueblo. De ahí se pasaba a la confesión con los sacerdotes y a la comunión. María sentía cierto escrúpulo de hablar en público, máxime teniendo en

cuenta el rechazo de algunos sacerdotes a ello, pero Merlini la guiaba y animaba, asegurándole que cumplía la voluntad de Dios.

María tenía poca salud. Padecía de asma y frecuentes fiebres y, aunque Merlini quería que se cuidase, ella se daba toda entera al apostolado. El papa Beato Pío IX le pidió que abriera una casa en Roma, lo que hizo con filial obediencia. Cincuenta de las casas se abrieron en Italia, las otras veinte en Austria, Alemania e Inglaterra. María vivía una intensa espiritualidad cristocéntrica, puestos los ojos en el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo y cuya sangre preciosa fue el precio de nuestra redención. Esta constante mirada a Cristo víctima por los pecados le daba una enorme energía espiritual que la hizo capaz, pese a su debilidad física, para desarrollar su vasto programa de apostolado. Llena de méritos y virtudes, luego de haberse desgastado en el apostolado directo con tantas almas y de haber adorado con fervor ardoroso la Sangre de Cristo, vino a morir en la casa de Roma el 20 de agosto de 1866 con 61 años de edad, siendo enterrada en el Cementerio de Campo Verano, de donde luego sus sagradas reliquias serían llevadas a la Iglesia de la Preciosísima Sangre.

Con fama de santidad desde el momento mismo de su muerte, la beatificó el papa Pío XII el 1 de octubre de 1950 y la canonizó el Santo Padre Juan Pablo II el 18 de mayo de 2003.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 42 (1950) 719-723; 96 (2004) 385-388.
L'Osservatore Romano (ed. en español) (16-5-2003) 275.
COLAGIOVANNI, M., *Maria de Mattias, la ribelle obediente* (Roma 1984).
SPINELLI, M., *La donna della parola. Vita di Maria de Mattias* (Roma 1997).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN FILIBERTO
Abad († 685)

Filiberto nació en Gascuña hacia el año 608, hijo de Philibaud, el cual, ya viudo, recibió el sacerdocio y fue luego elegido obispo de Aire. Tras recibir de su padre una esmerada educa-

ción, ingresó en la corte de Dagoberto I, pero a los veinte años decidió su vocación religiosa e ingresó en el monasterio de Rebais. Pasados unos años fue elegido abad del monasterio, pero éste pasaba por una crisis de identidad, pues los monjes no estaban de acuerdo en qué tipo de observancia monacal debían tener. Entonces el abad decidió girar visitas a varios monasterios, y en su viaje llegó a Neustria donde Clodoveo II le ofreció tierras para la fundación de un monasterio nuevo. Así lo decidió y dejando el suyo lo construyó en la selva de Jumièges el año 654. Esta nueva fundación se consolidó y, habiendo mujeres piadosas que deseaban también seguir la vida religiosa, fundó para ellas un monasterio en Pavilly. Su vida pacífica se vio truncada cuando, visitando la corte, no dejó de criticar las injusticias de Ebroino, el mayordomo de palacio. Ello trajo consigo la prisión de Filiberto en Ruán y su posterior expulsión de Jumièges. Marchó entonces a Poitiers y allí fundó el monasterio de Noirmoutier en la isla de Her. Fundó también el monasterio de Quinçay y tuvo a su cargo el de Luçon. Murió en Noirmoutier el 20 de agosto de 685, y recibió enseguida culto como santo.

SANTOS LEOVIGILDO Y CRISTÓBAL

Monjes y mártires († 852)

Dos jóvenes monjes cristianos fueron decapitados en Córdoba el 20 de agosto del 852 por haber confesado a Cristo como Dios y Salvador y haber calificado de impostura la enseñanza del Islam. Sus cuerpos fueron arrojados a una hoguera, pero antes de que se quemaran del todo, pudieron ser tomados por los cristianos y sepultados en la basílica de San Zoilo.

LEOVIGILDO había nacido en Elvira, Granada, y había abrazado la vida monástica en el cenobio de los Santos Justo y Pastor en el poblado de Fraga, de la serranía cordobesa. Al tener noticia de los martirios que se sucedían en Córdoba, acudió a esta ciudad y consultó con San Eulogio si debía seguir el impulso que sentía de presentarse al martirio. El santo lo animó y bendijo, y entonces el joven monje acudió al cadí e hizo su confesión, siendo seguidamente encerrado en una mazmorra. En

ella halló al mártir San Cristóbal, y ambos se animaron a perseverar en la fe.

CRISTÓBAL había nacido en Córdoba y vivía junto a San Eulogio, que había sido su maestro en las letras sagradas. Con él consultó su vocación monástica y la abrazó en el monasterio de San Martín del poblado cordobés de Hojana. Cuando fue enterándose del martirio de los santos cordobeses, se sintió animado a seguirles y por ello acudió ante el cadí a confesar a Cristo. Fue encerrado en la mazmorra, donde luego fue llevado San Leovigildo, y tras animarse ambos a la perseverancia, les llegó la condena a muerte y fueron llevados a la decapitación. Narra su martirio San Eulogio de Córdoba en su *Memorial de los mártires* (parte II c.XI).

BEATOS LUIS FRANCISCO LE BRUN Y GERVASIO BRUNEL

Presbíteros y mártires († 1794)

En los pontones de Rochefort, luego de meses de penosísima detención y de haber sufrido la detención, el encierro, la deportación y tantos malos tratos, fallecieron el 20 de agosto de 1794 estos dos insignes monjes, benedictino el uno, y cisterciense el otro, que estaban adornados del carácter sacerdotal.

LUIS FRANCISCO LE BRUN nació el 4 de abril de 1744 en Ruán, siendo hijo del tesorero de la parroquia de Saint-Urbland, donde el niño fue bautizado el mismo día de su nacimiento. Educado piadosamente, decide su vocación monástica a los 18 años e ingresa en el monasterio benedictino de Saint-Martin de Sées, haciendo la profesión religiosa el 10 de junio de 1763. Pertenecía a la congregación benedictina de San Mauro y a la provincia benedictina de Normandía. Pasaría por varios monasterios. En 1770, siendo diácono, fue enviado al monasterio de Jumièges, donde al año siguiente se ordenaría sacerdote en septiembre. Pasaría luego por las abadías de Saint-Florentin de Bonneval y de Bec en 1775. En 1778 fue prior en Saint-Martin de Sées, luego en Notre-Dame de Valmont, y en 1782 se encontraba en Saint-Ouen de Ruán, pasando ese mismo año a Saint-Georges de Borscheville y siendo nombrado miembro del

consejo. El capítulo general de 1783 lo nombra prior de Bonne-Nouvelle de Ruán, y en 1788 pasa a Saint-Wandrille. Vinieron luego las leyes de 1790 suprimiendo los votos solemnes, y se le preguntó qué quería hacer. Él declaró que se reservaba la posibilidad de vivir en una casa particular y recibe una pensión trimestral de 225 libras. Cuando se disuelve la vida común en Saint-Wandrille, pasa a Jumièges, pero viendo el desorden que allí había se instala por su cuenta en Ruán (octubre de 1791). Cuando llega la ley del juramento de igualdad-libertad (10 de agosto de 1792), él rehúsa prestarlo, y al año siguiente se ve en la necesidad de elegir entre prestar el juramento o marchar a la deportación o al exilio. Intenta escapar del dilema pero es recluido el 9 de noviembre de 1793 en Saint-Vivien de Ruán. Intenta evitar la deportación alegando de nuevo que está enfermo, pero no le sirve. El 21 de marzo de 1794 sale para Rochefort, a donde llega a mediados de abril. Embarcado en Les Deux Associés muere el 20 de agosto de ese año 1794. Era un hombre admirable: pintor, matemático, literato, de carácter dulce y bondadoso, humilde, servicial, modesto. Estuvo en el barco hospital mucho tiempo porque luchó entre la vida y la muerte muchos días, mostrando una gran paciencia y resignación.

GERVASIO PROTASIO BRUNEL había nacido el 18 de junio de 1744 en Magnières, Meurthe-et-Moselle, Francia. Su padre era notario. Se decidió primero por la vocación sacerdotal e ingresó en el seminario de Toul, donde siguió los estudios eclesiásticos hasta su ordenación de diácono en 1766. Al año siguiente opta por la vida religiosa e ingresa en la trapa de Mortagne, en el Orne. El 17 de junio de 1767 recibió el hábito religioso y el 15 de julio de 1768 emitió la profesión religiosa. Él era prior claustral a la llegada de la revolución, y al morir el abad y no poderse ya pasar a una nueva elección, quedó de hecho como superior de la comunidad. El 11 de mayo de 1790 los monjes declararon desear seguir viviendo en el monasterio, y este su deseo fue apoyado por las municipalidades vecinas. Viendo cómo se desarrollaban las cosas Dom Gervasio fue a París, visitó al Rey y dirigió una comunicación a la Asamblea pidiendo la supervivencia de la trapa. Pero sobrevino en su comunidad una lamentable división cuando el maestro de novicios se quiso llevar los mon-

jes jóvenes a Suiza. Dom Gervasio no estaba de acuerdo, pero cuando llegó la contestación negativa de la Asamblea a su petición, aceptó la ida de los monjes a Suiza. El 27 de abril de 1792 los monjes de la Trapa rehusaron acceder a la demanda de los comisarios enviados por la municipalidad de Soligny a fin de hacer elegir un nuevo superior y un nuevo ecónomo. Dom Gervasio se quedó un tiempo en Mortagne con sus monjes pero luego debió resignarse a partir. Con otro religioso marchó a su pueblo y se instaló en casa de su padre, llevando consigo una parte del tesoro y de las reliquias de su monasterio, lo que le traería no pocas dificultades. Intentó con su compañero pasar a Suiza, pero su carta al monasterio de Notre-Dame de la Misericorde de Visisbach fue interceptada y ambos fueron arrestados en Remiremont. Como sus pasaportes estaban en regla, pudieron volver a Magnières, pero para ser arrestados el 12 de mayo de 1793 y reenviados a Remiremont. La acusación contra ellos era: sustracción de bienes de la Trapa y no prestación del juramento de libertad-igualdad. El directorio del distrito de Luneville los absolvió del primer cargo pero los condenó a la deportación por el segundo. Llevados a Nancy, fueron recluidos en el exconvento carmelita. Dom Gervasio reclamó los haberes que le correspondían como eclesiástico sin recursos. Declarados sanos el 27 de enero de 1794, son enviados a Rochefort el 1 de abril siguiente. Embarcado en Les Deux Associés, murió el 20 de agosto de 1794. Era religioso fervoroso, hombre de piedad y de gran virtud. Fue enterrado en la isla Madame.

Ambos fueron beatificados el 1 de octubre de 1995 por el papa Juan Pablo II.

BEATO MATÍAS CARDONA MESEGUER

Presbítero y mártir († 1936)

Nació en Vallibona, Castellón de la Plana, el 23 de diciembre de 1902. Fue monaguillo de la iglesia parroquial de su pueblo, y en la catequesis parroquial oyó hablar de la vocación religiosa y decidió su ingreso en la Orden de las Escuelas Pías, lo que hizo en Morella con 12 años. La pobreza de su familia pareció hacerle imposible continuar sus estudios pues hubo de de-

jarlos y colocarse en el colegio lasaliano de Barcelona para ayudar a su familia. Pero, una vez hecho el servicio militar, decidió ingresar en el noviciado escolapio de Moiá, al término del cual hizo la profesión religiosa. Prosiguió luego sus estudios para el sacerdocio, que recibió con gran alegría de su corazón el 11 de abril de 1936 en Calahorra, siendo destinado al colegio de San Antón, de Barcelona.

Al llegar el 18 de julio de aquel año hubo de dejar la casa religiosa y se refugió en casa de una tía suya, pasó luego a la de un amigo y, por fin, creyó que donde estaría más seguro sería en su pueblo, a donde llegó el 31 de julio, siendo acogido en casa de su hermana Dolores. Pero, avisado por el alcalde de que corría peligro, se marchó en la mañana del día 17 a la hacienda Casa Cardona. Amenazados su hermana y cuñado si no decían dónde estaba el sacerdote, lo dijeron y allí fueron a buscarle. Conducido al comité de Vallibona, fue encerrado en la cárcel con otro sacerdote. Su hermana lo pudo visitar y llevar comida, pero el día 20 de agosto sacaron a ambos sacerdotes y los llevaron al lugar llamado Pigró del Coll y allí los fusilaron. El P. Matías mientras lo llevaban pronunció palabras de perdón para sus asesinos. A la hora de recibir la descarga abrió los brazos en cruz. Ambos sacerdotes fueron enterrados en el cementerio local.

Juan Pablo II le beatificó el 1 de octubre de 1995 en el grupo de 13 escolapios martirizados en diversos días y en varios lugares en 1936.

BEATA MARÍA CLIMENT MATEU

Virgen y mártir († 1936)

Nació en Játiva el 13 de marzo de 1887 en el seno de una piadosa familia. Maduró en ella un alma creyente conforme fue creciendo y desde joven se perfiló en ella una espiritualidad robusta. Decidió ser una apóstol seglar, viviendo con intensidad su condición de miembro de la Acción Católica y haciendo cuanto bien podía a su alrededor. Terciaria franciscana, María de los Sagrarios, miembro del Apostolado de la Oración y de la Adoración Nocturna, su vivencia de la Eucaristía era el centro de su vida espiritual, amando también singularmente la Liturgia

y el decoro de la casa de Dios. Era intensamente devota de la Virgen María, fomentando la obra del Rosario Perpetuo. Y su vida interior se volcaba en obras sociales, como el Apostolado Social de la Mujer, el Sindicato Católico Femenino, dirigiendo la Caja Dotal y la Mutualidad de Enfermas del mismo. Ella era de economía modesta pero tenía habilidad para sacar fondos a las personas pudientes a fin de sostener las obras sociales que llevaba adelante.

Llegada la revolución de julio de 1936 se la avisó que corría peligro y sería mejor que se fuera a donde pasara inadvertida, pero ella prefirió quedarse en Játiva y acogerse a la voluntad de Dios. El 20 de agosto de ese año fueron a detenerla, y como su madre se negó a dejarla ir sola, ambas mujeres fueron fusiladas en las cercanías del cementerio a las 3 de la madrugada.

Fue beatificada el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO LADISLAO MACZKOWSKI

Presbítero y mártir († 1942)

Nació en Ociaz, Polonia, el 24 de junio de 1911 en el seno de una familia numerosa. Terminado el bachillerato, ingresó en el seminario de Gniezno en 1931, ordenándose sacerdote el 22 de mayo de 1937. Destinado a Slupy como coadjutor en 1937, pasó como vicepárroco a Szubin en 1939. Al llegar la guerra se fue con sus familiares para eludir el arresto y siguió desempeñando su ministerio secretamente. Pese al peligro aceptó el cargo de administrador de la parroquia de Lubowo, pero poco después, el 26 de agosto de 1940, fue arrestado y llevado al campo de concentración de Sachsenhausen y más tarde al de Dachau. Su débil salud no soportó las durísimas condiciones de este campo y murió de agotamiento el 20 de agosto de 1942. Devoto, modesto, diligente en sus deberes, dio un gran ejemplo de paciencia y resignación.

Fue beatificado el 13 de junio de 1999 por el papa Juan Pablo II.

21 de agosto

A) Martirologio

1. La memoria del papa San Pío X († 1914), cuyo natalicio fue ayer **.
2. En Tracia, santos Agatónico, Zótico y otros († s. III), martirizados en diversos lugares.
3. En Roma, en Campo Verano, Santa Ciriaca († s. III/IV), que donó a la Iglesia el cementerio de la Via Tiburtina.
4. En Útica (África), San Cuadrado († s. III/IV), obispo y mártir.
5. En Verona (Italia), San Euprepio († s. III/IV), primer obispo de la ciudad.
6. En Fordongianus (Cerdeña), San Luxorio († s. IV), mártir.
7. La conmemoración de los santos Basa y sus tres hijos, Teonio, Agapio y Pistio († s. IV), mártires en la Hélade.
8. En Mende (Galia), San Privato († 407), obispo y mártir *.
9. En Auvergne (Aquitania), San Sidonio Apolinar († 479), obispo de Clermont **.
10. En Alzira (Valencia), santos Bernardo, anteriormente llamado Ahmed, religioso cisterciense, y sus hermanas María (Zaida) y Gracia (Zoraida) († 1180), mártires *.
11. En Hung-Yen (Tonkín), San José Dang Dinh (Nien) Vien († 1838), presbítero y mártir *.
12. En Tananarive (Madagascar), Beata Victoria Rasoamanarivo († 1894), viuda **.
13. En Alberic (Valencia), Beato Salvador Estrugo Solves († 1936), presbítero y mártir *.
14. En El Morrot (Barcelona), Beato Ramón Peiró Victorí († 1936), presbítero, de la Orden de Predicadores, mártir *.
15. Cerca de Múnich (Baviera), Beato Bruno Zembol († 1942), religioso franciscano y mártir *.

B) Biografías extensas

SAN PÍO X
Papa († 1914)

San Pío X está muy reciente en el amor de la Iglesia. Aún perdura el grato recuerdo de su memoria como el perfume que llena las naves del templo después de una solemne ceremonia religiosa. San Pío X es algo muy reciente en la Iglesia. Reciente

su elevación a los altares por Pío XII, y más reciente la visita de su cuerpo a la bella Venecia en cumplimiento de una vieja promesa hecha a sus amados diocesanos: «Vivo o muerto volveré a Venecia».

En la basílica de San Pedro de Roma un sencillo y hermoso sepulcro guarda sus restos. Este sepulcro es uno de los lugares vivos de la oración. Nunca faltan allí el recuerdo de las flores secas y la plegaria de los romanos y cuantos católicos visitan el templo de los santos apóstoles Pedro y Pablo.

Hay otra presencia más viva y fecunda de San Pío X. Presencia de alma a alma, que es como la gracia de su intercesión ante Dios. Cuántos sacerdotes se miran en el rostro de San Pío X y sacan de su ejemplo el impulso de un sacerdocio verdaderamente santo. Me parece que este hecho no se podía escapar de mis líneas al trazar su semblanza, y que debía hacer constancia de él para las nuevas generaciones de hijos de Dios que nos sucedan.

San Pío X ha dado jornadas de inmensa gloria de Dios a su Iglesia del siglo XX. En muy pocas palabras nos resume su vida la lápida de su sepulcro: «Pío Papa X, pobre y rico, suave y humilde, de corazón fuerte, luchador en pro de los derechos de la Iglesia, esforzado en el empeño de restaurar en Cristo todas las cosas».

San Pío X nació en Riese, humilde pueblo del norte de Italia, el 2 de junio de 1835. El nombre de bautismo era José Melchor Sarto. Sus padres se llamaban Juan Bautista Sarto y Margarita Sansón. Tuvieron diez hijos, de los cuales vivieron ocho.

Juan Bautista era alguacil del ayuntamiento de Riese. En su oficio entraba hacer la limpieza de la casa-ayuntamiento y los recados del alcalde. Por todo ello recibía cincuenta céntimos diarios.

Los padres de San Pío X eran pobres, pero muy piadosos. Sobre todo, su madre. «Siendo Beppi Sarto —dice René Bazin— hijo de padres tan cristianos, no podía dejar de amar a la Iglesia, a los oficios, al cura, al cielo, del que se aparta a tantos niños».

Vistió muy pronto la sotana de acólito y empezó a decir que deseaba ser sacerdote. A los once años hizo la primera comunión. Uno necesariamente tiene que pensar aquí en el amor con

que recibiría a Jesús Eucaristía aquel niño que un día Papa iba a abrir de par en par las puertas del sagrario a los pequeños.

El cura de Riese, que se llamaba don Tito Fusarini, conocía muy bien a Beppi y decía de él: «Es el alma noble de este país».

Todos los niños saben que para ser sacerdote hay que saber latín. También lo sabía el pequeño Beppi. Para ello tuvo que ir a Castelfranco, a siete kilómetros de Riese. Y después, al seminario de Padua. Antes hay que conseguir una beca. De esto se encarga el cura de Riese, quien un día llama con bastante misterio al muchacho y le dice: «De rodillas, Beppi, y da gracias a Dios, que, seguramente, tiene algún designio para ti: pronto entrarás en el seminario, y, como yo, tú también serás sacerdote».

José Sarto fue siempre un estudiante aventajado. Junto a las notas de los archivos del seminario de Padua se ha conservado este juicio: «Discípulo irreprochable; inteligencia superior; memoria excelente; ofrece toda esperanza».

Fue ordenado sacerdote el 18 de septiembre de 1858 en la catedral de Castelfranco. Al día siguiente canta su primera misa en Riese, ante las lágrimas y gozo de su madre y sus hermanas.

Don José era un sacerdote de buena estatura, muy delgado, pero de fuerte osamenta, y estaba dotado de un rostro encantador. La frente, alta; los cabellos, abundantes y echados hacia atrás; los labios, finos; las mejillas y el mentón sólidamente modelados. Pero, sobre todo, un alma que iluminaba todos sus rasgos del cuerpo con una mirada de pureza, de suavidad, que se transparentaba en sus ojos. Alguien dirá más tarde de Pío X: «Todo corazón recto vuela hacia él».

Y después de la primera audiencia que como Papa concedió al cuerpo diplomático, preguntaban éstos al cardenal Merry del Val: «Monseñor, ¿qué tiene este hombre que atrae tanto?».

La vida sacerdotal de don José Sarto empieza como coadjutor de Tómbolo y termina en la cátedra de Pedro. Se puede decir que pasó por la mayoría de los cargos por que puede pasar un eclesiástico. Un estupendo aprendizaje brindado por la Providencia al hijo del humilde alguacil de Riese.

Hay una hermosa anécdota de sus tiempos de cardenal de Venecia. Nos la cuenta don José María Javierre en su estupenda vida de San Pío X. Al patriarca de Venecia, la ciudad más bella

del mundo, le gustaba jugar alguna que otra vez una partidita a los naipes. Esta tarde son cinco amigos en torno a la mesa. Una niebla espesa cubre los canales y apenas se divisan las luces movedizas de las góndolas. Dentro se está bien al calorcillo de la estufa. Se acaba la partida y Rosa, la hermana del cardenal, ha traído unas tacitas de café. Brota la charla festiva.

«De todos modos —bromea el cardenal—, me dará mucha pena dejar Venecia. Sí, porque pronto se cumplirá mi fecha. Cada nueve años cae una hoja de mi calendario. Fui nueve años coadjutor de Tómbolo. Nueve años párroco de Salzano, y otros nueve, canónigo de Treviso. Nueve años goberné Mantua como obispo. ¿Qué me harán al terminar mis nueve años de patriarca en Venecia? ¿Papa? Porque otra solución no veo».

Ríen todos. El patriarca está firmemente convencido de que sus días terminarán en Venecia. Pero Dios ha dispuesto otra cosa. A los nueve años es elegido Papa y tiene que dejar su amada Venecia.

El Papa ha muerto. León XIII, el anciano y sabio pontífice, acaba de morir. Los cardenales de todo el mundo se han reunido en Roma para elegir al nuevo Papa. Al lado del cardenal Sarto está el cardenal Lecot, arzobispo de Burdeos, quien le pregunta en francés:

—Vuestra eminencia es, sin duda, arzobispo en Italia. ¿De qué diócesis?

—No hablo francés —responde Sarto en italiano.

—¿De qué diócesis sois arzobispo? —pregunta, ahora en latín, el cardenal francés.

—Soy patriarca de Venecia.

—¿Y no habláis francés? Por tanto no sois papable, pues el Papa debe hablar francés.

—Cierto, eminencia, no soy papable. Gracias a Dios.

A pesar de no saber francés fue elegido Papa. Se resistió cuanto pudo, pero finalmente tuvo que rendirse a lo que claramente era la voluntad de Dios.

El cardenal Oreglia, decano del Sacro Colegio y camarlengo de la Santa Romana Iglesia, se acerca al trono del patriarca de Venecia para recibir su aceptación del Sumo Pontificado:

«¿Aceptas la elección que acaba de hacerse de tu persona, en calidad de Papa?».

Un momento de silencio, y el elegido contesta: «Que ese cáliz se aparte de mí. Sin embargo, que se haga la voluntad de Dios».

La contestación no fue considerada válida y el cardenal decano insiste: «¿Aceptas la elección que acaba de ser hecha de tu persona, en calidad de Papa?».

El cardenal Sarto contesta: «Acepto, como una cruz». Le preguntan: «¿Cómo quieres ser llamado?». A lo que él responde: «Puesto que debo sufrir, tomo el nombre de los que han sufrido: me llamaré Pío».

El 4 de octubre de 1903 publica Pío X su primera encíclica que empieza por las palabras *E supremi apostolatus cathedra.* En ella va el programa de todo su pontificado: *Restaurar todas las cosas en Cristo.*

> «Puesto que plugo a Dios —dice— elevar nuestra bajeza hasta esta plenitud de poder, Nos sacamos ánimo de Quien nos conforta, y poniendo manos a la obra, sostenido por la fuerza divina, Nos declaramos que nuestro fin único, en el ejercicio del Sumo Pontificado, es restaurar todo en Cristo, a fin de que Cristo sea todo y esté en todo...».

Pío X, intrépido y manso, va a dar a la Iglesia de Cristo uno de los pontificados más fecundos de toda la historia. Pío X es el papa de la Eucaristía, de la codificación del Derecho canónico, de la condenación del modernismo y restaurador de la música sacra. Cada una de estas empresas es suficiente para hacer glorioso a un pontificado.

San Pío X abrió las puertas del sagrario a los niños. El jansenismo había propagado un concepto de Dios demasiado severo. Exigía una pureza extraordinaria para acercarse a comulgar. A los niños no se les permitía hacerlo hasta los doce años o más. Y una vez hecha la primera comunión, las restantes se distanciaban mucho.

Pío X señaló los siete años como edad normativa para la primera comunión. Basta —decía— que los niños conozcan las verdades fundamentales de la fe y sepan distinguir este pan divino del otro pan.

Una dama inglesa presentó su chiquitín a Pío X pidiéndole la bendición:

—¿Cuántos años tiene?

—Cuatro, Santidad, y espero que dentro de poco pueda él recibir la comunión.

—¿A quién recibirás en la comunión?

—A Jesucristo.

—¿Y Jesucristo, quién es?

—Es Dios —contestó el pequeño sin titubeos.

—Tráigamelo mañana —dijo a la madre—, y yo mismo le daré la comunión.

Uno de los problemas más difíciles de su pontificado fue la condenación del modernismo. Éste le costó la encíclica *Pascendi,* probablemente la más importante de San Pío X. En ella califica a estas doctrinas como «el punto de cita de todas las herejías». Era un ataque sutil a la revelación y sentido sobrenatural del catolicismo. Algo muy peligroso por salir del mismo seno de la Iglesia y minar los fundamentos de nuestra santa religión. Influenciados por las corrientes filosóficas en boga daban una interpretación enteramente natural y racionalista de las verdades religiosas. Hizo falta el instinto sobrenatural de un santo y toda la fortaleza del espíritu de Dios para desenmascarar y afrontar al modernismo.

Fueron días de tormenta para la barca de Pedro. No era fácil ver claro entonces. Hoy, en cambio, todos vemos claro la certeza con que obró el Papa.

Otra gran empresa de San Pío X fue la codificación del derecho canónico. En una audiencia con monseñor Gasparri, uno de los canonistas más eminentes del momento, le dice el Papa:

—Seguramente, es posible la codificación del derecho canónico.

—Sí, Santo Padre.

—Pues bien, hágala usted.

No pudo ver esta obra terminada. El día de Pentecostés de 1917 promulgaba Benedicto XV esta gran obra legislativa.

Escogió el nombre de Pío porque así se habían llamado los papas que habían sufrido mucho. No se equivocó; tuvo que sufrir mucho. El mayor sufrimiento le vino de Francia, la hija mayor de la Iglesia.

El 6 de diciembre de 1905 el Parlamento francés votó la ley de separación entre la Iglesia y el Estado. Era el laicismo para el pueblo francés y la pobreza para la Iglesia de Francia. El 11 de febrero de 1906 se dirigía el Papa a los cardenales, obispos, clero y pueblo de Francia:

> «Tenemos la esperanza, mil veces cumplida, de que jamás Jesucristo abandonará a su Iglesia, y jamás la privará de su apoyo indefectible. No podemos temblar por el futuro de la Iglesia. Su fuerza es divina... y contamos con experiencia de siglos».

El catolicismo francés cuenta en nuestros días con un magnífico florecimiento. Sin duda que Pío X no tiene en ello la menor parte.

Don José María Javierre tiene en su vida de Pío X un capítulo extraño y simpático. Se titula: «Los defectos de Pío X». Acaso sea la única vida de santos que tiene ese capítulo, aunque lo deberían de tener todas. Así nos daríamos perfectamente cuenta de lo que les costó llegar a la santidad y nos animaríamos a imitarlos.

Allí se nos cuenta que José Sarto era de un temperamento fuerte y que en un momento de intenso dolor de muelas dio un tortazo a su hermana Rosa.

A cargo de su ironía se cuentan bastantes anécdotas. De no ser santo, hubiese sido mordaz e insoportable. Pero la santidad despejó totalmente este peligro.

La gente empezó a equivocarse cariñosamente y a llamarle Papa Santo. Él corregía inmediatamente: «No Papa Santo, sino Papa Sarto».

Esa santidad suya se reflejaba en su rostro, en sus palabras, en su espíritu de oración y en su incansable sentido apostólico. Cuantos le trataron de cerca aseguraban que acababan de ver a un santo. En vida se le atribuían milagros. Su blanca figura de Papa era la encarnación de la mansedumbre y el sentido sobrenatural.

La Iglesia ha reconocido oficialmente su santidad. El 29 de mayo de 1954 es elevado al honor de los altares por Su Santidad Pío XII.

MARCOS MARTÍNEZ DE VADILLO

Bibliografía

AAS 43 (1951) 462s; 47 (1955) 113s.
BAZIN, R., *Pío X* (Madrid-París).
CARLI, F. DE, *Pío X y su tiempo* (Barcelona 1962).
CARLOS DE LA INMACULADA, *San Pío X, el papa de la Eucaristía* (Madrid ^{5}1960).
HAYWARD, F., *La maravillosa vida de San Pío X* (Barcelona 1962).
JAVIERRE, J. M.ª, *Pío X* (Barcelona ^{4}1955).
OCELLI, P., *Il b. Pio X, Papa* (Roma ^{2}1961).
PÍO X (San), *Cartas* (Barcelona 1954).
VIAN, N., *San Pío X* (Bilbao ^{2}1961).
• Actualización:
DAL-GAL, G., *Pío X, el papa santo. Biografía oficial de la postulación para la canonización del santo* (Madrid 1985).
HERNÁNDEZ FERNÁNDEZ, J., *Vida de San Pío X* (Murcia 1972).
ROMANATO, G., *Pio X. La vita di papa Sarto* (Milán 1992).
ZOVATTO, P., *Ricerche su Pio X* (Údine 1988).

SAN SIDONIO APOLINAR

Obispo († 479)

Difíciles de conciliar las dos principales facetas de San Sidonio Apolinar: literato, que, como tal, sólo tiene cabida en el elenco de escritores profanos; obispo, que ya figura como santo en el *Martirologio jeronimiano.* Sólo situándonos en su siglo —el V— podemos comprender su accidentada trayectoria política, su producción poética ausente a cualquier referencia cristiana, su epílogo episcopal, que su vida anterior difícilmente permitiría presagiar. Pero todo cabe en este siglo de derrumbamientos e invasiones, tribulaciones y crímenes. Algún autor llega a anotar que «la virtud, en el siglo V, era un fenómeno tan raro que fácilmente parecía heroica». ¿Tiene esto algo que ver con la veneración que se le tributó a San Sidonio casi desde el mismo momento de su muerte?

La etapa seglar de Sidonio va del año 431 o 432 hasta el 571 o principios del 472 en que fue elegido obispo. Su etapa episcopal para Mommsen no abarca más que diez años, mientras otros autores la doblan, considerando muy verosímil que falleciese en torno al año 489.

Su patria fue Lyón, nacido de una opulenta familia senatorial, cristiana desde dos generaciones. Tanto su abuelo como su padre disfrutaron la alta magistratura de prefecto del pretorio

de las Galias. Hay en sus escritos elementos autobiográficos que reflejan muy bien su orgullo aristocrático.

Empapado desde niño en la cultura de la Roma clásica, primero en Lyón y luego en Arlés, se casó a los veinte años con una esposa de su misma alcurnia, su prima Papianila, hija de Flavio Eparco Avito. El matrimonio disfrutaba de una doble residencia: una gran mansión rodeada de vastas posesiones junto al lago de Aydat y otra casa en la ciudad de Lyón. Su preferida era la primera, lugar propicio para sus expansiones poéticas. El matrimonio tuvo cuatro hijos: Apolinar, Alcima, Severina y Roseia.

Su suegro, Avito, fue elegido emperador, a raíz del asesinato de Valentiniano III. Así se dispara la carrera de Sidonio, que lo acompaña a Roma, y allí pronuncia ante el Senado el panegírico del nuevo emperador, el 1 de enero del 456, ganándose la admiración de la aristocracia romana. Sidonio se convierte en poeta oficial y alto funcionario de la corte. El triunfo duró muy poco. A los pocos meses Avito fue depuesto, ocupando su lugar Magioriano. Rompe todos los esquemas el dato de que Avito fuera inmediatamente elegido obispo de Piacenza (septiembre-octubre del año 456). Parece probado que Sidonio retornó inmediatamente a Lyón y allí tomó parte en una revuelta contra Magioriano. La reacción de éste fue terrible: Lyón fue expugnada, despojada de sus privilegios y sometida a tributo. Sidonio seguía muy distante de la santidad: en marzo de 459 pronunció ante el nuevo emperador un panegírico rezumante de adulación; y tuvo éxito: Magioriano y Sidonio se hicieron grandes amigos, y en el 461 recibió el título de conde.

En agosto del mismo año 461 el emperador era asesinado, y Sidonio no pudo hacer cosa mejor que retirarse con su mujer, hijos y otros parientes a su primera mansión y ricas propiedades. Los asesinatos se sucedían en cadena: liquidado Severo, sucesor de Magioriano, fue entronizado Antemio como nuevo emperador. Las dotes literarias de Sidonio volvieron a entrar en juego: viajó desde Lyón a Rávena y de aquí a Roma como enviado especial de los lioneses. El 1 de enero del 468, tuvo el panegírico, y la adulación volvió a producir frutos: prefecto de Roma y, al dejar este cargo, el título de patricio. Sólo duró dos

años esta segunda estancia romana y, sinceramente, sus actuaciones nos resultan reprensibles: sumamente favoritista con sus paisanos y parientes; parcial e injusto en los procesos... El año 470 retornó a la Galia y muy pronto protagonizó la denuncia del prefecto Seronato, que fue procesado y condenado a muerte.

¡Nada fue óbice para que al año siguiente (a fines de 471 o comienzos de 472) fuera elegido obispo de Clermont! ¿A qué pudo deberse esta elección que tanto nos desconcierta? Hay que situarse en ese lugar y en ese momento. Clermont era atacable desde todas las direcciones y los bárbaros amenazaban, especialmente el rey visigodo Eurico, deseoso de extender sus dominios hasta el Ródano. Hacía falta un obispo capaz de ser al mismo tiempo *deffensor civitatis,* defensor de la ciudad, y nadie más apropiado para el caso que el mismo Sidonio, cuñado de Edicio *magister militum.* Unidos, pudieron cerrar el paso al rey arriano Eurico, en una campaña militar que tuvo fuerte carácter religioso.

La gran tribulación llegó muy pronto para el obispo defensor. Clermont con toda su región fue cedida por el emperador Julio Nepote al mismo Eurico, a cambio de mantener bajo su dominio la Provenza. Sidonio, en una de sus cartas, expresa su gran dolor, al tener que dejar su querida ciudad en poder de los visigodos arrianos. Atrás quedaban todos los devaneos cortesanos. Con el episcopado había comenzado su etapa de purificación en la entrega sacrificada a su atribulada grey: preso durante algún tiempo en una fortaleza cercana a Carcasona, traicionado por algunos de sus colaboradores, despojado de todos sus bienes, sintiendo en su propia carne los escandalosos desvíos de su hijo Apolinar.

Aparte de su obra poética, nos han quedado de él 447 cartas distribuidas en nueve libros. Pertenecen a sus últimos años. Buena parte de ellas corresponden a su etapa episcopal, y en ella, por cierto, no se trasluce el pastor ni el teólogo. Hay, no obstante, claras muestras de querer adquirir una cultura eclesiástica: citas de Orígenes, San Agustín, Lactancio y padres griegos... En una palabra, el funcionario imperial y el literato profano dieron paso al obispo santificado en la entrega pastoral y en

la tribulación. Se da por perdida una obra suya titulada *Contestatiuncula,* hecha de composiciones litúrgicas y/o discursos enviados al obispo Magencio. En ella debió palpitar el aliento espiritual que echamos de menos en las obras conservadas.

Gregorio de Tours, natural de Clermont, que compone su *Historia francorum* un siglo después de la muerte de Sidonio, escribe de él con gran veneración, aportándonos un dato que debió de recoger *in situ:* Sidonio enfermo se hace transportar a su catedral y allí muere, rodeado de sus fieles que lloran desconsolados.

En resumen: sobran datos para documentar los años anteriores a su episcopado, y son escasos los que se refieren a su etapa final de pastor atribulado. Pero sus fieles lo conocían bien, y comenzaron inmediatamente a venerarlo como santo.

JOSÉ MARÍA DÍAZ FERNÁNDEZ

Bibliografía

FERNÁNDEZ LÓPEZ, M.ª C., *Sidonio Apolinar, humanista de la antigüedad tardía: su correspondencia* (Murcia 1994).
HARRIES, J., *Sidonius Apollinaris and the fall of Rome, A.D. 407-485* (Oxford 1994).
STEVENS, C. E., *Sidonius Apollinaris and his ages* (Oxford 1933).
TAMBURRI, S., *Sidonio Apollinare. L'uomo e il letterato* (Nápoles 1996).

BEATA VICTORIA RASOAMANARIVO

Viuda († 1894)

Rasoamanarivo, bautizada con el nombre de Victoria a los 15 años de edad, fue una cristiana laica de Madagascar que vivió hasta sus últimas consecuencias ese compromiso inicial de fe en medio de un ambiente muy poco favorable a la Iglesia católica. Era una mujer casada en una sociedad dirigida por los varones; había abrazado libre y decididamente el cristianismo en la casi naciente Iglesia local, en un contexto dominado por cultos paganos ancestrales o por el protestantismo, que se estaba extendiendo entre los dirigentes del país. Para ser fiel tuvo que desafiar a su propia familia y a su entorno social, sin ceder con valentía a todo género de presiones. Perteneciente a la alta aristocracia que gobernaba la isla, promovió la justicia y los dere-

chos fundamentales de los pobres, los esclavos y los enfermos, y usó sus riquezas a favor de los más necesitados. Defendió la libertad religiosa en su país, con gran prudencia y respeto a la autonomía de los poderes políticos. En momentos de persecución, supo continuar la labor de los misioneros expulsados, ayudando valerosamente a mantener la fe en los campos y en las ciudades. Muy venerada y querida, el pueblo malgache reconoció siempre sus virtudes y santidad.

En la gran isla de Madagascar, unas quince tribus habían constituido la nación que en el siglo XIX, cuando vive Rasoamanarivo, estaba gobernada por una monarquía autoritaria. Había gran diferencia de estratos sociales, y habitantes libres y esclavos. No eran infrecuentes las razias para capturar a quienes habían de dedicarse a la servidumbre, hecho normalmente aceptado en el país. La población campesina vivía sometida a la aristocracia dirigente.

Victoria era «Merina» o, según la lengua común, «Hova», grupo que habitaba el corazón de la isla, donde se hallaba la capital del Estado, Tananarive. Los Hovas, una de las tribus más cultas, habían aprendido a escribir hacía unos 120 años, aunque toda su historia consistía en tradiciones orales, referidas normalmente a las hazañas de sus monarcas.

Con el rey Andrianampoinimerina, que gobernó el país entre 1794 y 1810 y fue famoso por sus conquistas y por sus leyes, entró en escena el abuelo de Victoria, uno de los personajes de su corte. Sucedió a este monarca Radama I (1810-1828), primer rey que se relacionó con Europa, empeñada entonces en su expansión colonial por el continente africano. Hizo algunos tratados con Inglaterra y permitió la entrada en el país de un pastor protestante, que pronto comenzó a difundir su religión. Desde 1820 predicó la Biblia, enseñando el Antiguo Testamento, y por razones políticas, algunos altos dignatarios se adhirieron a la Iglesia anglicana. Radama I también tuvo relación con Francia, introduciendo la lengua francesa en el país, momento en que se hizo el primer silabario malgache. Sucedió a este monarca su esposa la reina Ranavalona I, que gobernó más de treinta años, hasta 1861. A lo largo de esta etapa la familia de Rasoamanarivo aparece en el primer plano del escenario político. Victoria nació durante este reinado, en 1848.

Estos tres monarcas se caracterizaron por su despotismo absoluto: nadie podía oponerse a su voluntad. Religiosamente, los malgaches admitían muchas divinidades, que pertenecían a los cultos tradicionales de la isla, y un Dios superior, creador de todo lo que existe. Creían también en algunas potencias sobrenaturales que cumplían las órdenes del Dios supremo, invocaban a genios protectores invisibles y veneraban a los antepasados. Pero junto a estas creencias, que siempre estuvieron presentes en la mente y en las costumbres del pueblo, por razones políticas con la reina Ranavalona I el protestantismo se hizo religión de Estado, imponiéndose oficialmente este culto.

Como consecuencia del ambiente de apertura hacia Europa iniciado hacía algunas décadas, lo mismo que casi cuarenta años antes habían llegado a Madagascar los protestantes de la Iglesia anglicana, en 1855 fueron admitidos los misioneros católicos, quienes llevaban tiempo deseando penetrar en la isla. Lambert, un comerciante bretón que había servido a la Reina en la armada, obtuvo autorización para establecerse en Tananarive con su secretario el P. Finaz y algunos otros Jesuitas, expertos en servicios médicos. Precisamente esta habilidad les acercó a la corte, cuando el Dr. Milhet Fontarabie, junto con un farmacéutico y un enfermero —los padres Jouen y Webber—, fueron llamados por el primer ministro, Rakoto, para atender quirúrgicamente a su hijo. Entonces conocieron a la familia de Victoria, directamente emparentada con él.

Estos valerosos misioneros, socialmente bien reconocidos y aceptados desde el principio, comenzaron a difundir en privado la religión católica y a bautizar a algunas personas aunque, dado el protestantismo oficialmente imperante y lo arraigado de los cultos locales malgaches, su empeño no era una tarea ni fácil ni prometedora.

Rasoamanarivo, que había nacido en 1848, la penúltima de seis hijos —cuatro varones y dos mujeres—, tenía unos seis años cuando llegaron a Madagascar estos primeros misioneros católicos y, como hemos indicado, su familia, emparentada con la real y con los altos dignatarios, era una de las más destacadas de la corte de la reina Ranavalona.

No se tienen muchas noticias sobre su padre, Rainiandriantsilavo, comandante en jefe del ejército malgache. Sí sobre el

hermano de éste, Rainimaharavo, que era el secretario de Estado y, siguiendo las costumbres locales, a la muerte del padre adoptó como hija a su sobrina Rasoamanarivo, teniendo siempre especial cuidado de ella.

La madre, Rambohinoro, era hija de Rainiharo, quien durante un veintenio (1832-1852) había sido primer ministro de la reina Ranavalona I, y hermana de Rainilaiarivony, que desempeñó el mismo cargo de primer ministro durante más de treinta años (1864-1895) y era esposo de la reina Rasoanalina, perteneciente a la familia más potente y elevada de la isla. La señora Rambohinoro era buena, pacífica, dulce, afable, y proporcionó a su hija una óptima educación humana y moral. A pesar de su alto rango, rechazaba abiertamente la religión extranjera, por lo que no permitió que entrara el protestantismo en su casa, manteniéndose fiel a los cultos tradicionales de la isla, en los que instruyó a Rasoamanarivo.

A Ranavalona I le sucedió en 1861 Radama II, en cuyo reinado algunos misioneros franceses de la Compañía de Jesús consiguieron establecerse en Madagascar y, junto con los que habían llegado poco antes, fundaron la Misión católica de Tananarive. Pronto les siguieron las Hermanas de la Congregación de San José de Cluny, que establecieron una escuela en la misión. Victoria Rasoamanarivo, que entonces contaba unos 14 años de edad, fue una de las primeras alumnas en inscribirse en esta escuela, junto con su hermana Angelina Ranjavelo y otras jóvenes pertenecientes a familias principescas.

Quienes la conocieron en aquellos años de su adolescencia y juventud, la describen como una joven robusta y bien constituida, bondadosa, amable, sonriente, modesta y juiciosa. De buenos sentimientos y bien predispuesta a aprender, le impresionó mucho desde el principio la vida sacrificada, sencilla y santa de los padres y de las religiosas, y se interesó vivamente por la religión católica, resistiendo a las insinuaciones de la familia real, que en su mayoría había optado por el protestantismo. No obstante estas presiones y el deseo de su madre de que permaneciera en la religión tradicional malgache, firmemente decidida en su fe, pidió ser bautizada, y recibió este sacramento el día 1 de noviembre de 1863. Le impusieron el nombre de Victoria.

Tuvo que superar fuertes tensiones familiares para mantenerse en su opción, pero, convencida plenamente de ella, el 14 de enero de 1864 recibía su primera comunión.

Ese mismo año 1864, el 13 de mayo, siguiendo las tradiciones del país, a los 16 años de edad fue dada como esposa a un hombre elegido entre sus parientes, su primo Radriaka, primogénito del primer ministro Rainilaiarivony, noble y muy rico, alto oficial del ejército, y de religión pagana tradicional. Aunque la ceremonia nupcial se desarrolló según los ritos propios de los cultos malgaches, por expreso deseo de Victoria, también bendijo su matrimonio un sacerdote católico, habiendo sido dispensada de consanguinidad y de disparidad de culto. Aún después de casada, Victoria continuó sus estudios por algún tiempo, y el 11 de septiembre de 1864 recibió en la escuela católica a que acudía el sacramento de la confirmación.

A estos acontecimientos siguieron años muy difíciles para Victoria, en los que puso bien a prueba su heroica fortaleza para defender la fe católica tanto en el alto ambiente social a que pertenecía su familia como en el de su nuevo y propio hogar.

No era fácil el contexto ambiental del momento, en el que los temas religiosos, especialmente en relación con la Iglesia anglicana, se mezclaban con intereses políticos, económicos y culturales. Su tío y ya padre adoptivo Rainimaharavo, secretario de Estado, tenía entre otras tareas la de hacer respetar algunas cláusulas de tratados firmados con Inglaterra, como las que prescribían que todos los notables malgaches acudieran a escuelas protestantes, por lo que retiraron a sus hijos de las católicas, abandonando también en las familias esta fe. Victoria, a pesar de las presiones y las amenazas, perseveró con firmeza en el catolicismo, sostenida moralmente por su fidelísima esclava Rosalía Ranahy, que siempre la acompañó.

Por otra parte, su esposo Radriaka, aunque en principio parecía bueno y simple, lejos de proporcionar la esperada felicidad a la joven Victoria, al igual que los hombres ricos y de alto nivel social de esa época, pronto comenzó a llevar una vida desordenada e incluso escandalosa, haciéndose esclavo del alcohol y de las pasiones y extremando sus excesos fuera del hogar. Se esforzaba, además, por separarla del catolicismo, todo lo cual era motivo de

continuas humillaciones y sufrimientos para su esposa. Victoria, dado su alto rango, debía acudir al Palacio como dama de la Corte, siendo muy apreciada por todos y, en cierto sentido, compadecida por quienes iban conociendo su situación. Su testimonio de vida cristiana ejemplar, su cordialidad en el trato con todos, su modestia en el vestir y su moderación en las diversiones, pronto fueron dotándola de gran prestigio moral y de una óptima fama entre los cortesanos, protestantes en su mayoría.

Sabían también que las obligaciones derivadas de su condición social no le impedían dedicar muchas horas de su jornada a la oración, no dejando jamás el rosario. Sin ningún respeto humano, acudía cada día a la iglesia, orando prolongadamente ante el Santísimo Sacramento, o en una capilla dedicada a la Virgen. Con frecuencia la acompañaban sus esclavas, a quienes instruía en la práctica religiosa. Y, pródiga en caridad, no dejaba de ocuparse con el mismo empeño de los necesitados, enfermos y carentes de recursos. Pronto se empezó a decir de ella no sólo que era una mujer de oración, sino modelo de oración.

Colaborando con los misioneros, enseguida comenzó a tener parte muy activa en la Iglesia local. Desde muy joven pertenecía al Apostolado de la Oración y era muy devota del Sagrado Corazón de Jesús, al que se encomendaba de modo muy particular. En 1876 fue elegida presidenta de la «Congregación de la Virgen María para mujeres casadas», fundada por el P. Ailloyd, y poco después se consagró solemnemente a María Inmaculada. Defendió con vigor las escuelas católicas ante la corte y obtuvo de la reina, que era protestante, los adecuados decretos de libertad religiosa. Y, con su notable influencia ante el primer ministro, contribuyó mucho a conseguir generosas ayudas materiales para construir edificios sagrados y asistenciales en varias partes de la isla. «De todos los malgaches de su tiempo, nadie amó a la Iglesia como ella», afirman algunos funcionarios de entonces. «La quería con todo su corazón».

La situación religiosa, social y política se agravó, llegando a desencadenarse una guerra franco-hova (1883-1886) cuando el rey Radama II fue acusado de ser demasiado amigo de Francia. Tuvo entonces lugar una persecución más o menos abierta contra la Misión católica de Tananarive que, a causa de la nacio-

nalidad de los misioneros, fue identificada con los intereses coloniales de Francia. En estas delicadas circunstancias, Rainimaharavo, tío y padre adoptivo de Victoria, hizo todo lo posible para que ella renegara de su fe católica y se adhiriera a la Iglesia anglicana, que desde 1868 era la oficial del Estado, y continuaba siendo muy protegida, por motivos políticos, entre los altos dirigentes del país. Pero, valerosamente, no cedió ante las promesas ni ante las amenazas, ni incluso ante las penas corporales que le fueron infligidas. Sus parientes tuvieron que desistir de su empeño, en vista de su firme fortaleza y notoria fidelidad.

> «Victoria tenía una fe profunda y sólida —dice un maestro—. Era insobornable. Ni las alabanzas ni los reproches turbaban su fe. Rainimaharavo, que la había adoptado, era feroz con los católicos mientras practicaban la religión. Dirigía a Victoria violentos reproches para hacerla apostatar, pero no lo consiguió».

Como consecuencia de este ambiente persecutorio desencadenado en el país, el 25 de mayo de 1883 los misioneros católicos fueron expulsados de Madagascar, acusados de traicionar las costumbres locales y, por tanto, a la propia patria. Esta circunstancia, lamentable y providencial, hizo que Victoria Rasoamanarivo tomara sobre sí la responsabilidad de mantener la Iglesia entre sus gentes, defendiéndola ante las autoridades, siendo pródiga en toda forma de actividad en beneficio de los fieles, dedicándose a la evangelización con gran empeño y contribuyendo decisivamente a mantener fielmente la fe en las ya numerosas comunidades católicas existentes. En no pocas ocasiones tuvo que defender con destacado valor a la Iglesia católica, acusada de traicionar la religión y las costumbres malgaches. Ella fue, como decían entonces, «el padre y la madre» de la Iglesia en ausencia de los misioneros, y «la columna» que sostenía a los cristianos.

> «En tiempo de Ranavalona III —afirma una señora malgache— durante la guerra, fue ella quien se elevó como una columna sobre la que reposó la Iglesia católica, tanto en la ciudad como en los campos».
>
> «Si ella no hubiera estado allí —afirma el noble malgache Rabeanosy— nadie habría sido capaz de mantener la fe católica. Eran muchos los enemigos que se esforzaban en destruir la fe y las iglesias, hacía falta, para resistir, una persona de fe ardiente».

Para ejercitar esta actividad se valió de la «Unión Católica» que, a su vez, encontró en Victoria un sólido apoyo. La «Unión Católica» era una asociación de jóvenes fundada por el P. Caussè, bien conocida por Victoria, porque solía asistir a sus reuniones, aportando siempre su decidido ánimo y aliento. En estos momentos difíciles, con el apoyo de su propia autoridad enviaba a los miembros de la «Unión» a visitar a las distintas comunidades dispersas por el país, sobre todo por los campos, que estaban siendo víctimas del fanatismo agresivo de los perseguidores. Y con frecuencia acudía también personalmente, aunque su salud estaba comenzando a resentirse, y llevaba consuelo, ánimos, valor y ayudas materiales. «Dios no se ha ido con los Padres, está todavía aquí», les aseguraba ella. «No nos desanimemos —decía a los jóvenes de la Unión Católica—, pues estos Padres que acaban de irse, volverán. No abandonemos nuestra fe. Practiquemos valientemente la religión católica». Se afirmaba después que, sin su valiente actuación, la Iglesia católica habría sido destruida en Madagascar.

Mientras tanto, bien sabido era de todos que su matrimonio continuaba siendo una considerable fuente de humillaciones y de angustias para ella, por la vida disoluta de Radriaka, cada vez más aficionado a la bebida y con una conducta verdaderamente escandalosa. Incluso los propios padres de él, y otros familiares cercanos, aconsejaban repetidamente a Victoria que, por su propio bien, se separase de su esposo. Pero ella, que estaba convencida de la santidad y de la indisolubilidad del matrimonio católico, prefirió sostener esta dolorosa situación antes que dar un testimonio que consideraba no concorde con la fe que había profesado y que estaba defendiendo. «El matrimonio cristiano dura hasta la muerte, es una cosa santa —solía responderles—. Yo aguanto bien lo que me hace mi marido». E incluso lo que le hacían los allegados a él. Tuvo que soportar, por ejemplo, que Marivelo, hermano de Radriaka, mandara esclavos para impedirle violentamente ir a misa, aunque no solían conseguirlo.

Todo ello iba haciendo de Victoria una persona cada vez más querida y respetada, con creciente autoridad moral ante nobles y plebeyos, porque provocaba estima y admiración tanto en la corte real, diariamente frecuentada por ella, como entre la

gente sencilla del pueblo, con quienes compartía su fe, su cariño, su entusiasmo religioso y sus bienes.

En esta situación, no sólo procuró vivir personalmente con más hondura y convicción su propia fe cristiana, sino que, como acabamos de indicar, no dudó en proteger públicamente a la Iglesia, consiguiendo que continuaran abiertos los templos y los colegios católicos y desplazándose con frecuencia a los pueblos y aldeas alejados de la capital para animar a los creyentes, sostener su fe y garantizarles el respeto a sus derechos por parte de las autoridades políticas y civiles. Intercedió personalmente en este sentido ante los gobernantes, sobre todo ante su padre adoptivo el poderoso primer ministro, convirtiéndose de hecho en el apoyo más potente de la Iglesia católica, privada entonces de su jerarquía.

Cuando tres años después, el 29 de marzo de 1886, volvieron los misioneros católicos a Tananarive, encontraron no una Iglesia en ruinas o semidestruida, sino unas comunidades católicas vigorosas y florecientes, una Iglesia viva y cada vez más arraigada en el país, gracias a la incansable actividad y testimonio de fe de Victoria Rasoamanarivo. A ello había contribuido no sólo su celo apostólico, sino sus buenas cualidades personales, organizadoras y de gobierno y, desde luego, su gran fortaleza de ánimo. También su elevada posición en la sociedad malgache, donde, como decimos, era muy respetada y querida, lo cual le permitió defender los derechos de quienes, sin este decidido apoyo, sin duda habrían sido perseguidos o aniquilados.

Victoria era una mujer de profunda oración, de vida verdaderamente santa y sacrificada, que gozaba de gran ascendiente espiritual entre las personas que conocían su modo de ser y sus actividades. Todos sabían que, desde hacía años, muy de mañana se acercaba a la iglesia y dedicaba algunas horas a rezar; que en los momentos libres volvía a la oración, y que sus innumerables obras de caridad en favor de los pobres y de los necesitados, de los prisioneros y de los leprosos, así como el acertado gobierno de su gran casa, eran fruto de la intensa y continuada unión con el Señor, única norma de su vida y actividad.

El verdadero martirio que íntimamente estaba sufriendo a causa de su voluntad de permanecer fiel a su esposo, Radriaka,

de quien, como testimonio de vida cristiana, nunca se quiso divorciar, concluyó con la muerte de éste en 1887, después de 23 años de heroica perseverancia en el amor por parte de Victoria. Falleció como consecuencia de un accidente a causa de su vida disoluta. Victoria, que, a pesar de todo, le había mostrado siempre respeto y deferencia, le atendió amorosamente, con todo esmero y cariño, en su corta enfermedad. Llamó a los mejores médicos de la Casa real, que hicieron lo posible para salvarle la vida, pero las heridas eran mortales. Y rezó confiadamente por su conversión. Recibió el consuelo de que en los últimos momentos Radriaka, oficialmente protestante y en realidad pagano, accediera a bautizarse en la Iglesia católica. Un sacerdote de la catedral acudió a la llamada de Victoria y le proporcionó este sacramento el 14 de marzo, en las vísperas de su muerte, recibiendo el nombre de José. Victoria le guardó luto el resto de su vida.

Comenzó para Victoria una nueva —y corta— etapa de su vida: los siete años que permaneció en viudedad, más serena en el aspecto familiar, y con creciente, si cabe, actividad evangelizadora. Se dedicó intensamente a la vida de piedad y se interesó muy particularmente por la «Congregación de las Hijas de María» y por la «Obra de la Santa Infancia».

Privadamente, aun dentro de su elevada posición social, extremó su acostumbrada modestia y reserva, viviendo acompañada por dos esclavas, Margarita y Josefina, a quienes tenía como hijas, y dedicando mucho tiempo a la oración y al ejercicio de la caridad.

En este último tiempo se agravaron sus condiciones físicas que, como siempre, sobrellevó con paciencia y discreción. Parece que sufría de gota, dolencia incurable que la estaba acompañando desde hacía varios años.

Pero, inesperadamente, se precipitó la situación. El 18 de agosto de 1894, al volver de la catedral de Ambohipo, donde había seguido en pie la procesión del Santísimo Sacramento y recibido la santa comunión, comenzó su última enfermedad, manifestada con fuertes hemorragias. Margarita informó rápidamente a Radriantsilavo, hermano de Victoria, sobre la enfermedad de su señora, el cual, junto con su familia, se acercó enseguida para acompañarla y para procurarle el cuidado de

buenos médicos, como los doctores Thessen, noruego, y Randrianavony, indígena. Ella prefirió no someterse a una posible intervención quirúrgica, en cuyo éxito no confiaban demasiado. No le ocultaron la gravedad. «Dios me ha enviado esta enfermedad —les decía ella—, que se cumpla su santa voluntad», y dispuso sobre su enterramiento. Como no tenía hijos, debía adoptar a algún familiar al que legar su casa. Pero su verdadera preocupación eran Margarita y Josefina: «Yo tengo muchos familiares —decía—, pero entre ellos los hay buenos y quienes no lo son. Tengo miedo de que mis esclavas tengan que sufrir». Cuatro días después, el martes 21 de agosto de 1894, antes de lo que parecía previsible, fallecía Victoria Rasoamanarivo a la edad de 46 años, en la ciudad de Tananarive, donde se había desarrollado toda su existencia y actividad. El rápido desenlace no permitió que le administraran los últimos Sacramentos, pero expiró levantando en alto el rosario con sus manos e invocando tres veces a la Virgen María: «Madre, Madre, Madre».

Sus restos mortales fueron expuestos durante tres días en una capilla ardiente y los visitaron muchísimas personas, llegadas espontáneamente de la ciudad y de los campos. El día 24 tuvieron lugar las solemnísimas exequias: «Todos los cristianos formaron una procesión como si se tratara de una reina», dicen algunos. Y el día 25, aunque ella había manifestado su deseo de ser sepultada en el cementerio católico de Ambohipo, por decisión de sus familiares sus restos fueron triunfalmente depositados junto a los de sus antepasados en el panteón de Isotry, «un espléndido mausoleo construido por su abuelo Rainiharo», prácticamente inaccesible para el pueblo.

Cierto intento de traslado a la catedral católica encontró la oposición de los protestantes, hasta que, finalmente, el 23 de septiembre de 1961, fue posible transportar los venerados restos al cementerio de Ambohipo, en el sepulcro de los misioneros, donde todavía reposan.

Convencidos el pueblo y la jerarquía local, e incluso los protestantes, de la santidad de vida de Victoria, su causa de canonización no pudo instruirse, sin embargo, hasta 1932, cuando habían pasado 39 años de su muerte. Se debió a que la Misión católica de Madagascar estaba en proceso de consolidación, ya

que su historia había sido bastante accidentada a causa de las hostilidades y las persecuciones sufridas y, en esas circunstancias, era normal que los misioneros se dedicaran preferentemente a la instrucción y ayuda de los fieles, esperando un momento de mayor estabilidad para iniciar la causa de Victoria, presente siempre en la mente y en el corazón de todos. Además, dado el culto pagano de veneración a los antepasados, era necesario reforzar el conocimiento del Evangelio del Señor y la práctica de la vida eclesial en la que se había de insertar la auténtica devoción a los santos. De hecho, al comienzo, los cristianos malgaches no sabían cómo comportarse ante una persona muerta con fama de santidad. Además, como su tumba era prácticamente inaccesible, no podían acudir a ella para manifestar sus sentimientos de recuerdo y veneración. Había ocurrido, además, que durante la I Guerra Mundial la ley francesa no exoneró a los clérigos del servicio militar activo y murieron muchos de ellos. Hasta quince años después no pudieron volver sacerdotes suficientes a la Misión de Madagascar, quienes, en cuanto pudieron, se ocuparon de la causa de Victoria.

Celebrado en Tananarive entre 1932 y 1935 el proceso ordinario sobre la fama de santidad y práctica heroica de la virtud de Victoria, la II Guerra Mundial dificultó seriamente las comunicaciones con Roma. No obstante, fue entregado el proceso en la Congregación de Ritos, que en 1952 emanó el decreto favorable a sus escritos. En 1956 el papa Pío XII firmó la introducción de la causa en Roma y, otorgado en 1958 el preceptivo decreto de «no culto», el proceso apostólico sobre la heroicidad de las virtudes de la sierva de Dios tuvo lugar, también en la capital malgache, entre 1960 y 1962. Fue entonces, en septiembre de 1961, cuando sus restos mortales se trasladaron al cementerio católico de Ambohipo.

Una parte muy considerable de las noticias sobre Victoria Rasoamanarivo se deben al después vicario apostólico de Tananarive, mons. Etienne Fourcadier, joven jesuita de la Misión católica de Madagascar en 1894, cuando fallecía Victoria, a quien conoció y trató personalmente durante sus últimos años de vida. Él fue quien escribió la primera biografía poco después de su muerte, publicada por primera vez en 1897, en la que recogía

datos y testimonios de quienes habían convivido más con ella y se hacía eco del gran movimiento de admiración por la santidad de esta cristiana malgache. A él se debe también haber instruido su Causa de canonización en cuanto fue posible, obteniendo con preguntas adaptadas a la mentalidad del contexto un material extremadamente rico para el proceso informativo, que permitió conocer bien a esta gran y humilde figura de mujer laica, casada, quien con su vida y actividades hizo brillar la belleza de la vocación cristiana, vivida con notoria generosidad según las exigencias del bautismo en los deberes propios de su estado. Consiguió también valiosos documentos escritos, como fragmentos de cartas de los misioneros que se referían a ella, algunos libros que la mencionaban, diarios de la «Unión Católica» que se hacían eco de sus actividades apostólicas y artículos del periódico *Ny Iraka,* que recogieron, sobre todo, el momento de su muerte.

El 1983 fueron reconocidas las virtudes heroicas de esta mujer excepcional y en 1985 un milagro atribuido a su intercesión. El papa Juan Pablo II quiso beatificarla entre su gente, en la isla en que se había desarrollado su existencia dando heroico testimonio de fe, entre los cristianos que ella formó y alentó. El acontecimiento solemne tuvo lugar el 29 de abril de 1989, durante su visita apostólica a Madagascar.

El pueblo malgache, el de su misma estirpe y costumbres, tiene hoy en Victoria Rasoamanarivo un claro ejemplo de sublime vida cristiana dentro de su propia cultura y civilización. Y los laicos cristianos de todo el mundo encontramos en ella un referente cualificado de cómo el compromiso bautismal, llevado hasta las últimas consecuencias, contribuye eficazmente al desarrollo de la misión de la Iglesia al servicio del Reino de Dios y produce evidentes frutos de santidad.

MARÍA ENCARNACIÓN GONZÁLEZ RODRÍGUEZ

Bibliografía

FOURCADIER, E., *Une grande chrétienne à Madagascar* (Abbeville ^{2}1905).
— *La vie héroïque de Victoire Rasoamanarivo* (París ^{2}1949).
MOLINARI, P., «I grandi missionari. Vittoria Rasoamanarivo»: *Popoli e Missioni* 13 (1986) julio, p.44-46.
— «Victoire Rasoamanarivo»: *Il Messaggio del Cuore di Gesù* (1989) abril, p.316-317.
RAMAHERY, J. L. C., *L'ange visible de l'église naissante à Madagascar. Nouvelle biographie de Victoire Rasoamanarivo* (Madagascar 1994).

C) Biografías breves

SAN PRIVATO
Obispo y mártir († 407)

Este santo obispo y mártir tuvo en la antigüedad mucho culto en la Galia, y sus noticias han llegado a nosotros gracias sobre todo a los escritos de San Gregorio de Tours. Privato era obispo de los Gabalos (Gévaudan), hoy diócesis de Mende. Su martirio tuvo lugar cuando la invasión de los alamanes, cuyo rey Croco los dirigía ferozmente a la conquista de nuevas tierras. Alentado por su madre, devastó la Galia y destruyó los templos cristianos, llegando a la región de Mende. Privato se había escondido en una gruta donde se dedicaba a la oración y al ayuno, pidiendo la misericordia divina, y fue tomado como rehén para obligar a la guarnición de Grèze a entregarse. Privato no quiso prestarse a esta maniobra, ni quiso revelar dónde se escondía la comunidad cristiana y cuando le fue exigido que adorase a los ídolos se negó firmemente, lo que le valió ser golpeado hasta el extremo que de resultas de los golpes murió poco después. Aunque algunos han situado este hecho en mitad del siglo III bajo el imperio de Valeriano y Galieno, otros entienden que el suceso fue cuando la invasión alamana del año 407. Sobre su sepulcro se edificó una basílica que era muy frecuentada por el pueblo cristiano cuando San Gregorio de Tours escribía.

SANTOS BERNARDO (AHMED), MARÍA (ZAIDA) Y GRACIA (ZORAIDA)
Mártires († 1180)

Según la tradición, Bernardo era musulmán. Hijo de Almanzor, señor de Carlet, en el reino musulmán de Valencia, tenía otros tres hermanos: Almanzor, el mayor, Zoraida y Zaida. Educado en la corte de Valencia, se mostró hábil en los negocios y asuntos que se le confiaban. Una vez hubo de ir a Cataluña para negociar la liberación de algunos cautivos, y a la vuelta perdió la dirección y se encontró en un espeso bosque. Vino a dar en el monasterio cisterciense de Poblet, donde fue recibido

con gran amabilidad y caridad. Este trato evangélico lo impactó al extremo de abrazar el cristianismo y también la vida monástica. Al bautizarse dejó su nombre musulmán de Ahmed para llamarse Bernardo. Portero del convento, era muy generoso en sus limosnas a los pobres. Pero sentía el deseo de convertir al cristianismo a sus parientes, y animado por la conversión de una tía suya que vivía en Lérida, volvió a Carlet donde encontró que su padre había muerto y en el señorío lo había sucedido su hermano mayor. Logra convertir a sus dos hermanas, que se bautizan y toman los nombres de Gracia y María, pero no así al hermano mayor, el cual monta en cólera ante estas conversiones. En vista de ello los tres hermanos huyen, pero son encontrados y devueltos a Carlet, donde en aplicación de la ley contra los apóstatas son condenados a muerte y sacrificados el 21 de agosto de 1180. Enterrados en Alzira, cuando el rey Jaime I el Conquistador ganó la ciudad hizo construir una iglesia en su honor, que se encomendó a la Orden Trinitaria.

SAN JOSÉ DANG DINH (NIEN) VIEN

Presbítero y mártir († 1838)

José Dang Dinh (Nien) Vien (o Nguyen Dinh Vien) nace en Tien-Chu, Tonkín, el año 1787, hijo de una familia cristiana, e ingresa en la llamada «Casa de Dios» o seminario de Luc-Thuy. En 1821 recibe la ordenación sacerdotal. Trabajó en la comunidad cristiana de Dong-Bai, donde ejerció el ministerio con notorio celo, evangelizando a muchas personas. La causa de su arresto fue que sus cartas a un catequista de Au-Lien fueron interceptadas el 17 de abril de 1838 y se organizó la captura del sacerdote, ofreciéndose una importante recompensa. Hubo por ello de huir de un pueblo a otro, no sintiéndose seguro en ninguna parte a causa, sobre todo, de los apóstatas, siempre dispuestos a hacer de delatores. Dos parientes suyos dieron parte de su presencia a los mandarines, pero cuando los vio venir, pudo esconderse en una plantación cercana. Entonces torturaron a un chico de la casa para que dijera dónde se había escondido, y José, al sentir los «ayes» del muchacho, se entregó espontáneamente. Era el 1 de agosto de 1838. Cargado de cadenas,

fue ese mismo día al tribunal y al siguiente fue llevado ante el tribunal de Hung-Yen, llevando una pesadísima canga. Se le ordenó traducir a la lengua del país las cartas interceptadas y resultó que no contenían otra cosa que asuntos de la religión. Se le intimó dijera el paradero del santo obispo Hermosilla, pero él en medio de los golpes guardó silencio. Se le ofreció la libertad a cambio de pisotear la cruz, pero él se negó. Fue condenado a muerte por escribir en lengua extranjera y por ser cristiano y se pidió la confirmación real a la sentencia. Ésta llegó el 21 de agosto, y ese mismo día fue llevado a Ba-Toa, sitio de la ejecución. Le quitaron las cadenas y la canga y entonces los dos que le habían delatado se acercaron y le pidieron perdón, que él concedió abrazándolos. Luego se puso en oración y seguidamente ofreció su cuello al verdugo. Su cuerpo fue llevado a su pueblo natal y enterrado en la iglesia parroquial.

Fue canonizado el 19 de junio de 1988 por el papa Juan Pablo II junto con los 117 mártires de Vietnam, muertos por la fe entre los años 1745-1862, que habían sido beatificados a lo largo del siglo XX.

BEATO SALVADOR ESTRUGO SOLVES

Presbítero y mártir († 1936)

Nació en Bellreguard el 12 de octubre de 1862, hijo de padres labradores. Sintió en la infancia la vocación sacerdotal e ingresó en el seminario conciliar de Valencia, en el cual hizo los pertinentes estudios hasta su ordenación sacerdotal en 1888. Estuvo primero como coadjutor en Tous, Guadassuar y Alberic, pasando luego a ser párroco de Siete Aguas y, finalmente, fue destinado al Hospital de Alberic como capellán. Tras las elecciones de febrero de 1936 todo el clero de Alberic hubo de marcharse. Fueron asesinados varios miembros del mismo. Igualmente hubieron de huir las religiosas del hospital donde Salvador prestaba sus servicios de capellán, y una de ellas también pereció violentamente. Salvador no se marchó del pueblo, pero sí dejó su traje sacerdotal y ejerció su ministerio de forma privada. Llegada la revolución, parece que se confió en que nadie tenía nada contra él, pero el 10 de agosto a las 8 de la maña-

na fue detenido y llevado por las calles hasta el Comité, de allí pasó a la cárcel, y aquí recibió la muerte, al parecer por un disparo a bocajarro en la cabeza.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO RAMÓN PEIRÓ VICTORÍ

Presbítero y mártir († 1936)

Nace el 7 de marzo de 1891 en Aiguafreda (Barcelona) en el seno de una familia cristiana, que lo ingresó en el colegio de los Religiosos de la Sagrada Familia de su pueblo natal, donde cursó los estudios primarios y recibió una buena educación cristiana, base de su vocación religiosa. A los 15 años opta por la Orden de Predicadores, ingresando en el convento de San Juan Bautista, de Corias, en Asturias. Hace el noviciado y la profesión simple, y empieza los estudios en orden al sacerdocio, profesando solemnemente el año 1911. Cuando se formaliza el proyecto de restaurar la Provincia Dominicana de Aragón, él, estudiante entonces en el convento de San Esteban, de Salamanca, se ofrece y es aceptado. Terminados los estudios de teología, se ordena sacerdote en 1915. Es destinado, primeramente, como profesor de humanidades en Solsona, y luego es nombrado prior en Calanda. De ahí pasó al convento de Barcelona, donde procuró mucho el incremento del culto divino y restauró la capilla del sagrario. Llegada la guerra española debe abandonar el convento el 19 de julio de 1936 y encuentra refugio en varias casas de amigos de la comunidad. Pero es arrestado el día 15 de agosto y fusilado en El Morrot el día 21 del mismo mes.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO BRUNO ZEMBOL

Religioso y mártir († 1942)

Juan Zembol nació el 7 de septiembre de 1905 en Letownia, diócesis de Cracovia, Polonia, de padres campesinos, en el seno de una familia numerosa. Estuvo en la escuela hasta la quinta clase, luego sintió la vocación religiosa e ingresó en la Provincia Franciscana de Santa María de los Ángeles, en el convento de la Sagrada Familia de Lvov, a la edad de 17 años. Al tomar el hábito el 12 de noviembre de 1922 recibió el nombre de fray Bruno. Estuvo de cocinero en el Colegio Seráfico de Lvov, luego, en 1924, fue enviado al convento de Przemysl y luego al de Stopnica. Más tarde fue admitido al noviciado y, hecha la profesión el 22 de noviembre de 1928, fue enviado al convento de Wloclawek. Fue luego cocinero del convento de Cracovia, más tarde del de Lvov, y allí el 6 de marzo de 1932 emitió la profesión solemne. Eligió como lema de su vida religiosa las palabras de San Francisco de Asís: «Grandes son nuestras promesas, pero son mayores las cosas que se nos han prometido».

En 1933 es enviado a Sadowa Wisznia, y en 1937 al convento de Chelm Lubelski, donde trabajó como cocinero y organista. El 12 de noviembre de 1939 fue arrestado y llevado a Lublín. A mitad de junio de 1940 fue confinado en el campo de concentración de Sachsenhausen y el 14 de diciembre de ese mismo año llevado a Dachau. Las muchas penalidades sufridas minaron su salud y murió el 21 de agosto de 1942. Era un religioso entregado a su vocación, cumplidor exacto de la regla franciscana, consciente, laborioso, lleno de pureza y bondad, humilde y muy caritativo.

Fue beatificado el 13 de junio de 1999 por el papa Juan Pablo II.

22 de agosto

A) MARTIROLOGIO

1. La memoria de la Bienaventurada Virgen María Reina **.
2. En Autun (Galia), San Sinforiano († s. III/IV), mártir *.
3. En Roma, en la Vía Ostiense, San Timoteo († 303), mártir.
4. En Todi (Umbría), San Felipe Benicio († 1285), presbítero, de la Orden de los Servitas **.
5. En Bevagna (Umbría), Beato Santiago Bianconi († 1301), presbítero, de la Orden de Predicadores *.
6. En Ocra, junto a Fossa (Italia), Beato Timoteo de Montecchio († 1504), presbítero, de la Orden de Menores *.
7. En York (Inglaterra), Beato Tomás Percy († 1572), conde de Northumberland, mártir bajo Isabel I *.
8. En la misma ciudad, beatos Guillermo Lacey y Ricardo Kirkman († 1582), presbíteros y mártires bajo la misma reina *.
9. En Worcester (Inglaterra), San Juan Wall († 1679), presbítero, religioso franciscano y mártir bajo el reinado de Carlos II **.
10. En Hereford (Inglaterra), San Juan Kemble († 1679), presbítero y mártir bajo el mismo reinado **.
11. En Offida, del Piceno (Italia), Beato Bernardo Domingo Peroni († 1694), religioso capuchino *.
12. En Rochefort (Francia), Beato Elías Leymarie de Laroche († 1794), presbítero y mártir *.
13. En Starunya (Ucrania), Beato Simeón Lukac († 1964), obispo y mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA REINA

La realeza de Cristo es dogma fundamental de la Iglesia y a la par canon supremo de la vida cristiana.

Esta realeza, consustancial con el cristianismo, es objeto de una fiesta inserta solemnemente en la sagrada liturgia por el papa Pío XI a través de la bula *Quas primas* del 11 de diciembre de 1925. Era como el broche de oro que cerraba los actos oficiales de aquel Año Santo.

La idea primordial de la bula podría formularse de esta guisa. Cristo, aun como hombre, participa de la realeza de Dios por doble manera: por derecho natural y por derecho adquirido.

Por derecho natural, ante todo, a causa de su personalidad divina; por derecho adquirido, a causa de la redención del género humano por Él realizada.

Si algún día juzgase oportuno la Iglesia —decía un teólogo español en el Congreso Mariano de Zaragoza de 1940— proclamar en forma solemne y oficial la realeza de María, podría casi transcribir a la letra, en su justa medida y proporción, claro está, los principales argumentos de aquella bula.

Y así ha sido. El 11 de octubre de 1954 publicó Pío XII la encíclica *Ad Coeli Reginam*. Resulta una verdadera tesis doctoral acerca de la realeza de la Madre de Dios. En ella, luego de explanar ampliamente las altas razones teológicas que justifican aquella prerrogativa mariana, instituye una fiesta litúrgica en honor de la realeza de María para el 31 de mayo. Era también como el broche de oro que cerraba las memorables jornadas del Año Santo concepcionista.

El paralelismo entre ambos documentos pontificios, y aun entre las dos festividades litúrgicas, salta a la vista.

La realeza de Cristo es consustancial, escribíamos antes, con el cristianismo; la de María también. La realeza de Cristo ha sido fijada para siempre en el bronce de las Sagradas Escrituras y de la tradición patrística; la de María lo mismo.

La realeza de Cristo, lo insinuábamos al principio, descansa sobre dos hechos fundamentales: la unión hipostática —así la llaman los teólogos— y la redención; la de María, por parecida manera, estriba sobre el misterio de su maternidad divina y el de corredención.

Ni podría suceder de otra manera. Los títulos y grandezas de Nuestra Señora son todos reflejos, en cuanto que, arrancando fontalmente del Hijo, reverberan en la Madre, y la realeza no había de ser excepción. La Virgen, escribe el óptimo doctor mariano San Alfonso de Ligorio, es *Reina por su Hijo, con su Hijo y como su Hijo*. Es patente que se trata de una semejanza, no de una identidad absoluta.

> «El fundamento principal —decía Pío XII—, documentado por la Tradición y la sagrada liturgia, en que se apoya la realeza de María es, indudablemente, su divina maternidad. Y así aparecen entrelazadas la realeza del Hijo y la de la Madre en la Sagrada Escritura y en la tradición viva de la Iglesia».

El evangelio de la maternidad divina es el evangelio de su realeza, como lo reconoce expresamente el Papa; y el mensaje del arcángel es mensaje de un Hijo Rey y de una Madre Reina.

Entre Jesús y María se da una relación estrechísima e indisoluble —de tal la califican Pío XI y Pío XII—, no sólo de sangre o de orden puramente natural, sino de raigambre y alcance sobrenatural trascendente. Esta vinculación estrechísima e indisoluble, de rango no sólo pasivo, sino activo y operante, la constituye a la Virgen particionera de la realeza de Jesucristo. Que no fue María una mujer que llegó a ser Reina. No. Nació Reina. Su realeza y su existencia se compenetran. Nunca, fuera de Jesús, tuvo el verbo «ser» un alcance tan verdadero y sustantivo. Su realeza, al igual que su maternidad, no es en ella un accidente o modalidad cronológica. Más bien fue toda su razón de ser. Predestinóla el cielo, desde los albores de la eternidad, para ser Reina y Madre de misericordia.

Toda realeza, como toda paternidad, viene de Dios, Rey inmortal de los siglos. Pero un día quiso Dios hacerse carne en el seno de una mujer, entre todas las mujeres bendita, para así asociarla entrañablemente a su gran hazaña redentora. Y este doble hecho comunica a la Virgen Madre una dignidad, alteza y misión evidentemente reales.

Saliendo al paso de una objeción que podría hacerse fácilmente al precedente raciocinio, escribe nuestro Cristóbal Vega que, si la dignidad y el poder consular o presidencial resulta intransferible, ello se debe a su peculiar naturaleza o modo de ser, por venir como viene conferido por elección popular. Pero la realeza de Cristo no se cimenta en el sufragio veleidoso del pueblo, sino en la roca viva de su propia personalidad.

Y, por consecuencia legítima, la de su Madre tampoco es una realeza sobrevenida o episódica, sino natural, contemporánea y consustancial con su maternidad divina y función corredentora. Con atuendo real, vestida del sol, calzada de la luna y coronada de doce estrellas viola San Juan en el capítulo 12 del Apocalipsis, asociada a su Hijo en la lucha y en la victoria sobre la serpiente, según que ya se había profetizado en el Génesis. Y esta realeza es cantada por los Santos Padres y la sagrada liturgia en himnos inspiradísimos que repiten en todos los tonos el «Salve, Regina».

Hable por todos nuestro San Ildefonso, el capellán de la Virgen, cantor incomparable de la realeza de María, que, anticipándose a Grignion de Montfort y al español Bartolomé de los Ríos, agota los apelativos reales de la lengua del Lacio: Señora mía, Dueña mía, Señora entre las esclavas, Reina entre las hermanas, Dominadora mía y Emperatriz.

Realeza celebrada en octavas reales, sonoras como sartal de perlas orientales y perfectas como las premisas de un silogismo coruscante, por el capellán de la catedral primada don José de Valdivielso, cuando, dirigiéndose a la Virgen del Sagrario, le dice:

> Sois, Virgen Santa, universal Señora
> de cuanto en cielo y tierra ha Dios formado;
> todo se humilla a Vos, todo os adora
> y todo os honra y a vuestro honrado;
> que quien os hizo de Dios engendradora,
> que es lo que pudo más haberos dado,
> lo que es menos os debe de derecho,
> que es Reina universal haberos hecho.

Los dos versos finales se imponen con la rotundidez lógica de una conclusión silogística.

En el II concilio de Nicea, VII ecuménico, celebrado bajo Adriano en 787, leyóse una carta de Gregorio II (715-731) a San Germán, el patriarca de Constantinopla, en que el Papa vindica el culto especial a la «Señora de todos y verdadera Madre de Dios».

Inocencio III (1198-1216) compuso y enriqueció con gracias espirituales una preciosa poesía en honor de la Reina y Emperatriz de los ángeles.

Nicolás IV (1288-1292) edificó un templo en 1290 a María, Reina de los ángeles.

Juan XXII (1316-1334) indulgenció la antífona «Dios te salve, Reina», que viene a ser como el himno oficial de la realeza de María.

Los papas Bonifacio IX, Sixto IV, Paulo V, Gregorio XV, Benedicto XIV, León XIII, San Pío X, Benedicto XV y Pío XI repiten esta soberanía real de la Madre de Dios.

Y Pío XII, recogiendo la voz solemne de los siglos cristianos, refrenda con su autoridad magisterial los títulos y poder reales de la Virgen y consagra la Iglesia al Inmaculado Corazón de María, Reina del mundo. Y en el radiomensaje para la coronación de la Virgen de Fátima, al conjuro de aquellas vibraciones marianas de la Cova de Iría, parece trasladarse al día aquel, eternamente solemne, al día sin ocaso de la eternidad, cuando la Virgen gloriosa, entrando triunfante en los cielos, es elevada por los serafines bienaventurados y los coros de los ángeles hasta el trono de la Santísima Trinidad, que, poniéndole en la frente triple diadema de gloria, la presentó a la corte celeste coronada Reina del universo...

> «Y el empíreo vio que era verdaderamente digna de recibir el honor, la gloria, el imperio, por estar infinitamente más llena de gracias, por ser más santa, más bella, más sublime, incomparablemente más que los mayores santos y que los más excelsos ángeles, solos o todos juntos, por estar misteriosamente emparentada, en virtud de la maternidad divina, con la Santísima Trinidad, con aquel que es por esencia Majestad infinita, Rey de Reyes y Señor de Señores, como hija primogénita del Padre, Madre ternísima del Verbo, Esposa predilecta del Espíritu Santo, por ser Madre del Rey Divino, de Aquel a quien el Señor Dios, desde el seno materno, dio el trono de David y la realeza eterna de la casa de Jacob, de Aquel al que ofreció tener todo el poder en el cielo y en la tierra. Él, el Hijo de Dios, refleja sobre su Madre celeste la gloria, la majestad, el imperio de su realeza, porque, como Madre y servidora del Rey de los mártires en la obra inefable de la redención, le está asociada para siempre con un poder casi inmenso en la distribución de las gracias que de la Redención derivan...».

Por esto la Iglesia la confiesa y saluda Señora y Reina de los ángeles y de los hombres.

Reina de todo lo creado en el orden de la naturaleza y de la gracia.

Reina de los reyes y de los vasallos.

Reina de los cielos y de la tierra.

Reina de la Iglesia triunfante y militante.

Reina de la fe y de las misiones.

Reina de la misericordia.

Reina del mundo, y Reina especialmente nuestra, de las tierras y de las gentes hispanas ya desde los días del Pilar bendita. Reina del reino de Cristo, que es «reino de verdad y de vida, rei-

no de santidad y de gracia, reino de justicia, de amor y de paz». Y en este reino y reinado de Cristo, que es la Iglesia santa, es ella Reina por fueros de maternidad y de mediación universal y, además, por aclamación universal de todos sus hijos.

En este gran día jubilar de la realeza de María renovemos nuestro vasallaje espiritual a la Señora y con fervor y piedad entrañables digámosla esa plegaria dulcísima, de solera hispánica, que aprendimos de niños en el regazo de nuestras madres para ya no olvidarla jamás: «Dios te salve, Reina y Madre de misericordia; Dios te salve».

FILIBERTO DÍAZ PARDO

Bibliografía

ALDAMA, J. A. DE, «Consideraciones sobre la realeza de Nuestra Señora»: *Estudios Eclesiásticos* 30 (1956) 459s.

BARRÉ, A., «Marie, Reine du monde»: *Bulletin de la Société Française d'Études Mariales* (1937).

CONGRESO MARIANO NACIONAL (Zaragoza 1940), *Crónica oficial* del congreso celebrado bajo la presidencia del Sr. D. Rigoberto Doménech y Valls, arzobispo de Zaragoza (Zaragoza 1942).

Estudios Marianos 17 (1956): monográfico sobre la realeza de María.

GRUYTER, L. J. L. M. DE, *De Beata Maria Regina* (Boscoduci 1934).

MORINEAU, B. M., *La souveraineté de Notre-Dame. Mois de Marie pour le 3e centenaire de la consécration de la France à la T. S. Vierge par Louis XIII* (París 1937).

PIO XII, «Constitución apostólica *Ad caeli reginam* sobre la realeza de María (11-X-1954)»: *AAS* 45 (1954) 635s.

— «Carta encíclica *Quas primas* sobre la fiesta de Cristo Rey (11-12-1925)»: *AAS* (1925) 599s.

ROSCHINI, G. M., OSM, *La Madre de Dios según la fe y la teología* (Madrid 1955).

«La Royauté de Marie pendant les neuf premiers siècles»: *Recherches de Science Religieuse* (1930) 129s; 315s.

SANTONICOLA, A., *La regalità di Maria* (Pompei 1938).

• Actualización:

GAMBERO, L., «La regalità di Maria nel pensiero dei Padri»: *Ephemerides Mariologicae* 46 (1996) 433-452.

ROYO MARÍN, A., *La Virgen María. Teología y espiritualidad marianas* (Madrid ^{2}1997) 214-229.

SGGUBI, G., «La regalità di Maria come servizio ecclesiale alla Verità»: *Ecclesia Mater* 38 (2000) 158-162.

TOURÓN DEL PIE, E., «De María reina a María liberadora»: *Ephemerides Mariologicae* 46 (1996) 465-482.

SAN FELIPE BENICIO

Presbítero († 1285)

Al llegar el siglo XIII todas las rutas de Europa se llenan de rumores. El comercio, las peregrinaciones y las universidades lanzan a los hombres a los caminos. Hay un ir y venir de gentes, un entremezclarse de pueblos, un rebullir de ideas, una eclosión de fe.

Superada la crisis del feudalismo, surgen pujantes y boyantes las ciudades libres, con su vida gremial y su activo comercio. La gente trabaja, rinde y gasta. Circulan los productos, se organizan las ferias, las naves surcan el Mediterráneo, hay griterío en los puertos y mercados.

Los hombres quieren conocer nuevas tierras, divisar otros horizontes, ponerse en contacto entre sí, organizarse. Se organizan los pequeños artesanos, y nacen los gremios; se organiza el comercio, y nace la Hansa; se organizan los estudios, y nacen las universidades; se organiza la piedad, y nacen las cofradías; se organizan las formas ascéticas, y surgen las órdenes religiosas.

Hay un deseo indefinible de orden y agrupación. Piedra a piedra van elevándose, ágiles y airosas, las catedrales. Son obras anónimas, multitudinarias. No conocemos los arquitectos que las proyectaron, no conocemos los donantes que las costearon. Son obra de la ciudad entera, son fruto de la fe y de la situación próspera de que gozaba Europa.

Las órdenes mendicantes nacen cuando pueden vivir de las limosnas de unos países en cierto modo ricos. El monasterio se hace convento. No tiene que buscar el valle o la montaña. Se levanta en el mismo recinto urbano, junto a las casas y palacios. Los frailes no se ligan a un determinado lugar. Van y vienen, infatigables, de un sitio a otro. Predicando, catequizando, dirigiendo, enseñando en las universidades o estudiando en las mismas.

Las órdenes mendicantes —*fratres minores, fratres praedicatores*— se entregan al apostolado popular y el pueblo los sostiene gustosamente con sus limosnas.

La fe se renueva. Nacen las grandes devociones populares que todavía perduran: el oficio parvo, el rosario, el escapulario, el vía crucis, el *Angelus,* las devociones marianas, el culto a la Pasión del Señor.

Dentro de esta línea están los servitas, aquellos piadosos caballeros florentinos que el día 15 de agosto de 1233 fundaban la Orden de la Santísima Virgen para dedicarse a la contemplación de sus dolores y consolarla con sus penitencias de lo mucho que sufrió acompañando a su Hijo en la cruz.

Y ese mismo día, el 15 de agosto de 1233, nacía también en Florencia un niño, hijo de Jacobo, de la noble familia de los Benizi, que pertenecía a la corporación de los *apothecarios,* y de Albanda, de la rama de los Frescoboldi, una de las más ilustres de la ciudad.

Los dos esposos, profundamente cristianos, vivieron durante largo tiempo con la tristeza de no tener hijos. Al fin el cielo les consoló concediéndoles a Felipe. El niño fue educado durante dos años por un preceptor, y oportunamente enviado a París para cursar estudios.

París era entonces un hervidero de ideas. Jóvenes de todas partes coincidían en la bella capital del Sena. Los estudiantes se entendían en el «bajo latín», una lengua ágil y flexible en la que los clérigos vagantes componían también bellas y expresivas canciones. Los catedráticos usaban este mismo lenguaje, que era el vehículo normal de la ciencia antigua.

Felipe supo mantenerse honesto y piadoso, mérito grande en una urbe tan llena de peligros. Los Frescoboldi tenían relaciones comerciales con Francia y no perdían el contacto con el hijo amado.

Debe creerse que, aun tratándose de una familia tan piadosa, la causa de enviar al hijo a la universidad de París, además de que siguiera la carrera del padre estudiando medicina, era apartarle de la naciente Orden de los Siervos de María. El joven hubiera preferido hacer los estudios teológicos, pero se plegó a los deseos paternos.

Volvió a su país, y en Padua continuó sus estudios, obteniendo el grado de doctor. En septiembre de 1253 regresaba a Florencia, y, lejos de dejarse deslumbrar por las brillantes esperanzas que le lisonjeaban, sus inclinaciones seguían siendo las mismas. Visitaba con asiduidad la capilla de los servitas del barrio florentino de Cafaggio, donde se venera una imagen de la Virgen que diríase pintada por manos de ángeles.

El 16 de abril, jueves de Pascua, deliberando sobre el estado que debería tomar, penetró en la abadía de Fiésole, la pintoresca ciudad cercana a Florencia. Se celebraba la misa. La epístola del día estaba tomada del Libro de los Hechos, donde se narra la conversión del mayordomo de la reina de Etiopía. La liturgia hace vivas las palabras de la Escritura al proclamarlas delante de la asamblea cristiana. Y así al llegar al texto: «El Espíritu dijo a Felipe: Acércate y júntate a este carro» (Hch 8,29), parecióle, por la conformidad del nombre, que iba dirigido a él. Obsesionado con tal pensamiento marchó a su casa y estuvo en oración hasta la medianoche. En sueños se vio abandonado en un paraje desierto, entre precipicios, rocas escarpadas, lodazales, serpientes y alimañas peligrosas. Atemorizado con tan espantosa representación, empezó a dar gritos, aunque sin volver del rapto. Entonces mostrósele la Virgen con el hábito de los servitas, sobre un carro resplandeciente, rodeada de ángeles y bienaventurados, que le repetía las palabras de la misa: «Felipe, acércate y júntate a este carro». Comprendió entonces los deseos de la Señora y al día siguiente llamó al convento de Cafaggio, preguntando por el prior, que era Bonfiglio Bonaldi, uno de los siete fundadores de la Orden. El 17 de abril recibió el hábito negro de los hermanos conversos. El joven y brillante médico escogió el silencio y la humildad. Como las visitas no le dejaban en paz ni sosiego, fue trasladado al monte Senario, a 13 kilómetros de Florencia. Allí vivió desconocido de todos y, para entregarse con más libertad y sosiego a la oración, pidió residir en una gruta natural, que ahora se conoce con el nombre de «fuente de San Felipe». Un día quiso tentar su virtud una mujer infame. El santo la despidió con energía y después se tendió largo rato sobre la nieve. Desde entonces toda concupiscencia carnal desapareció de él.

El santo habría sido feliz en aquella vida de trabajo y obscuridad, ocupado solamente en sus deberes de lego y en la contemplación de los dolores de la Virgen. Pero a fines de 1259 fue destinado a Siena, para que atendiese al cuidado de una nueva fundación de la Orden. Por el camino tuvo un encuentro casual con dos padres dominicos, que bien pronto quedaron maravillados por la modestia del converso, tan docto y piadoso. Pare-

ciéndoles que tener bajo el celemín tan gran lumbrera era daño que hacían a su propia Orden y aun a la misma Iglesia, dieron cuenta a sus superiores de las extraordinarias cualidades de Felipe, persuadiéndoles a que tratasen de elevarle al sacerdocio. Fácilmente descubrieron ellos mismos este tesoro después de examinarle, y, sin dar oídos a la resistencia del santo, ni a sus lágrimas, ni a los ruegos, consiguieron dispensa de Roma y el Sábado Santo 12 de abril de 1260 fue ordenado sacerdote. A fin de prepararse tranquilamente, hasta Pentecostés no dijo la primera misa.

A partir de entonces la carrera del santo conoció todos los ascensos. En 1262 fue nombrado maestro de novicios y definidor general. Al año siguiente llegó a *socius* o asistente del padre general y, por fin, el 5 de junio de 1267 fue elegido general de la Orden. Ninguno mereció mejor tales nombramientos y ninguno se tuvo por menos digno de ellos. Trató por todos los medios de eximirse de tales cargos, pero no fue oído. Conoció entonces que había otra voluntad superior a la suya, y se rindió a la disposición de la divina Providencia, a la que no era lícito oponerse.

Cuando el santo llegó a general de los servitas, la congregación sólo llevaba treinta y cuatro años de existencia. El panorama político, por la lucha entre güelfos y gibelinos, era embrollado y la competencia entre las órdenes mendicantes exacerbábase cada día, por todo lo cual la situación de los servitas era muy comprometida. Aunque ya en 1267 contaban con 15 casas en Italia y con fundaciones en Francia y Alemania. Los papas, impresionados con la floración de tantas órdenes nuevas, mostrábanse indecisos respecto de ellos. Inocencio IV les retiró sus privilegios. Alejandro IV se mostró más benévolo. En mayo de 1268 las constituciones de la Orden tomaron por base la regla agustiniana. En agosto del mismo año, en el capítulo general de Pistoya, San Felipe intentó dimitir del generalato; pero le hicieron comprender el daño que causaría su dimisión. Y tan cierto es esto que, aun siendo el quinto de los generales, es considerado fundador de la Orden, por el impulso que le dio.

Con sus portentos crecía la fama de santidad de Felipe, y no es extraño que cuando el largo cónclave de Viterbo, después de

la muerte de Clemente IV, pensasen los cardenales en elegirle Papa. Mas él, que lo supo, huyó a las más ásperas montañas de Siena, estando escondido en las concavidades de los riscos hasta que se hizo pública la elección de Gregorio X. Por cierto que tal soledad fue gratísima a nuestro santo, por dejarle tiempo abundante para la oración. Otro milagro acompañó su retiro. Habiéndose secado el manantial que le proveía de agua, dícese que dio tres golpes con su bastón en el suelo, brotando un chorro tan copioso que formó una especie de laguna, que aún lleva el nombre de «Baños de San Felipe», en el monte de Montagrate, y se atribuyen a tales aguas virtudes milagrosas.

En aquel retiro entendió que el Señor le llamaba a extender el culto y singular devoción que profesa su Orden a la Santísima Virgen por otros países.

Durante los años 1270 y 1271 visitó las casas de Francia y Alemania. En 1272 volvió a Italia, donde logró apaciguar las disensiones políticas. Estuvo en el concilio de Lyón, terminado el 17 de julio de 1274, prosiguiendo su visita a los conventos franceses y alemanes. El papa Gregorio X había aprobado los servitas, pero no por escrito. Vuelto a Italia, en 1276 Felipe nuevamente ejerció su papel de pacificador en Bolonia, Florencia y Pistoya, gritando por todas partes: «Esto es una Babilonia maldita, donde no reina Jesucristo, sino el impío Nabucodonosor, el demonio, donde vuestras manos cada día sacrifican muchas vidas humanas». El 18 de enero de 1280 la paz fue proclamada y ratificada con solemne juramento en Florencia.

En 1276 la Orden estuvo amenazada de supresión por Inocencio V; pero Juan XXI, en 1277, la volvió a sostener. Nicolás III le concedió un cardenal protector en 1278.

A fines de 1282 estuvo nuestro santo en Forli, donde sus predicaciones no fueron del gusto de ciertos jóvenes depravados. Capitaneados por Peregrino Latiosi arremetieron contra él, le desnudaron vergonzosamente y le azotaron, arrojándole de la ciudad. Sin embargo, tanta paciencia alcanzaría su fruto, porque el propio Latiosi, arrepentido de su infame acción, volvió a buscar al santo, pidiéndole con toda humildad que le admitiera en su Orden, donde, por cierto, llegó a ser religioso ejemplar.

En 1284 San Felipe recibió en la tercera Orden de las «mantellatas» —así llamadas a causa de su vestido— a Santa Juliana

de Falconieri, acto que se celebró en la iglesia de la Anunciación de Florencia. A dicha Orden se agregó también una hermana del santo.

Por aquellos tiempos fundó una casa para arrepentidas en Todi, siendo las dos primeras novicias dos pobres mujeres que quisieron tentarle.

Debilitada extraordinariamente su salud por el peso de su trabajo y el rigor de la penitencia, el santo conoció que estaba cercana su muerte; pero, animoso hasta el final, no renunció a sus viajes, exigidos por lo numeroso de una congregación que contaba entonces diez mil religiosos. Mas, como no podía caminar a pie, hacíalo montado en un borriquillo que le compraron.

Por entonces pasó de Florencia a Siena y de allí a Perusa, para recibir la bendición del papa Honorio IV, del que consiguió muchos privilegios para los suyos. Encaminóse a Todi, saliendo a recibirle sus habitantes con ramos de olivo y aclamaciones. Entró en la iglesia de su convento, y, postrado ante el altar de la Virgen, pronunció aquellas palabras de la Escritura, presintiendo su fin: «Éste será para siempre el lugar de mi reposo». Cayó con fiebre en el lecho el 15 de agosto de 1285, Asunción de Nuestra Señora, hacia las tres de la tarde, después de haber estado predicando toda la mañana. Pasó toda la octava en continuos actos de amor de Dios, de afectos a la Santísima Virgen y de dolor de sus pecados. El último día de la octava pidió que le administrasen los sacramentos, y después cayó en un desmayo en que perdió el sentido por tres horas. Vuelto en sí, rogó que le diesen su libro. Los asistentes le fueron ofreciendo el salterio, el oficio de la Virgen, las constituciones de los servitas... Al fin comprendieron que se trataba del pequeño crucifijo de marfil que él conservaba desde su juventud, como recuerdo de sus padres. Besándolo tiernamente dijo: «Éste es mi libro. Aquí es donde yo he aprendido el camino del cielo». Y aplicándolo al corazón murió en la noche del 22 de agosto de 1285, octava de la Asunción de la Virgen. Desde el primer momento se rechazó la idea de celebrar misa de negro. Se cantó la misa *Gaudeamus* («alegrémonos»), de blanco, con Gloria y Credo. El responso fue sustituido por otros cánticos. Para satisfacer la devoción de los fieles su cuerpo estuvo expuesto hasta el día 28, incorrupto

y como perfumado, a pesar del calor. Los florentinos hicieron dos tentativas para robar este cuerpo santo, aunque sin resultados.

León X beatificó a Felipe Benicio. En 1586 el cardenal Baronio le incluyó en el martirologio romano con el título de «fundador» de los servitas, que no es totalmente exacto. Fue canonizado por Clemente X en 1671, aunque el acta de canonización no fue promulgada hasta Benedicto XIII en 1724. Inocencio XII, en 1694, le incluyó en el calendario litúrgico de la Iglesia universal.

CASIMIRO SÁNCHEZ ALISEDA

Bibliografía

Acta sanctorum, Augusti, t.IV, p.655-719.
MONTI, G. M., *Le confraternità medievali dell'Alta e Media Italia* (Venecia 1927).
MORINI, A. - SOULIER, P., *Monumenta ordinis servorum Sanctae Mariae,* I (Bruselas 1897).
SOULIER, P., *Vie de Saint Philippe* (París 1886).
• Actualización:
BESUTTI, G. M., OSM, *San Felipe Benicio (1233-1285). Perfil biográfico* (Valencia 1986).
JACQUES, C. M., OSM, *Saint Philippe Benizi (1233-1285). Fidèle serviteur de Marie* (Roma 1989).
SIERVOS DE MARÍA, *Las leyendas de San Felipe Benicio* (Santiago de Chile 1989).
TUROLDO, D. M., OSM, *Eloge de Saint Philippe Benizi des Servites de Marie* (Montreal 1984).

SANTOS JUAN WALL Y JUAN KEMBLE

Presbíteros y mártires († 1679)

Un año antes de la solemne celebración había sonado la alarma. El Dr. Ramsey, arzobispo anglicano de Canterbury, publicó, el 29 de noviembre de 1969, un memorando razonado en las páginas de *The Tablet,* de cuyo texto recortamos:

> «Muchas veces se me ha pedido mi opinión sobre las consecuencias que implicaría para el ecumenismo el proyecto de canonización. Yo estoy cada vez más convencido de que esta canonización sería perjudicial para la causa ecuménica en Inglaterra y que estimularía las tendencias que están en contra de esta causa».

Anteriormente el cardenal Heenan, arzobispo de Westminster, en una carta pastoral leída en las iglesias de su diócesis, el 16 del mismo mes, había hecho público:

> «Antes de abandonar Roma el Papa me ha recibido en audiencia privada y me ha hablado de nuestro país con mucho afecto. Hemos hablado de los mártires ingleses [...] He manifestado la opinión de que la canonización de los cuarenta mártires era particularmente oportuna en la actualidad. Sería un estímulo para los católicos de Inglaterra ver a estos valientes defensores de la autoridad del Papa elevados a los altares».

Finalmente, una declaración del grupo mixto de trabajo conocido como «Consejo británico de las Iglesias-Iglesia católica», reunido en Westminster los días 15 y 16 del siguiente mes, en un comunicado público imploraba:

> «Que esta canonización y la veneración que se seguirá de ella no conduzcan a reavivar amarguras, sino que, por el contrario, contribuyan a suscitar en todos un más amplio espíritu ecuménico...».

Se desvaneció la inicial polvareda previa. Y vino la celebración. Protagonistas, los cuarenta cualificados ciudadanos católicos martirizados en Inglaterra y País de Gales durante los siglos XVI y XVII por mantenerse firmes en la fe e inquebrantables en la adhesión al romano pontífice.

Elogió Pablo VI:

> «Ellos son los dignos émulos de los más grandes mártires de épocas pasadas, por su gran humildad, valentía, sencillez y serenidad, con las que aceptaron su sentencia y su muerte; más aún, con un gozo espiritual y con una caridad admirable y radiante».

Protagonistas: trece sacerdotes seculares, tres benedictinos, tres cartujos, un miembro de la Orden de Santa Brígida, dos franciscanos, un agustino, diez jesuitas y siete laicos, tres de ellos madres de familia.

Curiosamente en una celda de la Torre de Londres, donde algunos esperaron el cumplimiento de la pena capital, aún se lee la inscripción:

> «Quanto plus afflictionis pro Christo in hoc saeculo, tanto plus gloriae in futuro» («Cuanto más sufrimiento en la tierra, tanta mayor gloria en el cielo»).

Entre estos protagonistas, Juan Wall y Juan Kemble.

JUAN WALL nace en 1620, en el seno de una acomodada familia católica que ofrece dos de sus tres hijos a Dios. Posi-

blemente en Chingle Hall, cerca de Preston, en el condado de Lancaster.

Con trece años ingresa en el seminario de Douai —jardín fecundo de mártires— en la geografía continental francesa, al otro lado del Canal de la Mancha. En 1641 va a Roma como alumno del Colegio Inglés. Allí, cuatro años después, recibe el presbiterado, siendo enviado a misionar a Inglaterra.

Pero la radicalidad evangélica franciscana le tenía robado el corazón. La sencillez, la humildad, la pobreza, le encandilaban. Y acabó abrazándolas. Fue en 1651, en el convento de San Buenaventura de Douai, que aún tenía fresco el generoso ofrecimiento de cinco mártires a Dios. Allí, con el nombre de Juan de Santa Ana, vistió el hábito de los frailes menores.

Tan humilde, tan prudente, tan afable él que, seis meses después de la profesión y con sólo treinta y dos años de edad, se había merecido la confianza y el aprecio de los superiores. Fue nombrado vicario del convento. Al poco, maestro de novicios.

Tan virtuoso él que, tras un quinquenio de quietud conventual, es enviado nuevamente a Inglaterra. Al condado de Worcester, en la zona oeste de la isla. Con residencia en Harvington Hall. Eso sí, domiciliado con el seudónimo de Francis Webb.

Misionero en un campo apostólicamente árido, encizañado por la herejía, pero políticamente tranquilo. Vivirá jornadas y jornadas —sobre veintidós años— de ministerio pastoral fecundo entre la creciente comunidad católica...

Titus Oates daría al traste con la paz del condado. Oates, tristemente célebre por haber urdido la denominada «conspiración papista». Hombre fantasioso y perverso que, fingida su conversión al catolicismo en junio de 1678, denunció a las autoridades un presunto ambicioso complot que apuntaba a la insurrección católica, a la matanza general de los protestantes, al incendio de Londres, al asesinato del rey y a la invasión francesa de Irlanda.

El montaje, la calumnia, no prosperó. Ni siquiera el monarca, Carlos II, dio crédito a la alarma ni la pretendida conspiración fue jamás confirmada; aunque ciertos manejos de altos funcionarios, más el clamor protestante, presentaron en bandeja una ocasión magnífica para desencadenar la persecución de

los católicos. Y, abierta la veda, el misionero franciscano viaja a Londres para volcarse espiritualmente con el famoso jesuita francés Claudio de la Colombière, el gran apóstol de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús que predicaba para la duquesa de York, la piadosa María Beatriz de Este. Un alma grande frente a otra de gran talla. En la fecha 31 de octubre del mismo año, víspera de Todos los Santos.

Juan Wall se presenta como un humilde hijo de San Francisco que envidia la condición del padre Turner, jesuita preso en Newgate, y de los ya mártires. Ilusionado él en derramar hasta la última gota de sangre por Dios.

El padre De la Colombière:

> «El que toma la propia cruz con Cristo y con él la lleva será ciertamente consolado en esta tierra, pero aún deberá probar la crueldad de la persecución. ¡Oh, si yo tuviera la gracia que tenéis los sacerdotes ingleses de llevar la cruz! Pero quizá el Señor está preparando alguna otra cosa para mí».

El aspirante a mártir:

> «Ciertamente el Señor no le permitirá salir de este mundo sin haber sufrido mucho. Con todo, preveo que su vida será respetada, a fin de que usted pueda propagar todavía más la dulce devoción en muchos corazones».

Profetas los dos, el jesuita y el franciscano.

Poco podía esperarse el fraile que, de retorno a Harvington Hall, en Rushock Court, cerca de Broomsgrove, perdería la libertad. Casualmente, pues, buscando a otro sacerdote presuntamente conspirador, los perseguidores dieron con él. Como se negó al juramento de supremacía fue recluido en el castillo de Worcester.

Casi seis meses privado de libertad, de sol y de luz, tras los barrotes carcelarios. Meses de privaciones y sufrimientos que soportó con extraordinaria fortaleza de ánimo. Meses de soledad. Total incomunicación; ni visitas ni cartas.

Descargó en la intimidad de unos papeles:

> «Todo mi consuelo descansa únicamente en Dios, que me sostiene y da valor y hace que los sufrimientos me resulten más agradables que si habitara en suntuosos palacios y gozara de toda la li-

bertad del mundo, sabiendo que yo lo sufro todo por causa de la religión. Gracias a Dios».

El 25 de abril de 1679 fue procesado por el juez Atkins, acusado de haber sido ordenado sacerdote en el extranjero —Douai— y haber entrado clandestinamente en Inglaterra donde desarrollaba el ministerio pastoral.

Frente al juez y con cuatro testimonios en falso —todos menos uno comprados—, el reo, en la defensa, admitió que realmente había recibido el presbiterado fuera del país, pero con anterioridad a la restauración de 1660 y, consiguientemente, le alcanzaba el favor legal de la amnistía otorgada por el rey Carlos II.

Dando por supuesto que fue traidor, la sentencia máxima, le enviaron a Londres para ser interrogado por un tribunal especial, con la perversa intención de que Oates y sus satélites lograran la forma de liarle en el presunto maldito embrollo político-religioso. Total, de Herodes a Pilato...

Ya en la capital del Támesis, y ante la presencia del rey que tenía más que serias dudas de la rectitud y de la credibilidad de las palabras del delator, inicia el monarca: «Vos afirmáis que por encargo de los jesuitas habéis tramado mi muerte con don Juan de Austria en Madrid. ¿Qué tipo tiene don Juan de Austria?».

Corresponde Oates, acusador: «Es alto, moreno y enjuto de carnes».

Carlos II y el duque de York sonríen. Ambos sabían, pues le conocían, que don Juan, contrariamente, era de baja estatura y rubio. Prosigue el rey: «¿Dónde habéis conversado con los jesuitas de París?».

Respuesta: «En su casa de la orilla del Sena».

El rey: «Los jesuitas en París tienen tres casas, pero ninguna a orillas del Sena».

Y alejándose, furioso, prosiguió: «Sois el mayor embustero que yo he conocido...». Pero siguió la prueba y, aunque Juan Wall fue exonerado judicialmente de cualquier participación en la pretendida conjura papista, le fue confirmada la pena capital, fue condenado a muerte por su fidelidad sacerdotal católica.

Magnífica, como retrata la intimidad escrita del interesado, la aceptación de la sentencia:

> «No tenía nada contra el juez, contra el jurado, contra los testigos. Es más; les recuerdo apreciándolos como los mejores amigos de mi vida. Mientras el juez dictaba la sentencia yo ofrecía mi sangre y mi vida a Dios. Y a cuantos se me acercaron con sentimientos de compasión les decía que no sufrieran por mí, ya que estaba contentísimo de poder ofrecer la vida en defensa de la fe que siempre había profesado y tenía por verdadera [...] Les decía también que estaba tan dispuesto, por la gracia de Dios, a morir mañana como lo estuve hoy a recibir la sentencia, aceptada como si me hubieran obsequiado con el mayor tesoro del mundo».

Inmediatamente, tras la condena, el fraile había sido advertido por el firmante de la sentencia: «No es mi intención que muráis; al menos de momento. Sí que os daré a conocer la voluntad del rey».

El 18 de julio, nuevamente en Worcester, en carta al amigo y benefactor Carlos Trinder, el fraile franciscano explicaba la experiencia londinense:

> «Gracias por los veinte chelines que me mandasteis. He regresado sano y salvo de Londres, donde había sido trasladado para ser interrogado por los señores Oates, Bedloe, Dugdale y Prance [...] Fui sutilmente interrogado por los cuatro muchas veces y, gracias a Dios [...] fui públicamente declarado inocente [...] El señor Bedloe se mostró muy cortés y me dijo que, si aceptaba pasarme a su religión, empeñaría su vida por mí y, aun estando ya condenado, no sería ejecutado. [...] Le contesté que yo no quería comprar mi vida a un precio tan caro, obrando contra mi conciencia [...] Puesto que nuestros enemigos no quieren hacernos morir por una motivación exclusivamente religiosa, como es notorio, buscan la manera de presentarnos como culpables de conspiración [...] Lo dejo todo enteramente en manos de Dios. Cuanto mayor sea la injusticia de los hombres, mayor será nuestra gloria en la vida eterna. Espero que ésta sea la última persecución en Inglaterra [...] Pido a Dios que se haga su santa voluntad...».

Worcester, que fue punto de partida, será también final de vía crucis. Y gólgota. Era el 22 de agosto de 1679. Fue asistido en vísperas y en el momento de la ejecución por el también franciscano padre Guillermo Leveson, que explica:

> «Fui llamado y gustosamente acudí a visitar a nuestro amigo el señor Johnson (P. Wall), dos días antes de su muerte; y lo encontré alegre y satisfecho y como fuera de sí por la alegría de haber de morir por tan noble causa. Pude, inesperadamente, conversar largamente con él. Le oí en confesión y le administré el sacramento de la Eucaristía...».

Durante la permanencia en la cárcel se comportó como un auténtico discípulo del divino Maestro, soportando todo con infinita paciencia y con ardientes deseos de derramar su sangre y dar la vida por amor a Dios; con gran edificación de los católicos y admiración de los protestantes, unos y otros mostrando sentimientos de dolor por la condena y desprecio hacia la crueldad de los perseguidores que le llevarían a la muerte sólo por ser fiel al sacerdocio y a su fe. Y ya con la soga en el cuello proclamó:

> «Ofrezco mi vida en reparación de mis pecados y por la causa católica. Pido a Dios que bendiga a todos mis bienhechores y amigos y a cuantos de alguna manera han estado sujetos a mi obediencia; a todos los que sufren persecución; a los que han cambiado el cautiverio por la libertad; que los que siembran lágrimas puedan recoger alegrías».

El heroico franciscano, confesor de la fe, fue ahorcado y descuartizado. Sus restos mortales —menos la cabeza del mártir, custodiada y venerada en el convento de Douai— fueron enterrados en el cementerio anexo a la iglesia de San Osvaldo, de Worcester. Una fosa de tantas, sin distinción alguna, que ya en el primer momento recibió furtivas visitas piadosas de frailes y de laicos creyentes. Y moderna meta de peregrinación.

Y un día, sorprendentemente, destacándose en la superficie abandonada y árida del camposanto, despertó vestida de prima vera. Rabiosamente verde. Un impresionante lozano verdor, a modo de tapiz cubriendo la sepultura del protomártir de Worcester.

En escena JUAN KEMBLE. También unas pinceladas biográficas.

John Kemble, hijo de Juan y de Ana, estalló a la vida probablemente —no hay constancia histórica— en una casa de campo de Rhydycar, en San Weonards, condado de Hereford en 1599.

Acunado católicamente, con la leche materna que le daba vida mamó también la fe, despertando a la vivencia familiar cristiana. Precisamente el ambiente hogareño y parroquial le encauzaría hacia el altar...

Tendría unos doce años cuando salió del país, cruzando el Canal y residenciándose en Douai, donde a los dieciocho entró en el seminario y con veintiséis recibió el presbiterado.

Y ya la vida apostólica plena, también en Inglaterra, en cuyo suelo escenificará más de cinco décadas de fructífero ministerio sacerdotal. Irradiándose pastoralmente desde Pembridge Castle; inicialmente con sede en casa de su tío Jorge Kemble y más tarde conviviendo con un sobrino, el capitán Ricardo Kemble.

En Pembridge aún planta cara a la lluvia, al sol y al viento el viejo edificio que dio albergue al protagonista de nuestra historia, y aún se puede contemplar la habitación que ocupaba y el asiento que le ofrecía alivio cuando, en los últimos años, se le hacían penosas las escaleras que le acercaban al estudio o al descanso. Es la bautizada «silla del padre Kemble».

Y en la iglesia católica de Monmouth se conserva el altar de roble, desmontable, de su diaria celebración eucarística. También el misal, en buen estado, con algunos manuscritos del mártir. Quien, con ayuda de los jesuitas, dio vida a no pocos centros de misión: en Llwyn, Craig, Liston, Codanghred...

Llevaba medio siglo de vida sacerdotal fecunda cuando estalló la tormenta persecutoria promovida por Oates. Fue consciente del peligro. Le aconsejaron que huyera, que pasara a la clandestinidad. Pero, heroicamente, contestó que ni hablar. Lo tenía claro:

> «Por ley natural me restan pocos años de vida y se trata de aprovecharlos. Tengo la ocasión de sufrir persecución a causa de la fe y, por tanto, no me esconderé».

En noviembre de 1678 fue arrestado en Pembridge Castle y conducido a rastras, sobre la nieve, a la prisión de Hereford. Todo llevado a cabo personalmente por el capitán Scudamore, cuya esposa e hijos —católicos— eran atendidos religiosamente por Kemble.

Cuatro meses en penumbra, entre barrotes hasta ser presentado, en compañía del jesuita David Lewis, al tribunal de March, que le sentenció a la horca y a ser descuartizado. Única y exclusivamente su condición sacerdotal, delictiva.

También de Herodes a Pilato... Pues también es enviado a Londres, donde el jurado especial, como en el caso de Juan Wall, acabará reconociendo que no hay motivo político para la condena, pero reconocerá la sentencia de Hereford, a donde nuevamente es remitido y donde sería la ejecución.

Ésta fue fijada para el 22 de agosto de 1679. Cuando llegó la fecha, el oficial, un tal Digges, se presentó en la cárcel y comunicó al reo la hora en que tendría cumplimiento la resolución judicial. Se dice que, cuando fue el momento de abandonar la instalación carcelaria, el venerable anciano solicitó tiempo para acabar las oraciones que estaba recitando. Concedido. Después preguntó si antes de ir a la horca le era permitido fumar y beber. El responsable de la ejecución, admirado de la extraordinaria serenidad del venerable anciano, fue nuevamente condescendiente. Y, sumamente amable, permitió que el reo fumara y quiso también acompañarle. Así, en amigable camaradería, sin prisas, el anciano presbítero y el tal Digges encendieron, saborearon y apuraron sendas pipas.

La anécdota, simpática, haría tradicional entre fumadores la denominación de «la pipa de Kemble» al último encendido en momentos de gran importancia en la vida —el recuerdo murió con la aparición de los cigarros y cigarrillos.

Y, extremando la delicadeza, Digges aún le dio tiempo para saborear el vino que le había presentado. John Kemble rezó, fumó, bebió... y fue a la ejecución en Widemarsh Common, en las afueras de Hereford, donde se había congregado un enorme gentío.

Las postreras palabras del octogenario sacerdote:

> «Posiblemente esperáis que me pronuncie. Soy ya mayor y no tengo fuerzas para hablar largamente. Pero sí que he de manifestar que no tengo nada que ver con la conspiración ni creo que realmente ella exista. Oates y Bedloe, tras interrogarme en Londres, no pudieron culparme de nada. Es evidente que muero únicamente por mi fidelidad a la fe católica romana que fue la primera religión instaurada en el reino».

Kemble, impresionantemente sereno... El verdugo, asustado, nervioso, dubitante... Y el reo que coge la mano que va a convertirse en asesina y, afablemente, cariñosamente, estimula:

> «Antonio, querido amigo, no temas; cumple tu oficio. Yo te perdono de todo corazón. Y hazte cargo que vas a hacerme un gran favor».

Aquél cumplió. Aunque Dios sabe cuánto le costó accionar el instrumento de la inmolación... El cadáver fue también descuartizado.

Y el sobrino capitán recogió los queridos restos mortales —su mano es venerada como reliquia en la iglesia de San Francisco Javier, en Hereford— y les dio sepultura en el cementerio de Welsh Newton, tres millas más allá de Monmouth. Sobre la tierra removida, cerrando la fosa, plantó una lápida con la leyenda: «J. K., que murió el 22 de agosto de 1679». Sencilla y humilde inscripción sólo recordatorio para cuantos le conocieron.

El 25 de octubre de 1970 fueron solemnemente canonizados Juan Wall y Juan Kemble en la basílica de San Pedro. El papa Pablo VI no escatimó elogios a los nuevos santos:

> «Ellos son los dignos émulos de los más grandes mártires de épocas pasadas, por su gran humildad, valentía, sencillez y serenidad, con las que aceptaron su sentencia y su muerte; más aún, con un gozo espiritual y con una caridad admirable y radiante».

Estaban presentes el arzobispo de Westminster, cardenal John Carmel Heenan, numerosos obispos, más de quinientos sacerdotes y quince mil peregrinos católicos ingleses. Y el cuerpo diplomático en pleno. Y, en tribuna especial, los representantes de Inglaterra y de Gales con el ministro británico ante la Santa Sede, un delegado del arzobispo anglicano de Canterbury, el duque de Norfolk y varios descendientes de los nuevos santos.

Excepcionalmente, por primera vez en la historia de la basílica vaticana, las famosas voces de la Capilla Sixtina fueron ocasionalmente reemplazadas por el coro de la catedral de Westminster que interpretó, admirablemente, en latín, la misa de William Byrd, músico inglés del 1500 contemporáneo de los mártires y testigo presencial de algunas ejecuciones.

En el momento del ofertorio, a tenor del ritual, le fueron presentadas al pontífice varias reliquias de los nuevos santos. Destacada fue la entrega del postulador de la causa de canonización que le ofreció la cuerda con la que el jesuita Edmund Campion, sentenciado por haber distribuido la bula papal de condena de la reina Isabel de Inglaterra, fue llevado al patíbulo.

En la homilía, parte en inglés y parte en italiano, proclamó Pablo VI:

> «Precisamente éste fue el drama de la existencia de estos mártires [...] Situados ante la alternativa de permanecer firmes en su fe y,

en consecuencia, morir por ella, o bien de salvar la vida renegando de la primera, ellos, sin un átomo de duda y con una fuerza verdaderamente sobrenatural, se inclinaron a la parte de Dios y gozosamente afrontaron el martirio. Pero tan grande era su espíritu, tan nobles eran sus sentimientos, tan cristiana era la inspiración de su existencia, que muchos de ellos murieron rezando por su patria tan amada, por el Rey o por la Reina, e incluso por aquellos que habían sido responsables directos de su captura, de sus tormentos y de las circunstancias ignominiosas de su muerte cruel».

Total, piedad y entusiasmo en Roma. Aclamación a los mártires ingleses de los siglos XVI y XVII.

JACINTO PERAIRE FERRER

Bibliografía

Butler's lives of Saints. New full edition, rev. por T. Rodrigues (Minnesota 1998).
«En torno a la canonización de cuarenta mártires católicos de Inglaterra y Gales»: *Ecclesia* (1970) n.1477, p.18-21.
«Homilía de Pablo VI durante la canonización de cuarenta mártires ingleses»: *Ecclesia* (1970) n.1516, p.7-9.
LOVEJOY, M. V., *Blessed John Kemble* (Londres 1960).
TIGAR, C., *Forty martyrs of England and Wales* (Londres ²1970).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN SINFORIANO

Mártir († s. III/IV)

No hay duda de la historicidad de este santo que dio la vida por la fe en Autun, aunque sí hay dudas acerca del siglo en que deba situarse el martirio, si en el siglo III o en el siglo IV. Habla de él San Gregorio de Tours en su libro *Gloria confessorum.* Según la tradición, Sinforiano era un jovencito, hijo del noble Fausto, y había recibido una esmerada educación cristiana, y no ocultaba su fe en medio de una población que era pagana en su inmensa mayoría. El motivo de su detención fue el desprecio manifestado por el joven cuando un día se topó por la calle con una procesión en honor de la diosa Cibeles. Entonces fue preso y conducido delante del tribunal de Heraclio. El joven no accedió a apostatar de su fe sino que la confesó valerosamente, y por ello fue condenado a muerte. Cuando lo llevaban al suplicio, su ma-

dre, desde lo alto de la muralla de la ciudad le daba ánimo, diciéndole: «Hijo mío Sinforiano, ten en tu mente al Dios vivo. Hoy no se te quita la vida sino que se te muda en mejor». Y así, animado por su cristiana madre, el joven consumó su martirio. El santo fue muerto al norte de la ciudad, fuera de la puerta llamada luego de San Andrés. Allí se construyó más tarde una basílica y un convento que duraría hasta 1806. El santo tuvo en la Edad Media mucha devoción.

BEATO SANTIAGO BLANCONI

Presbítero († 1301)

Nació en Bevagna, junto a Perugia, el 7 de marzo de 1220 e ingresó en 1236 en la Orden de Predicadores, en la que profesó y se ordenó sacerdote. Trabajó mucho por su pueblo natal que, a causa de las devastaciones gibelinas y de la propaganda nicolaíta, estaba muy problematizado. Restauró iglesias y conventos y fundó uno de su Orden. Retó a público debate al cabecilla de los nicolaítas y lo redujo a penitencia. En 1281 fue elegido predicador general, en 1291 prior de Espoleto y en 1299 prior de Foligno. Llevó una vida penitente y apostólica. Se cuenta que habiéndole surgido una duda sobre su salvación eterna, el crucifijo le salpicó de sangre y le dijo que aquella sangre era su certificado de salvación. Dejó varios escritos. Murió el 22 de agosto de 1301. Su culto fue confirmado el 18 de mayo de 1672 por el papa Clemente X.

BEATO TIMOTEO DE MONTECCHIO

Presbítero († 1504)

Nace en Montecchio, pequeña ciudad de los Abruzos, en Italia, hacia el año 1444. Siendo muy joven optó por la vida religiosa e ingresó en los franciscanos observantes. Hecha la profesión y ordenado sacerdote, fue objeto de admiración por su celo en el cumplimiento de la regla, su humildad, espíritu de penitencia y riquísima vida interior que se mostraba, sobre todo, en la piedad y lágrimas con que celebraba el santo sacrificio de

la misa. Destinado al convento de Ocre, allí murió el 22 de agosto de 1504. Los fieles lo tuvieron enseguida por santo, acudían a su tumba y este culto popular fue confirmado por Pío IX el 10 de marzo de 1870.

BEATO TOMÁS PERCY

Mártir († 1572)

Nacido en 1528, tuvo por padre a sir Thomas Percy, el cual tomó parte en la llamada peregrinación de la gracia en 1536, por lo que al año siguiente fue condenado como traidor, y ajusticiado. Su madre, Leonor de Harbottal, se retiró a Preston Tower llevándose a sus hijos, pero éstos fueron confiados a la custodia de sir Thomas Tempest y en 1549 lograron se les devolviera la condición de nobles. Al subir al trono María Tudor y restablecerse el catolicismo, se le devolvió el título de «Conde de Northumberland» y se le hizo gobernador del castillo de Prudhoe. La reina le reconoció, además, sus méritos en la reconquista del castillo de Scarborough. Cuando en 1568 la reina María Estuardo de Escocia se refugió en Carlisle, Tomás acudió allí y se puso a disposición de la soberana escocesa, esperando restaurar por este medio la libertad religiosa. Recibida orden de dejar Carlisle, optó por seguir al conde de Westmoreland y organizar con él la rebelión. Ésta fue sofocada por el conde de Sussex, y Tomás huyó al castillo de Lochleven en Escocia. Tres años más tarde, y por dinero, el gobierno escocés, de forma indigna, lo entregaba a Inglaterra. Fue conducido a York y juzgado y condenado como traidor, pero se le ofreció la vida y la libertad si se hacía protestante. Tomás se negó a ello y declaró que moriría por su fe. Fue martirizado en York el 22 de agosto de 1572 y beatificado el 13 de agosto de 1895 por el papa León XIII.

BEATOS GUILLERMO LACEY Y RICARDO KIRKMAN

Presbíteros y mártires († 1582)

El 22 de agosto de 1582 en la localidad de Knaveshire, cerca de York, fueron martirizados por ahorcamiento y descuartizamiento dos sacerdotes católicos: Guillermo Lacey y Ricardo Kirkman.

GUILLERMO LACEY había nacido en Horton, West Riding, Yorkshire. Estudió primero leyes y llegó a ser un abogado prestigioso. Tenía, a pesar de su aparente protestantismo, sentimientos católicos y acogía en su casa a misioneros católicos. Éstos lo convencieron de que dejara de acudir al culto protestante, y así lo hizo, por lo que se hizo sospechoso. Acompañado de su mujer y sus hijos pasó de un pueblo a otro durante catorce años, hasta que en 1577 fue detenido en Kingston-on-Hull. Había quedado viudo y vuelto a casar y, por segunda vez, se vio viudo. Su inesperada libertad le llevó a plantearse el dedicar su vida al sacerdocio. Pese a su avanzada edad, marchó al colegio inglés de Reims, dando en él un magnífico ejemplo de piedad. Luego de pasar un tiempo en Pont-à-Mousson, a comienzos de 1581 marchó a Roma donde se ordenó sacerdote el 5 de marzo. Inmediatamente volvió a Inglaterra e hizo apostolado en el condado de York con éxito apostólico inmediato. Su detención tuvo lugar como consecuencia de haber ido al castillo de York para hacer de diácono en la misa cantada por el Beato Tomás Bell (22 de julio de 1582). Llevado a juicio en agosto, se negó a reconocer la supremacía religiosa de la Reina y fue condenado a muerte. En el trayecto hacia el martirio pudo confesarse con el P. Kirkman.

RICARDO KIRKMAN nació en Addingham, en el Yorkshire, hacia el año 1550. Decidido a hacerse sacerdote, estudió en Douai y Reims y se ordenó en abril de 1579, partiendo en agosto siguiente con otros sacerdotes hacia Inglaterra. Trabajó en Lincoln, Northumberland y el Yorkshire, donde estaba cuando fue arrestado el 8 de agosto de 1582, siendo encerrado en la cárcel. Juzgado el 11 de agosto, se negó a reconocer la supremacía de la Reina en materia religiosa y fue condenado por haber convencido a otros a hacerse católicos. Compartió celda con

Lacey cuatro días, pero luego fue encerrado en un calabozo sin luz, sin cama, sin comida, hasta que se le sacó para la ejecución.

Ambos fueron beatificados el 29 de diciembre de 1886 por el papa León XIII.

BEATO BERNARDO (DOMINGO PERONI) DE OFFIDA

Religioso († 1694)

Domingo Peroni nació en Offida, Italia, el 7 de noviembre de 1604. Educado piadosamente en su casa, desde los siete años se le encomendó guardar el rebaño y se mostró en todo tiempo como un joven piadoso y puro. A los veintiún años ingresa en la Orden capuchina (15 de febrero de 1626), en el convento de Corinaldo, tomando el nombre de fray Bernardo de Offida y tras profesar es enviado al convento de Fermo, donde ejercerá por treinta y siete años el oficio de enfermero, derrochando caridad y humanidad y dando un altísimo ejemplo de todas las virtudes. Pero el Señor permitió que le dieran otra ocupación en la que iba a darse sin querer a conocer: se le nombró limosnero y anduvo por las calles y plazas del pueblo dando un testimonio convincente de lo que son la humildad y la caridad cristianas. Hizo un bien enorme en todos los que le trataron, logrando llevar paz y unión a muchos hogares. Cuando envejeció se le dio el cargo de portero, donde continuó tratando con su exquisita bondad a todo el que llegaba al convento o iba simplemente por verle. Acusado de prodigalidad en las limosnas que daba, fue, pese a sus años, reprendido ásperamente, soportando la reprensión con admirable humildad. Murió en Offida el 22 de agosto de 1694.

Fue beatificado por Pío VI el 25 de mayo de 1795.

BEATO ELÍAS LEYMARIE DE LAROCHE

Presbítero y mártir († 1794)

Elías Leymarie nació probablemente el 8 de enero de 1758, día en que fue bautizado, en Annese, Dordogne. Era hijo del caballero Jean de Leymarie, señor de La Roche. Cuando se

decidió por la vocación sacerdotal, marchó a París, e ingresó en el seminario de San Sulpicio. Fue provisto del priorato de Saint-Jean de Coutras, Gironda, del que cobraba las rentas pero sin obligación de residir en el beneficio ni cumplir sus obligaciones pastorales. Algunas de sus rentas las destinó a los pobres de la parroquia. Era un eclesiástico digno y virtuoso. Como se había negado a jurar la constitución y prestar el nuevo juramento, fue arrestado a fines de 1793 y declarado apto para la deportación el 12 de diciembre de dicho año. Llevado a Rochefort y embarcado en Les Deux Associés, allí murió el 22 de agosto de 1794 a consecuencia de los malos tratos cuando se le desembarcaba hacia una chalupa, siendo enterrado en la isla de Madame. Era un sacerdote de trato dulce y complaciente, que se hizo querer de sus compañeros de prisión.

Fue beatificado por el papa Juan Pablo II el 1 de octubre de 1995.

BEATO SIMEÓN LUKAC

Obispo y mártir († 1964)

Este insigne mártir nació en Starunya, región de Stanislaviv, Ucrania, el 7 de julio de 1893 en el seno de una familia greco-católica ucraniana. Habiendo sentido la vocación sacerdotal, hizo los pertinentes estudios y se ordenó sacerdote en 1919. Fue destinado a la enseñanza en el seminario de Stanislaviv y perseveró en este ministerio de servicio a la formación de los seminaristas entre 1920 y 1945. Cuando se intuyó el arresto inminente de todos los obispos de la Iglesia uniata por parte de las autoridades comunistas que querían el paso de todos los fieles greco-católicos a la ortodoxia, la Santa Sede decidió que se le ordenara secretamente obispo, de forma que, arrestados los demás, no quedara la comunidad desamparada. La ordenación tuvo lugar en la primavera de 1945, y pudo ejercer su apostolado clandestinamente hasta el 26 de octubre de 1949 en que fue arrestado. Llevado a la cárcel y juzgado, fue sentenciado a diez años de detención en el campo de concentración de Krasnoyarsk en Siberia, alegándose como causa de la sentencia el «ser fiel al Vaticano y obispo ilegal». Terminados los diez años de su

estancia en el campo de concentración fue liberado, y volvió enseguida al ejercicio clandestino del ministerio pastoral, por lo que de nuevo fue detenido y condenado en 1962 a cinco años de trabajos forzados. Su salud empeoró tanto que a causa de su mal estado lo dejaron libre en marzo de 1964, pero ya no pudo hacer otra cosa que vivir en estado de postración, prolongándose su vida solamente hasta el 22 de agosto de ese año 1964. Su paciencia, su firmeza en la fe, su agudo sentido de sus deberes pastorales, su espíritu de oración y su limpio ejemplo de fidelidad hicieron que fuera enseguida tenido por mártir. El papa Juan Pablo II lo beatificó con otros mártires el 27 de junio de 2001 en la ciudad de Lvov.

23 de agosto

A) MARTIROLOGIO

1. En Lima (Perú), Santa Rosa († 1617), virgen, terciaria dominica. Su natalicio es mañana **.
2. La conmemoración de San Zaqueo († s. II), obispo de Jerusalén.
3. En Roma, en la Via Tiburtina, santos Abundio e Ireneo (fecha desconocida), mártires.
4. En Ostia Tiberina, santos Ciriaco y Arquelao (fecha desconocida), mártires.
5. En Novae, en la Mesia inferior, hoy Swischtow, San Lupo (fecha desconocida), esclavo y mártir.
6. En Egea (Cilicia), santos Claudio, Asterio y Neón († 303), hermanos mártires.
7. En Autun (Galia), San Flaviano († s. V/VI), obispo.
8. En Derry (Irlanda), San Eugenio Eogan u Owen († s. VI), primer obispo de Ardstraw.
9. En el monasterio de San Felipe, junto a Locros en Calabria, San Antonio de Hieracio († s. X), ermitaño.
10. En Rochefort (Francia), Beato Juan (Protasio) Bourdon († 1794), presbítero, religioso capuchino, mártir *.
11. En Tavernes de Valldigna (Valencia), beatos Constantino Carbonell Sempere, presbítero, Pedro Gelabert Amer y Ramón Grimaltós Monllor († 1936), religiosos de la Compañía de Jesús, mártires *.
12. En Vallbona (Valencia), beatos Florentín Pérez Romero, presbítero, y Urbano Gil Sáez († 1936), religiosos, de la Congregación de Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores, mártires *.

13. En Silla (Valencia), Beato Juan María de la Cruz (Mariano) García Méndez († 1936), presbítero, de la Congregación de Sacerdotes del Sagrado Corazón de Jesús, mártir **.

14. En Puzol (Valencia), beatas Rosario (Petra María Victoria) Quintana Argos y Serafina (Manuela Justa) Fernández Ibero († 1936), vírgenes, de la Congregación de Terciarias Capuchinas de la Sagrada Familia, mártires **.

15. En el campo de concentración de Dachau (Baviera), Beato Francisco Dachtera († 1943), presbítero y mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTA ROSA DE LIMA
Virgen († 1617)

El honrado y humilde hogar limeño de Gaspar Flores y María de Oliva, en el cual nació, el 20 de abril de 1586, la niña a quien en el bautismo llamaron Isabel, pero que desde la infancia había de recibir el sobrenombre de Rosa, nos parece, en el gran día del nacimiento de la santa, un trasunto de Belén y de la humilde gruta en que vino a este mundo el Hijo de Dios. Belén, porque allí nació la primera flor de santidad que perfumó al Nuevo Mundo; Belén, por la pobreza de sus moradores, que pertenecían a la modesta clase media; Belén, por el ambiente bucólico que se respiraba y aún se respira en el huerto que circunda la histórica morada, el humilde aposento hoy convertido en oratorio, en donde vino al mundo Santa Rosa de Lima.

Además, si en mirada de conjunto se abarca el agitadísimo mundo de aquellos tiempos, si se contempla la tragedia del Occidente cristiano, que, con la defección de las naciones protestantes y con la crisis y guerras de religión de las católicas, queda dividido en dos bandos que luchan encarnizadamente por la hegemonía; si en el terreno intelectual, moral, disciplinario, se sigue con atención el duelo a muerte de la Reforma y Contrarreforma, y se admira la oportunidad con que la Providencia divina saca, por decirlo así, de la nada todo un mundo nuevo, toda una familia de futuras naciones, y pone casi todo su peso del lado de la fe tradicional, inclinando así en favor de ésta la balanza de los destinos: en este cuadro de grandiosidad mun-

dial y de trascendencia histórica incalculable, la pequeña Lima del siglo XVI, perdida en las lejanías del Perú colonial, evoca espontáneamente el recuerdo de Belén, y la estrella que en su cielo se levanta nos aparece como el signo del gran Rey y del advenimiento de tiempos mejores, en que acabará por imponerse la fe católica contra la herejía.

> «A la Ciudad de los Reyes, como se suele llamar a Lima —dice la bula de canonización, de Clemente X—, no le podía faltar su estrella propia que guiara hacia Cristo, Señor y Rey de Reyes»: *Civitati enim regum, qualis dicitur Lima, suum debebatur sydus, quod ad Christum Dominum regem regum dux esset* (a. 1671).

Es una delicia para el historiador católico y para todo cristiano sincero contemplar el despliegue de fuerza que la Iglesia emplea en el mundo recién descubierto para ensanchar las fronteras del Reino de Cristo, para consolidar su posesión con el establecimiento de la jerarquía y para ganar, mediante nuevas conquistas en América, la batalla que libraba contra el protestantismo en Europa.

Su misión consiste en ganar el mundo para Cristo mediante un testimonio multiforme. «Seréis mis testigos hasta los confines del mundo» (Hch 1,8). Este multiforme testimonio no faltaba, sino sobreabundaba en América.

Testimonio de la palabra, por boca de los incontables misioneros que se repartían por doquier, con éxito creciente, los campos de la evangelización. En tiempos de Santa Rosa más de dos mil habían atravesado el Atlántico y habían recorrido el nuevo continente en todas direcciones, realizando el inaudito portento de convertirlo, en menos de un siglo, de pagano en cristiano.

Testimonio de la sangre, vertida con abundancia por tantos mártires de que nos hablan las crónicas de aquellos tiempos, para que con este milagroso riego germinara y fructificara la semilla de la evangelización.

Testimonio de la luz, que brilló en la sabiduría de sus concilios, en la institución de sus universidades, en las obras inmortales de cronistas, historiadores y escritores, en las admirables Leyes de Indias, en la organización, multiplicación y disposición inteligente de las nuevas sedes episcopales. Clarísima aurora lle-

na de promesas que los misionólogos comparan con la que iluminó al mundo romano en la predicación de los apóstoles.

Testimonio de la santidad, que alumbró a todo el continente a través de la vida ejemplar de tantos prelados y misioneros, enviados a estas tierras por la «madre patria» para admiración y edificación de las nuevas cristiandades. Son muchos los nombres que registra la historia, y cada país honra de modo especial a quienes directamente lo santificaron con su presencia y acción; pero no cabe duda que entre todos descuellan, para gloria de la patria de Santa Rosa, Santo Toribio Alfonso de Mogrovejo, «la mayor lumbrera del episcopado en América» —*totius episcopatus americani luminare maius*— al decir del Concilio plenario de la América Latina, y San Francisco Solano, el taumaturgo y figura misionera de mayor relieve en los tiempos coloniales.

Pero al finalizar el siglo XVI algo faltaba a este múltiple y glorioso testimonio, y era que, al lado de los santos oriundos de España y que se habían santificado en América, surgieran santos nacidos en este continente y del todo identificados con él. Y Dios en su infinita bondad otorgó al Nuevo Mundo ese precioso don. Muchos santos y santas ocultos debe haber habido en este privilegiado continente desde los días de su descubrimiento y primera evangelización, puesto que una de las notas de la verdadera Iglesia es el florecimiento de la santidad bajo todos los cielos y todas las latitudes, pero sólo tres han alcanzado hasta ahora el honor de la canonización: el contemporáneo de Santa Rosa, San Felipe de Jesús, originario de la Nueva España y protomártir del Japón, donde murió crucificado y atravesado con triple lanza († 1597); Santa Mariana de Jesús Paredes, llamada «la azucena de Quito» por su pureza angelical unida a una heroica penitencia, y Santa Rosa de Lima, cuyo perfume podemos decir que ha embalsamado al mundo entero, al insertarse su fiesta en el calendario universal. El primero es una florecilla rubicunda de la Orden seráfica; la segunda es un retoño de la Compañía de Jesús, de cuya recia espiritualidad se nutrió, y la tercera es una gloria de la Orden dominicana, de la cual fue terciaria y cuyo espíritu poseyó con plenitud.

Santa Rosa vino al mundo cuando ya tocaba a su ocaso el gran siglo de España, el siglo XVI. Su vida, breve, interior, es-

condida, carece del movimiento y dramatismo que llama la atención en las vidas de los grandes apóstoles, de los grandes misioneros, de los personajes epónimos que llevan el sobrenombre de «magno» y que hacen época en la historia de la Iglesia y del mundo.

Así resume el *Breviario romano —pro festo simplificato—* su vida admirable, apegándose con fidelidad a la verdad histórica, según consta en los procesos:

> «La primera flor de santidad de la América meridional, Santa Rosa, virgen, nacida en Lima, de padres cristianos, ya desde la cuna empezó a resplandecer con los indicios de su futura santidad, porque su rostro infantil, tomando la apariencia de una rosa, dio ocasión a que se le diera este nombre. Para no verse obligada por sus padres a contraer matrimonio, cortó ocultamente su bellísima cabellera. Su austeridad de vida fue singular. Tomado el hábito de la Tercera Orden de Santo Domingo, se propuso seguir en su arduo camino a Santa Catalina de Siena. Terriblemente atormentada, durante quince años, por la aridez y desolación espiritual, sobrellevó con fortaleza aquellas agonías más amargas que la misma muerte. Gozó con admirable familiaridad de frecuentes apariciones de su Ángel Custodio, de Santa Catalina de Siena y de la Virgen Madre de Dios, y mereció escuchar de los labios de Cristo estas palabras: "Rosa de mi corazón, sé mi esposa". Famosa por sus milagros antes y después de su muerte, el papa Clemente X la colocó en el catálogo de las santas vírgenes».

Pero esta vida humilde y oculta entraña un mensaje de gran trascendencia que bien podemos calificar de providencial y actualísimo. Providencial para su tiempo, y de perenne actualidad, porque contiene la quintaesencia del Evangelio y va directamente contra el espíritu que anima al renacimiento pagano, que es una de las características de los tiempos modernos.

Ateniéndonos a lo principal y considerando la necesidad de los tiempos, señalaremos cuatro renglones en este mensaje realmente completo y ecuménico: amor, oración, pureza y sacrificio.

El mundo de aquel entonces, mundo del Renacimiento y de la Reforma, que exaltaba exageradamente los valores naturales y paganos y subestimaba todo lo sobrenatural, necesitaba, además del anatema fulminado contra sus errores y de la palabra de los heraldos de la verdad, el lenguaje contundente de los hechos, la doctrina de Cristo vivida en toda su integridad, y eso

tuvo en los numerosos santos suscitados por Dios en el siglo XVI y lo vio admirablemente confirmado en aquel retoño del Nuevo Mundo que fue Santa Rosa, alma que desde la más tierna edad supo valorar las realidades sobrenaturales, alma totalmente abrasada en divina caridad, que a los cinco años se consagraba íntegramente al esposo inmaculado, que para él sólo vivía y que mereció al fin de su carrera escuchar de labios de Cristo esta declaración de amor, incomprensible para el mundo: «Rosa de mi corazón, sé tú mi esposa». Ese amor con el cual nuestra santa se esforzaba en corresponder a Cristo, y Cristo crucificado, es clave que nos explica el sesgo heroico de su vida: su fuga del mundo sin dejar de vivir en medio de él, su vida eremítica en minúscula celda construida con sus manos; su rompimiento con toda vanidad; el santo furor con que armaba su brazo y flagelaba su carne inocente en anhelo insaciable de asemejarse más y más a su Amado divino; su fina sensibilidad para descubrir la presencia y vestigio de Dios en todas las cosas.

Aún se conserva y se visita con mucha edificación, al lado de su casa, un cuarto que la caridad de la santa convirtió en pequeño hospital, al cual ella conducía a enfermas encontradas en extrema miseria y que tenían la dicha de recibir de las manos de nuestra santa una atención cuya delicadeza y heroísmo rayan en lo increíble. Cosa parecida acontecía tratándose de las necesidades de orden moral, a cuyo remedio acudía solícita nuestra santa en cuanto de ella dependía, preocupándose por la evangelización y atención espiritual de los indios, de los negros, de los infieles, y, al no poder ocuparse de eso por sí misma, recomendándolo a quienes podían y contribuyendo con limosnas que ella misma colectaba al sostenimiento de algún seminarista pobre, como verdadera precursora de la «Obra de vocaciones».

Esta divina caridad, de flama tan seráfica al elevarse hacia Dios y de sentido tan humano al extenderse hacia el prójimo, encendió en el alma de Rosa la luz de la contemplación, y ciertamente en grado eminente. Así lo persuaden sus hechos, sus escritos y el testimonio unánime de quienes la conocieron y trataron, tal como aparece en los procesos y en el amplio estudio de los bolandistas. Aquel amor a la soledad; aquella asiduidad con que frecuentaba y pasaba largas horas en su celdita de ana-

coreta, que aún subsiste; aquella fervorosa vida eucarística, tan rara en su tiempo; aquella filial devoción a la Madre de Dios; aquel espíritu de penitencia y amor apasionado a la cruz, son indicios ciertos de la intimidad con Dios y de la elevación habitual en que vivía su alma. El padre Villalobos asegura en su declaración que «había alcanzado una presencia de Dios tan habitual, que nunca, estando despierta, lo perdía de vista». El doctor Castillo, íntimo y autorizado confidente y examinador de la santa, asegura que desde los cinco años empezó a practicar la oración mental y que, a partir de los doce hasta su muerte, su oración fue la que los autores místicos llaman unitiva. Y, en general, como asevera L. Hansen, O. P., el testimonio de sus directores, los padres de la Orden de Santo Domingo y de los varios padres de la Compañía de Jesús que largamente la conocieron y trataron, es unánime al reconocer los dones extraordinarios de oración con que el Señor la regaló, elevándola hasta los más altos grados de la vida mística.

Es también la divina caridad en que se abrasaba aquella alma santa la que explica los dos rasgos que la oración litúrgica de su fiesta señala como característicos de su espiritualidad: la pureza y el sacrificio:

«Virginitatis et patientiae decore Indis florescere voluiste. Porque el amor, o encuentra parecidos a los que se aman, o los hace tales. Enamorada de Jesús Crucificado, Santa Rosa se aplicó con invencible constancia a reproducir en sí misma la imagen del Divino Modelo de quien proféticamente se dice en el Cantar de los Cantares 5,10: "Dilectus meus candidus et rubicundus": mi amado es cándido y rubicundo. Es blanco, dicen los sagrados intérpretes, por su pureza y santidad sin límites, y es rojo por su sacrificio de redención».

La contemplación de esa pureza y santidad hizo nacer en Santa Rosa el anhelo de la imitación y la movió a realizarlo en forma extraordinaria. Conserva hasta la muerte su inocencia bautismal; hace a los cinco años voto de virginidad; rechaza sin vacilaciones toda proposición de matrimonio, aun cuando sea su propia madre quien porfiadamente la haga; afea con varias industrias su natural hermosura; corta sin miramientos su blonda cabellera; se niega a aceptar el nombre de Rosa, por parecer-

le llamativo y peligroso, hasta que la Santísima Virgen completa y santifica ese nombre, llamándola Rosa de Santa María; únese a Cristo con el vínculo del matrimonio espiritual, vínculo inefable que transporta a la tierra el misterio de los desposorios inmaculados de la Patria eterna, y sigue hasta el fin de su vida las huellas luminosas de aquella Virgen que la toma por suya y le comunica un reflejo de su pureza singular.

Pero, para que la semejanza con Jesús crucificado sea perfecta, Rosa tendrá que ser para él «lirio entre espinas», y a este fin afligirá su carne inocente con toda suerte de maceraciones: ayunos, vigilias, cilicios, disciplinas, austeridades que llenan de asombro y que más son para admirarse que para imitarse.

Configurada así con la «divina víctima» durante su vida, sólo faltaba el rasgo supremo de la muerte para que la semejanza fuera perfecta, y la muerte vino con sus terribles angustias y dolores a convertirla en un acabado retrato del «varón de dolores», si bien esta colmada medida de dolor no pudo impedir, ni siquiera a la hora de la agonía, aquel gozo íntimo que la había acompañado durante la vida, escondido en la parte superior de su alma y que se exteriorizó en alguna forma, momentos antes de morir, en el jubiloso canto de amor que, al son de la vihuela, entonó por indicación suya una de sus más fieles discípulas, Luisa de Santa María, que la acompañaba en aquel angustioso trance.

Así consumaba su sacrificio y preludiaba el cántico nuevo de la bienaventuranza la admirable virgen Santa Rosa, exhalando el último suspiro en la fecha que ella misma había anunciado, 24 de agosto de 1617, fiesta de un santo a quien ella honró durante su vida con una devoción especial y sin duda con luz profética, el apóstol San Bartolomé.

La oportunidad del mensaje de la gran santa limeña con relación a las necesidades de su tiempo, el interés permanente de sus grandes lecciones sobre puntos esenciales de la espiritualidad cristiana, las dotes naturales y sobrenaturales con que Dios la adornó a fin de que pudiera transmitir al mundo un mensaje de tanta trascendencia, explican la aceptación general y entusiasta del mismo, su rápida difusión a través de las muchas obras escritas sobre la santa, la extensión de su culto a todo

el continente ya desde los tiempos coloniales, y asegura una creciente gloria, una supervivencia real en el porvenir a la que justamente ha sido declarada por la Santa Sede «patrona de América» e incluida en el catálogo de los santos, cuya fiesta anualmente celebra la Iglesia universal. Traducimos a continuación la expresiva y devota oración litúrgica con que se la invoca en el mundo entero:

> «Oh Dios Todopoderoso, fuente de todo bien, que has querido que Santa Rosa floreciera en las Indias con el encanto de su virginidad y paciencia, y para ello la previniste con el rocío de tu gracia: concédenos a nosotros, tus siervos, que corriendo en pos de sus perfumes suavísimos, merezcamos ser el buen olor de Jesucristo. Que contigo vive y reina en la unidad del Espíritu Santo, Dios por todos los siglos. Así sea».

FÉLIX M. ÁLVAREZ, MSPS

Bibliografía

Acta SS. Boll., t.39, 26 de agosto.
HANSEN, L., OP, *Vida admirable de Santa Rosa de Lima* (Vergara ²1949).
LUCCESINI, L., SI, *Compendio de la vida de Santa Rosa* (1665), traducido a las principales lenguas europeas en numerosas ediciones.
MARCHESE, D. M.ª, *Vita della sposa di Gesù Christo Rosa di Santa Maria Peruana, del terzo ordine di San Domenico* (Nápoles 1665).
VARGAS MACHUCA, J., *La rosa de el Peru, soror Isabel de Santa María, de el habito de el Glorioso Patriarca Santo Domingo de Guzman, credito de su Tercera Orden, lustre y patrona de la alma Ciudad Lima su Patria* (Sevilla 1659).
VARGAS UGARTE, R., SI, *Vida de Santa Rosa de Santa María* (Lima ²1951).
ZEGARRA, F. C., *Santa Rosa de Lima... Estudio bibliográfico* (Lima 1886). Amplia bibliografía.
• Actualización:
ÁLVAREZ PERCA, G., OP, *Santa Rosa de Lima* (Lima 1996).
FORCADA COMINS, V., *Santa Rosa de Lima. Biografía* (Valencia 2000).
JIMÉNEZ SALAS, H., OP, *Primer proceso ordinario para la canonización de Santa Rosa de Lima* (Lima 2002).
VELASCO, S., OP, *Rosa de Santa María (Santa Rosa de Lima)* (Guadalajara 1981).

BEATO JUAN MARÍA DE LA CRUZ (MARIANO) GARCÍA MÉNDEZ

Presbítero y mártir († 1936)

Sus padres, Mariano García Hernández y Emeteria Méndez Grande, jóvenes y modestos labradores, se establecen en San

Esteban (Ávila), donde el 25 de septiembre de 1891 nace un niño, a quien se le impone el nombre de su progenitor. Será el primogénito de una prolífica familia que llegó a contar quince hijos, aunque algunos no pasaron de la edad infantil. Dos días más tarde era cristianado por el párroco, don Generoso Gutiérrez.

Esta familia de sanas costumbres, vive en ejemplar testimonio de la fe. Su padre ejerce como alcalde del pueblo en el transcurso de muchos años. Su abuela materna tiene depositada la llave de la iglesia y, en ocasiones, el pequeño se va al templo a rezar. Recibe la confirmación en 1893 y toma la primera comunión en el año 1899. Era un niño serio y formal, amigo de todos. Surge en su interior el deseo de la vocación sacerdotal y el cura del pueblo le ayuda en los estudios preparatorios. En 1904 empieza como alumno externo los estudios en el Seminario de Ávila; reside en casa de unos familiares y asiste a clases, ganándose el afecto de sus profesores, que observan su piedad, estudio y carácter sencillo y obediente. Al caer gravemente enfermo su progenitor, debe dejar los estudios, y ponerse al frente de los trabajos agrícolas familiares. Afable con todos, manifiesta una bondad simpáticamente encantadora. Se gana una fama de estudioso y aventajado entre sus compañeros, revelando un espíritu interior muy reconocido.

Aspirando a una vida más perfecta ingresa en 1913 en el noviciado del convento dominicano de Santo Tomás de Aquino, donde permanece un año, pero que debe dejar por su delicada salud. Frecuentes dolores de cabeza le molestan y no podrá sobrellevar las austeridades propias de la Orden de Predicadores. Vuelve al seminario diocesano, y al término de los estudios recibe el presbiterado el 17 de marzo de 1916. Está decidido a poner todas sus cualidades al servicio de Dios y su celo por las almas le conduce, incansablemente, a buscar la gloria divina. Su primer encargo pastoral (1916) fue el de cura ecónomo de las parroquias de Hernansancho y Villanueva de Gómez. Dos años después es trasladado como párroco de San Juan de la Encinilla, con mayor número de habitantes. Está un año de capellán en los Hermanos de las Escuelas Cristianas de Nanclares de Oca (Álava), por motivos de salud. En 1922 obtiene permiso de

sus superiores para ingresar en los carmelitas descalzos, que tiene que abandonar por el mismo motivo que lo hizo del noviciado de los dominicos. Su salud es débil y debe regresar a la pastoral diocesana. El nuevo nombramiento le dirige a Santo Tomé de Zabarcos. El año 1924, párroco de Sotillo de las Palomas (Toledo), pueblo que en aquel entonces pertenecía a la diócesis abulense.

Impulsa en todos los lugares en donde estuvo como párroco la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, establece la «Congregación de Hijas de María», la «Visita domiciliaria de la Sagrada Familia» y la «Virgen de la Medalla Milagrosa». Atiende y se desvive por todos sus feligreses, como un auténtico apóstol. Sus pláticas de palabra penetrante se escuchan con singular fervor. Al concluir la jornada se retira a una habitación, en la parte alta de la casa, para meditar. Limosnero y caritativo, hasta entregar a un pobre una de las mantas de su cama. Su oración ante el Santísimo edifica a todos. Se priva de la comida para favorecer a quien acude a su puerta hambriento, disponiendo sólo de lo más imprescindible y mínimo para su uso y necesidad. Lleno de alegría y dulzura de carácter, vive en un fervor tan grande que todos los actos de su ministerio los realiza con grandísima reverencia y solemnidad. En su devoción a la Virgen expresa los sentimientos filiales más amorosos, pero ante Jesús sacramentado se transforma, pasando largos ratos de oración ante el Sagrario.

El Señor le premia concediéndole esa alegría sana y santificación interna del alma, por su constancia y laboriosidad. Alivia los sufrimientos con consoladoras palabras, y se afana en remediar las necesidades de sus feligreses con entrega total.

El año 1925 ingresa en la Congregación de Sacerdotes del Sagrado Corazón de Jesús, más conocidos como Padres Reparadores, que tenían una pequeña residencia abierta en Novelda (Alicante), y dirigían un colegio de enseñanza. El 16 de julio inicia el postulantado, en octubre el noviciado y toma el nombre de Juan María de la Cruz. La reparación fue para él un manantial de espiritualidad. El 31 de octubre del año siguiente emite los primeros votos, dedicándose a la enseñanza: «Fuera de Dios no tengo nada que desear». En 1927 pasa a Puente la Reina

(Navarra), encargado de buscar vocaciones y postulando por distintas poblaciones. Muchos se consagraron a Dios como fruto de sus conversaciones, alcanzando un gran prestigio de virtud y santidad. Promueve la devoción al amor misericordioso, divulgada en España por el padre dominico Juan Arintero, y revelada por Jesús a Santa Faustina Kowalska.

En el mes de julio de 1936 sus superiores lo destinan al Santuario de Nuestra Señora de Tejeda en Garaballa (Cuenca), donde reside poco tiempo debido al inicio de la guerra civil y declararse la persecución religiosa contra la Iglesia. Se dirige a Valencia, y se refugia en casa de una bienhechora de la Obra, próxima a la iglesia parroquial de los Santos Juanes, enfrente de la Lonja.

El día 20 de julio se dirige al mencionado domicilio donde habitaba, pasa por delante del templo de los Santos Juanes, y presencia horrorizado cómo unos milicianos rocían con gasolina distintas partes de dicha iglesia. Lleno de gran celo por el honor de Dios, pronuncia en voz alta palabras de condena por la vandálica destrucción de una joya arquitectónica tan distinguida: «¡Qué horror! ¡Qué sacrilegio!». Los milicianos al oír estas palabras dicen: «Mirad, éste es un carca», respondiéndoles el religioso: «No, soy un sacerdote», siendo detenido de inmediato y encarcelado en la Modelo. Desde la cárcel escribe al superior general de su congregación, comunicándole:

> «Aquí me tiene Rvdmo. Padre, detenido desde hace casi tres semanas, con ocasión de proferir algunas frases de protesta por el horrendo espectáculo de las iglesias quemadas y profanadas. ¡Dios sea bendito! ¡Hágase en todo su divina voluntad! Me alegro mucho de poder sufrir algo por Él, que tanto sufrió por mí, pobre pecador... Ocupo la celda 476, cuarta galería».

Nunca había conocido la timidez ni la cobardía, tratándose de los intereses de Dios. Encarcelado, siguió con su vida de oración, animando a todos y consolándoles; reza el santo rosario. En la celda dibuja en una pared un Vía Crucis que, al ser descubierto, está a punto de conducirle a la celda de castigo. Los compañeros le convencen para que evite tales prácticas, aunque siempre está dispuesto al martirio. Debido a su gran influencia entre los presos y su apostolado, los milicianos le consideran un tanto peligroso, razón por la cual sólo estuvo un mes en la Cár-

cel Modelo. Al anochecer del 23 de agosto los milicianos sacan un grupo de diez prisioneros, entre los cuales se halla él. Les maniatan y les hacen subir a un camión. Iba junto con otro sacerdote, don Vicente Martí Palanca. El camión salió de la capital del Turia en dirección a Silla, y en los límites entre dicha localidad y Picassent, en el lugar llamado *La Coma,* se detiene. Bajan todos los presos y allí mismo son asesinados, recibiendo sepultura en una fosa común del cementerio de Silla.

El 28 de marzo de 1940 sus restos son exhumados y trasladados a Puente la Reina (Navarra), siendo inhumados en el Seminario Menor de los PP. Reparadores el día 1 de abril del mismo año. El 23 de enero de 1959 comienza el proceso de declaración de martirio, cuyo informe se entrega el 13 de junio del año siguiente en la entonces Sagrada Congregación de Ritos.

El papa Juan Pablo II lo proclama beato el 11 de marzo de 2001 en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

AGUILERA ÁLAMO, A., SCJ, *Etapas de un proceso informativo de beatificación* (Madrid 1994).
— *Testigo hasta la muerte. (Rasgos biográficos del Siervo de Dios, Juan García Méndez)* (Madrid 1984).
— *Transparencia de una fe* (Madrid 1987).

BEATAS ROSARIO (PETRA MARÍA VICTORIA) QUINTANA ARGOS Y SERAFINA (MANUELA JUSTA) FERNÁNDEZ IBERO

Mártires († 1936)

«Toma, te lo entrego en señal de mi perdón».

El ánimo de estas fortísimas heroínas de la fe no es menor que el mostrado en los primeros tiempos del cristianismo por los Santos Mártires Cartagineses. Uno de ellos, el diácono Sáturo, ensangrentado ya por el zarpazo del leopardo en el anfiteatro de Cartago, pide al soldado Pudente el anillo que luce en su mano. Lo toma, lo empapa en su propia sangre y de nuevo se lo

devuelve para que lo conserve como prenda de su herencia y memorial de su martirio.

De igual modo las vírgenes y mártires Rosario de Soano y Serafina de Ochovi, momentos antes de ser ejecutadas por los milicianos en Mas Maciá, camino de tránsitos de Puzol, Valencia, una de ellas —ignoramos cuál de las dos— se quita su anillo de virgen consagrada, lo deposita en la mano de quien las iba a asesinar y se lo da con estas palabras: «Toma, te lo entrego en señal de mi perdón».

La tercera de las mártires, Francisca Javier de Rafelbuñol —cuyo natalicio se celebra el 27 de septiembre—, días después fue martirizada en las tapias del cementerio de Gilet, Valencia. Sus últimas palabras, a quien le daba el tiro de gracia, fueron: «Que Dios os perdone como yo os perdono».

Pero, ¿quiénes son estas tres heroínas de la fe? ¿Quién imprimió en su espíritu ese temple de acero? ¿Cuál fue su vida?

Las tres hermanas pertenecían a la Congregación de Religiosas Terciarias Capuchinas de la Sagrada Familia, fundadas por el Venerable Luis Amigó el 1885 en el santuario valenciano de Montiel, y destinadas a la atención de la niñez y juventud en el campo de la educación, protección y reeducación; en la asistencia a los enfermos; en la acción pastoral de la Iglesia; y en los ambientes y lugares de evangelización inicial o misiones.

ROSARIO QUINTANA ARGOS —en el siglo Petra María Victoria— nace el 13 de mayo de 1866 en Soano, Cantabria, pueblo del que luego recibe su nombre en religión. Es la primogénita de cuatro hermanos del matrimonio formado por Antonio Quintana y Luisa de Argos. A los dos días del nacimiento recibe las aguas bautismales en la parroquia de Santa María de la Luz, de Soano. Le administra el bautismo don Antonio María de la Torre, párroco del lugar. Su familia, de corte tradicional, muy religiosa y ejemplar, vivía los preceptos y enseñanzas de la Iglesia. Los padres capuchinos de Montehano, convento cercano del lugar, cultivan espiritualmente el pueblo desde los años en que, luego de la exclaustración, fue restaurado el convento.

A la edad de trece años queda huérfana de madre, por lo que se ve en la necesidad de suplirla en la atención a sus tres hermanos menores: Feliciana, Juan y Eleuterio. ¡Ah!, y sin olvidarse por

ello de ayudar a su padre en las labores del campo. Por eso, durante su juventud, Rosario supo de vacas, cuadras y piensos, de campos de heno y de pastoreo, de ordeño, leche y queso, de cultivo de hortalizas y de recolección y desgrane de maíz.

Ella, con otras jóvenes de Soano, deposita su confianza en los capuchinos de Montehano. Por aquel entonces conoce al capuchino Luis de Massamagrell, y muy pronto, como algo natural, siente la vocación a la vida consagrada.

Su padre contrae segundas nupcias, por lo que Petra María Victoria tiene que salir del hogar a servir. Experimenta la pobreza y la dureza de la vida. A los 23 años, aún no cumplidos, emprende viaje para su ingreso en la Congregación de Terciarias Capuchinas de la Sagrada Familia. Es el 8 de mayo del año 1889. El 14 de mayo de 1890 viste el santo hábito religioso, cambiando su nombre civil por el de «Rosario de Soano». Y, terminado el noviciado, el 14 de mayo de 1891 emite sus primeros votos religiosos. Transcurrido el quinquenio de votos temporales, el 14 de mayo de 1896 emite sus votos perpetuos.

Con el pasar de los años es elegida superiora local de las casas de Segorbe, Altura, Massamagrell, Meliana y Ollería, todas ellas en la Comunidad Valenciana. Maestra de novicias. Y superiora general de 1914 a 1926, dos sexenios seguidos, en cuyo período gira la visita canónica a las hermanas de Colombia. Su último ministerio es el de vicaria general de la congregación. Al partir la superiora general en visita canónica a Venezuela y Colombia, la madre Rosario de Soano queda como responsable del gobierno de la Congregación de Terciarias Capuchinas de la Sagrada Familia en España. Así es como le toca afrontar la terrible situación creada por la persecución religiosa de 1936.

El 18 de julio se produce el Alzamiento Nacional. Y dos días más tarde el señor alcalde de Massamagrell da ya a las hermanas terciarias capuchinas la orden de desalojar el convento. La fraternidad se compone de 43 hermanas, entre profesas, novicias y postulantes. La última en abandonar la casa religiosa es Rosario de Soano.

SERAFINA FERNÁNDEZ IBERO. En Ochovi, pueblecillo navarro de la cuenca de Pamplona, nace Manuela Justa —que éste es el nombre civil de la hermana Serafina María de Ochovi— el 6

de agosto de 1872. Es la última de una familia de ocho vástagos de los que cuatro de ellos vestirán la estameña franciscana: dos hermanos capuchinos y dos hermanas terciarias capuchinas.

Hija de una familia numerosa, patriarcal, frecuenta la escuelita del pueblo hasta los quince años en que ingresa en religión. El 8 de mayo de 1887 se incorpora a las terciarias capuchinas, en el Santuario de Montiel (Valencia), casa fundacional del Instituto. El 14 de mayo de 1891 emite sus primeros votos religiosos y, luego de un quinquenio de votos temporales, los perpetuos. En este tiempo ya se muestra como religiosa piadosa, observante y muy amante de la pobreza evangélica. Es ya, por carácter, muy formal, seria y responsable.

En 1902 es elegida consejera general, cargo para el que es reelegida en los cinco capítulos generales siguientes. Sabe compatibilizar con dicho cargo el de superiora, sucesivamente, de las fraternidades de Segorbe, Massamagrell, Altura, La Ollería, Carcagente, Seminario de Valencia y, de nuevo, Massamagrell, en cuya fraternidad la sorprende la guerra en julio de 1936.

MARÍA FENOLLOSA ALCAINA. Nace en la comarca de la Huerta Norte de Valencia, en el pueblo de Rafelbuñol, el 24 de mayo de 1901. Es la mayor de doce hermanos hijos de los consortes José y María Rosa, ambos pertenecientes a la Orden Tercera de San Francisco. Al cumplir sus 21 años ingresa en las hermanas terciarias capuchinas de Massamagrell, en cuya casa religiosa la sorprende la contienda civil (cf. *Año cristiano. Septiembre).*

El día 20 de julio de 1936 el señor Alcalde de Massamagrell da la orden de desalojar el convento. La primera noche las tres mártires la pasan, junto con otras 40 religiosas que conformaban la fraternidad, en casa del tío Xuan, un huertano generoso del pueblo. Las aposenta en una andana, especie de desván en la parte superior de la casa situada en la huerta, para que pasen la noche a cubierto. Los días siguientes las religiosas se van dispersando en busca del refugio familiar o alojándose en casas de personas piadosas de distintas poblaciones.

La madre Rosario de Soano halla cobijo provisional en la casa de Carmen dels Mudets, situada en la plaza de la iglesia. Posteriormente encuentra amparo en casa de una pobrecita viuda, sita en la calle Sati 18, hoy calle San Juan. En esta situación

de catacumbas pasa casi un mes. La madre Serafina de Ochovi, por su parte, con la hermana Benjamina de Gama que salvará la vida y relatará los hechos, encuentra también piadoso refugio en la casa de Carmen dels Mudets. En ella permanecerá hasta que los milicianos la vengan a recoger para el martirio. Francisca Javier de Rafelbuñol halla amparo en su pueblo natal y en la casa paterna. En ella residirá, acudiendo cada día a los trabajos que le encarga el Comité, hasta el 27 de septiembre en que la recogerán, con su hermano José y su tío Juan Bautista, sacerdotes, para darles el consabido paseíllo.

Informado el Comité de Puzol, Valencia, del refugio donde se encontraban escondidas las madres Rosario y Serafina, un grupo de milicianos de Massamagrell, «el Cacahuero, el Músic y el Furo», van en su busca con algunos otros del Grao de Valencia.

> «El día 21 de agosto de 1936 —dice sor Benjamina de Gama—, a las seis de la tarde, me detuvieron con la madre Serafina; me encontraron en el sitio donde estaba escondida, me dijeron que a quién tenía miedo y les dije que a ellos; me hicieron bajar de muy malas maneras a donde estaba la madre».

A las ocho de la tarde llegó a la puerta el coche de la calavera, llamado «El fantasma», y que no era sino el coche del señor arzobispo de Valencia, requisado y pintado de negro y con una calavera encima. Con la madre Rosario de Soano, que detuvieron en otro refugio diferente, las hacen subir entre gritos e insultos. Las tuvieron detenidas en la calle Mayor, frente al Sindicato. Y la gente decía: «¿Ya os las lleváis?».

En Rafelbuñol paran en el Sindicato para recoger al P. Leandro de Losa del Obispo, capuchino. Y, alrededor de las once, llegan a Puzol y entran en el Comité, que es el convento de las Hermanitas de los Pobres.

> «Al bajar del coche —dice Benjamina de Gama— de miedo que tenía, pues nos pensábamos que nos dejaban por el camino, yo iba en medio de las madres Rosario y Serafina. Nos pasaron a una habitación. Ellas se sentaron en dos sillas y yo en un colchón en el suelo. Las tres rezábamos y nos preparábamos para morir».

Les llevan algo de cena pero, como es tarde, les dicen que al día siguiente las juzgarán. A la hermana Benjamina la pasan a otra habitación contigua. Ella, sin decir nada y sin saber cómo,

se fue. Hay en dicha habitación dos milicianas en una cama, y en un colchón en el suelo está Asunción Izquierdo, de Massamagrell, a quien conoce la hermana Benjamina. Le dicen que se acueste con ella. Ésta, viendo que Benjamina lleva aún el anillo de virgen consagrada, le dice que se lo quite, ya que la puede comprometer. Y así lo hace, colocándoselo en uno de los dedos del pie.

Al día siguiente, lo mismo a Asunción que a las madres, les hacen trabajar mucho. A eso de las nueve la llaman para desayunar. Acude a una habitación donde están las madres sentadas a una mesa, y un miliciano a cada lado. Hay mucho desorden de cosas, que han requisado, tiradas por el suelo. Benjamina, ya desde la noche anterior, no puede hablar con las madres ni una palabra. El café con leche que les llevan no lo quieren tomar.

Las madres llevaban un pañuelo negro a la cabeza y un miliciano les dice que para qué lo quieren, que se lo quiten... Las tratan muy mal y les hacen trabajar mucho. Tienen las manos quemadas de limpiar somieres y de fregar.

Las matan esa misma noche del día 22 al 23 de agosto de 1936. Al día siguiente, Carmen, la miliciana, también llamada la «Homenca» por su aspecto varonil, dice a sor Benjamina: «Ya he matado a tus compañeras». Y sor Benjamina le pregunta: «¿Cómo tienes valor para hacer eso?». Y ella le responde: «¡Tengo unas ganas de matar...!».

Dicha miliciana es, según las actas martiriales, la que da el tiro de gracia a los ajusticiados. Tenía entonces unos veinte años.

A la hermana Benjamina, que salva su vida por ser joven y porque la creen una pobre infeliz, la dedican a cuidar y enseñar a los niños. Después de dos años va un miliciano a visitarla a la escuela en que ésta ejerce dicho ministerio, la muestra un anillo y le pregunta: «¿Conoces este anillo?». A lo que la hermana Benjamina le contesta: «Sí, es de una de las madres».

Y el miliciano le dice que, cuando iban a fusilar a la hermana, ésta se quitó el anillo, lo depositó en su mano y le dijo: «Toma, te lo entrego en señal de mi perdón».

Los restos mortales de la Beata Rosario de Soano y Serafina de Ochovi aparecen en Mas Maciá, en el Camino de Tránsitos de Puzol, en cuyo cementerio, y por el momento en lugar

desconocido, reposan. A su muerte contaban 70 y 64 años respectivamente.

El capuchino P. Ludovico de Castellón, director espiritual que era de la madre Rosario de Soano, asegura que dicha madre le había pedido permiso para ofrecerse a Dios como víctima de expiación por los pecadores, por la Iglesia y por la congregación y morir mártir, si llegase el caso. El P. Ludovico le concedió el permiso y el Señor, sin duda, le otorgó la gracia.

Por su parte, la hermana Francisca Javier de Rafelbuñol estuvo en la casa paterna. La tarde misma del 27 de septiembre, festividad de la Virgen del Milagro, patrona del pueblo, es recogida y, antes del amanecer del día siguiente, es martirizada junto a las tapias del cementerio de Gilet, Valencia. Ya malherida, cuando la miliciana Emilia Icardo Bellver, alias «Julieta», le va a dar el tiro de gracia, le dice: «Que Dios os perdone, como yo os perdono». La misma miliciana, tiempo después, referirá los hechos en el pueblo.

Ya en 1933, cuando las cosas se ponían oscuras en el suelo patrio, pues parecía que el infierno se había propuesto descatolizar a la católica nación de España, el venerable Luis Amigó escribía a sus hijas terciarias capuchinas desde Colombia:

> «Ciertamente que no lo ha de conseguir, pues, cuanto más perseguidos, más se enfervorizan los católicos, y no dudo que hay pasta de mártires, si a tanto llegase la persecución».

Estas tres heroínas de la fe no defraudaron, tenían pasta de mártires. Y murieron, como mueren los valientes, como mueren los santos, perdonando serenamente.

Las tres fueron beatificadas el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

AGRIPINO GONZÁLEZ, TC

Bibliografía

Bibliotheca sanctorum. Appendice seconda (Roma 2000) 1173-1174.
GONZÁLEZ, A., *Martirologio amigoniano* (Valencia 2001) 259-293.
— *Meditación del cuadro* (Valencia 2002) 97-102; 115-120; 153-159.
Martyrologium romanum, o.c., 448, 13*; 510, 11*.
VIVES AGUILELLA, J. A., *Fortaleza y ternura* (Valencia 2001).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

BEATO JUAN (PROTASIO) BOURDON

Presbítero y mártir († 1794)

Juan Bourdon nació el 3 de abril de 1747 en Sées, Orne, hijo de un carretero. En su juventud se decide por la vocación religiosa e ingresa en la Orden capuchina, haciendo su profesión solemne, con el nombre de fray Protasio, el 27 de noviembre de 1768 en el convento de Bayeux. Se ordena sacerdote en 1775. Es enviado a la casa de Honfleur, junto al Santuario de Nuestra Señora de las Gracias, del que llegará a ser rector. Luego es enviado a la casa de Sotteville, junto a Ruán, como guardián.

Allí estaba ejerciendo sus deberes como sacerdote y como responsable de la comunidad cuando llegó la Revolución y empezaron las nuevas leyes. Él declaró su voluntad de seguir viviendo en su casa religiosa (26 de agosto de 1791), pero en la Pascua de 1792 fue con los demás religiosos expulsado del convento. No queriendo marchar al destierro, decidió quedarse en Ruán, y aquí fue arrestado y sometido a interrogatorio el 10 de abril de 1793. En él manifiesta su negativa a prestar los juramentos que se le piden y su total adhesión a la causa de los refractarios, siendo por ello llevado preso al exconvento de Saint-Vivien. Los esfuerzos de su familia por liberarlo fueron en vano. El 9 de marzo de 1794 es enviado a la deportación, y consta su presencia en Rochefort el 12 de abril siguiente. Hizo cuanto pudo por ayudar y consolar a sus hermanos de cautiverio, poniendo una gran caridad y afabilidad al servicio de la fraternidad entre todos los presos. Contagiado, muere el 23 de agosto de 1794.

Fue beatificado el 1 de octubre de 1995 por el papa Juan Pablo II.

BEATOS CONSTANTINO CARBONELL SEMPERE, PEDRO GELABERT AMER, RAMÓN GRIMALTÓS MONLLOR

Religiosos y mártires († 1936)

Luego de que el día 19 de agosto de 1936 fuera asesinado el superior de la residencia de los jesuitas de Gandía, Beato Tomás Sitjar, el día 23 en Tavernes de Valldigna fueron martirizados por su condición de religiosos otros tres jesuitas.

Era el primero el P. CONSTANTINO CARBONELL SEMPERE, quien había nacido en Alcoy, Alicante, el 12 de abril de 1866. Muertos sus padres quedó al cuidado de unos tíos suyos. Marcha con ellos a La Mancha y aquí estudia el bachiller, y el año 1884 ingresa en el famoso colegio del Patriarca de Valencia. Dos años llevaba estudiando en este colegio cuando decide ingresar en la Compañía de Jesús (16 de noviembre de 1886), en la que hizo la profesión religiosa y recibió el sacerdocio en 1901. Pasa por las casas de Orihuela, Gandía, Barcelona, Roquetas y Alicante, y en 1929 regresa a Gandía donde se dedica, ante todo, al ministerio del confesonario y la dirección espiritual. En esta casa estaba destinado al tiempo de la revolución de julio de 1936 como ministro y operario, y desarrollaba con mucho celo su ministerio sacerdotal.

El segundo mártir era PEDRO GELABERT AMER, que había nacido en Manacor, en la isla de Mallorca, el 29 de marzo de 1887. Trabajó con sus padres en las tareas del campo. Le gustaba ser monaguillo. A los 15 años se colocó como albañil. Sintiendo la vocación religiosa, había ingresado en la Compañía de Jesús el 9 de febrero de 1907, haciendo la profesión religiosa como hermano coadjutor y siendo destinado a las casas de Palma de Mallorca, Veruela, Alicante y por fin Gandía, donde desempeñaba los oficios de mecánico y electricista al servicio de la comunidad. Había hecho los últimos votos el 15 de agosto de 1917.

El tercer mártir era RAMÓN GRIMALTÓS MONLLOR, nacido en La Pobla Llarga, Valencia, el 3 de marzo de 1861. Ayuda a sus padres en el trabajo del campo y lleva una juventud pura y piadosa, realizando notables acciones apostólicas en su entorno. Decidida su vocación religiosa, ingresa en la Compañía de

Jesús el 1 de julio de 1880 y profesa los votos religiosos como hermano coadjutor, siendo su última profesión el 15 de agosto de 1900, luego de veinte años de servicios a la comunidad en el colegio de Sarriá, siendo luego destinado a la casa de Gandía en la que ejercía las funciones de encargado de las compras, encargado igualmente de despertar a la comunidad y se ocupaba de numerosos servicios domésticos a la comunidad religiosa y cuidaba igualmente de la huerta y la vaquería.

Los tres mártires fueron fusilados en las cercanías del pueblo de Tavernes y fueron beatificados el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATOS FLORENTÍN PÉREZ ROMERO Y URBANO GIL SÁEZ

Religiosos y mártires († 1936)

Eran dos religiosos de la comunidad de los Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores, de la casa de Godella, Valencia, que era la casa-noviciado. El día 22 de julio de 1936 un grupo de milicianos asalta la casa y los religiosos son objeto de vejaciones y malos tratos, incluyendo el cruel y repetido simulacro de su fusilamiento. Al tercer día del asalto, cuando encerraron en el coro a todos los religiosos, al ver que almacenaban colchones en la iglesia, el P. Florentín creyó que intentaban prenderles fuego para que los religiosos ardieran vivos, y hubo que calmarlo pues tuvo un ataque de nervios. Al cuarto día los dejaron salir, y el P. Florentín junto con el hermano Urbano fueron alojados en la casa del P. Román Sanz Poveda y de su hermana Concepción. Allí estuvieron cerca de un mes, pero un día por la mañana llegaron los milicianos y se llevaron al P. Florentín y al hermano Urbano con el pretexto de que tenían que hacerles algunas preguntas. Los retuvieron presos varios días y les llevaba la citada familia la comida, estando el P. Florentín muy decaído y asustado. Al cabo de esos días los sacaron a los dos de noche, y la mujer del carcelero les dio bufandas porque hacía frío, pero ellos se dieron cuenta de que los

iban a matar y se entregaron a la voluntad de Dios. En efecto, los fusilaron a la salida de la carretera de Pobla de Vallbona a la general de Liria-Valencia.

Éstos son sus datos personales:

FLORENTÍN PÉREZ ROMERO nace en Valdecuenca, Teruel, el 14 de marzo de 1902. Quedó huérfano de padre muy pronto y su madre, en situación de mucha pobreza, se vio obligada a internarlo en el Asilo de San Nicolás de Bari, de Teruel, regentado por los religiosos terciarios capuchinos. Allí aprende las primeras letras, hace la primera comunión y se muestra como un chico de buena índole y buenos sentimientos. Llegado a los 17 años elige la vida religiosa e ingresa en la congregación de los citados religiosos, haciendo la primera profesión el 15 de septiembre de 1921. Hace los pertinentes estudios eclesiásticos en la Fundación Caldeiro de Madrid, en la que hace la profesión perpetua el 15 de septiembre de 1927. Se ordena sacerdote el 17 de junio de 1928 en Segorbe por el venerable Luis Amigó, fundador de la congregación. Pasa un año en el reformatorio de Pamplona y en julio de 1930 es destinado al convento de Nuestra Señora de Monte Sión, de Torrent, Valencia, donde hizo una magnífica labor en el colegio y con los jóvenes de la Pía Unión de San Antonio, formando él la *schola cantorum* con la que se dio gran solemnidad a las funciones religiosas. En septiembre de 1935 pasa a la casa-noviciado de Godella, de donde saldrá ya para el martirio. Era persona de carácter bondadoso que se ganaba enseguida el afecto de todos; era bueno, piadoso y muy sensible.

URBANO GIL SÁEZ nace en la masada de Colinas, en Bronchales, provincia de Teruel y diócesis de Albarracín, el 9 de marzo de 1901. Al quedar muy pronto huérfano de padre, ingresa en el ya citado Asilo de San Nicolás, de Teruel. Llegada la adolescencia opta por la vida religiosa e ingresa en el noviciado de la Congregación de Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores el 12 de abril de 1917 y emite sus primeros votos en Godella el 12 de abril de 1919. Pasa primero al convento de Monte Sión, de Torrent, y en junio de 1920 a la Escuela de reforma del Salvador, de Amurrio, Vizcaya, donde hace con los jóvenes un excelente trabajo. Solicita poder estu-

diar para sacerdote pero no se le concede y entonces hace la profesión perpetua como hermano coadjutor el año 1928. Pasará por varias casas de la congregación hasta que en septiembre de 1935 pasa a la casa-noviciado de San José, de Godella, y aquí atienden su segunda petición de iniciar los estudios eclesiásticos, pero no había hecho más que iniciarlos cuando le llegó la hora del martirio. Era un religioso ejemplar, laborioso, entregado, lleno de caridad y piedad y con una alegría espontánea y contagiosa, y se le tenía por un gran pedagogo.

Ambos fueron beatificados el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO FRANCISCO DACHTERA

Presbítero y mártir († 1943)

Nació en Salno, Polonia, el 22 de septiembre de 1910, hijo de un maestro de escuela, siendo el clima de su hogar de mucha religiosidad. Hizo los estudios sacerdotales en el seminario de Gniezno-Poznan. Se ordenó sacerdote el 10 de junio de 1933. Fue primero vicario en la parroquia de la Virgen María en Inowclaw, luego pasó a Bydgoszc y enseñó religión en un instituto, escribiendo él el libro de texto. En 1939 sacó la licenciatura en teología. Llamado a ser capellán militar, debió marchar al frente al empezar la II Guerra Mundial y muy pronto fue cogido prisionero (19 de septiembre de 1939). Recluido primero en el campo de prisioneros de Rothenburg, de donde fue llevado al de concentración de Buchenwald en marzo de 1940, y luego al de Dachau en 1942. Se hicieron con él experimentos médicos, como con tantos otros prisioneros, y de resultas de ello murió el 23 de agosto de 1943. Había tratado de animar y aliviar a sus compañeros de prisión, lleno de verdadera caridad cristiana.

Fue beatificado el 13 de junio de 1999 por el papa Juan Pablo II.

24 de agosto

A) Martirologio

1. Fiesta de San Bartolomé, apóstol **.
2. En Claudiópolis (Honoriade), San Tación (fecha desconocida), mártir.
3. En Saint-Ouen (Francia), San Audoeno o Ouen († 684), obispo de Rouen *.
4. En el monte Olimpo (Bitinia), San Jorge Limniota († 730), monje, martirizado por ser defensor de las sagradas imágenes *.
5. En Lima, Perú, Santa Rosa († 1617), cuya memoria se celebró ayer.
6. En Angers (Francia), Beato Andrés Fardeau († 1794), presbítero y mártir *.
7. En Nápoles (Campania), Santa Juana Antida Thouret († 1826), virgen, fundadora de las Hermanas de la Caridad **.
8. En Marsella (Francia), Santa Emilia de Vialar († 1856), virgen, fundadora de las Hermanas de San José de la Aparición **.
9. En Valencia, Santa María Micaela del Santísimo Sacramento Desmasières († 1865), virgen, fundadora de la Congregación de Esclavas del Santísimo Sacramento y de la Caridad, cuya memoria se celebra en España el día 15 de junio **.
10. En Tulcán (Colombia), Beata María de la Encarnación Vicenta Rosal († 1886), virgen, fundadora de las Hermanas Betlemitas **.
11. En el campo de concentración de Dachau (Baviera), Beato Maximiano Bienkiewicz († 1942), presbítero y mártir *.
12. En Dresde (Alemania), beatos Ceslao Jozwiak, Eduardo Kazmierski, Francisco Kesy, Eduardo Klinik y Jarogniew Wojciechowski († 1942), mártires **.

B) Biografías extensas

SAN BARTOLOMÉ

Apóstol († s. I)

El nombre de Bartolomé es un patronímico que significa «Hijo de Tholmai», derivado del arameo a través del griego. El nombre de Tholmai aparece en el Antiguo Testamento (Núm 13,23; 2 Sam 3,3), y Josefo lo cita en la forma griega, «Tholomaios» *(Antigüedades,* XX, I,1).

Del apóstol Bartolomé el Nuevo Testamento no conoce más que el nombre, consignado en las cuatro listas del colegio apostólico (Mt 10,3; Mc 3,18; Lc 6,14; Hch 1,13).

Aunque el cuarto Evangelio no menciona a Bartolomé, señala por dos veces la presencia cerca de Jesús de un discípulo llamado Natanael, nombre derivado también del arameo, que quiere decir «Don de Dios». Se plantea la cuestión de saber si Bartolomé y Natanael son el mismo personaje. Esta identificación es muy posible, puesto que Bartolomé es un simple patronímico, como Barabbas o Barjona, que puede usarse solo, pero supone, naturalmente, un nombre propio.

Pero, además, esta identificación es muy probable porque la vocación extraordinaria de Natanael, consignada en el cuarto Evangelio, no parece que fuera estéril. A continuación del relato de su primer encuentro con Jesús, San Juan introduce a nuevos personajes que comienzan a relacionarse con el joven Maestro, y uno de ellos debió ser nuestro apóstol.

> «Al otro día, queriendo Jesús salir hacia Galilea, encontró a Felipe, y le dijo: Sígueme. Era Felipe de Betsaida, la ciudad de Andrés y de Pedro. Encontró Felipe a Natanael, y le dijo: Hemos hallado a aquel de quien escribió Moisés en la Ley y en los Profetas, a Jesús, hijo de José de Nazaret. Díjole Natanael: ¿De Nazaret puede salir algo bueno? Díjole Felipe: Ven y verás. Vio Jesús a Natanael, que venía hacia Él, y dijo de él: He aquí un verdadero israelita en quien no hay dolo. Díjole Natanael: ¿De dónde me conoces? Contestó Jesús y le dijo: Antes que Felipe te llamase, cuando estabas debajo de la higuera, te vi. Natanael le contestó: Rabbi, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel. Contestóle Jesús y le dijo: ¿Porque te he dicho que te vi debajo de la higuera crees? Cosas mayores has de ver. Y añadió: En verdad, en verdad te digo que veréis abrirse el cielo y a los ángeles de Dios subiendo y bajando sobre el Hijo del hombre» (Jn 1,43-51).

Este Natanael, que tan cumplido elogio mereció de Cristo, era de Caná (Jn 21,2), dato que consigna San Juan al presentarle por segunda vez, cuando la pesca milagrosa en el Tiberíades después de la resurrección del Señor. Era también amigo de Felipe, como acabamos de ver, y quizá esta amistad sea la razón de que Bartolomé y Felipe formen pareja en la lista de los apóstoles que traen los sinópticos, lo cual confirma la tesis de que Bartolomé y Natanael son una sola persona.

Las objeciones en contra no tienen peso. Porque si en antiguos catálogos de apóstoles figuran como distintos, también son distintos Pedro y Cefas, con lo que pierden toda autoridad tales documentos. Y si San Agustín se inclina igualmente a distinguirlos *(Comm. in Io.,* I, 843), y le sigue San Gregorio Magno, lo hace dando una interpretación demasiado personal al pasaje: «¿De Nazaret puede salir nada bueno?», que le descubriría como «doctor de la Ley», demasiado suspicaz para que Cristo le admitiera como apóstol, lo cual está en contradicción con el elogio del mismo Cristo y se explica suficientemente admitiendo que Natanael no dominara del todo sus sentimientos de paisanaje. Caná y Nazaret eran poblaciones demasiado cercanas para que entre ambas no hubiera rivalidades.

Probada de esta forma la identidad de Bartolomé y Natanael, recapacitemos un instante sobre su primer encuentro con Jesús. Alma noble e impresionable, sin dobleces ni recovecos, manifiesta con todo candor sus emociones, pasando de la duda a la admiración y a la entrega. Juega Jesús con esta fogosidad del discípulo, y le prepara ya desde ahora para las grandes teofanías y revelaciones.

Lo de la higuera fue un simple destello de su sabiduría divina. «¿Porque te he dicho eso crees? Cosas mayores has de ver». La primera gran manifestación llegará a los tres días, y precisamente en Caná, para que obrando allí el prodigio desaparezca toda sospecha contra el descendiente de Nazaret. Porque en el reino de Dios no hay compromisos aldeanos de patria o lugar, de carne o sangre.

En Caná, patria de Bartolomé, asistió Jesús con su madre y sus discípulos a aquella boda que envidiarían los esposos jóvenes de todos los siglos. En ella convirtió el agua en vino y elevó el contrato a sacramento, el amor humano a caridad sobrenatural, dando así su regalo nupcial anticipado a todos los matrimonios cristianos.

El maestresala, atolondrado con el apuro de faltar el vino no sabía la procedencia del vino nuevo; pero sí estaban al tanto de ello los criados, que llenaron de agua hasta rebosar las ánforas de las abluciones. Ciertamente que Jesús había hecho una espléndida manifestación de su gloria y con razón podían creer en

él sus discípulos. ¿Sería descabellado imaginarnos un aparte de Felipe a Bartolomé al gustar el vino milagroso: «¡Qué! ¿Puede salir algo bueno de Nazaret?».

Y aquello era sólo el comienzo. Restaban mayores cosas, no tanto por los prodigios espectaculares cuanto por la intimidad con el Señor. ¡La dicha de convivir hora a hora con el Maestro! Jesús va moldeando a sus discípulos como el alfarero el dócil barro. La materia prima es buena, la gracia divina hará lo demás. Los apóstoles fueron la mejor obra artesana del Carpintero de Nazaret.

El Evangelio, parco siempre y contenido, no desciende a muchos detalles que saciarían nuestra devota curiosidad; pero a través de sus páginas podemos seguir las andanzas del colegio apostólico. Presididos por el Maestro recorren, en continuo trajín pueblos y aldeas, predican en sinagogas y plazas, a las orillas del lago o en los repechos de la montaña. Las turbas les acosan, sin darles lugar a descanso, «pues eran muchos los que iban y venían y ni tiempo de comer les dejaban» (Mc 6,31).

Esto de la comida era frecuente, como cuando se percatan, después de haber subido a la barca, que han olvidado proveerse de pan (Mt 8,14), o cuando tienen que comer espigas de los sembrados, desgranándolas con las manos, lo que provoca un conflicto con los fariseos, por ser día de sábado (Mt 12,1), o buscan higos en la higuera estéril (Mt 21,18).

De dormir tampoco andarían muy sobrados. El Señor pasaba las noches en oración y sus discípulos procurarían imitarle. Pero es que les vemos en diferentes ocasiones cruzando el lago de noche, para aprovechar el tiempo, como después de las dos multiplicaciones de los panes y los peces, y puede que también durante la tempestad, cuando el mismo Señor, rendido, se durmió en la navecilla (Mt 8,24).

Era la vida errante que Cristo había mostrado al discípulo tímido que deseaba seguirle. «Las zorras tienen sus guaridas y las aves del cielo sus nidos, pero el Hijo del hombre no tiene donde reposar su cabeza» (Lc 9,58).

Y como él, los suyos. Dependían de la caridad ajena, de los amigos que les invitaban a comer, del socorro de las santas mu-

jeres o de la administración tacaña de Judas, que, como ladrón, robaba de la bolsa común (Jn 21,5).

¿Cuál era la condición de los apóstoles? En lo social pertenecían a lo que podríamos llamar una clase media acomodada. Juan y Santiago, los hijos del Zebedeo, tenían un próspero negocio de pesca, con barca propia y criados. Similar era la situación de Simón y Andrés, y por el estilo la de Felipe y Bartolomé, los galileos que vivían en la región ribereña del lago. Probablemente alternaban el oficio de la pesca con otras profesiones artesanas, o con el pastoreo y la labranza.

En lo cultural poseían la instrucción de los de su clase, basada en un conocimiento suficiente de la Ley y la literatura religiosa judía, y seguramente sabían, además del arameo, el griego común, la lengua que se hablaba en Cafarnaún y sus aledaños, por ser nudo de comunicaciones y comercio.

En lo religioso eran almas sinceras, asiduos a la sinagoga los sábados, cumplidores sin escrúpulos nimios de la Ley, encendidos en la esperanza del Mesías, entregados de lleno al ideal de salvación de Israel que el Maestro predicaba, aunque algunas veces se dejaran llevar de interpretaciones algo terrenas.

¿Cómo se manifiestan los apóstoles? Con una mezcla muy humana de buenas cualidades y defectos. Son generosos, lo han dejado todo, sus casas, su familia, sus amistades, su profesión... Han roto todos los lazos que les unían a cosas tan queridas y entrañables, y se han lanzado a la gran aventura. Son leales a su Maestro, y tiemblan la noche de la cena, cuando les anuncia que entre ellos se encuentra un traidor. Piden al Señor que les aumente la fe, que les enseñe a orar, que les explique las parábolas, todo lo cual denota una enorme buena voluntad y un deseo grande de aprovechamiento.

Junto a estas excelentes cualidades apuntan las imperfecciones. Son puntillosos, buscan los primeros puestos, quieren figurar. Son cobardes cuando regresa Jesús a Judea y cuando le abandonan la noche del prendimiento. No entienden tampoco la Pasión, por más explicaciones y anuncios que el Señor les da. Mas Jesús, con paciencia infinita, les va instruyendo y formando, aunque deje también para el Espíritu el completar interiormente su obra. Alterna la teoría con la práctica y por dos veces

les envía a evangelizar los poblados galileos, concediéndoles poderes de arrojar los demonios y realizar milagros.

Ellos volvieron radiantes por el fruto cosechado, y entonces Jesús exulta de gozo, porque su Padre revela estas cosas a los pequeñuelos y se las esconde a los sabios y prudentes.

Fueron tres años de trabajo y convivencia que dejaron en su alma un poso inolvidable. Jesús los destinaba a ser sus sucesores en el ministerio pastoral. Ellos gobernarían la grey cristiana y les concedió amplísimos poderes. Les transmitió su sacerdocio, con la potestad de ofrecer el sacrificio de su cuerpo y sangre y administrar los sacramentos, signos eficaces de la gracia. Les encomendó el depósito de su doctrina, haciéndolos maestros y doctores.

Tenían que superar la hora de la prueba, cuando fue como si todo se derrumbara. Ya lo había predicho el Maestro: «Todos padeceréis escándalo por mí esta noche». Ellos, que esperaban había de redimir a Israel...

Mas ¡qué sobresalto cuando empiezan a llegar noticias confusas de que vive! Y aquella misma tarde del domingo, estando en el cenáculo con las puertas cerradas, se les aparece Jesús: «La paz con vosotros. Yo soy; no temáis. Mirad mis llagas». Allí estaba también Bartolomé, que no faltó a la reunión de los hermanos, como Tomás, apóstol individualista. Y también estuvo con otros siete discípulos la noche aquella en que Pedro, recordando su juventud, dijo:

—Voy a pescar.

Y los demás dijeron:

—Vamos también nosotros contigo.

Era al filo de la madrugada, cuando una sombra gritó desde la orilla:

—Muchachos, ¿tenéis algo que comer?

—No —contestaron ellos secamente.

—Pues echad la red a la derecha del navío.

Y no podían sacar las redes por la abundancia de la pesca. Entonces Juan, el más joven, susurró a Pedro:

—Es el Señor.

Y Pedro, impetuoso, sin esperar a que la barca llegara a la orilla, se lanzó a nado, porque estaban cerca de la costa.

Después fue la ascensión del Señor desde el monte Olivete. Y diez días más tarde la efusión del Espíritu Santo, y la proclamación de la Iglesia, y las primeras conversiones, y los primeros fieles, y la comunidad de todos, hasta formar una sola alma y un solo corazón.

Pero el Maestro había dicho que predicaran en todo el mundo. ¿Adónde marchó San Bartolomé? Todo es oscuro y confuso en su vida, emborronado por la literatura apócrifa y la leyenda. Según las *Actas de Felipe* habría predicado en Licaonia y en la Frigia; según el *Martirio de San Bartolomé,* pasión legendaria de la que se conservan dos redacciones, una en griego y otra en latín, habría predicado en el Ponto y el Bósforo; según la tradición que se remonta a Panteno y recoge Eusebio en su *Historia eclesiástica,* habría predicado en las Indias, entendiendo por tales las Indias orientales, donde habría llevado el Evangelio en arameo escrito por San Mateo; o a un país vecino a Etiopía o a la Arabia Feliz, según las referencias que tomaron los historiadores Rufino y Sócrates.

Y todavía quedan leyendas más seguras que sitúan a nuestro santo en Mesopotamia, Persia y Armenia. Allí habría predicado la fe en Areobanos, no lejos de Albak, y habría convertido a la hermana del rey, el cual, en un acceso de ira, le mandó desollar vivo y decapitarlo. Desde luego los armenios le tienen por patrono principal, y por las circunstancias de su martirio lo es también de los carniceros y curtidores.

En mis recuerdos infantiles se halla ligada la historia de San Bartolomé, patrono de mi pueblo natal, a esta coplilla que se cantaba la mañana del día 24 de agosto en el rosario de la aurora, y recoge la imagen del santo que nos ha transmitido la iconografía:

«No hay ningún santo en el cielo
que tenga la honra de Bartolomé,
porque tiene el cuchillo en la mano,
el pellejo al hombro y el diablo a los pies.
Y habéis de saber
que este Santo fue martirizado
porque predicaba nuestra santa fe».

Lo del pellejo al hombro y el cuchillo en la mano está relacionado con su martirio; lo del demonio encadenado se refiere

al milagro que hizo el santo aherrojando con cadenas al demonio que hablaba por boca del ídolo Astaroth, que engañaba a los cándidos habitantes de una de las ciudades que evangelizó.

El culto a San Bartolomé está sujeto a la crítica tanto como su propia vida. Las leyendas armenias y coptas aseguran que su cuerpo fue arrojado al mar. Teodoro el Lector y Procopio hablan de un traslado a Daras, en Mesopotamia. Gregorio de Tours dice que llegó milagrosamente a la isla de Lípari. De allí, por miedo a los sarracenos, fue transportado en 808 a Benevento, y más tarde, el año 1000, fue llevado a Roma por gestiones de Otón III, depositándolo en la iglesia de San Adalberto, en la isla Tiberina, que desde entonces se llamó de *San Bartolomeo in insula,* y llegó a ser título cardenalicio. Aunque no está claro si los beneventanos dieron las reliquias del apóstol o las de San Paulino de Nola. Sin embargo, la festividad de hoy es por esta fecha de su traslación. En la Roma medieval llegó a tener dedicadas otras muchas iglesias, lo que se explica por la gran devoción que los fieles han profesado siempre a este glorioso apóstol.

CASIMIRO SÁNCHEZ ALISEDA

Bibliografía

Acta sanctorum, 13 Junii, t.II, p.666; 24 Augusti, t.IV, p.743; t.V, p.7-108.

«Barthélemy», en *Catholicisme* (encyclopédie), I: *A-Béthel* (París 1948) cols.1269-1271.

KÜNSTLE, K., *Ikonographie der christlichen Kunst.* II: *Ikonographie der Heiligen* (Friburgo 1928) 116-120.

MÂLE, E., *Rome et ses vieilles églises* (París 1924) 138-154.

SANTA JUANA ANTIDA THOURET

Virgen y fundadora († 1826)

¿Puede una persona sufrir tanto como Juana Antida Thouret? ¿De qué pasta estaba hecha esta formidable mujer? Hay personas a quienes les sale mal algún aspecto de su vida, pero a esta pobre le salieron todos torcidos. Veamos su azarosa vida.

Esta santa fundadora de las Hermanas de la Caridad, nació el 27 de noviembre de 1765 en Sancey-le-Long, diócesis de Besan-

çon (Francia). Sus primeros años fueron un poco tristes. No gozaba de buena salud, era algo enfermiza. Cuando tenía 16 años, se le murió la madre. De esta forma, tuvo que preocuparse de ayudar mucho a su familia: a su padre y sus hermanos pequeños.

En 1787, cuando tenía 22 años, se le ocurre entrar como religiosa en la Compañía de las Hijas de la Caridad. Y fue a París. Al llegar, la maestra de novicias le preguntó de forma inocente: «¿Qué puedes hacer?». Ella contestó: «Nada».

Es decir, le parecía que ella no valía para nada. Y a propósito de esta respuesta algunos maestros espirituales hicieron serias reflexiones sobre la humildad, la autoestima y la autocompasión.

A los dos años de estar en París estalla la más grande revolución de todos los tiempos: la revolución francesa. Y ella, monja y en París. ¿Qué ocurría en esa ciudad en aquellos años? ¿Cómo podía una monja vivir en semejante lío? Repasemos un poco los apuros de la pobre Juana Antida.

— 5 de mayo de 1789. Se organizó en París un acto insospechado que no se celebraba desde 1614. La nación estaba tan entrampada, tan empobrecida, que no tuvieron más remedio que convocar los Estados Generales. Se reúnen el día 5 de mayo. Todos tratan de solucionar tan tremenda ruina. Los nobles quieren ceder sus derechos. La Iglesia quiere dar sus bienes. Todo parece que va a ir muy bien, pero las clases bajas querían otra cosa: una revolución, que las cosas cambiaran; querían que esta situación no se volviera a repetir en la vida; querían cambiar el mundo.

— 17 de junio de 1789: Empiezan los problemas. En los Estados Generales había tres grupos (clases): nobleza con 270 diputados, iglesia con 290 y el pueblo con 589. El pueblo tenía el doble número de diputados, por lo que decían que a la hora de votar no había que hacerlo por clases, sino por personas. De esta forma, siempre llevaban las de ganar. Y así se armó la primera contienda furibunda. La clase baja constituyó la Asamblea Nacional. Empezaba a sentirse un olor democrático: una persona, un voto. El rey no pintaba nada en aquella nueva organización.

— 20 de junio de 1789: La Asamblea Nacional, reunida en el frontón de Versalles, decide hacer una nueva constitución y,

de esta forma, la Asamblea Nacional pasa a ser Asamblea Constituyente porque están en la etapa de elaboración de la constitución. Empiezan los asaltos a la casa de los lazaristas con destrucción y vandalismo. El pueblo abre las cárceles y saca a todos los presos. Las masas asaltan los cuarteles y se llevan fusiles y cañones para armar al pueblo. Un joven abogado, Camilo Desmoulins, se declara «procurador general de farolas». Las farolas son las horcas.

— 27 de agosto de 1789: La Asamblea Constituyente proclama los «Derechos del hombre», antes de haberse terminado de redactar la constitución. Estos derechos son 17 artículos escritos por Lafayette. Y empiezan a declararse ilegales los conventos de religiosos.

— 12 de julio de 1790: Se firma la «Constitución civil del clero». En ella se establece que la elección de obispos y sacerdotes ha de hacerla el pueblo en el Ayuntamiento; se despoja a la Iglesia de todos los bienes y el Estado se compromete a pagar un sueldo a los clérigos, que se convertirían así en funcionarios del Estado. Los curas no quieren firmar y se arma un gran lío. Piden consejo al Papa y éste rechaza la Constitución civil del clero. Los que juraron contestan que el Papa no tiene por qué meterse en esto. Los que no quieran firmar perderán sus pagas, serán desterrados, perseguidos y muertos.

— 4 de abril de 1791: La iglesia de Santa Genoveva se transforma en un panteón pagano. Se trasladan allí los restos de Voltaire y Rousseau. Se quema por la calle la imagen del Papa. Se rompen las relaciones de Francia con Roma.

— 26 de agosto de 1791: Comienza el destierro de los sacerdotes no juramentados. En La Vendée, los católicos, con armas, defienden a sus sacerdotes.

— 30 de septiembre de 1971: La Constitución ya está terminada, por lo que la Asamblea Constituyente se convierte en Asamblea Legislativa y comienza a emitir leyes. Por entonces ya hay 400 abogados y 27 eclesiásticos juramentados, entre ellos 10 obispos.

— 26 de mayo de 1792: Los sacerdotes no juramentados tendrán 24 horas para salir de su distrito, tres días para escapar de su departamento, y un mes para abandonar el país. En

agosto se produce un asalto a las Tullerías, donde está el rey. Le llevan preso a la cárcel del Temple. Ese mismo mes quedan suspendidos todos los conventos de monjas. Empieza la vida heroica de los sacerdotes no juramentados. Tienen que vivir en el monte de mala manera; algunos son denunciados. Empieza un régimen de terror. Hay víctimas en masa, por miles. Sacerdotes y religiosos son cazados en plena calle y asesinados allí mismo. Simplemente por ser sospechosos, caen detenidos 3.000 ciudadanos. Sospechoso puede ser cualquiera.

— 21 de septiembre de 1792: Comienza la Convención. Se proclama la República, queda abolida la Monarquía. Dominan dos grupos: girondinos (con Roland) y jacobinos (con Robespierre). Se inaugura el nuevo calendario con 12 meses de 30 días. Cada mes es de tres décadas; no hay domingos.

— 21 de enero de 1793: Asesinan al rey. A las diez de la mañana llevan al rey a la plaza de la Revolución (hoy plaza de la Concordia) y lo guillotinan.

— Febrero de 1793: Cada pueblo tiene un comité revolucionario de 12 miembros, con un tribunal extraordinario de justicia. Se crea la «Junta de Salud Pública» que se ensañará con todos los sospechosos. Robespierre guillotina en París a 1.376 personas. La masacre se extiende a otras ciudades, como Nantes, y el Loira. Allí, 138 personas son ahogadas de una vez.

— 10 de agosto de 1793: En la plaza de La Bastilla hay fiesta. Proclamación de la Constitución. Colocan una gigantesca estatua de la «Naturaleza», con chorros de agua brotándole del pecho; todos beben agua de la nueva fuente de la vida. Luego van a la plaza de la Revolución y erigen la estatua de la «Libertad». Después se dirigen a la plaza de los Inválidos e inauguran otra estatua que encarna al pueblo soberano. Más tarde van al Campo de Marte, ante el altar de la patria, donde están enterrados los mártires de la libertad. Se proclama el lema de la República: «Libertad, igualdad, fraternidad». Mientras tanto, siguen los asesinatos en masa. El 16 de octubre guillotinan a la reina.

— 10 de noviembre de 1793: La diosa Razón es implantada en el altar mayor de Notre-Dame de París. Este mismo acto deberá celebrarse todos los primeros días de cada década.

— 15 de marzo de 1794: Robespierre, asustado ante tanta barbaridad, mucha de ella ejecutada por él mismo, quiere reaccionar y decreta la existencia del Ser Supremo y la inmortalidad del alma. Pero en el mes de julio los partidos de la oposición lo guillotinan.

— Febrero de 1795: Tanta barbaridad tiene que acabar forzosamente. Por estas fechas la Convención da libertad de cultos, los cuales se hacen a puerta cerrada. Poco a poco, en adelante, se abrirán los templos —hasta 20.000— que habían estado cerrados. Pero esta misma apertura trae fuertes reacciones por parte de los juramentados.

— 22 de septiembre de 1795: Napoleón sofoca levantamientos y algaradas con las tropas de la Convención. Al mes siguiente se disuelve la Convención y empieza el Directorio que dura hasta noviembre de 1799. Es una época de reconstrucción costosa. Se establecen relaciones con la Santa Sede.

— 9 de noviembre de 1799: Napoleón da un golpe de Estado y se declara primer cónsul. Inaugura el Consulado con una nueva Constitución.

¿Qué hace Juana en París, en esos años de persecución religiosa? Trabajar en los hospitales, en concreto en el hospital de Bray. Un día, por negarse a prestar juramento a las leyes impuestas por los jacobinos, un revolucionario le da un golpe tan terrible en el pecho con la culata del fusil que la deja medio muerta. Y la dejó tan mal, que aquella herida le duró toda la vida. Para ella, aquella llaga era el mejor trofeo que podía lucir como signo de su entrega a Jesucristo. Como que, repuesta del golpetazo, fue llevada a la Casa madre de París donde se vio venerada por sus hermanas, como si fuera uno de aquellos confesores que aguantaban el martirio en las persecuciones romanas.

La maestra de novicias le encargó la difícil tarea de llevar —debajo de las faldas— los ornamentos a los sacerdotes para decir la misa; éstos vivían escondidos en las casas de París y celebraban la misa como en las catacumbas. Eran otros tiempos, sin duda más heroicos que los nuestros. Heroicos porque en aquellos días podía rodar por los suelos la cabeza de cualquier rey; cuánto más fácil la cabeza de cualquier tímida monjita. De

estos servicios eucarísticos se encargaba nuestra buena amiga Juana Antida.

El año 1793 la compañía es disuelta por la revolución francesa y las monjas tienen que «salir por pies». Y nunca mejor dicho, porque Juana llegó hasta su casa, en Sancey, andando. Durante la revolución ejerció diversos servicios importantes y peligrosos: la caridad entre los más pobres y enfermos; mantuvo la fe en su parroquia, donde el párroco había sido expulsado, y fundó una escuelita para las chicas. Todo un ejercicio de valentía, porque estos servicios atendidos por religiosas estaban perseguidos.

Y tan perseguida se vio que tuvo que marchar de Francia. Se fue a Suiza y de allí a Alemania. O sea, como una náufraga, de un sitio a otro, sin lugar seguro donde meterse. Por fin, en 1799, cedió la persecución y pudo volver a su casa. Así, ese año, pudo fundar su pequeña comunidad de las Hermanas de la Caridad en Besançon, bajo la protección de San Vicente de Paúl. Y poco a poco fundó otras casas en Francia.

Se sucederán años más tranquilos:

— 1801, Juana redacta las Reglas de su congregación naciente.

— 1807, llega la aprobación diocesana de las reglas.

— 1810, tiene la aprobación civil de su congregación.

— 1810, la llama el rey de Nápoles para fundar allí algunas comunidades.

Ese mismo año le ocurre el suceso más curioso del mundo. Al ver que la congregación va por buen camino, se le ocurre a Juana ir a Roma a pedir que aprueben las reglas de su nueva comunidad. Y efectivamente, se las aprueban. Pero, cosa que suele suceder a menudo, en Roma le dicen que haga algunas pequeñas variantes en los estatutos que ella presenta. A ella le parece que aquello no tiene ninguna importancia, pero ¡oh tiempos de intransigente galicanismo!, ella, inocente y pura, no se da cuenta del lío que se va a armar contra su propia persona.

El galicanismo consistía en pensar que todo lo galo —lo francés— debía estar por encima de cualquier otra institución, incluso por encima de la propia Iglesia romana. Las reglas de la congregación habían sido aprobadas en Francia, y no se consentía que fueran cambiadas por ninguna otra instancia, ni si-

quiera por el Papa. Efectivamente, en 1819, Pío VII aprueba las Reglas de la fundación. Y empieza entonces una nueva situación dolorosa, precisamente por la redacción de las mismas reglas en que se habían introducido algunos pequeños cambios secundarios. Se le oponen frontalmente algunas personas muy enojadas que arrastran consigo al mismo obispo de Besançon, monseñor Le Coz. Dentro del instituto hay separaciones. Por fin se expulsa a la fundadora.

Juana se vio obligada a retirarse a Besançon y desde allí iba aconsejando a todas sus hijas para que perseverasen en el servicio a los pobres, en la comunión fraterna y en la obediencia al Papa. En medio de tan rotunda desolación Juana escribió esta oración, que ha pasado al oficio del día de su fiesta:

> «Oh Dios mío, soberano del cielo y de la tierra. Tú solo eres grande, santo y omnipotente, y ante ti nada puede oponerse. Levántate, haz resplandecer tu bondad y tus antiguas misericordias. Ponte entre mí y mis enemigos. He aquí que vienen para separarme del Instituto y de la familia que me ha sido confiada. Todos hacen esfuerzos para dividirla y obtener que se rebele contra mí y contra tu santa Iglesia. Están agitados contra mí, porque he sometido a tu Vicario, el Sumo Pontífice, este Instituto y la Regla que me sugeriste, para dirigir santamente todas las hijas que me has asociado.
>
> Has inspirado a tu representante sobre la tierra que lo aprobase; él está dirigido por el Espíritu Santo, que le ha hecho aprobar, además, las modificaciones que ha creído conformes a la justicia y a la equidad.
>
> En ti solo, mi Dios, he puesto mi confianza y mi total esperanza; quien espera en ti, no se verá nunca confundido».

A pesar de estar destituida y proscrita, ella siguió trabajando y fundando comunidades en Vercelli, Turín y Roma. Llena de méritos y de sufrimientos murió el 24 de agosto de 1826, en el monasterio de Ara Coeli de Nápoles.

Fue beatificada por Pío XI el 13 de mayo de 1926; y canonizada por el mismo Pío XI el 14 de enero de 1934.

Las Hermanas de la Caridad que ella fundó son hoy más de 4.000 y están extendidas en todo el mundo. Dedican su vida a una gran variedad de servicios en beneficio de los más pobres. Las Hijas de la Caridad, sus antiguas hermanas, la tienen como una de las suyas y en el día de hoy se glorían en celebrar su fiesta.

FÉLIX NÚÑEZ URIBE

Bibliografía

CASA GENERALIZIA DELLE SUORE DELLA CARITÀ, *La beata Giovanna Antida Thouret. La fondatrice delle Suore di Carità sotto la protezione di S. Vincenzo de Paoli* (Torino 1926).

LUBICH, G. - LAZZARIN, P., *Giovanna Antida Thouret. Quando Dio ha la voce dei poveri* (Roma 1981).

MEZZADRI, L., *Giovanna Antida Thouret, il coraggio della carità* (Cinisello Balsamo 1998).

— *Sainte Jeanne-Antida Thouret (1765-1826)* (París 1999).

POUX, V., *Vita popolare della venerabile suor Giovanna Antida Thouret. Fondatrice delle suore della carità sotto la protezione di S. Vincenzo de Paoli* (Roma 1907).

SUORE DELLA CARITÀ DI S. GIOVANNA ANTIDA THOURET, *Santa Giovanna Antida Thouret, fondatrice delle Suore della Carità: 1765-1826. Lettere e documenti* (Roma 1974).

SANTA EMILIA DE VIALAR

Virgen y fundadora († 1856)

En agosto de 1835 un navío francés atracaba majestuosamente en el puerto de Argel, «la ciudad blanca». Rompen a tocar las charangas militares, y, entre los vítores guturales que lanza la multitud y el estruendo de la artillería que atruena el espacio, cuatro humildes monjitas descienden al desembarcadero y pasan entre dos filas de soldados que presentan armas. Pero no se vaya a creer que estos honores son precisamente para ellas. Es que han venido en el mismo barco que trae al nuevo gobernador general, mariscal Clauzel. Con él ha hecho también la travesía el barón de Vialar, hermano de Emilia, fundadora de un naciente Instituto —las Hermanas de San José de la Aparición— que, todavía en los primeros balbuceos de su existencia, ya se siente con bríos para llevar a las gentes mahometanas de África el mensaje de Cristo, desplegando ante ellas «todas las formas de la caridad».

Emilia Vialar había visto la luz primera en la graciosa ciudad de Gaillac, que baña con sus aguas el Tarn, en el Languedoc. La ceremonia del bautizo se celebró el 12 de septiembre de 1797 en la iglesia parroquial de San Pedro, sin alegría de campanas, toda vez que, por orden del Comité de Salud Pública, durante el «terror» habían sido descolgadas para fundirlas, convirtiéndolas en cañones, aunque con el boato y esplendidez que se podían permitir sus acaudalados padres.

Allí, en una de aquellas quintas señoriales coronadas de altas azoteas, desde las que se domina un panorama encantador, se deslizaron suavemente los años de la infancia de Emilia. ¡Con qué bella plasticidad los sintetiza la escena hogareña que nos ofrece una de sus biografías! A la sombra de una espléndida acacia, la niña aprende a leer en el libro que se abre sobre las rodillas de su mamá, la baronesa de Vialar, cuya delicada salud la obliga a pasar frecuentemente los días estivales al aire libre tendida en un canapé. «El buen Dios —dice la solícita educadora a su hijita— nos ha criado. Nos ama. ¿Lo entiendes, querida mía?». «Sí», replica Emilia con todo el fervor de su alma pura.

Pero la baronesa no puede continuar su dulce y duro magisterio, y decide enviar a su hija a la escuela. La elección no es fácil. Pese al concordato que habían firmado conjuntamente Bonaparte y el Papa, aún permanecían cerradas en la ciudad las casas de enseñanza religiosa. La única institutriz de la región era una damisela que había personificado a la diosa Razón en las sacrílegas mascaradas de los pasados tiempos revolucionarios. No hubo otro remedio. Y mañana y tarde, durante seis años las calles tortuosas de Gaillac vieron pasar a una niña de grandes ojos castaños y crenchas doradas, desbordantes de su blanca cofia, que con el cestillo al brazo se dirigía a la escuela, abierta en la ciudad por aquella infeliz. Dicho se está que entre la nueva maestra y la avisada discípula no pudo establecerse jamás ninguna corriente de simpatía.

Una tarde de septiembre de 1810 la familia de Vialar llegó a París, ebrio a la sazón con el vino espumoso de las últimas victorias imperiales, para presentar a la jovencita Emilia a las religiosas de la Congregación de Nuestra Señora, fundada en el siglo XVIII por San Pedro Fourier, que regentaban el célebre pensionado de l'Abbaye-au-Bois, cuya reapertura era reciente. Cabe afirmar que éste fue el gesto postrero de su cristiana madre, quien el 17 de aquel mismo mes expiró, rodeada de los suyos, a la prometedora edad de treinta y cuatro años. Con tan acerbo dolor se inicia el Viacrucis que tendrá que recorrer intrépidamente la futura fundadora. Sin embargo, no escalará sola la cuesta del Calvario.

A los trece años hace su primera comunión en la capilla del convento en que se educa, y Jesús toma posesión del alma de la niña. No transcurren dos sin que su afligido padre reclame la presencia de la pensionista en la morada familiar de Gaillac, tan llena de entrañables recuerdos. La colegiala, hecha ya una mujercita, retorna de París. Pasa del tibio invernadero de l'Abbaye-au-Bois a la vida de frivolidad y de chismorreo de la pequeña ciudad, con riesgo de que el céfiro engañador pueda deshojar las flores primerizas de una virtud todavía tierna y de que el jansenismo reinante corte las alas a los más ambiciosos intentos de santificación. Por eso dirá Emilia refiriéndose a esta época: «Apenas si frecuentaba los sacramentos». No importa. Ya se cuidará el Señor de que la muchacha no le olvide completamente aun en medio de las vanidades y fruslerías de una existencia más o menos mundana.

> «Un día —escribe—, estando sola en la habitación, de temporada en el campo, fui como transportada en Dios. De súbito me *sentí dominada, casi deslumbrada, por una luz brillante que me envolvía*. Parecióme que ésta venía del cielo, y allá dirigí mis ojos, poniéndome de rodillas. Esto duró sólo unos instantes, si bien el gran arrobamiento que me produjo este toque de la gracia no me hizo perder en absoluto el uso de mis facultades. El favor señalado que el Señor me concedió me impulsó a tomar la resolución de pertenecerle a Él enteramente...».

La misión solemne predicada por 1816 en la iglesia de San Pedro —la primera que se celebraba después de la revolución— afianzará los generosos propósitos de la jovencita y acabará con todas las bagatelas seductoras del mundo. A partir de este año las gracias del Señor irán cayendo en lluvia incesante sobre el alma de Emilia. Una visión inolvidable pondrá la rúbrica a estos dones maravillosos.

> «Durante una visita que hice al Santísimo Sacramento —cuenta M. Vialar— de tres a cuatro de la tarde, me hallaba sola en la iglesia, orando con calma y fervor. Tenía, a lo que me parece, la cabeza un poco inclinada, debido al recogimiento. De pronto veo a Jesucristo sobre el altar. Estaba extendido: su cabeza descansaba al lado del Evangelio, y sus pies, al de la Epístola. Los brazos del Salvador se abrían en forma de cruz. Distinguía su figura y su cabellera, que le caía sobre la espalda. Una sombra cubría parte de su sagrado cuerpo; pero el pecho, costado y pies se hacían visibles a los

> ojos de mi alma y no podría precisar si también a los de mi cuerpo: tan visibles como lo sería una persona que se colocara delante de mí. Mas lo que atraía más fuertemente mis miradas eran las cinco llagas, que yo veía con toda claridad, sobre todo la de su costado derecho. Yo clavaba mis ojos en ella; brotaban de la misma muchas gotas de sangre».

Tan grabada se le quedó a la vidente esta imagen estremecedora, que, en honor de las cinco llagas, prometió rezar diariamente cinco padrenuestros y otras tantas avemarías, promesa que las hijas de la fundadora continúan cumpliendo fielmente. Con todo, el horizonte de su porvenir no se aclara. Mientras tanto, el nuevo cura de San Pedro, reverendo Mercier, empieza a dirigir aquella alma elegida por los senderos de la paciencia, de la abnegación y de la caridad. De allí en adelante no se contentará con soportar los repentinos accesos de ira de su padre, ni las asperezas y desconsideraciones continuas de Toinon, la antigua sirvienta de la casa, sino que, dejando poco a poco los salones de Gaillac, se entregará al ejercicio de la más heroica caridad. Aquellas tertulias galantes —en que sólo se habla de modas y sucesos políticos— tienen que ceder el puesto a las visitas a los pobres, avecindados en sórdidos y malolientes tugurios. Y, por si esto fuera poco, cada mañana se dan cita en el zaguán del aristocrático hotelito de Emilia todas las miserias de la ciudad a despecho de las protestas exasperadas de la vieja ama de llaves. Ejercicio de la caridad que llega a su grado más alto en el terrible invierno de 1830, cuando las aguas del Tarn quedaron convertidas en una larga cinta de hielo.

Emilia se ha preparado contra cualquier contingencia, y, como la caridad es ingeniosa, ha hecho abrir una puerta con su escalera junto a la calle que bordea el muro de la casa, a fin de que sus pobres puedan tener acceso a la terraza sin pasar por el interior. Otras veces es ella, la señorita de Vialar, la que humildemente vestida, como una muchacha de servicio, recorre trabajosamente las callejas nauseabundas en que se cobijan sus amigos, acarreando pesados sacos de trigo. De seguro estos violentos esfuerzos le causaron la hernia, que, mal cuidada, habría de producirle la muerte años más tarde...

La noche de Navidad de 1832 será siempre una fecha histórica en los anales de la Congregación de Hermanas de San José

de la Aparición. Emilia, con otras tres compañeras suyas, se recluye en la casa que había adquirido, contigua a la iglesia parroquial de San Pedro, dentro del más riguroso secreto. Para entonces había muerto su abuelo, el barón de Portal, dejando a su nieta favorita una pingüe herencia de treinta millones de francos. Cabía financiar con tal suma la fundación que proyectaba. Y, al efecto, la hija ejemplar, temiendo la injusta oposición de su irritado padre, deposita sobre la mesa de su escritorio una carta henchida de ternura, con la que se despide definitivamente de aquel hogar tan querido, pero en el que tanto ha tenido que sangrar su corazón.

Desde el primer momento la fundadora se ha puesto bajo el patrocinio del bendito patriarca. En el Museo de Toulouse existe un cuadro de mediano mérito que hirió vivamente la imaginación de Emilia. Representa al arcángel anunciando en sueños a José el gran misterio de la Encarnación: «No temas tomar a María por esposa tuya, porque lo que de ella nazca es obra del Espíritu Santo» (Mt 1,20). También sus hijas, que ansían practicar la caridad del modo más excelso, llevarán hasta los últimos confines de la tierra el fausto anuncio de la Encarnación. Así viven por dos años, protegidas por monseñor De Gualy, nuevo obispo de Albi, mientras afluyen en gran número las jóvenes «a la Orden de Santa Emilia», como malas lenguas dicen. Es verdad que el Instituto no tiene todavía reglas ni constituciones. Pero para tender el vuelo sobre el mundo infiel le basta con el soplo del Espíritu Santo.

Y es que las misiones habían ejercido, de antiguo, un influjo perenne y avasallador en el ánimo valeroso a toda prueba de Emilia. «Sin que me diese cuenta de ello —escribirá—, notaba yo un sentimiento vivísimo que arrebataba mi corazón a los países infieles». Ya en las frecuentes visitas que solía hacer a su anciano abuelo en París, nunca dejaba de entrar en la iglesia de las Misiones de la calle de Bac. Por otra parte, sin salir de Gaillac, la pensativa joven tenía costumbre de visitar la iglesia del barrio de San Juan de Cartago, en la que había una capilla dedicada a San Francisco Javier. «A la edad de dieciocho años —precisa la santa— hice el voto de invocar diariamente a este gran santo». ¿Cómo no iba a ser apostólico y misionero el Instituto de Hermanas de San José de la Aparición?

Dios se valió de un desengaño amoroso de Agustín de Vialar, que se trasladó a Argelia, envuelta aún en el halo de la reciente conquista, para que éste llamase a su hermana por encargo del Consejo de la Regencia. Y allá se dirigen audazmente las monjitas para estrenarse, en una lucha desigual, contra la violenta epidemia del cólera que diezma espantosamente la población. Los musulmanes quedan prendidos en las mallas de una caridad tan extraordinaria. ¡Qué mejor premio para tantas fatigas y vencimientos que la frase que uno de ellos dice a Emilia de Vialar, señalando con el dedo la cruz que campea sobre su hábito, mientras siente la blandura de la mano que le venda las llagas!: «¡Sin duda alguna es bueno quien te mueve a hacer estas cosas!». Aquel puñado de almas esforzadas se multiplica. Todo está por hacer. Por eso, no bien desembarcó en Argel la fundadora, se apresuró a adquirir una gran casa, que vino a ser un asilo providencial —la «misericordia»— para los menesterosos y desvalidos. Emilia, como más tarde Carlos de Foucauld, quiere ser, sobre las arenas de África, el «hermano universal» de todos sus moradores. ¡Cuántas obras emprendidas y coronadas en dos años! Un noviciado, un hospital, una enfermería-farmacia, una escuela gratuita, un asilo...

Emilia de Vialar interrumpe brevemente su estancia en Argel para conseguir la aprobación de las constituciones y sellar la reconciliación con su apaciguado padre. Sin pérdida de tiempo regresa al continente africano. Ante ella se abre un esperanzador rosario de fundaciones y una cadena ininterrumpida de luchas y sufrimientos. Primero es Bona. «Será la Chantal, la Teresa de nuestros tiempos —escribe, aludiendo a la fundadora, su amiga Eugenia de Guérin—. Veréis las maravillas que obra». Luego, Constantina. Entre los árabes del interior la santa se pone a curar al jefe de las tribus del desierto:

> «Tanta es la confianza que le inspiro —escribirá Emilia—, que, al presentarle un remedio y probarlo yo antes para animarle a beberlo, me dijo con acento de persona ofendida: "¿Por qué haces eso? De tu mano yo lo tomaré sin recelo alguno"».

A finales de 1839 puede añadir a la lista de sus fundaciones dos casas más: una sobre la risueña colina de Mustafá y la otra en Ben Aknou. Al año siguiente prepara la instalación de una

comunidad en la regencia de Túnez, fuera de los límites de la protección francesa. Desde esta ciudad, tan populosa entonces como Marsella, sus hijas se derramarán por Susa, Sfax, La Marsa y La Goleta. Emilia de Vialar, andariega incansable —como la virgen de Ávila—, después de un largo periplo por Gaillac, París y Roma —donde echa los cimientos de otra fundación—, vuelve de Túnez a Argel. Una desatada tormenta zarandea el navío, que, por fin, de arribada forzosa, fondea en las costas de Malta. Aquí, emulando al apóstol San Pablo, desembarca y da cima a dos fundaciones más. Once meses permanece Emilia en aquella isla, floreciente de prometedoras vocaciones.

La voluntad de Dios se le manifiesta de mil maneras distintas. Unas veces será una tempestad. Otras, una simple carta. Como la llamada epistolar apremiante del reverendo Brunoni, misionero de Chipre, que solicita la ayuda de las Hermanas de San José de la Aparición. Las dos almas apostólicas se saludan en Roma junto a la basílica de San Pablo, y, en la imposibilidad de trasladarse ella personalmente, envía a dos religiosas para la isla, cuyos habitantes —cristianos y musulmanes— se apiñan, ávidos de contemplar a aquellos «ángeles bajados del cielo para bien de la humanidad». Ahora es Grecia la que requiere su presencia, y la fundadora no quiere ceder a nadie la gloria de capitanear la expedición. Parte, pues, con rumbo a Syra, Beirut y Jerusalén, la Tierra Santa por excelencia, a la que tan particular devoción profesan las Hermanas de San José de la Aparición por los recuerdos que allí se veneran de la Sagrada Familia. A las fundaciones apuntadas seguirán bien pronto las de Chío, Jaffa, Trebizonda, la isla de Creta y Belén. No se han agotado los nombres que resplandecen, como estrellas, sobre las aguas azules del Mediterráneo. Hay que agregar a ellos Saida, Trípoli, Erzerum. Finalmente Alepo, cuya fundación revistió caracteres de inconcebible odisea, y Atenas. Estas dos fueron las últimas, realizadas por la santa en 1854.

El Próximo Oriente ha podido admirar ya los raros ejemplos de caridad de las hermanas de la nueva Congregación misionera. Pero la mano de San Francisco Javier, el apóstol de las Indias, les señala el mar de sazonadas mieses que amarillean en los remotos campos de Asia. En 1856 el vicario apostólico de

Birmania busca afanosamente, por una y otra parte, religiosas que secunden la ímproba tarea de los misioneros. La madre De Vialar escoge a seis de sus hijas. Viaje épico el suyo. Aún no ha sido horadado el istmo de Suez. Y aquí cabalmente es donde los anales de la Congregación se tiñen con el reflejo de una página dorada, que recuerda la deliciosa ingenuidad de las *Florecillas* de San Francisco.

«Durante el viaje de Alejandría a Suez —cuenta una de las hermanas— un buen anciano se presenta a nuestras hermanas cada vez que se detiene el vehículo, diciéndoles: "Soy yo, hijas mías, no temáis; aquí estoy". Este anciano tenía una luenga barba y un bastón en la mano. Les tomaba los bultos y les ayudaba a bajar. Así hasta su embarco en Suez. Ya en el barco, el anciano dice a las hermanas: "¡Adiós, hijas mías, buen viaje! No temáis. Yo estoy con vosotras"».

África, Asia... Oceanía, la última parte del mundo, colmará los anhelos bienhechores de Emilia. En junio de 1854 el integérrimo benedictino español monseñor Serra, obispo de Perth (Australia occidental), viene a Europa con el designio de pedir a la madre De Vialar algunas religiosas para establecer un puesto en Fremantle. La fundadora, accediendo a sus deseos, envía cuatro hermanas a Londres. La santa ha echado la rúbrica a su obra. Pero ¡a costa de cuántas amarguras! Las fundaciones de Hermanas de San José de la Aparición han ido aprisionando el globo terráqueo como en una red de caridad. Que en el corazón de la madre Emilia ha tenido el cerco trágico de una corona de espinas...

Argel fue la primera y acaso la más acerada. Porque la fundadora tuvo que defender allí los derechos de su naciente Instituto no contra las hordas revolucionarias ni contra las autoridades anticlericales, sino contra el pastor de la diócesis. Monseñor Dupuch trata de inmiscuirse en el régimen interno de la congregación. La santa no cede, y su resistencia es calificada de abierta rebeldía. El prelado no perdonará medios para doblegarla: desde las amonestaciones más severas hasta el entredicho y la privación de los sacramentos. Tres años interminables de durísimo forcejeo.

> «Dios me ha dado un corazón fuerte —escribe con toda sencillez la fundadora a su insigne protector, monseñor De Gualy—; ninguna prueba me ha podido abatir en el pasado, y esta que me

aflige ahora no hace otra cosa que redoblar mi fuerza. Si debo pelear hasta la muerte, yo pelearé...».

El prelado, empero, no ceja en su actitud, y las Hermanas de San José de la Aparición se ven obligadas a dejar bruscamente Argel. Otro será el comportamiento de Emilia cuando monseñor Dupuch, a su vez, tenga que salir al destierro.

Gran corazón. Lo necesitaba la fundadora. Ya que, años más tarde, el huracán sacudirá, hasta derribarlos, los muros de la casa madre de Gaillac. Esta otra prueba tendrá una acerbidad singularmente dolorosa. Paulina Gineste, una de las cofundadoras, dilapidará los bienes de la comunidad y, en trance de tener que rendir cuentas de su pésima administración, se alzará contra la madre De Vialar y la llevará a los tribunales, terminando por traicionar a la fundadora y sembrar la cizaña entre las religiosas, varias de las cuales seguirán las tristes huellas de la hija pródiga. Es preciso dejar también aquel nido en que la Congregación ensayó sus primeros vuelos. Hay que partir para el exilio.

En 1847 la reducida comunidad se establece en un modestísimo local de Toulouse. Estrecheces, privaciones, sacrificios de todo género. La cruz seguirá proyectando su sombra sobre la casita de las desterradas. Y otra vez se repetirá la historia de Argel, con los mismos caracteres de incomprensión, reserva, entremetimiento. Se hace necesario pensar en otro puerto de refugio. Por fin, en agosto de 1852 la sufrida expedición llega a Marsella, la «tierra prometida», como la llaman acertadamente los biógrafos de Santa Emilia de Vialar. Cuatro años más tarde la fundadora, presa en un principio de violentos dolores, efecto no del cólera —como se temió— sino de la hernia estrangulada, descansará plácidamente en la paz del Señor. Había sido fiel a su lema: «Entregarse y morir».

Más de cuarenta misiones había fundado a su muerte el Instituto de Hermanas de San José de la Aparición. Y la esclarecida misionera —alma gigante que tan a maravilla supo conciliar, como Santa Teresa de Jesús, las dos vidas, activa y contemplativa— ascendió a la gloria de los altares el 24 de junio de 1951, juntamente con Santa María Dominica de Mazzarello, la cofundadora de San Juan Bosco. Los sagrados restos de la fundadora fueron trasladados en 1914 desde el cementerio de San

Pedro a la casa madre de Marsella. He aquí el homenaje póstumo de la Congregación de Hermanas de San José de la Aparición que, según el sentido epitafio, «gobernó (la santa) durante veinte años con una gran suavidad y un celo admirable».

JUAN JOSÉ PÉREZ ORMAZÁBAL

Bibliografía

BERNOVILLE, G., *Émilie de Vialar* (París 1953).
HOESL, P., *Sainte Émilie de Vialar* (Marsella 1951).
PICARD, L., *Une vierge française. Émilie de Vialar fondatrice des religieuses de Saint-Joseph de l'Apparition* (París 1924).
TESTAS, P., *Histoire abrégée de la vie de la Bienheureuse Émilie de Vialar, fondatrice de la Congrégation des Soeurs de Saint-Joseph de l'Apparition (1797-1856)* (Marsella 1939).
— *La vie militante de la bienheureuse mère Émilie de Vialar, fondatrice de la Congrégation des Soeurs de Saint-Joseph de l'Apparition, 1797-1856* (Marsella ^{2}1939).
• Actualización:
CAVASINO, A., *Emilia de Vialar: «Manifestare a tutti la tenerezza di Dio». Fondatrice delle Suore di S. Giuseppe dell'Apparizione, una Congregazione missionaria* (Roma 1990).
RICHOMME, A., *Sainte Émilie de Vialar, fondatrice des Soeurs de Saint-Joseph de l'Apparition* (París 1990).

SANTA MARÍA MICAELA DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO DESMASIÈRES

Virgen y fundadora († 1865)

La situación, en la pobrísima casita en que Santa María Micaela había acogido a un grupo de desgraciadas muchachas, era humanamente desesperada. Todas estaban enfermas, por haberse contagiado con la gripe. La fundadora, en un arranque de sobrehumana fortaleza, atendía, ayudada en ocasiones por los propios médicos que se sentían sobrecogidos ante tamaña grandeza, a las enfermas. Por otra parte, el dinero faltaba de manera angustiosa, y por si fuera poco, cuando la situación era más negra, uno de los mayores acreedores de la casa se había presentado a reclamar airadamente su dinero, y había amenazado con el embargo.

Entonces se veían aparecer a la puerta de la casa, y detenerse un momento, los coches señalados con el escudo de las más nobles casas de Madrid. Desde dentro, sin bajar, preguntaban sus ocupantes al portero:

—¿Vive la superiora?

—Sí, señor. Vive aún.

—Pues dígale usted de mi parte que como ella se ha querido todo esto, y lo hace por su gusto, que lo sufra.

No es más que una anécdota. Pero como ésta, podrían contarse a centenares. El estampido que en la buena sociedad madrileña causó la decisión de Micaela Desmasières López de Dicastillo y Olmedo, vizcondesa de Jorbalán, de ponerse al servicio de las pobres mujeres caídas y consagrarse a la tarea de redimirlas, era tal que, usando frase ignaciana, podríamos decir que «el mundo no tenía oídos para escucharlo». Su familia, horrorizada, deja de tratarla; sus antiguas amistades, le vuelven la cara. Personas que le debían favores, le niegan la más mínima ayuda, porque aquello no tiene ni pies ni cabeza y se va a deshacer de un momento a otro. Por encima de todo esto, Micaela del Santísimo Sacramento se mantiene firme con una grandeza de ánimo, con un espíritu de fe tan colosal, que su figura, nos atrevemos a afirmarlo rotundamente, es una de las más colosales de todo el santoral cristiano.

En la flor de la edad, a sus cuarenta y tres años, muere inesperadamente el padre, teniendo Micaela que interrumpir la educación que venía recibiendo en las ursulinas de Pau. Poco después es su hermano Luis el que en un accidente, una caída de caballo, muere en Toulouse. Su hermana Engracia, a la que una niñera imprudente llevó a presenciar la ejecución de un reo, empieza a dar muestras de perturbación mental, y termina trastornándose por completo. Su hermana Manuela, que sobreviviría a tantas desgracias, hubo de marchar al destierro, a causa de las ideas legitimistas de su esposo.

En medio de todas estas tribulaciones, María Micaela recibe una educación excepcional. Se le enseña no sólo lo que es costumbre que aprendan las señoritas de buena sociedad en aquel tiempo, sino otras muchas cosas que le han de ser excepcionalmente útiles en su futura vida de fundadora. Aprende también a familiarizarse con el dolor y la humillación. Después de tres años de limpio noviazgo, pues ella «no entendía muy bien de bodas», con un joven piadosísimo, hijo de los marqueses de Villadarias, cuando iba a celebrarse la boda se rompe el compro-

miso por cuestiones de intereses. El paso humilla a Micaela y la lanza por vez primera a la maledicencia madrileña. Ella, en sus memorias, maravilloso documento de espontáneo y naturalísimo estilo, resumirá aquel noviazgo diciendo que «todo era tomarnos cuenta de los rezos [...] y quién hacía más oración».

Pero esta extraña escuela del noviazgo, para una fundadora, se va a hacer más extraña aún cuando, muerta su madre, María Micaela acompañe a su hermano primero a París y después a Bruselas. Durante su estancia en estas dos capitales europeas, Micaela se verá obligada a hacer una vida verdaderamente extraña. La dirección de un santo jesuita, el padre Carasa, a quien su madre la ha dejado encomendada, le servirá de seguridad en dificilísimos trances. El hecho es que ha de madrugar muchísimo para hacer su oración y recibir la comunión, que toda su vida fue cotidiana. Que ha de aprovechar la mañana para sus obras de caridad. Pero que luego ha de sentarse a la mesa, acompañando a sus hermanos, y con frecuencia invitados del cuerpo diplomático, ha de salir de paseo a caballo y ha de pasar la noche entre teatros, tertulias y bailes. Nadie podía sospechar que al dolor intensísimo que le causaba su enfermizo estómago (tuvo diagnosticado el cáncer por mucho tiempo) añadía ella la aspereza de un cilicio. Ni podían sospechar tampoco, quienes la veían en la platea, que los anteojos que ella llevaba estaban dispuestos de tal manera que, aun mirando fijamente al escenario, nada se alcanzara a ver.

Su vida en París y en Bruselas fue una siembra ininterrumpida de maravillosa caridad. Pobres, enfermos, necesitados, iglesias desmanteladas..., por doquiera hubiese una necesidad, encontraban inmediato remedio en la espléndida vizcondesa. Un anecdotario copiosísimo y edificante nos demuestra la extraordinaria capacidad, hasta humana, de una mujer que sin desatender en lo más mínimo sus obligaciones (se obligó con voto a obedecer a su cuñada), desplegaba una pasmosa actividad al servicio del prójimo.

Un episodio extraño nos va a dar la medida de su extraordinaria figura. Volviendo hacia España, quiso su cuñada detenerse una temporada en Burdeos. También allí se significó María Micaela por su ejemplaridad. Un día reciben una extraña invita-

ción: el cónsul de España les ruega que vayan a tomar el té a su casa. Ellas oponen algunos reparos, y el cónsul les explica que es el señor arzobispo quien se lo ha pedido porque quiere hablar con Micaela, y no le parece oportuno ni discreto acudir al hotel en que se hospedan. Dicho y hecho: se reúnen, comienzan a conversar y el arzobispo pide a Micaela... algo verdaderamente inaudito para una muchacha seglar.

María Micaela venía oyendo la misa que celebraba un canónigo español en la iglesia de unas religiosas, sin caer en cuenta de la situación en que se encontraban. El arzobispo le abrió los ojos: contagiadas por el jansenismo, las religiosas estaban en franca rebeldía contra él, y ésta era la razón de que allí no se celebrara misa. Pedía a Micaela que interviniera para que aquella situación cesase. Y Micaela intervino. Ella nos ha contado lo que sucedió, que llega a lindar con lo increíble. Recibida con frialdad, se gana primero el ánimo de la superiora, habla después a toda la comunidad reunida, entrando para ello en clausura, llega a convencerlas de que acepten hacer unos ejercicios espirituales, preside la comunión final, con su traje seglar, en medio del coro, en lugar de la superiora, convence a un pequeño grupo que aún se resistía, y marcha de Burdeos dejando a las religiosas enteramente reconciliadas con Dios, y despidiéndola con lágrimas.

El encuentro más decisivo de su existencia iba a tener lugar en forma inesperada y claramente providencial. El padre Carasa le había encomendado, al quedar sola en Madrid, que alternara con una señora de la que Micaela, extraordinariamente parca en alabanzas, nos dice que «era santa»: María Ignacia Rico de Grande. Esa señora la llevó un día al hospital de San Juan de Dios, donde, según nos dice Micaela, «sufre el olfato, la vista, el tacto, los oídos». «Todo tiene allí su especial mortificación y es un jardín de muchas virtudes que practicar». En efecto, al hospital se acogían las pobres mujeres de la calle, al caer enfermas de sus más repugnantes enfermedades. Micaela nada sabía ni de la existencia de tales mujeres, ni mucho menos del trato vil que la sociedad culpable les daba después de haberlas corrompido.

Aquella visita fue para ella una revelación. Y cuando vio la situación, no sólo del hospital, sino, lo que era muchísimo más trágico, la que les esperaba a la salida del mismo, no pudo me-

nos de pensar que había que hacer algo. En este o aquel caso concreto las dos amigas consiguieron hallar un remedio. Pero hacía falta más: una casa en la que poder acoger a aquellas pobres mujeres, prevenir en lo posible las caídas, remediarlas cuando ya habían ocurrido.

Y así se hizo. En una insignificante casita inició María Micaela su maravillosa obra de caridad. La Comisaría de Cruzada le ofreció alguna ayuda. Se formó una junta y se preparó un sencillísimo reglamento. Pero claramente se veía que aquello no podía seguir en manos mercenarias, y que únicamente quien lo hiciera por Dios podría soportar las dificultades, las humillaciones, los desprecios que el trato con aquellas mujeres aparejaba.

Se produjo entonces uno de los episodios más dolorosos de su vida: se hicieron cargo de la casa unas religiosas francesas. Pero, desgraciadamente, pronto se vio que no habían sido leales ni en los ofrecimientos, ni en las obligaciones que habían asumido. Contra lo que habían afirmado, no tenían práctica ninguna de aquella clase de apostolado. Por otra parte, en la vida económica de la casa había muchos aspectos oscuros, obedeciendo, al parecer, a compromisos con la casa central. Lo cierto es que la situación se hizo insostenible; Micaela, apoyada por la autoridad eclesiástica que le daba plena razón, hubo de recurrir a medios extremos, y mientras, en medio de un griterío espantoso, con la casa rodeada por la fuerza pública, salían las religiosas, Micaela se hacía cargo de nuevo de las muchachas allí acogidas.

Con sobrecogedora grandeza de ánimo hizo frente a la situación. Pensando seriamente las cosas vio que Dios la llamaba a aquella tarea. Dejó su casa, se quedó a vivir con ellas, e inició ya de lleno su espléndido apostolado.

Y empieza una vida en la que, sin paradoja alguna, sino con toda verdad, se puede decir que lo sobrenatural es enteramente natural. No hay una peseta en casa, y ni siquiera carbón para encender la lumbre. A media mañana llega un religioso filipino, visita el colegio, y, entusiasmado, regala tres onzas de oro. La comida de aquel día es espléndida, y las colegialas piensan que el encender tan tarde la cocina ha sido... una broma de la superiora.

Cuando la calumnia llega hasta el mismo arzobispo de Toledo, se presenta el cura de la parroquia para quitar el Santísimo

de la casa. Micaela pide al Señor que no consienta en irse, y el ánimo del cura cambia por completo después de estar un rato de rodillas. Emocionado, se ofrece para todo lo que haga falta.

En una época de su vida un confesor duro de carácter, el padre Labarta, querrá poner coto a tantas maravillas, y le prohibirá hacer uso de lo que Dios Nuestro Señor a cada paso le revelaba. Imprudente medida que ocasiona conflictos curiosísimos. «Va a haber fuego en el altar», avisa el Señor. Y la santa no puede hacer nada que no sea disponer con disimulo un poco de agua a mano. «Te van a envenenar», y ella, ante la prohibición del confesor, se ve obligada a empezar a tomar la taza que contenía el arsénico, hasta que, ante lo repugnante del gusto, piensa que también sin revelación habría dejado aquello, y lo deja. Pero la obediencia le costará una enfermedad gravísima, y quedar al borde de la muerte. Felizmente no todos los confesores eran como el padre Labarta, y la figura celestial de San Antonio María Claret vendría en su auxilio y la ayudaría maravillosamente en los últimos años de su vida.

No hay palabras para explicar el grandioso heroísmo de la caridad de la santa. Tenía un carácter fuerte, por otra parte verdaderamente necesario si había de sacar adelante una fundación en la que se encontraban unánimes a la hora de rechazarla todos, los buenos y los malos.

Tuvo la persecución de los malos. Era lógico. Con el puñal, con el veneno, con el incendio, con la calumnia, con el pasquín, con el periódico..., con todos los medios. Repetimos que era lógico. Hombres poderosos, que se veían privados, por el bienhechor influjo de la santa, de las mujeres de quienes habían hecho objeto de su pasión, no dejaban piedra por mover a la hora de perseguirla. Temporadas enteras hubo de dormir vestida, pensando que de un momento a otro se vería asaltada la casa. Su valor fue, sin embargo, tan extraordinario que consta de alguna ocasión en que llegó a presentarse, sola e indefensa, en una casa pública, a trueque de arrebatar de allí una pobre mujer a la que retenían contra su voluntad, escena ésta inmortalizada por Tomás Borrás.

Pero acaso le tuvo que doler muchísimo más, y sin acaso, la persecución de los buenos. Un día es su mismo confesor, el padre Carasa, que, dando oídos a una hipócrita, se muestra duro y

desdeñoso con ella y se niega a atenderla. Otro día, un crédulo arzobispo, que organiza una inaudita escena, en la que insulta y rebaja hasta lo increíble a la santa. Otro, su propio Ordinario que, dando oídos a las habladurías, intenta retirar el Santísimo Sacramento de la casa. Ocasión hubo en que ella misma confesó tener enfrente prácticamente a todo el clero de Madrid.

Fue calumniada aun en las mismas cosas en que ni siquiera apariencia pudo haber de nada malo. Así, sus relaciones con Isabel II. Se obligó con voto a no pedir jamás a la reina absolutamente nada, ni para sí ni para los demás. Rehusó sistemáticamente hablar con ella de cosas que no fueran de Dios. Y a pesar de todo, se vio acusada de formar parte de la camarilla, de influir en la política, de fomentar aquellas relaciones, aceptadas por ella exclusivamente por obediencia y con una repugnancia grandísima.

Pero lo más maravilloso es y será siempre su trato con las pobres mujeres. El dominio de su naturaleza, en el cuidado de las llagas más purulentas, en la aceptación de los insultos más procaces, en la constancia y en la humillación, sobrepasa lo que puede explicarse. La pluma no encuentra palabras para ponderar la caridad admirable ejercitada por la santa a lo largo de su vida. Pero cuando recogemos los testimonios de quienes presenciaron aquellas escenas, los ojos se nos llenan de lágrimas. Parece imposible, e imposible sería sin la acción de la divina gracia, que una mujer de alcurnia sirva en los más viles menesteres a tan pobres desgraciadas. Que acepte, sin una vacilación, el constante peligro del contagio. Que salga a recoger, por las calles de Madrid, el insulto y la befa para pedir una limosna. Alhajas vinculadas al recuerdo de su madre, recibidas de la familia real, cargadas de historia de España, pasaban a las sórdidas manos de los prestamistas, a un precio irrisorio..., porque las colegialas tenían que comer y no había en todo Madrid quien quisiera dar a Micaela una sola peseta.

> «En 1850 me vine al colegio, a dirigirlo yo misma, pero me parecía que no había de poder hacer el gran sacrificio que me proponía. ¡Me hallaba tan sola [...], tan triste [...], tan despreciada de todos!».

Sola, triste y despreciada. ¡Qué tres adjetivos! Humanamente era imposible pensar que alguien quisiera compartir con ella

aquella vida. Pero cuando las obras son de Dios se hace posible lo imposible, pues él nos dijo que había venido a confundir la sabiduría de este mundo con la locura que él traía del cielo. En efecto, con vacilaciones, con deserciones dolorosísimas, pero con seguridad absoluta, el minúsculo grupo de personas que la ayudaban se fue ensanchando más y más, y quien nunca pensó en ser fundadora, se encontró un buen día al frente de una naciente congregación religiosa: las Adoratrices del Santísimo Sacramento y de la Caridad.

Durante mucho tiempo estuvieron viviendo sin regla escrita ni normas, pero con una observancia tal y un fervor tan grande que se traslucía al exterior y atraía las vocaciones. El 6 de enero de 1859, festividad de los Santos Reyes, hicieron los votos simples Micaela y sus siete primeras compañeras. El 15 de junio de 1860 emitió Micaela sus votos perpetuos. Poco a poco se fueron ordenando todas las cosas y se inició la expansión del instituto. Primero, a Zaragoza. Después a otras muchas poblaciones españolas que las llamaban con interés: Valencia, Barcelona, Burgos, etc.

También en estas fundaciones le esperaban episodios parecidos a los de Madrid. Hubo defecciones dolorosísimas, como la de la superiora de Valencia. Y embrollos humanamente insolubles. En cierta ocasión escribía a sus hijas de Madrid desde Zaragoza: «Dudo yo que haya superiora ni más acusada, ni más calumniada, ni más reconvenida. ¡Te aseguro que desmenuzan mis acciones!».

Pero entre tantas dificultades el instituto se había consolidado y la madre Sacramento podía entonar el *Nunc dimittis.* Por tres veces, en 1834, 1854 y 1855, había hecho frente a las epidemias, que la habían respetado.

Ahora, en 1865, el cólera había estallado en Valencia. Ella sabía que le esperaba la muerte, y mil indicios lo demostraron: su empeño en recorrer todas las casas, lo solemne y triste de las despedidas, el estilo de algunas cartas... y otros mil indicios no dejaban lugar a dudas. Y, en efecto, ella marchó serenamente hacia la muerte.

La casa de Valencia estaba en necesidad extrema. Pero al ver llegar a la madre todas se alegraron inmensamente. Una pena,

sin embargo, le esperaba: una de las chicas del colegio acababa de cometer un sacrilegio cuando ella llegó. Deshecha en llanto, se postraba en la tribuna de la capilla exclamando: «¿Cómo, Señor, has podido consentir tamaña ofensa en tu casa? De haber previsto tanta infamia, ¿hubiera abierto yo jamás el colegio?».

Pronto se presentó la enfermedad. «Es la última», dijo a su confesor con entera seguridad. La última, y la más dolorosa. Calambres casi continuos, acompañados de dolores agudísimos. El médico declaraba, asombrado, que nunca había visto sufrir tanto con tan extraordinario ánimo. Por fin, suavemente, abrió sus ojos, los elevó hacia el cielo y murió. Eran las doce menos siete minutos del 24 de agosto de 1865.

A las cinco de la tarde del día siguiente, sin ningún aparato, fue depositada en el nicho número 2143 del cementerio de San Martín. Harto fue conseguir que no la enterraran en la fosa común, como a las demás víctimas de la epidemia. Veintiséis años más tarde el cuerpo fue llevado a la casa de la congregación en Valencia.

La heroicidad de sus virtudes fue proclamada en 1922. Su beatificación tuvo lugar en 1925 por el papa Pío XI, que también la canonizó en 1934.

LAMBERTO DE ECHEVERRÍA

Bibliografía

AAS 17 (1925) 292-296; 26 (1934) 160-164.

ANGELO ROMANO DI SANTA TERESA, *La Beata María Michelina del Sacramento* (Roma 1925).

BARRAQUER Y CERERO, E., *La siempre calumniada* (Madrid ²1955).

BORRÁS, T., *La esclava del Sacramento (Biografía dramática en ocho capítulos)* (Madrid 1943).

CASTELLAMARE, A. DE, *Perfiles eucarísticos de Santa María Micaela del Santísimo Sacramento (Madre Sacramento)* (Madrid 1934).

FERNÁNDEZ, C., *El Beato Antonio María Claret* (Madrid 1945).

VEGAS, I. DE, *Alma de oración y de apostolado. Santa Micaela del Santísimo Sacramento* (Madrid ²1954).

• Actualización:

Historia del Instituto de Adoratrices Esclavas del Santísimo Sacramento y de la Caridad (Madrid 1995-1999), 4 vols.

PASCUAL RODRÍGUEZ, F., *Santa María Micaela. Correspondencia* (Madrid 1999).

Santa María Micaela del Santísimo Sacramento. Autobiografía (Madrid ²1992).

TOFFOLI MOYANO, M., *Estoy contigo. Pensamientos de Santa María Micaela del Santísimo Sacramento* (Madrid 1984).

VEGAS, I. DE, *El Santísimo y Santa María Micaela* (Badajoz 2002).

BEATA MARÍA DE LA ENCARNACIÓN (VICENTA) ROSAL

Virgen y fundadora († 1886)

Nació en Quezaltenango, Guatemala, el 26 de octubre de 1820, y al día siguiente fue bautizada con el nombre de Vicenta. Creció en un ambiente cristiano, donde Dios era lo primero. Hasta los últimos días de su vida recordará con alegría y devoción su primer encuentro con Jesús-eucaristía porque desde entonces se consagró a Dios y comenzó a sentirse atraída por la perenne presencia de Cristo en el Tabernáculo. Toda su vida fue profundamente eucarística.

De su adolescencia escribirá, ya religiosa, por orden de su confesor.

> «Cumplidos mis quince años y encontrándome en este tiempo inmersa en las vanidades, una hermana mía, temiendo mi perdición, me decía que profundizase en las promesas bautismales y me explicaba lo que ellas contenían, haciendo nacer en mí buenos propósitos [...] Yo me proponía enmendarme diciéndome a mí misma: "Viste elegantemente ahora, que cuando tengas veinte años llevarás el hábito de alguna Tercera Orden"».

No exagera sobre la vanidad de su juventud; cuando mira su pasado desde su vida de intimidad con el Señor y de entrega total a él, lo ve con ojos iluminados por la contemplación.

A los quince años siente la llamada a la vida religiosa. Vicenta no es amiga de introspecciones minuciosas, de vacilaciones o rémoras; cuando la voluntad de Dios se le manifiesta, ella la sigue sin dudar. Su vocación es una palabra de luz: Belén. La seguirá con la docilidad y sencillez de los pastores y los magos. El uno de enero de 1838 entra en el Beaterio de Belén en Guatemala, existente hacía dos siglos bajo la jurisdicción de los PP. betlemitas, Orden hospitalaria fundada por San Pedro José de Betancur.

Inspirado por Dios e impulsado por el deseo de responder a las necesidades urgentes de la Guatemala de su tiempo —mediados del siglo XVII—, San Pedro José de Betancur, originario de Vilaflor (Tenerife), reúne un grupo de compañeros de la Tercera Orden de San Francisco para ofrecer un servicio humilde y caritativo a los enfermos convalecientes que se veían obli-

gados a abandonar los hospitales y no encontraban, por sus condiciones de pobreza, los medios para recuperar totalmente la salud; para ayudar a los indígenas discriminados, a los negros esclavizados en las minas y a los niños que, abandonados a sí mismos, jugaban por las calles y plazas de la ciudad de La Antigua de los Caballeros. En 1658 inicia una obra a la que llama «la pequeña casa de la Virgen» —más tarde, Hospital de Belén—, lugar muy modesto donde se ejerce una caridad sin límites. El 25 de abril de 1667 el hermano Pedro muere, trazando en su testamento las líneas espirituales y normativas de la «Compañía de la Misericordia», familia betlemita de la primera hora que, confiada por Pedro a fray Rodrigo de la Cruz, se constituye en congregación.

En 1668 fray Rodrigo, fiel a los deseos de Pedro José de Betancur, da inicio a la obra de hospitalidad para la rama femenina de la Orden, aceptando el ofrecimiento de dos viudas para atender a los convalecientes. En una pobre casa inician una vida regida en todo por las Reglas de los betlemitas, enteramente entregadas al servicio generoso a los enfermos.

Casi dos siglos después, Vicenta Rosal, providencialmente conducida por Dios, llama a las puertas del beaterio. Va animada por un generoso espíritu de donación y de servicio, pero bien pronto sufre una gran decepción. Las «beatas», que, aprobadas juntamente con los padres, habían estado siempre bajo su dirección y gobierno, se dedicaban a curar a los enfermos convalecientes y dirigían una escuela de niños, pero... el fervor de sus orígenes se había enfriado. Vicenta entra en Belén atraída por el Dios Niño y por su Misterio de humillación y pobreza. En su humildad, está lejos de imaginar que Dios la ha llevado allí para hacer «florecer el desierto»; para reformar e infundir alma y vida a la obra nacida en el corazón del hermano Pedro.

Se da cuenta de que en el beaterio hay mucho espíritu de mundo, no se guarda bien la clausura, se frecuenta demasiado el locutorio, no se vive en recogimiento ni las educandas son convenientemente separadas de las monjas. Advierte la diferencia entre el beaterio y el convento de Santa Catalina que, visitado por ella antes de su ingreso en Belén, había encontrado envuelto en silencio y oración. Comienza a estudiar la historia de la

Orden betlemita, admira la vida generosa de Pedro y sus compañeros y oscila entre el deseo de quedarse en Belén, fiel a la llamada inicial, y el de pasar a Santa Catalina en busca de una vida más acorde con sus ideales y anhelos. Aconsejada por su confesor, decide comenzar el noviciado. Viste el hábito el 16 de julio de 1838, en una ceremonia presidida por fray José de San Martín, prior del convento de los betlemitas. Esta ceremonia de la vestición de Vicenta, que desde este día toma el nombre de María de la Encarnación del Sagrado Corazón de Jesús, está llena de presagios, parece como si recibiera la consigna de prolongar en el tiempo la espiritualidad de la Orden...

En el noviciado se dedica a la meditación y a la oración. Crece en ella el deseo de mayor recogimiento y austeridad. Pero teme que, terminado el noviciado, Belén no pueda ofrecerle el clima de vida religiosa auténtica que ella desea para sí y para quienes vivan con ella. El confesor la anima nuevamente a hacer la profesión, y el 26 de enero de 1840, fiesta de Nuestra Señora de Belén, patrona de la Orden, emite los votos de «castidad, pobreza, clausura y hospitalidad con los pobres»... La profesión no viene a acallar sus deseos de mayor perfección; es aún más constante la lucha entre la realidad y sus ideales. Su salud se resiente. Debilitada físicamente y bajo la influencia del ambiente, confesará con humildad que palpa en sí las mismas debilidades de sus hermanas, y se acusa de ceder a las conversaciones inútiles en el locutorio. Tal situación se le hace insoportable, se debate entre el fervor y la languidez espiritual. Presa de temor decide, de acuerdo con la priora y el confesor, pasar al convento de Santa Catalina, en julio del 1842.

Se podría pensar que el anhelado convento se le abre como un puerto de paz; mas no es así. Goza, sí, del clima propicio de la oración, del orden y del silencio contemplativo, pero el recuerdo de Belén la acompaña y todo cuanto encuentra de bueno lo desea para Belén. No es que sea inestable o superficial; ella se muestra siempre dueña de sí, de carácter fuerte y decidido, segura en su vocación. La realidad es que Dios la ha escogido para realizar en Belén una obra de reforma, y la permanencia en Santa Catalina le debe servir para comprender que cuanto de bueno ha descubierto allí es posible en el beaterio.

Ella no se opone a los planes de Dios; se abre dócilmente y responde a la acción divina. Retorna y es acogida por las monjas con amor y alegría. «Desde entonces —escribe—, no deseé ningún otro convento».

Rica de dones de naturaleza y de gracia, comienza a recibir en el beaterio cargos de responsabilidad. En 1849 es elegida Vicaria y se le confía la dirección del noviciado. Para el doble encargo de erradicar abusos en la comunidad y de sembrar en el corazón de las novicias la Palabra de Vida, se aconseja de sabios y prudentes religiosos, dominicos y jesuitas. Siempre se mantendrá dócil a la acción del Espíritu que se le revela a través de los confesores y directores. En 1855, la madre María de la Encarnación, mujer equilibrada, firme, serena y de gran ascendiente sobre las jóvenes, fue elegida priora.

La experiencia de dirección del convento y sus frecuentes diálogos con el P. Orbegozo, SI, la hacen ver la necesidad de elaborar las constituciones, ya que el librito con el cual la comunidad se rige espiritualmente es una síntesis de las Reglas de los PP. betlemitas, y está lleno de minuciosas normas, pero carente de sólida y densa espiritualidad.

Recurre al arzobispo para pedirle las constituciones, y él, sabiamente, le responde que lo mejor es que las escriba ella, aconsejada de sus hermanas; las jóvenes son las más dispuestas a ayudarla, mas no tienen experiencia, así que la madre decide: «Me aconsejaré con Dios, que es la persona mejor para conocer las necesidades, y en su nombre comenzaré a escribir». Ante el rechazo de algunas hermanas más ancianas, decide esperar la ocasión y el lugar propicio. Las constituciones que ella escribe, en nada alejadas del espíritu del fundador, son observadas por primera vez en Quezaltenango, cuna de la Reforma, y después en Cartago. Comienza así a cumplir la misión de su vida: reformar y prolongar en la Iglesia la obra de San Pedro José de Betancur.

Reelegida priora, y continuando el rechazo de muchas hermanas mayores, ve llegada la hora de salir del beaterio para implantar en otro lugar las nuevas constituciones. Se dirige con sus monjas, la mayoría jóvenes, a La Antigua (Guatemala), cuna de la Orden. Pero, habiendo enfermado en el camino, se ve

obligada a retornar al beaterio, donde es acogida con afecto por las monjas que, aunque no desean ser reformadas, admiran, estiman y reconocen la virtud de la madre; verdaderamente, es admirable la fortaleza que ella manifiesta en estas circunstancias. Sufre una agonía como la de Jesús en Getsemaní, pero repite en su angustia: «No busco reposo, sino cruces». El proyecto de la reforma está fijo en su mente; la contrariedad sufrida no la hará desistir. Pacientemente, con amor, aguarda la hora de la Providencia.

Su vida espiritual crece y se fortifica, su oración es más frecuente e intensa, su relación con el Señor es de verdadera intimidad. Cristo se le comunica por medio de mociones interiores, locuciones, gracias especiales y el deseo vivo de reparar las ofensas de los hombres, particularmente la violación de los diez mandamientos.

Es fuertemente atraída a la humanidad de Cristo, contemplada en los momentos de la Pasión que más profundamente conmueven. La agonía de Getsemaní constituye el punto central de su contemplación; así se adentra en la consideración de los dolores íntimos de su amado Señor. Tanto acompaña y consuela a Jesús, que él la hace su confidente y le revela diez de sus dolores más profundos:

— Ver al Eterno Padre gravemente ofendido.
— La herejía extendida por todo el mundo.
— La apostasía de los cristianos.
— El olvido de sus beneficios.
— El desprecio de su gracia.
— El desprecio de sus sacramentos.
— La frialdad e indiferencia de los suyos.
— El escándalo y el sacrilegio de los sacerdotes.
— La violación de los votos por parte de las esposas de Cristo.
— La persecución de los justos.

Comprende que el Señor desea ver promovida en la Iglesia la devoción y el culto especial a los «dolores íntimos de su corazón». Toda su vida está como sellada por esta devoción que asume las características de una espiritualidad propia y la coloca entre los más célebres amantes del Sagrado Corazón.

La fisonomía, la personalidad y los valores de madre María Encarnación giraron siempre en torno al vértice de su experien-

cia evangélica: consolar los Dolores del Corazón de Jesús. Dios, que la había escogido para una misión especial, le concedió las gracias para darle nuevo impulso. Así, ella recibió el don de contemplar y reparar el dolor del corazón de Cristo, poniendo esta dulce tarea como inspiración de toda su obra. En la madre todo era reparación: oración, trabajo, sufrimiento, enfermedad; todo lo aceptaba como manifestación de la divina voluntad. Remediar el dolor causado por el pecado fue la herencia espiritual que dejó a su Instituto como misión a través de la cual debería orientar su vida y su acción apostólica. Quiso que sus hijas, experimentando esta presencia habitual del misterio del Corazón de Jesús, la comunicasen a los otros. Por eso, en la síntesis espiritual de sus constituciones, les dice:

> «Os confiaréis por completo al Sagrado Corazón de Jesús, dedicándoos a honrarlo, desde su cuna en el portal de Belén, así como a su Santísima Madre y a nuestro Padre San José, tomándoles como patronos, abogados y protectores ante Nuestro Señor».

En el amor y el culto al Corazón de Jesús en su dimensión reparadora, madre Encarnación encontró la «perla preciosa», el «tesoro escondido» por el cual donó generosamente su vida al servicio del Reino de los cielos. Con este don enriqueció a su Instituto y a la Iglesia. La misión reparadora la recibió en un momento de oración profunda e intensa la noche del Jueves Santo de 1857. Lo narra así en su autobiografía:

> «Nuestro Señor quiere valerse de mí, la criatura más infeliz, para iniciar una obra que otra habría hecho mejor pero que yo entendía me confiaba». Y añadía: «Mientras oraba, oí una voz interior que me decía: "No veneráis bastante los dolores de mi Corazón". Desde aquel momento no pensé en otra cosa».

Se ofreció al Señor prometiéndole aceptar sufrimientos y trabajos para promover esta devoción. Después de consultar a su confesor y otras personas importantes, convencida de que esta nueva devoción no se oponía a la tradición de la Iglesia, se dedicó con todas las fuerzas de su alma a establecerla y difundirla como medio para enriquecer la fe y sobre todo para cumplir la voluntad de Dios, que tanto amaba. Madre Encarnación —dice uno de sus biógrafos, el padre Broto— no fue solamen-

te la fundadora de los «dolores íntimos», sino también su principal propagadora. Compuso varios ejercicios piadosos en honor del Corazón dolorido de Jesús, y promovió su fiesta, pensando en una celebración que tuviera como fin poner remedio al pecado de la humanidad.

Todas las virtudes heroicas de la madre Encarnación fueron iluminadas por el amor inmenso al Sagrado Corazón de Jesús, fuerza que la impulsaba a transformar su vida en un acto de reparación: su fe imbatible, su espíritu de oración, la fuerza que la acompañó siempre, su caridad, su esperanza, que no decaía ante las mayores dificultades, y muchas otras virtudes, muestran la continua presencia de Dios en su vida.

> «La madre —afirma el citado biógrafo— vive dominada amorosamente por la presencia de Dios. En todo y para todo lo menciona y lo tiene presente, siempre en actitud de fe, de reverencia, de sumisión y de amor».

Fue en Quezaltenango, su ciudad natal, donde pudo llevar a buen fin su tan amada reforma de Belén. Allí se evidencia su amor y espíritu de servicio a la Iglesia porque, para subvenir a las necesidades de la juventud femenina de entonces, sacrifica aquello que tanto ha amado y defendido: la clausura y la condición de religiosa contemplativa. Allí se ve afectada por la tormenta revolucionaria que golpea Guatemala. Madre Encarnación desea, sobre todo, vincular su vida, las de sus hijas y educandas al sentir de la Iglesia, expresado en las normas de los legítimos pastores. Por eso, primero en Guatemala y después en Costa Rica, desafía valientemente las exigencias de los gobiernos radicales, perseguidores de una Iglesia a la que ella quiere amar y servir como hija fiel. En 1855, la reformadora de la Orden betlemita inició formalmente su trabajo religioso por la comunidad, fundando en Quezaltenango dos colegios, pero su obra fue interrumpida al iniciarse la persecución del gobernante Justo Rufino Barrios (1873-1885), quien expulsó del país a varias órdenes religiosas. Con el fin de continuar su labor evangelizadora, la reformadora de la Orden betlemita llegó a Costa Rica en 1867. Ahí fundó el primer colegio para mujeres en Cartago, a 23 kilómetros de esta capital, donde se asienta la Basílica de la Reina de los Ángeles, patrona de Costa Rica.

En 1876, la madre Encarnación fundó un orfelinato-asilo en San José. Sin embargo, nuevamente debió abandonar el país en 1884 cuando otro gobierno asumió el poder, expulsó las órdenes religiosas e impuso la educación laicista. La madre funda casas también en Colombia y Ecuador, y sufre el destierro que le imponen las autoridades guatemaltecas. Luego de abandonar Costa Rica se instaló en Colombia y en la ciudad de Pasto fundó otro hogar para niñas pobres y desamparadas. Por eso es considerada como una de las impulsoras de la formación integral de la mujer en el continente latinoamericano.

María Encarnación Rosal era una verdadera madre para sus hijas espirituales que superaban los confines de su territorio para marchar fuera de su patria como misioneras. Seguía paso a paso su camino, las encomendaba y estimulaba. Sus palabras eran siempre vibrantes de calor y de fe, como éstas de una carta a la madre Asunción Rivera:

> «[...] Espero que continúe con fervor y observando, lo mejor que pueda, las Reglas y las Constituciones. Recuerde que es Vd. toda de Dios y que debe darle gusto en todo. Procure comulgar, si puede y su confesor se lo permite, todos los días, bien preparada y fervorosa...».

La fuerza y el coraje de la madre Encarnación no atenúan la intensidad de su afecto y la ternura con que espiritualmente sigue a sus hijas en las vicisitudes más borrascosas:

> «[...] Díganme, hijitas mías: ¿cómo están, y dónde? Dios solo ha podido darme fuerza para soportar toda mi ansiedad por Vds., considerando cuánto habrán debido caminar y sufrir... Mas Nuestro Señor es tan bueno y me ha infundido tanta confianza y ánimo, que yo misma me maravillo de tan grande misericordia... Nosotras, en Costa Rica, con muchas penas, porque las cinco Repúblicas centroamericanas están en movimiento revolucionario, e ignoramos qué suerte nos espera, dado que Barrios quiere venir a esta República...».

Expulsada de Guatemala y Costa Rica, fue acogida con sus hijas en Pasto (Colombia), cumpliéndose así lo que el Señor le había dicho en Cartago: «En Colombia verás mi gloria». Pasto, «tierra prometida», no es solamente la meta de una peregrinación de cinco meses a través de mar y tierra, con una cadena de fatigas, de sobresaltos, de esperas e incomprensiones; Pasto es

aquella estabilidad que ella presagiaba definitiva en una tierra de bendición y de promesas.

Corre el año 1886. Es para la madre Encarnación el tiempo de la plenitud. Ora intensamente, aconseja, escucha, anima, enfervoriza. Es la madre «que busca lana y lino y los trabaja con manos hacendosas»; aquella que «se levanta cuando aún es de noche», para rezar y servir. La que gobierna sin mandar, aconseja sin cansar; ora mucho, y escribe cosas tiernas, sencillas, hermosas.

Habiéndole solicitado el obispo de Ibarra una fundación en Ecuador, la madre elige y prepara a las hermanas que deben ir. El viaje se fija para el 10 de agosto. Decide partir con ellas porque se siente atraída al Ecuador, república oficialmente consagrada al Sagrado Corazón, y porque, como madre afectuosa, desea acompañar a sus hijas y conocer el lugar y las condiciones en que las deja. Durante el viaje, sufre un incidente al caerse del caballo que la transportaba de Tulcán al Santuario de Las Lajas, en Otavalo, pero insiste en visitar el santuario para rendir tributo de amor y devoción a la Virgen del Rosario. Arrodillada ante ella, impetra aquella gracia que siempre ha pedido: morir en un acto de amor de Dios. Con dificultad, logran llevarla a Tulcán (Ecuador), donde, a las cinco y treinta de la mañana del 24 de agosto, vigilia de la fiesta que su amor había establecido en honor de los «dolores íntimos» del Corazón de Jesús, su alma abandona el cuerpo que animaba para ir a aquel que había amado sobre todas las cosas. Su cuerpo, que se conserva incorrupto luego de 110 años, fue trasladado a Pasto (Colombia), donde la beata prodiga hoy constantes favores, como los prodigó durante su vida mortal.

Su Instituto trabaja actualmente en 13 países.

La causa de beatificación de la M. Encarnación fue introducida el 23 de abril de 1976. El 6 abril de 1995 el Santo Padre Juan Pablo II aprobó la heroicidad de sus virtudes. El 17 de diciembre de 1996 fue reconocido el carácter sobrenatural de una curación obrada por su intercesión. El mismo Sumo Pontífice la beatificó el 4 de mayo de 1997, diciendo en la homilía de la primera beata guatemalteca:

> «Mujer constante, tenaz y animada sobre todo por la caridad, su vida es fidelidad a Cristo —su confidente asiduo a través de la oración— y a la espiritualidad de Belén. Ello le acarreó múltiples

sacrificios y sinsabores, teniendo que peregrinar de un lugar a otro para poder afianzar su Obra. No le importó renunciar a muchas cosas con tal de salvar lo esencial, afirmando: Que se pierda todo, menos la caridad.

Desde lo aprendido en la escuela de Belén, es decir, el amor, la humildad, la pobreza, la entrega generosa y la austeridad, vivió una espléndida síntesis de contemplación y acción, uniendo a las obras educativas el espíritu de penitencia, adoración y reparación al Corazón de Jesús...».

ALBERTO JOSÉ GONZÁLEZ CHAVES

Bibliografía

L'Osservatore Romano (4 y 5/6-5-1997).

BROTO, F., *Vida de la sierva de Dios Madre María Encarnación Rosal, fundadora de las Betlemitas, hijas del Sagrado Corazón de Jesús* (Madrid 1931).

SIMONI, B. M.ª, *Del manantial florece la vida. Vida de la madre María Encarnación Rosal reformadora de las Hermanas Betlemitas* (Bogotá 1986).

BEATOS CESLAO JOZWIAK, EDUARDO KAZMIERSKI, FRANCISCO KESY, EDUARDO KLINIK, JAROGNIEW WOJCIECHOWSKI

Mártires del Oratorio de Dresde († 1942)

Los cinco jóvenes polacos beatificados por Juan Pablo II en Varsovia el 13 de junio de 1999, primeros mártires miembros del Centro Juvenil Salesiano de Poznan, son: *Ceslao Jozwiak,* de 22 años (nacido el 7-9-1919); *Eduardo Kazmierski,* de 23 (1-10-1919); *Francisco Kesy,* de 22 (13-11-1920 [postulante salesiano]); *Eduardo Klinik,* de 23 (21-6-1919); y *Jarogniew Wojciechowski,* de 20 (5-11-1922). Eran todos, como se acaba de decir, oratorianos de Poznan y murieron guillotinados el 24 de agosto de 1942 en la cárcel de Dresde. Su testimonio de fortaleza espiritual, de valentía sin repliegues, de generosidad sin límites, de cristianismo sin condiciones, de probada fe hasta las últimas consecuencias de la muerte violenta en un campo de concentración nazi, los convirtió en voz profética de nuestros días e hizo de ellos, hoy en los altares, acabado ejemplo para la juventud de esta época posmoderna y globalizada.

Con el también salesiano padre José Kowalski forman parte de los 108 mártires polacos, víctimas todos de la persecución

nazi en esos diabólicos centros de horror y de muerte que fueron los terribles campos de exterminio de Dachau y Auschwitz. Hermosa página martirial, en todo caso, escrita hace ahora algo más de medio siglo y enmarcada en oro por el solemne reconocimiento de la Iglesia católica a las puertas como quien dice del Año Jubilar 2000. Página, por otra parte, digna de admiración y de elogio, sí, pero a la vez, y sobremanera, de imitación en tantos espíritus sedientos del bien. Celebrarla sería poco. Es preciso convertirla en valiente compromiso de la juventud actual frente a los contravalores del hedonismo, la permisividad, la descristianización y la divina lejanía, es decir, en responsabilidad permanente de nueva evangelización en el mundo en que vivimos a la vez que en diaria entrega de la sangre derramada, al modo de estos generosos jóvenes mártires del siglo XX.

La primera misión apostólica de los salesianos de Don Bosco fue siempre la juventud. Estos nuevos beatos mártires abren la serie de quienes, desde los tiempos inmemoriales de la Iglesia primitiva, supieron testimoniar la fe profesada, sentida y vivida hasta la efusión de la propia sangre. Un martirio, el de estos valientes jóvenes, que floreció gracias a la obra de la gracia, por supuesto, pero también a la formación que desde el primer día se les fue impartiendo en el centro juvenil. Durante las horas de la tarde recitaban en la prisión el santo rosario y las oraciones aprendidas en el centro. Eran jóvenes universitarios a quienes nunca se les vio perder el buen humor, ni siquiera durante la prisión en las terribles cárceles diabólicamente urdidas por el nazismo. Entre los reclusos eran «los cinco tipos alegres», un cariñoso apelativo éste que revela por sí solo la salud espiritual de nuestros cinco beatos mártires. Su pasión por Cristo, del que estaban locamente enamorados, presidió siempre sus vidas, fue centro y foco de luz interior durante aquel prolongado juicio al que se vieron sometidos. Abiertos hasta el último instante a una posible liberación, que nunca llegó, la esperaban contra toda esperanza. Incluso hacían proyectos para el porvenir, aunque sin bajar nunca la guardia y siempre pisando firmes en la dura realidad de su comprometida situación, listos cada hora y cada minuto para la vida eterna. Tocó esto último y lo asumieron con el corazón alegre y feliz.

Se atribuye a uno de ellos esta paradójica frase, digna del gran mártir y padre apostólico Ignacio de Antioquía, escrita después de recibir la condena a muerte: «¡Qué felicidad la mía, dejar este mundo en compañía de Cristo!». Y otra, en referencia a la santa comunión recién recibida: «¿Cómo no voy a estar contento, si estoy fortalecido por el Cuerpo de Cristo?». He aquí una tempranera cosecha de santidad recogida en las trojes del Año Jubilar 2000: seis nuevos mártires que supieron compartir el mismo vigor juvenil, la misma sublime palma del martirio, el mismo jubiloso grito de sus acciones heroicas, la misma educación en la fe, una fe, la suya, siempre lanzada con arrojo hacia las más sorprendentes e insospechadas metas eclesiales, lista y pronta para la cruz.

Presentan rasgos comunes: los cinco eran oratorianos, los cinco comprometidos en la misma causa y con pleno conocimiento en el propio crecimiento humano y cristiano, implicados todos en la animación a los compañeros, ligados entre sí por intereses comunes y por proyectos personales y sociales de talante religioso y misionero, en el punto de mira casi a la vez y encarcelados en sedes diversas en brevísimo período de tiempo. Tuvieron un recorrido carcelario juntos y fueron martirizados el mismo día y del mismo modo. Dicen las fuentes salesianas que la amistad oratoriana permaneció en aquellos corazones alegres viva hasta el último momento. No se arredraron ante la muerte, no vacilaron, no claudicaron. No se bajaron de la cruz, en suma. Afrontaron valientes, más bien, su destino. Como las doradas espigas a punta de hoz, así el delicado cuello de estos jóvenes fue segado por la guillotina. Se encargaron de segar sus vidas los mismos a quienes desde mucho tiempo atrás el odio, la crueldad, la vileza humana habían segado en el cerebro las ideas.

Juntos en el cautiverio y en la muerte, cada uno presenta, pese a ello, una biografía singular entretejida con la de los otros por la pertenencia a un ambiente salesiano y, a fin de cuentas, eclesial y evangélico. Lo mismo uno a uno que en cuanto grupo, brilla emergente en el corazón de todos ellos el empuje de la experiencia cristiana, cuando ésta puede contar sobre un ambiente, sobre una comunidad juvenil corresponsable, sobre una pro-

puesta personalizada. Y es que los cinco provenían de familias cristianas, caldo de cultivo para la obra de la gracia que tan copiosamente fructificó después. A ello contribuyeron la vida y el programa del Oratorio estimulando la generosidad hacia el Señor, la madurez humana con los semejantes, la oración compartida y el empeño apostólico contagiado. El grupo, como lugar de crecimiento y fuerza transmisora de espiritualidad, fue determinante. De ahí que sean conocidos siempre como «el grupo de los cinco». Conmueve leer sobre cada uno:

> «Formaba parte de los cabeza de grupo del Oratorio, estrictamente ligado como estaba por vínculos de amistad y de aspiraciones a elevados ideales cristianos con los otros cuatro».

La experiencia oratoriana produjo entre ellos una solidaridad juvenil basada en ideales y en proyectos, que se manifestó en un sincero compartir y un recíproco acometer las pruebas, en ambiente de espontaneidad y de sana alegría. La amistad los llevó a proseguir los encuentros cuando las fuerzas de ocupación requisaron el Oratorio dejando a los salesianos sólo dos habitaciones y transformando el entero edificio y la iglesia en almacenes militares. En una habitación y con un piano que los hermanos del Sagrado Corazón pusieron a disposición prosiguieron las actividades corales y los encuentros amistosos. Más tarde, privados también de esta posibilidad, convirtieron en lugares de reunión los pequeños jardines de la ciudad, los prados a la vera del río y el sosiego y quietud de los vecinos bosques. Nada extrañe, pues, que la policía los confundiese con quienes se habían constituido en asociaciones clandestinas. La amistad, ciertamente, facilitó la superación de tantos contratiempos y devino el providencial sostenimiento recíproco durante el paso a través de distintas cárceles hasta la muerte.

Hechos prisioneros en septiembre de 1940, Eduardo Kazmierski lo fue directamente en el puesto de trabajo, sin que pudiera despedirse de los seres queridos. Era domingo. El lunes 23, por la tarde, después del toque de queda, cuando apenas había vuelto a casa, fue la vez de Francisco. Dentro de casa y, por lo común, en el corazón de la noche tocó el turno a los otros en presencia de los familiares. Se volvieron a encontrar en la fortaleza VII de Poznan. Trasladados primero a la cárcel de

Neukoln, cerca de Berlín, y después todavía a la de Zwikau en Sajonia, fueron sometidos a interminables interrogatorios y torturas, y destinados más tarde todos a trabajos forzados. El 1 de agosto de 1942 se dictó la sentencia: condena a muerte por traición al Estado. La escucharon de pie. Siguió un largo silencio interrumpido sólo por una exclamación de uno de ellos: «Hágase tu voluntad». Después de tres semanas fueron llevados al patio, donde había sido preparada una guillotina, y decapitados. Era el 24 de agosto y en las comunidades salesianas se celebraba la conmemoración mensual de María Auxiliadora.

El itinerario por los diversos lugares del cautiverio pudo seguirse gracias a sus mensajes escritos con frases breves, es verdad, pero bellas de forma, hondas de contenido y suficientes, desde luego, para abrirnos la rendija por donde ver un poco las vicisitudes de la prisión y convencernos de estar ante auténticos gigantes del espíritu. «Sólo Dios sabe cuánto sufrimos. Nuestra única ayuda en el abismo de las noches y de los días fue la oración», decía uno de ellos en una de esas notas. Y otro, por igual procedimiento: «Dios nos ha dado la cruz, nos está dando también la fuerza para llevarla».

En el momento de la detención se les privó de cuanto tenían consigo: hasta la corona del rosario fue arrojada al cestillo. De allí justamente la rescataron luego, aprovechando alguna distracción de los carceleros: iba a servirles de preciosa compañía en las horas más difíciles. Antes de morir, tuvieron la posibilidad de escribir a sus padres. Leyendo sus últimos sentimientos, esos que la pluma vierte con rasgos quebrados por el estremecimiento ante lo irreparable y definitivo, queda uno mudo al comprobar su extraordinaria estatura moral: «No lloréis. Nosotros somos felices», se desahoga uno de ellos. Y no se equivocaron. Hoy son beatos unidos a la lista de jóvenes bienaventurados de la Familia Salesiana. Evidentemente son modelo para tantos jóvenes de hoy, que sufren a causa de su fe cristiana en no pocas partes del mundo. Pero también podemos afirmar que constituyen una constante y saludable referencia para los que, sin miras tan altas quizás, también sufren, no obstante, a causa de la droga, del dolor, de la guerra, de la delincuencia, de los flagelos todos de la humanidad que siguen descargando im-

placables sobre las juveniles espaldas de esta hora a veces confusa y siempre apasionante. Además de intercesores arriba, en el cielo, son ejemplo a seguir como ideal de los valores más arduos de la tierra. Los datos biográficos expuestos a vuelapluma encierran una constante de honda espiritualidad y su variante de detalles menores, según los casos. Veamos.

CESLAO JOZWIAK. Ligado al Oratorio salesiano de Poznan desde su infancia, tenía diez años cuando por primera vez puso allí el pie. Su padre era funcionario de la policía judicial. Frecuentaba el bachillerato *San Juan Kanty* y era, al mismo tiempo, animador de un círculo juvenil en el Oratorio. Al declararse la guerra, se puso a trabajar en una tienda de cosméticos, dada la imposibilidad de continuar la escuela. Decían de él que era de natural algo violento, espontáneo y lleno de energía; todo lo cual no le impedía ser también dueño de sí, constante, siempre pronto al sacrificio y coherente. Guiado por el director don Agustín Piechura, se le notaba su aspiración consciente a la perfección cristiana y al progreso en la misma. Gozaba de autoridad ante los más jóvenes. Refiere un compañero de cárcel que

> «Tenía un carácter amable y un gran corazón, su alma era como de cristal [...] cuando se abrió a mí comprendí que su corazón estaba libre de todo pecado y de cualquier malicia [...] me confió un pensamiento que lo preocupaba: jamás verse manchado de cualquier tipo de impureza».

EDUARDO KAZMIERSKI. Nacido en Poznan de familia pobre. Su padre era zapatero. Terminada la escuela elemental, tuvo que trabajar en una tienda; y después, de mecánico. Muy pronto se inscribió en el Oratorio salesiano en cuyo ambiente desarrolló sus poco comunes dotes musicales. La auténtica religiosidad recibida de su familia lo llevó muy pronto, bajo la guía de los salesianos, a la madurez cristiana. El tiempo libre después del trabajo lo pasaba en el ambiente del oratorio y crecía su devoción eucarística y mariana. A los 15 años tomó parte en la peregrinación a Czestokowa haciendo a pie una distancia de más de 500 km. Fue presidente del Círculo San Juan Bosco y se entusiasmó con el ideal salesiano. Repleto de fuerzas, constante en las decisiones, coherente, le gustaba cantar en la iglesia, en el coro y solo. A sus 15 años ya compuso algunas piezas musicales. Se ca-

racterizaba por la sobriedad, la prudencia y la amabilidad. En la cárcel mostró un gran amor por sus compañeros. Ayudaba de buen grado a los ancianos y jamás nutrió ningún sentimiento de odio hacia sus perseguidores.

FRANCISCO KESY. Nacido en Berlín, adonde se había trasladado la familia por motivos de trabajo, su padre era carpintero. Más tarde, ya en Poznan, trabajaba en una central eléctrica de la ciudad. Quería entrar al noviciado salesiano, de ahí su condición de postulante. Durante la ocupación, no pudiendo continuar los estudios, se empleó en un establecimiento industrial. Pasaba el tiempo en el Oratorio, estrechísimamente unido a los otros cuatro, como animador de las asociaciones y actividades juveniles. Tercero de cinco hermanos, de él se recuerda que era sensible y frágil y a menudo enfermaba, pero al mismo tiempo alegre, tranquilo, simpático, amante de los animales y siempre dispuesto en su ayuda a los otros. Cada mañana iba a la iglesia y comulgaba casi a diario. Por la tarde recitaba el rosario. Fue arrestado por los nazis en septiembre de 1940 con los otros cuatro y con ellos decapitado en Dresde el 24 de agosto de 1942. En un fragmento de su última carta a los familiares puede leerse:

> «¡Queridísimos padres y hermanos! Ha llegado el momento del adiós a vosotros, y justo hoy 24 de agosto, día de María Auxiliadora. Qué alegría para mí que estoy dejando este mundo como debería morir cada uno. Me he confesado hace un rato y dentro de poco me reforzaré con el Santísimo Sacramento. Dios bueno me llevará con él. No me arrepiento de abandonar tan joven este mundo...».

EDUARDO KLINIK. Segundo de tres hijos, su padre era mecánico. Terminó el bachillerato en los salesianos de Oswiecim y en Poznan superó el examen de madurez. Durante la ocupación trabajó en una empresa de construcción. Su hermana, Sor María, profesa de las Hermanas Ursulinas de Jesús Agonizante, testifica:

> «Cuando Eduardo frecuentó el Oratorio, su vida religiosa mejoró muchísimo. Empezó a participar de monaguillo en la misa. De esta vida oratoriana participó también su hermano menor. Era más bien tranquilo, tímido; pero desde su entrada en el oratorio se volvió mucho más movido. Estudiante metódico, responsable».

En el grupo de los cinco destacaba por su compromiso en todo tipo de actividades, dando la impresión de ser el más serio y exigente. Bajo la guía de sus maestros salesianos, su vida espiritual se consolidaba cada día más y más, poniendo en el centro el culto a la Eucaristía junto con una entrañable devoción mariana y un vivo entusiasmo por los ideales de Don Bosco.

JAROGNIEW WOJCIECHOWSKI. Natural de Poznan, su vida familiar discurrió marcada por situaciones traumáticas debido al alcoholismo del padre, que llevaba un negocio de cosméticos y acabó abandonando a la familia. Hubo de cambiar de escuela y quedó bajo el cuidado de su hermana mayor. El Oratorio salesiano, en cuyas actividades participaba con entusiasmo, vino entonces en su ayuda. Hacía de monaguillo en los salesianos y participaba en excursiones y colonias. Acompañaba los cantos religiosos al piano, participaba en la vida religiosa de la familia, recibía la comunión a diario y, como los otros compañeros, se distinguía por la fraternidad, el buen humor y el compromiso en las actividades. Le distinguía de los otros su aspecto más reflexivo, tendía a ir al fondo de las cosas, procuraba entender los acontecimientos sin caer por ello en la tristeza. Era un dirigente en el mejor sentido de la palabra. Arrestado en septiembre de 1940 con los otros cuatro, acabó como ellos en Dresde el 24 de agosto de 1942. En la última carta a sus familiares dice:

> «[...] He conocido también el mundo, la vida y a los hombres y por eso ahora, queridísima hermana Lidus, estáte segura que no quedas sola en este mundo. La mamá y yo estamos siempre cerca de ti. Una cosa te pido, encomienda tus sentimientos a Jesús y a María en todo momento de tu vida, porque encontrarás su paz. ¡Piensa qué felicidad! Me voy unido con Jesucristo por la Comunión. Me voy y te espero con nuestra queridísima mamá...».

La profusa literatura sobre el holocausto da la sensación, a veces, de que sólo los hebreos hubieran sido víctimas del régimen hitleriano. No es verdad. Desdichadamente las atrocidades nazis afectaron también a otros pueblos: alcanzaron, por ejemplo, a los gitanos, a los enfermos mentales, a los homosexuales, etc. Hitler quería imponer la raza aria por encima de todos y de todo. En la misma Polonia, la víctima tal vez más castigada, la Iglesia católica, conoció los zarpazos de la fiera. La Iglesia, con la cruz de Cristo, era vista como rival por los de la cruz gamada.

Entendían éstos que era guía influyente del pueblo. Y como el programa nazi contemplaba el aniquilamiento del pueblo polaco en cuanto entidad política, era claro que había que golpear, lo primero de todo, a la Institución que mayormente lo representaba y guiaba, o sea la Iglesia.

La persecución se desató en los años 1939-1945 y se llevó por delante a más de cinco millones de víctimas entre la población civil polaca. Se comprende que Juan Pablo II, en el curso de su séptimo viaje apostólico a Polonia, decidiera beatificar el 13 de junio de 1999 a 108 mártires por pertenecer a la Iglesia católica, ya como consagrados, ya en cuanto laicos comprometidos en el apostolado, acusados de inexistentes traiciones, y de cargos que sólo la inaudita crueldad hitleriana pudo urdir hasta el exterminio. Los 108 mártires pertenecían a 18 diócesis y a 22 congregaciones religiosas; de ellos, 3 eran obispos, 52 sacerdotes diocesanos, 3 seminaristas, 26 sacerdotes religiosos, 7 hermanos profesos, 8 hermanas profesas, 9 laicos; testigos en la vida y en la muerte de su fe en Cristo y en la Iglesia católica. Deportados casi todos a campos de concentración, los tristemente célebres Auschwitz-Birkenau, Dachau, Majdanek, Ravensbrück, Sachsenhausen, donde murieron asesinados por los guardias de los campos o a causa de las torturas. Otros lo fueron en varias prisiones. Nuestros cinco simpáticos jóvenes, cabezas de grupo de asociaciones juveniles salesianas, llamados por ello después «Los cinco de Poznan», acabaron decapitados en la cárcel de Dresde el 24 de agosto de 1942.

Así «Los cinco de Poznan» fueron llamados, como una sola persona, por las coincidencias arriba indicadas. Sus verdugos los quisieron unidos también en la guillotina. Pese a ser cinco eran un solo corazón en el amor a Dios y a los hermanos. Exuberantes de juventud, fraternamente unidos, por la Gracia de Dios animados, llevaron en las oscuras celdas carcelarias el sereno clima salesiano de su espíritu. Se les acusó en falso de haber promovido la traición al Estado, sufrieron arresto en septiembre de 1940 y fueron sometidos a presiones sin pruebas: demasiado jóvenes e inocentes eran para saber de la oscura trama del traidor. Su condena y su muerte debían servir, en los planes del nazismo, de severísima lección al pueblo polaco opri-

mido; de ahí que se eligiese la guillotina, desde hacía tiempo en desuso, la cual fue emplazada en el patio de la prisión de la cárcel de Dresde, bajo los ojos horrorizados de todos los prisioneros y condenados, para mayor espanto de su pena. Una hora antes de la ejecución les fue permitido escribir una carta de despedida a la propia familia, y estas cartas, recogidas después y conservadas, prueban el altísimo nivel espiritual de aquellos jóvenes, prontos a una consagración sacerdotal, dispuestos a la palma del martirio.

En jóvenes de tan noble pasta debió de pensar el Vaticano II cuando dirigió sus «Mensajes del concilio a la humanidad» aquella mañana de su clausura, el 8 de diciembre de 1965.

> «Frente al ateísmo, fenómeno de cansancio y de vejez —dijo entonces el Concilio—, sabréis afirmar vuestra fe en la vida y en lo que da sentido a la vida: la certeza de la existencia de un Dios justo y bueno» *(Concilio Ecuménico Vaticano II,* BAC 526, p.1085-1086).

Y luego el exhorto:

> «En el nombre de este Dios y de su Hijo Jesús, os exhortamos a ensanchar vuestros corazones a las dimensiones del mundo, a escuchar la llamada de vuestros hermanos y a poner ardorosamente a su servicio vuestras energías. Luchad contra todo egoísmo. Negaos a dar libre curso a los instintos de violencia y de odio, que engendran las guerras y su cortejo de males. Sed generosos, puros, respetuosos, sinceros. Y edificad con entusiasmo un mundo mejor que el de vuestros mayores» (ibid.).

Palabras solemnes, sencillas, evangélicas, conciliares, por las que sin duda podemos distinguir redivivos, entre otros, a «Los cinco [mártires] de Poznan».

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, «Valdislaviensis et aliarum. Beatificationis seu declarationis martyrii Servorum et Servarum Dei Antonii Iuliani Nowowiejski... atque CIV sociorum († 1939-1945). *Decretum* super martyrio [26.3.1999: I. ARCHIEP. SARAIVA MARTINS, *Praefectus*]»: *AAS* 91(1999) 1180-1192, esp. 1191.

Martyrologium romanum, o.c., 449 n.12*; 678.

«Mensajes del Concilio a la humanidad», en *Concilio Vaticano II. Constituciones. Decretos. Declaraciones. Legislación posconciliar* (Madrid ^{5}2000) 1078-1088.

ORLÓN, M., *Cinco animadores mártires* (Madrid 1999).

C) Biografías breves

SAN AUDOENO
Obispo († 684)

Audoeno o Ouen nace en Sancy, junto a Soissons, en Francia, de familia franca, en torno al año 600. Su padre figura en los calendarios como San Autairio o Authaire, el cual acogió a San Columbano en su exilio. Enviado a la corte del rey Clotario II, obtuvo el favor del monarca y no menos el de su hijo y sucesor Dagoberto I que lo nombró su canciller. En unas tierras otorgadas por el soberano fundó el monasterio de Rabais, al que él deseaba retirarse pero el rey no le dejó. Era muy conocida la religiosidad y piedad del canciller. El siguiente monarca, Clodoveo II, lo retuvo como canciller pero permitió que se ordenara sacerdote, y sucedió que al poco tiempo era elegido obispo de la importante sede de Ruán. Junto con San Eloy se consagró obispo en Reims en 641. Él fue consejero de la reina Santa Batilde. Hizo una espléndida labor pastoral. Dio ante todo grandes ejemplos de humildad, austeridad, generosidad con los pobres y celo apostólico. Fundó monasterios, protegió los estudios y persiguió la simonía en toda su diócesis. Como aún quedaban paganos en su diócesis, él impulsó la labor evangelizadora necesaria para lograr la completa cristianización de su territorio. Se llevó bien con el mayordomo de palacio Ebroino y se le ha afeado no se opusiera con mayor firmeza a las injusticias del mismo. Murió en Clichy-le-Garenne cuando regresaba de una misión en Colonia el 24 de agosto de 684. Muchas iglesias francesas fueron en los tiempos siguientes dedicadas a este santo.

SAN JORGE LIMNIOTA
Monje y mártir († 730)

Este mártir, venerado el 24 de agosto en la Iglesia bizantina, era un anciano de noventa y cinco años al tiempo de su martirio. Se dice de él que era monje o ermitaño en el Monte Olimpo de Bitinia, sin que se sepa en qué monasterio. Llegada la perse-

cución iconoclasta de León III el Isáurico († 740), o bien de forma espontánea, como dicen algunos santorales, o bien porque fue obligado a ello, el hecho es que comparece ante el emperador y le echa en cara su incursión en los asuntos eclesiásticos prohibiendo las sagradas imágenes y la crueldad con que perseguía a los que las veneraban. Entonces le fueron cortadas las manos y más tarde quemada la cabeza, a consecuencia de lo cual murió.

BEATO ANDRÉS FARDEAU

Presbítero y mártir († 1794)

El día 24 de agosto de 1794 fue llevado a la plaza de Angers y allí fue guillotinado el ejemplar sacerdote Andrés Fardeau. Era natural de Soucelles, donde había nacido en 1761. Habiendo optado por la vocación sacerdotal, se ordenó sacerdote y ejerció su ministerio en su propio pueblo natal en calidad de vicario de la parroquia. Habiéndose negado a prestar el juramento de fidelidad a la constitución civil del clero, fue detenido, encerrado en la cárcel y juzgado como traidor, por lo que se le condenó a muerte. El mártir perseveró en la comunión de la Iglesia y ofreció su vida por ello. Fue beatificado el 19 de febrero de 1984 por el papa Juan Pablo II en Roma.

BEATO MAXIMIANO BIENKIEWICZ

Presbítero y mártir († 1942)

El breve de beatificación (*AAS* 92 [2000] 665s) lo llama Maximiliano, como igualmente se le llama en la causa, pero el *Martirologio romano* pone Maximiano. Había nacido en Zarnowiec, Polonia, el 21 de febrero de 1908. Estudió en el seminario de la diócesis de Czestochowa en Cracovia y pasó a hacer la filosofía y la teología en la Universidad Jagellónica. Ordenado sacerdote el 21 de junio de 1931, cantó misa en el célebre santuario de la Virgen de Czestochowa. Fue primero profesor y prefecto del seminario de su diócesis, trabajó luego en la enseñanza de los jóvenes en varios institutos y llevó la dirección del

Círculo de Intelectuales Católicos. La guerra y la ocupación alemana le cogieron en Wielun y se quedó allí cuando la región pasó a ser parte del Reich. Sustituyó al arrestado párroco de Wielun y se hizo cargo del trabajo pastoral, pero el 16 de octubre de 1941 arrestaron los nazis a todos los sacerdotes de la población. Estuvo un poco de tiempo en el campo de concentración de Konstantynow, siendo luego enviado al de Dachau. Murió el 24 de agosto de 1942 a consecuencia de los malos tratos que le propinaron el día anterior.

Fue beatificado el 13 de junio de 1999 por el papa Juan Pablo II.

25 de agosto

A) Martirologio

1. Junto a Túnez (África), San Luis IX († 1270), rey de Francia **.
2. En Roma, San José de Calasanz († 1648), presbítero, fundador de la Orden de Clérigos Regulares Pobres de la Madre de Dios de las Escuelas Pías **.
3. En Arlés (Provenza), San Ginés († 303), mártir *.
4. En Itálica, junto a Sevilla (Andalucía), San Geroncio († s. IV), obispo y mártir *.
5. En Agde (Galia Narbonense), San Severo († s. V), abad.
6. En Constantinopla, San Menas († 552), obispo, que dedicó la iglesia de Santa Sofía **.
7. En Atane (Limousin), San Aredio o Yriez († 591), abad *.
8. En Utrecht, San Gregorio († 775), abad y obispo **.
9. En Montefiascone, Italia, el tránsito de Santo Tomás de Cantelupe († 1282), obispo de Hereford *.
10. En Ximabara (Japón), beatos Miguel Carvalho, jesuita, Pedro Vázquez, dominico, Luis de Sotelo y Luis Sasanda, presbíteros, con Luis Baba († 1624), estos últimos franciscanos, mártires *.
11. En Rochefort (Francia), Beato Pablo Juan Charles († 1794), presbítero y mártir *.
12. En San Vicente de Córdoba (Argentina), Beata María del Tránsito del Santísimo Sacramento Cabanillas († 1885), virgen, fundadora de las Hermanas Franciscanas Misioneras **.
13. En Valencia, Beato Luis Urbano Lanaspa († 1936), presbítero, de la Orden de Predicadores, mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN LUIS IX DE FRANCIA
Rey († 1270)

San Luis, rey de Francia, es, ante todo, un santo cuya figura angélica impresionaba a todos con sólo su presencia. Vive en una época de grandes heroísmos cristianos, que él supo aprovechar en medio de los esplendores de la corte para ser un dechado perfecto de todas las virtudes. Nace en Poissy el 25 de abril de 1214, y a los doce años, a la muerte de su padre, Luis VIII, es coronado rey de los franceses bajo la regencia de su madre, la española Doña Blanca de Castilla. Ejemplo raro de dos hermanas, Doña Blanca y Doña Berenguela, que supieron dar sus hijos más que para reyes de la tierra, para santos y fieles discípulos del Señor. Las madres, las dos princesas hijas del rey Alfonso VIII de Castilla, y los hijos, los santos reyes San Luis y San Fernando.

En medio de las dificultades de la regencia supo Doña Blanca infundir en el tierno infante los ideales de una vida pura e inmaculada. No olvida el inculcarle los deberes propios del oficio que había de desempeñar más tarde, pero ante todo va haciendo crecer en su alma un anhelo constante de servicio divino, de una sensible piedad cristiana y de un profundo desprecio a todo aquello que pudiera suponer en él el menor atisbo de pecado. «Hijo —le venía diciendo constantemente—, prefiero verte muerto antes que en desgracia de Dios por el pecado mortal».

Es fácil entender la vida que llevaría aquel santo joven ante los ejemplos de tan buena y delicada madre. Tanto más si consideramos la época difícil en que a ambos les tocaba vivir, en medio de una nobleza y de unas cortes que venían a convertirse no pocas veces en hervideros de los mayores desenfrenos, rebosantes de turbulencias y de tropelías. Contra éstas tuvo que luchar denodadamente Doña Blanca, y, cuando el reino había alcanzado ya un poco de tranquilidad, hace que declaren mayor de edad a su hijo, el futuro Luis IX, el 5 de abril de 1234. Ya rey, no se separa San Luis de la sabia mirada de su madre, a la que tiene siempre a su lado para tomar las decisiones más importantes. En este mismo año, y por su consejo, se une en matrimonio

con la virtuosa Margarita, hija de Ramón Berenguer, conde de Provenza. Ella sería la compañera de su reinado y le ayudaría también a ir subiendo poco a poco los peldaños de la santidad.

En lo humano, el reinado de San Luis se tiene como uno de los más ejemplares y completos de la historia. Su obra favorita, las Cruzadas, son una muestra de su ideal de caballero cristiano, llevado hasta las últimas consecuencias del sacrificio y de la abnegación. Por otra parte, tanto en su política interior como en la exterior San Luis ajustó su conducta a las normas más estrictas de la moral cristiana. Tenía la noción de que el gobierno es más un deber que un derecho; de aquí que todas sus actividades obedecieran solamente a esta idea: el hacer el bien buscando en todo la felicidad de sus súbditos.

Desde el principio de su reinado San Luis lucha para que haya paz entre todos, pueblo y nobleza. Todos los días administra justicia personalmente, atendiendo las quejas de los oprimidos y desamparados. Desde 1247 comisiones especiales fueron encargadas de recorrer el país con objeto de enterarse de las más pequeñas diferencias. Resultado de tales informaciones fueron las grandes ordenanzas de 1254, que establecieron un compendio de obligaciones para todos los súbditos del reino.

El reflejo de estas ideas, tanto en Francia como en los países vecinos, dio a San Luis fama de bueno y justiciero, y a él recurrían a veces en demanda de ayuda y de consejo. Con sus nobles se muestra decidido para arrancar de una vez la perturbación que sembraban por los pueblos y ciudades. En 1240 estalló la última rebelión feudal a cuenta de Hugo de Lusignan y de Raimundo de Tolosa, a los que se sumó el rey Enrique III de Inglaterra. San Luis combate contra ellos y derrota a los ingleses en Saintes (22 de julio de 1242). Cuando llegó la hora de dictar condiciones de paz, el vencedor desplegó su caridad y misericordia. Hugo de Lusignan y Raimundo de Tolosa fueron perdonados, dejándoles en sus privilegios y posesiones. Si esto hizo con los suyos, aún extremó más su generosidad con los ingleses: el tratado de París de 1259 entregó a Enrique III nuevos feudos de Cahors y Périgueux, a fin de que en adelante el agradecimiento garantizara mejor la paz entre los dos Estados.

Padre de su pueblo y sembrador de paz y de justicia, serán los títulos que más han de brillar en la corona humana de San Luis, rey. Exquisito en su trato, éste lo extiende, sobre todo, en sus relaciones con el Papa y con la Iglesia. Cuando por Europa arreciaba la lucha entre el emperador Federico II y el Papa por causa de las investiduras y regalías, San Luis asume el papel de mediador, defendiendo en las situaciones más difíciles a la Iglesia. En su reino apoya siempre sus intereses, aunque a veces ha de intervenir contra los abusos a que se entregaban algunos clérigos, coordinando de este modo los derechos que como rey tenía sobre su pueblo con los deberes de fiel cristiano, devoto de la Silla de San Pedro y de la jerarquía. Para hacer más eficaz el progreso de la religión en sus Estados se dedica a proteger las iglesias y los sacerdotes. Lucha denodadamente contra los blasfemos y perjuros, y hace por que desaparezca la herejía entre los fieles, para lo cual implanta la Inquisición romana, favoreciéndola con sus leyes y decisiones.

Personalmente da un gran ejemplo de piedad y devoción ante su pueblo en las fiestas y ceremonias religiosas. En este sentido fueron muy celebradas las grandes solemnidades que llevó a cabo, en ocasión de recibir en su palacio la corona de espinas, que con su propio dinero había desempeñado del poder de los venecianos, que de este modo la habían conseguido del empobrecido emperador del Imperio griego, Balduino II. En 1238 la hace llevar con toda pompa a París y construye para ella, en su propio palacio, una esplendorosa capilla, que de entonces tomó el nombre de Capilla Santa, a la que fue adornando después con una serie de valiosas reliquias entre las que sobresalen una buena porción del santo madero de la cruz y el hierro de la lanza con que fue atravesado el costado del Señor.

A todo ello añadía nuestro santo una vida admirable de penitencia y de sacrificios. Tenía una predilección especial para los pobres y desamparados, a quienes sentaba muchas veces a su mesa, les daba él mismo la comida y les lavaba con frecuencia los pies, a semejanza del Maestro. Por su cuenta recorre los hospitales y reparte limosnas, se viste de cilicio y castiga su cuerpo con duros cilicios y disciplinas. Se pasa grandes ratos en la oración, y en este espíritu, como antes hiciera con él su madre,

Doña Blanca, va educando también a sus hijos, cumpliendo de modo admirable sus deberes de padre, de rey y de cristiano.

Sólo le quedaba a San Luis testimoniar de un modo público y solemne el grande amor que tenía para con nuestro Señor, y esto le impulsa a alistarse en una de aquellas Cruzadas, llenas de fe y de heroísmo, donde los cristianos de entonces iban a luchar por su Dios contra sus enemigos, con ocasión de rescatar los Santos Lugares de Jerusalén. A San Luis le cabe la gloria de haber dirigido las dos últimas Cruzadas en unos años en que ya había decaído mucho el sentido noble de estas empresas, y que él vigoriza de nuevo dándoles el sello primitivo de la cruz y del sacrificio.

En un tiempo en que estaban muy apurados los cristianos del Oriente el papa Inocencio IV tuvo la suerte de ver en Francia al mejor de los reyes, en quien podía confiar para organizar en su socorro una nueva empresa. San Luis, que tenía pena de no amar bastante a Cristo crucificado y de no sufrir bastante por él, se muestra, cuando le llega la hora, como un magnífico soldado de su causa. Desde este momento va a vivir siempre con la vista clavada en el Santo Sepulcro, y morirá murmurando: «Jerusalén».

En cuanto a los anteriores esfuerzos para rescatar los Santos Lugares, había fracasado, o poco menos, la Cruzada de Teobaldo IV, conde de Champagne y rey de Navarra, emprendida en 1239-1240. Tampoco la de Ricardo de Cornuailles, en 1240-1241, había obtenido otra cosa que la liberación de algunos centenares de prisioneros.

Ante la invasión de los mogoles, unos 10.000 kharezmitas vinieron a ponerse al servicio del sultán de Egipto y en septiembre de 1244 arrebataron la ciudad de Jerusalén a los cristianos. Conmovido el papa Inocencio IV, exhortó a los reyes y pueblos en el concilio de Lyón a tomar la cruz, pero sólo el monarca francés escuchó la voz del Vicario de Cristo.

Luis IX, lleno de fe, se entrevista con el Papa en Cluny (noviembre de 1245) y, mientras Inocencio IV envía embajadas de paz a los tártaros mogoles, el rey apresta una buena flota contra los turcos. El 12 de junio de 1248 sale de París para embarcarse en Marsella. Le siguen sus tres hermanos, Carlos de Anjou,

Alfonso de Poitiers y Roberto de Artois, con el duque de Bretaña, el conde de Flandes y otros caballeros, obispos, etc. Su ejército lo componen 40.000 hombres y 2.800 caballos.

El 17 de septiembre los hallamos en Chipre, sitio de concentración de los cruzados. Allí pasan el invierno, pero pronto les atacan la peste y demás enfermedades. El 15 de mayo de 1249, con refuerzos traídos por el duque de Borgoña y por el conde de Salisbury, se dirigen hacia Egipto. «Con el escudo al cuello —dice un cronista— y el yelmo a la cabeza, la lanza en el puño y el agua hasta el sobaco», San Luis, saltando de la nave, arremetió contra los sarracenos. Pronto era dueño de Damieta (7 de junio de 1249). El sultán propone la paz, pero el santo rey no se la concede, aconsejado de sus hermanos. En Damieta espera el ejército durante seis meses, mientras se les van uniendo nuevos refuerzos, y al fin, en vez de atacar a Alejandría, se decide a internarse más al interior para avanzar contra El Cairo. La vanguardia, mandada por el conde Roberto de Artois, se adelanta temerariamente por las calles de un pueblecillo llamado Mansurah, siendo aniquilada casi totalmente, muriendo allí mismo el hermano de San Luis (8 de febrero de 1250). El rey tuvo que reaccionar fuertemente y al fin logra vencer en duros encuentros a los infieles. Pero éstos se habían apoderado de los caminos y de los canales en el delta del Nilo, y cuando el ejército, atacado del escorbuto, del hambre y de las continuas incursiones del enemigo, decidió, por fin, retirarse otra vez a Damieta, se vio sorprendido por los sarracenos, que degollaron a muchísimos cristianos, cogiendo preso al mismo rey, a su hermano Carlos de Anjou, a Alfonso de Poitiers y a los principales caballeros (6 de abril).

Era la ocasión para mostrar el gran temple de alma de San Luis. En medio de su desgracia aparece ante todos con una serenidad admirable y una suprema resignación. Hasta sus mismos enemigos le admiran y no pueden menos de tratarle con deferencia. Obtenida poco después la libertad, que con harta pena para el santo llevaba consigo la renuncia de Damieta, San Luis desembarca en San Juan de Acre con el resto de su ejército. Cuatro años se quedó en Palestina fortificando las últimas plazas cristianas y peregrinando con profunda piedad y devoción a

los Santos Lugares de Nazaret, Monte Tabor y Caná. Sólo en 1254, cuando supo la muerte de su madre, Doña Blanca, se decidió a volver a Francia.

A su vuelta es recibido con amor y devoción por su pueblo. Sigue administrando justicia por sí mismo, hace desaparecer los combates judiciarios, persigue el duelo y favorece cada vez más a la Iglesia. Sigue teniendo un interés especial por los religiosos, especialmente por los franciscanos y dominicos. Conversa con San Buenaventura y Santo Tomás de Aquino, visita los monasterios y no pocas veces hace en ellos oración, como un monje más de la casa.

Sin embargo, la idea de Jerusalén seguía permaneciendo viva en el corazón y en el ideal del santo. Si no llegaba un nuevo refuerzo de Europa, pocas esperanzas les iban quedando ya a los cristianos del Oriente. Los mamelucos les molestaban amenazando con arrojarles de sus últimos reductos. Por si fuera poco, en 1261 había caído a su vez el Imperio Latino, que años antes fundaran los occidentales en Constantinopla. En Palestina dominaba entonces el feroz Bibars (la Pantera), mahometano fanático que se propuso acabar del todo con los cristianos. El papa Clemente IV instaba por una nueva Cruzada. Y de nuevo San Luis, ayudado esta vez por su hermano, el rey de Sicilia, Carlos de Anjou, el rey Teobaldo II de Navarra, por su otro hermano Roberto de Artois, sus tres hijos y gran compañía de nobles y prelados, se decide a luchar contra los infieles.

En esta ocasión, en vez de dirigirse directamente al Oriente, las naves hacen proa hacia Túnez, enfrente de las costas francesas. Tal vez obedeciera esto a ciertas noticias que habían llegado a oídos del santo de parte de algunos misioneros de aquellas tierras. En un convento de dominicos de Túnez parece que éstos mantenían buenas relaciones con el sultán, el cual hizo saber a San Luis que estaba dispuesto a recibir la fe cristiana. El santo llegó a confiarse de estas promesas, esperando encontrar con ello una ayuda valiosa para el avance que proyectaba hacer hacia Egipto y Palestina.

Pero todo iba a quedar en un lamentable engaño que iba a ser fatal para el ejército del rey. El 4 de julio de 1270 zarpó la flota de Aguas Muertas y el 17 se apoderaba San Luis de la anti-

gua Cartago y de su castillo. Sólo entonces empezaron los ataques violentos de los sarracenos.

El mayor enemigo fue la peste, ocasionada por el calor, la putrefacción del agua y de los alimentos. Pronto empiezan a sucumbir los soldados y los nobles. El 3 de agosto muere el segundo hijo del rey, Juan Tristán, cuatro días más tarde el legado pontificio y el 25 del mismo mes la muerte arrebataba al mismo San Luis, que, como siempre, se había empeñado en cuidar por sí mismo a los apestados y moribundos. Tenía entonces cincuenta y seis años de edad y cuarenta de reinado.

Pocas horas más tarde arribaban las naves de Carlos de Anjou, que asumió la dirección de la empresa. El cuerpo del santo rey fue trasladado primeramente a Sicilia y después a Francia, para ser enterrado en el panteón de San Dionisio, de París. Desde este momento iba a servir de grande veneración y piedad para todo su pueblo. Unos años más tarde, el 11 de agosto de 1297, era solemnemente canonizado por Su Santidad el papa Bonifacio VIII.

FRANCISCO MARTÍN HERNÁNDEZ

Bibliografía

Act. SS. Boll., 5 de agosto (1741).
GUZMÁN, A. DE, *Vida del mayor monarca del mundo, San Luis, rey de Francia* (Madrid 1727).
JOINVILLE, J. DE, *Histoire de Saint Louis* (París 1868).
LARCENA, J., *Saint Louis de France* (París 1964).
Mémoires de la Société de l'Histoire de Paris et de l'Île de France, XXIII (París 1896).
SAINT-PATHUS, G. DE, *Vie de Monseigneur Saint Louis* (París 1899).
WALLON, H., *Saint Louis et son temps* (París 1875).
• Actualización:
BERGER, E., *Saint Louis et Innocent IV. Étude sur les rapports de la France et du Saint-Siège* (Ginebra 1974).
GOY, J., *Le Sacre des rois de France* (Reims 1978).
GUTH, P., *Saint Louis, roi de France* (Ginebra 1984).
LÉVIS-MIREPOIX, A. DE, *Saint Louis, roi de France* (París 1970).
ROUSIER, L., *Vie de saint Louis, roi de France.* Ed. Facsímil (Nimes 1994).
Un temps avec Saint-Louis, roi de France: 1214-1270 (París 1999).

SAN JOSÉ DE CALASANZ

Presbítero y fundador († 1648)

La villa aragonesa de Peralta de la Sal fue la patria del santo de los niños. La fecha natalicia que armoniza la más antigua versión con todos los datos del Epistolario Calasancio es la de 31 de julio de 1558, en los albores del reinado de Felipe II.

Cinco hermanas y dos hermanos eran los vástagos del matrimonio Calasanz-Gastón, formado en la herrería peralteña por don Pedro, baile de la villa, segundón de familia infanzona venida a menos, y doña María, madre ejemplar que educó cristianamente a todos sus hijos, muy en especial a José, su benjamín, al que inculcó una tierna devoción a la Virgen y un agresivo odio al pecado. El maestro de la escuela rural, para descansar de la monotonía del deletreo, tomaba al pequeño, subíale sobre su cátedra y hacíale recitar ante sus condiscípulos los milagros de Nuestra Señora, tal como se los enseñaba en casa su madre. De mayor interés psicológico había sido aún antes, cuando apenas frisaba en los cinco años, el rasgo de su primera escapada por los olivares del contorno, cuchillo en mano, para matar al demonio, que las pláticas maternales le «pintaban» como a su más encarnizado enemigo.

A los diez años pasa a Estadilla a cursar latines, y jamás empieza las clases sin haber hecho antes su oración en la iglesia, a despecho de las burlas de sus compañeros, que acaban por admirarle, llamándole «el Santet» en su ribagorzano-catalán.

Los estudios superiores de filosofía y teología, preparación inmediata para el sacerdocio a que aspiraba, los comenzó en la universidad de Lérida, donde los estudiantes aragoneses le eligieron su prior o representante para la votación de rector, cargo que había de desempeñar un estudiante legista, en régimen harto democrático. Condiscípulo hubo, un tal Mateo García, que llamaba a José su verdadero espíritu santo, pues él le inspiraba la manera de salir con bien de las frecuentes reyertas en que le metía su carácter pendenciero. Recibióse allí nuestro pacífico Calasanz de bachiller en artes, se tonsuró de clérigo, cursó dos años de teología y se volvió a Peralta en 1577, dispuesto a cambiar de universidad, en busca de menos disturbios escolares y más disciplina académica.

Marchó, efectivamente, a la de Valencia, dentro siempre de la corona de Aragón, y regentada entonces con mano enérgica por el patriarca Juan de Ribera; pero aquí le acechaba el Tentador, dispuesto a truncar aquella carrera sacerdotal tan decidida. Para ayuda de costas de sus estudios el joven teólogo, que estaba en la florida edad de sus veintiuno, entró de memorialista y tenedor de libros al servicio de una dama que le remuneraba con buen sueldo, pero en cuyo pecho el enemigo de toda castidad acertó a encender tan secreta cuanto viva llama de pasión. Contenida al principio, estalla al fin, tumultuosa y vehemente, aturdiendo al sorprendido e inocente joven, que reacciona inmediato eludiendo el lance con la fuga, no ya de la casa, sino de la ciudad y de la universidad misma, sin atención a sueldo y matrícula, que pierde, ni a carrera, que arriesga, pero con logro de una inocencia que mantiene inmaculada por gracia de Dios y su santísima Madre.

El súbito retorno a Peralta le enfrenta con nuevo peligro para su vocación. La Ribagorza arde en inquietudes de carácter político-social que ocasionan la muerte violenta de Pedro Calasanz, el hermano mayor de nuestro joven teólogo. El padre quiere ahora que José contraiga matrimonio y herede el mayorazgo. En tan difícil situación Dios acude con el remedio de una grave enfermedad que pone al propio José al borde del sepulcro. No hay opción ante el dilema de muerte o altar, que el enfermo propone al atribulado padre. Y, obtenido el paterno consentimiento, emite voto formal de recepción oportuna del sacerdocio, cede inmediatamente la enfermedad, y se retira a Barbastro el restablecido estudiante a proseguir su carrera tres años más, hasta cumplir los veinticinco y recibir las sagradas órdenes.

El novel sacerdote continúa junto al obispo de Barbastro, el dominico Urríes; pero se le muere al año y medio, dejándole sin patrono. Retírase a su beneficio de San Esteban y coincide allí la celebración de las Cortes de Monzón, que preside personalmente Felipe II en 1585. Requieren a nuestro José para secretario de la Comisión de reforma de los agustinos, y el presidente de la misma, prendado de él, se lo queda para examinador y confesor, partiendo ambos para otro cometido reformatorio, el

de los benedictinos, catalanes y vallisoletanos, del célebre monasterio de Montserrat. Aquí nada se logra, por muerte del visitador La Figuera, que deja una vez más a Calasanz sin patrono.

Tras breve estancia en Peralta se incorpora a la diócesis de Urgel como secretario y maestro de ceremonias del Cabildo de La Seo, donde no tardan en reconocer sus valores. Es su obispo, el cartujo Andrés Capella, y su vicario general, Antonio de Gallart, futuro obispo de Perpiñán y Vich, quien le acumula los cuatro oficialatos de Tremp, Sort, Tirvia y Cardós, con la encomienda de la visita a lo más abrupto del Pirineo, deparándole tres años de intensísimo apostolado sacerdotal, pródigo en curiosas incidencias y espirituales satisfacciones.

Tal vez le quiere el Señor en aquella senda de cargos y ministerios, y le ronda el deseo de obtener una canonjía que los consolide y afiance. Por ello renuncia a su plebanía de Ortoneda y Claverol, asegurando para los pobres la renta en trigo de su personado, y marcha a Barcelona a los estudios, trocando entonces su licenciatura en teología por el doctorado. Para agenciar con mayor seguridad el canonicato a que aspira, marcha a Roma en 1592, asumiendo la preceptoría de dos sobrinos del cardenal Colonna y la gerencia de los asuntos de varias diócesis españolas.

Pero Dios espera en Roma al doctor Calasanz, precisamente a propósito de la canonjía. Fracasa en su intento repetidas veces, hasta que da un vuelco su alma hacia las renunciaciones completas y se entrega ardoroso a las aspiraciones de la santidad. Se olvida de España para romanizarse definitivamente, y en él la romanización equivale a santificación.

La archicofradía de los Doce Apóstoles, la cofradía de las Llagas de San Francisco, la de la Trinidad de los Peregrinos y la del Sufragio en la vía Giulia no sólo aprenden su nombre, sino que se contagian de su actividad ardorosa, tanto en las efusiones de su caridad operante cuanto en la intercesión y prácticas de su mortificación penitente. La visita diaria a las siete basílicas romanas halló por aquellos años en Calasanz un incansable y fervoroso promotor. Y empezaron entonces los carismas y los milagros, ornamento frecuente en las vidas de los elegidos del Señor.

Peregrino de los santuarios de Italia, San Francisco le desposa en Asís con tres doncellas representativas de los votos religiosos, su suerte futura; y particularmente la santa pobreza le regala con apariciones de singular predilección. Llegó la madurez, la hora de Dios.

El concilio de Trento acababa de urgir para la Contrarreforma una mayor difusión de la enseñanza del catecismo; habíase publicado el de San Pío V: era un hecho la archicofradía de la Doctrina Cristiana. Calasanz se inscribió en ella con más entusiasmo que en las cuatro anteriores, y poco faltó para que se le eligiera su presidente en Roma. Pero comprendía que no bastaba con la catequesis dominical. Sostenía con otros catequistas una escuelita cotidiana en Santa Dorotea del Trastevere; mas lamentaba en la mayoría escasa constancia y sobrado interés. Roma seguía con la lacra de la infancia enlodada en el arroyo, y a su vista Dios apretaba de congojas el corazón de su siervo. Se dedicó a llamar a muchas puertas, sombrero en mano, pordioseando amparo para los pequeñuelos, hasta que al fin comprendió que era más bien el Señor quien daba los aldabonazos en su alma para que se lanzara de lleno al apostolado de la enseñanza infantil. Y se decidió a la acción. Despidió de Santa Dorotea a los maestros interesados; proclamó la gratuidad absoluta; abrió sus aulas para todos y las rotuló con el breve y denso nombre de Escuelas Pías. Y entonces, en 1597, surgió en la iglesia de Dios y en lo que siglos después se llamaría «Historia de la pedagogía» una cosa totalmente nueva, que prepararía tiempos asimismo nuevos: el grupo escolar popular. Estaban en puerta las democracias; la cultura ya no tropezaría con el espíritu clasista; el apostolado contaría con la más eficaz de sus actividades, y se levantaba bandera tras de la cual no tardarían en formarse las numerosas mesnadas de las corporaciones católicas dedicadas a la tarea de la enseñanza. La preocupación docente prendió en los gobiernos y hasta los Ministerios de Fomento, Instrucción Pública y Educación Nacional tienen su origen remoto en el gesto calasancio que organizó las escuelitas transtiberinas.

Una avalancha de niños las llenó hasta el tope; pero a los dos años, otra avalancha, la del Tíber, lo inunda todo, y vuelta a empezar. Calasanz ahora deja el arrabal y las introduce en el

corazón de Roma, precisamente en el 1600. Y la obra puesta en marcha ya no se detiene. Varias veces cambia de local hasta definitivamente establecerse en San Pantaleón. Durante veinte años continuos (1597-1617) el padre José se ha ingeniado para mantener una comunidad secular *sui generis,* sin votos ni reglas, sin otro apoyo que el prestigio de su prefecto. Es el grupo escolar con su balumba de niños perfectamente distribuidos, con sus clases de lectura, escritura, ábaco y latín o humanidades, entreverado todo de doctrina y piedad cristianas, con pasmo de la Ciudad Eterna y de los romeros que la visitan desde toda la catolicidad, al ver el orden y compostura de las interminables rutas de alumnos, y al recordar el antiguo abandono de la infancia, que al fin encontraba su mentor y padre. La Providencia le deparó colaboradores valiosísimos como el joven Glicerio y el viejo Dragonetti, pero el factor más eficaz de consolidación fue la autoridad pontificia. Tras un fallido ensayo de agregación a una Corporación religiosa ya existente, la de San Leonardo de Lucca, el pontífice Paulo V erigió las Escuelas Pías en congregación de votos simples, y a los cuatro años de prueba, en 1621, ya logró el padre José de la santidad de Gregorio XV la elevación a Orden de votos solemnes, última de las de esta categoría en la Iglesia de Dios.

Pedagogo y legislador de pedagogos, José de la Madre de Dios estampó en sus constituciones su áurea sentencia: «Si desde los tiernos años son imbuidos los niños en piedad y letras, podrá sin duda esperarse de ellos un feliz desarrollo de toda su vida». Y apasionado de hecho de la tarea de la enseñanza, dirá de su ejercicio que es «degnissimo, nobilissimo, meritissimo, favorevolissimo, utilissimo, bisognevolissimo, naturalissimo, ragionevolissimo, graditissimo, piacevolissimo, e gloriosissimo» (el más digno, el más noble, el de más mérito, el más favorable, el más útil, el más necesario, el más natural y razonable, el más de agradecer, el más agradable y de máxima gloria). Y, efectivamente, su dedicación a él fue integral, no solamente los veinte años dichos de su prefectura, sino también los quince de su generalato temporal, los catorce de su generalato vitalicio y aun los dos últimos de su senectud, después de destituido de su cargo de general de su Orden. Cincuenta y un años de entrega to-

tal a sus escuelas, después de los treinta y nueve de preparación y actuación sacerdotal, dan carácter a los noventa de su fecunda existencia: fecunda en su labor personal de educador, que domina a los niños con mano de santo, y con mano de santo hasta restituye a su órbita el ojo saltado a un muchacho en una pelea durante el recreo; y fecunda en su acción oficial de fundador y dilatador de su Orden por las provincias de Roma, Génova, Nápoles, Florencia, Sicilia, Germania, Polonia y Cerdeña, con más de cuarenta fundaciones realizadas bajo su gobierno. En visita personal a Cárcare, en el genovesado, reconcilió facciones ancestralmente enemistadas; en Nápoles volvió a buen camino a tres disolutos artistas que trataban de ofenderle; en Florencia permitió y estimuló a sus hijos al cultivo de las ciencias, con la amistad del perseguido sabio Galileo; en Germania sus escolapios o piaristas, como allí les llaman, ocuparon las avanzadillas de la catolicidad frente a la acometida protestante, y su santuario de Nikolsburg fue centro de irradiación y reconquista espiritual, reconocido por Von Pastor.

Mas las benemerencias del santo Calasanz no terminan con su magisterio y su Orden docente. Brilla en él la ejemplaridad de su humilde acatamiento ante las persecuciones y humillaciones más extrañas. Un miembro de su propia Corporación, el padre Mario Sozzi, logra por sus servicios y delaciones un proteccionismo excepcional de parte del Santo Oficio o Tribunal de la Inquisición, y lo emplea en desacreditar a su padre general y revolverle la Orden, singularmente en Florencia. En Roma llegó a provocar el arresto y conducción del padre José y de su curia generalicia al Tribunal de la Fe entre esbirros y corchetes; como espía y malhechor, entre la nerviosa agitación de la pontificia guerra de Castro. Suspendido en su cargo de supremo moderador de la Orden, se atreve a suplantarle como primer asistente en funciones de general, y le humilla y desprecia sin respeto a su ancianidad venerable. La revancha es de Dios, que se lleva al padre Mario preso de una sífilis horripilante; mas le sucede el padre Querubini, hechura suya y tan indigno como él, presagio de que se va a la ruina del Instituto. Termina en desastre la guerra de Castro; muere el papa Urbano VIII; la comisión cardenalicia nombrada para los asuntos de las Escuelas Pías de-

cide la reintegración del anciano padre general en el puesto de mando de la Orden; pero el Santo Oficio entiende que tal reparación será en desdoro de su prestigio tribunalicio y el papa Inocencio X opta al fin por la destrucción de la obra calasancia, desarticulándola y privándola de su jerarquía. Queda el santo definitivamente destituido, sin perder por ello la resignación, la paciencia, ni la esperanza. Dios me lo dio, Dios me lo quitó —repite con el Job del Viejo Testamento—. Mas no vacila en profetizar la restauración de su Orden y en animar a todos sus hijos a la perseverancia. No se abandona, en efecto, ninguna casa y siguen todas repletas de alumnos. Dos años aún de infatigable actividad y de invencible paciencia, y llega el triunfo de su última enfermedad y de su muerte preciosa, el 25 de agosto de 1648.

El principio del fin fue su última comunión entre sus niños como lección postrimera, para caer en el lecho de su cuartito de San Pantaleón y edificar con sus fervores a sus desolados religiosos. De curaciones ajenas y penetración de espíritus fueron los casos frecuentes; pero mucho más los de virtudes heroicas: en materia de fe, hasta arrojó de su boca un sedante al saber que había sido ideado por el hereje Enrique VIII de Inglaterra; envió a dos de sus hijos a poner en su nombre la cabeza a los pies de la estatua de San Pedro y no quedó tranquilo hasta obtener del Papa, por escrito, la bendición apostólica, con transportes de alegría que contrastaban con los desaires, nada leves, de la propia Sede Apostólica recibidos antes. Y en sus últimos días de enfermedad tuvo el consuelo inefable de la aparición de la Virgen Santísima reafirmando sus esperanzas, y la de los escolapios hasta entonces difuntos en número de 254, con sólo una ausencia.

San José de Calasanz fue beatificado el 18 de agosto de 1748 por el papa Benedicto XIV y canonizado por Clemente XIII el 16 de julio de 1767.

CALASANZ BAU, SCHP

Bibliografía

BAU, C., SCHP, *Biografía crítica del santo* (Madrid 1949).
PICANYOL, P. L., *Epistolario calasancio* (Roma 1950-1956).

SANTHA, G., *San José de Calasanz. Su obra y escritos* (Madrid 1956)
• Actualización:
ASIÁN GARCÍA, M. A., *El camino de José de Calasanz* (Salamanca 1981).
CUEVA, D., *Vida de San José de Calasanz* (Madrid ²2000).
ERRAZU GARCÍA, C., y otros, *San José de Calasanz, el amigo de los niños* (Madrid 1986).
GINER GUERRI, S., *San José de Calasanz. Maestro y fundador. Nueva biografía crítica* (Madrid 1992).
— *San José de Calasanz* (Madrid 1993).
— *Siguiendo las huellas de San José de Calasanz por España e Italia* (Madrid 1992).
HARO SABATER, R., *El santo temor de Dios en San José de Calasanz* (Barcelona 1987).
SANTHA, G., *Ensayos críticos sobre San José de Calasanz y las Escuelas Pías* (Salamanca 1976).

SAN MENAS DE CONSTANTINOPLA

Obispo († 552)

Es una historia difícil la de San Menas porque su vida ha estado envuelta en unos años también difíciles de la misma Iglesia. Hay una cosa cierta: tanto la Iglesia latina como la Iglesia griega veneran el 25 de agosto la memoria de este prelado del siglo VI, cuyo patriarcado en Constantinopla dura desde el año 536 al 552.

Sus orígenes hay que buscarlos en Alejandría aunque debió pasar muy pronto a Constantinopla, donde adquirió una gran reputación como prestigioso sacerdote, director de un xenodochio llamado Sansón y defensor del concilio de Calcedonia. Concilio que celebrado en octubre de 451 ratificaba la doctrina contra los monofisitas que defendían la existencia en Cristo de una sola naturaleza.

El papa San Agapito consagró obispo a Menas y lo designó como patriarca de Constantinopla contra las intenciones del general Belisario, jefe de las tropas de Justiniano, que quería colocar en la tal sede episcopal al hereje Antimo. Este hecho no llegó a consumarse por la decidida voluntad del Papa que había ocupado la sede pontificia el año 535. La ascensión de Menas significaba además la aceptación clara de la primacía del pontificado de Roma en toda la Iglesia.

El mismo año de su nombramiento (536), Menas ya reunió un sínodo en Constantinopla que los griegos llamaron *Sínodo contra Severo* por ser éste, junto con Antimo, uno de los jefes principales de la secta. En esta situación se suscita la famosa

cuestión de los *tres capítulos,* promovida por Teodoro Askydas, obispo de Cesarea, que va a envolver a Menas en una de las más confusas discusiones bizantinas.

El obispo Teodoro indujo a Justiniano a tomar una medida que se creyó habría de contribuir muchísimo al acercamiento de los monofisitas, muy influyentes en el imperio. Sobre todo, le aseguró que atraería a una gran parte de los monofisitas a esa deseada unión si condenaba a los cabecillas de la escuela antioquena, particularmente odiados por aquéllos. La medida consistía en prohibir solemnemente los tres capítulos, es decir:

1. La persona y los escritos de Teodoro de Mopsuestia, verdadero fundamento del nestorianismo.

2. Los escritos de Teodoreto de Ciro contra San Cirilo y el concilio de Éfeso.

3. Una carta de Ibas de Edesa en defensa de Teodoro de Mopsuestia y contra San Cirilo, dirigida a Maris de Seleucia.

Eran tres capítulos especialmente odiosos a los monofisitas y se suponía que con su prohibición se les atraería.

Los escritos merecían, en realidad, ser condenados y de hecho lo habían sido ya, pero tanto Teodoreto como Ibas se habían retractado en Calcedonia. A Justiniano desde luego le gustó la idea.

En Oriente fue bien recibida la prohibición, pero en Occidente se «levantó» una protesta general contra ella. La prohibición de Teodoreto, alma del concilio de Calcedonia, se interpretaba como impugnación del concilio mismo. Aun cuando cabía la distinción entre el concilio y los escritos de Teodoreto del tiempo que se opuso a San Cirilo, los occidentales no entendían esa distinción. La oposición era total.

Fue entonces cuando Justiniano, hombre violento en sus decisiones, picado en su amor propio, trató de reducir a todos los recalcitrantes.

A Menas le tocó la suerte de ser el primero entre los obispos orientales en firmar, bajo la presión de Justiniano, la condenación de los *tres capítulos.* Y lo hizo, aunque con la salvedad de poderse retractar ante el emperador si el obispo de Roma no quería subscribirlos. Lo cual no pasaba de ser un mero formulismo.

En efecto sabía ya Menas que el nuncio del papa Esteban rechazaba tal condenación y Menas no retiraba su firma. Aún más, en enero del año 547, llegaba a Constantinopla el mismo papa Vigilio, invitado por Justiniano, quien por otro lado conocía perfectamente la oposición de los occidentales y era consciente de la indignación que se levantaría si se adhiriera a ella. Por eso evitó durante algún tiempo la comunicación con el patriarca Menas. El patriarca no quiso ni entrevistarse con el papa Vigilio durante cuatro meses, por esta causa. No parece que Menas pensara nunca en una retractación y fue el propio Papa el que tuvo que mudar su opinión para ponerse de acuerdo con el Patriarca. El 11 de abril del año siguiente, 548, Vigilio publicaba un manifiesto, denominado *Iudicatum,* en el cual condenaba abiertamente los *tres capítulos,* añadiendo la reserva de que el concilio calcedonense quedaba a salvo.

Y aunque la condena no suponía una claudicación en materia de fe, sí suponía una debilidad, y el rechazo en Occidente fue tan terrible que hasta un sínodo de Cartago del año 550 lanzó la excomunión contra el Papa, al que se suponía caído en el monofisismo. Las cosas llegaron a tal punto que, asustado por la situación, Vigilio tuvo que suspender la condenación de los tres capítulos. Se convino, además, en que para decidir la cuestión, se reuniría un Concilio y entretanto nadie publicaría nada sobre el asunto. Sin embargo, Justiniano no cedería y bajo la presión de Askidas publicó otro decreto imperial, *Confesión de la fe,* el año 551, en que se renovaba la prohibición de los *tres capítulos.* El Papa se declaró abiertamente contrario.

La imposición fue tan feroz que el propio Papa tuvo que refugiarse en la iglesia de San Pedro de Constantinopla y no sintiéndose seguro se escapó luego a la de Santa Eufemia de la próxima Calcedonia, desde donde lanzó la excomunión personal contra Askidas, Menas y sus partidarios. Un acto que sirvió para poner de relieve la sincera voluntad de Menas, que quería evitar un cisma. Por eso la respuesta que dio al Papa fue un escrito firmado por él y los principales alcanzados por el anatema pontificio, en el cual en forma tan humilde como hábil pedían perdón al Papa, notando, empero, que no eran los obispos firmantes responsables de las violencias de que había sido víctima el papa Vigilio.

El papa, aprovechando la favorable situación, volvió a Roma. Para Menas fue éste el último acto de su vida, muriendo reconciliado con la Santa Sede. Era el año 552, año de su muerte. El nuevo patriarca sucesor de Menas, Eutiquio, abrió un sínodo en Constantinopla el año 553, en el que se pronunció sentencia contra los tres capítulos. Sínodo que al ser aceptado por el Papa fue el quinto ecuménico. Asistieron 151 obispos y la cuestión de los tres capítulos quedó definitivamente solventada.

No cabe duda que, aun cuando ya había muerto, el ejemplo y el estímulo de Menas fueron decisivos en este paso tan fundamental para la Iglesia.

Juzgada con las clarificaciones de hoy, pueden encontrarse ciertas oscuridades en la conducta de Menas. Inmersos en aquella situación las cosas no eran tan claras y fáciles de comprender, aun refiriéndonos al propio papa Vigilio. Una vez más, bajo el designio de la Providencia y la asistencia del Espíritu Santo, la luz iluminó a todos para bien de la Iglesia. San Menas fue en esos momentos uno de los hombres providenciales.

Una cosa es clara: el permanente deseo de San Menas de estar siempre del lado de la verdad y de la Iglesia. El favor que hace a la Iglesia de Roma es incuestionable y de trascendencia incalculable para el papado. Hoy su figura es juzgada entre las más beneméritas para la unidad de la Iglesia.

JOSÉ SENDÍN BLÁZQUEZ

Bibliografía

LLORCA, B., SI - GARCÍA VILLOSLADA, R., SI - LABOA, J. M.ª, *Historia de la Iglesia católica.* I: *Edad Antigua: la Iglesia en el mundo grecorromano* (Madrid ⁸2001) 522s.
Diccionario Espasa. Tomo letra M, p.566.

SAN GREGORIO DE UTRECHT

Abad y obispo († 775)

El encargo de predicar el Evangelio a todos los hombres de todos los países (Mt 28,19; Mc 16,15) es misión apostólica que el Espíritu de Jesús no ha dejado de infundir en el ánimo de muchos cristianos, que se han sentido enviados, misioneros, para comunicar la Buena Nueva y congregar y edificar la Iglesia

con los renacidos a una vida nueva por el agua y el Espíritu Santo. Nunca la Iglesia de Jesucristo, viva y operante en cada una de las Iglesias particulares, ha dejado de sentirse enviada más allá de la frontera de las tierras ya cristianizadas.

Con el Evangelio, los misioneros de todos los tiempos han aportado cultura y civilización a nuevos pueblos. En la base de la Europa de hoy, tuvo un relieve especial la labor misionera que, en los siglos VII y VIII, llevaron a cabo monjes ingleses en las tierras del norte del continente europeo.

En el año 716 el Espíritu suscitó la vocación misionera en un monje de Nursling (Gran Bretaña), de nombre Winfrido, que salió de su tierra hacia el continente europeo. Arribó a los Países Bajos, al país de los frisones, donde el benedictino inglés Wilibrordo había establecido, después de su predicación misionera, la sede de Utrecht, con la bendición del papa Sergio I que, en el 695, lo ordenó obispo en Roma y le concedió el palio arzobispal cambiándole el nombre original por el de Clemente. En la consolidación de esta misión entre los frisones, quiso colaborar también el monje Winfrido, pero circunstancias adversas se lo impidieron en el primer momento de su salida de Inglaterra. Regresó a su país y en el 718 salió de nuevo hacia el continente. Acudió primero a Roma para entrevistarse con el papa Gregorio II, con el cual planeó la evangelización de los sajones. Entonces el Papa le impuso el nombre de Bonifacio. Después se dirigió nuevamente a Utrecht para ayudar a san Wilibrordo en la tarea de convertir a los frisones; permaneció dos años con él. Luego entró en el país de los sajones, a quienes convirtió por miles. Enterado de los progresos de esta misión, Gregorio II lo llamó nuevamente a Roma. En su peregrinación hacia la ciudad de los mártires, Bonifacio encontró en un monasterio al que sería uno de sus más fieles discípulos y continuadores de su misión evangelizadora y de la de Wilibrordo, el joven Gregorio, al que llegó a amar como a un hijo.

Gregorio había nacido en el año 707, de la estirpe de los reyes francos. Era hijo del noble Alberico, que tuvo por madre a Santa Adela, la cual, después de enviudar, se había recluido en el monasterio de Pfalzel, junto a Tréveris, del cual era abadesa. Para cuidar de su educación e instrucción, la abuela cobijaba a

Gregorio en su cenobio. Aquí el joven conoció a San Bonifacio, cuando en el año 722 pasó por Tréveris de camino hacia Roma. Gregorio se contagió de la pasión por el estudio del que sería desde entonces su maestro; y acompañó al misionero en su viaje y compartió con él la estancia en la ciudad de los papas. El 30 de noviembre de aquel mismo año, Gregorio II ordenó como obispo de toda Germania a Bonifacio, encargándole la misión de predicar el Evangelio y de establecer la Iglesia en todas las tierras de la derecha del Rin. Recibida esta misión episcopal, Bonifacio marchó a Turingia y Hessen, acompañado de su discípulo Gregorio, a quien ordenó de presbítero cuando éste contaba unos treinta años. Bonifacio evangelizó también Baviera, después de recibir el palio arzobispal de manos del papa Gregorio III (a.732) y más adelante el título de legado papal (a.738).

Aquel año de 738, murió el santo arzobispo de Utrecht, Wilibrordo o Clemente. Con sus facultades de legado papal, San Bonifacio administró la diócesis huérfana de pastor, pero en la dirección de esta Iglesia se asoció al presbítero Gregorio. El año 753 Gregorio se encargó ya plenamente de regir la sede de Utrecht. San Bonifacio, uno de los padres más notables de la Europa cristiana, murió mártir el 5 de junio del 755 mientras había retornado a evangelizar a los frisones que permanecían aún en el paganismo.

Gregorio, después de la muerte de su maestro, recibió del papa Esteban II y del rey Pipino el Breve el encargo de continuar la misión entre los frisones, mientras seguía administrando la diócesis de Utrecht. Como un segundo pastor, seguidor de San Wilibrordo y discípulo muy querido de San Bonifacio, dedicó su vida al cuidado y educación de la grey de Cristo. «Columna de la Iglesia de Dios, abad y maestro mío», lo llama San Lutger (o Liutger), obispo de Münster († 809), su discípulo y primer biógrafo. Parece que no llegó a recibir la ordenación episcopal; «perseveró en el grado de presbítero», escribe San Lutger; si bien un diploma de Carlomagno, de 769, lo llama obispo. El catálogo de los obispos de Utrecht, de época tardía, lo inscribe como el tercer obispo de aquella sede, sucesor de los santos Wilibrordo y Bonifacio. Fuentes históricas y el *Martirologio romano* actual afirman que rigió como abad el monasterio de

San Martín de Utrecht y que «gobernó» la Iglesia de esta ciudad. Gregorio fue maestro de buen número de discípulos, que llegaron de diversos países atraídos por su fama de hombre culto y erudito, versado en las Sagradas Escrituras. Los formó especialmente como misioneros para enviarlos a proseguir la evangelización de los frisones. Puede que siguieran la regla de San Benito, o que fueran clérigos que observaran vida claustral, presididos por el abad Gregorio, una comunidad semejante a la que celosos obispos habían venido presidiendo y dirigiendo junto a sus catedrales, como un cabildo regular, desde el siglo IV. Gregorio, como buen pastor, fue muy amante de los pobres a quienes socorrió con generosidad.

El 25 de agosto del 775 este siervo bueno y fiel fue llamado al gozo de su Señor (Mt 25,21), después de padecer una enfermedad que le dejó paralítico. Cuando sintió próximo su fin, se hizo llevar ante el oratorio del Santísimo Salvador, oró con gran fervor, recibió el cuerpo y la sangre del Señor, y, mirando al altar y con la mente en el cielo, marchó hacia su Señor, escribe la *Vita* de San Lutger.

PERE-JOAN LLABRÉS Y MARTORELL

Bibliografía

Acta SS. Augusti, V (Venezia 1754) 240-264.
Bibliotheca sanctorum. VII: *Giustiniani-Lhuilier* (Roma 1966) col.222.
HEUSSEN, T., *Batavia sacra,* I (Anvers 1717) 451-466.
LUTGER (San), *Vita,* en MABILLON, J. - D'ACHERY, L., *Acta Sanctorum Ordinis Sancti Benedicti,* III/2 (París) 319-333.
VIARD, P., Art. en *Catholicisme* (encyclopédie), V: *Gibier-Interraciale* (París 1962) cols. 265-266.

BEATA MARÍA DEL TRÁNSITO DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO CABANILLAS

Virgen y fundadora († 1885)

Como a otras fundadoras de congregaciones religiosas —por ejemplo Juana Jungan, Rafaela María del Sagrado Corazón, etc.— destinó el Señor a María del Tránsito Cabanillas para que primero diera vida a una congregación religiosa fecunda en buenas obras y luego, olvidada su condición de fundado-

ra, pasara a un segundo término y viviera sus últimos años en el silencio y la oscuridad. Ella debía ser el grano de trigo que es muriendo como da mucho fruto. Supo plegarse a la voluntad de Dios y elegir la senda de la más profunda humildad, abrazándose con amor a la cruz de Nuestro Señor Jesucristo.

María del Tránsito Eugenia de los Dolores nació en la hacienda de sus padres, término de Córdoba, República Argentina, el 15 de agosto de 1821. Eran sus padres Felipe Cabanillas Toranzo y Francisca Antonia Sánchez Luján, un matrimonio cristiano ejemplar. De su unión, contraída el 19 de septiembre de 1816, llegarían a tener once hijos, y pese a la distancia de edad que había entre ellos, pues al tiempo de su boda él tenía 37 años y ella 18, ambos esposos convivieron en perfecta armonía a lo largo de treinta y cuatro años. Por el día las faenas del campo retenían a Felipe en la dirección de ellas, mientras Antonia cumplía con las tareas domésticas, y al caer la tarde los jóvenes esposos junto con los hijos y la servidumbre rezaban el rosario devotamente, dando así un testimonio cotidiano de su fe cristiana. Sin merma de esta fe, y por motivos desconocidos, tardaron en bautizar a la recién nacida hasta el día 10 de enero de 1822 en que la llevaron a bautizar a la capilla de San Roque, administrándole el bautismo el presbítero D. Mariano Aguilar.

No conocemos muchos particulares de su infancia, que discurrió en el agitado marco de la política de entonces. Se sabe que recibió el sacramento de la confirmación el 4 de abril de 1836 y se cree que poco antes debió recibir, según era la costumbre de aquel tiempo, la primera comunión. También se sabe que la niña pasó su primera infancia en Santa Leocadia, la estancia de unos parientes próximos, y que más tarde vivió en los campos de Río Segundo, donde su padre tenía sus posesiones. No se sabe si estudió las primeras letras en un colegio de Córdoba o las recibió en el propio hogar. Ella ya de mayor guardó celosamente sus recuerdos de infancia y no considerándose importante no los contó a las hermanas de su congregación.

Mientras otros hermanos contraían matrimonio en la primera juventud de Tránsito, sus hermanas Josefa y Nicasia fueron las compañeras de hogar de su juventud. Se sabe que era humilde, bondadosa y laboriosa, integrada muy bien en el clima

de amor y piedad de su hogar. Se sabe también que tuvo amor de madre para sus hermanos más pequeños. E igualmente se sabe que la estancia de los Cabanillas fue saqueada por el ejército de Rosas el año 1840 y que, junto con sus padres y hermanos, hubo de refugiarse en los montes cercanos. Tenía 29 años cuando falleció su padre (13 de julio de 1850). Su hogar se volvió riguroso y recogido hasta que una íntima y profunda alegría vino a poner otro clima: su hermano Emiliano recibe en 1854 el sacerdocio de manos del obispo de Buenos Aires, mons. Escalada. Acompañada de su madre, Tránsito asistió llena de regocijo espiritual a la primera misa del nuevo sacerdote. A lo largo de los años Tránsito lo había acompañado a la ciudad para ingresar en el seminario, y ella lo acompañaba igualmente en su vuelta a la hacienda al término del curso. Emiliano se convierte en padre y amparo de su madre y sus hermanas y junto a él la vida prosiguió normal hasta que el 13 de abril de 1858 fallecía su madre.

En 1864 fallecía su hermana viuda Eufemia, dejando cinco hijitas, a las cuales enseguida amparó la caridad del sacerdote Emiliano, canónigo ya y activo en la curia episcopal, asignándole una a cada hermana, y correspondiéndole a Tránsito la niña Rosario, la cual sobrevivirá hasta 1948, y será religiosa esclava, y pudo proporcionar numerosos datos sobre su querida tía. Por ella sabemos que su tía en los años en que ella convivió con la misma vestía una saya redonda unida a una bata también redonda de color café, llevando siempre un pañuelo al cuello, y al salir a la calle se cubría con un tapado negro de merino. Madrugaba cada mañana y se iba a misa a la capilla de San Roque, que distaba de su casa cuadra y media, oía la santa misa y comulgaba. Luego de volver y desayunar iba a una segunda misa a la iglesia de la Compañía con su sobrina Rosario. Vuelta al hogar empleaba el día en las tareas de la casa y cuidaba también de un jardincito. Bordaba y tejía, y dedicaba un tiempo a la lectura espiritual, tomándola de las obras de Santa Teresa de Jesús o del P. Rodríguez. Se inscribió en la Conferencia Vicentina de Nuestra Señora de la Merced, de la que era director el P. David Luque, y hacía cada semana su recorrido por las casas de los pobres encomendados a su cuidado. Atendía a que los enfermos recibieran los santos sacramentos y procuraba conducir al santo matrimonio las uniones no legalizadas.

En cierta ocasión en que una enferma no tenía nadie que la atendiera, Tránsito se la llevó a su casa y la cuidó hasta que recuperó la salud. Con gran fervor acompañaba al Santísimo Sacramento cuando era llevado a los enfermos. Se preocupaba de insistir ante las jóvenes madres para que llevaran sus hijos a bautizar e iba todas las semanas a la casa de la Compañía de Jesús para colaborar en la enseñanza del catecismo, y hacía que sus sobrinas colaborasen también. Se inscribió en la congregación de Hijas del Purísimo Corazón de María y Santa Filomena, que llevaban los padres jesuitas, y un año fue presidenta de la misma. Era también cofrade de la Virgen del Carmen. Rezaba el santo rosario todos los días, ayunaba los miércoles y sábados y ponía especial fervor en la comunión de los primeros sábados. Pero hay que subrayar en la biografía de esta santa mujer su pertenencia a la Orden Tercera de San Francisco. Ingresó en ella a raíz de la muerte de su madre en 1858, y ésta es la razón del vestido marrón que hemos dicho vestía siempre y de la vida austera y muy piadosa que intensificó desde entonces. Profesó en la Orden Tercera el 4 de septiembre de 1859 y con licencia de su confesor, el P. Buenaventura Rizo Patrón, OFM, más tarde Obispo de Salta, hizo voto de perpetua virginidad. En su intensa vida de oración, Tránsito no dejaba de pedirle al Señor que le indicara qué quería de ella porque de su parte estaba dispuesta a hacer en todo la divina voluntad. Y el Señor le respondió.

En el mes de septiembre de 1870 —como ella misma confesaría— le inspiró el Señor el deseo de fundar una casa de religiosas terciarias de penitencia de San Francisco de Asís, donde se consagrasen a Dios y se dedicasen al silencio y el retiro del mundo las almas que Dios llamase a esta vida. No obstante lo cual, cuando se planteó la fundación de un convento de carmelitas descalzas en Buenos Aires, Tránsito se presentó como aspirante. Admitida, marcha a la capital de la República y el 19 de marzo de 1873 ingresa en el Carmelo. Estuvo en el convento catorce meses en los que demostró su voluntad decidida de ser monja, pero la salud le falló: continuos vómitos y un persistente resfriado obligaron a Tránsito, por orden de la priora, a dejar el monasterio en julio de 1874. Se le dice que si mejora de salud

puede volver. Pero ella encontraría la oportunidad de una nueva experiencia de vida religiosa. El P. Félix María del Val, SI, consiguió que la admitieran las monjas salesas de Montevideo, y allá marchó Tránsito ingresando en el Monasterio de la Visitación el 12 de septiembre de 1874. Era una comunidad de religiosas muy observantes, presididas por la M. Carolina Crespi, y en la que ejercía el magisterio de novicias la M. María Gertrudis Crespi. Tránsito —se ha dicho— se sintió entre aquellas ejemplares religiosas transportada al paraíso y la M. Superiora diría años más tarde que Tránsito había sido la alegría del noviciado. Pero la salud volvió a fallarle y a mediados de marzo hubo de ir por ella a Montevideo su hermano Modesto, siendo el día de San José de 1875 el día de su salida del querido monasterio. Volcó su alma en el confesor, P. Martos, superior de los jesuitas, el cual le dijo: «Vaya, no se desanime. No llore. Dios la quiere para mayores cosas». Se quedó en Buenos Aires hasta reponerse un poco y entonces volvió a Córdoba. Su familia se alegró mucho de tenerla de nuevo en casa. Pasó por la pena de perder aquel mismo año 1875 a una de sus sobrinitas, y a sus hermanos Josefa y Emiliano, el querido sacerdote que tanto la había animado siempre. Tras este dolor, Tránsito vio renacer dentro de su corazón aquella idea de 1870 de dar vida a una institución franciscana y tiene la certeza de que es Dios quien de nuevo se la inspira.

Se dirigió al convento de los franciscanos y abrió su corazón en el confesonario con un padre de aquella comunidad, que no ha podido ser identificado con certeza. El sacerdote le dijo que su deseo nacía de buen espíritu y que lo propio era que hablara con el provincial, P. Vicente Barrios. Éste recibió a Tránsito y la oyó, la aprobó y le ofreció su ayuda. Le dijo que eligiera un director espiritual para su obra a fin de contar desde el principio un guía seguro y prudente y le prometió que él mismo agenciaría la licencia de Roma. Ella elige como director al canónigo magistral D. Justino W. Suárez, que acepta el encargo y la presenta al obispo de la diócesis, monseñor Eduardo Álvarez. El prelado le hizo ver que la dedicación de su futura obra a la oración y la penitencia era muy laudable pero que estaba necesitado de agentes de la catequesis, y deseaba que en los planes de

Tránsito se incluyera la obra apostólica de la catequesis y la educación cristiana de los niños. La autorizó a realizar todos los trámites necesarios y le señaló el pueblecito de San Vicente como el sitio donde debería abrir su casa, porque era un suburbio pobre muy necesitado de evangelización.

Tránsito habló enseguida con don Agustín Garzón, el fundador del barrio de San Vicente, y le pidió un terreno adecuado para su obra. Lleno de entusiasmo, Garzón le ofreció una cuadra de terreno. Tras fallar el intento de sumar sus esfuerzos a la obra concepcionista de Matilde Torres, Tránsito y su sobrina Rosario Luján se lanzaron a pedir limosnas para su obra, en la que ella pensaba poner la hacienda que había heredado de su hermano Emiliano y que era a todas luces insuficiente para costearla. Respaldada por el obispo, por los franciscanos, la Orden Tercera y las Conferencias vicentinas, y por la memoria de su ejemplar hermano sacerdote, hizo su labor de recogida de limosnas los años 1876 y 1877. Se separó de sus hermanas y se fue con una sirvienta a vivir en una casita. Su otra labor fue buscar las futuras miembros de su congregación y muy pronto hubo un grupo de almas dispuestas a seguirla. Estaba claro que la Regla iba a ser la de las terciarias franciscanas, pero había que redactar unas constituciones.

Y fue entonces cuando por medio del ya mencionado Sr. Garzón se hizo presente en el asunto el P. Quírico Porreca, OFM, napolitano, que acababa de concluir su mandato como superior del convento de los franciscanos de Córdoba y era nombrado Comisario de Tierra Santa en Argentina. Éste se ofreció para que se adoptaran las de las Estigmatinas italianas, que parecían dispuestas a venir a Argentina. El P. Quírico tenía las constituciones en italiano y se dedicó a traducirlas al español. Se ofreció también para agenciar la venida de las religiosas estigmatinas a Argentina, en lo que Tránsito estuvo de acuerdo pero que el P. General de la Orden consideró imposible. En agosto de 1877 el P. Quírico había concluido su traducción y la envió para que Tránsito la presentara en la Curia diocesana en orden a su aprobación, ya que en realidad no se presentaban como simple traducción, pese a serlo, sino como trabajo original. Eran originales el nombre de la congregación, el patronato de Santa

Margarita de Cortona, el hábito y el medio de subsistencia, la mendicidad.

Las religiosas de esta congregación se llamarían Hermanas Terciarias Misioneras Franciscanas. El 20 de noviembre Tránsito los presentaba a la autoridad eclesiástica. Mientras tanto se había llegado ya al encargo formal de la construcción del convento, cuyos pagos se iban haciendo con los haberes de Tránsito, en bienes inmuebles y en dinero efectivo, y con las limosnas que se iban allegando. A fines de noviembre el convento estaba construido y todo él convenientemente amueblado. Y así a la petición de licencia para los estatutos se pudo unir la licencia para dar principio a la institución. Se fijó la fecha del 8 de diciembre de aquel año, día de la Inmaculada, para la fundación, y en el mientras tanto mons. Uladislao Castellano, gobernador y provisor del obispado en sede vacante, pide al P. guardián de los franciscanos de Río Cuarto que le envíe al P. Quírico Porreca «para ayudarnos en la instalación y aún en la dirección de la congregación por algún tiempo». Parece que Juárez era el director señalado hasta entonces. Era también idea del señor Agustín Garzón, que tuvo parte muy relevante en todo el proceso fundacional. El guardián del P. Quírico estuvo de acuerdo, y así se hizo presente este religioso para una dirección por algún tiempo, que sin embargo duraría hasta su muerte y le haría presentarse como el verdadero fundador de la congregación.

Las aspirantes hicieron una tanda de ejercicios espirituales y en ella tres se decidieron a dar el paso. Efectivamente ese día 8 de diciembre mons. Castellano bendijo el edificio y les dio el hábito franciscano, predicando el Dr. Juárez. Ella se llamó en adelante Tránsito de Jesús Sacramentado. Al día siguiente ya madre Tránsito, acompañada de otra compañera, tomó su cesta y marchó a pedir limosna por la ciudad. Y por parte del clero y de los fieles de Córdoba se recibieron en la nueva casa religiosa muchas señales de aprobación y estima. Las vocaciones empezaron a aflorar y, el 22 de febrero de 1879, 16 nuevas aspirantes comenzaron su noviciado.

El primer apostolado fue dar catequesis a los niños del barrio los jueves y domingos. El 25 de marzo de aquel mismo año se abrió la escuela de niñas titulándose Colegio de Santa Marga-

rita de Cortona. Por iniciativa del P. Quírico se abrió el 2 de julio de 1879 una segunda casa de la congregación, el colegio de Nuestra Señora del Carmen, en Río Cuarto. Y ésta es la primera prueba de cómo el P. Quírico se había constituido en superior efectivo de la comunidad, siguiéndole la M. Tránsito con humildad y modestia. Siete hermanas pasaron a llevar este colegio. M. Tránsito, a la que el acta de aquella fecha llama fundadora y superiora mayor, asistió naturalmente al acto. Pero en esa misma acta se le da al P. Quírico el título de fundador de la congregación. M. Tránsito se estuvo unos meses en la nueva casa dirigiendo la formación de las novicias y cuidando que la observancia de las constituciones fuera óptima. Pero cuando llegó la hora de marcharse y tener que nombrarse una superiora, M. Tránsito no estaba de acuerdo en la candidata del P. Quírico, si bien el vicario capitular de la diócesis le pidió que ajustara su parecer al del sacerdote, y así lo hizo.

A fines de octubre regresó a Santa Margarita. Cuidó con gran celo el espíritu religioso de sus hijas espirituales, y el 2 de febrero de 1880 pronunció con las hermanas que cumplían el año de noviciado los votos religiosos delante del Vicario Capitular. M. Tránsito se volcó en formar a las religiosas y mostró unas excelentes cualidades como madre y guía de aquellas jóvenes entregadas al servicio divino. Daba ejemplo siguiendo en la póstula de limosnas, y ello a pesar de que comenzaba a padecer de asma. Vivían muy frugalmente y la madre atendía con amor a las necesidades de todos. En abril de 1881 las autoridades civiles prohibieron la póstula de limosnas. Hubieron de recurrir a la venta de labores de mano. M. Tránsito invitó a toda la congregación a echarse en manos de la Providencia.

El P. Quírico, que de director había pasado a asumir el papel de fundador, estaba dispuesto a llevar esta condición a sus últimas consecuencias y ello en detrimento del papel que le correspondía desempeñar a M. Tránsito. Conseguirá que la propia M. Tránsito en algún escrito, dictado por él, lo llame fundador. Contra el parecer de la madre ingresa en la congregación una hermana procedente de otro instituto, que no quería ajustarse a los estatutos vigentes y que acusó a la Madre ante el P. Quírico, y ello le valió a la madre ser reprendida y humillada en público.

El 13 de junio de 1880 tuvo lugar en Río Cuarto la profesión del grupo de hermanas que allí hacían el noviciado, y a ella asistió M. Tránsito. A comienzos de julio volvió a Córdoba. Y a comienzos de septiembre se puso muy enferma, hasta el punto de temerse por su vida. Pero mejoró. Durante su enfermedad, la madre pidió a una hermana, aún novicia, que la sustituyera interinamente, recuperando ella su papel en cuanto estuvo buena, pero esta sustitución fue presentada por el P. Quírico como un intento de nombrar sucesora por sí misma y que había escrito un testamento, y así se lo dijo a mons. Castellano, que quedó prevenido contra la madre, pero ella guardó su habitual respeto a las personas. El día 18 de noviembre el P. Quírico escribía una circular en la que recordaba sus atribuciones como director y como representante del P. general de la Orden y pedía a todas docilidad y dependencia. Y ordenaba —ésa es la palabra que usaba— hasta dieciséis prohibiciones, con las cuales la autoridad de la M. superiora quedaba claramente mermada. Ella dócilmente envió copia de la circular a la casa de Río Cuarto y la superiora de allí, M. Serafina, dejó de contestar a las cartas de M. Tránsito.

Comenzaba a haber un clima de despego respecto a ella. Pero la ocasión propicia que esperaban los enemigos de la madre se presentó cuando entró el nuevo obispo, mons. Mamerto Esquiú (16 de enero de 1881). Parece que ante el vicario capitular, el P. Quírico había presentado la renuncia a su cargo, y el vicario se lo diría al nuevo obispo entre los asuntos pendientes. Muy poco después de su llegada a la diócesis, el día 19, visitó la casa y dio una limosna a la madre. Y la visitó en ocasiones próximas. Pero también había llamado al P. Quírico y le pidió le informara personalmente de las dificultades que le habían llevado a la dimisión. El prelado le contestó, seguramente, que no tenía quien se hiciera cargo de la dirección de la nueva congregación y que se la dejaba a él, confiando en su buen juicio.

El efecto fue fulminante: el 13 de marzo de 1881 el P. Quírico pasó a destituir a M. Tránsito como superiora mayor, quedando de momento como superiora de la casa de Córdoba pero en espera de su sustitución. Esta destitución de la madre no se ajustaba a los estatutos, cuyo cap. III consagraba a la madre

como superiora de por vida, y esos estatutos estaban vigentes, pero la madre no presentó queja ni reclamación. Y aquel mismo día en suave y humilde carta se lo comunicaba a la superiora de Río Cuarto. Las hermanas todas guardaron un total silencio. El 30 de noviembre de 1883 la madre fue también destituida como superiora local, y se la amenazó con las medidas más serias si no se sujetaba como la última religiosa. La madre guardó ante ello un profundo silencio. Sobre ella cayó la acusación de insubordinación y pésimo gobierno. Le sucedió la hermana Margarita Bustamante como superiora local de Santa Margarita. Se hizo correr la voz de que su delicada salud había aconsejado su sustitución.

Surgida al poco tiempo una grave desavenencia entre el gobierno argentino y la Iglesia, con la expulsión del nuncio incluida, el P. Quírico fue objeto de censura gubernamental y vino a retirarse a la casa de Santa Margarita. En los varios meses que pasó en la casa, la madre se esmeró en atenderle como las demás hermanas con gran sencillez de espíritu y caridad. La madre quedó por completo al margen del gobierno de la congregación, y permaneció en la oración y en el silencio. Y en esta situación le llegó la muerte el 25 de agosto de 1885 rodeada de las hermanas de la casa, que le mostraron su cariño y consideración y tras recibir con grandes pruebas de fervor y humildad los santos sacramentos.

Sepultada en el atrio de la futura iglesia de la casa madre, los superiores de la congregación, atrapados por la conspiración de silencio que se fraguó en 1881, la ignoraron y la hicieron ignorar cuanto pudieron, pero la humilde tumba era visitada devota y silenciosamente por las hermanas que habían admirado su persona y sus virtudes. Hubo que esperar a que en el año 1926 fuese nombrada tercera superiora general la M. Julia Thalasso para que se comenzara a sacar del olvido la figura de la verdadera fundadora de la obra, que mientras tanto había ido creciendo y dilatándose. En 1958 comenzó su causa de beatificación y canonización. Declaradas heroicas sus virtudes el 28 de junio de 1999, fue solemnemente beatificada el 14 de abril de 2002.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 95 (2003) 387s.

Bibliotheca sanctorum. Appendice prima (Roma 1987) col.229.

LIDIA LÓPEZ, B., *Madre Tránsito Cabanillas, fundadora de las Hermanas Terciarias Misioneras Franciscanas de la República Argentina* (Córdoba 1977).

LLOSA, F. DE, *Una rosa junto al lago San Roque* (Córdoba 1957).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN GINÉS DE ARLÉS

Mártir († 303)

No hay duda de que hubo en Arlés un mártir de nombre Ginés. En Arlés se veneró su sepulcro, al que los fieles iban en peregrinación, y en el que los fieles creían recibir de Dios gracias y milagros. Todo indica que su *passio,* redactada en el siglo V, tiene un fondo histórico basado en la tradición oral previa referente al santo. Según ello, Ginés era un joven de Arlés que había entrado en el ejército y tenía el cargo de notario. Era catecúmeno. Al llegar la persecución, abandonó su puesto y huyó, pero fue atrapado cuando acababa de atravesar el Ródano y fue sacrificado por su condición de creyente en Jesucristo. Hablan de él Prudencio y también Venancio Fortunato.

SAN GERONCIO DE ITÁLICA

Obispo y mártir († s. IV)

El nuevo *Martirologio romano* ya no recoge la tradición según la cual este santo obispo de Itálica, junto a Sevilla, vivió en tiempos de los apóstoles, lo que supondría la presencia del cristianismo en la Bética ya en el siglo I de nuestra era. Así se dice en un himno del rito mozárabe *(Hic fertur apostolico / vates fulsisse tempore),* lo que indica la antigüedad de esta tradición. Pero no parece que su martirio pueda datarse sino en el siglo IV. De su existencia no parece deba caber duda, toda vez que consta la existencia en el siglo VII de un templo dedicado a su memoria, donde su sepulcro era objeto de veneración popular. La tradi-

ción igualmente quiere que muriera en la cárcel. La archidiócesis hispalense celebra su memoria litúrgica.

SAN AREDIO
Abad († 591)

Aredio (Yrieix o Yriez) nació en Limoges en la primera mitad del siglo VI, y en su juventud prestó servicios en la corte de los reyes francos, pero luego se decidió por la vida monástica y fundó el monasterio de Atane, en el Limousin, que luego tomaría el nombre de St. Yrieix. Este monasterio lo regiría él mismo como abad, brillando por sus muchas virtudes. En torno al monasterio surgió una población que tomó igualmente el nombre de Saint-Yrieix. Pero el monasterio no fue el único teatro de su vida y sus virtudes, sino que se dedicó también a predicar el evangelio por toda Galia con gran celo y entrega, llevando a cabo varios viajes apostólicos y difundiendo por todas partes el nombre de Cristo. Murió el año 591.

SANTO TOMÁS DE CANTELUPE
Obispo († 1282)

Tomás nació el año 1218 en Hambledon, en el Buckinghamshire, hijo de una noble familia, emparentada con las casas reales de Inglaterra y Francia. Su padre era el noble normando Guillermo Cantelupe, famoso como militar, y su madre, Melicenta, era condesa viuda de Evreux y Gloucester. De su primera educación cuidaron su tío, el obispo de Hereford, Walter Cantelupe, y el arzobispo de Canterbury, Robert Kilwarby, OP. Llegado a la adolescencia marchó a París a estudiar filosofía y luego derecho civil en Orleáns. Acompañando a su padre asistió al concilio I de Lyón el año 1245. Aquí el propio papa Inocencio IV lo ordenó sacerdote y lo hizo capellán suyo. Luego pasó a Oxford y allí se doctoró en derecho canónico. Quedó incorporado al claustro de esta Universidad y llegó a ser canciller de la misma. Conocida su valía y preparación por el rey Enrique III lo nombró canciller del reino, y en este cargo hizo gala

de gran prudencia, coraje, justicia, trabajo incansable, escrupulosidad y ausencia de respeto humano, y se dijo de él que era un gobernante perfecto. Fue muy leal con el monarca diciéndole siempre lo que consideraba su deber. No tenía ambición alguna de poder y por ello puso varias veces su importante cargo a disposición del rey, pero Enrique III, satisfecho de su gestión, no quiso nunca aceptarle la dimisión, y tuvo que ser su sucesor, Eduardo I, el que por fin le admitió la dejación del cargo.

Tenía ya más de cincuenta años, y entonces se retiró a Oxford, hospedándose con los dominicos, y estudió teología hasta alcanzar el doctorado. En el acto de su doctorado, celebrado en la iglesia de los dominicos, el arzobispo declaró que el grado recaía en un sujeto intachable y de vida inmaculada. En 1274 el papa Beato Gregorio X lo llamó para que asistiera al concilio II de Lyón en calidad de teólogo, y participó en las sesiones del mismo con su conocida competencia. De manera sorpresiva, el año 1275 el cabildo catedral de Hereford, sabedor de su sabiduría y santa vida, lo eligió como obispo. El Papa confirmó con gran gusto la elección.

Como obispo se hizo amar de los pobres por la ardiente caridad cristiana que mostró con ellos, socorriéndolos largamente hasta donde le era posible. Se hizo amar además de todos los fieles, pues éstos podían ver el celo y dedicación que tenía su obispo, que llevaba una vida austera y santa, entregado por completo a su ministerio. Pero se hizo también temer de los poderosos, pues en la defensa de los derechos de la Iglesia no le importó enfrentarse con el Príncipe de Gales, con el conde de Gloucester, yerno del rey, y con otros personajes de la mayor significación social. Tuvo también una disputa con su metropolitano, el arzobispo de Canterbury, que era entonces fray Juan Peccam. Éste se atribuía como metropolitano derechos que los sufragáneos no le reconocían. Así lo hizo Tomás y el metropolitano no tuvo empacho en excomulgarlo.

Aunque había cumplido ya los 60 años, Tomás se dispuso a llevar su caso personalmente a Roma y emprendió el viaje a la Ciudad Santa, donde se entrevistó con el enérgico pontífice Martín IV, el cual escuchó sus alegatos y mandó estudiar el asunto. Finalmente el papa sentenció a favor de Tomás. El san-

to prelado emprendió la vuelta a Inglaterra pero en el camino de vuelta se sintió enfermo y, estando en Montefiascone, Toscana, le llegó la muerte, que recibió con grandes pruebas de piedad el 25 de agosto de 1282. Su cuerpo fue llevado a su catedral en Hereford, donde fue sepultado honrosamente, acudiendo al entierro el rey Eduardo I. Enseguida los fieles comenzaron a invocarlo en su tumba y a decir que recibían gracias y milagros por su intercesión. Por ello se le abrió causa de canonización y el 3 de octubre de 1320 el papa Juan XXII procedió a incluirlo formalmente en la lista de los santos.

BEATOS MIGUEL CARVALHO, PEDRO VÁZQUEZ, LUIS DE SOTELO, LUIS SASANDA, LUIS BABA

Mártires († 1624)

El día 25 de agosto de 1624 fueron martirizados en Ximabara, Japón, cinco religiosos, tres europeos y dos japoneses, que dieron un testimonio vibrante y fervoroso de su fe. Luego de que una vez más, e inútilmente, se les hubiera propuesto la apostasía, los cinco —el P. Miguel Carvalho, jesuita portugués, el P. Pedro Vázquez, dominico español, el P. Luis de Sotelo, franciscano español y obispo electo, el P. Luis Sasanda, franciscano japonés, y el Hno. Luis Baba, igualmente franciscano y japonés— fueron sacados de la prisión en la mañana de dicho día con un lazo al cuello y acompañado cada uno de su respectivo sayón. Fueron conducidos a la playa y puestos en una barcaza y trasladados al lugar del suplicio, que era Focó, junto a Ximabara, donde les aguardaban una multitud de curiosos y los oficiales destinados a ordenar la ejecución, reunidos en torno de los postes rodeados de montoncitos de leña para el sacrificio. Apenas desembarcados, dieron las gracias a los marineros por haberlos traído a aquel puerto, término de sus deseos, y luego cantando se dirigieron en grupo al lugar del suplicio. Iban vestidos con sus respectivos hábitos religiosos y llevaban en la mano una cruz, con rostro tan sereno y feliz que los paganos se preguntaban si iban a la muerte o a un festival. En presencia de las hogueras que debían consumirlos, el Beato Miguel habló a la multitud dando testimonio de su alegría de morir por Cristo y

exhortando a todos a abrazar la fe cristiana. A las palabras del Beato Miguel los demás mártires asentían visiblemente. Se dio entonces la orden de proceder a la ejecución y las víctimas fueron atadas a los postes, flojamente y con cuerdas ligeras, para que, si querían apostatar, se soltasen fácilmente, y si no, que con sus contorsiones moviesen a la risa a los asistentes. Apenas prendieron fuego a la leña, los mártires entonaron un canto religioso. La poca leña acumulada y mal conjuntada hizo que el martirio durase mucho tiempo, muriendo el último mártir a las tres horas. Los cuerpos fueron nuevamente quemados hasta ser reducidos a ceniza, que desparramaron al viento en alta mar.

Éstos son los datos de los mártires:

MIGUEL CARVALHO nació en Braga, Portugal, el año 1577, e ingresó a los 20 años en la Compañía de Jesús. Se ofreció para las misiones y en 1602 pasó a Goa, India, donde terminó los estudios, se ordenó sacerdote y fue dedicado a la enseñanza de la teología a los aspirantes al sacerdocio. Luego ejerció entre 1617 y 1620 el ministerio sacerdotal directo con mucho provecho de los fieles. Destinado por fin al Japón, según tanto deseaba, en el viaje por mar padeció un naufragio y hubo de arribar a Malaca, de donde al año siguiente partió para Macao. De ahí pasó a las Islas Filipinas y en 1621 zarpó de Manila, desembarcando en Japón disfrazado de soldado portugués. Llevaba consigo grandes ansias del martirio, y así poco después de desembarcar y diciendo que pretendía más la muerte del mártir que la vida del apóstol, empezó a buscar la ocasión del martirio. Pasó dos años en la isla de Amacusa perfeccionando la lengua, pero de pronto se presenta al gobernador y se declara cristiano y sacerdote. El gobernador lo tomó por loco y mandó su deportación fuera de su jurisdicción. Llevado a un lugar solitario, fue reconocido por unos cristianos que lo llevaron consigo al P. Pacheco, provincial de la Compañía en Japón. Éste le pidió que reservara su vida sin exponerse y lo envió a Nagasaki, donde muy poco después fue arrestado y encarcelado en Omura por delación de un espía cuando acababa de confesar a unos fieles. Trece meses de sufrimientos y miseria pasaría en la prisión de Omura, pidiendo que se le dejase vivir en pobreza y austeridad sin enviarle socorros. Pudo escribir varias cartas desde la cárcel en las que queda testi-

monio de su fervor religioso, de su amor a la cruz y de su firme voluntad de morir por Cristo.

PEDRO VÁZQUEZ nació en Verín, obispado de Orense, hacia el año 1587. Luego de estudiar gramática en Monterrey, a los 17 años tomó el hábito dominico en Madrid, en el convento de Atocha, y una vez profeso hizo sus estudios en Segovia y en Ávila, donde se ordenó sacerdote. Conociendo la necesidad de misioneros en Oriente, se ofreció al obispo Aduarte para pasarse a la Provincia de Filipinas y con él pasó a Manila en 1613. Enviado a la provincia de Nueva Segovia, se dedicó al aprendizaje de la lengua nativa, y por espacio de seis años hizo una fructífera labor misionera. Cuando supo el martirio de fray Alonso Navarrete en Japón, se ofreció a ir a este país y tanto insistió que por fin se lo permitieron. Se instaló en Nagasaki e hizo allí su trabajo apostólico con gran entrega, poniendo especial interés en la evangelización de los pobres. No vivía más de dos días en una sola casa, y se dice que al ser arrestado había ya confesado a más de siete mil personas. No parecía sufrir el cansancio físico por su dedicación de todas las horas del día y de la noche al apostolado, y ello pese a que padecía de retención de orina. Fue sorprendido cuando estaba enterrando el cuerpo del martirizado fray Luis Flores y, como al huir se enredó en un zarzal, fue detenido, pese a que una mujer cristiana lo defendió cuanto pudo. Quiso esta mujer comprar con dádivas a los satélites pero el misionero le dijo que dejara correr las disposiciones divinas. Llevado a Nagasaki, lo presentaron al gobernador, ante el que confesó ser cristiano y misionero, y lo llevaron seguidamente a la cárcel. Estuvo cincuenta y nueve días en la cárcel de Nagasaki y luego pasó a la de Omura, donde halló al P. Luis de Sotelo, consolándose y animándose ambos mutuamente. Estuvo dos veces en la cárcel tan enfermo que pareció iba a morir, pero cuando le fue comunicada la orden de salir al martirio se levantó con gran ánimo y marchó a la muerte jubiloso. Cuando prendieron fuego a la leña en torno a él, entonó las Letanías.

LUIS DE SOTELO nació en Sevilla el 6 de septiembre de 1574, hijo de don Diego Caballero de Cabrera y de doña Catalina Niño Sotelo, apellido este último que siempre usó el futuro mártir. Estudió primero en la Universidad de Santa María de Je-

sús en Sevilla y luego pasó a la de Salamanca. Aquí conoció a los franciscanos descalzos e ingresó en el convento del Calvario, haciendo la profesión religiosa con el nombre de fray Luis de San Diego. Oportunamente se ordenó sacerdote, y se negó a los deseos de su familia de que lo trasladaran a un convento de Sevilla. En 1597, cuando llegó la noticia del primer martirio del Japón, fray Luis se ofreció para sustituir a los religiosos martirizados. En 1599 fue agregado a la Provincia de San Gregorio de Filipinas, que era la que proporcionaba misioneros al Japón. Marchó a Manila en 1600 y luego de dos años de trabajo en esta ciudad fue enviado a Japón, cuya lengua había estudiado en ese tiempo. Se estableció en Yendo y logró abrir tres iglesias, aprovechando la libertad que el cristianismo tenía en el país. Pudo trabajar con entrega y éxito durante doce años. En 1614, llegada la persecución, fue arrestado y condenado a muerte, pero su amigo el rey de Boxú lo libró y lo llevó consigo, y lo mandó como embajador suyo a Sevilla, donde fue recibido con los japoneses que le acompañaban de forma protocolaria y solemne, siendo hospedado en los Reales Alcázares (23 de octubre de 1614). Trajeron como obsequio una espada y una carta que aún se exponen en el Ayuntamiento hispalense. Pasaron luego a Madrid, donde los recibió el rey Felipe III, el cual accedió a entablar las relaciones diplomáticas que se le pedían. Y como en el camino fray Luis había logrado catequizar a su ilustre acompañante, Rocuyemon Jaxecura, éste se bautizó en Madrid, en presencia de la Corte el 17 de febrero de 1615, recibiendo el nombre de Felipe en honor del monarca español. Marcharon entonces a Roma, donde los recibió el papa Paulo V, el cual le entregó regalos para el rey de Boxú, le dio amplísimas facultades para su tarea misionera y lo nombró obispo del Japón Oriental, dándole la bula de nombramiento y señalando su consagración episcopal en Madrid. Pero el misionero volvió a Manila, pasando por México, y aquí estuvo cuatro años, sin recibir la consagración episcopal. Por fin en 1622 en un navío chino salió de Canyagon, pero el piloto al llegar a tierra lo denunció al gobernador de Nagasaki, el cual decretó su prisión. Pasó por varias cárceles, hasta que se le llevó a la de Omura en octubre de 1622. Pudo, desde la cárcel, escribir al Papa y a otras muchas personas, y dedicó su forzado ocio en la cárcel a componer un

catecismo en lengua japonesa. Fue gran consuelo para él cuando llevaron a la misma cárcel al P. Pedro Vázquez, al que atendió amorosamente en sus dos graves enfermedades.

LUIS SASANDA o Sosanda nació en Japón de una familia cristiana, siendo su padre Miguel mártir de la fe. En 1603 por su santidad de vida y piedad fue discípulo predilecto del Beato Luis de Sotelo, al que acompañó en su viaje a España, pasando luego con él a México donde ingresó en la Orden franciscana y profesó. Con él pasó a Manila y, hechos los estudios eclesiásticos, se ordenó sacerdote en 1622. A fin de ejercer el ministerio en su propia patria, acompañó en su vuelta a Japón al P. Luis de Sotelo, con el que fue arrestado, encarcelado, condenado a muerte y quemado vivo.

LUIS BABA era japonés y miembro de una familia cristiana. Elegido catequista por el P. Luis de Sotelo, lo acompañó en sus actividades y viajes. Cuando el P. Sotelo vino a España y Roma en 1614 lo acompañó, y a su vuelta a Manila estuvo allí con él todo el tiempo hasta que decidió también acompañarlo en su regreso al Japón, pero al desembarcar fue denunciado junto con el P. Luis y tras su arresto llevado a la cárcel de Omura. Aquí logró su ardiente deseo de ser admitido en la Orden franciscana y en calidad de tal se le permitió hacer la profesión religiosa antes de su martirio. Cuando estaba atado a la estaca y con el fuego a sus pies, al sentir que se le habían quemado las cuerdas y estaba libre pasó por en medio del fuego y fue a arrodillarse ante el P. Luis, que igualmente estaba sufriendo el tormento de arder vivo, y le pidió humildemente la bendición. Una vez que el P. Sotelo lo bendijo, volvió a su palo hasta que lentamente ardió y perdió la vida en testimonio de la fe.

Estos mártires fueron beatificados el 7 de julio de 1867.

BEATO PABLO JUAN CHARLES

Presbítero y mártir († 1794)

Juan Charles nació el 29 de diciembre de 1743 en Millery, Côte-d'Or. Educado cristianamente, a los 28 años pidió el hábito en la abadía cisterciense de Sept-Fons, en la que ingresó el 25 de junio de 1771, e hizo la profesión religiosa el 29 de septiem-

bre de 1772, tomando el nombre de Pablo. Posteriormente se ordenó sacerdote. Tras la elección del abad Sallemard de Montford (6 de julio de 1788), fue nombrado prior claustral. Y sucedió que cuando empezó la Revolución y empezaron los problemas con las casas religiosas, el abad dejó el monasterio y se fue con su familia, quedando entonces Pablo al frente de su monasterio. Él procuró mantener la vida monástica, aseguró la cohesión de la comunidad y su nivel espiritual, haciendo frente con fortaleza a las muchas dificultades. No sirvió que 32 municipalidades pidieran el mantenimiento de la abadía de Sept-Fons. La abadía fue suprimida, y Pablo se marchó a Donjon con sus monjes y pidió se les concediera una casa donde vivir. El Directorio del departamento les asignó el exconvento de los capuchinos de Montluçon. Le acompañaban veinte monjes que intentaron vivir su vida de comunidad con los escasos ingresos que tenían, y aun así se sabe que hacían obras de caridad con los más pobres, que agradeció la municipalidad. El 14 de agosto de 1792 se les intimó a prestar el juramento de libertad-igualdad, a lo que todos se negaron. Entonces se les intimó orden de dispersión. Se fueron donde pudieron. Cinco de ellos se quedaron con el prior y se instalaron en Saint-Sauvier durante el invierno de 1792-1793, en el castillo de La Romagère. Finalmente el 30 de marzo de 1793 fue arrestado en el castillo Des Ages. Fue llevado a Montluçon, donde fue interrogado, y de ahí a Moulins, donde fue encerrado el 2 de abril siguiente en la cárcel de Sainte-Claire. Declarado capaz de ser deportado, en diciembre de 1793 se le destina a Rochefort. Embarcado en Les Deux Associés, las duras condiciones de su detención y la falta de alimentos acaba con su salud y muere el 25 de agosto de 1794, siendo enterrado en la isla Madame. Excelente religioso, instruido, piadoso, dulce y ameno, dejó un magnífico recuerdo entre sus compañeros de prisión.

Fue beatificado el 1 de octubre de 1995 por el papa Juan Pablo II.

BEATO LUIS URBANO LANASPA

Presbítero y mártir († 1936)

Luis Urbano Lanaspa nació en Zaragoza el 3 de junio de 1882. Cursó los primeros estudios en las Escuelas Pías de su ciudad natal, y a los 14 años decide su vocación sacerdotal ingresando en el seminario diocesano para hacer los estudios de filosofía, y ejerce el cargo de sacristán en el Monasterio de Santa Inés, de monjas dominicas. Pero prefiere vivir su futuro sacerdocio en la vida religiosa e ingresa en la Orden de Predicadores, tomando el santo hábito el 30 de octubre de 1898 en Padrón, La Coruña. Hecha la profesión religiosa, pasó por los conventos de Corias, Asturias, y San Esteban, de Salamanca. Se ordenó sacerdote el 22 de septiembre de 1906. Había simultaneado la carrera eclesiástica con la de Ciencias Físicas, en las que se doctoró en la Universidad Central de Madrid. En 1912 es uno de los religiosos que se ofrecen para la restauración de la Provincia dominicana de Aragón, y es destinado a Valencia donde despliega su actividad como predicador, profesor, editor, director de almas y promotor de la beneficencia social. Acompañando al cardenal Juan Bautista Benlloch, legado pontificio, visita Santiago de Chile, Perú y Ecuador como orador sagrado. La Orden le da el título de predicador general y el rey Alfonso XIII lo nombra «Predicador de Su Majestad». La Orden le da el título de «Maestro en Teología». Promueve la fundación del colegio-asilo de San Joaquín y de la policlínica de San Vicente Ferrer. Vio claro que si había una revolución, su vida terminaría violentamente. El día 19 de julio de 1936 se ve obligado a dejar el convento, alojándose con familias amigas, hasta que el 25 de agosto es arrestado y aquella misma tarde fusilado.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

26 de agosto

A) MARTIROLOGIO

1. La conmemoración de San Melquisedec, rey de Salem y sacerdote del Dios altísimo **.

2. En Roma, en la Vía Salaria antigua, San Maximiliano (fecha desconocida), mártir.

3. En Salona (Dalmacia), San Anastasio, batanero (fecha desconocida), mártir.

4. En Cesarea de Mauritania, San Víctor († s. III/IV), mártir.

5. En Bérgamo (Traspadania), San Alejandro († s. III/IV), mártir.

6. En Auxerre (Galia), San Eleuterio († s. VI), obispo.

7. En Rochefort (Francia), Beato Santiago Retouret († 1794), presbítero, religioso carmelita, mártir *.

8. En La Puye (Francia), Santa Juana Isabel Bichier des Ages († 1838), virgen, fundadora de la Congregación de Hijas de la Cruz **.

9. En Belén (Tierra Santa), Beata María de Jesús Crucificado (María) Baouardy († 1878), virgen, carmelita descalza **.

10. En Liria (España), Santa Teresa de Jesús Jornet Ibars († 1897), virgen, fundadora de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados **.

11. En Valencia, Beato Ambrosio (Luis) Valls Matamales († 1936), presbítero, de la Orden de Menores Capuchinos, mártir *.

12. En Denia (Valencia), Beato Pedro (Alejandro) Mas Ginestar († 1936), presbítero, de la Orden de Menores Capuchinos, mártir *.

13. En Esplugues (Barcelona), Beato Félix Vivet Trabal († 1936), religioso salesiano, mártir *.

14. En Kharsk (Siberia Rusa), Beata Lorenza (Leocadia) Harasymiv († 1952), virgen, de la Congregación de Hermanas de San José, mártir *.

15. En Roma, Beata María Corsini Beltrame Quatrocchi († 1965), esposa y madre de familia *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN MELQUISEDEC

Rey y sacerdote

El *Martirologio romano* actual celebra su memoria el 26 de agosto en primer lugar, a la cabeza de los 14 mencionados en ese mismo día: un glorioso cortejo de mártires, vírgenes, obispos y religiosos, antiguos y contemporáneos.

El hermoso elogio traza su semblanza en sentencias lapidarias:

> «Conmemoración de Melquisedec, Rey de Salem y Sacerdote del Dios Altísimo: Bendijo y saludó a Abrahán, que regresaba de su victoria y, al ofrecer al Señor un sacrificio santo y una hostia inmaculada, prefigurando a Cristo, se presenta como rey de paz y de justicia; y aunque sin genealogía, sacerdote para siempre» *(Martirologium romanum* [Ciudad del Vaticano 2001] 451-452).

El necesario punto de partida para conocer al enigmático personaje son tres versículos del Génesis, 14,18-20. Su contexto es la campaña de los cuatro grandes reyes vencidos por Abrahán en defensa de Lot, su pariente. Al regreso de su victoria sobre Quedeorlaomer y los reyes aliados, dice el texto:

> «Entonces Melquisedec, rey de Salem, presentó pan y vino, pues era sacerdote del Dios Altísimo, y le bendijo diciendo: "¡Bendito sea Abram de Dios Altísimo, Creador de cielos y tierra, y bendito sea el Dios Altísimo que entregó a tus enemigos en tus manos!". Y Abrahán le dio el diezmo de todo».

Elemento base, que legitima todo el capítulo, es el encuentro entre Abrahán y Melquisedec. En tres versículos tenemos una escena perfectamente caracterizada: Melquisedec toma pan y vino para hacer una ofrenda, bendice a Abrahán en nombre del Dios Altísimo, bendice a Dios que «ha entregado a los adversarios en manos» de Abrahán; finalmente Abrahán le da el diezmo de todo.

Cuando se acaba de leer el conjunto, no es posible olvidar el tema de la bendición. No es Abrahán el sujeto de la bendición, ni a través de quien viene la bendición, sino que es el «objeto» de la misma, y es el sacerdote Melquisedec quien transmite esta bendición, el que sirve de algún modo de mediador ante Dios y Abrahán. Y para remarcar aún mejor esta preeminencia, Abrahán le da al rey de Salem el diezmo de todo.

Toda la tradición judía, y muchos Padres, han identificado a Salem con Jerusalén, porque el salmo 76,2-3 así lo hace: «Su tienda está en Salem, su morada en Sión». Es una abreviatura de Jerusalén. Su rey-sacerdote, Melquisedec, adora al Dios Altísimo que, a renglón seguido, es el mismo Dios verdadero a quien adora Abrahán (v.21), aunque el nombre completo, El-Elyon,

designa a sendas divinidades del panteón fenicio; pero en la Biblia, *elyon* se emplea como título divino en los salmos.

Este Melquisedec, que en el relato del Génesis hace una breve y fugaz aparición como rey de Jerusalén donde Yahvé escogerá morada, y como sacerdote del Altísimo, mucho antes de la institución levítica y aarónica, va cobrando cada vez mayor relieve en la Sagrada Escritura del Antiguo y Nuevo Testamento y en la tradición de la Iglesia.

En el salmo 110,4 se presenta a Melquisedec como figura de David que, a su vez, es figura del Mesías, rey-sacerdote: «Lo ha jurado Yahvé y no va a retractarse: "Tú eres por siempre sacerdote según el orden de Melquisedec"».

La aplicación directa al sacerdocio de Cristo se desarrolla plenamente en la carta a los Hebreos, 7:

> «En efecto, este Melquisedec, rey de Salem, sacerdote del Dios Altísimo, que salió al encuentro de Abrahán cuando regresaba de la derrota de los reyes y le bendijo, al cual dio Abrahán el diezmo de todo, y cuyo nombre significa, en primer lugar, "rey de justicia" y además rey de Salem, es decir, "rey de paz", sin padre ni madre, ni genealogía, sin comienzo de días, sin fin de vida, asemejado al Hijo de Dios, permanece sacerdote para siempre» (v.1-3).
>
> «Mirad ahora cuán grande es éste, a quien el mismo Patriarca Abrahán dio el diezmo de lo mejor del botín. Los hijos de Leví que reciben el sacerdocio tienen orden, según la Ley, de percibir el diezmo del pueblo, es decir, de sus hermanos, aunque también proceden éstos de la estirpe de Abrahán; mas aquél, sin pertenecer a su genealogía, recibió el diezmo de Abrahán, y bendijo al depositario de las promesas» (v.4-6).
>
> «Pues bien, es incuestionable que el inferior recibe la bendición del superior. Y aquí, ciertamente, reciben el diezmo hombres mortales; pero allí, uno de quien se asegura que vive. Y por así decirlo, hasta el mismo Leví, que percibe los diezmos, los pagó en la persona de Abrahán, pues ya estaba en las entrañas de su antepasado cuando Melquisedec le salió al encuentro» (v.7-10).

Vemos cómo se agranda la persona de Melquisedec, figura de Cristo. El diezmo que se pagaba a los sacerdotes levíticos era, a la vez, salario de su oficio sacerdotal y homenaje tributado a la eminente dignidad de su sacerdocio. Por tanto, si el mismo Leví pagó en Abrahán el diezmo a Melquisedec, fue porque Melquisedec prefiguraba un sacerdocio más elevado, el sacerdocio único y definitivo de Cristo.

Cuando el salmo 104 atribuye al Rey Mesías, que no es de ascendencia levítica sino de la tribu de Judá y familia de David, un sacerdocio eterno, a la manera de Melquisedec, anuncia para los tiempos mesiánicos, los del cumplimiento de las promesas, la sustitución del sacerdocio antiguo, considerado ya como inferior.

Con el sacerdocio de Cristo «a la manera de Melquisedec», queda abolido el sacerdocio antiguo; es exclusivo en el sentido de inmutable e intransferible, definitivo, sin necesidad de transmitirse de unos a otros. Lo que se verifica en el eón eternidad, fuera de las leyes del tiempo, no requiere ni repetición de actos rituales ni dinastías que garanticen su continuidad.

Cristo, no por la ley de una sucesión carnal sino por la fuerza de una vida indestructible, es sacerdote eterno a la manera de Melquisedec y sigue ejercitando en el cielo su oficio de mediador e intercesor.

La tradición patrística ha aprovechado y enriquecido toda esta interpretación alegórica de Melquisedec, viendo en el pan y el vino, presentados por Melquisedec a Abrahán, mucho más que un refresco o un refrigerio hospitalario, después de la lucha. Ha visto en el pan y el vino ofrecidos al Patriarca, una figura de la Eucaristía y hasta un verdadero sacrificio, figura del sacrificio eucarístico. Esta interpretación ha sido recogida en el canon romano de la misa con estas palabras:

> «Mira con ojos de bondad esta ofrenda, y acéptala como aceptaste los dones del justo Abel, el sacrificio de Abrahán, nuestro padre en la fe, y la oblación pura de tu sumo sacerdote Melquisedec».

La iconografía cristiana de Melquisedec repite esta escena de la ofrenda con alusiones eucarísticas. Así el mosaico del siglo V de la basílica de Santa María la Mayor, en Roma, y la representación sacrificial que ofrece la iglesia de San Vidal de Rávena, siglo VI, en la que aparece Melquisedec delante de un gran altar elevando con sus dos manos un pan. En lo alto se ve, entre nubes, la mano de Dios. Sobre el altar, un cáliz y dos panes más. El ambiente es plenamente eucarístico. Y no está la figura de Abrahán, pero sí el nombre de Melquisedec, y éste, vestido de túnica, fajín y manto solemne.

Algunos Padres llegaron más allá en sus interpretaciones, viendo en Melquisedec como una aparición del Hijo de Dios

en persona. Otros Padres ven en la cena sacrificial de Jesús, que convierte el pan en su cuerpo y el vino en su sangre, el cumplimiento y la realización plena del sacrificio profético de Melquisedec.

El sacerdocio «a la manera de Melquisedec» no sólo significa el sacerdocio eterno de Cristo sino el sacrificio de la última cena con la ofrenda y la consagración del pan y del vino. Para ellos la ofrenda de Melquisedec es tipo de la cena del Señor.

El sinaxario etiópico sitúa la fiesta de Melquisedec el 26 de agosto, y en los textos de la celebración recoge una leyenda de notable valor teológico referida también en los anales de Eutiquio (cf. PG 140,917s).

> «Hoy se conmemora la muerte de Melquisedec, sacerdote del Dios Altísimo.
>
> Melquisedec era hijo de Qainán, hijo del hijo de Set. A la edad de 15 años, el Señor ordenó a Noé que enviara a Sem, su hijo, a sepultar el cuerpo de nuestro padre Adán, tomándolo del Arca, en el centro de la tierra, esto es, sobre el Calvario. El Señor le mostró que el Salvador del mundo iba a ser sacrificado allí. Sem, a escondidas, tomó a Melquisedec de la casa de su padre y juntos fueron al Calvario.
>
> Allí un ángel les sirvió de guía. Melquisedec, hecho sacerdote cogió doce piedras y sobre ellas ofreció el sacrificio del pan y del vino bajados del cielo. Los ángeles les preparaban la comida y su vestido era de piel con cinturón de cuero.
>
> Allí permaneció para prestar su servicio ante el cuerpo de nuestro padre Adán.
>
> Cuando Abrahán volvió de la guerra, después de haber vencido a los reyes, Melquisedec ofreció por él pan y vino; por su parte Abrahán le dio el décimo de sus bienes. Fue apellidado sacerdote y rey de Salem. Que su intercesión y sus bendiciones estén con nosotros. Amén».

Como se ve, la leyenda incorpora los datos bíblicos y los envuelve en un simbolismo lleno de poesía. Otras visiones de Melquisedec se desvían de la Biblia y pretenden convertirle en mediador entre el mundo terrestre y el superior con una concepción gnóstica y enteramente naturalista de teosofismo esotérico.

En algunos martirologios se le conmemora el 25 de marzo, juntamente con otros santos del AntiguoTestamento, concretamente con Abel e Isaac.

Los escritos de Qumrán muestran un vivo interés por Melquisedec. Ya no es sólo por el comentario del Génesis sino también por la acogida de las tradiciones que hacen de él un legislador y un libertador, un personaje celestial ejecutor de la justicia divina en el combate escatológico contra Belial.

La tradición judía sobre Melquisedec choca con la discreción del Antiguo Testamento. En Filón llega a su cumbre: las ideas imperantes y superficiales. Lo ve como un sacerdote universal cuyas vestiduras llevan sobre sí la reproducción del universo mundo con sus cuatro elementos.

En resumen, la mención de Melquisedec en el episodio del Génesis, aunque, según los escrituristas actuales fuera una adición tardía de la época postexílica, ha sido analizada exhaustivamente, por la importancia que su figura va adquiriendo progresivamente en la Biblia como tipo del sacerdocio de Cristo «a la manera de Melquisedec».

El oráculo del salmo 110,4 donde aparece es tal vez anterior. Fue probablemente pronunciado durante una entronización real. Puede remontarse a la época de David. Es el que ha ejercido más influencia en la teología del Nuevo Testamento: «Tú eres sacerdote por siempre según el orden de Melquisedec. El Señor lo ha jurado y no se arrepiente...».

El Melquisedec de la Biblia, aureolado por la leyenda, dio origen a una tradición muy rica que podría seguirse en los escritos de Qumrán, de Filón de Alejandría, de Flavio Josefo; pero también en la Iglesia primitiva está muy cerca aquel a quien toda la tradición judía tuvo por un sacerdote celestial, idéntico a un arcángel y del que el Nuevo Testamento, principalmente la carta a los Hebreos, hizo prototipo de un sacerdocio superior asimilado al del Hijo de Dios (cf. Heb 7,2-17). Ésta es la grandeza, la gloria y la significación de Melquisedec: servir de icono anticipado del Cristo glorificado, sumo y eterno sacerdote único.

Presentado Melquisedec sin padre, sin madre ni genealogía, sin nacimiento ni muerte, sin límites en el tiempo, evoca la figura de un sacerdote que participaría de la eternidad divina con un sacerdocio para siempre: un sacerdote que sería al mismo tiempo el Hijo de Dios.

La falta de genealogía sacerdotal y la perpetuidad del sacerdocio son los dos rasgos que definen el sacerdocio a semejanza de Melquisedec. Ya antes del ministerio de Leví y de Aarón, la Biblia había esbozado la figura de un sacerdote distinto, y superior a todo el sacerdocio antiguo. El oráculo del salmo 110,4 nos presenta la figura de un sacerdote perfecto y eterno, porque Cristo resucitado ya no muere.

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

AUNEAU, J., *El sacerdocio en la Biblia* (Estella, Navarra 1990).
COLLIN, M., *Abrahán* (Estella, Navarra) 1987.
SPADAFORA, F., «Melchisedec, sacerdote santo», en *Bibliotheca sanctorum.* IX: *Masabki-Ozanam* (Roma 1967) 291-296.
VANHOYE, A., *El mensaje de la carta a los Hebreos* (Estella, Navarra 1978).

SANTA JUANA ISABEL BICHIER DES AGES

Virgen y fundadora († 1838)

Luis Veuillot es una de las mentes más preclaras de la Francia del XIX. En su variada e inmensa producción literaria (más de 58 volúmenes) hacen su aparición todo tipo de personajes del pasado y de su presente, pero pocos lo cautivaron tanto como una mujer, fallecida en 1838 a los 65 años, justamente cuando él tenía veinticinco:

> «Es uno de los temperamentos más ricos que he encontrado. Bondadosa, resuelta, estricta y amable; inteligente y muy comprensiva; muy trabajadora y verdaderamente humilde. No se desanima ante ninguna dificultad. Ningún obstáculo o contratiempo es verdaderamente grande como para que la obligue a desistir de sus buenas obras. Las angustias interiores no le hacen perder su alegría exterior, y los triunfos no la vuelven creída ni orgullosa. Le llegan dificultades muy grandes: injurias, incomprensiones, problemas enormes, y nada le hace perder su serenidad y paciencia, porque confía inmensamente en Dios».

Es evidente que L. Veuillot tiene ante sí a una gran santa. La canonización llegó para ella en 1947: se trata de Santa Juana Isabel Bichier des Ages, fundadora de la Congregación de las Hijas de la Cruz.

Su rico temperamento y los rasgos de su santidad están muy bien captados, como puede verse, por el afamado escritor. Pero interesa seguir atentamente sus pasos, desde su nacimiento el 3 de julio de 1773 en el castillo de Ages, nombre que va unido a su apellido. El dato indica suficientemente su prosapia familiar, a la que estaban unidas importantes posesiones. Como en otras muchas biografías hagiográficas, en la de Santa Juana Isabel los años infantiles están adornados con deliciosas anécdotas que apuntan a la santidad. Ella misma nos cuenta su gran afición a construir en la playa castillos de arena, y concluye: «La inclinación a construir edificios la tuve desde muy chiquita». Los castillos de arena presagiaban los muchos edificios sólidos que llegó a construir para los pobres.

A los 19 años llovieron sobre ella importantes propuestas matrimoniales. A ninguna dio paso, porque —así se lo manifestó a su madre— ya estaba determinada a entregarse a Dios en cuerpo y alma.

Con el estallido de la Revolución Francesa comenzaron los asesinatos y las confiscaciones. Su hermano salvó la vida ausentándose de Francia. La herencia paterna estuvo a punto de perderse. Fonzada por las circunstancias, hizo frente desde el principio. ¿Cómo? Aprendiendo economía y estudiando a fondo la legislación. Así pudo defender ante la autoridad las propiedades familiares. El éxito fue completo: defendió tan brillantemente el derecho de su familia a heredar los bienes que habían sido de su padre, que aquellos jueces que habían despojado de su herencia a muchísimos ciudadanos tuvieron que reconocerle sus derechos a Isabel. Más aún, con los conocimientos económicos adquiridos, comenzó a administrar con gran éxito la hacienda salvada ante los jueces.

Hoy nos es dado reconocer que esta etapa de su vida empeñada en el estudio, la defensa y la administración, supuso un bagaje extraordinario de valores que entraron posteriormente en juego al convertirse Isabel en fundadora de una congregación.

Los mejores años de su juventud son de dedicación difícil: administración de su hacienda, empleo inteligente de los ingresos, afrontamiento valiente de la situación creada por la Revolución. Había en las cárceles centenares de sacerdotes privados de

libertad por negarse a jurar la Constitución, claramente incompatible con sus deberes más sagrados. Isabel procedió con habilidad, valentía y generosidad. Se ganaba a los carceleros con amabilidad condimentada con regalos: las puertas se le abrían y así podía socorrer a los encarcelados. En algunos casos los mismos carceleros permitieron a los sacerdotes celebrar la misa.

La administración de las fincas daba, además, para socorrer diversas necesidades: cestas de víveres para familias hambrientas, ropas, medicinas, botellas de leche. La mansión de Ages vino a convertirse en lo que hoy nos parecería un centro de Cáritas. ¿Qué continuidad podía tener todo esto?

Nos ha quedado una estampita de Nuestra Señora del Socorro, en la que, con fecha de 5 de mayo de 1797, escribió estas palabras: «Yo Juana Isabel, me consagro y dedico desde hoy a Jesús y María». ¡La sintonía de los santos! A poca distancia —unos 17 kilómetros— vivía escondido un sacerdote católico, que celebraba la misa en un granero. Enterarse Juana Isabel e ir a su encuentro todo fue uno. Le bastó con verle celebrar misa para pensar que aquel hombre era un santo. ¡Y lo era! Nada menos que Andrés Fournet, que ya figura como ella en el catálogo de los canonizados. No era ella sola la que acudía a este hombre de Dios... Otras personas hacían cola para hablar con él cuando llegó Isabel mejor vestida que aquella pobre gente; y la hizo esperar... Aguardó con gran paciencia y humildad, que el santo percibió como el mejor comienzo... Isabel solicitó su consejo. Llegaba con la idea de dejarlo todo e ingresar en un monasterio cisterciense, deseosa de una vida marcada por el silencio y la penitencia. La primera determinación de Andrés Fournet fue muy simple y precisa: debía continuar ayudando a los más necesitados y vestir pobremente como ellos. En vez de ropas lujosas debía usar en adelante una túnica negra que denotase austeridad y espíritu de pobreza. Sus familiares, muy reticentes al principio, pronto se percataron de que con el nuevo atuendo, Isabel aparecía nimbada de extraordinaria dulzura.

Pronto Andrés Fournet y Juana coincidieron en un mismo designio: la fundación de una congregación dedicada sobre todo al cuidado de los enfermos y a la educación cristiana de niñas necesitadas. Así nació, en 1807, el Instituto de las Hijas de

la Cruz, que tuvo rápida expansión. En 1820 se convertía en su casa madre la antigua abadía de La Puye. Al año siguiente se abría otro centro en París. Nuevas casas se abrieron luego en el país vasco-francés; las fundaciones siguieron en cadena. Cuando falleció, el 26 de agosto de 1838, estaban funcionando noventa y nueve casas, repartidas en veintinueve diócesis. Las religiosas en este momento eran seiscientas treinta y tres. Todo era fruto de las grandes dotes de ambos fundadores.

En el caso de Juana Isabel, la semblanza extraordinaria que nos dejó L. Veuillot tiene su clave oculta en la ciencia de la cruz. En 1815, se quedó inválida por efecto de una intervención quirúrgica desafortunada. Así vivió sus últimos veintidós años, manteniéndose dulce, eficaz e inalterable en el mando, porque su espiritualidad se fundaba en la contemplación de la cruz y una intensa devoción eucarística. Fue beatificada en 1934 por Pío XI y canonizada el 6 de julio de 1947 por Pío XII.

Hoy las Hijas de la Cruz están presentes en Francia, España, Argentina, Brasil y varias naciones de África.

JOSÉ MARÍA DÍAZ FERNÁNDEZ

Bibliografía

ARDISSON, M., *Andrés Huberto Fournet, Isabel Bichier des Ages: en la sencillez del Evangelio* (París 1985).

BOULANGER, J., *Élisabeth: sainte Jeanne-Élisabeth Bichier des Ages* (París 1990).

DOMEC, E., *Vie de sainte Jeanne-Élisabeth Bichier des Ages, fondatrice de l'Institut des Filles de la Croix, dites Soeurs de Saint-André: 1773-1838* (París 1950).

HIJAS DE LA CRUZ, *¿Conoces a Isabel Bichier des Ages?* (Irún 1996).

RIGAUD, P., *La Bienheureuse Elisabeth Bichier des Ages, fondatrice des Filles de la Croix, dites Soeurs de Saint-André: 1773-1838* (Poitiers ^{3}1943).

BEATA MARÍA DE JESÚS CRUCIFICADO (MARÍA) BAOUARDY

Virgen († 1878)

Estamos ante una de las figuras más singulares de la hagiografía cristiana de todos los tiempos. Singular por la cantidad y calidad de fenómenos extraordinarios con que se vio adornada su persona: visiones, revelaciones, profecías, éxtasis, levitacio-

nes, bilocación, estigmas, la transverberación, apariciones, conocimientos misteriosos, posesiones diabólicas...

Nació en Tierra Santa, en Abellin (o Ibillin) en la alta Galilea, dentro de los límites de la archidiócesis greco-melquita de Ptolemaida, no lejos de Nazaret, entre Nazaret y Haifa. Sus padres G. Baouardy y María Chain habían tenido doce hijos varones, todos muertos en su tierna edad. Desolados por tantas desgracias, hicieron una peregrinación a la Gruta de Belén para pedir al Señor una hija que sobreviviese. Como regalo del cielo nació la hija deseada el 5 de enero de 1846. La bautizaron por inmersión. Se le impuso el nombre de María y el mismo día del bautismo, conforme a la praxis greco-católica, se le administró también el sacramento de la confirmación. Tuvo después otro hermanito que también sobrevivió y que morirá después de María.

En 1849, cuando María tenía tres años, murieron sus padres, con poco tiempo entre uno y otro. Estando para morir su padre, llamó a la niña y la puso bajo la protección y amparo del patriarca San José. Según la costumbre oriental, muertos los padres, María fue entregada a un tío paterno, y su hermanito, Pablo, a una tía materna.

En 1854 se trasladó con su tío a Alejandría de Egipto, donde hizo la primera comunión. Siendo todavía una adolescente, su tío la prometió en matrimonio a un joven; ella se opuso valientemente, y la víspera de la boda se cortó la cabellera para manifestar a todos que escogía como único esposo a Cristo Jesús. Los disgustos y penalidades que tuvo que pasar por este asunto fueron muy grandes. En este trance quiso ponerse en comunicación con su hermano que vivía en Abellin. Dictó una carta a alguien que tenía que ir a Nazaret y llevaría la carta a su hermano. El que iba a llevar la carta era un antiguo criado de su tío. El mensajero, que era turco, insistió en que María se quedase a cenar con su familia. Durante la cena suscitó el tema de la religión. Invitó a María a que se hiciese musulmana. Ella se opuso con energía, declarando que quería permanecer hija fidelísima de la Iglesia católica. El turco, frenético por la negativa, la agredió a patadas, dejándola medio muerta por el suelo y además la hirió con la cimitarra en el cuello. Recogió el cuerpo, lo

envolvió en un lienzo y lo llevó fuera de la ciudad. Lo que entonces le sucedió lo contaba ella como algo misterioso: se debió tratar de una curación milagrosa por parte de la Virgen María.

Los biógrafos encuentran difícil ir hablando de los diversos traslados de María, que tentó varias veces ir a encontrarse con su hermano, pero que no lo logró. Estuvo de criada, o de servicio doméstico, con diversas personas en Alejandría, en Jerusalén, en Beirut. En esta última ciudad estuvo sirviendo en la familia Attala, que la quería mucho viendo sus buenas cualidades, su laboriosidad, su piedad. Estando en esta casa le sucedieron cosas extrañas. De repente se quedó ciega por cuarenta días. Después de invocar fervientemente a la Virgen María recuperó la vista. Otro caso: estando de sirvienta en la casa de los Attala, mientras estaba colgando la ropa en el tendedero se cayó de la terraza, ocasionándose múltiples rupturas, tan graves que los médicos prácticamente la desahuciaron. Pero un mes más tarde se curó milagrosamente al aparecérsele la Virgen María. El caso tuvo una notoriedad tan grande entre cristianos, turcos y judíos, que decidió ausentarse y despidiéndose de la familia Attala, que lo sintió en el alma, aceptó la oferta de la familia Nadjar de ponerse a su servicio y marcharse con ellos a Francia, a Marsella en concreto. Llegó a Marsella en mayo de 1863, teniendo entonces diecisiete años.

Los fenómenos raros o fuera de lo normal que le iban sucediendo, comenzaron a manifestarse ahora en forma de éxtasis, que la familia en que trabajaba juzgaba fuesen desmayos inexplicables.

Comenzó también en este tiempo a sentir un gran deseo de hacerse religiosa. Siguiendo este su deseo ingresó en las Hermanas de la Compasión de la Virgen Santísima, congregación fundada en 1824 por María Ana Gaborit. Estuvo sólo dos meses por falta de salud; tuvieron que administrarle los últimos sacramentos y al recibirlos se curó. Pero abandonó la casa religiosa. Poco después un sacerdote árabe trabajó para que la recibiesen entre las Hermanas de San José de la Aparición. En los dos años de postulantado se comportó admirablemente bien; pero a causa de los fenómenos extraordinarios que padecía: visiones, éxtasis, las llagas o estigmas, etc., al llegar el momento de admi-

tirla al hábito, la comunidad la juzgó no apta para la vida activa y la despidieron.

En junio de 1867 entró en el Carmelo de Pau, juntamente con Sor Verónica que había sido su maestra de novicias en la anterior congregación.

Comenzó María en seguida el noviciado como corista y poco después, por ruegos apremiantes de ella, pasó con gran alegría a la clase de hermanas conversas. Tomó el nombre de María de Jesús Crucificado.

Durante el noviciado siguieron apareciendo más y más fenómenos extraordinarios, la transverberación del corazón, horribles tinieblas y acometidas del maligno, etc.

El 21 de agosto de 1870 salían del Carmelo de Pau seis carmelitas descalzas, entre ellas María de Jesús Crucificado. Embarcaron en Marsella para la India. El vicario apostólico de la misión carmelitana de Quilón, monseñor María Efrem Garrelon, las ha llamado para que funden en Mangalore el primer convento de descalzas carmelitas en la India. El propio monseñor se había interesado para que entre las fundadoras fuese María de Jesús Crucificado, de la que había oído hablar mucho.

El viaje de la expedición fue un verdadero desastre, de modo que a Mangalore, a finales de noviembre de 1870, llegaron sólo tres de las seis que habían comenzado el viaje, habiendo muerto tres de ellas durante el trayecto, y entre éstas la que iba a ser la priora de la nueva fundación.

Establecida la comunidad, la vida de María siguió más o menos como en Pau y emitió la profesión en Mangalore el 21 de noviembre de 1871, con gran alegría de todos. Era la primera profesión de una carmelita descalza en la India. Al poco tiempo se le complicaría la vida a causa de tantos fenómenos extraordinarios como seguían manifestándose a cada paso. El propio monseñor «Garrelon la juzgó movida por el espíritu de las tinieblas, por lo cual María hubo de volver a Pau en septiembre de 1872». En el decreto sobre las virtudes heroicas de María se dice: «Como quiera que la abundancia de carismas junto con las vejaciones del maligno llenaban su vida y los superiores dudaban del origen de todos aquellos fenómenos, tuvo que volverse a su monasterio de Pau». Allí fue recibida con alegría y se inte-

gró inmediatamente en la comunidad, atendiendo solícitamente a sus trabajos de conversa: cocinar, lavar, limpiar, etc., y dando los mejores ejemplos de humildad, fraternidad, caridad exquisita con todas. Esta vez pasó solamente tres años en su convento de Pau. Los fenómenos extraordinarios no desaparecían. Según parece, por inspiración divina, comenzó María a pensar en fundar un convento de carmelitas descalzas en Belén. Se fueron superando sucesivamente las no pocas dificultades que se ofrecían y, obtenida la licencia del papa Pío IX, el grupo de las fundadoras, entre ellas María de Jesús Crucificado, se puso en camino para Tierra Santa en 1875. Salieron de Pau el 20 de agosto, pasaron por Lourdes y Montpellier, y se embarcaron en Marsella para Haifa, adonde llegaron el 5 de septiembre.

Hecha una visita a Jerusalén, llegaron a Belén el 11 de septiembre por la tarde. Se acomodaron en una casa provisional, en la que vivieron hasta la inauguración del monasterio definitivo, que comenzó a construirse en marzo de 1876, en el lugar y según las indicaciones de sor María. El convento nuevo ya se pudo inaugurar en noviembre de ese mismo año con gran solemnidad. Y María pensaba ya en la fundación de otro convento en Nazaret, aunque esto no se hizo sino en 1910, ya muerta la ideadora. En abril de 1878 hizo un viaje a Nazaret para escoger el sitio del futuro convento. Visitó entonces también su ciudad natal, el Tabor, el Monte Carmelo. Durante uno de estos viajes señaló certeramente el lugar preciso del encuentro de Jesús con los dos discípulos de Emaús.

Vuelta a su convento de Belén, la muerte le llegará a consecuencia de una caída que dio el 22 de agosto de 1878 mientras llevaba agua fresca a los obreros que trabajaban en el monasterio. Se rompió un brazo y le sobrevino rápidamente la gangrena. El 25 de agosto recibió los últimos sacramentos de mano del Patriarca de Jerusalén, monseñor Bracco. El día siguiente, 26 de agosto, al despuntar la aurora, con plena lucidez y sosiego y con expresiones de piedad y de amor, entregaba su alma al Señor. Tenía 33 años.

El mismo día de la muerte el doctor Carpani procedió a la extracción del corazón de la difunta, encontrándose con una herida cicatrizada que lo atravesaba de parte a parte. El 27 se

procedió al entierro de sus restos mortales, quedando depositados en un nicho cerca del coro.

> «Dos meses después, el corazón de Sor María fue llevado al monasterio de Pau y colocado en un nicho abierto a propósito. En 1969, a causa de la supresión de dicho monasterio, el corazón, con licencia de la Congregación de las Causas de los Santos, y a instancias del Ordinario de Bayonne, Monseñor Jean-Paul Marie Vincent, debía ser llevado al Carmelo de Belén, pero se quedó, de hecho, en el monasterio de Pau, convertido en sede de una comunidad de los Sacerdotes del Sagrado Corazón de Bétharram».

Uno de los que mejor ha sabido entender el espíritu de la «arabita», como se la llama con cariño en el Carmelo, dejó escrito:

> «La vida espiritual de María de Jesús Crucificado, rica en hechos extraordinarios, brilla por su singular sencillez. Humilde e iletrada, sabía dar consejos y explicaciones teológicas de una cristalina transparencia, fruto de su fe y sobre todo del amor que la consumía. Fueron muy frecuentes sus éxtasis, profecías y raptos. Se ejercitó de continuo en las virtudes más sólidas, como son la humildad y la obediencia, a pesar del obsesivo poder que el demonio en ocasiones parecía tener sobre ella. Participó por largo tiempo de los sufrimientos de la pasión; desde 1867, especialmente en Cuaresma, aparecían en su cuerpo los estigmas. Solamente en 1876, después de habérselo pedido al Señor con insistencia, obtuvo que las señales externas desaparecieran, quedándole únicamente la dolorosa participación en los dolores del Señor» (V. MACCA, OCD).

La introducción de la causa de beatificación de María de Jesús Crucificado fue firmada en mayo de 1927. Por lo que se refiere a la aprobación de sus escritos, el no culto, etc., todo fue bien fácil. Preparados los procesos apostólicos (1928-1929) de Jerusalén, Bayonne, etc., y aprobada su forma jurídica y validez en 1930, se comenzó a tratar de las virtudes de la sierva de Dios. En 1934 se tuvo la que entonces se llamaba congregación antepreparatoria y la congregación preparatoria en 1936. Pero, ante el mundo tan difícil y extenso de fenómenos extraordinarios que se presentaban, hubo que hacer otra congregación preparatoria en 1944, habiendo sido encargados de estudiar el caso dos grandes peritos: el P. GARRIGOU-LAGRANGE, OP, teólogo, y A. PAGER, OSB, teólogo y psicólogo. Ambos a dos dieron parecer positivo. Pero, como todavía había algunos Padres de la congregación que no veían del todo claro el tema de los hechos

extraordinarios, Pío XII quiso que se diesen nuevas explicaciones. En 1979 el consultor de la congregación, VALENTINO MACCA, OCD, presentó su magnífico y bien documentado y razonado *Votum* sobre la vida espiritual de la Sierva de Dios María Baouardy de Jesús Crucificado, carmelita descalza, en relación con algunos hechos extraordinarios de su existencia. Finalmente, superadas todas las dificultades y clarificadas las dudas provenientes del trasmundo tan singular de la Sierva de Dios, Juan Pablo II declaró la heroicidad de sus virtudes en 1981.

La curación instantánea de una niñita de tres años, llamada Khazneh Jubran Abboud, alcanzada por intercesión de sor María de Jesús Crucificado, en diciembre de 1929, ha sido admitida como milagrosa en junio de 1983, y el papa Juan Pablo II determinó la fecha de la beatificación para el 13 de noviembre de 1983. Y así fue. En la homilía de la misa presentaba el Papa la figura de la nueva beata con estos acentos:

> «La vida entera de la pequeña árabe, colmada de dones extraordinarios [...] es fruto de aquella suprema "sabiduría" evangélica con la que Dios se complace en enriquecer a los humildes y a los pobres, para confundir a los poderosos. Dotada de grande limpidez de alma, de una ardiente inteligencia natural y de la fantasía poética característica de los pueblos semíticos, la pequeña María no tuvo la oportunidad de acceder a altos estudios, pero esto no le impidió, gracias a su eminente virtud, llenarse de aquel "conocimiento" que tiene el máximo valor, y para entregarnos el cual murió Cristo en la cruz: el conocimiento del Misterio Trinitario, perspectiva sumamente importante en la espiritualidad cristiana oriental, en la que la pequeña árabe había sido educada».

En el rezo del *Angelus* volvía el Papa a aludir a la recién beatificada, diciendo:

> «Hoy, en este domingo, 13 de noviembre, la Iglesia, llena de alegría por la beatificación de Sor María de Jesús Crucificado, una árabe, presenta al Señor las grandes necesidades de su pueblo, de todos los pueblos del Medio Oriente, especialmente de aquellos más probados por las tensiones, la violencia, la guerra. Y por intercesión de esta nueva Beata la Iglesia orante junto con María la Madre de Jesús y con María de Jesús Crucificado, ora por la paz».

En la homilía de la beatificación se refería el Papa a la «fantasía poética» de la arabita. Hija de las colinas de Galilea, y compatriota de los salmistas inspirados, la humilde María de

Abellin compone poemas llenos de colorido, de vibraciones singulares que han llamado la atención de grandes escritores y literatos. He aquí unos pasos de esta poesía limpia, transida del sentimiento de la naturaleza, y pura oración. En diálogo abierto con el Señor, canta:

> «¿A quién me parezco, Señor? A los pajarillos implumes en su nido. Si el padre y la madre no les llevan el alimento mueren de hambre. Así es mi alma, sin Ti, Señor. ¿A quién me parezco, Señor? Al pequeño grano de trigo, enterrado en el surco. Si el rocío no lo abreva, si el sol no lo calienta, el grano se seca y muere. Pero si Tú envías la dulzura de tu rocío, el ardor de tu Sol, la pequeña semilla reventando de linfa y de vigor, echará raíces y brotará un tallo vigoroso lleno de frutos. ¿A quién me parezco, Señor? A una rosa que cortada se marchita bien pronto y pierde su perfume. Si se la deja en el rosal se conserva fresca y deslumbrante y con su perfume intacto. ¡Guárdame en Ti, Señor, para darme la vida! ¿A quién te pareces Tú, Señor? A la paloma que alimenta a sus pequeños, a una madre tierna que alimenta a su pequeña criatura».

Cuando cae en éxtasis y rompe a hablar dice cosas maravillosas como recién traídas del más allá. El 28 de junio de 1873, después del rezo de maitines, entra la priora en la celda de sor María. La encuentra traspuesta y sentada junto a la ventana abierta. Está diciendo:

> «Todos duermen [...]; y en Dios, tan lleno de bondad, tan grande, tan digno de alabanza, nadie piensa. La naturaleza lo alaba, el cielo, las estrellas, los árboles, las yerbas, todas las cosas creadas lo alaban [...]; y el hombre que conoce sus beneficios, que debería alabarlo, duerme. ¡Vamos, vamos a despertar al universo!».

Y sale de la celda gritando:

> «¡Vamos a alabar a Dios, a cantar sus alabanzas! Todo duerme, el mundo duerme, vamos a despertarlo... Jesús no es conocido, no es amado; él, tan bueno; él, que ha hecho tanto por el hombre».

Sea durante estos arrebatos místicos, sea en los momentos de mayor sosiego, por las composiciones poéticas de María de Abellin van desfilando escenas e imágenes llenas de colorido: «Todo el frescor primaveral de Galilea revive en sus metáforas: flores, pajarillos, peces, perfumes, cantos, fuentes, jardines, grutas, luces, sombras, cielo y tierra, mares y ríos». Se ha podido extender un libro entero con Pensamientos de María de Jesús

Crucificado; hasta su prosa es poética, porque lo era su alma que sabía vibrar de emoción con las parábolas del Señor y con el *Magnificat* de su casi paisana María de Nazaret.

Nada raro que una persona tan de Dios y tan carismática tenga cabida en el gran *Dictionnaire de spiritualité.* Al final del artículo que se le dedica, antes de su beatificación, se dice con toda razón:

> «Por sus dones carismáticos ha ejercido una fuerte influencia en su entorno (conversiones, progreso espiritual). La atracción por lo maravilloso (sus predicciones se han visto realizadas) ha dejado un poco en la sombra aspectos más profundos de su vida espiritual (la devoción al Espíritu Santo, por ejemplo), con los que anunciaba ciertas características de la santidad contemporánea, tales como esperanza-abandono, humildad-pequeñez que se encuentran después en la espiritualidad de Teresa de Lisieux».

Finalmente, quede bien claro que en una existencia tan surcada como la de María de Jesús Crucificado por lo «sobrenatural», por lo «extraordinario», por lo «carismático» en tantas tonalidades, el punto clave para elevarla a los altares no ha sido ese conjunto de cosas, sino la ejemplaridad de su vida, sacramentada en la heroicidad de las virtudes, especialmente de las teologales: fe, esperanza, caridad. Cierto que el garbo y la humildad y conformidad con la voluntad de Dios con que ha sabido vivir en ese mundo tan especial, diseñado por Dios para ella, le han servido grandemente para acrecentar las virtudes sólidas y macizadas en que brilló.

JOSÉ VICENTE RODRÍGUEZ, OCD

Bibliografía

AAS 19 (1927) 254-258 (Introducción de la causa de beatificación).
AAS 77 (1985) 5-8 (Carta apostólica de la beatificación: 13-11-1983).
AAS 74 (1982) 355-360 (Declaración de virtudes heroicas).
Acta Ordinis Carmelitarum Discalceatorum 28 (1983) 21-36 (Homilía beatificación, etc.); 28 (1983) 65-67 (Milagro para la beatificación).
BERNARDO MARÍA DE SAN JOSÉ, *La florecilla árabe. Semblanza de la Beata María de Jesús Crucificado* (Vitoria 1983).
BRUNOT, A., *Mariam, la petite arabe. Soeur Marie de Jésus Crucifié* (Mulhouse ^{4}1984).
BUZY, D., *Pensées de Sr. Marie de Jésus Crucifié* (París 1927).
— *Vie de Soeur Marie de Jésus Crucifié* (París 1921).
CARMEL DE MURET, «Marie de Jésus-Crucifié», en *Dictionnaire de spiritualité, ascétique et mystique.* X: *Mabille-Mythe* (París 1980) cols.518-519.
ESTRATE, P., *Vie de Soeur Marie de Jésus Crucifié* (París ^{3}1921).

FLECKENSTEIN, K.-H., *Una stella d'Oriente. Vita e pensieri della Beata Maria di Gesù Crocifisso (Mirjam Baouardy)* (Roma 1989).
SACRA CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, *Beatificationis et canonizationis servae Dei Mariae a Jesu Crucifixo... Alia nova positio super virtutibus* (Roma 1944).
— *Positio super Introductione Causae* (Roma 1924).
— *Nova positio super virtutibus* (Roma 1939).
— *Novissima positio super virtutibus* (Roma 1979).

SANTA TERESA DE JESÚS JORNET IBARS

Virgen y fundadora († 1897)

El 27 de abril de 1958, cien viejecitos y cerca de 600 religiosas escuchaban a Su Santidad el papa Pío XII exaltar las virtudes de la nueva Beata, Teresa de Jesús Jornet e Ibars, fundadora de la Congregación de Hermanitas de los Ancianos Desamparados. Pocas veces la Madre Iglesia ha aprobado tan rápidamente un proceso de beatificación. Iniciado éste en Valencia en 1945, culminó en 1958, cuando el Papa, también un anciano, como él mismo recordó a sus coetáneos de todo el mundo, que representaban a los millares acogidos en las casas-asilo de la congregación, elevó a los altares a esta gigante de la caridad.

Mientras las campanas de la iglesia parroquial tocan el *Angelus,* nace en la villa catalana de Aytona la niña Teresa de Jesús Jornet Ibars. El día siguiente recibía el bautismo y quedaba, por tanto, inscrita en el registro espiritual de los cristianos. Era natural que así sucediera porque tanto los Jornet como los Ibars eran católicos sinceros. El padre Francisco Palau, hermano de la abuela materna, es hoy candidato a los altares, y otros miembros de la familia se distinguían por sus virtudes y su piedad.

La niña crece en el ambiente de trabajo y de religiosidad del hogar. Pero su inteligencia despierta llama la atención de sus tíos y de sus padres, y Teresa marcha a Lérida, y después a Fraga. En las vacaciones regresa al pueblo, y sabe sacar partido de su ascendiente sobre las amigas para conducirlas a la iglesia y organizar excursiones que muchas veces se convierten en minúsculas peregrinaciones...

Apenas concluidos sus estudios de Magisterio, comienza a ejercer en Argensola, provincia de Barcelona. Pronto su piedad y su ejemplo llaman la atención de las alumnas y de sus padres. Las gentes, curiosas, admiran que la maestra acuda semanal-

mente a confesarse al pueblo de Igualada, a pesar de que entre ida y vuelta tiene que recorrer unos 20 kilómetros.

Pero la enseñanza, con ser misión bella y santa, no llena sus aspiraciones. No le cabe duda de que Dios la llama a la vida religiosa, y su único problema es la elección. El padre Palau invita a Teresa a colaborar en el Instituto que está fundando, y ella acude presurosa, pero en su interior anhela una vida religiosa separada del mundo, más fuertemente caracterizada por el silencio y la oración. Y a primeros de julio de 1868 Teresa abandona la casa paterna para dirigirse al convento de clarisas, en Briviesca (Burgos), mientras Josefa, su hermana, entra en el asilo de las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl, en Lérida.

Todo va bien en Briviesca, y Teresa prepara el velo negro que llevará en su profesión. Pero España atraviesa momentos difíciles y dramáticos y el Gobierno no permite la emisión de votos. Las religiosas le ponen, sin embargo, el velo negro. Y surge otra imposición, esta vez procedente de Dios directamente. Una postilla en la frente hace que deba volver, por obediencia, a Aytona. En Briviesca quedarán el recuerdo grato y el afecto sincero, que todavía hoy, después de muchos años, perduran en la expresión de las clarisas: «Teresa era una santa».

Una vez más su tío, el padre Francisco, trata de orientar a Teresa en su pequeño ejército de terciarios y terciarias carmelitas. La nombra visitadora de las escuelas que él va abriendo en España. Pero el padre Francisco muere y Teresa se encuentra nuevamente entre los suyos, con una única duda: «Señor, ¿qué queréis que haga?».

Un grupo de sacerdotes de Huesca y de Barbastro, presididos por don Saturnino López Novoa, maestro de capilla de la catedral de Huesca, se disponen a crear un Instituto femenino que se consagre exclusivamente a la asistencia de los pobres ancianos abandonados. La idea ha florecido ya en Francia, pero se piensa que para los ancianos españoles sería preferible hermanitas de esta misma nacionalidad.

En junio de 1872 Teresa pasa por Barbastro, con su madre, y habla con un sacerdote de la localidad, amigo del difunto padre Palau y también de don Saturnino. Durante la charla examina atentamente a Teresa y comprende que los deseos de la

joven son consagrarse a Dios en la vida religiosa. Entonces rompe a hablar sobre los proyectos de don Saturnino, y Teresa ve con toda claridad que ahí está su vocación y que se han terminado sus vacilaciones y sus tinieblas interiores. Acepta el plan y regresa al pueblo. Su primer acto es comunicar a María, su hermana y confidente, que ha encontrado el verdadero camino. Pero esta noticia entraña, también, una invitación, que por el momento es rechazada. «¿Yo dedicarme a los ancianos? Imposible». Pero Teresa sabe lo que dice, y, al fin, María irá con ella y aun se llevarán a una paisana.

En Barbastro abriría don Saturnino la nueva casa. La sede elegida se llama «Puedo». Son doce jóvenes, contando a Teresa y a sus dos conquistas. Del 4 al 12 de octubre se llena la casa, un edificio antiguo y viejo. Nadie sino Teresa podía ser la cabeza de aquella incipiente comunidad, a pesar de que sus pensamientos eran totalmente ajenos a ello. Así lo dijo y así lo reiteró, pero por toda respuesta le dijeron que en la vida religiosa lo que importa es obedecer. Teresa calla, acepta y permanecerá superiora hasta la muerte. Serán veinticinco años de gobierno, de esfuerzos y de heroísmo callado.

Detengámonos ahora a ver cómo era la madre Teresa. La mejor semblanza la hizo el propio Pío XII, al exaltar sus virtudes y su empresa.

> «Alma grande y al mismo tiempo humanamente afable y sencilla —dijo el Papa—, como su homónima, la insigne reformadora abulense; humilde hasta ignorarse a sí misma, pero capaz de imponer su personalidad y llevar a cabo una obra ingente; enferma de cuerpo, pero robusta de espíritu con fortaleza admirable; "monja andariega" ella también, pero siempre estrechamente unida a su Señor; de gran dominio de sí misma, pero adornada con aquella espontaneidad y aquel gracejo tan amable; amiga de toda virtud, pero principalmente de la reina de ellas, la caridad, ejercitada en aquellos viejecitos o viejecitas que exigen la paciencia y benignidad de que habla el Apóstol».

Dentro de este conjunto espléndido, Pío XII subrayó «tres suaves matices»: la gran parte que la Virgen Santísima quiso tomar en su vida y en su obra; su irresistible inclinación a procurar la asistencia a los desvalidos y, por fin, aquella «suavidad y naturalidad con que se abandonó a los designios ocultos de la

Providencia, o, mejor dicho, aquel modo perfecto y ejemplar con que supo prescindir de sí y de su voluntad para identificarla completamente con la santísima voluntad de Dios».

Dejamos en su iniciación la gran empresa. Su primer nombre fue el de «Hermanitas de los Pobres Desamparados»; después, para evitar equivocaciones con el Instituto francés del mismo nombre, se llamaron, como hoy se denominan, «Hermanitas de los Ancianos Desamparados». Pronto quiso la Providencia que no se quedaran en Barbastro, sino que, por coincidir con los deseos de un grupo de católicos valencianos, fundasen en la capital del Turia, que desde entonces habría de ser la casa-madre de la congregación. Toda la ciudad recibió a las hermanas, y éstas hacen su primera visita a la Virgen de los Desamparados, patrona de Valencia, que nunca había de desampararlas a ellas ni a sus ancianitos y ancianitas. Inmediatamente reciben a la primera acogida, una paralítica de noventa y nueve años.

Mas pronto habrían de comenzar los dolores. Las regiones españolas se sublevan contra el Gobierno y Valencia se declara en rebeldía. La ciudad es asediada y bombardeada. La gente huye; las hermanitas permanecen junto a sus ancianos. Sólo cuando en la ciudad ya no queda nadie, y al peligro de los bombardeos se añade la amenaza de morir de hambre —las hermanitas viven de la caridad cristiana—, deciden refugiarse en Alboraya. Después una nueva prueba, la muerte de sor Mercedes, la primera profesa de las hermanitas, pues en el propio lecho de muerte selló sus votos de esposa de Cristo.

La historia de las nuevas fundaciones está llena de encanto y de luz sobrenatural. Es primero Zaragoza, donde también fueron recibidas triunfalmente; luego Cabra, Burgos... y toda la geografía española, que la beata se recorrió varias veces, en unas condiciones materiales que, si eran algo más cómodas que las de los tiempos de Santa Teresa, no dejaban de tener sus grandes molestias y aun dolores. Al cumplirse el primer decenio de la fundación del Instituto, las casas-asilo —la madre Teresa quería que fueran llamadas así, pues la sola palabra «asilo» le parecía demasiado fría y humillante— son ya 33. Diez años más tarde subirían a 81, y cuando la beata entrega su alma al Señor

suman ya la cifra esplendorosa de 103. Medio siglo más tarde, cuando la Iglesia la eleva a los altares, las casas-asilo son ya 205 en todo el mundo, y millares de ancianos y ancianas son consolados y atendidos por las hermanitas.

En 1885 el Instituto cruza el océano. Las hermanitas han sido llamadas a Santiago de Cuba y La Habana. Por primera vez van a fundar sin la madre. Ésta, que apenas tiene cuarenta y dos años, no es ya sino una inválida, en cuanto a fuerzas físicas se refiere. La obra se está consumando. En 1876 había llegado el decreto de alabanza de Roma. Y la aprobación definitiva llega en 1887.

Ahora que la Iglesia ha acogido al Instituto bajo su tutela, la madre ya sabe que otra Madre eterna velará por las hermanitas y los ancianos. Por eso, al celebrarse, en abril de 1896, el Capítulo general, la beata suplica a las hermanitas que se dignen librarla del peso de superiora general. Su cuerpo se niega a seguirla en sus largos viajes. No puede intervenir regularmente en los actos de la comunidad. El bien del Instituto —insiste la madre— exige que sea otra hermanita la que presida su marcha. Pero esta vez nadie hace caso de la voz de la madre. Y la beata no tiene más remedio que cargar nuevamente la cruz sobre sus flacos hombros.

Ella seguirá siendo sencilla y entrañable. Nunca le han gustado las posturas ficticias, las caras de víctima. A una novicia que, en el arrebato de un falso misticismo, decía a la madre que quería ser santa y andaba por todas partes con la cabeza torcida, la beata le respondió que sí, que obligación de todas las hermanitas era ser santas, pero que... ¡aquella cabeza tan torcida! La madre cogió un alfiler, tomó entre sus manos la punta del velo de la novicia y se lo aseguró con el alfiler en la espalda, de modo que no podía llevar sino bien alta la cabeza.

La madre sacudía con frase certera toda pereza disfrazada de piedad: «Fervorosas, sí; pero no de las que dejan el trabajo a las demás».

En el verano de aquel año va a Palencia, para inaugurar el segundo noviciado. Pero no puede estar presente en la ceremonia porque está aquejada de fuertes dolores. Es su ofrenda por las novicias. Se pone en camino hacia Valencia. Parece mejorar un

tanto durante el verano, pero en la primavera vuelve a agravarse. Su aparato digestivo es una pura llaga. La llevan a la casa-asilo de Masarrochos y luego a Liria. La madre ora mucho y por todos. También en las casas-asilos rezan las hijas y los ancianos.

Más de 70 superioras y muchísimas hermanitas pasan por Liria para recibir su última bendición en la tierra y sus postreros consejos. El 12 de julio el padre Francisco, uno de los más grandes protectores del Instituto, le lleva el santo viático y dos semanas después le administra la extremaunción. Poco a poco, se apaga la vida de la enferma, que dicta su última recomendación: «Cuiden con interés y esmero a los ancianos, téngase mucha caridad y observen fielmente las constituciones. En esto está nuestra santificación».

El 26 de agosto de 1897 la enferma expresa repetidas veces el deseo de recibir la sagrada comunión. A la primera claridad del alba viene el sacerdote, la oye en confesión y sale en busca del sacramento. La madre mira a su alrededor, sonríe a las hermanitas presentes e inclina la cabeza para siempre, con gozo de la comunión eterna. Tenía cincuenta y cuatro años y siete meses y podía presentar en el cielo su obra de 103 casas-asilos con millares de ancianos y más de mil hermanitas. Descansó en Liria hasta 1904, en que fue trasladada solemnemente a la casa-madre de Valencia.

La madre había recomendado que, si en el Instituto llegase a haber santas, no se gastase un céntimo en el afán de llevarlas a los altares. Las hermanitas obedecieron, pero la Providencia tenía otros planes, y, como para recuperar el tiempo perdido, su proceso de beatificación tuvo un desarrollo rapidísimo, facilitado por los milagros. Iniciado en 1945, se clausuró en 1958, con la proclamación de la beatitud de los bienaventurados en la persona de esta fundadora insigne y ejemplar.

MANUEL CALVO HERNANDO

Bibliografía

PIETROMARCHI, E., OSB, *La Beata Teresa de Jesús Jornet e Ibars* (Roma 1958).
• Actualización:
BALAGUÉ, M., *El espíritu de Santa Teresa Jornet e Ibars* (Madrid 1976).
BUSTOS, T. M.ª, *Santa Teresa de Jesús Jornet. Profeta y testigo* (Palencia 1992).
— *Santa Teresa de Jesús Jornet, «sembradora de amor»* (Palencia 1991).

DOMÍNGUEZ SANABRIA, J., *Espiritualidad de Santa Teresa Jornet* (Madrid 1997).
GARGANTA, J. M. - GÓMEZ, V. T., *Santa Teresa Jornet, carisma y espíritu* (Valencia 1983).
PIETROMARCHI, E., *Santa Teresa de Jesús Jornet e Ibars, fundadora de la Congregación de Hermanitas de los Ancianos Desamparados* (Valencia 2002).
TERESA DE JESÚS JORNET (Sta.), *Diario. El mensaje de su vida: epistolario (1872-1897)* (Valencia 1993).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

BEATO SANTIAGO RETOURET

Presbítero y mártir († 1794)

Santiago Retouret nació el 15 de septiembre de 1746 en Limoges, hijo de un comerciante. Su madre, sumamente piadosa, le inculcó sus mismos sentimientos. Hizo sus primeros estudios en el colegio jesuita de su ciudad. Sintió muy pronto la vocación religiosa y el 23 de mayo de 1762 ingresó en el convento del Carmen de la Antigua Observancia, llamado Des Arènes. El 3 de mayo de 1763 con sus solos 16 años hacía la profesión religiosa. Fue enviado como profesor de retórica a La Rochefoucauld, al tiempo que hacía sus estudios eclesiásticos, ordenándose sacerdote en 1768 de manos de monseñor D'Argentré, obispo de Limoges, que le conservó siempre gran estima. Por influencia de este prelado, que quería verlo prior del convento, fray Santiago nunca salió de Limoges. Era un buen predicador y se sabe que lo llamaban de la catedral de Limoges y de otros sitios, como Albi y Toulouse para la siembra de la palabra de Dios. No tenía buena salud. Llegada la revolución, se negó a prestar el juramento de acatamiento a la constitución civil del clero, pero horrorizado ante los sucesos del 2 de septiembre de 1792 cuando fueron masacrados tantos sacerdotes y religiosos en París, prestó el juramento de libertad-igualdad, pero eso no impidió su arresto, y estando ya en prisión retractó de manera oficial su juramento, lo que volvería a hacer el 22 de febrero de 1794 ante el comisario de la municipalidad de Limoges. El 28 de septiembre de 1793, estando detenido en La Règle, se le exigió como a los demás detenidos, una declaración de sus bienes, y él declaró disfrutar de una pensión, que pagaba su hermano. El 27 de marzo de 1794 fue visitado por el médico que declaró

que tenía una obstrucción de hígado, pero que no era obstáculo para la deportación. Dos días después partía de Limoges en dirección a Rochefort con el segundo convoy de sacerdotes. Allí estaba ya el 13 de abril, donde fue embarcado en Les Deux Associés. Pasó hambre, desnudez y muchas miserias, y de resultas de ellas murió el 26 de agosto de 1794, siendo enterrado en la isla Madame.

Fue beatificado el 1 de octubre de 1995 por el papa Juan Pablo II.

BEATO AMBROSIO (LUIS) VALLS MATAMALES

Presbítero y mártir († 1936)

Luis Valls Matamales nació en Benaguacil, Valencia, el 3 de mayo de 1870 en el seno de una familia cristiana. A los 20 años decidió su vocación religiosa e ingresó en la Orden capuchina, ingresando en el noviciado el 28 de mayo de 1890 con el nombre de fray Ambrosio de Benaguacil. Hizo la profesión temporal justo un año después y la perpetua el 30 de mayo de 1894. Terminados los estudios de teología se ordenó sacerdote el 22 de septiembre de 1894 y celebró su primera misa en la iglesia del convento de capuchinos de Sanlúcar de Barrameda. Religioso humilde y modesto, cumplía con gran celo sus deberes religiosos y sacerdotales, predicando con frecuencia, asistiendo fielmente al confesonario y dirigiendo muchas almas por los caminos de Dios, y propagando su propia e intensa devoción a la Virgen María. Tuvo a su cargo la Orden Tercera seglar. Publicó la historia de la devoción a la Virgen de Montiel, venerada en la ermita de su pueblo natal.

Destinado al convento de Massamagrell, al desencadenarse la persecución religiosa, se refugió en la casa de María Orts Lloris, en Vinalesa. Su corazón ardía en deseos de ser mártir de Cristo. Aseguró a la familia que lo hospedaba que a él lo arrestarían pero que a la familia no le pasaría nada. Fue arrestado en la noche del 26 de agosto de 1936 por milicianos armados. Llevado primero al Comité de Vinalesa, allí fue interrogado, luego fue sacado para llevarlo al sitio del fusilamiento, siendo objeto de insultos y malos tratos. Lo habían acusado de haber predica-

do contra el comunismo. Él dijo que sólo había predicado el evangelio. Llevado a Valencia, aquí fue fusilado.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO PEDRO (ALEJANDRO) MAS GINESTAR

Presbítero y mártir († 1936)

Alejandro Mas Ginestar nació en Benisa, Alicante, el 11 de diciembre de 1876. Educado cristianamente, con 16 años vistió el hábito capuchino y empezó el noviciado el 1 de agosto de 1893 en el convento de Santa María Magdalena de Massamagrell con el nombre de fray Pedro de Benisa. Hizo la profesión temporal el 3 de agosto de 1894 y la perpetua el 8 de agosto de 1897, y terminados los estudios eclesiásticos se ordenó sacerdote el 22 de diciembre de 1900 en Ollería. Hombre activo y de carácter, hizo un fecundo apostolado entre los jóvenes. Era un fiel observante de la Regla y de la vida común, que compatibilizaba con su activo apostolado. Era persona conciliadora y amante de la paz. Llegada la revolución, se vio obligado a abandonar su convento y se fue con algunos amigos, refugiándose luego en casa de su hermana en Vergel, Alicante. Consciente del peligro que corría, se mostró sereno y dispuesto a lo que Dios quisiera de él. Empleaba muchas horas en la oración. Le dijo a su hermana: «Si vienen por mí, ya estoy a punto». Lo arrestaron el 26 de agosto de 1936 y lo llevaron a la llamada Alberca de Denia donde le volaron la cabeza con los disparos.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO FÉLIX VIVET TRABAL

Religioso y mártir († 1936)

Nació en Sant Feliu de Torrelló, Gerona, el 23 de enero de 1911. A los 11 años lo pusieron en el colegio salesiano de Bar-

celona-Rocafort y de ahí vino su vocación religiosa. Su profesión religiosa fue en 1928, y fue destinado a Roma para hacer los estudios eclesiásticos en la Universidad Gregoriana. Llegado el verano de 1936 volvió a España y se hospedaba en la casa de Sarriá, de la que fue expulsado como los demás religiosos el 21 de julio. Se marchó con su familia a Esplugas. Iba a Barcelona a recibir secretamente los sacramentos. Rezaba el rosario con su familia y se mostraba tranquilo y dispuesto a lo que Dios quisiera. El día 22 de agosto llegaron milicianos en su busca pero Félix no estaba. Entonces se llevaron a su padre y su hermano a otra casa que poseían en Collblanc. Al volver Félix y enterarse de lo ocurrido, voló a reunirse con su padre y hermano, y acudió también la madre. Pero el día 26 volvieron los milicianos y se llevaron a los tres, despidiéndose Félix de su madre diciéndole: «Madre, hasta vernos en el cielo». Aquella misma noche fueron fusilados cerca de Pedralbes. La madre halló sus cadáveres en el Hospital Clínico de Barcelona y los llevó a enterrar.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATA LORENZA (LEOCADIA) HARASYMIV

Virgen y mártir († 1952)

Leocadia Harasymiv nació en Rudnyku, región de Lvov, Ucrania, el 17 de agosto de 1911. Educada cristianamente, ingresó en mayo de 1922 en la congregación de Religiosas de San José, dedicándose tras su profesión a los trabajos religiosos y sociales propios de su familia religiosa. Llegado el régimen comunista, junto con la Beata Olimpia Bidá, sustituía en la atención religiosa de los fieles a los sacerdotes desparecidos en los campos de concentración soviéticos. Junto con dicha religiosa fue arrestada en abril de 1950 mientras acompañaban a un fiel difunto al cementerio. Ya estaba enferma de tuberculosis. Fue deportada al campo de concentración de Kharsk. Allí se agravó su enfermedad, siendo asistida por la Beata Olga de la mejor manera que pudo, pero la falta de atención médica y medicinas

la llevó a la muerte en el campo de concentración el 26 de agosto de 1952.

Fue beatificada el 27 de junio de 2001 por el papa Juan Pablo II.

BEATA MARÍA CORSINI BELTRAME QUATROCCHI
Viuda († 1965)

María Corsini fue beatificada junto con su esposo, Luis Beltrame Quatrocchi, el 21 de octubre de 2001 y puestos ambos por la Iglesia como modelo de matrimonio cristiano. Por ello nos parece mejor dar juntas las biografías de ambos, y así lo haremos el 9 de noviembre, a donde remitimos.

27 de agosto

A) MARTIROLOGIO

1. La memoria de Santa Mónica († 387), madre de San Agustín, cuyo tránsito fue en Ostia Tiberina **.
2. En Capua (Campania), San Rufo († s. III/IV), mártir.
3. En Tomis de Escitia, santos Marcelino, tribuno, y su esposa Manea, y su hijo Juan, el clérigo Serapión y el soldado Pedro († s. IV), mártires.
4. En Bérgamo (Liguria), San Narno († s. IV), obispo.
5. En la Tebaida de Egipto, San Poemeno († s. IV/V), abad.
6. En Couserans (Aquitania), San Licerio († 540), obispo *.
7. En Arlés (Provenza), San Cesáreo († 542), obispo **.
8. En Pavía (Lombardía), San Juan († 825), obispo.
9. En el monasterio de Petershausen (Suabia), San Gebahrdo († 995), obispo de Constanza.
10. En el monasterio de Aulps (Ginebra), San Guarino († 1150), obispo de Sión *.
11. En Lausana (Suiza), San Amadeo († 1159), obispo **.
12. En Foligno (Umbría), Beato Ángel Conti († 1312), presbítero, de la Orden de los Ermitaños de San Agustín *.
13. En Leominster (Inglaterra), Beato Rogerio Cadwallador († 1610), presbítero y mártir, bajo el reinado de Jacobo I *.
14. En Nagasaki (Japón), beatos Francisco de Santa María, presbítero, Bartolomé Laurel y Antonio de San Francisco, los tres religiosos franciscanos; Gaspar Vaz y su esposa María; Magdalena Kiyota, viuda; Cayo Ji-

yemon, Francisca, Francisco Kurobioye, Francisco Kuhioye, Luis Matsuo Soyemon, Martín Gómez, Tomás Wo Jinyemon, Lucas Kiyemon y Miguel Kizayemon († 1627), mártires *.

15. En Usk (Gales), San David Lewis († 1679), presbítero, de la Compañía de Jesús, mártir bajo el reinado de Carlos II *.

16. En Rochefort (Francia), beatos Juan Bautista Souzy, presbítero, y Uldarico (Juan Bautista) Guillaume, Hermano de las Escuelas Cristianas († 1794), mártires **.

17. En Reading (Inglaterra), Beato Domingo de la Madre de Dios Barberi († 1849), presbítero, religioso pasionista **.

18. En Picassent (Valencia), Beato Fernando González Añón († 1936), presbítero y mártir **.

19. En la carretera de Godella a Bétera (Valencia), Beato Ramón Martí Soriano († 1936), presbítero y mártir *.

20. En San Sebastián (España), Beata María del Pilar Izquierdo Albero († 1945), virgen, fundadora de la Obra Misionera de Jesús y María **.

B) Biografías extensas

SANTA MÓNICA

Madre de San Agustín († 387)

Cae el sol africano, un sol de justicia, sobre las calles pueblerinas de Tagaste. Mónica, niña de pies inquietos, corretea y se divierte por la pequeña ciudad. A la voz de una vieja criada, gruñona pero querida, suspende el juego, y con un gracioso mohín, mezcla de cariño y de protesta, vuelve presurosa a la casa de sus padres.

Nacida bajo la paz declinante del Imperio romano, Mónica florece a la vida en el seno de una familia cristiana, noble de alcurnia, aunque arruinada por el curso desgraciado de los destinos públicos. Desde la más tierna edad sabe de prácticas piadosas y de ejercicios domésticos. Su educación, si no en ambiente de penuria, comienza a desenvolverse, desde la cuna misma, con sencillez y sin alardes de opulencia.

Más que a la madre, debe la obra de su formación a la diligencia y al celo de aquella anciana y fiel sirvienta, que llevó ya a su padre a la espalda, cuando niño, y que es ahora, por sus años respetables y por sus óptimas costumbres, la autoridad moral más acatada de la familia. Condescendiente tanto como severa con los pequeños, hasta el agua les regula a deshora, para que se

habitúen a moderar los apetitos. Bajo su vigilancia aprende Mónica lecciones de honestidad. Está haciéndose un alma exquisita, encerrada en un corazón sumamente sensible. Los pobres, a diario, son su debilidad apasionante, y la frecuencia de la limosna su recreo más feliz. La dicha de su corazón explota cuando halla oportunidad para lavar los pies a algún peregrino u ofrecer consuelo a algún enfermo.

A medida que va creciendo empieza a gustar los deleites interiores de la espiritualidad. Más de una vez la sorprenden los íntimos, arrodillada en un rincón oscuro, haciendo oración a solas, en diálogo de cordialidad inocente con Dios. En los juegos ríe y disfruta como nadie. Sus amigas la respetan, y su palabra es resolutoria en cualquier discusión.

No ha de faltarle, tampoco, alguna cándida picardía. Como aquella de los tragos clandestinos, que recordará siempre con vergüenza. A la hora de comer, por mandato de sus padres, es la encargada de bajar a la bodega para sacar vino de la cuba. Y cede a la tentación de probarlo, sólo por tomarle el gusto, antes de servirlo a la mesa. Al principio bebe una pizca, casi nada. Poco a poco va aumentando el paladeo, y con él la cantidad. Ahora es ya una gran copa lo que saborea cada vez, antes de subir, sin que lo sepa la criada inflexible ni ninguno de sus mayores. Hasta que todo se descubre. Únicamente está en el secreto otra sirvienta más joven y consentida. En cierta ocasión, discutiendo una y otra, la criada echa en rostro de su pequeña ama este defecto, llamándola, con intención humillante, «borrachuela». Santo remedio. Herida Mónica por el aguijón del insulto, comprende la fealdad del vicio y lo condena al instante, arrojándolo definitivamente de sí. El amor propio afrentado actúa aquí de medicina maravillosa.

Desde muy niña se está mostrando maestra en reflexionar y en cordura de saber. Lo demostrará más tarde dando lecciones en la escuela de filósofos sutiles, improvisada en el retiro de Casiciaco. Sencilla tanto como culta, desprecia las galas de lujo. Aunque mujer, su prudencia y su discreción están por encima de la vanidad.

Rica en dones de espíritu y en gracias exteriores, al cumplir los veinte se casa con Patricio, curial de Tagaste, noble pero

arruinado también. El corazón del esposo, naturalmente leal y honrado, estalla en volcanes de pasiones vergonzosas. Pagano, violento, de fibra colérica y de pensamientos nada castos, choca en rudo contraste con la delicadeza de Mónica, que consigue enamorarlo y vencerlo, en medio de sus repetidas y alardeadas infidelidades. Un matrimonio así, con edades dobladas y con temples tan distintos, humanamente no puede adivinarse sino como un presagio seguro de desdicha. Pero Mónica acepta ante el altar la mano de Patricio, consciente de un holocausto y con presentimiento de misión. El tacto de su santidad y de sus silencios transforma pronto el infierno previsible del hogar en un remanso de concordia. Bien puede atestiguarlo la propia suegra, en cuya casa vive. Pagana e irritable, como Patricio, acoge las calumnias de los criados, quienes, sólo por adularla, fomentan sus celos, su malquerencia y su astucia contra Mónica. Pero la nuera ya conoce el procedimiento: no huye ni protesta, sino que convive para convertir. Y lo logra: con defensa de amor, de humildad, de dulzura, de paciencia. Táctica de éxito, que aconseja a sus amigas. Mónica nunca sale a la calle con huellas de castigos en el rostro ni comunica las defecciones maritales de Patricio. La oratoria de su ejemplo y el prestigio de su conducta sin tacha ponen paz en las disputas de familiares y extraños. Abomina los chismes y el comadreo. Al fin, la rudeza del esposo y el rencor de la suegra terminan quebrándose contra el corazón suavísimo de Mónica, trasunto ideal de la perfecta casada.

Al filo de los veintidós años Mónica es madre. El 13 de noviembre del 354 nace su primogénito: Agustín. Otros dos vástagos brotarán de su seno: Navigio y Perpetua.

Agustín es una llamarada de ímpetus contrarios. La fogosidad de Patricio y la ternura de Mónica arden en su corazón. Navigio es más plácido, más tímido, más maternal; como Jacob. Agustín lleva arreboles de crepúsculo y ascuas de fuego en la sangre. Si no concierta en número, en peso y en medida el huracán temprano de sus inquietudes, será otro Esaú. Toda la vida de Mónica va a cifrarse en un colosal esfuerzo por abrir metas de luz y caminos de seguridad al paso de este gigante.

Perpetua, la menor, se casa y enviuda pronto. No sale del solar africano. Cuando Agustín sea sacerdote ingresará en un

convento, bajo su regla monástica. Navigio no abandona nunca a la madre. Va a ser su fuente de consolación y su descanso durante los extravíos de Agustín.

Se casará también y tendrá hijos. Uno de ésos se verá más tarde de subdiácono en Hipona, junto al tío obispo. Algunas hijas florecerán a su vez entre las vírgenes de África, al lado de la tía monja. Navigio y Perpetua, elevados a los altares, ocupan hoy un lugar de gloria en el santoral cristiano.

Mónica acierta a sustituir rápidamente los sinsabores y las contrariedades del matrimonio con la educación de sus hijos. Desde el regazo de la madre, «mientras saborean las delicias de su leche», gustan ya la palabra y la sonrisa de Dios. Nos lo dirá el propio Agustín. Todos creen en casa por Mónica. El nombre de Jesús es familiar a hijos y criados. Aquéllos son catecúmenos. La servidumbre es cristiana. Sólo Patricio permanece infiel.

Navigio y Perpetua, discretos en dones, no son problema para Mónica. El talento fuera de lo normal de Agustín es su tormento de pesadilla. Al principio se limita a reír las quejas de los palmetazos que recibe el pequeño en la escuela de Tagaste, con su aversión clamorosa al estudio. Pero después, cuando el genio despierta monstruoso en sus potencias, con los triunfos apoteósicos de Madaura, unidos a un entusiasmo incontinente por Virgilio, por las estrofas encendidas de los poetas, por las representaciones teatrales..., Mónica mira con miedo al mar agitado de su alma y teme por su perdición.

Comienza ahora el calvario más cruel de la madre. Sólo Agustín le importa, porque le ve al borde del abismo. «Amar y ser amado» es el lema del escolar brillante, a quien el orgullo de sus paisanos vaticina ya gloria de la patria. La labor de Mónica en la educación de Agustín, estremecido de pasiones rugientes, como su padre, en el albor de los dieciséis años, cae estruendosamente a tierra. La indiferencia de Patricio, preocupado sólo por los aplausos, contribuye al derrumbamiento.

Entonces, en medio de las primeras lágrimas que vierte la madre por el hijo difícil, recibe alborozada la primera alegría: Patricio se convierte. En la primavera del año 370 abjura públicamente la religión pagana, haciéndose catecúmeno, y un año más tarde, gravemente enfermo, recibe el bautismo, muriendo

poco después con muerte edificante. El valor del holocausto, concluido por Mónica en su corazón al recibir el velo de casada, resulta así absolutamente positivo.

Viuda y joven, con sus treinta y nueve años, viste sencillamente, ayuna y se ejercita en obras de piedad. Agustín no ha asistido a la muerte de su padre. Estudiante en Cartago, recibe con dolor la triste noticia. La viuda pobre no podrá seguir costeándole los estudios. Pero el corazón generoso de un amigo, Romaniano, soluciona felizmente la contrariedad. Agustín y Mónica pagarán al mecenas con la educación de su hijo Licencio, perfectamente lograda en ciencia y en espíritu por tan extraordinarios preceptores.

Mónica quiere casto a Agustín. Al saberle en pubertad, ya antes de morir Patricio, le exhortó con valentía sobre los bienes de la continencia. Pero Agustín despreció el consejo como «palabras de mujer». Ahora, lejos de su madre, envuelto en los peligros de una gran ciudad, «ama al fin, es amado y gusta los placeres, los celos y todas las tempestades del amor». A los dieciocho años tiene un hijo: Adeodato. Cuando Mónica lo sabe comprende que toda su vida va a resolverse en lágrimas. No le importa que Agustín sea el primero en los estudios, que entienda sin maestro las cuestiones más abstrusas de filosofía, que triunfe en los certámenes, que en su torno exploten siempre los aplausos; sólo le importa definitivamente la salvación de su alma. Piensa, después de todo, que por la ciencia llegará a Dios. Y se decide a esperar.

Agustín lee el *Hortensio* de Cicerón, que le transforma intelectualmente. Penetra con avidez en la dialéctica platónica. Abriga la ilusión de hallar el nombre de Jesús, «mamado amorosamente en la leche de la madre». Y no lo encuentra. Repasa después las Sagradas Escrituras. Pero lo hace con orgullo, sin humildad, con el corazón manchado. Y no las comprende. Mónica sigue estos pasos hacia la luz. Y cada día con más confianza, ora, se mortifica y silenciosamente continúa en espera.

El problema de Agustín, en estos momentos, es ideológico tanto como afectivo. Busca una doctrina que le proporcione el descubrimiento de la verdad y el culto al nombre de Jesús, sin renunciar a las pasiones. Todo esto le promete el maniqueísmo.

Y se afilia con entusiasmo a su fe. Apenas cuenta diecinueve años y aparece ya con tacha de concubinato y herejía. ¡Horror para Mónica! Ferviente maniqueo, se hace apóstol de la secta. Enseguida comienzan las conversiones. Todos cuantos le siguen, Alipio, Romaniano, Honorato, Nebridio..., prendados de su lógica y de su corazón, figuran entre los adeptos. Mónica llora desconsolada. Regresa Agustín de Cartago, al terminar sus estudios, y prosigue la captación en Tagaste. A su propia madre trata de convencer. Pero sólo ella se le resiste y le echa de casa. Cabizbajo, se refugia en la de su mecenas y abre escuela de gramática entre los suyos.

Le acompaña la mujer y el hijo. Mónica no tolera la separación y le visita a diario. Es ley de corazones grandes. Un día le cuenta un sueño. Estando de pie sobre una regla, triste y afligida, ve venir a un joven resplandeciente, que le pregunta el porqué de sus lágrimas. Mónica le contesta que la causa no es sino la perdición de Agustín. El joven, para su confortación, le ordena entonces que mire y observe cómo donde ella está se encuentra el hijo. Mirando rápidamente hacia atrás, descubre con alegría que no se engaña. Y pronostica luego Mónica a Agustín que muy pronto le verá católico. Pero éste interpreta la visión volviéndola hacia sí, intentando persuadir a la madre de que es ella la que algún día terminará en maniquea. A lo cual replica agudamente: «No me dijo: "Donde él está allí estás tú" sino: "Donde tú estás allí está él"». Y agrega, sonriendo, que se cumplirá la profecía.

A pesar de todo, Agustín continúa en la oscuridad y Mónica sigue llorando. Por esta misma época visita a un santo obispo en demanda de orientación, e insiste ante él con lágrimas incontenidas para que la ayude en su desconsuelo. Y, asomándose a su alma, le responde el obispo con acento seguro: «Ve en paz, mujer, y que Dios te dé vida; no es posible que hijo de tantas lágrimas perezca».

Tras la muerte de un amigo entrañable Agustín languidece, comienza a sentirse mal y precipita su salida para Cartago, donde abre cátedra de retórica. Con el alejamiento todo se cura. Mónica no lo impide, pues en ello va la salud del hijo. Y confía en el milagro de la ciencia. Nacen aquí las primeras dudas del

joven maestro en torno a la dogmática maniquea, que sus doctores no aciertan a resolverle.

Sin paz en el alma y sin convicción en la inteligencia, Agustín emprende la búsqueda por otros horizontes. Y anuncia su salida para Roma. La madre, armada de valor, se presenta en Cartago para impedirlo. Teme que en la capital del Orbe se pierda irremisiblemente. Agustín, contrariado en sus planes, huye con una mentira. Mientras ora ella en la ermita de San Cipriano, él la abandona y sube a la nave que le conducirá a la urbe. Cuando Mónica advierte el engaño enloquece de dolor. ¡Mucho tarda en cumplirse la visión de la regla!

En Roma explica Agustín durante un año, pródigo en desilusiones escolares y en angustia espiritual. Por un lado, los alumnos no le pagan. Por otro, conoce al fin la corrupción de los maniqueos y decide abandonar la secta. La duda absoluta y el escepticismo universal le llevan al pórtico de los académicos. Enferma entonces gravemente, sin inquietarse por morir sin bautismo, con riesgo de condenación. Se cura, según intuirá después, por las oraciones de su madre, siempre a su lado, a pesar de la lejanía.

Roma no le llena y prepara otro salto. Huye de sí mismo, sin lograr ausentarse. En el año 385 gana brillantemente la cátedra de elocuencia patrocinada por los emperadores en Milán. El problema económico se le esclarece. Informada Mónica de la enfermedad y del triunfo académico sale para Roma. La acompaña Navigio. Perpetua, casada, queda en Tagaste. Con ánimo sereno en medio de una borrasca aparatosa, hace felizmente la travesía. En Roma se entera de la salida para Milán. Desilusión otra vez. Nuevamente de viaje, llega a la ciudad lombarda y se arroja en los brazos del hijo. Le encuentra muy otro. Va a rechazar abiertamente la herejía maniquea. Pero ahora es cuando más necesita a la madre. Tiene vacíos el corazón y el pensamiento. En sus razones atiende sólo al encanto de lo formal, sin fe en la verdad. Mónica se dispone a rellenarle de contenido. Para ello visita a San Ambrosio y le presenta a Agustín. Se tratan los tres. El santo obispo felicita al deslumbrante profesor por tener una madre tan extraordinaria. Mónica inventa excusas para que el hijo repita las visitas. Pero Ambrosio no es explícito: espera que

la gracia obre independiente del hombre. En compañía de la madre, Agustín asiste a los sermones de la basílica ambrosiana, interesado por el estilo y por la dicción, sin cuidados para mayores honduras. Pero con la retórica, sutilmente, penetra en los oídos del puro artista la luz de la verdad cristiana. Sin discusiones, ni con la madre ni con el obispo, Agustín medita, y poco a poco va hallando a Dios dentro de sí.

Comienza a entusiasmarle San Pablo. Conversa con personas venerables, confiándoles sus angustias interiores. Está a punto de romper con los vínculos del pecado. Pero la voluntad de la carne se afirma en él más fuerte que la del espíritu. Y lucha sin redimirse de las cadenas que le esclavizan.

Mónica sigue con más atención que nunca el desarrollo del drama y redobla sus oraciones. Presiente la alborada de Dios. La borrasca irrumpe inclemente en el alma agitada de Agustín. Hasta que un día, en una crisis de rebelión frente a sus miserias, el canto suavísimo de la gracia suena rotundo en su corazón. Y el hombre viejo, perdido por Adán y prisionero en la culpa, se transforma en el hombre nuevo, salvado por Cristo y libre en la fe.

Las lágrimas de Mónica han precipitado el desenlace feliz. Se ha cumplido la profecía. Agustín está ya en la regla junto a la madre. Con su adiós a la vanidad de la retórica se retira a la quinta de Casiciaco. Van tras él los amigos de siempre, discípulos del maestro en sus desviaciones maniqueas y en sus pasos hacia la pila bautismal, seguros de que su elección, antes y ahora, es criterio de sabiduría. A tanto llega la autoridad de su preeminencia. Le acompaña su madre, con Navigio y Adeodato. Sólo falta la mujer que le dio este hijo, recluida desde hace meses en un convento de África, donde habrá rezado, sin duda, por él.

Otoño melancólico y dulce, con suavidad dorada en la vertiente alpina, con inquietud anhelante de recibir a Dios por el bautismo, con doctas controversias, con poesía en las almas, bajo la providencia amorosa de Mónica..., esto es Casiciaco en los primeros fervores de la conversión. La vida allí, de otoño a primavera, es una preparación al bautismo, entre lecturas y discusiones, elevándose a Dios por la belleza de las cosas. Mónica

cuida de todos con materna solicitud. El ejemplo de su santidad les dirige, corrigiendo e ilustrando, presente a cada uno, «con traje de mujer, fe de varón, seguridad de señora, caridad de madre y piedad cristiana». Entona con ellos los salmos de David. Participa en los diálogos de sobremesa, aunque humildemente se resiste a emitir opinión en aquel cenáculo. Instada por Agustín, encauza discusiones sobre la verdad, la hermosura, el orden, la felicidad y el amor de Dios, con una sabiduría, una discreción y un talento, desplegados muy por encima de la frivolidad sensible, que a todos sorprende, penetrando sin dificultad y con agudeza en cuestiones arduas aun para los versados.

Transcurrido el tiempo de iniciación, al cabo de siete meses, Agustín, Adeodato y sus amigos dan el paso regenerante, recibiendo en Milán el sacramento del bautismo. La ceremonia se ha fijado para el día 25 de abril del año 387. Una fecha de glorioso recuerdo, señalada con piedra blanca en el calendario de la Iglesia. La presencia de Mónica, con lágrimas todavía, pero no de ansiedad dolorosa, sino de júbilo radiante, realza la solemnidad del acto. No ha sido estéril tanta súplica. Agustín funde sus emociones con las incontenidas de la madre, mientras el torrente de la gracia penetra en su corazón, entre el eco novísimo que han dejado disperso por las bóvedas las cadencias exultantes del *Te Deum laudamus.*

Una armonía inefable inunda el alma de Mónica. Todo es paz en su vida. Nada la detiene ya en la tierra. Sólo siente la nostalgia del cielo. Colmada su misión, ¿para qué esperar?

Entretanto, madre e hijo, con la pequeña comunidad de bautizados, vuelven a África. En el puerto romano de Ostia se detienen unos días, mientras llega el momento de embarcar.

Caen las primeras hojas de otoño. Declina la tarde, una famosa tarde del año 387. Mónica y Agustín están solos junto al mar, reclinados sobre una ventana. Con olvido del pretérito y atentos únicamente al porvenir, se ocupan de la verdad, presente en la vida eterna de Dios. Piensan que ante el gozo de aquella vida vale el deleite perecedero del sentido. Recorren la escala de los seres corpóreos. Se elevan interiormente sobre la luna y el sol. Suben más arriba de las estrellas, admirando la obra del dedo divino. Llegan a la esfera intáctil del pensamiento, y la

transcienden también. Alcanzan, por fin, la región de la abundancia indeficiente, donde se apacienta Israel con el pasto inmarchito de la verdad pura. La vida aquí se llama *sabiduría,* principio de todas las cosas, así de las que fueron como de las que serán, existente antes del tiempo, increada, total y constante en el ser, con ausencia de pasado y de futuro. Y hablando de ella y desvividos por su logro, llegan a tocarla un instante, con el ímpetu más intenso de su corazón, elevado sobre las ataduras de la pesada mortalidad. Pero el arrebato de beatitud se desvanece. Con un hondo suspiro vuelven a la tierra y al estrépito de las palabras, dejando allí prisioneras las primicias del espíritu. Mónica tiene las manos de Agustín entre las suyas. No aciertan con la frase que exprese la ansiedad de su ánimo: si enmudeciesen las cosas y sólo Dios hablase, no por ellas, sino directamente por sí, oyéndole sin sonido de voces, en contacto del pensamiento con su Sabiduría, abismada el alma en la fruición de sus dulzuras, como en aquel instante de efímero deleite, ¿no sería esto el «entra en el gozo de tu Señor»? «Y tanta dicha, ¿cuándo será?», exclama Agustín enardecido. «Por lo que a mí atañe», prosigue Mónica, más sosegada y menos vehemente:

> «Nada me ilusiona ya en esta vida. No sé qué hago en ella ni por qué estoy aquí aún, consumado cuanto podía esperar en este siglo. Por una sola cosa deseaba detenerme un poco más: verte cristiano y católico antes de bajar al sepulcro. Con creces me lo ha dado el Señor, pues te veo siervo suyo cabal, con desdén para la felicidad terrena. Por lo mismo, ¿qué hago yo aquí?».

Cinco días después es atacada por una fiebre maligna. Su presentimiento no precisa más. Comprende y manifiesta a todos que ha llegado su hora. Sin preocupaciones por la sepultura, construida en Tagaste junto a la de Patricio, y satisfecha de haber cumplido la misión del hogar, no le importa ni el dónde ni el cuándo para morir. Su serenidad es sorprendente. Nadie quiere creerlo. De pronto, un éxtasis, alarmante pero dulcísimo, deja inmóvil su cuerpo durante un breve intervalo. «¿Dónde estoy?», pregunta al volver en sí. Y añade con suavidad: «Aquí dejaréis enterrada a vuestra madre».

Un movimiento de dolor irreprimible se estremece en la estancia. La angustia es general. Adeodato estalla en lamentos inconsolables. «Mejor sería morir en la patria, antes que en este

pueblo extraño», profiere Navigio. Mónica le reprende con una mirada de autoridad y reproche, y, dirigiéndose a Agustín, más sereno y más fuerte, corrige imperiosa:

> «Enterrad este mi cuerpo dondequiera, ni os preocupe más su cuidado. Una sola cosa os pido, que os acordéis de mí ante el altar del Señor, en cualquier lugar donde os hallareis».

Éste es su testamento. Poco después, agravándose la enfermedad, entra en agonía. Minutos más tarde, con la suavidad de un crepúsculo sin nubes, es liberada del cuerpo aquella alma transparente, anhelosa de aires más puros. Nacida para la eternidad del goce beatífico, deja de llorar en la tierra, a los cincuenta y seis años de edad, para recibir el premio de sus lágrimas: un cielo de consolación gloriosa para sí, y la gracia de la fe con una corona de inmortalidad para su hijo.

Después del entierro nadie acierta a separarse del sepulcro. Tantas cosas les recuerda. La afligida comunidad aplaza por ello el viaje de retorno a la patria. Durante un año permanecen aún entre Roma y Ostia, asociándose a los cánticos de las basílicas y orando ante la tumba inolvidable, en súplica de iluminación y de consuelo.

La presencia protectora de la ausente adorada se acusa en la vida de todos. Trece años después, en obsequio devoto de gratitud, la pluma de Agustín cantará sus virtudes con fidelidad amorosa. Los siglos venideros recogerán con entusiasmo este mensaje finísimo de ternura filial. Su luz penetra en las familias, portadora de paz interior. Ángel del hogar cristiano, las esposas desamparadas y las madres afligidas de todos los tiempos hallan siempre en su memoria el bálsamo de salud que cura las penas en el infortunio y un paño de lágrimas para enjugar el espíritu en la contrariedad.

GABRIEL DEL ESTAL, OSA

Bibliografía

Act. SS. Boll., 4 mayo.

AGUSTÍN (San), *Confesiones* (Madrid ^{7}2004).

BOUGAUD, E., *Histoire de Sainte Monique* (París ^{12}1901). Trad. española: *Historia de Santa Mónica* (Madrid 1958).

LECLERCQ, H., «Monique», en F. CABROL - H. LECLERCQ (dirs.), *Dictionnaire d'archéologie chrétienne et de liturgie.* XI/2: *Minister altaris-Monza* (París) cols.2332s.

PÉREZ DE TOLEDO, A., *Vida de Santa Mónica* (San Lorenzo de El Escorial 1955; ^{2}1987).

• Actualización:
ÁLVAREZ, U., OSA, *Santa Mónica. Retrato de una madre* (San Lorenzo de El Escorial 1993).
GARCÍA, J., *Santa Mónica, madre de San Agustín. (Vida y reflexión)* (Madrid 2000).
LARRINAGA, M., *Santa Mónica, madre de esperanza* (Madrid 1986).
SÁNCHEZ CARAZO, A., *Santa Mónica, la madre* (Marcilla, Navarra 1991).

SAN CESÁREO DE ARLÉS

Obispo († 542)

Hay santos de ayer que aún hoy siguen proyectando una luz maravillosa, deslumbrante, válida para nuestro tiempo. Es el caso de San Cesáreo, una de las mayores lumbreras de la Iglesia galicana.

Nació hacia el año 470 en el territorio de Chalon-sur-Saône de padres distinguidos por su rancia nobleza galorromana y más por su ejemplar virtud. Lógicamente desde niño Cesáreo respira una atmósfera de piedad y virtud ejemplares. Se dice que cuando tenía solamente siete años volvió un día a casa medio desnudo, y ante la extrañeza de sus padres les contestó que había dado parte de su ropa a un mendigo que no llevaba nada. Algo que repetiría en más ocasiones.

Algunos años después, en el 488, sin que lo supieran sus padres, se marchó a casa del obispo de Chalons, Silvestre, para ponerse a su servicio y que le concediese el hábito clerical. Cuando el obispo se enteró del tipo de joven de que se trataba, sin tener en cuenta la oposición de los padres, lo agregó al número de clérigos de su Iglesia.

A pesar de todo, Cesáreo no se sentía satisfecho y, deseoso de una vida más perfecta, dos años más tarde tomó la resolución de ingresar en el monasterio de Lerins, famoso desde su fundación por San Honorato setenta años atrás y donde moraban varones esclarecidos por su ciencia y virtud. A pesar de sus pocos años el abad Porcario le nombró cillerero o mayordomo, pero la austeridad que quiso imponer a los demás y su rigidez económica, le llevó a enfrentarse con los demás monjes, que lograron su destitución. Él mismo, por las ásperas penitencias, se hallaba muy mermado en su salud. Por consejo entonces de los superiores abandonó Lerins y fue a reponerse a Arlés.

Aquí fue acogido por un piadoso matrimonio, Fermín y Gregoria, que se ejercitaban en obras de caridad principalmente con los religiosos enfermos que dependían de la abadía. Acogido como un verdadero hijo y admirando las virtudes que se traducían de su alma, Fermín lo puso bajo la disciplina del sacerdote Pomerio, célebre retórico, para que lo ejercitase en las ciencias humanas.

El obispo de Arlés, Eonio (o Eone), su compatriota, enterado por el propio Fermín de las maravillas del hospedado en su casa, llamóle a su lado y en la conversación que mantuvieron quedó prendado de los valores de Cesáreo. Incluso se dio cuenta de que era su propio pariente, y con permiso del abad lo retuvo en su palacio incorporándolo a la clerecía de Arlés. De él recibiría las órdenes sacerdotales por el año 499, pero él, sin olvidarse de que realmente era religioso, llevó una vida lo más acomodada a sus compromisos monásticos.

Atraído por estos comportamientos el propio obispo se dio cuenta de los ideales que latían interiormente en el joven sacerdote. Fue para promover los ideales de la vida religiosa por lo que lo nombró abad de un monasterio de los alrededores. Hacia los tres años de la nueva vida abacial el obispo Eonio cayó enfermo y, consciente de su final, él mismo manifestó sus deseos de que le sucediera Cesáreo. Algo que debió agradar a todos, pues, a pesar de su personal resistencia, fue nombrado nuevo obispo de Arlés. Tuvieron que ir a buscarlo a la antigua necrópolis romana de Alyscamps, en una de cuyas tumbas se había escondido para evitar el nombramiento. Sucedía esto el año 502. Cesáreo tenía entonces 33 años.

Fue en esta situación cuando se pudo apreciar las inmensas profundidades que atesoraba aquel hombre en su corazón, pues se convirtió muy pronto en un prelado ejemplar, donde las virtudes pastorales se vivirían en grado heroico. Tan grandes dimensiones de su bondad no fueron obstáculo para defender con solicitud la verdad, que en aquellos años tuvo momentos muy difíciles.

Los años de su mandato coinciden con las convulsiones creadas por los visigodos dueños de Arlés hasta el año 507, en que la ciudad pasó a los ostrogodos, quienes retuvieron el po-

der hasta el año 536 en que lo recuperaron los francos. Es de sobra conocido que los visigodos eran furibundos arrianos. Sin embargo, Cesáreo supo defenderse con tan exquisito tacto que, aunque lento, llegó a granjearse la confianza del rey Teodorico, estableciendo entre ambos unas relaciones de mutuo respeto.

Por todas estas circunstancias, las envidias, calumnias y persecuciones fueron abundantes en su vida. Parece que estos hechos tuvieron su inicial raíz en quienes se sentían molestos por el celo de su nuevo obispo. Y fueron de tal magnitud las patrocinadas por un tal Liciniano, uno de sus secretarios, que Alarico llegó a creer que ayudaba secretamente a los borgoñeses sus paisanos y enemigos reales. Sin examen de la acusación lo desterró a Burdeos, donde Cesáreo siguió dando pruebas ejemplares de su virtud. Se dice que un suceso providencial vendría en su ayuda: Declarado un incendio en la ciudad, sin que encontraran remedio para atajarlo, fueron las oraciones de Cesáreo las que consiguieron reducirlo. Tomado el resultado a milagro personal y enterado Alarico de tan ejemplar comportamiento, lo restituyó en su sede. La calumnia había sido descubierta.

Poco duró el favorable ambiente porque Alarico fue derrotado por Clodoveo en los llanos de Poitou, llegando a perder su propia vida. Le sucedió Teodorico, rey de los ostrogodos, y bajo su mandato tuvieron lugar una serie de guerras en las que la propia ciudad de Arlés fue sitiada, y donde Cesáreo sufrió graves pruebas hasta el punto de sentir amenazada su vida, calumniado otra vez de favorecer a los enemigos del rey. Tuvo que presentarse ante el propio rey en Rávena y fue el mismo Teodorico quien, al contemplarlo en su presencia y observar su actitud y sus modales, quedó convencido de la inocencia de Cesáreo.

Hasta el papa Símaco llegaron noticias del ejemplar obispo, quien manifestó deseos de verlo personalmente. Fue recibido por el Pontífice con honores propios de un gran personaje, que al receptor sólo le valieron para humillarlo más en su interior. Como recuerdo de la visita el Papa le condecoró con el palio, dirimió en su favor las discrepancias de jurisdicción que tenía con San Avito, obispo de Viena del Delfinado, otorgó la primacía a la sede de Arlés y nombró a su titular, al año siguiente

de 514, legado de la Santa Sede para las iglesias de la Galia y de España con la facultad de convocar concilios regionales. Incluso los diáconos de su Iglesia podrían llevar dalmáticas al estilo de la Iglesia de Roma.

Restituido en su sede de Arlés, se vio sumido en una época de paz y de calma que el santo obispo aprovechó para entregarse aún mejor a sus compromisos pastorales. Así reedificó el monasterio que habían destruido los arrianos con el pretexto del sitio, poniéndolo bajo la protección de la Virgen. Aquí trajo una comunidad de religiosas, haciendo venir a una hermana suya, profesa en el monasterio fundado por el abad Casiano cerca de Marsella. Compuso para ellas una regla, que duró hasta que fue aceptada la regla de San Benito.

Entre tantos avatares sintió que le llegaba la hora de presentarse ante Dios. Murió como había vivido, a pesar de sus dolores y dando siempre ejemplo a cuantos lo rodeaban. Era el 27 de agosto del año 542, a los 74 años de edad, recibiendo sepultura en el monasterio de religiosas que él mismo había fundado y que por eso recibe el nombre popular de Monasterio de San Cesáreo a pesar de que la iglesia está dedicada a la Virgen María.

Una de las dimensiones más sobresalientes de tan benemérito prelado fueron los múltiples concilios celebrados bajo su inspiración. Su finalidad era el renacimiento de la disciplina religiosa, la renovación de las costumbres, el ordenamiento del clero y las celebraciones litúrgicas.

Ya el año 506, apoyado por el propio rey Alarico, el que lo había desterrado, celebró el concilio de Agde en la Narbonense. Siguieron después el de Arlés en el 524, Carpentras en el 527, Orange y Vaison en 529, Marsella en 533, Valencia del Ródano en el año 538, aunque pudo ser que en éste se hiciera presente por delegación. Lógicamente estos concilios tenían dimensiones muy limitadas y eran fundamentalmente de tipo moralista. El más sobresaliente fue el segundo de Orange de 3 de julio de 529, que trató temas tan trascendentales como la gracia, el libre albedrío o el pecado original, condenando las doctrinas semipelagianas y en cuyas resoluciones, veintisiete capítulos, se notan las influencias de San Agustín y San Próspero. Las conclusiones fueron aprobadas por el papa Bonifacio II, lo que les confirió

valor para toda la Iglesia, a pesar de que los obispos allí reunidos fueron solamente trece.

Podría parecer que en medio de tantas agitaciones y compromisos apenas le hubiera quedado otro tiempo más que para poder superarlas. Todo lo contrario. Al lado de una vida de pastor ejemplar que supo recorrer todos los extremos de la tierra a él encomendada, dejó una abundante y meritoria producción de obras de diversos tipos. Gran parte de ellas avalan su compromiso pastoral porque nacieron directamente derivadas de su compromiso de pastor.

Otro de sus graves compromisos, acorde con su primera vocación, son las reglas monásticas. El P. Bernardino Llorca, en la *Historia de la Iglesia,* resume elogiosamente esta dimensión:

> «El primero que escribió en las Galias, no una sino dos Reglas monásticas, fue San Cesáreo de Arlés, una de las glorias más puras de la iglesia gala en el siglo V...
>
> Siendo abad del monasterio de Arlés, escribió *Regula monachorum,* destinada a sus monjes, que se caracteriza por cierto rigor en la pobreza y caridad mutua, rezo del oficio y espíritu de penitencia. Más importante, sin embargo, es la *Regula sanctarum virginum,* que compuso siendo ya obispo, para un convento de religiosas fundado por él mismo. Comprende 47 capítulos y desciende en ellos a muchos pormenores que exigen una perfección muy elevada. Como síntesis de la experiencia de toda su vida escribió la llamada *Recapitulatio,* documento preciso, que nos da una idea del estado a que había llegado la organización de la vida religiosa a principios del siglo VI. Conservamos también de San Cesáreo un *Ordo,* que es una especie de ritual religioso, con instrucciones sobre el oficio divino, los ayunos y la refección corporal.
>
> No puede dudarse de que San Cesáreo utilizó en su trabajo de legislación la obra de San Agustín y los documentos de Casiano; pero conserva su originalidad propia, marca un avance en la legislación monástica y tuvo la aprobación explícita del papa Hormisdas» *(Historia de la Iglesia católica,* I, p.515).

Otra de las facetas cultivadas con éxito por San Cesáreo fueron los *sermones,* fruto de sus compromisos de pastor y que traducen junto a su celo pastoral, la grandeza espiritual de su alma. Van dirigidos a sus fieles en momentos de difíciles convulsiones morales y políticas. Están escritos en estrecha colaboración o utilizando lo dicho por otros autores, de manera especial San Agustín. Por eso han servido de arsenal de predicación durante

siglos. Son unos doscientos, de los cuales ciento dos son incuestionablemente suyos. Con todo, no tenemos aún una colección definitiva y crítica de este feliz apartado de San Cesáreo. Su temática es muy variada y amplísima. De ahí su utilidad. Versan sobre residuos paganos, herejías, leyes de Dios y de la Iglesia. Ahora se encuentran dispersos en diversas colecciones. De ellos nos dice el mismo P. Llorca: «Por su solidez doctrinal, nervio oratorio y unción cristiana se pueden parangonar con los mejores de la patrología latina» (ibid., p.581).

En el aspecto directamente doctrinal nos ofrece también una serie de obras. No en vano San Cesáreo fue uno de los más eficaces defensores de la doctrina de la Iglesia frente al semipelagianismo. Vamos a citar *Opusculum de gratia,* tratado sobre la gracia y el libre albedrío, antipelagiano sobre la predestinación.

Su obra ha sido muy estudiada, traducida y publicada sobre todo en los siglos XVI y XVII. Su vida fue ya escrita por los propios discípulos.

JOSÉ SENDÍN BLÁZQUEZ

Bibliografía

Bibliografía universal. Bibliografía eclesiástica completa, II (Madrid 1850) 774s.

CROISSET, J., SJ, *Año cristiano, o ejercicios devotos para todos los días del año,* VIII (Madrid 1868) 496s.

LLORCA, B., SI - GARCÍA VILLOSLADA, R., SI - LABOA, J. M.ª, *Historia de la Iglesia católica.* I: *Edad Antigua: la Iglesia en el mundo grecorromano* (Madrid ⁸2001) 529, 580, 615, 685s.

SAN AMADEO DE LAUSANA
Obispo († 1159)

La vida de San Amadeo la escribió, en 1166, uno de sus contemporáneos, un monje de Bonnevaux, a petición de su prior Burnon de Voyron. Esta vida, titulada pomposamente *Vida del Bienaventurado Amadeo, Señor de Hauterive, sobrino del emperador Conrado y después monje de Bonnevaux,* una de cuyas copias se conservaba en el monasterio de Rouge-Cloître, nunca ha sido impresa. Sin embargo la recogió en su mayor parte el recopilador español cisterciense Manrique en sus *Annales.* Este sabio

historiador dice que no está redactada en estilo muy culto. La biografía rinde vasallaje al estilo de la hagiografía del siglo XII, especialmente cuando se escribe inmediatamente después de la muerte del «héroe».

Perteneciente a la casa de Franconia, que entonces gobernaba Alemania, la madre de Amadeo, Adelaida de Albón, procedía del delfinado, del Viennois. Su hijo nació en sus posesiones de Chatte, a tres kilómetros de Saint-Marcellin, el 21 de enero de 1110.

En 1119, cuando Amadeo contaba sólo nueve años, su padre Amadeo de Clermont se hizo monje cisterciense de Bonnevaux, junto con otros muchos caballeros. Este monasterio había sido fundado en 1117 por el arzobispo Guido de Borgoña, futuro Calixto II. El niño Amadeo le acompañó y comenzó sus estudios bajo la dirección de los monjes, mientras su madre se retiraba al monasterio femenino en Val de Bressieux.

Poco después, deseando encontrar para su hijo una educación mejor, el padre de Amadeo dejó su retiro cisterciense y viajó hasta el monasterio de Cluny donde las tareas intelectuales y los estudios se cuidaban con mayor esmero que entre los cistercienses. En aquel momento el esplendor de Cluny estaba en todo su auge, a pesar de que estaba a punto de concluir el problemático abadiato de Ponce. Pero la estancia de padre e hijo duró allí poco. Amadeo, padre, sintió escrúpulos de haber abandonado las prácticas austeras del císter y quiso volver a su antiguo monasterio; fue entonces cuando confió a su joven hijo a los cuidados de su pariente el emperador. Y cuando en 1125 el emperador Enrique V murió, el joven Amadeo dejó la corte e ingresó como monje en la abadía cisterciense de Clairvaux.

En 1135, catorce años después de su ingreso, el monasterio de Hautecombe, que llegaría a ser el panteón de los reyes de Saboya, se puso bajo la disciplina cisterciense de Cîteaux. Cuatro años antes su abad, Viviano, amigo personal de San Bernardo, una vez dimitido, había venido a morir a Clairvaux. A petición de los monjes de Hautecombe, Amadeo fue designado para reemplazar a Viviano, como abad. Parece que en Hautecombe la economía estaba en situación muy precaria, hasta el punto que el padre de Amadeo, siempre cuidadoso de su hijo, se es-

pantó de las dificultades y angustiosas estrecheces por las que iba a pasar su hijo. Pero éste, formado en la valerosa disciplina de Clairvaux, se resistió valientemente a dejar su puesto. Y gracias a su dedicación y coraje los bienes del monasterio se rehicieron y la economía se consolidó suficientemente.

En 1144 el obispo de Lausanne, Guido de Merlen, tuvo que abandonar su sede y las miradas de los electores se pusieron en el abad de Hautecombe. El abad opuso serias resistencias que no fueron vencidas hasta que el papa Lucio II puso fin a sus dudas obligándole a aceptar el puesto. Su ordenación episcopal tuvo lugar el día de su cumpleaños (cumplía 35) el 21 de enero de 1145. Desde el primer momento puso mucho empeño en la educación del clero y de la juventud estudiosa de su diócesis.

De la administración de Amadeo se conservan documentos acerca de la confirmación por parte del papa Beato Eugenio III y del emperador de todos los bienes y privilegios de su diócesis. Esto no se logró sin muchos problemas y dificultades, pues la nobleza de su entorno no paró de suscitar luchas, discusiones y peleas; especialmente peligroso fue el conde de Genevois. Cuando murió Amadeo todavía quedó un pleito por resolver con Humberto, señor de Aubonne. De todas formas fueron muchos sus logros, pudiendo firmar no pocos documentos de acuerdos y avenencias que pusieron fin a numerosos litigios. También se conserva un acuerdo entre el obispo y su Capítulo de Lausanne.

En 1147, cuando Amadeo III de Saboya partió para la segunda Cruzada, el obispo de Lausanne fue el encargado de suplir la regencia en nombre del joven príncipe Humberto III. Debido a este cargo se le ve asistir junto a Barbarroja a la dieta de Spira y Besançon donde comenzaron las desavenencias entre el emperador y el papa Adriano IV. Pero Amadeo supo sacar partido de estas relaciones para favorecer los asuntos de su diócesis y de los monasterios allí ubicados. Supo interesar a Humberto III para que favoreciese a su antigua abadía, y él mismo no dejó de interesarse siempre por el bien de las casas religiosas de su entorno regional, confirmando y defendiendo sus bienes y privilegios.

El papa Eugenio III al pasar una vez por Lausanne se hospedó en casa de Amadeo, su amigo, unos diez días, en 1147. Y en 1155 el propio emperador Barbarroja le nombró canciller del Imperio para el principado de Borgoña.

En términos generales, todas las biografías que nos han llegado de San Amadeo insisten en forma abstracta acerca de sus virtudes, su santa vida, su celo, etc. Lo hace de un modo especial el que fue el secretario personal de San Bernardo, Nicolás de Clairvaux. Como dato específico se cuenta como anécdota edificante que, en su última enfermedad, rechazó una medicina que podía poner en peligro su castidad.

Murió el 27 de agosto de 1159 a sus 49 años de edad. Se le enterró en su catedral delante del crucifijo, al lado de uno de sus predecesores, el obispo Enrique. Sus restos fueron redescubiertos, hace apenas un siglo, en 1911. Los protestantes, en cuyas manos estaba entonces la catedral, entregaron las reliquias a la parroquia católica del Santísimo Redentor.

Se le atribuyen algunas cartas y homilías que pueden encontrarse en la *Patrologia latina* de Migne, en el tomo 188. Conforme a su buen padre, San Bernardo, cita muchas veces el Cantar de los Cantares; eso hace pesado un estilo que, en ocasiones, no deja de sorprender por su altura teológica cuando habla, por ejemplo, del misterio de la Encarnación, la grandeza de Dios o sobre el misterio de las relaciones en la Santísima Trinidad. Como no cabe pensar de otro modo en un hijo de San Bernardo, habla y predica muy bien de María. Sobre el tema del pecado original en María es tributario de la teología de su entorno; no así del misterio de la Asunción, asunto controvertido en su época, pero en el que San Amadeo se decanta clarísimamente a favor de este privilegio mariano.

LUIS M. PÉREZ SUÁREZ, OSB

Bibliografía

CADAGHENGO, A., Art. en *Bibliotheca sanctorum.* I: *A-Ans* (Roma 1961) 999-1001.

CANIVEZ, J. N., Art. en *Dictionnaire de spiritualité, ascétique et mystique.* I: *AA-Byzance* (París 1937) cols. 469-471.

MANRIQUE, A., *Cisterciensium seu verius ecclesiasticorum annalium,* I (Lyón 1642) 103s.

NOYON, A., Art. en *Dictionnaire d'histoire et géographie ecclésiastiques.* II: *Alcaine-Aneurin* (París 1914) cols.1150-1152.

BEATOS JUAN BAUTISTA SOUZY, ULDARICO (JUAN BAUTISTA) GUILLAUME Y COMPAÑEROS MÁRTIRES DE ROCHEFORT

(† 1794)

Los católicos martirizados durante la Revolución Francesa fueron muy numerosos. De por lo menos 1.500 se han incoado causas de beatificación-canonización y 374 de entre ellos han sido ya beatificados entre 1906 y 1984, a los que se sumaron el 1 de octubre de 1995 los sesenta y cuatro mártires de Rochefort, causa que comenzaba con el nombre del sacerdote Juan Bautista Souzy. Esta causa de los sacerdotes y religiosos deportados en los Pontones de Rochefort parece haber sido una de las más difíciles que nunca se han examinado debido a su gran número, pues inicialmente comprendió 547 presuntos mártires. Provenían de cuarenta departamentos y diócesis de Francia y de quince congregaciones religiosas distintas. Se recogió una masa impresionante de documentos que parecía desanimar a cualquiera para su ordenación y evaluación. El coraje de mons. Jacques David, obispo de La Rochelle y Saintes, y la habilidad y paciencia del abate Yves Blomme, heredero de los que anteriormente habían trabajado en la causa, fue lo que hizo posible que al fin se hiciera una selección de todos aquellos mártires de los que había una noticia suficiente como para proceder con seguridad a presentarlos a la beatificación. El número quedó drásticamente reducido, lo que obviamente a todos no gustó, pero hizo posible que un número significativo y representando a los intrépidos mártires de los Pontones pudiera llegar a la gloria eclesial de la beatificación.

Pudo probarse el odio a la fe que los llevó a la muerte. Igualmente pudo probarse la aceptación voluntaria de los sufrimientos y la muerte por parte de las víctimas y la fama de martirio con que desde el principio el pueblo cristiano rodeó a estos admirables testigos de la fe y de la fidelidad al sacerdocio y la vida religiosa y a la santa Iglesia católica. Pudieron salvarse prestando un juramento contra su conciencia, pero prefirieron el apresamiento, el juicio, la deportación y las horribles condiciones de vida que les produjeron la muerte antes que renunciar a sus íntimas creencias.

Promulgada la constitución civil del clero, un decreto del 24 de julio de 1790, queriendo reglamentar los salarios del clero, impuso la obligación de prestar a todos los que en adelante eran considerados funcionarios públicos un juramento de fidelidad a dicha constitución. La mayoría de los obispos dijeron con toda claridad que querían saber el criterio del papa antes de prestar dicho juramento. Esto encolerizó al ala izquierda de la Asamblea Nacional, la cual el 27 de noviembre votó un decreto aún más radical: todos los obispos, curas, vicarios y profesores de seminario que no prestaran el juramento perderían su puesto y serían reemplazados en los ocho días siguientes. Se nutría una doble ilusión, que resultaría fallida: una, la de que el papa terminaría aprobando la constitución civil del clero; otra, que la oposición vendría de los obispos, pero que el clero en masa prestaría el juramento. Las municipalidades invitaron a los curas y vicarios los domingos de los primeros meses del año 1791 a prestar el juramento en mitad de la misa. Una parte del clero comenzó o a negarse a prestar el juramento o a prestarlo con tales preámbulos o añadiduras de tipo restrictivo que la Asamblea no pudo menos que urgir que se prestaran los juramentos de forma pura y simple, es decir, sin añadidura alguna, y por tanto invalidando los restrictivos. Y llegó la voz de Roma: el papa Pío VI por sus breves de 10 de marzo y de 13 de abril de 1791 condenó la constitución civil del clero, alegando que en muchos de sus decretos era herética y opuesta al dogma católico, y en otros era sacrílega, cismática, opuesta a los derechos del primado de la Iglesia, contraria a la disciplina antigua y moderna y conducente a acabar con la religión católica.

Por otra parte, a comienzos del verano de 1791 los obispos constitucionales habían sido ya elegidos y comenzaron a entrar en acción. Sus primeras cartas pastorales iban llegando a las parroquias y poniendo a los sacerdotes en la necesidad de optar por acatarlas o no. Como la pena impuesta a los no juramentados era la pérdida de su puesto, un 48 por 100 del clero perdió su destino ya que sólo un 52 por 100 o a lo más un 55 por 100 se lanzó a prestar el juramento. La resistencia era mucho mayor de lo que las autoridades revolucionarias pudieron imaginar. En seguimiento de los no juramentados un número muy grande de

fieles se negó a entrar en comunión con el clero constitucional y a buscar a los desposeídos para obtener de ellos los sacramentos. Por ello el 29 de noviembre la Asamblea votó la propuesta de extender la obligación del juramento a todos los eclesiásticos, tomando por sospechosos de rebeldes a la ley y malos patriotas a los que rehusasen. El 27 de mayo de 1792 la Asamblea votó la primera ley de destierro contra los refractarios. La petición debía ser formulada por al menos veinte ciudadanos del mismo cantón. Pero el rey Luis XVI opuso el veto a estas medidas, veto que dejaría de tener efecto cuando el 10 de agosto siguiente se suprimía la monarquía. El 26 de agosto se manda que todos los sacerdotes no juramentados salgan de Francia en quince días y que, pasada esta quincena, los que no hubieran salido de Francia serían deportados a La Guayana. Y para la denuncia se rebaja el número a sólo seis ciudadanos. El clero no juramentado quedaba a merced de las denuncias. Estas draconianas medidas se vieron incrementadas cuando se votó la llamada moción Thuriot, del 14 de febrero de 1793, según la cual se darían cien libras de recompensa a quien denunciara a un sacerdote, y la proposición Charlier del 20 de marzo siguiente establecía que cualquiera podía arrestar a un sacerdote emigrado que volviera a Francia, y que este sacerdote sería ejecutado en veinticuatro horas. Paralelamente el 14 de agosto la Asamblea acordó exigir un nuevo juramento, llamado de libertad-igualdad, por el cual se comprometía el que lo prestaba a mantener con todas sus fuerzas la libertad, la igualdad, la seguridad de las personas y las propiedades y morir, si fuera preciso, por la ejecución de la ley. Este juramento le era impuesto a todo francés que recibiera un sueldo del Estado, es decir a los funcionarios, y a todos los ciudadanos sin excepción.

Pero las mismas autoridades que habían dado estas férreas medidas contra el clero refractario no habían previsto los medios de ponerlas en ejecución. El 27 de marzo de 1793 el ministro del Interior dirigió una circular a los directorios de los departamentos invitándoles a enviar a los sacerdotes refractarios a Burdeos. Un mes más tarde las cárceles de esta ciudad estaban tan llenas que los que llegaban los días siguientes eran enviados a Blaye, donde fueron retenidos en la Citadelle y en el Paté. El

20 de mayo, estando ya todo Burdeos y Blaye saturado, el ministro da orden de suspender los envíos a Burdeos y poco después reenvían a los sexagenarios a sus departamentos de origen. En ambos sitios estaban ya detenidos 1.494 eclesiásticos. Pero su suerte no será tan terrible como la de los enviados a Rochefort, es decir nuestros mártires.

El 25 de mayo de 1793 el ministro de Marina, Dalbarade, dirigió al presidente de la Convención un proyecto, según el cual había que reeducar por el trabajo a los sacerdotes que se juzgaran flojos y holgazanes. Había que enviar a los sacerdotes a La Guayana y situarlos allí, en la región llamada Macary, a fin de que no pudieran contaminar a los indígenas a quienes se les tenía por muy influenciables. La discusión del proyecto en la Asamblea tuvo lugar el 24 de julio siguiente, y permitió sacar a relucir los más peregrinos proyectos. Además de la deportación a La Guayana se proponía abandonar a los sacerdotes en una playa italiana, o encerrarlos en fuertes castillos, o llevarlos a África o a Madagascar... Por fin vino el decreto del 25 de enero de 1794 del Comité de Salud Pública ordenando dirigirse a Burdeos o Rochefort a los eclesiásticos no juramentados. Los convoyes con los sacerdotes y religiosos se organizaron en los meses siguientes, habiéndose adelantado el departamento del Allier en noviembre del año anterior. Las razones que llevaron al citado departamento a desprenderse de aquellos cincuenta eclesiásticos que fueron deportados las dejaron expresadas en las siguientes líneas:

> «Considerando que la presencia de tales individuos en el departamento retarda la marcha de la revolución al difundir los antiguos errores entre un sector de ciudadanos crédulos que ha contraído la muy funesta costumbre de dejarse seducir por las imposturas de toda especie de esta casta fanática».

El trayecto de los convoyes con los deportados hacia sus puntos de destino se les hizo un terrible calvario, porque los pobres sacerdotes padecieron toda clase de malos tratos. Atravesaron media Francia como si fueran criminales, sin que se les ahorraran insultos, afrentas, ultrajes y palabras de desprecio por parte del populacho desenfrenado y de una soldadesca insolente, no teniendo cada día otro lugar de descanso nocturno que

las cárceles o los calabozos. Al llegar uno de los convoyes a las puertas de Limoges había una gran muchedumbre que llena de curiosidad los esperaba. Había una buena cantidad de burros y de machos cabríos cubiertos de vestiduras sacerdotales que avanzaban formando una larga fila, y un enorme cerdo, revestido de ornamentos pontificales que cerraba la marcha. Una mitra bien fijada sobre la cabeza del cerdo llevaba esta inscripción: *El papa.* El que presidía esta fiesta irreligiosa y que había tenido la idea hizo detener las carretas que llevaban a los eclesiásticos, ordenó a los mismos bajar y los puso de dos en dos en fila con los animales. La procesión sacrílega entró así en la ciudad, y cuando llegó a la plaza principal se les hizo rodear el cadalso sobre el que se alzaba la guillotina. Y entonces el círculo debió abrirse para dar paso a la gendarmería que venía trayendo a un sacerdote no juramentado que el tribunal de la ciudad había condenado a muerte y lo guillotinaron en presencia de todos los demás eclesiásticos. El verdugo levantó la cabeza cortada y dijo que los criminales allí presentes merecían ser tratados como el allí ejecutado. Y preguntó que por cuál empezaba, y el populacho respondió que por el que él quisiera. Luego que la multitud hubo saboreado verlos aterrados por el peligro de una muerte próxima, se les condujo a la cárcel donde pasaron la noche. Los siguientes días fueron igualmente de grandes padecimientos hasta que llegaron a Rochefort, habiendo sido recibidos con buen trato por la municipalidad de Saint-Savinien. En Rochefort las cosas cambiaron. Los recién llegados son embarcados en Le Borée, un viejo navío que servía de hospital a los galeotes. Tenían como cama heno y paja, y fueron todos cacheados y registrados, quitándoseles cuanto tenían, de modo que el 13 de abril se entregaban en el Consejo de Rochefort 99.000 libras que les habían sido intervenidas, y que se consideró dinero de la Nación. Luego serían llevados al barco Les Deux Associés.

Este drama de los deportados procedentes del Allier es significativo del trato recibido por todos. De los demás departamentos fueron llegando a Rochefort en la primavera de 1794, y todos ellos dejando tras sí un reguero de dolores, privaciones y sufrimientos. Imposible que tratemos en estas breves páginas el calvario de todos los grupos de deportados que desde

los distintos departamentos se dirigieron a Rochefort. Aquí las condiciones de vida en los pontones eran tan extremadamente duras y difíciles que tantos de ellos fueron muriendo unos tras otros en el curso del año 1794. La pregunta que se hizo durante la causa de beatificación fue si se les había querido realmente matar o hay que considerar sus muertes como accidentales. Y se concluyó que no podía ignorarse que dejarlos como se les dejó, en aquellas circunstancias de abandono de cuidados alimentarios, sanitarios, etc., no podía menos que llevar a muchos a la muerte y por consiguiente que ésta fue causada por una voluntad de acción u omisión de actos que llevaban a los pobres deportados a la muerte. No puede dudarse que una vez detenidos en los barcos el Ministerio no se ocupó más de su suerte. Los abandonó. La orden de aparejar los barcos para su salida no llegó jamás. En París, el ministro Juan Dalbarade, nombrado el 10 abril 1793, no tenía las manos libres. Dependía por completo de la Comisión de los doce de la Marina. Aunque no haya constancia documental de que llegó la consigna de dejarlos morir, ésta parece ser la verdad. Hubo una refinada crueldad con los enfermos a bordo. En lugar de enviarlos a la isla Madame se comenzó por transportarlos a uno de los hospitales infectados y contagiosos donde faltaba de todo, y cuando ya estaban medio muertos se les llevaba a la isla Madame, ya para nada. La sensación entre ellos era ésta: «Quieren desembarazarse de nosotros». Hubo tentativas y proyectos de fusilar colectivamente a los eclesiásticos. Se llegó a planear envenenarlos a todos. Faltaban las medidas sanitarias más elementales, como darles las camisas de los muertos por enfermedades infecciosas a los demás prisioneros. La conclusión a la que hay que llegar por muchos motivos es que había una voluntad formal de hacer perecer a los eclesiásticos en el silencio de la rada de la isla de Aix. Que esta voluntad de hacerlos perecer era en odio a la fe queda bastante claro cuando se examina que la razón para haberlos condenado a la deportación, haberlos llevado hasta Rochefort y tenerlos allí detenidos en los barcos era la de su negativa a prestar los juramentos que por ser contrarios a la fe católica ellos se negaban a prestar. Ninguno de los eclesiásticos detenidos lo fue por otra razón no religiosa. A los sacerdotes no juramentados, en cuanto reticentes a la nueva religión resultante de la constitu-

ción civil del clero, se les consideraba un peligro para la revolución. Lo dijo Robespierre el 24 de julio de 1793:

> «Se olvida, pues, que si ellos se quedan en Francia, ellos serán siempre un punto de reunión para los conspiradores, y que una sedición contrarrevolucionaria podría en todo momento liberarlos y soltar en medio de nosotros a estas bestias feroces».

Aquella revolución que hablaba de libertad no estaba dispuesta a dejar que se disintiera de la constitución civil del clero, la nueva religión creada por la Asamblea. Y por ello no extrañará que se dijera, como hizo Ichon, que no era posible permitir a los no juramentados que tuvieran templos y celebraran cultos, porque eso significaba la perpetuación de una creencia esencialmente intolerante y enemiga de la constitución. La fe católica de siempre era calificada de fanatismo, veneno mortal, charlatanismo, prejuicio religioso, impostura, etc., y con esas palabras se clasificaban las ideas y sentimientos religiosos de todos los que no se avenían a los decretos oficiales, y es por ello, por sostener la religión católica tradicional, por lo que tantos sacerdotes y religiosos fueron deportados.

¿Sobrellevaron estos sacerdotes a los que la beatificación ha puesto en los altares sus sufrimientos con paciencia y entrega al martirio? Los supervivientes de aquella terrible calamidad no dudaron en llamar a los que habían caído en el curso de la detención en los pontones con los títulos de mártires y santos. He aquí lo que se dice en la relación n. 9 de Bottin:

> «Atletas de Jesucristo: vosotros habéis combatido con fortaleza y habéis llegado al término de vuestra carrera sin que vuestra fe haya sido quebrantada. Nosotros esperamos que al comparecer ante el Juez supremo, habréis recibido la corona de la justicia. Vosotros habéis inmolado durante mucho tiempo la Hostia santa y habéis terminado por inmolaros a vosotros mismos como una hostia de olor agradable. El Padre celestial os ha hecho parecidos a su divino Hijo. Él debe ahora glorificaros con él».

Y por su parte la relación n. 11 de Maugras dice:

> «Tales son los sentimientos con los que ellos dejaron la vida, y a excepción de algunos que murieron entre grandes convulsiones, casi todos los demás han muerto con aquella alegría y aquella serenidad que indican la paz de una conciencia buena. Yo les he visto tras la muerte un rostro tan bello que no podíamos dejar de mirarlos».

Digamos ahora algo de los dos mártires que murieron en el día de hoy, y de los cuales, como queda dicho, el primero encabeza la causa.

JUAN BAUTISTA SOUZY nació el 24 de marzo de 1732 en La Rochelle, hijo de Juan Bautista y Mariana. Su padre era del comercio. Habiendo optado por el sacerdocio y habiendo recibido la ordenación sacerdotal, ejerció su ministerio en un pueblo rural y luego pasó a La Rochelle donde adquirió un gran prestigio como sacerdote y como hombre de letras. El 25 de junio de 1783 fue elegido miembro titular de la Academia de La Rochelle. Durante el terrible invierno de 1788-1789 él fue nombrado presidente del Comité de Provisiones, en el que se granjeó la estima universal. En 1790 fue uno de los eclesiásticos elegidos oficiales municipales, y el 18 de marzo de aquel año hizo la declaración de sus rentas, prescrita por la ley. Nombrado vicario general por sus sobresalientes cualidades, no dejó por ello de ejercer el ministerio de la predicación y de la dirección espiritual. Se negó a prestar el juramento constitucional y el 1 de junio de 1792 dejó La Rochelle para irse a Poitiers. Pero el 9 de julio se fue a Saint-Maixent, residiendo sucesivamente en varias casas, y celebrando la misa y oyendo confesiones cuando le era posible. Cuando se dio la orden de deportación a los no juramentados, él intentó huir pero fue detenido en Beauvoir y llevado a Niort, y luego bajo escolta conducido a Saintes. Aquí fue interrogado. Enviado a Rochefort y privado de sus bienes, fue embarcado en Les Deux Associés y murió tras su desembarco en la isla Madame el 27 de agosto de 1794. Él había dado, como vicario general de La Rochelle, las licencias ministeriales a los sacerdotes deportados para que pudieran confesar. Dio un extraordinario ejemplo de piedad, fortaleza y espíritu sacerdotal.

JUAN BAUTISTA GUILLAUME nació y fue bautizado el 1 de febrero de 1755 en Fraisans, que entonces formaba parte de la parroquia de Dampierre-les-Dôle (Doubs), Francia, hijo de Nicolás y Antonieta. Educado cristianamente en su casa, sintió la vocación religiosa e ingresó en la congregación de los Hermanos de las Escuelas Cristianas en Maréville el 3 de octubre de 1785 y al tomar el santo hábito recibió el nombre de hermano Uldarico. Pronuncia los primeros votos el 21 de septiembre de

1788 y en esta ocasión firmó el habitual documento por el cual cedía a la congregación sus efectos y vestimenta civil. Cuando estalló la Revolución, el hermano Uldarico pertenecía a la comunidad de Nancy, que comprendía doce hermanos y dirigía un colegio de más de novecientos alumnos. El Hno. Uldarico llevaba ocho años en esta comunidad entregado por completo a la instrucción y formación de los niños. Cuando se mandó el juramento a la constitución civil del clero, el Hno. Agatón, superior general de las Escuelas Cristianas, dirigió una circular a todos los hermanos invitándolos a negarse a prestar el juramento:

> «Vosotros no podéis sin faltar ni debéis por tanto estar en comunión con los pastores constitucionales si ellos no son los pastores legítimos. Su nombramiento es al menos susceptible de toda clase de críticas y su institución está expuesta a toda clase de censuras canónicas. No os corresponde a vosotros juzgar pero sí es vuestro deber estar siempre sometidos y bien unidos a la Iglesia católica, apostólica y romana».

A comienzos de 1792 se abrió un registro en la municipalidad de Nancy para recibir el juramento de los funcionarios, de los eclesiásticos y de los religiosos. Las primeras dificultades vinieron de que los hermanos de La Salle se negaron a enviar sus alumnos a las ceremonias presididas en la catedral por el nuevo obispo constitucional (5 de junio de 1791). El 11 de junio la municipalidad invitaba a los hermanos a prestar formalmente el juramento al día siguiente. Los hermanos se negaron y así lo hicieron saber mediante una carta que no dejaba dudas. Como consecuencia de ello la municipalidad se incauta de las escuelas y los hermanos son expulsados y sustituidos. Los hermanos continuaron su relación personal con los alumnos, y muy en concreto consta que el hermano Uldarico se mostró muy apegado a los hijos de los pobres de Nancy, se quedó por ellos en esta ciudad, donde clandestinamente continuó instruyéndolos en la piedad y en el arte de la lectura y de la escritura. Con ello no hizo sino aumentar el prestigio que tenía entre los pobres, pues se sabe que el hermano Uldarico por su humildad tenía gran éxito como maestro y todos sabían que no había hecho nada que pudiera ofender al pueblo; al revés, lo había servido lealmente y merecía no la persecución sino la gratitud de la clase popular.

El hermano Uldarico se quedó a vivir en Nancy en la llamada Casa de Beaufort, calle de la Constitución, y allí fue arrestado el 15 de mayo de 1793, siendo encarcelado en el exconvento de los carmelitas. Él no dejó de pedir su libertad (29 mayo). El 27 de enero de 1794 fue declarado sano y hábil para la deportación y condenado a ella por su condición de no juramentado. Después de las peripecias del viaje consta que estaba en Rochefort el 5 de mayo siguiente. Embarcado en Les Deux Associés, aquí se contagió de la epidemia reinante y vino a morir con sus 38 años de edad el 27 de agosto de 1794, siendo enterrado en la isla Madame. En todo momento conservó la fortaleza cristiana y la sumisión humilde a los sufrimientos por Cristo.

En su saludo a los peregrinos llegados a Roma para la beatificación, el papa Juan Pablo II dijo estas palabras:

> «Al evocar esta mañana el recuerdo de los sacerdotes y religiosos martirizados a lo largo de la costa del río Charente por su fe y su amor hacia la Iglesia, queremos rendir homenaje a estos hombres que dieron el testimonio de su sangre en un espíritu de absoluta fidelidad a la Iglesia. De forma heroica demostraron que en tiempos de crisis como, por otra parte, en todos los tiempos, la fidelidad al sucesor de Pedro es un criterio de la fidelidad a Cristo [...] Estos sacerdotes y religiosos mantuvieron la preocupación de ser hombres del evangelio, viviendo en plenitud las palabras de San Pablo: "Cuando parezco débil, entonces es cuando soy fuerte"».

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 88 (1996) 620-624.

Art. en *Bibliotheca sanctorum. Appendice prima* (Roma 1987) cols.1289-1291.

CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM. Pr. N. 358 Rupellen. Canonizationis servorum Dei Ioannis Baptistae Souzy et LXIII Sociorum in odium fidei, uti fertur, annis 1794-1795 interfectorum. *Positio super martyrio et fama martyrii* (La Rochelle 1992).

L'Osservatore Romano (ed. en español) (29-11-1995).

Ufficio delle celebrazioni liturgiche del Sommo Pontefice: Notificazione: «Cappella Papale presieduta dal Santo Padre Giovanni Paolo II per la beatificazione dei Servi di Dio (...) Jean Baptiste Souzy, presbitero, e 63 compagni, martiri (...) Piazza S. Pietro, 1 Ottobre 1995, XXVI Domenica del Tempo per Annum».

BEATO DOMINGO DE LA MADRE DE DIOS BARBERI

Presbítero († 1849)

Hijo de José Barberi y María Antonia Pacelli, nace en Viterbo, el 22 de junio de 1792, recibiendo las aguas bautismales dos días más tarde. Crece junto a la falda de los montes de Pallanzana, en contacto con la naturaleza. Su padre, labrador, posee un pequeño patrimonio agrícola, donde abundan los viñedos, olivos y castaños, pero fallece cuando el niño tiene cinco años de edad. Su madre, cristiana abnegada, se encarga de la educación de la numerosa prole. De ella hereda su gran optimismo, su alegría y su confianza en la amorosa providencia de Dios. En 1803 muere su buena madre, y el muchacho tiene diez años. Acude en su dolor a María, le pide ayuda y consuelo: «¡Virgen Santísima, ya ves cómo me encuentro por la pérdida de mi madre en la tierra! ¡A ti me encomiendo, en ti confío! Tú serás mi madre».

Unos tíos suyos, Bartolomé Pacelli y su mujer, Cecilia, temerosos de Dios, le acogen en su casa. Es bueno y piadoso, y lee todo cuanto llega a sus manos, sin criterio alguno. Es joven y se refugia en el cinismo y el escepticismo, disminuye su fervor y su vida se relaja. Las leyes napoleónicas suprimen en 1810 las comunidades religiosas en los Estados Pontificios, y cuatro pasionistas llegan a este lugar. Se hace su amigo, y le ofrecen libros de su propia biblioteca. Aprende el italiano y el conocimiento del francés. Cambió tanto que parecía otro, y quiere ingresar en los pasionistas, pero las leyes lo impiden. Una grave enfermedad pone en peligro su vida, pero milagrosamente se recupera. Dos años después Napoleón llama a filas para su proyectada campaña de Rusia... «Me vi movido a prometer a Dios con voto que me haría pasionista si no era llamado a filas». Queda exento del servicio militar, pero al paso del tiempo se olvida pronto de su voto. «Al verme libre del peligro me dejé llevar de cierta alegría, cuidándome bien poco de la desgracia de los demás que marchaban a la guerra». Enamorado de una joven cuyo novio marcha a la guerra de Rusia, la escribe y visita a menudo. También se hace amigo de un joven que le encamina peligrosamente, y «para no ser tenido por cobarde, le imitaba especialmente en las palabras». De nuevo la enfermedad, en esta ocasión unas

fiebres, le pone en peligro de muerte. Esta circunstancia le ayuda a ver su ingratitud. Comienza a desesperar y se abandona. Pero cuando se cree perdido María intercede por él, le devuelve la serenidad y su corazón se llena de confianza filial. «Cada vez que pienso en esto, aumenta en mí la convicción de que quien invoca a María, aunque sea a las puertas de la muerte, no puede ser condenado». Recobra la salud, pero prosigue las citas con su amada. La lucha sigue: «¡Dios de bondad...! ¡Yo huyendo de ti y tú persiguiéndome; yo ofendiéndote y tú concediéndome gracias!».

Aunque la gracia llama insistentemente a su alma, él todavía duda. Cuando por fin se compromete con el voto que hizo un día, concluye dicha relación amorosa y su vida espiritual cambia totalmente. El Señor le regalaba con abundantes gracias, pues le había elegido para su servicio: «¡Hijo mío, te quiero para mí!». En su oración el Señor le habla al corazón, día tras día. Desea abandonar el mundo y consagrarse a Dios. A finales de 1813, mientras hace oración, oye una voz que le decía: «Te he elegido para que anuncies la verdad de la fe a muchos pueblos». Hijo de pobres campesinos, sin cultura y sin medios para adquirirla, «jamás hubiera podido imaginarme que Dios me destinase para cosas de su gloria».

A nadie comenta este mensaje, teme que se rían de él. Comienza a prepararse con gran interés, progresando en latín y empieza a traducir los textos bíblicos, «esperando que Dios me hiciese comprender su verdadero sentido». Suspira por hacerse religioso y se multiplican las experiencias místicas.

Restablecidas las comunidades religiosas, ingresa en el convento del Santo Ángel de Vetralla. «Sus conocimientos filosóficos y teológicos eran tales, que muchos religiosos pensaron que los recibió por ciencia infusa». El noviciado lo realiza en el convento de Paliano como hermano coadjutor, donde se le revela ya con toda claridad que trabajaría, especialmente, en Inglaterra. Cambia su apellido paterno por el «de la Madre de Dios», en adelante se llamará Domingo de la Madre de Dios. El 14 de noviembre de 1814 viste el hábito pasionista. Tiene veintiún años.

Crece su preocupación por Inglaterra, resultándole imposible ponerse en oración sin acordarse de ese país. Ardía en celo

por la gloria de Dios. El 15 de noviembre de 1815 profesa solemnemente y pasa al convento de la Presentación, el primero que fundó San Pablo de la Cruz, donde Dios le regala con frecuentes éxtasis. Al año siguiente le trasladan al convento de San Juan y San Pablo de Roma, en donde encuentra al P. Antonio Testa, futuro superior general de la Congregación, donde permanece cinco años. Dotado de una especial penetración de mente, de gran claridad de ideas, y de una memoria prodigiosa, hace grandes progresos en sus estudios. Como nunca habla de los favores que recibe de Dios, nadie imagina que parte de su ciencia sea infusa. Ama el estudio casi tanto como la oración. Su caridad es admirada, pero una de sus mejores cualidades, sin duda alguna, es el buen humor y la felicidad que manifiesta su bondadoso corazón. El 1 de marzo de 1818 recibe la ordenación sacerdotal. También aquí Dios le favorece con nuevas gracias: son la luz antes de la oscuridad. Está destinado a cosas mayores. En junio de 1820 Dios le pide un gran sacrificio: «¿Quieres decir, Dios mío, que he de sufrir por siempre la terrible agonía que atormenta ahora mi corazón?». El silencio del Señor le responde. Este sacrificio extraordinario precisa un momento fundamental de su vida. Ha gozado tanto del amor divino que esto le parece insoportable: «Conociendo mi impotencia, o no deberías haberte manifestado o deberías permanecer conmigo [...] A ti solo busco».

Ahora podía conocer la espantosa agonía de Getsemaní y el abandono del Calvario: «Me ofrecí al Señor para ser aniquilado del todo, si ello servía a este fin». Está dispuesto a todo con tal de ganar a su querida Inglaterra. El rezo diario del rosario le consuela. En 1821 sus superiores le nombran profesor de filosofía y director de estudiantes en el convento del Santo Ángel de Vetralla: «Si quieres ser grande, no te contentes con libros pequeños».

Perfecciona el idioma francés y estudia el griego, rechaza la teoría de que el estudio enfría la devoción y sofoca el espíritu. Su éxito como formador es extraordinario, extrema su bondad, predica en la iglesia conventual atrayendo la atención de la feligresía. Aprovecha el tiempo libre para escribir libros, algunos de ellos por encargo del superior general. En 1822, durante los

ejercicios espirituales, siente un gran deseo de poner por escrito «los inmensos favores que Dios me ha hecho», pero las tinieblas dejan entrever que los ojos de su alma no están suficientemente adaptados a la luz que Dios le envía. Su decisión de sacrificarlo todo por las almas y por Inglaterra continúa igual: «Señor, ¿cuándo te dignarás consolar a tu siervo?». En esta etapa de su vida su director espiritual fue providencialmente el padre Lorenzo Salvi, famoso misionero, beatificado por Juan Pablo II el 1 de octubre de 1989. Con la ingenuidad de un alma sencilla y noble, reconoce: «Si contamos a Dios nuestras debilidades, él las compadece».

En 1831 pasa como superior al convento de Lucca: «Si el corazón está más en lo que ama que donde vive, bien puedo aventurarme a decir que, amando a Inglaterra como yo la amo, mi corazón está más en esa nación que en Italia». Mantiene relación epistolar con el reverendo Ford, a quien conoció en Roma, que reside en Inglaterra. En abril de 1833 su provincia religiosa le elige superior provincial. Se le ofrecen numerosas misiones y da ejercicios espirituales. Se preocupa por todos, y pide al capítulo general una fundación en Inglaterra, que no se acepta. A comienzos de 1834 cae gravemente enfermo, pero se recupera.

A finales de 1837 el cólera morbo llega a Ceprano, localidad muy próxima al convento pasionista de San Sorio. Las autoridades piden un sacerdote que atienda a los enfermos, y él acude voluntariamente a todas partes, y ofrece su vida por la conversión de Inglaterra. En 1839 el capítulo general examina la proyectada fundación en Inglaterra, aceptándola si va el padre Domingo, pero, primero, debe fundar en Bélgica, donde llega el 22 de junio de 1840: «Durante veintiséis años y medio he estado suspirando por salir de Italia y ver a nuestra querida Inglaterra, y ahora ¡qué cerca estoy de ella!».

Acepta las calumnias y falsas acusaciones con gran humildad, está dispuesto «a vivir de patatas y agua, si fuera necesario». Este mismo año monseñor Nicolás Wiseman hace los ejercicios espirituales en el convento de San Juan y San Pablo de Roma, y al regresar a Inglaterra busca un lugar para una fundación pasionista. En noviembre de 1840 el padre Domingo llega por primera vez a Inglaterra, enviado por el padre general. Enveje-

cido prematuramente, achacoso, enfermo del corazón, pero lleno de apostólico celo. Algunos le reciben con los brazos abiertos, otros no, y tiene que regresar porque las cosas no están a punto, como parecía suponerse. Debe empezar con un noviciado, donde se pueda seguir toda la observancia como en Roma; se trata de edificar a los hombres de Oxford. El nuncio se opone a que salga de Bélgica, pero monseñor Wiseman lo tiene más claro: «El padre Domingo tiene que venir a Inglaterra». El día 5 de octubre de 1841, por fin, pone su pie definitivamente en Inglaterra. Pero aún debe esperar algún tiempo. Cuando consigue defenderse en inglés, da conferencias a los estudiantes. En 1842: «Todo está calculado, pero los cálculos sirven para hacer matemáticos, no buenos cristianos». Al fin puede fundar y tomar posesión de Aston Hall, pero los feligreses de la parroquia le reciben muy mal. Esta zona atraviesa una gran depresión industrial, y los mineros protestan por el recorte de sus salarios.

La oposición se prolonga varios meses, pero le sostiene la fe inquebrantable en su vocación divina. Mejora su inglés, y le preocupa la aparente apatía de sus feligreses. El 3 de abril visten el hábito dos aspirantes, y el 22 de junio llegan dos pasionistas más. «Uno hace lo que puede, y tenemos ocupados pies, manos y cabeza». Las gentes de Aston van cambiando de actitud «y los que más se opusieron antes, son ahora los que más nos quieren. Mis esfuerzos son grandes, pero mis fuerzas, escasas». En agosto los convertidos al catolicismo son ya catorce. El primer domingo de Adviento de este mismo año predica en la vecina localidad de Stone, a donde acude cada domingo a pie. La confianza que inspira, su afabilidad y su disponibilidad impresionan a todos, y los buenos se entusiasman y los fríos se enfervorizan. A los niños les imparte el catecismo y las conversiones se multiplican y los frutos también. Una de estas convertidas, según tradición oral, fue la joven maestra María Jesús Proust que fundó, con el pasionista padre Rossi, el instituto de «Hermanas de la Santa Cruz y Pasión de Nuestro Señor Jesucristo».

En 1843 introduce las misiones populares y recorre Inglaterra confesando y predicando. Su fama de santidad le precede a donde va, pero los problemas de salud también son cada vez más frecuentes. Su creciente prestigio y su éxito le atraen el re-

chazo de los pastores protestantes de la zona de Aston Hall y Stone... «y hacen todo lo posible por crearme trabas y dificultades». Un grupo de jóvenes le asaltan un día, le insultan y lanzan piedras. Le dan en una pierna, toma la piedra del suelo, la besa y se la mete en el bolsillo. Otra piedra le hiere en la frente, dejándole señal para toda la vida. Las gentes se apiñan para insultarle. Paciencia y bondad. Ésa es su respuesta. Y vence: «¡Ay Dios mío, cuánto me toca sufrir!... Lo único que me sostiene es la voluntad de Dios... Oremos y ¡ánimo! No hay que tener miedo».

Aumenta el número de conversiones. Un pastor calvinista, Mr. Rusell, programa un curso de 24 conferencias para exponer —dice él— los errores papistas, con las peores calumnias que pueden imaginarse. Otro ministro protestante visita a sus fieles, casa por casa. En abril de 1844 abre una escuela para niños, mientras avanzan las obras de una iglesia que con empeño promueven los católicos. Celebra la procesión del Corpus Christi con toda solemnidad; el primer año acuden unas mil personas, pero al año siguiente son más de cinco mil. Su fervor y su celo calan hondo.

Mientras, en 1842, se producía en el seno de la Iglesia Anglicana la condena del llamado *Movimiento de Oxford,* surgido en esta universidad inglesa, que trataba de buscar sinceramente, a través de la oración y el estudio, dónde está la verdadera Iglesia de Jesucristo. El párroco y teólogo de la universidad John Henry Newman, se retira a la iglesia de Littlemore, cercana a Oxford, buscando la verdad. Le siguen sus dos discípulos predilectos, Dalgairns y W. Lockhart, y luego, otros más, comenzando una vida verdaderamente monástica. Dalgairns mantiene correspondencia con el padre Domingo durante tres años y, al fin, invitado por aquél les visita el 24 de junio de 1844: «Estos hombres trabajan como mártires por una buena causa. Pidamos mucho, mucho».

El doctor Newman encuentra en el padre Domingo, por primera vez, la santidad heroica y, al encontrarla, la reconoce inmediatamente, ganándose su admiración y estima. El 30 de septiembre de 1845 Dalgairns hace su profesión de fe católica. Se está preparando la conversión de Newman. El 9 de octubre de 1845, hacia las once de la noche, el P. Domingo llega a Little-

more, empapado por la lluvia. Se acerca al fuego para secarse. De pronto, Newman se postra a sus pies y humildemente le pide que lo admita en la Iglesia católica. Fue como un «entrar en puerto después de una travesía agitada». Esta conversión produce una fuerte impresión en el mundo cristiano, y «el hombre que se sometió al designio de Dios con una decisión tan admirable, se hizo guía para muchos». Antes de dar este paso, a Newman le impresionaron dos cosas: conocer el plan misterioso de la Divina Providencia sobre el padre Domingo para la conversión de Inglaterra, y la santidad de este docto y humilde religioso. La figura de Newman se agiganta al paso del tiempo. En 1991 el papa Juan Pablo II reconoce la heroicidad de sus virtudes.

En 1846 le ofrecen al P. Domingo una fundación pasionista en Woodchester. Al año siguiente monseñor Wiseman, gran amigo de los pasionistas, es nombrado vicario apostólico del distrito de Londres, y le pide misioneros. En 1848 los pasionistas llegan a Londres, instalándose, finalmente, en Highgate Hill, donde sobre una colina se halla la grandiosa iglesia de San José, monumento al amor del P. Domingo a esta gran ciudad. El último año de su vida lo pasa ocupado en negociaciones para fundar en Sutton, St. Helen's, cerca de Liverpool. Aquí será enterrado. «¡Qué hermoso es morir!». El 27 de agosto de 1849 al llegar a la estación de Pangbourne sufre un grave ataque de corazón, pero como Londres sufre una epidemia de cólera nadie le quiere atender, por miedo a que padezca el mal contagioso. Le llevan a Reading, donde le consiguen una cama y medicinas. A las tres de la tarde muere, lejos de su patria, lejos de su convento, en una fonda de estación. En la más estricta pobreza. Su funeral en el convento de Stone fue una verdadera peregrinación, pues acude la población entera. El 10 de noviembre de 1855 sus restos mortales son trasladados al convento de Santa Ana, en Sutton, St. Helen's, próximo a Liverpool.

Predicador infatigable, él mismo llevó la cruz, paciente, humildemente, dejando entrever el lado dramático de su espiritualidad, cumpliendo fielmente el mandato evangélico. En esta alma privilegiada la acción de la gracia ha sido muy profunda y manifiesta, esforzándose ejemplarmente en la práctica de la vir-

tud. Su figura de maestro y de asceta, no siempre conocida, anticipa con visión segura cuanto hará el primer Concilio Vaticano. La frase: «Tenía un gran amor por Inglaterra» define la figura de este humilde seguidor del Evangelio de Cristo, guiado por el amor de la verdad y fidelidad a Cristo. El papa Pablo VI lo proclama beato el 27 de octubre de 1963.

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

GARCÍA, P., *Domingo Barberi, precursor y profeta* (Salamanca 1997).
L'Osservatore Romano (28-10-1963).

BEATO FERNANDO GONZÁLEZ AÑÓN

Presbítero y mártir († 1936)

Nace el 16 de febrero de 1886 en Turís (Valencia), y recibe las aguas bautismales dos días más tarde; segundogénito del matrimonio formado por Fernando González Fons y María Isabel Añón Navarro, de profundas raíces cristianas y sólidas virtudes. En este ambiente y con estas acrisoladas actitudes era normal que nacieran muchos hijos; exactamente, diez, aunque tres de ellos murieron a los pocos días. Una familia singular que va a tener la inmensa dicha de contar entre los suyos con un sacerdote, a quien sus hermanos admiran y aman con afecto entrañable.

Desde muy pequeño se advirtió en él la vocación sacerdotal, y con frecuencia se retiraba a algún departamento de la casa en donde se entretenía jugando a decir misa. Además, ponía por obra y practicaba la caridad de una manera muy particular: concluida la matanza del cerdo visitaba la despensa, y se escondía las longanizas que, luego, en la calle, repartía a los niños pobres. Tarea que concluyó el día en que su bondadosa madre le pilló haciendo su caritativo reparto.

En 1897 recibe la primera comunión, siendo en 1899 alumno del colegio de los maristas de Valencia, donde cursa los estudios de comercio, afianzándose en su vocación sacerdotal. En el otoño de 1903 ingresa en el seminario conciliar. La llegada en

1906 a la sede metropolitana de don Victoriano Guisasola y Menéndez, arzobispo de Valencia, supuso un notable cambio en la formación de los seminaristas. Dictó urgentes medidas económicas y disciplinares para el nuevo curso 1906-1907, confiando al nuevo rector que él mismo nombró, el canónigo alcoyano don Rigoberto Doménech Valls —futuro arzobispo de Zaragoza—, la misión de formar adecuadamente a los futuros sacerdotes. Los frutos, como se pudo comprobar años después, fueron espléndidos.

El 23 de diciembre de 1911 recibe el subdiaconado. En 1912, diácono, y el 15 de febrero de 1913 fue ordenado presbítero. Su primer destino pastoral, coadjutor de Alcácer (1913-1914). Entre 1914 y 1915, coadjutor de Santa Catalina mártir de Alzira. El año 1915, cura ecónomo de Macastre, donde permanece hasta el año 1920. Cinco años espléndidos, durante los cuales desarrolla una actividad pastoral en todos los órdenes, destacando, sin duda alguna, su atenta preocupación por los intereses de los jornaleros agrícolas. Una idea que la Iglesia fomentaba a través de los sindicatos agrarios católicos, que se extendieron muy pronto por toda España, organizándose en 1917 en la Confederación Nacional Católica Agraria que integraba a más de 1.500 federaciones. Dos años más tarde (1919) en la diócesis de Valencia se contabilizaban 86 sindicatos agrícolas, y en esta misma fecha don Fernando organizó la fundación del Sindicato Agrícola Católico de Macastre, que tanto bien reportó a las familias de la población. Agradecida a su fundador y en justo reconocimiento a su laboriosa entrega, la junta directiva le nombró, el 16 de marzo de 1920, presidente honorario y socio protector, días antes de que abandonara esta parroquia. Cinco años más tarde (29 de marzo de 1925) el Ayuntamiento de Macastre le nombró, por unanimidad, *hijo adoptivo,* entregándole un artístico pergamino.

Entre 1920-1923 ejerció de capellán de Hidroeléctrica Española en el Salto de Dos Aguas, en donde su probada caridad le granjeó el título de «padre de los pobres». El 24 de enero de 1923 fue nombrado cura regente de Anna, en donde comenzarán a llamarle «el cura predicador», por sus dotes oratorias. Sólo dos años estuvo al frente de esta feligresía, pasando en 1925

como encargado de la iglesia de San Juan de Ribera de Valencia, considerada como una ayuda de primera de la parroquia de Santo Tomás Apóstol y San Felipe Neri, que contaba con una feligresía considerable —casi 14.000 almas—, y de la que fue nombrado rector el año 1929. El 14 de abril de 1931 se proclama la Segunda República, y el 24 de junio recibe una de las mayores alegrías de su ministerio sacerdotal. La autoridad diocesana le encarga como cura regente de la parroquia de Turís, su pueblo natal.

A partir de este momento su entrega será absoluta. Realza con el máximo esplendor la fiesta en honor de la Virgen de los Dolores Gloriosos, Patrona de Turís, para la que elige y nombra clavariesas. A partir de 1934 celebra un solemne septenario en su honor en el templo parroquial por la noche, con el fin de que puedan asistir también los hombres. Trabaja con tesón y entusiasmo por las almas. De trato muy cordial y sencillo, desarrolla con una delicadeza extrema los actos de culto litúrgico. Funda unas «XL Horas» en honor del Santísimo Sacramento. Limosnero con los pobres hasta lo heroico: reparte la comida que su hermana ha dejado preparándose al fuego, y se queda sin blanca al regresar, pues en casa de los dos enfermos que había visitado dejó cuanto llevaba. «Era la bondad personificada. No podía llevar nada en los bolsillos». Hasta sus propios enemigos reconocen la largueza de sus limosnas. Las dificultades y contratiempos que crecen día a día no disminuyen su laboriosidad pastoral. Nunca se acobardó, siempre sereno, afable y simpático. A más dificultades y penas, más muestras de piedad. Aun siendo difícil su acción pastoral, organiza una misión.

El año 1935 y después de la solemne procesión en honor de la excelsa patrona de Turís, en un arranque de fervor, sube al púlpito y hace la siguiente súplica: «Madre mía, si tu Hijo se digna aceptar mi vida por la salvación de España, que sea yo la única víctima de Turís. Aquí me tenéis». Así será. Después de las elecciones del 16 de febrero de 1936 en que triunfó el Frente Popular, las autoridades locales se incautan del cementerio parroquial. En el mes de marzo se le piden las llaves del campanario para anunciar con los tradicionales toques dos entierros civiles (!). El 22 de marzo la Guardia Civil le lleva detenido a la

Casa del Pueblo, donde queda retenido tres o cuatro horas. La presión popular que esta injusta detención provocó en el ánimo de los feligreses, obtiene la puesta en libertad del regente parroquial.

El día 3 de mayo la corporación local ordena «la clausura y precinto de las puertas de las iglesias de la localidad», y a partir de este momento la santa misa se celebra en una habitación de la casa Abadía. Vistiendo de seglar sale a visitar a los enfermos, sin arredrarse ante el peligro. Alguien le invita a ausentarse de Turís, pero él responde que su obligación es estar en su parroquia, atendiendo a sus feligreses. En previsión de una posible destrucción durante mayo y junio oculta diversos ornamentos y objetos litúrgicos en lugar seguro. También organiza que sea ocultada la imagen de la Virgen de los Dolores Gloriosos, tallada el año 1784 por el escultor José Esteve Bonet, discípulo de Ignacio Vergara, que será destruida el 25 de julio de 1936.

El 23 de agosto, conversando con un feligrés amigo suyo, le confiesa: «Hemos de estar dispuestos a cumplir lo que Dios nos quiera mandar, incluso el papel de víctimas dispuestas al sacrificio, si ésa fuera su voluntad en estas horas». Cuatro días más tarde —27 de agosto— cuatro milicianos se presentan en la Abadía requiriendo su presencia, él mismo les franqueó la puerta. Subió a un automóvil, con la excusa de ir a declarar a Gobierno Civil. Recorrieron unos kilómetros en dirección a Picassent, y se detuvieron en pleno descampado, en el lugar conocido como la Cuesta de Martorell. Le hacen bajar del automóvil y allí mismo le pegan un tiro, con intención de prolongar su agonía. Desangrándose les perdona y encomienda al Señor. Fue enterrado en una fosa común, junto con otros asesinados aquellos días, en el cementerio de Picassent. Según opinión general, sus últimas palabras fueron: «Viva Cristo Rey».

El 28 de abril de 1940 el ayuntamiento turisano rotula con su nombre una de las principales calles de la localidad. El 14 de mayo de 1957 don Marcelino Olaechea y Loizaga, arzobispo de Valencia, inicia el proceso ordinario para la beatificación y declaración de martirio de 37 sacerdotes diocesanos, entre los cuales se halla el cura regente de Turís, que queda concluido el 24 de junio de 1971. En 1975 la documentación se entrega en la

Congregación para las Causas de los Santos. Después de un intervalo recomendado por Pablo VI, en 1983 el papa Juan Pablo II autoriza la reanudación de las causas abiertas por martirio. El 21 de diciembre de 1996 don Agustín García-Gasco Vicente, arzobispo de Valencia, reactiva los tres procesos diocesanos que se refieren a 37 sacerdotes seglares diocesanos, 19 mujeres y 18 hombres y jóvenes de Acción Católica. El 26 de noviembre de 1999 el Congreso de consultores-teólogos de la Santa Sede aprueba las tres causas de los mártires valencianos, con la máxima calificación, y el 18 de diciembre de 2000, Juan Pablo II ordena la promulgación del Decreto de martirio de 37 sacerdotes diocesanos valencianos. Para el cardenal relator, monseñor José Saraiva Martins:

> «En los nuevos mártires llama la atención su extraordinaria fortaleza, la profunda formación religiosa, la mansedumbre, la capacidad de perdón y la disposición alegre al martirio, que suscitaba el asombro de sus perseguidores, increíblemente feroces, y sin un ánimo de humanidad».

Juan Pablo II lo beatificó el 11 de marzo de 2001, junto con otros mártires de la persecución religiosa de 1936 en España.

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

ESPASA SIGNES, J. (Postulador), *Valentina. Beatificationis seu declarationis Martirii Servorum Dei Rvdi. D. Josephi Aparicio Sanz et sociorum in martirio Sacerdotum de Clero Valentino in odium fidei, uti fertur, interfectorum* (Valencia 1957).

ZAHONERO VIVÓ, J., *Sacerdotes mártires. Archidiócesis de Valencia, 1936-1939* (Alcoy 1957).

BEATA MARÍA DEL PILAR IZQUIERDO ALBERO

Virgen y fundadora († 1945)

Quiso el Señor darle a gustar las dulces amarguras de la cruz y que bebiera hasta el fondo el cáliz del sacrificio. La acompañaron como carismas místicos la enfermedad corporal y los sufrimientos morales. Eran continuas llamadas del Señor a la entrega total. Ella respondía continuamente al Señor con un sí al estilo de la Virgen María, con un fiat permanentemente renova-

do y permanentemente actualizado. Su respuesta fue rectilínea, sin una sola vacilación, sin una sola vuelta atrás. Amada de unos, incomprendida de otros, incluso perseguida, tuvo, como Jesús en la cruz, un puñado adicto de almas fieles al lado de otros corazones que sin motivo le retiraron su afecto. Ella se abrazó a todo lo que el Señor le mandaba y por esa fidelidad nunca marchita conquistó la unión definitiva con el Señor.

Nació en la heroica ciudad de Zaragoza, allí donde la Virgen del Pilar tiene su trono en forma de columna y desde donde reina en el corazón de los católicos españoles, y tendría el privilegio de tener el nombre de la Virgen y llamarse María del Pilar. Nace en la calle Barrioverde n. 6, el día 27 de julio de 1906. Fueron sus padres Mariano Izquierdo Longares, de Alfamén (Zaragoza), y Pabla Albero Turón, de la propia capital. Nacía Pilar en un hogar sencillo y cristiano, de muy nobles sentimientos humanos y religiosos, que le serían infundidos desde la cuna. La bautizaron en la parroquia de Santa María Magdalena el 5 de agosto siguiente, siendo madrina su abuela materna, Francisca Turón. Pilar nunca olvidaría haber sido bautizada un 5 de agosto y ese día de cada año daba efusivas gracias a Dios por el don del bautismo. Su padre era hornero en una panadería y por ello su hogar era muy modesto, pero era rico en valores espirituales. Educada en ese clima de piedad y bondad, Pilarín —como la llamaban— creció como una chica bondadosa, muy abierta a los valores religiosos, y que se alegraba de visitar con frecuencia a la Virgen del Pilar. Hizo la primera comunión con 8 años en la parroquia de San Pablo. No fue a la escuela, sino que en cuanto pudo ayudó a su madre en las labores de la casa. Desde la adolescencia se mostró muy trabajadora: aprendió a bordar y a coser, aprendió a labrar el cuero y aprendió a hacer alpargatas. Pilarín se ocupaba con cariño de sus hermanos más pequeños. Cuando tenía 14 años su salud comenzó a resentirse y sus padres pensaron que en el pueblo de Alfamén estaría mejor y se trasladaron allá. Aquí estuvo seis años y se hizo una jovencita llena de piedad y bondad, que se retraía de salir a divertirse con las amigas y prefería visitar a un chico inválido. Su familia decidió regresar a Zaragoza. Pero aquí enfermó su padre y la familia pasó mucha necesidad. En 1926 Pilar se colocó

en la fábrica de calzados Peirona y ésta sería la ocasión de un accidente que traería muy serias consecuencias. Pues para ir al trabajo tenía que tomar el tranvía y un día que éste iba abarrotado Pilar hubo de ir en la plataforma y en un movimiento salió despedida, cayendo al suelo y fracturándose la pelvis. Primero estuvo en su casa pero luego hubo de ir al hospital Nuestra Señora de Gracia donde estuvo un mes, al cabo del cual volvió a su casa imposibilitada. Así estuvo un año, hasta que sus padres la llevaron al hospital de la Facultad de Medicina, del que salió igual a finales de noviembre de 1927. Pero se produjo su curación repentina el 15 de agosto de 1928 por intercesión de la entonces Beata Vicenta María López de Vicuña.

Viéndose curada, Pilarín volvió a trabajar en otra fábrica de calzados, Casa Manero, que quedaba más cerca de su casa y no necesitaba ir en tranvía. Aquí todos la quisieron mucho por su bondad. Vivía por entonces en una buhardilla de la calle Cerdán n. 24. Se ayudaba también en su casa trabajando hasta altas horas de la noche con su máquina de coser. Parece que este exceso de trabajo le produjo un agotamiento. El hecho es que el 1 de junio de 1929 queda inconsciente y así está seis meses, siendo desahuciada de los médicos y avisándose al párroco de San Felipe y Santiago para que le diera los santos sacramentos. Se pensaba en una muerte inminente. Pero repentinamente Pilar salió de su inconsciencia y recuperó el habla, no así la vista ni el movimiento, quedando por tanto en la cama ciega y paralítica. Se le declararon además quistes en la cabeza, el pulmón y el abdomen. Ingresada nuevamente en el hospital Nuestra Señora de Gracia (10 de febrero de 1930) y luego el 26 de julio de 1931, salía el 17 de septiembre de ese año sin experimentar ninguna mejoría. Hasta su sorprendente curación del 8 de diciembre de 1939, Pilar estará ciega, paralítica y llena de quistes en su buhardilla y desde ella dará un ejemplo admirable de piedad, paciencia y alegría cristianas. El citado párroco, don Lorenzo Millán, la visitaba con frecuencia y le llevaba la comunión. Su ejemplo de paciencia comenzó a hacerse notorio y religiosos de diferentes congregaciones u órdenes religiosas comenzaron a frecuentar la buhardilla, con aprovechamiento de la edificante actitud de la enferma, y asimismo numerosas personas seglares. Le pedían sus oraciones, escuchaban sus consejos y buenas palabras.

En 1935 Pilar se hizo María de los Sagrarios y pudo aprovecharse así del privilegio concedido a esta Obra de celebrar en su estancia el santo sacrificio de la misa, lo que fue para Pilar de inefable consuelo. Tuvo el párroco que rogar a las visitas que fueran breves. Pilar no cesaba de orar asiduamente y de dar su ejemplo de heroica paciencia, y llamaba su rebañico a todo el conjunto de personas piadosas que frecuentaban su buhardilla. Logró crear en torno a sí un clima de exquisita espiritualidad. Recibía limosnas que luego repartía entre los conventos de clausura y entre numerosos pobres, que también la visitaban en la buhardilla. Se le empezó a atribuir dones extraordinarios, como el de conocer hechos sucedidos en otras partes y de los que no se podía saber por medios ordinarios. Se propuso restaurar la iglesia de Martín del Río (Teruel), pueblo de su confesor, y lo consiguió cumplidamente. Se unió al apostolado de la buena prensa del sacerdote Juan José de Pablo Romero, y se la ha podido llamar maestra de espiritualidad por lo mucho que ayudó incluso con cartas a muchas almas en su camino hacia Dios. Le servía de amanuense D.ª Ascensión Barrera, una maestra perteneciente a la Alianza en Jesús por María, y otras veces otras personas. Se conservan muchas y edificantes cartas de este período. El 12 de abril de 1937 falleció su padre y en esta oportunidad Pilar manifestó con mucha claridad su fe y su esperanza en la vida eterna. A pesar de su postración y enfermedad comenzó a planear y pensar una obra que ella ideaba al servicio de Jesús y de los pobres. La llamaba «La Obra de Jesús» y decía que era en el suburbio madrileño de Vallecas donde debía fundarse. El P. Liborio Portolés, escolapio, y don Arturo Landa, coronel de Intendencia, viajaron a Madrid para exponer al obispo, Don Leopoldo Eijo y Garay, la idea de la fundación. Los recibió el vicario general, Dr. Morcillo, futuro obispo de la misma diócesis, y el 14 de noviembre de 1939 aprobaba la institución llamada «Misioneras de Jesús y María», «teniendo en cuenta las diferentes obras de celo y de caridad a que ha de dedicarse». El campo elegido eran aquellas inmensas barriadas donde la guerra y la pobreza habían sembrado hambre, muerte y desolación. Esto fue el 14 de noviembre de 1939. Estaba para suceder algo verdaderamente notable.

Según declararía ella misma, el día 6 de diciembre en la madrugada Jesús le reveló que el día 8 de diciembre al recibir la comunión se curaría y que se lo dijese a su confesor y a otras personas concretas. El confesor la creyó y convocó a la mayoría de las jóvenes que iban a acompañar a Pilar en la fundación. El día 7 celebró misa en la buhardilla y recordó el poder de Jesús curando a los enfermos y anunció que curaría a esta enferma paralítica y ciega. En efecto, el día 8 de diciembre de 1939, fiesta de la Inmaculada, a las siete de la mañana el P. Liborio Portolés, escolapio, celebró la santa misa en la buhardilla con asistencia de 80 personas. Le dio la comunión y Pilar se sintió curada, pero nada dijo, según la orden de su confesor, hasta terminar la misa. Terminada ésta, el confesor le ordenó abrir los ojos y alzar las manos, lo que hizo Pilar. Seguidamente y tras saludar a todos, la dejaron sola para que se vistiera. La noticia se divulgó y acudieron muchas personas a comprobar el suceso extraordinario.

Recibida la curación inexplicable, se organizó la ida a Madrid, que quedó fijada para el 15 de diciembre. En medio de un gentío que acudió a despedirla, salió a las 2,30 horas de la tarde para Madrid. Con 38 jóvenes comenzó la vida de comunidad, dedicándose a su formación espiritual y a la confección de ropas para los pobres. Pero el 25 de diciembre se anuló la orden de aprobación de su obra, extendida el mes anterior. El 18 de enero de 1940 se suspendió la celebración de la santa misa en la casa, debiendo ir todos a una iglesia para escucharla. En Zaragoza el confesor de Pilar pidió oficialmente se estudiase la curación en orden a declararla sobrenatural. El arzobispo nombró una comisión. Pilar hubo de declarar en Madrid. Y el 5 de mayo de 1940 los periódicos se hacían eco del fallo negativo del tribunal sobre la sobrenaturalidad de la curación. Esto, unido a la retirada de la licencia, hizo que se espesara el clima adverso en torno a Pilar y a su obra. Pero ésta lo que quería era vivir no en la calle Zurbano sino en los barrios de Madrid, y así se fue al barrio de Vallecas con diez colaboradoras mientras las otras se iban al barrio de Tetuán de las Victorias. Se dirigieron ella y sus compañeras al obispado solicitando nueva licencia para hacer obras de apostolado, y no sólo se lo negaron sino que desde el

obispado se pidió a los superiores escolapios trasladasen al P. Portolés de manera que no pudiera estar en Madrid. Para que tuvieran las misioneras algún medio de vida, don Arturo Landa instaló una pequeña industria, llamada Laboratorios Supra, fabricando insecticidas, crema para el calzado y limpiametales. Los laboratorios se inauguraron el 19 de diciembre de 1941. Pero Pilar no quiso estar al frente de ellos y los confió a una de sus colaboradoras.

Destinado a Madrid, el P. Daniel Díez García, agustino, comenzó a enseñar a leer a Pilar y a colaborar en la formación religiosa y cultural de las veinte misioneras que habían perseverado. Por su intervención, el 1 de febrero de 1941 el obispo de Madrid-Alcalá manifestó que para trabajar como particulares las misioneras no necesitaban autorización. Entonces, con licencia de los párrocos, empezó la visita de las casas pobres y comenzó la ayuda material y espiritual que tan necesaria les era a tantos hogares llenos de pobreza y dolor. Recibidas primero con recelo, Pilar y sus compañeras perseveraron con paciencia. Pilar pasaba muchas horas del día y de la noche junto al lecho de los enfermos, curando sus llagas, aliviándolos en cuanto podía, poniendo inyecciones. En la casa abrieron las misioneras un dispensario y allí Pilar se prodigó con sus compañeras en obras de caridad. Aunque uno de los vicarios generales de Madrid se mostraba renuente a Pilar y su obra, el otro, don Casimiro Morcillo, las animaba y recomendaba. Empezaron a recogerse frutos de bendición: hogares legalizados, niños preparados a la primera comunión, quinientas comuniones el día del Corazón de Jesús. Pilar comprobaba cada día que en verdad se había metido en el corazón del mundo más pobre. Ella podía hacerle a su confesor este balance: 600 niños bautizados; 450 matrimonios legalizados; 2.000 niños de primera comunión; 315 enfermos atendidos en sus domicilios. Pero ella buscaba la aprobación eclesiástica de su obra. El obispo de Madrid-Alcalá le dijo que la aprobaría cuando estuviera aprobada en otra diócesis. Pilar viajó a Zaragoza. El arzobispo le dijo que no podía aprobar la obra pero que tuviera confianza, porque era obra de Dios. Y en efecto, tras una conversación personal entre los obispos de Madrid, Tortosa y Zaragoza, el Dr. Eijo Garay decidió la aprobación de

la obra en su obispado de Madrid-Alcalá y dio licencia para que los oratorios se convirtieran en semipúblicos. Y dijo que se llamaran «Misioneras de Jesús, María y José», lo que fue aceptado por Pilar. La Pía Unión fue aprobada por decreto del 2 de febrero de 1942. A partir de ahí la obra comenzó su expansión en casas y en vocaciones. Perseveraron en sus apostolados y obras de caridad, añadieron escuelas nocturnas y todo tipo de obras sociales oportunas. El P. Portolés seguía ayudando desde Logroño y Pilar visitó la ciudad varias veces.

Empezaron nuevas dificultades, unidas a la escasa salud de Pilar. Y de donde menos podía pensarse vinieron estas dificultades. El P. Liborio Portolés volvió a Madrid a ruegos del Sr. Obispo de la diócesis y su actuación trajo consigo la división de las misioneras, desconfiando unas de otras y viviendo sin paz en sus almas. Las dificultades llegaron a ser tan grandes que Pilar se vio en la necesidad de pedir al Prelado alejase de la Obra al P. Portolés. A fin de averiguar lo que sucedía el Prelado nombró su delegado al Dr. Bueno Monreal, futuro cardenal arzobispo de Sevilla. El 24 de julio de 1944 empezó su visita canónica. Pilar insistió en la necesidad de alejar al P. Portolés. Pero el Prelado se negó a recibirla en audiencia y no contestó a sus cartas. Pilar se sintió impotente para arreglar la división surgida y toma la decisión de escribir al Prelado que si no se corrigen las circunstancias adversas, ella se verá en la necesidad de dejar la obra. El delegado convoca una asamblea el 12 de octubre en la que propone nuevos nombramientos, dejando a Pilar de directora pero manteniendo en su puesto al P. Portolés. Pero Pilar dijo que no podía aceptar y que dejaba la obra y con ella lo hicieron seis misioneras. Seguidamente tuvo Pilar un abundante vómito de sangre, cayendo al suelo desmayada. Su comunicación por escrito al Sr. obispo no arregló nada. El día 4 de noviembre se hizo firme su salida de la obra. Nueve misioneras le fueron fieles y salieron con ellas de la obra. Entonces se les ofreció la oportunidad de ir a San Sebastián, donde varias señoras la reclamaban. Tras un duro viaje en el que se fracturó una pierna llegó a la capital donostiarra y quedó por fin instalada en Villa Puyo.

Hay que preguntarse ¿obró rectamente Pilar separándose de su obra? ¿Lo hizo por despecho o por tozudez? La respuesta es

clara: lo hizo por obediencia. Se salió de la obra porque así se lo dijo su confesor, aunque ciertamente en esto el confesor sintonizó con el propio sentimiento de Pilar, que creía contribuir a la destrucción de la obra si aceptaba las condiciones puestas por el delegado Dr. Bueno Monreal. La causa de beatificación ha dejado en claro las virtudes de Pilar y su recto proceder en todas las cosas. Pero tampoco está bien tildar al Dr. Bueno Monreal de parcialidad o de mirar con malos ojos a Pilar. Los que lo hemos tratado sabemos que el entonces futuro prelado hispalense era una persona culta, ecuánime y bien intencionada, que también, llegado el caso, supo echar sobre sí incomprensiones y trabajos en el servicio de Dios.

Le quedaba a Pilar mantenerse en la paz de quien acepta la voluntad de Dios, abierta siempre a los planes de su Providencia. Ella se ofreció al Señor para lo que quisiera hacer de ella, y el Señor le comunicó que su obra brotaría cuando ya ella estuviera en el cielo. Dijo que la obra se pondría en marcha a fuerza de dolor, lágrimas y sangre. Su salud se fue deteriorando más y más. El día 27 de julio de 1945, su último cumpleaños, hubo misa en su cuarto. Recomendó a todos los que la acompañaban la perseverancia en el amor evangélico. Se despidieron de ella, yendo a Villa Puyo, algunas de sus compañeras que habían quedado en Madrid, y por fin el 27 de agosto de ese año a las diez menos cuarto de la noche entregó su espíritu al Señor. Su cadáver fue trasladado a la Sacramental de San Lorenzo y San José, de Madrid. Su tumba fue desde entonces visitada por numerosos sacerdotes, religiosos y fieles.

Las nueve hermanas que siguieron fieles a Pilar siguieron viviendo en Madrid repartidas en dos casas. El 18 de septiembre de 1946 algunas de ellas visitaron al obispo de Calahorra, don Fidel Martínez, rogándole las recibiera en su diócesis. Así lo acordó el prelado y llegaron a Logroño el 30 de mayo de 1947. Demostrado su buen espíritu y buenas actividades el obispo aprobó la «Pía Unión Obra Misionera de Jesús y María» el 30 de mayo de 1948. El 18 de mayo de 1961 la Santa Sede daba el nihil obstat para que se convirtiera en congregación religiosa de derecho diocesano, y así lo hizo el obispo el 27 de julio siguiente. Por fin el 12 de octubre de 1981 pasó a ser de derecho pontificio. La obra

se extendió a Colombia, Ecuador, Venezuela y Mozambique. En 1986 su cuerpo se trasladó a Logroño, a la casa generalicia.

El 18 de diciembre del año 2000 sus virtudes fueron declaradas heroicas, y el 4 de noviembre de 2001 fue colocada en la lista de los beatos. Apareció su amable figura en San Pedro del Vaticano vestida con aquel hábito que ella vio a dos misteriosas monjas a las puertas del Pilar de Zaragoza y que fue el ideal de su vida.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 93 (2001) 407s.
Bibliotheca sanctorum. Appendice seconda (Roma 2000) 700.
CARBAJO HUERGA, M.ª J., «Venerable María Pilar Izquierdo Albero. Fundadora de la Obra Misionera de Jesús y María», J. A. MARTÍNEZ PUCHE (dir.), *Nuevo año cristiano. Agosto* (Madrid 2001) 646-651.
DÍEZ GARCÍA, P. D., *Madre María Pilar Izquierdo Albero, fundadora de la Obra Misionera de Jesús y María* (Logroño 1993).
L'Osservatore Romano (ed. en español) (2-11-2001) 22.
SANTIAGO, M. DE, *Sufrir y amar, amar y sufrir. Vida y obra de la beata madre M.ª Pilar Izquierdo Albero, fundadora de la Obra Misionera de Jesús y María* (Bilbao 2001).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN LICERIO
Obispo († 540)

En el anterior *Martirologio romano* se leía el día 27 de agosto: «En Lérida, de la España Tarraconense, San Licerio, obispo». El nuevo, en cambio, sitúa el natalicio de este santo en Couserans, Aquitania, de donde era obispo. Se alega para esto que Baronio tomó su nota biográfica del *Flos sanctorum* de Alfonso de Villegas, el cual confundió el sitio de la vida del santo con el sitio de su culto y probable nacimiento. Todo indica que se trata de un santo español, seguramente del norte de España y más concretamente de Lérida, que fue discípulo de San Fausto de Riez, al que siguió al exilio. Muerto San Fausto, se fue a Rodez junto a San Quinciano, el cual lo ordenó sacerdote y posteriormente fue elegido obispo de Couserans, sede episcopal suprimida en el concordato de 1801. Asistió al concilio de Agde del 506 y se dice de él que con sus oraciones impidió que la ciudad se viera

asaltada por los visigodos. Su muerte se sitúa el 27 de agosto de 540. Tuvo culto en el sur de Francia y el norte de España, especialmente en Lérida, donde desde muy antiguo se celebró su fiesta. Actualmente su memoria la celebra la diócesis de Lérida el día 1 de septiembre.

SAN GUARINO DE AULPS
Obispo († 1150)

Guarino, nacido hacia 1065, era un monje francés del famoso monasterio de Molesmes, hasta que se le dio el encargo de fundar la abadía de Aulps, junto a Ginebra, de la que quedó como abad. Como había tenido en Molesmes la benéfica influencia del propio San Roberto, cuando aceptó hacer la fundación y presidir esta abadía, lo hizo con gran celo por la vida espiritual de los monjes y el cumplimiento exacto de la Regla. Al difundirse la fama de la nueva observancia que se hacía en Claraval de la Regla benedictina, su propia comunidad lo instó a que se afiliara a Claraval y se uniera así al movimiento cisterciense. Así lo hizo el santo abad con gran satisfacción de los monjes. Acreditado en la vida monástica, fue elegido obispo de Sión en Suiza, cargo que desempeñó ejemplarmente, procurando la reforma del clero y del pueblo de Dios. Murió el 27 de agosto de 1150.

BEATO ÁNGEL CONTI
Presbítero († 1312)

Ángel Conti, llamado también Ángel de Foligno, nació en esta ciudad en el seno de la noble familia Conti el año 1226. Llevó una juventud ejemplar y optó por la vida religiosa, agregándose a la congregación agustiniana del Beato Juan Bono de Mantua. En 1248 fue enviado a fundar el convento de San Agustín de Foligno, donde pasó diez años realizando una ejemplar labor entre sus paisanos. En 1256 fundó el convento de Gualdo Cattaneo y en 1275 hizo lo mismo en Monte Falco, donde estuvo hasta 1292. Brilló por sus muchas virtudes, y se le

atribuyeron numerosos milagros. Murió en Foligno el 27 de agosto de 1312. Su culto, que se le tributó enseguida, fue confirmado por la Santa Sede el 11 de marzo de 1891.

BEATO ROGERIO CADWALLADOR

Presbítero y mártir († 1610)

Roger Cadwallador usó también el alias de Rogers y era natural de Stretton en Herefordshire, hijo y heredero de un hacendado labrador. Desde la infancia deseaba ser sacerdote y obtuvo licencia de su padre para pasar a Reims, desde donde, siendo diácono, pasó al colegio inglés de Valladolid donde recibió el sacerdocio. En 1594 volvió a Inglaterra y se estableció en su condado natal, donde durante dieciséis años realizó una intensa labor pastoral con gran celo y dedicación, haciendo muchas conversiones entre los trabajadores y gente del pueblo. Persona muy instruida, manejaba muy bien el griego. Cuando pareció que a partir del 5 de noviembre de 1602 la reina Isabel I estaba dispuesta a llegar a cierto género de tolerancia con los católicos, Rogerio fue uno de los llamados sacerdotes apelantes dispuestos a reconocer como legítima a la Reina (30 de enero de 1603) y a obedecerla en todos los asuntos temporales y a oponerse a cualquier conspiración contra ella o invasión de su reino. Pero los apelantes no dejaron de señalar que ellos reconocían como cabeza de la Iglesia al obispo de Roma y esto por derecho divino, y que estaban dispuestos a defender esta fe al precio de sus vidas.

Trece eminentes sacerdotes seculares, entre ellos Rogerio, presentaron el documento, pero sus diputados fueron apresados y la campaña anticatólica prosiguió. Pero ninguno de los firmantes fue perseguido o llevado a la muerte mientras vivió Isabel. Llegado al trono Jacobo I, pareció que iba a ser tolerante con los católicos, pero tras la llamada «Conspiración de la pólvora» su tolerancia se acabó. En 1606 se quiso imponer el llamado *Oath of allegiance* que compelía a los católicos a condenar como impía y herética la pretensión de que un monarca depuesto por el papa podía ser depuesto o asesinado. Aunque algunos prestaron el juramento, la mayoría lo rechazó y el papa Paulo V lo condenó. Rogerio continuó su labor pastoral en secreto hasta

que en Pascua de 1610 fue detenido en casa de una señora católica. Interrogado, reconoció ser sacerdote, y discutió los asuntos de religión con el obispo de Hereford, Robert Bennet. Se negó a jurar el *Oath of allegiance* y fue enviado a la cárcel de Hereford encadenado. En la cárcel se deterioró mucho su salud. Cuando se le sacó para ser ejecutado se le ofreció repetidamente la vida y la libertad si prestaba el juramento. Él se negó. Fue ejecutado por ahorcamiento y descuartizamiento en Leominster el 27 de agosto de 1610.

El papa Juan Pablo II lo beatificó el 22 de noviembre de 1987.

BEATOS FRANCISCO DE SANTA MARÍA Y COMPAÑEROS

Bartolomé Laurel, Antonio de San Francisco, Gaspar Vaz, María (esposa de Gaspar Vaz), Magdalena Kiyota, Cayo Jiyemon, Francisca (llamada Pinzokere), Francisco Kurobioye, Francisco Kuhioye, Luis Matsuo Soyemon, Martín Gómez, Tomás Wo Jinyemon, Lucas Kiyemon, Miguel Kizayemon
Mártires († 1627)

El ingenio de numerosos japoneses hizo que cuando ya la persecución contaba trece años siguiera habiendo misioneros en el país y sitios donde poder vivir escondidos y administrando los sacramentos. Las autoridades redoblaban sus pesquisas y lograban muchas veces encontrar el escondite de los misioneros y prenderlos junto con sus hospedadores. Éste fue el caso de estos quince mártires, tres religiosos y doce laicos, que sufrieron muerte por Cristo en Nagasaki siendo o quemados vivos o decapitados.

Damos los datos de cada mártir:

FRANCISCO DE SANTA MARÍA era el único sacerdote del grupo, y había nacido en la población manchega de Montealbanejo, del arzobispado de Toledo. Muy joven entró en la Provincia de San José de los franciscanos descalzos, en la que hizo la profesión religiosa y se ordenó sacerdote. Se ofreció para ir a las misiones y en 1609 marchó a Filipinas, donde trabajó con mu-

cho celo por la conversión de los nativos y la salvación de las almas. Llevaba ya 14 años en Filipinas cuando se le propuso la posibilidad de pasar a Japón, pese a que estaba vigente la persecución y se corría un gran peligro. Hay que decir por tanto que incluyendo la perspectiva del martirio es como el P. Francisco de Santa María se ofreció para ir a Japón, a donde marchó acompañado del hermano Bartolomé Laurel. Desembarcaron ambos religiosos en una playa próxima a Nagasaki y como no tenían asignado un puesto de misión fijo, lo primero que hicieron fue enterarse de qué comunidades estaban más desasistidas, pues era su intención cubrir los puestos más abandonados religiosamente a causa de la persecución. Su vida fue, pues, itinerante, y ciudades, aldeas, caminos y bosques, altas montañas y ríos fueron los sitios por donde ambos misioneros hubieron de pasar continuamente. Tenían los misioneros la consigna de no exponer las vidas sino reservarse para poder ejercer el apostolado, ya que el martirio dejaba sin obreros el campo evangélico. Como la búsqueda policial arreciaba más, en algunas ocasiones se vieron los misioneros obligados a vivir en los bosques, únicos sitios de mayor seguridad, albergándose en pobres cabañas y pasando grandes privaciones. Pronto tuvieron una estimable compañía: un joven cristiano japonés que se había unido a ellos, profesaría, ya preso, en la Orden franciscana y se convirtió en su guía y mentor, con la garantía de pasar muy inadvertido por ser nativo. Se trataba del Beato Antonio de San Francisco, que morirá mártir con sus dos compañeros. Así pasaron cuatro años de intensa y fecunda labor apostólica.

En la primavera del año 1627 estaban en la casa del Beato Gaspar Vaz el P. Francisco y el Hno. Laurel junto con un grupo de cristianos para celebrar allí la eucaristía. Un apóstata se enteró y avisó a la policía. Ésta llegó con presteza y rodeó la casa, y todos hubieron de entregarse. No estaba fray Antonio pero al enterarse de la detención acudió a declarar su cristianismo y quedó igualmente preso. Fueron todos llevados a la cárcel y allí se dedicaron a la oración, animándose mutuamente a permanecer firmes en la fe. Juzgados, se les condenó a muerte: los dos misioneros europeos y otros cristianos serían quemados vivos y los demás decapitados.

BARTOLOMÉ LAUREL es tenido por mexicano, generalmente, pero la archidiócesis de Sevilla, cuando su beatificación en 1867, alegó que en realidad Bartolomé Díaz, apodado Laurel, había nacido en el Puerto de Santa María, Cádiz, y diócesis de Sevilla, y que había marchado a México cuando muchacho, y por ello lo agregó a su propio de los santos, lo que igualmente hizo en 1980 la diócesis de Jerez, cuando se constituyó, al quedar el Puerto de Santa María dentro de la diócesis jerezana. Buscado en el archivo parroquial de la iglesia mayor del Puerto, única existente entonces, un Bartolomé Díaz, apodado Laurel, no aparece, pero ello es lógico si Laurel era un apodo como alegan los escritores hispalenses, pero sí aparece un Bartolomé Díaz en 1593 que podría ser nuestro beato. Tras marchar a México en la niñez se establece en la ciudad de Valladolid, hoy Morelia, y en el «Libro de profesiones» del convento franciscano de dicha población, que se conserva, está registrada su profesión: «Hoy, 18 de octubre de 1617, ha profesado solemnemente la seráfica regla el joven Bartolomé Díaz, llamado también Laurel».

Profesó como hermano lego y no mucho después se ofreció para las misiones, marchando a Filipinas en 1619. Establecido en el convento de su Orden en Manila, se dedicó al estudio del japonés y a la práctica de la medicina y la enfermería. El convento tenía anejo un hospital en el que se daba acogida a los marineros y comerciantes japoneses que arribaban enfermos a la ciudad. Allí practicó la lengua japonesa y la enfermería, llegando a ser un notable profesional. En 1623 llegó la hora de su ida al Japón, siendo asignado como compañero y ayudante del P. Francisco de Santa María. Se le ha llamado guía y vanguardia del P. Francisco, porque era Bartolomé quien programaba los viajes y actividades, y porque junto con el hermano Antonio de San Francisco estudiaba cuáles eran los sitios más seguros para conducir allí al sacerdote sin peligro. Se adelantaba él muchas veces a aquellos lugares, y llevaba personalmente sobre sus hombros el fardo con los ornamentos y enseres del culto divino. Él y fray Antonio se encargaban también de las primeras lecciones de catecismo a los catecúmenos, quedando para el sacerdote la preparación más inmediata. Estos cursos de catequesis eran breves porque breves tenían que ser las estancias de

los misioneros, pero suplía el fervor lo que el tiempo no daba de sí. Igualmente preparaban a los niños y a los demás cristianos a la recepción fructífera de los sacramentos. Atendía también a domicilio a los enfermos cristianos, y cuando era llamado también a los paganos, corriendo por caridad un grave peligro. Consta el amor que ponía fray Bartolomé en la preparación de los niños a la primera comunión.

ANTONIO DE SAN FRANCISCO, cuyo nombre nativo no hallamos en las fuentes, era un cristiano japonés, que pese a la persecución se había ofrecido para ser catequista y que, cuando llegaron a Japón en 1623 el P. Francisco de Santa María y el Hno. Bartolomé Laurel, quedó unido a ellos en su labor apostólica. Primero siguió ejercitando a su lado la labor catequética, y luego viendo la santidad de ambos religiosos, se sintió inclinado a compartir con ellos la profesión de la regla franciscana y le pidió al P. Francisco que lo admitiera, lo que el padre haría posteriormente. Continuó a su lado e hizo con ellos los trabajos que hemos relatado más arriba. Cuando en la primavera de 1627 fueron ambos religiosos arrestados con un grupo de cristianos, Antonio, que estaba en una casa vecina, sintió el ruido formado por los guardias y entonces salió a ver qué pasaba. Vio que se llevaban a los misioneros y a los cristianos reunidos para la misa. Movido del íntimo deseo del martirio, corrió a casa del gobernador y le dijo estas palabras:

> «Vos tenéis una multitud de espías, delatores o verdugos; considerables son las recompensas prometidas a los delatores. Pues ahora está aquí un delator que viene a denunciar a un adorador de Cristo. Este adorador soy yo, que desde hace muchos años me dedico a sostener a los fieles y convertir a los paganos, muchos de los cuales han sido convertidos a la fe [...] Quiero de vos la recompensa por mi delación, la de ser asociado a mi querido padre y a mis queridos hermanos en la prisión, los padecimientos y la muerte».

Arrestado en el acto, fue enviado a la cárcel con los demás, y viendo seguro el martirio, reiteró al P. Francisco su deseo de ser franciscano, a lo que el padre accedió y le permitió, en tan especiales circunstancias, profesar la regla franciscana. Fue condenado a ser quemado vivo.

GASPAR VAZ y su esposa MARÍA eran un matrimonio sinceramente cristiano, cuya casa estaba siempre abierta a la acogida

de los misioneros. Ambos eran terciarios franciscanos. Gaspar hizo una casa especial para los religiosos y la registró a nombre de su amigo Cufioye que en la cárcel se haría cristiano y moriría mártir. Descubiertos y arrestados, se hizo todo lo posible por lograr su apostasía, pero ellos permanecieron firmes en la fe, y así fueron condenados a muerte. Gaspar fue quemado vivo y María decapitada.

MAGDALENA KIYOTA era una mujer de clase alta, pariente del rey de Bungo. Era terciaria dominica y al quedar viuda se dedicó por entero a Dios haciendo los votos de pobreza, castidad y obediencia ante el Beato Domingo Casteller y realizando innumerables obras de caridad. Tenía en su casa un oratorio donde los sacerdotes decían misa discretamente. Descubierta como cristiana, confesó la fe con valentía hasta dar la vida por Cristo.

CAYO JIYEMON o Xeimon nace en Coray, en las Islas de Amacusen. Su inquietud religiosa le llevó a ser bonzo pero cuando conoció el cristianismo se convirtió a Cristo y se hizo terciario dominico. Fue un buen catequista y fervoroso cristiano. Fue quemado vivo.

FRANCISCA, llamada PINZOKERE, era una virtuosa viuda, terciaria dominica que vivía con gran recogimiento y modestia, y tenía un oratorio en su casa. Arrestada, mostró gran serenidad en su detención. Fue quemada viva.

FRANCISCO KUROBIOYE era natural del distrito de Chicungo y fervoroso cristiano. Muy unido a los religiosos dominicos, a los que sirvió como catequista y ayudante, fue acusado de hospedar a los misioneros. Rehusó firmemente la apostasía. Fue decapitado.

FRANCISCO KUHIOYE o Cufioye había nacido de familia pagana en el distrito de Chicungo. Vivía de forma honesta y trabajaba de carpintero cuando conoció al Beato Gaspar Vaz y se hizo amigo suyo. Le permitió registrar a su nombre una casa destinada a albergar a los misioneros. Descubierta la casa, fue acusado de no delatar a los misioneros y llevado a la cárcel. Aquí convive con los misioneros y cristianos detenidos, lo que le lleva a pedir el bautismo, que tras la oportuna instrucción le administró el Beato Francisco de Santa María, tomando el nom-

bre cristiano de Francisco. Se inscribió en la Orden Tercera de San Francisco. Fue quemado vivo.

LUIS MATSUO SOYEMON (Matzuo Someyon) era un cristiano fervoroso, terciario franciscano y que ponía su casa al servicio de los misioneros. Descubierto, fue arrestado e impelido a apostatar, a lo que se negó tenazmente. Fue decapitado.

MARTÍN GÓMEZ usaba, como otros mártires, apellido español pero era un cristiano japonés fervoroso y terciario franciscano que daba hospitalidad generosa y valientemente a los misioneros, por lo que fue arrestado y encarcelado. Resistió las llamadas a apostatar y murió decapitado.

TOMÁS WO JINYEMON era un vecino de Nagasaki, cristiano fervoroso y terciario franciscano, a quien se sorprendió teniendo en su casa a misioneros. Arrestado y preso, se negó a apostatar. Fue decapitado.

LUCAS KIYEMON era hijo de una familia acomodada de Fingen, donde había nacido en 1599. En Meaco conoció a los franciscanos, se hizo cristiano y terciario franciscano. Muertos sus padres, reparte su pingüe fortuna entre los pobres y dota el hospital para pobres que tenían en Meaco los religiosos y se puso a prestar en él sus servicios. También colaboraba en la catequesis. Cuando llega la persecución en 1614 es exiliado pero vuelve en 1618 y se instala en una casita junto a la del Beato Gaspar Vaz, fabricando un escondite para los misioneros. Arrestado al mismo tiempo que Gaspar, se le acusó de no delatar a los misioneros. Se negó a apostatar. Fue decapitado.

MIGUEL KIZAYEMON o Kirayemon, nacido en Conga, fue abandonado por sus padres. Un mercader español lo recibe y hace su criado y se lo confía al franciscano Francisco de Rojas, que lo instruye en el cristianismo y lo hace bautizar, inscribiéndose luego en la Orden Tercera de San Francisco. Pasa luego a vivir en Nagasaki con el Beato Lucas Kiyemon, trabajando como carpintero. Hizo magníficos escondites para los misioneros. Descubierto y apresado, se mantuvo firme en la fe cristiana. Fue decapitado.

Todos estos mártires fueron beatificados el 7 de julio de 1867 por el papa Pío IX.

SAN DAVID LEWIS

Presbítero y mártir († 1679)

El último de los mártires galeses canonizados en 1970 fue este sacerdote jesuita que usó el alias de «Charles Baker» y fue conocido como «Tady Plodion», es decir el «padre de los pobres». Nació en el Monmouthshire en 1616, hijo de un protestante y una católica, que llegaron a tener hasta nueve hijos, y criaron a todos ellos en la religión católica menos a éste, que siguió la religión del padre. Vivían en Albergavenny y el chico fue educado en la Royal Grammar School. Su inclinación era la abogacía y a los 16 años entró en el Middle Temple. Se colocó como tutor del hijo del conde de Savage, y en calidad de tal viajó al extranjero. Fue en Francia en donde se sintió llamado a ingresar en el catolicismo, religión que abrazó en París. Volvió a su casa y pasó en ella dos años, pero en 1638 se decidió por el sacerdocio, y marchó a Roma, ingresando en el Colegio Inglés. Aquí hizo los estudios y se ordenó sacerdote el año 1642. Prosiguió sus estudios en el Venerabile, y se sintió atraído por la vida de los jesuitas, pidiendo y obteniendo en 1644 el ingreso en la Compañía de Jesús. Hecho el noviciado y la profesión religiosa es enviado en 1646 a la misión inglesa, pero para ser llamado enseguida de nuevo a Roma, donde se le da el cargo de director espiritual del Colegio Inglés. En 1648, y a petición propia, vuelve a Gran Bretaña y se establece en Cwm, Llanrothal, donde los jesuitas ocupaban una casa de campo llamada colegio de San Francisco Javier, que fue un refugio para los sacerdotes perseguidos en las millas cercanas desde 1625 hasta 1678. Aquí trabajó como misionero a lo largo de 31 años, realizando una labor admirable, trayendo de nuevo a la fe a los caídos, fortaleciendo a los débiles, no importándole los peligros, soportando dificultades con ánimo entero, y mostrando tal caridad con los pobres que se ganó el nombre que hemos señalado de Tady Plodion.

En 1678 estalló el escándalo de la llamada conspiración papista, denunciada por Titus Oates, y se hizo muy espesa la persecución contra los católicos. El P. David y los demás jesuitas intentaron ponerse a salvo y lograron marcharse de Cwm poco antes de que llegaran los hombres del sheriff y registraran toda

la casa. El P. David se escondió en Llanfihangel Llantarnam, pero unos católicos apóstatas lo denunciaron y fue arrestado el 17 de noviembre de 1678 justo cuando se disponía a decir misa, pues era domingo. Llevado a Aberganny, fue luego encerrado en la cárcel de Monmouth, donde estuvo hasta mediados de enero de 1679 en que fue llevado a la de Usk. En el juicio de marzo compareció ante el juez sir Robert Atkins, ante el cual una testigo declaró haberle visto ejercer el ministerio sacerdotal católico. Fue entonces condenado a muerte. La ejecución tuvo lugar en Usk, frente a donde está ahora la iglesia de San Francisco Javier. El mártir se dirigió a los presentes y confesó ser católico, sacerdote y jesuita, y dijo que como se le condenaba por haber dicho misa y administrado los sacramentos, él moría por la causa de la religión. Exhortó a todos a ser firmes en la fe, frecuentar los sacramentos, sufrir con paciencia las aflicciones y persecuciones y perdonar a los enemigos. La gente se quedó tan conmovida con estas palabras que empezó a tirar piedras al verdugo, el cual se marchó, siendo sustituido por otro. Sus últimas palabras fueron: «Dulce Jesús, recibe mi alma». Fue entonces ahorcado y descuartizado.

Fue canonizado el 25 de octubre de 1970 por el papa Pablo VI.

BEATO RAMÓN MARTÍ SORIANO

Presbítero y mártir († 1936)

Nació en Burjassot, Valencia, el 7 de octubre de 1902 en una familia de condición muy modesta. A los doce años quería ser salesiano, pero le aconsejaron que fuera sacerdote secular para poder así ayudar a sus familiares. Primero fue alumno externo del seminario, y luego fámulo del rector y oficial de la secretaría de estudios. Vivía con amor su pobreza y decía que no sería sacerdote para ganar dinero. Se ordenó sacerdote en 1926 y fue enviado como coadjutor a Vallada, donde hizo una gran labor apostólica, cuidando de manera particular la catequesis de niños y adolescentes y la liturgia. Tuvo también un agudo sentido social, y una atención muy especial con los pobres, atendiendo en cierta ocasión personalmente a un enfermo de lepra con

el mayor sigilo. Era también un magnífico director de almas, y hacía de auténtico enfermero con el anciano párroco, de carácter difícil y de salud mental endeble, del que fue regente a causa de su situación. Vivía con alegría la pobreza y no se avergonzaba de sus humildes orígenes. Tras las elecciones de 1936 se le expulsó el viernes santo del pueblo, no sin que antes él hubiera advertido en el púlpito de los peligros que corría la religión. Y animó a los fieles a perseverar hasta el martirio. Estas palabras fueron calificadas de «políticas». Su expulsión fue muy sentida en el pueblo.

Estallada la revolución del 18 de julio, él estaba en su pueblo natal Burjassot con sus familiares en la casa de una hermana casada y siguió atendiendo a las hermanas trinitarias, de las que era capellán, pero las hermanas hubieron de dejar el convento y dispersarse. Pasaba los días en retiro y oración, vistiendo su sotana y serenando a sus familiares, y mostrándose dispuesto a ser fiel a su sacerdocio hasta el final. El 27 de agosto vinieron a buscarlo cuatro milicianos. Él los recibió asegurándoles que no renegaría de Dios ni de su religión, y que podían matarlo si ser sacerdote era delito. Se despidió de su familia y fue llevado al Comité. Se le propuso renegar de Jesucristo y así salvarse. Él se negó. Aquella noche insistieron en que renegara. Él dijo que no. Fue llevado a la carretera de Godella a Bétera y allí fue fusilado.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

28 de agosto

A) Martirologio

1. En Hipona, San Agustín († 430), obispo y doctor de la Iglesia **.
2. En Roma, en la Vía Salaria antigua, San Hermes († s. III), mártir.
3. En Constanza (Suabia), la conmemoración de San Pelagio († s. III), mártir.
4. En Briande (Aquitania), San Julián († s. III), mártir.
5. En Constantinopla, San Alejandro († 340), obispo *.

6. En Cartago, San Restituto († 360), obispo.
7. En Sarsina (Italia), San Vicinio († s. III/IV), obispo.
8. En Saintes (Galia), San Viviano († s. V), obispo.
9. En Egipto, San Moisés el Etíope († 400), monje.
10. En Sevilla, Santa Florentina († s. VII), virgen, hermana de los SS. Leandro e Isidoro **.
11. En Londres (Inglaterra), beatos Guillermo Dean, Guillermo Gunter, Roberto Morton, Tomás Holford y Santiago Claxton, presbíteros; Tomás Felton, religioso mínimo, Enrique Webley y Hugo More († 1588), mártires bajo el reinado de Isabel I *.
12. En Lancaster (Inglaterra), San Edmundo Arrowsmith († 1628), presbítero, de la Compañía de Jesús, mártir bajo el reinado de Carlos I *.
13. En Monterrey (California), Beato Junípero (Miguel) Serra († 1784), presbítero, de la Orden de Hermanos Menores **.
14. En Rochefort (Francia), Beato Carlos Arnoldo Hanus († 1794), presbítero y mártir *.
15. En Barcelona, Santa Joaquina de Vedruna († 1854), viuda, fundadora de la Congregación de Hermanas Carmelitas de la Caridad, cuya memoria se celebra en España el día 22 de mayo. (Cf. *Año cristiano. Mayo,* p.493-497).
16. En Lliria y en Moncada respectivamente, ambas poblaciones en la región valenciana de España, beatos Juan Bautista Faubel Cano y Arturo Ros Montalt († 1936), mártires *.
17. En Vinalesa, de la misma región, Beato Aurelio (José) Ample Alcaide († 1936), presbítero, de la Orden de Menores Capuchinos, mártir *.
18. En Nawojowa Gora (Polonia), Beato Alfonso María Mazurek († 1944), presbítero, religioso carmelita descalzo, mártir *.

B) Biografías extensas

SAN AGUSTÍN

Obispo y Doctor de la Iglesia († 430)

Es el más genial y completo de los Padres de la Iglesia y uno de los hombres más extraordinarios de la humanidad. Nació en Tagaste, pequeña ciudad de la Numidia. Su padre, llamado Patricio, era pagano. Su madre, modelo cabal de madres cristianas, fue Santa Mónica, quien le educó en los rudimentos de la religión y le enseñó a paladear las dulzuras del nombre de Jesús. Más tarde se llamará Agustín a sí mismo «hijo de las lágrimas de su madre».

Dotado de imaginación ardiente, de temperamento apasionado, de vivacísima inteligencia, descolló en el estudio de las letras humanas. Se dio con ardor a la literatura y a la elocuencia.

Madaura y Cartago fueron el escenario de sus primeros triunfos de retórico y polemista. Conoce el halago y la embriaguez de la gloria. Y, a la vez que se sumerge en el estudio de las artes y de la filosofía, se deja arrastrar por el viento de las pasiones nacientes. «No amaba todavía —nos dice él mismo— y ya deseaba amar». Comienza la etapa de sus primeros errores. Abraza el maniqueísmo porque, a pesar de lo contradictorio de sus doctrinas, creyó ver un principio de elevación moral en la externa austeridad de los maniqueos, en su aparente castidad, en su virtud simulada. Pronto desertó del maniqueísmo, porque no satisfacía a sus profundas inquietudes ni a la sinceridad de su corazón, ávido de verdad. En Cartago consiguió brillar su genio retórico; triunfó en concursos poéticos y certámenes públicos, y arrastró con el cautiverio de su elocuencia y de su profundo saber a las multitudes, que le escuchaban como a un oráculo.

Pero Agustín se siente defraudado; no encuentra la verdad que tanto ansiaba ni en las diversiones públicas, ni en el estudio de retóricos y poetas, ni en el análisis de las viejas teogonías. En el 383 decide partir para Roma. Y allá le sigue su madre, Santa Mónica. Cae gravemente enfermo. Protegido por Símmaco, prefecto de Roma, obtuvo una cátedra en Milán, donde —según él dice— «abrió tienda de verbosidad y de vanilocuencia». En esta ciudad conoció a San Ambrosio, y empezó la lección de las Sagradas Escrituras. Oía el canto de los fieles en el templo, y su corazón encontraba una inefable paz, que le hacía derramar lágrimas. Estudia la filosofía de los académicos, y se acrecientan sus incertidumbres y la tragedia de su alma. Le atormentaba el problema de la verdad, sobre todo. «Tú —dice— me espoleabas, Señor, con aguijones de espíritu... Tú amargabas mis dichas transitorias». Platón y Plotino abren en su inteligencia caminos insospechados y le encienden en un ansia nueva de verdad. Pero es San Pablo el que definitivamente derrumba el castillo de sus vanidades y le gana para la fe. En el 386 se decide a consagrarse al estudio metódico de las verdades del cristianismo. Renuncia a su cátedra y se retira con su madre y sus amigos a Casiciaco, cerca de Milán, para dedicarse enteramente a la meditación y al estudio. Es bautizado por San Ambrosio el 23 de abril de 387, a los treinta y tres años de edad.

Desde el momento en que entró Dios a velas desplegadas por su corazón, es San Agustín la demostración más palmaria de la dramática lucha entre lo humano y lo divino, entre la libertad y la gracia, entre la rebeldía de la carne que se encierra en su pertinaz autoctonía y el anhelo del alma que busca una base eterna para sus amores, entre la fuerza centrífuga del hombre, solicitado por la insinuación tentadora de las cosas transitorias, y la necesidad de concentrarse, de homogeneizarse, para superar lo visible y dar a la vida un rango categorial permanente. El ancla rota de su espíritu navegante, sumido en incertidumbres, se asió fuertemente en las ensenadas de la verdad. Dios se desplegó ante sus ojos atónitos, húmedos de gozo nuevo y de una felicidad recién nacida en su alma, con toda su magnificencia; y toda aquella vida dinámica, sin perder nada de su vitalidad, de su dramática grandeza, se concentró radicalmente en Dios, y así se verificó en él la integración del hombre en la plenitud de sus energías, y no supo ya en adelante vivir más que para la verdad, el alma y Dios, esas tres grandes realidades supremas, a las que sólo podemos llegar movilizados por la caridad y el entendimiento del amor.

Ya bautizado, retorna al África; pero antes aconteció en Ostia la muerte de su madre. Cuando llegó a Tagaste vendió todos sus bienes y distribuyó entre los pobres el beneficio de los mismos. Se retira a una pequeña propiedad para hacer vida monacal perfecta con sus amigos. De ahí había de nacer más tarde su famosísima regla fundacional. La fama de Agustín cobra cada día nuevo incremento. Es ordenado presbítero de Hipona, y en 396 sucede en el episcopado a Valerio. En su casa episcopal establece la observancia regular.

La actividad de San Agustín como obispo es enorme. Predica, escribe, polemiza, preside concilios, resuelve los problemas más diversos de sus feligreses. Es el oráculo de Occidente. De todas partes acuden a él en demanda de soluciones para los problemas más arduos. Se le ha llamado el martillo de los herejes: maniqueos, donatistas, arrianos, pelagianos, priscilianistas, académicos, etc., fueron cediendo ante el vigor y la claridad de sus refutaciones. Su caridad era tan profunda como su genio. Cargado de días y de merecimientos, mientras los bárbaros

invadían el África y asediaban a Hipona, muere San Agustín el 28 de agosto de 430.

San Agustín ocupa un lugar preeminente no sólo en la historia de la Iglesia, sino también en la del pensamiento humano. Sus obras múltiples sobre las más diversas cuestiones conservan una perennidad inmarcesible. Su genio tocó las cimas más elevadas. Lo que él escribió acerca de la libertad, la gracia, el alma, Dios, la Providencia, el amor, la justicia, el bien y el mal, la fe, la justificación y el concurso, sobre la Trinidad y la vida bienaventurada, el orden y el pecado, etc., ha pasado a constituir doctrina y fundamento de razón. Su lenguaje apasionado y cálido, expresivo y personal, seduce, convence y conmueve.

La actualidad de San Agustín es unánimemente reconocida. No envejecen ni su lenguaje ni su pensamiento. Es el gran maestro y pensador del cristianismo.

> «Todas las influencias del pasado —dice Eucken—, como todos los impulsos de su tiempo, los hace suyos Agustín, los recoge él y los transforma y vitaliza en un acorde prodigioso y nuevo».
>
> «Agustín es el mayor genio de la cristiandad», dice Harnack.
>
> «La aparición de Agustín en la historia del dogma —dice Ph. Schaff— hace época, especialmente en lo que concierne a las doctrinas antropológicas y soteriológicas, a las cuales imprimió un progreso inmenso, llegando a un grado de precisión y de claridad como no lo había tenido hasta entonces la conciencia de la Iglesia».

San Agustín ha sido el oráculo de los concilios, el gran explorador de la intimidad religiosa, el formulador de la unidad teológica en la que se resuelven todas las tendencias del corazón y de la inteligencia. Sus obras capitales —entre la muchedumbre de sus obras que abarcan todos los ámbitos del saber— son las *Confesiones, De Trinitate, De Civitate Dei, De libero arbitrio, De natura et gratia, Enarrationes in Psalmos, De Genesi ad litteram,* los *Tratados sobre Juan,* las *Epístolas* y los *Sermones.* Su autoridad es inmensa. Con razón se ha postulado siempre en los momentos dramáticos el retorno a San Agustín.

El nombre de San Agustín, con sólo pronunciarlo, dilata gloriosamente el ámbito de la cultura, y abre súbitos paisajes espirituales y sorprendentes perspectivas a la contemplación y profundización de la vida, del alma y de Dios. Es difícil precisar

los confines de la irradiación de su pensamiento y el área de su influencia incesante, de la seducción de su personalidad poderosa.

Con San Agustín nos encontramos en cada episodio del drama humano, lo mismo en las exploraciones más arriesgadas del pensamiento y de la intimidad del alma que en el planteamiento y solución de los problemas más arduos de toda índole, que en las apasionantes y angustiosas jornadas del hombre que se debate por la conquista de Dios, y por hallar una base eterna a sus inquietudes y al ansia perenne de su corazón.

San Agustín —dice Papini— insiste en la necesidad de la razón para llegar a comprender los dogmas de la fe; pero al mismo tiempo reconoce que la fe sola, de por sí, ayuda a comprender. «Entiende —dice el santo— para que creas en mi palabra; cree, para que entiendas la palabra de Dios». De ahí esas admirables fórmulas, de valor reversible, exuberantes de contenido, con que San Agustín trata de conjugar el ejercicio alternante de la fe y de la razón, que se traducen siempre en entendimiento, en visión, en sabiduría. «Ama mucho la inteligencia» —reitera el santo—, reconociendo sin reservas las prerrogativas de la inteligencia; pero no de la inteligencia presuntuosa, que se basta a sí misma, sino de la inteligencia abierta a las claridades de la fe, que por la razón se hace también inteligible y desemboca en la plenitud de la caridad. El verdadero filósofo «cree cuando piensa y piensa cuando cree». Claro es que el acto de fe religiosa no es obra del esfuerzo del hombre, sino donación de Dios. Pero el hombre, por un esfuerzo íntimo, personal, humilde, y por la disciplina de la razón, puede disponerse al don de la fe, abatiendo la altivez del orgullo y la tiranía de la concupiscencia con la intervención de la gracia. La virtualidad del pensamiento agustiniano radica en que lo mismo habla y convence al hombre de la razón que al hombre de la fe, que refuerza la debilidad de la razón con las seguridades que le presta la fe, para llegar por caminos más breves e iluminados a la conquista de la verdad y a la quietud deseada del corazón.

Maravilla ciertamente la sinceridad y la resolución con que San Agustín aborda los problemas más complicados, y la claridad y gallardía con que logra las soluciones más inesperadas y

de perenne vigencia. A ello contribuye, sin duda, la admirable eficacia de su estilo, la expresividad y viveza de sus fórmulas, los hallazgos verbales incomparables de su genio literario, que confieren a su obra inmarcesible perennidad.

San Agustín precisa agudamente los límites de la razón y la función de la fe en orden al conocimiento de Dios y de las cosas transitorias o permanentes. Pero introduce un nuevo elemento en este proceso de la inteligencia a la fe y de la fe a la inteligencia, que es lo que caracteriza y confiere profunda originalidad a la teoría agustiniana del conocimiento: ese nuevo término es el amor. Para que la fe y la razón logren la plenitud de su eficacia es preciso que estén movilizadas, vivificadas, por la fuerza potenciadora de todo el ser, que es la caridad. Ésa es la gran afirmación agustiniana. La caridad, el amor, es el principio radical de creer y de entender con fecundidad y merecimiento. La fe que lleva a la inteligencia es la que San Agustín llama «la creencia en Dios», que consiste en unir el amor y la fe. Ir a Dios por la fe es incorporarse a él y a sus miembros, es decir, al prójimo, por la caridad; he ahí lo que Dios exige de nosotros: no una fe cualquiera, sino la fe que obra por la caridad.

> «Cuando el alma —escribe el santo— se halla penetrada de la fe que obra por la caridad, tiende, a causa de la pureza de su vida, a elevarse hasta la contemplación, donde la perfección de la santidad revela a nuestros corazones la inefable belleza, cuya plena visión constituye la suprema felicidad».

San Agustín nos renueva su lección inacabable en todos los ámbitos del pensamiento. Lo que urge es acercar al Santo de la caridad a este mundo tan necesitado de claridades, del remedio de la caridad para encontrar la quietud de su corazón.

Al hacer el santo el análisis de su alma hizo a la vez el estudio más certero y audaz del alma humana. El contenido emocional de sus obras es lo que ha podido inducir a muchos a creer que ellas contienen, más que un riguroso valor filosófico, un valor afectivo o ético-místico, cuando, cabalmente, una de las consecuencias más definitivas del santo es haber logrado hacer confluir las dos grandes corrientes interiores, la afectiva y la intelectiva, forzándolas a correr por un mismo cauce, ancho y tumultuoso, y rendir toda su multiplicada eficacia. De

ahí ese valor de vida, ese calor de humanidad, ese tono cordial y amoroso, esa complejidad de su obra, jamás marchita. «Su filosofía, es una filosofía de valores» —ha dicho Hessen—. Es verdad: pero estos valores, estas estimaciones filosóficas agustinianas, rinden su eficacia y adquieren categoría en función de otros valores de supremo rango, del alma y Dios, que eslabonan y ajustan todas las piezas de su obra y la enriquecen de finalidad.

La vida es el hecho radical, básico, de nuestro ser; pero para que ésta tenga un sentido de validez, una justificación adecuada, hay que hacerla desembocar en una realidad de superior jerarquía; hay que orientarla sabiamente hacia Dios. El sentido y la aspiración de la vida no se nutren ni tienen en sí mismos su razón suficiente; necesitan un término de correlación eterna, que es Dios. El ala está hecha para el vuelo como el alma para la felicidad, no esta felicidad abreviada que se cotiza en los mercados y lonjas del mundo, sino la felicidad íntegra y acabada, capaz de coordenar y absorber todas las actividades y anhelos que vibran en lo íntimo del ser, y de traducirse en posesión indeficiente. Dice el santo:

> «El alma no tiene más que un alimento: conocer y amar la verdad».
>
> «Nada vale lo que un alma, ni la tierra, ni el mar, ni los astros».
>
> «El alma es obra de Dios; el alma es un ojo abierto que mira siempre hacia Dios; el alma es un amor abierto a lo infinito. Dios es la patria del alma».

En su obra, se pueden hallar con frecuencia expresiones bellísimas por el estilo. Hablando de Dios y del alma, el corazón de Agustín no se agota nunca —decía Fénelon—; él solo vale por una legión de genios. Él busca ante todo la verdad; esta nostalgia innata de la verdad es el arpón que llevó prendido como un dardo de fuego; pero, si hubiese buscado sólo la verdad filosófica, no habría rebasado el nivel de un neoplatónico o de un académico teorizante: él buscaba no sólo conocer, sino poseer y amar la verdad. El tipo especulativo no se separa nunca en él del afectivo.

Dios y el alma son las dos palabras solemnes que San Agustín impregnó de sentido y lanzó con toda la capacidad de su contenido, como un eco resonante y prodigioso, por toda la

amplitud de la Edad Media. Los escolásticos y los místicos recogieron la onda concéntrica de esta transmisión agustiniana, que conmovió a los más excelsos pensadores. Sus resonancias no han languidecido aún, antes bien, se robustecen y refuerzan con el tiempo.

San Agustín no sólo fijó el anhelo de la verdad, sino también su objeto: el camino era la inmersión en sí mismo, el retorno al propio corazón. Hay que echar hondo el ancla en el mar del corazón, fijar el pie en la tierra firme del alma, para ascender a Dios. Esta reversión al hombre interior en San Agustín, sin desdeñar el espectáculo del mundo sensible, este descubrimiento del proceso de la intimidad, ha sido —como indiqué antes— la clave de la mística de la Edad Media y, sobre todo, de la española del Siglo de Oro, y constituye hoy el punto crítico, el eje de gravitación de los movimientos e inquietudes filosóficos. ¿Qué extraño es que en este genio poderoso se hayan tratado de fundamentar sistemas y teorías, si, a veces, una simple referencia o insinuación, soltada como al azar, aparece llena de sentido o de potencia virtual? Este retorno al hombre interior, como punto de apoyo para ulteriores aspiraciones del mundo sensible, para fijar la posibilidad de conocer las realidades circunstantes y familiares, sin recluirse en sí mismo de modo que se corte todo acceso y comercio, al través de las ventanas del espíritu, con el resto del universo, es hoy una lección altísima contra el subjetivismo —ya en declive— hermético y suicida, y contra la tendencia positivista, que desatiende al hombre interior, solicitado sólo por el hecho concreto, por la realidad mensurable, por el resultado pragmático de los fenómenos, por la industrialización de los valores, por un afán práctico, sin perspectivas. En la moderna restauración de la metafísica, la influencia agustiniana es evidente, y quizá la que logre flotar de estos nobles esfuerzos restauratorios ha de ser lo que más vestigios de San Agustín contenga.

> «La asociación de un movimiento progresivo al alma humana constituye el valor incomparable de San Agustín —ha dicho Eucken—; al elevar la fuente de la verdad y del amor muy por encima de la pequeñez humana, ha creado un tipo nuevo de vida sentimental, religiosa y aun histórica».

Del alma se encumbra San Agustín a Dios, capaz de beatificarla. «¡Tarde os amé, hermosura siempre antigua y siempre nueva, tarde os amé!», exclama con inmortal gemido.

> «Vos estabais dentro de mi alma y yo, distraído, os buscaba fuera y, dejando la hermosura interior, corría tras las bellezas exteriores, que Vos habéis creado. ¡Y estas hermosuras que, si no estuvieran en Vos, nada serían, me apartaban y tenían alejado de Vos! Pero me llamasteis y tales voces me disteis, que mi sordera cedió a vuestros gritos. Me disteis a gustar vuestra dulzura, que ha excitado en mi espíritu hambre y sed vivísimas, y me encendí en deseos de abrazaros».

Sigamos copiando sus palabras, que son un regalo perpetuo, una delicia para el alma:

> «Heristeis mi corazón con vuestra palabra y al punto os amé. Pero ¿qué es lo que yo amo, amando a mi Dios? No es hermosura temporal, ni bondad transitoria, ni luz material, grata a los ojos; no suaves melodías de cualesquiera canciones; no la gustosa fragancia de las flores, ungüentos o aromas; no la dulzura de la miel, ni deleite alguno del tacto o sentido corporal. Nada de eso es lo que yo amo amando a mi Dios, y, no obstante, es semejante a la luz, y como aroma, y como fragancia, y como manjar, y como deleite de mi espíritu. Resplandece en él una luz que no ocupa lugar; se percibe un sonido que no arrebata el tiempo; se siente una fragancia que no esparce al aire, se recibe un gusto que no concluye, como el de los manjares; y se posee íntimamente un bien tan deleitoso, que, por más que se goce y se sacie el deseo, nunca causa enojo ni fastidio. Todo esto amo cuando amo a mi Dios».

Yo no sé que en el lenguaje humano articulado se pueda decir más.

Sería absurdo que el alma aspirase a Dios si de suyo le viniera esta aspiración, esta capacidad de Dios: su capacidad limitada no podría sospechar siquiera lo infinito; pero al sentir estas sospechas, estos indicios, estos anhelos de lo infinito, por fuerza tienen que provenirle de algo que sea de capacidad infinita, es decir, de Dios.

Por eso el alma enfila su proa a Dios en constante anhelo. En todas las cosas descubre posibilidades de conocimiento; aptitud para ser conocidas y para remontarse a Dios.

Claro es que entonces no estaba la filosofía tecnificada ni poseía recursos categoriales, legitimados por el triunfo de lo

teórico: pero San Agustín, genial siempre, cuando le falta el instrumento, lo crea. Y así no le es difícil pasar del *Logos* alejandrino, precristiano, a las claridades del Verbo, y del *Nus* de Plotino, al Dios personal de San Pablo, recogiendo las más limpias vibraciones del pensamiento griego, agnóstico y senequista, no como un mísero rapsoda, sino injertándoles un sentido nuevo en su concepción grandiosa del cosmos y de la vida.

¡Y qué armoniosa y grande resulta esta concepción cosmológica de San Agustín! ¡Qué magníficamente va eslabonando verdades y sistemas, fijando las relaciones entre Dios y el alma por medio de la religión! ¡Cómo se amplía ante su mirada vivaz el escenario del conocimiento, y cómo convoca a todas las cosas creadas, jalones para lo suprasensible, hasta llegar al *agnitio Dei experimentalis,* y cómo entonces cobra sentido la tumultuosa diversidad fenoménica del mundo y descubre en él una radiante fotosfera, que no es más que la huella, el vestigio de Dios! ¡Cuán armoniosamente se alían y armonizan en Agustín la razón y la fe, la *fides quaerens intellectum,* el *credo ut intelligam,* el *intellectum valde amat,* que él proclamó no como un mero recurso teórico, como un enunciado hipotético matemático, sino como una realidad viva actuante en su ser! ¡Y cómo se enriquece el pensamiento y se ennoblece el sentido de la vida, al pasar por la urdidumbre maravillosa del genio de Agustín: y cómo después de haberse sumergido en su propio corazón comprende mejor la razón del cosmos, que le vocea y le habla de Dios, descubriendo en todas las cosas la ley del orden, la *ordo ordinans,* y deduciendo que el alma está ordenada al amor, que el corazón está ordenado ineludiblemente a Dios, que la virtud es el orden del amor, *ordo amoris,* definición maravillosa que brillará siempre por encima de los austeros sofismas kantianos! En la naturaleza descubre el orden del ser; sólo en el hombre ve la posibilidad de la infracción del orden. Dios ha constituido el orden de las edades en una serie de contrastes, como una acabada poesía: ve el enigma del pecado introducido en el mundo, que alteró la jerarquía interna de las humanas tendencias, por el desorden del amor; pero en el pecado mismo encuentra la solución de los enigmas de la vida, y descubre la armonía providencial de la economía religiosa y la necesidad de retornar a Dios, al *servire*

Deum liberaliter, al arrepentimiento para sustraernos de la servidumbre del pecado, por medio del conocimiento y del amor, ya que el conocer no es para San Agustín más que una forma egregia de amar.

Porque amó tanto y vivió con tan grande sinceridad su pensamiento, resulta en San Agustín tan generosa y fecunda la verdad. El amor que se vive es el amor más fuerte y contagioso: la verdad que se ama es la que tiene más sentido de vida, así como el dolor que dilacera la carne y deja en ella un surco hondo y ancho es el que más prospera y florece en germinaciones.

Agustín vivió profundamente su vida y su obra: he ahí el secreto de su vitalidad; pero las vivió del modo que pudo vivirlas un temperamento de su estirpe. «Sus ideas —ha dicho Eucken— son principalmente expresiones de su personalidad y aún diríamos mejor su vida personal inmediata».

La verdad y el dogma en la pluma del santo tienen calor de simpatía y de humanidad. La sinceridad se le desborda de los senos del alma y logra contagiar a cuantos se le acercan. Es difícil encontrar en él una frase que no le salga del alma o la caliente primero en la oleada de sangre de su corazón.

Su vida, desde que el espíritu del Evangelio cayó sobre él como una lluvia buena, fue una demostración experimental del valor de la caridad y de la gracia; fue una prolongada antífona delatora de la misericordia y munificencia del Señor; fue toda ella como aceite puro de los mejores olivares, flor de harina nueva, agua limpia de hontanar cimero, perdido entre las rocas, ditirambo y júbilo por el hallazgo de aquella verdad tan largamente codiciada.

Por eso es el poeta de la verdad y de la intimidad: el genio siempre en vuelo, pero siempre humano y lleno de misericordia y comprensión para las humanas debilidades, que acertó a aliar el amor y el pensamiento en recíproca fecundidad, que recogió en su obra la herencia de los afanes y de los anhelos humanos; que enseñó la gran pedagogía de la gracia, del concurso y de la providencia de Dios; que enriqueció la vida del corazón y del sentimiento y formuló sus leyes y sus exigencias; que coordinó la urdidumbre misteriosa de las relaciones entre la naturaleza y la vida sobrenatural; que sentó el parentesco solemne existente

entre Dios y las cosas creadas; que creó una literatura nueva, enriquecida de expresiones nunca oídas, para hablar de la verdad, de Dios y del alma y para loar las excelencias del amor, primer motor del universo, el *pondus animae,* que le inspiró tantas armonías.

Así se explica su perenne actualidad, el retorno continuo hacia él, su presencia constante en la historia del pensamiento y de la conciencia.

Pocas veces se habrá dado mayor unanimidad en el elogio que al tratar de San Agustín. *Vir sane magnus et ingenii stupendi,* le llamaba Leibniz.

«¡Cuán santo varón, cuán docto escritor, ¡Dios eterno!, es San Agustín, gloria y sostén de la República cristiana!», exclamaba Vives.

«Chaque fois —dice el padre Portalié— que la pensée chrétienne est éloignée de lui, elle a décliné et langui; chaque fois qu'elle est revenue à lui, elle a repris flamme et vigueur nouvelles».

«Nadie —escribía San Buenaventura— ha dado más satisfactorias respuestas a los problemas de Dios y del alma que San Agustín».

Harnack le compara a un «árbol plantado a las márgenes de las aguas vivas, cuyas hojas jamás se marchitan y en cuyo ramaje anidan las aves del cielo».

W. Dilthey le llama «el más profundo pensador entre todos los escritores del mundo antiguo».

Gatry le caracterizaba como «el Platón de la filosofía del mundo moderno y quizá el genio metafísico más portentoso que han visto los tiempos».

Indudablemente, vivimos de su herencia.

FÉLIX GARCÍA MARTÍNEZ, OSA

Bibliografía

AGUSTÍN (San), *Obras completas,* de la Biblioteca de Autores Cristianos, 41 vols.
GUILLOUK, P., *El alma de San Agustín* (Barcelona ^{2}1947).
HESSEN, J., *Augustins Metaphysik der Erkenntnis* (Leiden ^{2}1960).
MAUSBACH, J., *Die Ethik des heiligen Augustinus* (Friburgo ^{2}1929).

MAYR, F., OSA, *Divus Augustinus vitae spiritualis magister: seu instructio hominis christiani per pia quaedam, ac salutaria documenta ex santissimi patris...* (Barcelona 1895), 2 vols.

ZAMEZA, J., SI, *Amemus Ecclesiam. Instrucciones patrístico-misionales para sacerdotes* (Burgos 1936).

• Actualización:

CALVO MADRID, T., *San Agustín. Compendio de su vida y de su obra* (Granada 1978).

CAMPELO, M., *Agustín de Tagaste, un hombre en camino* (Valladolid 1985).

CAPÁNAGA, V., *Pensamientos de San Agustín* (Madrid 1996).

CIPRIANI, N., «San Agustín», en R. LATOURELLE - R. FISICHELLA - S. PIÉ-NINOT (dirs.), *Diccionario de teología fundamental* (Madrid ²2000) 43-55.

HUSCENOT, J., *Los doctores de la Iglesia* (Madrid 1999) 127-142.

JIMÉNEZ DUQUE, B., «Agustín de Hipona», en C. LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los Santos,* I (Madrid 2000) 83-95.

JUAN PABLO II, *Carta apostólica «Augustinum Hipponensem», con ocasión del XVI centenario de la conversión del obispo de Hipona: AAS* 79 (1987) 131-170; *Augustinus* 32 (1987) 9-71.

MORIONES, F., *Teología de San Agustín* (Madrid 2004).

NOS MURO, L., *San Agustín de Hipona. Maestro de la conciencia de Occidente* (Madrid ²1989).

PRZYWARA, E., *San Agustín, perfil humano y religioso* (Madrid ²1984).

SANTA FLORENTINA

Virgen († s. VII)

Pocas veces han coincidido en la misma familia cuatro hermanos santos, hijos de un único matrimonio, formado por Severiano, católico, descendiente de la mejor nobleza hispanorromana, y de una madre arriana y visigoda, cuyo nombre no conocemos, pues el nombre de Túrtura o Tórtura asignado a su madre, es una mala interpretación que la identifica con Túrtura, superiora y formadora de Florentina en el convento donde profesaría luego la santa, resultando ser su verdadera madre espiritual. En algún documento se afirma que tan afortunados padres fueron Duques de Cartagena. Aunque no se pueda llegar a tanto sí hay que conceder que su padre era uno de los personajes más influyentes de la región.

Célebres por múltiples razones, esos hijos se llamaban Leandro, hermano mayor y arzobispo de Sevilla; Fulgencio, obispo de Écija y Cartagena; Florentina, abadesa en un convento de Écija; e Isidoro, hermano menor y también arzobispo de Sevilla.

Se habla de otra hija, Teodosia o Teodora, la segunda en el escalafón, que casó con el rey Leovigildo y que fue madre de

Recaredo y San Hermenegildo, pero no existen datos fiables para tal afirmación, aunque se haya popularizado el hecho.

Tampoco es fiable el dato de que la madre de Severiano, doña Sancha, esposa del rey visigodo Leovigildo, repudiada por su esposo al no ser cristiana, tuviera que huir a Cartagena llevándose a su hijo Severiano. Aquí sí contraería matrimonio Severiano hacia el año 545 y aquí tuvo sus hijos. Florentina podría haber nacido por el año 550, aproximadamente.

Cuando los bizantinos se establecen en la costa levantina hacia el año 554 gracias a la cesión que les hace Atanagildo, la familia de Florentina tuvo que ausentarse, pues los padres profesaban el arrianismo. No sabemos si esa determinación fue un destierro o una elección voluntaria, que para los efectos era un destierro. Establecidos en Sevilla, sabemos que la madre abrazó el cristianismo: «El destierro me hizo conocer a Dios». Un favor divino que no olvidará nunca.

Es muy probable que el año 568, año de la reconquista de Sevilla por Atanagildo, marque la fecha del asentamiento de la familia de Florentina en su nuevo domicilio, tras largos años de sufrimientos. Los padres murieron muy pronto y el hijo mayor, Leandro, tuvo que encargarse de la educación de sus hermanos, según el deseo manifestado por la madre, antes de morir. Una responsabilidad que cumplió con exquisita entrega. Él mismo llegaría a ser arzobispo de Sevilla.

Por el año 577 o 578 Leandro accedió a la sede de Sevilla y se vio inmerso en los grandes y graves problemas de la conversión de los últimos reyes arrianos visigodos para culminar en la conversión de Recaredo y antes en las revueltas y martirio de San Hermenegildo. Resulta probable que al final de sus días Leovigildo cayera en la cuenta de sus errores y se convirtiera al cristianismo. Tal vez el propio hijo y heredero Recaredo oyera de sus labios moribundos el consejo de que debía abjurar del arrianismo.

Huérfana ya, Florentina ingresa en el convento o monasterio de la Orden benedictina de Nuestra Señora del Valle en Écija, la antigua Astigis. La educación y los consejos de su hermano Leandro fueron determinantes. Aquí conseguiría su plenitud espiritual. La superiora, Túrtura, aceptó como un regalo de Dios aquella vocación, pues en esos momentos su hermano

Fulgencio era obispo de Écija. La entrega de Florentina fue definitiva, tanto que, al morir la superiora, fue elegida abadesa contra su voluntad. Tal decisión estimuló a otras muchas mujeres que siguieron su ejemplo hasta el punto de que entre los numerosos conventos que seguían aquella misma orientación y regla pudieron arrojar una suma superior a las mil religiosas. El P. Llanos habla de «más de cuatrocientos conventos o eremitorios». El nombre de Florentina aparece ya en el santoral visigótico al lado de sus hermanos, que la dedicaron varios escritos.

La presencia de San Fulgencio en el IV concilio de Toledo y en el II de Ávila nos obliga a pensar que San Fulgencio pudo morir entre los años 620 y 630. En consecuencia, por esos mismos años hay que hacer coincidir la muerte de Santa Florentina, de una edad aproximada. Resulta fiable su muerte el año 633. Inicialmente, según los deseos de ella misma, sus restos fueron sepultados en Écija.

Cuando el hermano menor, Isidoro, es nombrado obispo de Sevilla, y siguiendo la costumbre de la época, manda levantar el panteón familiar en la iglesia de San Juan de la Palma, construida por él mismo, donde serían depositados los restos de todos los hermanos. Sobre la tumba remataba una imagen de la Virgen, regalada por el papa San Gregorio Magno al arzobispo San Leandro.

Al llegar la invasión árabe por el sur, los cristianos huyen hacia el norte llevándose, ante todo, sus pertenencias sagradas. Entre ellas la urna que contenía los restos de Fulgencio y Florentina y la imagen que coronaba la tumba. En la huida los cristianos, cuando el cansancio les obligaba, escondían sus recuerdos en los lugares que creían más seguros y difíciles. Así a la Virgen la esconden junto al río Guadalupejo y la urna en las estribaciones de las Villuercas.

La imagen de María se descubriría milagrosamente y es hoy Nuestra Señora de Guadalupe. Los restos de los santos, también encontrados providencialmente, se veneraron en el pueblecito de Berzocana, muy cercano y todavía dentro de la provincia de Cáceres.

La historia de este hallazgo es bastante conocida: Hacia 1236, el 26 de octubre, un labrador que araba sus tierras descu-

bre por casualidad un sepulcro de mármol blanco. Da cuenta de los hechos a las autoridades competentes que con prontitud y laboriosidad abren el sepulcro y encuentran en él una caja de ébano, ricamente labrada, y unos escritos donde se asegura la pertenencia de los sagrados restos a San Fulgencio y Santa Florentina.

Aquí, inicialmente en un templo bastante pobre, comenzaron a ser veneradas las reliquias hasta el año 1592, época en que Guadalupe intenta llevarse al monasterio los ya reverenciados despojos. Por otro lado, también Murcia y Cartagena entablan un pleito reclamando se les entreguen a ellos, basándose en el hecho de que sean oriundos del lugar y en la pobreza del sitio donde recibían veneración dentro de un poblado insignificante.

El pleito se falla a favor de los extremeños de Berzocana, pero Felipe II exige se le entreguen cuatro huesos mayores o «canillas». Dos de esos huesos quedarían en el Monasterio de El Escorial y otros dos marcharían a Cartagena.

El entusiasmo de la población se desborda por la concesión real y a partir de ese instante comienza la construcción de una iglesia digna de los que en adelante llamará *Nuestros santos.*

Hay que suponer que por esa época la popularidad de la devoción debía haber trascendido los límites del pueblo y de la comarca y por eso tanto Guadalupe como Cartagena demuestran tan creciente interés en llevarse las reliquias.

El edificio parroquial donde se guardan los restos de los dos hermanos santos es «de grandiosas proporciones, aparentemente impropio para una población de vecindario reducido de la que no se conocen expansiones mayores en siglos posteriores».

> «Sólo pueden explicarse las grandes dimensiones en función del interés devocional del lugar, que convirtió el templo parroquial no en un simple centro de culto habitual, sino en el punto de encuentro de grupos numerosos de peregrinos devotos».
>
> «Éstos acudían, en los siglos XVI y XVII sobre todo, a rezar ante estos patronos de la diócesis de Plasencia, que con tantos milagros socorrían a sus fieles».
>
> «El interés en los santos no era sólo propio de nuestra región (Extremadura), sino que, por sus relaciones familiares con otros santos (hermanos de San Leandro y San Isidoro, y tíos de San Hermenegildo) se introduce en amplias zonas geográficas». (Cf. *infra: Monumentos artísticos de Extremadura).*

Tan majestuosa iglesia debió estar concluida en 1610 y en un retablo clasicista, en el cuerpo bajo, aparecen las imágenes de San Fulgencio y Santa Florentina. Sobre el altar figura el arca de las reliquias, «notable pieza de ébano, nácar, marfil y oro, ejecutada con la técnica de la taracea» (ibid.).

El traslado de los restos de los santos hermanos y la bendición de la nueva iglesia fue un acontecimiento singular celebrado el 3 de octubre de 1610 y presidido por el obispo de Plasencia, Fr. Enrique Enríquez, hasta el punto de que la ciudad de Trujillo, de la que dependía Berzocana, concedió «franquicia de alcabalas y tributos por ocho días, con muchos toros y comedias y danzas y luego otras cosas que hizo por cuatro días».

Para la catedral de Plasencia, y por esas mismas fechas, Gregorio Fernández talla dos monumentales estatuas de los mismos santos que presiden ahora el Retablo Mayor del primer templo diocesano, pues para entonces ya habían sido proclamados patronos de la diócesis.

En la antigüedad y en el mejor ascetismo de la Iglesia, Santa Florentina ha gozado siempre de especial interés porque a ruegos de ella y para su monasterio de Santa María del Valle, diócesis de Écija, de donde era abadesa, escribió San Leandro un libro sobre la *Institución de las vírgenes y el desprecio del mundo.* Nos lo recuerda el mismo santo en la dedicatoria.

Su otro hermano San Isidoro, a instancias también de ella, escribió *Sobre la fe católica del Antiguo y del Nuevo Testamento contra los judíos.*

La devoción a Santa Florentina en los tiempos modernos volvió a cobrar popularidad porque se la viene invocando contra las picaduras de los insectos. Una situación frecuente en los años en que crece la afectividad a la naturaleza.

Su fiesta se celebraba antes el 20 de junio porque en algunos martirologios se la identificaba con otra santa del mismo nombre y mártir en Florencia. Ahora resulta más lógica la festividad en la fecha actual.

La celebración de la fiesta en Berzocana está enmarcada en las fiestas que se acompañan del llamado «ramo», una celebración popular, propia de los santos de gran convocatoria, donde un grupo de mujeres jóvenes inicialmente vírgenes, con un ri-

tualismo muy especial y muy completo, cantan la vida de la santa y se acogen a su patrocinio en nombre de la multitud. Entre las múltiples estrofas, unas setenta, elegimos algunos ejemplos:

Para empezar a cantar
la licencia ya tenemos
que nos la dio Florentina
y su hermano San Fulgencio.
De Cartagena vinieron
San Fulgencio y Florentina.
De Cartagena vinieron
a reinar en esta villa...
Por la pérdida de España
huyendo de la tiranía
los trajeron a esta tierra
los clérigos de Sevilla.

El juicio final sobre la santa lo tomamos del jesuita P. José M.ª de Llanos:

> «Las vidas densas y solemnes de los tres obispos y padres de la Iglesia española y las de los dos reyes más limpios y generosos del reino visigótico, parecen cubrir la existencia simple y escondida de la joya de la familia, que cooperó a toda su grandeza, retirada como una Cenicienta en un convento.
>
> No sabemos de Florentina sino que, rechazando todas las proposiciones de matrimonio que por su alcurnia y belleza fueron muchas, decidió, siguiendo las sendas fraternas, consagrarse del todo a su Señor...
>
> Y que se fue de viejecita a gozar de su Dios sentada a la diestra de los tres graves hermanos y de sus dos sobrinos» (cf. *infra: Desfile de santos).*

JOSÉ SENDÍN BLÁZQUEZ

Bibliografía

ANDRÉS ORDAX, S. (dir.), *Monumentos artísticos de Extremadura* (Mérida 1986) 114-116.

FERNÁNDEZ SÁNCHEZ, T., *Historia de San Fulgencio, obispo y Santa Florentina* (Cáceres 1995).

GUTIÉRREZ MACÍAS, V., «Santa Florentina», en ID., *Mujeres extremeñas.* I: *Vidas de perfección, mujeres de recio temple y damas de América* (Cáceres 1977) 35s.

LLANOS, J. M.ª DE, SI, *Desfile de santos* (Madrid 1956) 612s.

BEATO JUNÍPERO (MIGUEL) SERRA

Presbítero († 1784)

Fray Junípero Serra ha pasado a la historia como un gran hombre, intrépido luchador por la promoción humana de los indios y por la defensa de sus legítimos derechos. Debe ser tenido como un auténtico humanista. Para la historia de la Iglesia siempre será un gran misionero, fundador de centros de misión y ejemplo de entrega a sus misionados. Tiene, por ende, un puesto de honor en la lista de los misioneros que han hecho historia. Además, sus virtudes le han merecido el honor de los altares como beato.

Nació el 24 de noviembre de 1713 en una villa de labradores de la isla de Mallorca llamada Petra. Dicho día recibió las aguas bautismales y el nombre de Miguel-José. Era el tercero de los hijos del matrimonio formado por Antonio Serra y Margarita Ferrer, que pertenecían a la humilde clase de labradores y canteros. Tuvo una infancia como la de todos los niños del mundo rural mallorquín de aquellas décadas. Sus padres eran cristianos a macha martillo y le supieron inculcar su fe. Como era débil y enfermizo, se preveía que le sería difícil trabajar en el campo o desgajar piedra de las canteras.

En Petra existía un convento franciscano donde inició el contacto con los frailes menores, aprendió las primeras letras, el canto litúrgico y el servicio del altar. A los trece años quiso ser fraile y sus padres le enviaron a Palma de Mallorca para que progresara en sus estudios y pudiera seguir su vocación. Solicitó su admisión como novicio franciscano el 4 de enero de 1730, recibió el hábito el 14 de septiembre de dicho año en el convento de Santa María de los Ángeles, el 15 de septiembre de 1731 emitió los votos religiosos y cambió su nombre de pila por el de Junípero, el del humilde, incondicional e imitador discípulo de San Francisco, con el que ha pasado a la posteridad.

Para completar la formación le enviaron al convento de San Francisco de Palma donde cursó estudios filosóficos y teológicos. Gracias a ellos su inteligencia, joven y despierta, estuvo en condiciones de llegar, con gran aprovechamiento, al conocimiento esencial de las cosas. Tanto que antes de recibir el sacerdocio fue nombrado lector de filosofía para el convento de San

Francisco, cargo que ejerció durante tres años. En diciembre de 1737 debió ser ordenado sacerdote.

Palma poseía su universidad desde 1489, iluminada por la gran figura de Ramón Llull. Contaba con cátedras de teología en las que se explicaban las grandes escuelas: luliana, escotista, tomista y suareciana. En ella consiguió el grado de doctor en 1744. El mismo año le nombraron «Catedrático de prima» de teología escotista de la dicha universidad.

Estudio y enseñanza empezaron a enmarcar su vida como labor fundamental. Pero no le faltó un resquicio para ejercer el ministerio de la predicación entre las gentes, por humildes que fueran, que sería en lo que más habría de destacar. Entre sus preferencias descolló la predicación cuaresmal. Recorrió toda la isla. Desde Palma, donde los conventos de monjas se beneficiaron de su doctrina, hasta Petra, su pueblo natal, en el que predicó varias veces, pasando por Buñola, Manacor, Algaida, San Marcial y otros, se teje un apretado mosaico de intervenciones que le hicieron famoso hasta que embarcó para las misiones.

Pero en el espíritu de fray Junípero la tradición misionera franciscana pesaba mucho. La cátedra era gran honor para él. Con todo, no llenaba sus ansias apostólicas. La predicación popular en la isla estaba bien servida, pues había clero abundante. En cambio faltaban misioneros. La palabra Indias o América resonaba con fuerza en su espíritu. Y por encima de todo vibraba el precepto de anunciar el Evangelio a todos los pueblos. Primer paso fue buscar como compañero de viaje a su amigo el franciscano fray Francisco Palou. Luego inició las gestiones ante los superiores. El Patronato de los reyes de España condicionaba que para ejercer apostolado en aquellas tierras era necesario un nombramiento específico. Lo solicitaron él y fray Francisco. No les llegaba. Estando acabando la predicación de la Cuaresma, por fin le tuvieron entre sus manos. Al cabo de pocos días dejó Mallorca para siempre. Era el 13 de abril de 1749. Tenía treinta y cinco años, bien aprovechados y con mucho futuro.

Sin embargo, fray Junípero y fray Francisco no llegaron a México, su destino, hasta ocho meses después. Un paquebote les llevó hasta Málaga y un jabeque a Cádiz para, desde aquí,

cruzar el Atlántico con otros misioneros. Cinco de ellos al ver el mar y la nave de la flota que les iba a transportar se volvieron atrás. Mas se ofrecieron otros religiosos: fray Juan Crespí, fray Rafael Verger y fray Guillermo Vicens. El 29 de agosto veinte franciscanos y siete dominicos se hacían a la vela.

Hicieron escala en Puerto Rico, descanso de las penalidades del viaje, una de las cuales fue la escasez de agua. Los quince días de la detención de los navíos los aprovecharon para predicar una misión popular a los habitantes de la isla que les reportó gran fruto espiritual, pues hacía muchos años que no había habido misión. El 31 de octubre embarcaron de nuevo. Su nave perdió la dirección, lanzándose a la deriva, y a punto estuvo de estrellarse contra unas rocas. El resto de la travesía no sólo fue larga y pesada, sino que estuvieron a punto de naufragar porque durante dos días, a los acordes y el estruendo de una terrible tempestad, la nave emprendió un rumbo incierto. El 4 de diciembre cesó el viento contrario y soplaba favorable con el que navegaron hasta el puerto de Veracruz en el que tocaron fondo el 6 del mismo mes.

El gran paso estaba dado. Habían llegado a Indias. Les esperaban comunidades cristianas, unas bien organizadas y con personalidad propia. Otras recién nacidas a las que había que alimentar. Grandes núcleos humanos se preparaban para que Cristo naciera en sus corazones. Los misioneros iban a rivalizar para llevar a cabo su obra. Y fray Junípero tenía la mirada y el deseo puestos en los que aún no conocían a Cristo.

La Corona española les costeó carruajes para que pudieran trasladarse de Veracruz a México, objetivo final del viaje. El espíritu mendicante de fray Junípero y de otro franciscano andaluz no se avino a tal concesión y pidieron hacer el viaje de 550 kilómetros a pie. En este viaje —constituye un ramillete de flores franciscanas, émulo de los de los momentos de mayor emoción de la Orden Seráfica— fray Junípero empezó a tener en su cuerpo una molestia que le acompañó toda la vida, sin que llegase a ser motivo para que mudase su propósito misionero: una pierna llagada por la picadura de los mosquitos, peligrosos en varias zonas que atravesaron. Llegaron a Guadalupe el 31 de diciembre, pernoctaron en sus dependencias y al otro día esta-

ban ya en el colegio de San Fernando de México, que sería su residencia y el lugar desde donde se lanzaría a la actividad misionera.

Al cabo de cinco meses fue destinado con otros siete franciscanos a las Misiones de Sierra Gorda, zona situada en el corazón de la Sierra Madre Oriental, a treinta leguas de Querétaro. Los indios que la poblaban eran de raza Otomi, se movían por instintos elementales y, dado su nomadismo, incapaces de realizar un trabajo ordenado. Dominicos y agustinos comenzaron su evangelización hasta que fueron encomendados al Colegio de San Fernando. Los franciscanos llegaron el 16 de junio de 1750. Fray Junípero comenzó su actividad misionera como simple súbdito. Un año después le nombraron Presidente de la misión. Consecuente con la responsabilidad que le correspondía, emprendió una campaña de catequización en los cinco puestos que existían. En el espacio de los nueve años que misionó en la zona no quedó indígena que no recibiera el bautismo. Aprendió la lengua *pame* de los indios para poder llegarles a la inteligencia y al corazón. Sabía, por otro lado, que trataba con gentes cuyas necesidades materiales eran grandes. Tenían que comer, lo normal era que se lo ganasen y para ello deberían trabajar. Puso en marcha una rudimentaria agricultura que moviera sus ánimos para aficionarles a un trabajo que fuese provechoso. El éxito del trabajo y la producción le indujo a preparar a las mujeres y a los más jóvenes para labores adecuadas a su condición y estado. Los varones aprendieron varios oficios y las mujeres a hacer labores. Trajo de México un maestro albañil que, ayudado de los indios, con él haciendo de peón, levantaron la iglesia de Xalpán con sus retablos y órgano. En una palabra, la misión de Sierra Gorda dio la talla esperada, pues la cristianización era un hecho conseguido y la promoción humana iba en aumento de día en día.

En 1757 el guardián del colegio de San Fernando le comunicó que él y fray Francisco Palou formarían parte del grupo que misionaría a los apaches en Texas, en la zona del río de San Saba, afluente del Colorado. La misión había principiado en 1755 con fray Alonso Giraldo de Terreros, como superior, y sus compañeros fray José Santisteban y fray Juan Andrés. Este últi-

mo fue sustituido por fray Miguel de Molina. Un año más tarde los indios incendiaron el centro misional y mataron a fray Alonso y a fray José. Fray Miguel pudo escapar. Para seguir la obra iniciada por los mártires, fray Junípero y fray Francisco dejaron Sierra Gorda, contentos con el nuevo destino, en el cual podrían dar su vida por Jesús. Pero el Virrey de México quiso escarmentar a los indios para mantenerlos sometidos y no autorizó el envío de misioneros hasta pacificar la zona. Poco después moría el dicho Virrey, la obra quedó de momento detenida y fray Junípero tuvo que quemar sus ansias misioneras en otros ministerios.

A partir de entonces su centro de actuación fue el colegio de San Fernando. Desempeñó los cargos de maestro de novicios y de comisario de la Inquisición, también predicó misiones populares en diversas partes de México. En nueve años recorrió unos cinco mil kilómetros, a pie y con la llaga de la pierna. Tenía cincuenta años. Mas para la Providencia llegó la hora de comenzar la obra que estaba destinada a ser monumento para la historia de los hombres y un capítulo impresionante de actividad misionera. Le esperaba California.

En el largo territorio existen la Baja California, que es la península que actualmente forma parte de la República de México, y la Alta California, que desde 1848 llegó a ser uno de los estados de la Unión Americana. Había sido explorada por Hernando Grijalva (1533), por Ulloa (1536-1539), por Rodríguez Carrillo (1543), por el pirata Drake y por Sebastián Vizcaíno (1602-1603), el cual desembarcó en la bahía de San Miguel y bautizó el lugar con el nombre de Puerto de San Diego. En el territorio alternaban valles y ríos en abundancia, montañas y llanuras de todas las dimensiones, bosques y desiertos agotadores. Referimos a sus habitantes tal como los vieron los españoles, quienes encontraron gran diversidad de castas y familias lingüísticas que no les facilitaban el encuentro. El territorio fue concedido a la Corona española en virtud de las bulas Alejandrinas y pesaba sobre ella el compromiso de evangelizar a los indios. La expedición de Vizcaíno demostró que la penetración en él por vía marítima era difícil, por ende era preferible buscarla por vía terrestre. Fracasó el intento de colonizarlo a base de colonos y

la única vía de éxito posible y duradero parecían los misioneros. A partir de 1697 los jesuitas trasladaron sus experiencias en las reducciones de Paraguay a la Baja California y fundaron dieciocho centros misioneros, entre los que cabe mencionar Loreto y San Javier. En 1767 Carlos III expulsó de sus dominios a los jesuitas y truncó en California el proceso religioso y cultural que llevaba setenta años de existencia. Los dieciséis misioneros jesuitas fueron sustituidos por franciscanos, fray Junípero elegido presidente y fray Francisco Palou sustituto. Por lo demás, la entrada en la Alta California era razón de Estado de la Corona española y había prisa en ocuparla, de lo contrario lo harían Rusia e Inglaterra, cuyas colonias americanas no estaban tan lejos. Los franciscanos buscaban la cristianización y promoción de los indios. Por esto, eran los máximos colaboradores de la Corona, pero estaban bajo su patronato y subvención económica. Era así y en la obra californiana de fray Junípero no faltaron disgustos por ello.

El 16 de julio de 1767 los misioneros se pusieron en marcha hacia el puerto de San Blas, a las orillas del Pacífico. Faltaban navíos para cruzar el golfo de California y tuvieron que esperar, tiempo que emplearon para misionar en Tepic y en las regiones de Jalisco, San José, Mazatán y San Pedro. A 14 de mayo de 1768 embarcaron en un paquebote para cruzar las 390 millas marítimas que les separaban de la costa occidental mejicana. El 1 de agosto el bajel anclaba en la rada de Loreto. A los pocos días los franciscanos se dispersaron por los centros dejados por los jesuitas. Fray Junípero fijó su residencia en Loreto y principió una visita a los puestos misioneros, cuyo estado general era deplorable, pues al marchar los jesuitas los encargados que vivían al margen de la misión dilapidaron sus escasos bienes.

Por disposición de la Corona había que organizar una expedición a la Alta California y fundar un centro misional con su correspondiente puesto militar en Monterrey, bahía descubierta por Vizcaíno en 1603. Pero tenían que asegurar la entrada en el territorio fundando otra misión con su fuerte militar en el Puerto de San Diego. Entre ambos centros otra misión intermedia. Todos irían en cuatro expediciones, dos por mar y dos por tierra. En una de las de a pie iría fray Junípero. Se puso en marcha

su caravana el 9 de marzo de 1769, pero la llaga de la pierna apareció más virulenta que nunca. Intentaron convencerle de que abandonara la expedición y no pudieron hacerle cambiar de idea.

Después de muchos trabajos, sufrimientos, penas y alegrías, días de entusiasmo y horas de depresión, valor y cobardía que cada uno pudo experimentar, el 1 de julio de 1769 llegaron a San Diego. Lo que tenía de final de etapa, tenía a la vez de comienzo de otra de no menor grandiosidad y alcance, cara a la elevación humana y conquista espiritual de los indios de la Alta California. El 16 del mismo mes, en la colina de San Diego, pusieron para la historia los fundamentos de la gran ciudad para los hombres y el cenáculo apostólico para evangelizar a los nativos. Fue levantada la Cruz, colgaron una campana, se bendijo el agua y con ella los terrenos, se dijo la misa, se preparó una barraca que sirviese de iglesia y se dio por fundada la misión. Todo muy modesto. Desde cero tenían que conseguir la amistad de los indios y no conocían sus lenguas. Así en cada uno de los centros de misión que fundó fray Junípero.

Pero dijimos que el objetivo final era Monterrey. Otras dos expediciones, una por tierra y otra por mar, en la cual iba fray Junípero, partieron el 16 de abril de 1770. Mes y medio después llegaron a la bahía de Monterrey, descubierta por Vizcaíno en 1603. El 3 de junio repitieron la ceremonia que realizaron en San Diego y a partir de aquel momento el paraje pasó a llamarse San Carlos Borromeo de Monterrey. Era la posición más avanzada de España en California y quedaba a setecientos kilómetros de San Diego. Constituía un gran triunfo de la Corona española y de la Iglesia misionera. España veía asegurados sus dominios en la conflictiva parte norte del Virreinato de Méjico, los había extendido en más de mil kilómetros en la costa del Pacífico, la fe cristiana abría sus puertas a la inmensa grey de la Alta California, quedaban establecidos dos núcleos de misión y en ellos sus destacamentos militares. Desde aquí fray Junípero se sintió llamado a montar toda una cadena de puestos de misión, siguiendo la costa del mar del Sur, que asegurase la comunicación entre los españoles y la predicación entre los indios. Pero hacían falta más misioneros, enseres de casa y aperos de

labranza para los indios que se les uniesen para aprender y acostumbrarse a cultivar la tierra y a vivir en poblados permanentes. Pronto consiguió que enviaran treinta misioneros más para reforzar los puestos existentes y fundar los otros nuevos. Como los monjes benedictinos que con la cruz y el arado fecundaron Europa, fray Junípero se lanzó con sus franciscanos a fecundar California.

Además de los centros misionales de San Diego y San Carlos —este último lo trasladó en 1771 junto al río Carmelo, a corta distancia de Monterrey— fray Junípero fundó otros siete: el de San Antonio de Padua, puesto en marcha en 1771. El mismo año fundó San Gabriel Arcángel y cerca el poblado de la Virgen de los Ángeles, origen de la ciudad de los Ángeles. En 1772 San Luis de Tolosa. En 1777 San Francisco de Asís, misión que dio origen a la ciudad actual. En 1776 San Juan Capistrano. En 1777 Santa Clara. Y en 1782 San Buenaventura, en el Canal de Santa Bárbara.

Aunque fray Junípero sea considerado por la historia padre de California y de su nueva cristiandad, toda la obra fue de un conjunto de personas. Citemos las más destacadas: fray Francisco Palou en la Baja California, actuando como Presidente hasta que en 1771 la tomaron los dominicos por su cuenta, y fray Juan Crespí, el compañero inseparable de fray Junípero. Hay otro pequeño grupo de frailes que después fue creciendo: fray Francisco Dumet, fray Luis Jaume, fray Ángel Somera, fray Benito Gambón, fray Miguel Piqueras, fray José Cavaller, fray Domingo Juncosa, fray Buenaventura Sitjar, fray Antonio Paterna y fray Antonio Cruzado. No olvidemos al primer gobernador y jefe militar de la expedición, Gaspar de Potolá y los soldados, aunque fueran en ocasiones una rémora en la evangelización de los indios. Pero resultaban imprescindibles colaboradores para dar seguridad a las misiones. También pusieron sus manos y saber en la construcción de edificios y tareas de asentamiento de poblaciones a la manera europea. Pero el cerebro organizador fue fray Junípero.

El plan de evangelización y colonización —viene a decir Ángel Santos— era el propio de las reducciones del Paraguay. Con los medios, claro es, que tenía a su alcance, los centros de

misión se concebían dentro de un mismo plan: en torno a una plaza levantaban la iglesia con dependencias para los misioneros y en otro lado las viviendas para el cuerpo de guardia y viajeros. Capítulo aparte merecen los graneros, talleres y depósitos diversos. A corta distancia estaban las viviendas de los indios. La necesidad de defenderse aconsejaba rodear todo de una valla alta a base de troncos de árboles con una entrada común para todo el recinto.

Normalmente cada misión de fray Junípero fue la lucha entre la ilusión y la valentía del grupo de misioneros y las dificultades de diversa índole y procedencia que tenían que solucionar. Tropezaron siempre con la escasez de medios materiales y hasta en algunos tiempos hay que hablar de hambre. La Corona corría con los gastos y necesitaba de la dedicación personal de los misioneros. Pero los grandes impedimentos que tenían que vencerse no eran económicos. Los pusieron las autoridades civiles y militares. Eran los tiempos del Enciclopedismo, del Absolutismo regio y, en su parcela de poder, lo imitaban los poderes secundarios de las colonias, con el regalismo que suponía la sujeción de la Iglesia al dictamen del poder temporal. Por ende, los que ostentaban el poder político en California fueron una pesadilla y un sufrimiento constante para fray Junípero. Dos ejemplos nada más como botones de muestra. Siendo gobernador don Felipe de Neve, tuvo fray Junípero que mantener una lucha agotadora contra su intromisión, pues se consideraba señor absoluto de cuanto estaba bajo su mando, misioneros incluidos. Puso la excusa de que la concesión papal a fray Junípero de confirmar no tenía el *placet* regio y le prohibió administrar el sacramento como ministro extraordinario. Tuvo que acudir al Virrey, quien certificó que la concesión pontificia estaba en regla. En 1773, al Virrey Bucarelli —y no fue de los peores—, al presentarle una *Representación* o relación en treinta puntos sobre el estado de las misiones, se vio precisado a hacerle una declaración de los derechos de los indios y poner los principios para su bienestar físico y espiritual.

También los problemas los creaban los superiores religiosos. Uno de los más peliagudos lo ocasionó el Guardián del Colegio de San Fernando, fray Rafael Verger. No compartía el

entusiasmo de fray Junípero y compañeros ante la aventura californiana y dictó normas de gobierno inaceptables para moderar su ardiente celo. Ante los cálculos humanos y hasta la maledicencia, aunque dispuesto a obedecer hasta en los mínimos detalles, respondió al Guardián diciendo que «si no hay la ilusión de las perspectivas, no se llega nunca a las realidades». Sólo más tarde, después de una estancia de fray Junípero en 1773 en México y leído a fray Rafael el informe del estado de las misiones que presentó al Virrey, cambió de juicio.

«La obra de California —dice P. Riutort— no fue una acción bélica sangrienta, sino de diálogo y comprensión respecto a los indios, promovida por los misioneros». Cierto que en su relación con ellos se partía de cero y su actitud ante los misioneros era variable: desde el recelo hasta la oposición violenta, que era bien natural. La primera labor consistía en acercarse como amigos e ir sembrando en los nativos la primera inquietud cristiana, inimaginable para su manera de pensar y convivir. Pero los misioneros allí estaban haciéndose presentes en sus vidas. Les promovían en el trabajo agrícola. Los nuevos cristianos indios vivían comunitariamente en la misión. En los primeros tiempos, a causa del desconocimiento del idioma, el trato era difícil. Los niños y los jóvenes indios estaban en la prioridad de la acción misionera. Convencidos de que el único camino válido para atraerlos a la fe cristiana era la bondad y la benevolencia, necesitaron valor y capacidad de aguante.

Fray Junípero tuvo residencia por espacio de catorce años en la misión de San Carlos Borromeo, junto al río Carmelo. Se ausentaba cuando lo exigía su cargo de Presidente de las misiones para visitar las comunidades cristianas que fundó y que al fin de su vida contemplaba crecidas y desarrolladas. También para administrar el sacramento de la confirmación como ministro extraordinario, por concesión especial de Clemente XIV.

Toda su vida estuvo muy enfermo, aunque se preocupó poco de su salud. Era voz común que la llaga de la pierna no recibió trato médico correspondiente. Por lo demás, le aquejaba un gran peso sobre el pecho, acompañado del intenso dolor que le ahogaba. Una última prueba le sobrevino pocos días antes de su muerte. Faltaban misioneros en el Colegio de San Fer-

nando, se veía la conveniencia de reducir el número de misiones regentadas por el Colegio e intentaban sustituir a los franciscanos de la Alta California por los dominicos. Ya en 1771 se decidió el traspaso de la Baja a los mismos porque comenzó a hacerse patente que los franciscanos no podían atender ambas Californias. En la Alta, como sabemos, operó fray Junípero con sus huestes. Veía, pues, tambalearse el edificio de unas misiones que prometían mucho y que se levantaron con tanto sacrificio. Con esta pena falleció, aunque el cambio no llegara a consumarse después de su muerte.

Ésta sobrevino el 28 de agosto de 1784 en su celda de la misión de San Carlos, después de hacer una confesión general, recibir el Viático y la Unción de los enfermos. Tenía setenta años. Su cuerpo sin vida tuvo los honores de General en plaza y fue enterrado en la iglesia de la misión, al lado del Evangelio.

Al morir fray Junípero fue elegido Presidente de las misiones de Alta California fray Francisco Lasuen, quien añadió a los nueve centros de misión existentes otros nueve. Su sucesor en el cargo fundó otros tres. La era, pues, de las fundaciones se extendió de 1769 a 1823. Veintiuna en total, esparcidas a lo largo de la costa del Pacífico, desde San Diego a Sonora.

Aunque Dios no juzga por números, sino por la voluntad y los esfuerzos, la historia gusta de registrar los datos fríos que de un modo aproximativo puedan dar idea del significativo de las personas. Sólo en sus años de la Alta California, de fray Junípero se registran cerca de ocho mil bautizos que presuponen un incontable número de horas de catequización previa. Como ministro extraordinario de la confirmación quedan registrados más de cinco mil confirmados por su mano, sin ignorar los largos y molestos desplazamientos que exigía. Su predicación misionera, en los ambientes cristianizados y gentiles, escapa a todo cálculo. Las horas que dedicó al ministerio de la penitencia pertenecen al secreto de Dios. Los trabajos que llevó consigo la fundación de los nueve centros misioneros dibujan un cuadro de actividades difícilmente superable. Navegó unas seis mil millas y viajó alrededor de nueve mil kilómetros, muchos de ellos a pie. La distribución geográfica de las misiones, las normas de carácter espiritual-temporal por las que se rigieron, así como la

eficacia misionera e inteligente dirección de su fundador, produjeron como resultado la cristianización y civilización de una región de América en la que entonces apenas se preveían posibilidades para lograrlo. Y todo ello por ser seguidor de Cristo. Su vida extraordinaria va más allá del don sobrenatural de la fe y del sacerdocio, que ofreció desgastándose e inmolándose en beneficio de los más pobres. Es un gran héroe humanamente hablando. Las mismas autoridades civiles norteamericanas supieron apreciar su labor colonizadora y cristianizadora levantando estatuas públicas suyas en más de una docena de ciudades. Símbolo de ese aprecio es la que se le levantó en el Capitolio de Washington, junto a los más relevantes estadistas norteamericanos. Por las virtudes extraordinarias de que estuvo adornado, la Iglesia, desde el 25 de septiembre de 1988, por decreto de Juan Pablo II, le tributa el honor de los altares como beato. En el culto restringido, propio de los beatos, los franciscanos celebran su fiesta el 26 de agosto. Los Estados Unidos la hacen coincidir con su entrada en California, cuando fundó la primera misión, la de San Diego.

RAMÓN MOLINA PIÑEDO, OSB

Bibliografía

GALMES MÁS, L., *Fray Junípero Serra, apóstol de California* (Madrid 1988).
«Homilía de Juan Pablo II durante la misa de beatificación de seis siervos de Dios en la Plaza de San Pedro (25 de septiembre de 1988)»: *L'Osservatore Romano* (2-10-1988) 721-722.
PALOU, F., *Evangelista del mar Pacífico, fray Junípero Serra padre y fundador de la Alta California* (Reproducción textual de la *Relación histórica de la vida y apostólicas tareas del V. Padre fray Junípero Serra)* (Madrid ^{2}1947).
RIUTORT MESTRE, P., «Beato Junípero Serra, presbítero franciscano, evangelizador de California», en J. A. MARTÍNEZ PUCHE (dir.), *Nuevo año cristiano. Agosto* (Madrid 2001) 602-618.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN ALEJANDRO DE CONSTANTINOPLA
Obispo († 340)

La memoria de este bienaventurado obispo de Constantinopla está ligada principalmente a la tradición sobre la muerte de

Arrio, según la conocida narración de San Atanasio. Alejandro fue elegido obispo de Constantinopla como sucesor de Metrófanes poco después del concilio de Nicea (325) y estuvo en la sede bizantina hasta su muerte en 340. A lo largo de los años él mantuvo y defendió la fe ortodoxa y estuvo siempre en el campo católico. Pero, conseguido con calumnias el destierro de Atanasio por el emperador Constantino a la ciudad de Tréveris, no contentos los jefes arrianos con este triunfo visitaron al emperador en Jerusalén donde él celebraba las fiestas «tricennalia», es decir los 30 años de su imperio, y con esta ocasión prodigaron al emperador toda clase de atenciones, y llegando al colmo de su atrevimiento, lograron que el emperador mandara que se recibiera en la comunión de la Iglesia en forma solemne y en Alejandría al propio Arrio. Pero tal fue la excitación del pueblo alejandrino cuando esto se supo que hubo de mandar el emperador que el ingreso de Arrio en la Iglesia fuese en Constantinopla. Cuando Arrio se disponía a saborear su triunfo, en la noche anterior murió de forma trágica y misteriosa (336). San Atanasio lo cuenta así: su fuente de información fue el presbítero Macario que estaba en Constantinopla cuando tuvieron lugar los hechos siguientes, y este Macario se los contó a Atanasio. A petición de los arrianos, compareció Arrio ante el emperador, el cual le preguntó si él mantenía la fe de la Iglesia católica, a lo que Arrio contestó afirmativamente con juramento y le presentó un documento en que exponía su fe con frases de la Sagrada Escritura, pero ocultando aquellas cosas por las que había sido excomulgado en Alejandría. El emperador le dijo que si su fe era recta, había jurado bien, pero que si era impía, Dios le pediría cuenta. Llega, pues, a Constantinopla la orden de que Arrio sea admitido en la Iglesia. El obispo Alejandro opuso la dificultad de que el autor de una herejía no podía ser recibido en la Iglesia. Pero los eusebianos insistían en que había licencia del emperador y que al día siguiente, aun cuando el obispo no quisiera, Arrio asistiría con ellos a la sagrada sinaxis. Era sábado cuando esta amenaza tuvo lugar. Entonces el santo obispo se recluyó en el templo para hacer oración y con el rostro en tierra oraba fervorosamente, teniendo junto a sí a Macario. Alejandro le pedía al Señor que lo llevara de este mundo antes de ver a Arrio participando de la santa asamblea, y que se dignara Dios

no mezclar al impío con el piadoso. Pedía misericordia para la Iglesia y que la librara de las insidias de los eusebianos, para que no sucediera que, entrando en la Iglesia el heresiarca, entrara la herejía con él. Hecha esta oración, el obispo se retiró a su morada. Aquella noche, Arrio fue a las letrinas a dar de cuerpo pero cayó al suelo y reventó por medio (Hch 1,18), muriendo en el acto, y quedando así frustrado el triunfo al que querían llevarle los eusebianos. Dice San Atanasio: «El mismo Señor, erigiéndose en juez entre las amenazas de los eusebianos y las preces de Alejandro, condenó la herejía arriana y la declaró indigna de la comunión de la Iglesia» (Kirch, 419-420). Por ello no puede extrañar que, haciéndose eco de lo que también escribe San Gregorio Nacianceno, diga el *Martirologio romano* que «la plegaria apostólica de San Alejandro aplastó al jefe de la impiedad arriana».

BEATOS GUILLERMO DEAN Y COMPAÑEROS

Guillermo Gunter, Roberto Morton, Tomás Holford, Santiago Claxton, Tomás Felton, Enrique Webley, Hugo More

Presbíteros y mártires († 1588)

La cólera provocada en la reina Isabel de Inglaterra y en su gobierno por el envío de la Armada Invencible descargó en la renovada persecución a los católicos que trajo el que al mes siguiente de la dispersión de la Armada (julio de 1588), ocho católicos —seis sacerdotes y dos laicos— fueran ajusticiados en Londres el día 28 de agosto bajo la acusación consabida de traidores. La opinión pública inglesa tuvo a los católicos por sospechosos de ser enemigos de la Reina y del reino y de apoyar el intento de Felipe II de destronarla y apoderarse del poder político en Inglaterra. Se levantaron varios cadalsos por todo Londres a fin de infundir terror a quienes titubearan en su adhesión a la soberana. Éstos son los datos de los mártires:

GUILLERMO DEAN procedía de Yorkshire, pues había nacido en Linton in Craven, West Riding. Su sentido religioso le llevó a ser primero pastor protestante, regentando la parroquia de Fryston Monk. Pero reflexionando sobre la verdadera Iglesia llegó al catolicismo y, una vez dado el paso, atravesó el Canal y

se fue a Reims (1581), y al poco tiempo fue ordenado sacerdote en Soissons. Volvió al año siguiente a Inglaterra e hizo su apostolado durante dos años, hasta que fue arrestado y preso en Newgate, y en enero se le condenó al destierro y pena de muerte si volvía. Pero volvió en noviembre de 1585, y pudo seguir con su ministerio sacerdotal hasta que de nuevo fue arrestado y llevado a la cárcel de Gatehouse. Condenado a muerte el 26 de agosto de 1588, fue ajusticiado dos días más tarde en Mile End Green.

ENRIQUE WEBLEY era un seglar originario de Gloucester, del que se sabe que había sido protestante pero se había convertido al catolicismo y había estado unido en amistad al Beato Guillermo Dean y lo había ayudado y apoyado en su apostolado. En abril de 1586 con otros cuatro compañeros intentó marchar en un barco a Francia, pero él y sus compañeros fueron arrestados en el puerto de Chichester cuando ya estaban a bordo y llevados a Marshalsea. Se le calificó de persona pobre e ignorante pero astuto y despierto. Juzgado el 26 de agosto de 1588 y acusado de traición, fue ejecutado con Guillermo Dean en Mile End Green el 28 de agosto de 1588.

GUILLERMO GUNTER era natural de Raglan, en el Monmourtshire, y había estudiado en Reims desde 1583, y ordenado sacerdote en 1587 volvió a Inglaterra, donde hizo su apostolado y logró, antes de ser arrestado el 30 de junio de 1588 y ser encarcelado en Newgate, reconciliar con la Iglesia a algunos protestantes, como reconoció ante el tribunal. En efecto, el 26 de agosto de 1588 fue llevado a juicio en Old Bayley, presidiendo el tribunal sir George Bond, Lord Mayor. Se le preguntó si había reconciliado a algunos con la Iglesia católica luego de volver a Inglaterra, y con gran intrepidez dijo que lo había hecho y que si pudiera lo seguiría haciendo. Pidió que se le juzgara sin jurado, sin duda para evitar que nadie tuviera que condenarlo a mala conciencia, y se le otorgó lo que pedía, siendo condenado por el doble motivo de haber permanecido en el reino siendo sacerdote ordenado en el extranjero y de haber reconciliado a compatriotas suyos con la Iglesia católica. Fue ahorcado el 28 de agosto de 1588 en Holywell Lane, Shoredith, frente al teatro.

ROBERTO MORTON había nacido en Bawtry, West Riding, Yorkshire. En 1568 dejó Inglaterra y pasó tres años con un tío suyo en Roma. Comenzó los estudios sacerdotales en Douai en 1573 pero al año siguiente murió su padre y él volvió a Inglaterra y contrajo matrimonio con Úrsula Thurland. Ambos vendieron sus propiedades y decidieron salir del reino inglés pero fueron encarcelados en Gatehouse. Era el año 1578. Como había estado con su tío en Roma al tiempo que se agenciaba la excomunión de la reina Isabel, fue rigurosamente interrogado por el obispo de Londres, lo que le hacía a él muy sospechoso, pero pese a ello consiguió la libertad. Posteriormente su esposa murió. Decidió entonces volver a su vocación sacerdotal y marchó a Roma donde entró en abril de 1586 en el Colegio Inglés. El 14 de junio del año siguiente era ordenado sacerdote en Reims y a comienzos de julio partía para Inglaterra. Pero pudo por poco tiempo ejercer su ministerio porque le siguió la pista Topcliffe, el mismo que lo arrestara en 1578, hasta que consiguió dar con él. Llevado a juicio, el 26 de agosto de 1588 fue condenado a ser ahorcado, sentencia que se cumplió dos días más tarde en Lincoln's Inn Field.

HUGO MORE era un seglar nacido en Grantham en 1563 en el seno de una familia protestante de buena posición económica. Fue alumno de Broadgates Hallen Oxford y entró en el Gray's Inn. Conoció al P. Tomás Stephenson, jesuita, que lo convirtió al catolicismo en 1585, y cuando se lo cuenta a su padre éste lo deshereda. Entonces decidió marchar a Reims para estudiar la carrera sacerdotal (junio de 1585). Pero el 11 de junio de 1587 el colegio decidía que volviera a Inglaterra porque tenía mala salud y necesitaba restablecerse. Pero fue conocida su estancia en Reims y fue acusado de haber estado en un colegio católico del extranjero, ofreciéndosele la libertad y la vida si se avenía a ir al culto protestante. El mártir dijo que no. Juzgado el 26 de agosto de 1588 y condenado a muerte, fue ahorcado dos días más tarde en el mismo sitio que el Beato Roberto Morton.

TOMÁS HOLFORD nació en Aston, Cheshire, en 1541, hijo de un pastor protestante. Trabajaba como tutor en una casa noble en Herefordshire cuando conoció en 1579 al P. Richard Da-

vis, que lo atrajo al catolicismo, decidiéndose por el sacerdocio y marchando en el verano de 1582 a Reims, y fue ordenado sacerdote en Laon sólo unos meses más tarde ya que poseía una suficiente cultura. Su ordenación tuvo lugar el 7 de abril de 1583. Al mes siguiente volvió a Inglaterra y trabajó apostólicamente en Cheshire y en Londres hasta que en mayo de 1585 fue arrestado en Nantwich. Estuvo preso en el West Chester Castle. Y se escapó cuando lo llevaban a Londres. Acababa de celebrar misa en la casa de San Suituno Wells cuando fue nuevamente capturado. Confesó ser sacerdote católico, haber vuelto a Inglaterra para convertir a la gente al catolicismo y se negó a acatar ninguna ley contraria a su fe católica ni a ir al culto protestante. Fue condenado a muerte en Newgate el 26 de agosto de 1588 y ahorcado dos días más tarde en Clerkenwell. Había usado los alias de Acton y Bude.

SANTIAGO CLAXTON, cuyo apellido oscila con las grafías también de Clakston, Clarkson, Clakerson, era natural del Yorkshire y lo primero que se sabe de él es que estudió en Reims, recibiendo la ordenación sacerdotal en Soissons el 9 de junio de 1582, y al mes siguiente volvió a Inglaterra. Arrestado y juzgado en York en 1585, fue desterrado, pero volvió y ya nada se sabe de él sino que estaba en la cárcel en 1588 y que fue juzgado en Newgate el 26 de agosto de 1588, siendo condenado a muerte y ahorcado en Isleworth el día 28.

TOMÁS FELTON nace en Bermondsey en 1567, hijo del futuro mártir beato Juan Felton, que fue martirizado el 8 de agosto de 1570. Educado con mucho esmero por la familia Lowell que lo había acogido, sintió la vocación sacerdotal e ingresó en el colegio inglés de Reims y el 23 de septiembre de 1583 recibió la tonsura clerical y las órdenes menores de manos del cardenal de Guisa. Pero se decidió por la vida religiosa e ingresó en la Orden de los Mínimos, cuya regla, como es sabido, es muy austera y ello trajo consigo que el joven enfermara, por lo que decidió volver a Inglaterra a restablecerse. Cuando ya se sentía mejor, mientras embarcaba para volver al continente, fue arrestado por los espías de la corona y llevado a la cárcel de Bridewell, donde pasó los dos años siguientes. Pasado este tiempo, su tía, la señora Blount, logró su libertad, lo que fue aprovechado por

él para intentar de nuevo la salida de Inglaterra, siendo nuevamente arrestado y encarcelado, y esta vez fue su antigua bienhechora lady Lowell la que consigue su liberación, estando ella también recluida por causa de la religión en la cárcel de Fleet. Pero pocas semanas más tarde otra vez estaba preso en Bridewell. Esta vez hubo de padecer ayunos y tormentos pues lo tuvieron tres días y tres noches en la tortura llamada *Little ease* y no le daban sino un poco de pan y agua, porque se quería de él la lista de los sacerdotes que trabajaban en Inglaterra. El joven se mantuvo firme y no delató a nadie. Lo pusieron también a moler en un molino. Fue llevado por la fuerza a la capilla de Bridewell para que asistiera al culto protestante pero él se tapó los oídos con los dedos. Entonces le ataron las manos a la silla baja en que lo tenían sentado, pero él dio tantas patadas en el pavimento e hizo tanto ruido con la boca que era imposible oír lo que el ministro decía. Se negó en absoluto a cambiar de religión. Juzgado en la sesión de juicio de Newgate del 26 de agosto de 1588, fue condenado a muerte. Se le preguntó si estaba de parte de la reina o del papa y de España, y él dijo que estaba de parte de Dios y de su país. Se le preguntó si reconocía a la reina como la cabeza de la Iglesia, y respondió que en ningún sitio había leído que Dios hubiera dado tal potestad a una mujer. Fue sacado para la ejeución junto con el Beato Santiago Claxton a lomo de un caballo, con las manos atadas a la espalda y los pies atados bajo el vientre del caballo. Rechazó la gracia que se le hacía poco antes de salir para la ejecución porque contenía condiciones inaceptables. Fue ahorcado con su compañero. Su hermana, la señora Frances Salisbury, escribió una narración de su martirio.

Todos estos mártires fueron beatificados el 15 de diciembre de 1929 por el papa Pío XI.

SAN EDMUNDO ARROWSMITH

Presbítero y mártir († 1628)

Brian Arrowsmith nace en Haydock, Lancashire, el año 1585, en el seno de una familia católica que hubo de padecer mucho a causa de su fe. Su padre era granjero. Siendo un niño fue dejado

temblando en su cama cuando la policía registró su casa y se llevó arrestados a sus padres, dejando allí cuatro niños solos, y es que, con frecuencia, la policía buscaba sacerdotes en la casa de los Arrowsmith. Cuando recibió la confirmación, tomó el nombre de Edmundo, y ése fue el que usó en adelante y con él ha subido a los altares. Estuvo al frente de su educación un anciano sacerdote, que vino a encargarse de él cuando en 1599 murió su padre y su madre fue multada por seguir siendo católica. Con él se crió hasta los veinte años en que, decidida su vocación sacerdotal, marchó al continente y entró en el colegio inglés de Douai en diciembre de 1605. Pero su mala salud le obligó a interrumpir los estudios, que no pudo continuar hasta más tarde, siendo ordenado sacerdote en Arras en diciembre de 1611.

En junio de 1613 volvió a Inglaterra y pudo trabajar apostólicamente en South Lancashire, adquiriendo fama no sólo como sacerdote celoso y entregado sino como terrible polemista que destruía con contundencia los argumentos protestantes. Decía misa en un altar que pertenecía a la familia Burgess. Por fin en 1622 fue arrestado y llevado ante el obispo protestante de Chester, Bridgeman, con el cual y con miembros de su clero tuvo vivas discusiones. Fue puesto en libertad cuando Jacobo I, queriendo casar a su hijo con una infanta española, mandó que fuesen liberados todos los sacerdotes católicos que estuviesen detenidos. En ese momento solicitó su ingreso en la Compañía de Jesús, haciendo el noviciado en la propia Inglaterra, en Clerkenwell. Continuó su trabajo sacerdotal en Lancashire hasta que en 1628 sus idas y venidas fueron denunciadas por un católico renegado que estaba disgustado por haberle llamado Edmundo la atención. Avisado, intentó escapar a caballo hacia Blackburn. Los perseguidores le alcanzaron pero él espoleó su caballo y siguió corriendo hasta Brindle Moss, donde volvieron a alcanzarle. Llevado al castillo de Lancaster, estuvo detenido hasta que compareció ante el tribunal en agosto.

En el interrogatorio pidió defender la fe católica en una pública controversia, y al serle negado dijo que la defendería con su sangre. El juez le prometió no abandonar la ciudad hasta no haberle hecho ver sus propias tripas en una hoguera. Cuando le leyeron la sentencia de muerte, se arrodilló y dijo: *Deo gratias.*

Fue llevado a un calabozo tan estrecho que apenas podía tenderse. Fijada la fecha de la ejecución para el 28 de agosto de 1628, cuando salía del calabozo y atravesaba el patio levantó la mano, señal convenida con San Juan Southworth que lo miraba desde una ventana para darle la absolución, como así hizo el también futuro mártir. Fue llevado a un cuarto de milla del castillo a un patíbulo preparado para él. Cuando subió, recordó a la muchedumbre que él moría por su fe y recordó a los oyentes que mirasen por la salvación de sus almas, ya que es el asunto más importante. Se le volvió a ofrecer la vida si prestaba el juramento de acatamiento a la supremacía religiosa del rey, pero él rehusó. Cuando iba a ser ahorcado dijo en latín: *Bone Iesu.*

Fue ahorcado y descuartizado, pero un católico logró hacerse con una de sus manos, que, conocida como la «santa mano», recibe culto desde entonces en la iglesia de San Osvaldo en Ashton-in-Markenfield, Lancashire, y se le han atribuido muchos milagros. Fue canonizado el 25 de octubre de 1970 por Pablo VI.

BEATO CARLOS ARNOLDO HANUS

Presbítero y mártir († 1794)

Carlos Arnoldo Hanus nació el 19 de octubre de 1723 en Nancy, hijo de un funcionario de la cámara de cuentas de Lorena. Tenía 17 años cuando el rey Estanislao de Polonia lo nombraba canónigo de la Colegiata de Bourmont. Él continuó sus estudios y se ordenó sacerdote el 25 de mayo de 1749. En agosto de 1752, y como nueva dádiva del rey Estanislao, fue nombrado canónigo de la Colegiata de Ligny. El 26 de abril de 1754 el cabildo de esta colegiata lo nombraba cura de Notre-Dame de Ligny, función que él cumplió con gran celo, atendiendo mucho a la ayuda a los pobres. El 11 de febrero de 1785 era elegido deán del cabildo de Ligny. Hubo entonces de dejar el curato y dio un gran ejemplo por su piedad y asiduidad a los santos oficios. El 20 de marzo de 1789 fue delegado a la asamblea de los tres Estados del bailiato reunida en Bar. Llegada la revolución, su cabildo fue suprimido como los demás, lo que le fue comunicado por los comisarios nacionales en su propio domicilio el

3 de agosto de 1790 y éstos levantaron inventario de los papeles y títulos del cabildo. Reducido a la pobreza, recibió de sus padres una ayuda pecuniaria. Y entonces le dio una apoplejía que lo dejó medio paralizado. Invitado a prestar el juramento de libertad-igualdad, se negó, lo que le hacía estar en peligro de que se le aplicara la ley del 26 de agosto de 1792. Pensó que su estado de salud le dispensaría de tener que elegir entre el exilio y la reclusión y para ello se buscó un certificado médico que ponía de relieve su reumatismo paralizante. Pero en el departamento de La Meuse el implacable Mallarmé no estaba dispuesto a dispensar a ningún sacerdote de la deportación.

El 12 de mayo vuelve a exponer su estado de salud y aunque parece que va a obtener lo que pide, se rechaza su petición. El 13 de febrero de 1794 se secuestran sus bienes. El 16 de abril es arrestado y llevado a la cárcel de Bar. Al día siguiente vuelve a presentar una petición alegando su estado, pero sólo sirvió para que lo pusieran a la cabeza de la lista de los que iban a ser deportados. El día 21 hubo de abandonar Bar camino de Rochefort. El viaje fue horrible por lo mucho que en él tuvo que sufrir. Llegó medio muerto pero aún vivió hasta agosto, dando ejemplo de admirable paciencia y de entrega a la voluntad de Dios. Embarcado en el Washington, murió el 28 de agosto de 1794. Fue beatificado el 1 de octubre de 1995 por el papa Juan Pablo II.

BEATOS JUAN BAUTISTA FAUBEL CANO Y ARTURO ROS MONTALT

Mártires († 1936)

El *Martirologio romano* pone juntas las memorias de estos dos mártires que no murieron en el mismo sitio aunque sí el mismo día, mes y año.

JUAN BAUTISTA FAUBEL CANO había nacido el 3 de enero de 1889 en Lliria, Valencia. Llegado a la juventud contrajo matrimonio con Patrocinio Beatriz Olba Martínez, de la que tuvo tres hijos. Era pirotécnico y observaba una conducta ejemplar como profesional, como cristiano y como padre de familia. Llegada la República, fundó la Derecha Regional Valenciana que

pretendía despertar el sentido social de las juventudes católicas, y por esa misma razón fundó unas escuelas primarias a fin de poder brindar a los niños educación cristiana. Era militante de la Acción Católica. Al llegar la revolución de julio de 1936 le aconsejaron que se escondiese, pero él dijo que no negaría su sangre al Señor. Cuando incendiaron la iglesia parroquial, Faubel corrió y consumió las hostias consagradas para evitar su profanación. Detenido el día 6 de agosto, fue atormentado en Els Olivarets, y retenido unos días en su pueblo. El día 9 fue llevado a Valencia, al gobierno civil. Luego fue llevado a San Miguel de los Reyes, donde no le daban el alimento que le llevaba su familia sino pasta de maíz. El día 28 de agosto, a las 12 de la madrugada, lo sacaron con doce más y lo llevaron al término de Paterna donde lo fusilaron. Al ser fusilado gritó vivas a Cristo Rey y apretó en su mano el crucifijo.

ARTURO ROS MONTALT nació en Vinalesa el 26 de octubre de 1901. En 1927 contrajo matrimonio con María Llopis Sirer y tuvo con ella siete hijos. Era persona muy piadosa, de gran vida interior guiada por su director espiritual, llena de verdadero espíritu cristiano y hacía un fecundo apostolado en su entorno. Destacó en el campo social-católico, siendo uno de los puntales del sindicato católico. Fundó el centro de Acción Católica y colaboró en mantenerlo siempre lleno de vigor y vida. Fundó en el centro parroquial una escuela para poder brindar a los niños formación católica. Fue concejal del Ayuntamiento entre 1933 y 1935. Hombre justo y ponderado, daba en todo un ejemplo excelente de conducta cristiana. Llegada la revolución de julio de 1936, los revolucionarios le acusaban de tener embaucado al pueblo, y por ello tras tenerlo detenido unos días y hacerle objeto de malos tratos, lo fusilaron en la madrugada del 28 de agosto de 1936 con otros diez compañeros. Todavía estaba vivo cuando lo echaron a un horno de cal viva.

Ambos mártires fueron beatificados el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO AURELIO (JOSÉ) AMPLE ALCAIDE

Presbítero y mártir († 1936)

José Ample Alcaide nace en Vinalesa (Valencia) el 3 de febrero de 1896. Educado cristianamente, opta por la vida religiosa e ingresa en la Orden capuchina, en la que hizo la profesión temporal el 10 de agosto de 1913 y la solemne el 18 de diciembre de 1917. Hace los estudios eclesiásticos en Roma, donde se ordena sacerdote el 26 de marzo de 1921. Vuelve a España y es nombrado director del estudiantado capuchino de Orihuela, cargo que desempeñó con gran celo y competencia hasta su muerte. Llegada la revolución de 1936, el padre Aurelio, nombre que había elegido al hacerse religioso, marchó a su casa paterna, de donde fue sacado el 28 de agosto y fusilado.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO ALFONSO MARÍA MAZUREK

Presbítero y mártir († 1944)

José Mazurek nació el 1 de marzo de 1891 en Baranówka, diócesis de Lublín, Polonia. Decidido por la vida religiosa, ingresó el mes de agosto de 1908 en el noviciado de los carmelitas descalzos en Czerna, tomando el nombre de Alfonso María del Espíritu Santo y profesando los votos religiosos el 5 de septiembre de 1909, y haciendo la profesión solemne el año 1912. Luego de hacer los estudios eclesiásticos, se ordenó sacerdote el 16 de julio de 1916 en Viena. Estuvo seguidamente destinado en las casas de Czerna y Cracovia. En 1920 pasó al seminario menor de Wadowice de su Orden, donde estaría diez años, aportando él una notable contribución a su desarrollo, y siendo definidor provincial entre 1924 y 1927. En 1930 fue nombrado prior del convento de Czerna y en 1936 ecónomo del mismo convento, volviendo a ser nombrado prior en 1939. Sus dotes de mando y su espiritualidad le hacían ser un magnífico organizador siempre a la búsqueda del mayor bien de las almas. El 28 de agosto de 1944 las SS lo arrestaron y sacaron de su conven-

to, llevándolo a Nawojona Góra, en las cercanías de Krzeszowice, donde lo fusilaron por su condición de sacerdote. Fue beatificado el 13 de junio de 1999 por el papa Juan Pablo II.

29 de agosto

A) Martirologio

1. El martirio de San Juan Bautista, degollado en Maqueronte por orden del rey Herodes Antipas **.
2. En Sirmio (Panonia), Santa Basila († s. III/IV).
3. En Roma, la conmemoración de Santa Sabina († s. V), que da título a una iglesia del Aventino *.
4. En Metz (Galia), San Adelfo († s. V), obispo.
5. En Nantes (Bretaña Menor), San Víctor († s. VII), solitario.
6. En Londres, la conmemoración de San Sebbi († 693), rey de los Sajones orientales y luego monje *.
7. En París (Neustria), San Mederico o Merry († 700), presbítero y abad de San Martín de Autun *.
8. En Valencia, el martirio de los beatos Juan de Perugia, presbítero, y Pedro de Sassoferrato († 1228), religiosos franciscanos ambos, mártires **.
9. En Cracovia (Polonia), Beata Bronislava († 1259), virgen, de la Orden Premonstratense *.
10. En Lancaster (Inglaterra), Beato Ricardo Herst († 1618), mártir bajo el reinado de Jacobo I *.
11. En Rochefort (Francia), Beato Luis Vulfilacio Huppy († 1794), presbítero y mártir *.
12. En Waterford (Irlanda), Beato Edmundo Ignacio Rice († 1844), fundador de las Congregaciones de Hermanos Cristianos y Hermanos de la Presentación **.
13. En Rennes (Francia), Beata Juana Jugan († 1879), virgen, fundadora de las Hermanitas de los Pobres **.
14. En Valencia, Beato Constantino Fernández Álvarez († 1936), presbítero, de la Orden de Predicadores, mártir *.
15. En Híjar (Teruel), Beato Francisco María Monzón Romeo († 1936), presbítero, de la Orden de Predicadores, mártir *.
16. En el campo de concentración de Dachau (Baviera), Beato Domingo Jedrzejewski († 1942), presbítero y mártir *.
17. En Poznan, Beata Sancha (Janina) Szymkowyak († 1942), religiosa profesa de la Congregación de la Bienaventurada Virgen María Dolorosa *.
18. En Santa Giulia (Italia), Beata Teresa Bracco († 1944), virgen y mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

MARTIRIO DE SAN JUAN BAUTISTA

Maqueronte, castillo, había tomado el nombre de Maqueronte, ciudad. Ciudad cercana. Castillo emplazado en el punto de declive en que la triste meseta del desierto declina hacia el mar Muerto. Horizontes calcáreos, polvo blanco, aridez, sol y tierras calcinadas. Pendiente inclinada hacia las desoladas orillas del mar de la maldición, declive que se fragmenta en diversas cimas, aisladas unas de otras. Por Flavio Josefo, el historiador judío, conocemos interesantes noticias y pormenores de esta fortaleza de Maqueronte. Levantaba sus arrogantes murallas al oeste del mar Muerto, en la Perea. Como fortaleza —según Plinio la más segura después de la de Jerusalén— servía de recio baluarte contra los árabes nabateos, lindantes con los estados herodianos. Construcción fuerte y cómoda a la vez; era una de aquellas que Herodes el Grande había edificado en diversos lugares de sus dominios. Se advierte en la morosidad y detalles de la prosa de Flavio Josefo un particular gusto en describirla. Dice que Herodes construyó en medio del recinto fortificado «una casa regia», suntuosa por la grandiosidad y hermosura de sus departamentos, y que la proveyó, además, de abundancia de cisternas y de toda clase de almacenes. Convenía a la aridez y apartamiento del lugar.

La doble ventaja de Maqueronte de aunar fortaleza y casa de placer ofrecía al hijo de Herodes el Grande, Herodes Antipas, actual tetrarca, la oportunidad de atender a un doble objeto: vigilancia de sus fronteras, amenazadas por Aretas, rey de los nabateos, y solaz para sus largas horas de pequeño rey desocupado y amigo de fiestas y diversiones. De aquí su detenerse preferentemente muchas temporadas en este alcázar. El generoso abastecimiento, la alegre compañía, acomodada a sus caprichos, y los gustos que podía permitirse, convertían la aridez del desierto en amena y divertida morada.

Y es el mismo historiador judío, Josefo, quien nos certifica de este sitio como escenario de uno de los dramas más pungentes, aleccionadores y bellos en la historia de la santidad: el del final de la vida y el martirio de Juan, el Bautista. Flavio Jose-

fo era contemporáneo del santo Precursor. Austeridad de paisaje y palacio de deleites. Marco expresivo para aquella figura de vida penitencial que remata como invencible víctima de ajenos placeres.

Una providencial incidencia nos ilustra sobre este caso sublime de la vida del hijo de Zacarías y de Isabel. San Marcos y San Mateo nos lo recuerdan, ocasionalmente, con motivo de los temores de Herodes ante la predicación y los milagros de Jesús. Cuando llegan a oídos del tetrarca galileo las noticias de la aparición del Maestro, se estremece. En su pavor, turbio y supersticioso, se pregunta: ¿Es Juan el que yo maté, que ha resucitado?

> «Y oyó el rey Herodes, el tetrarca, la fama de Jesús, todas las cosas que él hacía, porque se había hecho notorio su nombre, y decía: Juan el Bautista ha resucitado de entre los muertos; y por esto óbranse en él milagros. Y otros decían: Es Elías. Y decían otros: Es el profeta, como uno de los antiguos profetas. Cuando lo oyó Herodes, dijo a sus criados: Éste es Juan el Bautista. Éste es aquel Juan que yo degollé, que ha resucitado de entre los muertos. Y dijo Herodes: A Juan yo lo degollé. ¿Quién, pues, es éste, de quien oigo tales cosas?».

Así, los dos evangelistas nos hacen el don de unas páginas impresionantes. Consiguen en ellas uno de los relatos de más dramática viveza. Y de suprema lección moral y sublime heroísmo. Con la información de San Marcos y la complementaria, paralela, de San Mateo, se nos da, de mano sobria y segura, penetrante agudeza psicológica, desarrollo y meandros de la pasión, descripción costumbrista, altísimo ejemplo de santidad. Sintetizando la acción del drama, podríamos formular: sobre el pavimento de mármol de una sala de festín, bajo el lujo asiático de damascos y sedas, entre perfumes, copas de plata y de cristal, serpea la vileza de la lujuria, la vileza de la venganza y la vileza de la cobardía. Del juego combinado de esta triple alianza brota un crimen. Y de la negrura de este crimen, como de la tiniebla subterránea del calabozo donde se ejecuta, se alza una aurora de heroísmo, la gloria de un martirio. A través de las líneas de la narración de los sagrados escritores, centellean, con alternativa luz de horror y de hermosura, el relámpago de la espada cercenadora y la plata de la bandeja donde cae el fruto cortado por la espada.

Casi diez meses ya que Juan, el Bautista, está encarcelado. «Herodes había hecho prender a Juan, le había encadenado y puesto en la cárcel por causa de Herodías». La oscuridad de una reducida mazmorra en el sótano, excavado en la propia roca, de Maqueronte, retiene su austera figura nazarena. Se intenta apagar con el aislamiento aquella voz de verdades que, con libertad de santo, amonesta a los grandes, al monarca: «No te es lícito tener la mujer de tu hermano». Este monarca es Herodes Antipas, hijo de Herodes llamado el Grande, aquel perseguidor de Jesús niño que había mandado degollar a los Inocentes. Herodes Antipas reinaba, como tetrarca, en Galilea y en Perea desde la muerte de su padre. Era hermano de Arquelao, que ocupó el trono de Judea, Idumea y Samaria. Y hermano también, por parte de padre solamente, de Filipo —así le apellida San Marcos, en tanto que Flavio Josefo le llama Herodes—, que vivía como oscuro particular en la capital del Imperio. En uno de los viajes de Antipas a Roma —viaje probablemente de información secreta sobre gobernadores romanos a Tiberio, amigo suyo, conquistado con hábiles y aduladoras complacencias—, se hospedó en casa de su hermano Filipo. La intimidad y frecuencia de trato le llevó a enamorarse allí, con la tenacidad de una pasión de madurez —de otoño casi, pues Herodes pasaría de la cincuentena— de su cuñada Herodías, nieta de Herodes el Grande y sobrina de los dos, de Filipo y de Antipas. A la pasión erótica del segundo responde la ambición soñadora de la mujer. Altiva, dominadora, intrigante, fantaseando grandezas y sedienta de fausto, descubre Herodías, con la declaración de Antipas, la posibilidad de abandono de su obscura existencia en Roma. Se le abre un horizonte áureo y sonriente, de brillantez y suntuosidades. Corresponde a la pecaminosa ternura y decide, con cautela, seguir, en el momento oportuno, hasta el Mediterráneo oriental a su real amante.

No es fácil dar apariencia legal a estos amores. Ya el matrimonio con Filipo había encontrado sus dificultades a causa de la próxima consanguinidad. Y el matrimonio entre cuñados estaba prohibido según la Ley de Moisés. Y donde reinaba Antipas regía la observancia de rabinos, duros y exigentes, por lo menos con las apariencias de la Ley. Además, el tetrarca de Ga-

lilea y de Perea tenía su esposa legítima, una princesa, la hija de Aretas, rey de los árabes nabateos. Pero triunfan la vehemencia erótica de la pasión del torpe enamorado y la vehemencia ambiciosa de la querida. Después de un tiempo de espera, en el que, y durante la ausencia del tetrarca de sus dominios, la esposa legítima informada, ha huido buscando otra vez refugio en la corte de su padre, Herodías lo salta todo, deja a su marido, y acompañada de su hija, habida del matrimonio con Filipo, marchan a Galilea. Su vanidad se colma, deslumbrada ante el boato de la corte de Herodes, cuyo amor a la fastuosidad, heredado de su padre, era conocido en Roma. Antipas, oriental educado en la capital del Imperio, unía el sentido suntuario del Oriente con el refinamiento de las costumbres paganas.

Aretas, el rey de los nabateos, herido en su honor de monarca y en su afecto de padre por el repudio de su hija, se ha convertido en enconado y temible enemigo del tetrarca galileo. Esto justifica más la presencia de Herodes en Maqueronte. Pero su avidez de goce y de ostentación disfruta más del palacio que de la fortaleza. Los lujosos salones son testigos de frecuentes fiestas. La tensión de la vigilancia y el tedio cortesano se amenizan con diversiones. Músicas de placer tienen el encargo de ahogar el ingrato estrépito de un posible ataque. Herodías colabora, con su don de insinuación, al olvido, y triunfa en aquel pequeño ambiente con su seducción, su brillo y ansia de distracciones. Sólo el índice acusador de San Juan se hinca, como un torcedor, como un hierro afilado, en su sensualidad: —No te es lícito.

Una alegre conmemoración, con su fiesta correspondiente, brinda el anhelo de venganza, siempre al acecho, de la adúltera, una oportunidad magnífica. La fiesta del aniversario del natalicio de Herodes. Son conocidas las grandes solemnidades con que la antigüedad oriental y romana celebraba tales aniversarios. El Génesis nos evoca la pompa desplegada con este motivo por uno de los faraones egipcios. Para el fausto acontecimiento la munificencia de Herodes había invitado a lo más descollante de su reino. Y la fiesta en que cortesanos interesados habían hecho alarde de su ingenio áulico y fraseología aduladora, en felicitaciones, poemas y regalos al monarca, terminaba con la opulencia de un banquete. Y al caer de la tarde ve reunidos en torno a

la mesa presidida por el rey —así le llama en sentido lato San Marcos— los principales personajes de sus Estados. Tres categorías distingue el evangelista: elevados oficiales de palacio, los altos militares de su ejército y notables de Galilea, lo más distinguido de la sociedad de su tetrarquía. Gente de autoridad y dinero. Aristocracia ávida, desde su apartamiento provinciano, de tomar parte en el tono cosmopolita de la capital, de que se preciaba el tetrarca, seguidor del ritmo de la metrópoli. Las luces, encendidas por esclavos en el bronce y plata de los candelabros, iluminaron alcatifas, triclinios, ricas vestimentas, joyas, frases ingeniosas, complacencias y sonrisas. En los manjares del banquete brilla el alarde munífico y sibarita de los gustos del asmoneo. Complementa su vanidad de deslumbrar y su irrefrenada sensualidad la astucia femenina de Herodías, con otras intenciones de sumo interés personal.

La adúltera, ofendida y enfurecida con Juan, el profeta delator de su adulterio, cuya presencia era una admonición constante, tenía a su lado un medio muy apto: su hija. Esta hija cuyo nombre no se nos dice en el Evangelio y que sabemos por Flavio Josefo: Salomé. Y cuyo perfil físico —el de varios años después— conocemos gracias a una pequeña moneda en la que aparece con el rey de Calcis, Aristóbulo, del que fue esposa. Herodías; podría tender una trampa habilísima. La muchacha había aprendido en la alta sociedad de la urbe a bailar elegantísimamente y a ejecutar danzas desconocidas de aquellos magnates de provincia. La ayudaba su fragante juventud. Salomé tendría entonces unos diecinueve años. Supo la madre, perspicaz, multiplicados sus ardides mujeriles por el encono, estimular el amor propio de la joven. Salomé, encendida juvenilmente del deseo femenino de exhibirse, estuvo a la altura de la intención de la madre. La coreografía amenizadora de festines era habitual en las costumbres romanas. La poesía de Horacio nos informa, con su habitual desenfado, del aire atrevidamente impúdico de tales danzas. Hoy no actuarán bailarinas asalariadas. La danzarina será esta vez la propia hija de Herodías. En la apoteosis del banquete, cuando al fuego del vino y la embriaguez se inflaman los instintos menos elevados, hace su deslumbrante aparición la refinada bailarina. Se arquea su cuerpo con ritmos tan elásticos

y graciosos, danza de forma tan audaz y seductora para la baja avidez de tanto instinto despertado, que Antipas se estremece. El halago de un espectáculo superior, que le eleva por encima de las demás cortes de Oriente, le sacude. Es el brillo de la metrópoli danzando en los movimientos de Salomé. Y es la lujuria y frivolidad del tetrarca que exultan hasta el entusiasmo. «Pídeme lo que quieras y te lo daré» —le asevera con la ternura viscosa de la sensualidad exaltada, entre el delirio y los aplausos de la concurrencia complacida—. «Pídeme lo que quieras y te lo daré, aunque sea la mitad de mi reino». Y corrobora la promesa con solemne juramento.

Siglos antes, en otra corte de Oriente, otro monarca había hecho promesa semejante a otra mujer, pero en ocasión alta, noble y pura: Asuero a Esther. Aturdida ante tal ofrecimiento, Salomé cruza, rápida, la sala y va a la del banquete de las damas —las mujeres no podían participar como comensales en estos festines—, donde estaba su madre. Su madre en despertísimo alerta. «¿Qué le pido?». Herodías no duda un instante. Tenía madurada la respuesta desde mucho tiempo. La taima con que la zalamería femenina la envuelve no puede disimular la crueldad de la tajante decisión. Tajante como el filo de la espada que dentro de unos minutos cercenará la cabeza de un profeta. La rapidez en expresar esta voluntad y las prisas con que se ejecute —«ahora mismo», dice el texto evangélico—, descubren en su satisfacción el logro de un incontenible y represado anhelo. ¡Por fin! «La cabeza de Juan el Bautista». Vuelve Salomé apresuradamente donde estaba el rey. Pide, decidida: «Quiero que me des al instante, sobre esta bandeja —cogería una de las de la misma mesa—, la cabeza de Juan el Bautista». El rey se entristeció. Porque apreciaba a Juan. «Le tenía como profeta y le custodiaba, y por su consejo hacía muchas cosas, y le oía de buena gana. Pero por el juramento y por los que con él estaban a la mesa, no quiso disgustarla. Mas enviando uno de su guardia, le mandó traer la cabeza de Juan en un plato. Y le degolló en la cárcel. Y trajo su cabeza en un plato y la dio a la muchacha y la muchacha la dio a su madre».

La tristeza de Antipas fue sincera. Pero ineficaz. Con la ineficacia de la cobardía. El respeto humano de los débiles que

teme quedar mal ante los hombres y no tiene la entereza de defender más altos imperativos de conciencia, lleva la voluntad del monarca al crimen. Y da la orden al «speculator», o soldado destinado para estos eventuales menesteres de muerte. Sobre una de las mismas bandejas de la fiesta, ¡qué fuerza del símbolo!, aparece un trágico fruto: la cabeza de Juan. Ya calló la santa boca que recordaba el deber. La de aquel asceta santísimo que vivió austeramente en el desierto, del que dijo el Divino Maestro:

> «¿Qué salisteis a ver en el desierto? ¿Una caña movida por el viento? ¿Un hombre vestido de ropas delicadas? ¿Un profeta? Ciertamente os digo: Y más aún que un profeta. Porque éste es de quien está escrito: He aquí que yo envío mi ángel ante tu faz, que aparejará tu camino delante de Ti».

Ya calló la boca del predicador de la virtud. Para cerrar esos labios santos que te señalaban la limpia trayectoria del bien, no necesitas ya tu mano blanda y cobarde, rey lascivo. El filo de tu pecado le segó la voz. La debilidad tiene también sus espadas de finísimo corte, la caricia vedada sus arañazos asesinos. Tus delicias prohibidas gotean ahora sangre en las venas del cuello mártir. No temas la mirada de estos ojos inertes. Están cerrados: Cerrados —purísimos y viriles— del horror de tu lascivia.

La cabeza cercenada del Bautista pasó apresuradamente de manos de la hija, ligera, a las de la madre, incestuosa y adúltera. El odio acumulado ardía con los vértigos más vivos de la prisa. Más que el alfiler de plata o el puñal de acero, con que, según informe tardío de San Jerónimo, atravesó, como desahogo de su odio, la nieta de Herodes —lamentable fidelidad de crueles atavismos— la lengua del defensor de la castidad —así hizo Fulvia con la cabeza de Cicerón—, la taladran ahora, en punta confluyente de saeta, los dos ojos del adulterio de Herodías que en ella se clavan con la innoble alegría del rencor satisfecho. El tiempo había alimentado la llama del odio. «No dejes libre a este amonestador importuno», urgía a su amante. Y consiguió encarcelarlo. Ahora obtiene su remate, el hito supremo: matarle. El afilamiento definitivo de la espada lo dio la venganza de una mujer servida por los lúbricos movimientos de danza de otra mujer. Digna hija de tal madre. «La cabeza de un profeta

—clama, lleno de espanto, San Ambrosio—, el premio de una danzarina».

En la historia de los hombres se leerán estos hechos como un normal discurrir de la pasión y la intriga. En la historia de la gracia la mirada sobrenatural leerá, a través de la flaqueza y perversión de los sucesos humanos, la intención de Dios, que saca de ellos la maravilla de un santo, la corona de un mártir.

Cuando los discípulos de Juan se enteraron de su muerte, «vinieron y tomaron su cuerpo, y lo pusieron en un sepulcro», añade el evangelista. El respeto de los buenos a lo santo sigue al odio a lo santo de los perversos. En el silencio reverente con que envuelve esta frase evangélica la tumba de Juan Bautista, suena para la piedad y para la fe una sinfonía triunfal. La alta sinfonía de la verdad, que no cede ante el poder y el pecado, duraderos en el tiempo. La gloria del mártir, duradera en la eternidad.

Cuando el beduino señala hoy al viajero piadoso una cumbre, azotada por el viento frío, con unas viejísimas ruinas, y le dice, con voz de misterio, el nombre de aquel lugar, el *Mashaka,* el «palacio colgado», donde se irguió Maqueronte, la memoria cristiana evoca algo más que un inane recuerdo elegíaco. Allí se cumplió la suprema aspiración de un alma nobilísima, el hito de un santo:

> «Yo no soy el Esposo, sino el amigo del Esposo; no soy el Cristo, sino el precursor. Él debe crecer, yo menguar, empequeñecerme».
>
> «Tú te empequeñeces, Juan —le dirá San Agustín—, con el cercén de la cabeza. Él crecerá con la cruz».

FERMÍN YZURDIAGA LORCA

Bibliografía

FILLION, L. C., *Vida de Nuestro Señor Jesucristo* (Madrid ^{7}1959).

GOMÁ Y TOMÁS, I., *El Evangelio explicado,* 4 vols. (Barcelona 1934).

KELLER, W., *Y la Biblia tenía razón* (Barcelona 1956).

RICCIOTTI, G., *Vida de Jesucristo* (Barcelona ^{8}1963).

Verbum Dei. Comentario a la Sagrada Escritura. III: *Nuevo Testamento: Evangelio* (Barcelona 1958).

• Actualización:

STEGEMANN, H., *Los esenios, Qumrán, Juan Bautista y Jesús* (Madrid 1996).

BEATOS JUAN DE PERUGIA Y PEDRO DE SASSOFERRATO: MÁRTIRES DE TERUEL

Religiosos y mártires († 1228)

En torno al año 1209 suponen las crónicas de los frailes menores que acudieron al convento franciscano de Asís un venerable sacerdote, llamado Juan, natural de Perusa, y un hombre de edad madura, Pedro, procedente de Sassoferrato. Los dos deseaban un camino de perfección, siguiendo el admirable ejemplo iniciado por San Francisco de Asís. Adelantaron tanto en abnegación de sí mismos y celo apostólico que el propio San Francisco pensó en ellos para emprender una magna empresa misionera, que sería gloria y corona de la Orden Seráfica.

Deseaba ardientemente extender por toda la tierra el Reino de Dios, despertando que todos conocieran el Evangelio de Cristo. Por eso, en el año 1217 envió frailes a predicar a los moros en tierras de cristianos, y dos años más tarde, envió un nuevo grupo de religiosos para llevar la fe a tierras del norte de África. Dos de ellos, Juan de Perusa y Pedro de Sassoferrato, partieron hacia el reino moro de Valencia, y otros seis, marcharon a Marruecos. Llegados los dos primeros a tierras de Aragón bajaron a Teruel, a donde llegaron el año 1220, camino de Valencia.

Teruel era una ciudad fronteriza, que comerciaba con los árabes y donde era escasa la vida religiosa. Vislumbrando el inmenso reino de Valencia, los dos religiosos franciscanos edifican dos celdas para su morada junto a la ermita de San Bartolomé, situada extramuros de la ciudad, cavan un pozo y cultivan un pequeño huerto, dedicándose a predicar la Buena Nueva evangélica, atienden a los enfermos y ayudan a los pobres. Se preocupan por la infancia a quien enseñan las verdades de la fe cristiana, siendo acreditados como apóstoles de los niños, como confirma y demuestra la participación de numerosos pequeños en la procesión anual en su honor:

> «Salían ciertos días de fiesta a las plazas y lugares de mayor concurrencia y juntando cuantos niños podían les explicaban la doctrina cristiana, informándoles con suavísima mansedumbre de los misterios y artículos de nuestra santa fe».

Esta actividad pastoral, junto con la predicación a los adultos y el singular ejemplo de humilde servicio, lograron que la vida piadosa de los turolenses fuera más auténtica, aumentando la práctica religiosa, y mejorando notablemente las costumbres. El pequeño templo franciscano se llenaba para escuchar a estos dos varones evangélicos, edificantes por su sacrificado testimonio. Pero su meta era Valencia, la mora.

El ejército de Jaime I de Aragón acosaba las huestes del rey valenciano Zeit Abu Zeit, hermano de Miramamolín, el de las Navas de Tolosa. Se produjo en este tiempo un asalto de los moros al barrio cristiano de la capital del Turia, produciéndose crueldades y crímenes que espantaron a los cristianos. Cuando esta noticia llegó a Teruel los dos admirables misioneros franciscanos entendieron que había llegado la hora de partir hacia Valencia, para animar a los cristianos, anunciar la Palabra de Dios y dar testimonio de Cristo. Si era preciso, con el martirio.

Enrolados en una caravana de mercaderes llegaron a la capital del Turia el año 1228. Sencillos, pero intrépidos, hicieron oír su voz, animando a los cristianos a practicar las enseñanzas evangélicas, por amor a la verdad, la justicia y la paz. Al poco tiempo el rey moro de Valencia ordenó que fueran encarcelados. En el juicio les interroga sobre su misión, invitándoles a apostatar de Jesucristo. Según parece, fueron sometidos, además, a diversos tormentos que sufrieron atados a un ciprés o palmera, posiblemente serían apaleados o azotados, forzándoles a obtener una confesión de culpabilidad o provocar su apostasía. Su confianza en la Divina Providencia les mantuvo firmes y serenos, aceptando la sentencia de muerte con ánimo gozoso.

El día 29 de agosto del año 1228 fueron decapitados en la conocida plaza de la Higuera que, según los historiadores, corresponde a la actual plaza de la Reina. Los cristianos recuperaron los cuerpos de los mártires y les dieron piadosa sepultura en la iglesia del Santo Sepulcro, posteriormente Parroquia Colegiata de San Bartolomé. Unos años después, el rey moro de Valencia que ordenó la muerte de estos dos franciscanos fue destronado, proclamándose nuevo rey Zaén. Por su parte Zeit Abu Zeit huyó a Zaragoza, donde en 1233 recibió el bautismo con el nombre de Vicente de Belvís. Es fama que donó su palacio en

Valencia a la Orden franciscana, para expiar su pecado. El martirio de los dos religiosos franciscanos produjo una gran consternación. Cuando en 1231 llegó el rey don Jaime I los turolenses le pidieron que recuperara los santos restos de los mártires, como así hizo, liberando —como intercambio— a los moros notables que tenía prisioneros en Morella (Castellón). El rey Zaén mandó a Teruel en una caja los restos de los religiosos, y diversas reliquias y objetos usados por los franciscanos, en cuya cubierta escribieron «San Juan y San Pedro». La llegada de estos venerables restos a Teruel coincidió con una asamblea de caballeros cristianos, convocados por Jaime I para preparar la conquista de Valencia.

El mismo rey recibió las reliquias en sus propias manos, y los sagrados cuerpos de los llamados «Mártires de Teruel» se colocaron en una urna de alabastro en la ermita de San Bartolomé, donde predicaron fervorosamente algún tiempo. En 1391 este pequeño templo fue derribado y en su lugar se construyó la iglesia actual, concluida en 1409. Las reliquias de los mártires se depositaron en la capilla de Santa Rosa de Viterbo, pero en 1481 se trasladaron al altar mayor, colocándolas debajo del Sagrario. El año 1537 don Gaspar Sánchez, barón de Escriche, hizo labrar una nueva urna, que fue sustituida en 1690 por la que ofrendó don Diego Andrés Sánchez de Cutanda, baile general de la comunidad de Teruel.

Al producirse en 1835 la exclaustración de los frailes, las sagradas reliquias se guardaron en el convento de religiosas clarisas, donde permanecieron hasta el año 1903, en que se abrió de nuevo la iglesia y convento de los franciscanos en Teruel, a donde regresaron las veneradas reliquias. Cuando en 1917 se celebró el VII centenario de la venida de los «Mártires a Teruel», el artesano Matías Abad construyó la urna de hierro repujado que encierra la urna de cristal, donde están las sagradas reliquias. Esta urna se salvó del terrible asedio y conquista de Teruel el año 1937 al ocultarla secretamente un valiente devoto de los Mártires. En 1977 la urna de cristal fue restaurada.

Son patronos de la ciudad y diócesis de Teruel, junto con Santa Emerenciana, con voto solemne efectuado el 29 de agosto de 1735. La Sagrada Congregación de Ritos el 3 de enero de

1705 reconoció el culto inmemorial a estos bienaventurados mártires, y el papa Benedicto XIII concedió misa y oficio propios el 23 de julio de 1727. Desde su mismo martirio vienen recibiendo el título de «santos», aunque, en verdad, han de ser venerados como beatos.

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

Los santos mártires de Teruel. 750 aniversario de su martirio. 1228-1978 (Teruel 1978).

BEATO EDMUNDO IGNACIO RICE

Fundador († 1844)

Insigne fundador de dos institutos dedicados al importantísimo campo de la educación católica, tan arduo como fascinante y fructífero, nació Edmundo Ignacio Rice en Westcourt, Callan (Irlanda), el 1 de junio de 1762.

Su larga vida de 82 años recorrió incansable una escala ascendente de progreso espiritual y de fecundidad apostólica en los distintos estados y situaciones que se encontró. Fue, primero, hábil comerciante con éxito en negocios y ventas. Pero, sobre todo, encontraron en él un modelo relevante de verdadero apóstol seglar.

Se casó a los 25 años. Y el amor que profesó, tanto a su joven esposa como a su hija minusválida, floreció en multitud de obras espirituales y corporales de misericordia en torno suyo. Ayudaba al clero de su parroquia a hacer frente a las apremiantes necesidades de sus conciudadanos oprimidos por la pobreza y el peso de la legislación anticatólica.

Muerta prematura y trágicamente su esposa a los dos años de matrimonio, soportó con espíritu de fe la pesada cruz de la soledad y la minusvalía de su hija. Cuidó de ella con plena responsabilidad y cariño de padre. Sin duda movido por el Espíritu, emprendió un camino concreto de apostolado, ante las condiciones deplorables en que se encontraba la educación de los jóvenes. Abrió una escuela instalada provisionalmente en un viejo edificio y allí mismo escogió el desván como vivienda

suya. Su ejemplo arrastró a otros compañeros y les llevó a compartir su vivencia radical del evangelio. No le faltó el estímulo y bendición del obispo de Hussey ni del papa Pío VI.

De aquí nació una nueva comunidad religiosa de carácter apostólico, prioritariamente consagrada a levantar el nivel de los fieles, haciéndoles conscientes de su dignidad como hijos de Dios, siempre por medio de la educación cristiana integral.

La pequeña comunidad inicial seguía la Regla de las Hermanas de la Presentación, con algunas adaptaciones. Pronto se trasladó de la escuela provisional a un local estable en Waterford, al que llamaron Monte Sión.

El Instituto, llamado «Sociedad de la Presentación», fue aprobado como congregación de derecho diocesano en 1809, cuando el obispo Powce admitió a Edmundo y a sus compañeros a los votos evangélicos en la vida religiosa.

La obra se extendió rápidamente a otros centros de la diócesis de Waterford y más allá de sus fronteras. Muchos obispos valoraron la excelencia del método propio del Siervo de Dios en la educación católica de los jóvenes. El arzobispo Troy de Dublín y su coadjutor, el también arzobispo Murray, agenciaron en la curia romana una organización central para la congregación, que se iba multiplicando por las diócesis.

El paso decisivo lo dio en 1822 cuando el papa Pío VII envió su carta de aprobación *Pastoralis dignitatis fastigium.* Edmundo, ahora ya llamado «hermano Ignacio», la acogió junto con la mayoría de sus hermanos y fue elegido «Primer ministro general» de la congregación, ya de derecho pontificio, que más tarde fue conocida como Congregación de los Hermanos Cristianos. El espíritu del fundador está recogido con toda fidelidad en el libro de la *Regla común* que vio la luz en 1932.

Una pequeña parte de las comunidades continuó como «de derecho diocesano» con el nombre de Hermanos de la Presentación, bajo la obediencia del obispo de Cork. Con el tiempo se convirtieron también ellos en congregación de derecho pontificio.

Edmundo pudo contemplar la propagación de su obra y sus hermanos no sólo en Irlanda sino también en Inglaterra, Tierra del Fuego y Australia. Sólo en 1838, anciano y enfermo, deja de

ser superior general. Falleció en el Monte Sión de Waterford el 29 de agosto de 1844, aureolado con fama de santidad.

Los miembros de las dos congregaciones por él fundadas, inspirados en su ejemplo y sus normas, continuaron su vida apostólica en comunidades de los cinco continentes, llevando a Cristo miles de jóvenes. Los Hermanos Cristianos se han concentrado en los territorios de misión de Sudamérica, África, e Islas del Pacífico, dedicándose con preferencia a los marginados de las grandes ciudades. Por todas partes han llevado el nombre y carisma de su fundador, contándose por centenares las gracias y curaciones atribuidas a su intercesión.

La causa de beatificación se inició en Dublín, 1962, y concluida felizmente la tarea de la comisión histórica diocesana el 16 de julio de 1976 y el proceso informativo (19 de mayo de 1979), pasó el proceso a la Sagrada Congregación para las Causas de los Santos el 1 de junio de 1979. Examinados los escritos, el decreto sobre los mismos es del 22 de octubre de 1980. Terminada la *positio* en 1985, llovían de todas partes cartas de agradecimiento por las gracias y favores atribuidos a su intervención.

La solemne beatificación tuvo lugar el 6 de octubre de 1996, junto con la Madre María Ana Mogas, fundadora española de las Franciscanas Misioneras de la Madre del Divino Pastor.

Juan Pablo II, en su homilía, trazó la semblanza del nuevo beato partiendo de la carta de San Pablo a los fieles de Filipos: «Nosotros tomamos en consideración todo lo que hay de verdadero, de noble, de bueno y puro» (cf. Flp 4,8), aplicándolo a la vida y carisma vocacional del beato en la educación. «Practicad asimismo lo que habéis aprendido y recibido, lo que habéis oído y visto en mí. Y el Dios de la paz estará con vosotros» (cf. Flp 4,9).

El Espíritu lo llevó, finalmente, a su total consagración y la de sus compañeros en la vida religiosa. Hoy sus hijos espirituales, los Hermanos Cristianos y los Hermanos de la Presentación, continúan su misión, una misión que él mismo describía en esta sencilla y clara intención: «Confiando en la ayuda de Dios, espero ser capaz de educar a estos muchachos a ser buenos católicos y buenos ciudadanos».

«¿Quién medirá jamás —dijo el Papa— todo lo bueno que ha venido por la penetración espiritual, corazón afectuoso y fe decidida del Beato Edmundo Ignatius Rice? Una vez más, Irlanda ha dado a la Iglesia y al mundo un testimonio de completa fidelidad a Cristo».

En el *Ángelus* de ese domingo (6-10-1996) Juan Pablo II se refirió de nuevo al Beato Edmundo con emocionadas palabras, tras de las cuales se percibe la honda preocupación por el drama de violencia y de sangre que sacude a Irlanda del Norte:

«Saludo calurosamente a los muchos peregrinos de Irlanda y de otras partes del mundo que han venido para la beatificación de Edmundo Ignatius Rice. Vuestra presencia es un tributo al trabajo dedicado por los Hermanos Cristianos y los Hermanos de la Presentación, especialmente en el muy importante campo de la educación católica. Los santos de Irlanda, antiguos y modernos, muestran la profundidad con que los irlandeses se han comprometido con Cristo.

Os invito a orar para que esta herencia de auténtica fe y santidad sea la inspiración de nueva armonía y paz entre las comunidades en Irlanda del Norte, entre personas de diferentes ideas políticas. Oremos para que los irlandeses dejen atrás la tensión y el conflicto entre ellos y avancen en la construcción de un futuro más claro y más sereno para la nueva generación. Nada se pierde con la paz; todo se puede perder con la violencia. ¡Que Dios os bendiga a todos!» (cf. *Ecclesia* [1996] n.2811).

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

COX, D., «Rice, Edmund Ignacio», en *Bibliotheca sanctorum. Appendice prima* (Roma 1987) 1141-1142.

CULLEN, W. B., y otros, *Edmund Rice. The friend of boys* (Athlone 1965).

«Homilía de Juan Pablo II en la misa de beatificación de la madre Ana M.ª Mogas, Edmundo Ignacio Rice y otros catorce beatos»: *Ecclesia* (1996) n.2811 p.25-27.

NORMOYLE, M. C., *A tree is planted. The life and times of Edmund Rice* (Dublín 1975).

RUSHE, D., *Edmund Rice. The man and his time* (Dublín ²1995).

BEATA JUANA JUGAN

Virgen y fundadora († 1879)

Juana Jugan, en religión sor María de la Cruz, es un caso insigne de vida cristiana fecunda. Vivió ejemplarmente como

seglar hasta los cuarenta y siete. A esa edad empieza su obra prodigiosa y vive doce años de creatividad evangélica extraordinaria hasta que la obediencia la sumerge en veintisiete años de inactividad silenciosa y oculta, vivida en una ofrenda de amor que resultó ser extraordinariamente eficiente. Porque ella fue la dinámica escondida pero profunda de su grandiosa obra: la Congregación de las Hermanitas de los Pobres.

Juana nace en Cancale, Bretaña, el 25 de octubre de 1792. Francia está en pleno período revolucionario. Era hija de José, marinero pescador, y de María Horel, de cuya unión llegarían a nacer siete hijos. La llevan sus padrinos, porque el padre estaba en alta mar, a que la bautice el párroco intruso y constitucional Godefroy aquel mismo día. Y hubo de ser en su casa donde recibiera las nociones elementales de religión ya que en el curso del proceso revolucionario la iglesia parroquial sería cerrada, convertida en hospital y luego en almacén de forraje para las tropas. En su casa, en 1796, tiene lugar una tragedia: su padre no regresa de la mar. Al parecer se ha ahogado. Pero pasarán muchos años antes de que se le dé por muerto y se le llamará incluso en los documentos con el apelativo de «ausente». Hasta que no se firma el concordato no se reabre la iglesia, no llega un nuevo párroco y no puede hacer Juana la primera comunión (1803), seguida al poco tiempo por la confirmación. Juana, en cuanto pudo, sacaba a pastar las dos vacas y unas cabras de la familia. A los 16 años fue contratada como ayudante de cocina en casa de la vizcondesa de la Chouë, que le tuvo afecto y la trató muy bien y la empleó, igualmente, en la acogida a los pobres y en la visita a los ancianos solos. Parece que sus dones innatos de serenidad, reflexión y amabilidad se hicieron más refinados en el trato con una dama tan excelente como la vizcondesa. Era una joven espigada y agradable, a quien un joven marinero pidió en matrimonio. Juana no dio una negativa absoluta, simplemente le dijo que esperase. Joven piadosa y recogida, asistió a las misiones que se dieron en Cancale en 1816, y tomó la decisión de permanecer soltera y guardarse para el servicio de Dios, dando negativa final a su pretendiente.

Una vez casadas sus dos hermanas, Juana decide dejar el hogar paterno y establecerse en Saint-Servan, donde se coloca en

el hospital du Rosais, que era el hospital civil y de la marina, atendido por las religiosas Hijas de la Sabiduría. Cuidó a un anciano sacerdote, luego trabajó en la farmacia y por fin fue enfermera. Su trabajo era muy duro y al cabo de seis años dejó el hospital porque estaba agotada. Se coloca entonces (1823) como sirvienta con la señorita Lecoq, quien la trata más como amiga y acompañante que como criada. Recuperó su salud gracias a los cuidados y buen trato de la señorita, a quien, además, acompañaba en sus obras de caridad y llevaba como ella una intensa vida de piedad. Juana se agregó en la parroquia al grupo de Hijas de María. Sintiendo la mucha pobreza que había en las clases más populares Juana no dudó en pedir limosna para los pobres, ya que la fortuna de la señorita Lecoq era modesta y no cubría lo que la caridad les impulsaba a dar. Colaboraba también con ella en el catecismo de los niños. Ambas se levantaban muy de mañana, iban a misa, hacían la meditación y el rezo del rosario, leían libros piadosos y practicaban la visita al Santísimo.

A los 30 años se inscribió en la llamada Orden Tercera de los eudistas, la Sociedad del Corazón de la Madre Admirable, que tenía una regla bastante estricta y hacía de sus socias una especie de religiosas en medio del mundo. Con esta asociación hacía todos los años ejercicios espirituales en primavera. Este género de vida duró hasta que el 27 de junio de 1835 la señorita Lecoq falleció a los 65 años de edad. Juana la heredó: heredó sus muebles y una pequeña suma que, unida a sus economías personales, se elevaba a 600 francos. Decide entonces quedarse en su casa, sin colocarse en ninguna, pero ganarse la vida echando horas de trabajos: hacer la colada, la limpieza de las habitaciones, cuidar de enfermos, etc. Así conoció a muchas familias y entabló lazos de afectuosa relación con ellas. Hasta que trabó amistad con Françoise Aubert, llamada Fanchon, y decidieron ambas vivir juntas en un modesto piso de la calle del Centro, parece que el año 1838. Tenían unas habitaciones y encima una buhardilla a la que se llegaba por una escalera y un escotillón abierto entre las vigas. Fanchon hacía los trabajos de la casa y Juana seguía saliendo a distintas casas a trabajar por horas.

Por entonces conoce al P. Félix Massot, religioso hospitalario de San Juan de Dios. Un día de ese mismo año de 1838 un

fabricante de cordeles, el sr. Gouazon, le pidió que acogiera en su casa a Virginia Trédaniel, huérfana de padre y madre, y de la que él era el tutor. Juana la tomó a condición de que trajera su cama y se ganara el pan. Juana y su amiga hacían cuantas obras de caridad podían, y Juana no dejaba de visitar a los enfermos pobres. Un día visita en un tugurio a una anciana ciega, casi paralítica y desprovista de todo auxilio. Se llamaba Ana Chauvin. Juana le propone a su amiga traérsela a casa y alimentarla como si fuera de la familia. Y Fanchon estuvo de acuerdo. Y así empezó la obra hospitalaria de Juana Jugan. Juana le cedió su cama y ella empezó a dormir en un jergón.

Aquel mismo invierno se encontró con otra anciana igualmente desamparada y la metió también en la casa. Éstos fueron los comienzos de lo que sería su gran obra de hospitalidad. Virginia, la joven acogida, y otra joven de la asociación de Hijas de María, María Jamet, se unieron a Juana en su atención a las ancianas. Al invierno siguiente su confesor la invitó a que recogiera a la joven Madeleine Bourges, tan enferma que se la daba por moribunda, y Juana accedió. Era diciembre de 1840. Los cuidados de Juana devolvieron a la joven a la vida, y ella decidió entonces sumarse a la obra de caridad con las ancianas. Pero ya antes habían visitado la casita el párroco y el vicario parroquial de Saint-Servan, y este último, el abate Auguste Le Pailleur, las había animado a las tres a hacer las cosas con orden y profundidad y a comportarse como si fueran una institución religiosa, de forma que en adelante las tres anteponen a su nombre la palabra «sor» y se deciden a vivir en conformidad con un pequeño reglamento.

A partir de aquí (15 de octubre de 1840) Juana apenas podía frenar su deseo de ampliar la obra para acoger a más ancianas, y esto no podía hacerlo si no se mudaban a una casa más amplia. Alquilaron entonces una habitación grande a poca distancia de su casa, donde había además una habitación que podía albergar a las tres y una vecina les cedió una habitación para oratorio. Se mudaron el 29 de septiembre de 1841. Un mes más tarde ya estaban acogidas doce ancianas. Juana pedía intensamente limosna para poder hacer frente a todas las necesidades. Pedía sin cansancio y con gran humildad y amabilidad. Las ancianas cola-

boraban hilando lino o cáñamo. Y pronto se vio que aquella casa era insuficiente. Estaba en venta el antiguo convento de las Hijas de la Cruz. Se reunió el dinero que se pudo y se compró la finca, echándose encima una no pequeña deuda de muchos miles de francos. Pero había una gran confianza en la Providencia.

El 29 de mayo de 1842, fiesta del Corpus Christi, la asociación se reunió en presencia del abate Le Pailleur, se reelaboró la regla de vida y las dos jóvenes eligieron a Juana como superiora de la misma. Virginia estaba fuera y haría su promesa de obediencia más tarde. Iban a vivir dedicadas a Dios y a los pobres, y a pedir en lugar de ellos. Han seguido los avisos del P. Massot, ya citado, que ha visto claro que en aquel grupo había un germen de una nueva congregación religiosa hospitalaria y la orienta con criterio seguro. Adoptaron el nombre de Siervas de los Pobres. Y como Juana ya había hecho voto perpetuo de castidad, las otras tres lo emiten, en calidad, naturalmente, de voto privado, en la fiesta de la Asunción de ese mismo año 1842. El P. Massot logra para la pequeña institución la gracia de ser agregada en unión de oraciones, méritos y buenas obras con la Orden de San Juan de Dios. El 29 de septiembre se trasladan a la casa de la Cruz. En pleno traslado las visita el obispo de Rennes, monseñor Godefroy Brossais Saint-Marc. Aquel mismo día admitió Juana hasta seis ancianas más, diciendo que si Dios llenaba la casa, no la abandonaría.

Juana organiza la vida de la comunidad, dispone que vistan todas de color negro o pardo y sobre la cabeza una cofia redonda terminada en un dobladillo. Juana sigue con la cuestación, María al cuidado del trabajo y parte de la cuestación, Virginia se encarga de la ropa blanca y Madeleine de la cocina. Muy pronto las ancianas son veinticinco, y Juana, con su paraguas y su cesta, que se harán legendarios, no se cansa de ir y venir pidiendo toda clase de limosnas para sus ancianas. El 21 de noviembre de ese año de 1842 Juana y María pronunciaron el voto privado de obediencia. El 8 de diciembre de aquel año recibieron el cinturón de cuero, tomado de la Orden Hospitalaria, y las otras dos pronunciaron su voto de obediencia. Juana, en breves reuniones antes de dormir, formaba a sus compañeras y las introducía en la espiritualidad de quien sirve a Dios y a los pobres. En el

invierno de 1843 Juana recibe al primer anciano en la casa y poco después irán llegando más, y así habrá en la misma un «barrio de hombres», necesitados igualmente de hospitalidad. Luego de acoger a unos niños y a una joven, deciden ampliar la cuestación.

Al renovarse los votos el 8 de diciembre de 1843 se reelige como superiora a Juana. Pero el 23 de diciembre el abate Le Pailleur se presentó en la casa, reunió a las cuatro siervas de los pobres y declara que con su propia autoridad anula la elección del 8 de diciembre y que él elige a María Jamet como superiora, una joven de 23 años. Juana, con la mayor humildad, se arrodilla y le hace a ella el voto de obediencia. Nadie le notó ni rebeldía ni disgusto. Al día siguiente y por orden de la nueva superiora saldrá tranquilamente a la cuestación. Digamos ahora que en el otoño de 1845 la Academia Francesa le dará a Juana el «Premio Montyon a la Virtud», valorado en 3.000 francos, que fueron entregados por Juana a su obra, la que le había sido arrebatada para apoderarse de ella el abate Le Pailleur.

Juana, despojada de su cargo, verá cómo Dios bendice su sacrificio proporcionando nuevas vocaciones y ampliando la obra de caridad emprendida. Ella estará los siguientes doce años totalmente dedicada a la cuestación por las ciudades de Francia y a la fundación de nuevas casas de la comunidad. Primero irá sola, luego tendrá una compañera. Se la encontrará en todos los caminos y en cualquier época del año. Va por la costa de Saint-Malo hasta Cancale y Saint-Benoît-des-Ondes, y desde Dinard a Ploubalay, y a veces hasta más allá de Dinan. Camina a pie la mayoría de las veces, aunque en alguna ocasión la recoge un coche.

Llegada a su territorio de cuestación, procura tener recogimiento, buen porte, portarse con exquisita finura en las casas que visita e ir rezando disimuladamente el rosario todo el tiempo que va de un sitio a otro. Sabe tocar el corazón de la buena gente, que se muestra generosa con ella, porque tiene el don del tacto y la discreción. Visita también los campos, las granjas y pide limosna incluso en las casas de los pobres campesinos, aceptando con humilde gratitud lo poco que pueden darle, pero que ayuda a ir sumando provisiones. Pedía y aceptaba de todo,

porque a todo le sacaba provecho. Las cosas que le daban y que podía vender las vendía y así le servían para allegar dinero. Había que hacer frente a muchos pagos.

En una de sus giras fundaría el asilo de Rennes (marzo de 1846). Luego (agosto de 1846) fundó el de Dinan. Luego durante dos años (1847-1848) Juana va de ciudad en ciudad siempre pidiendo, totalmente disponible y desinteresada. En 1849 viajó a Tours donde en 1847 se había abierto una casa, y ese mismo año recorre la comarca de Touraine, la de Beauce y la de Anjou. Llega a Angers a comienzo de diciembre de 1849, donde la esperaban personas amigas y donde visitó a numerosas familias, y al ver por las calles a muchos ancianos pobres pensó en una fundación. Ésta se lograría en abril de 1850. Para entonces las hermanas eran ya ochenta y los ancianos acogidos eran entre 500 y 600 en los asilos de Saint-Servan, Dinan, Rennes, Nantes, Tours, París y Besançon. En Angers comenzó ella la costumbre de encomendar todas las necesidades a San José.

Juana había tomado —debemos decirlo— el nombre de sor María de la Cruz y las hermanas hacían, privadamente se entiende, los cuatro votos de pobreza, castidad, obediencia y hospitalidad. El noviciado se ha trasladado a Tours y luego (1851) irá a París. Después de Angers se hacen las fundaciones de Burdeos, Ruán y Nancy. La obra de Juana se ensancha y consolida, pero las hermanas aún no son, propiamente hablando, religiosas. Y ese mismo año 1851 se hace la fundación de Londres, a la que dedicará un artículo Charles Dickens (14 de febrero de 1852). Se redacta, por el P. Massot y el abate Pailleur, una nueva regla en 1852 en la que se decide vivir sin rentas, sólo de limosnas, como hasta entonces, con absoluta confianza en la providencia divina. Ese año el noviciado se traslada a la finca La Piletière en las cercanías de Rennes. Y el 29 de mayo de ese año el obispo aprueba las nuevas constituciones. El abate Le Pailleur será el superior general y María Jamet la superiora general, y se toma oficialmente el nombre de Hermanitas de los Pobres. La curia generalicia se instala en la casa La Piletière, y María Jamet (sor María Agustina de la Compasión) toma la decisión de llamar a Juana Jugan a esta casa, quitándola de la cuestación. Y llegada la hora de pronunciar los primeros votos ya con carácter

de votos religiosos, a Juana se la excluye: sólo harán los votos María Jamet y Virginia Trédaniel. Sólo dos años más tarde Juana sería admitida a la profesión de los votos religiosos (8 de diciembre de 1854), justo el día en que en Roma era definido el dogma de la Inmaculada Concepción.

La existencia de Juana Jugan estará en adelante llena de monotonía. Serán veintisiete años de retiro forzado. No se la empleará nunca al servicio de los ancianos ni volverá a salir a la cuestación. Albergada en el noviciado, queda dedicada a trabajos subalternos de la ropería y la cocina, y aunque se la nombra consejera, nunca se la llama a las reuniones del consejo y no se le otorgará el título de madre sino simplemente el de hermanita. El 9 de julio de 1854 el papa Pío IX aprobaba la congregación de las Hermanitas de los Pobres, para entonces con 36 casas-asilos y más de 400 religiosas. A Juana nadie le dará el título de fundadora y cuando el Papa pida noticias de los orígenes de la obra, el P. Pailleur no tendrá empacho en presentarse a sí mismo como el fundador. El 1 de abril de 1856 se empezó la casa-noviciado en la finca La Tour, en el propio Rennes, a la que se llamará La Tour-Saint Joseph, y que será la casa de Juana hasta su muerte.

Hay que decir que, aunque pudiera parecer contradictorio, este apartamiento de Juana no dejará de ser provechoso a toda la congregación, porque al estar en contacto con sucesivas generaciones de novicias, ella podrá infundir en ellas con su ejemplo y sus palabras el verdadero espíritu de la congregación. Ella será —como bien se ha dicho— raíz de poderosa savia que seguirá vivificando el tronco y será también la sal que conserva y la lámpara que ilumina a cuantos están en la casa. Y ella personalmente, en la sombra desde la que difunde la claridad, no dejará de perfeccionarse en todas las virtudes, aprovechando todas las ocasiones para crecer en la obediencia, la humildad, la paciencia y el espíritu de sacrificio. Los testimonios sobre Juana son muy abundantes relativos a este período porque las novicias formadas en la casa podrán manifestar luego sus recuerdos de esta hermana dulce y piadosísima que les indicaba siempre el verdadero camino de la hermanita de los pobres. Fuera de la congregación se ignora la situación de arrinconamiento en que

ella estaba, y se cita a las hermanitas como las hijas de Juana Jugan. Ella no moverá un dedo ni por variar su situación ni por reclamar el título de fundadora que tan justamente le corresponde. Todo este apartamiento será obra del abate Le Pailleur, y María Jamet le seguirá el juego hasta que, desaparecida ya Juana y lo mismo el abate, María Jamet hablará con claridad y dirá que se le había mandado guardar silencio sobre el tema. Juana, ocupada toda en Dios, vivía en paz y serenidad espiritual, ofreciendo al Señor su apartamiento por el bien de su comunidad.

Cuando cumplió los ochenta años empezó a venir a menos la salud de sor María de la Cruz. Le daban frecuentes taquicardias y sofocos. Pero la cabeza seguía sólida y ella seguía siempre tranquila y sonriente. Durante el último año de su vida, muchas veces y acompañada por una novicia acudía a visitar la sala de trabajo del noviciado, yendo de una mesa a otra y diciendo una frase amable y edificante a cada una. Insistía mucho en que lo hicieran todo por amor de Dios. Tuvo el consuelo de saber que el 19 de marzo de 1879 el papa León XIII había dado la aprobación de las constituciones. El viernes 29 de agosto de aquel año se levantó como de costumbre a la hora de misa. Un grupo de novicias que el día antes habían hecho sus votos pasaron ante su ventana para saludarla y ella salió a corresponder agitando su pañuelo. Iba camino de la capilla acompañada de una novicia cuando se sintió muy mal. Y pidió la extremaunción. La tendieron en la cama y acudió el P. Derlet que se la dio, estando la moribunda consciente. Sor María de la Cruz decía: «Oh María, mi buena Madre. Venid por mí. Vos sabéis que os amo. También a vos tengo deseo de veros». Y expiró a los 86 años, 10 meses y 14 días.

Enterrada en el cementerio de la comunidad, sus restos mortales serán sacados sesenta años más tarde, el 5 de marzo de 1936, y conducidos procesionalmente a la casa-madre. La labor de reivindicación de Juana había sido sobre todo la obra de un sacerdote auxiliar de la congregación, el abate Francisco Leroy, el cual llegaba a unirse al cuerpo de sacerdotes auxiliares el 15 de junio de 1881. Tenía entonces 27 años y era originario de Bécherel. Durante 22 años se entregó sin reservas a la obra hospitalaria y al bien de la congregación. Amante del estudio, escu-

chó a las religiosas hablar de las virtudes de sor María de la Cruz. Sospechó que algo sobre ella no cuadraba y empezó con discreción a investigar. Cuando logró ver el documento que sirvió para el «Premio Montyon» en la Academia Francesa, se le hizo la luz acerca de la verdadera iniciadora de la obra. Sus investigaciones dieron paso a su libro *Historia de las Hermanitas de los Pobres* (París 1902), en el que con gran imparcialidad y justicia daba a cada uno lo suyo, y obviamente a Juana Jugan el papel de iniciadora de la obra de las hermanitas. Poco a poco la obra del abate Leroy llevaría la luz a todas las casas de la congregación y se haría común la convicción de que la madre de todos era Juana Jugan. Empezó entonces a afianzarse la fama de santidad de Juana y a comprenderse la grandeza de su silencio y su sacrificio así como su verdadero papel.

El 23 de junio de 1935 el arzobispo de Rennes, monseñor Mignen, instituía el tribunal diocesano encargado de la instrucción del proceso informativo sobre su fama de santidad. Todo lo demás anduvo luego por sus pasos hasta que el 3 de octubre de 1982 Su Santidad el papa Juan Pablo II la inscribía en el catálogo de los bienaventurados. «El que se humilla será ensalzado» (Mt 23,12).

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 76 (1984) 346-349.
GARRONE, G.-M., *Lo que creía Juana Jugan* (Barcelona 1980).
LECLERC, E., *El desierto y la rosa. Vida de Juana Jugan* (Madrid 2001).
LEROY, F., *Historia de las Hermanitas de los Pobres* (París 1902).
MILCENT, P., *Juana Jugan, humilde para amar* (Barcelona 1982).
TROCHU, F., *Jeanne Jugan, fundadora de la Congregación de las Hermanitas de los Pobres* (Barcelona 1970).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTA SABINA DE ROMA

(† s. V)

Sabina es la titular de una iglesia de Roma, construida entre los años 422-432 y que primeramente se llamó título de Sabina,

para luego llamarse de Santa Sabina. Parece, por ello, que Sabina es la fundadora de esta iglesia que posteriormente recibió el título de santa y se la confundió con una mártir homónima, que habría vivido en un pueblo de la Umbría, y de la que se conservó una *passio*. Esta iglesia romana del Aventino fue restaurada en el siglo IX y donada por el papa Honorio III en el siglo XIII a la Orden de Santo Domingo. En esta iglesia tenía lugar la estación del Miércoles de Ceniza.

SAN SEBBI

Rey y monje († 693)

Sebbi o Sebbe o Sebbó fue rey de los sajones del Este, es decir la zona comprendida entre Essex, Hertfordshire y Londres, hacia el año 664. Compartía el trono con Sigero, el cual entendía que la epidemia que se padecía por entonces era una prueba del furor de los dioses por la adopción del cristianismo, y esto determinó una masiva vuelta de mucha gente al paganismo. Pero hubo un hombre providencial, al que el rey Sebbi prestó todo su apoyo, y que logró hacerles ver a los sajones del Este que los dioses no existen y que la epidemia había que tomarla como una prueba de Dios, a la que los hombres deben someterse con paciencia, sabiendo que Dios todo lo dispone para bien. Este hombre era el obispo Jarumano. El rey Sebbi se alegró mucho del éxito obtenido por el prelado y lo secundó cuanto pudo en su labor, y dio al pueblo el ejemplo de un rey piadoso, que fue el primero en construir un monasterio en Westminster. Sebbi gobernó con moderación, justicia y un gran amor a su pueblo. En su corazón surgió el deseo de abdicar la corona y dedicarse a una vida enteramente piadosa y ascética, para lo cual necesitaba el consenso de su esposa, la cual durante un tiempo dijo que no. Pero cuando Sebbi enfermó, ella pensó que él merecía se le diera gusto y entonces lo autorizó a interrumpir la convivencia matrimonial y recibir de manos del obispo Waldero de Londres el hábito monástico, comprometiéndose a vivir como tal. Su fortuna personal se la entregó al prelado para que éste la distribuyera entre los más pobres, y renunciando a todo tipo de comodidades, no dejó que le sirvieran sino

dos personas, abrazando así la pobreza evangélica. Murió hacia el año 693 y se le enterró junto a la catedral de San Pablo.

SAN MEDERICO
Abad († 700)

Mederico o Merry era natural de Autun, donde nació en el primer tercio del siglo VII. Siendo joven ingresó en el monasterio de San Martín, del que era titular una ejemplar comunidad de cincuenta monjes, que llevaban una vida de mucha austeridad y penitencia. Acreditado por sus virtudes a los ojos de sus hermanos monjes, fue elegido abad y ordenado sacerdote, y él procuró presidir el monasterio desde la más completa entrega a una vida plenamente evangélica. Esto lo acreditó también ante la gente de fuera que no cesaba de ir al monasterio a consultar todos los asuntos espirituales con el santo abad. Cuando éste vio que su fama de santidad era muy grande, quiso cortarla de raíz y para ello pensó que nada mejor que pasar a la vida eremítica, lo que hizo marchándose a un bosque cercano, donde vivió en completo retiro e ignorado del mundo. Pero habiendo enfermado volvió al monasterio, donde siguió dando sus antiguos ejemplos de virtud. Ya muy anciano peregrinó a la tumba de San Germán de París, y se quedó a vivir con un compañero, San Frodulfo, en una celda de los alrededores de la capital. Aquí vivió en simplicidad y penitencia, hasta que murió alrededor del año 700.

BEATA BRONISLAVA
Virgen († 1259)

Bronislava nació en Kamien hacia el año 1200 en el seno de la familia Odrowaz, y era pariente de San Jacinto. Fue por consejo de su pariente como a los 16 años entró en el monasterio premonstratense de Zwierzyniec, junto a Cracovia. Fue una religiosa piadosa y ejemplar que se retiraba a un vecino monte para meditar a solas la pasión del Señor. Se cuenta en su vida que se le apareció San Jacinto cuando murió y su alma fue lleva-

da al cielo. Todos cuantos la conocieron fueron unánimes en señalar sus insignes virtudes y santidad. Murió el 29 de agosto de 1259. Su culto inmemorial fue confirmado el 23 de agosto de 1839 por el papa Gregorio XVI.

BEATO RICARDO HERST

Mártir († 1618)

Oscila la grafía del apellido de este seglar mártir entre Herst, Hurst o Hayhurst. Había nacido en Broughton, Lancashire, y vivía de forma honesta y pacífica de sus propiedades como granjero, sin esconder su negativa a comulgar con la religión oficial establecida en el reino inglés. Estaba casado y tenía seis hijos, estando además embarazada su mujer al tiempo de su martirio. Fue arrestado el año 1618 por orden del obispo anglicano de Chester. Mandó a tres personas, y hallaron a Herst cuando estaba arando en el campo, con un joven guiando el caballo. Uno de ellos le puso en la mano la orden de arresto mientras otro le daba con un palo. Una muchacha que trabajaba en el campo avisó a la esposa que acudió con varias personas, que fueron atacadas por los que venían a arrestarlo pero uno de ellos recibió un golpe en la cabeza. Fue peor que este mismo cayera al suelo y se hiriera con el arado, a consecuencia de lo cual falleció unos días más tarde, no sin haber admitido que su caída había sido accidental. No obstante lo cual Herst fue condenado por asesinato, reconociendo el juez en privado que se trataba de dar un escarmiento. Al día siguiente a su sentencia, lo obligaron a ir a un templo protestante por la fuerza, pero él se tapaba los oídos con los dedos para no escuchar el sermón. Se llevó el caso al rey Carlos I, y la reina Enriqueta intercedió para que fuera amnistiado Herst, pero el profundo sentimiento anticatólico hizo imposible el indulto. No obstante se le ofreció a Herst la vida y la libertad si juraba la supremacía religiosa del monarca. Desde la cárcel escribió a su confesor y le pidió ayudara a sus pobres hijos. Al ir hacia el patíbulo vio la cabeza de San Edmundo Arrowsmith que el día anterior había sido ejecutado. Un ministro protestante quería atraerlo a su fe, pero él respondió: «Mi fe está de acuerdo con la Santa Iglesia católica».

Animó al verdugo que se aturrullaba con las cuerdas y subió con entereza al patíbulo donde fue ahorcado.

Fue beatificado el 15 de diciembre de 1929 por el papa Pío XI.

BEATO LUIS VULFILACIO HUPPY

Presbítero y mártir († 1794)

Luis Vulfilacio (Wulphy) Huppy nació el 1 de abril de 1767 en Rue, La Somme. Recibió las órdenes sagradas hasta el diaconado en la diócesis de Amiens y luego por razones desconocidas pasó a la de Limoges, donde se ordenó sacerdote y se quedó como sacerdote autorizado a vivir en Limoges. Como se negó a prestar el juramento constitucional fue arrestado el año 1793 y llevado a la prisión de La Règle. Él alegó que al no ocupar ningún cargo ni beneficio no tenía por qué prestar dicho juramento y pidió que se tuviera por ilegal su arresto. Pero se le conminó entonces a prestar el juramento de libertad-igualdad, a lo que él se negó. Y por ello fue enviado a Rochefort (29 de marzo de 1794), embarcado en Les Deux Associés y contagiado de la enfermedad que circulaba entre los detenidos, a la que no pudo presentar defensa su organismo pese a ser un joven de 28 años. Se dice de él que era un sacerdote piadoso, dulce y amable y que murió como un santo el 29 de agosto de 1794, siendo enterrado en la isla Madame.

Fue beatificado el 1 de octubre de 1995 por el papa Juan Pablo II.

BEATO CONSTANTINO FERNÁNDEZ ÁLVAREZ

Presbítero y mártir († 1936)

Nació en La Vecilla de Curueño, provincia de León, el 7 de febrero de 1907. Tenía sólo diez años cuando pidió ingresar en la «Escuela Apostólica» de Solsona porque ya se sentía llamado a la Orden de Predicadores. Influyeron en ello sin duda el ejemplo de un tío suyo y el de un hermano que le había precedido en la ida a la Orden. Hecho el noviciado y la profesión religiosa, fue enviado al convento de Valencia para estudiar en el «Estudio general

de la Provincia», donde se demostró su clara inteligencia y su amor al estudio. El 10 de noviembre de 1929 fue ordenado presbítero. Enseguida es enviado al Pontificio Ateneo Angelicum, de Roma, donde obtiene el doctorado en teología. La Orden lo destina como profesor en el propio Ateneo y así está un tiempo hasta que de nuevo es enviado a Valencia, al convento de su Orden. Aquí estuvo destinado al ministerio sacerdotal, a la enseñanza de la teología moral y al apostolado de la pluma.

Llegado el verano de 1936 marchó a su pueblo para unas vacaciones pero cuando vio que las cosas se ponían difíciles insistió en volver a su convento de Valencia, que hubo de dejar el día 19 de julio, una vez estallada la revolución, para refugiarse en casa de una familia amiga. Aquí vivió ejerciendo clandestinamente el apostolado hasta que a mediados de agosto fue detenido en el zaguán de una casa a donde iba a decir misa. Fue llevado a la Cárcel Modelo. Un sacerdote que estaba allí detenido y encargado de la biblioteca, le proporcionaba libros y en la tarde del día 29 de agosto le pudo proporcionar una hostia consagrada, que él comulgó con intensa devoción. Solamente habían pasado unas horas cuando vinieron por él y se lo llevaron para fusilarlo a las once de la noche.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO FRANCISCO MARÍA MONZÓN ROMEO

Presbítero y mártir († 1936)

Nace en Híjar, Teruel, el 29 de marzo de 1912, en el seno de una familia hondamente cristiana. Con once años ingresa en la Escuela Apostólica de Calanda porque ya sentía la vocación religiosa y deseaba ser dominico. El 3 de octubre de 1928 toma el hábito en la Orden de Predicadores, y acabado el noviciado hizo la profesión religiosa y comenzó los estudios de filosofía y teología, iniciándolos en Valencia para luego pasar a Salamanca, donde se ordena sacerdote el 3 de mayo de 1936. Como todos los jóvenes ordenados por entonces, Francisco era consciente de las dificultades por las que pasaba la Iglesia y el clima de hos-

tilidad que se había desatado contra ella, pero él tenía un gran espíritu misionero y ofreció su joven vida al apostolado y la difusión de la palabra divina.

Llegado el verano le conceden unos días de permiso para pasarlos con sus padres, y estando en su casa le sorprende la revolución del 18 de julio. Decide vagar por los campos para escapar de la persecución, y su hermano Miguel, futuro sacerdote dominico, le llevaba leche todos los días. Empleaba el tiempo en la oración y mostraba una gran paciencia ante la situación tan peligrosa en que se encontraba. El 24 de agosto llegan a su casa unos milicianos y amenazan a su madre si no les dice dónde está su hijo, sin que ella, pese a las amenazas, se lo diga. Vuelven más tarde y le aseguran que a su hijo no le pasará nada, y entonces el padre les acompaña adonde está el religioso, que es detenido. Los días que pasa en la cárcel se prepara al martirio viendo que éste sería su final: se entregó por entero a la oración y se puso por completo a disposición de la voluntad de Dios.

En la tarde del día 29 el detenido es obligado a subir a un coche y al llegar a la altura del campo de fútbol le mandaron bajar del coche y mientras lo hacía le dispararon en la cabeza. Seguidamente lo enterraron en una fosa común, no dejando que sus familiares le hicieran un entierro individual. Más tarde sus restos pudieron recuperarse y se encuentran en Zaragoza. Muchacho de corazón bondadoso e ingenuidad de santo, cuando lo sacaron en el coche dijo: «Dios mío, Jesucristo derramó su sangre por mí, y ahora yo la derramaré por él».

Este joven sacerdote fue glorificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de beatificación de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO DOMINGO JEDRZEJEWSKI

Presbítero y mártir († 1942)

Nace en Kowal, Polonia, el 4 de agosto de 1886 y, llegado a la juventud, opta por la carrera del magisterio, pareciéndole que la vocación de maestro era la suya. Pero cuando ya llevaba estudiados tres años de la carrera se decidió por el sacerdocio y en-

tró en el seminario de la diócesis de Wloclawek, ordenándose sacerdote el 18 de junio de 1911. Primero fue vicario de las parroquias de Zadzim, Poezesna y Kalisz, sucesivamente, y luego pasó a dirigir el instituto de Turek. Llevó adelante otros trabajos de tipo social, caritativo y educacional. En 1925 y debido a su mala salud, debe dejar la enseñanza y se le da la pequeña parroquia rural de Kokanin, donde su salud mejora. En 1928 es enviado como párroco a Goslawice. Es arrestado el 26 de agosto de 1940 y llevado al campo de concentración de Sachsenhausen. En diciembre de ese mismo año le trasladan al de Dachau. Aquí resultó un hombre maravilloso por su equilibrio espiritual y su gran serenidad. Nunca se quejó. Llevó adelante con enorme humildad y paciencia el gran deterioro de su salud hasta que, mientras realizaba los trabajos forzados, cayó muerto el 29 de agosto de 1942.

Fue beatificado el 13 de junio de 1999 por el papa Juan Pablo II.

BEATA SANCHA SZYMKOWYAK

Virgen († 1942)

Janina Szymkowyak nace en Mozdzanów (Polonia) el 10 de julio de 1910 en el seno de una familia acomodada y muy creyente. Recibió una sólida educación cristiana a la que correspondió desde pequeña. Llegada a la juventud estudia lengua y literatura en la Universidad de Poznan y toma parte activa en el Sodalicio Mariano, dedicándose con gran celo a obras de caridad y de apostolado. En una peregrinación a Lourdes en 1934 toma la decisión de hacerse religiosa y, tras un año con las Hermanas Oblatas del Sagrado Corazón en Montluçon, vuelve a Polonia e ingresa en junio de 1936 en la Congregación de la Bienaventurada Virgen María Dolorosa, conocidas como «Hermanas Seráficas» en Poznan, y al recibir el hábito toma el nombre de María Sancha. Hecha la profesión, se dedicó al cumplimiento fiel de las reglas de su instituto y a vivir con intensidad la vida interior de unión con Dios, siéndole fiel hasta en los más pequeños detalles. Durante la ocupación alemana, las monjas quedaron bajo arresto domiciliario y, aunque se le permitió vol-

ver con su familia, prefirió quedar con las demás religiosas a la orden de los ocupantes, que impusieron a las monjas durísimos trabajos. Sancha mostró una gran paciencia y animaba a todos a soportar con entereza las difíciles circunstancias. Servía de traductora a los prisioneros franceses e ingleses, a los que atendió con tanta caridad que la llamaban «ángel de bondad» y «Santa Sancha». Su salud se resintió y se le declaró tuberculosis en la laringe. Ella se entregó por entero a la voluntad del Señor y con gran gozo hizo los votos perpetuos el 6 de julio de 1942. Moría el 29 de agosto del mismo año, llena de méritos y virtudes.

Fue beatificada por el papa Juan Pablo II el 18 de junio de 2002 en el curso de su viaje apostólico a Polonia.

BEATA TERESA BRACCO

Virgen y mártir († 1944)

Nace en Santa Giulia, Acqui, Italia, el 24 de febrero de 1924 en el seno de una familia campesina, de la que recibió los santos principios de la moral cristiana y de la piedad evangélica. Sensible desde niña a la vida cristiana, se preparaba con nueve años a la confirmación cuando conoció el lema de Santo Domingo Savio: «Antes morir que pecar». Recortó la hoja en donde estaba escrito y la puso a la cabecera de su cama, prometiéndole al Señor permanecer siempre unida a él por la gracia santificante. Ayudaba en su casa con su trabajo como pastora, que realizaba con el mayor esmero, siendo modesta, alegre y sencilla. En agosto de 1944, al ocupar su aldea las tropas alemanas, un oficial nazi la secuestró y le hizo proposiciones deshonestas a las que la joven se negó enérgicamente. Entonces el oficial la estranguló y luego le disparó varios tiros. De esta forma a su corona de pureza se unió la del martirio.

Fue beatificada el 24 de mayo de 1998 por el papa Juan Pablo II.

30 de agosto

MARTIROLOGIO

1. En Roma, en la Via Ostiense, santos Félix y Adaucto († 304), mártires *.
2. En Suffetula (África), la conmemoración de sesenta mártires († 399).
3. En Roma, la conmemoración de San Pammaquio († 410), senador *.
4. En el monasterio de Rebais, junto a Meaux (Francia), el abad San Agilo o Ely († 650).
5. En Breuil, junto a Meaux, San Fiacre († 670), ermitaño *.
6. En Lucedio (Piamonte), San Bononio († 1026), abad.
7. En Trevi (Lazio), San Pedro († 1050), solitario.
8. En Londres (Inglaterra), Santa Margarita Ward, mártir bajo el reinado de Isabel I. Con ella sufrieron martirio los beatos Ricardo Leigh, presbítero, Eduardo Shelley, Ricardo Martin, Juan Roche y Ricardo Lloyd († 1588), seglares **.
9. En Saluzzo (Piamonte), Beato Juan Juvenal Ancina († 1604), obispo, de la Congregación del Oratorio *.
10. En Zaragoza, Beata María Rafols († 1853), virgen, fundadora de la Congregación de Hermanas de la Caridad de Santa Ana **.
11. En Almería, el martirio de los beatos Diego Ventaja Milán, obispo de Almería, y Manuel Medina Olmos († 1936), obispo de Guadix **.
12. En la carretera de Puebla Tornesa a Villafames (Castellón), Beato Joaquín (José) Ferrer Adell († 1936), presbítero, de la Orden de Menores Capuchinos, mártir *.
13. En Bilbao, Beato Vicente Cabanes Badenas († 1936), presbítero, de la Congregación de Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores, mártir **.
14. En Barcelona, Beato Pedro Tarrés Claret († 1950), sacerdote diocesano **.
15. En Venegono (Italia), Beato Alfredo Ildefonso Schuster († 1954), arzobispo de Milán y monje benedictino **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTA MARGARITA WARD Y BEATOS COMPAÑEROS

Ricardo Leigh, Eduardo Shelley, Ricardo Martin, Juan Roche y Ricardo Lloyd

Mártires († 1588)

Margarita Ward y sus compañeros fueron protagonistas de una odisea de caridad que terminó en una muerte martirial, ya que además de que lo hecho estaba penado por las leyes inglesas, todo sucedió a poco del susto de la Armada Invencible.

Margarita Ward era natural de Congleton, Cheshire, y era miembro de una familia de clase alta. No dan las fuentes la fecha de su nacimiento, pero parece claro que al tiempo de su muerte no era ya una jovencita sino una mujer adulta, y se sabe de ella que no había contraído matrimonio. Vivía en Londres como dama de compañía de otra noble señora, Mrs. Whitall o Whittle, que era católica y que brindaba su ayuda y protección a los sacerdotes procedentes del colegio de Douai. Margarita era una católica convencida, firme en su fe, y que cuando se entera de que hay una persona necesitada de auxilio no duda en exponerse con tal de socorrerla.

Esta persona era el sacerdote secular Guillermo o Ricardo Leigh (aparece con ambos nombres y uno de ellos será un alias, Watson, apellidado también a veces Colpepper igualmente por alias). Este sacerdote había nacido en Durham en 1558 y luego de trabajar en su adolescencia como criado había ido por fin con 26 años al colegio de Reims, haciendo los estudios, recibiendo el sacerdocio y regresando a Inglaterra en 1586. De carácter decidido, era amigo de la diatriba antiprotestante. Detenido y torturado en la cárcel de Marshalsea, cedió y fue a una iglesia protestante, lo que le valió la libertad. Arrepentido, pidió reconciliarse con la Iglesia y, recibida la absolución, interrumpió un sermón en una iglesia protestante haciendo alarde de fe católica. Vuelto a arrestar, fue retenido en la cárcel de Bridewell, torturado, dejado medio muerto, interrogado hasta la extenuación y dejado a punto de volverse loco. Y es entonces cuando

se entera Margarita Ward de la triste situación de este pobre sacerdote. Pide licencia a su señora para intentar aliviar al detenido, y para ello va a la cárcel con un canasto con provisiones para él. Se le prohibió visitarlo, y ella debió excogitar algún medio para conseguirlo, y ese medio fue el de hacerse amiga de la mujer del encargado de la cárcel. Y esta amistad le trajo la posibilidad de visitar al preso, pero bajo estrictas condiciones. Su canasto tenía que ser revisado para que no le entregara cartas ni se las llevara, y tenía que haber alguien durante toda la visita para enterarse de lo que Margarita hablaba con el sacerdote. Pasado un mes, esta vigilancia vino a menos y pudo ella hablar con el sacerdote sin que nadie la escuchara. Entonces el sacerdote le dijo que si tuviera una cuerda él era capaz de escaparse de la cárcel descendiendo por ella. Margarita decidió llevársela y quedar con él en que le esperarían unos barqueros católicos para huir una vez el sacerdote hubiera descendido y hubiera tirado de la soga para que nadie supiera el modo en que había huido. Margarita buscó los barqueros católicos y, muy bien escondida en una camisa, le llevó en su canasto la cuerda, quedando en que al día siguiente entre las dos y las tres de la mañana él se tiraría y los barqueros le recogerían. Llegada la hora, Watson comenzó a descender por medio de la cuerda teniendo los dos cabos de la misma en sus manos y con la intención de llevársela consigo. Pero al doblar la cuerda, ésta resultó ser demasiado corta, y así Watson se encontró suspendido en el aire, siéndole imposible ni subir ni bajar. Por fin se dejó caer sobre el techo de una cochera, que cedió a causa de su peso e hizo un gran ruido. Él se hizo daño con la caída, se rompió el brazo y la pierna derecha. Los barqueros llegaron corriendo y lo llevaron a la barca, y al llegar a ella dijo que se había olvidado de su gabán. Fue un barquero y se lo trajo, pero no se acordó de que se había dejado también la cuerda, lo que lamentará mucho posteriormente. Quiso entonces mandar a por ella, pero ya era tarde, pues con el ruido el carcelero se había despertado y había encontrado la cuerda.

Inmediatamente se adivinó quién le había dado al preso la cuerda, y se puso denuncia contra Margarita. Ella, al saber que la cuerda se había quedado en la ventana empezó a recoger to-

das sus cosas para huir, pero en ese momento llegaron a por ella. Arrestada, fue llevada a la cárcel y la cargaron de cadenas. Fue azotada y colgada por las muñecas, apenas tocando el suelo los dedos de los pies, y la tuvieron así tanto tiempo que quedó lisiada. Pasados ocho días fue llevada para juicio a Newgate. Le preguntaron los jueces si era ella culpable de tan alta traición contra la Reina como para ayudar a huir a aquel traidor de sacerdote. Ella, con rostro sereno, respondió que sí, que ella había ayudado a huir a aquel sacerdote y que jamás en su vida había hecho cosa de la que estuviera menos arrepentida pues había librado a un cordero inocente de las manos de lobos rapaces. Ellos procuraron aterrorizarla con amenazas y obligarla a decir dónde se había escondido el sacerdote, pero fue inútil que se lo pidieran una y otra vez. Entonces procedieron a condenarla a muerte por felonía. Pero le dijeron que si pedía perdón a Su Majestad y prometía ir a la iglesia protestante, como la Reina era misericordiosa, recobraría su libertad. La mártir respondió que, en cuanto a la Reina, ella no la había ofendido jamás, y que como lo hecho no era ningún crimen, no tenía por qué pedirle perdón. Y que, en cuanto a haber ayudado al sacerdote a huir, ella estaba segura de que la Reina, con corazón de mujer, habría hecho lo mismo si hubiera sabido los crueles tratos a que el pobre estaba sometido. Y respecto a ir a la iglesia protestante, ella estaba convencida que no era recto hacerlo porque no se lo permitía su propia conciencia. Y dijo que podían por tanto proceder a ejecutarla, pues ella aceptaba la muerte y daría mil vidas por ser fiel a su propia conciencia y no obrar contra Dios ni contra su religión.

Con ella fueron condenados a muerte otros cuatro acusados, los cuales se mantuvieron en el juicio firmes en la fe. Éstos son sus datos:

JUAN ROCHE, un marinero irlandés, fue cómplice de Margarita Ward en la obra de soltar al sacerdote Watson. Juan cambió sus vestidos con el preso. Arrestado y llevado a juicio, no hubo modo de sacarle dónde estaba el sacerdote huido. Se negó a pedir perdón a la Reina, se negó a ir a una iglesia protestante y alegó que nada malo había hecho. Fue condenado a muerte en Old Bailey.

EDUARDO SHELLEY era natural de Warminghust (1523), y fue arrestado en 1584 bajo la acusación de tener consigo libros católicos y fue encarcelado en la prisión de Clink. Dejado libre, recibió en su casa al sacerdote Beato Guillermo Dean, al que había conocido en la cárcel, y por ello fue arrestado, juzgado y condenado a muerte.

RICARDO MARTIN era natural del Shroshire y se había educado en Broadgates Hall, Oxford, y no parece hiciera otra cosa prohibida que dar un vaso de vino al sacerdote P. Horner. Por esto fue arrestado y juzgado del delito de ayudar a un sacerdote católico.

RICARDO LLOYD (o FLOWER) era galés, había nacido en 1561 en la diócesis de Bangor y tenía un hermano sacerdote, el P. Owen Lloyd. El delito por el que fue arrestado consistió en dar un plato de menestra al citado sacerdote Horner.

RICARDO LEIGH fue procesado y juzgado el 28 de agosto y fue condenado por traidor.

Los mártires fueron conducidos a la plaza londinense de Tyburn el 30 de agosto de 1588 y en el camino entonaron cánticos religiosos, animándose mutuamente a perseverar y dar la vida por Cristo. Llegados a la plaza, admiró a todos la serenidad de Margarita y sus compañeros, que fueron ahorcados todos y destripados luego y finalmente descuartizados.

Margarita fue canonizada el 25 de octubre de 1970 por el papa Pablo VI. Juan, Eduardo, Ricardo Martin y Ricardo Leigh fueron beatificados el 15 de diciembre de 1929 por Pío XI y el último el 22 de noviembre de 1987 por Juan Pablo II.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

SACRA RITUUM CONGREGATIONE, *Westmonasterien. Beatificationis seu declarationis martyrii venerabilium servorum Dei Georgii Haydock, sac. Joannis Roberts, sac. O.S.B. Arthuri Bell, sac. O.F.M. Roberti Southwell, sac. S.J. Philippi Howard, comitis de Arundel et sociorum in odium fidei ut fertur in Anglia interfectorum,* 4 vols. (Isola del Liri 1928).

TIGAR, C., *Forty martyrs of England and Wales* (Londres ^{2}1970).

WHATMORE, L. E., *Blessed Margaret Ward* (Londres 1961).

BEATA MARÍA RAFOLS

Virgen y fundadora († 1853)

La fundadora de las Hermanas de la Caridad de Santa Ana tuvo siempre el único deseo de amar como Jesucristo amó, algunas veces exponiendo su vida y siempre gastándola, día a día, en el servicio a los más carentes de recursos en una sociedad llena de contrastes y agitada por las guerras. Los enfermos, los niños abandonados o expósitos, los encarcelados y quienes, en ocasiones, no comprendieron su actuación, fueron el preferente objeto de su misión caritativa.

La mayor parte de su vida se encuadra en la primera mitad del siglo XIX, período de profundos cambios y convulsiones políticas en España que dificultaron su arriesgada aventura de fundar una congregación religiosa apostólica femenina —primer intento de origen español—, con el único y altísimo ideal de servir a Dios en los pobres y en los enfermos hasta la inmolación de la propia vida. La guerra de la independencia a raíz de la invasión napoleónica de España, la monarquía absoluta y la constitucional que vinieron después, apoyada esta última por un liberalismo de fuerte matiz anticlerical, y la primera guerra carlista, agitaron la etapa en que se desarrolló su existencia e influyeron decisivamente en su vida y en su obra.

María, la sexta hija del matrimonio formado por Cristóbal Rafols y Margarita Bruna, nació el 5 de noviembre de 1781 en el molino d'En Rovira de Villafranca del Penedés (Barcelona), donde su padre trabajaba como molinero. Fue bautizada dos días después, el 7 de noviembre, en la parroquia de Santa María. Cuatro hijos más siguieron a María, pero de sus nueve hermanos, cinco murieron de muy corta edad.

La familia, campesina y humilde, era profundamente cristiana. María recibió de sus padres una fe sencilla y fuerte, y se formó en un clima de trabajo, de austeridad, de sacrificio, de renuncia y de piedad. En su hogar aprendió también la privación y a compartir con los más pobres lo poco que tenían para su sustento.

Cuando aún no había cumplido dos años de edad, en mayo de 1783, se trasladaron al cercano pueblecito de la Bleda, a poco más de tres kilómetros de Villafranca, figurando su padre

en los documentos parroquiales como «molinero del molino de Mascaró». En este tiempo, el 27 de mayo de 1785 María fue confirmada junto a dos de sus hermanas por el obispo de Barcelona D. Gabino Balladares, durante su visita pastoral al Penedés, en el convento de carmelitas calzadas de Villafranca, donde reunieron a los niños de esta ciudad, de Santa Margarita y la Bleda.

La familia tuvo que experimentar un nuevo desarraigo, con las consiguientes penurias, cuando María acababa de cumplir los once años de edad. Esta vez el punto de destino fue Santa Margarita, lugar de procedencia de sus padres, donde nació en 1793 el último de los hermanos y donde, al año siguiente, falleció el padre.

La infancia de María se desarrolló con toda normalidad, aunque pronto se fue notando su firmeza de voluntad, su reciedumbre de carácter y su rica personalidad. Según dicen los testigos, sobresalía «por la agudeza y precocidad de su ingenio, principalmente por su piedad, que todos consideraban extraordinaria». Fue quizá ésta la razón que movió a sus padres a enviarla al Colegio de la Enseñanza de Barcelona, hecho muy poco frecuente en su época entre la clase humilde rural a la que pertenecía su familia. Allí las pensionistas —no sólo niñas, sino jóvenes y señoras—, además de recibir clases de enseñanza elemental, lectura, escritura y todo género de labores, hacían una vida retirada, de oración y piedad, casi como las mismas religiosas, sus maestras.

Así preparada, María Rafols estableció contacto con el sacerdote don Juan Bonal, vicario del Hospital de Santa Cruz de Barcelona, que estaba animando un ambicioso proyecto de caridad con el que se proponía dotar a los hospitales de personas que consagraran su vida al servicio de cuantos en ellos se albergaban: enfermos, dementes, niños expósitos, etc. Como relata una crónica de entonces, «don Juan Bonal [...] se ocupa muy particularmente en catequizar jóvenes de ambos sexos que se resolviesen a emplear su tiempo en tan santa obra». En efecto, en aquel gran hospital de Barcelona existían dos hermandades seculares —masculina y femenina— encargadas de la atención caritativa a los niños y a los enfermos, y María Rafols

comenzó allí su actividad apostólica como una de las jóvenes «catequizadas» por dicho sacerdote.

En septiembre de 1804 don Juan Bonal viajó a Zaragoza llamado por la Junta del hospital de Nuestra Señora de Gracia de aquella ciudad, que buscaba mejorar la atención a sus acogidos con dos hermandades semejantes a las de Barcelona. Las gestiones llegaron a feliz término y Bonal volvió ilusionado a preparar la expedición. A primeros de diciembre de ese mismo año avisaba que «lo tenía todo acoplado» y que se ponían en camino. Doce «Hermanas de la caridad», que así se llamaban, y otros tantos hermanos, había reclutado el director. La presidenta del grupo femenino era María Rafols, con sólo veintitrés años de edad, pero su virtud, su entusiasmo y su caridad, ya experimentada, habían impresionado al «padre Juan», como ellas le llamaban, y le hacían concebir las mayores esperanzas. Asociada a su empresa de caridad, puso en ella toda su confianza.

Dice una crónica que el viaje desde Barcelona a Zaragoza lo hicieron en carros, con tiempo lluvioso, dejando atrás familia, tierra, todo lo que había sido su vida, y hasta su propia lengua catalana, para iniciar una aventura desconocida, en realidad, una hermosa empresa de caridad. Ante esta perspectiva, para los veinticinco viajeros quedaban en segundo plano las incomodidades de quince duros días de camino, fáciles de imaginar.

La llegada a Zaragoza el 28 de diciembre de 1804 constituyó un gran acontecimiento no sólo para el hospital, sino para toda la ciudad. A pesar del mal tiempo —«era de noche y diluviaba»—, el pueblo se agolpó a la puerta del hospital para recibirlos. Pero los recién llegados fueron antes a visitar a la Virgen del Pilar «para darle gracias por el feliz arribo y allí hicieron oración, presentándose a Nuestra Señora, pidiéndole su protección y amparo para desempeñar con caridad y fervor el destino a que venían». Después del recibimiento cordial por parte de la ciudad y de la Junta del Hospital en pleno —llamada *la Sitiada*—, y tras una breve oración en la iglesia, tuvo lugar el encuentro emocionado con los verdaderos destinatarios de su misión: «Entraron en las salas de los enfermos de ambos sexos, y no es ponderable las tiernas expresiones con que los consolaron y cómo por fuerza se les sacó a los respectivos departamentos

que se les tenía dispuestos para su habitación». Pero no todos se alegraron de la llegada de estos jóvenes, generosos y entusiastas. «¡Así se rompieran las piernas antes de llegar arriba!», se oyó decir a alguno, según recoge una crónica, porque no faltaron empleados a quienes molestaba la presencia de unas personas que pondrían fin a ciertas irregularidades y tal vez venían a reemplazarlos.

Desde entonces, aquel gran hospital real y general, que tenía el ambicioso lema: «Casa de los enfermos de la ciudad y del mundo», comenzó a ser el ámbito de la vida de María Rafols. En plena juventud tuvo que enfrentarse con la ingente tarea de transformar un centro en situación lamentable de desorden, desidia y abusos, donde prosperaba la picaresca de unos asalariados mal retribuidos y escasamente preparados, muy lejanos al ideal de caridad que animaba a los jóvenes que acababan de llegar.

Acosado por las dificultades, que pronto se presentaron para todos, y abandonado por tres sucesivos responsables, el grupo masculino fracasó en 1808. María Rafols, sin embargo, siguió adelante con las suyas, superando los mismos obstáculos con tacto y prudencia. El conde de Sástago, decano de los regidores del hospital y testigo de los primeros pasos de la hermandad, habla con calor de la transformación lograda en el centro y termina diciendo: «Me atrevo a decir que con estas mujeres es fácil gobernar un hospital y sin ellas muy difícil».

La caridad, la prudencia y el tacto de María Rafols lograron ir superando los obstáculos y poner orden, paz y armonía en aquel complicado mundo de picaresca e intrigas, descrito con tintas muy negras en los documentos de entonces. Pero el verdadero motivo de sufrimiento para ella fue la oposición sistemática de la Junta del Hospital a que estas jóvenes adoptaran una forma de vida religiosa, a lo cual vivamente aspiraban María Rafols y sus hermanas. Los regidores creían que esto mermaría su autoridad y atribuciones, por lo que obstaculizaban tal proyecto. Esto explica muchas crisis y defecciones en la Hermandad y puso a prueba la fe, el valor y la confianza de María.

Para servir mejor a los enfermos, en 1806 se presentó ante *la Sitiada,* junto con un grupo de hermanas, a un examen de fle-

botomía que las habilitaba para practicar la operación de la sangría, muy frecuente en la medicina de aquel tiempo. En una época en que estas actividades eran impensables en una mujer, fue la primera que se sometió a dicha prueba, saliendo de ella «con mucho lucimiento, y con ventaja a los mancebos de algunos años de prácticas y sigue ejercitando la operación con un acierto admirable».

Aunque María y sus hermanas realizaban calladamente su misión dentro de los muros del hospital, el testimonio de su caridad pronto traspasó este recinto. Uno de los gratamente sorprendidos fue el obispo de Huesca D. Joaquín Sánchez de Cutanda, que concibió la idea de trasplantar la experiencia a su diócesis, para el servicio del hospital y casa de misericordia de aquella ciudad. Con este fin solicitó algunas hermanas a *la Sitiada,* y fue ésta la primera y única ocasión en que la Junta accedió a una fundación a partir de la primera hermandad, que tenía como posesión suya. Así, *la Sitiada* «se desprende» de dos hermanas, quienes, con seis más venidas de Cataluña y algunas aspirantes, llegaron a Huesca el 19 de mayo de 1807, acompañadas por el P. Bonal. Pero las hermandades de Zaragoza y de Huesca se vieron obligadas a llevar vida independiente, impuesta por el rechazo de las respectivas Juntas a toda vinculación jurídica entre ellas. Fuertes lazos de familia, sin embargo, mantenían la relación y harán posible la unión en 1868, sesenta años después. La misma M. Rafols había estrechado esos lazos desplazándose a Huesca en dos ocasiones.

En 1808-1809 la vida de la hermandad sufrió una conmoción profunda con los dos sitios de Zaragoza por las tropas francesas, cuando ya contaba con veintiuna hermanas y se había ganado el prestigio y la confianza de todos con las solas armas de su extraordinaria caridad. Ésta alcanzará las cotas más altas en aquellas trágicas circunstancias. La tradición de la congregación y de la ciudad agradecida han guardado siempre el recuerdo de los hechos heroicos de la madre Rafols, que arriesgó su vida para salvar a muchos enfermos, heridos y prisioneros. Uno de los sucesos más trágicos del primer sitio fue el bombardeo del hospital el 3 de agosto de 1808, teniendo que ser rápidamente desalojado «entre las balas y las ruinas», con las escenas

de pánico imaginables. María Rafols, como ángel de la caridad, permaneció firme al frente del grupo, consiguiendo poner orden y serenidad en medio de tanto horror. Las crónicas, siempre parcas, recogen la caridad heroica de la M. María y sus hermanas en aquella situación angustiosa en la que faltaba de todo, hasta el alimento indispensable para tantos enfermos y heridos, hacinados en hospitales improvisados:

> «Las hermanas no sólo no desampararon sus destinos, sino que arrostraron a todos los peligros, ya en la traslación de los enfermos y efectos que se pudieron salvar del incendio del Hospital antiguo, ya a servir a toda clase de enfermos».
>
> «En los años 1808 y 1809 fue donde la caridad evangélica de este instituto rayó a mayor altura. En efecto, sitiada Zaragoza, bombardeada y lo mismo el Hospital, ellas ayudaron a sacar a los enfermos del medio de los proyectiles, ellas los conducían y alojaban, los asistían y salían a pedir de puerta en puerta el sustento para socorrerlos».

El conde de Sástago, testigo y protagonista de estos hechos, recordaba en una breve y expresiva pincelada: «En las dos invasiones de los franceses, entre las balas y las ruinas se sacrificaron más que todos».

Terminado el primer sitio el 14 de agosto de 1808, la M. Rafols seguía luchando contra el hambre y la miseria, que destruyeron tantas vidas como la guerra misma. Ella y sus hermanas dejaban muchos días su propio alimento en favor de los enfermos, como reiteradamente aparece en las actas del hospital.

Después de tres sucesivos traslados en menos de cuatro meses, a finales de 1808 el hospital de Nuestra Señora de Gracia quedó instalado en el «hospital de convalecientes», inadecuado e insuficiente para su nueva función. Allí fueron también las hermanas, que trabajaron intensamente para hacer lo menos dura posible la situación precaria de los acogidos. Pero las fuerzas iban faltando. El 15 de noviembre el mayordomo del hospital daba en una carta esta noticia: «El domingo enterramos a la hermana M.ª Teresa [...], y están en peligro seis más». Es la primera de las nueve que murieron entonces, víctimas de la caridad.

El segundo sitio, más duro que el primero, fue también escenario de nuevos y aún más heroicos actos de amor de la

M. Rafols, que luchó denodadamente por la subsistencia de sus enfermos. Cuando los alimentos faltaron para todos y no había quien pudiera dar limosna, se arriesgó a salir de la ciudad para ir al campamento francés a suplicar al general Lannes auxilios para los enfermos. Así lo recoge la primera historia impresa del Instituto en 1902:

> «Mas como nadie pudiera darles los alimentos especiales y más nutritivos que necesitaban los enfermos, la reverenda madre María Rafols, acompañada de otras hermanas, llegó al extremo de poner más de una vez en gravísimo peligro su vida, dirigiéndose bajo densa granizada de balas al campamento enemigo a pedir clemencia a favor de sus enfermos al sitiador irritado. Sólo por un prodigio de lo alto puede explicarse que el general enemigo [...] se ablandara ante el tosco hábito de una religiosa, permitiendo entrar las carnes y otras especies que necesitaban sus enfermos».

Como es sabido, la lucha concluyó con la capitulación de Zaragoza, quedando la ciudad en ruinas y cubierta de cadáveres. En esta situación, la suerte del Hospital fue una larga serie de miserias, que habrán de compartir la M. María y las pocas supervivientes de aquella catástrofe. Las secuelas de la guerra durarán muchos años y proporcionarán continuas ocasiones de seguir entregando y arriesgando su vida por la caridad. Eran muchos los prisioneros que había en Zaragoza o pasaban por allí, a los cuales llegó también su acción bienhechora por encargo del propio gobierno. Es cierto que su misión se reducía a preparar los alimentos, pero también es verdad que su caridad iba mucho más lejos. Aquellos pobres prisioneros, maltratados y expuestos a la muerte en cualquier momento, procuraban por todos los medios posibles el indulto o la huida y la M. María les ayudaba a conseguir sus deseos, en colaboración con el P. Juan Bonal, que seguía de cerca la actuación de las hermanas.

Hasta tal punto se difundió la fama de su caridad que los oficiales recluidos en el castillo se dirigieron al comandante de la plaza para suplicarle «que las señoras Hermanas de la Caridad del Hospital de Paisanos de esta ciudad continúen sus buenos oficios como lo han hecho con otros prisioneros, a fin de no perecer de hambre perdiéndose las raciones que tan puntual y sabiamente les manda entregar el Gobierno». La petición fue atendida, multiplicándose el trabajo y la entrega. También se las

reclamaba en el hospital improvisado para prisioneros a las afueras de la ciudad. Pero las fuerzas se iban agotando y *la Sitiada* reconocía que «hallándose muchas enfermas, apenas podrán atender a los enfermos del hospital». No obstante, se desplazarán allí durante el día para aliviar la situación.

Con la sustitución del gobierno del hospital el 29 de abril de 1811 por una nueva *Sitiada* —la *afrancesada*—, la hermandad pasó por una situación muy difícil. El rey José, hermano de Napoleón y su lugarteniente en España, había dado un decreto de supresión de las comunidades religiosas y, aunque jurídicamente la de la M. Rafols no tenía esa categoría, a ello aspiraba y como tal vivía. No era, pues, el momento oportuno para conseguir el reconocimiento oficial que tanto buscaban. Además les impusieron unas constituciones que no recogían el ideal primitivo. Su autor, el obispo y presidente de *la Sitiada,* fray Miguel Suárez de Santander, confesaba que había quedado impresionado «por el buen ejemplo que dan, y la edificación que causan por su conducta sólidamente virtuosa» y las reconocía como «mujeres adornadas con el espíritu de Dios que se sacrifican por la salud de sus prójimos». Pero había hecho suya la visión de la Junta respecto al futuro de la hermandad:

> «He mirado la pequeña sociedad de las hermanas no como a unas pocas y pobres mujeres que en la actualidad sirven con edificación; no las he mirado como a un niño en su cuna, de que nada hay que temer o recelar, sino teniendo la vista puesta en los siglos venideros y escarmentado con los ejemplos pasados, que empezando débiles se hicieron fuertes y casi irresistibles, he cerrado enteramente la puerta a todo engrandecimiento por su parte, estableciendo inalterablemente su absoluta subordinación a la ilustrísima Sitiada, y total separación de todo manejo independiente».

Esta oposición al proyecto fundacional de la hermandad, claramente expresada, será causa de muchos sufrimientos y frenará por largo tiempo su normal desarrollo y expansión. Al padre Bonal le prohibieron hablar a las hermanas «de asuntos de la hermandad» y procuraban alejarlo lo más posible de ellas, encomendándole una tarea menos brillante que la de fundador: la de limosnero extraordinario del Hospital, por lo que se pasó los últimos años de su vida recorriendo los pueblos y ciudades de España, hasta su muerte en 1829.

A partir de este momento, la M. Rafols quedó sola en la difícil tarea de mantener viva aquella pequeña comunidad, llamada a expandirse muchos años después. Ella sólo deseaba poder desempeñar su misión de caridad con la estabilidad de un instituto religioso aprobado por la autoridad eclesiástica, y la paz y unión fraterna de su comunidad. Por eso, ante algunas tensiones producidas en el grupo, decidió renunciar voluntariamente al cargo de superiora, que había desempeñado desde el comienzo «con mucha prudencia y discreción, con el mayor acierto y satisfacción». Sin quejarse ni culpar a nadie, achacó su decisión a la falta de salud, que era cierta, pero no la única razón. Sin embargo, a pesar de serle aceptada la renuncia, debió continuar en el cargo «hasta nueva orden», que llegó un año después, el 10 de agosto de 1812. Un testigo presencial y muy cercano, el deán D. Ramón Segura, en carta a los sacerdotes de la diócesis desde su destierro en Francia, habla de «cómo se atajó el espíritu de partido, que comenzaba a declararse, con la espontánea cesión de la prudente madre María».

Con la nueva superiora, la M. Tecla Canti, del grupo de las fundadoras, no se logró la concordia deseada, comenzando un éxodo de hermanas hacia sus casas o en busca de un convento para seguir la vocación religiosa que no veían posible en la hermandad. La M. María trabajaba en silencio, sufriendo y orando, mientras se tambaleaba su obra, tan querida. Entre los destinos especiales sugeridos por la superiora a *la Sitiada,* a ella le tocó cuidar la sacristía, lo que, junto a un considerable aumento de trabajo, supuso para ella un gran consuelo en aquellos días tan tristes. A las hermanas que se iban se estaban sumando las enfermas, algunas de las cuales, por prescripción facultativa, tenían que salir «a tomar aires» fuera de Zaragoza. Fue éste el caso de la hermana Teresa Rivera a quien la M. María tuvo que acompañar a un pueblo de la provincia, Orcajo de Daroca. La acogida gratuita por una persona de ese lugar está relacionada con la presencia de la M. María, por los «buenos oficios» recibidos en el hospital, seguramente de su mano. Pero tal vez hubo un intento de alejarla, o de alejarse, porque su indudable ascendiente hacía sombra a la nueva superiora, que no lograba tomar las riendas de la hermandad.

Con todo, la crisis se acentuaba. Tres hermanas pidieron permiso para retirarse a sus casas y otras dos se fueron sin él, con el consiguiente disgusto de *la Sitiada.* En estas circunstancias, la M. María, sintiéndose un obstáculo con su sola presencia, pidió permiso por escrito para pasar al convento de la Enseñanza de Zaragoza, «en clase de seglar o colegiala». Como era su costumbre, no se quejaba de nadie, sino que se veía con «suma debilidad de fuerzas, varias y repetidas desganas, prolongada inapetencia y casi un total decaimiento de ánimo». Su conclusión era clara: no podía seguir en ese «piadoso ejercicio». Pero esa carta, fechada el 14 de abril de 1813, contiene una nota marginal: «Habiendo considerado esta hermana con más atención su solicitud, me suplicó de nuevo la tuviese por no hecha y quedase sobreseído el asunto». Quizá el mismo presidente de *la Sitiada,* el obispo Santander, de cuya mano está escrita la nota, aquietó su ánimo. Aunque generosamente deseaba retirarse en aras de la caridad y de la paz, con muy buen sentido no se le permitió abandonar la obra que con tantísimo dolor estaba fundando.

Con la salida de los franceses el 9 de julio de 1813 cambió radicalmente la situación política en Zaragoza, hecho que repercutió favorablemente en la vida del hospital, en el que comenzó a respirarse otro ambiente. Fue entonces cuando la M. María se encargó de la Inclusa, departamento dentro del mismo hospital, donde esos niños abandonados, que concentraban toda suerte de pobrezas, serán objeto de sus desvelos durante el resto de su vida. Alojados en un lugar insuficiente, ella misma presentó un informe en 1818 sugiriendo mejoras asequibles. Además, su preocupación no terminaba cuando los niños salían de la Inclusa: seguía sus pasos y los defendía de los posibles abusos de sus familias de adopción.

Mientras tanto continuaba luchando por la consolidación y reconocimiento de la hermandad como instituto religioso, con la oposición sistemática de la Junta. Esta finalidad tuvo el permiso solicitado para pasar dos meses en su tierra, que le fue concedido el 10 de abril de 1815. En Cataluña existían hermandades semejantes, con las que estrechó el contacto. Además, ese mismo año comenzaron a gestarse unas constituciones, pedidas

por las hermanas al arzobispo, que éste encargó a personas competentes. Pero no acaban de ver dichas constituciones, por lo que comenzó a crecer la impaciencia de las hermanas. En 1817 algunas pensaron incorporarse a las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl, noticia que alarmó a *la Sitiada.* Dándose cuenta del verdadero problema, al fin decidieron otorgarles las deseadas constituciones, que al fin llegaron el 9 de noviembre de 1818, remitidas por el arzobispo D. Manuel Martínez y Giménez. Aunque procedían de la autoridad eclesiástica, la Junta puso también su mano en documento tan fundamental y, «hechas en ellas algunas variaciones y adiciones», las aprobó el 18 del mismo mes.

La dependencia de *la Sitiada* seguía siendo fuerte, pero las hermanas podían llevar verdadera vida religiosa y, sobre todo, se había recogido fielmente el espíritu y carisma originales, claramente expresados en las constituciones primitivas, nunca aprobadas, que la M. María estaba viviendo con fuerza y que había defendido con tesón. El paso siguiente, la aprobación definitiva por la autoridad eclesiástica diocesana, sería ya mucho más fácil, aunque pequeñas cuestiones de reglamento detuvieron todavía las constituciones en *la Sitiada.* Llegado mientras tanto el trienio liberal (1820-1823), de radical anticlericalismo, toda la vida religiosa tropezó con serias dificultades. Las hermanas continuaron en el hospital, «al mismo tiempo que las llamadas Cortes prohibían vestir el hábito y profesar en todas las religiones y estimulaban a sus individuos de todo sexo a secularizarse». Pero al fin, el 15 de julio de 1824 fueron aprobadas las constituciones por el vicario general D. Francisco Amar, por haber fallecido recientemente el arzobispo. Este documento, tan esperado, suponía el refrendo de una vida, de un carisma, y el verdadero origen de una nueva familia religiosa en la Iglesia.

Se aproximaban días felices para la M. María, que ya podía ratificar, junto a sus hermanas de la primera hora, aquel generoso sí dado al Señor veinte años atrás. Sus primeros votos públicos de pobreza, castidad, obediencia y hospitalidad, tuvieron lugar el 16 de julio de 1825. De las trece hermanas que pronunciaron con emoción la fórmula, sólo las tres primeras habían llegado a Zaragoza aquella lejana tarde del 28 de di-

ciembre de 1804. Estos votos debían renovarse todos los años «hasta que cumplidos cinco años de hábito añadan un juramento de fidelidad a perpetuidad». Pero esas primeras hermanas, que habían esperado tanto el venturoso día, bien merecían que se abreviara ese tiempo y las tres fundadoras, junto con la hermana Teresa Rivera que había ingresado en 1805, pronunciaron el 15 de noviembre de 1825 su voto de estabilidad. Su consagración a Dios y a los hermanos más necesitados era ya definitiva y total.

Había que elegir nueva presidenta, y el 16 de abril de 1826 los votos confluyeron en la M. María Rafols. Sin embargo, en el momento de la elección, renunció con generosidad al cargo, como lo había hecho años atrás, alegando razones de salud. Pero esta vez no le fue aceptada la renuncia, y asumió esa responsabilidad, sin dejar la dirección de la Inclusa.

En la hermandad reinaba la paz, pues su indiscutida autoridad se imponía con el ascendiente de su virtud y caridad. El 16 de julio de 1826, aniversario de los primeros votos, todas las hermanas que habían hecho el voto de estabilidad o perpetuidad, lo emitieron «por todo el tiempo que permanecieren en la hermandad», es decir, por toda la vida. La M. María encabezaba la lista de doce hermanas y asistieron también a la ceremonia tres postulantes. La hermandad se consolidaba y había esperanza de futuro.

Con esta perspectiva, la M. María pidió y obtuvo permiso de la Junta para realizar un viaje a Huesca, donde deseaba «visitar a aquellas hermanas». Llegado el final del trienio para el que había sido nombrada presidenta, anunció con tiempo su renuncia, y el 22 de abril de 1829 fue elegida la Hna. Teresa Periú, a quien la M. María había confiado el cargo de maestra de novicias, y que será reelegida varias veces hasta 1845.

De nuevo los acontecimientos políticos incidieron gravemente en la tranquila vida de la comunidad y, en especial, de la M. María, que sufrió una verdadera tortura cuando, tras ser acusada de lo que no había hecho —proporcionar plomo para armas—, se vio en la cárcel y en el destierro, a pesar de haber sido declarada inocente. Comenzaba la primera guerra carlista y los liberales, que apoyaban a Isabel II frente a su tío Carlos,

radicalizaron su anticlericalismo. También al hospital llegaron las intrigas, y detenida el 11 de mayo de 1834, permaneció dos meses en la antigua cárcel de la Inquisición. Sorprende que la sentencia, tras declararla inocente, la obligue a salir de Zaragoza hacia «el pueblo de su naturaleza», Villafranca del Penedés. Pero María consiguió cambiar el punto de destino, saliendo hacia el hospital de Huesca el 12 de mayo de 1835. Allí la recibieron con mucho cariño las hermanas que siete años antes había visitado.

La Asociación de Damas de la Inclusa, fundada un año después de partir la M. María, solicitó en junio de 1836 a la Junta su regreso, pero la demanda no fue atendida y ella continuó con sus hermanas de Huesca hasta que, terminada la guerra carlista, después de haberlo solicitado a la Junta de Beneficencia que había sustituido a *la Sitiada,* regresó a su querido hospital, haciéndose nuevamente cargo de los niños de la inclusa.

Con edad avanzada y deficiente salud, llegó el momento de la jubilación el 30 de marzo de 1845, pero tres años después deberá colocarse de nuevo al frente de la Inclusa, cuando la Hna. Periú volvió a ser elegida superiora. La Junta se dio cuenta de que le faltaban las fuerzas, pero no quería prescindir de su benéfica presencia, por lo que hizo todo lo posible por mantenerla. En mayo de 1850 aún aparece su nombre, hasta que el 29 de ese mismo mes los niños de la inclusa son trasladados a la Casa de Misericordia.

Una parálisis progresiva iba incapacitando poco a poco a la M. María y, a causa de esta enfermedad, su vida se extinguió sencilla y silenciosamente: «Momentos antes de expirar miró a todas con mucho cariño y sonriente, entregando con gran paz su alma al Señor». Era el 30 de agosto de 1853, cuando estaba próxima a cumplir setenta y dos años de edad y cuarenta y nueve de vida religiosa. Dejaba a sus hijas la preciosa herencia de un carisma de caridad heroica que ella había vivido, defendido con tesón y enseñado con el ejemplo de su vida.

Pocos años después la pequeña Hermandad empezaba a crecer y a extenderse. Ocasión providencial fue la epidemia de cólera que asoló a España en 1855. El comportamiento heroico de las Hermanas de la Caridad, había despertado la admiración

de todos y el gobernador civil de Zaragoza, Sr. Cardero, obtuvo permiso de Gobierno para llevarlas a los hospitales y hospicios de los pueblos de la provincia que lo solicitaran. Por otra parte, años después, en 1881, pudo separarse el noviciado del hospital, y en 1892 se trasladó allí la superiora general, alejándose de la tutela de la Junta. Además, el 14 de enero de 1898 se obtuvo el Decreto de aprobación del Instituto y en 1904 la aprobación definitiva de las Constituciones. Desde entonces una creciente expansión ha ido llenando muchos ambientes, lugares y países de amor generoso y sacrificado.

Acontecimientos singulares han mantenido muy viva la memoria de la fundadora, como el centenario de los sitios de Zaragoza, celebrado en 1908: la ciudad recordó las hazañas de sus héroes más ilustres, entre ellos el P. Bonal y María Rafols, a quien concedió el título de «heroína de la caridad». Otro hecho importante fue el traslado solemne de sus restos a la capilla del noviciado de la congregación en la misma ciudad, en 1925.

En 1926 se inició su causa de canonización, concluyendo el proceso ordinario informativo en 1927. Poco después, en 1931 se obtuvo el decreto de aprobación de sus escritos y, según la normativa vigente, se realizó el proceso apostólico, que tuvo lugar entre 1932 y 1934. La necesidad de una investigación histórica complementaria prolongó, e incluso detuvo, durante unos años la causa, mientras el sepulcro de la M. Rafols continuaba siendo meta de peregrinaciones y crecía su fama de santidad. Ha sido beatificada por el papa Juan Pablo II el 16 de octubre de 1994.

MARÍA ENCARNACIÓN GONZÁLEZ RODRÍGUEZ

Bibliografía

FIGOLS, S., *Origen, historia y desarrollo del Instituto de Hermanas de la Caridad de Santa Ana* (Zaragoza 1902).

JAVIERRE, J. M.ª, *Reportaje y elogio para una monja* (Salamanca 1994).

MARTÍN DESCALZO, J. L., *El verdadero rostro de María Rafols* (Madrid 1981).

RÁBAZA, C., *Heroísmo y santidad. Vida de la venerable madre María Rafols Bruna* (Valencia 1926).

SANZ ATRIBUCILLA, J. M.ª, *Vida documentada de la Sierva de Dios madre María Rafols* (Zaragoza 1948).

TELLECHEA IDÍGORAS, J. I., *Las Hermanas de la Caridad de Santa Ana y el Hospital de Nuestra Señora de Gracia de Zaragoza. Documentos históricos,* 5 vols. (Zaragoza 1968-1980).

BEATOS MANUEL MEDINA OLMOS Y DIEGO VENTAJA MILÁN

Obispos y mártires († 1936)

Beatificados el 10 de octubre de 1993 con siete Hermanos de las Escuelas Cristianas, en la misma ceremonia que Pedro Poveda y Victoria Díez, los obispos Manuel Medina Olmos y Diego Ventaja compartieron muchos momentos de su vida, frecuentaron un mismo terreno pastoral, pero sobre todo fueron juntos a la muerte en la madrugada del 30 de agosto de 1936. Desde la noche del día 27 de julio en que ambos quedaron alojados en la casa del vicario general de Almería, ya no se separarían, recorrerían idéntico camino de la cruz, sufrirían parecidas vejaciones, estrecharían su amistad y se contagiarían la fortaleza para afrontar el trance del martirio. Precisamente el vicario, en cuya residencia permanecieron los obispos hasta el 11 de agosto, fue quien contó oficialmente el relato de la muerte del obispo de Almería y del obispo de Guadix. Dice así el escrito de Rafael Ortega, conservado en el archivo episcopal almeriense:

> «Los llevaron al kilómetro que en la carretera que va a Motril y Málaga está marcado con el número 93 en el poste; allí los bajaron del automóvil que los conducía, y a pie, pasaron por el vecino cortijo llamado del "Chismes", los internaron en un barranco pequeño, llamado también de los "Chismes", en terreno y jurisdicción municipal de Vícar, y como a unos cien pasos de la carretera del circuito en el borde del barranco, de poca altura, los asesinaron, arrojándolos a la falda. Allí los quemaron rociándolos previamente con gasolina, y, una vez consumidas las ropas y carne y calcinados los huesos, los enterraron a todos, unos 17, en una fosa común. Mejor dicho, estuvieron los restos calcinados insepultos algunos días, hasta que piadosas manos de vecinos de aquellos parajes vinieron y los enterraron».

Así de escueto ha quedado para la historia el relato del martirio, sin especificar siquiera de qué manera se produjo el asesinato de los dos obispos. Circularon por Almería otros más o menos fantaseados sobre su final, pero la versión más fiable es que fueron fusilados y después calcinados en el Barranco del Chisme. Se sabe, acerca de sus últimas horas, que poco antes de morir, maniatados como los llevaban y en hilera, el obispo de

Guadix, monseñor Medina Olmos, quiso decir unas palabras: «No hemos hecho nada que merezca la muerte, pero yo os perdono para que el Señor también nos perdone. Que nuestra sangre sea la última que se derrame en Almería». Juan Pablo II, en su homilía de beatificación, también recuerda que, «como relataron testigos presenciales, monseñor Ventaja dijo a los que iban a matarlo: "Que Dios os perdone como yo os perdono de todo corazón y que ésta sea la última sangre que derraméis"».

El vía crucis del obispo Diego Ventaja Milán tuvo su primera estación el 21 de julio de 1936, cuando fracasó en Almería el levantamiento militar y empezaron a producirse saqueos e incendios de edificios religiosos. Tres días después le tocó el turno de la incautación a su palacio episcopal. Miembros del comité revolucionario entraron por la fuerza, con malas maneras, y conminaron al obispo a que abandonara su residencia para hacer un registro. Como pensaban convertirla en sede del Gobierno Civil de Almería, trasladaron al obispo al cuartel de la Guardia de Asalto y le aconsejaron que se marchase de la diócesis, incluso le ofrecieron un coche para huir. El obispo rechazó la sugerencia. No era, sin embargo, la primera vez que alguien trataba de convencerle para que se alejara, aunque por otras razones. En realidad, los días previos al comienzo de la guerra se hallaba monseñor Ventaja en Granada, donde se enteró del asesinato de José Calvo Sotelo, y donde hubo de resistirse a las presiones de algunos amigos para que no regresara a su diócesis, pero él quería celebrar entre sus fieles el aniversario —el 16 de julio— de su entrada en Almería. Ésta fue la razón de que se encontrase entre sus diocesanos el 15 de julio.

Aún tuvo el obispo Ventaja otra oportunidad de evitar su calvario aceptando la propuesta de marcharse en un barco rumbo a Inglaterra. Fue el día 25 de julio, cuando ya vivía en la casa del vicario general, al día siguiente de ser desalojado de su palacio episcopal. Dos súbditos ingleses residentes en Almería se encontraron en la calle con el obispo, e informados de que un destructor salía aquella noche para Inglaterra, le ofrecieron la posibilidad de embarcar. El prelado —según consta en un escrito firmado por sus amigos ingleses— reaccionó así: «Con una dulce sonrisa nos dijo que él tenía deberes con sus diocesanos y

mientras le fuera posible debía continuar atendiendo sus necesidades». Como no lograron que accediera, le propusieron que se fuera con ellos, que procurarían su seguridad, pues temían que «la plebe le hiciera daños terribles», a lo que el obispo replicó que «no le podían hacer daño». «Desde luego —añadió— pueden destruir este cuerpo (y se golpeaba el pecho), pero no pueden hacerme daño».

Durante los días que permaneció monseñor Ventaja con otros sacerdotes en la casa del vicario se avivó entre ellos la vida de piedad y la persuasión de que estaban en vísperas de su martirio. Entre tanto, al obispo de Guadix, monseñor Medina, le esperaba un camino de la cruz muy similar. También éste pudo eludir aquellos momentos tan complicados quedándose en Granada, pero prefirió marcharse a la diócesis, donde vivió unos días de sobresalto, oyendo el tiroteo cuando la guardia civil, desde su cuartel lindante con el palacio episcopal, se vio asediada. El obispo invitó a todos los residentes en el palacio a que hicieran confesión general —él mismo comenzó dando ejemplo— ante el mal cariz que iban tomando los hechos. El domicilio episcopal fue sometido a un riguroso registro, aunque por el momento respetaban a sus habitantes, y por supuesto al obispo, que sin embargo recibió consejos de retirarse discretamente a su pueblo natal, en las laderas de Sierra Nevada. Su respuesta fue no abandonar su diócesis por nada del mundo, estar con sus feligreses en aquellos momentos tan comprometidos y peligrosos.

A media mañana del 27 de julio, varios asaltantes, con la intención de hacer un nuevo registro, irrumpieron con violencia en la residencia episcopal dispuestos a saquearla y a comportarse con el mayor desprecio. El obispo Medina fue cacheado y despojado de sus insignias episcopales. Se resistió a que le quitaran el pectoral diciendo: «Ya que me vais a matar, dejadme que muera con el crucifijo», pero no le respetaron su deseo. A continuación, el obispo y otros cuatro sacerdotes, fueron llevados en coche a la estación y los metieron en un vagón de mercancías para trasladarlos a Almería. Uno de aquellos sacerdotes, don Francisco Vargas, liberado en la estación de Guadix, es quien ha contado los malos tratos recibidos aquel día y el que

oyó al obispo rezar: «Señor, convierte a mi pueblo o bórrame a mí del libro de la vida».

El amargo traslado a Almería quedó aliviado, en cierto modo, al ver en la casa del vicario a su amigo el obispo Diego Ventaja. Con los tres nuevos huéspedes se formó allí una especie de comunidad eclesiástica. Los cuatro sacerdotes y los dos obispos disponían de una capilla, podían celebrar la misa y entregarse fervorosamente a la oración. Así se mantuvieron unidos y pacientes, hasta que el 5 de agosto un grupo de milicianos entró en la casa y en medio de una gran algarada los hicieron salir para llevarlos a la comisaría. A lo largo de todo el recorrido, las calles fueron un grosero escenario de insultos contra los obispos, que vestían sotana, y contra los cuatro sacerdotes por parte de muchos viandantes. Devueltos a casa, todavía pudieron continuar con el estilo de vida que se habían propuesto.

El 12 de agosto, un coche policial que esperaba a la puerta de la casa se llevó a los seis. Fueron recluidos, en régimen de cierta suavidad, en el convento de las Adoratrices, habilitado como cárcel, donde se hallaban algunos jesuitas, entre ellos el padre Luque, confesor del obispo Ventaja. El compañerismo y el clima de religiosidad en que vivieron aquellos días les preparó a todos para afrontar su previsible muerte. Un policía se presenta el 24 de agosto dispuesto a cambiar el trato deferente que recibían los obispos y les exige que renuncien por escrito a su «condición oficial de huéspedes». En adelante serían simples detenidos, lo que les obliga a dejar la sotana y a convivir con los presos políticos.

Astoy Mendi era el nombre de un barco fondeado en el puerto de Almería y convertido en prisión. Allí condujeron, el 27 de agosto por la noche, a los dos obispos junto a medio centenar de sacerdotes y a otros tantos paisanos. No era ningún crucero lo que les aguardaba, sino pruebas física y moralmente muy duras que superaron con paciencia y dignidad. Los trataron peor que a los demás. Padecieron el sofoco de las bodegas, el hacinamiento, les hicieron pujar pesadas cargas, fregar la cubierta y soportar burlas particularmente crueles para su condición episcopal. Del *Astoy Mendi* fueron llevados al acorazado *Jaime I,* donde una marinería mal hablada se regodeaba ante los dos obispos,

que tuvieron el cometido de servir la mesa. Estaban ya de nuevo en el *Astoy Mendi,* cuando el 29 de agosto se recibe una engañosa orden en el barco prometiendo a los sacerdotes alistarse para regresar a la prisión de las Adoratrices. Nadie sospechó la trampa que los identificaba y fueron dando su nombre.

Al día siguiente, 30 de agosto, desde la cubierta del barco un miliciano, lista en mano, los fue llamando uno por uno. Con las manos atadas, los colocaron a todos en fila e hicieron bajar al muelle. En realidad los habían elegido para la muerte. Subieron a una camioneta los dos obispos, seis sacerdotes y varios seglares más hasta un número total de 17. El destino no era otro que la carretera de Motril, un siniestro barranco en el término de Vícar, donde serían fusilados.

El obispo de Guadix, monseñor Manuel Medina Olmos, contaba 67 años recién cumplidos el día de su martirio y llevaba poco más de diez años de ministerio episcopal. Nacido el 9 de agosto de 1869 en Lanteira, un típico pueblo perdido en Sierra Nevada, fue bautizado dos días después en la parroquia de la Anunciación con los nombres de Justo y Manuel. De familia humilde y campesina, perdió pronto a su madre y quedó bajo la custodia de un tío suyo, párroco de Caniles, que orientó su vocación y primeros estudios. Con trece años ya supera en el instituto de Almería la prueba del bachiller y poco después ingresa en el seminario de San Torcuato de Guadix donde cursaría los estudios sacerdotales. Recibió la ordenación sacerdotal muy joven, cuando sólo tenía 22 años, y estrenó su ministerio pastoral en la parroquia del Sagrario de Guadix. Obtuvo sucesivamente el doctorado en Teología y las licenciaturas en Filosofía y Letras y en Derecho Civil en facultades granadinas. En 1892 opositó a una canonjía en el Sacromonte de Granada y allí tuvo la oportunidad de conocer a don Andrés Manjón, fundador de las Escuelas del Ave María. Se entendieron muy bien ambos y entablaron una estrecha amistad que dio como fruto el que Manjón, valorando las cualidades del nuevo colaborador, le confiase la subdirección de las Escuelas y lo eligiese para ocupar la dirección tras su muerte, ocurrida en 1923. Fue Manuel Medina un extraordinario catequista, con sólidas dotes de pedagogo y profesor, demostradas no sólo con el ejercicio de la enseñanza o

asumiendo durante veintitrés años la dirección del colegio del Sacromonte, sino participando, por ejemplo, en el I Congreso Catequístico Nacional celebrado en 1913 en Valladolid y en otros posteriores, una vez nombrado obispo.

El prestigio intelectual y organizativo no le hizo nunca a Medina Olmos arrogante sino fecundo y llano en el trato. La simpatía fue «el don más estimado», atestigua Antonio Montero en su *Historia de la persecución religiosa en España.* Un sacerdote que lo conoció de cerca ha dicho de él que «mantuvo siempre talante de campesino, de un campesino que sale ilustre no porque se haya ilustrado, sino porque sale así desde abajo. Estaba unido con su pueblo de una manera natural». En esta época granadina salieron de su pluma fácil y sin grandes pretensiones literarias un buen número de piezas teatrales que se representaron en los colegios de Granada y Guadix. En una de ellas —*La hija del rabino,* estrenada en 1918— se lee alguna frase que suena a un anticipo de la situación que le tocaría vivir a su autor en 1936. Dice así: «No pienso en huidas, aquí estoy bien y Dios se encargará de sacarme cuando más me convenga».

En diciembre de 1925 es nombrado obispo titular de Amono y auxiliar de Granada, en cuya catedral fue consagrado el 23 de mayo de 1926. Compaginó sus tareas de obispo con algunas de las actividades que hasta entonces había desempeñado, como su relación con el Ave María, reflejada incluso en su escudo episcopal con un dibujo de la Anunciación. En el haber de esta etapa episcopal granadina hay que contar la ejemplar y competente, como de gran catequista y organizador, preparación y celebración del II Congreso Catequístico Nacional de Granada, en 1926.

Tres años después Pío XI lo nombra obispo de Guadix-Baza, diócesis en la que hace su entrada el 3 de diciembre de 1929 invocando el lema de San Pablo: «Restaurar todas las cosas en Cristo». Apenas había pasado un mes desde su toma de posesión y ya monseñor Medina Olmos andaba embarcado en una fatigosa visita pastoral por la intrincada geografía diocesana, que duraría tres años y medio, una visita con mucha predicación, reuniones de grupos y confirmaciones. Pero sin descuidar el gobierno ordinario de la diócesis, dedicando tiempo de refle-

xión a elaborar importantes escritos acerca de la Constitución Española de 1931 y sobre *El capital y el trabajo,* con exposición de las enseñanzas de la Iglesia sobre la cuestión social; y prestando mucha atención al acontecer religioso nacional, en el que intervino activamente, como el I Congreso Nacional de Acción Católica de 1929 en Madrid o el III Congreso Catequístico Nacional de Zaragoza en 1930.

La catequesis fue siempre su actividad pastoral preferida, de tal manera que durante su pontificado impulsó los estudios de la pedagogía catequética en el seminario, organizó semanas catequísticas en Guadix y en Baza, escribió tres cartas pastorales sobre la enseñanza del catecismo y contribuyó con numerosas memorias al desarrollo de la catequesis en España. Siempre estuvo al tanto de la marcha y funcionamiento del seminario, sobre todo en momentos en que el gobierno de la República recortó la asignación a la Iglesia, y mantuvo una gran cercanía con los alumnos durante sus frecuentes visitas. Con los sacerdotes fue verdadero padre, conocedor de sus problemas, siempre muy atento a sus necesidades espirituales y materiales. Se conocen muchos testimonios de desprendimiento personal, como la entrega de su pectoral y su anillo para socorrer la pobreza de algunos trabajadores, y consta que su vida en la residencia episcopal estaba marcada por la austeridad. Vivió con preocupación el momento social de aquella España y trató de dar una respuesta pastoral exponiendo y predicando la doctrina social de la Iglesia.

Quedó vacante la sede de Almería y Roma le encargó que se ocupara de aquella diócesis en calidad de Administrador Apostólico, cargo que desempeñó desde el 16 de julio de 1934 hasta el mismo día del año siguiente en que tomó posesión Diego Ventaja Milán. Durante aquel año tuvo que compartir su ministerio episcopal entre Guadix y Almería. Si alguna vez don Andrés Manjón le había dicho que «usted será obispo y mártir», no tardaría mucho tiempo ya en difundirse aquella frase de monseñor Manuel Medina Olmos que ha quedado como testimonio de su aceptación martirial: «Yo he ofrecido a Dios mi vida por la salvación de España, y el Señor la ha aceptado».

Once años más joven que don Manuel Medina, su compañero de martirio el obispo de Almería, monseñor Diego Ventaja Milán, procedía también de una familia humilde y cristiana. Había nacido en el pueblo de Ohanes, en las Alpujarras almerienses, el 22 de junio de 1880. Bautizado en la parroquia de la Inmaculada dos días después, recibe los nombres de Diego José Paulino. A los pocos años, la familia se traslada a Granada, donde vive al principio con grandes dificultades económicas, pero una vez que el padre consigue un puesto de trabajo como servidor del capellán del Sacromonte, el niño es admitido como fámulo y empieza a cursar sus estudios. Como mostraba deseos de ser sacerdote, hizo en aquel mismo colegio seminario las humanidades y conoció a don Andrés Manjón, que era canónigo de la abadía. El chico, simpático y de buenas luces, no sólo ganó una beca con la que se ayudó económicamente en sus estudios granadinos, sino que el Sacromonte le brindó otra más cuantiosa, a partir de 1894, para residir en el Pontificio Colegio Español de San José de Roma, recientemente fundado, y seguir los cursos de la Universidad Gregoriana. En 1898 se doctora en filosofía y cuatro años más tarde obtiene el doctorado en teología. Un mes después de defender su tesis doctoral en la Facultad de Teología, el 21 de diciembre de 1902, se ordena sacerdote en Roma, en la capilla del colegio.

Terminada su etapa de formación eclesiástica, vuelve Diego Ventaja a la diócesis granadina, donde ejerció su ministerio sacerdotal durante treinta años en el Sacromonte y en las escuelas del Ave María como colaborador de don Andrés Manjón, quien llegó a nombrarle vicedirector de dicha institución pedagógica. Comenzó siendo profesor, después secretario de estudios y capellán del Sacromonte por espacio de doce años. Su ministerio pastoral lo desempeñó con gran celo predicando, dando tandas de ejercicios, dirigiendo espiritualmente a muchos fieles y pasando largas horas en los confesonarios de varias comunidades religiosas. En 1917 oposita y gana una canonjía en la iglesia magistral del Sacromonte y en 1924 recibe el nombramiento de rector del colegio seminario granadino de San Dionisio Areopagita, cargo al que hubo de renunciar, con ejemplar obediencia, por desacuerdo del arzobispo. Vinculado siempre al Sacromonte, de cuyo cabildo lle-

gó a ser presidente, allí ejerció su actividad sacerdotal sin pujos, pero con brillantez, humildad y entrega, y compartió su dedicación con la obra fundada por Manjón.

Se dijo, a propósito de su categoría intelectual y humana, que algunos obispos amigos suyos le habían ofrecido altas responsabilidades en sus respectivas diócesis, pero que él siempre declinó las propuestas respondiendo que no podía abandonar el Sacromonte, al que se lo debía todo y al que se debía por entero. Pero el 4 de mayo de 1935, probablemente por sugerencia de su amigo del Ave María y antiguo compañero de cabildo, monseñor Medina Olmos, a la sazón obispo de Guadix y Administrador Apostólico de Almería, fue nombrado por Pío XI obispo de Almería. Su consagración episcopal, en la que ofició de conconsagrante el obispo Medina, se celebró en la catedral de Granada el día de la fiesta de los santos Pedro y Pablo de 1935, y el día 16 de julio, fiesta de Nuestra Señora del Carmen, hacía su entrada en la capital almeriense.

Poco más de un año estuvo al frente de la diócesis monseñor Diego Ventaja Milán. Vivió circunstancias muy difíciles a lo largo de aquel año tan convulso social y políticamente, siendo testigo de una campaña antirreligiosa que mostró su peor cara en los ataques a la Iglesia, y siendo él personalmente víctima, con otros sacerdotes, religiosos y seglares, de una persecución religiosa que soportó con paciencia y «grandeza de alma», sobre todo desde aquel 24 de julio de 1936 en que le obligaron a abandonar el palacio episcopal y a emprender el vía crucis que le llevaría a la muerte.

JOSÉ ANTONIO CARRO CELADA

Bibliografía

AAS 85 (1993) 298s.

ÁLVAREZ GASTÓN, R., «Don Diego Ventaja, fortaleza ejemplar»: *Ecclesia* (1993) n.2652 p.14-15.

CÁRCEL ORTÍ, V., *Mártires españoles del siglo XX* (Madrid 1995).

GARCÍA-SANTACRUZ, J., «Don Manuel Medina, pastor caritativo»: *Ecclesia* (1993) n.2652 p.16-17.

HARO, R. DE, *Testigo de su fe. Biografía de Manuel Medina Olmos* (Madrid 1993).

LÓPEZ MARTÍN, J., *Tras las pisadas del Buen Pastor: Diego Ventaja Milán, obispo mártir* (Madrid 1993).

MONTERO MORENO, A., *Historia de la persecución religiosa en España (1936-1939)* (Madrid ^{2}2004).

BEATO VICENTE CABANES BADENAS

Presbítero y mártir († 1936)

De entre todos los mártires de la persecución religiosa española de 1936 seguramente que no hay otro como el Beato Vicente Cabanes en quien se den con mayor fidelidad todos y cada uno de los caracteres del verdadero mártir cristiano. Es el titular de los *Mártires de la familia amigoniana* y su martirio adquiere un relieve no menor al de los mártires de la primitiva comunidad cristiana. Las actas martiriales así lo han puesto de relieve.

Vicente Cabanes nace el 25 de febrero de 1908 en Torrente, delicioso pueblo de la Huerta Sur de Valencia. Y el 1 de marzo del mismo año es bautizado por don Pascual Ricart en la Iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Asunción, de dicho pueblo, con el nombre de Vicente Matías. Es el mayor de los tres hermanos varones, luego de su hermana Carmen.

Son sus padres, sencillos jornaleros, los encargados del huerto de Trénor. Viven enfrente mismo del convento alcantarino de Monte Sión, desde 1889 morada de los religiosos terciarios capuchinos. La inmediatez al convento hace que Vicente, ya desde sus primeros años, vea en la familia amigoniana como una prolongación de su propia familia.

Poco después de recibir la primera comunión en la iglesia de *los frailes,* el 24 de julio de 1915, Vicente se inscribe en la Real Pía Unión de San Antonio de Padua. Posteriormente ingresa como seminarista en la escuela seráfica que funciona en el mismo convento.

A partir de la primera comunión Vicente incrementa su asistencia a los actos de piedad. Todos los días asiste a la santa misa y con asiduidad recibe el sacramento de la penitencia. Con los *antonianos* participa en los actos de culto: misa, rosario y procesiones, así como también en actividades recreativas, entre las que no pueden faltar las amenas funciones de teatro. Está más en el convento que en su casa.

En esta etapa Vicente es ya un joven espigado y alto, de carácter ponderado y afable, de profunda fe y muy caritativo, lo que, según su hermana Carmen, le inclina por la vida religiosa para poder dedicarse a predicar el evangelio y a educar a la juventud.

Concluidos con el mayor aprovechamiento los estudios de latín y humanidades, viste, en la casa noviciado de San José de Godella (Valencia), el santo hábito el 15 de septiembre de 1923, festividad de la Virgen de los Dolores.

Durante los días de su noviciado fallece su buen padre. Para poder continuar en la finca, los señores de Trénor exigen que Vicente quede al frente de la misma. Su madre, luego de larga y dolorosa entrevista con Vicente, se determina a vivir en la mayor pobreza y necesidad antes que quitar la firme vocación a su hijo.

Superada la prueba, fray Vicente emite los primeros votos el 15 de septiembre de 1925 y pasa a cursar filosofía en la fraternidad de San Hermenegildo de Dos Hermanas, Sevilla. Ya entonces da pruebas de sus grandes dotes de educador amigoniano.

Durante el verano de 1928 es destinado a la fraternidad del reformatorio del Príncipe de Asturias, en Madrid, donde inicia los estudios teológicos y alterna los actos de piedad con los libros, los alumnos y el gabinete de psicopedagogía. ¡Ah!, y colabora asimismo, desde la fundación, en la revista amigoniana *Adolescens surge,* de la que algún día llegará a ser su director, y en la que escribirá algunos de sus artículos pedagógicos más significativos.

Su interés científico le lleva a visitar diversos centros de carácter reeducativo de Bélgica, manifestando una especial predilección por los laboratorios de psicopedagogía. Visita la «Escuela de observación» de Moll, donde admiran sus cualidades de gran pedagogo tanto monsieur Rouvroy, director del centro, como la directora de Saint Servais.

El 15 de septiembre de 1931 emite sus votos perpetuos en Madrid, y al año siguiente, el 12 de marzo de 1932, recibe la ordenación sacerdotal de manos de su buen padre fundador Luis Amigó. A continuación inicia sus estudios en la Universidad de Valencia y en el Instituto de Estudios Penales.

Todo cuanto emprende lo realiza con cariño y entrega verdaderamente singular. Profesa tierna devoción a la Virgen de los Dolores, bajo cuyo patrocinio agrupa a los auxiliares y maestros durante el tiempo que reside en Madrid. Vive totalmente entregado a su misión específica de la reforma de la ju-

ventud extraviada. Tan sacrificada fue su entrega que llega, incluso, a enfermar.

El 1 de octubre de 1934 pasa a formar parte de la fraternidad de la casa de El Salvador de Amurrio, Álava, donde es director espiritual de la comunidad y dirige el gabinete psicopedagógico del centro. En dicha fraternidad le sorprende la guerra.

En julio de 1936 el ambiente político religioso que había en España era ya de clara persecución religiosa. En el vecino pueblo de Saracho, situado entre Amurrio y Orduña, los milicianos incendiaron la iglesia. En otras poblaciones dieron muerte a los sacerdotes, religiosos y personas católicas.

Antes de mediar el mes de agosto de 1936, los encargados y los niños del reformatorio del Salvador de Amurrio son evacuados. Hallan cómodo alojo en la finca del Marqués de Urquijo de Llodio, Álava. El padre Vicente Cabanes queda al frente de la Casa del Salvador, ya desalojada, excepción hecha de un reducido grupo de alumnos y servidores, entre los que se cuenta el vaquero de la casa. El padre Vicente de día atiende el centro y pasa la noche, por orden de su superior, en casa de don Felipe Ugarte, coadjutor del pueblo.

En agosto el frente nacional se encuentra a un kilómetro escaso de la «Casa del Salvador» de Amurrio. Uno de los días el vaquero, que lo es Matías Charterina, a quien apodaban el Cartujo por su escasa facilidad de palabra, arrea las vacas hacia el monte y se pasa a los nacionales:

«Quedaos con las vacas —les dice— pero yo quiero ir con vosotros». De este modo consigue llegar a su pueblo natal de Ciánuriz. A raíz de este hecho parece ser que los milicianos quieren dar un escarmiento al pueblo asesinando al padre Vicente Cabanes. Al caer la tarde del 27 de agosto de 1936, como de costumbre, el padre se traslada a casa del señor vicario para pernoctar. La noche era calurosa, como suelen serlo todas en el mes de agosto. Había anochecido ya. El padre Vicente y don Felipe, apenas cenados, toman el fresco. Golpean a la puerta:

—¿Quién es?, pregunta el señor vicario.
—¿Está el padre Vicente? Deseamos rinda unas declaraciones.

El padre Vicente no se hizo de rogar. Se despidió de los de casa. Y, con una amplia sonrisa, éstas fueron sus últimas palabras:

> —¡Sea lo que Dios quiera! ¡Bendito sea Dios! Y descendió la escalera.

Al salir de la casa, dos o tres milicianos lo están esperando. Le ordenan subir al coche. El padre Vicente obedece sin resistencia alguna. El coche y sus ocupantes toman la dirección de Orduña. En el trayecto intentan atraerle a su ideología primero, luego pasaron a las amenazas y ultrajes, exigiéndole finalmente que renegase de su fe e insultara al Crucifijo, si quería salvar su vida. A lo que el padre Vicente contestó con palabras que recuerdan al santo Job:

> «Toda mi vida la he consagrado a Dios y le he servido con fidelidad y nunca he recibido de él ningún ultraje ni agravio; al contrario, de él solamente he recibido bendiciones y beneficios; de él he recibido la vida y toda mi vida será para servirle y bendecirle».

Llegados al pueblo, los milicianos le dan una vuelta por la plaza y nuevamente emprenden la dirección de Amurrio en viaje de regreso. La razón del improviso cambio de intenciones y de ruta se ignora. Pero lo cierto es que a la salida del pueblo y al llegar al Prado de San Bartolomé, en la recta de la carretera, le hacen descender. Al borde de la misma, entre el prado y la chopera, le desjarretan cuatro tiros, dejándole por muerto.

Como puede, y taponándose las heridas con las manos, el padre Vicente retrocede a Orduña. Llama en las dos o tres primeras casas. Pero no lo socorren por miedo a comprometerse. Finalmente encuentra su samaritano en la persona de don Epifanio Elejalde, quien en esos momentos estaba dirigiendo el rosario en familia.

> —¿Quién es?, pregunta don Epifanio desde lo alto de la escala. Y el padre Vicente: —Soy un hombre herido. Pido un médico y un sacerdote para morir con él.

Alfonso, hijo de don Epifanio, hace ademán de bajar. Pero Patrocinio, y lo mismo Dolores, sus hermanas, intentan disuadirle: «No bajes, Alfonso, que es una añagaza. Vienen a por vosotros», le dicen.

No obstante, sin hacer caso de nada, baja inmediatamente, a saltos, y abre la puerta que, por precaución, al atardecer cerraban con llave. Al abrir el portoncillo, sobre el que estaba apoyado el padre Vicente, se desplomó sobre él, quizá quemando sus últimas reservas físicas. Estaba totalmente ensangrentado. Su sangre empapando la camisa azul de su buen samaritano, que durante años conservó sin lavar como reliquia:

> —¿Quién es usted? —le pregunta Alfonso.
> —Soy el padre Vicente, del reformatorio de Amurrio. Soy valenciano.
> —¿Y por qué no ha dicho antes que era sacerdote?
> —Tenía miedo, porque he llamado a otras puertas y no me han hecho caso.
> —¿Qué le ha pasado? —insiste Alfonso.
> —Me han sacado de la casa de un sacerdote de Amurrio. Me han traído hasta aquí. Me han devuelto a las afueras y, al bajarme del coche, me han querido hacer apostatar. Al negarme me han dado una carretada de tiros, dejándome por muerto.

La familia Elejalde inmediatamente lo traslada al Santo Hospital de Orduña, donde llega todavía con el crucifijo, con el que se opuso a los milicianos, entre sus manos. Pide penitencia y extremaunción, que le administra D. Rafael de la Torre, capellán del centro hospitalario.

Del hospital de Orduña es trasladado al de Basurto, en Bilbao, donde llega pasadas ya las 2,30 de la noche del 28 de agosto. El padre Vicente aún llega consciente. Y al amanecer de aquel día llega también fray Juan Bautista Segarra, para atender al padre Vicente. Para entonces el padre había recobrado ya totalmente el conocimiento:

> —¿Quiénes han sido?, le pregunta fray Segarra.
> Y el padre Vicente: —No me hable de esas cosas; háblememe tan sólo de Dios. Dígame jaculatorias.

En el decurso de la conversación fray Segarra sigue preguntando al moribundo: «¿Sabía o maliciaba que le iban a matar? ¿Tenía la absoluta seguridad de que no iba a morir?».

A lo que el padre Vicente contesta alegre: «Pues muy sencillo. Yo he hecho toda mi vida los nueve primeros viernes de mes, por eso sabía y no podía dudar de que el Sagrado Corazón de Jesús tenía que cumplir su promesa».

Al caer el día acude también al hospital su superior, padre Tomás Serer. El padre Vicente no teme la muerte. Pero la noche del mismo 29 de agosto será larga, muy larga. A veces, devoradas sus entrañas por la fiebre que le produce el plomo, exclama: «¡Esto es horrible, padre Tomás!».

En un determinado momento se vuelve a su superior y le dice: «Padre, hágame la preparación de la muerte».

Arrodillado junto al lecho de dolor el padre Tomás Serer cumple con el deseo del moribundo. Al final éste le pregunta:

> —Padre, ¿me perdona si en algo le he podido ofender?
> A lo que responde: Sí.
> Y el padre Tomás: —¿Me perdona usted a mí, así como a todos los que le hayan ofendido?
> —Sí, responde éste a su vez.

Y, conociendo la enorme calidad moral y gran caridad del padre Vicente, se atreve todavía a decirle:

> —¿Y perdona también a los que le han herido?
> —También les perdono de todo corazón, contesta con voz clara.

A las nueve de la mañana el padre Tomás se retira del lecho del moribundo para ir a celebrar la santa misa. Antes de partir, el padre Vicente aún le dice: «Quiero, si es posible, me amortajen con el santo hábito ya que no tengo la dicha de morir con él».

Momentos antes de morir, los asesinos todavía lo localizan en el hospital. Convencidos de que el padre está expirando, los milicianos no le molestan ya, pero se retiran profiriendo estas brutales palabras: «¡Muere, canalla, como un perro!».

Efectivamente, poco después, de las 4,15 a las 4,30 del domingo 30 de agosto de 1936, moría el padre Vicente Cabanes en el hospital de Basurto, Bilbao. Fray Juan Bautista le llevó el santo hábito. Con él por mortaja fue enterrado en el cementerio de Derio, a eso de la Hora de Vísperas. Sólo algunos arriesgados amigos le pudieron acompañar. Una vez más fray Juan Bautista, exponiendo su vida, puede volver aquella tarde al pueblo de Amurrio.

Don Alfonso Elejalde, su fiel samaritano, hace constar finalmente en las actas martiriales:

«Su comportamiento fue el de un santo. No tuvo ni una sola palabra de condena para los asesinos. Estaba sumamente tranquilo. Manifestó que quisieron hacerle apostatar, pero él se negó completamente. Quiero insistir que perdonó a sus asesinos».

AGRIPINO GONZÁLEZ, TC

Bibliografía

Bibliotheca sanctorum. Appendice seconda (Roma 2000) 216.
GONZÁLEZ, A., *Martirologio amigoniano* (Valencia 2001) 69-82.
— *Meditación del cuadro* (Valencia 2002).
Martyrologium romanum, o.c., 461, 13*.
VIVES AGUILELLA, J. A., *Hombres recios y entrañables* (Valencia 2000) 19-28.

BEATO PEDRO TARRÉS CLARET

Presbítero († 1950)

Viví la glorificación eclesial, la solemnísima proclamación canónica de la heroicidad cristiana de Pedro Tarrés compartiendo honores con los jóvenes italianos Alberto Marvelli y Pina Suriano, consiliario y militante católico, respectivamente.

Enmarcada la triple beatificación en una gran fiesta peregrinación del movimiento apostólico italiano. En el improvisado escenario serrano de Montorso, en la franja adriática, a trescientos kilómetros de la Plaza de San Pedro. En la impresionante explanada, ocupada desde la tarde anterior —4 de septiembre de 2004— por la espesa muchachada y los adultos de Acción Católica del país anfitrión que una fe comprometida empujó a Loreto. Hasta más de trescientas mil personas, machacadas por un sol despiadado pero entusiastas.

Y soy testigo de la referencia papal al nuevo beato español y catalán universal, dos fechas después, en Castelgandolfo, en audiencia al grupo peregrino. Definió Juan Pablo II:

> «Pere Tarrés i Claret, apóstol de la juventud [...] Médico y sacerdote, dos vocaciones inseparables en él [...] Sigue siendo ejemplo para los médicos, porque amaba al enfermo como persona, ayudándolo a curar o soportar el dolor. Asimismo, como hombre de corazón indiviso y por su entrega incansable a los fieles y a los diversos apostolados que le fueron confiados, es también modelo para los sacerdotes de hoy [...] Luminoso ejemplo para cuantos, aun en medio de muchas dificultades, consagran su vida a la

causa del reino de Dios a través de un servicio generoso a los hermanos más necesitados».

Un modelo para la imitación. Tres rasgos destacados por el Papa: apóstol, médico y sacerdote. Con especial dedicación a los pobres.

Manresa, en pleno corazón de Cataluña, le acunó, le vio crecer y le hizo joven. Allí había nacido Pedro Tarrés Claret el 30 de mayo de 1905. Hijo de Francisco, mecánico textil, y de Carmen; protagonistas de una realidad familiar cristiana hecha de generosidad —tuvieron tres hijos y los tres se dieron a Dios—, de sencillez y de austeridad económica. Zarandeada laboral, geográfica —Manresa, Badalona, Mataró, nuevamente Manresa— y profesionalmente la tranquilidad hogareña.

En labios del protagonista: «Soy hijo de obreros. Viví en un piso, sobre una fábrica, donde los telares resonaban de día y de noche». Una vivencia que le marcaría. Como espiritual y moralmente le marcaron particularmente la madre y el entorno religioso local, muy jesuítico.

Inteligente y estudioso, gracias a sucesivas becas municipales sigue y corona con éxito, en su ciudad natal, los cursos de enseñanza media. Llega así, en los primeros días de octubre de 1921, nuevamente premiada su aplicación académica, a la universidad de Barcelona donde quedará constancia de su brillante historial académico. Digna de trascripción, al respecto, la sentencia profesoral: «Tarrés es de aquellos de los que sólo pasa uno de vez en cuando por la Facultad».

Premio extraordinario final de carrera, el flamante licenciado en medicina, veinticuatroañero, abre consultorio en la mismísima Barcelona; administrando una extraordinaria capacidad de trabajo que da para la atención familiar —madre y dos hermanas—, la dedicación médica y las actividades apostólicas.

La profesión llenará, entre 1928 y 1936, ocho intensos años de su vida repartidos entre la consulta privada, la docencia universitaria y la asistencia hospitalaria. Competentemente. Prestigiosamente.

Una vocación, vivida enamoradamente, que era dedicación plena al enfermo concreto, estudio constante y afán de superación. Más una gran dosis de caridad. Maestro en el diagnóstico.

Con un «ojo clínico» fuera de lo común. Reconocido por su profesor y admirador el célebre internista Dr. Francisco Esquerdo: «Tarrés alcanzó enseguida la categoría de un gran clínico».

Sagacidad clínica, competencia fruto de su diario estudio nocturno coronando la fatigosa jornada de visitas. Austero él en sus gastos, no le dolían prendas cuando se trataba de la adquisición de libros.

Gerardo Manresa —una amistad nacida en la universidad, con quien compartiría afanes apostólicos y realidades caritativas— ha recordado:

> «Tarrés decía siempre que el médico había de procurar reunir dos virtudes: la ciencia y la caridad [...] Si él era un médico admirable por la virtud de la caridad [...], hay que decir que a esto añadió una preparación profesional completa, procurando constantemente su superación técnica y científica [...] El amor al enfermo, la afición a la ciencia biológica y los progresos de la técnica hicieron de él un médico ejemplar».

Amor a los enfermos. Con manifiesta preferencia por el prójimo carente de salud y de medios económicos. Al respecto, la aportación testimonial de M.ª Ángeles Papiol, la biógrafa que conoció y trató al beato:

> «Puede decirse que sus enfermos preferidos eran los pobres. Son incontables las visitas gratuitas y muchas más las que, aparte de no cobrar, dejaba dinero para la compra de los medicamentos».

Apoya el mentado Dr. Esquerdo:

> «Muchas veces, al visitar a un pobre, no sólo dejaba de percibir honorarios sino que entregaba dinero para la receta».

Y aún más. En ocasiones implicaba a otros profesionales en la práctica de la caridad. Es el caso del condiscípulo Dr. Juan Berini, más que religiosamente indiferente, a quien a menudo, telefónicamente o por escrito, recomendaba determinadas atenciones gratuitas. A tal punto que, en más de una ocasión, el solicitado había reaccionado: «Me parece que tú, quiera o no quiera, me harás entrar en el cielo».

Personalmente Tarrés intimaba con su amigo del alma y compañero de afanes evangélicos, Dr. Manresa:

> «¡Qué hermoso resulta entrar en una casa humilde y pobre, donde el médico no cuenta más que con una silla o ha de sentarse sobre

> la cama a los pies del enfermo [...], disimular la pobreza, la miseria y mostrarse afectuoso y comprensivo [...] y dejar algo debajo de la almohada para ayudarles en la compra de los medicamentos!...».

Una realidad concreta. Un recorte autobiográfico. Una vivencia, en la Barcelona de la marginación y de la pobreza, que vistió de literatura con el título de *Fantasía:*

> «Fue ayer cuando logré penetrar en la interioridad de una habitación cochambrosa y oscura, húmeda y fría de un sótano, donde una madre yacía sobre un lecho de paja corrompida, rodeada de tres hijos raquíticos, semidesnudos, los pies descalzos, iluminados por la claridad de una humeante vela de sebo.
>
> Los niños lloraban pidiendo pan; la madre jadeaba penosamente tosiendo y expectorando como si le arrancaran el pecho. El padre, impotente, honrado trabajador sin empleo, llorando por haber sido despedido de la fábrica por culpa de una necesaria reducción de gastos empresariales [...] Con todo ¡allí estaba Dios! ¡Qué raudales de caridad son necesarios en estas barriadas!».

Caridad entendida como virtud teologal, no como simple rasgo limosnero. Categórico sobre el particular el testimonio del citado Dr. Manresa:

> «Puedo asegurar que para Tarrés recibir un enfermo era recibir a un amigo [...] Al llegar ante el enfermo con la mirada ya le amaba. Y le visitaba con todo interés, con respeto, como si venerara en aquel cuerpo enfermo el alma que llevaba dentro».

Y lapidario: «La motivación médica de Tarrés era el amor a Dios y al prójimo».

Turno en el uso de la palabra al flamante beato: «Yo diría que el médico ante el enfermo es como el sacerdote ante el altar. La cama es el altar; el enfermo, la víctima que sufre; el médico, un verdadero sacerdote».

También en sus labios: «Saber endulzar el corazón de un enfermo es un gran don».

Él lo tuvo. Siempre disponible la palabra amable, la mirada afectuosa, la sonrisa sincera, indudablemente en ocasiones también curativas...

Médico competente, prestigioso y ejemplar. En la paz y en la guerra. En el frente republicano; donde, a diario jugándose el tipo en defensa de sus ideales y creencias, fue siempre respeta-

do en atención a su acertada e imprescindible aportación profesional militar.

Ahí está la autobiografía *Mi diario de guerra,* páginas bellísimas, poesía mística; termómetro de la vida espiritual del capitán médico Tarrés, al compás de las circunstancias, durante ocho meses de ambiente hostil.

Profesional con una dedicación total, absoluta, que retratará: «Durante mis años de médico jamás hice vacaciones. Ni un solo día». Profesional con criterio apostólico, ejerciendo la medicina como un verdadero sacerdocio.

Tarrés, moralmente, lideraba el grupo pionero de la Federación de Jóvenes Cristianos de Cataluña. Una creación del joven presbítero Alberto Bonet, al estilo de la JOC belga, especie de modalidad local de la Acción Católica española. Una realidad apostólica nacida pujante, arrolladora, que la persecución religiosa hizo mártir y las circunstancias político-sociales postbélicas desterraron del mapa.

¡Aquella muchachada —clase media, principalmente, y obrera— comprometida, entusiasta, lanzada con ilusión arrolladora a un sano proselitismo apostólico! Admirada por el propio canónigo Cardijn: «¡Quién pudiera tener unos jóvenes como éstos!». Mordidos por una inmensa inquietud apostólica.

Consta que Tarrés fue un apasionado fejocista. Toda una intensa, influyente actividad apostólica que convertía al protagonista de nuestra historia en líder excepcional de la juventud cristiana de Cataluña en el fragor político y social que coronó el primer tercio del siglo último. Él organizaba, viajaba, escribía, hablaba, entusiasmaba, enardecía...

Los desplazamientos, ciudadanos y comarcales, llenaban los festivos del celoso gran apóstol seglar. Insustituible en la vorágine proselitista juvenil que, en sólo cinco años, sumaría seiscientos actos propagandísticos en el haber de los dirigentes federales. Hubo fechas en que protagonizó hasta cinco intervenciones públicas, combinando su presencia en otras tantas localidades.

Escribía semanalmente en el órgano fejocista *Flama.* Firmante de *Glossa,* una columna vibrante, aleccionadora, imán y motor espiritual de la publicación. Un botón de muestra:

> «¡Faltan apóstoles sin hábito religioso! Apóstoles de chaqueta y pantalón que evangelicen en los talleres, en las fábricas y en los despachos; en cualquier parte; donde sea posible entrar suavemente, con espíritu de caridad, la semilla de nuestra fe, la razón de nuestra vida, la verdad de nuestra doctrina».

Otro:

> «Me atrevo a afirmar que, en la vida espiritual del cristiano, todo lo que no sea poner nuestra mente, nuestra alma, nuestras fuerzas y la vida en la adquisición de la máxima plenitud sobrenatural; todo lo que no sea aspirar a la santificación, convirtiéndola en el mayor de los ideales, es, amigos míos, tiempo perdido».

Insistente en una reunión asamblearia: «Faltan apóstoles, necesitamos apóstoles».

Estimulante en otra: «No os desaniméis nunca; pensando siempre que Dios, a pesar de todo, vive en nosotros».

Y recomendando: «Siempre al frente en el trabajo, en la lucha, en el sacrificio; pero siempre detrás en la recompensa».

Protagonista tanto en la formación de la militancia fejocista como en la propagación del movimiento, el carismático propagandista católico se prodigaba en conferencias y en actos públicos. Predicaba un cristianismo sólido, valiente y comprometido. Enardecía.

Enardeció, particularmente, en aquellos años difíciles, cantando las excelencias de la pureza juvenil, de la que fue singular defensor y bravo apóstol —en la Navidad de 1927, aún estudiante de medicina, hizo voto perpetuo de castidad—, en la sala de mayor aforo barcelonesa, arrancando de las butacas al público mozo que aplaudía a rabiar.

Entusiasta en otra ocasión:

> «¡Paso a la juventud cristiana! [...] con el corazón encendido, pura, no maltrecha ni gastada ni podrida; una juventud nueva, vigorosa, fuerte, insaciable de espiritualidad, no corrompida por el vicio y las pasiones que envilecen...».

Un testigo de primera mano, acompañante del apóstol laico catalán en sus correrías dominicales, ha recordado:

> «Decir que arrastraba a la juventud, que todo el mundo le seguía ansioso de su compañía y cosas por el estilo, sería repetir lo que de sobras sabemos y conocemos de él. Pero yo os lo quiero confirmar como información personal».

Bello testimonio que apoya la evocación escrita del escéptico ganado por la especial oratoria del dirigente fejocista:

> «Recuerdo su voz que la dulzura inflexionaba en matices que jamás he oído en ningún otro orador. Es más; siempre que escuché al Dr. Tarrés nunca lo asocié a la imagen del orador. Su oratoria era de un tipo especial, como si la voz saliera del alma; era como si no hablara él. Daba la impresión de un altavoz curvado recogiendo sonidos de una profundidad inimaginable que se convertían en palabras de una perfecta llaneza claramente asimilables; pero con lejanas cadencias fuera de toda creación humana.
>
> Me es imposible recordar hoy lo que dijo. Sólo recuerdo que la sensación que tuve es que por boca de aquel médico joven había oído hablar a Dios...».

Y paso a la repetida reflexión del presidente fejocista, en las reuniones de dirección, abordando conflictos que sin la presencia y la intervención de Tarrés se multiplicaban y agrandaban:

> «¿Os dais cuenta, amigos? Los santos en esta vida juegan con ventaja. Fijaos en Tarrés: con dos mimos y cuatro palabras hace más labor que todos nosotros juntos pasándonos horas y horas en la secretaría general intentando resolver problemas y más problemas que nunca se acaban...».

Pedro Tarrés había dicho: «Yo sólo podía dejar de ser médico para ser sacerdote».

Reflexionó: «Ahora, con la clientela dispersa, es el momento oportuno».

Fue la decisión del día después. El siguiente —27 de enero de 1939— al final de la desbandada militar que le había reintegrado al hogar. Y en el mes de junio anunciaba: «Hacen falta muchos sacerdotes dedicados al apostolado de la juventud. Yo quiero ser uno de ellos; por eso me voy al seminario».

Y estalló la bomba de comentarios. Con especial estruendo en el ambiente profesional barcelonés. Eran referencias entre compañeros, amistades y conocidos. El razonamiento de un facultativo del hospital de San Pablo:

> «Se comprende que uno deje la propia carrera cuando fracasa; es decir, cuando no tiene clientela. Pero ¡con la que tiene Tarrés...! Sin embargo no nos ha sorprendido. ¡Ha sido siempre tan ejemplar!».

Comentarios llegados a oídos del interesado. Quien, durante los ejercicios espirituales del primer curso, anota en su cuaderno íntimo:

> «¡Oh, Dios mío, cuánto bien, qué inmensidad de bien puedo hacer siendo sacerdote! ¡Cuán pálido queda lo que puede realizarse desde el punto de vista del apostolado seglar! Queda lejos, muy lejos. ¡Qué equivocados están los que decían al conocer mi decisión: ¡Qué lástima! ¡Tanto bien como hubiera podido hacer! ¿Y no lo haré ahora? ¡Multiplicadísimo!...».

El ingreso en el seminario significó un tumbo brutal en su vida. Una realidad que aquella vocación tardía, más que treintañera, no esperaba. Pero que, aun deseándola diferente, aceptó.

Evocaría el cisterciense Edmon Garreta, futuro abad de Poblet: «Era un motivo de admiración verle, ya maduro, siguiendo la misma disciplina, escuchando las mismas pláticas y asistiendo a las mismas clases».

Tarrés rehuiría privilegios; queriendo ser en todo igual a todos, aunque doblara en edad a los condiscípulos. Su prestigio profesional y su protagonismo fejocista no pasaron la puerta del seminario; entró única y exclusivamente el aspirante al sacerdocio. Total una *carrera corta,* en expresión del interesado. Quien deja constancia manuscrita: «Por benigna concesión de la Sagrada Congregación de Seminarios y Universidades me han reducido a tres años los cinco cursos de teología».

Había revalidado filosofía —estudiada, entre sobresaltos, en el frente— y el latín, estudiado por su cuenta paralelamente a las disciplinas propiamente eclesiásticas.

Cercano a la ordenación presbiteral, en marzo de 1942 volcaba en la intimidad escrita:

> «Veo llegar el sacerdocio con ilusión y con el deseo de hacerme una víctima auténtica con Cristo desde el día de mi Primera Misa [...] El sacerdote que no se acerca al altar sintiéndose víctima realmente hace comedia».

Anteriormente había redactado:

> «No concibo el sacerdocio sin el sufrimiento [...] Nunca como ahora, Señor, me entrego alegre como víctima vuestra para que la inmoléis cuando os plazca y como os plazca y para aquello que más os plazca».

Oblación plena, absoluta. Justificando: «Dios sólo tiene una ley: TODO o NADA (las mayúsculas son suyas). Las almas grandes jamás se dan a medias». Más la sublime decisión, manuscrita el 29 de mayo de 1942, víspera de su unción sacerdotal: «¡Mañana sacerdote! [...] ¿Propósitos? Uno, Señor: sacerdote santo, ¡cueste lo que cueste!...».

De inmediato la coadjutoría rural, en el Bajo Llobregat. Año y medio. Meses sacerdotalmente dinámicos, pastoralmente densos, apostólicamente fecundos. Después vino Salamanca. Sin comerlo ni beberlo. Fruto de pura obediencia, contrariando su voluntad y abortando ilusiones. Volvió de la universidad pontificia, licenciado en teología, soñando con un apostolado de opción preferencial por los pobres. Correspondiendo a consejos e insinuaciones: «No; no me gusta nada la idea de sacerdote intelectual; a mí, como sacerdote, me atrae la clase humilde».

Dios también le quería bálsamo de caridad sobre las miserias, materiales y morales, de la gran urbe. Y estrenó andadura ministerial... Sumó y simultaneó nombramientos.

Un haber sacerdotal brillante y más que prometedor. Brazos y corazón abiertos a la infancia, a la juventud, a la familia, a la vejez; sin descuidar a los seminaristas, a los asistentes sociales, a los médicos. Una hoja de servicios espejo de su evangélica preferencia por el mundo obrero y de la marginación social, alcanzando a indigentes, enfermos, prostitutas y presos. Prodigándose en la intimidad del confesonario y de la dirección espiritual y en la predicación de Ejercicios. En las reuniones de estudio, conferencias y asambleas. Con la palabra, la pluma y el ejemplo. Incansablemente.

Una confidencia que le retrata: «No haremos nada de provecho mientras nuestras iglesias no huelan a fábrica».

Otra: «Quisiera partir mi vida a trozos y que cada fragmento se tornara una cama para un enfermo pobre».

Se había expansionado con el proyecto en marcha del sanatorio-clínica de Nuestra Señora de la Merced, la futura «niña de sus ojos». No almacén de tuberculosos, sino instituto terapéutico dotado con los últimos adelantos de la técnica médica. Y, finalmente, desoyendo recomendaciones amistosas de descanso: «Es que si no trabajara, si no me lanzara al apostolado, moriría».

Testimoniará Gerardo Manresa: «Toda su vida fue apostólica. La mitad, médica; la otra mitad, sacerdotal».

Es que no podía más. Y se derrumbó... Se resigna y se entrega, presentándose en el sanatorio-clínica en el que había dejado la piel y donde dejaría la vida: «Aquí me tenéis: vengo a hacer de enfermo. He predicado mucho sobre el dolor. Ahora me toca vivirlo bien».

Cuarenta y cinco fecundos y prometedores años de vida —ocho de radicalidad evangélica sacerdotal— destrozados sobre una cama hospitalaria. Despiadadamente mordidos por un cáncer.

La cama que será el nuevo altar del hombre que *hizo de la medicina un sacerdocio y del sacerdocio una medicina.* Altar y púlpito.

Reflexiones íntimas del Dr. Tarrés, oferente y víctima, a manera de homilía, en su sacrificio-misa de tres meses y más:

> «Me siento Buen Pastor. He hecho verdaderas locuras por las almas, hasta dejar a las noventa y nueve para ir en busca de la extraviada.
>
> Es que si saliese de ésta, aún haría más locuras... Yo no comprendo el sacerdocio de otro modo que dándose enteramente, sin reservas, y matándose por las almas.
>
> A veces pienso en San Francisco Javier contemplando la China que quería convertir. Yo contemplo las fábricas y chimeneas. También tengo el pensamiento en el seminario.
>
> Soy como una lamparilla que se va apagando; pero quiero que, mientras arda, vaya consumiéndose por amor a Jesucristo y por el bien de los sacerdotes.
>
> Siento una locura por haberme escogido Dios para víctima [...] ¿Por qué tanta gracia?
>
> Nunca he negado nada a Nuestro Señor, pero Él también me ha complacido en todo.
>
> No me cambiaría por nadie. Soy completamente feliz...».

Exactamente a las cinco horas y cuarenta minutos del jueves 31 de agosto de 1950 fue el final del sacrificio-misa.

Veinticinco años después, el panegírico. A cargo del arzobispo de Barcelona y futuro cardenal Jubany. Quien, con motivo del traslado de los restos mortales del Dr. Tarrés al templo parroquial de Sarriá, que fuera su principal escenario ministerial, escribió al clero diocesano:

> «Para comprender al Dr. Tarrés es necesario profundizar en su alma de apóstol. Lo fue en todo momento y en todas sus actuaciones [...] Fue un presbítero entregado siempre con amor perseverante. Un hombre de una espiritualidad intensa, hecha oración y holocausto; encarnando la exigencia constante de darse a Dios y a las almas [...] Su auténtica vocación fue amar [...], viviendo el sacerdocio cara a los demás [...] Devoto de la Eucaristía y de la Santísima Virgen. Hombre de oración, amante de la pureza y de la pobreza radical. Se caracterizó también por la aceptación generosa y sobrenatural del sufrimiento, físico y moral [...] Tuvo una gran preocupación social. Fue un auténtico apóstol del mundo obrero».

Juan Pablo II acaba de sellar canónicamente la heroicidad de sus virtudes. Cristianas y sacerdotales.

JACINTO PERAIRE FERRER

Bibliografía

CORREALE, S., «Pere Tarrés, pionero en la evangelización del mundo obrero, a los altares»: *Ecclesia* (2004) n.3221, p.12-13.

DÍAZ, R., *Pere Tarrés, testimonio de fe* (Barcelona 1994).

«Homilía de Juan Pablo II en la beatificación de Pere Tarrés i Claret, Alberto Marvelli y Pina Suriano (5-9-2004)»: *Ecclesia* (2004) n.3223, p.32-33.

L'Osservatore Romano (5 y 6/7-9-2004).

PAPIOL I MORA, M.ª A., *Un gran catalán: Dr. Pere Tarrés i Claret* (Barcelona ²1985).

PEDRO TARRÉS (BTO.), *Fantasía* (Barcelona 1951; ed. facsímil: Barcelona 1985).

— *Glosses. Aparegudes al setmanari «Flama» de la Federació de Joves Cristians de Catalunya* (Barcelona 1988).

— *Mi diario de guerra, 1938-1939* (Barcelona 1987).

PERAIRE FERRER, J., *En carne viva. Heroico testimonio del Dr. Tarrés* (Madrid 1997).

PIQUER, J., *Pere Tarrés o la radicalidad de la fe* (Barcelona 1983; nueva ed. rev. 1997).

BEATO ALFREDO ILDEFONSO SCHUSTER

Obispo († 1954)

Hablar del Beato cardenal Alfredo Ildefonso Schuster, es sin duda alguna hablar de un hombre de Dios, de un alma selecta y exquisita, escogida para iluminar el controvertido siglo XX a través de su humilde persona, a través de aquella paz que exhalaba su enjuta y venerable estampa. Dom Schuster, una de las figuras más señaladas de la Orden Benedictina en los tiempos modernos, supo unir en su propia persona al austero y virtuoso asceta con el sabio y paciente intelectual, y al recogido y silencioso monje con el pastor más solícito y entregado. Padre y

maestro, siempre amable, comprensivo y ejemplar, lo mismo para sus monjes y discípulos de Roma que para aquellos fieles milaneses por quienes tanto se desvivió.

Vamos a trazar en estas pocas páginas la semblanza del cardenal Schuster, destacadísima figura eclesial de nuestro tiempo, cuya vida tendrá por escenario un mundo en época de cambio, marcado por las dos guerras mundiales; una Iglesia que, conducida bajo el cayado de eminentes pontífices, caminaba con paso firme hacia la gran eclosión del Vaticano II; la Orden benedictina, muy pujante en aquel entonces, tras el nuevo soplo del Espíritu producido a raíz de las distintas restauraciones decimonónicas y con grandes personalidades en sus claustros; y su querida familia, el hogar cristiano de un modesto y hacendoso matrimonio establecido prácticamente al amparo de la célebre columnata de Bernini.

Viudo por segunda vez, Juan Schuster, bávaro de origen, aunque establecido en Roma, había vuelto a contraer matrimonio, en esta ocasión con Ana María Tuzner, natural de la ciudad tirolesa de Bolzano y unos treinta años más joven que él. Hombre bueno e íntegro donde los hubiera, Juan no se había visto acompañado por la suerte.

Sastre del ejército papal creado para la defensa de Roma —zuavos pontificios— al producirse la unificación italiana y la consiguiente disolución de los Estados Pontificios, no tuvo más remedio que buscarse la vida como pudo, abriendo en la misma Ciudad Eterna un pequeño negocio que, dada su generosidad y su buen corazón, no le acarreó más que ruina. Así, este último y breve matrimonio de Juan Schuster se vio marcado por la penuria económica, a la que, por si fuera poco, hubo de añadir su deficiente salud, que en pocos años le llevaría a la muerte. Si bien todas estas penalidades quedaron mitigadas por el cálido ambiente familiar que los Schuster supieron crear, por la comprensión y el amor que siempre reinó entre ellos, y por la presencia de sus dos retoños, Alfredo y Julia, los cuales serían para la pareja motivo de alegría y de esperanza, así como un positivo acicate para seguir luchando.

En un domingo claro y apacible de aquel invierno romano de 1880 venía al mundo en la Ciudad Eterna el hijo mayor de los

Schuster, era el 18 de enero, festividad entonces de la Cátedra de San Pedro. Un lugar y una fecha de nacimiento providenciales para quien, andando el tiempo, habría de vestir, aunque con toda humildad, las galas de príncipe de la Iglesia. Un lugar y una fecha que posteriormente y con santo orgullo le harían decir que había nacido a la sombra de San Pedro del Vaticano.

Sietemesino y de constitución débil, pero con unas ganas tremendas de vivir, el pequeño Schuster recibía dos días después las aguas bautismales en el famoso baptisterio constantiniano de San Juan de Letrán, imponiéndosele los nombres de Alfredo Ludovico.

Acompañado siempre de su frágil salud, Alfredo fue saliendo a flote en aquellos primeros años, gracias sin duda a que la Providencia velaba por él y a los solícitos cuidados de su tierna madre, la cual más de una vez creyó llegado ya el fin de su querido hijo, pero Ana, mujer fuerte y dotada de una fe profunda, nunca se amilanaba. En cierta ocasión en que el pequeño parecía que se moría corrió desesperada hasta la iglesia de San Agustín para postrarse a los pies de la Virgen e implorar por la vida del niño. Y sus ruegos obtuvieron la respuesta tan deseada por ella. María como buena madre podía comprender mejor que nadie los desvelos y sufrimientos de aquella mujer.

Contaba ya cuatro años el vástago de los Schuster cuando, gozosos por ser padres de nuevo, recibieron a su pequeña Julia, la cual a no tardar mucho se convertiría en la gran compañera de infancia de su hermano, quien dada su débil constitución no podía jugar ni corretear con los otros chicos de su edad. No obstante, como Alfredo gozaba de una mente muy despierta e inteligente jamás encontró ocasión para el aburrimiento, dando paso a unos originales juegos en los que su fantástica imaginación le tenía siempre entretenido sin tan apenas pisar la calle. Unas veces se veía como arqueólogo, descubriendo catacumbas o recorriendo antiguas ruinas históricas tratando de descifrar sus más ocultos enigmas; otras, cargado de devoción y de piedad, celebraba solemnísimas misas a las que Julia asistía reverentemente. Y no es de extrañar que éstos fueran sus juegos preferidos, pues eran signo de una vocación y de unas aficiones que, aunque latentes por aquel entonces, prefiguraban ya en él al monje benedictino piadoso e intelectual.

Mas no todo iba a ser tan feliz como se prometía para ambos hermanos, pues la muerte de su padre, el 19 de septiembre de 1889, vino a ensombrecer sus inocentes vidas, que con nueve y cinco años quedaban únicamente al amparo materno. Aunque afortunadamente Ana, todavía joven, y con su temperamento siempre fuerte, haría lo indecible a fin de sacar a sus dos pequeños adelante, dados los escasos recursos económicos con los que contaba. Para su suerte y la de sus retoños, la viuda de Schuster pudo encontrar trabajo como empleada de hogar en la casa del influyente barón Pfiffer d'Althishofen, coronel de la Guardia Suiza, el cual junto al munificente marqués Clemente Sacchetti le sería de gran ayuda para encauzar los pasos de sus hijos. Y lo mismo las Hijas de la Caridad, cuyo hábito vestirá Julia en plena juventud.

Habían transcurrido ya dos años desde la muerte de su padre cuando la vida de Alfredo iba a dar un giro copernicano, pues gracias al primero de sus benefactores puede ingresar en la escuela monástica de San Pablo Extramuros, con lo cual no sólo se le daba al muchacho la oportunidad de recibir una sólida y buena formación, sino que además era una boca menos que alimentar en casa, pues la madre no tendría que desembolsar por él ni una sola lira. Aunque no por ello, y pese a su aspecto debilucho, el chico se sintió forzado a dejar el hogar, pues dotado de un profundo espíritu religioso, de una inteligencia muy despierta y con gran afición por los estudios, terminaría encontrándose como pez en el agua, descubriendo que realmente el Señor lo quería para la vida monástica.

Ya desde antiguo los monasterios acostumbraban a recibir niños a los que se formaba y educaba lo mismo en la virtud que en el saber, modelando su espíritu bajo la guía de escogidos maestros, para hacer de ellos unos buenos monjes. A estos niños la tradición benedictina les ha dado comúnmente el nombre de oblatos ya que eran ofrecidos al monasterio por sus propios padres, hecho del que nos queda precisa constancia a través de la vida y obra de San Benito, el cual detalla los distintos pormenores jurídico-litúrgicos de la oblación en el capítulo LIX de su Regla: «De los hijos de nobles o de pobres que son ofrecidos».

Alfredo Schuster, aunque sin tanto ceremonial como prescribe la santa Regla, por estar éste ya en desuso, había pasado pues a incorporarse al grupo de los niños oblatos de San Pablo Extramuros, uno de los monasterios más señalados de la Orden Benedictina, por hallarse junto a la gran basílica donde se venera la tumba del Apóstol, así como por su carácter de abadía nullius, con un territorio bajo su dependencia en el que los abades han venido ejerciendo una jurisdicción prácticamente episcopal hasta las últimas décadas del siglo XX. Pero además con una rica historia protagonizada desde el siglo VIII, o tal vez desde antes, por generaciones y generaciones de monjes tras sus venerables muros.

En aquel 1891 en el que nuestro joven amigo atravesó por vez primera los umbrales de la clausura monacal, ésta se hallaba habitada por una comunidad de veinte monjes y de diez muchachos que se preparaban para serlo.

Entregado de lleno a la oración, Alfredo se aplicó igualmente con un celo muy vivo y manifiesto por los estudios a fin de lograr una sólida formación intelectual, al mismo tiempo que iba madurando su vocación, a la que sin duda alguna contribuirían los significativos acontecimientos que, bajo los auspicios de León XIII, se iban a desarrollar por aquellas décadas en el seno de la Orden: la creación de la Confederación Benedictina —agrupación de las distintas congregaciones benedictinas—, la erección del nuevo colegio de San Anselmo —sede a su vez del abad primado— y el primer congreso internacional de abades.

Inolvidable para nuestro adolescente hubo de ser sin duda la magna ceremonia de bendición y colocación de la primera piedra del nuevo edificio de San Anselmo el 18 de abril de 1893, en la que le cupo en suerte oficiar como acólito del venerable cardenal benedictino José Benito Dusmet —beatificado en 1988—, que rodeado de altos dignatarios de la Curia Romana y de abades de muy distintas procedencias, presidía la celebración. Lejos estaba entonces el jovencito Schuster de imaginar siquiera que su vida iría pareja a la del anciano purpurado siciliano, al que con tanta unción estaba ayudando en aquel solemne acto litúrgico.

El tiempo, siempre inexorable, fue desgranando aquellos años de adolescencia casi sin que el joven Schuster se diera cuenta, hasta que en 1896 daba fin a los estudios de humanidades. Había sido prácticamente un lustro, no sólo de crecimiento físico, sino principalmente de aquilatamiento espiritual y moral, de acostumbrarse a dar lo mejor de sí mismo, ya fuera en la oración y en el estudio, ya en la vida de comunidad. La cuestión era no estar nunca ocioso, y tanto fue así que hasta en los recreos, mientras sus compañeros practicaban deporte o juegos más movidos, él andaba siempre con algún libro entre las manos. Siempre ocupado, para evitar de esta manera el tedio y la tristeza, a la que calificaba como «la polilla de la vida contemplativa». Habían sido sus primeros cinco años vividos en la paz del claustro en los que ya se había comenzado a perfilar la silueta del futuro monje, a la vez que se iban forjando sus grandes inquietudes intelectuales.

El 13 de noviembre de 1896, nuestro Alfredo daba su primer paso importante en la vida monástica con el inicio de su noviciado, a la vez que recibía el nuevo nombre de Ildefonso. Después el joven novicio habría de pasar tres intensos años de sólida formación benedictina, acompañada siempre por una mayor vida de oración y de ascetismo, al cabo de los cuales sus superiores lo encontraron más que preparado para emitir la primera profesión, que tendría lugar el 13 de noviembre de 1899. Y en 1902, finalizado otro segundo trienio, en el que ya había comenzado los estudios clericales, era llamado a la profesión solemne. Así, a sus 22 años Ildefonso Schuster era ya monje de pleno derecho, pero, además, con madera de santo...

Sus años de formación académica, repartidos entre la propia abadía de San Pablo y el colegio internacional Benedictino de San Anselmo, a donde, dadas sus cualidades personales, era enviado por su abad, fueron, al igual que los anteriores, de una intensa preparación en todos los sentidos, lo mismo en el plano espiritual y monástico que en el intelectual, cuyos excelentes resultados quedaron coronados el 28 de mayo de 1903 con la lectura de su brillante tesis doctoral en filosofía, que le había dirigido el eminente P. José Gredt. Y aún, un año después, recién ordenado de presbítero pasará algunos meses en la abadía de Montecasino a fin de completar sus conocimientos literarios.

A lo largo de este período de estudios Schuster contó con un plantel de buenos maestros, aunque los dos personajes que por esta época ejercieron en él una mayor y más benéfica influencia, el Beato Plácido Ricardi y dom Hildebrando de Hemptinne, no figuraban entre sus profesores.

El primero de ambos, profeso de San Pablo como él, había sido enviado en 1894 al frente de un exiguo grupo de monjes a poner en marcha la restauración de la antigua y destartalada abadía de Farfa, no lejos de Roma. Hombre de recio y ascético espíritu, de mucha oración y con jornadas enteras oyendo confesiones, supo imprimir en dom Ildefonso sus más hondas vivencias espirituales, pues durante los veranos nuestro joven estudiante acostumbraba a pasar algunos días de descanso en el tranquilo y evocador paisaje de Farfa, a raíz de los cuales surgió esa sincera amistad que siempre reinará entre los dos.

E igualmente tuvo Schuster ocasión de tratar a otra gran figura monástica del momento, y lo mismo a un nivel muy cercano, al primer abad primado de la recién erigida Confederación benedictina, dom Hildebrando de Hemptinne, bajo cuya obediencia vivió los años que residió en San Anselmo. Hombre de fuerte personalidad, este abad de origen alemán, que se había convertido en el máximo representante de todos los benedictinos del mundo y que ya anteriormente había dado evidentes pruebas de su erudición en los campos de la liturgia y del arte sacro, insufló en el alma del joven monje una sana pasión por estas dos materias tan queridas para él y en las que Schuster llegaría a ser un avezado maestro.

No obstante, el acontecimiento más esperado y señalado para dom Ildefonso en sus años mozos fue sin lugar a dudas la ordenación sacerdotal, para la que tan concienzudamente se había preparado, y que con santa emoción recibió de manos del Vicario de Roma, cardenal Respighi, el día de San José —19 de marzo— de 1904 en la catedral basílica de San Juan de Letrán. Ahora, con su sacerdocio en ciernes, se abría para este joven de veinticuatro años la etapa más rica y fecunda de su vida, que aunque coronada con el episcopado estaría siempre marcada por su condición de monje, siempre observante y humilde en extremo.

Dadas las cualidades morales, espirituales e intelectuales de las que nuestro monje venía haciendo gala, muy pronto fue llamado a desempeñar cargos de gran responsabilidad a nivel monástico. Siendo todavía profeso temporal, había recibido ya el nombramiento de segundo maestro de ceremonias, lo cual en aquel entonces entrañaba mayor dificultad que ahora, dada la complejidad de la antigua liturgia, máxime si el marco era, como en este caso, una de las cuatro Basílicas Patriarcales de Roma. Y ahí lo tenemos de ceremoniero en la solemne apertura de la puerta santa de San Pablo Extramuros, en el jubileo del año 1900.

En mayo de 1908, cuando Schuster cuenta tan sólo 28 años, se le encomienda una de las tareas más delicadas del monasterio, la de maestro de novicios, misión que desarrollará con admirable eficiencia, gracias a su extraordinario talante, a su profunda vida de oración y a sus inquietudes intelectuales, que le mantuvieron al corriente de todo cuanto se publicaba en materia de espiritualidad benedictina. Lo cual motivó, por ejemplo, la estrecha y cordial relación que, a nivel epistolar, mantuvo con dom Paul Delatte, abad de Solesmes (Francia) y autor del primer comentario moderno a la Regla de San Benito, aunque en algunos puntos hubiera entre ambos benedictinos notables discrepancias.

Pasados siete años, en septiembre de 1915, recibe el cargo de procurador general ante la Santa Sede de la Congregación Benedictina Casinense, a la que pertenece San Pablo Extramuros, lo cual le supondrá frecuentar regularmente la curia vaticana. Y a finales de aquel mismo año era asimismo nombrado prior claustral de su querida abadía.

Pero además de todo esto, muy joven aún, lo vemos ya metido en el campo de la docencia, que se convertirá en una de sus principales actividades, tanto dentro de su monasterio como principalmente en distintos centros eclesiales de la Urbe, en los que dio siempre buena prueba de su gran saber, máxime en materias tales como liturgia e historia y arqueología cristianas. En 1910 comienza a enseñar en la Pontificia Escuela de Música Sacra, siete años después acude también al Pontificio Instituto Oriental, cuya dirección asumirá en 1919 por expreso deseo de

Benedicto XV, compaginando todo ello con sus clases en el Pontificio Colegio de San Anselmo donde se había formado.

Y fruto de esta encomiable labor educativa serían sus primeras publicaciones en revistas especializadas, sus pequeños opúsculos, y sobre todo el *Liber sacramentorum,* un hermoso compendio histórico teológico, en nueve tomos, de toda la liturgia católica. Una magnífica obra que puede calificarse de valioso complemento al conocido *Año litúrgico* del abad de Solesmes dom Prosper Guéranger, pues la investigación científica posterior había vuelto caducas algunas partes del mismo. Ahora bien, los nueve tomos de dom Schuster tienen por sí solos una gran entidad, pues toda la erudición en ellos desplegada está además iluminada por el inconfundible sello de piedad y misticismo de su autor.

Evidentemente, nuestro monje no pasa inadvertido, habiendo adquirido ya un reconocido prestigio en distintos ambientes romanos, esencialmente eclesiásticos. Ahora bien, no son sus clases magistrales ni su excelente labor divulgativa lo que más le aureola, sino su innata humildad, su sencilla forma de ser y hasta su mismo porte exterior, los cuales serán causa más que eficiente para que popularmente se le tenga por santo.

Y por supuesto que sí, Schuster era un santo, y quienes mejor lo sabían eran sus hermanos de comunidad, pues lo conocían bien. Sabían de su proverbial entrega en los importantes cargos que hasta la fecha le había tocado desempeñar, lo habían experimentado en sus propias carnes, y por eso, el 25 de marzo de 1918, lo elegirán como abad. Gran responsabilidad la que en aquellos momentos recaía sobre los hombros de dom Ildefonso Schuster, pues con sólo 38 años se convertía nada menos que en el abad de San Pablo de Roma, pero, eso sí, dando ahora a sus monjes un mayor ejemplo, si cabe, en la observancia de la Santa Regla y en el cumplimiento de los deberes monásticos, especialmente teniendo que realizar distintos servicios fuera del monasterio. Y no solamente los que ya venía ejerciendo a nivel docente, sino otros de carácter más delicado que le serán encomendados directamente por la misma Santa Sede, pues el propio Pío XI, siguiendo los pasos de su antecesor, había puesto en

él todas sus complacencias, las cuales nunca jamás se vieron defraudadas.

En 1914 Benedicto XV le había nombrado ya consultor de la Congregación del Culto Divino, para la sección de liturgia, materia en la que como sabemos era toda una autoridad, y en el mismo año de su abadiato, lo sería también para la sección de las Causas de los Santos, pasando además en 1919 a ser censor de la Academia de Sacra Liturgia. Y como en el campo del arte religioso gozaba igualmente de una destacadísima reputación, en 1924 fue llamado a presidir la Comisión Pontificia de Arte Sacro, materia ésta a la que por su íntima relación con la anterior le dedicó también la más elocuente contribución de su pluma y de su palabra.

Otra prueba, más significativa todavía, de la confianza de la Santa Sede en las eminentes cualidades del Abad de San Pablo fue su designación como miembro de la Congregación de Enseñanza y Universidades y, como tal, visitador apostólico en distintos seminarios diocesanos de Italia y en algunos colegios internacionales de Roma, a la vez que lo hacía en varias comunidades religiosas, mostrando siempre en tales visitas una firmeza inquebrantable de carácter, aunque invariablemente desplegada con su más exquisita dulzura. Cualidades éstas que amalgamaba a las mil maravillas dada la experiencia que le había proporcionado el ministerio de la dirección de almas, en el que también era un maestro.

Señalado acontecimiento litúrgico en el pontificado de Pío XI será el fuerte impulso dado a la fiesta del Sagrado Corazón, como fruto de su encíclica *Miserentissimus redemptor,* a raíz de lo cual el papa Ratti pensó en la composición de un nuevo formulario para la misa y el oficio de dicha festividad, cuyo cometido pondría en manos de una comisión, dirigida personalmente por él y formada tan sólo por cinco especialistas, entre los que se encontraba el abad Schuster, particularmente devoto por demás del Corazón de Jesús, cuyo primer «heraldo» había sido la gran mística benedictina Santa Gertrudis de Helfta.

Y asimismo, en el congreso general de abades benedictinos celebrado en Roma en 1920, fue elegido por aclamación miembro del consejo del abad primado de la Orden, cargo que en aquel entonces ostentaba dom Fidel von Stotzingen.

Pero a pesar del trabajo que suponían estos inestimables servicios prestados a la Sede Apostólica y a la Confederación Benedictina, dom Schuster jamás perdió de vista el gobierno de su pequeño rebaño monástico del que había sido constituido padre y pastor. Su celo por el oficio divino, como así lo pide San Benito, no cedió lo más mínimo ante ninguna otra ocupación, permaneciendo siempre presente e incansable en su silla coral en cualquiera de las funciones litúrgicas. Y ¿qué no decir de la unción y el recogimiento con los que pontificaba en las grandes solemnidades, o de sus homilías dirigidas al pueblo en un lenguaje claro y sencillo, pero tendente a provocar una sincera piedad? Era algo inusitado verlo aparecer en el solemne pontifical de la fiesta de la conversión de San Pablo, con esa exquisita piedad interior que transpiraban sus delgados rasgos y precedido por un largo cortejo de monjes, cantando el magnífico introito «Scio cui credidi». Ciertamente que aquella liturgia parecía más propia del cielo que de la tierra.

Una de las empresas de su abadiato más entrañables para él, fue la de consolidar y finalizar la restauración de la abadía de Farfa, tan ligada a sus recuerdos de juventud, en cuya ejecución pondría nuestro santo abad, además de un inestimable empeño, sus grandes conocimientos de historia y de arqueología, llegando incluso a publicar una monumental monografía histórica sobre este antiguo cenobio. Y a su propia iniciativa se deben también las obras de mejora y de embellecimiento de los jardines y pórticos de la basílica de San Pablo Extramuros, así como el enriquecimiento de la pinacoteca y de la biblioteca.

Schuster está próximo a cumplir los cincuenta años y lleva a sus espaldas una inestimable andadura como hombre de Iglesia, fiel a la Santa Sede, hombre de oración y a la vez de ciencia, dotado de grandes virtudes, de espíritu recio y de firme personalidad. Cualidades que no iban a caer en saco roto, pues Pío XI, que lo conocía bien, lo sabía, sabía desde hacía tiempo que podía confiar en él, y hasta tal punto, que el 29 de junio de 1929 iba a poner en sus manos la gran diócesis de Milán, una de las más ilustres de la cristiandad. Y casi sin tiempo para digerir su nueva situación, nuestro monje era creado cardenal con el título de San Martín de los Montes el 15 de julio, siendo a su vez

presentado por el Papa al «Sacro Colegio» con elogiosas palabras para él y para la Orden benedictina. Finalmente, el 21 de julio, en el marco solemne de la Capilla Sixtina, será consagrado obispo por el propio Pío XI, que quiso significar así la gran estima que le profesaba.

Dom Schuster cambiaba la cogulla por el armiño y la púrpura, dejando con sentimiento San Pablo Extramuros y su vida claustral, pero no por eso perdía su alma de monje humilde y observante, llevando incluso en su apretada jornada el mismo horario del monasterio que, desde las tres y media de la madrugada hasta las nueve de la noche, repartía como antes entre la oración, el trabajo y la *Lectio divina* (lectura divina).

Evidentemente ahora sus actividades diferían bastante de las anteriores, mas no así la ilusión y entrega que ponía en ellas ni su enorme capacidad de trabajo. Aunque sus planes pastorales eran antes meditados a la luz del sagrario que sobre la mesa del despacho. Frente a sí tenía un vasto campo de evangelización y consecuentemente una mayor responsabilidad, pero una vez más con su disponibilidad a flor de piel, va a dar como siempre lo mejor de sí mismo, encarnando la figura evangélica del Buen Pastor.

Acababa de recibir el hermoso legado de sus antecesores, en el que permanecían indelebles las huellas de santidad dejadas por San Ambrosio y San Carlos Borromeo, a los que, junto a San Agustín y a San Cipriano, tendrá como modelos y protectores de su episcopado.

Veinticinco años de una fructífera entrega apostólica le esperaban a dom Ildefonso Schuster, un cuarto de siglo vivido, sufrido y orado junto a aquellas buenas gentes de la Lombardía, haciéndose todo a todos, como San Pablo; atento siempre a las necesidades de los sacerdotes y decidido impulsor de las vocaciones, lo mismo que del apostolado seglar y de la Acción Católica, convirtiéndose igualmente en un gran apóstol de la catequesis y en un decidido animador de los jóvenes. Un fecundo episcopado que se vio jalonado por la celebración de cuatro largas visitas pastorales —entre 1930 y 1935 la primera, la segunda del 35 al 41, una tercera entre 1941 y 1946, y finalmente la última desarrollada del 46 al 51— y cinco sínodos —el primero celebrado en 1931 y los restantes al finalizar sus visitas.

Como se ve, dom Schuster le tomó fuertemente el pulso a su diócesis, recorriéndola en repetidas ocasiones y de punta a punta, pueblo a pueblo y parroquia por parroquia. Unas veces en coche, pero otras muchas sobre cualquier tipo de cabalgadura, por difíciles caminos prácticamente intransitables y soportando además las adversas inclemencias del tiempo, pero siempre con su ternura a manos llenas y con la más solícita caridad, sobremanera en favor de los pobres, entre los cuales no dudaba en incluirse. Siempre con palabras de aliento y consuelo para los enfermos, con su mejor sonrisa para los niños, a quienes enseñaba directamente el catecismo, tan vivamente recomendado por él. Siempre animando a que los laicos participaran activamente en la parroquia, hablando ya entonces de consejos parroquiales, y pidiéndoles que no dejaran nunca la oración, lo mismo comunitaria que personal. Siempre alentando a los jóvenes a un mayor compromiso cristiano.

Predilecta del cardenal fue también la clase obrera hacia la cual sintió un gran cariño, invitándola a defender cristianamente su dignidad, y nombrando capellanes para las fábricas.

Cercano a todos, sí, como estamos viendo, pero con una especial dilección hacia el clero, preocupándose por su buena formación y desviviéndose por su santidad, pues la consideraba indispensable para dar gloria a Dios y realizar un fructífero ministerio. Y otro tanto con los religiosos y religiosas, a quienes les hablaba con el corazón desde su propia experiencia monástica, estimulándoles a estar siempre vigilantes en su vida de oración, como base para mantener vivo el carisma y llevar una fecunda vida espiritual.

Entregado de lleno a los sacerdotes y religiosos, dom Ildefonso tuvo evidentemente una gran inquietud por la promoción vocacional, preocupándose mucho de los candidatos a la vida consagrada y de su adecuada preparación. Fruto de esta particular inquietud fue la construcción del grandioso seminario de Venegono y una mejor reorganización de los estudios teológicos, en la que dejó ver su gran experiencia docente; así como la creación del Instituto Sacerdotal María Inmaculada, para acompañar los primeros pasos de los sacerdotes jóvenes. Pero no sólo se preocupó de la formación del clero, sino

también por la de los laicos, pues como buen intelectual dio gran importancia a la cultura, dedicándose en cuerpo y alma al desarrollo de la universidad católica. Apasionado siempre por la liturgia, fundó la escuela superior de canto ambrosiano y de música sacra y los centros culturales «Ambrosianeum» y «Didascaleion».

Entregado de lleno el cardenal Schuster a sus tareas pastorales y a su vida de oración, no por eso dejó de lado su actividad científica, centrada principalmente, como ya hemos visto, en los estudios y trabajos de liturgia y de historia, siguiendo la gran tradición de Mabillon y Montfaucon, sabios benedictinos franceses de los siglos XVII y XVIII.

Al hablar de su actividad docente en Roma hicimos ya mención de su nada desdeñable producción literaria, sus publicaciones en revistas especializadas, sus monografías y su obra principal el *Liber sacramentorum,* al que hay que añadir alguna otra de este tipo, aunque de menor entidad, como *Las santas estaciones de cuaresma según el orden del misal romano,* que venía a completar su trabajo anterior. Pero fue en los años de episcopado cuando escribió sus mejores obras de espiritualidad monástica, en las que dejó ver su profundo espíritu benedictino: *La historia de San Benito y de su tiempo* (1943), *La espiritualidad benedictina* (1944), *La vida monástica en el pensamiento de San Benito* (1949), *Un pensamiento para cada día sobre la Regla de San Benito* (1950). Junto a ellas, ya lo dijimos, un grueso volumen sobre la historia de la abadía de Farfa (1921) y la biografía de su gran maestro espiritual, dom Plácido Ricardi (1954), cuyo proceso de beatificación había introducido siendo abad de San Pablo. Ahora bien, por encima de la sabiduría que pudiera rezumar la buena pluma de Schuster, esta vasta obra literaria lleva impresa sobre todo su profunda piedad y sus más vivos deseos de edificación.

Y dada su gran personalidad, el cardenal Schuster fue también el primer presidente de la recién creada Conferencia Episcopal Italiana, de 1952 a 1954. E igualmente, con ocasión de importantes acontecimientos sería enviado como legado pontificio, tanto a su propio país como al extranjero. Así lo vemos el 15 de agosto de 1934 coronando solemnemente a la Virgen de Einsiedeln, patrona de Suiza, cuyo santuario está regido por una

numerosa comunidad benedictina, o en 1953 en el Congreso Eucarístico Nacional, celebrado en Turín.

Pero no todo fueron mieles para el arzobispo de Milán, pues sus primeros años de episcopado se vieron sacudidos por la irrupción del fascismo italiano y posteriormente por la Segunda Guerra Mundial. Y aunque él, en virtud de los Pactos de Letrán, había sido el primer obispo italiano en jurar ante el rey, nunca se dejó intimidar por el gobierno del Duce, sobre todo cuando podía estar en juego la vida de las personas o cuando los postulados de aquél chocaban abiertamente con la libertad de la Iglesia o con el magisterio de Pío XI. Famosa se hizo su protesta de 1931 contra la violencia fascista hacia los oratorios y hacia la Acción Católica, en la que la juventud del partido creyó ver un poderoso rival, dada la cantidad de jóvenes que aquélla movía en toda Italia. Y posteriormente, en 1938, condenaría enérgicamente las leyes racistas del régimen. Con lo cual los secuaces de Mussolini que en un principio creyeron tener en nuestro bondadoso y pacífico Schuster a su más firme aliado, ahora veían en él a un adversario al que con gusto hubieran alejado de una ciudad tan importante como Milán.

Dramáticos serán también para el buen prelado los días de la guerra, viendo muerte y desolación por doquier, pero a la vez motivo para acrecentar su proverbial caridad al lado de tanto sufrimiento. Gracias a una intervención personal de su arzobispo la ciudad de Milán se salvó de la destrucción alemana. Y gracias a él se vieron igualmente libres de la barbarie nazi distintas personas de raza judía, a las que no dudó en proporcionar un seguro refugio. Pero todo no quedó ahí, ya que acabada la contienda y habiendo recabado todas las ayudas posibles y tocando la sensibilidad y el corazón de sus diocesanos, pudo construir viviendas dignas para muchas familias que se habían quedado sin hogar.

Dom Schuster ha alcanzado ya la venerable edad de setenta y cuatro años, pero como siempre con una incansable actividad, pese a su delicada naturaleza. Entregado fielmente a su ministerio, marcha no obstante a pasar unos días de descanso veraniego a su querido seminario de Venegono, lugar en el que le sobrevendría la muerte el 30 de agosto de 1954.

Alfredo Ildefonso Schuster moría dejando tras de sí una estela luminosa de entrega y de santidad, y con fama popular de taumaturgo. Ni que decir tiene que el dolor y la consternación que su muerte iba a causar fueron enormes, y no sólo entre sus diocesanos de Milán, sino también en todas aquellas personas que por distintos motivos habían tratado, simpatizado o convivido con el cardenal Schuster. Sus lloradas exequias, celebradas bajo las hermosas bóvedas ojivales del Duomo de Milán, donde descansan sus restos, contaron con la presencia de numerosísimos fieles y de no pocos prelados, siendo pronunciada la oración fúnebre por la emotiva oratoria del Patriarca de Venecia, su buen amigo Ángelo Roncalli, que a no tardar mucho ocuparía la «Silla de San Pedro» con el nombre de Juan XXIII.

Tres años después, el 30 de agosto de 1957, mons. Montini, su sucesor en la sede de Milán y futuro papa Pablo VI, abría solemnemente su proceso de beatificación, un largo camino hasta alcanzar la gloria de los altares. El mismo Schuster le había dicho a su hermana en cierta ocasión que «La santidad no está en las oraciones, ni en la penitencia, sino en el amor. Quien más ama, más santo es». Y el amor fue realmente el quid de su santidad, una santidad hecha vida desde su donación total al Señor y a los hermanos.

Y en este camino hacia la beatificación han sido muchas las gracias y prodigios atribuidos a su intercesión, entre ellos la curación de la religiosa ursulina María Emilia Brusati que, condenada a quedarse ciega a causa de un glaucoma ocular bilateral, había orado fervorosamente durante largo rato ante su tumba el 10 de septiembre de 1956. Declarado oficialmente este hecho como milagroso, será el sumo pontífice Juan Pablo II quien solemnemente proclame Beato al cardenal Alfredo Ildefonso Schuster el 12 de mayo de 1996.

RAMÓN LUIS M.ª MAÑAS, OSB

Bibliografía

APECITI, E., *Ciò che conta è amare. Vita del Beato Cardinale Alfredo Ildefonso Schuster* (Milán 1996).

COLOMBÁS, G. M., *La tradición benedictina. Ensayo histórico,* IX, 1 y 2 (Zamora 2002).

GARRIDO BOÑANO, M., OSB, *Ildefonso Cardenal Schuster. Místico y apóstol* (Zamora 1987).

LECCISOTTI, T., *Il Cardinale Schuster,* I y II (Milán-Viboldone 1969).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTOS FÉLIX Y ADAUCTO DE ROMA
Mártires († 304)

Félix —según la tradición— era un sacerdote de la Iglesia de Roma que en la persecución de Diocleciano fue arrestado. Declaró su condición de cristiano y se negó a sacrificar a los dioses pese a las órdenes imperiales. Las torturas no sirvieron para que Félix variara su actitud y pese a ellas perseveró firme en la confesión de Cristo. Finalmente fue condenado a ser decapitado. Cuando era llevado al sacrificio, un hombre anónimo, impactado por la fortaleza del mártir, gritó que él también profesaba la fe de Félix y que también adoraba a Jesucristo. Esto sirvió para que fuera en el acto sentenciado a muerte y decapitado junto con Félix. Como no se sabía su nombre, se le denominó Adaucto, es decir añadido. De la existencia de estos mártires, cualquiera sea la historicidad de los detalles de la tradición, no debe haber duda, porque en el documento llamado *Depositio martyrum* (año 354) constan sus nombres y ello indica su culto por parte de la comunidad cristiana de Roma. San Dámaso les dedicó una inscripción. Sobre su tumba se levantó luego una iglesia.

SAN PAMMAQUIO
Senador († 410)

Pammaquio era miembro de la familia romana de los Furios. Era ciudadano romano, persona culta y que llegó a ostentar la dignidad de senador. Amigo de San Jerónimo desde su juventud, nunca se enfrió esta amistad. El año 385 se casó con Paulina, una de las hijas de Santa Paula, dirigida espiritual de San Jerónimo. Pammaquio denunció al monje Joviniano ante San Jerónimo, mandándole copia de los escritos de este heterodoxo, y San Jerónimo en el 393 respondió adecuadamente con un largo tratado *(Contra Iovinianum)*. Pero a Pammaquio, de mejor carácter que San Jerónimo, le pareció que la respuesta había sido en exceso dura, y que a él, como hombre casado, le había

parecido excesiva la exaltación de la virginidad que hacía el santo. San Jerónimo escribió a Pammaquio varias cartas defendiendo sus propios puntos de vista. Finalmente Joviniano sería condenado en un sínodo romano.

En 397 Pammaquio quedó viudo y entonces decidió dedicar su vida a la piedad y las obras de caridad, tomando a su cargo el cuidado de pobres, mendigos y ciegos, a quienes brindaba todos los auxilios que le eran posibles, y construyó un asilo para pobres caminantes y enfermos en Porto con la ayuda de Santa Fabiola. Tenía propiedades en Numidia y escribió a sus colonos pidiéndoles que abandonaran el donatismo y regresaran a la fe católica, lo que le atrajo las simpatías de San Agustín. Pammaquio construyó una iglesia en el Monte Celio en su hacienda, que se conoció con el nombre de título de Pammaquio, y que posteriormente se dedicó a los SS. Juan y Pablo, otorgada en el siglo XVIII a la congregación pasionista de San Pablo de la Cruz. Pammaquio murió el año 410.

SAN FIACRE

Ermitaño († 670)

Se dice de San Fiacre que era natural de Irlanda y que marchó a Francia en busca de un lugar donde poder llevar vida eremítica. Se presentó a San Farón, obispo de Meaux, el cual le ayudó en su propósito. Se estableció en un lugar solitario donde se construyó una celda, con un oratorio adjunto dedicado a la Virgen María, y también una hospedería para caminantes. Recibía con amor a cuantos querían hospedarse en ella e igualmente a los muchos que acudían a él en busca de consejos espirituales, dando un alto ejemplo de vida austera, piadosa y caritativa. En el lugar de su residencia surge luego la población de Saint-Fiacre. Se le atribuyeron ya en vida numerosos milagros. Debió morir hacia el año 670. Su culto ha sido luego muy extenso en Francia, siendo uno de sus mayores devotos la Casa Real francesa.

BEATO JUAN JUVENAL ANCINA

Obispo († 1604)

Juan Juvenal Ancina nace en una distinguida familia de origen español en Fossano, Piamonte, el 19 de octubre de 1545, hijo primogénito de sus padres. Educado cristianamente, a los 14 años fue enviado a estudiar a la Universidad de Montpellier, en Francia, donde cursó medicina. Posteriormente continuó los estudios en Mondovi, Sicilia, y luego pasó a la acreditada Universidad de Padua y consiguió el doctorado en filosofía y medicina el año 1567 en Turín, y aquí se quedó a ejercer su carrera de médico, siendo fama que atendía a los pobres gratuitamente. Llevaba una vida honesta y piadosa, como igualmente lo había sido todo el tiempo de sus estudios. Inclinado a la literatura, escribía versos y epigramas que fueron muy celebrados. Pero en 1574, mientras asistía a una misa de difuntos, se sintió impactado por las palabras de la secuencia, y decidió plantearse con mayor profundidad el asunto de su salvación eterna. Dejó su puesto como médico y acompañó en 1575 a Roma, como asesor, al conde Madruzzi di Challant, embajador del Príncipe de Saboya ante la Santa Sede. En Roma se dedicó a las obras de caridad, visitando cárceles y hospitales y casas pobres. Y al contacto de estas obras de caridad decide estudiar teología para ir ascendiendo hacia el sacerdocio.

Recibe las órdenes menores y entonces conoce a San Felipe Neri al que toma como director espiritual. Repiensa entonces su verdadera vocación y se inclinaba a ingresar en la Cartuja cuando San Felipe le ofrece el ingreso en su recién instituida Congregación del Oratorio, una comunidad compuesta de sacerdotes seculares. Ingresó en la misma el 1 de octubre de 1578, y continuó sus estudios teológicos hasta que en 1582 fue ordenado sacerdote. San Felipe lo destina en 1586 al Oratorio de Nápoles, donde desarrolla una amplísima labor en el púlpito y el confesonario, predicando ardorosamente la palabra divina y consiguiendo sonadas conversiones. Su Oratorio fue llamado el de los príncipes por la gran influencia que tuvo en la nobleza. Músico, poeta y bien instruido en historia, no deja de componer música sacra y revisa también los Anales Eclesiásticos del cardenal Baronio, miembro de su misma con-

gregación. Muy atento a las necesidades de los pobres, funda una asociación de señoras dedicadas a sostener a los pobres de un hospital. Tras diez años en Nápoles de fecundo apostolado, es llamado nuevamente a Roma, donde prosiguió sus obras de caridad y apostolado.

La Santa Sede se fijó en él para ofrecerle varias veces un episcopado, que él rehuyó en cuanto pudo. Pero en 1602 el duque de Saboya le pide al papa Clemente VIII que lo nombre obispo de Saluzzo, y el papa se lo mandó por obediencia. Así es que se consagró obispo y se fue a su diócesis, que encontró metida en un problema entre el duque y la Iglesia. Él no quería ofender a ninguno y por ello, al conocer el problema, se marchó a su pueblo natal, donde se dedicó a predicar el evangelio y hacer obras de caridad, y solucionado el problema, entonces volvió a su diócesis. Llevaba poco tiempo en ella cuando supo que un religioso tenía escandalosas relaciones con una monja. El obispo quiso poner fin a ello, y fue al convento de los franciscanos, donde cenó, pero el religioso señalado le echó veneno en el vino, de resultas de lo cual murió el 30 de agosto de 1604. No se le ha beatificado como mártir, aunque murió de forma violenta por cumplir sus deberes de obispo.

Fue beatificado el 9 de febrero de 1890 por el papa León XIII.

BEATO JOAQUÍN (JOSÉ) FERRER ADELL

Presbítero y mártir († 1936)

José Ferrer Adell nació el 23 de abril de 1879 en Albocácer, Castellón de la Plana, único hijo de sus padres. Sintió de niño la vocación capuchina e ingresó en el seminario seráfico, de donde pasó al noviciado en 1 de enero de 1896 tomando el nombre de fray Joaquín de Albocácer. El 3 de enero del año siguiente hizo su profesión religiosa. En el convento de Totana hizo los estudios de filosofía y en el de Orihuela, Alicante, los de teología, y se ordenó sacerdote el 19 de diciembre de 1903. Luego de diez años de fecundo apostolado, fue destinado a Colombia y allí trabajó con gran celo y dedicación, siendo elegido el año 1925 superior regular de la Custodia de Bogotá. Terminado este ministerio volvió a España y fue nombrado rector del semina-

rio seráfico de Massamagrell. Fue la suya una dirección excelente, poniendo mucho empeño en inspirar espíritu misionero en el ánimo de los jóvenes religiosos. Muy devoto de la eucaristía, fomentó los jueves eucarísticos, las horas santas, la adoración diurna, y dirigió la revista *Vida eucarística.*

Desencadenada la persecución, procuró, ante todo, poner a salvo a los jóvenes que tenía confiados y luego se refugió en una casa en Rafelbuñol, desde la que seguía la suerte de los religiosos y en la que se dedicó sobre todo a orar sin cansancio. Aquí lo arrestaron los milicianos el día 30 de agosto y lo llevaron a su pueblo natal, ante cuyo presidente del Comité debió comparecer, luego de haber visto a sus familiares y de decirles que si no volvían a verse se verían en el cielo, siendo llevado a las 4 de la tarde a la carretera de Puebla Tornesa a Villafamés, donde fue fusilado, y enterrado luego donde no ha podido ser identificado.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

31 de agosto

A) MARTIROLOGIO

1. En Jerusalén, la conmemoración de los santos José de Arimatea y Nicodemo, discípulos del Señor **.

2. En Atenas, San Arístides († 150), filósofo y apologista *.

3. En Tréveris (Galia), San Paulino († 358), obispo y mártir **.

4. En Lindisfarne (Inglaterra), San Aidano († 651), obispo y abad **.

5. En Cardona (Cataluña), San Ramón Nonato († 1240), religioso de la Orden de la Merced **.

6. En Vallucola (Toscana), Beato Andrés Dotti († 1315), presbítero, de la Orden Servita *.

7. En Almería, beatos Edmigio (Isidoro) Primo Rodríguez, Amalio (Justo) Zariquiegui Mendoza y Valerio Bernardo (Marciano) Herrero Martínez († 1936), religiosos de la Congregación de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, mártires **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTOS JOSÉ DE ARIMATEA Y NICODEMO

Discípulos del Señor

Unidos estos dos discípulos del Señor cuando dieron la cara por él cumpliendo la piadosa y humanitaria tarea de bajarle de la Cruz y darle honrosa sepultura, también la Iglesia los recuerda unidos en el mismo día.

Leemos en el *Martirologio romano* el 31 de agosto:

> «En Jerusalén, la conmemoración de los santos José de Arimatea y Nicodemo, que recibieron en sus brazos el cuerpo de Jesús bajándolo de la Cruz, lo envolvieron en una sábana y lo depositaron en el sepulcro. José era un noble decurión, discípulo del Señor, que esperaba el reino de Dios; Nicodemo era fariseo, uno de los principales entre los judíos; había visitado a Jesús de noche, interrogándole sobre su misión y defendió su causa ante los pontífices y fariseos que querían prender a Jesús» *(Martirologium romanum* [Ciudad del Vaticano 2001, 461-462).

Era Nicodemo doctor de la Ley y miembro del Sanedrín. De él nos habla el Evangelio según San Juan en 3,1-16; 7,50s; 19,38s.

> «Había entre los fariseos un hombre llamado Nicodemo, magistrado judío. Fue éste a Jesús de noche y le dijo: "Rabbí, sabemos que has venido de Dios como maestro, porque nadie puede realizar los signos que tú realizas si Dios no está con él".
>
> Jesús le respondió: "En verdad, en verdad te digo: el que no nazca de nuevo no puede ver el Reino de Dios".
>
> Dícele Nicodemo: "¿Cómo puede uno nacer siendo ya viejo? ¿Puede acaso entrar otra vez en el seno de su madre y nacer?".
>
> Respondió Jesús: "En verdad, en verdad te digo: el que no nazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios. Lo nacido de la carne es carne; lo nacido del Espíritu, es espíritu. No te asombres de que te haya dicho: Tenéis que nacer de nuevo. El viento sopla donde quiere, y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni adónde va. Así es todo el que nace del Espíritu".
>
> Respondió Nicodemo: "¿Cómo puede ser eso?".
>
> Jesús le respondió: "Tú eres maestro en Israel y ¿no sabes estas cosas? En verdad, en verdad te digo: nosotros hablamos de lo que sabemos y damos testimonio de lo que hemos visto, pero vosotros no aceptáis nuestro testimonio. Si al deciros cosas de la tierra no creéis, ¿cómo vais a creer si os digo cosas del cielo? Nadie ha subido al cielo sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre. Y como

> Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del hombre, para que todo el que crea tenga en él la vida eterna. Porque tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo Unigénito, para que todo el que crea en él no perezca sino que tenga la vida eterna"» (Jn 3,1-16).

Con motivo de las discusiones entre la gente sobre el origen de Cristo y cuando los fariseos querían detenerle, nos refiere San Juan:

> «Les dice Nicodemo, que era uno de ellos, el que había ido anteriormente a Jesús: "¿Acaso nuestra Ley juzga a un hombre sin haberle antes oído y sin saber lo que hace?". Ellos le respondieron: "¿También tú eres de Galilea? Indaga y verás que de Galilea no sale ningún profeta"» (7,50-52).

Tras de la muerte de Jesús y del episodio de la lanzada (Jn 19,38s) San Juan nos cuenta la sepultura, en la que José de Arimatea y Nicodemo fueron protagonistas:

> «Después de esto, José de Arimatea, que era discípulo de Jesús, aunque en secreto por miedo de los judíos, pidió a Pilato autorización *para retirar el cuerpo de Jesús. Pilato se lo concedió.* Fueron, pues, y retiraron su cuerpo.
>
> Fue también Nicodemo —aquel que anteriormente había ido a verle de noche— con una mezcla de mirra y áloe de unas cien libras.
>
> Tomaron el cuerpo de Jesús y lo envolvieron en lienzos con los aromas, conforme la costumbre judía de sepultar. En el lugar donde había sido crucificado había un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo, en el que nadie todavía había sido depositado. Allí, pues, porque era el día de la Preparación de los judíos y el sepulcro estaba cerca, pusieron a Jesús» (Jn 19,38-42).

Durante la presencia de Jesús en Jerusalén con ocasión de la primera pascua de su vida pública (hacia el 28 de nuestra era), Nicodemo, impresionado por los milagros realizados por Jesús, fue a entrevistarse con él para aclararse en un coloquio amplio.

La conversación de Jesús con Nicodemo, tal como nos la cuenta el Evangelio de San Juan en 3,1-21, es uno de los «diálogos» más interesantes y hondos que nos transmite el evangelista.

El procedimiento literario del diálogo se utiliza con frecuencia desde los tiempos más antiguos y también en nuestros días. Para Luciano de Samosata y para Platón, como para Fray Luis de León, era simplemente una manera de exponer ideas. Las mismas entrevistas de hoy tienen mucho de artificio, pues las

preguntas y las respuestas suelen estar concertadas y preparadas de antemano por ambas partes.

Uno de los procedimientos más utilizados en este género literario es el del «malentendido» para provocar una réplica y dinamizar la conversación. Las preguntas de la Samaritana y las de Nicodemo facilitan el desarrollo más profundo en la enseñanza y revelación de los misterios de Dios.

Nicodemo puede dar la impresión de estar allí únicamente para replicar, como quien no entiende nada. Puede parecer demasiado ignorante para ser doctor de la Ley. A un maestro judío que ya conocía el término de «nuevo nacimiento» aplicado a la inserción de los prosélitos, no se le iba a ocurrir preguntar si era necesario volver al seno de su madre. Pero en este género el interlocutor está allí para que pueda surgir el diálogo, para volver sobre la idea y profundizar en ella.

Estos recursos son frecuentes en el evangelio de Juan: una manera viva de presentar el mensaje catequético. Además el autor quiere mostrar que la enseñanza de Jesús tiene algo de inaccesible para la simple inteligencia humana, incapaz de alcanzar la revelación del Padre. Esos secretos sólo los conoce el que viene «de arriba» (Jn 8,28).

Nicodemo, o la Samaritana, no son personajes inventados, son históricos, pero el diálogo es conducido con mano maestra para una catequesis de la comunidad cristiana. Y así la densidad profunda de la entrevista de Jesús con Nicodemo queda plasmada en una plática inolvidable y pedagógica. Además de la historia, el arte del diálogo la enriquece con detalles expresivos que, lejos de comprometer la verdad histórica, la rodean de un halo poético, de interés y viveza expresiva.

«Había entre los fariseos...» (3,1-2). Nicodemo fue a verle de noche. Tal vez por no indisponerse con sus compañeros, que ya estaban contra Jesús. Por otra parte, era el tiempo más propicio para un encuentro reposado y tranquilo, en el silencio nocturno. ¿Venía ya preparado e inquieto su espíritu por haber escuchado la predicación del Bautista?

Probablemente el episodio sucedió en Jerusalén, en torno a la primera pascua de la vida pública de Jesús, cuando «muchos creyeron en su nombre al ver los signos que realizaba» (Jn 2,23).

Nicodemo, atraído por la personalidad misteriosa de Jesús, conmovido por su doctrina y sus milagros, quiere conocerle de cerca, con el noble deseo de ver con claridad para entrar en el reino de Dios.

El tema del nuevo nacimiento era conocido no sólo en el judaísmo sino también en muchas religiones orientales. Nicodemo lo entiende así literalmente, tal como sonaba en la palabra aramea empleada por Jesús. Pero en el griego del evangelio según San Juan, nacer «de nuevo» significa también nacer «de arriba». Y este sentido es central y dominante en el contexto del autor del cuarto evangelio (cf. Jn 3,31; 8,23; 19,11).

La oposición espacial «arriba», «abajo» es un medio de expresar la incapacidad de lo terreno para alcanzar lo que es de orden divino.

Otro medio de expresión es la categoría bíblica «carne», «espíritu». La «carne» designa aquí, como en el prólogo, al hombre mortal y débil. No es posible confiar en la «carne» sino en el «espíritu» (cf. Jn 1,1-3). El pensamiento humano no puede descubrir los designios de Dios. El orden del «espíritu» es superior, viene de Dios.

El espíritu era anunciado por los profetas como el gran principio y fuente de santificación. Ezequiel había comparado su acción al final de los tiempos como una infusión de agua pura (cf. Ez 36,25-29), mientras que Isaías (4,4) sugería la purificación por medio de un soplo (o un espíritu) de juicio y de incendio. También para Isaías (44,3) el espíritu era como el rocío sobre una tierra seca.

Todas estas imágenes, en consonancia admirable, ayudan a comprender el bautismo en el que el neófito se sumerge en el agua viva para nacer de nuevo.

La libertad del espíritu se compara con el soplo misterioso del viento. Es fácil pasar del viento que sopla donde quiere con el espíritu del que hay que nacer, porque las palabras hebrea y griega *(ruah-pneuma)* significan «soplo», «viento», «espíritu».

Hay, pues, dos nacimientos, dos principios de vida. El nacimiento de la carne da la vida natural, y el nacimiento del agua y del Espíritu da una vida más alta, sobrenatural, la vida divina. Juan Bautista había administrado el bautismo del agua y había

anunciado el del Espíritu. Los dos se concretizan ahora en uno solo, destinado a ser fuente de una nueva creación.

La obra del Espíritu, que fecunda las aguas, es invisible, pero real. El viento que tal vez acariciaba en suave brisa a los interlocutores nocturnos y movía las hojas de los árboles era como una imagen de lo que decía Jesús, despertando la idea de lo que no se ve pero se advierte en las vibraciones y en los efectos que produce. Así es el Espíritu de Dios animador y renovador invisible.

Nicodemo empieza a vislumbrar un gran misterio en lo que antes parecía irritarle como un absurdo. Desea comprender. «¿Cómo puede ser eso?» (Jn 3,9-21). Su pregunta ya no es impertinente ni malhumorada. En realidad, un fariseo, doctor y maestro, no debía ignorar por completo esa nueva sabiduría anunciada por Jesús, de la que hablaban los profetas y en aquellos mismos días el profeta del Jordán.

Cuando Jesús le dice «Nosotros hablamos de lo que sabemos» (v.11), el sorprendente paso del yo al nosotros indica una intervención de la comunidad en la catequesis evangélica, en la que el testimonio es esencial. Hasta aquí hablaba Jesús de lo que era conocido en el judaísmo. Moisés comunicó la revelación recibida en lo alto del Sinaí. De Henoc se contaba que había sido llevado al cielo para consultar sus secretos cósmicos. No faltaban reveladores en las religiones traídas de Grecia que habían realizado ascensiones «planetarias». Pero Jesús afirma: «Nadie ha subido al cielo sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre» (v.13), el único que puede unir el cielo y la tierra (cf. Jn 1,51).

¿Cuáles son esas «cosas del cielo», esa revelación ante la que las otras revelaciones no merecen más que el nombre de «terrenas»? Sólo él conoce las cosas del cielo porque sólo él, que es Hijo del Padre, es quien ha bajado del cielo. Hasta ahora Jesús hablaba de cosas altas, ciertamente, pero que habían de realizarse en el corazón de los hombres; pero desde este momento comienza a descorrer el velo de los misterios celestiales, de su misión divina, de su bajada del cielo, de su presencia al lado del Padre.

El misterio de la Encarnación se completa con el de la Redención. Cristo la anuncia con la imagen profética de la ser-

piente de bronce (cf. Núm 21,8) de la que el libro de la Sabiduría (16,7-12) afirma que la Palabra curaba por medio de ella. Esta imagen se aplica admirablemente al Verbo que venía a curar a la humanidad.

El verbo «levantar» tiene un doble sentido: significa a la vez «elevar», alzar en la cruz, y «exaltar» o «glorificar». En la época de Jesús equivalía a ser crucificado. La ascensión en la Cruz se prolonga en la ascensión celestial que, según el texto, es una sola ascensión. Poco a poco se va revelando el misterio de la Cruz: la humillación es el lugar de la gloria.

Todas las otras revelaciones palidecen al lado de ésta, la única y definitiva que manifiesta el infinito amor del Padre en el Hijo entregado. El proyecto de Dios es un proyecto de salvación (cf. Jn 13,17).

La fe, el creer, permite al hombre acercarse a unas realidades que de suyo se le escapan. Pero el objeto de esa fe es ante todo el Hijo del hombre «levantado» en el misterio conjunto de su crucifixión y de su glorificación, el misterio pascual. En la adhesión libre del hombre a la verdad, que es Cristo, radica su responsabilidad en orden a su suerte eterna.

Nicodemo quedó sin duda tocado en lo más profundo de su espíritu por esta entrevista con Jesús. Nada nos dice el evangelio de sus inmediatas reacciones. Pero más adelante, vuelve a salir su nombre, cuando se hacen más aceradas las divisiones sobre la persona de Jesús: sale en su favor cuando los fariseos intentan prenderle.

Era el último día de la fiesta de los Tabernáculos cuando Jesús gritó: «Si alguno tiene sed que venga a mí, y beberá el que cree en mí, como dice la Escritura: "De su seno correrán ríos de agua viva"» (Jn 7,37). Entonces unos decían que era profeta, el Cristo. Otros, que no podía ser, nacido de Galilea. Hubo disensión. Los sumos sacerdotes y los fariseos querían prenderle y regañaban a los guardias porque no lo traían preso. Nicodemo arguyó con la Ley en la mano: no se puede juzgar sin oír y saber de la conducta del acusado (cf. Jn 7,40-52).

¿Quién era José de Arimatea, de quien los Evangelios no hablan hasta que acude a Pilato, después de la crucifixión, para pedirle el cuerpo de Jesús? Lucas 23,50-54 escribe:

«Había un hombre llamado José, miembro del Consejo, hombre bueno y justo, que no había asentido al consejo y parecer de los demás. Era de Arimatea, ciudad de Judea, y esperaba el reino de Dios. Se presentó a Pilato, le pidió el cuerpo de Jesús y, después de descolgarle, le envolvió en una sábana y le puso en un sepulcro, cavado en la roca, en el que nadie había sido puesto todavía. Era el día de la Preparación y apuntaba el sábado».

Marcos, por su parte (15,42-46):

«Ya al atardecer, como era la Preparación, es decir, la víspera del sábado, vino José de Arimatea, miembro respetable del Consejo, que esperaba también el Reino de Dios, y tuvo la valentía de entrar donde Pilato y pedir el cuerpo de Jesús. Se extrañó Pilato de que ya estuviese muerto y, llamando al centurión, le preguntó si había muerto hacía tiempo.

Informado por el centurión, concedió el cuerpo a José, quien, comprando una sábana, lo descolgó de la cruz, lo envolvió en la sábana y lo puso en un sepulcro que estaba excavado en la roca; luego hizo rodar una piedra sobre la entrada del sepulcro».

Mateo 27,57-60:

«Al atardecer, vino un hombre rico de Arimatea, llamado José, que se había hecho también discípulo de Jesús. Se presentó a Pilato y pidió el cuerpo de Jesús. Entonces Pilato dio orden de que se le entregase. José tomó el cuerpo, lo envolvió en una sábana limpia y lo puso en un sepulcro nuevo que había hecho excavar en la roca; luego, hizo rodar una gran piedra hasta la entrada del sepulcro y se fue».

Los *Evangelios apócrifos,* el *Pseudo-evangelio de Pedro,* las *Actas de Pilato* y un extraño documento, probablemente del siglo IV, llamado *La venganza del Salvador* se ocupan de la historia posterior de José de Arimatea, envolviéndola en fantástica niebla de leyendas. Posteriormente lo asocian al ciclo caballeresco del Rey Arturo y a la leyenda del Santo Grial, originariamente un vaso con la sangre de Cristo, que José de Arimatea había recogido al lavar el cuerpo de Jesús, antes de la sepultura.

La sobriedad de los evangelios es garantía de autenticidad de estos dos santos. Por la intervención resuelta de José de Arimatea, no fue el cadáver de Jesús a la fosa común como era costumbre para los ajusticiados, sino a un sepulcro nuevo donde nadie había sido sepultado, que, después de la resurrección, quedó vacío.

Sabemos por San Juan que Nicodemo ayudó a José de Arimatea a embalsamar el cuerpo del Señor aportando la generosa cantidad de 30 kilogramos de mirra y áloe, de alto precio en el mercado. La luz de la fe se fue haciendo más reveladora en su alma y la muerte del Maestro le infundió valor para presentarse en el Calvario y dar la cara por él, ayudando al enterramiento de Jesús cuando el tiempo urgía por la inminencia de la gran fiesta.

También el rastro de Nicodemo se pierde en la historia posterior. Según el presbítero Luciano, el año 415 fueron descubiertas sus reliquias junto a las de San Esteban (cf. Luciani, PL 807). Tradiciones inciertas aseguran que había sido bautizado por Pedro y Pablo. Muy posteriormente se le atribuyó el llamado *Evangelio de Nicodemo,* que es el título con que se refundieron los apócrifos más antiguos: *Actas de Pilato* y *Descenso de Cristo a los infiernos.*

El pueblo cristiano, en no pocas comunidades, revive con devoción la escena del descendimiento dramatizándolo piadosamente con imágenes articuladas de Cristo crucificado. Los autos medievales de la pasión no se olvidan de estos dos personajes.

La iconografía más frecuente de los dos santos es la escena del descendimiento de la cruz y sepultura del Señor. Algunas veces en el grupo escultórico o pictórico de la Piedad. Frecuentemente aparecen desclavando el cadáver de Jesús o sosteniendo la sábana que lo envuelve.

Las presuntas reliquias de Nicodemo se conservaron en la catedral de Parma donde tuvo un altar. Huellas de su culto permanecen en varios lugares de Italia (Luca) y Francia (Plumélian y Questembert, Leury).

Las representaciones más frecuentes están en los pasos de la Semana Santa. Es notable la que existe en el claustro del monasterio de Silos. José de Arimatea está presente en los calendarios orientales desde el siglo X. Mucho más tarde en Occidente. Es patrono de los sepultureros.

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

BROWN, R. E., *El evangelio según Juan.* I: *I-XII* (Madrid 1979).

GORDIN, G. D. - GILLETTI, M. CH., «Giuseppe d'Arimatea», en *Bibliotheca sanctorum.* VI: *Galena-Giustiniani* (Roma 1965) 1292-1299.

JAUBERT, A., *El evangelio según San Juan* (Estella, Navarra ^{16}2004).

MATEOS, J. - BARRETO, J., *El evangelio de Juan. Análisis lingüístico y comentario exegético* (Madrid ^{2}1982).

SPADAFORA, F., «Nicodemo», en *Bibliotheca sanctorum.* IX: *Masabki-Ozanam* (Roma 1967) 905-908.

SAN PAULINO DE TRÉVERIS

Obispo y mártir († 358)

Ha habido en la historia del mundo momentos en que lo religioso y lo político marchaban estrechamente unidos, incluso eran banderas conjuntas de naciones, de sucesos y de problemáticas. Por otro lado la paz religiosa se consideraba un elemento imprescindible para mantener la unidad del imperio. Hoy no lo entendemos, pero ha sido así sobre todo en las edades primeras de nuestra civilización cristiana.

Uno de esos problemas que convulsionaron conjuntamente al mundo antiguo fue la presencia del arrianismo, la doctrina que negaba la divinidad de Jesucristo. Reyes y naciones se vieron implicados al tomar partido por una de las dos opciones. La mano de Dios dirigiendo a la verdadera Iglesia en esos cruciales momentos debía ser una de las reflexiones que nos afianzaran en nuestros convencimientos de fe.

Definido en Nicea el dogma fundamental de la divinidad del Verbo, los enemigos de esa verdad no acallaron sus voces sino que buscaron imponer sus convencimientos por todos los medios, sobre todo por la fuerza. Una fuerza que emplearon de manera especial contra las figuras sobresalientes que defendían la ortodoxia.

Los arrianos tenían verdadera obsesión persecutoria contra San Atanasio, destacada personificación de esa ortodoxia. En él centraron sus ataques acudiendo incluso a las más brutales calumnias. Sobre todo influyeron en el emperador Constancio II hasta el punto de que, unidos emperador y arrianos, suplicaron al papa Liberio (352-366) para que depusiera a Atanasio.

El pontífice en persona propuso la celebración de un concilio, para arreglar definitivamente el asunto. Se tuvo en Arlés el año 353 y hasta allí se desplazaron los delegados papales. En realidad el concilio se convirtió en un tejido de intrigas por parte de los enemigos de Atanasio capitaneados por los fanáticos Ursacio y Valente y las violencias de Constancio II. Violencias que llegaron a tales extremos que consiguieron se publicara un edicto oficial obligando a los obispos reunidos a firmar la condenación de Atanasio o marchar al destierro. Todos cedieron, incluso los legados pontificios. Entre los pocos que se resistieron a la firma destacó Paulino de Tréveris, quien por eso fue inmediatamente desterrado a Frigia, la actual Turquía. El papa tuvo que nombrar nuevos delegados. Y todos los que se resistieron siguieron la misma suerte.

El destierro fue un continuado martirio para Paulino por el mal trato y persecuciones que sufrió de los herejes montanistas que infestaban toda la región de Frigia, lugar de su destierro, hasta el punto de que allí entregó su alma a Dios el año 358. (Montano se creía enviado por Dios para perfeccionar la religión y la moral).

Hoy nos preguntamos quién era esa valiente figura de la fe ortodoxa. Sabemos poco de él, y menos de su infancia, puesto que su vida se escribió con posterioridad al siglo X y ya mezclada con una serie de sucesos más que legendarios.

Se le cree hijo de una familia ilustre de Aquitania, desde donde todavía joven fue llevado a Tréveris por San Maximino, al que sucedería en el episcopado hacia el año 349 y como tal aparece en el sínodo de Arlés. Tras el destierro a Frigia, ordenado por Constancio II, muere en él a los cinco años de su exilio, siendo enterrado en total anonimato. Más tarde sus restos fueron trasladados a Tréveris, gracias a las gestiones de Félix, obispo de Tréveris, hacia el año 396.

Ahora se muestran honoríficamente en la iglesia llamada Kirche St Paulinus. Iglesia edificada en el siglo XII, sobre los cimientos de una antigua capilla cristiana, dedicada a la Virgen María Madre de Dios.

Como juicios sobresalientes de nuestro santo nos deben valer las palabras de San Jerónimo, que lo llama «hombre feliz

de los sufrimientos», y San Atanasio, «hombre verdaderamente apostólico, terrible enemigo de los arrianos y heroico defensor de la fe ortodoxa».

Su memoria la celebra la Iglesia el último día de agosto. En algunos textos se le considera mártir, por la cantidad de sufrimientos padecidos, sobre todo al final de su vida con la muerte en el destierro. Ciertamente el destierro fue un continuado martirio.

JOSÉ SENDÍN BLÁZQUEZ

Bibliografía

Bibliografía universal. Bibliografía eclesiástica completa, XVI (Madrid 1853) 1102.
LLORCA, B., SI - GARCÍA VILLOSLADA, R., SI - LABOA, J. M.ª, *Historia de la Iglesia católica.* I: *Edad Antigua: la Iglesia en el mundo grecorromano* (Madrid ^{8}2001).

SAN AIDANO DE LINDISFARNE

Monje y obispo († 651)

La Northumbria inglesa había sido evangelizada por Paulino de York, aunque poco después volvió a caer en el paganismo tras la muerte de Edwin, el protector de Paulino. El sobrino de Edwin, San Oswaldo, durante su exilio en Escocia había recibido el bautismo y cuando comenzó a reinar, años más tarde, llamó en su auxilio a los monjes de Iona para reemprender, de nuevo, la evangelización cristiana de su pueblo.

Los monjes le enviaron un monje misionero, mas con un espíritu tan árido y austero que no supo captarse la simpatía de nadie. Volvió a su monasterio y los monjes de allí le enviaron otro, que consagrado obispo, según las costumbres monásticas celtas, llegó a Inglaterra el año 635. Era San Aidán o Aidano. San Beda dice que la elección de Aidán fue porque este monje «estaba particularmente dotado de la gracia de la discreción, que es la madre de todas las virtudes».

El rey le entregó una isla y allí se estableció con algunos compañeros. La isla de Lindisfarne, como la de Iona, fue el nuevo monasterio que, como campamento de misioneros, fue la sede episcopal desde la que se emprendió la tarea de cristianizar al pueblo inglés del norte. La nueva «Iona inglesa» o Lindisfarne era una isla áspera, desértica y aislada enfrente de Bambo-

rough, sede de la corte real de Oswaldo. Sólo durante unas horas, cuando la marea estaba baja, se podía acceder a ella a pie. Más tarde se llamaría la «isla santa». Durante varios siglos residió allí el abad-obispo, siendo la sede más importante del naciente cristianismo inglés del norte.

Nada se sabe sobre el lugar y la fecha del nacimiento de Aidán, así como de todos los demás acontecimientos de su vida antes de su ingreso en el monasterio de Iona. En cambio se conoce bastante bien toda su vida apostólica gracias a los escritos de San Beda que le consagra numerosos capítulos en su *Historia eclesiástica.*

Aidán, secundado en todo por el piadoso y benemérito rey Oswaldo que le servía de intérprete ante su pueblo, desarrolló una actividad apostólica de tal naturaleza que un autor inglés no ha dudado en asegurar que «no fue Agustín sino Aidán el verdadero apóstol de Inglaterra». Su gran amor por los pobres, su sencillez, su rectitud, la temperancia de sus costumbres (hacía sus correrías apostólicas con los pies desnudos y ayunaba totalmente los miércoles y viernes, salvo en tiempo pascual), su capacidad y su simpatía para ganarse los corazones de todos resplandecen en numerosos trances de su vida. Tenía una especial cualidad para enseñar las Escrituras tanto a monjes como a laicos y hacerles aprender y recitar con devoción el salterio. Brilló Aidán por su mansedumbre, su sentido del deber, el celo incansable, la generosidad con los pobres y el gusto por la oración contemplativa hecha en soledad; se cuenta que para practicarla solía retirarse a los inaccesibles acantilados de la isla, lejos de todos. Y es interesante observar que, además de la amabilidad y mansedumbre, sabía encontrar la fuerza de hablar abiertamente y sin temor a los ricos y poderosos que no cumplían con su deber; con el ayuno lograba alternar la sociabilidad, aceptando invitaciones del rey para asistir a su mesa. El dinero que se le daba iba a parar íntegramente a los necesitados, sobre todo para el rescate de los esclavos, que a menudo después, acogidos en sus monasterios, se convierten en discípulos suyos y nuevos monjes misioneros.

Un aspecto que llama la atención de estas figuras monásticas de ascendencia irlandesa es, como se ve, la extraordinaria

combinación de severidad ascética y de gran afabilidad en el trato con la gente. Beda cuenta que les gustaba ir a los poblados de las gentes a pie, porque esto les daba la oportunidad de detenerse a hablar con las personas con las que se encontraban por el camino, fueran paganos, a los que se les exhortaba a abrazar la fe, o si se trataba de cristianos, para leerles un pasaje del Evangelio y sacar alguna conclusión que reforzase su buena conducta y su vigor moral.

Bajo su mandato se construyeron monasterios de mujeres y él mismo dio el velo, en Heiu, a Hilda, la primera monja y la primera abadesa de Northumbria. San Beda el Venerable dedica grandes elogios a sus obras y labores apostólicas, así como a sus virtudes santas y heroicas. Sólo le reprocha una cosa: que celebrase la Pascua en día distinto al de la Iglesia romana, según acostumbraban los antiguos monjes celtas. Esta disidencia con la disciplina eclesiástica no impidió a sus grandes contemporáneos, como Honorio arzobispo de Canterbury, o Félix de East-Anglia, ambos estrictos observantes de la Pascua y la tonsura romana, profesar la máxima veneración por el Apóstol de la Northumbria. A la muerte del rey San Oswaldo, su reino fue dividido entre su hermano que gobernó Bernicie y el hijo de Osric a quien se le dio Deira. Sin embargo, Aidán continuó ejerciendo su autoridad episcopal sobre ambos estados. Fiel a su estilo de vida, el lugar donde Aidán exhaló su último aliento era una especie de tienda apoyada a la pared lateral de una iglesia. Falleció santamente en el año 651 y fue enterrado en Lindisfarne. Su perfil quedaría plasmado por Beda desbordando simpatía:

> «Cultivaba la paz y el amor, la pureza y la humildad; era superior a la ira y a la codicia; y despreciaba el orgullo y la prepotencia; se entregaba a la enseñanza y a la práctica de las leyes de Dios, y era diligente en el estudio y la oración. Usaba su autoridad sacerdotal para mantener a raya a los orgullosos y poderosos; confortaba con ternura a los enfermos, ayudaba y protegía a los pobres».

La abadía-obispado, por su escuela y *Scriptorium* y por los apóstoles salidos de su seno, prolongó durante mucho tiempo la irradiación de su fundador. Aidán había introducido los usos litúrgicos y monásticos celtas en la cristiandad northumbresa. Estas costumbres se mantuvieron y se propagaron también por

su sucesor Finán, hasta que poco a poco y por influencia de las autoridades del sur se tuvo que optar por las normativas romanas. No fue fácil; el tercer abad-obispo de Lindisfarne, Colmán, que asistía al Sínodo de Whitby (664), al ver que se le imponía aceptar los usos romanos, solicitó que se le nombrara un sucesor. Vuelto al monasterio, acompañándose de un grupo de monjes, tomaron parte de las reliquias de San Aidán y partieron como a un destierro al cenobio de Iona, para poder seguir utilizando sus costumbres que ellos casi consideraban materia de fe. Un autor escribe que hay que perdonarle, casi como a San Columbano, esa fidelidad a usos litúrgicos y monásticos arcaicos. Es verdaderamente chocante ver a ese monje, vencido pero obstinado, que, cargado de reliquias de santos de su raza, retorna al país de sus ancestros para poder continuar observando una disciplina que le había sido legada y que él creía que formaba un solo cuerpo con el depósito de su fe.

LUIS M. PÉREZ SUÁREZ, OSB

Bibliografía

BAUDOT, J. - CHAUSSIN, L., OSB, *Vie des saints et des bienheureux...* VIII: *Août* (París 1949) 612-614.
BEDA, *Historia ecclesiastica,* III, 3-6.15-17.26.
GOUDGAUD, L., Art. en A. BAUDRILLART - R. AUBERT (dirs.), *Dictionnaire d'histoire et de géographie ecclésiastique,* 1: *Aach-Albus* (París 1912) cols.1106-1107.
PEZZINI, D., Art. en C. LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los Santos,* I (Madrid 1998) 97-99.

SAN RAMÓN NONATO

Religioso († 1240)

Nació San Ramón en las alturas de la Segarra catalana, en el pueblecito o lugar de Portell, provincia de Lérida y Abadía de Solsona, más tarde elevada a obispado.

Descendía de padres nobles y virtuosos, emparentados con las ilustres familias de Fox y de Cardona. No conoció las caricias de su madre, pues ésta murió antes de venir él al mundo, y nació Ramón a favor de una operación sobre el cuerpo ya muerto de su madre, por lo que se le llamó el nonato, o no nacido. Desde muy temprana edad fue devoto, humilde, manso,

prudente, obediente a su padre, temeroso de Dios, cuidadoso de su conciencia, limpio en los pensamientos, modesto en su porte, discreto en las palabras, ángel en las acciones y amado de cuantos le conocían.

Proyectó su padre darle una carrera civil, y lo mandó a Barcelona para que aprendiese las primeras letras. Aquí conoció la buena fama del comerciante Pedro Nolasco, cuya amistad cultivó, y dio muestras de inclinarse al estado eclesiástico, razón por la cual su padre le hizo volver a Portell y lo puso al cuidado de unas fincas patrimoniales.

Mientras Ramón pastoreaba sus rebaños por la seca y áspera Segarra, va encendiéndose en él una luz, una antorcha, una hoguera. El zagal catalán supervive hoy en la historia, en el arte, en la poesía, en el folklore, y, lo que vale más, en el Santoral, que para nosotros, hijos de la Iglesia católica, significa tener un puesto al lado de Dios en el cielo.

En las faenas del campo goza del contacto de la naturaleza, siente con más fuerza la llamada interior, habla sin cesar con Dios, y siente crecer en su corazón un amor filial grandísimo por la Virgen María. Las gentes le llamarán muy pronto el «hijo de María».

Solía guiar su rebaño hacia una ermita de San Nicolás, en que se veneraba una imagen de María; y, mientras el ganado pacía, él se acercaba a la Virgen, y daba rienda suelta a su espíritu en la oración. Ya no estaba huérfano, había encontrado en ella a una madre. La dulce ermita era su centro, su retiro y su alegría.

Pero el demonio, que todo lo enreda, suscitó envidias en otros zagales y pastorcillos, quienes acusaron a Ramón, y dijeron a su padre que abandonaba el rebaño por sus oraciones. Trató el padre de averiguar la verdad y buscó a su hijo en la ermita. Allí estaba; pero, ¿quién era aquel mancebo que cuidaba de las ovejas?

Se dio cuenta de que el cielo acudía en favor de Ramón, enviando un ángel para ayudarle, y nunca más volvió a intervenir en lo que a Dios estaba reservado. Pocos días después la misma Santísima Virgen comunicaría al joven pastor su deseo de que ingresase como religioso en la Orden de la Merced, recién fundada en Barcelona, para la redención de cautivos.

Con su ida a Barcelona, Ramón se puso en manos de San Pedro Nolasco, el fundador de la Merced. Quemando etapas, y creciendo siempre en el gozo perenne de la virtud, cumplió el año del noviciado, hizo solemne profesión y recibió las sagradas órdenes. La presencia del joven fraile en el hospital de Santa Eulalia barcelonés dilataba su fama entre propios y extraños.

La caridad de Cristo le urgía, los dolores del prójimo le conmovían y la redención de los cautivos le atraía. Deseaba de veras pasar a África para poner en práctica el cuarto voto mercedario de la redención. Con este deseo iba unido un afán de coadyuvar a la salvación de miles de almas, peligrosamente cercadas de enemigos en la esclavitud, en las mazmorras, en los zocos de venta africanos. Más aún, deseaba ardientemente el martirio.

Designado por sus superiores para ir en redención, la alegría de padecer por Cristo le enajenaba. La Virgen le dijo: «Como mi Hijo se sacrificó en la cruz, así tú has de moler el grano de tu cuerpo en el suplicio y en el dolor, y como él es alimento y sostén en la Eucaristía, tú lo serás también de tus hermanos».

Y Ramón predicó a los cautivos, los fortaleció en la fe, los consoló en los trabajos y exhortó a la paciencia. Servía a los enfermos, y curó a muchos de ellos. Cuando la limosna de la redención no bastó, él mismo se quedó en rehenes. Esto le dio ocasión de tratar con moros y judíos, de enseñarles la fe católica, de impugnar los errores de Mahoma y de atraerlos con santas y eficaces razones.

Tal tempestad levantó con su predicación, que lo encarcelaron, lo apalearon y, para que no volviese a hablar, le cerraron los labios con un candado, por espacio de ocho meses. La Virgen, que le había asociado a Jesucristo en la tarea de redimir y salvar a sus hermanos los esclavos, no le dejó solo en este martirio, sino que le acudía y consolaba.

Mientras tanto, llegó el dinero de su rescate, y fue puesto en libertad. Se embarcó para España y desembarcó en Barcelona, donde se le hizo un recibimiento apoteósico, como a un héroe triunfal. Pero él, desoyendo palmas, cantos y parabienes, corrió al sagrario de su convento a echarse a los pies de Jesús.

La noticia de su caridad, de sus apologéticas, de su labor redentora y de su martirio, llegó a conocimiento del papa Grego-

rio IX, quien le creó cardenal con el título de San Eustaquio, premiando de ese modo sus excelentes virtudes y honrando el colegio apostólico con la juventud santificada del eminente mercedario.

San Ramón Nonato, el «hijo de María», y mártir de la caridad, fue un reflejo de Dios, como debe serlo toda criatura. Buscó a su «amado» con el ansia que la «esposa» de los Cantares ponía en hallar al que amaba su corazón. Esta unión con Dios se efectuó intensamente por la Eucaristía. Pertenece al número de los «grandes amadores» del sacramento del amor.

¿Quién no ha visto una y mil veces, en ermitas y catedrales, la imagen de San Ramón, irguiendo en la diestra mano la custodia, símbolo de su amor eucarístico? Su actitud es una profesión de fe, una afirmación teológica; es una mano que avanza, como la proa de un barco que cortase aguas de incredulidad; es la posición de un santo que nos muestra al Cordero de Dios y nos dice: he aquí el pan de los ángeles.

Cuando en agosto de 1240 se dirigía nuestro santo a Roma, llamado por Gregorio IX, pasó por Cardona, para despedirse del vizconde Ramón VI, de quien era confesor. Aquí le asaltó la muerte. Pidió el santo viático y, no habiendo quien se lo administrase —¡oh dignación de Dios con sus criaturas!—, el mismo Jesucristo, con larga corte de ángeles, se le dio en comunión. No fue él quien recostó su cabeza sobre el pecho del Maestro, sino que éste se le metió dentro, como señal de santidad y eterna predestinación.

Tanto los señores de Cardona como los frailes de la Merced contendieron sobre los restos mortales del santo. En vista de que no se ponían de acuerdo, determinaron someterse a un arbitrio providencial: cual fue cargar el santo cuerpo sobre una mula ciega, a fin de que fuese sepultado en el lugar en que ésta parase. Ejecutándolo así, el animal guió sus pasos a la ermita de San Nicolás de Portell, en donde los sagrados restos fueron depositados y venerados hasta la revolución de 1936, cuando fueron hechos desaparecer.

Al volver a la ermita, volvía al regazo de la Virgen, después de dar al mundo un pregón de amores: mariano, eucarístico y mercedario. Desde Portell su fama creció y por su intercesión

se obraron milagros. La Orden de la Merced urgió su veneración en los altares, y la santidad de Urbano VIII aprobó su culto inmemorial a 9 de mayo de 1626.

Contra la mentira pagana de un vivir materialista y fofo, se levanta la verdad alta y divina de la vida, santidad y milagros de San Ramón, flor amable del santoral mercedario y gloria auténtica del jardín de la Iglesia católica. Al correr de los siglos, su figura fue exaltada por la devoción de los fieles, por las letras y por las artes. Las fiestas que aún hoy se celebran en su ermita de Portell concentran ingentes muchedumbres, no sólo de los habitantes de la Segarra, sino de toda Cataluña.

Se cuenta entre la media docena de santos populares, cuya efigie suele encontrarse en casi todas las iglesias españolas e iberoamericanas. Abundan sus cofradías, y uno de los títulos que más popularidad le granjeó fue el de ser el abogado de las mujeres parturientas, en recuerdo de su especial nacimiento. También figura como patrono de las obras eucarísticas.

GUMERSINDO PLACER, O. de M.

Bibliografía

COLOMBO, F., *Vida del glorioso cardenal San Ramón Nonat* (Madrid 1676).
DOMINGO DE AMBROSIO, *Compendio de la vida de San Ramón Nonat* (Nápoles 1752).
ECHEVERZ, M. DE, *Compendio de la vida y milagros del glorioso San Ramón Nonat con su novenario* (Zaragoza 1705).
INGLÉS, J., *Vida ilustrada de San Ramón Nonato* (Barcelona 1926).
JUAN DE LA PRESENTACIÓN, *Vida del glorioso San Ramón Nonat, de la Orden de la Merced* (Madrid 1681).
MARTÍN, P., *Certamen poético en las fiestas de la traslación de la reliquia de San Ramón Nonat, con la vida del mismo* (Zaragoza 1618).
MENÉNDEZ, P. E., *Vida crítica de San Ramón Nonat* (Madrid 1782).
MIRANDA, F. T. DE, *Vida del glorioso San Ramón Nonat* (Madrid 1727).
PLACER, G., *San Ramón Nonato y su hermandad* (Orense 1937).
ULATE, M. DE, *Vita divi Raymundi Nonnati* (Madrid 1704).
• Actualización:
MILLÁN RUBIO, J., *San Ramón nonato, redentor de cautivos* (Barcelona 2003).
SENDÍN BLÁZQUEZ, J., *Santos de leyenda, leyendas de Santos* (Madrid 2000) 240-244.

BEATOS EDMIGIO (ISIDORO) PRIMO RODRÍGUEZ, AMALIO (JUSTO) ZARIQUIEGUI MENDOZA Y VALERIO BERNARDO (MARCIANO) HERRERO MARTÍNEZ: «MÁRTIRES DE ALMERÍA»

Religiosos y mártires († 1936)

En todos los tiempos la Iglesia ha tenido testigos de la fe evangélica, es decir mártires que han dado la vida por aquello en lo que creían y por aquel a quien consagraban su trabajo. Algunos son especialmente significativos: por la valentía, por la virginidad, por la predicación, por la fidelidad a la Iglesia. Muchos de los que perdieron la vida en la guerra civil de España entre 1936 y 1939 sufrieron tal pena, o tal gloria, por el delito de haber sido educadores cristianos, por haber enseñado a los niños a amar a Dios.

Cada familia religiosa de España tuvo en la persecución religiosa que acompañó a la guerra un tributo de sangre. Las congregaciones educadoras fueron generosas en esta motivación martirial. El Instituto de Hermanos de La Salle lloró la muerte de 173 religiosos, que fueron asesinados, por el solo hecho de serlo, en diversos lugares de la Península y de formas muy diferentes, desde el simple disparo en la nuca, hasta el cruel martirio de días y meses de prolongado sufrimiento físico y moral. Algunos merecieron pronto reconocimiento martirial por parte de la Iglesia, que los proclamó beatos en procesos canónicos. Otros quedaron ignorados, salvo en las mentes de quienes vivieron o conocieron de cerca sus gestas martiriales.

Entre estos grupos de ofrendas martiriales que el Instituto de La Salle aportó en diversos lugares de España los hubo de la más diversa significación:

La zona de Valencia conoció la muerte de 5 hermanos beatificados el 11 de marzo de 2001 por Juan Pablo II y que son los hermanos Honorato Andrés, Florencio Martín, Ambrosio León, Bertrán Francisco y Elías Julián.

La zona de Cataluña conoció 84 mártires, que murieron en diversos grupos en Cambrils, Tarragona, Viñols, en el barco Río Segre, Mosqueruela, Tortosa, y de forma individual en otros lugares. En localidades cercanas a Barcelona o en la misma capital fueron 44 los que fueron asesinados de diversas ma-

neras. El espíritu anarquista que tanto había envenenado el ambiente en los decenios anteriores se desató llegado el momento. Sirve de recuerdo el martirio del santo hermano Jaime Hilario, unido en el proceso eclesial con los ocho hermanos asesinados en la Revolución de Asturias de 1934 con los de Turón y canonizado por Juan Pablo II el 21 de noviembre de 1999.

La zona de Madrid conoció 51 hermanos martirizados: 5 en Santa Cruz de Mudela, Ciudad Real, el 19 de agosto de 1936; 5 en Lorca, Murcia, el 18 de noviembre de 1936; 4 en Consuegra, Toledo, el 8 de octubre de 1936; 21 en Griñón, Madrid, en el asilo del Sagrado Corazón de Jesús de la capital, y 16 en diversos puntos de la ciudad.

La zona de Andalucía conoció el martirio de 7 hermanos —tres se conmemoran hoy, otro el 13 de septiembre, y los otros el día 8 del mismo mes—, que son los aquí reseñados y cuyas figuras bien pueden servir de modelo de lo que son los educadores que mueren sólo por haber hecho el bien a los alumnos y haber extendido el Reino de Dios en las almas receptivas de la infancia y de la juventud.

El grupo llamado de los «MÁRTIRES DE ALMERÍA» merece un recuerdo singular como emblema del sacrificio que hay que pagar por enseñar el Evangelio. Se le denomina en los procesos de beatificación del Beato Edmigio (el de más edad) y de sus seis compañeros.

Como educadores fueron providencialmente unidos a los dos santos y heroicos obispos de Almería y Guadix, con quienes compartieron, además del proceso canónico, el talante y la vocación de educadores, ya que los obispos habían tenido especiales relaciones con el movimiento educador del Ave María iniciado por el P. Andrés Manjón en Granada. Ambos habían sido miembros del Cabildo del Sacro Monte, docentes en sus aulas «avemarianas» y expertos en velar por la educación de los más necesitados. Porque uno de ellos, don Manuel Medina, al ser nombrado obispo de Guadix-Baza en 1928, hubo de dejar el entusiasta trabajo director de la obra manjoniana, cargo que ocupó a la muerte de Manjón.

El mismo don Manuel propuso a don Diego Ventaja para sustituirle, encargo que aceptó complacido, aunque luego hubo

de declinarlo al ser nombrado obispo de Almería, cargo pastoral en el que estuvo sólo un año. Su sencillez de vida y su interés por los niños y las catequesis eran rasgos peculiares de su trabajo en las escuelas avemarianas y en su estancia siempre activa en el Sacro Monte.

Las vidas de este grupo de educadores, obispos y religiosos, todos ellos maduros para el martirio, quedaron unidas en la confluencia misteriosa de los duros días de la prisión y estuvo adornada por la serenidad de quien tiene la conciencia tranquila y fortalecida por años de trabajo virtuoso. El conflicto bélico se inició el 18 de julio. Desde el primer momento Almería quedó dominada por grupos revolucionarios que encarcelaron a todos los ministros de la Iglesia que cayeron en sus manos. Muchos fieles de Almería, con el obispo a la cabeza, don Diego Ventaja Milán, y con el de Guadix, mons. Manuel Medina Olmos, fueron maltratados y encarcelados. En el barco prisión, en el que pasaron las peores horas de su martirio, había unos 400 prisioneros hacinados y maltratados.

Entre ellos se hallaban muchos religiosos que se dedicaron a la enseñanza cristiana, había sacerdotes, había jóvenes de acción católica, padres de familia, gentes honestas y todos los que se habían destacado por hacer el bien y no pudieron o no quisieron esconderse. La perfidia de los carceleros reclamó a los centros de detenidos que inscribieran su nombre en una lista si eran sacerdotes o religiosos. La mayor parte cayó en la trampa y a los pocos días comenzaron a ser sacados en camionetas y con el engaño, que nadie creyó, de que los llevaban a declarar. No regresaron, sino que fueron masacrados en diversos lugares de la región.

Los hermanos que animaban el colegio La Salle de la ciudad eran dieciocho. Estuvieron en la mira de los revolucionarios desde el primer momento. Algunos decidieron marchar y se alejaron lo más posible. Otros quedaron en algunos hoteles urbanos. Varios quedaron albergados en familias amigas y arriesgadas. Siete de ellos habían sido elegidos misteriosamente por la Providencia para engrosar la lista de los mártires. Su «delito» de educar en el espíritu del Evangelio resultaba imperdonable.

El día 22 de julio, una multitud de militantes del Frente Popular, grupo dirigente del momento, se juntó para detener a los

«frailes fascistas». Había en ese momento cinco hermanos en el colegio. El motivo que aducían era el dar formación «antipatriótica» y haber hecho del centro un «nido de víboras que se oponía a la triunfante revolución». De momento apresaron a los hermanos Edmigio, Amalio y Valerio Bernardo que eran los únicos que quedaban en el colegio para proteger sus instalaciones. Fueron llevados al Hotel Central, convertido en lugar de detención. Recibieron orden de quedarse en él con prohibición de abandonarlo.

Los otros dos detenidos de forma inmediata lo fueron en la calle, los hermanos Teodomiro y Evencio, cuando investigaban el destino de sus compañeros. Fueron llevados a una improvisada cárcel a donde estuvieron hasta el 12 de agosto. Carecieron de todo y, por supuesto, de comida o bebida. Tuvieron que sufrir burlas y macabras amenazas. Pero no perdieron la paz, a pesar de intuir que no tardarían en ser asesinados. Los guardianes les trataron con mofa por su carácter de religiosos y profesores «fascistas» y con amenazas continuas, haciéndoles creer que de un momento a otro terminarían con su vida.

Luego los llevaron a todos al barco *Astoy Mendi,* un barco carbonero, sucio e insaluble por el carbón, y convertido en cárcel. Allí se juntaron con los muchos sacerdotes y con los dos obispos citados y conocieron los sufrimientos resignados de los apresados. El peor era la desaparición de compañeros que eran sacados hacia la muerte. Porque, para aliviar el barco de tantos detenidos como iban llegando, no tuvieron otra ocurrencia los dirigentes que, sin juicio ni aviso, llevar cada noche un grupo seleccionado a la muerte.

Así, los que quedaban, consideraban cada día que pasaba como el último, hasta que la fatídica lista de los 15 o 20 elegidos eran llamados al día siguiente. Mientras ellos sufrían, oraban y se consolaban mutuamente, los carceleros reían y se mofaban con bromas macabras, preguntando cada amanecer quiénes habían salido «a dar un paseo». Unos vigilantes armados con metralletas en lugares estratégicos apuntaban a la masa para prevenir cualquier conato de reacción.

En la noche siguiente al asesinato de los dos obispos-educadores, la del 30 de agosto de 1936, mientras el barco se iba

cargando con nuevos detenidos, los verdugos llamaron a los Hermanos que habían convivido con los prelados: Edmigio, Amalio y Valerio Bernardo. Los arrastraron hasta un lugar llamado Tabernas, donde había unos pozos abandonados. Sin más explicaciones les bajaron del coche y les asesinaron junto al pozo «La Lagarta» con un tiro en la cabeza. Arrojaron sus cuerpos al fondo, a unos 40 mts. de profundidad. Alguno de ellos estaba aún vivo. Cuando fueron exhumados, meses más tarde, tenían las manos atadas. Los médicos certificaron que el hermano Valerio fue echado al pozo aún con vida; en la caída, se fracturó las piernas. El hermano Amalio tenía fracturado un brazo.

A los hermanos Evencio Ricardo y Teodomiro Joaquín, después de ser detenidos el 22 de julio, los habían mantenido encerrados en un calabozo 44 días, sin atender a sus necesidades mínimas de alimento o higiene. Un carabinero carcelero les hizo sufrir lo indecible. Cuando les llevaba algún mendrugo de pan, solía decir: «Voy a dar de comer a los perros». Sólo les permitían salir de la estrecha mazmorra unos minutos al día. Su salud se deterioró rápidamente. El hermano Teodomiro estuvo a las puertas de la muerte, con el cuerpo hinchado y amarillento. Para que no se muriera allí, lo trasladaron a la enfermería. Pero él pidió regresar con el hermano Evencio, que también se hallaba muy mal.

A los dos días les llevaron al barco prisión *Astoy Mendi.* Apenas llegados, un grupo de milicianos llevó a ambos en auto fuera de la ciudad. Junto a un acantilado, llamado «La Garrofa», los sometió a penoso interrogatorio, con la pistola en el pecho. Devueltos al barco, su vida duró cuatro días más. El 8 de septiembre los llevaron por la carretera de Roquetas de Mar. Los mataron y sus cuerpos quedaron abandonados.

El hermano Aurelio María, que era el director del colegio, y el hermano José Cecilio pasaron los últimos días de julio en un convento hecho cárcel. Les dejaron, incluso, salir y volver a los locales del colegio, para que terminaran una obra que se estaba llevando a efecto. Los volvieron a detener y les tenían bajo continua vigilancia. Pronto fueron llevados al barco prisión «Capitán Segarra», donde quedaron un mes. Para entonces habían

convertido el colegio en cárcel y fueron a buscarlos para declararles presos en su propia casa. Pero fue un sarcasmo muy calculado por los asesinos, pues llegaron por la tarde y en la misma noche, la del 11 al 12 de septiembre, fueron fusilados en el lugar llamado «Venta de los Yesos», en Tabernas, y arrojados al pozo Tahal.

Así se juntaron en el cielo estos siete educadores del colegio La Salle de Almería, después de un itinerario diferente, pero caminando sin saberlo y con diversidad de sufrimientos hacia la palma del martirio. Además de su trabajo en los últimos años, los siete tenían otro común denominador, como suele acontecer en todas las familias religiosas: la bondad de sus familias naturales, la vocación religiosa surgida en sus años infantiles y la formación para educadores, la cual habían recibido en Bujedo, la casa de estudios de su Instituto entonces en la provincia de Burgos. El hermano Valerio la había hecho en Griñón, cerca de Madrid.

Los misteriosos designios de Dios los habían hecho confluir en el centro educativo de Almería donde se habían entregado con entusiasmo a la tarea educadora. Más que la edad (55 años Edmigio, 27 Valerio, tres de la cincuentena y dos de 29 años) era la juventud de espíritu la que les hacía agradables a los alumnos de Almería, siempre propensos a la fiesta y a la amistad. Nadie podía dejar de quererles. Tuvieron que ser asesinos envenenados por el odio, o con frecuencia por el alcohol, los que se encargaron de romper aquellas vidas que habían comenzado lejos de Andalucía, allá por el norte de la nación (un navarro, un palentino, un vallisoletano, tres burgaleses y uno de Cuenca). Pero para educadores de su talante, el mundo era pequeño para sus afanes apostólicos y habían entendido con claridad que su patria era el mundo y su profesión era el amar a todos los hombres. Sobre todo habían entendido perfectamente el mensaje del salmista: que «sólo los que enseñan a muchos la justicia están destinados a brillar por toda la eternidad».

Y esos afanes y estos ideales tienen siempre un precio que a veces, como en el caso de estos Mártires de Almería, es la sangre, aunque más que precio doloroso era el regalo gozoso que la Providencia reserva para quienes, como Cristo, quieren salvar

a la humanidad. El papa Juan Pablo II reconoció su heroica generosidad al beatificar en Roma a este grupo de heroicos educadores, a los dos obispos manjonianos y a los siete educadores lasalianos, el 10 de octubre de 1993.

* * *

El Beato EDMIGIO PRIMO RODRÍGUEZ se llamaba Isidoro. Había nacido en Adalia, en Valladolid, el 4 de abril de 1881. Estuvo como huérfano en el centro de La Santa Espina, en los montes Torozos. Ingresó en la casa de formación de Bujedo, cerca de Burgos, en 1898. En los centros en que enseñó se hizo querer profundamente por su carácter dulce, bondadoso y el interés por los alumnos. Trabajó en Santander, en Madrid, en Melilla. Llevaba tres años en Almería y se había ganado el corazón de todos. Tenía 55 años al morir.

El Beato AMALIO ZARIQUIEGUI MENDOZA se llamaba, en el siglo, Justo. Había nacido el 6 de agosto de 1886 en Salinas de Oro, Navarra. Ingresó en Bujedo en 1901. Al terminar la formación enseñó en tres localidades de Santander y luego en Sanlúcar de Barrameda, en Cádiz, en Jerez, en Madrid y desde 1930 en Almería. Quería a los escolares con delirio. Se preocupaba de manera especial por los más necesitados. Tenía al morir 50 años.

El Beato VALERIO BERNARDO HERRERO MARTÍNEZ tenía por nombre Marciano. Nació en Porquera de los Infantes, Palencia, el 11 de 1909. Se formó en Bujedo desde 1923 y luego en Griñón, cerca de Madrid. Había ejercido el apostolado educador en Jerez, en Sanlúcar de Barrameda y desde 1933 en Almería. Era serio, muy responsable, buen profesor. Tenía 27 años al morir.

Beato JOSÉ CECILIO RODRÍGUEZ GONZÁLEZ. Su nombre era Bonifacio. Era natural de La Molina de Ubierna, en Burgos. Nació el 14 de Mayo de 1885. Desde pequeño marchó con los padres a Bilbao y fue alumno de la escuela La Salle de Iturribide. Dos hermanos suyos eran ya hermanos de La Salle. Él ingresó en Bujedo en 1899. Al comenzar su apostolado fue a los Corrales de Santander y luego a Isla, a Deusto, a Bilbao, a Ma-

drid, a Puebla de Trives. En Madrid vio cómo los revolucionarios quemaban el Colegio de Maravillas en 1931. Fue enviado a Almería en 1935. Allí le esperaba el Señor a sus 51 años.

Beato TEODOMIRO JOAQUÍN SAIZ SAIZ. Tenía por nombre Adrián. Nació en Puentedey, Burgos, el 8 de septiembre de 1907. Se formó en Bujedo desde 1921. Comenzó su apostolado educador en Jerez de la Frontera y siguió en Melilla. En 1933 fue enviado a Almería. Se hacía querer por su carácter agradable y servicial. Era el hombre de sonrisa interminable. Y murió el mismo día que cumplía los 29 años.

Beato EVENCIO RICARDO ALONSO UYARRA. Se llamaba Eusebio. Nació en Viloria de Rioja, Burgos, el 5 de marzo de 1907. Alumno de la escuela local de los hermanos de La Salle, marchó a Bujedo con su hermano pequeño, Blas, en 1920. Serio, algo tímido, abnegado en extremo. Era un hombre tranquilo y fiel. Su ilusión era el trabajo. Dio clase en Madrid, luego en Melilla y desde 1934 en Almería. Tenía 29 años al morir.

Beato AURELIO VILLALÓN ACEBRÓN MARÍA. Tenía por nombre Bienvenido. Había nacido en Zafra de Záncara, Cuenca, el 22 de marzo de 1890. Perdió a sus padres de pequeño y fue acogido por un tío suyo. Ingresó en la casa de Bujedo en 1903. Su apostolado educador se inició en Lorca y luego recorrió Gijón, Madrid, Melilla. Estuvo en Bélgica, en Lembecq, un año y volvió a Cádiz como director. Generoso, alegre, muy responsable, era trabajador infatigable y muy sereno. Su valor era grande. Desde 1933 estaba como director en Almería. Tenía al morir 46 años.

PEDRO CHICO GONZÁLEZ, FSC

Bibliografía

CASTAÑOS URBINA, A., *Memorial de los Hermanos. Lecturas para las celebraciones de nuestros santos beatos FSC* (Madrid 1995).

CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, *Edmigius et VII sociorum... Positio super martirio* (Roma 1991).

HERMOSILLA, J. L., *Pastores de la Iglesia y apóstoles de la escuela. Beatos mártires de Almería, 1936* (Granada 1993).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN ARÍSTIDES

Filósofo y apologista († 150)

Arístides, un fiel cristiano del siglo II, dedicó una apología del cristianismo al emperador Adriano, y su libro estuvo perdido durante muchos siglos. Pero en 1889 Rendel Harris lo encontró traducido al siríaco en un manuscrito del monasterio griego del Sinaí. Poco después A. Robinson lo encontró reproducido casi enteramente, y esta vez en griego, en el libro titulado *Vida de Barlaam y Josafat,* atribuido falsamente a San Juan Damasceno.

El autor se presenta como un filósofo ateniense y desarrolla su tesis sobre la noción de Dios, y desde este criterio argumenta la superioridad de la religión cristiana. Empieza diciendo que de la existencia y del orden del mundo se deduce la existencia de Dios, que no puede ser sino eterno, impasible y perfecto, para luego insistir en que de entre los hombres sólo los cristianos le dan a Dios un culto digno de él; porque los demás hombres o bien adoran los elementos de la naturaleza, o a dioses corrompidos, o dan más culto a los ángeles que a Dios, como curiosamente argumenta contra los judíos, mientras que los cristianos lo adoran con una superioridad moral incontestable. Por ello —así concluye— el emperador debería dejar de perseguir a los cristianos y convertirse al cristianismo, y le expone las bellezas de la vida cristiana. Celso conoció esta apología, se valió de ella para atacar a los judíos y se apoyó en las palabras de Arístides para atacar el dogma de la Providencia. Se ha discutido si está realmente dirigido el libro a Adriano, como dice Eusebio, o tal vez a Antonino, como han querido críticos más recientes, lo que cambiaría la fecha de la composición.

BEATO ANDRÉS DOTTI

Presbítero († 1315)

Nació en Borgo San Sepolcro, Italia, hacia el año 1250, en el seno de una noble familia. Fue hermano del conde Dotto Dot-

ti, capitán de los arqueros de la guardia de corps del rey Felipe IV el Hermoso de Francia. Se educó como cualquier otro noble de su época pero a los 17 años optó por la vida religiosa e ingresó en la Orden de los Siervos de María. Esta decisión se debió a que escuchó un sermón a San Felipe Benicio cuando abría en su pueblo el capítulo general de su Orden y quedó profundamente impactado del contenido del sermón («Si alguno no renuncia a todo lo que posee no puede ser mi discípulo») y de la santidad del religioso que lo había predicado. Cuando el joven se presentó a pedirle el hábito, el santo lo recibió. Tras su ordenación sacerdotal, fue destinado a un monasterio regido por uno de los fundadores de la Orden, San Gerardo Sostegni. Se distinguió muy pronto por su elocuente y fervorosa predicación y San Felipe Benizi lo llevó consigo a numerosos viajes apostólicos. Su espíritu de austeridad y penitencia lo hizo notable en su diócesis y por ello la Orden le fue encomendando sucesivos cargos de responsabilidad que llevó adelante con gran dedicación. Logró la filiación a la Orden de los ermitaños de Vallucola. Su intensa vida interior le llevó a tener fama de místico y además se le atribuyeron numerosos milagros. Cuando cumplió los sesenta años pidió permiso para llevar vida de ermitaño, lo que le fue concedido, y se retiró a la soledad donde vivió solamente para Dios. Lo encontraron un día arrodillado y muerto. Era el 31 de agosto de 1315. Su culto fue confirmado el 29 de noviembre de 1806 por el papa Pío VII.

APÉNDICE

1 de agosto

SAN PEDRO AD VINCULA

Propiamente hablando, esta fiesta fue establecida con motivo de la dedicación de la basílica de San Pedro en el Esquilino, donde se conservaban las cadenas *(vincula)* con que fue aherrojado San Pedro durante su prisión romana en la cárcel Mamertina. Pero la fiesta litúrgica, por curiosas circunstancias que después veremos, hace resaltar el prendimiento y liberación del apóstol en Jerusalén, que San Lucas nos ha transmitido en uno de los más bellos y pormenorizados episodios de su libro Hechos de los Apóstoles.

«Por aquel tiempo —comienza el capítulo 12 de los Hechos— el rey Herodes se apoderó de algunos de la Iglesia para atormentarles». Éste era Herodes Agripa, el tercero de tal nombre, nieto de Herodes el Grande, que diera muerte a los Inocentes. Había recibido el reino del emperador Cayo Calígula el año 40, y el suceso que ahora se refiere ocurrió el año 44. «Dio muerte por la espada a Santiago, hermano de Juan, y, viendo que daba gusto con ello a los judíos, llegó a prender también a Pedro. Era por los días de los ázimos».

Santiago, puntual a la predicción del Maestro y a su propia promesa, había conseguido morir «en los días de ázimos», durante la solemnidad pascual, bebiendo de esta suerte el cáliz de la amargura por las mismas fechas en que lo apurara el Señor.

Pedro es puesto en la cárcel, encargando de su custodia a cuatro piquetes de soldados, teniendo Herodes el propósito de ofrecérselo al pueblo después de la Pascua. Pero la Iglesia oraba incesantemente a Dios por él. Se comprende la enorme emoción de la comunidad cristiana de Jerusalén con tal motivo.

Después de la muerte del diácono Esteban, ya algo lejana, pero que tan profundamente consternados dejó a los fieles, se junta ahora la muerte de Santiago en tan señalados días, y la prisión de Pedro, a la que todo hacía presentir un fin trágico. Incapaz de tomar resoluciones más expeditivas y heroicas, «la Iglesia oraba incesantemente a Dios por él». Oración por el Papa prisionero, con el que Herodes había extremado las precauciones, montando tan excepcional vigilancia para un solo hombre.

Y aquí viene el contraste entre el sobresalto de la Iglesia y la paz de Pedro. Porque la noche anterior al día en que Herodes pensaba entregar su prisionero al pueblo, hallábase éste durmiendo entre dos soldados, sujeto con dos cadenas y guardada la puerta de la prisión con centinelas. Hace bien el narrador en aportar tantos detalles. La víspera de su martirio Pedro duerme tranquilamente.

Queremos imaginarnos que su sueño sería bien distinto del de Getsemaní, la víspera del prendimiento del Señor, cuando le rendía el cansancio y la pena, no dejándole su inconsciencia presentir lo que se avecinaba. Ahora, aunque sujeto con dos cadenas que los soldados asían por los extremos, el santo apóstol duerme sosegadamente, sin importarle la incomodidad de la prisión, dejando su porvenir en las manos de Dios, ajeno al futuro, tan preñado de temores.

Y entonces se opera el milagro.

> «Un ángel del Señor se presentó en el calabozo, que quedó iluminado, y, golpeando a Pedro en el costado, le despertó, diciendo: "Levántate pronto"; y se cayeron las cadenas de sus manos. El ángel añadió: "Cíñete tus vestidos y cálzate tus sandalias". Hízolo así. Y agregó: "Envuélvete en tu manto y sígueme". Y salió en pos de él. No sabía Pedro si era realidad lo que el ángel hacía; más bien le parecía que fuese una visión».

San Lucas ha sabido captar magníficamente el estado psicológico del «príncipe de los apóstoles», y Rafael, en las «estancias» del Vaticano, supo pintar con singular maestría la «liberación de San Pedro» y las distintas fases de la luz que alumbra la escena. El prisionero despierta de su pesado sueño y obedece como un autómata. Todo es extraño y tan rápido, que no tiene tiempo de discernir el sueño de la realidad.

> «Atravesando la primera y la segunda guardia llegaron a la puerta de hierro que conduce a la ciudad. La puerta se les abrió por sí misma, y salieron y avanzaron por una calle, desapareciendo después el ángel. Entonces Pedro, vuelto en sí, dijo: "Ahora me doy cuenta de que realmente el Señor ha enviado su ángel, y me ha arrancado de las manos de Herodes y de toda la expectación del pueblo judío"».

La impresión inusitada continúa. Como por arte de encantamiento, y sin ser notados de los centinelas, atraviesan los retenes de las guardias y salen a la ciudad al abrírseles por sí sola la puerta de la cárcel. Es en la calle, al encontrarse solo, cuando Pedro advierte con toda claridad que aquello no es un sueño, sino el ángel del Señor que le ha libertado. ¿Qué hacer en tal caso? ¿Adónde dirigirse en tales horas? La noche estaba avanzada, y el día era menester que le encontrase muy lejos de Jerusalén.

> «Reflexionando, se fue a casa de María, la madre de Juan, por sobrenombre Marcos, donde estaban reunidos y orando. Golpeó la puerta del vestíbulo y salió una sierva llamada Rode, que, luego que conoció la voz de Pedro, fuera de sí de alegría, sin abrir la puerta corrió a anunciar que Pedro estaba en el vestíbulo. Ellos le dijeron: "Estás loca". Insistía ella en que era así; y entonces dijeron: "Será su ángel". Pedro seguía golpeando, y cuando le abrieron y le conocieron quedaron estupefactos».

Esta María debía ser la madre de Marcos, el evangelista, y seguramente que su casa era el cenáculo donde acostumbraba a reunirse la Iglesia o comunidad cristiana de Jerusalén, en aquel momento, en patética asamblea de plegarias por el apóstol cautivo.

San Lucas relata con gracia y ternura la deliciosa escena. La impresión de la criada Rode, que se olvida de abrir; la incredulidad de los reunidos, la impaciencia de Pedro en la calle, solo y temiendo que pudieran buscarle al darse cuenta en la cárcel de que el preso había escapado. Al fin le abren y, después de referir brevemente su liberación y dar algunas órdenes, «salió, yéndose a otro lugar».

No había tiempo que perder. Con ligereza y cautela Pedro organizó su huida. El autor de los Hechos no quiso decir hacia dónde emprendió su marcha, tal vez para no traicionar su retiro. La tradición nos refiere que marchó a la misma Roma. Dejaba la capital del judaísmo por la del mundo pagano. Su misión

entre los de su raza había concluido. Era el momento de llevar la Buena Nueva «hasta el último confín del mundo».

Éste es el bello relato que sirve de epístola en la misa del día y también como lecciones del primer nocturno del oficio divino. Una demostración de la Providencia divina sobre su Iglesia, que desbarata los planes de Herodes, porque todavía no era el momento en que Pedro «extendiera los brazos y otro le ciñera, llevándole adonde no quisiera ir».

Del «príncipe de los apóstoles» celebra la Iglesia varias festividades, la de su martirio (29 de junio), la de su cátedra (22 de febrero) y ésta de sus cadenas (1 de agosto).

Desde el siglo IV existía en Roma, en el barrio aristocrático del monte Esquilino, una iglesia dedicada a San Pedro y San Pablo. Al siglo siguiente hizo una restauración a fondo de la misma el papa Sixto III († 440) con las limosnas que proporcionó el presbítero Felipe, legado suyo en el concilio de Éfeso (año 431), y donde trabó amistad con la princesa Eudoxia, siendo ella quien sufragó las obras del templo, con tal esplendidez que la basílica mereció llamarse con el título de Eudoxia.

Consta que en este templo se guardaban ya desde principios del siglo V las cadenas con que fuera aprisionado en Roma el Príncipe de los Apóstoles en tiempos de Nerón, porque el obispo Aquiles de Spoleto consiguió el año 419 algunos eslabones de la misma, que depositó en su iglesia, en cuyas paredes mandó grabar unos versos a los que pertenece este dístico que hoy figura como antífona en el oficio litúrgico:

> *Solue ivvente Deo terrarum Petre catenas, qui facis, vt pateant caelestia regna beatis.*
>
> («Desata, oh Pedro, por orden de Dios las cadenas de la tierra, tú que abres los reinos celestiales a los bienaventurados»).

Estas mismas ideas las expresaba el diácono Arator en el poema que declamó en la iglesia romana de San Pedro *ad vincula,* donde una lápida las reproduce para el visitante:

> «Estas cadenas, oh Roma, afirman tu fe. Este collar que te rodea hace estable tu salvación. Serás siempre libre, porque ¿qué no podrán merecerte estas cadenas, que han atado a aquel que todo lo puede desatar? Su brazo invencible, piadoso aun en el cielo, no permitirá que estos muros sean abatidos por el enemigo. El que abre las puertas del cielo impedirá el paso a los que te hagan guerra».

La devoción a las cadenas de San Pedro dio pie a una fiesta que se procuró fuera muy popular, para contrarrestar con ella la memoria de otra pagana que se celebraba en la misma fecha en honor de Marte. El calendario jeronimiano la menciona con estas palabras: «En Roma, estación en San Pedro *ad vincula*». O en esta otra redacción: «Estación en el título de Eudoxia, donde los fieles besan las cadenas del apóstol Pedro».

Era de tanta fama esta devoción que el propio emperador Justiniano llegó a pedir desde Constantinopla una reliquia de las cadenas del apóstol, «si era posible». Y San Gregorio Magno refiere que de todas partes ambicionaban, por lo menos, unas limaduras de dichas cadenas, con las que se fabricaban piezas de orfebrería en oro y plata, añadiéndoles dichas limaduras.

Alguna vez se regalaron hasta eslabones, como a la catedral de Metz, que conserva uno, de suerte que la cadena guardada en el Esquilino no está completa. Comprende dos pedazos, uno de veintitrés eslabones, terminado en dos argollas semicirculares que servirían para aherrojar las manos o el cuello, y otro que sólo tiene once eslabones idénticos a los primeros y cuatro más pequeños. Son obra tosca de herrero, de la misma factura que otras cadenas antiguas que han llegado a nosotros. Pocas reliquias llegan a poseer tantos títulos de autenticidad como ésta.

Sin embargo, la leyenda vino a hacerlas sospechosas. Siempre se pensó que tales cadenas fueron las que aprisionaron en la cárcel Mamertina a San Pedro, en la misma Roma. Pero en el siglo VII un predicador relacionó la prisión romana del Príncipe de los Apóstoles con la de Jerusalén, y en sí la idea era feliz, y pasó a la liturgia; pero desgraciadamente se añadió como consecuencia que la cadena de Jerusalén había sido llevada a Roma por Eudoxia, la emperatriz que contribuyera a reedificar la basílica del Esquilino. En el siglo XIII se propagó la leyenda definitiva. La emperatriz Eudoxia, al ir en peregrinación a Jerusalén el año 429, recibió del patriarca Juvenal las cadenas que habían atado a San Pedro cuando la prisión de Herodes Agripa. Una parte de ellas la conservó en Jerusalén y la otra la regaló a su hija Eudoxia, que dos años antes había casado con el emperador Valentiniano III. La joven emperatriz mostró tan preciada reliquia al papa Sixto III, quien correspondió mostrando a su

vez la otra cadena con que Nerón había aprisionado al santo apóstol antes de sentenciarle a muerte. Habiendo acercado el Papa una cadena a otra, al instante se soldaron las dos tan perfectamente que parecían una sola.

Como consecuencia del milagro Eudoxia habría mandado edificar la basílica de San Pedro *ad vincula* en honor de la preciada reliquia.

Ya hemos visto el origen de este hermoso templo, que posteriormente fue título cardenalicio, ligado de forma tradicional a la familia florentina de los Rovere, que lo restauraron en la época del Renacimiento, dándole el aspecto actual. Posee frescos y pinturas del Pollaiuolo, del Guercino, del Domenichino y del Pomarancio, y sobre todo guarda la obra cumbre de Miguel Ángel, el famoso Moisés, que habría sido una de las cuarenta estatuas que decorasen el mausoleo de Julio II, el cual, sin embargo, fue enterrado en una relativamente modesta tumba.

Las cadenas se guardan bajo el baldaquino del altar mayor, en un tabernáculo de bronce con bajorrelieves del Caradosso (1477). Se muestran al pueblo el día 1 de agosto, y la historia habla de numerosos milagros atribuidos al contacto con las mismas, sobre todo para la liberación de los posesos. Algunas de estas escenas decoran la bóveda de la nave central.

CASIMIRO SÁNCHEZ ALISEDA

Bibliografía

DUCHESNE, L. (ed.), *Liber pontificalis,* I (París 1886) 261.
GRISAR, H., *Histoire de Rome et des papes au Moyen Âge.* I: *Rome au déclin du monde antique* (París 1906) 155-157.
PENNA, A., *San Pedro* (Madrid 1959).
SCHUSTER, A. I., *Liber sacramentorum,* VIII (Turín 1932) 123-126.

6 de agosto

LOS DOSCIENTOS MÁRTIRES DE CARDEÑA
(† 953)

A unos doce kilómetros al oriente de Burgos se levanta el monasterio de San Pedro de Cardeña, el que los cronistas de la Orden de San Benito hacen remontar al siglo V. Como es co-

rriente en las fundaciones benedictinas, el cenobio está emplazado en un ancho valle más fértil y productivo que el resto del terreno, de suyo pedregoso y levemente ondulado, como lo es toda la comarca de Cardeña. Desconocemos la suerte que pudo correr el monasterio en el momento de la invasión musulmana, pero al repoblar la región de Cardeña el rey Alfonso III de León vemos surgir de nuevo el abandonado monasterio y pronto convertido en centro de laboriosidad y vida religiosa, según norma de las abadías medievales.

Las reliquias de San Pedro y San Pablo, San Juan Evangelista, San Vicente y Santa Eufemia, que se veneraban en el monasterio de Cardeña, sirvieron, en aquellos días de gran fervor religioso, de medio de atracción para que muchas familias acudieran a repoblar las tierras abandonadas o recién conquistadas; las gentes del campo establecidas en la región de Cardeña y lugares circunvecinos sienten pronto la protección y el amparo de los tesoros de fe encerrados en el monasterio; admiran con asombro la vida austera que hacen los numerosos monjes observantes de la regla de San Benito, y su agradecido reconocimiento se traduce en multitud de donaciones que son garantía de la protección divina.

El monasterio de San Pedro de Cardeña y todo el territorio castellano, como lugares fronterizos, se hallaban expuestos a frecuentes incursiones musulmanas en los siglos IX y X: los árabes, además, sabían aprovechar ventajosamente todas las luchas internas existentes entre los reyes y condes del territorio libre para sus fines militares y conquistadores. Apenas subió al trono de León Ordoño III (951), se vio envuelto en una guerra contra su hermano Sancho, pretendiente al trono y favorecido en sus aspiraciones por el rey García de Navarra y el conde de Castilla Fernán González, que marcharon con sus ejércitos sobre la ciudad de León. Las huestes de Abderramán aprovecharon muy oportunamente estas discordias de los reinos cristianos para invadir las fronteras castellanas, obteniendo fáciles y sonadas victorias registradas por los cronistas árabes en los años 951 y 952.

Los brillantes triunfos obtenidos por los ejércitos de Abderramán les movieron a repetir el ataque al año siguiente, confiados en que habían de obtener un rotundo éxito, porque las

desavenencias entre el rey de León y el conde de Castilla continuaban. Precisamente en el momento en que Ordoño III se preparaba a ir contra el conde Fernán González, Ahmed ben-Yala, gobernador de Badajoz, y el terrible Gálib, gobernador de Medinaceli, planearon un ataque simultáneo por tierras de León y Castilla en el verano del año 953. El conde Fernán González intentó hacer apresuradamente las paces con el rey de León y solicitó su ayuda, según lo atestiguan el Tudense y don Rodrigo Jiménez de Rada, pero la decisión llegaba tarde. Gálib penetró con su poderoso ejército por tierras de Castilla, avanzó sobre San Esteban de Gormaz, se apoderó de su fortaleza y, siguiendo la vía romana que va desde Clunia a Burgos, asoló los territorios que encontró a su paso: se internó por Cerras de Lara hasta Palazuelos de la Sierra, bajando después por Santa Cruz de Juarros hasta llegar a la capital de Castilla la Vieja.

En el camino un poco desviado al oriente de la ciudad burgalesa estaba el monasterio de San Pedro de Cardeña, rico por las frecuentes donaciones de monarcas y fieles, floreciente por los doscientos monjes que allí rezaban, estudiaban y trabajaban bajo la mirada vigilante de su abad Esteban. El venerando cenobio ofrecía ocasión propicia a la soldadesca mora para satisfacer su desenfrenada codicia de riquezas y, al mismo tiempo, apagar su insaciable sed de sangre cristiana. Según reza una inscripción de la segunda mitad del siglo XIII, con un laconismo propio de crónica medieval, el día 6 de agosto, fiesta de los santos mártires Justo y Pastor, llegó el ejército árabe a San Pedro de Cardeña, saqueó el monasterio y consumó la horrible matanza de sus doscientos monjes. La *Crónica general* de Alfonso el Sabio confirma también el hecho y asegura, además, que sus cuerpos fueron soterrados en el claustro, que en adelante se denominó de los mártires, perpetuando así la memoria de estos héroes de la fe de Cristo. El general del ejército árabe, Gálib, expidió rápidamente a Córdoba un correo anunciador de los triunfos que había conseguido sobre los cristianos, y poco después llegaba un convoy con abundante botín de cruces, cálices y campanas, que los musulmanes cordobeses recibieron con grandes muestras de satisfacción y alegría.

Ruinas y soledad interrumpieron por unos años la vida del asolado monasterio; pero la sangre de tan crecido número de

mártires no podía ser infructuosa ni estéril; la vida del martirizado cenobio surgió pujante poco después, merced a la magnánima liberalidad del conde Garci Fernández, que bien puede considerarse como el restaurador y principal mecenas de San Pedro de Cardeña. Tanto la *Crónica general* como el martirologio antiguo de Cardeña y una memoria antigua conservada todavía en Oña en el siglo XV, según Argaiz, atribuyen la restauración del monasterio al conde Garci Fernández, y esta unánime coincidencia es una prueba más de que el martirio de los doscientos benedictinos de Cardeña tuvo lugar en el siglo X y no en el IX, como con notorio error apunta la inscripción de la lápida conmemorativa colocada en el claustro.

La memoria de los doscientos héroes de Cardeña degollados por los alfanjes musulmanes tenía que recibir pronto la veneración y el homenaje de los fieles y de sus hermanos en religión. El Señor, por su parte, quiso también honrar a sus santos con el maravilloso prodigio de ver teñido de color de sangre el pavimento del claustro todos los años el día 6 de agosto, aniversario del martirio, y en el lugar donde, según la tradición, habían sido martirizados. El milagro se vino repitiendo todos los años hasta los tiempos de Enrique IV (1454-1474), cuando faltaba poco tiempo para que los árabes fueran expulsados de España. El hecho lo deja insinuar la *Crónica* de Alfonso el Sabio de la segunda mitad del siglo XIII, cuando nos dice que «az Dios por ellos muchos milagros». Y en el voluminoso libro del dominico Alfonso Chacón *(De martyrio ducentorum monachorum sancti Petri a Cardegna),* impreso en Roma el año 1594, como preparación para la canonización, se recoge además un buen número de milagros realizados a través de los siglos por estos atletas de Cristo.

Por sus doscientos mártires, y por los beneficios y gracias conseguidos a través de su intercesión, el monasterio de Cardeña quedó convertido en centro de peregrinación nacional; allí acudieron reyes como Enrique IV en 1473, Isabel la Católica en 1496, Felipe II en 1592, Felipe III en 1605 y Carlos II en 1677, y allí se congregaban en ininterrumpidas caravanas fieles de los pueblos y comarcas de Castilla atraídos por la fama de sus milagros y por el magnífico ejemplo de su vida inmolada y sacrifica-

da en defensa de la fe cristiana. Cuando, a finales del siglo XVI, se quiso dar cauce oficial y litúrgico al culto tradicional de los mártires de Cardeña, su causa encontró favorable acogida en la Sagrada Congregación de Ritos y el papa Clemente VIII autorizó el culto por breve pontificio del 11 de enero de 1603. El monasterio de Cardeña se preparó a celebrar tan fausto acontecimiento con una hermosa capilla dedicada a los Santos Mártires y con una serie de actos y solemnidades religiosas que duraron más de una semana.

Con la canonización oficial y solemne su fiesta trascendió a muchos pueblos de la diócesis de Burgos, que se apresuraron a conseguir reliquias para su veneración; su culto traspasó las fronteras de Castilla y pasó a varios pueblos de las diócesis de Valladolid y Palencia. Reliquias fueron solicitadas de muchas catedrales de España y aun del Nuevo Mundo, como nos consta por las existentes en Burgos, Santiago, León, Palencia, Osma, Badajoz, Santander, Canarias y México.

Si el recuerdo del Cid Campeador no hubiera bastado para dar fama universal al monasterio de San Pedro de Cardeña, habría sido más que suficiente el martirio de estos doscientos monjes benedictinos, cuyas coronas serán la mejor ofrenda que podrá presentar esta región de Castilla cuando, según palabras de Prudencio, venga el Señor sobre una nube, blandiendo rayos con su diestra fulgurante, a poner la justicia entre los hombres.

DEMETRIO MANSILLA REOYO

Bibliografía

ÁLVAREZ, J., *Cardeña y sus hijos* (Burgos 1952).
BERGANZA, F. DE, *Antigüedades de España,* I (Madrid 1719) 132-170.
BOSCHIUS, P., en *Acta sanctorum.* Augusti, II (Venezia 1751) 162-169.
CHACÓN, A., *De martyrio ducentorum monachorum sancti Petri a Cardegna* (Roma 1594).
MENÉNDEZ PIDAL, J., «San Pedro de Cárdena. Restos y memorias del antiguo monasterio»: *Revue Hispanique* 19 (1908) 168-202.
RODRÍGUEZ Y FERNÁNDEZ, I., *Los doscientos mártires de Cardeña. Recuerdos y crítica* (Madrid 1924).
SANDOVAL, P., *Primera parte de las fundaciones de San Benito* (Madrid 1601) fol.34-50.
SERRANO, L., *Becerro gótico de Cardeña* (Valladolid 1910) XLI-XLVI.
• Actualización:
BERGANZA, F. DE, *Antigüedades de España,* I. Reprod. facsímil (Burgos 1992).
MARRODÁN, M.ª J., OCSO, *San Pedro de Cardeña: Historia y arte* (Burgos 1993).
MORETA, S., *El monasterio de San Pedro de Cardeña. Historia de un dominio monástico castellano (902-1338)* (Salamanca 1971).

15 de agosto

NUESTRA SEÑORA DE LOS OJOS GRANDES

Testimonios de indudable autenticidad han traído hasta nosotros el eco de la profunda veneración que en los siglos medios consagraban a la imagen de la Virgen lucense los reyes, los magnates y el pueblo, hasta el punto de que la historia local de varias centurias se desarrolló bajo el signo de una intensa polarización hacia la Madre de Dios, que, como Señora de la ciudad, fue invocada con el nombre de Santa María de Lugo; como escudo de nuestros reyes en sus empresas contra los enemigos de la religión y de la patria fue llamada la Virgen de las Victorias, y desde hace varios siglos se la distingue con la dulcísima advocación de Virgen de los Ojos Grandes.

La catedral de Lugo, cuya sede existía con toda certeza a mediados del siglo III, tuvo siempre por titular, a lo que puede presumirse, a la Virgen María. Claro es que de tan remota antigüedad, si exceptuamos el hecho incuestionable de la existencia de la diócesis y el nombre de algunos de sus prelados, las noticias que han logrado sobrevivir a la irrupción de los bárbaros y a la invasión musulmana son vagas e imprecisas.

La luz comienza a hacerse en los primeros lustros de la Reconquista, desde los que la Virgen de Lugo está presente en los principales episodios de la vida local. Ella inspira la obra restauradora del obispo Odoario y a ella acuden nuestros monarcas en los momentos azarosos de su reinado.

Odoario restaura la catedral, la ciudad episcopal y la diócesis que habían sido devastadas por la primera irrupción musulmana; en su magna empresa le guía la devoción a la Virgen de Lugo, que alienta y preside la reconquista de estas tierras, como la de Covadonga preside y alienta la reconquista patria. En el llamado *testamento menor,* que llegó a nosotros en redacción tardía, Odoario describe la repoblación de las tierras lucenses con sus siervos y familiares, llevada a cabo en tiempos de Alfonso II, y, después de ofrecer a la Virgen de Lugo las iglesias reedificadas que menciona, la invoca con estas palabras:

> «Oh gloriosa Virgen María, en cuyo honor brilla esta iglesia [...], dígnate aceptar estos dones que te ofrezco, con todo lo que en adelante logre ganar y acrecer durante toda mi vida».

Alfonso II atribuye a la intercesión de la Virgen de Lugo la victoria del castro de Santa Cristina sobre el traidor Mahamud, y en acción de gracias enriquece su iglesia con pingües donaciones.

Bermudo II, en documento del año 991, signado por San Pedro de Mezonzo, la invoca en fervorosa oración como «señora y dueña, reina de las vírgenes, Madre de la luz», y ofrece tierras y posesiones «a la Virgen en cuyo honor se ha erigido, en las márgenes del Miño, la iglesia de Lugo».

Alfonso V confirma en 1027 el diploma de su antecesor y reproduce casi a la letra la misma plegaria: «A Ti, Señora, santa y gloriosa Madre de la luz, Virgen perpetua y Madre de Nuestro Señor Jesucristo, que tienes tu trono en esta sede catedralicia, a las márgenes del Miño...».

Bermudo III fue largamente favorecido en sus empresas por la Virgen de Lugo. Tres diplomas son testigos de la protección de María y de la gratitud del rey. En el último, fechado el año 1036, suscribe:

> «Una pequeña oblación a la iglesia de mi señora y dueña, Santa María, para que sea mi auxiliadora en la defensa de la ciudad de Lugo y merezca yo, mediante su patrocinio, abundantes recompensas del Señor».

Alfonso VI, para librar a la ciudad de las manos de Rodrigo Ovéquez, se ve obligado a derribar las murallas y entrar a sangre y fuego en la catedral, donde el vasallo desleal se había hecho fuerte. Preocupado el rey por tantos «crímenes y ofensas», solicita el perdón de la Virgen María,

> «cuya iglesia fue antiguamente fundada en esta ciudad de Lugo y devotamente venerada por mis abuelos y por ellos enriquecida con bienes y tierras desde que fue rescatada del poder de los sarracenos».

Singularmente emotivos son los diplomas de Doña Urraca relacionados con la Virgen de Lugo. En el de 1107 narra la reina cómo llegó a la catedral y ante el altar de la Virgen consagró como oblato de María al infante don Alfonso, el futuro empera-

dor, cuya vida y cuyo reinado coloca bajo la protección de la Virgen de Lugo. El año 1112 donaba la reina a la catedral copiosas posesiones: el documento fue otorgado en uno de los momentos más azarosos de la vida de Doña Urraca, que, en un arranque de patética ansiedad, rompe en lágrimas y sollozos al ver amenazado su trono por las huestes de su segundo esposo, Alfonso el Batallador:

> «Ahora, pues, señora y reina, Madre de Jesús, Virgen Madre de Jesús, te ruego aceptes esta mi oblación, aunque modesta, y presentes mis lágrimas, mis suspiros, mis gemidos ante el acatamiento de la Divina Majestad, para que tu poderosa intercesión me ayude a poseer pacíficamente el reino que me legó mi padre y seas mi escudo y mi protección ahora y en la hora del tremendo juicio».

Alfonso VII hizo siempre honor al glorioso título de oblato de la Virgen de Lugo, favoreciendo constantemente a la iglesia de Santa María.

Basten estos ejemplos, espigados al azar en los diplomas reales de la catedral lucense. El doctor Pallarés, en el siglo XVII, dice haber reconocido 144 privilegios reales, con donaciones a la Virgen de los Ojos Grandes.

Paralela a la devoción mariana de los monarcas florecía, ejemplar también y vigorosa, la de los nobles, que en sus escrituras de donación y acción de gracias por favores recibidos interrumpen frecuentemente la rigidez protocolaria con hermosas plegarias y delicadas invocaciones a la Virgen, con las que podría tejerse una interesantísima antología digna de figurar al lado de las páginas más jugosas de la mariología.

El pueblo rivalizó con los reyes y los magnates en un emocionado plebiscito de veneración y reconocimiento a la Virgen de los Ojos Grandes.

Muchísimos instrumentos particulares y quinientas escrituras de donación que existían en el siglo XVII son la mejor demostración de la devoción popular.

Una de sus manifestaciones más espléndidas es el voto de los cornados, al que califica Pallarés y Gayoso de «el voto más señalado y más especial entre los que se han hecho a esta imagen». Su origen es antiquísimo. Ya en el siglo XVII los testigos más ancianos que pudo consultar el primer historiador de la Virgen de Lugo, atestiguaban «que el voto era de inmemorial

tradición y costumbre en este obispado». En el año 1587 un acta capitular alude a la posesión que tiene la iglesia de Lugo del voto de los cornados.

El mismo nombre parece demostrar que se instituyó el voto cuando estaba en uso esta clase de moneda, que fue introducida en la segunda mitad del siglo XIII, reinando Sancho el Bravo, y corrió en los reinados siguientes, para desaparecer en el de los Reyes Católicos. Los cornados más antiguos equivalían a un cuarto y un maravedí; y a la mitad de este valor los más modernos: pero no queda memoria de la cantidad que satisfacía cada familia.

Consta solamente que en la segunda mitad del siglo XVII cada casa contribuía con cinco maravedís, lo que supone una recaudación muy considerable en una diócesis que tenía amplios territorios en las provincias de Pontevedra, La Coruña y León.

De las donaciones particulares, cuya relación exhaustiva ocuparía varios volúmenes, hemos de destacar, por su interés histórico, la de doña Sancha Rodríguez, que en el año 1202 ofrece a la Virgen una lámpara que ha de lucir siempre junto a las demás que arden ante el altar de Santa María. La fecha de esta donación nos lleva sin esfuerzo a documentar en el siglo XII la iluminación continua de la imagen de la Virgen de Lugo, y nos demuestra, ya en aquellos remotos tiempos, la piedad de los lucenses y su afán de mantener con el mayor decoro y esplendor el culto de su celestial patrona.

A esta vigorosa manifestación de devoción popular están vinculadas las gracias extraordinarias alcanzadas por intercesión de María. El diploma en que el Cabildo Vaticano concede la coronación de la Virgen de los Ojos Grandes, al ponderar los extraordinarios méritos de la venerada imagen, la llamaba *celeberrimam non minus vetustate quam prodigiorum multitudine:* «celebérrima, tanto por su antigüedad como por la multitud de sus prodigios».

De los documentos de la catedral, el primero que los menciona es Alfonso VI, que asegura haber visto por sus ojos los muchos milagros que ante su altar obraba la Madre de Dios: *tunc vero nos ibidem videntes oculis nostris multa miracula coelitus fieri.*

Doña Urraca afirma que eran innumerables y frecuentes los prodigios que hacía el Señor en esta iglesia por intercesión de su

Madre. Casi con las mismas palabras el conde don Munio Peláez, en documento fechado el año 1123, atestigua que en este templo, dedicado a la Madre de Dios, se realizan frecuentes e innumerables milagros.

Los prodigios obrados por la Virgen de Lugo tienen su primera proyección literaria en el libro de los *Loores et milagros de Nuestra Señora,* de Alfonso X. En la cantiga 77 el Rey Sabio narra, con su sencillez y viveza características, una curación milagrosa, cuyo título traducido dice así: «Cómo Santa María sanó en su iglesia de Santa María de Lugo a una mujer paralítica de pies y manos».

El regio trovador de María nos ha dejado en el estribillo de esta cantiga una feliz y breve descripción de la imagen de los Ojos Grandes, que adopta la actitud de la Virgen de la Leche, tema iconográfico muy extendido desde la segunda mitad del siglo XIII: *«Da que Deus mamou o leite do seu peito, non é maravilla de saar, contreito».*

El milagro se realiza dentro de la iglesia el 15 de agosto, festividad de la Virgen: «E no mes de agosto, no día escolleito, na sa festa grande», como escribe el poeta. Estaban presentes el obispo «e toda a gente», que no pudieron reprimir las lágrimas y prorrumpieron en alabanzas a María.

El doctor Pallarés recoge en el capítulo LIX de *Argos divina: Nuestra Señora de los Ojos Grandes* una serie de hechos extraordinarios, principalmente curaciones de enfermos y desahuciados, atribuidos a la intercesión de la Virgen de Lugo.

Todos ocurrieron en su tiempo, y, aunque tuvo por verdadera y puntual historia las invenciones de los falsos cronicones, su veracidad, en lo que pudo inquirir directa y personalmente, es incuestionable. Gran parte de estas curaciones portentosas se lograban con la aplicación del aceite de las lámparas que ardían ante el altar de la Virgen, y su fama había llegado a los últimos confines de la Península.

> «De algunas partes vienen por él —escribe Pallarés—, y hay testigos de que a Cádiz lo llevó un indiano, pasando por esta ciudad, de que soy testigo».

A rodear de mayor esplendor y grandeza el culto de la Virgen contribuyó poderosamente la Cofradía de los Ojos Gran-

des. No queda memoria de su erección, pero no puede negarse que es antiquísima.

Ya en el año 1577 el obispo don Juan Suárez de Carbajal le daba nuevos estatutos, para acomodarla a las necesidades de los tiempos. Un siglo más tarde, en 1659, la Cofradía cobraba vigoroso impulso, merced al celo del Cabildo, secundado por el obispo don Juan Bravo Lasprilla, que renovó nuevamente las Constituciones, acogidas «con común aceptación de los fieles de esta ciudad y de todo el obispado, y aun de todo el reino, que entran en esta Cofradía, para tener el título y carácter de especiales hijos suyos» (Pallarés).

Por estos tiempos se popularizó el rezo de la salve a la Virgen de los Ojos Grandes al sonar las doce del mediodía, y se acrecentó el culto de la veneranda imagen aumentándose las luces que ardían ante su altar, particularmente en las festividades marianas, y en el día de la Asunción, vísperas, misa y procesión se repartían cirios blancos a todos los asistentes.

La generosa piedad de los cofrades mereció de la santidad de Alejandro VII un breve, fechado en 1663, en el que afirma que acostumbran a hacer muchísimos actos de piedad, caridad y misericordia, y enriquece a la Cofradía con varias indulgencias plenarias y parciales.

El Cabildo catedral hizo voto en el siglo XVII de no ceder nunca el patronato de la capilla, y hacia la magnificencia y solemnidad de su culto encauzó todas sus energías, levantando en la primera mitad del siglo XVIII la obra suntuosa en que hoy es venerada la patrona de la ciudad. Ocupa la cabecera del ábside catedralicio, y es uno de los monumentos más espléndidos del barroco gallego, obra de Fernando de Casas, el genial arquitecto de la fachada del Obradoiro de la catedral compostelana. El retablo de la Virgen, construido a manera de baldaquino, fue trazado por el mismo Casas, y corresponde con su delicada riqueza ornamental a la suntuosidad y grandeza de la capilla.

Su inauguración, año 1736, fue solemnizada con cultos y festejos extraordinarios: octavario de sermones, predicados por prelados; procesión, seis mil reales de fuegos, doce toros «con toreadores de Castilla, seis comedias, las cuatro de capa y espada y las dos de coliseo; dos días de sortija, una seria y otra bur-

lesca; un día de alcancías y otro de mojiganga con carro triunfal y serenata de música, y fuente perenne de vino el día de Nuestra Señora».

Tal es el trono que ocupa la veneranda imagen y que sólo abandonó el 8 de diciembre de 1904 para recorrer, entre el entusiasmo delirante de la multitud, las calles de Lugo y detenerse ante la fachada de las Casas Consistoriales, donde, en solemnísima ceremonia, fue coronada canónicamente.

Millares de lucenses visitan todos los días al Señor sacramentado, expuesto continuamente en la catedral basílica, y luego acuden indefectiblemente a los pies de la Virgen de Lugo a agradecer beneficios recibidos y pedir remedio a sus cuitas y necesidades. Muchas personas devotas alumbran a diario su imagen; muchas a diario recorren de rodillas, una o varias veces, el espacio que rodea el altar; muchas diariamente rezan allí, privada o colectivamente, el santo rosario.

Título el de los Ojos Grandes de cautivadora belleza, cuyo profundo contenido mariológico tiene su más autorizado comentario en las palabras que la santidad de Pío XI dirigió en mayo de 1928 a los congregantes marianos españoles:

> «Entre las hermosas advocaciones con que María es invocada, los más devotos hijos de la devota España le atribuyen la de *Señora de los Ojos Grandes.* Pensamiento magnífico que nos la presenta como el corazón que Dios le ha dado para amar y para socorrer; grandes como su omnipotencia maternal, la más próxima semejanza al ojo mismo de Dios...».

FRANCISCO VÁZQUEZ SACO

Bibliografía

PALLARÉS Y GAYOSO, J., *Argos divina: Nuestra Señora de los Ojos Grandes* (Santiago 1700).

VÁZQUEZ SACO, F., *Nuestra Señora de los Ojos Grandes, patrona de Lugo* (Lugo 1954).

24 de agosto

BEATO TOMÁS DE KEMPIS
(† 1471)

Nació en 1379 o 1380 y murió en 1471. Una existencia larga, pero sin aconteceres notables ni sabidos. Una existencia normal, quieta, en la que nada brilla. Su verdadera vida fue su vida interior, escondida a los ojos de los hombres, conocida sólo de Dios.

Kempen, su pequeña ciudad natal, situada en Renania, pertenece a la diócesis de Colonia. En su escuela aprendió las primeras letras. Tomás Hemerken —tal es su verdadero nombre— era de familia modestísima. Sus padres, Juan y Gertrudis, no podían costearle estudios superiores. ¿Qué sería del pequeño Tomás, que, a no dudarlo, empezaría ya entonces a dar muestras de su clara inteligencia, de su imaginación fecunda, de su sensibilidad exquisita? Su hermano mayor, Juan, había marchado a Deventer e ingresado en los «Hermanos de la vida común». Tomás siguió su ejemplo. Desde 1392 le hallamos en los Países Bajos. Estudia en la escuela de Deventer bajo la tutela de Florencio Radewijns, hombre notable, que había sucedido al fundador, Gerardo Groote, en la dirección del movimiento espiritual conocido por el nombre de *Devotio moderna.*

Nos hallamos, no lo olvidemos, en el «otoño de la Edad Media». Estamos en una época en que todo el mundo clama por una reforma de la Iglesia; pero todo el mundo, olvidando sus propias «deformaciones», piensa sólo en reformar al vecino. Ese varón extraordinario que se llamó Gerardo Groote comprendió que la verdadera reforma empieza reformándose cada cual a sí mismo. Espíritu lleno de celo, suscitó y acaudilló un movimiento serio, riguroso, de autorreformación. A los que se convertían movidos por su predicación y ejemplo, y deseaban permanecer bajo su dirección, les aconsejaba que se reunieran de cuando en cuando para exhortarse mutuamente a perseverar y avanzar por el buen camino. Pero los hubo que no se contentaron con esto; deseaban vivir juntos para tener más facilidades en la práctica de la vida devota. Gerardo se lo permitió, a condi-

ción de que ganaran su pan con el trabajo de sus manos y llevaran vida de comunidad «bajo la disciplina eclesiástica». Tales fueron los orígenes del instituto de los «Hermanos de la vida común».

Gerardo y sus discípulos se proponían también fundar un monasterio de canónigos regulares de San Agustín. Pero el maestro murió sin haber logrado dar forma definitiva a las casas de los hermanos ni puesto en práctica el acariciado proyecto del monasterio. La realización de estas dos obras estaba reservada a Florencio Radewijns. Ambas instituciones debían sostenerse mutuamente, aunque siguiendo distintos derroteros. Los hermanos vivían en pequeños grupos, sin hábito especial, sin votos, sin organización centralizada; su ideal era llevar una vida perfectamente evangélica, de pobreza, de oración, de trabajo, de caridad. Los canónigos de Windesheim, por el contrario, eran verdaderos religiosos, con hábitos, con votos, con oficio coral, con clausura, bajo una observancia determinada por la regla agustiniana y unas constituciones inspiradas en las del monasterio de San Víctor de París. En ambas instituciones se encarnó la *Devotio moderna*...

La *Devotio moderna,* en el fervor de sus orígenes, fue el medio ambiente que acogió, en Deventer, al muchacho de Kempen. Y los ideales de la *Devotio moderna* conquistaron su corazón generoso. En 1398, en efecto, pasó a vivir con Florencio Radewijns y la veintena de jóvenes que éste albergaba en su casa y preparaba para el estado eclesiástico. Pero Tomás no se sintió satisfecho. No le bastaba la vida piadosa de los hermanos; anhelaba la vida religiosa con votos, y coro, y clausura. Al año siguiente entraba en el monasterio de Agnetenberg, junto a Zwolle, perteneciente a la Congregación de Windesheim, fundado hacía poco tiempo y cuyo primer prior era su hermano Juan.

¿Qué clase de pruebas fueron las que aguardaban al joven Tomás en el monte de Santa Inés? No nos consta con certidumbre. El monasterio era pobre. Tomás sabe lo que es padecer necesidad, verse sobrecargado de trabajos. Pero ¿qué son estos sufrimientos físicos comparados con los morales? Su gran tribulación debió de ser ésta: entrado en el monasterio en 1399, no recibió el hábito religioso hasta 1406. Las causas de tan larga

demora nos escapan por completo, pero seguramente alude a ellas la crónica de la casa cuando nos dice que Tomás padeció por entonces grandes tentaciones.

Las dificultades, al fin, se allanan. Tomás profesa y, en 1413 o 1414, recibe la ordenación sacerdotal. Desde entonces en Agnetenberg, salvo el breve paréntesis (1429-1431) del entredicho de la diócesis de Utrecht, que la comunidad entera pasó en Lunenkerk (Zuidercee), los años se sucederán unos a otros tranquilos y fecundos. Tomás vivirá fervorosamente la vida simple, equilibrada, ordenada, devota, de los canónigos de Windesheim: vida puramente contemplativa, ya que todo ministerio pastoral les estaba prohibido por las constituciones; vida de austeridad moderada, repartida entre el estudio, el trabajo y la oración. Oficio divino relativamente corto, algún trabajo manual, a fin de relajar la tensión del espíritu, y mucho tiempo libre para aplicarse a lecturas piadosas, la meditación, la oración privada, las devociones personales: he ahí las jornadas de nuestros religiosos. Tomás conquistará el aprecio de sus superiores y hermanos de hábito. Dos veces desempeña el cargo de superior y una se le designa para el de mayordomo. Se le confía la formación de los novicios. Su consejo, su dirección espiritual, son muy estimados. Tiene el don de consolar a las almas tentadas y atribuladas. Tomás es asimismo un copista pulcro y diligente y autor de libros espirituales. En la paz del claustro son sus ordinarias ocupaciones la transcripción de libros edificantes y la composición de sus propios tratados.

Pero no nos hagamos ilusiones. No contienen sus libros grandes especulaciones teológicas ni elevadas ascensiones místicas. Tomás pertenece plenamente a la escuela de la *Devotio moderna,* es, sin duda, su principal representante; y esta escuela se distingue por su moralismo, su carácter práctico, su reacción contra la teología puramente especulativa y la mística alemana, demasiado abstracta y soñadora para el gusto de aquellos realistas burgueses de los Países Bajos. Tomás escribe pequeños, modestos tratados devotos, en que recomienda insistentemente las «verdaderas virtudes» —la renuncia, la humildad, la obediencia—, recuerda e inculca los deberes del religioso, ofrece a sus hermanos de hábito temas para sus meditaciones. Algunos de

estos opúsculos tienen títulos poéticos: *El jardín de las rosas, El valle de los lirios*... Varios están dedicados a la formación de los jóvenes religiosos. *Los diálogos de los novicios* y la *Crónica de Agnetenberg* trazan las vidas de los fundadores y de sus primeros compañeros, ofrecen ejemplos y principios en que se expresa en su realidad concreta el ideal devoto. Otras veces escribe Tomás para sí mismo, como, por ejemplo, en el *Soliloquio del alma,* uno de sus escritos más importante y más característico.

Es precisamente en estos libros compuestos para su propio consuelo donde mejor captamos la realidad viva y vibrante de su mundo interior. Su ascesis es austera, sincera, íntegra; pero no se repliega sobre sí misma, sino que es sólo un camino que conduce al amor. Tomás es un afectivo y un poeta de la vida espiritual. Estamos todavía lejos de los tiempos y el temperamento de Juan Mombaer y su formidable *Rosaleda.* Mombaer, otro gran representante de la *Devotio moderna,* es didáctico, seco, metódico en grado superlativo, amante de divisiones precisas y regulares; el alma se siente prisionera y oprimida en aquel laberinto de grados, escalas, septenarios y truncados versos mnemotécnicos. Tomás sigue su inspiración, el libre movimiento de su corazón piadoso y su instinto poético. Su alma, su vida, fluyen a través de su pluma, sobre todo en su *Imitación de Cristo,* cuatro opúsculos independientes entre sí, que, bajo un título facticio, estaban destinados a una celebridad incomparable. Excepto el libro cuarto, que es un tratado eucarístico, escrito para los demás, la *Imitación* constituye, en último análisis, una velada, púdica, indirecta autobiografía íntima; es la narración de experiencias personales traducidas al lenguaje doctrinal.

En el libro primero domina el tema del combate espiritual; la determinación activa a esta lucha es su principal característica. Y es que el autor vive —o revive— las primeras etapas de su itinerario religioso. En este opúsculo consigna el objetivo que se propone, las reflexiones que se hace, las máximas que escucha o lee, los obstáculos que debe superar. El primero de estos obstáculos es la sirena engañadora de la ciencia de este mundo. Tomás se halla en la escuela de Deventer, rodeado de estudiantes deseosos de frecuentar las universidades de Praga o de París. Nada más atractivo que aprender para un espíritu despier-

to y curioso. Pero hay más. Conquistar laureles académicos, ser maestro y doctor, significa la fama, los honores, los pingües beneficios eclesiásticos. La tentación es poderosa. Mas allí, a su lado, está Florencio Radewijns, que vela por su alma y le recuerda la inanidad de la ciencia de este mundo. Tomás no estuvo nunca en la universidad, pero Florencio sí. «Dime, ¿dónde están ahora todos aquellos señores y maestros que conociste mientras vivían y florecían en los estudios? Otros ocupan ya sus puestos y ni aun sé si hay quien de ellos se acuerde». ¡Vanidad de vanidades! Lo que importa es alcanzar la verdadera ciencia, que consiste en despreciar el mundo, conocerse a sí mismo para también despreciarse, ser humilde, vivir piadosamente. Tal ciencia sólo se adquiere mediante el desprendimiento, la lucha espiritual, la imitación de Jesucristo, pero en modo alguno por el estudio orgulloso e interesado. Tales son las sabias advertencias de Florencio, que van ganando a Tomás para la vida religiosa. En la segunda parte del opúsculo está ya Tomás en Agnetenberg. En ella consigna sus primeras experiencias de la vida regular, las exhortaciones de sus superiores, sus esfuerzos por sujetarse enteramente a la obediencia, sus primeras meditaciones de la vía purgativa, sus anhelos de perfección religiosa. Tomás es todavía muy joven. Calca su doctrina espiritual sobre la de sus maestros, o simplemente la copia. De ahí el carácter de compilación que presenta este primer libro.

En el libro segundo nuestro canónigo regular sabe ya de la vida. Ya tiene una doctrina propia, pero sobre todo tiene experiencia: una experiencia reciente, que hace sangrar todavía su corazón humilde. El opúsculo empieza así: «El reino de Dios está dentro de vosotros, dice el Señor», y termina: «Bien consideradas todas las cosas, sea ésta la postrera consideración: Que por muchas tribulaciones nos conviene entrar en el reino de Dios». Entre ambas sentencias de la Escritura se desarrolla todo un tratado sobre la tribulación, la cruz, la paciencia, pero también sobre el amor de Dios y la amistad de Jesús. Como es sabido, no es indiferente a la piedad cristiana el empleo de los términos Jesús, Jesucristo o Cristo. El uso del nombre de Jesús, muy frecuente a lo largo de estas páginas, indica una ternura más viva y más humana.

El autor nos habla de una prueba por la que hubo de pasar: contradicciones, humillaciones, desengaños. Fue criticado por hermanos turbulentos, rudamente reprendido, sin motivo, por sus superiores; pero lo que más sintió fue una desilusión de orden afectivo. Tomás, que no puede vivir sin el cariño de un amigo, comprueba que «el amor de la criatura es engañoso y mudable». Ha sido cruelmente decepcionado: «¡Cuántas veces no hallé fidelidad donde pensé que la había!». Por la crónica de Agnetenberg —ya queda dicho— sabemos que Tomás sufrió mucho en su juventud religiosa. Su hermano Juan, entonces prior del monasterio, no le trató muy fraternalmente. Nombrado procurador, tuvo que ser depuesto «a causa de su excesiva simplicidad y devoción», dice Mombaer. Menudencias que el historiador, ocupado en las grandes batallas y las vicisitudes de la gran política, desprecia, pero que abrieron llagas dolorosas en el alma delicada de nuestro religioso. Reprimendas de los superiores, burlas de los compañeros, pequeñas traiciones de sus amigos: todo ello hace que Tomás sepa lo que son penas y, lo que importa infinitamente más, descubra experimentalmente lo que es la amistad de Jesús. «Señor —escribe en otro tratado—, sé Tú mi particular amigo, porque todos mis amigos me han abandonado». Y en este lugar exclama ex abrupto: «Bienaventurado el que conoce qué es amar a Jesús y despreciar a sí mismo por Jesús. Conviene dejar un amado por otro amado, pues Jesús quiere ser amado, Él solo, sobre todas las cosas». Éste es el gran descubrimiento de Tomás: sólo Jesús es el amigo fiel, sólo la amistad de Jesús puede llenar el menesteroso corazón humano. Ya con su Amigo, Tomás acepta lo que él llama el *exilium cordis,* la desolación espiritual, para así asociarse a Jesús en las horas amargas de su pasión; sigue a Jesús por el «camino real de la santa cruz». Y por la puerta de la muerte mística penetra en el reino de Dios, que es un reino interior.

El libro tercero nos muestra una etapa superior de la trayectoria espiritual de Tomás. Un detalle significativo denota el cambio de clima: el autor tiene acceso a la divinidad de Cristo, huésped íntimo de su morada interior; ya no le llama «Jesús» las más de las veces, sino «Señor» y «Señor Dios». Su piedad es más espiritual. Ha progresado en la humildad. Todo el opúsculo está

esmaltado de frases como éstas: «Cayeron las estrellas del cielo, y yo, que soy polvo, ¿qué presumo?»; «No hay santidad si Tú, Señor, apartas tu mano». ¡Qué diferencia entre estas expresiones y el voluntarismo de la *Devotio moderna* que impregna todo el libro primero! Se propugna de nuevo, pero con mayor exigencia, la abnegación total a fin de llegar al amor puro, concepto que aparece ahora a cada paso. El alma ya sólo suspira por allegarse a Dios, recibir las visitas de Dios o, mejor, subir al cielo y reposar eternamente en el seno de Dios. La muerte no es ya el tema de una meditación saludable de la vía purgativa, sino una liberación, la puerta deseada que permitirá al alma entrar en la morada eterna de su Dios.

La *Imitación* es demasiado simple, demasiado sincera, para que la gradación que acabamos de ver sea un puro artificio literario. No; es el alma del autor que se despoja y, al mismo tiempo, se enriquece, se desprende y se eleva. El carácter autobiográfico en el libro tercero es todavía más visible que en los anteriores. Alternan aquí la voz del alma y la del maestro interior. El alma manifiesta más libremente sus sentimientos, y el maestro interior dicta sus lecciones. La prueba no ha terminado todavía; la prueba no termina mientras dura esta vida temporal. A períodos de luz y consolación suceden noches oscuras; a las noches oscuras siguen días luminosos. Pero esto ¿qué importa? Sentimos que Tomás posee ya la paz interior; todas sus delicias están en el coloquio íntimo con su divino huésped. Algunos textos, algunas confidencias veladas, nos inducen a creer que es favorecido con gracias propiamente místicas. De vez en cuando ciertos *excessus* le arrebatan y le procuran luces y consuelos del mundo venidero. Vuelto en sí, toma la pluma y redacta con lenguaje sencillo la lección interior y la respuesta de su alma. No narra propiamente sus ascensiones místicas; omite lo accesorio, lo imaginativo, lo anecdótico, y nos confía la pura substancia de la doctrina y la oración.

He ahí la vida espiritual, la verdadera vida, del venerable Tomás de Kempis tal como nos es dado adivinarla a través de la *Imitación de Cristo.* Muchas causas contribuyeron, sin duda, a la celebridad y difusión de estos opúsculos, que constituyen, al decir de Fontenelle, «el más hermoso libro salido de mano de

hombre»; pero el secreto de su triunfo es, en último análisis, lo que alguien ha llamado «su clasicismo superior». Tomás de Kempis, el tímido y enfermizo canónigo de Agnetenberg, perteneció al número de privilegiados que saben elevar su pensamiento y su emoción de la esfera de lo personal a la de lo universal. Sus púdicas confidencias, las efusiones de su corazón, presentan al hombre en sus rasgos perennes, reflejan la constante inquietud del alma humana, sus profundas ansias de un amor que la llene enteramente. Su palabra es el eco fiel de la lucha del hombre con su amor propio siempre renaciente, de su esfuerzo constante por acercarse a Dios y poseerle.

GARCÍA M.ª COLOMBÁS, OSB

Bibliografía

DELAISSÉ, L. M. J., *Le manuscrit autographe de Thomas à Kempis et «L'Imitation de Jésus-Christ». Examen archéologique et édition diplomatique du Bruxellensis 5855-61,* 2 vols. (Bruselas 1956).

HUIJBEN, J. - DEBONGNIE, P., *L'auteur ou les auteurs de «L'Imitation»* (Lovaina 1957).

POHI, M. J., *Thomae Hemerken a Kempis opera omnia,* 7 vols. (Friburgo de Brisgovia 1910-1922).

31 de agosto

SANTO DOMINGUITO DEL VAL
(† 1250)

Dominguito del Val nació en Zaragoza, la ciudad de la Virgen y de los innumerables mártires, el año 1243. Era rey de Aragón Jaime el Conquistador, vicario de Cristo en Roma, Inocencio IV, y obispo de Zaragoza, Arnaldo de Peralta. Media España estaba bajo el dominio de los moros y en cada pecho español se albergaba un cruzado.

Los padres de Dominguito se llamaban Sancho del Val e Isabel Sancho. Su madre era de pura cepa zaragozana, y su padre, de origen francés. El abuelo paterno había sido un esforzado guerrero a las órdenes del rey don Alfonso el Batallador. A su lado estuvo en el asedio de Zaragoza, que fue duro y prolon-

gado. Todos los cruzados franceses se marcharon a sus casas; todos, menos uno.

> «Fue nuestro antepasado —decía Sancho del Val a su hijo, siempre que le contaba la historia—. El señor del Val, hijo de la fuerte Bretaña, sufrió inquebrantable el hambre y la sed, los hielos del invierno y los fuegos del verano, las vigilias prolongadas y los golpes de las armas enemigas. Y al rendirse la ciudad, el rey le hizo rico y noble, igualándole con los españoles más ilustres».

Sancho del Val no siguió a su padre por el camino de las armas. Prefirió las letras. Fue tabelión o notario y su firma quedó estampada en las actas de las Cortes de Aragón, al lado de las firmas de condes y obispos.

Dios bendijo la unión de Sancho e Isabel dándoles un hijo que iba a ser mártir y modelo de todos los niños y, de un modo especial, de los monaguillos. Porque Santo Dominguito del Val es el patrono de los monaguillos y niños de coro. Él fue infantico de la catedral de Zaragoza, vistió con garbo la sotanilla roja y repiqueteó con gusto la campanilla en los días de fiesta grande. La imagen que todos hemos visto de este tierno niño nos lo representa con las vestiduras de monaguillo. Clavado en la pared con su hermosa sotana y amplio roquete. La mirada hacia el cielo y unos surcos de sangre goteando de sus pies y manos. Una estampa de dolor ciertamente, pero, también, de valentía superior a las fuerzas de un niño de pocos años. Las nobles condiciones, especialmente su piedad, que se advertían en el niño según crecía, indujeron a los padres a dedicarlo al santuario, al sacerdocio. Cuando fue mayorcito lo enviaron a la catedral. Entonces la catedral era la casa de Dios y, al mismo tiempo, escuela. Todas las mañanas, al salir el sol, hacía Dominguito el camino que separaba el barrio de San Miguel de la Seo. Una vez allí, lo primero que hacía era ayudar a misa y cantar en el coro las alabanzas de Dios y a la Virgen.

Cumplido fielmente su oficio de monaguillo, bajaba al claustro de la catedral a empezar la tarea escolar. Con el capiscol o maestro de canto ensayaban los himnos, salmos y antífonas del oficio divino. La historia y la tradición nos presentan a nuestro santo especialmente aficionado y dotado para el canto. Por algo es el patrono de los niños de coro y seises.

La tarea escolar incluía más cosas. Había que aprender a leer, a contar, a escribir. Los pequeños dedos se iban acostumbrando a hacer garabatos sobre las tablillas apoyadas en las rodillas. La voz del maestro se oía potente y, al acabar, las cabecitas de los pequeños escolares se inclinaban rápidamente para escribir en los viejos pergaminos lo que acababan de oír. Así un día y otro día. Al atardecer volvía a casa. Un beso a los padres, y luego a contarles lo que había aprendido aquel día y las peripecias de los compañeros.

Uno se resiste a creer la historia que voy a contar. Es increíble que haya hombres tan malos. Sin embargo, parece que la substancia del hecho es verdad.

Los judíos eran por entonces muchos y poderosos en Zaragoza. En la sinagoga se había recordado «que al que presentase un niño cristiano sería eximido de penas y tributos». Se cuenta que, un sábado al terminar de explicar la Ley el rabino, dijo: «Necesitamos sangre cristiana. Si celebramos sin ella la fiesta de la Pascua, el Señor podrá echarnos en cara nuestra negligencia».

Estas palabras fueron bien recogidas por Mosé Albayucet. Pensó en aquel niño que todos los días al oscurecer pasaba delante de su tienda. Este niño era Dominguito del Val, que volvía de la catedral a casa. A veces solo y otras con un grupo de compañeros. Con frecuencia, al cruzar el barrio judío, de tiendas oscuras y estrechas callejuelas, cantaban himnos en honor del Señor y su Santísima Madre. Seguramente los que acababan de ensayar con el capiscol de la catedral.

Más de una vez los había oído Mosé Albayucet y, desde la puerta de su tienda, los había amenazado con su mano. Le pareció la ocasión oportuna y prometió a sus correligionarios que aquel año iban a tener sangre de niño cristiano para la Pascua y bien reciente.

Era el miércoles 31 de agosto de 1250. El atardecer se hacía más oscuro en las estrechas callejuelas del barrio judío por donde pasaba Dominguito camino de su casa. De repente, y antes de pensarlo o poder lanzar un grito, nota que algo se le echa encima. Son las manos de Mosé Albayucet que le cubren el rostro con un manto. Le amordaza bien la boca para que no pueda gritar y le mete de momento en su casa.

Aquella misma noche es trasladado el inocente niño a la casa de uno de los rabinos principales. Allí están los príncipes de la sinagoga. Dominguito tiembla de miedo. Sus manos aprietan la cruz que pende de su pecho.

—Querido niño —le dice una voz zalamera—, no queremos hacerte mal ninguno; pero si quieres salir de aquí tienes que pisar ese Cristo.

—Eso nunca —dice el niño—. Es mi Dios. No, no y mil veces no.

—Acabemos pronto —dicen aquellos malvados ante la firmeza del niño.

Va a repetirse la escena del Calvario. Uno acerca las escaleras que apoya sobre la pared; otro presenta el martillo y los clavos, y no falta quien coloca en la rubia cabellera del niño una corona de zarzas, así el parecido con la crucifixión de Cristo será mayor.

Con gran sobriedad de palabras refieren las Actas del martirio lo que sucedió:

«Arrimáronle a una pared, renovando furiosos en él la pasión del divino Redentor; crucificáronle, horadando con algunos clavos sus manos y pies; abriéronle el costado con una lanza, y cuando hubo expirado, para que no se descubriese tan enorme maldad, lo envolvieron y ataron en un lío y lo enterraron en la orilla del Ebro en el silencio de la noche».

Una vez muerto cortaron sus manos y cabeza, que arrojaron a un pozo de la casa donde había tenido lugar el horrendo crimen. Su cuerpo mutilado fue llevado, como dicen las *Actas,* a orillas del Ebro. Allí sería más difícil encontrarlo.

Sus verdugos se retiraron a sus casas contentos de haber hecho un gran servicio a Dios. La Seo había perdido a su mejor monaguillo y el cielo había ganado un ángel más. Todo esto ocurría la noche del 31 de agosto de 1250.

Dios tenía preparado su día de triunfo, su mañana de resurrección, para Dominguito del Val.

Mientras en la casa del notario Sancho del Val se oían gemidos de dolor, una extraña aureola aparecía en la ribera del Ebro. Los guardas del puente de barcas echado sobre el río habían visto con asombro durante varios días el mismo acontecimiento. La noticia recorre toda Zaragoza.

Algunas autoridades y un grupo de clérigos se dirigen hacia el lugar de la luz misteriosa. Allí hay un pequeño trozo de tierra recientemente removida. Se escarba y, metido en un saco, aparece un bulto sanguinolento. Se comprueba que es el cuerpo mutilado de Dominguito. Una ola de dolor e indignación invade la ciudad de punta a punta.

La cabeza y las manos aparecen, también, de una manera milagrosa. Aunque aquí la leyenda no concuerda. Según una versión, un enorme perro negro gime lastimeramente, y sin que nadie le pueda espantar, al borde del pozo al que fueron arrojados los miembros del niño mártir. Es el perro del notario Sancho del Val. Sacada el agua aparecen en el fondo las manos y cabeza de Dominguito. Otra versión dice que las aguas del pozo se llenaron de resplandeciente luz, que crecieron y, desbordadas, mostraron el tesoro que guardaban en el fondo. Pronto se supo toda la verdad del hecho. El mismo Albayucet lo iba diciendo: «Sí, yo he sido. Matadme, me es igual; la mirada del muerto me persigue, y el sueño ha huido de mis ojos». El santo niño había de conseguir el arrepentimiento para su asesino. Bautizado y arrepentido, Albayucet subirá tranquilo a la horca.

> «Divulgado el suceso —escribe fray Lamberto de Zaragoza—, y obrados por el divino poder muchos milagros, el obispo Arnaldo dispuso una procesión general, a la que asistió con todo el clero la ciudad, la nobleza, la tropa y la plebe, todos con velas blancas, y llevaron el santo cuerpo por todas las iglesias y calles de la ciudad, hasta por la puerta Cineja, mostrándolo a todos y haciendo ver en él las llagas de las manos y pies y costado».

Hoy mismo es muy viva la devoción que Zaragoza siente por su glorioso mártir. Su fiesta está incluida entre las de primera clase y los niños de coro de La Seo y del Pilar le festejan como santo patrono. Desde los días del martirio existe la cofradía de Santo Dominguito. El rey Jaime I de Aragón tuvo a honor ser inscrito en ella.

Sus restos mortales se conservan en una capilla de la catedral en hermosa urna de alabastro. Sobre la urna un ángel sostiene esta leyenda: «Aquí yace el bienaventurado niño Domingo del Val, mártir por el nombre de Cristo».

MARCOS MARTÍNEZ DE VADILLO

Bibliografía

Acta sanctorum, 31 Augusti, t.VI p.777-783.

ANDRÉS, F., *Historia de Santo Dominguito del Val* (Zaragoza 1643).

CABEZAS, D., *La flor del Ebro. San Dominguito del Val: leyenda poética* (Barcelona 1907).

DORMER, D. J., *Dissertacion del martyrio de Santo Domingo de Val... y del culto publico inmemorial con que es venerado desde que padeció el martyrio* (Zaragoza 1698).

KIECKENS, I. F., *L'enfant de choeur martyr. Saint Dominguito del Val et son culte* (Bruselas 1895).

LAMBERTO DE ZARAGOZA, OFM Cap - RAMÓN DE HUESCA, *Teatro histórico de las iglesias del Reyno de Aragón,* 9 vols. (1780-1807).

USTARROZ, J. F., *Historia de Santo Domingo del Val* (Zaragoza 1643).

DEL SANTORAL DE LAS DIÓCESIS ESPAÑOLAS

21 de agosto

SANTOS BONOSO Y MAXIMIANO

Mártires († 308)

La diócesis de Jaén celebra el día 21 de agosto la memoria de los Santos Bonoso y Maximiano. Estos santos son presentados en el *Propio de los Santos* de dicha diócesis como hermanos, que eran soldados romanos, y que bajo el gobierno de Daciano, año 308, fueron decapitados en Arjona, la ciudad de la diócesis jiennense que los tiene por patronos. El culto de estos mártires tuvo su primera aprobación en la diócesis el año 1643 siendo obispo el cardenal Moscoso y Sandoval.

El anterior *Martirologio romano* traía su memoria, sin indicar lugar de martirio, el día 21 de agosto. En el actual *Martirologio romano* dicha memoria ha desaparecido.

Los santorales narran una historia diferente de estos santos, haciéndolos también mártires ciertamente, y asimismo militares romanos, pero no situando su martirio en Arjona sino en Antioquía. Así p.e. los benedictinos de Ramsgate nos dicen que ambos eran oficiales de la Cohorte Hercúlea de Antioquía en el reinado de Juliano el Apóstata y que ambos fueron torturados y decapitados por negarse a cambiar el lábaro constantiniano con el signo cristiano por uno nuevo de contenido idolátrico, y sitúan este martirio en el año 362. Algo similar cuenta Pietro Sfair en la *Bibliotheca sanctorum,* advirtiéndonos que las *Actas* de estos mártires las tuvo por auténticas Ruinart pero que Tillemont las juzgó con mayor severidad y encontró datos improbables que las vuelven sospechosas. Quizás por ello, dada la evidente influencia de la *Bibliotheca sanctorum* en el nuevo *Martirologio romano* haya éste suprimido los nombres de estos márti-

res. Pero debe advertirse que en la *Bibliotheca sanctorum* al segundo mártir no se le llama Maximiano sino Maximiliano. Y lo mismo hace Luis Calpena en su conocido santoral *La luz de la fe en el siglo XX,* donde narra una historia cercana a la narrada por Sfair pero diferenciada en que el número de mártires es mayor, y también llama Maximiliano al mártir segundo. Todos éstos, sin embargo, sitúan a los mártires en Antioquía, no en Arjona, y no en la persecución de Diocleciano sino en la de Juliano el Apóstata.

Agradecemos a D. Francisco de Paula Agüera, delegado diocesano de liturgia de Jaén, que nos proporcionó los datos del *Propio* de la diócesis jiennense.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

BENEDICTINE MONKS OF ST. AGUSTINE'S ABBEY, Ramsgate, *The Book of the Saints* (Londres 1989) 100.

CALPENA Y ÁVILA, L., *La luz de la fe en el siglo XX. Libro de la familia cristiana,* VIII (Madrid 1912s) 381-382.

Martirologio romano. Versión española ajustada a la edición vaticana de 1948 por el P. Valentín M. Sánchez Ruiz SJ (Madrid 1953) 225.

Martyrologium Romanum ex decreto Sacrosancti Oecumenici Concilii Vaticani II instauratum, auctoritate Ioannis Pauli PP. II promulgatum. Editio typica (Ciudad del Vaticano 2001).

SFAIR, P., Art. en *Bibliotheca sanctorum.* III: *Bern-Ciro* (Roma 1962) cols.352-353.

CALENDARIO ESPAÑOL

MEMORIAS QUE CELEBRAN LAS DIÓCESIS ESPAÑOLAS

Día 1	En Gerona, San Félix, mártir.
Día 2	En Osma-Soria, San Pedro de Osma, obispo.
	En Calahorra y La Calzada-Logroño, Beato Leoncio Pérez Ramos, mártir.
Día 3	En Palencia, San Pedro de Osma, obispo.
	En Osma-Soria, Beata Juana de Aza.
Día 6	En Alcalá de Henares, santos Justo y Pastor, mártires.
Día 7	En Burgos, santos Esteban y compañeros, mártires.
	En Huesca y Madrid, santos Justo y Pastor, mártires.
	En San Sebastián, Beata Cándida María de Jesús, virgen.
Día 9	En Barbastro-Monzón, Beato Florentino Asensio Barroso, obispo y mártir.
Día 11	En Santiago de Compostela, Santa Susana de Braga, virgen y mártir.
Día 12	En Orihuela-Alicante y Córdoba, Beata Victoria Díez y Bustos de Molina, virgen y mártir.
	En Huesca, beatos Gregorio Chirivás y compañeros, mártires.
Día 13	En Burgos, Santa Centola, virgen y mártir.
	En Cartagena, Beato José Pavón Bueno, presbítero y mártir.
	En Gerona, beatos Jaime Falguerona y compañeros, mártires.
	En Lérida, beatos José María Ormo y compañeros, mártires.
	En Solsona, beatos Antonio Dalmau y compañeros, mártires.
	En Tarragona, beatos Tomás Capdevila y compañeros, mártires.
	En Urgel, beatos Eusebio Codina y compañeros, mártires.
	En Vich, beatos Pedro Cunill y compañeros, mártires.
	En Tarazona, beatos Juan Sánchez y compañeros, mártires.
	En Zaragoza, beatos Rafael Briega y compañeros, mártires.
Día 16	En Segorbe-Castellón, San Roque de Montpellier.
	En Tarragona, Beato Juan de Santa Marta, mártir.

Día 17
En Ceuta y Toledo, Santa Beatriz de Silva, virgen.
En Asidonia-Jerez, Beato Bartolomé Laurel, mártir.
En Gerona, Beato Enrique Canadell, mártir.
En Sevilla, beatos Luis de Sotelo, Pedro de Zúñiga y Bartolomé Laurel, mártires.

Día 18
En Málaga, San Patricio, obispo.
En Valencia y Madrid, Beato Nicolás Factor.
En Zaragoza, Beato Martín Martínez Pascual, mártir.

Día 19
En Tarragona, San Magín, mártir.
En Calahorra-La Calzada y Logroño, Pamplona y Tudela, San Ezequiel Moreno, obispo.
En Valencia, San Luis, obispo.

Día 20
En Córdoba, santos Cristóbal y Leovigildo, mártires.

Día 21
En Jaén, santos Bonoso y Maximiano, mártires.

Día 25
En Barbastro-Monzón, Lérida y Urgel, San José de Calasanz, presbítero.
En Orense, Beato Pedro Vázquez, presbítero y mártir.

Día 26
En Sevilla, San Geroncio de Itálica, obispo y mártir.
En Albarracín, San Clemente y compañeros mártires.
En Mallorca y Menorca, Beato Junípero Serra, presbítero.

Día 27
En Salamanca, la transverberación del corazón de Santa Teresa de Jesús.

Día 30
En Santander, santos Emeterio y Celedonio, mártires.
En Granada, Almería y Guadix, beatos Manuel Medina y Diego Ventaja, obispos y mártires.
En Pamplona, Tudela, Bilbao y San Sebastián, beatos Esteban Zudaire, Juan de Mayorga y compañeros mártires.
En Teruel y Valencia, beatos Juan de Perugia y Pedro de Sassoferrato, mártires.

Día 31
En Ávila, santos Vicente, Sabina y Cristeta, mártires.
En Calahorra-La Calzada y Logroño, santos Emeterio y Celedonio, mártires.
En Cataluña y Solsona, San Ramón Nonato, presbítero.
En Zaragoza, Santo Domingo del Val, mártir.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

1. **Santos y beatos**

Adaucto de Roma, San († 304), día 30, 1145.
Afra, Sta. († 304), día 7, 187.
Agatángelo de Vendôme (Francisco) Nourry, Bto. († 1638), día 7, 190-192.
Águeda de Nuestra Señora de las Virtudes Hernández Amorós, Bta. († 1936), día 19, 684-700.
Agustín Kazotic, Bto. († 1323), día 3, 81-84.
Agustín Ota, Bto. († 1622), día 10, 314-315.
Agustín, San († 430), día 28, 1011-1023.
Aidano de Lindisfarne, San († 651), día 31, 1160-1163.
Aimón Taparelli, Bto. († 1495), día 15, 544.
Alberto de Sicilia, San († 1307), día 7, 165-169.
Alberto Hurtado Cruchaga, Bto. († 1952), día 18, 635-641.
Alejandro el Carbonero, San († s. III), día 11, 334-335.
Alejandro de Constantinopla, San († 340), día 28, 1040-1042.
Alejo Sobaszek, Bto. († 1942), día 1, 42-43.
Alfonso López López, Bto. († 1936), día 3, 87-88.
Alfonso María de Ligorio, San († 1787), día 1, 4-12.
Alfonso María Mazurek, Bto. († 1944), día 28, 1051-1052.
Alfonso Miquel Garriga, Bto. († 1936), día 13, 444-448.
Alfonso Sorribes Teixidor, Bto. († 1936), día 15, 545-551.
Alfredo Ildefonso Schuster, Bto. († 1954), día 30, 1129-1144.
Alipio, San († 430), día 15, 493-503.
Altmán de Passau, San († 1091), día 8, 240-241.
Amadeo de Lausana, San († 1159), día 27, 966-969.
Amalio (Justo) Zariquiegui Mendoza, Bto. († 1936), día 31, 1168-1175.
Ambrosio (Luis) Valls Matamales, Bto. († 1936), día 26, 946-947.
Ambrosio de Torrente (Salvador Chuliá Ferrandis) Bto. († 1936), día 1, 24-31.
Andrés Dotti, Bto. († 1315), día 31, 1176-1177.
Andrés el Tribuno, San († 305), día 19, 700-701.
Andrés Fardeau, Bto. († 1794), día 24, 879.
Ángel Agustín Mazzinghi, Bto. († 1438), día 16, 584.
Ángel Conti, Bto. († 1312), día 27, 1000-1001.
Antolín Calvo y Calvo, Bto. († 1936), día 13, 444-448.
Antonio Bannassat, Bto. († 1794), día 18, 644-645.
Antonio de San Francisco, Bto. († 1627), día 27, 1002-1007.
Antonio María Dalmau Rosich, Bto. († 1936), día 13, 444-448.
Antonio Pedro Nguyen Dich, San († 1838), día 12, 384-385.
Antonio Perulles Estívill, Bto. († 1936), día 12, 388-389.

Antonio Primaldo, Bto. († 1480), día 14, 472-473.
Antonio Silvestre Moya, Bto. († 1936), día 8, 242-243.
Antonio Yamada, Bto. († 1622), día 19, 703-707.
Arcángelo Piacentini de Calatafimi, Bto. († 1460), día 10, 307-313.
Aredio, San († 591), día 25, 912.
Aristarco de Tesalónica, San (discípulo de San Pablo), día 4, 111.
Arístides, San († 150), día 31, 1176.
Arsacio, San († 358), día 16, 583.
Arturo (Luis) Ayala Niño, Bto. († 1936), día 9, 284-290.
Arturo Ros Montalt, Bto. († 1936), día 28, 1049-1050.
Asunción de la Bienaventurada Virgen María, día 15, 476-485.
Atanasio Vidaurreta Labra, Bto. († 1936), día 18, 646-647.
Audoeno, San († 684), día 24, 878.
Aurelio (José) Ample Alcaide, Bto. († 1936), día 28, 1051.

Bartolomé (apóstol), San († s. I), día 24, 827-834.
Bartolomé Laurel, Bto. († 1627), día 27, 1002-1007.
Bartolomé Mohioye, Bto. († 1622), día 19, 703-707.
Beatriz de Silva, Sta. († 1491), día 17, 603-610.
Benildo (Pedro) Romançon, San († 1862), día 13, 419-426.
Benito de Burriana (José Manuel Ferrer Jordá), Bto. († 1936), día 1, 24-31.
Bernardino de Andújar (Pablo Martínez Robles), Bto. († 1936), día 1, 24-31.
Bernardo (Ahmed), San († 1180), día 21, 770-771.
Bernardo (Domingo Peroni) de Offida, Bto. († 1694), día 22, 801.
Bernardo de Claraval, San († 1153), día 20, 709-717.
Bernardo Tolomei, Bto. († 1348), día 20, 729-736.
Bernardo Vu Van Due, San († 1838), día 1, 41-42.
Bertulfo, San († 640), día 19, 701-702.
Bienaventurada Virgen María Reina, día 22, 775-780.
Bienvenido de Dos Hermanas (José de Miguel Arahal), Bto. († 1936), día 1, 24-31.
Bonifacia Rodríguez Castro, Bta. († 1905), día 8, 214-217.
Bonoso, San († 308), día 21, 1209-1210.
Bronislava, Bta. († 1259), día 29, 1078-1079.
Bruno Zembol, Bto. († 1942), día 21, 774.

Cándida María de Jesús (Juana Josefa) Cipitria, Bta. († 1912), día 9, 273-276.
Carlos Arnoldo Hanus, Bto. († 1794), día 28, 1048-1049.
Carlos Díaz Gandía, Bto. († 1936), día 11, 338.
Carlos Leisner, Bto. († 1945), día 12, 374-381.
Carlos López Vidal, Bto. († 1936), día 6, 151-152.
Carlos Meehan, Bto. († 1679), día 12, 381-383.
Carmelo Sastre Sastre, Bto. († 1936), día 15, 554.
Carmen de San Felipe Neri (Nazaria) Gómez Lezaun, Bta. († 1936), día 8, 228-239.
Casiano de Ímola, San († 300), día 13, 397-405.
Casiano de Nantes (Gonzalo) Vaz López-Netto, Bto. († 1638), día 7, 190-192.
Cayetano de Thiene, San († 1547), día 7, 159-165.
Cayo Jiyemon, Bto. († 1627), día 27, 1002-1007.

Cecilia Cesarini, Bta. († 1290), día 4, 99-104.
Ceferino Giménez Malla, «el Pelé», Bto. († 1936), día 2, 69-76.
Centola, Sta. (fecha desconocida), día 2, 78.
Cesáreo de Arlés, San († 542), día 27, 961-966.
Ceslao Jozwiak, Bto. († 1942), día 24, 868-877.
Cicco de Pésaro, cf. Francisco Zanfredini, Bto.
Clara de Asís, Sta. († 1253), día 11 (memoria), 321-327.
Clara de la Cruz de Montefalco, Sta. († 1308), día 17, 591-602.
Claudio José Jouffret de Bonnefont, Bto. († 1794), día 10, 315-317.
Claudio Ricardo Granzotto, Bto. († 1947), día 15, 555.
Claudio Richard, Bto. († 1794), día 9, 298.
Clemencia de San Juan Bautista (Antonia) Riba Mestres, Bta. († 1936), día 8, 228-239.
Conón O'Rourke, Bto. († 1579), día 13, 437-441.
Constantino Carbonell Sempere, Bto. († 1936), día 23, 823-824.
Constantino Fernández Álvarez, Bto. († 1936), día 29, 1080-1081.
Crescencio García Pobo, Bto. († 1936), día 1, 24-31.
Cristóbal (monje), San († 852), día 20, 741-742.

David Lewis, San († 1679), día 27, 1008-1009.
David Roldán, San († 1926), día 15, 518-524.
Diego Ventaja Milán, Bto. († 1936), día 30, 1104-1112.
Domingo (Agustín) Hurtado Soler, Bto. († 1936), día 15, 552.
Domingo de Alboraya (Agustín Hurtado Soler), Bto. († 1936), día 1, 24-31.
Domingo de Guzmán, Sto. († 1221), día 8 (memoria), 197-210.
Domingo de la Madre de Dios Barberi, Bto. († 1849), día 27, 980-987.
Domingo Ibáñez de Erquicia, Sto. († 1633), día 14, 461-466.
Domingo Jedrzejewski, Bto. († 1942), día 29, 1082-1083.
Domingo Nguyen Van Hanh (Dieu), San († 1838), día 1, 41-42.
Dominguito del Val, Sto. († 1250), día 31, 1203-1208.

Edmigio (Isidoro) Primo Rodríguez, Bto. († 1936), día 31, 1168-1175.
Edmundo Arrowsmith, San († 1628), día 28, 1046-1048.
Edmundo Bojanowski, Bto. († 1871), día 7, 169-186.
Edmundo Ignacio Rice, Bto. († 1844), día 29, 1064-1067.
Eduardo Bamber, Bto. († 1646), día 7, 192-194.
Eduardo Gryzmala, Bto. († 1942), día 10, 319-320.
Eduardo Kazmierski, Bto. († 1942), día 24, 868-877.
Eduardo Klinik, Bto. († 1942), día 24, 868-877.
Eduardo Ripoll Diego, Bto. († 1936), día 15, 545-551.
Eduardo Shelley, Bto. († 1588), día 30, 1086-1089.
Elena, Sta. († 329), día 18, 622-628.
Elías Leymarie de Laroche, Bto. († 1794), día 22, 801-802.
Elvira de la Natividad de Nuestra Señora Torrentalle Paraire, Bta. († 1936), día 19, 684-700.
Emilia de Vialar, Sta. († 1856), día 24, 841-850.
Emiliano de Cícico, San († s. IX), día 8, 239.

Enrique Canadell Quintana, Bto. († 1936), día 17, 620.
Enrique García Beltrán, Bto. († 1936), día 16, 588-589.
Enrique Krysztofik, Bto. († 1942), día 4, 115-116.
Enrique Webley, Bto. († 1588), día 28, 1042-1046.
Estanislao de Kostka, San († 1568), día 15, 509-514.
Esteban Casadevall Puig, Bto. († 1936), día 13, 444-448.
Esteban de Hungría, San († 1038), día 16, 557-562.
Esteban (Gabriel) Maya Gutiérrez, Bto. († 1936), día 9, 284-290.
Esteban I (papa), San († 257), día 2, 77.
Esteban Rowsham, Bto. († 1587), día 11, 335-337.
Etelvoldo, San († 984), día 1, 38-39.
Eufronio de Tours, San († 573), día 4, 111.
Eugenio (Alfonso Antonio) Ramírez Salazar, Bto. († 1936), día 9, 284-290.
Eusebio (papa), San († 310), día 17, 617-618.
Eusebio Codina Milla, Bto. († 1936), día 13, 444-448.
Eusebio de Vercelli, San († 371), día 2, 44-51.
Ezequiel Moreno y Díaz, San († 1906), día 19, 663-673.

Famián, San († 1150), día 8, 241.
Faustino Oteiza Segura, Bto. († 1936), día 9, 299-300.
Faustino Pérez García, Bto. († 1936), día 15, 545-551.
Federico Jansoone, Bto. († 1916), día 4, 105-110.
Felipe Benicio, San († 1285), día 22, 781-787.
Felipe de Jesús Munárriz Azcona, Bto. († 1936), día 2, 65-69.
Félix de Gerona, San († s. IV), día 1, 38.
Félix de Roma, San († 304), día 30, 1145.
Félix Vivet Trabal, Bto. († 1936), día 26, 947-948.
Félix Yuste Cava, Bto. († 1936), día 14, 474-475.
Fernando González Añón, Bto. († 1936), día 27, 987-991.
Fiacre, San († 670), día 30, 1146.
Filiberto, San († 685), día 20, 740-741.
Flavio (Atilano Dionisio) Argüeso González, Bto. († 1936), día 12, 385.
Florentín Pérez (Romero), Bto. († 1936), día 1, 24-31.
Florentín Pérez Romero, Bto. († 1936), día 23, 824-826.
Florentina, Sta. († s. VII), día 28, 1023-1028.
Florentino Asensio Barroso, Bto. († 1936), día 9, 276-283.
Florentino Felipe Naya, Bto. († 1936), día 9, 299-300.
Florián Stepniak, Bto. († 1942), día 12, 389-390.
Francisca (llamada Pinzokere), Bta. († 1627), día 27, 1002-1007.
Francisca de Santa Teresa de Amezua Ibaibarriaga, Bta. († 1936), día 19, 684-700.
Francisco Arias Martín, Bto. († 1936), día 18, 646.
Francisco Bandrés Sánchez, Bto. († 1936), día 3, 88-89.
Francisco Calvo Burillo, Bto. († 1936), día 2, 78-79.
Francisco Castán Messeguer, Bto. († 1936), día 15, 545-551.
Francisco Dachtera, Bto. († 1943), día 23, 826.
Francisco de Paula Ibáñez Ibáñez, Bto. († 1936), día 19, 708-709.
Francisco de Santa María, Bto. († 1627), día 27, 1002-1007.

Francisco de Torrente (Justo Lerma Martínez), Bto. († 1936), día 1, 24-31.
Francisco Drzewiecki, Bto. († 1942), día 10, 319-320.
Francisco François, Bto. († 1794), día 10, 315-317.
Francisco Kesy, Bto. († 1942), día 24, 868-877.
Francisco Kuhioye, Bto. († 1627), día 27, 1002-1007.
Francisco Kurobioye, Bto. († 1627), día 27, 1002-1007.
Francisco María Monzón Romeo, Bto. († 1936), día 29, 1081-1082.
Francisco María Roura Farró, Bto. († 1936), día 15, 545-551.
Francisco Shoyemon, San († 1633), día 14, 461-466.
Francisco Tomás Serer, Bto. († 1936), día 1, 24-31.
Francisco Tomás y Serer, Bto. († 1936), día 2, 79-80.
Francisco Zanfredini, Bto. († 1350), día 5, 130-131.

Gabriel de Benifayó (José María Sanchís Mompó), Bto. († 1936), día 1, 24-31.
Gabriel José María Sanchís Mompó, Bto. († 1936), día 16, 589-590.
Gaspar (Luis Modesto) Páez Perdomo, Bto. († 1936), día 9, 284-290.
Gaspar Vaz, Bto. († 1627), día 27, 1002-1007.
Gaugerico, San († 625), día 11, 335.
Germán de Carcagente (José María Garrigues Hernández), Bto. († 1936), día 9, 290-295.
Geroncio de Itálica, San († s. IV), día 25, 911-912.
Gertrudis de Altenberg, Bta. († 1297), día 13, 436.
Gervasio Brunel, Bto. († 1794), día 20, 742-744.
Gil Rodicio Rodicio, Bto. († 1936), día 4, 113-115.
Ginés de Arlés, San († 303), día 25, 911.
Gonzalo Gonzalo Gonzalo, Bto. († 1936), día 4, 113.
Gracia (Zoraida), Sta. († 1180), día 21, 770-771.
Gregorio Chirivás Lacambra, Bto. († 1936), día 12, 386-388.
Gregorio de Utrecht, San († 775), día 25, 898-901.
Guarino de Aulps, San († 1150), día 27, 1000.
Guerrico, Bto. († 1157), día 19, 702.
Guillermo Dean, Bto. († 1588), día 28, 1042-1046.
Guillermo Freeman, Bto. († 1595), día 13, 441-442.
Guillermo Gunter, Bto. († 1588), día 28, 1042-1046.
Guillermo Horne, Bto. († 1540), día 4, 112-113.
Guillermo Lacey, Bto. († 1582), día 22, 800-801.
Guillermo Lampley, Bto. († 1587), día 11, 335-337.
Guillermo Plaza Hernández, Bto. († 1936), día 9, 300-301.

Hilario María Llorente Martín, Bto. († 1936), día 13, 444-448.
Hipólito, San († 236), día 13, 392-397.
Hormisdas (papa), San († 523), día 6, 149-150.
Hugo Green, Bto. († 1642), día 19, 707-708.
Hugo More, Bto. († 1588), día 28, 1042-1046.

Inocencio XI (papa), Bto. († 1689), día 12, 349-358.
Isabel Renzi, Bta. († 1859), día 14, 467-471.

Isidoro Bakanja, Bto. († 1909), día 15, 514-518.

Jacinto de Polonia, San († 1257), día 15, 503-509.
Jaime Bonet Nadal, Bto. († 1936), día 15, 555.
Jaime Falgarona Vilanova, Bto. († 1936), día 18, 646-647.
Jarogniew Wojciechowski, Bto. († 1942), día 24, 868-877.
Javier Luis Bandrés Jiménez, Bto. († 1936), día 13, 444-448.
Jesús Agustín Viela Ezcurdia, Bto. († 1936), día 15, 545-551.
Joaquín (José) Ferrer Adell, Bto. († 1936), día 30, 1148-1149.
Joaquín Hirayama, Bto. († 1622), día 19, 703-707.
Jordán de Pisa, Bto. († 1310), día 19, 703.
Jordán Forzaté, Bto. († 1248), día 7, 188-189.
Jorge Limniota, San († 730), día 24, 878-879.
José Batalla Parramón, Bto. († 1936), día 4, 113-115.
José Bonet Nadal, Bto. († 1936), día 13, 451.
José Brengaret Pujol, Bto. († 1936), día 13, 444-448.
José Dang Dinh (Nien) Vien, San († 1838), día 21, 771-772.
José de Arimatea, San, día 31, 1150-1158.
José de Calasanz, San († 1648), día 25, 888-895.
José Figuero Beltrán, Bto. († 1936), día 15, 545-551.
José Llosá (Balaguer), Bto. († 1936), día 1, 24-31.
José María Amorós Hernández, Bto. († 1936), día 15, 545-551.
José María Badía Mateu, Bto. († 1936), día 15, 545-551.
José María Blasco Juan, Bto. († 1936), día 15, 545-551.
José María Ormo Seró, Bto. († 1936), día 13, 444-448.
José María Peris Polo, Bto. († 1936), día 15, 551.
José María Ros Florensa, Bto. († 1936), día 15, 545-551.
José María Sanchís Mompó, Bto. († 1936), 589-590.
José Pavón Bueno, Bto. († 1936), día 12, 386-388.
José Rabasa Bentanachs, Bto. († 1936), día 4, 113-115.
José Straszewski, Bto. († 1942), día 12, 389-390.
José Toledo Pellicer, Bto. († 1936), día 10, 317-318.
Juan (Protasio) Bourdon, Bto. († 1794), día 23, 822.
Juan Agramunt Riera, Bto. († 1936), día 13, 449.
Juan Baixeras Berenguer, Bto. († 1936), día 15, 545-551.
Juan Bautista (José) Velázquez Peláez, Bto. († 1936), día 9, 284-290.
Juan Bautista Souzy, Bto. († 1794), día 27, 970-979.
Juan Bautista Faubel Cano, Bto. († 1936), día 28, 1049-1050.
Juan Bautista María Vianney (Cura de Ars), San († 1859), día 4, 90-99.
Juan Bautista Ménestrel, Bto. († 1794), día 16, 586-587.
Juan Bautista, San, día 29, 1053-1060.
Juan Berchmans, San († 1621), día 13, 415-419.
Juan Codinach Tuneu, Bto. († 1936), día 13, 444-448.
Juan de Alvernia, cf. Juan de Fermo, Bto.
Juan de Fermo, Bto. († 1322), día 9, 297.
Juan de Perugia, Bto. († 1228), día 29, 1061-1064.

Juan de Rieti, Bto. († 1336), día 1, 39-40.
Juan de Salerno, Bto. († 1242), día 9, 296.
Juan de Santa Marta, Bto. († 1618), día 16, 584-585.
Juan Díaz Nosti, Bto. († 1936), día 2, 65-69.
Juan Echarri Vique, Bto. († 1936), día 13, 444-448.
Juan Eudes, San († 1680), día 19, 651-658.
Juan Felton, Bto. († 1570), día 8, 210-213.
Juan Fingley, Bto. († 1586), día 8, 241-242.
Juan Jorge (Santiago) Rhem, Bto. († 1794), día 11, 337-338.
Juan Juvenal Ancina, Bto. († 1604), día 30, 1147-1148.
Juan Kemble, San († 1679), día 22, 787-797.
Juan María de la Cruz (Mariano) García Méndez, Bto. († 1936), día 23, 811-815.
Juan Martorell Soria, Bto. († 1936), día 10, 318-319.
Juan Nagata Matakichi, Bto. († 1622), día 19, 703-707.
Juan Roche, Bto. († 1588), día 30, 1086-1089.
Juan Sánchez Munárriz, Bto. († 1936), día 13, 444-448.
Juan Sandys, Bto. († 1587), día 11, 335-337.
Juan Soyemon, Bto. († 1622), día 19, 703-707.
Juan Wall, San († 1679), día 22, 787-797.
Juan Yago, Bto. († 1622), día 19, 703-707.
Juana Antida Thouret, Sta. († 1826), día 24, 834-841.
Juana de Aza, Bta. († s. XIII), día 2, 60-65.
Juana Delanoue, Sta. († 1736), día 17, 610-616.
Juana Francisca (Frémiot) de Chantal, Sta. († 1641), día 12, 340-349.
Juana Isabel Bichier des Ages, Sta. († 1838), día 26, 927-930.
Juana Jugan, Bta. († 1879), día 29, 1067-1076.
Juliana de Busto Arsicio, Bta. († 1501), día 15, 544-545.
Junípero (Miguel) Serra, Bto. († 1784), día 28, 1029-1040.
Justo, San († 304), día 6, 141-146.

Ladislao Maczkowski, Bto. († 1942), día 20, 746.
Laureano de Burriana (Salvador Ferrer Cardet), Bto. († 1936), día 1, 24-31.
Lázaro Tiersot, Bto. († 1794), día 10, 315-317.
León de Alacuás (Manuel Legua Martí), Bto. († 1936), día 1, 24-31.
León Sukeyemon, Bto. († 1622), día 19, 703-707.
Leoncio Pérez Ramos, Bto. († 1936), día 2, 65-69.
Leovigildo (monje), San († 852), día 20, 741-742.
Licerio, San († 540), día 27, 999-1000.
Lorenza (Leocadia) Harasymiv, Bta. († 1952), día 26, 948-949.
Lorenzo Rokuyemon, Bto. († 1622), día 19, 703-707.
Lorenzo, San († 258), día 10, 302-307.
Lucas Kiyemon, Bto. († 1627), día 27, 1002-1007.
Luis Baba, Bto. († 1624), día 25, 914-918.
Luis Batis Sainz, San († 1926), día 15, 518-524.
Luis de Anjou, San († 1297), día 19, 658-663.
Luis de Sotelo, Bto. († 1624), día 25, 914-918.
Luis Escalé Binefa, Bto. († 1936), día 15, 545-551.

Luis Flores, Bto. († 1622), día 19, 703-707.
Luis Francisco Le Brun, Bto. († 1794), día 20, 742-744.
Luis Lladó Teixidor, Bto. († 1936), día 15, 545-551.
Luis Masferrer Vila, Bto. († 1936), día 15, 545-551.
Luis Matsuo Soyemon, Bto. († 1627), día 27, 1002-1007.
Luis IX de Francia, San († 1270), día 25, 881-887.
Luis Sasanda, Bto. († 1624), día 25, 914-918.
Luis Urbano Lanaspa, Bto. († 1936), día 25, 920.
Luis Vulfilacio Huppy, Bto. († 1794), día 29, 1080.

Macario, San († 850), día 18, 641-642.
Magdalena (esposa del Bto. Simón Bokusai), Bta. († 1620), día 16, 585-586.
Magdalena Kiyota, Bta. († 1627), día 27, 1002-1007.
Magín, San (fecha desconocida), día 19, 700.
Mamés, San († 273), día 17, 616-617.
Manés de Guzmán, Bto. († 1234), día 18, 628-635.
Manuel Buil Lalueza, Bto. († 1936), día 13, 444-448.
Manuel Martínez Jarauta, Bto. († 1936), día 15, 545-551.
Manuel Medina Olmos, Bto. († 1936), día 30, 1104-1112.
Manuel Morales, San († 1926), día 15, 518-524.
Manuel Torras Sais, Bto. († 1936), día 13, 444-448.
Marcos de Aviano (Carlos Domingo Cristofori), Bto. († 1699), día 13, 442-443.
Marcos Takenoshima Shinyemon, Bto. († 1622), día 19, 703-707.
Margarita del Piceno, Sta. († 1395), día 5, 131.
Margarita Ward, Sta. († 1588), día 30, 1086-1089.
María (esposa de Gaspar Vaz), Bta. († 1627), día 27, 1002-1007.
María (esposa del Bto. Tomás Gengoro), Bta. († 1620), día 16, 585-586.
María (Zaida), Sta. († 1180), día 21, 770-771.
María Borromea (Verónica) Narmontowicz, Bta. († 1943), día 1, 31-38.
María Canisia (Eugenia) Mackiewicz, Bta. († 1943), día 1, 31-38.
María Canuta de Jesús en el Huerto de Getsemaní (Josefa) Chrobot, Bta. († 1943), día 1, 31-38.
María Climent Mateu, Bta. († 1936), día 20, 745-746.
María Corsini Beltrame Quatrocchi, Bta. († 1965), día 26, 949.
María Daniela de Jesús y María Inmaculada (Leonor Aniela) Jozwik, Bta. († 1943), día 1, 31-38.
María de Jesús Crucificado (María) Baouardy, Bta. († 1878), día 26, 930-939.
María de la Cruz (María Elena) MacKillop, Bta. († 1909), día 8, 218-224.
María de la Encarnación (Vicenta) Rosal, Bta. († 1886), día 24, 859-868.
María de las Nieves de la Santísima Trinidad Crespo López, Bta. († 1936), día 19, 684-700.
María de los Desamparados del Santísimo Sacramento Giner Lister, Bta. († 1936), día 19, 684-700.
María de los Dolores de San Francisco Javier Vidal Cervera, Bta. († 1936), día 19, 684-700.
María de Mattias, Sta. († 1866), día 20, 736-740.

María de Nuestra Señora de la Providencia Calaf Miracle, Bta. († 1936), día 19, 684-700.
María del Niño Jesús Baldillou Bullit, Bta. († 1936), día 8, 228-239.
María del Pilar Izquierdo Albero, Bta. († 1945), día 27, 991-999.
María del Tránsito del Santísimo Sacramento Cabanillas, Bta. († 1885), día 25, 901-911.
María Estrella del Santísimo Sacramento (Adelaida) Mardosewicz, Bta. († 1943), día 1, 31-38.
María Felicidad (Paulina) Borowik, Bta. († 1943), día 1, 31-38.
María Francisca de Jesús (Ana María) Rubatto, Bta. († 1904), día 6, 146-149.
María Guida de la Divina Misericordia (Elena) Cierpka, Bta. († 1943), día 1, 31-38.
María Helidora (Leocadia) Matuszewska, Bta. († 1943), día 1, 31-38.
María Imelda de Jesús Hostia (Eduvigis Carolina) Zak, Bta. († 1943), día 1, 31-38.
María Luisa de Jesús Girón Romera, Bta. († 1936), día 8, 228-239.
María Margarita (María Ana Rosa) Caiani, Bta. († 1921), día 8, 224-228.
María Micaela del Santísimo Sacramento Desmasières, Sta. († 1865), día 24, 850-858.
María Rafols, Bta. († 1853), día 30, 1090-1103.
María Raimunda de Jesús y María (Ana) Kukolowicz, Bta. († 1943), día 1, 31-38.
María Sagrario de San Luis Gonzaga (Elvira) Moragas Cantarero, Bta. († 1936), día 15, 524-545.
María Sergia de la Virgen Dolorosa (Julia) Rapiej, Bta. († 1943), día 1, 31-38.
Martín de San Félix (Juan) Woodcock, Bto. († 1646), día 7, 192-194.
Martín Gómez, Bto. († 1627), día 27, 1002-1007.
Martín Martínez Pascual, Bto. († 1936), día 18, 647-648.
Mártires de Cardeña († 953), día 6, 1184-1188.
Mártires de Constantinopla, Stos. († 729), día 9, 295-296.
Mártires de la Masa Cándida, Stos. († s. III/IV), día 18, 641.
Mártires de Otranto, Btos. († 1480), día 14, 472-473.
Mártires de Rochefort, Btos. († 1794), día 27, 970-979.
Mártires de Teruel, Btos. († 1228) día 29, 1061-1064.
Mártires del Oratorio de Dresde, Btos. († 1942), día 24, 868-877.
Mártires Hospitalarios de Colombia, Btos. († 1936), día 9, 284-290.
Mártires Macabeos, Stos. (Antiguo Testamento), día 1, 12-17.
Matías Cardona Meseguer, Bto. († 1936), día 20, 744-745.
Mauricio Tornay, Bto. († 1949), día 11, 331-334.
Maximiano Bienkiewicz, Bto. († 1942), día 24, 879-880.
Maximiliano María (Raimundo) Kolbe, San († 1941), día 14, 452-461.
Máximo el Confesor, San († 662), día 13, 410-414.
Mederico o Merry, San († 700), día 29, 1078.
Melquíades (Ramón) Ramírez Zuloaga, Bto. († 1936), día 9, 284-290.
Melquisedec, San, día 26, 921-927.
Menas de Constantinopla, San († 552), día 25, 895-898.
Miguel Carvalho, Bto. († 1624), día 25, 914-918.

Miguel de la Mora, San († 1927), día 7, 195.
Miguel Díaz, Bto. († 1622), día 19, 703-707.
Miguel Domingo Cendra, Bto. († 1936), día 11, 338-339.
Miguel Kizayemon, Bto. († 1627), día 27, 1002-1007.
Miguel Kurobioye, San († 1633), día 17, 618-619.
Miguel Masip González, Bto. († 1936), día 15, 545-551.
Miguel Nguyen Huy My, San († 1838), día 12, 384-385.
Miguel Remón Salvador, Bto. († 1936), día 3, 87-88.
Modesto de Torrente (Vicente Gay Zarzo), Bto. († 1936), día 1, 24-31.
Modesto García Martí, Bto. († 1936), día 13, 450.
Mónica, Sta. († 387), día 27, 950-961.

Nicasio Sierra Ucar, Bto. († 1936), día 12, 386-388.
Nicodemo, San, día 31, 1150-1158.
Nicolás Postgate, Bto. († 1679), día 7, 194-195.
Noel Hilario Le Conte, Bto. († 1794), día 17, 619.
Nona, Sta. († 374), día 5, 122-124.
Nuestra Señora de las Nieves, día 5, 116-121.
Nuestra Señora de los Ojos Grandes, día 15, 1189-1195.

Octaviano de Savona, Bto. († 1132), día 6, 150-151.
Oswaldo, San († 642), día 5, 125-130.

Pablo Juan Charles, Bto. († 1794), día 25, 918-919.
Pablo Ke Tingzhu, San († 1900), día 8, 242.
Pablo Sankichi, Bto. († 1622), día 19, 703-707.
Pammaquio, San († 410), día 30, 1145-1146.
Pastor, San († 304), día 6, 141-146.
Patricio O'Healy, Bto. († 1579), día 13, 437-441.
Paula Montaldi, Bta. († 1514), día 18, 644.
Paulino de Tréveris, San († 358), día 31, 1158-1160.
Pedro (Alejandro) Mas Ginestar, Bto. († 1936), día 26, 947.
Pedro ad Vincula, San, día 1, 1179-1184.
Pedro Cunill Padrós, Bto. († 1936), día 12, 386-388.
Pedro de Osma, San († 1109), día 2, 57-60.
Pedro de Sassoferrato, Bto. († 1228), día 29, 1061-1064.
Pedro de Zúñiga, Bto. († 1622), día 19, 703-707.
Pedro Fabro, Bto. († 1546), día 1, 18-24.
Pedro Gabilhaud, Bto. († 1794), día 13, 443-444.
Pedro García Bernal, Bto. († 1936), día 13, 444-448.
Pedro Gelabert Amer, Bto. († 1936), día 23, 823-824.
Pedro Jarrige de la Morélie de Pueyredon, Bto. († 1794), día 12, 383.
Pedro Julián Eymard, San († 1868), día 2, 51-57.
Pedro Mesonero Rodríguez, Bto. († 1936), día 10, 318-319.
Pedro Miguel Noël, Bto. († 1794), día 5, 132.
Pedro Tarrés Claret, Bto. († 1950), día 30, 1119-1129.
Pedro Vázquez, Bto. († 1624), día 25, 914-918.
Petra de San José (Ana Josefa) Pérez Florido, Bta. († 1906), día 16, 566-583.

Pío X (papa), San († 1914), día 21, 747-754.
Plácido García Gilabert, Bto. († 1936), día 16, 588.
Ponciano (papa), San († 236), día 13, 392-397.
Presentación de la Sagrada Familia (Pascuala) Gallén Martí, Bta. († 1936), día 8, 228-239.
Privato, San († 407), día 21, 770.

Radegunda, Sta. († 587), día 13, 406-410.
Rafael Alonso Gutiérrez, Bto. († 1936), día 11, 327-331.
Rafael Briega Morales, Bto. († 1936), día 15, 545-551.
Rainaldo de Concoregio, Bto. († 1321), día 18, 642-643.
Rainiero de Espálato, San († 1180), día 4, 111-112.
Ramón Grimaltós Monllor, Bto. († 1936), día 23, 823-824.
Ramón Illa Salvia, Bto. († 1936), día 15, 545-551.
Ramón Martí Soriano, Bto. († 1936), día 27, 1009-1010.
Ramón Nonato, San († 1240), día 31, 1163-1167.
Ramón Novich Rabionet, Bto. († 1936), día 13, 444-448.
Ramón Peiró Victorí, Bto. († 1936), día 21, 773.
Recaredo de Torrente (José María López Mora), Bto. († 1936), día 1, 24-31.
Ricardo Bere, Bto. († 1537), día 9, 297-298.
Ricardo Herst, Bto. († 1618), día 29, 1079-1080.
Ricardo Kirkman, Bto. († 1582), día 22, 800-801.
Ricardo Leigh, Bto. († 1588), día 30, 1086-1089.
Ricardo Lloyd, Bto. († 1588), día 30, 1086-1089.
Ricardo Martin, Bto. († 1588), día 30, 1086-1089.
Roberto Bickendike, Bto. († 1586), día 8, 241-242.
Roberto Morton, Bto. († 1588), día 28, 1042-1046.
Rogerio Cadwallador, Bto. († 1610), día 27, 1001-1002.
Roque, San († 1379), día 16, 562-565.
Rosa de Lima, Sta. († 1617), día 23, 804-811.
Rosa de Nuestra Señora del Buen Consejo Pedret Rull, Bta. († 1936), día 19, 684-700.
Rosa Fan Hui, Sta. († 1900), día 16, 587-588.
Rosario (Petra María Victoria) Quintana Argos, Bta. († 1936), día 23, 815-821.
Rubén de Jesús López Aguilar, Bto. († 1936), día 9, 284-290.

Sabina de Roma, Sta. († s. V), día 29, 1076-1077.
Salvador Estrugo Solves, Bto. († 1936), día 21, 772-773.
Salvador Ferrandis Seguí, Bto. († 1936), día 3, 84-87.
Salvador Lara Puente, San († 1926), día 15, 518-524.
Salvador Pigem Serra, Bto. († 1936), día 13, 444-448.
Samuel (profeta), San (Antiguo Testamento), día 20, 718-728.
Sancha (Janina) Szymkowyak, Bta. († 1942), día 29, 1083-1084.
Santa María la Mayor, cf. Nuestra Señora de las Nieves.
Santiago (hijo del Bto. Tomás Gengoro), Bto. († 1620), día 16, 585-586.
Santiago Bianconi, Bto. († 1301), día 22, 798.
Santiago Claxton, Bto. († 1588), día 28, 1042-1046.

Santiago Do Mai Nam, San († 1838), día 12, 384-385.
Santiago Gapp, Bto. († 1943), día 13, 426-435.
Santiago Kyuhei Gorobioye Tomonaga, San († 1633), día 17, 618-619.
Santiago Matsuo Denshi, Bto. († 1622), día 19, 703-707.
Santiago Retouret, Bto. († 1794), día 26, 945-946.
Santos de Urbino Brancorsini, Bto. († 1390), día 14, 471-472.
Sebastián Calvo Martínez, Bto. († 1936), día 12, 386-388.
Sebastián Riera Coromina, Bto. († 1936), día 15, 545-551.
Sebbi, San († 693), día 29, 1077-1078.
Secundino María Ortega García, Bto. († 1936), día 13, 444-448.
Serafina (Manuela Justa) Fernández Ibero, Bta. († 1936), día 23, 815-821.
Sidonio Apolinar, San († 479), día 21, 754-757.
Simeón Lukac, Bto. († 1964), día 22, 802-803.
Simón Bokusai Kyota, Bto. († 1620), día 16, 585-586.
Sinforiano, San († s. III/IV), día 22, 797-798.
Sixto II (papa), San († 258), día 7 (memoria), 153-158.
Sixto III (papa), San († 440), día 19, 701.

Tadeo Dulny, Bto. († 1942), día 6, 152.
Tarsicio, San († 257), día 15, 485-492.
Teodoro Ruiz de Larrinaga García, Bto. († 1936), día 13, 444-448.
Teresa Benedicta de la Cruz (Edith Stein), Sta. († 1942), día 9, 245-272.
Teresa Bracco, Bta. († 1944), día 29, 1084.
Teresa de Jesús Jornet Ibars, Sta. († 1897), día 26, 939-945.
Teresa de la Madre del Divino Pastor Chambó Pales, Bta. († 1936), día 19, 684-700.
Timoteo de Montecchio, Bto. († 1504), día 22, 798-799.
Timoteo Valero (Pérez), Bto. († 1936), día 1, 24-31.
Tomás Capdevila Miró, Bto. († 1936), día 13, 444-448.
Tomás de Cantelupe, Sto. († 1282), día 25, 912-914.
Tomás de Kempis, Bto. († 1471), día 24, 1196-1203.
Tomás Felton, Bto. († 1588), día 28, 1042-1046.
Tomás Gengoro, Bto. († 1620), día 16, 585-586.
Tomás Holford, Bto. († 1588), día 28, 1042-1046.
Tomás Koyanagi, Bto. († 1622), día 19, 703-707.
Tomás Percy, Bto. († 1572), día 22, 799.
Tomás Sitjar Fortiá, Bto. († 1936), día 19, 673-683.
Tomás Welbourne, Bto. († 1605), día 1, 40-41.
Tomás Whitaker, Bto. († 1646), día 7, 192-194.
Tomás Wo Jinyemon, Bto. († 1627), día 27, 1002-1007.
Transfiguración del Señor, día 6, 133-141.

Uldarico (Juan Bautista) Guillaume, Bto. († 1794), día 27, 970-979.
Urbano Gil (Sáez), Bto. († 1936), día 1, 24-31.
Urbano Gil Sáez, Bto. († 1936), día 23, 824-826.

Valentín de Torrente (Vicente Jaunzarás Gómez), Bto. († 1936), día 1, 24-31.
Valerio Bernardo (Marciano) Herrero Martínez, Bto. († 1936), día 31, 1168-1175.
Vicente Cabanes Badenas, Bto. († 1936), día 30, 1113-1119.
Vicente de Áquila, Bto. († 1504), día 7, 189-190.
Vicente María Izquierdo Alcón, Bto. († 1936), día 18, 648-649.
Vicente Rubiols Castelló, Bto. († 1936), día 14, 473-474.
Vicente Soler y Munárriz, Bto. († 1936), día 15, 553.
Victoria Díez y Bustos de Molina, Bta. († 1936), día 12, 358-374.
Victoria Rasoamanarivo, Bta. († 1894), día 21, 757-769.
Victricio de Ruán, San († 410), día 7, 187-188.
Vladimiro Laskowski, Bto. († 1940), día 8, 243-244.

Wenceslao Claris Vilaregut, Bto. († 1936), día 12, 386-388.

2. **Colaboradores**

Ábalos, J. M. 141-145.
Álvarez, F. M. 804-811.
Ángel Luis 476-485.

Baigorri, L. 51-56.
Bau, C. 888-894.

Calvo Hernando, M. 939-944.
Carro Celada, J. A. 224-228 276-283 374-381 1104-1112.
Colombás, G. M.ª 1196-1203.
Chico González, P. 169-186 485-492 1168-1175.
Dalmases, C. de 18-24.
Díaz Fernández, J. M.ª 146-148 273-276 754-757 927-930.
Díaz Pardo, F. 775-780.
Domingo de Santa Teresa 159-165.

Echeverría, L. de 90-99 122-124 340-348 406-410 610-616 850-858.
Estal, G. del 950-960.

Ferri Chulio, A. de S. 84-87 327-331 635-641 663-683 811-815 980-987 987-991 1061-1064.

García Alonso, I. 603-610.
García Casado, P. 210-213.
García Martínez, F. 1011-1022.
Gomis, L. 60-65.
González Chaves, A. J. 69-76 467-471 566-583 684-699 859-868.
González Menéndez-Reigada, A. 197-210.
González Rodríguez, M.ª E. 358-374 757-769 1090-1103.
González Villanueva, J. 415-419.
González, A. 24-31 815-821 1113-1119.

Hermano Julián 419-426.
Herrero García, M. 562-565.

Ibáñez, M.ª E. 622-628.

Krynen, J. 658-662.

Langa, P. 307-313 493-502 591-602 663-673 868-877.
López, A. 628-635.
Llabrés y Martorell, P.-J. 81-84 392-396 452-461 898-901.
Llorca, B. 57-60 557-562.

Mansilla Reoyo, D. 1184-1188.
Mañaricúa, A. E. de 651-658.

Mañas, R. L. M.ª 1129-1144.
Martín Abad, J. 331-334 349-358 514-518.
Martín Hernández, F. 881-887.
Martínez de Vadillo, M. 116-121 747-753 1203-1208.
Meseguer Fernández, J. 321-326.
Molina Piñedo, R. 729-736 1029-1040.
Montaña Peláez, S. 12-17 397-405.

Núñez Uribe, F. 65-69 153-158 218-223 834-840.

Peraire Ferrer, J. 105-110 290-295 518-524 787-797 1119-1129.
Pérez Arruga, L. 503-509.
Pérez Ormazábal, J. J. 841-850.
Pérez Suárez, L. M. 125-130 133-141 966-969 1160-1163.
Placer, G. 1163-1167.

Repetto Betes, J. L. 31-38 38-43 77-80 87-89 99-104 111-116 130-132 149-152 187-195 214-217 228-239 239-244 284-290 295-301 314-320 334-339 381-390 426-435 436-451 461-466 471-475 544-555 583-590 616-620 641-649 700-709 736-740 740-746 770-774 797-803 822-826 878-880 901-910 911-920 945-949 970-979 991-999 999-1010 1040-1052 1067-1076 1076-1084 1086-1089 1145-1149 1176-1177 1209-1210.
Riber, L. 302-307.
Rodríguez Villar, I. 709-717.
Rodríguez, J. V. 165-169 245-272 524-543 930-938.

Sánchez Aliseda, C. 781-787 827-834 1179-1184.
Santidrián, P. R. 4-12.
Sendín Blázquez, J. 410-414 895-898 961-966 1023-1028 1158-1160.
Serrano, V. 44-50.

Vázquez Saco, F. 1189-1195.
Velado Graña, B. 718-728 921-927 1064-1067 1150-1157.
Viú, A. de 509-514.

Yzurdiaga Lorca, F. 1053-1060.

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR ESTE VOLUMEN DE «AÑO CRISTIANO. AGOSTO», DE LA BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS, EL DÍA 25 DE MAYO DEL AÑO 2005, FESTIVIDAD DE SAN GREGORIO VII, PAPA, EN LOS TALLERES DE SOCIEDAD ANÓNIMA DE FOTOCOMPOSICIÓN, TALISIO, 9. MADRID

LAUS DEO VIRGINIQUE MATRI